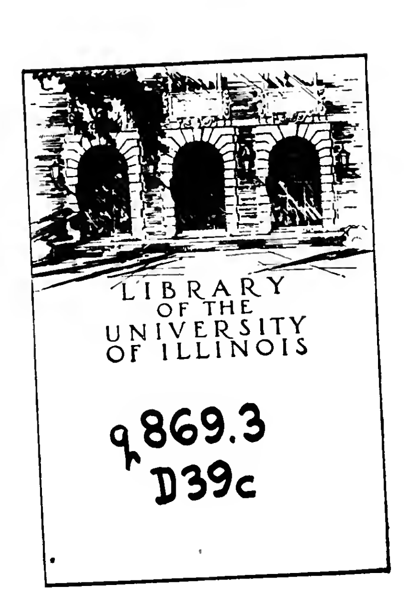

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS
q869.3
D39c

LA
CONQUISTA DE MÉJICO

POEMA HISTÓRICO

POR

BERNABÉ DEMARÍA



BUENOS AIRES

IMPRENTA EUROPEA DE M. A. ROSAS, MORENO 423

1905



LA

CONQUISTA DE MÉJICO

POEMA HISTÓRICO

POR

BERNABÉ DEMARÍA

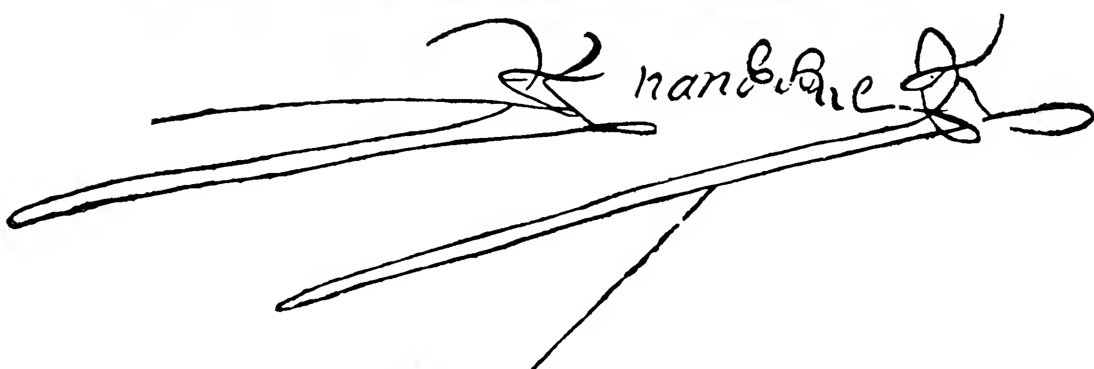


BUENOS AIRES

IMP. EUROPEA DE M. A. ROSAS, MORENO 423

1905





FAC-SIMILE DE LA FIRMA DE CORTÉS

La firma anterior, HERNANDO CORTÉS, con la *rúbrica*, que forma un complemento indispensable del nombre y apellido español, era la del Conquistador antes de ser creado marqués del Valle de Oajaca; firma difícil de hallar, porque en lo sucesivo firmó con el nuevo título de marqués de Oajaca.



FAC SIMILE DE LA FIRMA DE CORTES

La firma anterior, HERNANDO CORTES, con la *rúbrica*, que forma un complemento indispensable del nombre y apellido español, era la del Conquistador antes de ser creado marques del Valle de Oajaca, firma difícil de hallar, porque en lo sucesivo firmó con el nuevo título de marques de Oajaca.

DEDICO ESTA OBRA HISTÓRICA

Á LA GLORIOSA MEMORIA DEL INMORTAL

BENITO JUAREZ

Y AL GENERAL

PORFIRIO DIAZ

ACTUAL PRESIDENTE DE MÉJICO

CINCO VECES REELECTO

FUERON ESTOS DOS HERÓICOS MEJICANOS
LOS INICIADORES Y VENGADORES DE SU PATRIA,
SEGUIDOS DE ESFORZADOS ADALIDES,
CASI AL ESTAR YA DOMINADA;
É HICIERON FRENTE Á LA COALICIÓN
de tres potencias europeas,
HASTA QUE EL AUSTRIACO *Maximiliano*,
QUE TITULÓSE EMPERADOR DE MÉJICO,
SUCUMBIÓ EN QUERÉTARO, EN UN PATÍBULO,
EL 19 DE JUNIO DE 1867,
QUEDANDO ASÍ LIBRE Y VENGADA ESTA REPÚBLICA
DE LA ODIOSA PRESENCIA
DE INSOLENTES USURPADORES,
QUE HUYERON AMEDRENTADOS!

Bernabé Demaría.

El autor de esta obra agradecerá à los lectores, literatos y periodistas, que se dignen ocuparse de ella, bien sea privadamente ó emitiendo su juicio por la prensa, tengan la bondad de remitírselo: — República Argentina, Buenos Aires, Independencia 550,— para que le sirvan de norma y hacer aquellas correcciones, que le indicasen y creyere convenientes, si hiciere una segunda edición.

NOTA: — Al final de la CONQUISTA DE MÉJICO sigue la *Fé de erratas* y despues las notas; lo que advertimos al lector, para que haga si quiere, las debidas correcciones, antes de comenzarla.



INVOCACIÓN

7. Pedid y se os dará: buscad y hallarais: llamad y se os abrirá.
8. Porque el que pide, recibe: y el que busca, halla: y al que llama se le abrirá.
19. Todo árbol, que no lleve buen fruto, será cortado y metido en el fuego.

JESUCRISTO.

CAP. VII. *Evangelio de San Mateo*

A los cielos mirando,
como el mísero reo en la capilla,
en el nombre de Dios tomo la pluma,
y humildemente doblo mi rodilla
al historiar el triunfo de Castilla,
sobre el trono imperial de Motezuma;
y si lo intento..... no es porque presuma
alzar *á hecho tan magno* digna loa,
sino solo impulsado
por innato placer, como he cantado
al gran COLON, PIZARRO y á BALBOA,
al soñar con los héroes del pasado.

¿Mas quién, *con justo miedo*,
ante tremenda empresa pavorosa,
por muy audaz que sea, no recela?
¡Por qué narrar la historia, *en verso ó prosa*,
no es escribir *fantástica novela*,
ni un madrigal á una voluble hermosa,
ni hacer de aficionado una acuarela,
en el álbum de Lola ó de Marcela!

Como última vislumbre
de amortiguada hoguera, que se apaga,
ó crónica costumbre,
que á mi existencia solitaria halaga,
y en ella prosiguiendo,
ahora á HERNÁN CORTÉS cantar pretendo
y á sus nobles, expertos capitanes,
que el genio de su jefe comprendiendo,
llegáronle á servir como titanes;
hasta que siendo vanos los afanes
de los aztecas y su lucha honrosa,
después que Montezuma fué vencido,
Guatimozín se rinde prisionero,
y la ciudad de Méjico, famosa,
entrega al paladín del trono ibero.

Pero antes de emprender *tan magna empresa*,
á Dios imploro, en mi vejez cansada,
que me conceda *el necesario aliento*
para poder dejarla bosquejada,
al trazar sus proezas y aventuras;
y del gran cuadro destacar, potentes.
las egregias figuras,
que brillaron en ambos continentes!

¡Para otros quede de encumbrado plectro
y juvenil, radiosa fantasía,
cantar, ornados del laurel divino,
la grandiosa epopeya mejicana,

como cuando la Grecia aparecía,
hizo Homero inmortal á la troyana!

¡Mas no... *nadie su tiempo*
como yo ha de perder, aunque supremas
facultades tuviese
para escribir espléndidos poemas,
y su nombre al del Dante oscureciese!

¡Pasó yá el tiempo.... como todo pasa,
que en popular cantada poesía,
de su nación *los memorables hechos*
el bardo describía;
y del ávido pueblo el patriotismo
venturoso leía,
inspirándose en ellos;
pues no ya á la virtud y al heroísmo
estimular es moda,
con brillantes, patrióticos acentos:
nada son ya el amor y la ternura,
los santos sentimientos,
ni mágica hermosura
de pindárica oda,
ante la desnudez del realismo....
que sus obras enloda
con sus vulgares formas, sin careta,
sus vicios y letal positivismo!

Los maéstros y sabios preceptistas,
los poetas y artistas,
desde abinicio han dicho:
—que lo bello es copiar de la natura,
con verdad su hermosura;
mas no la verdad y realismo
de cuentos pornográficos
del vicio, la maldad y el egoismo,
que parecen retratos fotográficos
de las nuevas escuelas libertinas,

De la literatura el gran poeta
es hoy Zola el profeta;
y son sus heroínas,
no los Safos, Cornelias ni Corinas,
sino Naná y Teresa,
de pestilentas cloacas Mesalinas,
cuya lectura lúbrica embelesa
á esas que en lupanar buscan asilo!
Nada de formas cultas, peregrinas,
selecto asunto ni elevado estilo,
ni profundas, bellísimas pasiones,
en tempestuosa lucha;
grandes hechos, hidalgos corazones,
sublimes sacrificios, decepciones,
en donde el ¡ay! de la virtud se escucha:
nada de noble, nada de idealismo,
que disculpe ó aliente el desgraciado
y sirva á los dolientes de consuelo;
sino el torpe, brutal materialismo,
como ejemplo indiosado,
y de moderna escuela *el gran modelo*.

Para seguir á esa moderna escuela,
— que á la inmortalidad paga tributo,
y muestra al sér humano
de los vicios la estela,
con halagüeños, báquicos acentos,
y le asimila casi con el bruto,—
no es preciso adquirir conocimientos,
á las letras llevar su contingente
y ni estudiar la sociedad ni al hombre,
para pintar fielmente
sus luchas, su misión y sentimientos:
basta llamar las cosas por su nombre....
aunque sea su nombre harto indecente,
y vicios y deslices
se encuentren igualmente confundidos.

Para trazar bulgares meretrices
y esos seres abyectos y perdidos,
—de la escuela moderna
los héroes preferidos,—
basta el caló de truhanes de taberna,
y embadurnar el lienzo
de sucio almazarrón, con brocha gorda,
sin pensar en los fines ni el comienzo,
cuando en el cuadro todo se desborda.

Mas dando de barato,
el que esa escuela con maestría sepa
sacar *el fotográfico retrato*
de la abyección, la crápula y los vicios,
que sin pudor exhibe,
¿qué *progreso moral*, qué beneficios
la sorprendida sociedad recibe?
¡De escuchar que se cante al lodo inmundo,
tan solo el mal ejemplo,
que antes jamás fué visto....
pero así no se deben
á marcaderes arrojar de templo....
sino como hizo Cristo!

¡No Dios el génio ha concedido al hombre
para que á otros empuje al mal camino,
cubriéndolo de goces y de flores:
sino para elevar la especie humana
y cumplir, como apostol, su destino,
que es la noble misión de los autores!

Su gran misión y génio prostituye
el escritor excéptico y lijero;

porque hacía el bien ó el mal *un libro influye*,
cuanto más bien pensado y verdadero;
y sus ideas, como el áura corren
y repercuten *en el mundo entero*,
sin que del tierno corazón se borren!

No las fétidas aguas
de lagunas pontinas
deben darse á beber, como un veneno,
á la inocente juventud fogosa;
sino aquellas que corren cristalinas
por el feraz terreno,
y dan su pompa á la virtud preciosa,
como el leve rocío y tibio rayo
dan su esplendor á la naciente rosa,
en la muy leda primavera hermosa.

Pero esta *digresión involuntaria*
disimule el lector: hágola solo
para exponer:—que aunque sostengo osado
el añejo pendón, que aún tremolo,—
el tiempo ya de históricos poemas
y lirismo ha pasado;
y otra literatura es la del dia,
aunque firme persista yó en mis temas ...
ó en mi monomania!

Al gran Dios de los dioses.
—que en mis tribulaciones
siempre escuchando mis dolientes voces,
alentóme á surgir hasta la orilla;—
á este Dios paternal, omnipotente,
para cantar á Méjico y Castilla,
hoy, por última vez, alzo mi ruego,
inspiración y acierto humildemente
demandando, aunque luego
hunda en el polvo mi abatida frente!

Mi frente, ya abatida;
mas no por los trabajos
de la incesante lucha por la vida,
sino por los dolores....
de más profunda herida!

Como á un inocente á quien se enrostra
denigrante delito,
así he sufrido yo, mientras he escrito
cuatro largos poemas ó leyendas,
unánimes sonrisas de desprecio:
unos hanme juzgado
un haragan, sin ambición, un necio,
al mirar que mi tiempo así perdía,
cuando tambien como ellos,
hacer una fortuna yo podría:
de otros en el concepto,
mirándome con lástima,
no era, no, un haragán, sino un inepto,
que como pobre loco, se entretiene
en evocar recuerdos del pasado,
cuando olvida el presente y nada tiene,
sin aspirar á ser considerado,
como ellos hoy lo son.... *por su dinero*,
y do quier admitidos ....
para todos, en fin, un majadero!

Desvío ó compasión solo he inspirado;
porque siempre entre ensueños
y sombras he vivido.
¡No sé si soy feliz ó desgraciado,
ni si el tiempo he perdido;
mas en su empresa mi alma no vacila,
y firme mi conciencia,
deslízase tranquila
mi angustiosa existencia.!

Si otros en la vejez se ocupan solo
en fastidiar al prójimo y contarle
sus hazañas ó muchos desengaños,
¿á quién podrá importarle,
que de mi vida en los postreros años,
el tiempo en historiar haya perdido?
Así viviendo, mal á nadie hago,
y en mi cueva, cual Diójenes metido,
innatas aficiones satisfago.

Yo á mi vez, sin encono,
sus punzantes heridas les perdono....
pero *yo en mi interior de ellos me río*,
cuando de mí se ríen,
aunque ellos ¡ay! de su alma en el vacío,
de su oro y su egoismo se glorien!

Si ellos, de su oro acumulado dueños,
presumen en el mundo ser dichosos,
yo moriré feliz con mis ensueños,
sin maldecir mi suerte,
como esos insaciables ambiciosos,
cuando en pérdidas su oro se convierte!

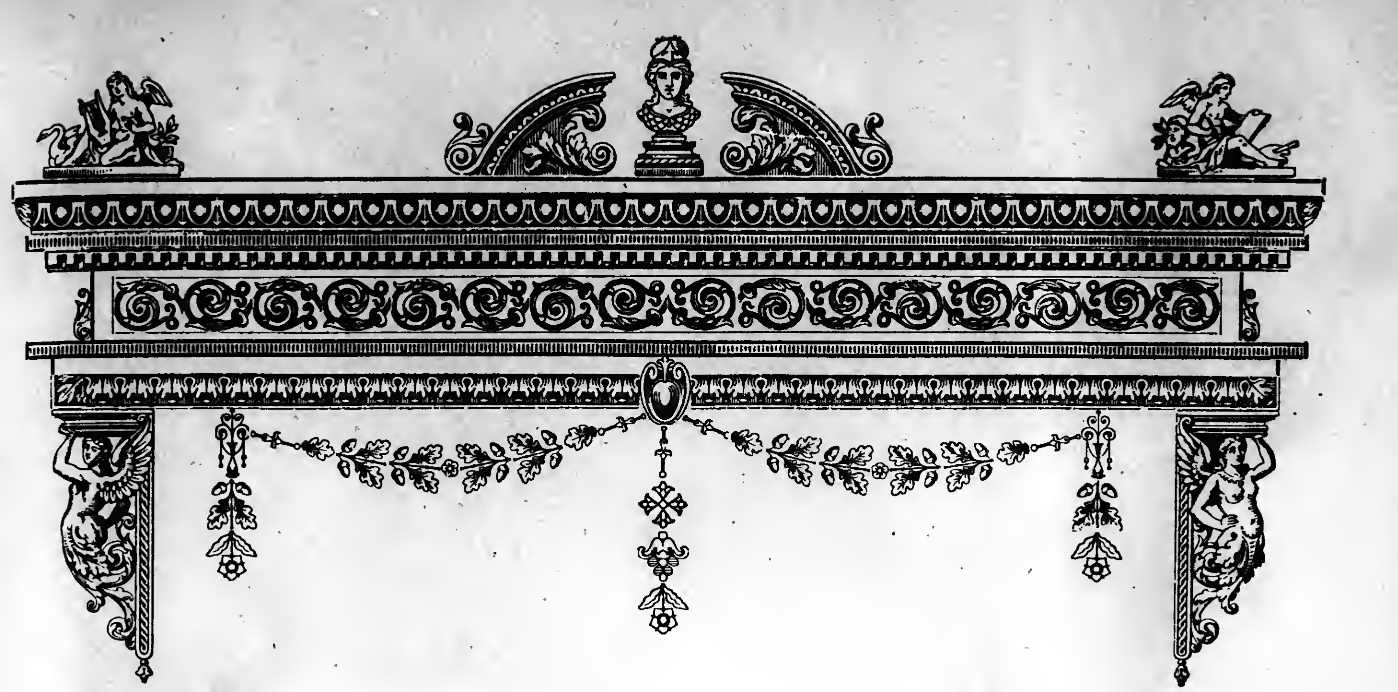
¡Plegue á Dios que esas almas,
que en la mía arrojaron descreídas,
sonrisas, como el hielo de la muerte,
no sufran las torturas de los Midas,
aunque se hallen en altas posiciones
y de oro entre montones;
porque *estas injusticias aparentes*,
—que creen obra de Dios las pobres jentes,
y sin grandeza sufren, con disgusto,—
tienen de Dios *tambien compensaciones!*
¡En todo, sabio y justo
el Dios de los creyentes,

reparte á todos por igual sus dones !

¡ Oh ! santa fé, sublime,
siempre en su Dios aliente á los mortales;
porque jamás los goces materiales,
la sed del oro, el sórdido egoismo
y estúpido ateismo,
destruir podrán el soberano aliento
de caridad, virtud y patriotismo
y sacra inspiración del sentimiento,
que son el inmortal gérmen fecundo
de la existencia intelectual del mundo !

Buenos Aires, Diciembre de 1888.





LA CONQUISTA DE MÉJICO [1]

> 33. Los cuales por la fé conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron las bocas de los leones.
> 34. Apagaron la violencia del fuego, evitaron el filo de la espada, convalecieron de enfermedades, fueron fuertes en guerra, pusieron en huida ejércitos extranjeros.
>
> Cap. XI. Epístola de San Pablo
> á los hebreos.

En todo su esplendor se hallaba España
del siglo diez y seis á los fulgores;
pues de sus antes divididos reinos,
que en permanentes guerras y rivales,
con sangre esa su patria fecundaron,
—ahora ya unidos y formando solo
una fuerte nación conquistadora,—
don Fernando el católico, invencible,
con firme mano el cetro sostenía,
por muerte de Isabel, la magna reina.

Tras *ocho siglos* de perennes luchas,
de Isabel y Fernando en el reinado,
arrojó España á la africana costa
á esa morisma, que la Alhambra alzara,
y mezquitas y alcázares do quiera;
y entrégales Boabdil, con llanto acerbo,
de su Granada las doradas llaves,
entre los himnos, que modula España.

Un solo idioma, religión y leyes
rigen luego á esa vasta monarquía,
donde imperando al fin la paz interna,
reverdecen las letras, ciencias y artes,
y á cien conquistas lánzanse sus héroes,
que dan á sus monarcas nuevos reinos
allá en Italia, en Africa y en Flandes
y en ese de Colón hallado mundo;
y ya es entonces la famosa España
la nación más potente de la Europa,
recibiendo en su seno los tesoros
de los vírgenes pueblos de Occidente,
donde enclavando el lábaro cristiano,
extiende sus empresas y sus glorias,

(1) Todos los hechos y descripciones que se narran en esta Conquista de Méjico, están perfectamente comprobadas por las cuatrocientas notas que contiene, sacadas de los principales historiadores que se han ocupado de este asunto.

que Europa admira y asombrada calla,
sin osar disputarle su grandeza.

Tal era España al espirar Fernando,
quien dispuesto dejó, que el mando hubiese
el cardenal Jiménez de Cisneros,
de gran fama en su patria y fuera de ella,
porque su hija la reina doña Juana,
retirada se hallaba en Tordesillas,
sufriendo siempre de morales males;
y de ésta el hijo Carlos se encontraba
en Flandes residiendo; y á Fernando,
aunque menor que Carlos pretendían
sus muchos partidarios y nobleza
de Castilla en el trono colocarle,
por su temprano juicio y su talento
y ser nacido y criado en esa corte,
do al heredero príncipe extranjero,
ninguno conociera ni quería.

Por tales causas y contrarios bandos,
la larga paz de la nación potente,
mal su espíritu bélico adormido,
turbóse en todo el reino; y cauteloso
dispuso el cardenal armar los pueblos,
mas de Aragón, Valencia y Cataluña
y Castilla se alzaron las comunas;
y en Navarra, por propias sucesiones,
sus contiendas renuevan los partidos,
que parecían para siempre extintos;
don Pedro de Giron disputa al conde
de Medina Sidonia los estados
en la bella oriental Andalucía,
el derecho invocando de su esposa
Mencía de Guzmán; y sus adeptos,
por una ú otra causa rompen lanzas,
y la guerra civil estalla y cunde;
son aclamados con aplauso en Nápoles
doña Juana y el príncipe don Carlos;
mas la voz engañosa allí se entiende:
—que el finado monarca, en legal forma,
deja ese reino al duque de Calabria;—
y murmurando el vulgo, toman creces,
anarquía, motines y tumultos,
y no hay caudillo que imponerse pueda;
y en Sicilia también alzóse el pueblo
contra el virrey Moncada, que vencido,
el mando deja en manos de la plebe,
que impulsada por altas ambiciones,
embriágase en saqueos y venganzas.

Entretanto, otra guerra en su palacio,
mas solo diplomática y de astucias,
el cardenal regente sostenía,
con el dean Adriano de Lobáina,
que luego papa fué con este nombre:
tal enviado, llegando desde Flandes,
á nombre de don Carlos reclamaba:
que Cisneros el mando le entregase,
el poder exhibiendo en toda forma;
porque el finado rey, siendo tan solo
un nuevo tenedor de esa corona,
desde la muerte de la excelsa reina,
no en los propios dominios de ella pudo
un regente imponer, sino entregarla
de Castilla á su próximo heredero.

Y la oración, entonces, por pasiva,
volvióle el gran Cisneros, replicando:
si el monarca tal cosa hacer no pudo,
sino al dueño legítimo el volverla,
también el poderdante está inhibido
de tomar posesión y reclamarla,
inter su madre doña Juana viva,
que es solo de Castilla la heredera;
ó ésta y los reinos, de común acuerdo,
el cetro de su abuela ante él depongan.

Pero como ambos delegados eran
hombres de paz, de altura y de principios,
y comprendían que cuestiones tales,
del trono y su grandeza eran en mengua,
lográronse entender, marchar unidos;
y á *los dos años* entregó Cisneros
al príncipe don Carlos la corona,
por incapacidad de doña Juana.

Por sus costumbres, traje y nacimiento
y hablar el español difícilmente,
extranjero en España era don Carlos,
formando de su séquito la corte:
y de gran canciller nombra á un flamenco,
y de arzobispo de Toledo á otro,
rodeándose al principio de sus hombres,
como si de ellos careciese España,
que con disgusto general recibe
á ese nuevo monarca, advenedizo;
mas el genio, talento y perspicacia
de ese monarca de elevadas miras,
trázanle otro camino al poco tiempo,
y su deber comprende y conveniencia,
y *él cómo debe gobernar*, benigno,
á ese gran pueblo de gigantes hechos;
y poco á poco se apacigua y calma
ese guerrero pueblo, *que presiente*
un gran conquistador y un gran guerrero
en su joven monarca; y le contempla
cual digno sucesor de su gran reina,

y le rodea entonces y le sigue;
y aclamado el monarca en toda España,
nuevos láuros y glorias dá á sus héroes
en Goleta, Pavía, Roma y Nápoles. 1

En *mil quinientos seis* el Rey Fernando
morir dejó á Colón en la miseria,
de las cuentas negándole el arreglo,
y los dominios, títulos y bienes,
adquiridos por pactos con la corte;
mas ora fuese al fin, que arrepentido
de tamaña injusticia, ya quisiese
en algo repararla, ó porque Diego,
el hijo de Colón, se desposase
con la noble María de Toledo,
sobrina del famoso duque de Alba,
el título acordóle de *Almirante,*
y el mando de las islas descubiertas,
pero *no el de virrey;* y con su esposa
salió don Diego, *en mil quinientos nueve,*
á tomar posesión de sus dominios
y gobernarlos como jefe de ellos.

Y *en mil quinientos once,* el almirante
mandó á Diego Velázquez, su teniente,
á Cuba á someter,—cuya conquista
debida de Las Casas á la influencia,
que entre aquellos indígenas obtuvo,—
sin correr mucha sangre realizóse,
y de ella fué gobernador nombrado;
dividióse la tierra en los colonos,
á explotarse las minas comenzaron,
y vióse en breve la isla floreciente.

De ella á la vela, en *tres embarcaciones*
se hizo Hernández de Córdoba, afanoso,
el año *mil quinientos diezisiete;*
unos suponen que iba á las *Lucayas,*
de indios en busca, para luego en Cuba
vender á agricultores y mineros;
y otros que á Tierra Firme se lanzaba
por crecientes rumores impulsado:
—de que auríferas tierras, vastos reinos
allá existían de oriental riqueza.—

Los bajeles de Córdoba en los mares,
por *tres semanas* combatidos fueron
por recios vientos y contrarias olas,
arribando por fin á extrañas playas;
era allí Yucatán; y con asombro
edificios valiosos contemplaron
de cal y piedra, en vez de humildes chozas,
como sólo se vieron hasta entonces
en aquellos parajes descubiertos; 2
cultivadas campiñas, ricas mieses,
fábricas, artefactos y mercados;
y el lujoso vestir de los indígenas,
de más viril espíritu guerrero,
disciplinado y de mejores armas:
lo que bien claro demostraba á todos
la civilización de un continente,
que si inferior en adelanto y ciencias,
más rico en oro y plata que el antiguo.

Que sostener tuvieron cien refriegas
por toda aquella costa los cristianos,
á más de los trabajos inherentes
á esa tan pobre expedición aislada;
y de *ciento diez hombres* que tenía
cuando zarpó de Cuba, ya en Campeche,
ni la mitad contaba en los bajeles;
y el denodado Córdoba, teniendo
trece graves heridas, mal curadas,
que impedíanle ir más adelante,
después de varios meses presentóse
en la espléndida Cuba, dando al aire
la bandera española, en ambos mundos
triunfante siempre por aquellos tiempos;
mas no pudo este intrépido soldado
el premio recibir de tal hazaña,
pues *en breve murió* de sus heridas.

Como eléctrica luz, que aclara y cunde,
así por toda Cuba se extendieron
de esos marinos las noticias faustas
y las pruebas del oro y las riquezas,
que ostentaba el grandioso continente,
al ver el oro y plata que traían,
ricas telas y muchos artefactos;
y de esa bella Cuba los colonos
partir ansiaban á región tan rica,
cual dos tiernos amantes ardorosos,
tras largo tiempo de esperar constantes,
pisar anhelan la nupcial capilla......
ó el propicio momento hallarse á solas
de amalgamar su sér en uno solo.

II

1518

Las faustas nuevas de los ricos reinos
de ese gran continente, que buscaban
todos los denodados españoles,
desde las ya pobladas nuevas islas,
la codicia en Velazquez despertaron,
á la vez que el deseo de eximirse
de prestar obediencia al almirante,
si algún imperio conquistar lograba,
de esos muchos que allá se suponían;
pues mostróse envidioso, cuanto ingrato,
con todos los que luego le sirvieron:
y á ofrecerse corrian los colonos,
esperando tambien mejor fortuna,
si á ese imperio pasaban, decantado:
y *cuatro* naves preparó Velazquez,
de armas y bastimentos bien provistas.

A don Juan de Grijalva, su pariente,
el mando de ellas dió; y por capitanes
nombráronse á don Pedro de Alvarado,
al experto Francisco de Montejo
y á don Alonso Dávila, caudillos,
muy conocidos en aquellas islas,
que en pos de sí llevaban prestigiosos
á *doscientos cincuenta* aventureros,
que rogaron el ir como soldados.

Y pronta ya en el puerto esta flotilla,
de Santiago de Cuba partió ufana
el *primer día* del alegre *Mayo*
del año mil quinientos diez y ocho. 3

De Córdoba tomóse el derrotero,
mas los contrarios vientos y corrientes
á la isla Cozumel llevan la flota,
de do tornando á recobrar el rumbo,
avista á Yucatán, y sigue andando
por las costas no ha mucho recorridas,
hallando siempre belicosas tribus,
que si hostiles no la hacen los perjuicios
que á la otra anterior, es porque cáuta
hacia ellas bien armada se aproxima.

Al mirar á los pueblos ribereños,
que desde lejos y entre bellos bosques
y granjas, caseríos y sembrados,
europeas ciudades parecían,
igual admiración también sintieron,
que la gente que á Córdoba siguiera,
y algunos esas costas encontraron
á muchas de su patria semejantes,
y entusiasmados los cristianos todos,
á esa tierra pusieron *Nueva España.* 4

Y en el *rio Tabasco* entra la flota,
hasta donde *en dos bocas* dividido,
al mejicano golfo dá el tributo
de navegables aguas caudalosas,
y pusiéronle *rio de Grijalva.*

Quedáronse *en dos* naves los marinos,
y en las *dos otras* de menor calado,
embarcados los hombres de pelea,
y del río venciendo la corriente,
tierra adentro se internan, decididos:
aparecen los indios en canoas,
del río el paso á disputar resueltos;
mas al ver á esas naves formidables
y de su gente la actitud confiada,
huyen y dejan que á la costa baje,
do dando al aire su bandera patria
y posesión tomando de esa tierra,
á Julian y Melchor, jóvenes indios,
en Yucatán por Córdoba tomados,
á ofrecerles la paz Grijalva envía.

Llegaron del cacique algunos siervos,
conduciendo á Grijalva sus presentes,
y éste arengóles, como siempre hacían,
diciendo: que un monarca poderoso,
de donde sale el sol y á todos manda,
la paz les proponía, si obediencia
prestaban á su Dios y su corona.

Sorprendidos volviéronse los indios,
mas prometiendo darle la respuesta,
en breve regresaron, exponiendo:
que no de otros querían ser vasallos,
reciben extrañando tal propuesta,
pues no habian mostrado descontento
de servir al cacique, que tenían,
quien la paz aceptaba, no la guerra,

porque lo que es mejor siempre se elige,
y no porque temiesen ser vencidos.

Tan fundadas razones, y el aplomo
con que esos indios sin temor volvieron,
hiciéronles prever á los cristianos,
que eran de más valor y más cabeza,
que todos los que hallaron en las islas.

Poco después preséntase el cacique,
con desarmada gente, comprendiendo,
que mostrar desconfianza era una ofensa,
y sus criados entregan á Grijalva
alhajas de oro, plumas y tejidos
fabricados con gusto y diestramente;
y Grijalva á su vez otros regalos
de *bujerias* hácele al cacique,
y sale al mar y sigue su camino,
en pos de sí dejando honrosas huellas,
como un explorador, que hábil pretende
por do quiera dejar gratos recuerdos. 5

En otro río intérnase Alvarado,
cuyo nombre también le deja puesto;
y al ver de otro en la márgen á los indios,
blancas banderas tremolando en astas,
y con señas y voces ser llamados,
le pusieron el *Río de Banderas*:
todos bajan á tierra presurosos,
aunque contra asechanzas prevenidos;
rodéanles los indios, y *tres* de ellos,
al parecer señores principales,
hacen mil reverencias á Grijalva
y á los caudillos, que con él miraron;
y un discurso pronuncian, que no entienden
ni Melchor ni Julian, porque en azteca
ya esos indios hablaban, exponiendo:
que del gran Motezuma eran enviados.

Tienden luego los indios sus esteras
de entretejidas palmas y de esparto,
y un banquete á sus huéspedes ofrecen
de aves, pescados, frutas y licores,
bajo la sombra de árboles coposos
y al ledo son de los variados trinos
de aves canoras, que los bosques pueblan.

La fraternal comida terminada,
á Grijalva presentan los tres indios
raros objetos de oro, que el monarca
como ofrenda á sus huéspedes envía;
y los indios al ver los *abalorios,*
tijeras, bujerias y espejillos
y otras mil bagatelas, que llevaban
en tales viajes siempre los cristianos,
por sus objetos de oro pretendieron
con empeño trocarlos; *y en seis dias*
juntó Grijalva, sin esfuerzo alguno,
de *quince á veinte mil pesos* en oro. 6

Tan halagüeño resultado incita
á que muchos pidiesen á Grijalva:
que empezase á fundar una colonia
allí de promisión bendita tierra.
Y á ello hubiera accedido, aunque notara
la grande población de aquellas costas,
y que luchar tenía con infieles
de más coraje y de terribles armas,
si órden expresa de *explorar tan solo*
y por oro trocar las bujerías,
no le impidieran intenciones tales.

Quedando, pues, amigos de esos indios,
partió Grijalva sin perder la costa,
y esta su expedición la gloria tuvo
de *asentar la primera su estandarte*
en el imperio mejicano, inmenso!

Con todo el oro y tan plausibles nuevas,
manda Grijalva á Pedro de Alvarado:
que en una embarcación á Cuba parta,
para que así Velazquez, al saberlas,
tiempo tuviese de aprontarlo todo,
si quisiese emprender ya la conquista.
Y en seguida Alvarado torna á Cuba. 7

Y tres islas dejando á retaguardia
las fuerzas de Grijalva, exploradoras,
bajan á otra, á examinar dispuestas,
uno que juzgan templo ó caserío,
do de figura horrible ídolos hallan,
y en las primeras gradas extendidos
siete cuerpos, recien sacrificados,
con abiertas entrañas palpitantes,
y no lejos huir los victimarios;
y á sus naves volviéndose enseguida,
isla de Sacrificios la pusieron.

Y el día del Bautista en otra bajan,
y tanto por rendir una lisonja
al jefe, que los manda, como al santo,
la llaman isla de *San Juan de Ulúa*,
pues *culúa* los indios repetían,
para dar á entender que era *una parte*
de una provincia del imperio azteca,
y *unos días* allí se detuvieron
cuentas trocando por objetos de oro.

Y tomando Grijalva el derrotero,
al Norte vira y por la costa sigue
de Tuspa y Tusta, las gemelas sierras,
que el mar bordan y corren por Tlascala,
y se encuentran de Pánico en las costas,
de Nueva España la región postrera,
por la parte del golfo Mejicano:
surgen á un río, que cubierto miran
de *diez y seis canoas* con sus indios,
que de guerrero aspecto y bien armados,
á la nave de Dávila atropellan,
por corriente veloz favorecidos;
y lanzando sus flechas á millares,
intentan abordarla; mas al punto
las otras dos arrojan sus bateles,
que cargados de diestros tiradores,
echendo á pique á varias y matando
indios, que en otras huyen presurosos,
asombrados del fuego y las espadas
de esos blancos de barbas denegridas,
ú otros trigueños con las barbas blancas.

Alzan luego sus anclas los bajeles,
y dejando á ese *Río de Canoas,*
hasta lejano cabo se dirijen,
cuyo mar turbulento les obliga
ya de común acuerdo á dar la vuelta,
no creyendo Grijalva ni su gente,
que pensara Velazquez en mandarles
órdenes nuevas ni socorro alguno,
con que comienza dar á la conquista,
que efectuar anhelaban, impacientes.

A desandar el rumbo, que llevaron,
los tres bajeles vuelven, recorriendo
las virginales playas mejicanas,
con el placer, que vuelve el tierno amante
á contemplar á la mujer querida;
y *del mismo año el quince de Noviembre,*
en Santiago de Cuba se presentan,
llevando ya las pruebas y los datos
de la existencia *del buscado imperio.*

III

1518

El oro y las noticias, que Alvarado,
presuroso llevó á la isla de Cuba
del gran imperio, en TIERRA FIRME hallado,
indecible alboroto produjeron;
pero principalmente
en el gobernador Diego Velázquez,
quien decidió impaciente:
aprontar los bajeles necesarios,
en cuya empresa todos le siguieron,
amigos y contrarios,
porque en ella su dicha todos vieron.

Al soberano remitió en seguida
su buena parte de oro,
y una halagüeña relación cumplida
de aquél descubrimiento;
sus servicios audaz encarecía,
y los de otros callando,
de *Adelantado* el título pedía
de las tierras, que fuese conquistando
en aquél continente á los infieles. 8

Y el activo don Diego de Velázquez,
que un gran conquistador ya se creía,
seis medianos bajeles
adquiridos tenía,
cuando en el puerto apareció Grijalva,
imaginando hallarle agradecido;
pero fué por Velázquez recibido
con despecho y enojos:
por no haber procedido
á dejar planteada *una colonia;*
mas púsole Grijalva ante los ojos
la instrucción terminante, que le diera:
—de solo descubrir el gran imperio,
y con seguros datos,
sin poblar tierra alguna se volviera.—

Por ser, pues, obediente
á los claros mandatos
de su avaro pariente,
cayó el pobre marino *en su desgracia;*
como caen casi siempre los honrados,

que sirven á algún déspota ambicioso:
no hizo lo que otros, luego más osados,
que con génio y audacia
por láuro eterno fueron coronados.

Y don Diego Velázquez, conociendo
cuanto en tales empresas importaba
el ir activamente procediendo,
dentro y fuera incansable maniobraba,
hallando en todos noble concurrencia;
y mientras demandaba,
más bien la aprobación, que la licencia,
de los padres gerónimos,
que ya en Santo Domingo residian,
se alistaba la armada,
y los bajeles carenar se hacían
de la anterior jornada:
y unidos á los otros en la rada,
lograron los marinos contemplarlos,
esperando la marcha alegremente.

Pero muy fuertes gastos demandaba
el pertrechar los buques y lanzarlos
á tal expedición, con buena gente,
como tan gran empresa requería;
y del gobernador no eran bastantes
los recursos ni fondos que tenía;
y á buscar decidióse
un sócio de importancia é inteligente,
que el capital tuviere suficiente,
y que además reuniera
prestigio, competencia y nombradía,
y de ambición de ascensos careciera:
es decir, *que un autómata* quería,
que á sus planes sumiso obedeciera,
sin causarle inquietudes,
y *de firme peldaño* le sirviera.

Antonio y Bernardino de Velázquez,
sus cercanos parientes,
Vasco Porcallo y Baltasar Bermúdez,
y otros nobles hidalgos, pretendientes,
su dinero y servicios le ofrecieron
con mano generosa,
queriendo cada cual ser preferido
en mandar una empresa tan gloriosa....
en rendir á su patria ese tributo;
mas Velázquez de todos desconfiaba....
al uno suponía
demasiado *ambicioso, audaz* y *astuto*;
al otro *incompetente* le creía,
y en *ninguno* veia
al hombre *excepcional*, que se forjaba;
así es, que temeroso é irresoluto,
sin hacer su elección permanecía,
en ella procurando no engañarse;
pero pasaba el tiempo y no encontraba....
el árbol donde ahorcarse.

En Cuba por entónces residía,
aunque algo ya del mundo retirado,
Hernán Cortés, insigne caballero,
por sus hechos, nobleza y amoríos,
ingenio y valentía,
y en terribles empresas el primero:
de enfermiza niñez, fué con los años
adquiriendo salud, se hizo robusto,
como el buen jardinero, cuidadoso,
hace lozano al delicado arbusto;
y mandóle su padre á Salamanca,
al observar, gozoso,
su precoz y brillante inteligencia,
para que diese un día
honra á su estirpe, atesorando ciencia;
pero el mancebo allá tan solo hacía
muy regulares versos y diabluras,
intentando arrogarse el privilegio
de *ser el más travieso en las locuras*
de todos sus amigos de colegio:
y ya en tales campañas,
héroe soñando ser de mil hazañas,
mostró gran afición por la carrera
de las armas gloriosa,
ó por aquella vida aventurera,
que en tal época era
la más sobresaliente y provechosa,
cuando no se seguía
la también lucrativa religiosa
que á *prebendas y mitras* conducía. 9

Y despues *de dos años* de estudiante,
obtuvo al fin el paternal permiso
de ir á unirse al capitán triunfante,
que reinos en Italia conquistaba;
pero una enfermedad le sobrevino,
y no pudo embarcarse en los bajeles:
opúsose á tal viaje *su destino*,
que más brillante gloria le guardaba
en las vírgenes playas de Occidente.

Y buscando después *otras banderas*,
á Indias á partir se preparaba,
en la flota de Ovando, su pariente,
en busca de riquezas y aventuras,
pero uno de esos tristes contratiempos,
que sufren los amantes,
hiciéronle otra vez quedar doliente,
porque *la noche antes*,

que partió aquella flota,
de una dama escalando los balcones,
rompiéronse las cuerdas, y entre escombros,
revueltos en montones,
cayóse como un gato, magullando
sus piernas y sus hombros,
y *por meses* inválido quedando.

Mas después *de dos años* transcurridos,
y cuando *diezinueve* ya tenía,
en la nave de Alonso de Quintero
para Indias partía,
anheloso de gloria y de dinero:
llegó á Santo Domingo, y su pariente
Ovando estaba ausente,
y díjole á Cortés el secretario:
«Si os mostrais con Ovando complaciente,
os dará algunas tierras y encomiendas,
y os hareis millonario
en las minas y haciendas,
y persona en la isla muy querida.»
Pero Cortés repúsole en seguida:
«Nó; porque yo no vengo con desdoro
á labrar como rústico la tierra....
vengo á conquistarla, y en la guerra
á adquirir fama y oro....
esto pretendo, como bueno.... ó nada!»

Mas cuando llegó Ovando, disuadióle
de llevar adelante sus intentos,
pues no había en la isla por entonces
expedición alguna preparada;
y con largueza dióle
tierras, repartimientos
de indios, ya enseñados al cultivo,
y además, confirióle
el cargo de notario
del nuevo pueblo de Ázua,
que próspero aumentaba en vecindario;
pero no le impidieron
sus nuevas atenciones,
el dejar de tener sus amorios,
que eran sus predilectas distracciones,
y pendencias buscar y desafíos,
que heridas mal curadas le costaron,
y cuyas *cicatrices y dolencias*,
hasta el postrer instante le aquejaron.

Y olvidando otras veces sus asuntos
y diarias aventuras y pendencias,
iba de aficionado acompañando
á las fuerzas de Ovando;
y demostró su genio y valentía
haciéndose temible del salvaje,
y á la vez adquiriendo nombradía;
y tal aprendizaje
dióle después *la táctica invencible*
que en el nuevo hemisferio
con gran asombro desplegó de todos,
al conquistar un poderoso imperio.

Así Cortés solía
su vida entretener de negociante
é inexperto notario;
pero mal esa vida se avenía
con su afición de caballero andante
y genio militar extraordinario;
y *en mil quinientos once*
trocóla por la vida de guerrero,
y á conquistar á Cuba
acompañó á Velázquez el primero.

Y en Cuba distinguióse
por su genio, estrategia,
actividad y aliento poderoso,
y de todos granjeóse
la admiración y aprecio generoso;
y á Velázquez fué allí tan necesario,
que después de finada la conquista,
nombróle *su preciso secretario*,
y los sucesos prósperos siguieron.

Entre algunas familias castellanas,
que luego á residir á Cuba fueron,
llegó Juan Suárez con sus *cuatro hermanas*,
que el respeto de todos merecieron;
pero de una, llamada *Catalina*,
que era la más donosa y peregrina,
enamoróse el joven secretario;
y el galanteo fué tan adelante,
con el amartelado trato diario,
que el secretario amante,
su palabra la dió de casamiento;
pero la historia *el pormenor ignora*,
de si antes que la curia interviniera,
tuvo el amante *algún atrevimiento*
con la donosa joven seductora,
y de ella se burlara,
ó solo él, *por voluble* desistiera,
y el plazo *día á día retardara*. 10

Pero á su vez Velázquez,
—que á otra hermana de amores requería,
y ambos, con disgusto cada día,
del proceder de Hernán eran testigos,—
reprochóle *su falta de palabra,*
y cesaron de ser buenos amigos:
y Cortés, resentido, entró en el bando,

que descontento estaba maquinando,
y aceptó, por librarse *de entre rejas*,
al jefe superior de la Española,
contra Velazquez elevar las quejas,
que en Cuba formulábanse ruidosas.

Y Cortés, á cruzar se disponía
mas *de diez y ocho leguas* correntosas
en endeble canoa,
cuando oculta partida le aprehendía,
y en oscura prisión fué sepultado;
pero en ella, trozando sus cadenas,
rompió *de la ventana el enrejado*,
caer dejóse del *segundo piso*,
como otras veces hizo,
travieso, en su colegio;—
y su destino quiso,
que sin sufrir gran golpe se salvase;
y yéndose á la iglesia,
reclamó del asilo el privilegio.

Velazquez, ni otro alguno,
á violar se atrevieron ese asilo;
pero Cortés, *cansado*
de verse por los frailes regalado,
y de vivir á su pesar, tranquilo,
muy garifo del templo salió un día,
poniéndose los guantes,
presumiendo á Velazquez y patrullas
hallar más tolerantes,
mas el pórtico apenas trasponía,
cuando Juan Escudero,
que era alguacil, con otros ayudantes,
le sorprenden *y le atan de los brazos*:
y el noble caballero,
sin conseguir romper aquellos lazos,
vuelve á ser á la cárcel conducido,
de do *al siguiente día* fué embarcado
en una carabela,
que á la Española hacíase á la vela,
para ser encausado.

(Varios años después, en Nueva España,
se encontró Hernán Cortés con Escudero,
que en un motín hallóse complicado;
y recordando la servil hazaña,
hízole *ahorcar de un cocotero.*
Este hecho nos demuestra,
que si Cortés *fué bueno*, como amigo,
y jamás olvidó á sus compañeros,
era malo también para enemigo).

Hacia *la media noche,* casi todas
las guardias y rendidos marineros
dormían en la quieta carabela,
que iba á zarpar al alba,
cuando el pobre Cortés, que estaba en vela,
confinado en la proa,
á popa se escurrió, sin ser sentido,
y viendo en ella *atada una canoa*,
y de la oscuridad favorecido,
desciende á la canoa, silencioso,
y á la orilla remando se dirije;
pero el mar tempestuoso
vuelta da al débil leño, que se lleva,
en sus rápidas aguas la corriente;
y entonces Cortés, que era
nadador excelente,
consigue al fin llegar á la ribera;
y al alba, con sigilo,
y agua vertiendo su deshecha ropa,
á ganar vuelve *su pasado asilo.* 11

Y en seguida Velazquez
buscó ya *por su propia conveniencia*,
de Cortés la amistad, pues conocía
cuanto Cortés valía
y su mucha influencia:
quejas ambos se dieron,
y á darse explicaciones arribaron;
sus amigos mediaron.
y al fin reconciliados se entendieron,
y entre ellos la asechanza se termina.

Y Cortés, como hidalgo. recordando
su empeñada palabra á Catalina,
desposóse con ella, muy contento;
Velazquez *fué el padrino*,
y de indios le dió un repartimiento,
solar y buenas tierras, y nombróle
alcalde de esa villa de Santiago,
que era elevado puesto, con que honróle.

Y entregado Cortés á la labranza
y á explotar una mina,
feliz vivía, haciendo una fortuna,
al lado de su bella Catalina:
sus locuras pasadas
juicioso ya deplora:
y en ella cada día se embelesa,
y más tierno la adora.
que si hija fuese de una gran duquesa. 12

IV

1518

Aún Velazquez hallábase indeciso
en hacer su elección, pues desconfiaba
de todo pretendiente,
y en ninguna encontraba
al hombre excepcional, que se forjaba,
y creyese á sus planes conveniente,
cuando su secretario Andrés del Duero,
con Amador de Lares, tesorero,
—personas que Velazquez estimaba
y cuyas opiniones siempre oía;—
de sus cavilaciones le sacaron,
indicando á Cortés *como el primero*,
que aquella empresa dirigir debía:
su genio y cualidades ponderaron,
prestigio y competencia;
y Andrés del Duero y Lares agotaron
en decidirle, toda su elocuencia;
porque en ambos entraba
también el interés y conveniencia.

Más que todos, Velazquez conocía,
que cual Hernán Cortés otro ninguno
mejor para la empresa encontraría;
y que de este cumplido caballero
la lealtad y gratitud ligaba,
si de todos nombrábale *el primero;*
y de cavilaciones
cesando al fin, siguió las opiniones
de Lares y del Duero,
y á Cortés fué á decirle decidido:
—que de sus cualidades
notables, persuadido,
y como prueba de amistad honrada,
habíale nombrado
capitán general de aquella armada;
y que con el dinero, que pudiera,
porque ya el suyo hallábase agotado,
los dispendios hiciera
para quedar del todo preparada,
después cobrando á proporción la parte,
que hubiese en tales gastos invertido,
según fuese la entrada.—
Y así amigablemente,
quedó este asunto entreambos convenido. 13

Y el gran Hernán Cortés, desde ese instante
alzó erguida su frente,
é irradió la ventura en su semblante:
la dicha suspirada de su vida,
sonriéndole radiante,
veía al fin cumplida:
ya no iba, no, en el recinto estrecho
de un miserable islote,
cual triste galeote,
á seguir un trabajo mercenario:
ya felice, espandíase su pecho,
en su soñado, espléndido escenario;
y un riquísimo imperio en Occidente,
del vírgen continente,
magno campo á su aliento le brindaba,
y la luz de su cielo entreveía,
que de triunfos colmaba
su noble afan de gloria y nombradía:
y este voraz anhelo
agítale ya entonces más vehemente,
con intuición divina;
y olvida su memoria
el antes puro y estrellado cielo
del amor de su bella Catalina,
y adquirir para ella una fortuna:
sólo siente ya su alma *sed de gloria*,
porque no puede haber pasión alguna,
cuando otra intensa, ardiente,
cual la preocupación de un visionario,
corroe noche y día nuestra mente,
con algo excepcional y extraordinario!

Hernán Cortés *hipotecó sus bienes,*
buscó y pidió dinero á sus amigos:
compró al fiado á los ricos comerciantes,
á precios usurarios,
y todos de su afan fueron testigos,
sorprendidos quedando
de su noble entusiasmo generoso,
y el repentino impulso poderoso,
que fué á la armada dando;
y trescientos *soldados* se acojieron,
cual si fuesen á alegre ventorrillo,
á las nuevas banderas
del animoso y popular caudillo,
quién para tal empresa redentora
un estandarte alzó *de terciopelo,*

de oro bordado y flecos, y el emblema,
entre el blanco y azul color del cielo,
de roja cruz, cual símbolo divino,
como la cruz que puso
el primero en el suyo Constantino,
de su imperio al llevarlo á los estremos,
grabándole este lema:
sigamos esta cruz y venceremos.

Pero los desairados pretendientes,
de tan honroso puesto,
—muchos de ellos parientes
de Diego de Velazquez,—
en su alma desconfianzas engendraron,
y á un bufón, que tenía,
á secundar sus planes prepararon;
y el loco á su amo dijo cierto día:
«De Epicuro *el sensualismo,*
de Platón *la idealidad,*
de Pirrón *el no hay verdad,*
de Zenón *el estoicismo,*
de Diógenes *el cinismo,*
de Antístenes *la insolencia....*
esta fué la pura esencia
de antigua filosofía....
ó la griega algarabia,
que entonces llamaban *ciencia.*»

«¡No estoy para oir tus bufonadas.
Hoy pienso en cosas sérias!»
«Al gato, que por liebre os han vendido,
vendedlo hoy en las ferias,»
al triste amo el bufón con sorna objeta.
«¿Qué dices?» «Que todo lo he sabido,
mi buen amo y señor: os han pasado;
pero ya la careta
debo quitar á quien os ha engañado.»
Y medio temeroso, esto le espeta:

«Señor, que fuisteis tan cuerdo,
y hoy por tonto os apercibo;
ó yo me he vuelto muy vivo,
ú os váis poniendo muy lerdo.

¡Oh, pobre gobernador....!
¿Sabeis que el hombre leal
vive el tiempo que el puñal
le concede del traidor?

¡El que se fía es un necio
de hombre que hubo ofendido;
porque nadie da al olvido
Una injuria ó un desprecio!

Habeis armado una escuadra..
para dársela.... á Cortés!
Y aun el can á vuestros pies,
ya erguido y rabioso os ladra!

Y no mireis con enojos
á este vuestro pobre siervo,
si os dice:—que creáis un cuervo
para que os saque los ojos!

Y si le dejais salir
con la escuadra de Santiago,
os anuncio un fin aciago,
que no quisiérais sufrir!

Precisa os será otra armada,
que de Cortés salga en pos....
¡Asi me lo dijo Dios.....
porque yo no digo nada!»

Al oir al bufón, quedó Velázquez
perplejo y combatido
por dudas á millares;
pero del Duero y Lares
alentaron su espíritu abatido
á la vez que irritado,
diciéndole, influyentes:
—que debían tenerse muy en poco
las palabras é ideas incoherentes,
sopladas por la envidia á un pobre loco....
por esos desairados pretendientes,
que procedían sólo por despecho.—
Y aunque Velázquez pareció calmado,
á sentir comenzó dentro del pecho
de la sospecha *el dardo envenenado.*

Y la pérfida intriga
á Hernán Cortés á referirle fueron
Andrés del Duero y Lares;
y con obvias razones le pidieron:
—que el embarco abreviara,
y en seguida á los mares
eludiendo asechanzaz se lanzara.—

Así Cortés lo hizo, y se le unieron
su amigo Bernal Diaz del Castillo,
don Diego de Órdaz, hombre de importancia,
y Francisco de Morla; y recibiendo
de su gobernador las instrucciones,
embarcóse *el dieziocho de Noviembre,*
entre entusiastas vivas y ovaciones. 14

Y Cortés se dirije
al inmediato puerto de *Macaca,*
donde todo el posible bastimento,
en compra al fiado saca;

sigue á la Trinidad, y pregonando
su conquista y grandezas ofreciendo,
ciento y tantos reclutas fué juntando
de aquellos que anduvieron con Grijalva;
y fuéronsele uniendo
expertos veteranos,
así como los nobles castellanos
de fuerte brazo y varonil talante,
don Pedro de Alvarado y sus hermanos
don Gómez, don Gonzalo, Juan y Jorje;
Gonzalo Sandoval, Juan Escalante,
don Cristóbal de Olid, Alonso Dávila,
don Juan Velázquez de León, Orozco,
don Rodrigo Rangel, don Pedro Sánchez
de Farfán, don Gonzalo de Mejía
y don, Alonso Hernán Portocarrero,
quienes todos ganaron nombradía
á la par que Cortés, *que fué el primero*
de aquella gran conquista en los anales.

Y al mirar los marinos y soldados
presentarse tan dignos oficiales,
fueron victoreados
con estruendosos écos de alegría
y músicas marciales,
y las salvas también de artillería.

Se halló *a un bajel* mercante en esa costa,
de granos bien cargado y mercancía;
y comprado á su dueño
el capitán Sudeño,
de Cortés recibió su importe en vales,
y consiguió á su empresa incorporarle;
y luego á Diego de Órdaz ordenóle:
—que partiera á esperarle
al cabo San Antonio,
y á procurar más víveres y gente;—
mas de allí por entonces separarle
era sólo su idea,
para obrar libremente;
porque Órdaz era amigo de Velázquez
y cercano pariente.

En tanto, de Cortés los detractores
hablaban ya en Santiago
con ese atrevimiento,
que da al cobarde el enemigo ausente,
de Velázquez labrando el descontento;
y un final harto trágico y aciago
á la flota y Velázquez predecía,
si Cortés en el mando proseguía,
el bufón Juan Millán, un ignorante,
que él mismo se decía
insigne profesor de astrología;
y así como el amante,
por perspicaz que sea,
cree los engaños del melífluo acento,
de liviana mujer, que le recrea:
creyó también Velazquez ese cuento,
como hombre ya ofuscado;
y á Francisco Verdugo, su cuñado,
que de la Trinidad era el alcalde,
despachóle un correo, apresurado:
—para que á Hernán Cortés destituyese,
de recibir el pliego en el momento;—
pero todo fué en balde,
porque al saber las tropas tal intento,
jurando por Santiago y por Castilla:
—amenazaron arrasar la villa,
si Verdugo llevaba la insolencia
hasta hacer á su jefe tal injuria.—

Tuvieron una larga conferencia
el alcalde y Cortés; y se convino,
que el alcalde á Velázquez escribiese:
—no llevar adelante su violencia,
y procurase proceder con tino;
porque Cortés habíale ya dado
cuantas explicaciones
dar debe al superior un jefe honrado.—
No era además Verdugo
un hombre de prestarse á vil venganza,
ni servir á ninguno de instrumento.
Y á Velázquez también Cortés escribe:
procurando extinguir su desconfianza
y proceder violento;—
remitiendo esta ofensa sagazmente
para mejor momento.

Y Cortés, diligente,
y por tales peligros apremiado,
manda á la Habana á Pedro de Alvarado,
por tierra, conduciendo
caballos y bagaje,
mientras la punta Occidental pasaba,
para reunirse después en tal paraje.

V

1519

La flota de Cortés, con viento en popa,
dejó á la *Trinidad;*
pero *a la media noche* levantóse
un fuerte temporal,
que á los bajeles hizo separarse,
en densa oscuridad;
mas al siguiente *despejado día*
lográronse encontrar,
y entraron en el puerto de la Habana,
menos la capitana,
que en uno de los bancos encalló;
pero Cortés, activo, hizo en el bote
conducir á ese islote
parte del armamento y provisión;
y quedando el bajel alivianado,
del banco fué sacado
y otra vez á cargarse se volvió.

Entre tanto, en la Habana se trataba,
no viéndola llegar:
que *dos ó tres bageles* por las islas
saliéranle á buscar;—
pero otros proponian: que en su ausencia
un segundo debíase nombrar; —
y fué don Diego de Ordaz *el primero*
tal plan en proponer,
creyendo, como amigo de Velasquez,
el preferido para el mando ser:
pero á nada arribaron,
porque muchos llegáronse á oponer.

Mas *al séptimo día* apareciôse
en la Habana Cortés,
y presurosa su entusiasta gente
á recibirle á la ribera fué;
y don Pedro de Barba, de allí jefe,
hospedóla *en su misma habitación;*
y con muchos vecinos de la Habana
la empresa se aumentó,
entre ellos don Francisco de Montejo,
que gobernó despues á Yucatán,
Saucedo, Diego Soto, Garci Caro
y otras personas más,
que cooperaron con su influyo y bienes,
aquel último apresto á terminar.
Y Cortés, advertido y previsor,
casacas mandó hacer á los soldados
rellenas de algodón,
para que ineficaz del indio fuesen
la aguda fecha y dardo volador;
y asi *á los pocos dias*, con corazas
su ejército se vió;
y diariamente *por mañana y tarde*
hacíalo adiestrar
en fingidos asaltos y batallas,
y en la estratégia para allí especial;
y como el arcabuz, ballesta y pica
debieran manejar.

Irritóse don Diego de Velazquez
con la conducta que Verdugo usó,
y á don Gaspar de Gárnica á la Habana
mandó sin dilación,
ordenándole á Barba: que aprehendiese
á don Hernán Cortés;
y quitándole el mando de la escuadra,
se lo mandase al punto en un bajel. 15
Mas por el mismo Gárnica, nuestro héroe
tuvo cartas tambien
de amigos leales,
exhortándole á no retroceder.

Hernán Cortés quedóse sorprendido,
al ver la obstinación
que contra él Velazquez desplegaba,
á pesar de la carta que le envió;
pero no vacilando ya un momento
su grande corazón,
y temeroso de Ordaz—que en su ausencia
suplantarle pensó—
le envió é Guanicanino, con pretesto:
de algunos bastimentos recoger
y allí esperar el paso de la escuadra,
sin dejar su bajel.
Y como se encontraba resentido
Velazquez de Leon
con su ingrato pariente
el altivo y falaz gobernador,
pudo Cortés, en breve, reducirle
su partido á seguir;
y de todos seguro, preparóse
para lograr su fin;
y apareciendo ante su adicta gente,
hace correr la voz:

que otra vez perseguido se encontraba
por el gobernador;
y otra vez sus amigos y soldados,
con noble indignación:
destruir amenazaron todo el pueblo,
si Barba osase dar
cumplimiento al mandato recibido. 16
Mas Barba, hombre sagaz,
ante ellos se presenta y les expone:
que no osará jamás
esa orden cumplir impertinente,
sino en todo ayudar
á su amigo Cortés y compañeros
en esa expedición,
que sería gloriosa cual ninguna,
para el nombre español.
Y como tales eran sus ideas,
Barba, pues, con placer las expresó.

Trocáronse los gritos de despecho
en un alegre aplauso general;
y así logró prudente Pedro Barba
un sangriento desorden evitar;
y por Gaspar de Gárnica, en seguida,
hizo á Velazquez ver:
—que eran inaplicables sus mandatos,
porque todas las tropas de Cortés,
antes de permitir que le aprehendieran,
moririan por él;
y que siendo Cortés un caballero,
debía procurar
por más seguros medios *atraerse*
su noble lealtad.

Despues de algunos dias, en la Habana
dejóse oir la voz:
—que trataba Velazquez *en persona*
de ir á ejecutar su decisión.—
Y como esto volvió á agitar la gente,
Cortés incontinenti resolvió,
puesto que pronto todo se encontraba
para hacerse á la mar,
nombrar sus jefes, dividir las fuerzas,
y emprender viaje, sin tardanza ya.

Y como sus bajeles *eran once,*
en once compañias dividió
su gente toda, dándoles el mando
á Montejo, Velazquez de Leon,
Portocarrero, Ordaz y Alvarado,
Morla, Escalante, Olid,
Saucedo y Sandoval, y dejó á Orozco
el cuerpo de artilleros dirigir;
y al diestro don Antonio de Alaminos
de piloto mayor se le nombró,
pues ya había cruzado aquellos mares
con Juan Grijalva, Córdoba y *Colón*:
Bartolomé de Olmedo, mercenario,
fraile de gran prudencia y de saber,
y el padre de Juan Diaz
fueron de Cepallanes de Cortés,
y hasta que la Conquista terminóse,
cumplió *el primero,* en todo, su deber.

Al Alvarado se envió á Guanicanino,
para que unido á Ordaz, esperasen
á la esouadra en el cabo San Antonio,
y ya con ella á Consumel marchasen.

Del puerto de la Habana
salió *el diez de Febrero*
la empavesada flota castellana,
como gentil guerrero
verse quiere en las lides coronado;
y en San Antonio unióse
á los bageles de Ordaz y Alvarado,
que prontos la esperaban,
y á los *once bajeles,* ya reunidos,
ciento diez marineros tripulaban;
quinientos diez soldados,
treinta y dos ballesteros
y *dieziseis* caballos,
dieziocho arcabuceros,
bastantes municiones,
y *cuatro* falconetes y *diez* piezas
de buena artillería;
y el servicio y peones
de *doscientos* indígenas sería. 17

Bajaron orgullosos
á tierra los soldados animosos;
y Hernán Cortés pasándoles revista,
para darles aliento
en esa magna y célebre conquista,
empuña su estandarte,
tiende sobre ellos su radiosa vista,
y les dirige asi su noble acento:

«Compañeros y amigos, ya en campaña,
asombrada nos vé esta virgen tierra,
que Dios benigno con sus galas baña,
y las delicias del eden encierra:
la santa cruz y el lábaro de España
triunfando sigan... por la paz ó guerra,
y entonces estos pueblos serán grandes....
como son sus tesoros y sus Andes!

Pero antes de emprender esta cruzada
el alma retemplad en fuego santo,
cual víctima inocente y ultrajada

á Dios entona su ferviente canto:
no el velar, ni la sed, ni el hambre, nada
logre causaros mísero quebranto:
vuestro caudillo soy, sedme leales,
y en fama y oro os trocará los males!

De este nuevo, bellísimo hemisferio,
con la Cruz y la fé en nuestros pendones,
el su muy rico y colosal imperio
vamos á conquistar, como leones,
y agregarlo al famoso trono iberio,
atrás dejando á todas las naciones;
y patria, libertad, glorias y leyes
darán á estos imperios, nuestros reyes!

No del mar os abatan las tormentas,
ni de tierra catástrofes horribles,
ni desiguales luchas ni sangrientas;
y muéstrense en proezas increibles
vuestras almas, gigantes y sedientas;
pues valen más y más invencibles
quinientos españoles decididos....
que *millones* de indígenas, corridos!

Sobre montaña de espinoso cono
la historia pinta al templo de la fama:
sacrificios haced en vuestro abono,
si su grandeza célica os inflama,
que solo admite en su sagrado trono
á quien la gloria universal aclama:
escalad y luchad.... siempre adelante....
y á él llegareis, con pasos de gigante!

Yo, por ir á buscar *eterna gloria*
mis bienes he invertido en esta empresa,
y alejo un puro amor de mi memoria;
mas si vosotros de falaz riqueza
anhelais la fortuna transitoria,
que estravía del débil la cabeza,
yo más oro os daré en esas comarcas....
que allá en Europa tienen los monarcas!

Ledas en torno de nosotros giren
la fe y constancia con fulgor creciente,
y Dios y nuestra patria nos inspiren
el fervor invencible del creyente,
para que nuevos siglos nos admiren,
deponiendo un laurel en nuestra frente.
¡Si, españoles, nuestra estirpe honremos....
sigamos esta cruz.... y venceremos!

Y pálido de emoción
alzó su nuevo pendón
el denodado Cortés,
conmoviendo el corazón
de su entusiasta legión,
á la cual el interés,
su amor patrio, abnegación,
la gloria y su religión
impulsaban á la vez.

Como de un buque las cuerdas
vibrar hace el vendaval,
así las almas vibraron
de aquella legión marcial,
ante la arenga espontánea
de su amado general,
á quien ya la Providencia
trazóle senda inmortal,
para convertir en polvo
un imperio colosal!

En el centro de un llano floreciente
modestísimo altar se levantó,
y una solemne misa *el nuevo día*
arrodillada la legión oyó.

Bajo el amparo de San Pedro puso
á aquella empresa el noble capitan,
y *al alba del diezisocho de Febrero*
á las costas partió de Yucatan.

Tenía Hernán Cortés *la edad* de Cristo,
cuando resuelto se embarcó á morir,
ó á conquistar á Méjico famoso,
y otro cristiano imperio allá á erigir.

VI

1519

Al salir de San Antonio
el precavido Cortés,
dispuso:—que los bajeles
debían el mar hender
lo más próximo posible
tras su principal bajel,
al que una luz en la popa
pondría al anochecer,

como un faro en las tinieblas,
para no alejarse de él;
pero si alguna tormenta
los llegase á sorprender,
y perdiéranse de vista,
señalábales tambien,
como punto de reunión,
el *Cabo de Cozumél.*

Separó en breve á las naves
un impetuoso huracán,
del que averiadas quedaron
unas menos y *otras más*,
aunque á Cozumél pudieron
casi todas arribar,
menos la nave de Morla,
que el timón perdió además;
pero á la ligera puesto,
después de la tempestad,
tuvo Cortés, con la suya,
despacio que convoyar,
hasta Cozumél, do juntas
halláronse todas ya.

Como don Pedro Alvarado
fué el primero que llegó,
ser tambien quiso el primero
en hacer la exploración:
y bajando á las riberas,
con sus soldados se entró
en las chozas y capillas:
los indios, en confusión,
tierra adentro se alejaron,
y Alvarado recogió
cuanto en ellas existía,
que tuviese algún valor;
y para hacerse de guías
á tres indios capturó;
mas Cortés á su llegada,
reprobóle tal acción,
tan contraria á la política,
que en su empresa demostró:
devolvióles lo usurpado
en la sorpresa anterior,
y dando á los tres indígenas
completa satisfacción,
díjoles:—que era su objeto,
como al del rey su señor,
solo el pedirles la paz
en aquella exploración.
Y con regalos y dijes,
libertad á los tres dió.

Y volviéronse contentos
esos indios á su hogar,
mostrando á sus compañeros
aquellas prendas de paz,
los que ávidos de esos dijes,
no se hicieron esperar,
y su oro y curiosidades,
en muy buena cantidad,
por dijes fueron cambiando
de más en más, al llegar
cada día á las riberas,
con más confiada amistad.

Noticias Cortés tenía
y otros muchos además,
que en esa ó en otras islas,
se debían encontrar
varios náufragos cristianos,
desde mucho tiempo atrás;
pues por allí se supuso
que llegase á naufragar
aquel bajel, que Balboa,
con siempre incansable afan,
despachó á Santo Domingo,
elementos á buscar
para emprender su campaña
del istmo de Panamá.

Así, pues, hizo Cortés
con su intérprete Melchor,
interrogar á los indios;
y en breve á saber llegó
por unos de Yucatán,
venidos á la sazón:
—que en sus nativas riberas
aún existían *dos;*
uno de su buen cacique
gozando la estimación,
y el otro de rica india
del poder y del amor.

Tal nueva entre los cristianos,
suma alegría causó,
no solo por libertarles
de esa vida de dolor,
sinó porque conocieron
que en aquella expedición
mas útiles les serían,
que el regimiento mejor.

Y á esos indios yucatanos
Cortés muchos dijes dió,
enviándole á su cacique
regalos de estimación,
y pidiéndole el rescate,
como amistad y favor.

Y á la yucatana costa
á Diego de Ordaz mandó
con *dos naves* y esos indios,
que iban en comisión,
y que esperase *ocho días,*
que fué lo que se pidió
para dar de su cacique
Tasmár la contestación.

Ordaz partió; y en tanto no volviese,
resolvió Hernán Çortés,
para que ocioso allí nadíe estuviese,
una escursion pacífica el hacer.

Y parecióle pobre y despoblado
aquel bello país;
pero hallábase más adelantado
y el indio más viril.

Casas bien construidas con sus quintas,
templos de material,
otro arreglo y costumbres más distintas,
que demostraban más actividad.

Y en un templo encontraron, sorprendidos,
tallada en piedra *una mediana cruz,*
y entre sus conjeturas, confundidos,
quien obra la juzgó de Belzebú,
quien un milagro de bondad suprema,
para templar su espíritu viril......
mas del *dios de las lluvias* era emblema,
entre sus dioses mil.

Este signo avivó entre los cristianos,
su fanática fé,
y comenzar á convertir infieles
propúsose Cortés,
ora por la palabra ó el tormento,
como empezaba á hacer la inquisición;
porque tambien creían de este modo,
allí alcanzar en todo,
la más perfecta gracia de su Dios.

Y fray Bartolomé y el padre Diaz,
con fervoroso afan,
á los humildes indios comenzaron
la doctrina de Cristo á predicar,
la que ninguno de ellos
podía comprender;
ni de sus creencias adjurar quisieron,
acudiendo á sus templos en tropel.

Pero Cortés irritado,
de hallar esa resistencia,
que no supuso encontrar;
y presumiendo un pecado
tener ya tanta paciencia,
del gran templo hizo lanzar
los emblemas y los dioses;
pero con sentidas voces
comenzar á gritar
los indios, llenos de horror;
y sorprendidos de ver,
que sus dioses, ya impotentes,
no hacían polvo á esas gentes,
con su rayo destructor,
tal acción al cometer.

Y en el pagano templo
erigióse un altar;
y entonando canturias, colocaron
la imágen de la Vírgen celestial;
y fray Olmedo y Diaz
diariamente su misa celebraban;
y los indios tambien,
deslumbrados la oían de rodillas,
pues todo lo que es grande, siempre al alma
conmueve con su mágico poder:
y muchos de esos indios
fascinados así,
íbanse libremente y sin violencia,
llegando á convertir.

En tanto, Diego de Ordaz
volvió de Yucatán,
exponiendo:--que ni indios ni cristianos,
durante el plazo de los ocho días,
le fueron á buscar.—
Causó esta no esperada,
triste nueva, un disgusto general,
y embarcando Cortés su adicta tropa,
hiciéronse las naves á la mar.

De la isla aún no distante,
la escuadra un tiro escuchó
de la nave de Escalante,
pidiendo auxilio al instante,
y hacia Cozumél viró.

Tuvieron, pues, que regresar las naves,
y el bajel de Escalante *carenar;*
porque hacía mucha agua, y fué preciso
su quebrado trinquete reparar;
y oficiosos los indios ayudaron
el buque á descargar.

Y al volver á pisar aquella tierra,
al templo temeroso entró Cortés,
presumiendo, que al verle mar afuera,
hubiesen los indígenas después

la imágen de la Vírgen arrojado,
para erigir sus dioses otra vez;
pero vió, enternecido,
la imágen y la cruz al contemplar,
que hallábase cubierto
de perfumes y flores el altar.

Pero á los *cuatro días*,
estando pronta ya
la nave de Escalante
para hacerse á la mar,
la escuadrilla aprestábase á partir,
cuando de Yucatán
y en lontananza vióse
una canoa rápida venir.

A don Andrés de Tapia
comisionó Cortés:
—que fuera con un grupo de soldados
á esperar la llegada del batel;—
y ocultos, aguardando que los indios
en tierra echaran pié,
á su encuentro salieron......
pero echaron los indios á correr.

Solo uno de ellos se quedó tranquilo,
apoyado en su escudo;
arco y flechas tenía,
y hallábase tambien semi-desnudo;
mas de diverso tipo parecía
y de celestes ojos y barbudo:
al ver á los cristianos,
alzó al cielo las manos
y exclamó, sorprendido:
«Oíd .....yo soy, hermanos,
Jerónimo Aguilar, el sacerdote,
que por siempre creíame perdido,
y por vosotros véome salvado!»
Y cayó sollozando, arrodillado.

Llenos tambien de contento
abrazaron á Aguilar
los absortos españoles,
y con él rápidos van
á presentarse á su jefe,
quien á Dios las gracias da
por haberle á Cozumél
hecho otra vez regresar,
encontrando así un cautivo
de aquellos de *Yucatán;*
y entre jefes y oficiales,
como una gran novedad
y nn importante refuerzo,
recíbele el capitan.

Y luego Cortés pidióle
al sacerdote Aguilar:
—que de él y sus compañeros,
perdidos en *Yucatán,*
los hechos les refiriese
mas notables de contar,
durante aquellos *siete años*
que aislados viéronse allá.—

Y expresóse Aguilar de esta manera:
—que á él y *veinte* compañeros más,
enviados por Balboa á la Española,
una instantánea y fuerte tempestad
les arrojó á la costa, y un cacique
en una jaula les mandó encerrar.

Que luego, á los más gruesos, una noche,
sacrificaron, locos de embriaguez,
al compás de sus bailes y cantares,
y sus restos comiéronse después:

Que helósele la sangre entre las venas;
pero que al verles, ebrios ya dormir,
logró romper los palos de la jáula,
y á los bosques correr, lejos de allí.

Que volvió á capturarle otro cacique,
é hízole sin descanso trabajar,
hasta que poco á poco fué pudiendo
obtener del cacique la amistad.

Que hacíale triunfar en los combates
y aumentar sus dominios y poder;
y tal estimación llegó á tenerle,
que en todo al fin su consejero fué.

Que de Cortés al recibir la carta,
á fuerza de promesas consiguió,
que el cacique otorgárale permiso
para ir y volver, sin dilación.

Pues le dijo:—que hablando á los cristianos,
que á la costa acababan de llegar,
lograría que fuesen sus amigos,
y regalado viviría en paz:—

Que á Gonzalo Guerrero, otro cautivo,
la recibida carta remitió;
pero que, residiendo en otra tribu,
tarde pudo obtener contestación:

Y decía:—que hallándose casado
con una bella india principal,
y amando á varios hijos que tenía,
no era honorable á su deber faltar.

Que su semblante, ya desfigurado,
por los adornos se dejaba ver;
y que no pretendía, que en su patria,
llegaran todos á burlarse de él. 18

Y que por esta causa solamente
los ocho días trascurrir dejó. —
Y ante Cortés, doblando sus rodillas,
así agregó Aguilar, con emoción:

«¡Oh insigne Capitan, vos sois mi dueño,
pues no solo me dais la libertad,
y el que salga de idólatras salvajes,
sinó el que pueda ante el cristiano altar
mis preces dirigir, pisar mi patria
y seguiros fiel en vuestro plan!» 19

Alzó Cortés en sus brazos
de compasión conmovido,
á ese cautivo, perdido
largo tiempo en *Yucatán;*
y con su capa *de listas*
amarillas y encarnadas,
cubrió las carnes tostadas
de Jerónimo Aguilar,
que en breve fué en la conquista
su amigo y buen secretario,
intérprete y emisario
y de suma utilidad;
pues agradecido, experto,
afanoso y siempre activo
el rescatado cautivo,
súpole en todo ayudar.

VII

1519

De la isla Cozumél salió la flota
en Marzo cuatro, al despuntar el día,
y hacia la Tierra Firme
emprendió la derrota,
brillando en los semblantes la alegría
de aquella audaz, conquistadora gente,
henchida de esperanza,
ante un mar de bonanza,
y un azulado cielo refulgente:
y siguiendo la costa, no muy lejos,
doblaron los bajeles por la noche,
de la adormida luna á los reflejos,
el *Cabo de Cotoche;*
y el mar sereno, como blanca leche,
á velas llenas y con viento en popa,
cruzaron la *bahia de Campeche*,
de bosques guarnecida, cuyo *tinte*
es su mejor comercio con Europa.

Y aunque todos, cuanto antes anhelaban
pisar el territorio mejicano,
el tocar presumieron conveniente
en el *Río Tabasco* ó de *Grijalva*,
para tener de amigos á esos indios,
en donde fácilmente
fué antes recibido,
y hubo de los regalos y los trueques,
bastante oro adquirido.

Y como era la entrada peligrosa
del arenoso río, los bajeles
á una distancia conveniente anclaron,
y luego en los bateles
y canoas bajaron,
que á tierra dirigiéronse ligeras.

Y de acuáticas plantas y ramajes
y sus silvestres flores
exornadas se hallaban las riberas
del pintoresco y adormido río,
reflejando sus aguas los celajes
de límpidos colores;
mas entre el fondo de color sombrío,
do se perdian las serenas aguas,
los céibos descollando y cocoteros,
se encontraban piragüas
atestadas de arqueros,
los que lanzando sus agudos gritos,
y blandiendo las flechas en sus manos,
creían de este modo
la marcha detener de los cristianos,
próximos á la márgen ya del río.

Y Aguilar á los suyos les impuso:
—que ese ademán hostil y vocerío
de los muchos salvajes,
que esperaban detrás de los ramajes,
ecos eran de guerra y desafío.—

Sorprendidos los cristianos
de hallar en los tabasqueños,
esa transición tan brusca,
después que á Grijalva hicieron
tan amigable acogida,
mandó Cortés al momento:
—que Aguilar á inquirir fuera
en un bote, con remeros:
¿qué causa les impulsaba
á ese hostil recibimiento,
cuando de Grijalva eran
gente tambien todos ellos?--

Mas sin querer los salvajes
escuchar ya los acentos
de Aguilar, aunque insinuante
les hablase en su dialecto,
resolvió Cortés volverse,
sin provocar un encuentro
en tierra desconocida,
porque iba descendiendo
entre las sombras la noche,
y remitió su proyecto
de intimidar al salvaje,
desde su ataque primero,
hasta la próxima aurora,
agotando antes los medios
pacíficos y prudentes,
que de norma le sirvieron
en aquella gran campaña
contra el poderoso imperio.

Al ostentar su luz el nuevo día,
hizo Cortés poner á sus soldados
los petos de algodón; y bien armados
bajar á los bateles,
y á la vez preparan la artillería
de todos los bajeles,
formados á la entrada, en media luna,
del pintoresco río;
y encomendó á San Pedro la fortuna
de aquel primer encuentro,
como nuncio de bienes ó de males;
y marchando los botes lentamente,
colocóse en el centro.

En acecho, detrás de los juncales,
miraron los arqueros
que de Cortés los botes avanzaban,
y lanzaron salvajes alaridos:
hizo Cortés cesar á los remeros,
y mandó:—que Aguilar se adelantase,
y otra vez á la paz les invitase.—
Pero sin darle oídos,
dejáronse arrastrar por la corriente,
y arrojando sus flechas á millares,
ambos bandos se hallaron frente á frente;
y de Cortés las lanchas, presurosas
volcaban y embestían
á las pobres piraguas de los indios,
que á nado, peleaban ó corrían
á ganar sus riberas pantanosas
y sus altos barrancos y mejores.

A *la ribera izquierda,*
siguiendo á los flecheros,
procuraron bajar los invasores;
pero las flechas, dardos y maderos
de tierra dirigidos,
y malezas y lodo de la orilla,
llegando á la rodilla,
detúvolos hundidos un instante;
pero Cortés al frente y *el primero,*
empuñando su acero,
la ribera al fin pisa jadeante,
sin notar *que un botín* deja en el lodo,
y su gran grupo todo
siguiéndole anhelante,
tambien en la ribera vése luego,
el ataque afrontando de los indios,
y con sus arcabuces hacen fuego:
y huyen amedrentadas
esas débiles tribus,
á las que van diezmando las espadas.

Veíase á lo lejos
la ciudad de *Tabasco,* populosa;
y antes, que á ella, medrosa,
la altiva tribu á defenderla entrase,
mandó Cortés á don Alonso Dávila:
--que con *cien veteranos* la atacase,
cuando él lo hiciera por opuesto lado,—
pero ágiles los indios,
lográronles ganar la delantera,
y detrás del cercado
de una gran circular empalizada,
que al pueblo circuía,
la multitud de indios se veía,
ya habiendo aquel recinto abandonado
los muchachos, ancianos y mujeres,
y consigo llevado
todo cuanto mejor allí existía.

Bien construida y de adobe
la ciudad populosa,
varios templos tenía,
y la plaza central era espaciosa:
contemplóla Cortés unos momentos

con ávida mirada,
y previó que el ataque
ser podría *una lucha encarnizada;*
pero que era, ante todo, necesario
ya dejar á esa tribu escarmentada
y vencer donde quiera al adversario;
y en tal intento fijo,
desenvainó su espada,
y de su hueste al frente, así la dijo:

«Allí están encerrados, creyendo
nuestro brío incansable abatir,
tras un muro de débiles palos,
al que hará nuestro brazo crujir.

Hoy debemos mostrarles, que nunca
nuestros pasos podrán contener:
que dejarles por siempre vencidos,
nos es fácil victoria obtener.

Vuestro aliento derribe esos cercos
y con paso de carga marchad,
previniéndoos, que mi campamento
esta noche será esa ciudad.»

Y las huestes
castellanas
de arcabuces
y espingardas,
hacen tiros
á mansalva
por los claros
de estacadas,
que otros grupos
rompen, bajan,
y les sirven
para entrada;
y blandiendo
sus espadas,
en pos corren
á la carga,
cual las olas
de mar brava,
á esos indios,
que en la plaza
ya encerrados,
tristes lanzan
sus postreras
flechas ráudas;
mas dispersos
huyen, vagan,
y al fin salen
en bandadas
á sus bosques
y montañas,
como sombras
y fantasmas.

«¡Tabasco, por los cristianos!»
gritaron los veteranos,
entregándose al contento.
Y Cortés tambien gritó:
«¡Como ráfagas de viento,
de flechas pasó el chubasco;
así esta noche en Tabasco,
asentando el campamento,
cumpliré lo dicho, yo!»

En *tres templos*, que hallábanse en la plaza
esa noche las tropas se alojaron:
centinelas en torno se pusieron,
y al preciso descanso se entregaron,
tras el activo día, que tuvieron:
muchos indios murieron;
y otros, de las espadas ante el brillo,
huyendo á sus heridos se llevaron,
así ocultar creyendo su derrota;
y heridos Bernal Diaz del Castillo
y *quince más* quedaron,
de la gente bajada de la flota.

Al despuntar el día
desierta la campiña se veía
y ni señal alguna se notara,
que la enemiga tribu
reconquistar osara
su perdida ciudad; pero no en vano,
al saberse la huida
de Melchor, el intérprete cubano,
temió Cortés, que luego á otras unida,
con más brío intentase una sorpresa;
porque Melchor, dejando
en un árbol colgado su vestido,
fué á prevenir á la dispersa tribu:
—que de blancos un grupo reducido
era el que solo ocasionó sus males;
que *no eran rayos* sus fugaces fuegos,
ni mucho menos *eran inmortales.* —

Y esos indios, que estaban decididos
á pedir ya la paz á los cristianos,
á otras tribus reunidos,
aprestáronse entonces más ufanos,
no á efectuar una incierta tentativa,
sinó á campal batalla decisiva.

Con un destacamento de *cien hombres*
mandó Cortés á Pedro de Alvarado,
y dándole otro igual
á Francisco de Lugo:

—que esos contornos fuesen á explorar;
y si encontraban indios de pelea,
volverse á la ciudad; –
y Lugo habría andado
una legua á lo más,
cuando vióse de súbito cercado
por más de arqueros *mil;*
y en un cuadro formando á su partida,
procuró defenderse y resistir;
mas por suerte Alvarado, no muy lejos,
llegó á escuchar al fin
los continuados ecos de arcabuces
y de indios unísono el rugir:
parte allá, presuroso,
y un aviso mandándole á Cortés,
arremete á los indios,
consiguiendo sus cargas detener;
mas vueltos los arqueros á rehacerse,
con más audacia cargan otra vez,
y Lugo y Alvarado con sus fuerzas
intentan solo á la ciudad volver:
á su marcha los indios se interponen;
mas viendo llegar ya
á Cortés, con su gente á retaguardia,
y un instante á los indios vacilar,
ábrense paso Lugo y Alvarado,
entrando en la ciudad
con todos sus heridos;
y Cortes, no queriéndose empeñar
en parciales ataques,
algunos prisioneros pudo hacer,
y con toda su gente,
en pos entróse en la ciudad tambien.

VIII

1519

Interrogó Aguilar aisladamente
á todos los cautivos,
quienes por el temor amedrentados,
contestes y con datos positivos,
la verdad expusieron:
—que todos los caciques convocados
de los cercanos pueblos se encontraban;
y que *al siguiente dia*
á asaltar la ciudad se empezaría
con formidables tribus, que contaban.
Que si antes de Grijalva á los soldados
de amigos recibieron
y no como á invasores,
esta vez ya el hacerlo no pudieron,
pues de sus convecinos merecieron
ser llamados traidores y cobardes;
y habíanse con ellos convenido:
—en hacer *cruda guerra*
á todo nuevo blanco que intentase
pisar su bella tierra.—

Ante esta declaración
de tan vital interés,
no vaciló Hernan Cortés
en su determinación.

No podía, no, dejar
á esas tribus sin vencer,
y su viaje continuar;
sinó el combate aceptar,
y la paz luego obtener.

Porque era un mal precedente,
sin dominarlas seguir,
cuando al punto este incidente
iría á repercutir
en la mejicana gente.

Cortés manifestó á sus oficiales:
—lo necesario que era
castigar de esas tribus la osadía,
antes que á la conquista se partiera,
y que *al siguiente día*
en batalla campal las buscaría.— 20

Su propósito todos aprobaron,
como el que más entonces convenía:
hi ollevar á bordo los heridos,
y todos los caballos se bajaron
y alguna artillería,
y fueron á la plaza conducidos.

A silencio tocóse á prima noche,
y rondando Cortés su campamento,
pasóla *toda en vela,*
con el oído atento,
vigilando en su puesto al centinela.

A la del alba luz semi-indecisa,
mandóse tocar diana,

y ya al salir el sol oia misa
la legión castellana,
la Encarnación del Verbo celebrando,
en Marzo veinticinco, fausto día
para la cristiandad y aquella empresa;
pues comenzó un gran triunfo señalando
la gloriosa conquista, qne emprendía
en inmortal campaña
Un héroe insigne de la gran España.

Formó Cortés su tropa
y á Ordaz entregó la infantería;
los cañones á Mesa, su ingeniero
y práctico artillero,
y la caballería,
cuyo comando se hubo reservado,
á Hernán Portocarrero,
Montejo y Alvarado,
Velázquez de Leon, Olid y Dávila.

Súpose que las tribus numerosas
hallábanse reunidas
de Céutla en las llanuras espaciosas,
que estaban *á una legua* de distancia;
y antes que en la ciudad se presentasen,
altivas demostrando su arrogancia,
quiso Cortés salirles al encuentro,
y de verle llegar se intimidasen,
hasta su mismo centro.

La estendida campiña se veía
plantada de maíz y de *cacao,*
y en torno chozas y árboles frutales,
y el agua se extendía
suavemente en estanques y canales,
causando gran trabajo
pasar la artillería
por un terreno tan fangoso y bajo.

Por fin llegó á avistarse el campamento,
que de *cuarenta mil* indios sería,
—por cada castellano eran un ciento,—
y puesto en movimiento,
avanzar lentamente parecía;
y era tanto el espacio que ocupaba,
que su extendida línea al horizonte,
todo el frente abarcaba,
y en opuestos costados se perdía.

Mandó Cortés entonces:
rectamente seguir la infantería,
é hizo detener á sus jinetes,
para luego marchar por otro lado,
y caer presuroso á retaguardia,
cuando el combate hubiérase empezado.

De Tierra Firme las guerreras tribus,
no eran como esas que encontró Colón
en las primeras islas descubiertas,
de tímida, apacible condición;
sinó, que con más arte y disciplina
preparaban su bélica legión:
los jefes y oficiales
colchado peto usaban de algodón;
escudo de madera ó guarnecido
con gruesas chapas de oro ó de metal;
grandes mazas y espadas,
con puntas y filoso pedernal,
las que con ambas manos manejaban,
con aspecto marcial;
y con yelmos de pieles ó de plumas
hacían *su estatura colosal:*
y el *dardo, flecha* y *honda*
eran el armamento general:
el rostro y cuerpo, con variadas tintas,
pintábanse de vívido color,
para así en el combate al enemigo
causar miedo y horror:
fiautas de gruesas cañas,
caracoles y el rústico tambor
eran los instrumentos y los toques
en sus funciones ó guerrero ardor.

Julio César los gritos alababa
de sus viejas legiones;
y en esas de Pompeyo reprobaba,
que sin gritos entrasen en acción,
creyendo que esos roncos alaridos,
siempre eran producidos
por aliento viril del corazón;
así tambien los indios suponían,
en las lides sus gritos al lanzar,
que á las contrarias huestes aturdían,
logrando con su arrojo intimidar;
y esos gritos vibrantes,
agudos, penetrantes,
repitieron con ímpetu al cargar.

Como lluvias
y corrientes,
que arrastrando
chozas, mieses,
en desiertos
los convierten;
como lobos,
que descienden
de los montes
y las nieves,
y que hambrientos
arremeten
las aldeas,

y se extienden,
dando aullidos,
que estremecen;
así corren,
así hienden
y se lanzan
frente á frente
los salvajes
de la hueste,
que cercada
vése en breve.

Como en viejos castillos, exornados
de entretejidas hiedras,
se estrellan del granizo golpes rudos,
así las flechas, dardos y las piedras
en los yelmos estréllanse y escudos
de aquella infantería,
que con sus arcabuces y mosquetes
y segura y mortal artillería,
va abriendo en cada encuentro,
rápidos claros y anchurosa senda
de las tupidas filas en el centro,
que llenan los salvajes al instante,
siguiendo la contienda
con furia delirante,
y con una bravura tan tremenda,
que aunque firmes, lidiando los cristianos,
ni el campo dejan ni en arrojo ceden,
apenas firmes, defenderse pueden
de la salvaje saña,
que aplastarles semeja,
cual si en trozos cayese una montaña,
y fuéranse encontrando por instantes
cercados de legiones:
un luchador parece el fuerte grupo,
solo y haciendo frente á mil leones;
así en estéril lucha los infantes
sus fuerzas agotaban, cuando vieron,
cual densos remolinos, agitarse
las tribus numerosas,
y corriendo medrosas,
aullidos dar....y al fin desparramarse!

Era que ya Cortés á retaguardia,
gritando á sus jinetes:
—á la cara las lanzas y no al pecho;—
había á los indígenas deshecho,
de Céutla por los llanos;
porque *por vez primera*
veían á esos monstruos sobrehumanos,
que el rostro en propia sangre les tiñera.

Y dicen los cristianos,
que á los gritos: ¡Santiago y cierra á España!
y al ver de los jinetes los aceros,
brillando en sangre tintos,
á la luz de los rayos postrimeros,
miraron al apóstol, arrollando
en su blanco caballo de batalla,
á los infieles del protervo bando. 21

De cristianos hubieron
solo *dos muertos y setenta heridos;*
más de ochocientos indios perecieron,
quedando otros rendidos;
aunque sobre este número se encuentra
disconforme la historia. 22

Con *los años* un pueblo allí erigióse
por tan *magna victoria;*
y domeñada por el duro casco
de soberbios bridones,
quedó ya la provincia de Tabasco,
y por siempre aterradas sus legiones. 23

A curar sus heridos regresaron
de prisa á la ciudad;
y en un bosque de palmas, que ocultaba
la plaza principal,
postrados de rodillas los guerreros
y en unísona voz,
sus gracias tributaron fervorosas
al Supremo Hacedor.

Presentarse á los muchos prisioneros
hizo luego Cortés;
y dando libertad *á todos ellos,*
mandóles á los jefes proponer:

—Que olvidando lo pasado,
al punto se presentasen,
y obedientes le jurasen
una eterna sumisión;
porque sinó, talaría,
desde el llano hasta la sierra,
á aquella inhumana tierra,
sin tenerles compasión:
que á hombres, mujeres y niños
y decrépitos ancianos,
al ir cayendo en sus manos,
haríales perecer,
si los ligados caciques
la pronta paz no pedían,
y rendidos, no venían
sumisión á prometer.

No tardó, no, el cacique de Tabasco
de enviar su comisión,
cargada de maíz, aves y frutas,

y la paz aceptó;
pero como eran los llegados indios
de la clase inferior,
hizo notar al célebre caudillo
el experto Aguilar:
—que mandábase siempre, en tales casos,
la gente principal;—
y despachó Cortés á la embajada
sin quererla escuchar;
pero *al siguiente día* envió el cacique
con respeto mayor,
como *unos treinta* indios más locuaces
y de más distinción,
que adornados de plumas y pendientes,
presentaron al jefe vencedor
ricos perfumes y oro,
prometiéndole paz y sumisión
en nombre del cacique de Tabasco,
quién visitó á Cortés,
seguido de un séquito de nobles,
acatar prometiendo su poder:
y oro, plumas, tejidos y otras cosas
presentóle después,
y mandando que el pueblo y las familias
regresasen tambien.
¿Y de dónde extraían,—preguntados,—
aquel ú otro metal?
Todos dijeron:—*México, colhúa,*—
señalando á Occidente y nada más.

Pero *segunda vez* volvió el cacique,
más satisfecho ya,
con *veinte indias* jóvenes y hermosas,
que hizo engalanar,
y regaló á Cortés para sus viajes,
—como hábiles en cosas del hogar;—
una era bellísima y graciosa
y la más que el cacique ponderó,
por *su origen y bellas cualidades*
y gran penetración;
y con el nuevo nombre de Marina
allí se bautizó;
y en aquella campaña memorable,
hasta lo último fué
la intérprete, y á veces consultora,
y *la leal amiga de Cortés.*

Y *el domingo de Ramos*
á todos los caciques convidó;
y con ramos de palmas celebraron
de ese día la santa procesión;
y quedaron absortos los caciques
de la cristiana fiesta y esplendor
de los cantos, imágenes y rezos
y humilde devoción.
Y dóciles mostrábanse los indios
á aceptar ese culto en su país,
las pláticas, doctrinas y preceptos
de fray Olmedo y Díaz al oir.

Y la *fiesta de Ramos* terminada,
los pilotos dijeron á Cortés:
—que soplando una brisa favorable,
el viaje ya debíase emprender:—
Cortés dispuso conducir á bordo
parque y caballos; y empezó á marchar
hacia los buques, esa misma tarde,
la división marcial:
abrazó á los caciques uno á uno;
pidióles que adorasen á su altar,
y de ellos despidióse,
jurándole ellos férvida amistad.

IX

1519

En *Abril diezisiete, lunes santo,*
el alba comenzaba
radiante á aparecer, y el dulce canto
gratamente en el bosque se escuchaba,
cuando alegre en sus botes se embarcaba
de Hernán Cortés la tropa decidida,
en sus manos llevando verdes palmas,
que fué la última ofrenda recibida
de esos pobres infieles;
y el *río de Tabasco* abandonando,
hiciéronse á la vela los bajeles.

Por la costa cercana
siguieron navegando;
y muchos veteranos y pilotos,
que á Córdoba y Grijalva antes siguieron,
iban diciendo, al ver esas riberas,
al recluta soldado:

—á ese pusimos *Rio de Alvarado*....
á aquel llamamos *Rio de Banderas*....
á aquella no distante,
isla de Sacrificios;
porque del indio el fanatismo fiero
hace en su altar el sacrificio humano.—
Y todo esto al oir Portacarrero,
á Cortés estos versos recitóle
de un antiguo romance castellano:

«Cate Francia, Montesinos,
cate París, la ciudad,
cate las aguas del Duero,
do van á dar á la mar;
cate palacios del rey,
cate los de don Beltran;
y aquella que ves más alta
y que está en mejor lugar,
es la casa de Tomillas,
de mi enemigo mortal.»

Y Cortés galanamente
replicóle: «¡No temais;
si como á Orlando la suerte
su ayuda el cielo me da;
y como vos, compañeros
para vencer y lidiar,
de este imperio la conquista
muy poco me costará!»

Detúvose la escuadra
y ancló en San Juan de Ulúa *el jueves santo*,
en buen punto escogiendo:
acercáronse, en tanto,
unos piraguas con alegres indios,
que á los buques subiendo,
aves, frutas y flores
á Cortés regalaron,
hablando y procurando hacerle honores,
y su oro por los dijes permutaron;
pero á ninguno hallaron
que ese su idioma azteca comprendiera,
pues Aguilar y aquellas de Tabasco
jóvenes serviciales,
solo el dialecto *maya* conocían.

Notó Cortés entonces, pesaroso,
que á cada paso expuestos se verían
á trabajos iguales,
hasta que, comprenderse al fin pudieran,
lo que mucho sentía;
pero Marina, que era mejicana
y á esos indios oía,
dijo al punto á Aguilar en maya lengua,
de su servicio ufana:
«Siervos son de Teutile y Pilpatoe,
que dependen del grande Motezuma,
el señor de este imperio,
que es el mayor de todo este hemisferio;
y por sus jefes á ofreceros vienen
lo que falta os hiciere para el viaje.»

Como mira el piloto en la tormenta
disiparse el celaje,
así Cortés, contento,
vió en rápido momento
el poderoso obstáculo vencido;
y apreció á esa mujer, *más que un tesoro*,
que hubiese recibido
entre un templo de dichas y de amores;
obsequió y regaló á los mejicanos
y mandóles decir á sus señores:
—que pisaban tan solo sus hogares
con respeto profundo,
después de atravesar ignotos mares,
para ofrecer á su señor reinante
de otro muy gran señor del viejo mundo,
su sincera amistad, en adelante.—

Hizo Cortés en la vecina playa
bajar el *viernes santo á medio dia*
á tropas y caballos,
las armas, munición y artillería,
la cual puso en la altura de los médanos,
por los vientos del Norte acumulados,
para poder dejar á esos parajes
en torno dominados
de cualesquier sorpresa de salvajes.

Y allí cabe á esa playa solitaria
del mejicano, rico territorio,
que anhelante de glorias y grandeza
pisa Cortés, con planta temeraria,
álzase *Veracruz*, el gran emporio
del comercio y riqueza.

Solícitos los indios acudieron,
y á sus extraños huéspedes
afanosos sirvieron,
variados alimentos presentaron,
y á levantar sus tiendas y barracas
tambien les ayudaron,
cubriéndolas con mantas y tejidos,
y en la parte interior poniendo hamacas,
porque era insoportable la intemperie
bajo ese sol ardiente,
con sus vívidos rayos tropicales,
reverberando en esos arenales

ceñidos de pantanos,
que luego focos fueron,
en las costas y llanos,
de *la maligna fiebre permanente,*
y el implacable azote
de la europea gente.

De tiendas y barracas en el centro
un altar erigióse,
y á la por todos ellos venerada
imágen de la Vírgen colocóse,
y una alta cruz pusieron á la entrada
del templo improvisado;
y la fiesta de pascua celebróse
por esos dignos hijos de la Iberia;
y como aquellos indios
continuaban llegando por momentos,
parecían las tiendas una féria,
donde todos mostrábanse contentos.

Y díjose á Cortés:—que esa provincia
era recientemente conquistada
por el gran Motezuma
y á su imperio agregada:
y que al siguiente día
el general Teutile con su séquito
á visitarle iría:
y que aquellos obsequios recibidos
y el ser tan bien tratado,
eran quizá debidos
al triunfo, que en *Tabasco* hubo alcanzado,
pues tan notables hechos
habíanse do quiera divulgado.—

Seguido de un gran séquito de nobles
Teutile y Pilpatóe se presentan
al célebre caudillo,
creyendo deslumbrarle con el brillo,
que en su inocente vanidad ostentan:
recíbeles Cortés galantemente,
en medio de sus jefes y oficiales,
é invítales al templo
á demandar al Dios de los mortales:
—que su buena amistad sirva de ejemplo
en esa hermosa tierra,
donde él jamás promoverá la guerra.—

Y celebróse una solemne misa,
que Olmedo, Diaz y Aguilar cantaron;
y la música y voces de devotos,
al órgano supliendo, contestaron;
y tal en los semblantes se veía
de aquellos mejicanos la sorpresa,
que devoción cristiana parecía.

De las reservas y mejores vinos,
habíase un banquete preparado
de guisos europeos y especiales;
sentáronse Teutile y Pilpatoe
y Cortés á su lado;
y demás oficiales
á los nobles indígenas reunidos,
que ufanos y contentos
alabaron los vinos y cocina:
y los postres de frutas terminados,
hizo Cortés llamar á la Marina,
y por Aguilar y ella,
después de saludar á los enviados,
hízoles conocer:—que dependía
de un rey, señor de reyes, que moraba
en su mansión de Oriente,
cual dios omnipotente,
donde un mundo á sus plantas se postraba,
allende aquellos mares;
y que mandado por su rey venía
á ofrecer amistad á Motezuma
y á traer un regalo á su corona,
cuya entrega debía
directamente hacer á su persona.—

Pero ellos, al oir tal embajada,
con bastante altivez manifestaron,
aunque, con su sonrisa simulada,
dudosos que existiera
ninguno que á su rey se pareciera:
—¿qué cómo, allí dos días solo estando,
ver al gran Motezuma,
sin obtener su vénia pretendían,
una cosa á sus leyes tan opuesta?
Que ellos aquel regalo llevarían,
y daríanle luego la respuesta.—

Mas Cortés contestó con arrogancia:
—que los emperadores
de sus iguales recibir debían
á los embajadores,
sin demostrar orgullo ni jactancia,
y aceptar la amistad y los honores:
que le avisasen, pues de su llegada
y la misión que de su rey traía;
porque *de aquella tierra no saldría,*
sin verla dignamente terminada.

Teutile y Pilpatóe, intimidados,
obligáronse á darle la respuesta;
y *veinte* indios cargados
entrar hicieron, llenos de presentes:
de algodón ricas mantas, muchos trajes
y objetos y tejidos diferentes,
adornos de riquísimos colores,

y esquisitas cortinas de plumajes,
y una pesada caja, bien colmada
de piezas de oro puro,
y abundante bajilla cincelada;
y expusieron los dos humildemente:
—que el obsequio aceptase,
aunque trivial y poco lisonjero,
porque de su señor orden tenían
de hacer algún presente *al extranjero,*
que llegase á pisar en su ribera.—

Cortés, siempre galante,
el valioso regalo encareciera,
y envióle á Motezuma
un sillón, esculpido que tenía
una estatua de *Júpiter tonante;*
y *cuentas de colores y ambarinas,*
que los indios creyeron piedras finas,
y *cajas con espejos y juguetes:*
un manto carmesí de terciopelo,
y un gorro, do San Jorje
en placa de oro hallábase grabado,
contemplando á sus plantas
al dragón del infierno domeñado.
¡Sarcástica y fatal alegoría
para quien iba el santo destinado!

Y Teutile observando, qne un soldado
nervudo y arrogante,
ostentaba un gran yelmo muy dorado,
y casi semejante
al que usó Guetzalcoatl, un gran monarca,
suplicóle á Cortés se lo prestase,
para que Motezuma
su mérito y adornos admirase;
y Hernán Cortés, sonriendo,
entrególe aquel yelmo reluciente,
con candidez diciendo:
—que al monarca rogaba
lleno de polvos de oro lo volviese;
porque en el mar su gente se postraba
de cierta enfermedad desconocida,
que por horas quitábale le vida,
y solo *con los polvos* se curaba
y de ellos carecía;—
haciendo de este modo ver patente
la necesidad de oro que tenía. 24

En tanto, algunos indios,
desparramados por diversas partes,
copiaban diligentes
en preparados lienzos y cartones,
los bajeles, banderas y estandartes,
caballos, tiendas, armas y cañones,
pintando todo con presteza suma,
para que de esos hombres atrevidos
formárase una idea Motezuma. 25

Quedaron los cristianos sorprendidos
al descubrir su objeto;
y queriendo Cortés que conocieran
el poder invencible de sus armas,
por si un conflicto promover quisieran,
y la imponente escena bosquejasen,
ordenó:—preparar la artillería,
que los briosos corceles se montasen,
y hacer que un simulacro
de ataque los jinetes preparasen.—
Y diciendo á Teutile:—que quería
esa visita festejar á usanza
de su nativa tierra.—
mandóse descargar la artilleria,
entre una escaramuza á sable y lanza.

Cayeron los pintores al estruendo,
los jefes su terror disimularon,
muchos fuéronse huyendo,
y otros estupefactos se quedaron,
cual á infeliz vetusto
desplómase su choza miserable.

Mas díjoles Cortés, pasado el susto,
envainando su sable:
—que aquello *era un remedo*
del verdadero ataque formidable....
y entre los indios aumentóse el miedo.

Y partiendo Teutile y Pilpatóe,
no ya en verdad de su poder tan vanos,
en conferencia entraron, conviniendo:
—que en asecho de aquellos castellanos
quedase Pilpatóe, y que Teutile
á la corte siguiendo,
llevase á Motezuma los obsequios
y los pintados lienzos:—entre tanto,
su gente á Pilpatóe se reunía,
no de las tiendas de Cortés distante;
mas como Pilpatóe se temía,
que el cristiano arrogante
de aquella su actitud se sorprendiera,
mandó un cacique presto
á preguntar:—si á demorarse iba,
para seguirle enviando provisiones;—
y Hernán Cortés aprovechó el pretesto;
y aunque bien conoció las intenciones,
sacó el posible fruto,
apenas al pisar aquella tierra,
imponiendo á los indios *su tributo,*

como lo era el pedirles
los víveres precisos,
y diaria remisión el exijirles.

En toda aquella tarde
Marina ni Aguilar se separaron
de Hernán Cortés y los nativos jefes,
y ambos perfectamente interpretaron
cuanto hubieron hablado y convenido;
pero como á pesar de haberse ido
la lujosa embajada,
continuó ella de Cortés al lado,
miróla agradecido,
y á la vez admirado
de tanta inteligencia y hermosura;
y Marina, gozosa, sonreía
con amor y ternura,
porque ya como esclava le quería....
y más....por su ya tierna simpatía.
¿Pero quién era ella,
entre las *veinte jóvenes*,
la más graciosa y bella,
y tambien más discreta y entendida? 26

Héte aqui, pues, la historia de esa joven,
entonces en Tabasco referida:
su padre fué cacique en Goatzacoalto.
y quedándose huérfana Marina,
la madre desposóse nuevamente
y tuvo *un solo hijo*,
según una adivina
al desposarse así se lo predijo;
y queriendo que fuese el heredero
del cacique causante,
de una joven esclava á la hija muerta
hizo hacer funeral, con sumo esmero,
diciendo:—*que era el de su hija amada*,—
la que entregó en seguida á un negociante,
y fué de allí sacada
y vendida al cacique de Tabasco,
quien de ella conociendo la viveza,
ingenio y gentileza,
al ser entre sus hijas educada,
la regaló á Cortés entre las otras,
como *una gran fineza;*
y no se hubo en verdad equivocado,
pues hallóla Cortés tan digna y bella,
que apasionado de ella
un hijo tuvo, don Martín llamado,
notable entre sus cosas,
más que por su apellido celebrado,
por mil persecuciones envidiosas. 27

X

1519

¿Quién era Motezuma? A esta pregunta
preciso es antes,—al decir tan solo
que era un emperador del nuevo mundo,—
el exponer en páginas suscintas
la investigada y primitiva historia
del que era ya civilizado imperio,
al pisarlo ese grupo de titanes,
que un español heróico dirigía,
cuyas hazañas, portentosas siempre,
ni fabulosos séres superaron
de la edad mitológica europea.

Al descubrir Colón el nuevo mundo,
solo halláronse *dos grandes imperios:*
uno al confín del Sud-Americano,
y otro en el centro de la zona ardiente,
que en primitivas creencias y costumbres,
y civilización y monumentos
al Indostán y Egipto semejaban....
aunque más ricos por su clima y oro!
Fué el mejicano reino en sus principios,
una pequeña zona, que extendieron
pacientemente los postreros reyes,
por conquistas y alianzas, hasta hallarse
por ambos mares de las costas dueños,
llamándose al Atlántico sus tierras,
tierra caliente, pues calientes Nortes
en impetuosos vientos y tormentas
las tostadas arenas acumulan
en prolongadas cumbres, por sus playas,
levantando esos médanos estériles.

Poco después de separarse de ellos,
la más templada atmósfera y brillante
y el más embriagador suave perfume
de vida inundan los verdosos llanos,
donde el cacao, añil y chirimoya,
caña, vainilla, el plátano y la yuca,

en primavera eterna reverdecen
en esta ya feraz *tierra templada*,
de bosques de riquísimas maderas
y tropicales frutas exquisitas.

Vése al maiz, al ir más adelante,
con mejor grano, y al maguey y aloe,
y los robles y pinos gigantescos
con más vigor alzarse, al ir entrando
en la zona llamada *tierra fría*,
al tocar en las cumbres de los Andes,
colosal cordillera, que encadena
á los del Norte y Sud hermanos pueblos,
y foco de erupciones y volcanes;
y los valles que encuéntranse á sus faldas,
de un bello clima gozan, aunque frío,
más de benigno sol siempre bañados:
y hacia el centro de Méjico se extiende
una meseta *de doscientas leguas*,
que más *de seis mil piés* tiene de altura,
cubierta entonces de árboles boscosos,
que los conquistadores destruyeron,
para evitar posibles emboscadas.

Mas al centro y alzado todavía
vése el valle de Méjico famoso, 28
cercado de porfíricas montañas
y embellecido por diversas partes
con magestuosos árboles, y en otros
su blanquecino suelo, siempre estéril,
por el vapor de las saladas aguas
de antes sus *cien lagos* ondulosos
y ahora empobrecidos, casi extintos;
y en las opuestas márgenes se alzaban
las capitales Méjico y Tezcuco,
de dos de Anáhuac primitivas razas. 29

Créese que al fin de la *centuria séptima*
del Norte descendieron los toltecas,
y de Anáhuac las tierras se poblaron,
y que muy entendidos en labranza,
y en mecánicas artes y metales,
fundaron el sistema cronológico,
que después adoptaron los aztecas,
los que á ellos debieron el progreso
y civilización, que ha distinguido,
á esa parte del nuevo continente.

En Tula y hacia el Norte del gran valle,
su capital fundaron los toltecas,
y aún vestigios vénse de sus obras,
que halláronse do quiera en Nueva España,
cual restos de egipcianos monumentos.

Los toltecas después *de cuatro siglos*,
que hubiéronse extendido victoriosos,
en remotos confines del Anáhuac,
dispersos y diezmados sus hogares
por hambres, pestes y seguidas guerras,
con gran misterio y en silencio huyeron,
después de allí dejar sus adelantos,
como ejemplo á sus propios vencedores,
llegando á Centro América y sus islas,
do el viajero contempla sorprendido
las tristes ruinas de Palenque y Mitla.

Otro siglo después bajó al Anáhuac
una salvaje y numerosa tribu,
chichimeca llamada, que venía
de remotas regiones del Nor-Oeste,
y fácilmente se estableció sus chozas,
siguiéndolas muy luego los *aztecas*,
conocidos después por *mejicanos*,
y los *acolhuacanos* ó *tezcucos*,
quienes mezclando sus diversas razas,
aunque formando separados pueblos;
constituyen la nación compacta,
por las costumbres, religión y leyes,
que fueron recibiendo al internarse,
de los pocos toltecas que quedaron.

En medio de su vida de aventuras,
habíanse los bravos mejicanos
de Anáhuac en los confines extendido,
después de sostener constantes guerras
y de preclaros hechos memorables;
y del Valle al Sud-Oeste se asentaron
el año *mil trescientos veinticinco:*
y allí vieron, cual nuncio de ventura,
una águila real, extraordinaria,
por su rara belleza y gran tamaño,
que extendiendo sus alas al Oriente,
tenía á una serpiente en una garra,
la otra posando en un nopal florido,
que descollaba sobre *hendida roca*,
por las aguas bañada *de aquel lago*.

Y allí alentados por feliz agüero,
á elevar comenzaron sus estacas,
entre las bajas aguas y pantanos,
y á aglomerar improvisadas chozas,
de la pesca viviendo y de la caza,
y formando sus huertas y jardines
en las flotantes islas de los lagos.

La capital llamóse Fenochtitlan,
y de la guerra Méxitle el dios era;
y al oir *este nombre* los cristianos
pronunciar á los indios en sus cargas,

por Méjico á ese reino conocieron;
y hoy el moderno pueblo mejicano
el águila y nopal de aquel antiguo
en su republicano escudo ostenta. 30

Y comenzado ya *el siglo catorce*,
debido á su gran número y progreso,
fueron los tezcucanos gradualmente,
extendiendo sus leyes y dominios
sobre las tribus bárbaras del Norte;
pero en medio de su era floreciente,
acometidos sin pensar se vieron
del tepaneca pueblo belicoso,
en los vecinos valles asentado;
y asoló su provincia, al rey dió muerte,
y hasta en la capital enseñoreóse;
más Netzahualcoyótl, el joven príncipe,
aliarse consiguió á los mejicanos,
y logrando triunfar *en dos batallas*,
y conquistado su perdido cetro,
vióse á Tezcuco florecer como antes,
dando á los mejicanos, como premio,
la vencida provincia tepaneca.

Una liga formóse *desde entonces*,
entre Tezcuco y Méjico triunfantes,
y Tlacópan también, vecino estado,
para auxilios prestarse mútuamente,
repartiéndose entre ellos los despojos,
en proporción de sus guerreras fuerzas;
y cuya alianza conservaron fieles;
y así ligados, extendiendo fueron
á través de las sierras sus conquistas,
y hasta el golfo de Méjico llevólas
el primer Motezuma, *hacia mediados
del siglo quince,* como electo jefe.

La capital azteca, Tenochtitlan,
en población crecía y elementos,
y á las frágiles chozas reemplazaron
de cal y canto sólidas mansiones,
llegando sus aldeas y suburbios
en breve á estar de la ciudad en medio,
y excediendo su diámetro al que tiene
la capital del Méjico cristiano.

Una série de príncipes guerreros
sacar provecho supo diestramente
del marcial y ambicioso reino azteca;
y cargados volvían de despojos
de conquistados pueblos y llevando
un tropel numeroso de cautivos;
pues esa triple alianza irresistible,
siempre avanzando, sin hallar obstáculos,
al salir de sus valles, cual torrente,
expandióse en montañas y riberas,
llevando por enseña su progreso;
y al penetrar allí los españoles,
ya de azteca el imperio poderoso,
desde atlánticas costas dominaba
hasta el recien hallado mar Pacífico,
inclusos á Nicaragua y Guatemala.
Así es que por sus guerras y conquistas,
Méjico y el Perú, en el nuevo mundo,
la Roma fueron de la antigua Europa.

Los estados políticos de Anáhuac
de gobierno variaban en la forma;
pero entre los aztecas y tezcucos
era casi absoluta monarquía,
y costumbres y leyes semajantes.
Los reyes de Tlacópan y Tezcuco,
y electos cuatro nobles por los nobles,
los cargos de electores ejerciendo;
por mayoría al sucesor nombraban,
después de extinto el soberano azteca,
entre aquellos hermanos del finado,
y á su falta, en los próximos sobrinos,
siempre la preferencia dando á aquellos
que por sus cualidades y aptitudes,
hubiéranse en la guerra distinguido,
así subiendo al trono dignos reyes
é imperando una série de guerreros,
que enalteciendo á la nación seguía,
y el respetuoso pueblo veneraba.

El nuevo emperador era aclamado
entre solemnes fiestas religiosas;
mas después de volver de una campaña,
con número bastante de cautivos,
que ofrecen á los dioses tutelares
en un sangriento sacrificio humano;
y el señor de Tezcuco le ponía
una corona de oro y piedras finas,
con las más bellas escogidas plumas,
figurando *una mitra* en la cabeza. 31

Al extinguirse el mejicano imperio,
ante la enseña y Cruz de los cristianos,
ya los aztecas príncipes vivían
con pompa y esplendores orientales,
en suntuosos palacios, fabricados
de piedras, jaspes y entallados muros,
do hallábanse á la vez otros salones
para el consejo y servidumbre inmensa
y su guardia de nobles caballeros,
sus preferidas damas exornadas
como estrellas de asiáticos serrallos,

y *unos treinta caciques* de provincia,
volviendo su dominio á la corona,
si no dejaban sucesor legítimo. 32

Aunque el poder legítimo absoluto
residía exclusivo en el monarca,
en ambos reinos de Tezcuco y Méjico,
no era el poder despótico de Oriente,
ni los caciques reyezuelos eran,
ni amos de hacienda y vida, horca y cuchillo,
sinó los tribunales competentes,
en todos los asuntos judiciales;
y ni aún al monarca se podía
ir en apelación de la sentencia.

XI

1519

Así como los pueblos primitivos
siempre han tenido su confusa historia,
—oral y fabulosa, cuyos rastros
van legando en papiros y leyendas
á otra edad posterior,—asi tuvieron
mitológicos tiempos, que dejaron
á cada religión su poesía,
que fué elevando en dioses á sus héroes;
y la que los aztecas profesaban
era una mezcla de apacible culto
por su ceremonial y fé inocente,
como el orígen de sus mansas tribus,
al par que cruenta en su moderna raza,
ya convertida en belicoso pueblo,
ávido de conquistas y dominios,
hasta ofrecer al dios de sus combates
vencidos é indefensos prisioneros,
de su divino amparo en holocausto,
cual hoy otros entonan su *Te-Deum:*
y sus creencias tambien y ceremonias,
muy sorprendentes puntos de contacto
con los cristianos pueblos presentaban.

Un Dios supremo, autor del universo,
incorpóreo, sin fin, omnipotente,
dispensador de bienes y de males,
que acordaba la dicha ó el castigo,
en vida eterna á los mundanos séres,
tambien reconocían y adoraban,
lo mismo que á penates y otros dioses,
cual tuvo el paganismo sus deidades,
y tienen los cristianos á sus santos.

Era Huizilopótchtli su dios Marte,
y hecatombes humanas el incienso,
que en su sangriento altar se tributaron;
y Guetzalcoáltl su dios del aire y tierra,
quien enseñó las artes y labranza
del Anáhuac en la edad de oro dichosa,
en que la tierra solo se cubría
de eternas flores y exquisitos frutos;
y en las incultas huertas se ostentaba
cada mazorca de maiz tan grande,
que cargábala un indio *con trabajo;*
y al madurar el algodón tenía
todos los ricos y diversos tintes,
que el teñido despues tuvo que darle;
y un ambiente impregnado de perfumes,
entre perennes brisas salutíferas;
encanto y vida á los aztecas daban,
que en sus verdosos bosques siempre oian
los diversos arpejios de las aves,
del cielo los cantares modulando.

Y las aztecas crónicas refieren:
—que cayendo este dios en la desgracia
de varios dioses principales, tuvo
que dejar el país, tocó en Cholula,
do aún se ven vestigios esparcidos
de un templo consagrado á su memoria;
y lanzóse al Océano en su esquife
de pieles impermeables de serpientes,
el tornar á su patria prometiendo,
en bellos días *de sucesos magnos:*—
la tradición preséntale arrogante,
de alta estatura, *blanco* y *cabellera
rizada y negra y de tupida barba;*
y como los creyentes mejicanos
el regreso esperaban infalible
de este dios, en su patria tan querida,
facilitó esta creencia la conquista
á los héroes, que fueron á emprenderla,
como lo irán los hechos revelando.

Tres diversos estados infalibles

en la futura vida presumieron:
uno era destinado á los mortales,
que indignos séres fueron en la tierra,
donde perpértua oscuridad reinaba,
como un castigo de sus muchas culpas:
otro era una mansión vegetativa,
do los adocenados é indolentes
pasaban á morar como á un paraje
de espíritus vulgares solo digno;
y el tercero era el cielo, reservado
á los guerreros, que en la lid morían,
y á esos elegidos, que en el ara
ofrecíanse á dios en sacrificios,
y á los notables hombres y virtuosos;
y allá formando en la celeste altura
sus alas al tender, cantos y bailes,
por el inmenso espacio acompañaban
al refulgente sol en su carrera,
y circuidos de estrellas á la luna;
y despues de los siglos estas almas
ó espíritus errantes, dirigían
las nubes y las brisas, y pasaban
á embellecer el canto de las aves,
ó su perfume á dar á los jardines
del paraíso de los sacros dioses.

Tales eran el cielo y purgatorio,
que los pueblos aztecas inventaron,
no teniendo *su infierno* esos atroces
materiales tormentos, que en el suyo
el florentino bardo nos describe;
y así este paragón está probando
la civilización que ya tenían
las anteriores razas á la azteca.

En todas las nacientes sociedades
ejerce gran influencia el sacerdocio,
como legislador, profeta y sabio,
inculcando á los pueblos sus ideas,
superstición y fanatismo ciego,
cuales santos preceptos, sin instruirlos
en sus ocultas ciencias y misterios;
y este poder, que á la ignorancia enfrena,
ejercíalo en Méjico, sin límites,
el clero numeroso; pues pasaba
de *cinco mil* en la ciudad azteca
el que hacía el servicio del gran templo.

Dos sumos elegidos sacerdotes,
por la nobleza y rey, al frente estaban
del clero todo; y el monarca mismo,
en los grandes asuntos del estado,
su opinión importante requería.

Se hallaba el sacerdocio dividido
en varias jerarquías; unos eran
profesores de música en los coros
y de la educación los directores,
ó practicaban actos religiosos:
otros de jeroglíficos, pinturas,
y conservar antiguas tradiciones
hallábanse ocupados en su celda;
quienes en preparar el calendario,
de las anuales fiestas el arreglo
y de la astronomía y otras ciencias,
quedando el consumar los sacrificios
de su orden á las altas dignidades,
como un premio á sus hechos meritorios.

La monástica vida, que llevaban,
la austeridad tenía de un convento,
y oraban con frecuencia noche y día;
flajelaciones dábanse, sufridos,
hasta sacar la sangre de su cuerpo,
y abluciones, ayunos, penitencias,
así logrando el torpe fanatismo,
con la esperanza de alcanzar un cielo,
en un infierno el convertir la tierra.

Al azteca sus ritos prescribían
la confesión y absolución; mas eran
imperdonables las mudanas culpas
en confesión *dos veces repetidas*,
así es que solo en el doliente lecho,
ó ya la muerte al contemplar cercana,
única y ámplia confesión hacían,
para obtener la absolución completa.
¡Cuanto más eficaz no es tal doctrina
para evitar el reincidir impune,
que aquella en que *católica beata*
repite *diariamente iguales culpas*,
y absuelta de ellas sale muy oronda,
despues que se ha tragado al Cristo en hostia 33

Cabe á los mismos templos se encontraban
los recintos á escuelas destinados;
las labores las niñas aprendían
y á coser y bordar los ornamentos;
é instruíanse en misterios religiosos
á esas que iban á ser sacerdotizas;
y á los varones observarse hacía
la disciplina conventual, severa;
á engalanar de flores los altares,
y á modular los religiosos cantos;
y en las otras escuelas superiores
iniciábanse luego á los alumnos,
dispuestos á abrazar el sacerdocio,
en tradiciones, ritos y misterios,
jeroglíficos, códigos y ciencias;

así el poder supremo conservando,
y así desde la infancia dirigiendo
la voz del sacerdocio venerable
al espíritu público, que dócil
como oráculo oía sus palabras:
dábale la enseñanza el predominio,
como al jesuita dióselo en Europa.

Cada templo tenía anexas tierras,
que por módicas sumas se arrendaban,
y con cuyos productos se atendían
con lujo á sostener el diario culto,
y del clero el suntuoso tratamiento;
y tanto se aumentaron sus riquezas
con regios donativos y mercedes,
bajo el reinado ya de Motezuma,
que despues de cubrir todos los gastos,
daban muchas limosnas á los pobres,
al par que las ofrendas acrecían
de bien cuidadas víctimas humanas,
cual si sangre pidiesen sus altares..
cual á otras regiones, por entonces,
la santa inquisición á sus guerreros
y fanáticos frailes y bandidos,
allende ignotos mares arrojaba
á convertir infieles y salvajes,
mientras en propia iglesia, entre tormentos,
muerte daba á sus víctimas ilustres!

Teocállis, esto es, *de dios las cosas*,
llamábanse á los templos mejicanos,
y habíalos por cientos en los pueblos;
de *cien piés* su perímetro sería,
y de mayor elevación su altura;
construidos de piedra y de ladrillo,
y por lo general muy semejante
de Egipto á las pirámides su forma:
una escalera circular en torno
por la parte exterior del edificio,
á cuatro ó cinco pisos daba entrada:
en su cima veíanse las torres,
alzándose un altar en su recinto,
con la imágen del dios de cada templo,
do siempre ardia un fuego inestinguible;
y eran tantas en Méjico las luces
del templo principal y de otros muchos,
que con gran claridad *toda la noche*
iluminada la ciudad se hallaba.

Entrambas torres la sagrada piedra
elevada se hallaba, do se hacían
los pomposos humanos sacrificios,
que el sacerdocio y pueblo contemplaban
en largas procesiones congregados,
en torno de esos grandes monumentos,
cuyos teribles actos acrecía
de esa nación el fanatismo rudo.

Y tales sacrificios comenzaron
antes de la conquista *unos dos siglos;*
y se fueron haciendo tan frecuentes
en todo el dilatado imperio azteca,
que fiesta ó ceremónia no existía,
sin que algún sacrificio se efectuase.

En obsequio del dios Tezcatlipoca,
—el primero despues del Sér Supremo,
y al que *el alma del mundo* le llamaban,—
la primer fiesta ó sacrificio hacían;
y *un año antes* cuidábase un mancebo
por su belleza personal notable;
se adornaba de espléndidos vestidos,
sahumados en riquísimos perfumes;
los pajes de palacio le servían,
los cortesanos dábanle banquetes,
doncellas esperábanle en su lecho;
y cuando deteníase en las calles
su instrumento á tañer con melodía,
la multitud postrábase á adorarle,
como una ofrenda á su deidad benigna.

Llegado el día de la ansiada fiesta,
en un lujoso esquife atravesaba
el manso lago la adornada víctima,
y en procesión el agolpado pueblo
seguíale hasta el templo; y arrojando
sus vestidos, guirnaldas y sus flores,
ya su instrumento músico rompía,
y subiendo las gradas, se entregaba
á seis torvos, sombríos sacerdotes,
—de largas cabelleras, y cubiertos
de negrísima túnica, adornada
de extraños jeroglíficos sagrados,—
quienes en la convexa, enorme piedra,
á la ensalzada víctima extendían,
mientras otro ministro venerado,
revestido *de un manto de escarlata,*
con filoso cuchillo, en un momento,
sacaba el corazón, y palpitante
ofrecíalo al sol, y lo arrojaba
á los piés de la imágen de aquel templo,
en tanto que el gentío, desde abajo,
en oración postrado humildemente,
el cruento sacrificio contemplaba.

Y tambien destinábanse mujeres
á iguales sacrificios á los dioses;
y en tiempo de *las secas estivales*,
al ávido Tlalóc, dios de las lluvias,

brindábanse en su altar *hermosos niños*,
adornados de flores, cuyas lágrimas,
corriendo entre los cánticos del pueblo,
presumían los fieros sacerdotes
de unánime clamor propicios signos.

Y por lo general eran comprados
los tiernos niños á familias pobres,
que á la superstición tambien cedían,
creyéndose á la víctima inmolada,
que ennoblecida y pura al paraíso
de eternas dichas á gozar subía.

En las consagraciones de los templos,
coronación de reyes ó solemnes
festividades de guerreros triunfos,
á millares contábanse las víctimas;
y cuando á Huitzilopóchtli dedicóse
de Méjico el gran templo, *siglo quince*,
en procesión allá fueron llevados
todos los prisioneros del imperio,
que exprofeso guardaron, y esta fiesta
muchos dias con gozo celebróse;
y anualmente á millares ascendían
las inmoladas víctimas humanas.! 34

Y procuraban solo los aztecas
no en sus guerras matar al enemigo,
sinó vivo rendirlo, para luego
conducirle á su altar en holocausto;
y los conquistadores, muchas veces
debieron su existencia á esta costumbre.

Y cuando careciase de victimas,
veíase en las lides, dando gritos,
á esos furiosos, torvos sacerdotes,
víctimas demandar á los guerreros.

Y cuando los cristianos preguntaron
á Motezuma: ¿cuál era la causa,
por qué en su propio reino permitía,
que Tlascala, república enemiga,
un poder autonómigo ejerciera?»
Al punto contestóles Motezuma:
«Para suministrar á estos mis dioses
ofrendas por mis pueblos tributadas.» 35

Frecuentes, casi diarias, numerosas
las fiestas eran del severo culto;
aunque algunas tambien más placenteras
al pueblo solazaban, entonando
nacionales canciones entre bailes,
verbenas, romerías, donde todos
con sus mejores trajes asistían,
y á los niños de flores coronaban,
al altar sus ofrendas conduciendo
de maiz, ricas frutas y perfumes,
brindando solo sangre de animales
y raras aves de brillantes plumas.

De la víctima el cuerpo se entrega
al guerrero, que habíale apresado,
y en báquico festín, entre mujeres,
era para el hogar grato convite,
no cual canibalismo degradante,
sinó como un precepto religioso. 36

XII

1519

Los jefes, que mandaban las provincias,
aunque este puesto hereditario fuese,
á la guerra acudían con sus fuerzas;
y hallábase á su cargo la labranza
de los reales sitios y campiñas,
y el cuidado y sostén de los palacios.

Tribunales y jueces inferiores
existían también en las provincias,
y agentes subalternos vigilaban
á sospechosas gentes, denunciando
la violación de leyes ó el desórden,
que ocultado se hubiese á la justicia;
y en criminales hechos de importancia
hasta el real consejo intervenía,
y así de vida y propiedad se hallaban
los sagrados derechos garantidos.

Eran indiferentes en un todo
los juicios y sentencias de los jueces
del supremo poder de su monarca;
y por consejo, que éste presidía,
era á pena de muerte condenado
el juez ó camarista, que culpable

de colusión, cohecho ú otra falta,
no aplicase la ley debidamente.
¡ Así no habían, pues, *recusaciones*,
las que son al tramposo un gran recurso !

De sus rentas pagaba la corona
jueces y tribunales, cuyos cargos
por su carácter eran vitalicios;
y traje peculiar y respetable
usaba el magistrado, destinando
casi el entero día á sus asuntos;
guardianes, citadores y alguaciles
de la administración cumplir hacían
los mandatos, las órdenes y embargos;
y sin usar las partes de abogado
hacían por sí propios su defensa,
presentando testigos y otras pruebas,
cuyas actas servían para el fallo
ó remitirse al tribunal supremo,
en pinturas ó signos jeroglíficos. [37]

La sentencia de muerte se indicaba
trazándose una flecha en el retrato
del encausado en criminal delito;
y el robo, el adulterio y la violencia,
el remover del campo los mojones,
el malgastar la herencia en liviandades,
y hasta el asesinato de algún siervo,
eran á última pena condenados;
y la embriaguez, excepto en los festines,
también severamente reprimida,
con pérdida de bienes ó de empleo.

El señor de Tezcuco, en su palacio,
y en alto trono de oro y finas piedras,
el tribunal supremo dirigía,
cuando en última instancia confirmaba
la muerte, que imponíase á un vasallo:
su corona también de piedras grandes,
semejante á una mitra se ponía:
y su cetro empuñando con la izquierda,
y su diestra extendida sobre un cráneo,
la sentencia de muerte pronunciaba;
y el cráneo, colocado en un banquillo,
en su cima teniendo una esmeralda,
veíase entre lúgubre aparato
de arreos militares guarnecido.

El acto en su salón se celebraba,
que llamaban de Dios, y entapizado
de ricas pieles y vistosas plumas,
pájaros imitando y bellas flores,
con largos flecos de oro y pedrería;
y las reales armas ostentaba
el hermoso dosel resplandeciente;
y otro salón igual, á ese contiguo,
el del despacho y las audiencias era.

Con gran solemnidad se celebraban
del matrimonio los usuales ritos;
y aunque el divorcio reclamado fuese
por disgustos ó quejas conyugales,
no pronunciaba el tribunal su fallo,
sin escuchar, en detenida audiencia,
con necesarias pruebas á ambas partes.

Varias clases de esclavos existían:
los asidos en guerra, prisioneros,
que eran generalmente destinados
á los cruentos, frecuentes sacrificios,
los públicos deudores, criminales,
para pagar sus daños y sus deudas;
aquellos que por pobres se vendían,
libertad y derechos renunciando;
y los niños, vendidos por sus padres;
mas los padres podían sustituirlos,
con el consentimiento de su dueño,
por los que iban creciendo, de este modo
haciendo entre ellos por igual la carga,
que á su prole infeliz el hado adverso
condenaba á sufrir desde la cuna;
y fácilmente el cuidadoso padre
su libertad dejada resignado,
por la dulce manera y protectora,
con que ejercía el amo sus derechos:
el esclavo adquirir bienes podía,
tener familia, y á sus hijos libres
contemplar al nacer; único ejemplo,
que aquella nueva sociedad ignota
presenta al viejo mundo, en las naciones
do era la esclavitud reconocida:
nadie al nacer en Méjico era esclavo...
iguales todos en derechos eran !

Hacíase la venta ante testigos,
indicando la especie de trabajo
á que debía el siervo estar sujeto,
no pudiendo á otro dueño ser vendido,
sinó por verse el amo en la pobreza;
y muy generalmente acontecía,
que al espirar el jefe de la casa,
en libertad quedasen los esclavos;
aunque los que eran díscolos ó malos
podíanse por ley, en todo tiempo,
en el mercado públíco venderse;
y si su enmienda así no se obtenía,
al sacrificio destinados eran,
ofreciendo también á sus altares
á los que arroja Europa á los cadalsos.

Estas breves ideas de las leyes,
que el mejicano código encerraba,
los debidos principios de justicia,
que allí se profesaban nos demuestran;
y que ya no era una nación salvaje
la que Cortés avasallar quería,
sinó con las nociones necesarias
para ir avanzando en su progreso,
sin el *statu quo* del pueblo chino. 38

De la corona las extensas tierras
dábanse á cultivar, y de sus frutos
pagábanse el anual arrendamiento:
unos distritos á la corte estaban
obligados á enviar los materiales,
peones y alarifes necesarios,
para refaccionar los reales sitios,
y á su cargo también otros tenían
al palacio real proveer de todo
y del monarca los privados gastos.

Tenían las provincias principales,
villas y territorios dependientes,
que de la tierra pública gozando,
al erario pagaban un tributo,
con los mismos productos recogidos;
y hasta de los señores los vasallos
igual carga tenían en el reino.

Además de este impuesto á la labranza,
otro á manufacturas se imponía,
también por el monarca percibido. 39

En aquellas ciudades populosas
á las recientemente conquistadas,
hallábanse leales guarniciones,
para que sin disturbios se pagasen
los tributos y leyes se cumpliesen.

Repartidos había en todo el reino
receptores de impuestos y auxiliares,
que con insignias especiales eran
por exacciones y el rigor temidos;
pues la ley condenaba á ser esclavo,
y como tal vendido, al que evadiese,
ó el pago del tributo demorase.

En la gran capital para depósitos,
espaciosos graneros existían,
y el administrador de ellos moraba
en el real palacio, vigilando
subalternos, entradas y salidas,
y de todo llevando exacta cuenta;
teníase estadística prolija
de los productos del imperio todo
y de su anual disminución ó aumento,
cuyo impuesto al principio se cobraba
de un modo protector y equitativo;
mas luego de los reyes la avaricia
hízolos excesivos y onerosos;
y cuando la conquista, insoportable
eran ya para el pueblo esos tributos.

Cruzado el reino hallábase de postas,
unas de otras distantes *diez kilómetros;*
y ligeros correos conducían
de palabra ó por signos jeroglíficos,
pliegos, noticias, órdenes ú objetos,
de posta en posta el conductor turnando;
y en su mesa encontraba Motezuma,
del golfo mejicano peces frescos,
y las lejanas frutas de su imperio,
aun antes de las horas veinticuatro.

Así rápidamente se sabían
de las reales tropas los sucesos,
y del imperio los noticias todas;
y de correos el color del traje
la alegría ó pesares pregonaba,
al pasar las ciudades como gamos. 40

Las nobles profesiones y rivales
eran las del soldado y sacerdote,
—tal cual en la edad media fué Europa—
en la azteca nación, tan belicosa,
donde para ser rey era preciso
haber sido en las lides gran guerrero;
pero el fin de la guerra no era solo
el suelo engrandecer y honrar la patria,
sinó adquirir los necesarios séres,
que siempre ansiaban los voraces dioses.

Ante el rey y consejo de los nobles,
las cuestiones de guerra se trataban;
y antes de declararse, eran enviados
al enemigo bando embajadores:
—para que al rey de Anáhuac sometido,
acatara á los dioses mejicanos
y los fijos tributos abonase.—
Y si tal embajada era infructuosa,
entonces declarándole la guerra,
era el contrario pueblo conquistado,
gozando los enviados gran respeto
y siendo en vías públicas inmunes.

Los belicosos príncipes aztecas
para dar á sus armas incentivos,
y la carrera honrar, establecieron
órdenes militares, graduaciones,
privilegios é insignias especiales,

así recompensando las proezas;
pues nadie, sin haberlas alcanzado,
aunque de la real familia fuese,
usar de ellas podía, sinó solo
el común traje blanco del soldado,
que de hebras era del maguey tejido.

El lujoso uniforme pintoresco
de jefes y guerreros principales,
por su bella elegancia sorprendía:
á la prieta coraza reluciente
de láminas delgadas de oro y plata,
cubríala un jubón de hermosas plumas,
de rica franja ó extendidos flecos:
era el yelmo de plata ó de madera,
ostentando cabezas de animales,
entre ondeantes plumas y variadas,
con oro y finas piedras adornado,
y brazaletes, aros y collares
en el esbelto cuerpo se veían.

Dividíanse en cuerpos los ejércitos
de *unos ocho mil hombres* cada uno;
y los cuerpos en otras divisiones
por respectivos cuerpos comandados.
La nacional bandera era bordada
de oro y plumas, teniendo por emblema
en su centro las armas del Estado;
y las de divisiones y otros pueblos,
símbolos propios de vistosas telas.

Entonando, avanzaban al combate,
sus cantos patrios y guerreros himnos;
y aunque era empero una nación guerrera,
su táctica imperfecta no alcanzaba
á tener de la ciencia las nociones:
era brusco su ataque y temerario,
como pronta despues su retirada;
pero tornando, preparar sabía
emboscadas, asaltos y sorpresas,
y el número, más bien que la pericia,
obtenía en las lides la victoria;
y el valor del guerrero se estimaba,
según la cantidad de los cautivos,
que cada cual al fin hacer podía.

Y su ordenanza militar severa
con la pena de muerte castigaba
el robar el botín, despues del triunfo,
y al soldado sus propios prisioneros;
el faltar al mandato de los jefes,
abandonar el campo de batalla
y el ataque llevar al enemigo,
antes de la señal haberse dado.

Y hubo un rey de Tezcuco, á semejanza
de Junio Bruto, el célebre romano,
que despues de curar á sus dos hijos
de las heridas del postrer combate,
sin vacilar á *muerte condenóles*
por faltar á la ley, como guerreros.

Y llevando las tropas ambulancias,
que expertos cirujanos atendían,
despues de la batalla eran curados
los propios combatientes y enemigos. 41

Se sepultaban á los muertos pobres,
envueltos *en papeles ó en sus telas*,
para que los peligros evitaran
del oscuro camino, que cruzasen;
y si era rico el muerto, en sus exequias
era costumbre el inmolar esclavos;
y quemándose el cuerpo, las cenizas
guardadas era en valiosa urna,
que en propia casa y respetado sitio
la condolida prole conservaba.

XIII

1519

No era el *estatu quo* del pueblo chino
la índole de esas razas aborígenes,
que absorto el viejo mundo descubría
en trópicos de edenes virginales:
eran los mejicanos de Occidente
como aquellos asirios, que fundando
el primer gran imperio de la tierra
en las cuencas del Tigris y del Eúfrates,
para asombro dejaron de los siglos
Nínive y Babilonia de sus ruinas;
como así hubiéranlo hecho los aztecas,
si su raza, progresos y conquistas,

tradiciones, riqueza y monumentos,
no hubiese otra conquista, como el rayo,
al comenzar apenas su existencia,
tornado en polvo hasta sus lindes todas!

Si sorprende encontrar gran semejanza
entre la azteca religión y egipcia,
y en el conocimiento de las ciencias,
aún más sorprende hallarla en adelantos,
si se qniere estudiar su astronomía
y especial geroglífica escritura,
representada en la nación azteca
por figuras en varias actitudes,
convencionales signos y colores
y múltiples objetos de natura,
y lijeros perfiles de animales;
y así cual representa el europeo
á la esfera terráquea *por un globo*,
así á esa abstracta idea el mejicano,
en *un escarabajo* demostraba,
y por *una serpiente* al ráudo tiempo;
y si hubiese su imperio proseguido,
no cabe duda que llegado hubiera
la fonética forma á haber usado.

En los egipcios textos existía
más regularidad en líneas, formas,
y más pequeñas eran sus figuras,
en tanto que más grandes y deformes
eran generalmente en los aztecas;
pero expresaban el asunto siempre
con claridad y precisión exacta,
conservando sus leyes y ordenanzas,
publicando anualmente el calendario,
reuniendo sus estudios y progresos,
estadísticas, cuentas y archivando
sus sucesos políticos notables;
así una edad en otra trasmitiendo
los principales hechos de su historia.

Aquellos educandos, inclinados
al estudio de tales caracteres,
bajo viejos maestros distinguidos,
siguiendo estenográficos trabajos,
iban legando los modernos hechos,
himnos, cantos é históricos anales,
que su literatura constituían.

Escribíase en telas muy diversas;
ora en muy finas pieles de animales,
ó ya en seda, con goma preparada;
ora en un pergamino, fabricado
del muy sutil maguey, y semejante
al *papirus egipcio*, y más flexible
y más suave tambien que el pergamino;
y según el asunto de las obras
por tomos iban siendo encuadernadas,
en chapas de madera, bien pulida.

De tales numerosos manuscritos,
considerable número encontraron
esos conquistadores invencibles,
que al verlos esparcidos por doquiera,
creíanlos maléficos hechizos,
como á esos muchos ídolos y templos,
y tambien á destruirlos comenzaron;
hasta que el buen Zumárraga, famoso,
el primer arzobispo en Nueva España,
con paciente tezón fué recogiendo
cuanto libro encontróse en esa tierra,
cuanto mapa maléfico se hallare;
y apilados, *formando una montaña*,
según fiel expresión de los coetáneos,
en Tlatelolco, en medio de la plaza,
hízose auto de fe del *monte-libros*.
¡Nunca, jamás el fanatismo ardiente,
más estupendo triunfo ha conquistado! 42

Y tambien la ignorante soldadesca
siguió el ejemplo del prelado estulto,
y á gala tuvo el destrozar do quiera,
cuanto libro y papel cayó en sus manos,
logrando apenas los astutos indios
uno que otro salvar, como reliquias. 43

El general idioma del azteca
era expresivo y rico, aunque el más culto
fué de toda la Anáhuac el tezcucano.

Refiérese tambien, que comenzaban
á tener afición á la comedia,
y ejecutando fiestas pantomímicas,
ocultábanse el rostro en una máscara.

Sencillo su aritmético sistema
é ingenioso á la vez, era sobrado
para hacer largas cuentas y escribirlas
y sacar fácilmente sus problemas. 44

Mas donde con asombro revelóse
su muy paciente genio matemático,
fué en esa su perfecta astronomía,
que investigaron sabios europeos,
cuando existían restos ya tan solo. 45

Imposible parece que la Anáhuac,
en la primera ciencia de las ciencias,
tanto hubiese avanzado en sus progresos,
y en mecánicas artes no se hallase
de esa ciencia al nivel, como era lógico,

ante la mutua conexión, que tienen,
pues el avance intelectual supone
otro igual y útil en diversas artes,
que van haciendo cómoda la vida,
como requiere en sociedad el hombre,
aguzando su ingenio é inventiva,
cuando deja sus selvas y desiertos,
cubre su desnudez, medrar ansía,
y en sociales caminos penetrando,
sigue en otros y va formando siempre,
esa grande cadena de las ciencias;
y elevada su mente á otras alturas,
el gusto por las letras y las artes
se pule, desarrolla y engrandece!

No obstante, su adelanto se veía
en la edificación y agricultura,
aunque á los frutos de su fértil tierra
impuestos oprimieran excesivos.

Todo habitante, excepto los soldados,
del campo en los labores se ocupaba;
y solo la mujer en los quehaceres
anexos al hogar, y en los tejidos,
y no en rudos trabajos y penosos,
cual en bárbaros pueblos acontece.

De bosques el desmonte era prohíbido,
para que la humedad se conservara
en los secos parajes, y las lluvias
los sembrados regasen, aunque acequias
y canales cruzaran las campiñas.

El abundante plátano dorado,
los preciados cacao y la vainilla,
el maiz, que servíales no solo
para hacer muy diversos alimentos,
sinó como cerveza una bebida;
la gigantesca caña, que les daba
para azucar hacer, bastante buena;
el famoso maguey,—de largas hojas
y de apiñadas flores adornado,—
que brotaba do quiera, como hierba,
y casi para todo allí servía:
el papel fabricábase de su hoja
y tambien los vestidos más comunes;
del zumo el *pulque*, su mejor bebida;
de sus fibras el hilo se sacaba,
estopas, cuerdas, resistentes sogas,
agujas y alfileres de su espina,
y hasta cocida su raíz se usaba
como grato alimento y nutritivo;
servía, pues, á la vez para comida,
para beber, vestirse y fabricarse
papel, cuerdas y objetos necesarios;
á mas mil ricas frutas y productos
su tierra embellecían, y mil plantas,
que después, importadas en Europa,
á su antigua herbolaria enriquecieron,
como también así otras de flores
exóticas, variadas y olorosas,
de bellísimas formas y matices,
clasificadas todas sábiamente,
y mejor cultivadas que en aquellos
europeos jardines, que bien pronto
con mejicanas flores se exornaron.

Y también los aztecas conocían
del reino mineral las sus riquezas:
el *oro, plata, plomo y el estaño;*
y de *la superficie y de los rios*
sacado el oro en cestas y lavado,
también tenía su tributo impuesto,
ora fundido en barras ó hecho polvo;
y extraían los otros minerales
de las minas de Tasco y Zocotóllan.

Aunque el hierro abundaba en esa tierra,
su uso desconocido lo suplían
con *una liga del estaño y cobre:*
y con *un cierto polvo silicoso,*
no ya solo labraban los metales
y los muy duros pórfido y basalto,
sinó las amatistas y esmeraldas,
dándoles varias formas caprichosas. 46

De oro y plata vajillas y jarrones,
utensilios, adornos y preseas
con primor fabricaban y esculpían;
y tan grandes algunos de esos jarros,
que á abarcarlos un hombre no bastaba;
y pájaros hacían y animales,
ligando á esos metales bellas plumas,
las que, como los peces imitados,
oro y plata entre escamas alternaban.

En forma de cuchillos y de sierras,
instrumentos usaban de obsediana,
un duro mineral y trasparente,
que hallábase en montañas, y con ellos
las piedras desgastaban y alabastros,
y los adornos de las grandes casas,
públicos edificios y sus templos
y estatuas y figuras de sus dioses. 47

Numerosas imágenes aztecas
cimiento son, despues de la conquista,
de la cristiana catedral de Méjico,
aunque á millares esparcidos se hallen,
al abrirse la tierra, en todas partes. 48

Pero de esas imágenes y estatuas,
la de su *calendario*, enorme mole,
es la más bella pieza de escultura,
que pesará *cincuenta toneladas*,
de duro y bello pórfido, y traída
entre quebradas, ríos y canales,
de sierras más allá del lago Chalco. 49.

Hábiles alfareros fabricaban
del doméstico hogar los utensilios;
copas y vasos de madera hacían,
pintados de colores, y empleando
el rico carmesí de cochinilla,
como en sus telas de algodón, vistosas,
con pelo entretejidas de conejo;
pero eran admiradas, sobre todo,
por el trabajo artístico de plumas
de esas preciosas aves de los trópicos,
con sus colores mil tornasolados,
desde el pequeño *colibrí* brillante,
hasta el gran *papagayo* garrulero;
y estos adornos sobrepuestos eran
en los ricos vestidos de los nobles
y ornamentos de templos y tapices. 50

Y no existiendo en Méjico las tiendas,
eran manufacturas y labores
y productos agrícolas, llevados
á mercados de centros principales,
donde en frecuentes ferias se surtían
de todo aquello los cercanos pueblos,
haciéndose con órden las permutas,
pues allí un subalterno de justicia
fallaba al punto en cualesquier demanda;
y hacíanse *los trueques ó los pagos*
en diversas monedas y corrientes,
siendo éstas *polvos de oro, ricas plumas,*
bolsillas de cacao, trozos de estaño,
y con *un peso fijo,* cada especie.

Estimada carrera era el comercio,
y el ambulante mercader andaba
recorriendo de Anáhuac las ciudades
con sus joyas, acopios y artefactos;
regalaba á los jefes de provincia
y de ellos recibía algún obsequio,
y tambien protección, si era preciso:
y de unos *veinte kilos*, más ó menos,
era de un hombre la corriente carga;
y en precaución de ser en los caminos
asaltada su carga, hasta que fuese
por los públicos guardas amparado,
iba armada la alegre carabana;
y tales ambulantes mercaderes
solíanse ocupar tambien de espías,
y tenían influencia en el gobierno,
y dándoles riquezas sus negocios,
llegaban á gozar prerogativas,
cual si de noble cuna descendiesen.

En un barrio especial se aglomeraban
cada gremio y talleres de artesanos,
con su jefe y sus fiestas populares,
todos, en general, honrada gente;
y el buen padre á sus hijos repetía:
«Así como mi padre me ha educado,
sin carecer del alimento nunca,
y dándome á la vez honrado oficio,
y yo á vosotros, continuad mi ejemplo,
y en una profesión, honesto siempre,
trabajad, y dareis á vuestra prole
lo que hemos, como herencia recibido,
y debemos tambien ir trasmitiendo.»
¡Estas de Jesucristo son las máximas!

Y del azteca entrando en los hogares,
hallaremos en ellos la cultura
del labrador, guerrero y artesano,
y el amor y el respeto á la familia;
y daban *sus comidas y sus fiestas,*
perfumando la pieza del banquete,
y de flores cubriendo el pavimento;
con profusión veíanse en la mesa
el rico *pavo gordo*, bien asado, 51
de *maiz pastelitos con azúcar,*
salsas, pescados, viandas y legumbres,
y sazonadas *frutas deliciosas;*
el selecto *espumoso chocolate*
y su *pulque* y *licores especiales,*
en labradas *vajillas de oro y plata;*
servidos por criados numerosos
todos los invitados en la mesa,
lavábanse antes y despues las manos,
y así que terminaba la comida,
y dejando la sala del banquete,
jóvenes y mujeres se entregaban
á sus *alegres bailes y cantares,*
mientras los hombres, *con la copa al lado,*
entre medio dormidos y despiertos,
su *cigarro riquísimo* fumaban.

En las escuelas públicas los niños
su educación primera recibían,
ó en los talleres de sus propios padres,
de ellos la profesión siguiendo muchos;
y á las niñas las madres educaban
con sencillez, modestia y hacendosas,
para dignas esposas, tiernas madres. 52

Era la poligamia permitida
entre la noble gente mejicana;
y los conquistadores nos describen
á la mujer azteca de sus tiempos:
—hermosa, grave, de aire distinguido,
reunido á cierto tinte melancólico,
de lindos ojos, negra cabellera,
entretejida de pequeñas flores,
y de velo finísimo adornada,
el que era en ricas damas salpicado
de finas piedras y escogidas plumas.—

XIV

1519

¿Quién era Motezuma? ¿Cuál su orígen?
De monarcas de Anáhuac descendiente
y de nombre *el segundo:* y ya ese imperio
diezisiete años con tezón regía,
cuando fué por España conquistado,
y era del trono *undécimo monarca.*

Desde joven el noble Motezuma
con ardor varonil tomó las armas,
y las huestes siguiendo varios años,
notable se hizo en las ferales lides;
mas luego retirándose, entregóse
al sacerdocio y sus severos ritos;
y austero, ejemplar y escrupuloso,
gran respeto y amor á todo el pueblo
su aspecto grave y místico infundía;
y mas, al ver que aunque de regia alcurnia,
exento de ambiciones y riquezas,
honores y placeres se encontraba. 53

Fué así, pues, preferido á sus hermanos
por los reunidos nobles del consejo
para ocupar el mejicano trono,
y *en mil quinientos dos* fué proclamado;
y cuando en comisión fueron los nobles
su elección á anunciarle, con premura,
barriendo humildemente le encontraron
del templo de su dios *las altas gradas;*
mostróse ante esa nueva sorprendido,
y de su insuficiencia hizo protestas;
pero Netzahualpílle, su pariente,
quien era á la sazón rey de Tezcuco,
y el consejo honorable presidía,
en sentido discurso así le dijo:
«¡No, que suma modestia es causa sola
de esa tu mal fundada negativa,
que aceptar no podemos ni queremos!
¿Ni quién puede dudar que el solio azteca
tocará á su cenit, cuando lo ocupe
aquel cuya presencia soberana
infunde en todos general respeto?
¡Regocíjate, trono afortunado,
que ya un cimiento poderoso tienes....
un solícito padre, que incansable
y ageno á los placeres y molicie,
por tus grandezas y tus glorias vele!

Y tú, joven ilustre, tan modesto,
no dudes, que si Dios echa en tus hombros
esta pesada carga, bienhechora,
ha de darte tambien la fortaleza
para poderla sostener triunfante;
y la sabiduría necesaria,
solo á los elegidos concedida,
para de un pueblo, que te estima tanto,
recibir las fervientes bendiciones,
pidiendo que en el trono, largos años,
los tutelares dioses te concedan!» 54

Desplegó Motezuma en los principios
notable actividad en el gobierno;
y con éxito próspero vencido
fué un distante distrito revelado,
que de cautivos turba numerosa
á su coronación suministrara;
y largas y pomposas esas fiestas,
de todo el reino gentes acudían;
y hasta algunos señores trascaltecas,
siempre de mejicanos enemigos,
á ellas disfrazados concurrieron:
súpolo Motezuma, y aprehendidos
hízoles á su lado presenciarlas,
y en libertad despues los puso á todos;
y por acto magnánimo se tuvo
entre aquellas dos razas disidentes.

Y empeñado despues en nuevas guerras,

que incansable en persona dirigía,
flameó victorioso su estandarte
hasta el golfo de Méjico, é internóse
en Nicaragua, Honduras y regiones
ignotas hasta entonces y lejanas.

Y volviendo triunfante dedicóse
á arreglar la justicia, hacer reformas
y al cumplimiento exacto de las leyes;
y paseábase solo por las calles,
para ver los abusos, corregirlos;
y cuéntase, que quiso á varios jueces,
por conducto de algunos litigantes,
tratar de seducir por el cohecho;
y que llamó despues á estrecha cuenta
á aquellos, que venales claudicaron,
pues quiso hacer algunos escarmientos.

Pagó bien á sus buenos servidores,
embelleció los templos y palacios,
por un nuevo acueducto llevó el agua
á toda la ciudad, y un gran asilo
en Colhuácan fundóse para inválidos.

Mas estos y otros actos meritorios
fuéronse brevemente oscureciendo,
pues la humildad hipócrita ostentada,
cambióse pronto en arrogancia fiera:
á muchos despidió de sus parientes
y leales domésticos antiguos,
haciéndose servir por otros nobles,
que hasta en serviles actos ocupaba;
por el placer de verles humillados:
y ya en público apenas presentándose,
rodeóse de gran pompa inusitada
y un ostentoso lujo, que pesaban
en los impuestos, que en aumento siempre,
fuéronle haciendo odiado entre los pueblos;
y á la terminación de su reinado,
casi media nación estaba en armas,
para ir los disturbios reprimiendo.

En *mil quinientos dieziseis*, faltando
el rey Netzahualpílli, de Tezcuco,
en él perdió tambien su consejero,
aunque no le escuchaba, cual debía;
y sus hijos Cacama é Ixthilxóchitl
disputáronse el reino tenazmente,
mas al fin cencluyó por un convenio,
una mitad tocándole á Cacama
y á más la capital, y *la otra parte*
al hermano segundo, que enemigo
desde entonces siguió de Motezuma,
á quien tambien mostrábase contraria

Tlascala, república pequeña,
entre la costa y valle mejicano;
pero siempre terrible é independiente,
y por *más de dos siglos* siempre en lucha
sin que otra del Anáhuac la excediera
en valor ni proezas militares.

Tal de la azteca, rica monarquia,
era la situación, cuando á sus playas
los buques de Cortés se presentaron;
de su monarca disgustado el pueblo,
por impuestos vejadas las provincias,
y asechado el imperio por rivales,
que su poder odiaban ó temían;
mas era, sin embargo, tan temido,
era su voluntad tan soberana,
cual si fuera un precepto de sus dioses;
y de ese rey la vanidad tan grande,
cual la de un necio autor, que dáse bombo,
viendo y comprando á amigos y enemigos:
sus legiones tan fuertes, poderosas,
su respetada autoridad tan alta,
que su esquilmado pueblo avasallado
y contrarias repúblicas rivales,
mudas, silenciosas y sufriendo,
mejores días esperaban todos.

Esos días llegaron *de proezas*,
en que el mar arrojando al gran imperio
leve puñado de inmortales hombres,
con mortíferas armas y más ciencia,
supieron explotar esa anarquia
y el brutal fanatismo de aquel jefe,
que holocaustos humanos, sacerdocio,
sus ritos, ceremonias religiosas,
y esplendor de sus templos numerosos
complúgose en llevar á gran altura.

Ese rumor, como las olas, vago.....
aquellas tradiciones, que volvían
á preocupar los hijos de aquel reino....
esos remotos cuentos, que tornaban
como el rugir de próxima tormenta,
iban tomando forma, y se refiere:
—que *en mil quinientos diez*, un terremoto,
que estalló de Tezcuco en la laguna,
presto inundó de la ciudad las calles,
arrastrando gran parte de edificios;
y que *al año siguiente* fué incendiada
una alta torrecilla del gran templo,
sin lograrse apagar *en muchos dias*,
aunque *de dura piedra* era tan solo:
lastimosos quejidos por los aires
anuncian *de ese reino el exterminio*,

y flébiles los ídolos vacilan,
exhalando tambien funestos ecos:
miráronse *cometas* por las noches,
con igníferas *sierpes de tres colas,*
arrojando su fuego en el espacio,
cual si á los cielos incendiar quisiesen:
que *pájaros horribles* recorrían
montes y selvas, con graznidos tristes:
que sacóse del lago, entre los peces,
otro monstruo muy raro, que una chapa
como espejo tenía en la cabeza:
y llevádose al rey, vió en el espejo
una noche de estrellas coronada;
mas cambiándose súbita la escena,
al volver á mirar, representóse
del Oriente una armada poderosa,
que á conquistar á su nación venía:
consultó este prodigio, y asombrados,
los agoreros la visión confirman,
y el monstruo *entre sus manos se deshace.*

Que un labrador, entrando en el palacio,
pide, ruega y *exije* á los guardianes
el ver á Motezuma y revelarle
un asombroso caso que le pasa,
y que ante él conducido, así le dice:
«Arrebatóme un águila, y entrando
á un palacio de flores y perfumes,
veo un hombre *con regias vestiduras;*
aproxímome á él.....*eres tú mismo,*
y ordenóme una voz:—que *un pebetero,*
que encendido tenías en las manos,
al descubierto *muslo te aplicara;*—
intenté resistir, mas fascinado
y con espanto aplícolo á tu pierna;
pero tú, *como muerto,* nada sientes,
y díjome la voz:—¿ves cómo indigno,
y teniendo *á los dioses irritados,*
entre torpezas y delicias duerme,
cuando su religión y monarquia
á destruirlas enemigos llegan,
hendiendo mares, entre blancas nubes?
Pues corre y dile:—que sus dioses todos
le ordenan que despierte, y deponiendo
su crueldad y soberbia, se prepare
á salvar á su patria de enemigos.—
Vuelve el águila á alzarse por los aires,
como un rayo cruzando los espacios,
y dejóme en mi choza: y yo cumpliendo
la voluntad suprema de los dioses,
vengo y te digo:—mi señor, *despierta,*
ó *mira cómo duermes,* si no sientes
de la conciencia el torcedor, que grita,
ni el reciente cauterio de tu muslo!»

Y con denuedo el labrador tranquilo
á la corte y el rey vuelve la espalda,
sin que en tanto estupor nadie se atreva
á detener sus pasos; mas repuesto
iba á mandar prenderle Motezuma,
cuando agudo dolor *siente en su muslo,*
y mira del cauterio *las señales,*
causando esto en la corte *más espanto.*

Tales sucesos, y otros estupendos,
de aquel imperio en diferentes partes,
la tradición y autores fidedignos,
como acaecidos por entonces narran. 55

XV

1519

No hay efecto sin causa, esto es sabido,
y todo nuestro globo marcha armónico,
según su *Autor supremo* lo formara,
aunque á veces *el subio no comprenda*
las convulsiones físicas, que advierte,
ni alcanzar llegue á su ignorado orígen.

Así, pues, ¿no es más lógico y sencillo,
—que atribuir á causas misteriosas
ó ensueños, cuentos y patrañas necias,—
el suponer, que los clamores vagos,
que íbanse condensando cada día,
desde uno á otro confín de aquel imperio,
sobre la vuelta próxima á esas playas
de Quetzalcoátl, en blanco transformado,
y con luengas, tupidas barbas negras,
otra causa tuvieran eficiente
y algún más natural fundado orígen?

¿No hacía acaso como *cinco lustros*
que el continente Sud-Americano
descubriera Colón? Y luego Ojeda,
Bastidas y Nicuesa y otros varios,
¿no recorrieron las centrales costas?
De Nuñez de Balboa, ¿no recientes
hallábanse sus pasos por el istmo,
llegado al mar del Sud y exploraciones
al golfo San Miguel y varias islas?

¿Qué extraño es, pues, que aquellos ribereños
desparramando fuesen, asombrados,
por ese americano, vírgen suelo,
la llegada á sus costas de esos hombres
de armas de fuego, blancos y barbudos?

Y por último, *pocos meses antes*,
¿no había ya Grijalva recorrido
aquellas mismas mejicanas costas,
que hora Cortés como invasor pisaba?

¿Qué extraño es, pues, que en el imperio azteca,
desde un confín al otro se supiere,
antes que Hernán Cortés allí llegase,
que hombres *blancos*, *barbudos* y llevando
en sus armas el rayo, allí estuvieron,
y que todos los indios supusieran:
—que era el dios esperado, que llegaba,
seguido de su ejército invencible,—
y tal nueva al tirano Motezuma
hiciera extremecer y acobardara,
al ver las profecías ya cumplidas?

Mas llegando á cobrar algún aliento
ese rey caviloso y desconfiado,
al saber el regreso de Grijalva,
pero temiendo que á volver llegase,
apostó centinelas en las costas,
con órdenes:—que fuesen obsequiados,
si con el tiempo á aparecer volviesen,
y al punto le avisasen tal suceso;—
creyendo con regalos y perfidias,
conseguir—que vencidos se alejasen.—

Por eso es que Teutile y Pilpatóe
á Cortés recibieron obsequiosos,
y más, *por los sucesos de Tabasco*,
haciendo bosquejar aquellos lienzos
con buques, armas, tropas y banderas,
que súbito Teutile, con sus criados,
presentó al aterrado Motezuma,
quien convocando á los aliados reyes
de Tezcuco y Tlascópan, les impuso
del objéto especial de aquel consejo.

Y convocados con sorpresa todos,
algunos más osados opinaron:
—que por medio de astucias ó la fuerza
debían á esos blancos oponerse,
pues no de Quetzalcoátl era familia,
desde que eran contrarios á sus dioses;—
pero otros más prudentes, que tenían
noticias de los hechos de *Tabasco*,
y el terrible poder de los bridones,
expusieron:—que hacérseles debía
amistosa acojida, simulada,
y luego proceder cual conviniese.—

Mas ofuscado y de temores lleno,
la medida peor tomó el monarca:
remitió á Hernán Cortés *grandes regalos:*
y de no recibirle dando escusas,
prohibióle que á su corte se acercase.
Dábale á conocer *así su miedo,*
y de su reino *el oro y las riquezas*,
al mandarle un presente tan valioso;
y como es natural, tal cosa hizo
de Cortés avivar las pretensiones
de llegar hasta el trono mejicano.

Entre tanto, las fuerzas españolas
en vastos arenales acampadas,
ya tenían albergue suficiente,
mandado construir por Pilpatóe,
y veíanse libres de los rayos
de ese sol tropical, insoportable;
y del contrario campo recibían
carne, pescados, aves y legumbres,
que cocineros indios preparaban;
y frutas exquisitas de esas zonas,
que aunque desconocidas, las comían,
su sabor delicioso ponderando.
Pero vamos siguiendo nuestra historia,
que asaz largo el paréntesis ha sido.

Como á los *ocho dias* presentóse
á Cortés la embajada del monarca
de *dos nobles*, Teutile y *cien esclavos;*
el suntuoso regalo conduciendo;
y Cortés y sus jefes, sorprendidos
quedáronse al notar, que tal distancia
en ese tiempo recorrido hubiese,
con algunos objetos tan pesados.

Con señales de suma reverencia
á Cortés y sus jefes principales
saludó la embajada, en la cual vieron
un noble indio á Cortés *muy parecido,*
lo que causó sorpresa á los cristianos,

y el que fué remitido expresamente
por encontrar la corte, en las pinturas,
entre Cortés y ese indio semejanza.

Y encendiendo los siervos los pebetes,
á Cortés y sus jefes envolvieron
de grato incienso en opaladas nubes,
mientras otros, tendiendo sus esteras,
sobre ellas los regalos colocaron:
allí escudos, corazas, armas, yelmos,
adornados *de plata* y *oro puro:*
collares, brazaletes y sandalias,
abanicos, penachos y exquisitos
adornos varios *de brillantes plumas*,
con hilos de oro y plata; y animales
de los mismos metales, bien fundidos,
con profusión mezclados se veían;
gran cantidad de mantas y frazadas,
livianas telas, túnicas, cortinas,
de muy firmes, *bellísimos colores;*
y devolvía Motezuma el casco
de polvo y granos de oro bien repleto.
¡Mas cuál no fué *de todos el asombro*
en aquel castellano campamento,
al mirar que los indios desenvuelven
un gran círculo grueso *de oro puro*,
del tamaño *de rueda de carruaje*,
en su centro esculpido y de relieve
un gran sol y simbólicas figuras,
de *trescientos cincuenta kilos* peso!
Y luego presentáronle los indios
de forma igual y peso, otro *de plata*,
con *una luna llena y sus estrellas*. 56

Con deslumbrados ojos contemplaron
esos aventureros invasores
tales joyas, adornos y riquezas,
que de gloria, codicia y de dominio
sus dorados ensueños excedían.

De su éxtasis la voz de los enviados
sacó á esos españoles, exponiendo:
—que su augusto monarca *no podía*
la pedida entrevista el acordarles,
tanto por la distancia en que se hallaba,
cuanto, porque existiendo en esos campos
enemigos terribles, se verían
á combates expuestos diariamente,
entre bosques, desiertos y montañas
de insuperables pasos y pendientes,
precipicios y arroyos correntosos,
y más para extranjeros, no llevando
el preciso alimento en tales viajes:
que su amistad brindasen á sus reyes,
y un adormido mar á sus riberas,
con muy gratos recuerdos los llevase.—

Este desaire, con sereno rostro
disimuló Cortés; mas expresóles:
—que aunque mucho el presente agradecía,
érale harto sensible el alejarse,
sin cumplir de su rey aquel mandato.
Así, pues, que insistía y le rogaba,
le otorgase en la corte esa entrevista;
y que eso de enemigos y peligros,
para su gente y él no los temiese,
que vencerlos sabrían en su campo,
como siempre y doquier lo hicieron ellos,
solo á su Dios temiendo y no á los hombres!—

Volvió, pues, á pedir á los enviados,
que tal respuesta á su señor llevasen,
porque *de allí, el moverse no pensaba*,
hasta que la orden de su rey cumpliese;
y remitióle algunas fruslerías
las que no á recojer se apresuraron,
mostrándose mohinos del mensaje;
y dándole á entender al castellano:
—que ya inútil juzgaban su insistencia,—
cabizbajos partieron de su albergue.

Ante el rico tesoro continuaban
aquellos españoles deslumbrados:
unos querían avanzar cuanto antes,
otros juzgaban temerario arrojo
el internarse en tan poblado imperio,
y creían mejor volverse á Cuba,
y á Velazquez pedir triples recursos
para que el triunfo fuese así seguro;
y los que esta medida proponían
los partidarios de Velazquez eran,
ya á Cortés envidiando su destino;
pero tales ideas y objeciones,
mas en las suyas á Cortés afirman,
para quien halagüeños incentivos,
dificultades y peligros tienen,
á pesar que ese clima insoportable,
arenales ardientes, miasmas fétidas,
á diezmar comenzaban á su tropa;
y habían *como treinta ya de baja*,
entre muertos y enfermos por *la fiebre;*
y en una abierta rada la escuadrilla
bastante expuesta á perecer se hallaba
al primer fuerte viento que soplase.

A disminuir los indios comenzaron
los hasta entonces abundantes frutos,
movidos por temor y por mandato;

y érale ya al conquistador preciso
con urgencia tomar otras medidas.

Y mandó á don Francisco de Montejo
con *dos naves* y el práctico Alaminos
á recorrer las costas más al Norte,
procurando buscar un mejor puerto
y más sanas riberas á su tropa,
de plazo señalándole *diez dias*.

Con los mismos solemnes cumplimientos,
otra vez se presenta la embajada,
conduciendo tambien grandes regalos,
que á unos *cien kilos de oro* ascenderían,
y unas piedras llamadas *chalchuites*,
que aunque nada valían por su clase,
estimaban allí por su gran uso. 57

Persistió Motezuma en su respuesta:
—á los blancos *prohibiendo expresamente*
el que diesen un paso hacia su corte,
y que su voluntad ya conocida,
á su patria esperaba se volviesen.—

El ínclito caudillo castellano
friamente escuchó tales palabras;
pero á sus oficiales dijo luego,
á los enviados con desden mirando:
«¡Puesto que es un señor tan poderoso,
que á su capricho el sujetarnos quiere,
es necesario, aunque difícil sea,
una visita hacerle en su palacio!»

La pequeña campana que tenían,
á vibrar comenzó sus tristes notas
á vísperas llamando á los cristianos
á su linda capilla improvisada;
y esos bravos soldados, tan indómitos,
humildes acudiendo, se arrodillan,
é inclinando su frente descubierta,
oyen del padre Olmedo las canturias:
y notando Cortés, que la embajada
contempla sorprendida aquella escena,
hace que el padre á predicar empiece,
quien con grave palabra mesurada,
Aguilar y Marina traducían,
—comiénzala á inculcar ciertas nociones
de las sagradas máximas de Cristo,
y concluye, pidiéndoles que arrojen
los ídolos falaces de sus templos,
y con un santo-cristo los reemplacen,
que á la embajada entrega;—ella vacila,
desecha aquel presente, que la aterra,
y desconfiada las espaldas vuelve,
su disgusto mostrando en el semblante,
cual si mortal ofensa recibiera.

Y *esa noche* tambien *desaparecen*
de Pilpatóe los cercanos grupos,
quedando así privados de recursos
en los desiertos de áridas riberas.

Despues de *doce dias* por el golfo,
Montejo regresó á San Juan de Ulúa,
y expuso á Hernán Cortés:—que en ese viaje
hasta Pánuco había navegado,
solo encontrando en su trayecto *un puerto*,
que en esas costas amparar pudiese
de los terribles Nortes á la flota;
pero que al intentar doblar el cabo,
un huracán retroceder le hizo,
sin poder explorar más adelante,
aunque cercanas playas, felizmente
les ofrecían navegables ríos
y risueñas riberas, do situarse.—

XVI

1519

Las mil plagas de insectos numerosas,
la ya sentida falta de alimento,
y el calor enervante y excesivo,
aburrido tenían al soldado
en el ócio fatal del campamento
como en dura prisión se halla el cautivo;
y como á mas, habíase formado
de *aventurera gente*
aquella en breve improvisada tropa,
comenzaba á mostrarse ya indolente,
y sin la disciplina necesaria
en esa playa estéril,

que dejaron los indios solitaria.

Y los viejos amigos de Velazquez,
ufanos con el oro recogido;
siguieron fomentando el descontento,
que empezó á ser sentido
en el quieto y ocioso campamento;
y al instante Cortés, *con tino y arte*,
empezando á observar á sus soldados,
se convenció, que estaban de su parte
en número mayor, como lo estaban
los buenos oficiales, denodados.

Y reuniendo en seguida á su consejo
expuso claramente:
—que el situarse creía conveniente
en el buen puerto, hallado por Montejo.—
Pero don Diego de Ordaz replicóle:
«No me parece buena tal medida,
pues nuestra fatigada y pobre gente
hállase recelosa y abatida,
al comenzar campaña tan tremenda,
cuando ve que su número y bajeles
serán muy poca cosa
para poder triunfar en la contienda
con millones de infieles,
en tan extensa tierra poderosa:
y por tal, más seguro considero,
sin lanzarnos en éxito dudoso,
funesto y peligroso,
el regresar á Cuba, y que Velazquez
nos dé, como lo espero,
las tropas y bajeles suficientes
para emprender seguros la campaña,
y sacar las ventajas convenientes,
con gloria inmarcesible para España».
Oyó Cortés, sonriendo este discurso,
y sin quererse dar por ofendido,
contestó sosegado:
«Por el aviso os quedo agradecido,
pues no sabía nada, que el soldado,
se hallase temeroso y disgustado,
y creíale, al contrario, complacido;
porque en Tabasco y Cozumél el cielo
con grandes triunfos y noticias buenas
nos ha favorecido;
y en este de la costa árido suelo,
riquezas nos ha dado *á manos llenas!*
¿Y qué auxilios podrá Velazquez darnos,
si para estos escasos, que tenemos,
y en nuestro corto viaje hube aumentado,
tuvo que malvender todos mis bienes,
y á mas, quedo endeudado?
Mas yéndonos á Cuba,
y volver, suponiendo, á estas riberas
con numerosas tropas y bajeles,
no haríamos por cierto *gran hazana*
en derrotar á tímidos infieles,
para gloria de España!
Mas si creen los soldados, por ventura,
que esta fácil empresa es peligrosa, ¿
sería una locura
emprenderla con gente temerosa....
tal vez, porque se encuentra
con un puñado de oro!
Vayamos, pues, á Cuba, si la gente,
sin juzgarlo desdoro,
volverse ya desea,
aunque en este consejo.... francamente,
solo una voz opónese á mi idea;
mas si á ello hay quien se opone, no me quejo».

Dejó Cortes su asiento, indiferente,
y quedóse disuelto ese consejo.

Con aire displicente
alejáronse entonces, pesarosos,
don Cristobal de Olid, Portocarrero,
don Pedro de Alvarado y sus hermanos,
Dávila y Bernal Diaz del Castillo,
y Sandoval, el joven caballero,
y fueron á sus bravos castellanos
á referirles: —que su buen caudillo,
por varios de Velazquez apremiado,
iba á ordenar la próxima salida
para la isla de Cuba,
en vez de *la conquista prometida.*—
«Y volvernos ahora, continuaron,
néciamente sería
á Velazquez rendirnos indefensos....
y tras de cuernos palos....
perder nuestros ascensos
y quitarnos la parte de regalos....
Cortés nos prometió, que llevaría
su conquista adelante....
pidámosle, que cumpla su palabra
y á ella marche al instante,
por más que algún cobarde se opusiera.
¡No cual brillo fugaz del horizonte
las falaces palabras os seduzcan;
porque siempre la cabra tira al monte....
los traidores se entienden y se buscan!
¿No se indignó Velázquez con Grijalva,
porque no hubo poblado esta ribera?
El volver ya la espalda á estas comarcas,
cuando bendice Dios nuestra bandera,
una traición seria á los monarcas!»

Y la irritada gente,
cuya fibra tocóles con bravura,
en no retroceder en tal empresa
por la Virgen y Dios altiva jura.

Mas la fracción, en tanto, de Velázquez
á su indecisa gente la repite:
—que si Cortés sus planes no remite,
hasta tornar de Cuba con más fuerzas,
para obtener un éxito seguro,
sería todo vano,
y de don Diego á la amistad perjuro.—

Pero *al siguiente día muy temprano*,
sus órdenes Cortés da presuroso:
—de preparar las naves y la tropa,
para partir á Cuba, viento en popa.... —
pues de popa soplaba en tal momento.

En el soldado, con semblante adusto,
dejóse oir en todo el campamento
un general murmullo de disgusto.
Y aún aquellos mismos revoltosos,
que produjeron los primeros hechos,
de súbito se vieron pesarosos;
porque no satisfechos
del oro que llevaban
y tocarles pudiera, más querían,
y sedientos más oro ambicionaban,
y á regresar también ya se oponían.

Y en medio del tumulto,
escucháronse gritos, que decían:
«Hemos venido todos á esta tierra
una villa á fundar... acaso un reino,
y no á un tráfico estéril y mezquino.
¿Es ella de Vázquez, por ventura,
para pedirle venia?
Cumplamos, pues, aquí nuestro destino....
Para España esta tierra conquistemos....
y si alguno se opone, aunque alto sea,
á él nos opondremos!
y de traidor al rey le acusaremos! »

Y este eco turbulento,
como el rugido de lejana fiera,
escuchóse salir del campamento.

El éco resonaba,
y tal demostración le complacía
al insigne Cortés; porque excedía
de aquella que esperaba,
y del jefe el respeto se ofendía,
y el Velazquista bando se callaba;
mas Cortés en su pecho la alegría
de su triuufo sintiendo;
—prometió contestar *al nuevo día*,—
y marchóse á sus solas repitiendo:

¡Esto es lo que yo esperaba,
que unánime me pidiera,
el que cuanto antes hiciera,
lo que yo mismo anhelaba,
sin que mi afan descubriera!
¡Seguíd así, buena gente....
briosa, altanera y ardiente....
sed míos, y yo os prometo
el éxito más completo....
la gloria más refulgente!

¡Muy bien! ¡Ya estamos vengados!
Mañana mis enemigos
serán mis propios testigos
de que.... quedan derrotados!
Y viéndose domeñados,
mi poder acatarán,
sumisos me servirán....
fama y oro les daré,
atraérmelos sabré
y mis adictos serán!»

Y formando Cortés todas sus tropas
y de ellas á la frente,
así las dijo con vibrante acento:

«Grupo conquistador, legión valiente,
este de mi existencia es el momento
más solemne y feliz, al contemplarme
el jefe de vosotros, castellanos,
cuando clamais por extender, gozosos,
los dominios de nuestros soberanos!
¡Bendigamos instantes tan hermosos!
¡Tambien yo, sí, por realizar la empresa,
como ilusión de niño, halagadora,
vendí mis bienes y entrampado quedo.
Si vosotros seguís como hasta ahora
y con igual denuedo,
yo con vosotros verteré mi sangre....
y este sea *de todos nuestro credo*,
en honra de Castilla!
Jamás, os juro, que dudé del triunfo,
marchando con vosotros de consuno;
y si á Cuba volveros os propuse,
no es porque rehuse
responsabilidad, peligro alguno;
sinó que se me dijo y repetía:
—que resistencia había
en parte de vosotros á quedarse;—
y por eso no quise
que nadie por la fuerza me siguiera;

y de este modo hice
que la opinión unánime se viera.
Y cual yo de vosotros lo esperaba,
prontos, resueltos á la empresa os veo,
desde esta triste y arenosa orilla,
colmando mi deseo ...
y vivan nuestros reyes de Castilla!»

Y la entusiasta tropa,
prolongando aquel «¡viva!»
fué desde aquel momento
Hernán Cortés, tan hábil cuan insigne,
el idolo de todo el campamento.

Luego á propuesta de Cortés, nombróse
la autoridad de la futura villa:
de *alcaldes* los señores
Hernán Portocarrero y de Montejo;
electos *regidores*
don Pedro y don Alonso de Alvarado,
Gonzalo Sandoval y Alonso Dávila,
procurador Francisco Alvarez Chico;
y de *alguacil* nombrado
quedó Juan Escalante:
y constituido así el Ayuntamiento,
nombró su *secretario* autorizante
y demás oficiales inferiores,
y prestóse el debido juramento;
y en nombrar acordóse,
por el que allí mucho oro recojióse,
á la nueva colonia *Villa Rica*
de Veracruz, por cuanto
pisaron esa playa *en viernes santo.* 58.

Reunido y presidiendo aquel concejo,
Hernán Portacarrero
y Francisco Montejo,
preséntase Cortés, sombrero en mano,
saluda respetuoso,
en un hábil discurso artificioso,
de su alto cargo la renuncia saca
de su bolsillo, y puesta en el tapete,
al nombrado gobierno se somete,
y tranquilo se vuelve á su barraca. 59

Delibera el concejo,
á cuyas puertas tiene
á todo el vecindario por cortejo;
y fiel interpretando al vecindario,
ordena al secretario:
—que se mande llamar al renunciante.—

Preséntase Cortés, y así le dice:
Hernán Portocarrero, el presidente
«La autoridad del pueblo gobernante
en unánime voto,
señor Hernán Cortés, os ha nombrado
por vuestros sacrificios y proezas,
capitán general de nuestras tropas
y *justicia mayor* de sus Altezas.
Y este mandato pregonado sea
y para todos vale.»
Jura Cortés, saluda humildemente,
y por el pueblo vitoreado sale 60

Y cuando tal resolución supieron
Velazquez de Leon y Diego de Ordaz,
en fuertes invectivas prorumpieron:
aherreojarles y enviarlos á una nave
mandó Cortés al punto;
y para que entre todos se supiese,
luego exclamó, fingiéndose indignado:
«Creíanme difunto
ó mísero menguado?
¡Pues, hoy que represento aquí á su Alteza,
al primer revoltoso,
ordenaré *cortarle la cabeza....*
como á perro sarnoso!»

Y fué esta exclamación *santo remedio*,
como corta la hoz á la maleza;
y ante los Velazquistas, ya pasados,
lamentóse Cortés, astutamente:
—que esos dos oficiales tan honrados,
hubiéranle obligado á que cumpliera
un deber tan penoso,
por evitar allí toda anarquía,
cuando antes los buscó de un modo honroso;
porque él honrar y enriquecer quería
á todos sus mejores compañeros,
y cual se merecían, elevarlos,
y que dispuesto estaba
á olvidar las rencillas y abrazarlos.—

Los pasados á él, pronto corrieron
esto á decir á Ordaz y Velazquez,
y al fin los persuadieron:
con Cortés se abrazaron,
en adelante sus amigos fueron,
y glorias todos juntos alcanzaron,
como premio divino!

Ya el sol, brilló sin nubes,
y bendijo el Eterno su destino:
y Hernán Cortés, creyéndose otro César
en aquel gran desierto americano,
su entusiasmo inocula á sus leones,
con su estandarte en mano,

y fué el alma y el Dios de sus legiones,
regalando un imperio al trono hispano!

Pero en tanto, los bosques y los ríos,
con su murmullo vano,
que fué tambien dijeron:
—el Atila del reino mejicano!

XVII

1519

Bernal Díaz, con otro compañero,
hallábase de guardia una mañana,
cuando vieron llegar por un sendero
cinco indios, que pedían
hablar con el señor de aquella tropa;
y de la azteca raza
por su ligera ropa
y lengua diferían;
de oro y brillantes piedras azuladas,
en la nariz y orejas
grandes aros tenían,
y otro del inferior labio pendiente,
su porte demostrando
ser gente distinguida,
y que viene la paz solo buscando.
Y Bernal, sin que nada les comprenda,
llévalos en seguida
de Cortés á la tienda:
no hablaban el idioma mejicano,
pero uno, que medio lo entendía,
explicóle á Marina:—que su jefe,
señor de Zempoalla,
á ese recien llegado le pedía,
que á visitarle fuera,
y su amistad y auxilios le ofrecía.—

Y Cortés preguntóle:
«Por qué antes no vinieron,
estando tan cercanos?»
Y el indio respondió:—que no pudieron,
porque estaban allí los mejicanos.—
Cortes, de esta respuesta sorprendido,
pues suponía toda aquella zona
un gran imperio unido,
apremió á los enviados con preguntas,
y supo, complacido:
—que eran de la gran raza totoneca,
aguerrida nación, que abandonando,
en guerras con la azteca,
la gran masa central, y descendiendo
á valles y pendientes,
había ido poblando
esas sierras fragosas
y fértiles llanuras espaciosas,
que hacia el Norte rodean
el golfo mejicano:
y que recientemente conquistada,
tras larga lucha en vano,
por el fuerte poder de Motezuma,
hallábase vejada,
y por muchos impuestos oprimida;
pero ansiando y dispuesta
á recobrar su libertad perdida.—

Como un hombre de déudas acosado,
—por humano y honrado,
y que solo el favor le debe al cielo
de larguísima prole haberle dado,—
escucha sorprendido de repente:
—que de un rico señor sin sucesores
y lejano pariente,
por muerte abintestato,
él es el heredero;—
así Cortes escucha
aquella inesperada feliz nueva,
como evidente prueba,
que Dios le impele á la futura lucha,
por senda venturosa;
y de aquella anarquía
hacer intenta una arma poderosa,
con que vencer al sátrapa orgulloso:
esa revelación, tan impensada,
hízole en ese instante, venturoso,
como tiene el amante misterioso
la poesía del amor vedado,
para voluble esposa, enardecida,
la que halla en el esposo,
despues de los amores, que han pasado,
la monótona *prosa de la vida.*

Despidió á los enviados totonecas,
y con faz afectuosa,

dándole á cada cual *una cosita*
ó curioso juguete,
en breve les promete,
que haría á su señor una visita.

Y alegre, venturoso,
y ya con los antiguos disidentes
en completa armonía,
hace embarcar la gruesa artillería,
los valiosos regalos y presentes,
y en el puerto encontrado por Montejo,
ordena á los vajeles el situarse,
y para abrir campaña al nuevo día
la tropa prepararse.

Y sonrosada el alba apareciendo,
emprende la legión
su marcha hacia Zempoalla, por la costa,
de la guerrera música al rumor,
y después de unas horas de camino,
do luego *Veracruz* se levantó,
cruzaron sofocantes arenales,
sin hallar la menor vejetación.

El río de Zempoalla
decididos comienzan á pasar
en balsas y canoas,
y hállanse en una tierra ya feraz;
alfombradas llanuras y verdosas
y bosques de belleza secular,
que el contento esparcieron en la hueste,
con su brisa sutil, primaveral;
y al ver correr los gamos en manadas,
quiérenlos cazar,
aflojando la rienda á los bridones,
más rápidos los gamos se les van.

Y en el trayecto encuentran pueblecitos
y cosas de comer,
y sagrados objetos en capillas,
donde deformes ídolos se ven,
y manuscritos libros con pinturas
en telas de maguey,
y víctimas humanas, inmoladas,
sobre gran piedra, míranse también;
y desiertas encuentran las aldeas. . . .
pero adelante siguen, sin temer.

Del *Orizába* la soberbia cumbre,
cuya diadema límpida de nieve,
como fulgente lumbre
eternamente vése de relieve,
y entre todas las otras de los Andes
con majestad descuella,
de nubes coronada. . .
esa que Citlaltépe ó *monte estrella*
era entonces llamada,
por los fulgores, que arrojar solía,
de pronto y asombrada
la altiva hueste aparecer veía
teniendo á su derecha y no muy lejos,
á la mar del Atlántico, azulada. 61

Por la orilla del río
siguió siempre su marcha
la tropa con más brío:
doce indios saliéronle al encuentro,
de honorable apariencia,
para por buen camino conducirla
del cacique á la nueva residencia.

Por la noche acamparon
en fértil y hermosísima llanura,
y alimento encontraron
de frutas exquisitas y variadas;
y al alba continuaron
entre selvas y vegas fecundadas
por rayos tropicales:
de los sombrosos bosques la frescura,
con sus pomposos árboles frutales,
y de maderas otros muy valiosas,
con su mágica, espléndida hermosura
al descanso invitaban;
la entrelazada vid, con sus racimos
de púrpura encendida. . . .
de las céibas las flores coloradas. . .
las parásitas plantas, enredadas
entre las madres-selvas florecientes
y zábila escondida,
formaban enramadas,
verdosos bosquecillos y sonrientes;
y las silvestres rosas de colores,
sus pimpollos nacientes
y mil diversas y olorosas flores
el aire perfumaban,
como de esencias focos
de inmensos pebeteros;
y de palmeras los pendientes cocos,
con su muy fresco líquido exquisito,
á beberlo al viajero convidaban.
Nubes de mariposas á millares,
como olas de los mares,
de anchas y largas alas,
cual solo vénse en tropicales climas,
allí ostentaban tímidas sus galas,
mientras los raros pájaros preciosos,
en las ramas cruzándose, sombrias,
como angélicos séres misteriosos,
entonaban sus santas melodías!

Pero esos invasores orgullosos
á su patria querida recordando,
al comparar sus sierras y sus bosques
con aquellos, que estaban contemplando,
quedábanse dudando,
¿cuáles eran mejores?

Mas esa rica, virginal belleza,
mirajes y fulgores....
ese gérmen de vida lujuriante....
el cielo de luz pura
y tan salvaje, colosal grandeza
y sol tan rutilante,
hízoles admirar tanta hermosura;
y de ese arrobamiento
de asombro palpitante,
sintieron en su pecho endurecido
el más grato y profundo sentimiento!
Era ya aquel eden la floreciente,
la zona exuberante
de *la tierra caliente!*

Continuaron hallando en su camino,
antes de penetrar en la ciudad,
bellas quintas, jardines y verjeles,
do muchos nobles esperaban ya:
las mujeres, con flores en sus trenzas,
y de aspecto de gente principal,
y seguidas de un séquito de criados,
comenzaron sus flores á arrojar;
y adornando con flores y guirnaldas
el cuello del caballo de Cortés,
pusiéronle *en su casco una corona*
de rosas, de jazmines y laurel;
vistiendo esas mujeres ricas túnicas,
que bordadas caían á sus piés.

La afición por las plantas y las flores
era, en todo ese reino, general,
pues lo cálido y húmedo del clima
todo hacía con pompa germinar;
y seguida de indios y mujeres
entró la altiva tropa en la ciudad.

Pero unos cuantos soldados,
que marchaban á vanguardia,
exclamaron muy contentos:
«Vemos láminas de plata
pendientes de las paredes
de las más hermosas casas.»

Aproxímase la tropa,
del hallazgo fascinada,
y vé que el brillo producen
las paredes blanqueadas,
lo que dió despues orígen
á que todos se burlaran
de los crédulos soldados
y su ilusión insensata.

De Zempoalla en las estrechas calles
penetra la legión,
y de su órden, aseo y adelanto
sorprendida quedó,
pues de todos los pueblos, que hubo visto,
era el más floreciente y el mejor.

Aquel pueblo tendría de habitantes
de veinte á treinta mil; y sus moradas
de cal, piedra y ladrillos fabricadas;
y otras eran de adobe
y de paja techadas;
pero limpias, con plantas, buenas calles,
é industriosa la gente parecía,
y más lujo, cultura y adelanto
do quiera se veía. 62

De Zempoalla el vencindario
apiñado tambien marcha,
acompañando á la tropa
hasta el centro de la plaza:
el cacique al punto sale
á la puerta de su casa,
sostenido por dos indios
membrudos, de anchas espaldas,
pues era su obesidad
tan monstruosa y *tan cuadrada*,
que más que á humana figura
á bolsa se asemejaba,
cubriendo todo su cuerpo
una rica, fina manta,
y de su labio y orejas
pendían toscas alhajas,
y de sus piernas y brazos
argollas de oro y de plata;
y era su aspecto tan grave
cual su grosura extremada,
formando *una áspera bola*
su cabeza con su cara.

Costóle á Cortés trabajo
contener su risa franca,
ante *esa mole de carne*
ó esa *vejiga de grasa;*
y el circunspecto cacique
dirigióle la palabra,
y con finos cumplimientos:
—le dá espresivo las gracias
por su amistosa visita;
y ruégale que se vaya

á descansar de su viaje,
y en la siguiente mañana
continuarán su entrevista,
y hablarán de su jornada
y de aquellas cosas que á ambos
interesen y complazcan.—

Y dispuso que á Cortés
los cuarteles de la plaza
se den para alojamiento;
y remitió en abundancia
sus mejores provisiones,
de algodón hermosas mantas
y las más frescas bebidas,
y un buen regalo de alhajas
para el *capitán, su amigo*,
repitiéndole sus gracias
por la amistosa visita,
con que honraba á Zempoalla.

Aunque no dudar podía
de ese indio tan cortés,
no por eso el capitan
descuidóse en su deber:
apostó sus centinelas,
en las puertas del cuartel;
trabáronse los caballos,
hizo en defensa poner
la ligera artillería;
comióse con hambre y bien,
y en las cuadras á silencio
mandóse tocar después.

XVIII

1519

Era de cal y canto la morada
del obeso cacique,
y sobre un terraplén edificada:
por anchas gradas á ella se subía,
y Cortés, con Marina y su ayudante
presentóse á la puerta el nuevo dia,
á su guardia dejando no distante.

Con muestras de alegría
recibióle el cacique muy sentado,
pues él solo el moverse no podía;
y Cortés, colocándose á su lado,
dícele:—que los mares procelosos
desde Oriente cruzó,
por su señor enviado, un gran monarca,
trayendo la misión
de irles brindando su amistad y auxilios,
sacarles del error
de su inhumano culto, y que abrazasen
la de Cristo sublime religión.

El obeso cacique, sorprendido,
replicóle á Cortés,
sin la estudiada arenga protectora
el poder entender:
—que sus deidades dábanles á ellos
luz y lluvias tambien,
alimento y hogar, y no creían
que mejores pudiéranse tener;
que él era, por desgracia, tributario
de un temible tiránico señor,
cuya corte se hallaba *entre los lagos*,
viviendo como un dios:
que á su valiente raza totoneca
tras de sangrientas luchas humilló;
y que si no pagaban el impuesto,
que cada año aumentaba sin razón,
en doncellas y niños de los pueblos
íbanle ya á cobrar,
para que el despiado Motezuma,
el tirano falaz,
hiciéronlos llevar al sacrificio
allá en su capital.—

Y ya casi el cacique exasperado,
y sin poder ocultar
la ira, que á su raza dominaba,
llególe á referir al capitan:
—que ellos reunir podrían fácilmente
cien mil guerreros más,
estando otras provincias intermedias,
como ellos, anhelando sacudir
los rigores del déspota
y aquella situación tan infeliz;
mas que era Motezuma poderoso,
y sumisos tenían que sufrir,

pues sus triunfantes armas asolaban
desde uno á otro confin.
Que su arribo y victoria de Tabasco
supieron con placer,
suplicando á sus dioses, que sufriera
igual castigo el déspota cruel.—

Estas palabras de dolor y queja,
revelan á Cortés,
que no solo la raza totoneca
uniríase á él,
sinó esas en los lagos intermedias,
implorarían su poder tambien;
y así, fundadamente,
más posible su empresa presumió;
y halagándole ser al mismo tiempo
de esa valiente raza el redentor,
mezclándola á su raza,
con entusiasmo f rvida exclamó:

«No tema, no, á ese tirano
de la cruel nación azteca
vuestra raza totoneca,
que con la espada en la mano
vale más un castellano,
que la hueste, que temeis;
guerra la haré, no dudeis....
más que por mí, por vosotros,
en mis rozagantes potros,
y á mis plantas los vereis!»

Fidelidad, solo os pido,
cuando á la guerra me lance:
no temais, en ningún trance,
porque de Dios protejido,
á sálvaros he venido
con mi aliento soberano....
y rayos traigo en mi mano
para consumar la obra....
y mi gente *basta* y *sobra*
para vencer al tirano!

Esta bravata, sentida,
del insigne Hernán Cortés,
en la guerra fué despues
por su arrogancia cumplida;
porque llegó á comprender
en su *inspirado criterio*,
que anarquizado ese imperio,
pierde unidad y poder.

Quedáronse asombrados
el cacique y sus indios principales
tal bravata al oir;
y *séres divinales*
en esos que pisaban sus umbrales,
creyeron recibir.

Prevínole al cacique:
—Que en la costa Chiahuitztla va á acampar,
de Zempoalla distante *cuatro leguas*,
donde su escuadra se encontraba ya;
y que si otros caciques inmediatos
querían irle á ver,
serían igualmente sus amigos,
porque anhelaba *á todos protejer*—.

El obeso cacique,
jurándole amistad,
en nombre de los suyos prometióle
ayuda y lealtad:
cuatrocientos fuertísimos *tamanes*,
ó indígenas de carga,
hizo allí reunir
para que á los soldados evitasen
las armas y bagajes conducir. 63

Y bajando Cortés aquellas gradas,
parecíale oir
las salvas y el cañón de la victoria,
y ver, como en las torres de Boabdil,
en las torres tambien de Motezuma,
bañadas por el sol,
aquella de Isabel triunfante enseña
del lábaro español.

Y con esa fé inspirado,
que conduce al peregrino,
se tiene *medio camino*
ya del triunfo asegurado.
Es una felicidad
el vivir con ilusión....
¡Ver las cosas como son
es terrible enfermedad!.

Comenzó á marchar la tropa
por fértil y bella tierra;
y era *ya el anochecido*,
cuando viéronse á las puertas
de la aldea, que del golfo
en las márgenes se asienta:
no querido en ella entrar
de la noche en las tinieblas,
allí hicieron campamento
y los indios *la merienda;*
y al otro día *á las diez*,
sin desconfianza penetran,
y venla semi-rodeada
de peñascos y eminencias,
que murallas parecían;

y abandonada la encuentran,
cual si esperar á esos huéspedes
en su morada temieran.
y la tropa castellana
ocupa la plaza extensa.

Salen de un adoratorio
varios indios de esa aldea,
y á los jefes castellanos
perfuman con sus esencias,
y esperan: - que los vecinos,
temerosos de contiendas,
habíanse algo internado,
no confiando en que vinieran
á proponerles la paz,
sinó á hacer á todos guerra.—

Mas Cortés les dice afable:
—que no tienen tal idea,
sinó buscar su amistad
y servirles de defensa
con sus armas poderosas,
si acaso precisan de ellas.—
Y á todos ellos reparte
hermosos hilos de cuentas
de azules vidrios y verdes,
y otras varias bagatelas.
Y dijéronle los clérigos,
pasada ya su sorpresa:
—que iban á buscar su gente,
para que allí les sirviera.

Al poco rato aparecen
el cacique de la aldea
y tambien el de Zempoalla,
cada cual en su litera;
y detrás el vecindario,
quien sorprendido contempla
sus bridones y sus piezas.

El cacique de Zempoalla
disculpa al de aquella aldea
por su huída inmotivada,
y ambos con amargas quejas:
— laméntanse, sin rebozo,
de los robos y violencias,
que en esa provincia ejerce
el emperador azteca.—

Así quejándose estaban,
cuando un indio á ellos llegó,
y hablándoles al oído,
perder les hizo el calor,
y vióse entre todos ellos
señales de turbación.

Y sorprendido Cortés,
á Marina preguntó
la causa, que producía
esa extraña confusión;
y contestóle Marina:
—del poderoso señor
han llegado los agentes
á cobrar la imposición.—

Los comisarios reales
pasaron por el cuartel,
sin dignarse saludar
al séquito de Cortés,
á quien de reojo miraron;
estos nobles *eran seis*,
seguidos de otros empleados
y otros de carga tambien,
que con *anchos abanicos*
de ricas plumas, se ven
que echan aire á sus señores,
los cuales, con altivez,
sus galas van ostentando,
su arrogancia y su poder.

Hacia ellos corren los indios
las rebajas á implorar;
pero silenciosos vuelven
con triste y llorosa faz,
y refiérenle á Cortés:
—que acábanles de ordenar
esos tiranos agentes,
como un castigo especial,
por haber allí dejado
á una extraña gente entrar,
el darles *veinte doncellas*
de la gente principal.

Oye Cortés indignado,
tan repugnante crueldad,
y dándoles un piquete,
ordenóles: —que á buscar
á esos agentes partieran;—
mas cada indio, incapaz
de lanzarse á tal hazaña,
rehúsala ejecutar;
y enardecido Cortés
impone su voluntad,
y se ven entre soldados
á los agentes llegar,
y sorpréndense los indios
de aquella temeridad;
pero Cortés *en el cepo*
hace á los seis colocar,
y envalentona á los indios

este golpe tan audaz;
y algunos, ya más resueltos,
ante aquella heroicidad,
á Cortés dicen ufanos:
—que ellos quieren, hartos ya
de sufrir á esos agentes,
conducirlos al altar,
así como ellos quisieron
sacar de esa vecindad
las dichas veinte doncellas,
para en su templo inmolar.—

A este inhumano pedido
replicó airado Cortés:
—que mientras aquel imperio
á pisar llegara él,
á ser humano ninguno
miraría perecer,
sin que su brazo impidiera
tan cobarde estupidez.—

Y los indios de carga y los criados,
que ven á sus señores aprehender,
á los campos y montes
como gamos empiezan á correr.

Hace Cortés, *después de media noche,*
dos agentes ante él comparecer,
y díceles:—que fueron apresados,
sin poder á esos indios contener:
que de aquella prisión inmerecida
hacíales sacar,
para que á Motezuma le dijeran,
que él venía buscando solo paz,
y á servirle de aliado,
si llegaba su espada á precisar.—

Pero los dos agentes le expusieron:
que temían morir
á manos de esos indios sublevados,
y preferían el quedarse allí;—
mas entónces Cortés, en un esquife,
hízoles conducir
fuera de las riberas de Zampoalla,
y así sálvos lográronse evadir.

Por la mañana temprano
los dos caciques vinieron,
presurosos y agitados,
á su huésped imponiendo:
—el que habíanse fugado
dos de los seis prisioneros,
y que indignado se hallaba
de tal fuga todo el pueblo.—

Pero Cortés replicóles:
«¿Quién tiene la culpa de ello?
Vosotros únicamente.
No duerma quien tiene presos,
ó á su frente al enemigo....
no olvideis este consejo;
pues nunca faltan serviles,
que por temor ó dinero
sostengan á los tiranos
y hagan traición á los pueblos!»

Y mohinos se quedaron,
tal verdad reconociendo.
Y el hábil Cortés, notando
de su palabra el efecto,
propúsoles á los indios:
—llevar á los prisioneros
á sus anclados bajeles,
donde seguros y quietos
por siempre allá se hallarían.—
Y llevados á ellos fueron.

Y tamanes, empleados y sirvientes,
que huyeron al prenderse á los agentes,
llevaron como el viento,
por todos los distritos totonecas
la nueva de tan rápido alzamiento;
y todos los caciques, presurosos,
parten á Zempoalla,
sedientos de venganza y animosos,
como al foco de próxima batalla;
porque al fin llega un día,
que al humilde y vejado Dios levanta,
y la cerviz del orgulloso y vano
humillada quebranta!

XIX

1519

Los jefes totonecas,
queriendo sacudir
las cadenas, que impuso Motezuma
á su patria infeliz,

juraron obediencia y homenaje
al monarca español,
y en la debida forma labró el acta
el notario Godoy;
y estos de serranías bravos indios,
unos cincuenta mil Cortés juzgó. 64

De la villa Chiahuitztla,
como *á una media legua*, poco más,
eligióse hermosísima llanura
do erigir la ciudad,
que estaba entre la villa
y la extendida costa de la mar;
agua abundante y árboles había,
cuya proximidad
facilitando el corte de maderas,
hizo las construcciones aumentar.

Abriéronse las zanjas,
el templo á edificarse comenzó;
levantóse de tapia
en torno del recinto un murallón;
todos los veteranos trabajaban
en la obra con ardor,
secundados por indios á millares,
que cada buen cacique les mandó;
y cada nuevo día
seguíanse las obras con tesón;
y hasta el mismo Cortés, mezclado entre ellos,
hacía de albañil y director;
y esta primer ciudad, la *Villa Rica*
de *Vera Cruz* llamó. 65

Los indios presumieron,.
ayudando á erigir esta ciudad,
que su ayuda prestaban
á su bien esperado Quetzalcoátl;
trayendo á sus hogares
ventura, redención y libertad.

Es cierto que trozaron
las cadenas del déspota fatal;
pero vieron su bella, vírgen tierra,
de súbito arrasar
por un asolador de sangre y fuego
mortífero huracán!
Aquel improvisado, débil pueblo,
—que el guerrero español
erigía afanoso en la ribera,—
la sentencia dictó,
que á muerte para siempre condenaba
á toda esa nación;
y ya ese nuevo mundo, con el viejo,
en uno se fundió,
comenzando á irradiar con sus fulgores
la civilización;
y de uno á otro confín el nuevo mundo,
por el fulgor de la divina cruz,
como disipa el sol la noche oscura,
quedó lleno de luz!

La atrevida prisión de sus agentes
rápidamente supo Motezuma,
y la estrecha amistad
que tenía Cortés con los caciques
de las sierras, Zempoalla y de la mar;
y en el *primer momento*
su indignación fué tal,
que trató de reunir á sus legiones,
para ir tal ofensa á castigar;
mas el regreso de los dos agentes,
debiendo á Hernán Cortés la libertad,
y su secreto miedo á ese extranjero,
hízole al punto de opinión mudar,
y ver por otro medio, si lograba
cortar esa amistad.
Mandóle otra embajada
de dos de poca edad *sobrinos de él*,
y cuatro consejeros venerables,
haciéndole saber:
—que con los totonecas se encontraba
muy disgustado el rey,
y que solo esperaba
que saliera de allí,
para mandar sus tropas
á ese pueblo traidor á confundir.
Y que esa su insistencia
por querer á su corte visitar,
por el muy largo viaje y los peligros,
era ya por demás!—

Y quedó la embajada sorprendida
al verle levantar una ciudad,
en vez de prepararse
á su lejana patria á regresar.
Y el séquito y los muchos conductores,
oro y *plumas* y *alhajas en montón*
á Cortés presentaron,
como un nuevo regalo de valor.
Mandó Cortés, ufano,
desembarcar á los agentes presos,
y los hizo entregar á la embajada,
diciendo:—que la falta cometida
por esos ofendidos totonecas
de ese modo quedaba remediada,
porque esa sedición, no meditada,
era tan solo el fruto
de la violenta pena, desmedida,
de exijir sus agentes el tributo

de *veinte niñas* para darlas muerte,
lo que era una injusticia y atropello,
que contra el débil cometía el fuerte:
mas que él la sumisión le aseguraba
del pueblo totoneca,
si con menos dureza lo trataba,
y todo otro desmán evitaría;
porque sobre esos pueblos
influencia y predominio ya tenía:
que un albergue y socorros le prestaron,
despues que sus tenientes
Pilpatoe y Teutile,
en ardiente arenal le abandonaron,
faltando así á la ley de buenas gentes.
Y que nunca, además, permitiría
ver correr en los templos sangre humana;
porque su religión se lo prohibía,
como costumbre estúpida y tirana.—
Y repitióles:—que él le prometía,
si á esos pueblos trataba humanamente,
que ninguno, sin su orden se alzaría;
pero que precisaba
allá en su corte hablarle,
y que de tal intento no cejaba.—
Y enviando á Motezuma
como burla ó chuscada,
algunas bagatelas,
como pago del oro y ricas telas,
despidió indiferente á la embajada.
Y como buenas y últimas razones
hizo evolucionar á sus jinetes,
ostentando el poder de sus bridones.

Al ver aquellos pueblos, sorprendidos,
que ante aquel misterioso personaje
los altivos enviados
del soberbio, triunfante Motezuma,
tributan vasallaje,
escuchan humillados,
y oro regalan y preciosa pluma,
una deidad suprema le creyeron,
y más con su amistad se envanecieron,
sin temor levantando ya su frente,
y creyendo encontrarse más seguros,
con esa extraña gente,
que si tuvieran acerados muros.

El obeso cacique de Zempoalla
mandó decir al jefe castellano:
—que un piquete de gente mejicana,
situada en Zimpacingo,
otra villa á la suya muy cercana,
por agravios pasados
habíase internado en su campiña;
y dejando sus huertos asolados,
con los robos huyera:
que su amistosa ayuda reclamaba
y amparo le pedía.—

Y como tiempo hacía
que Cortés anhelaba,
que su poder allí se conociera,
y probar si el indígena valía,
ordenó:—que los indios cargadores
llevasen el bagaje, artillería;
y *cuatrocientos* hombres y tenientes
siguiéranle á Zempoalla:—do reunidos
dos mil indios en cuatro batallones
encontró de flecheros escogidos,
con armas y blasones.
Pero Cortés espúsole al cacique:
—que gente le sobraba,
y más para esa empresa no quería;—
mas tanto aquella fuerza le rogaba,
que aparentó cedía,
cual si parte en el triunfo la acordase
de lijera escursión caballeresca.

Vióse al *siguiente día*
sobre una alta colina pintoresca
la extensa población de Zimpacingo;
y temiendo Cortés una emboscada,
lentamente marchaba, desfilando
por las sinuosidades del terreno,
y senderos cruzando,
hasta poder hallar camino bueno;
pero los diestros indios se lanzaron
por esos que eran de ellos conocidos,
y los primeros en la villa entraron,
confiados en el fuerte patrocinio
que en pos de ellos venía,
su venganza ejerciendo y latrocinio.

Pero antes que Cortés en ella entrara,
salieron *ocho ancianos* sacerdotes,
demandando con ecos lastimeros,
como si fueran recibiendo azotes,
hablar á ese señor, recien llegado:
vestían negros mantos hasta el suelo,
y un capuchón tras la cabeza echado,
y en manos, rostro y pelo
secas manchas de sangre se veían
de inmundos sacrificios,
las cuales el lavarse no podían,
porque eran *del altar de los suplicios;*
y á Cortés preguntaron:
«¿Por qué, noble señor, si eres tan justo,
que fundamos en tí nuestra esperanza,

alientas y protejes al vecino
á ejercer en nosotros su venganza?
No fuimos, no, nosotros....
fueron de Motezuma los soldados,
quienes todos los huertos de Zampoalla
dejaron asolados,
al saber la prisión de los agentes.
¿Qué culpa, pues, tenemos,
para que vengan hoy nuestros vecinos
á ejercer su venganza, cual dementes,
trayéndote engañado
por tan agrestes sendas y caminos?
Las mejicanas fuerzas han fugado,
y los de Zempoalla
sin razón nos atacan y proceden:
ellos lo saben, y decirlo pueden,
y justo queda nuestro juez nombrado,
que esta ofensa, señor, no es un juguete.»

Cortes, harto irritado,
mandó con un piquete
á Cristóbal de Olid con Alvarado:
—que de ese pueblo á los rapaces indios
desalojar hicieran,
y presos con los robos
y cargados ante él comparecieran:—
y confundidos ellos expusieron,
al ver su plan fraguado
y sus mentiras vanas:
—que ignoraban que fuerzas mejicanas
hubieran solamente
sus campos asolado.—

Pero Cortés les reprendió, severo,
por tal falta y engaño
y el intentado daño,
contra un pueblo oprimido y compañero;
y devolverles hizo en su presencia
los objetos robados;
y con sus oficiales conviniendo
á los muchos empeños ir cediendo,
usar aparentó de gran clemencia:
los indios, de su falta arrepentidos,
y castigo más rígido temiendo,
mostráronse con él agradecidos;
y separadamente
hízoles alojar en despoblado;
y *aquella tarde*, de su tropa al frente,
entre toques marciales,
entró á hacer al cacique una visita,
seguido de sus tropas y oficiales.

Con júbilo el cacique y vecindario
á Cortés y sus tropas recibieron:
de dichas proclamáronle emisario;
y obediencia á su rey le prometieron:
y consiguió Cortés dejar amigas
á esas dos poblaciones totonecas,
y ver así aumentar sus elementos
para ir á lidiar con los aztecas.

XX

1519

En una casería
y en litera el cacique de Zempoalla,
con variadas bebidas y vitualla
á Cortés esperaba; pues quería
obsequioso mostrarse;
y de su falso informe avergonzado,
humilde disculparse;
mas Cortés, por tal acto complacido,
dióle por disculpado;
y después que el banquete
húbose concluído,
á Zempoalla entraron,
donde á Cortés preséntale el cacique,
como obsequio precioso de largueza,
ocho hermosas doncellas, descendientes
de la mejor nobleza,
y entre ellas era *una su sobrina:*
de valiosos collares y pendientes
estaban adornadas,
y de telas riquísimas vestidas;
y de otras tantas criadas
veíanse servidas.

Y el cacique á Cortés pidió que honrase:
—á su bella sobrina por esposa,
y que las otras siete destinase
á sus más dignos jefes y oficiales,
pues así, por la sangre vinculados,
serían naturales
y fieles aliados.—

Contestóle Cortés agradeciendo
aquella deferencia;
pero dióle á entender:—que no podía
él ni oficial alguno de su gente
aceptar el presente,
porque su religión y su conciencia
tal acto les prohibía;
pero si entre ellos tal unión quería,
y que Dios á ambas razas amparara,
preciso era, que Olmedo, el sacerdote,
á las ocho doncellas cristianara.—

Pero el pobre cacique, empecinado,
y á su creencia aferrado,
—cual son, en general, todos los hombres,
que analizar no quieren
ese mundo de ideas metafísicas,
á que raros espíritus se lanzan,
y en sus halagadoras creencias mueren,—
le dijo:—que sus dioses tutelares
merecían también grandes honores,
y que eran tan excelsos y mejores,
que los de otros altares.—

Entonces, procurando el padre Olmedo
convencer al cacique empecinado,
quiso explicarle *el credo;*
mas siguiendo en sus creencias aferrado,
hízose el distraído,
y con los suyos púsose á hablar quedo,
como si cosa alguna hubiera oído,
aunque doña Marina
le hablase, le explicara y repitiera,
como aguda bocina,
lo que el ferviente padre le dijera.
Y viendo esto Cortés, harto enfadado,
levantóse y volvióle las espaldas
al cacique en sus creencias aferrado.

Debía á la sazón entre los indios
una de sus funciones celebrarse;
y vieron los cristianos, que en sigilo
llegaron á juntarse
en sus adoratorios;
y que después la multitud salía
placentera y ufana,
ocultando en sus ropas envoltorios....
eran de carne humana!

Los cristianos tal hecho descubrieron,
y todos indignados y furiosos
á las armas corrieron,
gritando en nombre de su Dios: «¡Venganza!»

Y Cortés los detiene,
y con su gente avanza
hasta el adoratorio: y dando voces
salen los sacerdotes espantados,
pidiendo amparo en tan solemne trance
al pueblo y á sus dioses;
pero doña Marina
al pueblo dice:—que ninguno avance,
porque iba Hernán Cortés, de lo contrario,
á sangre y fuego á demoler al pueblo.—
Y el cacique y los nobles repetían:
—que todos se alejasen,
pues ellos con Cortes se entenderían.—

Y los indios temblando,
hasta de lejos ser espectadores,
se fueron alejando,
creyendo que sus dioses vengadores
en su amparo saldrían
al ver ya profanado su escondrijo.

Pero los padres Aguilar y Olmedo,
mostrando cada cual *un crucifijo*,
y Cortés con sus otros capitanes,
fueron tratando de calmar el miedo
y angustiosos afanes
de esa ignorante gente,
y exhortan á los graves sacerdotes,
con persuasiva voz y dulcemente,
creyendo conmover sus corazones,
sacarles del error, que pronunciasen
cristianas oraciones,
y el bautismo aceptasen:
que ellos mismos los ídolos malditos
de su templo arrojasen,
y allí la cruz de Cristo levantasen;—
pero ellos, dando gritos,
y arrojándose al suelo, entre lamentos,
la muerte antes pedían,
rasgándose sus hábitos sangrientos,
y las carnes se herían,
pues ni al ruego y temor su furia cede.

Empeñado Cortés en la demanda,
retroceder ni desistir ya puede,
y á sus soldados manda:
—que penetren al templo, y arrojados
sean dioses, altares y ornamentos:—
y por las gradas caen despedazados
en rápidos momentos.

Mas los pobres salvajes,
como si fueran por el rayo heridos,
un grito dan de espanto,
entre su acerbo llanto,
y quedan confundidos,

mas fé ya dando á los contrarios dioses,
que á los suyos, que miran esparcidos
y en tierra destrozados.

Y notando Cortés esta sorpresa,
y su buena fortuna
en tan piadosa empresa,
lleva adelante su obra,
sin ya encontrar oposición alguna.

Y blanqueado el templo,
las huellas de la sangre desparecen,
y en un altar y la imagen de la Virgen,
entre luces y flores resplandecen.
Fray Olmedo bendice la capilla:
del altar vése á un lado
el pendón tachonado de Castilla,
y Cortés con su tropa y oficiales
en el templo doblando la rodilla,
una solemne misa se celebra:
el salvaje, asombrado,
su fé en sus dioses quiebra,
y también de rodillas cae postrado,
que el mortal, sorprendido
ante el genio, heroísmo y lo sublime,
con júbilo prosternase, rendido!

No fué á Cortés posible, por entonces,
allí quedarse el tiempo necesario
para que se arraigase el cristianismo
en ese sorprendido vecindario;
y solo el veterano Juan de Torres,
inválido infeliz, septuagenario,
quedóse allí cuidando la capilla,
y con hechos honrosos
y su palabra mística y sencilla,
y cristianos relatos milagrosos,
siguió catequizando á los salvajes,
que á la capilla conduciendo fueron
adornos, telas, flores y ramajes.

Cortés, quedando amigo del cacique,
quien otra vez su alianza ratifica,
marchóse con su gente
á dar un nuevo impulso á Villa Rica.

Admirado Cortés mira en la rada
un airoso bajel de poco porte,
al lado de su armada:
de Cuba procedía
y Francisco Saucedo la mandaba,
que en busca de aventuras,
tras Cortés esos mares recorría,
y don Luis de Marin le acompañaba;
y Saucedo traía
lo que era un gran refuerzo á esas alturas:
bastante mercancía,
doce hombres, un caballo y una yegua,
todo lo que fué en oro bien pagado.

Por Saucedo y Marin, Cortés se impuso:
—que contra él Velazquez, indignado,
un clérigo á la corte
había presuroso despachado,
y de Cuba obtenido,
por medio de regalos y sotanas,
el títuló á la vez de *Adelantado*
y de poblar en costas mejicanas.—

Estas para Cortés fatales nuevas,
ejecutar hiciéronle el intento
de dirigir al rey, *en diez de Julio,*
una muy larga carta ó documento,
para contrarestar aquellos planes
y notoria influencia,
que con nuevos afanes
en la corte Velazquez desplegaba,
y hacían á su empresa competencia. 66

Y comienza Cortés su larga carta:
—haciendo relación clara y extensa,
desde que deja á Cuba, y ya en las costas
de aquella monarquía, rica, inmensa,
prepárase afanoso á la conquista;
y los hechos condensa
de sus descubrimientos,
batallas, triunfos, y esos de los indios
sacrificios cruentos;
del azteca monarca el depotismo,
la riqueza de pueblos opulentos,
y la ya conversión al cristianismo
de numerosas tribus sometidas;
la descripción del pueblo que fundaban,
ya con sus autoridades constituídas,
los valiosos metales adquiridos,
y los cargos honrosos que reviste,
por ellas conferidos,
y el entusiasmo, que en su tropa existe:
los mezquinos manejos de Velazquez,
contra Córdoba, él y el buen Grijalva;
y de su gran empresa
envidioso, contrario é importuno,
y pide á su monarca ratifique,
—sin que le dé en la empresa auxilio alguno,
para vencer al sátrapa cacique
de aquellos territorios,—
los cargos provisorios,
con que esa autoridad le hubo investido;
pues con su brava tropa
se hallaba decidido

á agregar á los reinos de su alteza
el más valioso reino de las Indias,
y de más población y más riqueza.
Y como *pobre muestra* le mandaba,
además *de su quinto*, ese regalo
de la nueva ciudad, que se fundaba. 67

Y este rico presente al soberano
reunió Cortés, *cediendo*
todo el valioso haber, que le tocaba,
y otra parte pidiendo
á oficiales, amigos y soldados,
que *con su ejemplo* supo
generosos hacer y denodados;
y todos con sus firmas inscribieron
la donación, que hacían,
porque como su jefe, presentían
poseer las riquezas, que obtuvieron
en tan vasta comarca.

Y la corporación de *Villa Rica*
dirijióse también á su monarca:
—dando extensas noticias de esa tierra;
del taimado Velazquez refiriendo
la conducta raquítica y aviesa,
y dotes de Cortés enalteciendo;
y en conclusión decía,
que él más que nadie el mando merecía
para dar cima á tanta gloriosa empresa. 68

Y también se incluyeron
de los aztecas *varios manuscritos*,
en maguey y algodón, y unos misales
ó libros de sus prácticas y ritos: 69
y *cuatro indios*, sacados
de las ocultas jaulas de madera,
que al sacrificio estaban destinados;
y varios indios más, que se ofrecieron,
admirando á ese gente aventurera,
á ir de *voluntarios*.

También Hernán Cortés, como buen hijo,
que ora en prósperos tiempos ó contrarios
de borrascosa vida,
el dulce hogar de la niñez no olvida,
remitió, cariñoso,
una halagüeña carta y *buen regalo*
á don Martín, su padre bondadoso.

Para esta importantísima embajada,
de la elección de enviados
en gran parte pendía
la suerte de su jefe y la colonia;
y tal cuestión debia
tratarse con prudencia y parsimonia,
mas Cortés,—que, ya amigo de Montejo,
confianza en él tenía,
aunque antes inclinado fué á Velazquez,
pero que era un cumplido caballero,—
sin temor le eligió, y á su otro amigo
el buen Portocarrero,
para cumplir misión tan delicada.

Con *quince marineros* tripulóse
la más velera nave de la armada,
y de abundantes víveres dotóse
para cruzar los mares cristalinos,
sus velas hacia España desplegando,
y su importante dirección confiando
al piloto Alaminos,
llevándose como orden y programa:
—*no aproximarse á Cuba,*
sinó pasar por el *canal de Bahama.*—

Con júbilo celébrase *una misa*,
implorando á la Reina de los cielos,
que á la nave compela
á hispanas playas con benigna brisa;
y *en Julio veinte y seis* se hace á la vela. 70

XXI

1519

Como tenía el capitan Montejo,
en Marién,—que es de Cuba al Septentrión,
un extenso plantío y propiedades,
á sus buenos amigos les rogó:
—que anclasen un momento en esa playa,
antes de proseguir la expedición,
para dejar sus órdenes postreras;—
y á ello se accedió;
mas de la nave á tierra
un marinero púdose escapar;
y cruzando la isla,
llegó á Velazquez á imponer del plan,
quien de invectivas, quejas y denuestos
lanzó una tempestad,

contra Cortés y todos los traidores;
y cual pronta medida y eficaz,
mandó *dos buques* á apresar la nave;
mas ya hendía la nave el ancho mar,
y después de tocar en las Azores,
á San Lúcar llegó sin novedad.

A los fráiles gerónimos sus quejas,
—los que en Santo Domingo residían,—
Velazquez dirigió;
pero los fráiles, que eran partidarios
de esas expediciones y conquistas,
para así propagar la conversión,
no hicieron caso alguno
de las quejas, envidias y furores,
que el furioso Velazquez desplegó;
pero incansable entonces,
una gran flota comenzó á aprontar,
presumiendo en las costas mejicanas,
vencer á su rival;
pero formar ejércitos y escuadras,
no era obra de querer,
sinó además, de tiempo y de pericia,
y de oro, genio y opinión tambien;
y más, allá en las Indias,
donde todo anarquía era á la vez,
y aún estaba por formarse todo;
y tan solo un Pizarro y un Cortés
con su genio, grandeza y heroismo,
pudieron los obstáculos vencer.

Apenas el bajel salido había,
llevando para España los enviados,
cuando *esa misma tarde* se descubren
de una traición los planes realizados.
Bernardino de Coria,
uno de los primeros conjurados,
que de su crímen se arrepiente y quiere
del castigo salvarse,
á Cortés, presuroso le refiere:
—que aquella misma noche
trataban con sigilo de fugarse
algunos marineros y soldados,
en un bajel, que listo
para darse á la vela ya tenían,
de víveres provisto,
y de bastantes armas, que escondían:
y que era el plan de aquellos conjurados,
revelar á Velazquez la partida
de la nave y enviados;
y por él secundados,
si á tiempo el encontrarles conseguían,
y apresar los despachos y riquezas,
que á España remitían.

Y que era el padre Diaz, licenciado,
el promotor y jefe
del urdido atentado;
y aunque él su gran delito conocía,
por otros inducido,
tal falta á tiempo el remediar quería,
aún sufriendo el castigo merecido. 71

Quedó Cortés pasmado
de tan secreto plan, tan bien urdido,
y no lo hubiera alguno de los suyos,
en el mútuo contacto
del cuartel trascendido;
pero firme y enérgico, en el acto,
de un piquete seguido,
diríjese á la playa,
sin despertar sospechas ni rumores,
y lánzase á los botes, con sigilo,
y en la nave sorprende á los traidores:
y bajados á tierra,
senténcialos á muerte
un consejo de guerra.

De su fraguada huída
intenta disculparse el licenciado,
y su fuero eclesiástico reclama;
y aunque salva su vida,
queda alli oscurecido y despreciado.

Pero aquella sentencia merecida,
sin encontrarse atenuación, en suma,
¿podría ser cumplida,
cuando era *un batallón cada soldado*,
al ir á combatir á Motezuma?
Mas tambien, ¿como impune
dejar entre la tropa ese atentado?

Así es que Hernán Cortés, por conveniencia
y demostrar tambien á los traidores,
que aun con ellos usaba de clemencia,
mandó que solo en parte
cumplida fuese la fatal sentencia:
públicamente fueron azotados
algunos complicados:
cortóse un pié al piloto,
para que allí su gente
ante sus ojos siempre contemplara
el castigo de todo delincuente:
murieron en la horca dos caudillos,
y el uno de ellos era
aquel ex-alguacil Juan Escudero,
que con esbirros á traición prendiera
á Hernán Cortés en Cuba,
al salir cierto día, harto confiado,
del templo, donde estaba guarnecido,

por encontrarse entonces
del celoso Velazquez perseguido.

Pero el duro castigo que á Escudero
Hernán Cortés impuso, justiciero,
¿era á ese antes *suceso referido*,
ageno enteramente,
ó tuvo el noble hidalgo muy presente,
que á traición el villano
había colocado impunemente
sobre sus hombros la cobarde mano? 72

Aunque de Vera Cruz el nuevo asilo
vióse luego tranquilo,
el reciente hecho reveló á Cortés,
que muchos de sus díscolos soldados
no estaban preparados
para baluartes de su empresa ser.

Y pensando evitar en adelante
estos fraguados medios de evasión,
á su amigo Alvarado á Zempoalla
con parte de su ejército mandó:
dejó en el nuevo pueblo
una leal y adicta guarnición
de ciento cincuenta hombres, dos caballos,
y de gobernador
á su fiel capitan Juan Escalante,
y el resto á Zempoalla se llevó,
no sin antes decir á los caciques
de aquel alrededor:
—que á Escalante ayudaran en su ausencia,
y les daría á todos protección.—

Y fué por el cacique y vecindario
recibido Cortés con alegría;
y el franco trato, fraternal y diario,
que seguían teniendo cada día,
estrechó la amistad y la confianza,
y sincera se hizo
esa para ambas partes buena alianza;
mas Cortés disgustado y caviloso
por la que recibió fatal sorpresa,
hallábase *indeciso y temeroso*
de comenzar su meditada empresa,
con cierta gente, falta de entusiasmo;
y comprendió, que sacudir debía
la inercia y el marasmo
que apocada y dudosa la tenía:
que precisaba un golpe decisivo,
que de volver á Cuba
por completó extinguiese su esperanza;
y ese tradicional aliento altivo
con bríos despertase
su valor, su entusiasmo y su confianza,
y á la tremenda lucha se lanzase
del que seguro en la victoria avanza.

Y *ese fijo pensamiento,*
que como acerbo tormento
nos hiere y mata después,
notábase noche y día
en la triste faz sombría
del persistente Cortés:
forjaba un golpe terrible,
tremendo.... quizá imposible
de poderse realizar;
y exclamó: «¡Este es el medio....
á grande mal gran remedio,
y basta ya de esperar!

Yo haré que toda esa gente,
que hoy temerosa, indolente,
me hace ya tanto sufrir,
venga audaz, resuelta, firme,
á mis plantas á pedirme:
—corramos á combatir.—

Yo tengo el poder y ciencia
de humillar á su insolencia....
de despertar su indolencia
y su nombre enaltecer:
sentirá terror y espasmo,
cuando llegue el hecho á ver;
pero despues su entusiasmo,
al combatir y vencer,
hará de una en otra edad,
como el tiempo, perdurable,
mi hecho heróico, memorable
por toda una eternidad!»

Como el pobre viajero, que perdido
en medio de lluviosa noche oscura
y en lejana espesura,
penetra al alba en el hogar caliente,
cambia luego sus ropas empapadas,
y su mujer sonriente
le alivia de la carga, y le rodean
sus inocentes hijas, bien amadas,
así Cortés sintióse
libre de su peso y su tormento,
al decidirse á realizar su intento,
y su rostro cubrióse
de ufanía, de orgullo y de contento:
disipóse de su alma
esa pena, que á veces nos acecha,
como la lucha, entre la muerte y vida,
que acaricia y desecha
el mísero suicida!

A algunos de *sus íntimos amigos*
su atrevido proyecto reveló;
y mandando *algún oro* á los pilotos,
partieron á cumplir su comisión.

A *las pocas semanas* á Zempoalla
esta pronta llegó nueva fatal:
—las naves, en su fondo carcomidas
por voraces gusanos de la mar,
se habían despojado de sus járcias,
hierros, cosas movibles y demás,
y hundiéndose en seguida *una tras otra*,
ni una sola posible fué salvar. 73

Trató Cortés de demostrar su asombro,
y de dolor cubriéndose su faz,
se dice que exclamó: «¡Si tal sucede,
ay, hágase de Dios la voluntad!» 74

Como bomba que estalla de improviso
en un grupo, que hiela de terror,
así heló aquella nueva dolorosa,
hasta el más esforzado corazón.

«¡Ya la patria, el hogar ni los amigos,
—cada cual lamentándose exclamó,—
volveremos á ver; y nuestros huesos
en la playa esparcidos quedarán,
que en vano aguardaremos noche y día ...
sin esperanzas, contemplando al mar!
¿Acaso *al matadero*, como á ovejas,
conducirnos pretende el capitan?»
Y rugientes murmullos se escucharon,
que unísonos la ira hizo estallar. 75

Eran dos fuerzas contrarias
en el acto de chocar,
que ciegas y temerarias
iban su suerte á jugar:
era de Cortés la muerte
ó la gloria de Cortés,
y de un imperio la suerte,
que iba á postrarse á sus piés....
ó á quedar intacto y fuerte,
sin conquistarse esta vez.

Y de Cortés, confusos los amigos,
temen en tal instante *por su vida;*
pero él les pide:—que á la tropa formen,
y que la anuncien, que saldrá en seguida
á exponerla su plan en tal conflicto,
queriendo como jefe,
dar cumplimiento á su deber estricto. 76

Su presencia de espíritu se impone,
cual si de égida hallárase munido:
cesa, al verle, el murmullo del soldado,
que encuéntrase abatido,
mas no contra su jefe ya indignado;
y el jefe, generoso y compasivo,
contemplando á su gente,
la dice, con acento persuasivo:

«¡Soldados...compañeros! ¿Porqué os contemplo, ahora
postrados y abatidos, y no oigo resonar
los gritos de entusiasmo, que en Cozumél lanzásteis...
los himnos que en Tabasco, cantamos en su altar?

¿Acaso es porque naves, deshechas, carcomidas,
á pique haya arrojado la voluntad de Dios?
¿Podeis dudar acaso, que para el triunfo basta
el darnos en la empresa su entera protección?

¿Mi crédito y mis bienes, llenándome de deudas,
en tan fatal suceso, no pierdo yo tambien?
Pero por cada cobre, el oro á toneladas
en Méjico podremos, triunfantes obtener!

¡Indigno es de valientes pensar solo en la huída,
en vez de ya animosos lanzarse á combatir!
Tenemos *por bandera un Cristo y santa causa...*
que en este imperio ondee, desde el principio al fin!

Mas los que así no piensen, cobardes mururando,
que partan á la playa, que esperen un bajel,
y á Cuba á contar vayan:—que huyen de unos indios,
que déjanse temblando sus dioses deponer! —

Y digan en las Indias, y digan en España:
—que un grupo de valientes, aún sigue al capitan;—
y en recompensa esperen el oro y las migajas,
que irémosles en breve de lástima á arrojar!»

Este osado desafío
de tan eléctrica voz,
conmovió todas las fibras
del noble orgullo español;
y pujante despertóse
el su adormido valor;
vióse en el rostro de todos
el alma y fuego brillar
del entusiasmo y grandeza
de su caudillo inmortal;
y oyóse una vez unísona,
cual mandato divinal,
decir: «¡A Méjico! ¡A Méjico!»
con un viva al general. 77

El génio es Dios, y en todo se revela...
impulso da á los pueblos y á los hombres,
deja do quiera su brillante estela,
y hace inmortal á los oscuros nombres:

imposibles realiza, al orbe asombra.....
cuanto toca su mano, dignifica,
con espinas ó lauros en su alfombra
á la humana materia glorifica!

¿Podrá el escepticismo, ante Cortés,
del genio la misión negar después?
¡Atrás, séres estólidos, atrás,
que del genio la luz vereis jamás! 78

XXII

1519

Recibió Cortés aviso
del capitan Escalante:
—que andaban por esas costas
unas *tres ó cuatro* naves,
sin aproximarse al puerto,
ni atender á sus señales.—

Cortés para Villa Rica
con lijero grupo parte
de buena caballería,
creyendo que de Velazquez
algunos bajeles fueran,
que por la fuerza intentasen
á su conquista oponerse
y del mando despojarle.

Pero al llegar Cortés á Villa Rica,
encontróse *á un notario y dos testigos*,
que hiciéronle saber:
—que el capitan Alonso de Pineda,
con *doscientos setenta* pobladores
veníanse á esa corte á establecer;
y que esa expedición á *La Florida*
la enviaba don Francisco de Garay,
gobernador de la isla de Jamáica;
pues para ello obtuvo órden real,
quien le notificaba, que esa empresa
la dejase á su dicho capitan.—

Pero Cortés replicóles:
—que allí no era La Florida,
ni de notificaciones
tampoco entender quería,--
pero el notario y testigos:
—exijiéronle la firma,
y promesa, que á la orden
fiel cumplimiento daría;—
Cortés *á prisión* entonces
envió á los tres en seguida;
y observó que los bajeles
al ver su gente á la orilla,
y no al notario y testigos,
sus lanchas mandar vacilan;
pero ordena *á tres soldados*:
—que la ropa de ellos vistan,--
y de otros varios seguidos,
mientras todos se retiran,
en un médado se oculta
y á los bajeles espía.

Vése despues una lancha
atracar á la ribera,
conduciendo gente armada
á buscar los tres de tierra;
pero apenas *tres soldados*
pusieron el pié en la arena,
cuando Cortés y su grupo
presurosos los rodean:
con el resto huye la lancha,
de su fracaso á dar cuenta;
sus lonas las navecillas
alzan y van más afuera,
y con *seis soldados* más
por su ardid Cortés se encuentra.

Viendo Cortés el desenlace cómico,
con que esa tentativa concluyó,
á Zempoalla marchóse otra vez rápido,
para aprontar su ejército invasor;
y alegre hallóle y con igual espíritu
de la campaña abrir,
hasta llegar á la ciudad de Méjico,
sin doblar la cerviz.

De *cuatrocientos hombres*
y *unos quince caballos*
el total del ejército sería,
y *siete ú ocho piezas*
de buena artillería;
de armas y municiones
abundantes pertrechos
y equipos y bagajes,
y como mil tamanes ó peones,
que diestros conducían y cuidaban

los bagajes, las armas y cañones:
y Mamegi, Tamelli, Téuche y otros,
como aliados caciques,
unos mil y trescientos comandaban
de resueltos arqueros de pelea
de aquella serranía,
que además del servicio, que prestaban,
Cortés, siempre prudente,
como seguros rehenes suponía.

Y Cortés, inspirado y venturoso
y de su tropa al frente,
improvisa una corta alocución,
y concluye diciendo, francamente,
con su bibrante y respetada voz:
«¡Ya aquí no hay más socorros, más ayuda
que vencer ó morir,
confiando solo, en que la Cruz escuda
al que idólatras marcha á redimir!»

Y todos exclamaron:
«¡Sabremos ya triunfar
ó con vos perecer....
á nosotros nos toca obedecer,
y os toca á vos mandar!» 79

Y *el dieziseis de Agosto*
del año mil quinientos diezinueve
lánzase la legión, como un torrente;
y el mejicano trono....se conmueve,
hasta que humilla al español la frente!

Y de Zempoalla
vése en tropel
al pueblo todo,
que echa á correr,
vítores dando,
con embriaguez,
á la audaz tropa
de Hernán Cortés,
hasta que lejos
llégase á ver.

De la leda natura,
esos futuros héroes de la historia,
segunda vez contemplan la hermosura
de la tierra caliente....
que cual visión de gloria,
entre ensueños grandiosos de ventura,
enaltece su mente:
de la caña de azúcar y vainilla,
cacao y cochinilla,
expléndida región de su riqueza,
do las frutas y flores todo el año,
osténtanse maduras y olorosas;
y en perpétua belleza,
como otro paraíso,
sus régias arboledas, tan pomposas;
y sin interrupción eternamente,
hállase embalsamado de perfumes
el suavísimo ambiente;
de pájaros cantores, á millares,
las plumas de color tornasoladas,
y de las mariposas
las alas esmaltadas,
con rubíes, topacios y brillantes,
sus luces y cambiantes
y tintes relucían,
del sol á los reflejos rutilantes,
y entre ramas y flores se perdían:
en la serena tarde,
cesando de las hojas el murmullo,
de las aves las notas se escuchaban
del postrimer arrullo,
del sol poniente á los postreros rayos;
de la pálida luna
á los ténues y lánguidos desmayos,
en la adormida noche silenciosa,
esos floridos bosques parecían
morada misteriosa....
apartados, recónditos proscenios
de los vagos espíritus nocturnos,
y seductoras hadas y los génios:
allí dichosa el alma se embriagaba....
la mente en sus ensueños se adormía....
del mundo se olvidaba,
y el génio hasta los cielos ascendía!

La estación de las lluvias comenzaba,
y con árduos trabajos empezaron
á subir la central mesa de Méjico,
y á los pueblos llegaron
de *Jalapa*, *Texucha* y *Sicochina*,
en los cuales hallaron
favorable acogida y alimento;
y dóciles oían
las máximas cristianas,
que los padres entre ellos esparcían;
y Hernán Cortés, en su fervor piadoso,
dejarles quiso imágenes y altares;
pero el buen padre Olmedo, cauteloso,
y tomando tal cosa por abuso,
y que fuesen, al irse, profanados,
hízole desistir, y á ello se opuso.

Subiendo la escarpada serranía,
á la alta *Sierra Madre*, á la derecha,
miraron que se erguia,
de un cinturón de pinos coronada,

y entre largas colinas dilatarse,
á lo lejos velada:
y el *Orizaba*, al Sud, bajo relieve,
gigantesco elevarse,
ceñido en su grandeza
de eterna blanca túnica de nieve,
admirando en sus faldas la belleza
de la tierra caliente,
arroyos, prados y floridas selvas,
y su límpida luz resplandeciente,
pueblitos, chozas y uno que otro monte,
y vaporosa línea, que azulada,
extiéndese por todo el horizonte:
es el mar, y más lejos.... tras las olas
de incesantes rumores,
sus playas españolas;
y su niñez, familia y sus amores
recuerdan, sollozando los guerreros,
al pisar esas cumbres *los primeros!*

Y pasando por chozas y pueblitos,
llegaron á *Naulinco al cuarto dia*,
amiga población y totoneca,
que á la empresa tambien se les unia.

Del *Paso del Obispo* se internaron
por el desfiladero,
donde hubieran podido defenderse
de un ejército entero;
y en breve comenzando
los fríos, las nevadas y granizos,
los lijeros vestidos se empapaban,
y el hielo penetrando hasta los huesos,
los ateridos miembros semejaban
á los de flacos presos;
pero los pobres indios
de la tierra caliente
hallábanse postrados,
ante ese cambio brusco,
cual si fuesen llevados
por ráudo torbellino:
iban unos tras otros moribundos,
marcando con sus cuerpos el camino;
y muy difícilmente se podía
el llevar arrastrando
el bagaje y pesada artillería.

Por un costado pasan
de la cumbre del *Cofre de Perote*,
donde grietas y troncos calcinados
y lavas y cenizas
de cráteres pasados,
circundan rotas piedras y macizas; 80
y espantosos torrentes
de dos y tres mil piés, ante sus plantas
serpear miran y correr rugientes;
y despues *de tres dias* fatigosos
de cruzar el sendero,
sin alimento y fríos horrorosos,
llega la hueste de la *Sierra de Agua*
hasta el desfiladero;
y de *siete mil piés* sobre la altura
ya del nivel del mar, mira extenderse
inmensa, fertilísima llanura,
por do quier con esmero cultivada
y llena de villorrios y casillas:
ya en esa no se ven, *tierra templada*,
los tropicales frutos rozagantes
de la tierra caliente y sus orillas,
sí del maguey plantíos abundantes,
con racimos de flores amarillas
y maizales preciados,
de doradas espigas coronados,
que cubren la campiña floreciente.

Y los conquistadores,
ante sus ojos ven súbitamente
una ciudad alzarse populosa:
era *Flatlauquitépec*, 81
en solidez y casas más hermosa,
que todas las ya vistas; y asombrados
contemplan, al entrar en su suburbio,
como *unos cien mil cráneos apilados*: 82
y éntranse á la plaza,
sin dárseles un bledo
de aquella al parecer cruenta amenaza.

¿Ni qué temor daría
á esos héroes, que acaban orgullosos
de desafiar montañas y torrentes,
hambres, hielos, granizos horrorosos,
y marchan prepotentes
por altos valladares,
cual si fuesen jardines y praderas,
á un coloso aplastar en sus altares,
ese montón de blancas calaveras?

El de ese extenso osario
era el cacique Olinteth,
del fuerte Motezuma tributario;
que aunque mandó á Cortés con sus tamanes
el alimento, que era necesario,
con frialdad recibióle
é inquietos ademanes,
hasta hacer recelar á los soldados
de conseguir su alianza;
pero Cortés disimuló el desaire,
por no dar á los suyos desconfianza.

XXIII

1519

El cacique volvió *al siguiente dia*
seguido de sus criados y parientes,
á ver al gran jefe y sus guerreros,
de armas relucientes,
de raros brutos fieros,
y de clarín dorado y resonante,
pues era observador y despejado,
y curioso, como es todo ignorante;
y quería en persona, de todo eso,
el quedar enterado;
y Cortés, exprofeso,
recibióle con todo preparado,
porque de esta manera,
si la curiosidad así halagaba
del astuto cacique,
su pujanza á los indios demostraba;
y presumiendo que tambien se hallase,
contra su rey quejoso,
y vengar sus ofensas anhelase,
preguntóle insidioso:
«¿Si estaba á Motezuma sometido?»
«¿Y quién de Motezuma no es vasallo?» 83
replicóle el cacique sorprendido;
y queriendo exponerle
otras respuestas, que creyó oportunas;
—prosiguió enumerando sus grandezas,
su poder y legiones invencibles,
su gran ciudad, fundada entre lagunas,
sus continuas hazañas indecibles;
y que del mundo entero
el gran rey Motezuma
era el más poderoso y más guerrero;
y que todos los años se ofrecían
en *teocállis* ó altares
veinte mil enemigos ó rebeldes
á sus augustos dioses tutelares.—
Así creyó el cacique,
que de su rey, enalteciendo tanto
las grandezas y datos referidos,
iba á esparcir el consiguiente espanto
en los recien venidos.

Penetrando Cortés la hipocresía
de aquel razonamiento jactancioso,
donde el miedo del siervo se veía,
díjole firme y serio:
—«Al pisar esta tierra, ya traía
muy exactas noticias de este imperio;
y si tu rey no fuera
un príncipe, cual dices, arrogante,
tampoco en nombre de mi rey viniera
su amistad á ofrecerle
ni su ayuda importante;
pues desea la paz y no la guerra,
porque es tan poderoso,
que sóbrale poder, riqueza y tierra;
y yo, su humilde enviado,
jamás del cinto, sacaré mi espada,
sin ser por la injusticia provocado;
pero una vez sacada....
¡guay, sí, de todos! porque á sangre y fuego,
sin escuchar la compasión ni el ruego,
quedará todo yermo y desolado;
pues del cielo los rayos soberanos,
los fuegos vengadores,
conducen mis guerreros en sus manos,
y por nadie jamás puto vencido!
Yo vengo á disipar vuestros errores
y á establecer mi religión cristiana,
y á evitar que prosigan los horrores
de las ofrendas de la sangre humana!»
Y volviéndose luego á sus soldados,
exclamó, rebosando en ardimiento:
«Esto es lo que buscamos, mis amigos,
completa sumisión y rendimiento,
ó verlos declarados enemigos.
Tal de nuestro pendón es el programa,
que á la riqueza con la gloria aduna....
riqueza nos dará nuestra fortuna,
y eterna gloria nos dará la fama!» 84

Mas tampoco al cacique intimidaron
de Cortés las palabras ni arrogancia,
sus temibles caballos,
ni el osado tropel de aventureros,
y dijo con jactancia:
«Rodean á mi rey *treinta vasallos*,
y cada uno *con cien mil guerreros;*
y aunque en sus cortesanos y sus tropas,
mujeres y palacios
sus inmensas riquezas distribuye,
acumúlanse más, porque al aumento
hasta el pobre habitante contribuye.» 85

Pero doña Marina,

al cacique siguiendo y acechando,
le fué de aquellos hombres
los hechos de Tabasco enumerando;
y exijióle que fuese más discreto;
pues hasta Motezuma les enviaba
regalos de oro, en prueba de respeto.

Y lo mismo el cacique hizo en seguida:
mandó oro y varias jóvenes esclavas
para hacerles el pan y la comida,
y víveres tambien en abundancia,
viendo que entre esos hombres superiores,
inútil era el demostrar jactancia,
al imponerse allí como señores.

Y allí, como en Zempoalla,
cree Hernán Cortés, que es cosa ya sencilla
inocular su prédica cristiana
y fundada dejar una capilla;
pero á tanta insistencia
mostró al fin el cacique resistencia;
y hubieran ocurrido
como en Zempoalla, idénticos sucesos,
si á su jefe no hubiesen disuadido
fray Olmedo y los otros sacerdotes,
con fundadas razones y especiales,
de que á la religión, tales medidas,
eran á la sazón perjudiciales,
y á la conquista mismo.

En este hecho notamos, y nos prueba,
que el rudo fanatismo,
cual todas las pasiones exaltadas,
perturba y extravía
las cabezas mejor organizadas;
y hasta el mismo Cortés,—que sábiamente
combinó su campaña, y la seguía
con la seguridad de un aforismo,—
se hubiera visto envuelto en un fracaso,
si á ese fanatismo,
prudente fraile no detiene el paso.

Y en fray Olmedo,—que la voz llevaba
en punto á religión y la conciencia,
por su saber y ciencia,
entre esos sacerdotes, compañeros,—
revelábase el don de la prudencia:
era justo y piadoso
y de la mansa y convincente escuela
del Hombre-Dios, humilde y bondadoso;
y de esos apóstoles,
que en la propagación de su doctrina
solamente confiaban,
por creerla la más justa y ley divina;
y de esos misioneros fervorosos,
que con la Santa Cruz y con su ejemplo,
redujeron á pueblos numerosos,
do ellos mismos alzábanse su templo,
sin que balas ni espadas
hicieran, por temor, seguir de Cristo
las eternales máximas sagradas!

Mucho esta gran conquista debe á Olmedo,
en medio de sus luchas é inquietudes;
y rindo aquí justicia, *como debo,*
á su nombre, consejos y virtudes!

Y dando allí descanso á sus soldados,
cinco dias Cortés permaneció;
y aun *á mediados del pasado siglo*
con gran veneración,
mostraban viejos indios *el viejo árbol*,
á cuya sombra su caballo diestro
ató el conquistador,
según de unos en otros trasmitida,
antigua tradición.

Por un extenso y floreciente valle
comenzóse á marchar,
que fecundaba murmurante río
de la mesa central;
pudiéndose los rayos estivales
por las sendas de bosques evitar;
y en una y otra márgen
veíanse extender
huertos, cabañas y frondosos árboles,
maduras frutas arrojando al pié;
y una ciudad, en encumbrado sitio,
con cierto temor ven,
con un fuerte y circuida de murallas,
y de europeo aspecto al parecer:
se aproximan, y aquellos habitantes
acójenlos muy bien. 86

Consultando Cortés entre los indios,
qué camino debieran proseguir,
como el mejor le indican á *Cholula*
los vecinos de allí,
por ser una ciudad agricultora,
hospitalaria, quieta y mercantil,
y *Tlascala* un distrito sanguinario,
donde pudieran tenderle algun ardid;
pero los zempoaltecas le previenen:
—que Cholula, de gentes traficantes,
no era pueblo leal,
y que de Motezuma, con frecuencia,
las tropas se alojaban además;
y aunque Tlascala era belicosa,
odiaba á Motezuma, como al mal,

y con los totonecas conservaba
alianza y amistad;
y que de los consejos no se fiase
que sugiere el temor
á ese cacique y sometido pueblo,
de dudosa intención.—
Y de los zempoaltecas el consejo
el caudillo aceptó,
y después de quedarse *allí tres días*,
encaminó á Tlascala su legión. 87

Pero mandó Cortés, antes
de emprender aquella marcha,
cuatro indios zempoaltecas,
á manera de embajada,
para anunciar sus intentos
al distrito de Tlascala:
llevaban sobre sus hombros,
de algodón *torcida manta*,
larga saeta en la diestra,
circuída *de plumas blancas*,
como símbolo de paz,
y una *grande concha plana*
en la izquierda, de rodela,
que la misión escudara,
con cuyas insignias eran
sus personas respetadas
por los caminos reales,
que todo el reino cruzaban.

Al cacique de regalo
mandó Cortés *una espada*
un casco y una ballesta,
pues notó, que aquellas armas,
entre todos los indígenas,
grande sorpresa causaban,
y tambien astutamente
entrególes *una carta*,
que de memoria aprendieron
los cuatro de la embajada:
—encomiando las proezas
de la valiente Tlascala,
la que atravesar pedía;
y anunciándoles su marcha
á la capital azteca,
donde conseguir confiaba
libertad para los pueblos
de toda la extensa Anáhuac,
ó domeñar la soberbia
del que teníala esclava.

A Tlascala tal misión
Cortés decidióse á enviar;
porque corrían rumores
que no encontrábase en paz
y aprestábase á la guerra,
ora ya para lidiar
contra el fuerte Motezuma,
en nueva guerra tenaz
ó contra algunas comarcas,
por mera rivalidad
de intereses ó cuestiones;
y Marina y Aguilar
enseñaron á los indios,
con cierta facilidad,
el discurso que debían
en Tlascala pronunciar:

Cortés, preocupado,
por la tardanza ya de la embajada,
proseguía con paso mesurado,
conduciendo su tropa, preparada
contra cualquier desfavorable encuentro;
infantes y caballos á vanguardia,
cañones y bagajes en el centro
y á los indios siguiendo á retaguardia;
y aunque bien conocían
su superioridad en campo abierto,
las sorpresas temían
ó algun ataque sostener incierto
en estrechos caminos y cerrados,
cuando gran parte de su triunfo estaba
en dejarlos deshechos y aterrados,
en los choques primeros;
y por eso Cortés les repetía,
como eco de infalible profecía:
«Ya veis, mis compañeros,
qué gota de agua somos,
aquí en un mar de vírgenes regiones;
y entre sierras, murallas y legiones
nuestra pobre legión cercada se halla:
marchemos, suponiendo
que ya vamos á entrar en la batalla.»

Y llegaron á un sitio, árido, inculto,
do *una de dos leguas* gran muralla
de Tlascalla el distrito dividía:
veinte piés de espesor *y ocho* de altura
y *un parapeto diagonal* tenía;
y tan solo en su centro *estrecha entrada*,
defendida y formada
de *dos cercanos muros circulares;*
y la larga muralla *era de piedra*,
con argamesa unida y ensamblada,
trabando sus dos partes laterales
en la base de inhiesta serranía,
que cual mudos guardianes,
orgullosa se erguía;

y esa muralla alzaron
antíguos trascaltecas, lidiadores,
que incansables lucharon
contra los mejicanos invasores.

Embargado de asombro,
ante aquel gigantesco monumento,
comprende allí el ejército cristiano,
cuan grande no sería
el poder de ese pueblo mejicano,
que imperturbable á desafiar corría;
y helárase su sangre de repente
en sus fibras de acero,
si cada héroe no fuese tan valiente,
que no se imaginase locamente,
capaz de domeñar el mundo entero;
y orgulloso, leyendo en los semblantes
el arrojo de cada aventurero,
el pecho de Cortés tambien se agita....
detiene á su caballo,
se empina en los estribos y les grita:
«Adelante.....marchemos....
llevamos Cruz divina por la bandera...
y con esta señal conquistaremos!»

XXIV

1519

Los bravos tlascaltecas descendían
de la ya extinta raza chichimeca;
que bajando al Anáhua *el siglo doce*,
como las otras tribus sus congéneres,
sus cabañas alzaron á la orilla
del lago de Tezcuco hacia el poniente:
allí permanecieron largo tiempo;
pero las otras coaligadas tribus,
de Tlascala enemigas y rivales,
diéronla en *Poyautlán* una batalla;
y aunque los tlascaltecas victoriosos
de ella salieron, presto abandonaron
á esos vecinos pueblos, en fracciones,
y la más numerosa al Sud partiendo,
y despues de vagar por los contornos
de la ciudad antigua de Cholula,
situóse entre la sierra de Tlascala,
cuya áspera cadena pedregosa
á sus nacientes pueblos defendía;
y sus fértiles valles y riquezas
á ese agrícola centro transformaron
en un compacto reino, dividido
en cuatro estados, con gobierno propio
y peculiar nobleza en cada uno;
y solo en lo tocante á paz ó guerra
un senado *de cuatro consejeros*,
en tan vital asunto decidía;
y obligados hallánbase los nobles
al llamado á acudir con sus vasallos,
y á sostener de mancomún la guerras.

Así, pues, á la vez era ese reino
labrador en la paz y negociante,
y en los tiempos de guerra, belicoso:
se le disciplinaba en ejercicios,
se le instruía en manejar las armas,
dábanse altos honores á los jefes,
premiábanse los hechos militares,
y nacionales fiestas celebrando,
himnos cantaban y en los templos eran
en efigies sus héroes colocados, 88.
Y acordaban tambien sus distinciones
á los que en los consejos descollaban
por su sabiduria y buen acierto,
ó gran fortuna en el comercio hacían.

Lo rico y fértil de su extenso suelo,
expresado encontrábase en su nombre
de Tlascata *ó la tierra de sembrados:*
de maiz y maguey, cubiertos valles,
brindando sin cesar óptimos frutos,
llevar hacían su comercio siempre
á las ardientes zonas; y cargados
tornan con los productos tropicales:
en las artes, industrias y en sus leyes,
usos, costumbres y adelanto en todo,
al nivel y cultura se encuentran
de los pueblos de Anáhuac más notables·
sus ofrendas humanas y banquetes
y su dios tutelar iguales eran
á los de los aztecas poderosos.

El estado vecino de Cholula
elevarse miraba, con envidia,

los pueblos de Tlascala independientes,
confederados en la paz y guerra,
y tentó varias veces atacarlos;
pero saliendo derrotado siempre
á guardar sus fronteras se redujo;
mas al correr del tiempo vió Tlascala,
que otros más formidables enemigos
su independencia destruir querían:
—exigiendo obediencia y un tributo,
signos de sumisión á sus legiones,
cuales otras provincias les pagaban,
so pena de arrasar sus tierras todas.—

Indignado el consejo de Tlascala,
les contestó arrogante: «Que ellos nunca,
ni sus antepasados belicosos,
rindieron homenaje á extraño pueblo;
y que hoy menos lo harían, pues sus armas,
como de *Poyauthlán* en las llanuras,
perpetuar su libertad sabrían,
al invasor rapaz escarmentando.»

A este reto se lanzaa formidables
las legiones monárquicas aztecas,
y batallas á muerte se suceden,
que á los altares de uno y otro pueblo,
víctimas á millares suministran,
y á odiar desde la cuna al mejicano
á sus hijos enseña el tlascalteta,
quien sigue su defensa sosteniendo
con indomables brios, y seguida
por la raza othomís, brava y salvaje,
que en un valle de Méjico moraba,
y se liga á Tlascala, do se asienta,
cuidando de las plazas fronterizas,
por sus propias montañas defendibles,
escepto hácia el Oriente, donde el valle
daba fácil entrada al enemigo;
y entonces fué cuando se alzó ese muro,
que á la raza othomís quedó confiado,
y tanto sorprendió á los españoles.

Y *medio siglo* hacía que ese pueblo,
encerrado en su propio territorio,
de algodón, cacao y sal y otros productos
de la tierra caliente carecía.

Despues que Motezuma subió al trono,
cruzó los Andes y llevó sus armas
hasta el istmo, y el mar de las Antillas;
su enardecida vanidad se aumenta
al contemplar la resistencia heróica
que al prepotente imperio hace Tlascala:
y á su hijo manda que la humille y tale,
con numeroso ejército escojido,
el que no solo queda derrotado,
sino *que muerto deja allí á su jefe.*

El rey burlado, el padre vengativo
las tropas junta de su imperio todo,
y de Tlascala los sembrados valles
incendia y tala: y á los montes huyen
las huestes tlascaltecas, que en acecho
como torrentes caen de las montañas. . . . .
como aludes que lavan los peñascos,
y desbordadas y en parciales golpes,
horrorosos estragos van causando
á la invasora fuerza, sorprendida,
que asiduamente siendo renovada
con más ó menos treguas y recursos,
en su tenaz empresa proseguia,
aunque volvieron los situados pueblos
á recobrar sus valles y ciudades.

Tal de Tlascala, independiente estado,
era la situación á la llegada
del ibérico grupo de invasores
á las ardientes costas mejicanas;
y el odio, que este estado á los aztecas,
desde remoto tiempo profesaba,
sirvió de base á su feliz conquista. 89

Y Tlascala sabía de ese grupo
su victoriosa marcha y las alianzas,
que en la tierra caliente contrajera;
mas ignorando que tan presto ufano,
ante sus fuertes muros se encontrase,
reunióse incontinenti su consejo
para oir su embajada zempoalteca,
y el más ladino de ella se adelanta
y así de su misión la cáusa expone:
«República valiente de Tlascala,
el señor de Zempoalla y los caciques
de tribus y vecinas serranías,
os desean salud: á vuestros campos
fructíferas cosechas, y la muerte
á todos vuestros fieros enemigos,
que son nuestros también y los odiamos;
y á la vez os anuncian, que de Oriente
á esta tierra han llegado los guerreros
por nuestras profesías ya anunciados,
hijos de unas deidades, superiores
á todos nuestros dioses, y detestan
los sacrificios de la sangre humana,
y combaten á todos los tiranos;
sus armas *son los rayos y los truenos,*
y recorren los mares *en palacios;*
y el jefe de ellos, capitán se dice

de un rey muy superior á Montezuma;
y protegiendo al débil contra el fuerte,
á los recaudares han echado
de campiñas y pueblos, y ya marchan
á buscar el tirano en sus dominios.
Ellos vienen de paz, son generosos,
é invencibles do quiera son sus armas;
solo para *pasar licencia piden,*
y os ruegan nuestros jefes, que con ellos
una alianza formeis, para que todos
libres al fin quedemos del tirano.»

Sorprendidos y excitados
el senado y el concurso,
oyeron este discurso,
que hizo á todos vacilar;
hasta que el grave senado,
antes de dar la respuesta
á la impensada propuesta,
púsose á deliberar.

Y no llegando á tener
unidad en opiniones,
entre largas discusiones
no podíase entender;
pero el venerable anciano
y noble Magiscatzín,
habló al auditorio, en fin,
como un sabio ciudadano:

«Bien sabeis, tlascaltecas valerosos,
que religiosa tradición revela,
que de Oriente vendrán á nuestras playas
invencibles guerreros á asentarse,
mecidos sus palacios por las ondas
y con celestes rayos en las manos;
y aunque no sean, como opina el vulgo,
sagrado y vivo dios cada uno de ellos,
hombres son celestiales, justos, sabios,
y en fuerzas y valor vale uno solo
por más de mil de cualesquiera tierra.
Que ellos vienen de Oriente es indudable,
y que uno vence á mil, y son sus armas
el fuego celestial, ¿no lo revelan
de Tabasco los hechos milagrosos?
Cumplidas, pues, *las profesías vemos*,
y de los cielos los recientes signos
de cometas, de incendios y de monstruos.
¿Y quién probar sus armas osaría,
con las que el cielo mismo ha bendecido?
¡Yo temería, si eso se intentara,
el tremendo castigo de los dioses!
Mas supongamos, que evidentes signos
y religiosa tradición no sean,
sino vanos ensueños y mentiras,
y que esos extranjeros, cual nosotros,
hombres sean mortales y falibles,
¿qué daño, por ventura, nos han hecho,
para ir á estrecharlos con las armas,
en vez de albergue hospitalario darles?
Y Tlascala,—que obtiene sus victorias,
porque la libertad solo defiende,—
¿irá, de sus victorias renegando,
hoy á quitar la libertad á otros?
A nuestras puertas con confianza llegan,
hoy por nuestros aliados protegidos,
y sería traición el atacarles,
y una ofensa también á los aliados.
¿Y qué diría Anáhuac de Tlascala,
si un puñado de pobres extranjeros,
como unas cuantas ranas en un lago,
nos obligasen á tomar las armas?
¿Y aún acaso la gloria de vencerles,
nos quitaría la cobarde mancha
de esa tan poca gente haber temido?
Y por tales razones, yo propongo
se les conceda el paso que pretenden;
pues si solo son hombres, razón tienen
para ir á luchar contra el tirano;
y si son algo más, bástales solo
la voluntad suprema de los dioses!»

Grandes aplausos obtuvo
el noble Magiscatzín;
pero alzóse un paladín,
que fué su digno rival,
quien pasando *ya del siglo*,
encorvado y *casi ciego*,
aun tenía en su alma fuego...
y éste fué Jicotencal, 90

Y este querido y venerable anciano,
con calma dijo y convicción profunda:
«Yo, cual vosotros, del ilustre sabio
Magiscatzín la autoridad respeto;
pero debo fundar mi humilde voto,
aunque á la mayoría luego siga.
Verdad es, que esperamos del Oriente
unas deidades ú hombres superiores;
¿mas por haber venido de ese lado
estos que ahora nuestro suelo pisan,
por los hijos del sol deben tomarse?
Sus armas y marítimos palacios,
¿no serán obra acaso de una industria,
que la nuestra no alcanza todavía?
Y lo que ellos hicieron en Tabasco,
¿no lo ha hecho Tlascala muchas veces?
Si esos extraños hombres, sin hogares,

—que muy bien pueden ser algunos monstruos
por el mar arrojados á estas playas,—
han sido de Zempoalla protectores,
tambien su oro sacaban avarientos,
como el traidor, que en delicioso néctar,
el oculto venenó suministra!
¡De libertad amigos se proclaman....
y del tirano dádivas reciben,
sedientos de molicie y de riquezas,
homenaje rindiendo á sus enviádos!
¡Hijos de dioses justos se titulan,
y violan nuestras leyes y costumbres....
nuestros sagrados ídolos derriban....
profanan nuestros templos, y pretenden
del altar suprimir nuestras ofrendas!
¿Estas son las deidades anunciadas?
¡Nó, nó: porque jamás las gratas nuevas
los cielos con señales espantosas
á los pueblos de Anáhuac han revelado,
sinó los días de dolores cruentos!
Evitémoslos, pues, y sepan todos
al reunir nuestras fuerzas y buscarlos:
—que el triunfar en Tabasco no es lo mismo
que creerse victoriosos en Tlascala!»

Entre ese altivo pueblo belicoso
hizo más impresión este discurso,
que el de Magiscatzín: *era el postrero*
y se amoldaba más á sus ideas.

El Senado mandó: —negar el paso
á esa extrangera gente pretenciosa,
y que Jicotencal, hijo del viejo,
como afamado jefe de las fuerzas,
cumplir hiciera del senado la órden.—

Una intención *segunda y escondida*,
tambien en su sanción tuvo el senado:
—si triunfaba, *llevábase la gloria*
de haber vencido á tan temible gente;
y si eran sus flecheros derrotados,
á la tríbu othomís *echar la culpa*,
pues á su cargo la defensa estaba
del gran muro, que al valle defendía.

Hízose detener *por tal motivo*,
del castellano jefe la embajada,
hasta que el resultado se supiese
del choque inevitable de ambas fuerzas.

XXV

1519

Por suerte, la muralla,
—que sorprendiera á los cristianos tanto,
y pasaron, temiendo una batalla,—
hallóse á la sazón desguarnecida,
como la abierta trampa, que se deja
de un árbol suspendida,
para que caiga el pájaro en su reja:
volviéronse á formar en escuadrones,
y seguido Cortés de una partida,
adelantóse á hacer exploraciones;
y como *á unas tres leguas* descubrieron
á *unos treinta* flecheros, con penachos,
y hacia ellos partieron;
mas los indios, en quiebras y maizales,
veloces se perdieron;
pero en breve do quiera aparecieron,
cuales fieras salidas de corrales,
como *unos cinco mil*; y haciendo frente
á la caballería,
cual rápido torrente
impetuosos sus flechas arrojaron,
entre su bronco ruído y gritería:
se acercan y sus armas empuñaron,
y sobre los jinetes se lanzaron,
y agarrado *sus piernas y las bridas*,
y *a un lancero bajaron*,
- que despues falleció de sus heridas:—
dos caballos mataron,
—cuyas cabezas á Tlascala en triunfo,
muy luego se llevaron;—
y rodeaban y vencer creían
á ese pequeño grupo de dragones,
sin dar cabida al natural espanto,
ante esas nuevas fieras ó visiones
de escurridizos saltos de serpientes;
pero Cortés, en tanto,
asuela, pisa, mata, y con sus lanzas
abriéndose camino de repente,
cual huracán del noto,
en los arqueros el temor infunde,
como en un terremoto,
el ciego espanto por doquiera cunde;

y llegando el ejército, descarga
ballestas y mosquetes,
que nuevos bríos dando á los jinetes,
de los indios el ánimo se embarga;
y al estruendo del rayo,
que las armas mortíferas pregonan,
prodúcese en las filas el desmayo
y al combate abandonan,
y á unos sesenta muertos y cautivos;
pero en orden se alejan,
como las olas de la mar pujante,
y libre el campo á los iberos dejan.

La noche se acercaba,
extendiendo su sombra vacilante,
y la legión triunfante
entre sembrados campos se encontraba:
despéjanse las nubes, y la luna
aclarando los pálidos bosquejos,
abandonado, *extenso caserío*
deja ver á lo lejos,
regadas las llanuras por un río.

Y en ese caserío los cristianos,
la noche ya avanzada,
rendidos y sedientos,
haciendo al fin su entrada
encontraron asilo y alimentos:
entréganse al descanso, y un piquete
por turno se releva;
pero Cortés, que solo en sí confía,
vigilante la noche pasa en vela,
aunque muy bien sabía,
que el indio *por la noche*
jamás á su contrario acometía:

Era *el dos de Septiembre*,
y entre sus matutinos arreboles,
el sol aparecía,
cuando sobre las armas se encontraban
los héroes españoles
y los indios aliados,
—que *de tres mil pasaban*,
con los que habían sido reclutados:
el grande crucifijo
los clérigos presentan á sus ojos:
un altar se improvisa:
cristianos é indios pónense de hinojos,
y al aire libre díjose una misa;
luego marchan las tropas agrupadas
para no dar lugar al indio astuto
á terribles sorpresas ui emboscadas;
y previene Cortés á sus jinetes:
—que sus lanzas en ristre y á galope
los botes *a la cara* dirijieran,
para evitar que en ellas los salvajes
pudiéranse prender y se rompieran. 91

Preséntanse á Cortés los cuatro enviados,
mandados á Tlascala, y le dijeron:
—que siendo aprisionados,
para en seguida ser sacrificados,
escaparse en la noche consiguieron;
y que á próximo ataque inevitable
preparase su buena artillería,
pues no lejos venía
un ejército inmenso y formidable.—

Y á poco de marchar, masa compacta
de bien armados indios se presenta,
que con agudos ecos,
súbitamente acometer intenta;
pero Cortés á un lenguaraz envía,
con una comisión, que les dijese;
—que entraba en esa tierra
mandado por su rey y como amigo,
y como tal el paso se le diese,
para hacer solo á Motezuma guerra.—

Pero antes de escuchar este mensaje,
con huracán de dardos y de flechas,
contestan los arqueros; y el coraje
de la cristiana hueste enardecida,
al mirar tal ultraje,
hácela que se arroje á la pelea,
que comenzar desea:
y lidiando desciende á una cañada
de cortas dimensiones,
por un estrecho arroyo entrecortada;
que impide maniobrar á los cañones,
pero tocan los indios retirada,
y alejándose van en pelotones,
cual si hacerlos caer en la emboscada
su intento hubiese sido;
mas al punto Cortés apercibido,
dejan esa cañada sus soldados,
y al subir á una loma,
contemplan asombrados
un ejército inmenso,
que hacia ellos marchaba,
llenando todo el verde valle extenso.

Tambien Cortés desciende,
con su legión famosa,
á la verde llanura, majestuosa;
y entusiasmada, prevenida y lista,
avanza hacia la fuerza numerosa,
que al frente y lados piérdese de vista,
como apiñadas olas y ligeras.

De las compactas huestes con sus jefes,
armas, cascos, plumajes y banderas
hacía relucir el sol naciente,
y la templada brisa
mecía suavemente,
—como infantil sonrisa
á otros labios, en besos que comparte,
su labio virginal apenas toca;—
y en el centro la enseña ó estandarte
se eleva de Tlascala,
que era una garza de oro en una roca,
custodiada por guardia de gran gala;
y rodéanla los músicos y arqueros,
con sus colores *blancos* y *rojizos*
que de Jicotencal son los guerreros;
y salir de la tierra parecía
aquella muchedumbre abigarrada,
que de *cuarenta mil indios* sería.! 92

Ya en el valle formada
la española legión, vese cercada
en rápidos instantes,
entre aullidos y gritos penetrantes
y roncos instrumentos,
cual si en su estruendo las pesadas moles
quisieran aplastarla por momentos,
y entonces, apiñada
con sus indios aliados,
formando un cuadro con sus cuatro frentes,
deja así sus bagajes resguardados,
y de mujeres al pequeño grupo,
y el empuje resiste y osadía
de esas humanas moles estridentes,
sin poder desplegar su artillería.

Pero al frente Cortés de sus caballos,
como era de costumbre,
y secundado por sus dignos jefes,
empieza á atropellar la muchedumbre;
y sus pujantes botes los lanceros
al rostro de los indios
sucesivos dirijen y certeros,
cual golpes de barreta,
dados en débil muro
por formidable atleta;
aunque ellos se defienden y prosiguen
su infernal gritería,
y los de atrás arrójanlos al frente;
mas las inhiestas lanzas los persiguen,
y al fin la artillería,
con tremendos disparos,
en las compactas masas enemigas,
á abrir comienza ensangrentados claros,
que aunque pronto cubiertos,
van á los temerarios tlascaltecas
asombrados dejando y más inciertos,
al mirar por el suelo ensangrentados
á sus caudillos y famosos jefes,
en sus muy largas guerras celebrados;
y abriéndose camino,
á los caballos siguen los aliados,
cual raúdo torbellino;
pero siempre encontrando humanas moles,
que rellenan los claros al momento,
comienzan los jinetes españoles
á carecer de fuerzas y de aliento,
¡Es la lucha titánica, imponente,
de un hombre contra ciento!

Grita entonces Cortés: «¡Si desmayamos,
no ya aquí nuestra Cruz colocaremos....
seguidme y venceremos,
que el triunfo ya alcanzamos!»
Y como cruza el rayo por los aires,
á los grupos con furia se encamina.
Tambien los zempoaltecas,
de tan tremenda lucha sorprendidos,
dícenla á Marina:
«¡Estamos ya perdidos!»
y quieren volver cara;
pero la india intrépida les grita:
«¡El Dios de los cristianos nos ampara!»
Y escuchando los indios y cristianos
esa májica voz de la esperanza,
prosigue con más brío y ardimiento
á abrir senderos la pujante lanza,
que los amigos indios van llenando,
mientras los otros, tímidos se alejan:
cañones y arcabuces retumbando,
filas de muertos dejan,
donde van los infantes avanzando,

Y á Pedro de Moron, bravo jinete,
que á mandobles se interna entre los grupos
en cargas repetidas,
del caballo le sacan y maltratan,
llenándole de heridas;
—porque en toda el Anáhuac los salvajes
en las lides, peleando, no se matan,
pues solo anhelan conducir rendidos,
para ser en los templos
á sus paganos dioses ofrecidos; 93
á defenderle corren *diez jinetes,*
y aunque todos tambien salen heridos,
al compañero rescatar consiguen,
quien *murió* al *nuevo día,*
y la cabeza de la muerta yegua,
entre triunfos y cantos de alegría

sacan los indios de su campo ufanos,
como *insigne trofeo*,
arrancado en la lid á los cristianos.

Pero los mismos indios se atropellan,
al quererse poner en salvaguardia,
y en confusión se estrellan,
al ir tales ataques recibiendo:
los espantan los muertos, que procuran
ir del campo sacando,
y al fin solo se apuran
por irse de las lanzas alejando;
y aunque osados, el fuego los aterra,
que ven por vez primera en los combates,
y presumen que á hundirse va la tierra
con sus templos, ciudades y penates.

Como *nueve ó diez* jefes tlascaltecas
ya habían perecido;
y al ver Jicotencal, que era impotente,
á pesar de su ejército aguerrido,
para vencer *á tan extraña gente*,
y el sol iba tocar el horizonte,
ordena retirada:
suenan sus atabales y bocinas,
y aléjase su tropa, bien formada,
á las verdes colinas.

Respiran, sorprendidos,
Cortés y sus valientes oficiales,
al mirar de su triunfo
tan prontas é inequívocas señales:
y antes, que sorprendiérales la noche,
en esos despoblados,
buscaron, impacientes,
algun pronto descanso á sus soldados;
y alzando á los heridos,
subieron decididos
la loma de *Tompátch*. donde existían
un templo y un villorrio, abandonados,
que aún algunos víveres tenían:
sus heridos curaron,
y con dianas despues y regocijos,
su triunfo celebraron.

De los muertos y heridos de los indios
el número no pudo calcularrse;
porque el sacarlos era su costumbre
del campo al retirarse: 94
y tambien celebraron la victoria
los salvajes con cantos vocingleros;
como el autor, que á críticos amigos,
y á ciertos liberatos pandilleros,
presuntuoso su libro les remíte,
con algunos *renglones lisonjeros*,
los cuales, aceptándole el envite,
dedicándole entre tropos,
no une sincera crítica, fundada,
sinó embriagante ramo de piropos,
el que ese autor modesto
coloca de *su libro en la portada*,
creyendo, por supuesto,
que merece esos juicios eminentes.
!Y pobre del que no es de esa pandilla
de escritores banales é inconscientes,
y no paga del bombo el poderío;
porque confabulados y envidiosos,
con su silencio *le hacen el vacío*....
¡pero el tiempo inflexible y justiciero,
á cada cual va dando
su valor verdadero!
¡Pues la fama, *adquirida por el bombo*,
es tan triste, fugaz y zalamera....
cual la amistad entre los hombres públicos,
trivial y pasajera!

Por tan penoso día fatigada
la española legión,
en un profundo, apetecido sueño;
exánime cayó.

Presa, en tanto, de múltiples ideas
y en vela Hernán Cortés,
amargas reflexiones le agitaban,
entre doradas nubes de laurel;
péro ¿cómo podría,
y cuánto no tendría
que sufrir y luchar
de una en otra batalla,
con el azteca ejército imperial,
hasta poder á tan guerrero imperio
vencer y sojuzgar,
si de un distrito solo, *una columna*,
en encuentro parcial,
casi con su número anonada
á su invicta legión,
con solo sofocarla y óprimirla,
con su potente peso abrumador?

Deducción tan potente y angustiosa
no podía ocultársele á Cortés;
y por eso velaba febriscente,
cual rendido las olas al hender;
mas ya estaba empeñado en esa lucha,
y titanes, como él,
una vez emprendida, siguen firmes,
ó mueren, sin jamás retroceder!

Y en tal instante de duelo,
así exclamó Hernán Cortés,

sus ojos alzando al cielo:
«Heme, mi Dios, á tus piés....
y ahora, que estoy sufriendo
mil angustias, sin gemir....
¡ay! cuánto vale, comprendo
un gran renombre adquirir!
¡cuántos punzantes martirios,
dudas, afanes, delirios

y horrible lucha cruel
tiene el hombre que pasar,
hasta poder alcanzar
la corona de laurel!
Mas tu aliento, soberano
no me falte, que es mi luz,
y en este imperio, mi mano,
alzará tu santa Cruz!»

XXVI

1519

Las nuevas se extienden rápidas
de Tlascala en la ciudad:
—de que su orgulloso ejército
tuvo al fin que abandonar
al de los rayos maléficos
el campo de mortandad.—

Magiscatzin, impertérrito,
á pedir vuelve la paz,
y secúndanla muchísimos,
creyendo llegado ya
de los aztecas el término
de su reinado fatal.

Pero otros venganza súbita
con rabia piden y afan,
á quienes con fé patriótica
alienta Jicotencal;
y *unos diez mil* confederados llegan,
que hicieron impesar
las ideas de guerra y de venganza,
y marcháronse á reunir al general.

Emplearon todo el día
las fuerzas de Cortés
con reparar sus armas,
cuidando su cuartel;
mientras los zempoaltecas
salían á su vez
por las inmediaciones,
víveres á traer,
y á averiguar do estaban
los contrarios tambien;
pero por todo el valle
nadie dejóse ver;
y así se pasó el día,
que grata tregua fué.

Mas no quiso *al siguiente*
en tal tregua seguir Hernán Cortés,
ni más tiempo indeciso
en inacción allí permanecer:
con sus caballos y *doscientos hombres*,
mitad de zempoaltecas y españoles,
á recorrer partió
aquellas cercanías,
de plantíos cubiertas y verdor;
y aldeas y pueblitos
con abundantes víveres halló,
los cuales sus aliados,
prevenidos lleváronse al cuartel,
asi que consiguieron
á las hostiles gentes el vencer.

Y supo Hernán Cortés por los cautivos:
que *á dos leguas* de allí
Jicontencal, con nuevos elementos,
se preparaba á la tremenda lid.

Cuando Cortés estuvo de regreso,
mandó á Jincontencal,
por *dos cautivos* indios,
por *vez segunda* el paso á demandar; 95
pero antes de la noche
tornaron presurosos á volver,
en su rostro las huellas exhibiendo
de marcàs y pinchazos á la vez,
que indignado y soberbio
hizóles inferir Jicotencal,
por haberse atrevido
propuesta tan estólida á llevar.

Y los dos emisarios expusieron:
—que el jóven general
mas del doble tenía de soldados,

que *el dia antes* llegara á presentar,
para en una batalla decisiva,
exterminarlos ya.—
Y el jefe tlascalteca contestaba
al que en su tierra se internaba audaz:

«Que *al siguiente dia* fuese
la respuesta á recibir
en el campo de batalla
y no pedírsela así:
y que bien se preparase
para la tremenda lid,
porque á él y sus guerreros
iba en triunfo, desde allí,
al altar del sacrificio,
entre himnos á conducir.»

Tal respuesta al escuchar,
hizo á Cortés, sin querer,
su cuerpo de ira temblar
y su rostro enrojecer,
como si hubiese, á traición.
recibido un bofetón,
de quien echase á correr.
También toda la legión
llenóse de indignación
la respuesta á conocer;
y *se llegó á presumir,*
que aquella ofensa mortal,
que hizo el salvaje á su honor,
fué un acto providencial,
cuando iban á combatir,
para aumentar su valor!

Pero aunque aquel tan insultante reto
llegara del soldado
la ira y la venganza á triplicar,
conocieron también, que en tal aprieto,
fatal, desesperado,
tan solo en Dios podrían esperar!

Y *toda aquella noche* silenciosa,
horrible y angustiosa,
vióse á muchos valientes implorar
la absolución divina
de los padres Olmedo y Aguilar;
porque todos al fin eran mortales,
y temían un éxito fatal. 96.

Apenas asomó por el Oriente,
entre claros fulgores,
del cinco de Septiembre, el sol naciente,
cuando al bélico son de los tambores,
dejando el campamento
las fuerzas castellanas.
—con solemne, marcial recogimiento,
al intentar hazañas sobrehumanas,—
bajan á la llanura
á desafiar al sátrapa insolente;
y no habían andado *media legua,*
cuando mirar su ejército creciente,
que avanza por instantes.

Forma Cortés su tropa,
y sus notables jefes arrogantes
sus órdenes secundan,
mientras contrarias filas numerosas
todo el espacio en derredor circundan,
como humeantes lavas pavorosas,
que las cumbres inundan.

Según sus compañías
era el color de los pintados indios,
y también el de jefe y oficiales,
con su casco de cuero ó de madera,
remendando *cabezas de animales,*
con bien teñidas plumas por cimera:
un escudo llevaban
de pieles ó algodón, y que los ricos
de oro y plata adornaban,
y no muy larga túnica cubría
su cuerpo musculoso,
bordada de colores y con flecos,
cual distintivo honroso;
cortas botas llevaban *ó sandalias*
de cuero y encintadas;
y los grandes caudillos
capas finas de plumas y bordadas
de plata ú oro y matizados brillos;
y sus diversas formas de banderas,
que enhiestas tremolaban,
á las otras legiones numerosas,
—que á la vista de anteojos se perdían,—
como entre vagas nubes ocultaban:
sus defensivas armas consistían
en hondas, flechas, jabalinas, dardos,
ligeras lanzas y *pesadas mazas,*
mortales y de peso,
con puntas *de obsidiana ó fuerte hueso.*

Del centro numeroso
se alzaba de Tlascala majestuoso
el sagrado estandarte,
la águila de oro con abiertas alas,
que iba por vez primera
á desafiar las españolas balas.

Al ver Cortés llegar á las legiones,
—que con voces y ruidos aterrantes

creían que el valor
de los bravos soldados, arrogantes,
cambiárase en pavor,—
montado en su caballo va en las filas
de una en otro gritando:
«¡ Ya llegan y nos vienen á cercar....
no hay más remedio que triunfar matando,
ó perecer en el pagano altar!»

Y á las nubes de dardos y de flechas,
que oscurecen el cielo por millones,
contestan con su estruendo
arcabuces, ballestas y cañones,
el espacio también oscureciendo:
y la caballería
embiste á las indígenas legiones,
y con insana furia
comienza su feral carnicería:
y las contrarias filas y compactas,
de tan temible empuje y tal arrojo,
quedan estupefactas,
y apenas, sin concierto,
los muchos claros á llenar se atreven;
y corren jadeantes,
ora hacia atrás ó hacia avanzando mueven
sus pasos vacilantes,
al mirar, aterrados,
por do quiera de muertos y de heridos
esos campos sembrados.

Pero Jicotencal y sus caudillos
á reanimar á sus arqueros vuelven,
y otra vez en sus redes numerosas
á la corta legión cargan y envuelven,
como enjambre de moscas afanosas,
en la azúcar se agolpan y revuelven.

Cortés desesperado,
con las hinchadas sienes sudorosas,
creyendo al fin á su legión perdida,
con voz de trueno grita y les exhorta:
—que cara vendan su preciada vida. –
Pero otra voz escuchan, que es más fuerte
y más se les importa.
no muriendo venderla,
sinó desesperados defenderla,
desparramando en derredor la muerte,
la sangre y la agonía!

Y las lanzas, espadas y arcabuces,
y Mesa, con su gruesa artillería,
vuelven á renovar, con más aliento,
la gran carnicería:
y enfurecidos, como el ráudo viento,
lánzanse los infantes y jinetes,
saltan, hieren y cargan, avanzando,
y otra vez á los indios
va el terror embargando.
Velazquez de Leon, Alonso Dávila,
Olid, y los hermanos Alvarados,
don Francisco de Morla y varios otros,
abren cancha, cual rayos deslumbrantes;
y Lugo, Sandoval y Diego de Ordaz
siguen tambien en pos con sus infantes;
y los aliados indios zempoaltecas
penetran anhelantes.

Y ya Jicotencal, enardecido,
al ver entre los suyos
el pánico esparcido,
á un inmediato jefe poderoso
échale en cara:—que su fuerte grupo
se muestra tan medroso,
cuando antes siempre distinguirse supo,
por su ardimiento y brío:—
y tómanse en palabras, y esfe jefe
á mortal desafío
le aplaza, terminado aquel combate:
y separándose, es de los primeros
que su bandera abate,
y hace salir *á sus diez mil arqueros;*
y otros jefes, que *estaban ofendidos*,
siguen igual ejemplo, temerosos
de verse entre los muertos confundidos.

Ya *cuatro horas* hacia
que tambien el valiente
y audaz Jicotencal permanecía
al fuego haciendo frente;
empero aquel inesperado golpe,
que á su gente dejó más asombrada,
obligóle tambien, algo abatido,
á tocar retirada,
cuando el triunfo supuso conseguido.

Y la invicta legión, desesperada,
y ciega en medio de su loco empeño,
en batallar sin mengua,
creyó que era un ensueño
tan salvadora tregua;
y en tal incertidumbre,
aun más fueron su asombro y alegria
al ver que aquella inmensa muchedumbre,
al son de sus cornetas y atabales,
retirada emprendía,
sin dar de nuevo ataque otras señales;
y más bien parecía,
al verlos disiparse tan ligeros,
que huían derrotados.

Esas armas de fuego y esos fieros
bridones, desbocados,
causaron tal espanto en los arqueros,
al verlos pelear por vez primera,
y enseñorearse de sus verdes llanos,
como inspiró temores
la inmensa muchedumbre á los cristianos;
mas no dudó Cortés, que en adelante,
y con solo sus fuerzas muy inferiores,
ya allí sería el *Júpiter tonante;*
y más, cuando Marina,
la inteligente y ardorosa amante,
que sus secretas penas adivina,
le dice, apretándole las manos:
—que conocía bien á sus paisanos,
y que eran incansables
en ataque y defensa, y formidables;
pero que habiendo hallado en los cristianos
otros hombres á ellos superiores,
más débil resistencia ya opondrían,
si otra vez intentasen un combate;
porque el fuego y bridones
á todos ya pavor les infundían,
aunque traer lograsen más legiones.—
Manifestó tambien doña Marina:
—que las tropas cristianas
por sus corceles, armas, disciplina,
y pueblos, que á su causa se adhirieran,
triunfarán de huestes mejicanas,
en todas las batallas que se dieran. 97

Y de ella al escuchar augurios tales,
avivóse la fé y el ardimiento
de nobles oficiales
y de todo el postrado campamento,
y en los aliados indios zempoaltecas
la esperanza y contento.

Dos ó tres españoles
en tan reñido batallar murieron,
que sepultados *en la noche* fueron,
para que los salvajes no los viesen
perecer en las lides,
y que eran inmortales supusiesen:
como *unos veinte* heridos,
y lastimados los caballos *todos,*
fueron al regresar bien atendidos.

Los indios, á pesar de que llevaron
gran número de heridos y de muertos,
en el campo tambien muchos dejaron,
que los cristianos en el nuevo día,
tendidos y ya yertos,
entre dardos y flechas encontraron.

Esos aires montuosos,
—que tanto los triunfantes extrañaron,
porque solo tenían el vestido
de climas calurosos,—
hicieron exclamar á Bernal Díaz,
de esa conquista actor y buen testigo,
cuando inválido y viejo la trazaba:
—*¡los ballestas nos daban poco abrigo!*

XXVII

1519

Las nuevas dolorosas llegaron á Tlascala
de la última batalla, que dió Jicotencal:
—algunos á los bosques marcharse propusieron,
sin víveres y sola dejando á la ciudad:—
—los *nuevos dioses* otros llegados, ya creyeron,
y el pueblo temeroso, clamaba por la paz.

Reunióse el gran senado, llamó á los sacerdotes,
queriendo de sus dioses la réplica saber:
—de si esos extranjeros *de carne y huesos eran,*
ó *séres inmortales* de omnímodo poder.

Demandan la respuesta los magos á los dioses,
y vuelven al senado, diciéndole á una voz:
—que no eran esos raros y blancos extranjeros
deidades inmortales, *mas hijos, sí, del sol,*
quien dábales las fuerzas de indómitos guerreros
y siempre vencerían *lidiando á su fulgor;*
mas que su luz extinta, quedaban cual las flores,
que pierden *en la noche* perfumes y matiz;
y que esa era la hora de ser los vencedores
y hallarlos sin los fuegos, que tienen en la lid.

Pero aunque en toda Anáhuac
no se hubo jamás visto, sinó con sol lidiar,
senado y pueblo aplauden, con vítores unánimes
corriendo á los altares, del dios la voluntad...
retémplase el aliento de viejos y de exánimes,
y *tal órden divina* se da á Jicotencal.

En medio de la noche la triste luna llena
derrama dulcemente su amiga, suave luz;
la calma y el silencio y atmósfera serena
imprimen en el alma su plácida quietud.

Escucha el centinela de la cristiana hueste
rumor vago, ligero; moverse el campo vé:
despiértala de quedo, diciéndola: se apreste,—
y todos en sus puestos encuéntranse de pié.

Vénse lijeros
á los arqueros,
desparramados,
quedos marchar;
y presumiendo,
que están durmiendo
los invasores,
cuentan, seguros,
-con los clamores
de sus conjuros,—
el golpe dar.

Cort s los vé acercarse y manda á los soldados:
—que quietos y agachados aguarden su señal:
y avanzan silenciosos
los indios cautelosos,
y en breve la colina comienzan á trepar.

Y las espingardas y los arcabuces
de súbito lanzan mortífero fuego,
que á los tlascaltecas absortos dejó;
y aliados é infantes y diestros jinetes
descienden muy luego,
y espadas, machetes
y picas y lanzas se arrojan en pos.

Centáuros, dragones,
fantasmas, espectros y sierpes parecen
aquellos jinetes, aquellos bridones,
que vienen, se estrechan, se alejan y crecen,
según los reflejos, las sombras y luz:
de rojo se cubre la hierba amarilla....
de cuerpos humanos parece una trilla,
que están aventando;
y siguen las lanzas hiriendo y matando
á aquella asombrada, viril multitud;
y el ruido aterrante de los cascabeles,
que llevan al pecho los briosos corceles,
les hace el efecto de horrible segur:
y aliados é infantes,
cual bravos lebreles,
en breves instantes
rodean, matando millares de infieles;
mas falta á los brazos por fin la pujanza,
en tanta matanza,
y el resto serpeando, de allí se escapó;
y Jicotencal,
despues que hace esfuerzos de heróico valor,
mordiendo sus manos de pena y despecho,
desgarra su pecho,
y apenas acierta su tienda á pisar.

¿Mas era posible, que indios desnudos,
con solo sus flechas y pobres escudos,
—aunque en pelotones
de muchos millares pudiesen vencer
al hierro y cañones,
aceros, bridones,
y la disciplina, la ciencia y saber?

¡Indómitos eran, su patria adoraban....
por eso lidiaban
contra esa extranjera, tenaz invasión;
por eso mucho antes, y siempre invencibles,
del gran Motezuma las hordas terribles
á raya pusieron, cual nunca se vió:
por eso angustiosos, al verse impotentes,
contra ese puñado de blancos torrentes,
sintieron las ánsias de intenso pesar!
¡Por eso *esa noche*, para ellos de duelo,
colmado de muertos dejaron el suelo,
volviendo á su campo de rabia á llorar!

Y sintieron los vívidos dolores
del que por siempre trunca
sus juveniles y únicos amores,
cuyos recuerdos ¡ay! no olvida nunca:
del que pasa en insomnio y agonía
la noche suspirando febriscente,
y tiene al nuevo día,
que aparecer con faz leda y sonriente:
del genio, que al dejar su triste cuna,
tiene que luchar hidalgamente
contra adversa fortuna,
que parece envidiar su noble frente:
del que en perpétua liza,
con envidiosos émulos luchando,
los va al fin con sus obras aplastando,
y su vejado nombre inmortaliza:
del padre, que su hogar, honesto y santo,
mira hollado por pérfido extranjero,
y reducido á escarnio, luto y llanto:
del gentil, generoso caballero,
que jamás con la infamia ha transigido,
y mírase olvidado,
despues que de su rango ha descendido,
de esos, que de favores ha colmado:
así esos tlascaltecas tan patriotas,
sentían sus derrotas,

presintiendo la ruina de su hogar;
mas conservando un resto de esperanza,
· *pedían la venganza*,
que les supo inspirar Jicotencal!

Mandó Cortés soltar los prisioneros
y envió un nuevo mensaje á la ciudad,
llevando *el ultimátum*, do pedía:
—por esa tierra á Méjico pasar,
ó que ya cruzaría á sangre y fuego,
como á las mieses troncha el huracán. —

Abatido el senado,
ante el nocturno ataque malogrado,
que el pueblo presumía
fuera de sus deidades *un castigo*,
por no haber aceptado aquella alianza;
y teniendo perdida la esperanza
de llegar á vencer á ese enemigo,
que *con el sol vencía*
llevando el fuego asolador consigo,
y tambien *por la noche conservaba*,
y que jamás postrado
los párpados cerraba:
afligido el senado
y el pueblo amedrentado,
de Cortés la embajada recibieron
con muestras de alegría;
y en ese mismo día
cuatro nobles salieron
por el senado enviados: —aceptando
la amistad, que Cortés le proponía;
el paso concediendo,
y de él, como súplica implorando,
que la ciudad, *con su visita honrase*,
para que en paz sincera,
entre unos y otros todo se olvidase.—

Y á esta embajada se previno: —que antes
viese á Jicotencal y le dijera:
—que á Cortés buenos víveres mandara,
y las hostilidades suspendiera,
para que pronto en la ciudad entrara.—

Pero este jefe, humillado,
en su honor *de gran guerrero*,
rechazó orgulloso y fiero
el mandato del senado;
pues el patrio honor vejado
por enemigo extranjero
en alianza tan fatal,
presumió Jicotencal.

Comprende: —que no conviene
á su patria tal alianza,
que inspírale desconfianza,—
y á la comisión detiene:
nada al senado contesta,
á quien ve que el miedo abate,
y con sigilo se apresta
para otro nuevo combate.
¡No quiere Jicotencal
aquella paz concedida,
al ver su patria rendida
á exclavitud sin igual!

Y al ver de su embajada la demorada,
salió al campo Cortés,
á intimidar con golpes rigurosos
de los indios la insólita altivez;
y *él y cinco soldados* se sintieron
enfermos por el clima desigual,
y algunos de los sanos le dijeron:
«¿por qué si enfermo se halla el general,
si dá por combatir tan suma priesa?»
Y contestó: «Porque es más fuerte Dios
que la naturaleza,
y el triunfo de la Cruz siguiendo voy.» 98

Entre áridas colinas
y feraces llanuras cultivadas,
lugarejos y aldeas;
la marcha prosiguieron,
y cercanas fronteras habitadas
por tribus de Othomís pronto se vieron;
y donde no encontraban
temor ni resistencia,
dadivosos entraban,
mostrándose benignos;
mas si eran recibidos hostilmente,
entonces sin clemencia,
y de cruzada tan sublime, indignos,
dejaban el ultraje y vilipendio
impresos en las huellas
de la devastación y del incendio:
y los indios aliados,
con el botin que hicieron y los robos,
regresaron cargados. 99

Con el botín al entrar
Cortés en su campamento,
halló cierto descontento
y un notable malestar,
que en vano disimular
varios soldados trataban,
mientras que otros murmuraban
de los sueños de Cortés,
que ni aún venciendo, después
ni solo paso avanzaban.

«Si no se hallan derrotados
esos grupos numerosos,
—exclamaban, cavilosos,
los taciturnos soldados;—
si apenas con los aliados
hemos podido hacer frente
á ese mar, siempre creciente,
¿del vasto imperio podremos,
con las fuerzas que tenemos,
resistir al gran torrente?

Son cosas. pues, ilusorias
el que pensemos vencer
de Motezuma el poder,
aunque conquistemos glorias,
¡Vanas serán las victorias,
aunque andemos muy de prisa;
y sacando la premisa
en lenguaje puro y légico,
el pensar entrar á Méjico....
es solo cosa de risa!»

No como insubordinados
los tales aventureros,
sinó como compañeros
abatidos y casados,
que esperan ser escuchados,
dijeron al general:
—que el precario estado actual,
nadie mejor que él veia,
y que en vela noche y día,
aumentaríase el mal.

Que el que golpeado no estaba,
enfermo estaba ó herido,
ó por el frío aterido
y exánime se encontraba;
y que ninguno soñaba
en tan triste situación,
que esa su pobre legión
pudiera en Méjico entrar,
teniendo que derrotar
las fuerzas de la nación.

Que habían *muerto cincuenta*
de Veracruz hasta allí,
y todos, muriendo, así,
no habría quien diese cuenta
de esa lucha tan cruenta:
que el dejarla era mejor,
y con número mayor
á esa conquista volver,
ya seguros de vencer,
por las armas y el terror.—

Escúchales Cortés, pacientemente,
y sin que en su semblante
se conociera la emoción que siente:
y con digna actitud caballeresca
y palabra insinuante,
replica á la aflijida soldadesca,
como aconseja al hijo el padre amante.

«Pláceme, compañeros denodados,
escuchar la opinión que todos tengan,
para que así los planes adoptados,
sigamos siempre, que mejor convengan,

No estas rudas fatigas, *que empezamos*,
vacilar hagan vuestra fé triunfante,
pues ya á los tlascaltecas contemplamos
sin bríos, que oponer en adelante.

¿No vemos en ese acto, manifiesta
de Dios la voluntad, su santa ayuda,
y que la Cruz do quiera nos escuda,
al conducirla en la conquista, inhiesta?

Del mismo Motezuma, muy en breve,
otra nueva embajada hemos de ver,
cuando Tlascala la noticia lleve:
—que dimana de Dios nuestro poder.—

Y si con peste, el hambre y duro clima
é inmensas hordas vamos á luchar,
tambien al dar á nuestra empresa cima,
mayores lauros hemos de alcanzar!

Indigno es ¡ay! del nombre, que llevamos,
hacer retroceder la Santa Cruz,
cuando llevarla á Méjico juramos,
al fundar la ciudad de Veracruz.

Empero, aunque cobardes y perjuros
á la patria faltásemos y á Dios,
¿os veriais acaso más seguros,
huyendo en acosado pelotón?

Nuestros mismos aliados ribereños,
si de tal deserción fuesen testigos,
serían los más duros enemigos,
los pasos al cerrarnos y lidiar.

Y aunque ganar pudiésemos la costa,
huyendo y combatiendo á los infieles,
—pero deshechos ya,—¿en qué bajeles
nos podríamos todos embarcar?

Espirar allí de hambre, y ultimados,
de tan cobarde acción, sería el fin...
pues es mejor, entonces, denodados,
ir avanzando, ó con la Cruz morir!

Esta es la solución clara y notoria....
de Méjico es tambien *la redención;*
y al llevarla, llevamos la victoria.
fama dando á nuestra ínclita nación.

Mas lo que quieran todos....eso quiero...
y si teneis grandeza, tendreis fé;
y con la fé cristiana del guerrero,
hasta Méjico mismo os llevaré!»

Y despues que terminó
su réplica el capitán,
la mayoría esclamó,
adhiriéndose á su plan:

«Nuestro buen jefe, escuchando
de todos el parecer,
nos enseña, preguntando,
lo que queremos hacer.

Y de un modo indiscutible
nos llega franco á decir:
—retirarnos no es posible,
sin llegar á sucumbir.—

Queda tan solo un camino,
que abrirá nuestro valor;
el seguir nuestro destino ..
luego avanzar es mejor!»

Y hasta los más remisos y obstinados,
lo exacto de lo expuesto al escuchar,
quedáronse callados,
sin tener que oponer ni replicar:
no había para todos más camino....
el someterse á su fatal destino,
que les llevaba á Méjico á triunfar!

Y ya Cortés, mirando subyugada,
y á su albedrío la pequeña hueste,
ni teme hielos ni funesta peste
ni de enemigas hordas el tesón.

Todo lo allanan sus dorados sueños ......
mira ya á Motezuma destronado,
y en su dosel alzado
el lábaro inmortal de su pendón!

XXVIII

1519

El grupo de soldados, que creía
encontrarse perdido,
mostróse alegremente sorprendido
en la mañana del *siguiente dia*,
al ver llegar á muchos tlascaltecas
y tamanes, cargados
con víveres y obsequios de oro y la plata;
venían los enviados
de largas *plumas blancas* adornados,
como señal de paz; y humildemente
á Cortés expusieron:
—que era Jicotencal, quien tal presente
á la española hueste remitía,
como una ofrenda de amistad sincera,
y su visita al jefe prometía.—

Sin demostrar Cortés su gran contento,
recibió á la embajada dignamente;
y la paz aceptando,
envió á Jicotencal otro presente;
y de Cortés la gente
quedó su buen acierto comentando.

Como *cincuenta indios*, que curiosos
labriegos parecían,
quedáronse en el campo, y oficiosos
á todos se ofrecían:
las armas y caballos observaban,
y escudriñando todo,
á sus solas despues conferenciaban,
y por la noche algunos
ocultos se marchaban.

Y habiendo trascurrido *ya unos dias,*
en secreto á Cortés Marina dijo:
«¡Conozco los ardides y los juegos
de esos taimados indios .. *son espias*....
vestidos de labriegos!»

Con gratitud y amor una mirada
lanzó Cortés á su Marina amada,
y salió presuroso:
—mandando, que encerrados
pusieran, unos de otros separados;—
y en las declaraciones,

negando su delito persistieron;
más puestos en tortura,
muchos espías la verdad dijeron;
y aunque pena de muerte
por ordenanzas tiene tal delito,
Cortés hizo aplicarles
un castigo eficaz, *más inaudito:*
á quienes fueron los tormentos vanos,
ó ni aun su crímen confesaron quedos;
á los unos mandó *cortar las manos*
y á los otros *los dedos.* 101

Y díjoles despues: «Idos ligeros
á vuestro amo á decir: *que noche y dia*
quedamos esperando á sus arqueros.»

Ya marchando venía
Jicotencal, al frente de sus huestes,
cuando despavoridos,
mostráronles sus brazos mutilados
los exánimes indios, desangrados,
y quedaron *las hordas aterradas,*
sin intentar seguir ya su camino,
exclamando asombrados:
¡«Tambien el extranjero *es adivino....*
ya no hay, no, resistencia;
dioses son en verdad; réstanos solo
implorar su clemencia!»
Y hasta Jicotencal, en tal momento,
de súbito perdió, desesperado,
su varonil arrojo y ardimiento!

Otro nuevo incidente
hizo forzosa ya la retirada;
pues llega de Tlascala otra embajada,
que terminantemente
á nombre del senado:
—manda á Jicotencal que el mando entregue,
porque su nombramiento
habia por rebelde, revocado;
y que en su consecuencia,
dispone que el ejército se niegue
á rendirle obediencia,
so pena de traidores á la patria;
y que habiendo cesado ya la guerra,
todas las compañías y sus jefes
en seguida *se fuesen á su tierra.*—

Deshízose el ejército al instante,
con el gozo que siente el navegante,
que tras perenne tempestad sombría,
contempla al sol radiante;
y al fin Jicotencal, ya desarmado,
y viendo sus esfuerzos impotentes,
marchóse á dar disculpas al senado,
con todos sus amigos y parientes. 102

Y al campo de la hueste vencedora
prosiguen los enviados diligentes,
con cargados tamanes, que traian;
se agolpan á sus puestos los cristianos,
preguntando Marina desde el muro:
—¿Qué cosa pretendían,
y de parte de quién y á qué venían? -
«Concédenos entrada,
--replican ellos,—que de paz venimos,
y somos de Tlascala *una embajada.*»—

Hasta tocar la tierra el pecho inclinan,
haciendo reverencias,
y á Cortés y su séquito perfuman
con variadas, gratísimas esencias;
y dice el más anciano,
vestido ricamente,
al arrogante jefe castellano:
—que á nombre del senado y la nobleza,
pidiendo la paz vienen,
que por él antes ofrecida tienen,
y aceptar por entonces no se pudo,
porque los othomís y los chontales,
de origen terco y rudo,
y sin ser por Tlascala autorizados,
habían emprendido aquella guerra;
pero que ya quedaban desarmados.
Que el senado y nobleza
á la ciudad entrasen les pedían,
y tambien todo el vecindario á voces,
y tratados serían
como del sol los hijos venturosos,
y hermanos de sus dioses.—

Y *unos veinte* tamanes afanosos,
las cargas extendieron y algun oro,
sobre paños vistosos,
y prosiguió el anciano:
—que aunque pobre la ofrenda,
se dignase aceptarla,
porque era de amistad segura prenda,
y otra mejor Tlascala no tenía;
pues el emperador con sus impuestos
y larga tiranía,
habíales dejado
en completa inopia. -

Con el aspecto indiferente y grave,
que el hombre bien templado
reconcentrar sus emociones sabe,
ocultó así Cortés á la embajada

su profunda alegría,
al oir tal propuesta inesperada,
cuando más estrechado se creía;
y dijo:—que aunque tarde,
la paz que hubo propuesto,
á aceptar el senado recurría,
cuando pudo evitar la guerra injusta
que Tlascala le hiciera,
porque él á darle libertad venía,
otorgaba esa paz, siendo sincera.
Y que el indio infeliz de la cabaña
hasta el noble arrogante,
tendrían el honor, en adelante,
vasallos ser de España;
pero si no cumplían
cual buenos sus promesas, al momento
sus legiones un golpe les darían
de sangre y fuego asolador y cruento.—

Antes de retirarse,
pidióle la embajada:—*que fijara*
el día que á Tlascala iba á alojarse;
pero como Cortés *convaleciente*
de su no grave enfermedad seguía,
y ni en todo quería
mostrarse complaciente,
rehusó á la embajada
el señalar el día
de su triunfal entrada.

La fama de los hechos portentosos
de los dignos varones españoles
ó dioses poderosos,
fué por toda la Anáhuac resonando,
desde que las montañas ascendiendo,
hasta la mesa fuéronse acercando,
y á Tlascala triunfantes invadiendo.

En tanto, Motezuma vacilante,
y de crueles ensueños agobiado,
por sus espías, jefes y el correo
sabía á cada instante
del augurado, verdadero Anteo,
que aun lejos todavía,
su poderoso trono estremecía;
y al saber de Tlascala
de resistencia la tenaz empresa,
sintió gran alegría,
creyendo que encontrara allí su huesa;
pero siguiendo incierto y vacilante
y de la lucha tímido testigo,
no osaba armar su ejército imponente,
de miedo de ofender al enemigo,
que anunciaron fenómenos extraños;
y turbada su mente
creíale divino, omnipotente;
pues cuando el miedo abate á la insolencia
del mortal altanero,
solícito se entrega á la prudencia,
que del cobarde es el mejor sendero:
mas cuando llegó á Méjico la nueva
de la paz celebrada
entre el jefe invasor y tlascaltecas,
mandóle presuroso una embajada
con valioso presente:
—para felicitarle por el triunfo
contra ese pueblo siempre su enemigo,
pidiéndole el castigo
por inhospitalario é insurgente,—
y la ordenó también:—que procurase
de cualquier modo deshacer la alianza,
y le comunicase
todos los pormenores sin tardanza;
y á Hernán Cortés de disuadir tratase,
pintándole peligros inminentes,
si á Méjico marchase.—

Así, ciego, insensato,
del que de Anáhuac fué terror y dueño,
hizo la indecisión un mentecato
y la pavura un bruto,
al revelar su estado, sin criterio,
al castellano astuto,
y mostróle el mucho oro de su imperio.

Entretanto Cortés, día por día,
el silencio extremaba,
que absorto Motezuma ya observaba,
y formase un ejército temía;
mas fué agradablemente sorprendido
en sus futuros planes sumergido,
con la pronta llegada
de una regia embajada,
de *cinco nobilísimos* señores,
de afectuosos y cultos ademanes;
y seguida de número crecido
de cargados tamanes;
y aquellos nobles á Cortés dijeron
ante su tropa y fieles capitanes:
que en nombre de su rey, alborozado,
á darle el parabién se presentaban
por el triunfo alcanzado,
quedando su señor así vengado;
pero que de esos indios no se fiase,
aunque ellos le rindieran mil honores,
ni alianza celebrase,
porque eran alevosos y traidores,
y tampoco hasta Méjico pasase

por ser aquel trayecto peligroso,
muy largo y escabroso;
que era Méjico un pueblo turbulento,
armado y populoso,
y que cualquier intento
sería por demás funesto y vano;
pero que su señor le pagaría
un tributo al monarca castellano.—

De Cortés, capitanes y la tropa,
al mirar sonreirles la fortuna,
brilló el semblante ledo;
pues conocieron ya, sin duda alguna,
que hablaba en Motezuma sólo el miedo.

Y *doscientos* tamanes penetraron
y cubrieron el suelo de tapices,
y á Cortés presentaron
como *unos treinta y cinco kilos de oro*,
centenares de capas y vestidos,
ricamente bordados;
muchas manufacturas y tejidos
y primorosas obras de plumajes:
y de este modo viéronse abrigados,
de Cortés los soldados
para subir las cumbres en sus viajes.

Y contestó Cortés á la embajada
con fríos monosílabos y ambajes,....
y *al fin no dijo nada*;
pero la respondió con ironía,
que á su señor dijera:—*que algún dia*
á su rico presente
con *otras buenas obras* pagaría.—

Y mohinos estaban los aztecas
al notar que seguíase afirmando
la paz entre Cortés y tlascaltecas :
tres á dar cuenta á Méjico se fueron,
y *dos*, que se quedaron observando,
sus intrigas siguieron.

Por orden del senado de Tlascala
conducían vituallas diariamente
los comarcanos indios labradores
á la española gente;
y así lo necesario
en adelante tuvo el campamento,
do curioso asistía el vecindario,
regresando contento
con los regalos que Cortés le hacía:
la amistad se afianzaba;
el indio, sin temores ya venía,
y á los blancos guerreros admiraba.

Y sus buenos capitanes
á Cortés dieron también
su expresivo parabién,
en ledo brindis cordial;
y hasta los mismos soldados,
que antes dudosos se vieron,
gritaron entusiasmados :
¡Viva nuestro general!

Y á los que así le aclamaban,
recobrando su altivez,
y sus penas olvidaban,
replicó ufano Cortés :

«¿No es una cosa ilusoria
el que podamos vencer
de Motezuma el poder
y nos cubramos de gloria?
¿Vana será la victoria
de nuestra santa divisa,
si sacamos la premisa,
que en breve á Méjico entrar
y la Cruz enarbolar,
es solo cosa de risa?

Lo que debemos hacer
tiempo es ya de realizar....
en huida, retroceder
y cobardes perecer,
ó hasta Méjico marchar!»

Y oyóse á todos decir,
sin temor ni vacilar :
«¡Allá debemos triunfar,
ó hemos allá de morir!»

Así Cortés, seguro,
de que nadie pudiérale imculpar :
—que le obligó á seguir,--
podía al fin, al mejicano muro
irse con sus soldados á estrellar,
ó á polvo reducir!

XXIX

1519

Anheloso el senado de Tlascala
de que supiese el pueblo *el fausto día*,
que la legión cristiana llegaría,
para exornar á la ciudad de gala,
otra embajada envía,
que durante el camino,
con numerosos grupos se acrecienta,
y al llegar, se presenta
con insignias de paz y de alegría
y músicas, que ostenta,
en el campo al entrar de los cristianos.

Cortés, de su séquito seguido,
y de los *dos enviados* mejicanos,
recibe, complacido,
tal manifestación de un pueblo entero;
y de ese pueblo al frente,
allí Jicotencal *es el primero*
en saludar á su rival potente,
ora por complacer pueblo y senado
y conservar su aprecio dignamente,
ora por enmendar su rebeldía;
ó porque conociera que á su patria
ya aquella paz y alianza convenía.
Y al altivo guerrero tlascalteca
un *alto casco*, con adornos de oro,
y plumas la cabeza le cubría,
y *rico manto blanco*, muy bordado,
en sus hombres traía,
con ingénita gracia manejado:
era *más que mediana* su estatura
y robusto su cuerpo y bien formado;
imponente y severo su semblante,
de ardorosa mirada penetrante,
erguida su cabeza,
y su presencia varonil y altiva,
y su decir lacónico y discreto,
revelaban su grado y su nobleza,
imponiendo respeto.

Como *cincuenta* amigos y parientes
rodeaban, diligentes,
al popular caudillo,
quien á Cortés expresa, no humillado,
pero con aire tétrico y sencillo:
«Yo soy, oh téula, poderoso y grande, 103
el solo que se opuso.
que hasta Méjico paso se le diera,
á tu fuerte legión, creyendo iluso,
que á sostener á Motezuma fuera....
cuyo nombre aborrezco.
Hoy ya, de mi error desengañado,
confesando mi falta, te obedezco,
pues vencedor el paso has conquistado,
y entrégome rendido,
admirando tus hechos portentosos;
y tan solo te pido,
que olvidando recuerdos enojosos,
y á nombre del senado de Tlascala,
sus mandatarios y esta muchedumbre,
que entrando en la ciudad, honrarla quieras
con tu hueste triunfante;
donde hallarás afecto y servidumbre
y sumisión constante;
y escúsome tambien, por ser quien eres,
implorarte tan solo
respeto á nuestros dioses y mujeres».

Y al terminar así, furtiva lágrima
empalidece el brillo
de los ardientes ojos del caudillo,
á quien Cortés su mano generosa
alárgale y replica:
«Este acto, de tu errror te justifica;
y el de este pueblo popular guerrero,
libre ser merece....
y no eres ni serás mi prisionero,
ni Tlascala rendida, sinó aliada;
y quiera Motezuma ó no lo quiera,
mi senda está trazada....
porque es Méjico el fin de mi carrera!
Conoces que hubo error; y que fué injusto
negarme el paso y el hacerme guerra,
por torpe desconfianza, audacia ó gusto,
y ver humana sangre derramada,
cuando solo de paz vengo á esta tierra....
sin exigirla nada!

Esta satisfacción me basta solo.
«Y yo os avisaré oportunamente,
cuando hacer vaya á la ciudad mi entrada»·
«Si aun desconfianza tienes,
—replicóle el caudillo, —*desde ahora*

nos quedaremos en tu campo en rehenes.»
Y Cortés le repuso:
«La fé de la palabra solo admito,
que sé hacerla cumplir á quien faltare....
rehenes yo.... para nada necesito!»

Obsequiando al gentío, que partía,
tendió á Jicotencal Cortés los brazos,
y díjole:—que solo tardaría
en ir á la ciudad, lo que tardase
en arreglar con dos embajadores,
que allí de Motezuma se encontraban,
algunos pormenores.—
Y esto comprender hizo el caudillo,
el peligro inminente en que se hallaban,
y aumentar de Tlascala los temores.

Como esperar Cortés *unos seis días*
consiguió *de esos dos* embajadores,
para dar su respuesta á Motezuma,
y allí también Jicotencal los viese,
hizo ir otra vez *seis caballeros*,
de su real familia, acompañados
de otros nobles y muchos escuderos,
y otro nuevo presente *más valioso;*
y uno de aquellos nobles,
el más ceremonioso,
su discurso empezó de esta manera:
«Mi supremo señor mucho quisiera
el ser confederado
del príncipe de Oriente, que te envía;
pero por nuestra ley está vedado,
que extranjeros penetren su morada,
y por esta razón es imposible
acordarte la entrada.»

Y agrególe tambien:—que se abstuvieran
de aliarse á la provincia de Tlascala;
porque era la enemiga de su trono,
y contra ella advertidos estuvieran
de su traición y encono;
pues sino, sus caciques robarían
el oro y las riquezas
que recibido de su rey tenían;
y si de él las propuestas aceptaban,
y como hijos del sol á sus regiones
tranquilos se marchaban,
aun su señor *daríales más oro*,
y con el rey famoso del Oriente
anualmente las rentas partiría,
que de su rico imperio
en oro, plata y joyas recibía.—

Pero dijo Cortés á esta embajada,
ya para él sin rumbo ni criterio;
—que *su última respuesta* le daría,
muy luego que ella descansado hubiera
de tan larga jornada.—
Y la obligó á quedarse, pues quería
que su entrada en Tlascala presenciase;
y no así dar á Motezuma tiempo,
que á sus diversas tropas aprestase;
aunque harto bien sabía,
que á su solo mandato, fácilmente
condensarlas podría.

Mas no bien en Tlascala se supieron
de estos embajadores las propuestas,
cuando al instante todos resolvieron
el ir al campamento en procesión,
con sus mejores galas la nobleza.
y el pueblo con sus ruegos y clamor:
dejan á la ciudad y se encaminan
el plan de Motezuma á deshacer,
y entran senado, la nobleza y pueblo
al campamento alegre de Cortés.

Magiscatzín, Jicotencal, el viejo,
y demás senadores al llegar,
de sus sillas portátiles descienden,
y juntos, descubiertos, se dirijen
á la tienda del noble capitan,
quien sale complacido á recibirles
con su oficialidad.

Y el noble ciego dícele afanoso:
«¡Ah, déjame abrazarte...
déjame por el tacto conocerte,
y la paz á tus plantas implorarte!»
Y del guerrero toca
armas, el cuerpo, brazos y la barba,
y su piedad invoca.
Y siéntanse los otros, esperando
que el noble y sabio ciego
exponiendo prosiga,
del vecindario de Tlascala el ruego.

Y el anciano siguió de esta manera:
«No sé si eres mortal, insigne jefe,
ó el prometido Dios, que Anáhuac espera;
mas sé, sí, por tus hechos portentosos,
y vernos ya corridos,
que el senado y el pueblo de Tlascala
aquí á tu voluntad quedan rendidos.
Si fué precipitada,
é injusta fué la guerra, que te hicimos,
hoy nuestra rendición es bien pensada,
y por cierto, que tarde lo sentimos,
antes pudiendo bendecir tu diestra!
Mas de algo hanos servido la tardanza;

pues ella nos demuestra
tu invencible valor y tu pujanza!
Y si hora decidirte en contra nuestra
intenta el avariento Montezuma,
es porque resistímosle y no en vano,
que es pródigo en promesas, falto en obras.
¡Llévanos á vencer ese tirano. ....
aunque solo te bastas y te sobras!
Y aunque ciego, trasluzco las visiones
de un porvenir providencial, fecundo..
quizá con tus legiones
fama á Tlascala dejes en el mundo,
de Anáhuac al derrocar al vil tirano!
Y siendo *tus aliados ó rendidos*,
entra, pues, como amigo ó soberano
al pueblo que te espera.
La paz nos prometiste ¿Acaso tienes
al tirano más fé? ¿Por qué á Tlascala,
al pueblo á complacer presto no vienes?
Condúcenos allá, si aliados somos,
ó como presos llévanos en rehenes!» 104.

¡De ese modo Cortés la paz quería....
que Trascala viniérale á implorar,
que como único jefe de las fuerzas,
marchase á Montezuma á derrocar;
así al pueblo y senado,
obsequioso y contento despidió,
prometiéndoles:—dar en el instante
la orden de partir á su legión.—

Pero de Montezuma los enviados,
en su misión al verse desairados,
expusieron:—que se iban á marchar;—
pidiéndole á Cortés:—que decidiera
cuanto antes contestar.
Pero Cortés les dijo: «Mi respuesta
debe á vuestro señor satisfacer;
esperad, que la acuerde con mis jefes,
y al entrar en Tlascala os la daré.»
Y los pobres enviados
quedaron despachados,
sin saber qué decirle ni qué hacer.

Del alba apenas las primeras luces
comiénzanse á esparcir,
y del cristiano campo alegres dianas
anuncian que á Tlascala va á partir,
cuando *quinientos* ágiles tamanes
allí vénce llegar
por el senado enviados,
para todo el bagaje trasportar.

Y en orden, bien formado
en compacto escuadrón,
salió todo el ejército, confiado,
mas siempre en precaución,
llevando á retaguardia
sus *primeros aliados* en montón;
y tal de los labriegos, que salían
fué el modo de correr, gritar, venir,
que tuvo que exclamar doña Marina:
«¡También este es su modo de aplaudir!»

Del cerro de Tompátcb, en verde falda
se alzaba un torreón,
cuyas ruinas indican al viajero,
que el valor castellano allí triunfó;
y un momento antes de ponerse en marcha
la pequeña legión,
y al torreón dejar abandonado,
subió Cortés erguido y exclamó:

«A este torreón pongamos
la torre de la Victoria,
porque no es cosa ilusoria
el que á Tlascala marchemos,
y por aliada llevemos,
al tirano á derrocar.
¡Ya no se puede sacar
esa antes falsa premisa,
que es solo cosa de risa
ir á Méjico y triunfar!»

Y en adelante la historia
el viejo nombre olvidó,
y á ese torreón llamó
la torre de la Victoria.

Un joven oficial, llamado Vargas,
al año de casado en el Ferrol,
á su querida esposa
de una manera trágica perdió:
á Cuba parte, de pesar transido,
á su patria á servir ese español,
ú olvidado morir en tierra extraña,
y sigue de Cortés la expedición;
empero en vez de disipar el tiempo,
más profundo acrecía su dolor;
y al punto de partir para Tlascala,
loco al amanecer se suicidó.
Y cuentan los soldados, que de noche
vagaba de las chozas en redor;
y que antes de morir y delirante,
con plañidero acento así exclamó:

«Dicen que por la noche los espíritus
vienen, vagan, sollozan y tristísimos,
entre las sombras buscan su otro sér:
la imágen yo también busco solícito

del angel bendecido del Altísimo,
en esta vida, en forma de mujer.

Vago y la busco entre los blandos zéfiros,
del bosque umbroso entre los ecos lánguidos,
y la pálida luna al contemplar:
imagino á lo lejos verla, extática....
mi sangre corre cual volcán ignífero...
pero todo es delirio y nada más!

En fin rendido, ciérranse mis párpados,
y entre visiones de celajes célicos,
mi oído escucha su amorosa voz:
«Yo soy,—me dice,—con afán buscábate
por tierra y mares, al dejar los ámbitos,
porque eres siempre mi primer amor!»

«Si siempre soy tu amor, entonces llévame
allá do mores en masión idénica,
porque no puedo, nó, vivir sin tí.»
«¡Eres solo materia y yo ya espíritu!»
triste murmura y desparece alíjera....
«¡Ya su senda sé yo, vóila á seguir!»

Acaso este suicida, un pobre loco
era en tales momentos,
ó una alma poética y tiernísima,
cansada de vagar?
¡Cada uno, según sus sentimientos
así le juzgará!

XXX

1519

La ciudad de *Tlascala*,—cuyo nombre
tambien era extensivo á la provincia,—
dividida se hallaba *en cuatro barrios*,
con especial jurisdicción y entradas: 105
cada barrio mandábalo un cacique,
cuya herencia á los suyos trasmitía,
por ser de *sus primeros fundadores;*
y estos cuatro señores al senado,
donde acudían en asuntos graves,
en todo lo político acataban.

Esta antigua ciudad, que entonces era
de las más populosas é importantes,
que en la tendida mesa se veían,
en su centro tenía una gran plaza,
donde *cada semana* los vecinos,
mercaderes, viajeros, comerciantes,
y los de ese distrito labradores,
sus productos, industrias y artefactos
á vender ó comprar se presentaban.

De *ladrillo ó adobe* y *cal* y *canto*
sus casas eran y *de solo un piso*,
con *bajos corredores*, y en la entrada
en vez de puerta ribeteada estera,
con *colgajos de cobre*, y con su ruido,
de campanilla ó llamador servían.

Su rica alfarería Pedro Mártir,
en su usado latín, mucho pondera;
y sus tiendas y casas para baños
de agua caliente y natural, revelan
cuánto iba progresando aquel imperio,
como la educación en sus escuelas
y la vida social y sus costumbres.

Sobre *cuatro contiguas eminencias*
la ciudad encontrábase fundada;
y sus angostas calles y torcidas,
corrigiendo del suelo la aspereza;
cómodas eran, limpias y cuidadas.

Y cabe á esta ciudad, *hoy tristes ruinas*,
el riachuelo *Zahútl* por cumbre y falda
corría, entre colinas, turbulento: 106
y la escarpada sierra de Tlascala,
extendiendo sus brazos al Sud Este,
de la *Malinche* su gigante cerro,
coronado ostentaba y deslumbrante
con su diadema de fulgente plata;
y en sus fragosas faldas se veían
encinas y soberbios sicomoros,
de colosales troncos y desnudos
por los ráudos aludes y torrentes,
que apiñadas las nubes del Atlántico
formaban en las cimas, y el estío
entre verdes llanuras esparcía:
y aunque allí estrepitosas tempestades,
desde su base estremecer hicieran
de la ciudad endebles edificios,
no por eso los bravos trascaltecas
aquellas fuerzas de acrecer dejaban,

que morales y físicas se adquieren
en las colinas y risueños valles,
al arrancar con el sudor del rostro
al suelo vírgen el sustento diario:
sobrio y laborioso en las campiñas,
andaz en las montañas y sufrido,
en su tranquilo hogar, dulce, afectuoso,
de honrados tratos y costumbres puras,
y su cuerpo formado á la intemperie,
é inspirado en el santo patriotismo,
que inculca en todo sér perenne lucha,
al defender su hogar é independencia....
tal de aquellas montañas era el hijo,
y tal de aquellas selvas era el pueblo,
que alióse al castellano denodado,
para dar cima á la gigante empresa!

Hallábase el cristiano campamento
como *á unas seis leguas* de Trascala,
en cuya entrada levantóse un puente,
según la tradición, entre dos cuestas;
para que fácilmente y sin rodeos,
por él entrase la española tropa. 107

Los frentes de las casas festonados
de cintas y de flores: y en las plazas
y boca calles elegantes arcos
de madreselvas, rosas y jazmines;
y el agolpado pueblo, en regocijo,
con músicas y cantos esperaba
que la legión cristiana se avistase;
la que siendo en su tránsito acogida
con aplauso y contento en las aldeas,
presentóse á la vista de Tlascala;
veintitres de Septiembre á medio día,
y cuyo aniversario aún celebran
los hijos de esa tierra, con orgullo.

Salieron los nobles, los mozos y chicos,
alegres bailando,
corriendo y cantando, y en gran procesión:
y van las mujeres, llevando en sus faldas
los ramos de flores, coronas, guirnaldas,
que brindan y arrojan á cada español.

Y los sacerdotes *de túnicas blancas*,
con sus incensarios de *rico metal*,
perfuman y ocultan á los capitanes
en nubes fragantes de incienso nopal:
y triángulos, flautas, clarines, tambores
de los invasores,
cubiertos de flores,
prosiguen tocando su marcha triunfal.

De viejas y chicos
se ven coronados
los altos terrados,
formando un piñón;
y es tal el gentío,
que marchan apenas,
las calles ya llenas.
gentío y legión. 108

Por las principales calles
de la animada ciudad,
siguió marchando el gentío.
hasta que pudo llegar
á la conocida casa
del ciego Jicotencal,
en donde Cortés se apea
de su vistoso alazán,
y va con sus capitanes
hidalgamente á abrazar
á ese venerable viejo
de prestigio sin igual,
como patriota y profeta
por su experiencia y edad;
y el ciego tambien abraza
al hidalgo capitán,
y sus lágrimas demuestran
con cuánto gozo la paz
acepta toda Tlascala,
y honrada cree su ciudad.

Dióse á Cortés y sus jefes
un gran banquete oficial,
con el que senado y pueblo
quisiéronles obsequiar;
y luego *cada cacique*,
en su distrito especial,
diéronles otro tambien,
brindándoles á cual más,
ricas ropas y algún oro
y gran hospitalidad:
dióse á Cortés por asilo
la gran plaza principal,
con su cuartel y tres patios,
do pudiéronse alojar
la legión y los bagajes
con toda comodidad;
é hizo Cortés á su lado
la embajada colocar,
para que nadie intentase
inflinjirla ningún mal.

Pasados *los cuatro dias*,
en que á Cortés se obsequió
con banquetes y otras fiestas,
su desengaño y temor

revelando la embajada,
despacharla al fin pensó,
exponiéndola: —que enviado
de una divina región,
en toda Anáhuac quería
que resonase su voz,
ora su paz aceptando,
ora rendida al rigor;
y como ya esa ciudad
rindiósele á discreción,
dijéranle á Motezuma,
de aquel imperio señor,
que sometida Tlascala
al castellano pendón,
su objeto era reducirla
de Anáhuac al emperador,
rindiéndole en adelante
la debida sumisión;
mas para ello era preciso,
quisiera el monarca ó nó,
que hasta Méjico llegase
su providencial legión;
porque de cualquier manera,
como digno hijo del sol,
cumplir de su rey debía
la terminante misión.—

Y la embajada, aterrada,
al oir al invasor
hablar con tanta arrogancia,
su ánimo todo perdió,
como el triste moribundo
á los piés del confesor:
é hizo Cortés escoltarla
hasta su jurisdicción
por soldados trascaltecas,
que á Jicotancal pidió,
para que libre se viera
de cualquier provocación.

Al observar el senado
que las fuerzas de Cortés
armadas solo salian
y en grupos de su cuartel,
encargó á Magiscatzin,
para que fuérala á ver,
y en su nombre preguntara:
—¿si creía que infiel
pudiera serle Tlascala
cuando rendida, y después
de tantas demostraciones,
no cesaba él de tener
á sus guerreros armados,
cual si dudase tal vez
de la amistad, que allí todos
hacíanle conocer?—
Y hábilmente disculpóse,
contestándole Cortés:
—que era obligación entre ellos,
por mandato de la ley,
el llevar siempre sus armas
al salir de su cuartel;
no obstante estar persuadido
del aprecio y buena fé
de todo aquel vecindario,
con cuyo auxilio y sostén
á Méjico marcharia
para el tirano vencer.—

Al senado satisfizo
y á todo el pueblo tambien
tal respuesta, que halagaba
su amor propio y candidez.
Y el mismo Magiscatzin,
que en sus mocedades fué
de esa provincia caudillo,
no solo sintió placer
en escuchar tal respuesta,
síno admirando la ley,
procuró entre sus legiones
introducirla también.

En cuanto estuvo instalado
el campamento español,
preparóse una capilla
en un extenso salón;
hízose un altar con gradas,
do la Cruz del Redentor
y una imágen de la Virgen,
con salmos, misa y sermón
brevemente inauguraron;
y esta noticia cundió
por todo aquel vecindario,
que lleno de admiración
á ver la misa acudía
diariamente y sin temor,
de lo que Cortés dedujo
en su fé y exaltación,
que fácilmente podría,
como presto lo intentó,
implantar en ese pueblo
la doctrina de su Dios;
pero allí, como en Zempoalla,
gran resistencia encontró;
aunque el pueblo se admirase,
sin darse de ello razón,
de que esos extraños dioses
ú hombres de gran valor,

sobre un *cruzado madero*
y un tapado muñecón
su altiva frente inclinasen,
en vez de erguirla hacia el sol.

Como en la blanda cera ó duro mármol,
su primitiva forma hasta perder,
impresas quedan del buril las huellas,
así en el corazón de la niñez
grábanse los primeros sentimientos,
que nos dió nuestra madre en el hogar....
gratísimos recuerdos é impresiones,
que por dicha, no olvídanse jamás!

Por errónea que sea nuestra creencia,
¿cómo es dable á ninguno suponer,
que de súbito pueda un hombre digno;
de sus costumbres, religión y ley,
—ya en su sangre y su vida inoculados,—
como autómata mísero adjurar,
sin que antes, preparado y convencido,
clara vea la luz de la verdad?

Los mártires de todas religiones,
¿no han hecho acaso y aún nos hacen ver,
que por rigor no pueden imponerse
á las naciones la virtud ni fé?

Solo Hernán Cortés, fanatizado,
—por la idea que en su época cundió,
y una alma ardiente y llena de heroísmo,—
podía persistir en tal error;
y esas de Cozumél y de Zempoalla
aun recientes lecciones olvidar:
y aunque él fué allí el génio de la guerra,
triunfó de Olmedo *la razón sagaz*.

Al digno fray Olmedo secundaron
Alvarado y Velazquez de Leon,
con prudentes razones y consejos,
y Cortés de su empeño desistió.

La violencia exacerba las pasiones,
como una injuria engendra odio mortal.
Convenced á los pueblos con razones,
si queréis los errores estirpar:
dadles educación, moral y ejemplo,
virtudes, sabias leyes, libertad,
y entonces, bendiciendo vuestro nombre,
los pueblos, con amor, os seguirán!

XXXI

1519

Aunque que hubo al fin cedido Cortés de sus proyectos
de hacer por ese entonces la ansiada conversión,
consigue que los presos, que estaban destinados
al cruento sacrificio, obtengan el perdón;
y cual si gran victoria lograra decisiva,
palpita alborozado su noble corazón.

También se le permite, tan sólo al insinuarlo,
sin que el senado ó pueblo hiciera oposición,
que erija en la gran plaza la cruz de Jesucristo,
donde iba diariamente su mística legión
á oir á fray Olmedo palabras de consuelo,
políticas arengas y plática ó sermón.

Y cada nuevo día sentíanse atraídos
los pobres tlascaltecas ante esa religión
de cantos y de ofrendas é insólitos misterios;
y aquella cruz *miraban con gran veneración,*
como si presintieran que ya ellos y sus hijos
debieran adorarla de Anáhua en la región.

Como en moderno estilo se diría:
—que ante tal tolerancia religiosa,
la libertad de cultos existía,—
no trepidó Cortés que se aceptasen
seis hermosas doncellas, que sus déudos,
de Tlascala honorables veteranos,
por amigas querían que tomasen
algunos capitanes castellanos;
para que así sus nietos
á la Tlascala independiente honrasen.
y fueran las guerreros más completos
que en la orgullosa Anáhuac descollasen;
y para que esa alianza
de mutuos intereses y ya instable,
por la sangre ligada y la confianza,
más recíproca fuese y perdurable.

Para extirpar las huellas
del primitivo edénico pecado,
se bautizaron á las *seis doncellas,*

y asi quedó el convenio celebrado.
Con grandes ceremonias practicóse
la fiesta aparatosa,
para que impresionada se quedase
la gente, que asistía, presurosa,
y tal solemnidad la deslumbrase.

Ricamente ataviadas
veíanse alegres á las *seis doncellas*,
de sus tiernas familias rodeadas,
distinguiéndose entre ellas,
como esbelta princesa pudorosa,
por su más lujo y general aprecio,
del buen Jicotencal la *hija donosa*;
de oro y perlas su escudo esclarecido
en su seno llevaba por divisa:
y el padre, conmovido,
llevando con su mano temblorosa
á la llamada *Luisa*,
presentóla á don Pedro de Alvarado:
era la más hermosa;
y el brillo de sus ojos celebrado
y angélica sonrisa,
al capitán dejaron extasiado,
y de la bella dádiva orgulloso;
y con la descendencia
de este insigne guerrero valeroso
y la hija de Anáhuac, sin mancilla,
á honra emparentaron
las más ilustres casas de Castilla.

Y como era Alvarado,
en toda la provincia de Tlascala
el guerrero español más celebrado,
por su trato jovial, noble apostura,
doradas barbas, largas y brillantes
y luciente armadura,
Tonátiuh, que era el sol, le apellidaron;
y *Malinche* á Cortés y la Marina,
cuyos nombres *por siempre* conservaron.
Y á Cortés se entregaron,
con el fin que su idioma conociesen;
unas trescientas jóvenes precoces,
que á la Maliche célebre sirviesen. 109

Y de cercanos pueblos y distritos
llegaban comisiones á Cortés,
implorando su alianza y ofreciendo
el seguirle hasta Méjico también.

Y el tezcucano Ixtlilnóchitl,
de medio estado señor,
presuroso al castellano
su ayuda ofrecer mandó;
—si después que destronase
al avaro emperador,
devolvíale los pueblos,
que el hermano le usurpó.—

Tan lisonjera propuesta
y tan valiosa adhesión,
en mucho tuvo Cortés,
y complacido aceptó,
cual otra ayuda del cielo,
otorgada á su favor;
y observando claramente
la anarquía y desunión
y dispersos elementos,
que en el imperio encontró,
supo con tino explotar
tan enconada excisión. 110

Llega con suntuosas dádivas,
sumisa y apresurada
á Tlascala otra embajada
del tímido emperador:
sus concesiones y súplicas
al capitán castellano,
manifiestan, ya de plano,
que domínale el temor.

—Condesciende que hasta Méjico,
si en la rebelde *Tlascala*
como aliado no se instala,
con su legión pueda entrar;
y su amistad ofreciéndole,
le previene y estimula
á que descanse en *Cholula*,
donde hallará grato hogar.—

Y otros nuevos regalos y valiosos
de trajes, oro y plata
y en regia profusión,
presentan esos indios ostentosos
al célebre español.

Y añade la embajada:
—que hállase ya en estado esa ciudad
para que haga su entrada
dignamente y con gran solemnidad.—

«¿Y si es así, como es,
—replica al punto Cortés,—
que habiendo entrado hasta aquí
el más pobre embajador
de todo este alrededor,
al de Cholula no ví?»

«Es porque viene en camino

y muy pronto va á llegar,»
repuso un noble ladino,
que rápido en contestar
su sorpresa disimula;
y envió al instante á Cholula
una embajada á buscar.

Se ve á los tlascaltecas
absortos, cabizbajos,
reunidos en montón;
cual tristes hojas secas,
que arrastra entre cascajos,
omnímodo turbión.

Mas no pueden desconfiar,
de que llegase á faltar
ese guerrero gentil
á su palabra empeñada;
ni que de aquella embajada,
que le exije traición vil,
las asechanzas no viese;
y sólo á ellos creyese
al írselo así á advertir;
y corren pueblo y senado
al capitán celebrado
á suplicar y decir:

«No por ricos obsequios deslumbrado,
ni por dulces palabras de un traidor,
de aquí te alejes y á Cholula vayas,
porque allí la traición te preparó!

Es un pueblo Cholula de cobardes,
de hipócritas y avaros, sin lealtad;
mercaderes son todos y serviles....
vanas son sus promesas de amistad!

Allí quiere llevarte Motezuma,
cercarte de su ejército después;
porque sabe muy bien que en este pueblo,
jamás ni nunca te podrá vencer!

Y si á Méjico partes, decidido,
evita enégico en Cholula entrar,
pues por tal que te falte el alimento,
talar á esa provincia mandará,

Y no te apiades, no, de ese tirano....
de ese mal rey de duro corazón....
con su avaricia desmedida tiene
empobrecido á todo labrador!»

«En su torpe avaricia....
en esto más que en nada yo reparo,
—repúsoles Cortés;—
porque en verdad, *es raro,*
que él miserable avaro,
no sea hombre también de mala fe;
y cuanto más edad y oro acumula,
son sus ruines afanes más prolijos....
y hasta se priva, imbécil, del placer
del dulce hogar y cariñosos hijos,
y una tierna mujer,
por no darles.... *palabras de consuelo*
ni un pan de que comer;
y en su abyección, se arrastra por el suelo!
Porqne todo avariento,
no sólo es un jumento,
sino un ser insensible y degradado....
por eso el hombre honrado
y de alma generosa,
con repulsión le mira y le desprecia,
como á reptil de baba ponzoñosa,
Y por eso yo siempre he desconfiado
del imbécil avaro y usurero,
y mi justo desdén le he demostrado.
Voy en consejo á congregar mis jefes
y la oferta á tratar de Motezuma,
y os diré nuestro acuerdo, sin rodeo».

(Y yo, el autor, dejando aquí la pluma,
recorro un diario de mi mesa y veo....
Granada al gran Zorrilla ha coronado.
Deténgome y lo leo;
y después que un momento he meditado,
me parece *un sarcasmo y fiesta fatua,*
y carencia total de buen sentido,
el que tal hecho se haya consumado,
cuando España á Espronceda no ha erigido
ni una mezquina estatua;
porque *El Patriota griego y su Teresa*
valen por todo cuanto
pueda escribir Zorrilla, hasta su huesa....
incluyendo sus cantos á Granada.
Y como tal lo creo, así lo digo,
aunque esta mi opinión no valga nada....
¡cuestión de apr ciaciones!
Y mi historia prosigo.) 111.
Una gente subalterna,
de Cholula en comisión
á invitar para ese pueblo
á Cortés se presentó:
y los buenos tlascaltecas
hácenle al punto notar;
—que aquellos embajadores
no eran *gente principal.* —

Y Cortés, hasta indignado
por la falta de atención,
con los mismos tlascaltecas
el arrojarles mandó,

previniendo á su gobierno:
—que rehusaba su amistad,
y por rebelde tendría,
sino tornaba á mandar
á que su alianza implorase,
una digna comisión,
cual mandáronle los pueblos
de todo ese alrededor.—
Y presurosa Cholula,
cual debía procedió,
pidiéndole mil disculpas
por su involuntario error.

Y Cortés congregó á sus oficiales,
y todos opinando como él,
convínose:—en alzar el campamento,
y cualquier asechanza soprender;
y desde allí el camino rectamente
á Cholula tomar;
y aliados ó lidiando,
entrar y someter á la ciudad;
porque de lo contrario,
sería á toda Anáhuac demostrar,
perdiendo su prestigio,
que los hijos del sol,
sentían cierto miedo al acercarse
ante aquel tan temido emperador.—

Y estas razones expuso
Cortés á Magiscatzín,
quien como hombre inteligente
y de espíritu viril,
la situación comprendía
del famoso paladín,
al que admira por su arrojo
y acertado discurrir.

«Pues vayamos á Cholula,
—díjole ese jefe fiel,
con arranque generoso;—
de Tlascala llevareis
sus más floridas legiones....
yo las conozco y bien sé
que triunfarán á tu lado
ó que sabrán perecer!»

Pero Cortés, siempre astuto,
no quízole demostrar,
si sus huestes aceptaba,
para más seguridad;
pero con buenas palabras,
como quien se hace rogar,
agradeciendo la oferta,
porque no estaba de más,
díjole:—que si llegaba
de ellas á necesitar,
mandaría, como aliado,
á pedírselas quizá;
aunque su divina Cruz
para en la guerra triunfar
de millares de legiones,
no le abandonó jamás.—

Después de trascurridas *seis semanas*
de su entrada en Tlascala, con la pompa
que el hombre Dios entró en Jerusalem,
para el *siguiente día*
la nueva marcha señaló Cortés;
y la cristiana hueste su alegría
con entusiastas vivas dejó ver;
más tristes y callados,
de esos vivas testigos
los buenos indios de Tlascala amigos,
sentían ver partir
á esos audaces hombres, que querían,
y á quienes ya los vínculos unían
de afecto y sangre allí.

Las trasparentes nubes del poniente
su encendido color palidecían,
y las lijeras sombras de la tarde,
cundiendo tristemente,
las altas cumbres frígidas cubrían.
Y como era la víspera de marcha,
fué temprano el soldado
ganando complacido el campamento,
como también los indios zempoaltecas,
para echar su postrer sueño en poblado,
tan largo y descansado,
como el del viejo fraile en su convento.

Y de la lumbre en redor,
en su guitarra quebrada,
alegre jóven cantor,
improvisó esta chuscada:

«Cuando tus grandes ojos,
color de caramelo,
me miran, bella niña....
siento que voy al cielo».

Y otro con sorna replica,
desde un oculto rincón,
para amenizar la fiesta,
con medio enflautada voz:

«Al hombre sin vergüenza,
que tiene mujer bella
y es algo *sans façon*,

nunca le falta renta,
y créese....un gran señor.»

De la lumbre en derredor,
en su vihuela abollada,
otro más tierno cantor,
de una india, Laura llamada,
y por todos celebrada,
lamentó así el desamor:

«Como en aurífera nube
la súplica del querube
hasta el trono de Dios sube,
suba tambien de mi voz
la súplica enternecida
hasta tí, Laura querida,
que eres vida de mi vida,
que eres ¡ay! Laura, mi Dios!

Y en las perfumadas salas,
con tu mirar y tus galas,
deslumbrarás á los grandes,
como orgulloso, en los Andes,
extiende el cóndor sus alas!

Y te digo, ya al fin, entre sonrojos,
que te veo en mis sueños y en el áura,
y en la luna y sus pálidos destellos;
y el sol siento en el brillo de tus ojos,
la brisa acariciando tus cabellos.
¡Ah, sí! Tú eres, mi Laura,
la vírgen celestial de mis amores,
que aérea, vagorosa,
mora el verjel de perfumadas flores,
cual tierna mariposa
se apasiona del sol á los fulgores,
viendo al sér de su ser de rosa en rosa!

Mi Laura....bella Laura,
ten de mí compasión....tu beso ardiente
quemó voraz mi marchitada frente!
Ante tu amor divino,
salir creo del mundo y de su lodo;
porque eres tú el sol de mi destino....
mi bien, mi Dios, mi todo!

El brillo de tus ojos me enloquece,
oh vírgen de los Andes, peregrina....
si tu amor me engrandece,
tu desden me anonada y me fascina!
Mi amor es indecible,
fatal, irresistible....
tierna mitiga con tu amor mi suerte....
ó piadosa, ya al fin, venga la muerte!

Bella virgen de los Andes,
ricos encajes de Flandes
y perlas, joyas y galas
pongan á tus piés los grandes....
mas guárdame los ardores
de tus ojos brilladores
y tus virginales alas!

¡Adios, canciones y amores....
adios las miles de Lauras,
cuyos ojos brilladores
son del alma ardiente luz....!
Ya nos impelen las áuras
de las cumbres y los llanos
á llevar, como cristianos,
hasta Méjico la Cruz!»

Y á silencio el clarín tocando luego,
con su acento sutíl é imperativo,
el canto cesa al rededor del fuego...
cada mochuelo se ganó á su olivo.

XXXII

1519

Su postrimero brillo,
haciendo las estrellas titilar,
la luz del alba apenas,
en el opaco Oriente
comienza débilmente
entre pálidas nubes á asomar,
cuando el toque de diana
en el cuartel empieza á resonar,
como de exacto horario
la esperada señal;
y de Tlascala todo el vecindario
á esta señal se pone en movimiento....
la hueste de Cortés ya va á partir;
y de acompañamiento

el pueblo agradecido de Tlascala,
comiénzale á seguir.

Pero si á recibirle antes alegres
salieron el gentío y el senado,
hora tristes, con muestras de dolor,
largo espacio anduvieron, hasta darse
el pueblo y hueste el cariñoso adios.

Y despidiéndose al fin
con abrazo fraternal
el conquistador Cortés
del recto Magiscatzin
y los dos Jicotencal,
le preguntan estos tres,
con visible candidez:
«Fiel á nuestra lealtad
será siempre tu amistad»?

«¡Siempre, sí! Y no os asombre,
—replicóles Cortés, enternecido,—
que serlo debe el hombre
que se precia de honrado y bien nacido;
y espero yo morir, sin que á mi nombre
manchas ningunas arrojarse puedan....
¡los hombres pasan, mas los hechos quedan!»

Y siguió al alejarse, murmurando,
poseído de un noble sentimiento,
y aquel nuevo hemisferio contemplando:
—¡Yo no á mi prole dejaré riqueza,
ni de esta tierra, que conquisto, el oro....
sinó nombre y honor, gloria y decoro,
que son la sola y la mejor nobleza,
pues no es, no, la virtud *cosa ilusoria*...
deja indeleble *el premio ó el castigo*,
en sus severas páginas la historia;
y sea el mundo todo buen testigo,
que no anhelo riquezas.... *quiero gloria!*—
Y su alma enternecida,
al traer á la memoria
de su honorable hogar dignas ideas,
se siente enardecida,
y digno créese de dejar su nombre
en ese medio mundo vinculado,
despues que sus hazañas
lo hubiesen conquistado.

Y su mirada dirigiendo al monte,
ve de arqueros cubierto
ese extendido y próximo horizonte,
que poco hacía hallábase desierto,
do míranse formadas
numerosas legiones,
con sus banderas *de águilas bordadas*,
sus diversas insignias *con sus leones*,
y sus múltiples trages especiales:
y allí al encuentro de Cortés salieron
de esos cuerpos algunos oficiales,
y haciendo un gran saludo le dijeron:

«Gran Malinche, aquí nosotros
tus órdenes esperamos,
para que unidos vayamos
con tus fuerzas á lidiar,
y obedeciéndote en todo
como á nuestro fiel aliado,
nuestro supremo senado
nos acaba de mandar.»

Ante tanta abnegación
de lealtad y de honradez,
con gozo sintió Cortés
palpitar su corazón.
Y ya no llegó á dudar,
que con la fuerza guerrera
de toda Tlascala entera,
podría siempre contar.

Y Hernán Cortés, afectuoso,
replicó á los oficiales:
«Sé muy bien que sois leales;
pero os debo prevenir,
que no preciso más tropas,
según mi trazado plan,
pues las mías bastarán.
Idlo al senado á decir.»

Y con la frente inclinada,
cada oficial exclamó:
«Eso no podemos, nó,
que la orden es sagrada.
Del senado hay que cumplir
lo que nos manda el deber:
debémosle obedecer,
y á tus soldados seguir».

No insistió más, concediendo
que unos grupos le siguiesen,
para que no presumiesen
su negativa, altivez.
Y entónces se desprendieron
de á mil hombres seis legiones,
tremolando sus pendones,
y siguiendo el de Cortés. 112

Así Cortés complugo á sus aliados,
y libróse de ir con esas huestes,
que harían retardar sus movimientos,
haciéndolos más largos y pesados
en críticos momentos.

De esa época la historia
refiérenos *un hecho milagroso:*
Cortés, de Tlascala al alejarse,
al vecindario, encarga, cauteloso,
cuando en pos le seguía silencioso:
—que cuidase la Cruz hasta su vuelta;
porque la gracia de su Dios le daba
para hacerle triunfar de su adversario,
y en todos los peligros le amparaba.—

Y á la plaza regresa el vecindario,
y con asombro mira,
que del cielo desciende una áurea nube,
cual opalada pira.
y á la cruz rodeando. baja y sube,
en perfumes la envuelve,
y luego se retira;
pero ígnea á descender rápida vuelve,
y con sus nuevos rayos de topacio
y colores *de luz desconocida*,
parece, que al perderse en el espacio,
diera á ese leño animación y vida. 113

Y sin moverse, allí sobrecojidos,
entre el temor y admiración quedaron
los indios confundidos;
y así *de vez en cuando* aquel prodigio,
que por todo el Anáhuac se esparcía,
el pueblo en torno de la Cruz veía,
y la Cruz aumentaba su prestigio;
y todo el pueblo más se complacía
al ver ese milagro,
doblando reverente la rodilla,
á imitación de la guerrera hueste,
al contemplar tan grande maravilla.

Sus dioses parecía que olvidaban,
porque ni antes ni ahora
hacer tales milagros alcanzaban;
y más que de sus ídolos y templos,
de *la Cruz milagrosa* se cuidaban.

Al fin los sacerdotes,—alarmados
de esos nuevos sacrílegos ejemplos,
y viendo que esa adoración cundía,—
en las oscuras noches intentaron
el arrancar la cruz; pero corridos,
erizadas sus greñas, confundidos,
á sus templos entraron,
y en su rostro el pavor se traslucía;
y á decir á los otros se negaron
lo que les sucedía;
y de su vano empeño desistieron,
y el poder de sus dioses,
ante esa Cruz, en menos ya tuvieron.

Por un trayecto árido y montuoso
á sus guías siguieron,
decididos marchando los cristianos,
y á la vanguardia sus aliados indios,
hasta los bellos, extendidos llanos,
que *á más de seis mil piés* del mar de altura
á Cholula rodeaban,
cubiertos siempre de feraz verdura,
y do el maíz, pimiento,
el maguey, cactus y otros cien productos
revisten de hermosura
y virginal contento:
y todas las llanuras cultivadas,
y de jardines y contiguas chozas
veíanse pobladas:
y continuados ríos y riachuelos
cortan los campos, plácidos serpean,
como tiernos gemelos
sobre suave alfombrado juguetean. 114

Ocultábase el sol en Occidente
tras celaje sombrío,
que en torno se extendía;
y de la marcha la cansada gente,
hizo su campamento *junto á un río*,
que cerca se encontraba,
y del que ya á Cholula se veía,
pues de Tlascala *seis leguas* distaba.

A los pocos instantes
en el cristiano campo aparecieron
varios nobles, caciques y señores:
mil reverencias á Cortés hicieron,
y abundantes regalos y manjares
á nombre de Cholula presentaron,
diciendo:—que esperaba alborozada
de ese llegado ejército famoso,
la muy honrosa entrada.—

Y con sorpresa el español veía,
que un valioso albornoz con hilo de oro,
semejante al usado por el moro,
á esos nobles cubría,
los que al ver á las tropas tlascaltecas,
no reprimir pudieran
el profundo disgusto que sintieron,
discurriendo en su grupo y accionando;
y Cortés sorprendido y sus amigos,
creyendo que estuviesen maquinando
hicieron que Marina
de nuevo á la embajada interrogase,
y terminantemente y en el acto
sus planes y secretos expresase.

Y contestó la embajada:

—que por órden de su rey,
á la gente sublevada
no podía darse entrada,
donde alcanzaba su ley.

Que esto Cortés entendiese
para darles la razón;
y por tanto, que impidiese
que á la rebelde legión
franca entrada se le diese.

Aunque era mejor mandase,
como medida eficaz,
que á su tierra regresase,
para que no se turbase
aquella mansión de paz.—

Parecióle á Cortés esta demanda
no fuera de razón,
y á sus buenos amigos y oficiales
el punto consultó:
—que era prudente, todos opinaron:
el no á los de Cholula disgustar,
y que los tlascaltecas se quedasen
fuera de la ciudad;
pues aun cuando en Cholula se intentara
quererles sorprender,
estando, como estaban, prevenidos,
no había que temer.—

Quedando así acordado,
fueron Olid y Pedro de Alvarado
á informar á la hueste tlascalteca
de tal resolución,
y decirla:—que si ellos, en Cholula
observaban un acto de traición,
al momento Cortés la llamaría
para entrar á saqueo y discreción.—
Mas los buenos aliados respondieron:
—que escusasen el dar explicaciones,
pues venían tan solo á obedecer,
y á cumplir los mandatos é instrucciones
de la sabiduría de Cortés.—

Y á repetir volvieron,
con toda convicción:
—que de ese pueblo falso no se fiasen,
porque era muy cobarde y más traidor.—

Y al decirles después el padre Olmedo:
—que tal cosa Cholula hubo pedido
para no disgustar al soberano;—
supuso el tlascalteca fuese el miedo
que ocultaba Cholula, y le temía;
y cada cual quedóse muy ufano!

Comunicó Cortés á aquellos nobles:
—que solos entrarían;
porque los tlascaltecas acampados
del pueblo en las afueras quedarían.—
á Cortés abrazaron,
presumiendo su triunfo conseguido,
como feliz augurio de su enredo;
y tan envanecidos se quedaron,
como los tlascaltecas
creyeron en Cholula infundir miedo.
Y los contentos nobles se marcharon.

Así el amor propio engaña
á los sabios é ignorantes,
á grandes y mendigantes,
hasta al indio en su cabaña;
y todos viven contentos,
que la esperanza é ilusión
siempre son del corazón
arrulladores acentos!

Y por dicha, el despertar
y del engaño salir,
solo se siente llegar....
cuando uno ya va á morir!

XXXIII

1519

En *la mesa* la célebre Cholula,
capital del distrito se asentaba,
de Méjico distante *veinte leguas*
hacia el Sud Oeste, del Anáhua entonces
de las más florecientes y pobladas,
y *veinte mil vecinos* contendría,
con buenas casas, numerosos templos;
y con Valladolid la compararon
esos heróicos, incansables hombres,
que entre afanes, su patria recordaban. 115

De este industrioso y bello territorio
era la antigüedad desconocida,
—creyéndose anterior á los ulmecas,
y la ciudad fundada desde entonces,—
y que existió, parece, independiente,
como lo era Tlascala, hasta que luego
fuéronlo subyugando los aztecas,
y á hacer antiguas guerras le obligaron
á sus viejos amigos de Tlascala;
pero aunque era Cholula, de la mesa
por sus riquezas y artes el emporio,
con los bravos serranos no podía
de Tlascala lidiar, pues del Anáhuac
los sufridos soldados suizos eran,
quienes al verles en comercio y artes
y mecánicas obras ocupados,
afeminada gente la llamaba,
y en menos en las gnerra la tenía.

Si por su antigüedad y sus progresos
importante ciudad era Cholula,
era aun más venerada, y sus recuerdos
á religiosa tradición ligados:
fué allí, do al dirijirse hacia la costa,
el dios Quetzalcoált, quedóse un tiempo
para un mejor gobierno y nuevas leyes
inculcar en el pueblo endurecido,
y los horribles sacrificios cruentos
trocar por flores, frutas y perfumes,
cuyas nuevas ofrendas se olvidaron
al someterse luego al reino azteca;
y este segundo Cristo se supone
un génio fué, *que de morales luces*,
en esos tiempos de la noche oscura,
de ideas y progresos dejó el gérmen.

De ese dios en memoria alzóse un templo,
de competir en dimensiones digno
con las de Egipto célebres pirámides,
cuya estupenda mole todavía,
sin rival monumento en *Nueva España*,
aun contempla el viajero sorprendido. 116

En el suntuoso templo, que en la cima
alzóse de esa mole memorable,
de aquel dios *la figura se veia*,
cuyas toscas facciones y su traje
la forma daban que en la tierra tuvo;
ancho penacho *de rojizas plumas*
en torno blandamente se mecía,
de una especie de mitra en su cabeza,
y brillaba *un collar de oro en su cuello*,
de sus largas orejas los pendientes
de preciosas turquesas se ostentaban:
veíase en su diestra *un rico cetro*,
y en el izquierdo brazo *un blanco escudo*,
pintado *de alegóricas figuras*,
símbolo *del gobierno de los vientos*. 117

La santidad del templo misterioso,
su lujo y tradición, contínuas fiestas,
hicieron *la pirámide* un objeto
de gran veneración en toda Anáhuac,
desde cuyos confines más remotos
humildes peregrinos acudían,
formando la ciudad hecterogénea
y extraña población, entre sus muros,
y Hernán Cortés quedóse sorprendido
al ver que allí tal número, existiesen. 118
Cual la Roma papal era Cholula,
de la *edad media* en los cristianos tiempos,
pues no solo los pobres acudían
á aquel suntuoso templo vaticano,
sinó tambien los nobles y los ricos
sus ofrendas votivas consagraban:
pomposas procesiones, romerías,
festividades religiosas siempre,
sacrificios y mucho sacerdocio,
hacían á Cholula una otra Meca
del buen creyeute de la media luna,
ó la Jerusalen de los cristianos;
y *cuatrocientas* torres de teocállis
ostentaba orgulloso aquel recinto. 119

Por entonces ya estaban despojadas
las religiosas fiestas de los templos
del culto espiritual, que hubo implantado
la deidad tutelar, que veneraban,
manchándose las aras con la sangre
de millares de víctimas humanas.

Desde la erguida mole se veía
de pérfidas rocas al Oeste,
la extendida muralla y escarpada,
que oculta y guarda al valle mejicano,
donde el Intaccihuátl está á un extremo
y á otro Popocatéptl se descubre,
como inmóviles regias centinelas,
la encantada mansión guardando firmes;
y hacia el Oriente y á lo lejos vése
al pico de Orizaba, entre las nubes;
y más cerca la sierra de Malinche,
que envuelve, entre las sombras azuladas,
de su Tlascala los feraces valles.
De vez en cuando arrojan sus fulgores
los picos de esas cumbres colosales,
cuyos hielos jamás el sol de fuego
de los ardientes trópicos derriten.

Y la vista hacia abajo dirijiendo,
desde la erguida mole memorable,
con sus torres y techos relucientes
al bañarlos el sol, vése á Cholula,
la sagrada ciudad, y en torno de ella
ledos jardines y floridos bosques,
dulce albergue de pájaros cantores.

Las fuerzas cristianas se hallaban al frente
de aquella devota, cuidada ciudad,
y músicas, pueblo, mujeres, llevando
sus chicos en brazos, y todos cantando,
alegres comienzan su albergue á dejar.

Y arroja el gentío coronas de flores
á aquellos guerreros, que los resplandores
de escudos y petos semejan al sol;
y los sacerdotes los suaves olores
de incienso, que queman, con gran profusión;
y todos absortos tal cosa miraban,
las armas, los trajes, las barbas palpaban,
creyendo tocaban algún semi-dios.

Y más el gentío del pueblo salía,
y más tras las fuerzas cristianas corría,
asombro sintiendo y espanto á la vez;
y á esos guerreros de extraños hogares,
que en velas de nubes hendieron los mares,
montañas y tribus, sin nada temer;
y á esos dragones de crines tendidas,
que bufan, relinchan, con fiera altivez,
y músicas ledas vibrantes, sentidas,
absorto seguía, corriendo en tropel.

Y los invasores,
en medio de aquellos festejos y honores,
comienzan á entrar,
y admiran las casas, las torres y templos,
simétricas calles y aseada ciudad;
y aquel numeroso tropel de devotos,
que más bien parecen de pueblos remotos,
mendigos, que salen limosna á implorar;
y aquella estupenda, titánica mole,
que espera en su cima la Cruz, que tremole
con rayos de gloria, de amor y de paz;
y que en sus arcanos el Dios de los dioses
dé á América toda,
en mística oda
y angélicas voces,
grandeza, titanes, unión, libertad!

Los nobles y autoridades
disputábanse el honor
de obsequiar á los guerreros,
como ninguno pensó.

Quedaron los trascaltecas,
en agrupada legión,
en las afueras del pueblo,
según así se acordó;
y como aprendido habían
del vigilante español
á colocar por las noches
centinelas en redor,
también las pusieron ellos
en la primera ocasión;
porque creyendo seguían,
que era ese pueblo traidor,
á pesar de los obsequios
y lujosa recepción.

A la columna española
como cuartel se le dió
una gran plaza y un atrio,
y en la contigna extensión,
muchos grandes edificios,
donde toda se hospedó
con las fuerzas zempoaltecas,
y debida precaución;
y á caballos y armamento
una guardia vigiló.

Pero tan cordiales fueron
los nobles en su amistad,
sin dejar un solo día
los víveres de mandar,
que los hubo en el cuartel
á elección y por demás:
y tantas demostraciones
de franca hospitalidad,
á doña Marina hacía
cada mujer principal;
y tanto era el regocijo,
que existía en la ciudad,
que Cortés y sus amigos
comenzaron á durar
de la supuesta traición,
viendo que en completa paz
todo Cholulo yacía,
sin que ninguna señal
de engaño ó preparativo
nadie llegase á observar.

Mas, pasáronse los días
de contento y de solaz,
recepciones y fiestas,
y comenzó la frialdad
á irse notando en los nobles
y la gente principal,
retardando las visitas

y su anhelo de agradar;
y en sus actos y palabras
cierta oculta vaguedad
dejábanse traslucir,
sin poder disimular:
y so pretexto, que el año
para siembras fué fatal,
con escasez ya los víveres
empezaron á mandar:
y agentes de Montezuma
díscutían con afán
con los nobles y caudillos,
procurándose esquivar
de la vista de sus huéspedes,
cual si acordasen un plan.

No transición tan violenta
tras la finjida amistad
y los constantes obsequios,
Cortés pudo imaginar;
pero precavido siempre
contra la astucia falaz,
—que es innata en el salvaje,
al ver su debilidad—
en guardia al punto se puso,
cual experto militar,
sin que el salvaje notase
ninguna desigualdad.

Unos cuantos tlastaltecas,
que lograron penetrar,
fingiéndose peregrinos
por su cayado y morral,
á Cortés comunicaron:
—que fuera de la ciudad
á diez niños, en ofrenda
de sangriento oculto plan,
se habían sacrificado
en un misterioso altar:
y que al alba y por la noche,
como aquél que huyendo va,
á los chicos y mujeres
comenzaban á sacar,
estando las azoteas
y todo oculto desván
llenos de armas y de piedras,
como olas tiene la mar;
y que abundantes partidas
vagaban de aztecas ya,
para auxiliar á Cholula
á la primera señal;
y pronto conocería
por todo esto y algo más,
si la gente de Tlascala
díjole ó nó la verdad.—

En el cuartel castellano
en seguida vióse entrar
á una india bella y esposa
de un cacique principal,
la que convidó á Marina
á salir á pasear,
pues sus gracias la inspiraban
un cariño fraternal,
y creíala infelice
al lado del capitán;
y después que regresaron,
hízola en su casa entrar,
y este diálogo tuvieron,
procurando cada cual,
con femenil artificio,
la mejor parte sacar,
y una de otro el inquirir
la secreta voluntad.

«Dime, Malinche querida,
en tus silenciosas horas,
cuando por tu patria imploras,
en tristeza sumergida,
¿no echas de menos la vida
de tu plácida niñez?
¿Cómo puedes, sin doblez,
el áspero ceño fiero
soportar de ese extranjero
y su orgullosa altivez?

El puro sol, el ambiente...
las delicias del hogar,
cuanto la vida hace amar,
¿no estrañas, entre esa gente?
¡Cómo tu pálida frente
revela tu situación!
Siguiendo á esa legión,
do un cacique te ha arrojado,
¿ya ese hombre te ha fascinado...
le amas de corazón?»

«¡Sólo sé sufrir... callar...
y mi pena reconcentro:
al que debo amar no encuentro,
ni piénsole ya encontrar!
Yo no sé lo que es amar,
sino sufrir... padecer,
seguirle y obedecer,
pues mi contrario destino
á él ligóme en su camino...
y su esclava debo ser!»

«¿No le amas entonces, dí,
ni nunca le amaste? — «¡No!» —
«Tu mirar no me engañó,

cuando tu faz triste ví.
¿Anhelas dejarle?»—«¿Sí;
pero ya es cosa imposible:
es poderoso y temible,
y me enviaría contento
á morir en un tormento...
si á tu voz fué accesible!»

«¡Bien veo que eres cobarde
al rehusar la libertad,
que te ofrece mi amistad!»
«De valor no hago yo alarde;
pero ¡ay! mi amiga... ya es tarde
para romper la coyunda
de esta mi suerte iracunda...
triste y mísera nací,
ni padres yo conocí,
ni sé de do soy oriunda.»

«Entonces, ¿con ellos quieres
quizá en breve perecer?»
«¡Más eso no puede ser!»
«¡Por demás cándida eres!»
«¿Y cómo tal cosa infieres?»
«¿Por qué asi, dime, me apuras?
Hija de Anáhuac, me juras
guardarme fiel un secreto?»

«¡Noble es mi alma y lo prometo...
por mis muchas desventuras!»

«Pues oye en fin... no saldrán
como en Cholula han entrado...
está su fin decretado,
y en la cima de un volcán
los invasores están,
como piedra muda, inerte:
y antes que tu amo despierte
las garras le cortaremos,
pues todo pronto tenemos...
y aquí van á hallar su muerte!»

«Te debo vida y contento,
yo, que infelice nací...
contigo me quedo aquí;
¡más perder en un momento
el cofre de alhajas siento,
que con tanto afán junté!»
«Tienes tiempo.. por él vé
y no dejes nada, no.»
Marina á la india abrazó
y presuroso se fué.

¡Gran cosa es la discreción...
una imprudente palabra
nuestra ruina á veces labra
y el de toda una nación! 121

XXXIV

1519

Pálida entró Marina, y de la mano
tomando al castellano,
condújole á cerrada habitación;
y toda aquella tenebrosa escena,
que en su oído resuena,
fuéle contando con pausada voz;
y una oprimida lágrima abundosa,
que se desliza por su faz hermosa,
sus ojos anubló.

«No tengas miedo, no, que esté mi brazo
hundirá su traición!»
repúsola Cortés, y entre su seno,
con gratitud profunda la abrazó.
«¡Yo no siento morir!—ella le dijo,—
pero ¡ay! yo por tu amor
á ella, que me quiere comprometo....
con ella ingrata soy,
y á mi sagrado juramento falte,
como indigna mujer, sin corazón!»
«¡Oh, no, Marina, para mí lo tienes;
y una prueba me das de que eres fiel
al cariño profundo que te tengo....
¡Ya veo que me sabes comprender!
Esa tu falsa amiga no te quiere,
y ella la indigna fué,
que quiso amedrentarte, y que faltaras
á mi amor y deber.
¡Y tal vez pronto el merecido premio
á mi lado obtendrás,
tambien tu nombre haciendo, como el nuestro,
venerado, inmortal!»

«Yo solo anhelo,—díjole Marina,—

adivinar tu volunta oculta;
amarte más y más, seguirte siempre,
y que nadie tus armas venza nunca!

Que los mortales ante tí se postren....
vivir contigo, ser esclava tuya;
y por verte feliz, despreciaría....
hasta el trono imperial de Motezuma!

¡Oh, mi cristiano, de mirar de fuego,
de volcánico amor mi sér inundas;
ámame por piedad, como yo te amo,
que tumba será tambien mi tumba!»

Con gozo indecible
besóla Cortés,
orgullo sintiendo
que á esa mujer
amor tan profundo
la hiciera tan fiel;
y al cielo bendijo,
que ese angel de fé,
cual angel de guardia,
velase por él.

De un golpe de vista
llegó á conocer
su crítico estado,
sus fuerzas tambien:
salió en el instante,
y rápido fué
á que prevenido
se hallase el cuartel.

Reunió á su consejo, y todos los hilos
del plan descubierto le hizo saber:
—pidiendo eficaces y urgentes medidas
para sofocarlo, concluirlo y vencer.—

Los más prudentes creyeron:
—que á la ciudad de Tlascala,
saliendo de allí enseguida,
debían ponerse en marcha;
y reuniendo aquellas fuerzas,
el proseguir la campaña,
puesto que aquella provincia
con sus fuerzas les brindaba,
que eran muchas y aguerridas
y de completa confianza.—

Otros tambien proponian:
—el reunirse á los aliados,
despues que de allí pudieran
salir al instante salvos,
y por el Norte seguir,
como habíalo indicado
el consejo de Tlascala,
y la marcha fuesen guiando
como hombres conocedores
de los montes y los llanos,
yéndose asi en el trayendo
el ejército engrosando.—

Pero al fin la mayoría,
que era de los más osados:
—quiso medidas violentas,
correspondientes á ese acto,
que urdieron los chulultecas
con el más pérfido engaño;
el atacar en seguida,
sorprenderlos, acosarlos,
y que un terrible escarmiento
los entregase postrados
á pedir misericordia,
y el terror se abriese paso.—

Vestido de peregrino
Cortés mandó á un zempoalteca,
que á la legion de Tlascala
en el acto previniera:
—*que antes de romper el dia*
tuviese prontas sus fuerzas,
y á la ciudad se allegaran
al primer tiro que oyeran,
y entrasen por varias partes
y *matasén* chulultecas,
sin hacerlos prisioneros,
para aumentar la sorpresa:
y para no confundirse,
en medio de la refriega,
una corona de esparto
llevasen en la cabeza—
Y este mandato al instante
comunicó el zempoalteca.

A los tiesos sacerdotes,
que antes vinieron á verle,
envió Cortés en seguida
varios valiosos presentes,
de aquellos que Motezuma
mandóle para sus reyes,
sin presumir que sirvieran
para comprarle su gente,
y á varios de ellos pedía:
—que *aquella tarde* viniesen,
pues tenía que marcharse
en la mañana siguiente,
y antes de partir quería
de un gran suceso imponerles,
que su Dios le revelara
para que á ellos dijese.—

Y los clérigos avaros,
—como lo son casi siempre,
los que viven de esos prójimos,
que creen en brujas y duendes.—
muy risueños atraparon
esos valiosos presentes;
y curiosos y algo inquietos,
algunos fueron á verle,
temiendo que ya Cortés
algo del complot supiese;
mas Cortés, inalterable,
los recibe afablemente
y les dice:—haber notado
con hechos muy evidentes,
que ya allí su permanencia
era á la nobleza y plebe
por demás gravosa, estando
exhausto los almacenes,
según los mezquinos víveres
que enviábanle diariamente:
y que viniendo él de paz,
aunque poderoso y fuerte,
no quería entrar en guerras,
como hombre justo y prudente:
que á esa antoridad pedía
dos mil tamanes le diese
para sacar sus pertrechos,
pudiendo después volverse;
porque iba á emprender su marcha
en la mañana siguiente.—

«¿Y esta es la revelación,
—los clérigos repusieron,—
que pretendias *hoy mismo*,
con tanto misterio hacernos?»
Y Cortés le replicó
con noble aspecto severo:
«De eso he desistido ya,
y de aquí alejarme quiero,
sin vengarme de vosotros,
sinó del que urdió el consejo.»

Los clérigos alarmados,
por saber todo, insistieron,
como cómplices del plan,
hasta que Cortés, fingiendo
que á sus ruegos accedía,
díjoles, como un secreto:
—que el Dios, que allí le mandó,
habíale descubierto
el complot que le tramaba
en ese tan cobarde pueblo;
pero que nada temía,
porque ya todo su ejército
se encontraba prevenido
contra todo hostil intento;
y que queriendo evitar
venganzas y hechos sangrientos,
había resuelto irse
y proseguir hasta Méjico,
para ajustarle la cuenta
al que los indujo á ello.—

Pero afanosos negaron
esos rumores los clérigos,
mas refirióles Cortés
todos los trabajos hechos
hasta que al fin, confundidos,
el negarlos no pudieron,
y echaron á Montezuma
la culpa de todo aquello,
diciendo:—que por la fuerza
les obligó á tal extremo.
Creerlo demostró Cortés,
y pidióles el secreto,
para que no lo guardasen
ni realizaran su intento,
al saber que prevenido
se hallaba todo el ejército.

Del pueblo los cabecillas
á Cortés se presentaron,
como inocentes de todo,
á los agentes culpando,
que allí mandó Montezuma
para maquinar y espiarlos;
y en enviar á los tamanes
al amanecer quedaron,
como cosa faborable
á sus ocultos trabajos.

A la embajada de Méjico
Cortés á buscar mandó,
y díjola:— que en Cholula
culpaban á su señor,
y como agentes á ellos,
de una gran conspiración.
Pero habil la embajada
resueltamente negó:
—que Montezuma tuviera
parte alguna en el complot.
Y Cortés, sin esperar
otra más explicación,
la dijo:—que se alegraba
por él y por su señor;
pues vengarse así podría
de esa cobarde traición,
y de esa calumnia infame
con que manchaban su horno.—

Y á la perpleja embajada
como amiga despidió;
pero al salir de la casa,
según orden anterior,
un capitán la detuvo
con la debida atención,
y en una pieza con guardias,
detenida la dejó,
para que nada dijeran
á la gente del complot.

Entre estos y otros aprestos
fné empezando á anochecer;
Cortés y sus capitanes
revistaron el cuartel;
orden dióse á los soldados
al lado el arma tener;
los caballos se encillaron,
y de artillería el tren
en las salidas y entradas
púsose en breve después,
y guardias y centinelas
redobláronse también;
y ninguna precaución
por nadie omitida fué,
procurando á la vez todos
el cumplir con su deber.

Y en el silencio profundo,
en la quietud sepulcral,
que por doquiera reinaba,
oíanse resonar
las vocinas de las torres,
en la tranquila ciudad,
como los templos cristianos
su campana hacen tocar,
las ánimas y maitines
anunciando el sacristán,
y óyense lentas las horas
de algún reloj parroquial;
así aquellos sacerdotes
que en sus teocallis están
en nocturna vijilancia,
y sin más reloj puntual
que las estrellas del cielo,
marchando en la inmensidad,
con sus toques de vocinas
llegan la hora á anunciar.

Pero en el cuartel ninguno,
en esa noche fatal
de alarma y espectativa,
pudo sus ojos cerrar;
pues cada cual se creía
sobre el cráter de un volcán;
y á eso de la media noche
sin querer esperar más,
caballos y artillería
comenzáronse á sacar,
y con el mayor sigilo,
en medio la obscuridad,
en toda la extensa plaza
se hizo á la tropa formar.

De continuo sobresalto
y de profunda ansiedad
fué aquella noche terrible;
aquella noche fatal,
hasta que la luz del día
vióse pálida asomar,
estando ya en su caballo
montado el buen capitán,
y al frente de su piquete
cada resuelto oficial;
y los indios zempoaltecas
en pelotones detrás,
y bagares y mujeres
en la parte más central.

XXXV

1519

Vagas luces por Oriente
vénse opacas asomar,
como esos pálidos tintes
de próxima claridad:
se oyen pasos á lo lejos...
los tamanes llegan ya;
y en la plaza, entre las tropas,
los hace Cortés entrar.

Y mandó dividirles, so pretexto
de repartir la carga por igual;
y al verse ellos cercados, obedecen,
sin su miedo poder disimular.

A entrar se les obliga en las barracas,
do la cristiana hueste se alojó;
y un armado piquete en cada puerta,
como á presos allí los vijiló.

Vénse grupos del pueblo, numerosos,
con sus caudillos avanzar después,
para luego atacar por retaguardia
á la pequeña hueste de Cortés.

Y entre las boca-calles y tejados
poderla á su salida acorralar,
como á fiera cercada por mastines,
en el circo se logra domeñar.

Pero en cada salida de la plaza
sus fuerzas hace acumular Cortés,
y mandando llamar á los caciques,
ninguno se atrevió á comparecer.

Y avanza hacia ellos
con doña Marina,
por quien les increpa
su negra perfidia:
—y manda se alejen,
disuelvan y pidan
perdón de su infamia
si aprecian en vida.—

Mas ellos, altivos,
protestan, se irritan,
negando los hechos;
y el pueblo se indigna
de aquellos reproches,
agrúpase y grita.

Llegó el instante fatal,....
hace Cortés la señal ...
se oye *un tiro de arcabuz*,
y espingardas y ballestas
responden á las protestas
de la absorta multitud

Al mismo tiempo penetran
otras fuerzas al cuartel,
y caen sobre los tamanes,
que comienzan á correr;
sacan sus ocultas armas
ó saltan por la pared,
como que el mira la tierra
que empieza abrirse á sus piés;
pero el fuego y los aceros
muy pronto les hace ver,
que no hay salvación posible,
ni pueden hallar merced,
sino procuran salir
ó encerrados perecen;
renuevan con furor la gritería
y corren á las puertas en tropel,
donde aquel voraz carnicería
en cada puerta va
los gritos extinguiendo,
y perece hasta el último taman.

Hace Cortés la señal,
y en ese instante fatal
se oye *un tiro de arcabuz:*
es la señal de embestir
de los hijos de la cruz,
y que entren á combatir
las tlascaltecas legiones
por diversos arrabales
á sus contrarios felones,
como buscan los chacales
á los enterrados muertos,
en los áridos desiertos
de entendidos arenales.

Brilla la primera luz
de *ese tiro de arcabuz;*
y espingardas y ballestas,
bridones, lanzas, inhiestas,
y al paso de carga, infantes
marchan, hieren, desbaratan
de indios los grupos, y matan,
de sangre y sangre anhelantes.

Esas luces,
ese estruendo,
esos rayos
y esos fuegos,
que los diezman
y en tendales
los apiñan
por las calles;
los bridones,
que los huellan
con sus cascos
ensangrientan;
y los gritos
de agonía,
que se escuchan
en sus filas,
ráudos causan
la pavura
y el asombro
de Cholula.

Y del centro huyen
de la ciudad,

buscando el campo
do disparan,
más los suburbios
llenos están
de tlascaltecas,
triunfando ya,
y *dando muerte*
por primer vez
á sus contrarios,
que yertos ven,
porque tal orden
dióles Cortés.

Y los tlascaltecas
saquean las casas;
de sal y vestidos
y joyas y plata
formando un botín;
y avanzan y quieren
cargando con furia.
matando, incendiando,
mirar de Cholula
el próximo fin.

Y los fugitivos,
volviéndose al centro,
cercados se encuentran,
y ganan los templos;
mas á ellos se arrojan
antorchas y fuego,
y zumbas las balas,
y tablas y techos
rojizos humean
y estalla el incendio:
los unos se arrojan
sobre el pavimento,
los otros descienden
y oponen sus pechos,
lidiando furiosos,
en atrios repletos;
y los sacerdotes
con gritos frenéticos,
las filas aumentan
de heridos y muertos.

Por las boca calles
y las avenidas
prosigue el estrago
de la artillería;
y los tlascaltecas,
que llegan y se unen,
en gritos de triunfo
do quiera prorrumpen;
y va la matanza
por horas siguiendo,
pues quieren los téulas
que en todo ese reino
su cruenta venganza
ya sirve de ejemplo.

Como brilla un bajel en noche oscura,
incendiado en el medio de la mar,
así Cholula, entre la sangre y fuego,
desde lejos veíase espirar.

Y mujeres, ancianos y caudillos,
con angustiosas voces y humildad,
por las calles, terrados y los atrios,
esclaman con dolor: «¡ Piedad ! ¡ Piedad !»

Fray Olmedo, presuroso,
y con ferviente ansiedad,
á Cortés pide, piadoso:
—para Cholula, piedad.—

«¡ Piedad !—Cortés replicó,
al escuchar aquel ruego,
sus hojos echando fuego;—
la piedad buscaba yo,
mas solo súpela hallar
para aliados y nosotros
á Cholula al ver temblar,
ante cañones y potros,
en el centro de la mesa !
¡ Sí, piedad: ya compasivos,
los vivos dejemos vivos....
y los muertos á la huesa !
Este severo castigo,
que hemos dado al enemigo,
nos asegura la vida,
porque estaba aquí perdida....
—aunque el decirlo me duela,
por más que aliento nos sobre,—
como está perdido un cobre
en la puerta de una escuela!»

Y manda Cortés al punto,
que se toque retirada,
y vuelvan todas las fuerzas
á aglomerarse en la plaza.

Y las mujeres y ancianos,
caciques y ciudadanos
corren á pedir *piedad;*
y arrojándose á los piés
del generoso Cortés,
exclaman con humildad:
«Señor, hemos delinquido
y el castigo merecido;

mas míranos *con piedad:*
desde hoy tus siervos seremos
y tu voz acataremos,
en Cholula, *tu ciudad.*
Mas las fuerzas de Tlascala,
haciendo del robo gala,
nos llevan hijos, mujeres
y todo cuanto adquirimos;
y á tí, que fuerte y Dios eres,
hoy *justicia* te pedimos!»

«¡Yo no quiero exclavos, nó,
—Cortés, erguido exclamó:—
solo quiero ciudadanos,
que sepan su patria honrar
y al tirano derrocar....
al hacerles yo cristianos!
Idos todos al hogar,
y sed desde hoy mis amigos,
porque váis á ser testigos,
que tambien me sé vengar,
con mis bravos castellanos
de aztecas y de tiranos,
y á esta tierra libertar!»

Y á los jefes tlascaltecas
al instante hizo llamar,
y exigióles:—que en el acto
devolviendo á cada cual
lo que hubiesen usurpado,
solo pudieran mandar
á Tlascala, como artículo
de primer necesidad,
y del que allá carecían,
todo el gran botín de sal.—
Y un paraje señalóles
á extremos de la ciudad,
donde alojaran su tropa
hasta el día de marchar.

Obedientes y callados
este mandato cumplieron,
y mucha sal remitieron
de su victoria en señal.
Y á esos dos pueblos rivales,
que por sucesos pasados
se hallaban enemistados,
les hizo reconciliar.

Y entre uno y el otro pueblo
la enemistad se extinguió,
y de acuerdo coadyuvaron
á la nueva situación,
que el político sistema
de toda Anáhuac cambió.

Y ese acto tan justiciero
de devolver el botín,
hizo que los cholultecas
comenzasen á sentir
gran admiración y aprecio
por el noble capitán,
que si fué *duro* en la guerra,
era *muy justo* en la paz.

De tres á seis mil indios perecieron,
como mansos corderos en redil,
vengando la traición los invasores
con despecho frenético y febril. 122

Contribuyó Cortés con sus aliados
del incendio los restos á extinguir,
y dándose á los muertos sepultura,
se oía de sus deudos el gemir.

Con otros funcionarios populares
á los muertos el pueblo reemplazó;
y cada nuevo día, el escarmiento
más y más á ese pueblo sometió.

Comenzaron de nuevo las familias
á volver á su hogar,
y á esos grandes guerreros del Oriente,
cual dioses á mirar.

Los unos á los otros se ayudaban
su derruída casa á componer,
y la vida normal fué reemplazando
á la intriga, al temor y al padecer.

Se abrieron nuevamente los mercados,
el comercio volvió á su animación;
y ese abatido pueblo, poco á poco
se entregó á su industriosa ocupación.

Quedó solo un recuerdo doloroso
del estrago instantáneo del volcán,
y á su sér volvió todo, como vuelve
leve brisa, después del huracán.

Como novia obsequiada por su amante,
puntualmente tenía la legión
visitas, frescos víveres, regalos,
y todo en generosa profusión.

Y de los blancos dioses las proezas
volaron del Anáhuac *hasta el confín,*
entre los ecos, que de monte en monte
esparcía la fama en su clarín.

Todos esperan, tiemblan y se admiran
ante tanto poder, tanto valor;

y el viejo trono estremecerse siente,
espantado el azteca emperador.

Y de lejanos pueblos y distritos,
que al fin esperan la opresión romper,
llegan tamanes, comisiones, nobles,
sus dádivas y alianzas á ofrecer.

De esa legión, que en el abismo estuvo,
van muchos pueblos ya siguiendo en pos:
los unos por el odio á su tirano,
los otros, porque creen llegado el Dios.

Esa legión en el abismo estuvo;
pero abriendo sus brazos el titán,
altivo cóndor se posó en las nubes,
desafiando el poder del huracán.

En Cholula la muerte le esperaba....
con un golpe de audacia se salvó;
y Cholula, asombrada y de rodillas,
su porvenir y gloria aseguró!

XXXVI

1519

Al *subsiguiente día,*
que dieron á Cholula los aceros
un castigo ejemplar,
de Tlascala, *con veinte mil arqueros*
llegó Jicotencal;
y encontrando á ese pueblo sometido,
detuvo sus legiones, precavido,
fuera de la ciudad.

Y este de lealtad acto elocuente,
de gozo llena á la cristiana gente,
y á abrazar al caudillo fué Cortés;
y á él y sus demás capitanejos,
entre alegres festejos,
les hizo entrar en la ciudad después.

Hizo tambien á este caudillo ilustre,
con amplia facultad de su senado,
que el arreglo de paz ratificase
entre uno y otro pueblo celebrado,
y libre se encontrase
todo el vasto trayecto de la mesa,
para que así pudiesen de Tlascala
auxiliarle en su empresa.

Y regalando al jefe y sus tenientes
objetos de valor, *espejos* y oro,
cuentas de colores relucientes,
pidió:—se retirase,
para que Motezuma
no el paso le impidiese ni alarmase,
ó reuniera sus tropas prontamente,
si viérale llegar con tanta gente;
pero que prevenidos estuviesen,
porque si pretendía
tenderle una celada ó hacer frente,
al momento á Tlascala avisaría.—
A tan justas razones
no halló Jicotencal réplica alguna,
y ufano se volvió con sus legiones.

Al ver los zempoaltecas,
que portáronse siempre dignamente,
que Cortés despidió á tlascaltecas,
que había el gran caudillo conducido,
por sobrarle ya gente,
pidiéronle tambien:—que les dejase
volverse á su distrito,
pues siendo el revelarse gran delito,
serían agobiados
con muy fuertes impuestos,
por los recaudadores despiados,
sufriendo tropelías y denuestos.—

Como atendibles eran las razones,
y no Cortés quería
tampoco demostrarles
que sin su ayuda el avanzar sentía,
concedióles al punto la licencia;
y haciéndoles regalos,
pidióles:—que le fuesen consecuentes,
y á Escalante ayudasen en su ausencia;—
y mandóle al cacique otros presentes,
y una carta á Escalante,
recomendando:—que por mar y tierra
se mantuviese siempre vigilante,
y á los aliados indios
su protección les diera;

y en la ocasión primera
le mandase *dos cosas muy precisas*:
harina y vino blanco,
para *hacer hostias* y *decir las misas*,
antes que su repuesto se acabase,
pues causaría á todos *suma pena*
el que *la diaria misa* les faltase.—

Al ver los chululteces,
que sin de ellos dudar Cortés despide
á los recien llegados tlascaltecas,
le obsequian mas, y con razón suponen,
que dioses soberanos
protegen á esos bravos invasores,
que hasta Méjico marchan sin temores,
llevando sacros fuegos en sus manos:
y en su triunfo confían,
á su causa se adhieren,
y también sus aliados decididos
al fin mostrarse quieren.

Tras la matanza cruenta,
introducir la religión cristiana
en la santa ciudad Cortés intenta,
como antes intentó en otras ciudades;
pero allí el fanatismo inoculado,
el viejo sacerdocio congregado
y las autoridades,
defienden el santuario de sus dioses
y viejas tradiciones,
con tristes ruegos y sentidas voces,
á pesar del temor que les inspiran
las cristianas legiones
y otros futuros males;
mas otra vez accede
Cortés á las razones
de Olmedo y sus expertos oficiales;
y tranzando con esos sacerdotes,
consigue de las jáulas ver sacadas
á innumerables víctimas,
que estaban encerradas,
y al fatal sacrificio destinadas.

El salón que se halló en mejor estado
del gran templo mayor componer se hizo,
y fué al cristiano culto dedicado;
y tosca Cruz de grandes dimensiones,
como abriendo sus brazos paternales
á las nuevas regiones,
anunciar parecía
á aquellos naturales,
que esa divina Cruz los sacaría
de su barbarie y arraigados males,
de su grosero error é idolatría;
y de ser algún día
libres y *grandes* dábales los medios:
y *allí vese hoy* el templo consagrado,
que á la vírgen se alzó de los Remedios,
entre añejos cipreses circundado;
y dicen, que la Vírgen venerada,
al célebre santuario
por el conquistador *fué regalada*.

Al saber Motezuma de Cholula
el suceso luctuoso
y noticias funestas,
su espíritu llenóse de congojas.
como en invierno el vendaval furioso
las ramas troncha inhiestas,
y desparrama las deshechas hojas
por entre el bosque umbroso:
se desespera, grita,
se ofusca, ensoberbece,
su voluntad omnímoda se irrita,
su seno de ira late
y su despecho furibundo crece;
mas luego siente el interior combate,
que amortigua su encono ...
el fantasma fatal se le aparece,
y espantado y exámine se abate,
al mirar que su trono,
como vieja gualdrapa
de su soberbio manto,
de las ávidas manos se le escapa;
y prorumpiendo su impotencia en llanto,
de aglomerar desiste sus legiones:
concibe otra celada,
y con nuevos regalos mas valiosos,
manda presto á Cortés otra embajada.

Y ante Cortés sumisa se presenta,
en aquella ciudad sacrificada,
y del monarca en nombre comunica:
—que no solo reprueba y se vindica
de haber tenido parte en esa trama,
sino el digno castigo justifica,
y aplaude el escarmiento
á un pueblo impuesto, que su reino infama;
y que no á repetirse volvería
en su noble nación hospitalaria
aquella felonía,
á sus antiguos hábitos contraria:
que él también á su vez castigaria
á esa provincia á su monarca ingrata.—
Y exhiben los tamanes sobre alfombras
con dibujos *de frutas y de flores*,
rica y pesada carga *de oro y de plata*,
variados animales

y aves artificiales,
de preciosos colores,
de *plumas y oro y piedras* revestidos
y platos y jarrones cincelados,
y *mil quinientas mantas*, y vestidos
de algodón, finamente trabajados.

Con *aire desdeñoso*
ya recibe Cortés á esos enviados
y al selecto presente
del cobarde monarca artificioso,
que vagando á merced de la corriente,
un rumbo fijo á proseguir no acierta,
y al abismo condúcelo el torrente.

Convencido Cortés, que anonadado,
no el monarca intentaba prepararse,
y mirando á Cholula domeñada,
y á su grupo á seguirle preparado,
anhelose hasta Méjico se apresta
á emprender su jornada,
y resuelto replica á la embajada:
«*Con vosotros le llevo la respuesta.*»

Víveres y tamanes suficientes
dánle á Cortés para emprender su marcha
esas autoridades complacientes;
y de allí salen *á los quince dias*
las tropas tlascaltecas y españolas,
llevando expertos guías.
Cholula *ya anhelaba*
el triunfo del caudillo castellano,
porque sino, veríase deshecha
por las iras de trono mejicano.

Partiendo de Cholula,
apenas alborea,
marcha la división *todo ese dia*,
y en la noche llegó, *que era domingo*,
á una poblada aldea,
de la jurisdicción de Guacocingo,
donde encuentra muy buen alojamiento,
notándose tambien entre esa gente
las quejas y ese mismo descontento,
que *en la tierra caliente.*

Y las autoridades
y aldeanos y vecinos
de villas y ciudades,
por donde iba el ejército pasando,
presentan á Cortés regalos de oro
y su adhesión demuestran,
diciéndoles:—que marchen cautelosos
por bosques y senderos,
pues cercados se encuentran
de asechanzas y pasos peligrosos,
en los desfiladeros.—

Estos *avisos diarios*
de esos mismos aztecas,
ora fuesen amigos ó contrarios,
de alarmar no dejaron en su marcha,
al caudillo invasor, quien precavido,
encontrábase siempre vigilante
al frente, retaguardia ó los costados,
enviando sus partidas por delante
y haciendo, que marchasen los soldados
con cautela y atentos,
á la voz de sus vivos oficiales.

A un camino llegaron,
que dividido estaba en dos ramales:
al uno sin obstáculo encontraron,
mas del otro la entrada
exprofeso cerrada
por apiñadas piedras se veía:
hizo alto allí Cortés, y preguntando
á la triste embajada:
—¿por qué estaba cerrado ese camino?—
contestóle:—que poco más distante,
en empinada senda proseguía,
do su caballería
no podría seguir más adelante;—
y aunque al fin confesó:—que era más corta,
díjole, que sería inaccesible.—
Y Cortés replicó: «pues poco importa,
porque si es menos larga, es preferible.
que nada nos arredra,
ni cumbres, hielos, ni volcan, ni piedra,
pues no hay para nosotros *imposible*,
los protegidos del poder divino.»

Mandó á los tlascaltecas
despejar de las piedras el camino,
y por él prosiguieron;
y *mustia y asombrada*
de audacia tal quedóse la embajada.

Las risueñas campiñas abandonan,
y escalan resistentes
los estrechos senderos, que coronan
á la fragosa sierra, entre la niebla,
y separa los valles florecientes
de Méjico y de Puebla:
el frío penetrante,
el soplo helado de las yertas cimas
y ventisca glacial de las alturas,
sin cesar un instante,
hacían tiritar á los soldados
y las cabalgaduras:

y en senderos tortuosos y empinados
y ásperos parajes,
apenas los tamanes conseguían,
reuniéndose apiñados,
ir pasando las armas y bagajes,
que en caballos ó á hombros conducían:
era la vez primera
que las desiertas cumbres despertaban
de aquella encadenada cordillera,
á ese insólito ruído, estremecidas,
mirándose vencidas
por esos que sus cimas desafiaban;
mas todo esto era solo débil prueba
del invencible arrojo castellano
al ascender *las dos más altas cumbres*
del continente Norte Americano,
que huellan con su planta gigantea,
haciendo entrada franca
en el *Popocatépetl*,
ó bien *cerro que humea*,
é Ixtaccihuátl, esto es, *la mujer blanca*. 123

Lo primero que dora el sol naciente
es la diadema nítida y radiante
de esas egregias cumbres, cuya frente
el rayo del ocaso agonizante
baña tambien de luz eternamente.
Ni el temor misterioso,
ni el frío penetrante,
ni el sepulcral silencio pavoroso
de tan regias alturas,
pudieron ser obstáculo ninguno
para cansar al génio y los afanes
de empresas y aventuras,
en los nuevos titanes;
y el temerario jóven Diego de Ordaz,
cuya existencia en lo sublime toca,
y *nueve* de sus fieles compañeros,
ser allí decidieron *los primeros*
en subir y mirar la humeante roca,
para asombrar á los medrosos indios,
al llegar del volcan *hasta la boca*
del gran Popocatépetl;
y como avergonzados
sus leales aliados
de que esa empresa acometiesen solos,
algunos en pos van, cual rezagados.

Y si ese audaz intento
de la demencia humana al colmo toca,
aún más era evidente el imposible
de llegar del volcán hasta la boca:
raquíticos arbustos espinosos,
profundas hendiduras
de do salen y vuelan presurosos
los cóndores voraces, asombrados;
precipicios y alturas,
sin huellas ni senderos,
do dirigir el paso vacilante;
la soledad do quiera,
y el mareo del vértigo aterrante:
y así, con alma entera,
paso á paso seguían adelante,
como á su dueño sigue fiel alano:
ora ya escurridizos se arrastraban,
asidos de las piedras
y dándose la mano,
ó cual ágiles gamos las saltaban,
despreciando la vida;
y como tribu errante
en arenal perdida,
sedienta y jadeante,
paso á paso seguían adelante:
llegan á la región de eternos hielos,
y del volcán los subterráneos ruidos,
que todavía en combustión estaba,
hacen al fin lanzar sus alaridos
y señales de espanto
á esos pobres indígenas,
que detener no pueden ya su llanto;
y echándose en las rocas,
su fin cercano esperan resignados,
cubriéndose el semblante....
pero esos españoles denodados,
paso á paso.... *prosiguen adelante!*

El gran *Pico del Fraile*, ese fragmento
de más ciento veinte piés de altura,
obligalos á dar un gran rodeo,
y á trasponerlo llegan;
mas hielo escurridizo y el mareo,
sin aire respirable
y la vista turbada,
detiénenles postrados un instante;
mas su honra está allí comprometida
y paso á paso . *siguen adelante*,
dando ya su existencia por perdida:
la tibia lava cruzan,
las chispas huellan, aspirando el humo....
mas sus fuerzas aguzan....
y del egregio cerro
en la ancha boca del volcán se encuentran
esos hombres *de músculos de hierro*
y de acción gigantea!
Vértigos sienten, aterrantes ruidos,
sus ojos se enceguecen... no respiran...
la sangre, que corriendo borbotea,
brota de su naríz y de sus ojos,

como brillante idea,
y que helando los miembros fallecientes,
el rostro cadavérico caldea...
Es la región de los eternos hielos....
pero aún abren los brazos,
y creen tocar los cielos! 124

Al saber Carlos quinto *tal hazaña*
envió á don Diego de Ordaz,
como timbre glorioso para España,
de armas dorado escudo,
con un volcán ardiendo,
que abone su proeza,
y sirva á su progenie de nobleza.

XXXVII

1519

Cuando Ordaz, con *sus nueve compañeros,*
sedientos y extenuados,
y salvos en pos de ellos los aliados,
del volcán descendiendo felizmente
á su grupo se unieron,
con sus víctores fueron saludados,
y la penosa marcha prosiguieron.

Las glaciales ventiscas y el granizo,
que sentían llegar de todos lados,
y monótona marcha, fatigosa,
iban postrando más á los soldados,
que á esos ágiles indios, que moraban
al pié de aquellas cumbres,
y siempre, desde niños las pasaban;
pero de trecho en trecho
edificios de piedras se encontraban
para hospedar correos y viandantes;
y por la noche en ellos
iban hallando asilos confortantes
de la hoguera á los vívidos destellos;
y así recuperando
las fuerzas, que perdían por el día,
siguió el grupo pasando
de *Ahualco* la más llana serranía;
y un ángulo al doblar, ven de repente:
májica, deliciosa perspectiva,
circundada de luz resplandeciente,
que cual beldad lasciva,
al descubrir su nacarada frente,
en sus purpúreos labios
implora estremecida un beso ardiente,
en su mansión dichosa, donde vagan
los amantes ensueños é ilusiones,
que entre perfumes lúbricos la embriagaban.

Era el valle de Méjico famoso,
el que allí contemplaban,
ó *Fenochtitla* era,
como esos naturales
con orgullo llamaban
del edén á esa imagen hechicera,
de la imperial ciudad á los umbrales. 125

En aquellas regiones elevadas
la gran rarefacción del aire atrae
los diversos objetos más distantes,
entre sus auras puras,
con su azulada y prístina belleza,
su brillo, colorido y sus cambiantes,
contornos y limpieza,
cual si fuesen pulidas minituras;
y allí, como apiñados se veían
sus bosques y llanuras,
sonrientes, cultivadas,
que entre su pampa tropical se erguían:
pensiles, con sus flores delicadas,
que en ninguna estación desparecían;
y más allá los lagos azulados,
al cielo reflejando, y coronados
de aldeas y ciudades,
y en su centro esa *Méjico famosa,*
como reina circuida de beldades,
y de Anáhuac Venecia la orgullosa,
con sus templos, palacios y jardines,
torres piramidales
y anchas plazas, calzadas y canales;
y en perdidos confines
de *Chapoltepe* el cerro se elevaba,
con sus grandes palacios porfirianos,
mansión la más querida
de los antiguos reyes mejicanos,
de mágicos paisajes circuída.

Tales eran, entonces, esos bosques,
valles, lagos, ciudades y vergeles

de encantos y belleza perfumados,
que hoy por otro progreso y la conquista
se encuentran trasformados,
sin hallarse esos bosques seculares,
ni sus extensos lagos, ya agotados;
mas todo siempre espléndido y sonriente,
sin perder la natura su belleza,
que egdénico allí todo y sorprendente
respira luz, amor, vida y grandeza!

Si ese bello panorama,
de objetos tan seductores,
á esos bravos invasores
con júbilo sorprendió,
también de aquellas ciudades
por sus lagos defendidas
y á un déspota sometidas,
el poder les demostró;
y bien pronto comprendieron,
que todo cuanto sufrieron
hasta ese punto llegar,
era nada, comparado
al gran poder condensado,
que tenían que afrontar.

Y Cortés, que observa atento
esa fundada impresión,
antes que tome incremento,
así dice á su legión:

« ¿ No creéis mirar á Granada
con su Genil y vergel,
por la gran reina Isabel
del moro reconquistada ?
Y si al tender la mirada
no veis en parte alguna
de Baabdil la media luna,
ni sus llaves ni á sus moros,
hallaréis grandes tesoros,
y un mundo que conquistar!

Mi palabra os voy cumpliendo,
con el pendón en la diestra . . .
cumplidme también la vuestra,
y seguiremos venciendo !
Mirad al cielo sonriendo,
al vernos poner triunfante
en el trono vacilante
del infiel emperador,
la enseña del Redentor.
¡Animo, pues, y adelante!»

«¡Pues á Méjico marchemos
y con la Cruz venceremos!»
Oyese á todos gritar;
y van las sierras dejando
y á los bosques descendiendo
de las aves al trinar;
los campos van admirando,
y por doquier recibiendo,
adhesiones al pasar.

Las madres llorosas, con dádivas, flores,
los padres ancianos y los labradores,
alzaban las manos, pidiendo á Cortés:
—que los libertase, cual dios esperado
en esas regiones, donde es aclamado
como astro del bien,
de aquellas escenas, terribles, odiosas,
de ver á sus hijas más tiernas y hermosas,
llevarse al harén;
que los libertase de aquellos impuestos
injustos, funestos, y siempre mayores,
que los receptores llevaban al rey.—

Y aquel descontento de aldeas y villas
y flébil acento y mútuas rencillas,
Cortés escuchaba, con sumo placer;
y á toda esa gente librar prometía,
cual dios refulgente; y ya parecía
que el trono de Anáhuac tuviese á sus pies.

Y absortos los indios de aldeas y villas,
contemplan y palpan las mil maravillas,
guerreros, bridones, las armas, que ven;
sonrien, se postran, admiran, respetan,
y corren y vuelven, adoran, se inquietan
y dioses los creen,
cual los que pasando por civilizados,
que nada en la tierra les deja admirados,
llegasen absortos de súbito á ver,
abrirse los cielos, y en diáfanas nubes
de lunas y estrellas, divinos querubes,
y ornando mil soles de Dios el dosel.

Y en esa tan audaz, lenta jornada
iba á Cortés la multitud siguiendo,
curiosa ó asombrada,
y plácemes do quiera recibiendo,
cuando regia embajada
al encuentro subióle presurosa,
presentándole de oro
nueva ofrenda magnífica y suntuosa.

Y el ya aterrorizado Motezuma,
con ruegos persistía:
que Cortés á su patria se volviera,
y como recompensa mandaría,
que allá les entregasen los tamanes
cuatro cargas de oro al comandante,

dos á los capitanes
y *una* á cada soldado,
y *un buen tributo anual* al gran monarca,
que habíales á Méjico mandado. 126

Pero el firme Cortés,—que en menos tuvo
al belicoso pueblo tlascalteca,—
¿ceder podría á los cobardes ruegos
del fementido emperador azteca?
¡Oh! ¡Cuán poco ese azteca conocía
de gloria la ambición inextinguible,
que á Cortés devoraba y presentía!
¿Y hora ceder? ¡Jamás, era imposible
ante los hados ciegos;
y á la embajada expuso:—que eran vanos;
cual antes sus protestas, hoy sus ruegos,
porque tenía *su palabra* dada
á los nobles soldados castellanos,
que á Méjico entrarían
á cumplir de sus grandes soberanos
esa misión grandiosa, que traían
para el monarca azteca.—

Y poniéndose en marcha,
siguióse hasta llegar á *Mecameca,*
en donde aquellas gentes obsequiosas
á los ufanas invasores dieron
un cómodo hospedaje
en sus de piedras casas espaciosas,
los *dos dias*, que allí permanecieron;
y á Cortés el cacique regalóle
hasta cuarenta esclavas; y el tesoro,
que acémilas llevaban, aumentóle,
dándo más de cincuenta kilos de oro. 127

Los cultivados campos y floridos,
que hacia el lago del Chalco se encontraban,
cruzaron complacidos,
y en Ajotzingo á pernoctar entraron,
quedando sorprendidos,
que de aquella ciudad una gran parte
estuviese en el lago construída,
sobre estocones, con firmeza y arte,
y otra sobre piedra, bien pulida:
y las muchas canoas, que cruzaban
cubiertas de cereales,
á manera de calles los canales,
su población extensa revelaban;
y aunque Cortés, de aquellos naturales
obsequioso hospedaje recibía,
tantos en sus cuarteles se agolpaban,
que cierta desconfianza le inspiraron;
y teniendo presente
los avisos, que diéronle en Tlascala,
y después, en su tránsito, la gente,
ordenó duplicar los centinelas;
no obstante, *quince ó veinte* de esos indios
entrarse en los cuarteles consiguieron,
y creyéndose espías,
al filo del acero perecieron;
mas *después de unos dias,*
su error los castellanos conocieron,
pues tuvieron conciencia,
que ya el monarca azteca
no intentaba *el hacerles resistencia.* 128

En tanto, Motezuma,
presa de mil congojas y agonías,
al saber que Cortés se halla en los lagos
y que intrépido avanza
de su gran capital á lós umbrales,
pierde la última chispa de esperanza
de poder conjurar tan grandes males;
porque hasta entonces fueron
infructuosos los diarios sacrificios,
que en los templos se hicieron;
y algunos de los nobles más osados,
el dejarles que entrasen propusieron,
para que allí, rendidos y encerrados,
fuesen en el altar sacrificados;
mas al fin se convino, que salieran
fuera de la ciudad los sacerdotes,
y con sus anatemas y conjuros
al invasor terrible destruyeran,
antes que atravesase lor canales;
pero ya sus deidades y sus hados
mostrábanse contrarios y fatales,
y á la ciudad tornaron aterrados. 129

Se encierra Motezuma
en su regio palacio, como un loco,
y entre ayunos y rezos
alivio no halla á su dolor tampoco;
mas su hermano mayor, que con vergüenza
mírale acobardado y vacilante,
Cuitlahua, *el animoso,*
incítale:—á que apreste en el instante
su ejército aguerrido y numeroso,
y arroje de los llanes y los lagos
á aquellos falsos magos,
que se titulan dioses, é infatuan
al mandarles misiones y regalos,
que el poder de su trono desvirtuan.—
Y contesta abatido Montezuma:
«¡Ay, hermano, los dioses no lo quieren....
para lidiar ya es tarde!»
«¡No, no; los pueblos por su patria mueren,
y mueren como rey, no cual cobarde!»

replícale Cuitlahua, enardecido.
« ¡ Imposible ! ¡ Los dioses me abandonan,
—esclama Montezuma,
con éco dolorido,—
y la ruina de Anáhuac ya pregonan....
¡ Quizá por mi indolencia y mis placeres
este mi imperio, sí, ya está perdido !
¡ Pobres ancianos, niños y mujeres...
¡ ay ! de mi triste pueblo, tan querido ! »

Y con salientes ojos, espantados,
y de dolor transido,
cual si de horrible trama
una víctima fuera,
manda á Cacumatzín ó bien Cacama,
de Tezcuco señor y su sobrino;

—que en ese iustante á recibir saliera
á esos dioses ó genios infernales,
que iban á introducirse en los canales,
y hasta allí condujera.—

Asombrada quedó la muchedumbre
y su obediente corte, que le oía,
de aquella mansedumbre
de su rey, tan valiente y altanero;
así es que todo el reino más creía
que fuese un nuevo dios cada extranjero,
y del monarca el triunfo más difícil
también se suponía,
como es difícil el hacer dínero
al hombre humanitario y caballero !

XXXVIII

1519

Por la mañana *del siguiente dia*,
á seguir su camino,
que era el común deseo,
se aprestaba el ejército cristiano,
cuando llegó un correo,
suplicando al caudillo castellano,
en nombre del señor, rey de Tezcuco:
—se sirviera esperarle,
pues estaba al llegar, y órden tenía
hasta la capital de acompañarle.—

Y en breve se presenta
el señor de Tezcuco,
de sirvientes y nobles rodeado,
en un dosel de oro,
con ricas *verdes plumas* adornado,
cuyo color usaban
los príncipes reales de la corte:
como *unos veinticinco años* tendría,
de erguido y digno porte,
y bella y varonil fisonomía:
el suelo barren los humildes siervos,
y descendiendo el jóven de las andas,
baja *al suelo la mano*,
y llevándola *luego á la cabeza*,
con respeto saluda y gentileza
al jefe castellano,
quien también le contesta gravemente,
en medio de su jente;

y la experta Marina
la alocución del jóven interpreta,
y á escucharla en la plaza
la población se hacina,
como tupidas ondas:
luego Cortés, al jóven rey abraza,
quien sacando de caja de perfumes
tres grandísimas perlas y redondas,
se las entrega y dice:
« De mérito aunque exentas,
ellas son hoy de mi amistad el sello.»
Y Cortés *un collar de grandes cuentas
y colores*, colócale en el cuello,
que como nunca vista y rara cosa,
sorprende á la nobleza silenciosa.

Y la marcha se emprende
del lago Chalco *por la verde orilla*,
ó sus risueñas rutas,
do canta placentera la avecilla
de espesos bosques en hojosas grutas,
y el cultivo se extiende
en jardines de flores delicadas
y alegres huertos de sabrosas frutas,
que incitantes se inclinan sazonadas,
ostentando sus múltiples colores
y lozana hermosura:
y dejando después los invasores
la florida llanura,

penetran en el dique ó la calzada
de los lagos de *Chalco* y *Jochichalco*,
que *mas de media legua* se estendía,
de maciza estructura,
y en algunos parajes algo estrecho;
mas era en otros de bastante anchura,
por do de frente caminar podrían
diez ó doce soldados:
á millares canoas se veían
del fuerte dique en los opuestos lados,
en las cuales los ágiles remeros
conducían las jentes de las villas
á ver los semidioses extranjeros,
los que también absortos contemplaban
las nuevas maravillas
de esos lagos azules y brillantes,
continuados, serenos y adormidos;
sus *chinampas* ó cármenes flotantes,
como islas ó balsas en las aguas,
revestidas de flores rozagantes,
y cuyas aguas lentamente hendían,
y en ellas sus colores reflejaban,
y al ambiente sereno perfumaban,
y flotando á lo lejos se perdían,
entre aldeas y villas pintorescas;
y otras después venían,
cual brillantes pinturas arabescos,
donde el color meridional se imprime.

Y esos hombres de *aliento gigantesco*,
cuya vida un romance fué sublime,
miraban, con el seno alborozado,
ese mágico cuadro pintoresco,
que el artista del mundo, complacido,
en ese ignoto mundo hubo trazado,
y al genio de los genios prometido....
ha Colón revelado !

Breve descanso hicieron,
en la ciudad pequeña de Cuitláhuac,
elevada en estacas sobre el agua,
y la marcha siguieron;
pero hallándose el dique casi obstruido,
por saltar á sus bordes mucha gente,
tuvieron, con trabajo los soldados,
que irse abriendo camino lentamente.

Y á medida que avanzaban,
las quejas disminuían,
que más distantes se oían
y lanzar allí no osaban:
ya cerca del amo estaban,
y los prudentes y sabios
disimulan los agravios
de los fuertes y arrogantes;
y los bajos é ignorantes
de temor sellan los labios.

Que do impera el servilismo
se va perdiendo el honor,
y por costumbre ó temor,
se tolera el fanatismo
y respeta al despotísmo;
porque el genio y dignidad
precisan de libertad,
como resina las teas,
para espandir sus ideas
en la pobre humanidad !

Y la legión pasó de la calzada
á una legua de tierra, que los lagos
de *Tezccuco* y *de Chalco* dividía:
y luego hizo su entrada
á Ixtapalapa, donde residía
Cuitlahua, el animoso,
quien con otros señores
de villas y ciudades comarcanas,
á recibir salieron
á las cansadas fuerzas castellanas,
con gran acatamiento,
y seguidas de un pueblo numeroso,
que iba escuchando atento
de la música el eco belicoso;
y Cortés y su séquito y Cuitlahua
y otros nobles pasaron á un palacio,
do abundante banquete fué servido,
y otro también á las cansadas tropas;
y después á Cortés se regalaron
esclavas, bastante oro y muchas ropas.

No los palacios, templos ni moradas,
ni objetos de valor acumulados
eran de Ixtapalapa el digno orgullo,
sino aquellos *jardines celebrados*
en todo el vasto imperio,
donde inmensos caudales
por siglos á porfía se invertieron
y constantes trabajos á raudales;
y los cuales se hallaban
circuidos de canales
y de perfectos cuadros se formaban,
do con lozana pompa germinaban
las olorosas flores más exóticas
de la célebre flora mejicana,
y los preciosos árboles frutales
de remotos parajes trasportados,
como otros á la vez aclimatados;
y en las límpidas aguas, como espejos,
de los mansos canales,

veíanse do quiera reflejadas
en márgenes verdosas,
las frutas y las flores delicadas,
siempre en sazón y hermosas,
perfumando el ambiente,
de ese templado clima sonriente,
de amor y de consuelo:
millares de acueductos serpeaban,
que remojando el suelo
del seco aire el vigor neutralizaban;
y cargadas canoas y ligeras
los canales cruzaban,
oyéndose el arrullo sonoroso
de circulares, grandes pajareras,
que encerraban las aves
del brillante plumaje más hermoso
y de más tiernos cantos y parleras:
y enorme estanque de maciza piedra
de grueso murallón y varias gradas,
lleno estaba de peces saltadores
de todas dimensiones y colores;
y las garzas y cisnes lo cruzaban
y alegres zambullían,
cuando en toda Europa,[1]
jardines como aquellos no existían;
y su existencia hubiera ella negado,
si un igual testimonio
cada conquistador no hubiese dado.

Mas tan bellos y exóticos jardines
y risueños paisajes,
al retirarse el agua de los lagos,
insalubres, tristísimos parajes
de abrojos y de espinas
en breve se volvieron....
y en los palacios índicos, en ruínas,
los buhos y reptiles se reunieron! 131.

Desde allí, en lontananza se veían,
como de su belleza haciendo alarde,
de la gran capital, palacios, torres,
cuyas cimas herían
los postrimeros rayos de la tarde.

Ya *solo una jornada*
faltábale á esa gente decidida
para efectuar en Méjico su entrada;
mas como por su marcha entre las sierras,
los bosques y calzada
hallábase cansada,
y su jefe quería
que en Méjico al entrar se distinguiese
por su marcial aspecto y bizarría,
y ya al primer albor de la mañana
descansada estuviera,
mandó que en los cuarteles
se tocara á silencio,
después de racionar á los corceles.

¿Pero tener podrían
el anhelado sueño aquellos hombres,
cuando á su frente á *Méjico* tenían,
y allí osados á entrar se preparaban
y á hacerse *por los siglos memorables*,
con la gloria y riquezas, que esperaban?

Tristes los unos....*mas los menos eran*,
creyendo que eran nada
las luchas y trabajos ya pasados,
con los que aun estaban reservados,
aunque allí hicieran ya triunfal entrada,
con pena recordaban, silenciosos,
su patria, dulce hogar, hijos y esposa,
dándoles un ¡adios! entre sollozos;
aunque á honra tenían
dar su existencia por su noble España;
pero en tales momentos
al quijotesco *jefe maldecían*,
porque húboles metido en tal campaña!

Y otros, *que eran los más*, solo anhelaban
el ir de sus victorias recogiendo
el merecido premio, que esperaban,
á su animoso *jefe bendiciendo*,
porque ya *ciegamente* en él confiaban,
cual si su égida fuese,
creyéndose *invencibles*,
en donde quiera que él lo dirigiese.
¡Ilusos! No sabían,
que los hombres de bien, que se conjuran
en las revoluciones ó conquistas,
son ya los que al triunfar, *menos figuran!*
Si acaso, con el tiempo,
glorias sus nombres con razón cosechan,
á costa de su sangre y sacrificios,
antes otros del triunfo se aprovechan,
que nada por su patria aventuraron!

Y los aliados indios, que en su vida
en contemplar á Méjico pensaron,
ni menos el tener tal acogida,
tan solo lamentaban,
el no poder entrar *á sangre y fuego*
en esa capital, *que tanto odiaban!*

Y aquellos *temerarios capitanes*,
—que *como hermanos á Cortés* seguían,
sentimientos idénticos tenían,
y secundaban sus audaces planes,
no habiendo hallado nunca

obstáculos ni vallas,
y sus triunfos contaban por batallas,—
sin temor y seguros
á entrar iban á Méjico y resueltos,
si era preciso á derribar sus muros;
porque en sí propios y en su Dios confiaban,
y cual su digno jefe,
tambien fama y riquezas anhelaban!

Y al fin, todos rendidos,
sin definir ninguno sus ideas,
ni fijas, soñolientos, ya las haya,
quedáronse dormidos.
Solo Cortés no duerme,
vacila ni desmaya,
ni la fiebre entorpece sus sentidos:
todos al fin rendidos,
descanso encuentran de la noche en calma:
solo Cortés medita,
y dále aliento esa erupción del alma,
que perenne le agita:
ya mira sus deseos,
que ante todos juzgaban devaneos,
en hechos realizados:
de Méjico las *puertas*,
por Motezuma abiértas,
entrada van á dar á sus soldados,
como se espera á hueste redentora.

El mismo rey *parece que se entrega*,
y fascinado su amistad implora;
¿mas no serán del rey cobardes lazos
para atraerles á segura trampa,
y ahogarles después entre sus brazos?
Si esa triunfal entrada apetecida,
la lucha abrevia y la conquista augura,
¿no perderán la vida,
cuando quieran hallarla á la salida?.

Sí, todo esto Cortés bien lo comprende,
mas de su grande empresa créese indigno,
si pábulo al temor á dar desciende;
pues todo hombre inspirado,
á quien domina colosal intento,
desecha todo adverso pensamiento....
como una mala idea al hombre honrado:
solo mira adelante....
solo en su causa y en su fé confía,
y audaz, firme y constante
á lo imposible mismo desafía!

Y de todo lo grande,
este del alma *sacrosanto acento*,
el móvil es fecundo;
porque *es el almo genio* el instrumento
del progreso del mundo!

XXXIX

1519

¡Ya se impone el destino inexorable!
¡Ya aparece el albor del nuevo día,
del ocho de Noviembre, memorable,
del año mil quinientos diezinueve!

¡Es el día que el cetro poderoso
del imperio de Anáhuac se conmueve;
de Motezuma en los temblosos brazos,
para caer ante la cruz divina
por siempre, hecho pedazos!

¡El dia que *unos hombres inmortales....*
el dia que *unos hombres inspirados,*
de Méjico pisaron los umbrales!

Aun entre las sombras, que á disipar comienza
la opaca luz del alba de triste amanecer,
cual chispas vacilantes de incendio que se extingue,
las llamas de los templos de Méjico se ven;
y suenan las trompetas, y á las reunidas tropas
el jefe ya revista, montado en su corcel.

Por lagos y por selvas, aldeas y montañas
los ecos repercuten de música marcial;
y ondean esos hombres sus fúlgidas banderas,
y sienten orgullosos se seno palpitar;
y extintas ya contemplan las luces de los templos
de aquella ya inmediata, soberbia capital;
y á torres y palacios, pirámides y alturas
comienza lentamente el día á iluminar.

Cortés, sus oficiales y la caballería
formando van al frente, y síguenles en pos
los ágiles infantes, ya duchos veteranos;
y en medio los bagajes y objetos de valor

conducen los tamanes, que marchan silenciosos;
y los aliados indios comienzan á seguir
la larga retaguardia, armados y por cuerpos,
y todos ascendiendo como *á unos siete mil.*

La estrecha lengua toman de tierra, que separa
de Chalco y de Tezcuco las aguas de sus lagos,
y siguen la calzada, que va á la capital;
y de Magicalcingo la villa á un lado dejan
y la otra de Coyuácan perdiendo tambien van;
y ya cerca perciben, con toda su belleza,
á aquella sorprende metrópoli imperial,
que guarda un gran baluarte de piedra y argamaza,
de dos erguidas torres y anchísima una puerta,
en donde el pueblo espera las tropas ver entrar,
y sobre la calzada *un puente levadizo*,
que cruzan con recelo, les hizo ver tambien,
que tanta valentía rayaba en imprudencia,
pues iban á entregarse de un déspota á merced.

Y como buen militar,
comprende tambien Cortés,
que tan ciega intrepidez
es ir la muerte á buscar;
mas queriendo disipar
tal idea de la mente
de su recelosa gente,
como jefe y buen vasallo,
sofrenando á su caballo,
bajóse inmediatamente.

Con místico ardor profundo
Cortés la tierra pisó,
y alzando el pendón gritó:
«¡Entone admirado el mundo
triunfal canto á esta jornada;
porque si al fin de luchar
ocho siglos, sin cesar,
nuestra bella patria amada,
derrocó á la media luna,
hoy nosotros derrocamos
los ídolos, que pisamos,
con esta enseña, oh fortuna,
que inundándonos de luz,
rinde un mundo á nuestros piés!
¡Ya en Méjico, Hernán Cortés,
levanta la santa Cruz!
¡Miradla, sí, como brilla,
frente al trono mejicano,
que es ya de España y cristiano....
¡viva el pendón de Castilla!»

¡Y ese reto tan sublime
y digno de tal hazaña,
da un gran imperio á la España,
y al idólatra redime!

Y torna la estrepidez
á alentar á los soldados,
que exclaman entusiasmados:
«¡Gloria al insigne Cortés!»

Y cada noble oficial
de su caballo bajando,
va, con orgullo, abrazando
á su heróico general!

Y allí los esperaban algunos centenares
de nobles y de jefes, los cuales anunciaron:
—que estaba Motezuma muy próximo á llegar;—
vestían pantalones, y sobre las espaldas
ondeaban la ancha capa, con ágil ademán,
luciendo las alhajas
que al cuello, orejas, brazos y labios y nariz
ostentan de pulidas
turquesas y esmeraldas de límpido matiz.

Y todos esos indios, con grandes ceremonias
saludan á oficiales y al bravo capitan;
y mírase inmediata la régia comitiva
por esa, que llamaban, *la ancha calle real.*

Tres nobles palaciegos, con *gruesas varas de oro,*
preceden la litera del gran emperador,
que traen sobre sus hombros los fieles cortesanos,
y de ella el oro brilla, bañada por el sol:
tambien *otros descalzos*, mirando solo al suelo,
conducen *el de plumas* magnífico dosel,
de piedras tachonado, de plata guarnecido,
en torno á la litera, que al astro deja ver.

Y régia comitiva, y pueblo silencioso.
en pos y lentamente contémplase llegar,
cual súbditos, que siguen al amo omnipotente...
cual nubes, que rodean al astro matinal.

Ya llega la litera y siéntese esa atmósfera
de asombro y de silencio y gran admiración,
que embarga á los mortales al contemplar á un hombre,
que es ó le presumen á todos superior;
y pajes presurosos extienden por el suelo
riquisimas alfombras, pues se hizo la señal;
y para la litera, y los que el palio llevan,
avanzan al estribo y síguenle al bajar.
Como *de cuarenta años* era entonces
ese altivo monarca, poderoso:
de mediana estatura y rostro grave,
y *porte majestuoso;*
de lacio y *corto pelo denegrido*,

de aspecto entristecido,
de facciones *bastantes regulares,*
y de un color *más limpio* y *sonrosado*
que el de aquellos cobrisos naturales,
y su cuerpo *ni grueso ni delgado;*
y de oro ceñía en la cabeza,
con cierta dignidad y gentileza,
como una especie *de morrión* ó *mitra*
con largas *verdes plumas* y *rizadas;*
de sus hombros pendía
un manto de algodón *azul* y *blanco,*
cuyas puntas bordadas,
rica esmeralda al cuello recogía
con broches ó eslabones;
y *gruesas suelas de oro*
llevaba en *sus caligas ó sandalias;*
y del mismo metal eran los hilos
que cubrían los piés, y los cordones
sobre el tobillo atados,
que de perlas estaban salpicados;
é igualmente *festones*
ostentaba *de perlas en su capa;*
y alhajas de oro y piedras
con tanta profusión tenía en torno
de los brazos y el cuello,
que más eran *un peso que un adorno.*

Y este altivo Motezuma,
amo poco antes de Anáhuac,
la que escuchaba sumisa
su poderosa palabra,
triste, angustiado desciende
de sus delumbrantes andas,
sofocando los tormentos
que iban triturando á su alma,
para *humillar su corona,*
ante esa su corte esclava,
á un extranjero orgulloso,
á quien adula y se arrastra
á brindarle su palacio,
como mansión venerada,
y hasta salir á esperarle;
mas recobrando su calma,
y en brazos de los señores
de Tezcuco é Ixtapalapa,
da algunos pasos, y busca
á ese dios, que le avasalla,
y sus guías ya conocen
por su anterior embajada.

Y Cortés, al mismo tiempo,
sale á su encuentro, galante,
bájase de su caballo,
da las riendas á su paje,
y síguenle, como séquito,
sus adictos oficiales:
y Motezuma, admirado,
contemplar pudo un instante
á ese hombre, que las leyendas
y hechos sobrenaturales
anunciaron como á un dios,
y tiene *ya por delante;*
á ese dios irresistible,
que domeñando á los mares,
á sus pueblos intimida
con sus barbudos secuaces;
que vence á los tlascaltecas
y derriba á los altares.

Y Cortés observa, atento,
á ese déspota gigante,
cual si *el porvenir incierto*
leer en su cara intentase;
á ese á quien todo el imperio
rinde humilde vasallaje,
y en cuyas manos ya se halla
como un juguete, bastándole
tan solo el querer cerrarlas
para oprimirle y ahogarle;
porque Cortés bien comprende,
allí cercado al mirarse,
que su poder solo ha sido
el poder de los audaces:
allí, falto de elementos,
y sin tener una base
en que fundar esa empresa,
que se creyó irrealizable;
pero el temor que allí infunde
en pueblos, sierras y valles,
es el poder que le escuda,
y hasta de Méjico le abre,
sin luchar, todas las puertas;
y esta audacia fascinante,
de su poder el misterio;
y que cual rayos, espande,
quiere que espresen sus ojos....
y á *Motezuma anonade.*

Al fin el monarca azteca
domina sus sentimientos,
y con cierta dignidad,
aunque afable, es el primero,
que de esa mútua sorpresa
interrumpe ya el silencio;
y por medio de Marina,
que siempre se halla en su puesto,
al capitán manifiesta:
—que como á enviado y guerrero

de un monarca poderoso,
le reconoce en su imperio,
y complacido da albergue
á sus nobles compañeros
en la corte, donde espera
que se hallarán satisfechos:
que su sobrino y hermano
quedan, con mandato expreso,
de instalarle en un palacio,
donde irá á verle luego,
que del cansancio del viaje
se encontrase ya repuesto.—

Y espresándose Cortés
con un profundo respeto:
—su gratitud le demuestra
por sus regalos espléndidos,
y la afectuosa acogida,
que le ofrece entre su pueblo;—
y *un grande collar de cuentas*
de colores muy diversos,
y que fué entre los infieles
regio regalo estupendo,
colocando atentamente
de Motezuma en el cuello,
hace ademán de abrazarle;
pero rápidos, resueltos,
el sobrino y el hermano,
sus brazos interpusieron,
cual madre, que escuda al hijo,
para que aquel sacrilegio
consumar no osase nadie,
ni menos un extranjero,
en la persona sagrada
de su monarca supremo.

Se acerca, agolpa y apiña
la división castellana,
para conocer de cerca
al celebrado monarca,
quien tranquilo y circunspecto
á subir vuelve en sus andas,
de *do mira, entristecido*,
las banderas de Tlascala
y legiones enemigas,
y á su pesar *una lágrima*
por sus ojos se desliza,
de rencor, verguenza y rabia,
pues nunca pasó en su vida
unas horas más amargas!

Vuelve á subir Cortés á su caballo,
y formadas sus tropas nuevamente
en la calle real,
entran ufanas *á tambor batiente*
y *triunfantes banderas desplegadas*,
en la imperial ciudad;
y era de *varias millas*, ancha y recta
esa cuidada calle principal:
y en sus casas holgadas
de piedra y por los nobles habitadas,
como el centro mejor,
terrados y azoteas se veían,
que cubiertas de flores, parecían
odoríferos ramos de un salón.

Y hallábanse en su tránsito canales
con canoas sin fin,
puentes, templos y torres espirales,
y grandísimas plazas con jardín,
ostentando sus flores tropicales
de esquisitos perfumes y matiz;
y todo eso admirando,
y siguiendo la vista más allá,
á las azules fríjidas montañas,
circuídas en el valle de cabañas,
va iluminando el sol al declinar.

Y en calles, plazas, puentes y canales,
puertas, ventanas, pórticos y umbrales,
el inmenso gentío se agolpó;
y en tanto, el duro suelo estremecían
los hierros de los cascos del bridón;
las músicas los ámbitos hendían,
con marcial rumor;
las banderas ondeaban,
y yelmos y armaduras relumbraban
á los rayos del sol!

Y el gentío agolpado, silencioso,
y sorprendido, atónito y medroso,
aquella extraña escena al contemplar,
también á la legión iba siguiendo,
y como ensimismado, presintiendo
que iba á cumplirse *el término fatal!*

Pero al ver de Tlascala á los soldados,
sus enemigos siempre detestados,
entrar impunemente á su mansión,
sintieron gran asombro y más despecho,
y ese impulso, que el hambre da en acecho,
á la bestia feroz.

Y Cuitláhua y Cacama dispusieron
hacer alto, y allí se detuvieron
en la plaza central de la ciudad,
do estaba el monumento levantado
á su dios de la guerra consagrado,
y *hoy se contempla* allí la catedral.

Y de esta plaza al frente,
veíanse un palacio dilatado,
con sus torres y un alto murallón,
y el que abundantemente
hallábase provisto y preparado
para el jefe invasor;
y en donde con holgura
cupieron sus aliados y legión;
y su fuerte estructura
ofrecíales gran seguridad;
y esta mansión, *cincuenta años* hacía
que el viejo Ajayacált,
padre de Motezuma,
había conseguido terminar.

¡Cumplíase el destino inexorable,
y el sol ya extinguía
del ocho de Noviembre, memorable!

XL

1519

Cortés y sus expertos oficiales,
aunque hombres decididos,
y cuando era preciso, temerarios,
eran cáutos también y prevenidos,
contra toda asechanza de adversarios;
y ese extenso palacio recorrieron,
murallas, su gran patio y torreones,
y hasta sus más ocultas divisiones;
y á las tropas se dieron
respectivos cuarteles,
poniéndose pertrechos y cañones,
cual si fuesen pequeñas ciudadelas,
en todas las entradas,
como si allí encontráranse sitiadas,
y en todos los recintos centinelas;
y en muy seguras piezas vigiladas
fueron luego encerrados
bagajes y tesoros,
prohibiendo á los soldados,
iuclusos los aliados,
bajo *pena de muerte,* que ninguno,
sin antes obtener previo permiso,
de su cuartel saliese,
queriéndose evitar de esta manera,
que algún disgusto ó choque aconteciese,
y la buena amistad se interrumpiera.

Y ya en este recinto ó gran palacio,
—exornado y barrido,
donde para hospedarse tanta gente
había holgado espacio,—
encontrábase todo prevenido,
como un hotel, que espera parroquianos
de dadivosas manos:
hábiles cocineros y sirvientes,
silenciosos, afables, diligentes,
preparadas tenían las comidas,
limpias las mesas, y abundantes frutas
y diversas bebidas,
para obsequiar á todos los soldados,
inclusos á los aliados,
que rendidos y hambrientos se encontraban,
y con supremo gozo contemplaban
á ese holgado recinto, como al puerto,
donde halla el pobre náufrago reposo
al salir de los choques bramadores;
y otro mejor banquete y más suntuoso,
con plateada vajilla,
y ricos vinos, chocolate y flores
para el noble Malinche y los señores,
que su guerrero séquito formaban;
y las salas y alcobas
decoradas estaban,
con tapices, bordados de colores;
y eran las mesas, sillas y los bancos,
labrados, de una pieza y de madera;
y las camas, de esteras bien tejidas,
sin ser blandas ni duras,
con otras arrolladas,
que haciendo cabecera,
suplian las almohadas,
teniendo cada cual sus colgaduras
y finos y abrigados cobertores;
y estos que eran allí, lechos usuales,
parecieron suntuosos, regalados,
á los pobres soldados y oficiales,
y mejores que tálamos nupciales
á fogosos amantes, desposados.
Y las más buenas piezas, con sus camas,
se dieron á Marina,
á sus amigas y las otras damas.

Cruzándose la copa entre las manos,
habían terminado su banquete
los jefes castellanos,
de los brindis al plácido rumor,
cuando por los sirvientes fué anunciada
la esperada llegada
del fastuoso y puntual emperador.

Y en el patio bajó de su litera,
seguido de sus nobles principales,
donde espéranle ya
Cortés y sus galántes oficiales,
y en un salón hiciéronles entrar.

Corriendo y azorados
salen de sus cuarteles á la puerta
los cristianos soldados
al poderoso emperador, á ver;
pero los tlascaltecas,
le miran por rendijas y rincones,
como al gato contemplan los ratones,
que aun escudados, temen su poder.

Toman Cortés y Motezuma asiento,
y quedando á distancia respetuosa
el acompañamiento,
acércase la intérprete Marina,
y empieza Motezuma preguntando:
—«¿ Si eran ellos de raza ó nó divina
y del gran Quetzalcoátl la descendencia?
¿Si al acaso llegaron navegando,
ó por infusa y revelada ciencia
tuvieron antes datos
de su estendido imperio y su existencia,
y allende el mar pasaron sus retratos?
¿Y si espontáneamente
tan solo á conocerle allí vinieron,
ó al algún rey del Oriente
confióles para él una embajada?
¿Si venían de paz ó en son de guerra?
¿Y si eran de los mismos, que tocaron
el año antecedente
las orientales playas de esa tierra,
marchándose después súbitamente?
Que él conocía sus caballos y armas,
y sabía sus hechos y aventuras,
desde el momento, que en Tabasco entraron,
por exactas pinturas.
¿Y qué si por capricho derribaron
los ídolos y altares
de sus benignos dioses tutelares,
cuando los mismos que eran en Anáhuac,
ser debían allende aquellos mares?
¿Y si eran en su tierra todos blancos,
y ellos de su monarca los parientes,
ó solo sus vasallos?
¿Si solo de combates se ocupaban,
y sus furiosas fieras ó caballos
en las fevales lides solo empleaban,
ó si también servían
para cargas llevar, como tamanes?
¿Y qué para volverse, como harían,
cumplidos ya sus planes,
si sus quemados buques no existían?
¿Qué como se llamaban esos hombres,
que como buenos jefes le seguían?
Porque deseaba conservar sus nombres
en sus libros de historia,
para que allí quedase
guardada en los archivos su memoria.—

Y el monarca curioso,
indeciso y medroso,
otras preguntas incoherentes hizo,
y la sagaz Marina respondiendo,
á ellas Cortés, paciente, satisfizo,
preparando, con toques palpitantes,
los cuadros fascinates,
que fueran al monarca sometiendo
á sus audaces miras arrogantes;
mas siempre persistiendo:
—que el objeto real de su embajada,
no solo era la paz, sino ante todo,
la Cruz divina fuese venerada,
exenta de jentilicos errores,
y suprimida, en bárbaros altares,
de la inocente sangre los horrores.—

Pero trémulo escucha Motezuma
tan severa amenaza;
y pálido, sofócale la ira,
que su orgullo tortura;
mas con falsa sonrisa la disfraza,
y ya de pié poniéndose, murmura:
«Yo la amistad acepto
que tu señor me brinda y tú me ofreces,
y cumplirla sabré, como un precepto;
y creo, sí, que tus divinos dioses
serán también muy píos,
y puedes ensalzarlos cuanto quieras......
sin ofender los míos!»

Mas creyendo al momento
que habíase excedido,
en su debilidad encuentra aliento
ese pobre monarca temeroso,
y él mismo al cuello de Cortés coloca
un muy raro collar de oro vistoso,
aunque de ningún mérito parece,

y dícele: Malinche,
á tí y toda tu gente pertenece
esta estensa morada.» 132
Y de ella parte, á su litera sube,
y envuélvele su pueblo, como nube.

Y el valiente don Pedro de Alvarado,
que se encontraba á un lado,
como *en las tablas* pronunció *este aparte:*
«¡ Necias zalamerías
de este topo monarca de cabestro,
cuando su reino todo ha de ser nuestro....
dentro de breves días!»

Y luego los sirvientes
aparecen cargados
de *mantas, trajes y cadenas de oro,*
cuyos objetos *fueron suficientes*
para adornar á todos los soldados;
y sobraron vestidos,
que diéronse también á los aliados.

El sol desaparecía
de su diurna de carrera majestuosa,
cuando se oyó á la vez estrepitosa
descarga general de artillería,
en medio del imperio mejicano,
enalteciendo *el memorable* día,
que enarbolóse el pabellón hispano:
es el rayo, que rasga al firmamento,
es de un volcán el súbito estallido,
jamás allí oído,
y que en la plaza principal estalla,
retemblando las casas y los templos,
almenas y muralla;
y un instantáneo resplandor rojizo
ilumina las torres y palacios,
y luego, densas y negruzcas nubes
de azulado vapor, hienden, se apiñan,
y van oscureciendo los espacios;
suenan después las músicas y dianas,
relinchan, al oirlas, los caballos,
y los vivas y aplausos generales
alegran los cuarteles
con canciones marciales,
al lanzar ese reto temerario:
en tanto, de terror supersticioso,
jime y grita afligido el vecindario,
y recuerda, angustioso,
ante aquellas tan fúnebres señales,
que en su propia ciudad hallan asílo
esos seres tremendos y fatales;
y el mismo Motezuma escucha, inerte,
ese espantoso estruendo, que presume
fatal presagio de cercana muerte,
cuya constante idea le consume!

De su palacio á la puerta
salieron luego Cortés
y sus buenos oficiales,
y llegaron solo á ver
las calles abandonadas,
cual queda un pueblo, después
que un ejército enemigo
lo hizo su presa y cuartel.
Y tal, mirando á este pueblo,
dijo á su grupo Cortés:
«¡ Qué bién conocen los déspotas
el invencible poder
que en toda la tierra ejerce
usar el terror por ley!
Usemos este sistema
aquí, en bien de ellos: ya véis,
como un poco de humo y pólvora,
aterra al osado infiel....
como aterra á cortesanos
el ceño de adusto rey.
Así el genio y patriotismo
recursos tienen también,
contra la traición y envidia,
para luchar y vencer,
y humillar *la fuerza bruta*
cuando acosados se ven!»

«¡ Esa es nuestra buena escuela,
—esclamó el grupo á la vez,—
y que sostenga el acero
nuestra Cruz, como poder!»
Entráronse, y á silencio
tocóse en todo el cuartel.

Marina á Cortés espera,
y Cortés la preguntó:
—¿ qué juicio formado había
al ver al emperador ?—
Y Marina así le espuso
con franqueza su opinión:
«Creo yo que dócilmente
irá escuchando tu voz;
y hará nuevas concesiones,
vencido por el temor;
pues no hay duda, que imagina
que sois los hijos del dios,
que fenómenos y augurios
y la antigua tradición
han anunciado á esta tierra,
y que esto, ya se cumplió.
Sí, él á todo accederá,

como ha accedido hasta hoy,
aunque su orgullo quebrado
sienta amargo torcedor;
pero no será perjuro
jamás á su religión,
pues sabe que el sacerdocio
y todo su pueblo en pos,
no solo le quitaría
el mando de la nación,
sino daríale muerte,
como á un inicuo traidor,
si tal perjuicio intentara;
y no hará tal cosa, no,
porque ama más que á su vida
de Anáhuac ser el señor.
¡Bien todo esto he comprendido,
cuando hablaste de tu Dios,
de sus ojos en la furia
y repentino temblor!»

«¡Pues él llegará á ceder,
como Tabasco cedió!»
Seguro Cortés replica,
en su firme obstinación.
«¡Pues morir lo verás antes....
pero ceder... eso no!
«¡Tabasco! Eso es diferente...
como es la sombra del sol!»
Respondió la india astuta,
sin dudar de su intuición.

Las luces de los templos comenzaron,
con su esplendor rojizo á iluminar
las solitarias calles
de la absorta ciudad,
y expertos sacerdotes en las torres,
contemplando los astros, sin cesar,
indican con su rústica corneta
cada hora, con tono desigual;
y esas notas se escuchan,
como el salvaje canto del zorzal.

XLI

1519

Tenochtitlan llamóse en toda Aáhuac
su antigua capital: eran sus calles
de Norte á Sud y del Oeste al Este,
hallándose *en dos barrios* dividida:
el uno, *Tlatelolco,* era el del pueblo,
y Méjico era el otro, do la corte
y los nobles y ricos residían,
dándose á la ciudad luego este nombre,
que continuó la capital cristiana:
fundada estaba en espacioso plano,
de vida tropical exuberante,
coronada de sierras y montañas,
cuyas vertientes aguas rebozando,
formaban grandes lagos en sus islas,
donde *más de cincuenta* lindos pueblos
de la gran capital en torno habían:
y la circunferencia de este todo,
de *treinta y tantas leguas* no bajaba.

Los de Tezcuco y Chalco, grandes lagos,
un gran dique de piedra dividía,
cuyas compuertas levadizas daban,
cuando era menester, el agua al otro,
sin que ninguno de ella careciese;
el uno dulce y clara de las sierras,
siempre abundante acopio recibía;
mas el otro albergábala en su seno
como la del mar, salada, obscura,
por su blanquizco lecho salitroso,
hallándose en su márgen las salinas,
como otra rica y productiva industria;
y aunque benigno el clima y saludable,
las varias estaciones suavemente
dejábanse sentir; y aunque el paraje
húmedo era por lagos y bajíos,
hacíanla agradable sus perennes,
secas brisas y rayos bienhechores,
cual dulces besos germinando vida.

Los primitivos bárbaros fundaron
en esas islas sus endebles chozas
sobre firmes estacas; luego el tiempo
y la más población diseminada,
aproximando fueron sus hogares,
y siguiéronse haciendo ya mayores,
hasta que construyóse Tenochtitlan,
extrayéndose de próxima cantera,
para construir las casas y los templos

una *piedra porosa y colorada*,
y fácil de labrar, aunque era sólida.
Y ya después, reunidas esas tribus,
á otras venciendo, hiciéronse guerreras;
mas las aztecas, superando á todas,
quedáronse con Méjico, al que fueron
como á su capital, impulso dado. 133

Esas flotantes islas ó *chinampas*,
que verdosas los lagos recorrían
los primeros aztecas las formaron
de esqueletos de balsas y de juncos,
que cubrían del limo de los lagos;
y otras tambien formábanse ellas solas
de fibrosas raíces y resíduos,
desprendidos al fin de las orillas,
y eran *de ochenta á cien varas de largo*;
y en ellas sus legumbres y las flores
cultivaban los indios, y surtían
diariamente una parte del mercado;
pues con sus botadores las llevaban
fácilmente á los diques y canales;
y algunas tal profundidad tenían,
que soportaban árboles y chozas.

Solo *eran tres* los principales diques;
el del Norte, llamado *Topeyácac*,
Ixtapalàpa al Sud, por donde entraron
los españoles, y *Tlascopa* al Oeste,
el cual se hizo muy pronto memorable,
pues por su larga vía *de dos millas*
fué la fatal y cruenta retirada
de los que entraron á tambor batiente.

Para evitar, despues de la conquista,
esas inundaciones, que sufrieron,
al ir los arruinados edificios
las corrientes cegando y los canales,
á principios *del siglo diezisiete*
el sólido acueducto construyóse
de *Huehuetoca*, larga obra de aliento,
que después quedó libre de las aguas;
pero fueron dejando, al extinguirse,
áridas fajas de blanquizca costra,
que el verdor esmaltado reemplazaban
de las riberas de los mansos lagos,
en cuya superficie cristalina
esparcieron su sombra muellemente,
bosques de encinas, sicomoros, cedros,
y cubrió luego salitroso lodo, 134

Por estar erigida entre canales
esta vieja ciudad del nuevo mundo,
la hallaron los cristianos semejantes
á la orgullosa reina de Adriático:
eran en general *cortas y estrechas*
su bien pavimentadas, limpias calles;
y *otras largas ó* especies *de avenidas*
con laterales edificios y anchas;
mas cortadas por puentes y canales,
á millares cruzándose canoas,
como en vasta ciudad ligeros coches,
ó como alegre puerto, de do salen
para otro puerto los cargados buques.

Las espaciosas casas de los nobles
eran de piedra y en el centro *un patio;*
algunas *con sus fuentes*, y ostentaban
florecidos jardines, *en terrados*,
y amuebladas hallábanse con lujo:
de piedra igual, pero hasta cierta altura,
tambien eran las casas de los pobres,
y de adobes el resto y bien pintadas,
con sus techos *formando caballetes*,
ó una diagonal hacia la calle.

Activa y numerosa policía
diariamente *cuidaba del aseo*
de toda la ciudad y sus mercados;
y *mas de mil personas* se ocupaban
en regar y barrer todas las calles,
y en irlas componiendo y mejorando; 135
así es que no era solo bien cuidada,
sinó ádemás alegre y pintoresca,
por sus islas, sus lagos y jardines,
radiante cielo y apacible clima,
comercio, movimiento, industria y lujo.

Siendo salobre el agua de los lagos,
llega de *Chapoltépe* ó la *Cigara*,
que *una legua distaban*, la otra dulce,
muy pura y cristalina, por un ancho
y especial acueducto, que abundante
receptáculos, fuentes y cisternas
de toda la ciudad abastecia.

No solo Motezuma fomentada
el gusto arquitectónico y trabajos,
que fueron la ciudad embelleciendo,
sino que, pareciéndole ya indigno
de su poder la antigua residencia
de los pasados reyes, un palacio
soberbio levantó, *donde hoy existen*
modernos y lujosos edificios,
de la plaza mayor *formando un frente:*
y en su tiempo también fué conducido
de lejana distancia, do labróse
el de piedra famoso *calendario*,

y revelan sus restos todavía
cual era entonces el progreso azteca. 136

Tenía el soberano en esa corte
varios grandes palacios amueblados;
pero era el que habitaba el más suntuoso
y de suma estensión extraordinaria,
por allí hallarse todo aglomerado
para el placer, comodidad y lujo,
depósitos, museos y oficinas;
y extendíanse en torno del palacio
raros arbustos y fragantes flores,
medicinales plantas, que la ciencia
de estudiosos botánicos de Anáhuac,
ya sus virtudes, eficacia y uso,
desde remoto tiempo conocía. 137

Dentro un gran murallón, *todo de piedra*,
y con *sus veinte puertas* espaciosas,
hallábanse los vastos edificios,
también de piedra colorada y mármol:
sobre la puerta principal estaban
del monarca las armas esculpidas,
que eran *un grifo ó águila en la roca*,
teniendo *á una pantera entre sus garras*.

De todo este conjunto de edificios
eran los bien labrados artesones
de *cedro y de maderas olorosas*,
que formaban larguísima azotea. 138

De Motezuma el gran departamento
muchísimos salones contenía,
cubiertas las paredes de tapices
de bordado algodón, pieles y plumas,
que pájaros y flores imitaban,
y los pisos veíanse cubiertos
de muy finas esteras de colores.

Diez serenos estanques y espaciosos
daban albergue á brilladores peces,
pues los que eran de mar, holgadamente
en los salobres lagos se espandían;
y anchas fuentes de terso pavimento
de mármol de colores diferentes,
cubiertas de enramadas olorosas
y formando sonrientes pabellones,
en los calores del estío daban,
y en sus noches de luna voluptuosas,
plácida sombra y abandono muelle
al lascivo monarca y sus amantes.

Hallábanse los patios exornados
de bellas fuentes de agua cristalina,
que el cerro Chapoltépec renovaba
por caños, esparcidos por doquiera,
también abasteciendo *á unos cien baños*
en todos esos sitios distribuídos.

Exorbitantes las riquezas eran
de este último monarca poderoso;
pues además de las inmensas tierras,
que labraban sus súbditos sumisos,
tesoros poseía, acumulados
del oro y plata de las muchas minas,
de las contribuciones y derechos,
impuestos de salinas y de entradas,
y *del tercio*, que obreros y artesanos
tenían de las ventas que abonarle,
hallándose obligado el lugareño,
sin paga, á conducir hasta la corte,
lo que á su vez de allá correspondiera;
é base guardando en plata y oro
y en alhajas y telas el sobrante,
que anualmente sus arcos percibían.
Y cuando estos abusos y exacciones
y el público clamor le reprochaban
los bravos invasores, contestaba:
«Yo conozco el carácter de mis súbditos,
y es preciso obligarles al trabajo,
para que en paz se encuentren y sujetos;
porque si enriquecerse les dejase,
y vivir en la holganza y la molicia,
la quietud de mi reino turbarían».
¡Era un bello argumento, aunque sofístico,
y más injusto aún; pues era el móvil
de tal trabajo el fruto irles robando!

La su guardia formábase de nobles,
los que además la obligación tenían
de costear ejércitos y armarlos;
pero cuando las tropa, eran muchas,
como para emprender una conquista,
dada el monarca entonces los aprestos,
que necesarios fueran y faltasen.

Motezuma, *monarca sibarita*
en sus placeres, el vestir y mesa,
sin desventaja competir podía
con el sultán más lúbrico de Oriente:
mudábase en el día *varios trajes*,
que usaba una vez sola, y se bañaba
en perfumadas aguas diariamente.

Por *cientos* eran las hermosas jóvenes,
que vivían morando en su palacio,
cada una de ellas en su propia pieza,
y por dueñas servidas y cuidadas,
reuniéndose en salones muy bien puestos
para tejer, bordar y hacer labores,

flores de plumas y curiosos dijes,
siendo las más honradas y atendidas,
aquellas que el monarca visitaba
ó hacíalas llamar con más frecuencia. 139

De notables plebeyos eran antes
los guardias y el servicio del palacio;
mas dispuso el soberbio Motezuma,
que fueran por los nobles reemplazados,
á quienes con desdén y altivamente,
en ínfimos servicios degradantes
gozábase ocupar, creyendo honrarlos.
¡Así la elevación y las riquezas,
la lisonja servil y los honores
llegan á idiotizar y ensoberbecen
del general aplauso *al que es indigno!* 140

XLII

1519

En extenso salón entapizado
y cubierto de pieles y de esteras,
comia el soberano, *siempre solo:*
un gran biombo, dorado ricamente,
y entallado con pájaros y fieras;
mediana mesa con mantel cubierta,
con jarrones de flores adornada,
y *el regio asiento* en el banquete diario,
con mullido cojín con franjas de oro:
predilectas mancebas, viejos nobles,
colocaban los vinos y cervezas,
centenares de viandas alcanzaban
de las aves más tiernas y sabrosas,
de los más ricos peces del Océano,
y preferidos guisos más costosos,
servidos en la loza de Cholula,
que era la más notable en la cerámica;
pues poníanse solo en grandes fiestas
vajillas de oro y plata; las que luego
de usadas una vez, era costumbre
regalarse á los criados de la mesa;
y porque era también mucho más lujo
el servicio emplear de fragil loza,
pues el de esos metales era eterno,
y pasando de padres á los hijos
era una economía y más barato.
Los postres eran dulces y pasteles,
las más selectas frutas del imperio,
y los mejores vinos y licores,
y el rico *chocola con vainilla,*
casi en fragante espuma convertido,
del que tomaba infinidad de tazas
durante el día, como grato nectar.
En servicio de plata, que traía
bella joven, lavábase las manos,
mientras que otras ponían en la mesa
las cinceladas y valiosas pipas,
llenas de liquidámbar y tabaco,
cuyo humo embriagante y delicioso,
soñoliento aspiraba, muellemente,
en tanto que habilísimos juglares,
con sus ágiles juegos y destreza,
y astutos y agudísimos bufones,
ó músicas y danzas de muchachas,
y heróicos cantos de la azteca historia,
su alegre sobremesa deleitaban. 141

Entregábase luego, soñoliento,
en su lujosa cama á larga siesta,
como un hombre ya hastiado de placeres
ó un activo pensador rendido;
y después daba audiencia al levantarse
á los gobernados tributarios,
embajadores, jefes y caciques,
quienes tenian que ocultar su traje
bajo tosca de *náqueu* larga capa,
entrar descalzos y mirar al suelo,
interin Motezuma daba audiencia,
á todos contestando brevemente,
por medio de sus tiesos secretarios.

Tenía un gran museo, do existían
nuevas y antiguas armas del Anáhuac;
y como en manejarlas era diestro,
con gusto contemplaba el ejercicio,
que la joven nobleza ante el hacia.
Fomentaba el espíritu guerrero,
á los jefes premiando y los soldados,
que en las frecuentes guerras descollaban,
con honores y bienes; y en su tiempo
órdenes militares se formaron,
llamadas *de las águilas y tigres,*

y una especial de príncipes y nobles,
en la cual inscribir *él mismo se hizo*,
consistiendo su insignia *en roja cinta*,
atada á los cabellos, y *unas borlas*
de igual color pendientes *de la espalda*,
que según las hazañas militares,
también iban en número aumentando.

En su armería trabajaban siempre
los mejores obreros, y esas armas
reunidas eran en cuidado porque,
do hallábanse también esas lujosas
aljabas, flechas, mazas y morriones,
que por su plata y oro y finas piedras
eran tan solamente fabricadas
para el emperador y su familia.

Los inmensos graneros y almacenes
anualmente encontrábanse colmados
de todos los tributos del imperio;
y en larguísimas jáulas se veían
las más preciadas aves de esa tierra,
y pájaros más raros y cantores
y de fino plumaje más brillante:
allí el pavo real, que el arco iris
orgulloso despliega en su abanico;
el dorado faisan, lleno de estrellas,
el cardenal pulpúreo y verde loro....
y hasta ese colibrí, casi invisible!

Y en más seguras jáulas se encontraban
el soberano cóndor de los Andes,
buitres, halcones, águilas y cuervos
de carniceras y afiladas garras;
y en otras más tupidas y en rincones,
grandes arañas, vívoras y escuerzos,
escorpiones, caimanes y culebras
y horribles animales ponzoñosos;
y en distantes, seguros enrejados,
todas las varias fieras de esos bosques,
hasta su torvo toro guedejudo. 142

Y en especiales piezas divididos,
enanos, jorobados y otros mónstruos,
que natura sarcástica presenta
á nuestra altiva raza, de esa raza....
que la imagen de Dios se creese en el mundo!

Fundíanse hábilmente en el palacio
la plata y oro y todos los metales;
y artífices selectos trabajaban
las riquísimas joyas y vajillas
y de la orfebrería las labores;
nada faltaba allí; y orden completo
allí reinaba y obediencia muda:
era más que un palacio, un pueblo era
y un personal inmenso allí existía:
cortesanos y nobles y caciques,
tesoreros, fiscales, contadores,
empleados, mayordomos y millares
de diligentes y sumisos siervos,
cada cual ocupado en su trabajo.

Circundado de bosques y jardines
hallábase en el cerro Chapoltépec
el palacio real, que las cenizas
de sus progenitores encerraba;
y Motezuma en él, algunos meses,
por aquella estación pasar solía:
y *dos bajos relieves*, como estatuas,
en las porfíreas rocas esculpidos,
veíanse á la entrada, entre cipreses,
de colosales formas seculares:
eran de Motezuma y Ajayácatl,
y hasta *mediados del pasado siglo*
conserváronse intactas; y hoy se encuentra,
en la que fué mansión de aztecas reyes,
el suntuoso, aunque tétrico palacio,
que el joven virrey Galvez, afanoso,
alzar hizo *en el siglo diecisiete*.

Dentro de *un cuadrangular*, vasto recinto,
el *teocalli* mayor se levantaba,
cuya erguida pirámide, entre todas,
de la gran capital sobresalía;
como de *treinta metros* era de alto,
ochenta y seis de base, y dividida
en cinco cuerpos, cada cual teniendo
una externa y mediana galería;
y á ellos paso, desde el suelo daban,
como *unos ciento ó ciento diez* peldaños,
que iban en torno por su parte externa,
suavemente girando hacia la cima. 143

De *dos y medio metros* era de alto
y de labrada piedra el fuerte muro,
figurando *serpientes enroscadas*,
que imponente cercaba todo el templo;
y hacia *los cuatro vientos cardinales*,
una entrada tenía, que indicando
de liminar deidad marmórea estatua,
reverencias de todos recibía.

La sólida pirámide era toda
de guijarros y mezcla levantada,
y de chapas de piedras bien cubierta;
y como en las funciones religiosas,
á la cima al subir los sacerdotes,

de la música al son la vuelta daban
de esa de caracol ancha escalera,
la prosternada multitud veía
tal procesión, con místico silencio;
y el recínto circuído por el muro
era enlosado de variados jaspes,
y cabrían en él *diez mil* personas;
y sus casas también allí tenían
cientos de sacerdotes venerados,
y viejas preceptoras, cuyo oficio
era ser á la vez sacerdotisas:
ellos en seminaríos enseñaban
á la jóven nobleza en el progreso
de ciencias y artes ó severos ritos;
y ellas en los deberes á las niñas,
que su estado después las impusiese,
y en bordar y tejer para los templos.

De la sacra pirámide los pisos,
otros tantos santuarios encerraban:
veíase en uno las paredes tintas
de la fétida sangre salpicada,
pues allí estaba la convexa piedra,
do á la infelice víctima, tendida,
el corazón sacaba el sacerdote;
y del suplicio los objetos varios,
cual reliquias, colgadas entre adornos.

Y en otro una deidad, *Tezcatlipoca*,
cuya imágen bruñida en negro mármol,
figurando al criador del Universo,
cubierta estaba de valiosas joyas;
y en santuario *de bóveda dorada*
la colosal imágen se veía
de su *dios de la guerra* predilecto;
en una mano *el arco*, y en la otra
un haz tenía *de doradas fechas*,
rodeándole su cuerpo *una serpiente*
de perlas y de piedras de colores,
y cadena en el cuello de oro y plata,
haciendo *corazones*, y otros puestos
sobre el altar de víctimas postreras;
y sus piés, como en trono, reposaban
del colibrí sobre sedosas plumas;
y de preciosas piedras y tapices,
ídolos, jeroglíficos y ofrendas
hallábanse cubiertas las paredes
de esos diversos pisos del santuario,
en cuya cima ardía el sacro fuego;
y estaba colocado cual campana,
ese tambor cilíndrico y enorme
de pieles de serpientes, el que solo
era tocado en los solemnes actos,
su tañidos llegando á gran distancia.

Y otros miles de templos se veían
á idoles y dioses consagrados,
en toda la ciudad; y de sus torres
las nocturnas hogueras eran faros,
que daban luz á calles y canales. 144

Y en túmulo especial las calaveras
de seres á sus dioses ofrecidos,
hallábanse reunidas, cual trofeos;
y contó muy paciente Bernal Díaz
ciento treinta y seis mil, en los montones.
Así lo dice, y *nadie de embustero*,
como fiel narrador puede tacharle,
sino en la cifra *de algo exajerado:*
y Gonzalo de Umbría y Andrés Tapia
también *el mismo número* contaron,
según así refiérelo Gomara.

XLIII

1519

El mercado central de *Tlaltelolco*
era una extensa plaza, que de tiendas
en los días de feria se cubría. 145

Toda clase de gentes la cruzaba;
los pobres, los sirvientes, mercaderes,
y la nobleza, en el vestir lujosa:
el *tilmátli* ó la capa atada al cuello,
ostentaba el señor, con gallardía;
y el holgado calzón *de ricas borlas*
ó largos flecos, de colores varios,
y ser de más ó menos fina tela.
del sujeto el estado revelaba;
y si era la estación algo más fria
las capas ostentábanse *de pieles*,
ó tejidos de pelos de animales

y una especial de príncipes y nobles,
en la cual inscribir *él mismo se hizo*,
consistiendo su insignia *en roja cinta*,
atada á los cabellos, y *unas borlas*
de igual color pendientes *de la espalda*,
que según las hazañas militares,
también iban en número aumentando.

En su armería trabajaban siempre
los mejores obreros, y esas armas
reunidas eran en cuidado porque,
do hallábanse también esas lujosas
aljabas, flechas, mazas y morriones,
que por su plata y oro y finas piedras
eran tan solamente fabricadas
para el emperador y su familia.

Los inmensos graneros y almacenes
anualmente encontrábanse colmados
de todos los tributos del imperio;
y en larguisimas jáulas se veían
las más preciadas aves de esa tierra,
y pájaros más raros y cantores
y de fino plumaje más brillante:
allí el pavo real, que el arco iris
orgulloso despliega en su abanico;
el dorado faisan, lleno de estrellas,
el cardenal pulpúreo y verde loro....
y hasta ese colibrí, casi invisible!

Y en más seguras jáulas se encontraban
el soberano cóndor de los Andes,
buitres, halcones, águilas y cuervos
de carniceras y afiladas garras;
y en otras más tupidas y en rincones,
grandes arañas, víboras y escuerzos,
escorpiones, caimanes y culebras
y horribles animales ponzoñosos;
y en distantes, seguros enrejados,
todas las varias fieras de esos bosques,
hasta su torvo toro guedejudo. 142

Y en especiales piezas divididos,
enanos, jorobados y otros mónstruos,
que natura sarcástica presenta
á nuestra altiva raza, de esa raza....
que la imagen de Dios se creese en el mundo!

Fundíanse hábilmente en el palacio
la plata y oro y todos los metales;
y artífices selectos trabajaban
las riquísimas joyas y vajillas
y de la orfebrería las labores;
nada faltaba allí; y orden completo
allí reinaba y obediencia muda:
era más que un palacio, un pueblo era
y un personal inmenso allí existía:
cortesanos y nobles y caciques,
tesoreros, fiscales, contadores,
empleados, mayordomos y millares
de diligentes y sumisos siervos,
cada cual ocupado en su trabajo.

Circundado de bosques y jardines
hallábase en el cerro Chapoltépec
el palacio real, que las cenizas
de sus progenitores encerraba;
y Motezuma en él, algunos meses,
por aquella estación pasar solía:
y *dos bajos relieves*, como estatuas,
en las porfíreas rocas esculpidos,
veíanse á la entrada, entre cipreses,
de colosales formas seculares:
eran de Motezuma y Ajayácatl,
y hasta *mediados del pasado siglo*
conserváronse intactas; y hoy se encuentra,
en la que fué mansión de aztecas reyes,
el suntuoso, aunque tétrico palacio,
que el joven virrey Galvez, afanoso,
alzar hizo *en el siglo diecisiete*.

Dentro de *un cuadrangular*, vasto recinto,
el *teócalli* mayor se levantaba,
cuya erguida pirámide, entre todas,
de la gran capital sobresalía;
como de *treinta metros* era de alto,
ochenta y seis de base, y dividida
en cinco cuerpos, cada cual teniendo
una externa y mediana galería;
y á ellos paso, desde el suelo daban,
como *unos ciento ó ciento diez* peldaños,
que iban en torno por su parte externa,
suavemente girando hacia la cima. 143

De *dos y medio metros* era de alto
y de labrada piedra el fuerte muro,
figurando *serpientes enroscadas*,
que imponente cercaba todo el templo;
y hacia *los cuatro vientos cardinales*,
una entrada tenía, que indicando
de liminar deidad marmórea estatua,
reverencias de todos recibía.

La sólida pirámide era toda
de guijarros y mezcla levantada,
y de chapas de piedras bien cubierta;
y como en las funciones religiosas,
á la cima al subir los sacerdotes,

de la música al son la vuelta daban
de esa de caracol ancha escalera,
la prosternada multitud veía
tal procesión, con místico silencio;
y el recinto circuído por el muro
era enlosado de variados jaspes,
y cabrían en él *diez mil* personas;
y sus casas también allí tenían
cientos de sacerdotes venerados,
y viejas preceptoras, cuyo oficio
era ser á la vez sacerdotisas:
ellos en seminaríos enseñaban
á la jóven nobleza en el progreso
de ciencias y artes ó severos ritos;
y ellas en los deberes á las niñas,
que su estado después las impusiese,
y en bordar y tejer para los templos.

De la sacra pirámide los pisos,
otros tantos santuarios encerraban:
veíase en uno las paredes tintas
de la fétida sangre salpicada,
pues allí estaba la convexa piedra,
do á la infelice víctima, tendida,
el corazón sacaba el sacerdote;
y del suplicio los objetos varios,
cual reliquias, colgadas entre adornos.

Y en otro una deidad, *Tezcatlipoca*,
cuya imágen bruñida en negro mármol,
figurando al criador del Universo,
cubierta estaba de valiosas joyas;
y en santuario *de bóveda dorada*
la colosal imágen se veía
de su *dios de la guerra* predilecto;
en una mano *el arco*, y en la otra
un haz tenía *de doradas fechas*,
rodeándole su cuerpo *una serpiente*
de perlas y de piedras de colores,
y cadena en el cuello de oro y plata,
haciendo *corazones*, y otros puestos
sobre el altar de víctimas postreras;
y sus piés, como en trono, reposaban
del colibrí sobre sedosas plumas;
y de preciosas piedras y tapices,
ídolos, jeroglíficos y ofrendas
hallábanse cubiertas las paredes
de esos diversos pisos del santuario,
en cuya cima ardía el sacro fuego;
y estaba colocado cual campana,
ese tambor cilíndrico y enorme
de pieles de serpientes, el que solo
era tocado en los solemnes actos,
su tañidos llegando á gran distancia.

Y otros miles de templos se veían
á idoles y dioses consagrados,
en toda la ciudad; y de sus torres
las nocturnas hogueras eran faros,
que daban luz á calles y canales. 144

Y en túmulo especial las calaveras
de seres á sus dioses ofrecidos,
hallábanse reunidas, cual trofeos;
y contó muy paciente Bernal Díaz
ciento treinta y seis mil, en los montones.
Así lo dice, y *nadie de embustero*,
como fiel narrador puede tacharle,
sino en la cifra *de algo exajerado:*
y Gonzalo de Umbría y Andrés Tapia
también *el mismo número* contaron,
según así refiérelo Gomara.

XLIII

1519

El mercado central de *Tlaltelolco*
era una extensa plaza, que de tiendas
en los días de feria se cubría. 145

Toda clase de gentes la cruzaba;
los pobres, los sirvientes, mercaderes,
y la nobleza, en el vestir lujosa:
el *tilmátli* ó la capa atada al cuello,
ostentaba el señor, con gallardía;
y el holgado calzón *de ricas borlas*
ó largos flecos, de colores varios,
y ser de más ó menos fina tela.
del sujeto el estado revelaba;
y si era la estación algo más fria
las capas ostentábanse *de pieles*,
ó tejidos de pelos de animales

ó bordadas de plumas y cordones:
y las nobles mujeres, que tenían
mucha más libertad, que en otros puntos,
su civilización así mostrando,
alternaban *basquiñas diferentes,*
con elegantes flecos, ó bordada
túnica larga y *el garboso manto,*
dejando su semblante descubierto,
melancólico y grave, que es el tinte
que da á tal raza *peculiar carácter;*
y viéndose flotar sus negras trenzas,
sin esos velos de maguey y adornos,
que en otras partes del Anáhua usaban.

En este *tiángues,* colosal mercado,
al aire libre, en tiendas, bajo toldos,
con sus obras, acopios y productos,
miles de negociantes se encontraban,
de artesanos, marinos, labradores,
entre el gentío del reunido pueblo:
los unos á vender iban los suyos,
los otros á adquirirlos ó trocarlos
por las precisas cosas de la vida,
ó cual materia prima en sus oficios:
allí los alfareros de Cholula,
con su célebre loza muy variada,
y sus joyeros con sus finas obras:
los hábiles artistas de Tezcuco,
con sus pintadas telas expresivas,
y mapas generales y especiales:
de Atzcajozalco los plateros ricos,
con sus adornos, broches y juguetes;
de la industrial Cuahtílan fabricantes,
con canastos, esteras y sus sillas;
de Jilatepe allí los cazadores,
con sus pájaros, reses y sus aves;
y los de Jochimilgo jardineros,
con sus plantas, sus flores y semillas;
con sus dorados peces los marinos;
de las cálidas zonas labradores,
con esquisitas y variadas frutas,
y los canteros con su mezcla y piedras
para alzar ó seguir las construcciones;
y también por do quier desparramados,
de artesanos, cambistas y prenderos,
herramientas, mueblajes y utensilios
y fardos de algodón, maderas, pieles,
y montones de plumas, bien atados,
y sacos de maíz y otros productos.

Y en las tiendas medianas ó lujosas,
pobres vestidos ó valiosos trajes,
cobertores, tapices y cortinas,
telas de todas clases y pinturas,
estátuas ó imitados animales
de finísimas piedras revestidos,
espejos *de iztli* ó láminas bruñidas,
y primorosos búcaros, jarrones,
en madera esculpidos y dorados,
y de loza bellísimas vajillas,
alhajas y perfumes, pebeteros,
ricas armas y petos, muebles, dijes,
polvos de oro, de plata y chucherías,
y cuanto ansiara la opulenta jente
ó lo que el pobre pueblo precisase. 146

Y los gritos de consuno alzados,
cada cual alabando sus efectos
á los que pasan, tocan y remiran;
y de acá para allá los compradores,
penetrando y saliendo de las tiendas
con sus compras ó trueques necesarios,
en los que hacen las veces de dinero,
bolsillas de cacao y *polvos de oro,*
tejos de estaño y *plumas en atados.*

Como este extenso centro de bullicio
hallábase rodeado de portales,
allí estaban boticas y herbolarios,
negociantes de libros y pinturas,
de los mejores pájaros los puestos,
y sitios donde esclavos se vendían,
almacenes de frescos comestibles
y bazares de artículos repletos
de cuanto era preciso en una casa;
fondas con guisados, pan y tortas,
licores, dulces, pulque y chocolate;
y cuartos con manjares escogidos,
frutas, vainilla, esencias y perfumes;
barberías, do entraban muy ufanos
á hacerse rasurar *los cuatro pelos,*
que tarde y ralos en su barba asomaban,
y cortarse el tupido de la frente;
y especies de cafées, para descanso,
donde entraban á hablar ó distraerse:
y en toda la ciudad desparramados
idénticos negocios existían.

Pero volvamos al cuartel, do estaban
los ledos invasores, como dueños,
no ya haciendo *castillos en el aire,*
como en los arenales de las costas,
sinó viendo y palpando las riquezas.

Solicitó Cortés de Motezuma
en la mañana *del siguiente día,*
qne efectuaron su entrada:—le acordase
la hora de pagarle la visita.—
Y en seguida el monarca contestóle:

—que podía irle á ver cuando quisiera.—
Y mandóle señores, que á palacio
con el debido honor le condujesen.

Avísanle á Cortés sus ayudantes:
—que habiendo los soldados descubierto
una recien tapiada, oculta puerta,
y dando oídos al rumor de algunos;
—de que allí se encontraban los tesoros
del rey antecesor, *ó parte de ellos*,
forzaron esa puerta y descubrieron,
que *era cierta esa voz*; y de ello aviso,
como era su deber, al jefe daban.—

Todos allí corrieron, y encontraron
en un bajo salón un gran tesoro
de riquísimas joyas y vajillas,
y tejos á granel de oro y de plata. 147

Fulguró la alegría en los semblantes
de esos aventureros temerarios,
y los más codiciosos prorrumpieron:
«¡Ya *todos somos ricos ...poderosos!*»
Pero todos discretos, previsores,
por entonces tuvieron el buen tino
del oculto tesoro no apropiarse.
Y mandó Hernán Cortés:—que se tapiara,
como antes encontraron esa puerta,
y que *ya nadie hablase de ese hallazgo*,
bajo severas penas:—temeroso,
que ese acto se juzgase de avaricia,
si á saberlo llegase Motezuma.

Y Cortés, Diego de Ordaz y Velazquez,
Sandoval y don Pedro de Alvarado,
con sus mejores armas y uniforme,
Bernal Diaz, Marina y *seis jinetes*,
al rey á visitar se dirigieron.

Y la apiñada, absorta muchedumbre,
que el tránsito impedía de las calles,
¡téules, téules! gritaba:—¡dioses, dioses!—
Y haciendo reverencias les seguía.

Y cerca de palacio aquel gentío,
tímido se detiene y se dispersa;
y *tres patios* cruzando los guerreros,
pasan varios salones, do se encuentran
con nobles y oficiales, que se quitan
la capa y las sandalias y se ponen
otra de maguey, burda y humilde,
para así entrar de su amo á la presencia;
y llegan al salón de Motezuma,
el que de pié y con todas sus insignias,
—mientras que en pebeteros varios pajes
embriagantes perfumes derramaban,—
pone en los hombros de Cortés sus manos,
á los jefes indica sus asientos,
y luego al lado de Cortés lo toma.

Habló el monarca, mas Cortés astuto,
á su tema teológico procura
atraerle y pintarle la grandeza
de su perfecta religión cristiana:
—mezcla la Trinidad y sus misterios,
la Encarnación, Pasión y sacrificio
de santa misa, creación del mundo,
pecado original y la serpiente,
á Adan y Eva, dejando el paraíso,
el arca de Noé, luego el diluvio,
el cielo y el infierno y cuanto pudo
sujerirle su fé, mas no su ciencia;
y repróchale, en fin, esos terribles
sacrificios de víctimas humanas —

Todo escucha paciente Motezuma;
¿mas como esos misterios tan profundos,
hijos más dé la fé que la evidencia,
que explicarle procura inútilmente,
un guerrero, ignorante en teología,
y una reciente neófita, ofuscada,
que *apenas balbuceaba extraño idioma*,
impresionar podrían á *un salvaje*
á sus nativas creencias aferrado,
y no dispuesto por lecciones previas,
para ir comprendido, poco á poco,
tan sublimes ideas y principios?

Así es que á repetir volvió el monarca,
como lo hizo en la anterior visita:
—que sería su Dios muy bondadoso,
pero que éranlo allí tambien los suyos; —
y escusóse ya entrar en tal materia:
—y que si ellos juzgaban que era malo
el comer carne humana, él presumía
que era peor, sin hambre y por costumbre,
engullirse á su dios, entre la misa!—

Irritóse Cortés á tal blasfemia;
mas sonriendo el monarca y esquivando
seguir una cuestión, como de locos,
díjole: «Buena Maliche, yo comprendo
que tus nuevos amigos de Tlascala
habránte dicho, que orgulloso vivo
en casa de oro y plata deslumbrante,
é imagínome un dios en toda Anáhuac;
pero ya ves, mi casa es de madera
y piedra, nada más, y este mi cuerpo
de hueso y carne....*como lo es el tuyo!*» 148

Y desnudo mostróle su antebrazo.
«Y verdad es que tengo,—despues dijo,—
heredadas provincias de mis padres
y oro y plata....mas todo pertenece
á ese otro rey, que á mi nación te manda,
desde el confín de los remotos mares!»
Y oscureció una lágrima sus ojos.

¿Eran estas sus últimas palabras,
triste presentimiento de su suerte,
ó fue solo falaz galantería
para enervar los planes de violencia,
que hubiesen á su entrada concebido?
Y luego repartió, como estilaba,
ricas estofas y collares de oro,
y dos gruesos tocaron y pesados
al cronista y guerrero Bernal Díaz.

Con atentos saludos esos huéspedes
dejan á Motezuma; y el gentío
sígueles otra vez á su morada.

Sombrío de Cortés vióse el semblante
al volver distraído y pensativo,
á su cuartel....*ó encierro provisorio.*

¿No se encuentra ya en Méjico? Su empresa,
¿acaso irrealizable ya presume?
¡No, jamás! pero solo una mirada,
sin hacerse ilusión, hále bastado
para ver el peligro en que se encuentra,
y las tremendas lides, que le aguardan.

Ese ceremonial y atenta corte,
aquella sumisión al rey completa,
ese pueblo apiñado y numeroso,
las fortificaciones y calzadas.
los levadizos puentes y canales
hánle hecho comprender, *en un momento,*
el inmenso poder de aquel monarca,
la ventaja que llévale en la lucha,
y lo casi imposible de vencerla.

Tiene, por tanto, que abreviar los hechos,
con tremebundos hechos sorprendentes,
antes que el tiempo y el continuo trato
disípando entre el pueblo aquella aureola
de superiores seres é invencibles;
dude en pasarle el alimento diario,
y en la molicie su legión se enerve,
del peligro inminente se aperciba,
y clame por volverse hacia Tlascala.

¡Mas tiene allí que ser la gran batalla,
decisiva y tenaz, *de muerte ó vida!*
¿Qué resta, entonces, al caudillo insigne?
La pronta solución halla en el acto,
como hábil general, que espera el golpe,
ó á dar el necesario se prepara.
Proceder en seguida, y ante todo,
á conocer el campo de la lucha,
para poder usar de su estrategia,
ó vencido emprender la retirada.

Ordena, pues, pedir á Motezuma:
—vénia para salir con otros jefes
á pasear por la ciudad hermosa,
y admirar sus canales y sus templos.—

Vanidoso el monarca la concede,
y contesta:—que él mismo llevaráles
á que admiren los templos de sus dioses.—

XLIV

1519

No á Cortés, impulsado Motezuma
por necia vanidad,
quiso él mismo mostraerle el mejor templo,
sino para evitar,
que arrojado intentase, como en otros,
cometer un desmán.

Allí, pues, Motezuma le esperaba;
y Cortés con su séquito llegó,
llevando con las armas más lucientes,
su terrible escuadrón;
y en la escalera *un grupo de tamanes,*
quiso en hombros subir
á Cortés y los otros caballeros,
quienen rehusaron acto tan servil.

El sumo sacerdote y Motezuma
en la cumbre reciben á Cortés,
y dícele el monarca: «Fatigado
quizá, Malinche, de subir vendréis

á esta gran altura, desde donde
toda esta ciudad se llega á ver.»

Y Cortés contestóle en el momento:
«Equivocado estáis;
los fuertes hijos de la patria mía....
no se cansan jamás ! »

Sintió Motezuma
su orgullo quebrado
por ese guerrero
audaz, temerario,
que con su mirada
le cierra los labios;
empero tomóle
atento la mano
y díjole: «Mira,
y de todos lados
veréis este pueblo...
y luego el espacio.»

Cortés y los suyos,
cual vese en un plano
marcadas distancias
y todo trazado,
allí ante sus ojos,
con calma observaron,
ciudad y sus calles,
y el grande mercado,
y cientos de templos
en todo aquel radio;
jardines y plazas
calzadas y lagos,
que forma el Tezcuco,
los puentes cercando;
y aquellos distantes,
que corren del Chalco;
y más á lo lejos
los bosques y campos,
las islas flotantes,
verdosos sembrados,
pobladas colinas
y cerros lejanos.

Y aquellos guerreros
todo esto observaron,
para que en su mente
quedase grabado,
y hacer á su vuelta
apuntes y planos.

Y bajaron después á las capillas,
y los signos al ver
de horrendos sacrificios y deidades,
á fray Olmedo díjole Cortés:

« ¡ Oh, quien aquí pudiera
la cruz de Jesucristo levantar ! »
« ¡No hableis,-repuso Olmedo,-cosas tales,
hoy sería importuno por demás !»

Pero al siguiente día,
del monarca lograron obtener
permiso para hacer una capilla
en una de las salas del cuartel;
y pudieron en ella, diariamente,
las religiosas fiestas celebrar,
curiosos acudiendo muchos indios
á ver tal novedad.

Del mismo Motezuma y sus caciques
y todo el vecindario,
siguieron los cristianos recibiendo
afectuosas visitas,
y cuanto en el cuartel fué necesario:
parecía que íbanse extinguiendo
del indio los temores
y los tristes augurios y fatales;
y las jóvenes indias parecía,
que brindaban á aquellos oficiales
con sus tiernos amores,
al obsequiarlos con fragantes flores,
y aguardarles al pié de sus umbrales.

Con sus buenos amigos y jinetes
siguió Cortés *los subsiguientes dias*
recorriendo las plazas y templetes,
los puentes y canales;
y fueron conociendo
Cortés y sus expertos oficiales,
cuan funesto y tremendo
para ellos un choque alli sería,
y las muchas ventajas y recursos
que el monarca tendría,
sin dejarles llegar hasta los llanos!

Una larga semana ya llevaban
aquellos previsores castellanos
de residir en inacción profunda;
y los *astutos indios* comenzaban
á perder *el temor y gran respeto*
á aquellos invasores,
que recibiendo dádivas y honores,
cifraban *su poder y gran secreto*
en pasar por deidades superiores.

Y tales cosas meditar hicieron
al jefe audaz, creciendo sus temores,
cuando los tlascaltecas le dijeron:
—que corrían rumores,
que ciertos mejicanos influyentes

el intento tenían
de destruir los puentes;—
y algunos españoles repetían
igual cosa entredientes. 149

Y díjose tambien:—que por entonces
disfrazados entraron
dos indíos tlascaltecas,
y á Cortés entregaron
una de Veracruz *aciaga carta*,
cosa que hubo su plan acelerado;
pero suponen otros, que tal nueva
habiala en Cholula recibido
y á todos ocultado,
para que osadamente
prosiguiese hasta Méjico su gente. 150

Recordará el lector, sino ha olvidado
lo que llevo al principio referido:
—que en Veracruz quedó Juan de Escalante
con *ciento y tantos hombres*,
para llevar las obras adelante
de la nueva ciudad; y el desembarco
de tropas de Velazquez impidiera,
para que así por tierra *y más seguro*,
la conquista el ejército emprendiera.

Quedó solo Escalante,
y entonces el azteca Gualpopoca,
que del Norte mandaba una provincia,
sus legiones convoca,
y pide al castellano comandante:
—*unos cuatro guerreros*
para marchar con todos sus arqueros
y prestarle su ayuda y obediencia:—
y parten los soldados,
sin presumir su jefe la infidencia;
pero *dos* de ellos fueron
por el falso cacique asesinados,
y *los dos escapados*
entrar á Veracruz al fin pudieron.

Y todos los cristianos indignados,
sale al campo el celoso comandante
con sus indios aliados
y *cincuenta* guerreros,
y á la hueste provoca
del pérfido cacique Gualpopoca,
tomándole salidas y senderos,
con marcial bizarría.

Y trábase el combate encarnizado
en Nautecál, llamado hoy *Almeria*,
y fué la carga recia
de la que el corto número desprecia;
mas pronto huye y se agita,
ante el rápido fuego, graneado;
pues la Vírgen santísima, bendita,
bajó á aquellos desiertos. 151
Quedaron *siete ú ocho*
de los cristianos muertos,
que sácanse dal campo en el instante;
y de heridas sus músculos cubiertos,
en Veracruz murió el buen Escalante.

Mas los indios lograron
tomar á Juan Argüello prisionero,
que era un muy corpulento, audaz guerrero,
y á Motezuma la cabeza enviaron,
quien al ver *las facciones tan hinchadas*
de la enorme cabeza,
las órbitas saltadas,
su expresión de fiereza,
y su tez ya violácea, cabelluda,
aterradora y muda,
de ella *apartó la vista horrorizado*,
cual de un monstruo, impelido de los mares,
que ya el fin de su imperio le augurase....
y prohibió colocarla en los altares.

Los indios prisiones, expusieron:
—que por instigación de Motezuma
hizo aquello el cacique mejicano.—
Y esto verdad *sería ó no seria.*

Tales fueron en suma,
las noticias, *que tuvo ó ya tenia*
el jefe castellano.

Tocaban *media noche* las bocinas
de los diversos templos
de las torres vecinas;
y del cuartel el patio silencioso,
con sus destellos pálidos bañaba
el astro de la noche, majestuoso:
descubierta y erguida la cabeza,
y teniendo las sienes abrasadas,
un hombre sale de su oscura pieza,
y dirige á la luna sus miradas,
pasándose la mano por la frente....
una rápida idea de *insensato*
devorábale ardiente,
como á un loco, frenético arrebato!

Bulle una idea en su mente,
que le persigue y acecha,
que bendícela y desecha,
y torturándole ardiente,
su contraria lucha siente:
del náufrago es salvavida

en la mar enfurecida.
es sublime y *es cobarde,*
pues del crímen hace alarde,
como un gran tiranicida.

«Vence la astucia en la guerra
á ejércitos imponentes,
—murmura ese hombre, entredientes,—
cuando el genio los aterra
y en sus redes los encierra.
Es, pues, ya nuestro deber,
no del infiel presa ser,
sino triunfar ante todo:
debemos.... *de cualquier modo*,
al idólatra vencer!

Mañana, Anáhuac, verás
deshecho tu trono al fuego,
pero venturosa, luego
mi nombre bendecirás,
sin olvidarlo jamás,
cuando á mis plantas te inclines;
y hasta en tus nuevos confines
alcemos la Cruz, serenos....
todos los medios son buenos,
cuando son santos los fines!

La barbarie así domino,
y hago eterna mi memoria,
que en triunfar está la gloria,
en el único camino,
que me depara el destino.
¡Vence, idea luminosa,
y en situación tan premiosa,
tan adversa y tan extrema,
resuélvase asi el problema
de la conquista famosa!»

Y como *si sintiérase inspirado*
por divinal idea salvadora,
en medio de sus males,
volvióse á su aposento, mas calmado,
y al despuntar la aurora
á *un consejo* llamó á sus oficiales.

«¡Bien habréis observado, compañeros,
—con faz tranquila díjoles Cortés,—
que apesar del aliento, que nos sobra,
de Motezuma estamos á merced!

Los tlascaltecas y soldados nuestros,
dícenme, que se llega á susurrar,
que el pueblo trata de *cortar los puentes*,
y encerrarnos pretende en la ciudad.

Y hasta parece, que el contínuo trato
va haciendo *que nos pierdan ya el temor*;
el caso apremia, y resolverlo presto
creo que es la mejor resolución.

¿Diremos al monarca, que cumplida
nuestra misión ante él se encuentra ya,
esperanzados, que partir nos deje,
los tesoros llevándonos en paz?

¿O aguardaremos de ellos el ataque,
ó bien nosotros, en tremenda lid,
debemos los primeros iniciarlos,
y á Tlascala su ejército pedir?

A vuestra decisión *esto someto*,
confiado, que cual siempre dispondréis,
lo que cuadre mejor á nuestros fines,
y dé mas lustre á nuestro honor también!»

Y de consuno todos convinieron
en que la situación era inminente;
los unos propusieron:
—salir de la ciudad furtivamente,
sin darles allí tiempo
para cortar los puentes y calzadas;—
y mas resueltos otros:
—el salir á banderas desplegadas,
dándole á Motezuma antes aviso,
y regresar después más cautelosos,
con todos los aliados,
dejándose al entrar asegurados
los puntos peligrosos;—
mas todos opinaron,
después de discutir extensamente:
—que pública ó furtiva la salida
era *solo una huida,*
que allí daría al mejicano aliento,
quien si tramando estaba algún ataque,
podría realizarlo en el momento.
Ni que confianza en la amistad tenían
del humillado príncipe, cobarde,
¿cuando ellos le ofendían,
con su desobediencia haciendo alarde?
Y los mismos aliados,
de sus triunfos testigos,
si tal huída mirasen, indignados
serían sus peores enemigos,
y que era más incierto,
en la cobarde huída,
poder llegar *hasta el lejano puerto*
y salvar sus tesoros,
que allí lidiando el conservar la vida.—

Y al fin, dijeron todos:

—que quien hizo lo más haga lo menos,
como hacerlo sabían
los españoles buenos,
porque después de tantas vanaglorias,
si ahora en los peligros, por temores,
su gran empeño hicieran infecundo,
eso sería revelar al múndo,
que de tal gloria no eran acreedores.—
Y también otros bravos oficiales,
dijeron, previsores:
« Y aunque hasta ahora, en suma,
solo hemos descubierto
la opulenta ciudad de Motezuma,
sería ya el partir, esto es lo cierto,
dejar á otros la pista,
para que el fruto y glorias obtuviesen
de una magna conquista,
que nuestra debe ser, y merecemos,
cual digno láuro honroso.
Huyamos ó lidiemos,
todo será igualmente desastroso....
pero lidiando, en nuestro Dios confiemos,
pues otra vez se infiere,
que todavía nuestra fé en su ayuda
poner á prueba quiere ! »

Y en tal incertidumbre,
pidieron á Cortés sus oficiales:
—que diera su opinión,—según costumbre.

«Solo un camino veo,
en medio de estos males.. .
y *salvador lo creo*,
—contestóles Cortés, serenamente.—
Y aunque desesperado, cuanto extremo,
es rápido, imponente, . . .
decisivo y *supremo....*
como jugar al dado la existencia:
salgamos á pedir á Motezuma. . . .
esto será el pretexto á la apariencia,
que nos entregue á Argüello, su cautivo.»
« Nos dará, cuando más, la calavera »
riendo exclaman todos.
« ¿Sí? ¡Pues entonces el monarca, vivo,
acá en rehenes traeremos,
y nuestra sola voluntad ejerza !»
« ¿Traerlo preso. . . . y como?»
« Por el único medio que tenemos. . . .
por buenas ó por fuerza,»
replicóles Cortés, con grave aplomo.
Y quedáronse todos sorprendidos,
y Cortés añadió: «Y al vecindario
á nuestros piés tendremos,
aterrado de este acto temerario.
Y ya después, *según nos encontremos*,
con más acierto y calma,
el decisivo plan estudiaremos.»

Todos vibrar sintieron en el alma,
de tan heróica idea
el eco sorprendente y poderoso,
y *sus palmas batieron*;
aunque otros, reflexivos la siguieron. . . .
por creer *todo igualmente desastroso!*

Como se abre la puerta á una jauría
de animales de presa,
quedó resuelto:—el realizar la empresa. . . .
en ese mismo dia! 152

LXV

1519

En débiles segmentos
del sol los ténues rayos asomaban,
entre un grupo de nubes, borrascoso:
del palacio los criados soñolientos
en la imediata cámara velaban
el sueño trabajoso
del azteca monarca, poderoso:
suspiros, tristes ayes
de horrible pesadilla,
salidos de la alcoba del monarca,
cree percibir la atenta camarilla:
se acerca, escucha y siente
del monarca los pasos vacilantes;
y sorprendida, incierta,
ráuda se asoma en la entornada puerta:
de pié, pálido y mudo,
á Motezuma vé, casí desnudo,
quien á sus criados mira,
logrando articular algunas frases,
como un hombre *aterrado* y *que delira* :

le visten y le sientan,
y llámanse á los nobles, que anhelantes
le miran é interrogan,
y dánles eficacísimos calmantes.

De pié al fin el monarca,
como si hubiera un vértigo sufrido,
y hubiese ya pasado,
de su nobleza al verse rodeado,
exclama más sereno:
«Soñé que preso estaba en un palacio
de muros de esmeralda y de topacio,
y de placeres y riqueza lleno:
abro el balcón y á contemplar me asomo
los apacibles lagos y el espacio. . . .
mas veo al cielo azul, *color de plomo*,
y en todo el firmamento
los astros apagados:
la mano paso por mi vista, y siento
mis párpados cerrados
y su contacto frío:
entonces, *ya sin luz*, y vacilante,
y huír queriendo del abísmo abierto,
intento dar un paso hacia delante,
mas mi trémulo pié. . . *palpa el vacio*. . . .
me asfixia *el aire sepulcral* y *yerto*;
mi manos llevo al corazón. . . . *no late!*
¡Ah, sí, ya estoy *entre los vivos, muerto*!
¡Ya entre la vida y muerte. . . *no hay combate*!
Mas en tal desconcierto,
me agito, palpo, y al abrir mis ojos,
con vida, entre los vivos, *me despierto*!
¿Mas nadie me persigue?»
tembloso y aterrado
pregunta á sus magnates, y prosigue:—
«Hablad y no temais, nó, mis enojos.
Decidme. . . el mismo soy? ¿Nada ha pasado?
¿Vida el anhelo de vivir me han dado?
¿Del solitario túmulo *me he erguido*,
ó de ensueño fatal *he despertado?*»
Y en su lecho, inclinándose, rendido,
después de esas visiones matadoras,
entre suspiros se quedó dormido.

Luego de algunas horas,
despertóse el monarca mas tranquilo,
y reanudando de su ensueño el hilo,
creyó también que la pesada escena,
el apéndice fuera de su ensueño,
y fingiendo una actitud serena,
llama y dice, risueño:
«¡Tarde hoy he despertado!
¿Quizá mucho he dormido?»
Y ósanle contestar sus inferiores:
«Lo justo, para haber, oh rey supremo,
de tantas atenciones descansado.»
Y quedóse el monarca persuadido,
que aquella innoble escena trascurrida,
que sus siervos callados
le ocultan con temor, disimulados,
es de su ensueño la ilusión mentida;
pero esos pobres siervos, ya comprenden
de su rey la pavura,
y de su tolerancia se sorprenden,
cuando siempre ostentó tanta bravura,
fuerte y confiando, en su poder tranquilo.

En tanto, en el cuartel de los cristianos,
formábanse en el patio, con sigilo.
la ociosa infantería
y todos los bridones,
despues de oir la misa y oraciones,
en las que el padre Olmedo al Sér Supremo
su protección demanda,
en el peligro extremo
en que otra vez su fé probar le plugo.

Y *como al medio dia*,
Cortés, Velazquez, Alvarado y Lugo,
Dávila y Sandoval, que entre sus capas
ocultan sus aceros,
y el buen padre Aguilar y la Marina,
intérpretes y amigos verdaderos,
al palacio del rey vánse reunidos,
y *unos treinta soldados* más distantes,
en grupos divididos,
por su arrojo y bravura
en el campo feral reconocidos.

Por Motezuma, como siempre, fueron
con bondad recibidos,
quien á Cortés ofrece:
—una tierna hija suya por esposa,
pues por sus prendas tal honor merece;—
pero Cortés le arguye:
—que aceptar á esa joven no podía
por muy digna que fuera,
porque su religión se lo prohibía,
y mas, porque casado tambien era.—

Y mirando Cortés á sus soldados
ya en la calle situados,
algo severo expónele al instante:
—la traición que el cacique Gualpopoca
hizo á Juan Escalante,
por orden del monarca,
según se hubo despues averiguado
por los arqueros presos·—
mas el rey, indignado,

protesta y dice:—en nada tener parte;—
fingiendo creerle el capitan astuto,
replícale con arte:
«Entonces, al autor de ese suceso,
por culparos de un hecho tan odioso,
debe traerse preso.»
Y en el acto, el monarca, temeroso,
saca del brazalete rica piedra,
que era el sello real, y lo coloca
de un magnate en manos,
y exclama, con despecho:
«Preso venga el cacique Gualpopoca
y los que han ofendido á los cristianos.....
¿Estás ya satisfecho?»
demanda luego al capitan altivo,
quien cual tigre en acecho,
que ve en sus garras al cordero vivo:
«Señor—replica—y hasta que él confiese,
¿no estarán intranquilos mis soldados,
tambien aquí temiendo, en su morada,
el ser asesinados?
Venios, pues, con todos vuestros criados
y magnates fieles,
en tanto que al culpable se castiga,
á honrar nuestros cuarteles:
allí vuestro poder acataremos,
conoceréis nuestra amistad sincera,
y allí todos, señor, os serviremos.»

Pero ante este tan pérfido discurso,
quedó lívido el rostro del monarca;
mas súbito encendióse,
y su ultrajada dignidad y orgullo
en sus sanguíneos ojos revelóse,
y en los nobles oyóse
de la ira el volcánico murmullo,
y contesta iracundo:
«¿Cuando han sido, decidme, prisioneros,
monarcas como yo, en esta mi Anáhuac,
por unos temerarios extranjeros?
¡Dos de mis hijos llevarás en rehenes....
y muy sobrado tienes!»
«No vais mi prisionero, es el amigo,
—replicóle Cortés, con insistencia,—
que va á ver al amigo; y es tan solo
mudar de residencia:
mandareis como aquí....todo es lo mismo!»
Pero Velazquez de Leon, notando
que ya el retroceder era el abismo,
mano al puñal echando,
dice á Cortés: «Dejemos las palabras....
ó preso le llevemos
ó al punto le matemos...
se asegura ó se pierde así la vida» 153

Ante aquel ademán desesperado
del *ya medio puñal desenvainado*
y tono amenazante,
el salvaje monarca se intimida,
y á Marina pregunta, suplicante:
«¿Qué quieren, qué pretenden?»
«Que van á darte muerte en el instante,
—contéstale al oído, artificiosa;—
cede, pues, y no temas por tu vida,
y recobrar tu libertad espera,
porque son, cual valientes, caballeros!»
Y grita Motezuma: «Mi litera,
que voy á acompañar á estos guerreros.»
Y cede al fin, no al miedo miserable,
sinó ya resignado
al sino inexorable,
que habíale su ensueño revelado.

Esa superstición, que en la ignorancia
tan ciego poder tiene,
hace perder al hombre su arrogancia
y esclavo en sus cadenas le mantiene.
Dió Motezuma crédito á su ensueño,
y á los otros fenómenos extraños,
y no fué ya de su arrogancia dueño;
pues pudo en aquel lance, con ventaja,
dirigiendo á su adicta muchedumbre,
haber allá reñido,
sin que el contrario acero la deslumbre,
y el grupo castellano, fenecido,
bajo el peso de inmensa muchedumbre.
¡Por eso con razón así exclamaba,
al describir Solís todos los hechos:
«Que en su conquista *Dios los amparaba.*» 154

Apenas, de vergüenza entre sonrojos,
los humillados nobles, obedientes,
crédito dan á lo que ven sus ojos;
y maldicen *las horas tan nefastas*,
que á descifrar comienzan los arcanos.

Sube el monarca á su litera ó andas,
que los jefes cristianos
rodean cautelosos,
y en pos los nobles y los criados marchan
absortos, silenciosos;
y cual desde los Andes *el pampero*
extiéndese lijero,
en ráfagas veloces,
por las verdes planicies argentinas
y del Plata en las aguas cristalinas,
así en esa ciudad cunden las voces:
—que aquellos extranjeros
á Motezuma y todos sus ministros
llevaban prisioneros:—

y como el ancho y desbordado río
súbito inunda á los hundidos valles,
en tumulto agolpado así el gentío,
lanzábase en las calles,
estallando imponente el vocerío.

Y Motezuma iérguese, y su mano
levanta de las andas con orgullo:
es el poder de Cristo sobrehumano,
domeñando las olas en su barca,
y en silencio conviértese el murmullo,
y así dice el monarca:
«Mis súbditos fieles,
volveos sin temor á los hogares,
que por mi gusto voy á sus cuarteles,
antes que ellos regresen á sus lares,
y presto volveré á mi residencia.»

Y el abyecto gentío, así dudoso,
á la voz de su rey presta obediencia;
y solo alguno que otro, sollozando,
de rabia y de impotencia,
en las calles tirábase, angustioso....
ó seguía al monarca custodiando.

Los españoles míranse con gozo,
pues juzgan *al monarca ya perdido*
y próxima á cumplirse su campaña,
al ver, *que femetido,*
hasta á su pueblo, que le adora, engaña,
su coraje extinguido
y ya su cobardía demostrando.

Y entre iguales escenas,
al en armas, cuartel fueron llegando:
mandó el monarca despejar los grupos,
que fuéronle siguiendo,
y quedó complacido
al ver el agasajo y atenciones
con que fué recibido:
y las mejores salas y aposentos,
con los mejores muebles se adornaron,
y para él, sus nobles y mujeres
y criados destinaron:
daba su audiencia diaria
y dejábase entrar al que él quería:
servíanle sus criados
la regalada mesa diariamente,
con la abundancia y lujo acostumbrados,
y el coro de juglares, complaciente,
su alegre sobremesa amenizaba:
y de su otra morada á esa llevóse
las cosas y mujeres
que en el otro existían
y pudieran servirle de placeres;
la libertad para salir tan solo
de su nueva morada le faltaba;
y hasta el mismo Cortés y comandantes
no intentaban el verla, sin su vénia
mandarle pedir antes.

Y ante tanto respeto y atenciones
y por la voz de su monarca mismo,
en varias ocasiones,
pudo su pueblo concebir la duda:
—si allí *preso se hallaba*
ó por *su libre voluntad estaba;*—
si rigurosamente noche y día
no se viesen armados
del palacio *en el frente y en el fondo,*
veinticinco soldados;
y otra guardia situada
de las reales piezas á la entrada;
y *cuyos tres piquetes*
Velazquez á sus órdenes tenía.

No, pues, las ceremonias y atenciones,
que el cautivo monarca recibía,
alimentar hiciéronle á ese pueblo
falaces ilusiones:
comprende que el altivo castellano
simula tal respeto,
porque su soberano
á todo, pusilánime se humilla;
y que eran los obsequios postrimeros
que tribútanse al rey en la capilla,
ó se hallan en sus jáulas prisioneros,
para en la piedra ser sacrificados.

Esparcía el crepúsculo sus sombras...
en el patio agrupados
comían su buen rancho los soldados,
y á Cortés entusiastas felicitan
por su inspirada y salvadora idea;
en su leal y decidida tropa,
que su heroísmo al ver le victorea.

El jefe, así contento,
penetra en su aposento,
donde Marina, echándole los brazos,
le dice conmovida:
«¡Mucho has expuesto, mi señor, tu vida!»

Y el héroe le contesta agradecido:
«¿Y qué vale mi vida? ¡Debe el hombre
no solo dejar polvo sobre polvo,
sinó á sus hijos y su patria un nombre,
ora por la virtud ó el heroísmo;
porque es vivir, como los brutos viven,
acariciar tan solo al egoísmo,

de estúpido y brutal materialismo!
Hame Dios inspirado....
estoy contento, sí, pobre Marina,
que hoy, por hoy, á mi ejército he salvado!»

«¡Es de ese cielo inspiración divina!»
exclamó ella sonriente,
mirando embelesada del guerrero
la majestuosa frente!

XLVI

1519

¡De la mujer la celestial belleza....
la obra que revela, más divina,
del hacedor del mundo la grandeza:
esa luz en la tierra peregrina....
ese amor sacrosanto,
ques es de los Orbes perdurable canto....
de glorias foco ardiente,
y que hace al génio concebir el génio
del Dios omnipotente,
en esta temporal mansión de lodo....
pero ¡ay, triste! ¡Belleza, amor y gloria,
el tiempo destructor todo lo arrasa!
¡Al fin se olvida todo....
y toda pena con el tiempo pasa!

Así, *á los pocos días*, Motezuma,
cual si estuviese en su opulenta casa.
distraído á los menos se sentía,
como el viajero, en grandes capitales,
con bolsillo repleto:
con gusto á la costumbres se adaptaba
de aquellos complacientes oficiales,
que en todo demostrábanle respeto,
y toda novedad le distraía:
del soldado los cantos y relatos,
las músicas y briosos animales,
las viandas, que enviábanle á su mesa,
y cuyos nuevos platos
fuéronle siendo regalada presa:
castellanas palabras aprendía
y estudiaba el idioma con agrado;
y muy atento referir oía,
las costumbres, historias y grandezas
de ese otro para él mundo ignorado:
y los célebres viajes y proezas
del gran descubrir del virgen suelo;
y él, á su vez confiado,
por necia vanidad, y sin recelo,
enseñaba á sus huéspedes los mapas,
de sus vastas provincias,
campiñas, arenales y desiertos,
vírgenes minas, ríos caudalosos,
ensenadas y puertos,
los que copiaron ellos presurosos.
Y para Motezuma
todo aquello tenía
lo más deslumbrador y sorprendente,
que es la novelería,
y más admira á la ignorante gente.

Y con los oficiales otras horas
al *totoloque* el rey se entretenía:
era un juego sencillo,
que con bolillas de oro consistía
boltear un palillo,
desde cierta distancia, no muy lejos;
y tirando por orden, se apostaban
de plata y oro *los lucientes tejos*.

Sabido es *que en el juego y en la mesa*
se conoce al que es hombre caballero,
de buena educación y por su cuna,
y no por su dinero;
y éralo el rey ó serlo demostraba,
quedando inalterable si perdía,
sin que jamás hubiesen altercados;
y cuando él les ganaba,
complacido los tejos repartía
entre aquellos más próximos soldados;
porque él muy bien sabía,
que por demás avaro
su pueblo le tenía,
y tales pareceres
entre los blancos disipar quería.

También de Motezuma las mujeres,
pronto amistad y relación hicieron
con las que los aliados,
desde el principio á los cristianos dieron;
y lo que es nuestro sér... miseria humana,
y nadie estar contento con su suerte;
ellas de buena gana,
—las aztecas,—hubiéranse trocado

por la sierva más triste
de cualesquier soldado:
y hasta esas cuncubinas voluptuosas,
más grata libertad allí gozando,
que en sus ocultas piezas solitarias,
aunque más elegantes y lujosas,
pasaban largas horas contemplando,
desde entornadas puertas y ventanas,
las armas, trajes, barbas y perfiles
de esos extraños y gallardos seres:
y aún, ¡*sin ser livianas*,
sentían *sus caprichos mujeriles*,
anhelando variar en sus placeres:
y ante esa placentera, *nueva escena*,
á su regia morada esas mujeres
tornado hubieran con profunda pena.
¡Esas eran también *novelerías*!

Todo en paz continuaba,
como tierna mansión de amores llena,
sin que nubes sombrías
en sus planes mirasen sus caudillos;
pero *á los veinte días*
llagaron Qualpopoca, un hijo suyo
y quince caciquillos,
que fueron conducidos en litera:
vistióse Qualpopoca el tosco traje,
y ser llamado por su rey espera;
y Cortés, hábilmente á entrar se escusa,
para que el rey al indio previniera
lo que decir debia,
porque era su deseo:
—que apareciese el rey como inocente;—
mas llamóle al instante,
y entregándole al reo,
dice: «Interroga y juzga al delincuente.»

Todos los indios fueron
juzgados por Cortés sumariamente;
y á su rey eximieron
de tener parte alguna en la asechanza,
cifrando su esperanza
que por ellos su rey intercediera;
pero á las pocas horas:
—condenáronse todos *á la hoguera*!

Como Cortés sabia,
que un depósito de armas preparado
en el templo existía;
y contra él temiendo que sirviera,
pide aquel combustible á Motezuma,
con el pretexto de erigir la hoguera,
quien yerto y azorado,
entregárselo manda, y temeroso,
como inerme monarca destronado.
¡Es la auducia un recurso poderoso!

Comparecen los reos á presencia
del reunido consejo,
el cual les comunica su sentencia;
y los reos, mirándose perdidos,
entonces, de consuno, declararon:
—*que si antes ocultaron*
la verdad de los hechos acaecidos,
fué solo en la confianza
que su rey, *cual debia, los salvase*;
pero que al ver frustrada su esperanza,
no querían morir como rebeldes;
que *por mandato expreso*
la traición á Escalante realizaron;
y que de Argüello, que agarraron preso,
á Motezuma *la cabeza enviaron*:
que se viese de quien la culpa era,
y revelarse este hecho merecía
de un ingrato rey, que permitía,
que á ellos los llevasen á la hoguera
rapaces invasores.—

En tanto, Motezuma
mandó á sus inferiores,
que hicieran circular por todo el pueblo:
—que por el desacato
de haberse propasado en su mandato,
condenaba á esos indios á la muerte.—

Con las armas reunidos en el templo
levantóse la hoguera, *junto al fuerte*
de ese palacio mismo;
y en su asombro, agolpado el populacho,
abría tantos ojos,
como habriento y estúpido muchacho,
que del bodrio demanda los despojos.

Hállase la legión sobre las armas,
y al son de marcha, parten mesurados
el bizarro escuadrón y unos piquetes,
en cuyo centro el grupo de corchetes
lleva á *los diezisiete* sentenciados;
y abriéndose camino los jinetes
entre los pelotones,
rodean los infantes
el lugar del suplicio, do los reos,
serenos ven los fúlgidos tizones
y llamas oscilantes.

Cortés penetra en tanto con Marina,
dos sóldados y algunos ayudantes,
en las piezas del rey, y así le expone,
después de los saludos de costumbre:
«Esos perjuros reos,

al oir la sentencia, han declarado,
que cumplieron, señor, vuestros deseos;
estais, pues, acusado
de mandar inflijir aquellas leyes,
que amparan á un enviado:
por lo tanto, *yo en nombre de mis reyes,*
castigo en vos á *osados reyecillos.»*
Y ordenó á los soldados:—que al monarca
remachen ya los grillos!—

Quita su accion al rey tan grande ultraje....
ni se opone ni cede;
porque como alelado,
ni someterse ni oponerse puede;
y sus siervos sollozan y se postran,
mientras es engrillado;
y exhalando quejidos lastimosos,
alzan después los siervos ese hierro,
que en sus manos suspenden,
y aun envuelto en pañuelos olorosos,
la fina piel de Motezuma escalda.
Cortés *mira aquel acto,*
y satisfecho vuélveles la espalda.

Gualpopoca infeliz, ante el suplicio,
contempla á su hijo tierno,
y sintiendo del hijo el sacrificío,
sin ¡ay! decir en su dolor profundo,
abrázale llorando;
mira luego á Agayótl, que es su segundo,
y un consuelo implorando:
«Habrá—dice,—clemencia
para poder salvar á la inocencia,
si arrójome *el primero al sacrificio?*»
Y replica Agayótl con amargura:
«¿A qué con quejas y con ruegos vienes,
delante del suplicio?
¿Hallas piedad en tigres, por ventura?
¡Conoces tu error tarde,
y tú la culpa tienes,
al fiarte de un traidor....de un rey cobarde!
¡Burlemos el rencor de esos tiranos,
sonriendo en el suplicio.. .
muramos....como buenos mejicanos!»

Y el buen hijo infelice,
tomándole las manos
al angustioso padre, tambien dice:
¿«No soy acaso tu hijo? ¡Pues yo quiero
con mi padre morir, infortunado!
¿Ves en mi rostro de temor indicio?
¡Abrazados corramos, padre amado,
desafiando al suplicio!»

Así diciendo, y antes que á la hoguera
fuesen por los corchetes impelidos,
lanzáronse á ella erguidos,
sin que amenguase en ellos tal coraje:
y ríen, de la carne á los chirridos,
con el gran estoicismo del salvaje!

Y despues que en cenizas
mírase convertida aquella hoguera,
como blancas arenas movedizas,
que impele en derredor brisa lijera,
á retirada tocan
las fuerzas españolas,
que impávidas, parece que provocan
á ese gentío, que se aturde y pasma,
y que huye luego, como turbias olas,
cual si en la noche viesen un fantasma,
perdido entre cabriolas.

Este acto y la prisión de Motezuma,
y otros, que siguiéronse en seguida,
el invasor por cálculo perpetra,
para poder salvar su propia vida.

Desde el instante que Cortés penetra
en esa capital y observa atento
el inmenso poder de Motezuma,
juzga imposible el conseguir su intento
por medio de las armas; y encerrado
encuéntrase en el centro de ese imperio,
como fiero animal acorralado:
es la deshecha nave, en desconcierto,
en medio del Oceano:
es inerme cordero en el desierto,
ante tigre africano!

Y antes, pues, que en la hoguera
sieguen los indios sus altivos cuellos,
como á silvestres yuyos,
tuvo Cortés, para salvar los suyos,
que arrojarlos á ellos!

Estas fueron sus armas salvadoras...
difundir el terror y su osadía;
y rápidos y breves
sus golpes descargar con energía:
son *las inermes nieves,*
que aterran, convertidos en aludes,
á esos labriegos de los hondos valles,
en ciertas latitudes.

Trataba solo *de igualar las armas,*
en las luchas con esas multitudes,
para irradiar la luz del cristianismo,
entre un imperio esclavo é ignorante,
y que quedase allí la Cruz triunfante,
que inspiróle titánico heroismo!

Creyó, pues, necesaria,
desplegar su terrífica osadia,
alentadora y diaria:
no hubo, no, *en su sistema cobardía*,
sino una grande *idea humanitaria*,
jugando de este modo. . . .
el todo por el todo!

Era su fe sublime. . .
radiosas su intuición y su jactancia. . . .
sobrehumanas su empresa y su arrogancia...
redimir al que gime,
y disipar de un pueblo la ignorancia! 156

Con Marina, Aguilar *y unos soldados*
torna Cortés á hablar á Motezuma,
y dice respetuoso:
«Ya quedan por su infamia castigados,
monarca justiciero y poderoso,
lo que á la fé faltaron, y rompieron
la paz y alianza, que propuse á todos,
y á manchar vuestro nombre se atrevieron.
Quitadle, pues, los grillos.»
Y á ello contentos ayudar quisieron
del rey los cortesanos;
y díjose tambien:—*que de rodillas*
quitóseles Cortés por propias manos,

Sin poder contestar, el rey le abraza,
y dícele Cortés: «Ya convenido
y satisfecho quedo,
desde que habeis la pena consentido,
que los perjuros reos han mentido,
cegados por el miedo.
Estais en libertad: vuestro palacio
debeis echar de menos; para iros
podéis, pues, preveniros,
y salgo á disponer en el momento
se retire la guardia de su entrada.»
Y alejóse en seguida.

Pero Aguilar al rey dice al oído:
«No hagas eso, señor, pues tu partida
quizá disguste á aquellos oficiales
que te prendieron antes y *hoy te quieren*,
pudiendo suscitarse *nuevos males*.»

«Nadie os impedirá ya la salida,»
dice Cortés entrando;
y otra vez Motezuma
á Cortés en sus brazos estrechando,
le contesta: «Malinche, te agradezco
que en mis palabras y en los hechos creas,
y tu amistad no dudes, que merezco.
Si á mi palacio fuera,
tal vez *toda mi corte me pidiera*,
que ordenase salir de aquí á tu gente:
por esto aqui me quedo;
porque mas fácilmente
á cualquier pretensión negarme puedo.»
Y Cortés le contesta:
«Del Anáhnac seréis el soberano
en donde quiera que habitar os plazca»
Y se retira, dándole la mano.

En resumidas cuentas,
en acto tan patético y fingido,
trataban uno y otro de engañarse,
y creian haberlo conseguido.

El rey se imaginaba;
—que quedándose allí, á los españoles
más confianza inspiraba;
y dándoles riquezas, lograría
que á su patria se fuesen,
y que su pueblo y su nobleza viesen,
que por su gusto y libre allí se hallaba,
y confiando en su plan, quietos siguiesen.—

Y si Cortés en libertad dejóle:
fué en la creencia, que no la aceptaría,
por vano orgullo, y demostrar confianza
á ellos y á su pueblo,
procurando triunfar por la templaza,
y en la creencia tambien, que más que á ellos
ya á su pueblo temia,
por haber soportado los ultrajes
con tanta cobardía!

XLVII

1520

A un hidalgo, nombrado
don Alonso de Grado,
fué á quien Cortés nombró,
por muerte de Escalante,
de la nueva ciudad gobernador;
mas no correspondiendo el tal sujeto,
por díscolo é indiscreto,
á aquella distinción,

Cortés vióse obligado
á alejar de su lado
á su amigo Gonzalo Sandoval,
confiándole el cuidado
del puerto salvador, que les quedaba,
al cual *un día ú otro* se esperaba
que intentase Velazquez atacar.

Y el previsor Cortés licencia obtuvo
del débil Motezuma,
para algunos bajeles construir,
con el pretexto de surcar los lagos,
como hacía la gente del país;
y parte de las velas y el herraje,
que de la flota en Veracruz quedaron,
hiciéronse venir.
Y deseando en sus lagos,
tener las naves, que pintadas vió,
las precisas maderas de su bosques,
el rey hizo sacar, sin dilación,
y Cortés, encargando la premura,
la dirección confió
al viejo Martín Lopez,
experto constructor.

Seguía siempre haciendo Motezuma
una vida normal,
como si en su palacio se encontrase
en completo solaz:
recibía á sus nobles y ministros,
mandando despachar
asuntos, peticiones y negocios,
con empeñoso afan;
y en su reino, como antes, imponía
su sola voluntad:
entrada franca en el cuartel tenía
la familia real,
y audiencia diaria á sus vasallos daba,
sin que el dolor pintárase en su faz.

Luego que sus audiencias y despachos
mandaba Motezuma suspender,
procuraban Cortés y sus tenientes
distraerle tambien:
ora al *totoloque* le invitaban,
ó al juego de *los naipes y las damas*,
que comenzó á aprender;
ó con gusto miraba el ejercicio,
que dentro del cuartel
hacían los infantes y jinetes,
las músicas los aires al hender,
trayendo á la memoria
del pobre emperador
los días, que mandando á sus legiones,
al suyo, nuevos pueblos agregó;
y largas horas con placer hablaba
con Cortés, sus tenientes y Alvarado,
al que llamóse allí *Fonátiuh* ó sol,
por sus doradas barbas y cabellos,
pues un hijo del sol se le creyó;
y á todos *por su nombre conocía*,
y cada cual llamábale *señor*.

A un pajecillo blondo y despejado,
Orteguilla llamado,
que á todas partes á Cortés seguía,
cual hijo cariñoso,
iba de día en día
tomándole cariño Motezuma,
por su gracia y su modo respetuoso;
y esto Cortés notando, puso al paje
del monarca al servicio,
los méritos del paje ponderando;
mas el movil fué sólo el beneficio
de tenerle *de espía*.

Y entendido y sagaz el pajecillo,
puntual al rey servía:
mejor que un cortesano,
su intento adivinaba,
y el nombre en castellano
de aquellas *nuevas cosas* le enseñaba,
á la vez que el azteca él aprendía;
en las diarias audiencias se encontraba,
las que á Cortés muy luego refería:
y también, cual á Marina, al poco tiempo,
por fidedigno intérprete pasaba.

Como cada soldado á su servicio
tenía varios siervos mejicanos,
el previsor Cortés, con el pretexto
de querer disminuir el sacrificio,
que al erario causaran los cristianos,
el alejarles quiso;
mas cuando Motezuma
del hecho tuvo aviso,
dijo á Cortés sonriendo: «Buen Malinche,
sin poseer riquezas aparentes,
aun tengo por ahora lo bastante
para poder pagar á esos sirvientes:
deja, pues, que mi gusto satisfaga,
y honor debido como enviado te haga,
de reyes mis aliados».
Y mandó se dejasen á los criados,
dándoles *doble paga*.

Como un simple soldado, cierto día
de mal humor y enojos,
que díscolo con otros discutía,
al monarca trató con aspereza,

se nublaron de lágrimas los ojos
del monarca agraviado,
al verse reducido á tal estado;
pero al saber Cortés esa vileza,
dispuso: —que en seguida fuese ahorcado; —
pues no quiso que nadie, *sino él solo,*
tratase indignamente al prisionero,
quien al punto que supo aquel mandato
por el buen pajecillo,
rogó al jefe guerrero,
—que fuese la cruel órden revocada;
pero sólo cedió Cortés en parte,
y fué por la de azotes conmutada:
no insistió Motezuma,
expresando después al pajecillo:
—que si un vasallo suyo
hubiera en lo más mínimo faltado
al cristiano caudillo,
también le habria á muerte condenado.—

Y como eran corteses los modales
del cautivo monarca,
con todos los soldados y oficiales,
y liberal su trato,
escenas no ocurrieron
de hostil demostración ni desacato;
de la severidad *el ceño altivo,*
en la adversa fortuna abandonóle,
y manso contemplóse á ese cautivo,
como el rey de las fieras sus guedejas
arrastra por el suelo,
al verse domeñado, entre las rejas,
y no en bosques umbrosos.

Martín López, en tanto, y sus obreros,
concluyendo seguían, afanosos,
dos buenos buquecillos, que ligeros,
entre piraguas miles,
surcarían los lagos placenteros.

Los padres Aguilar, Olmedo y Díaz
procuraron hacer que Motezuma,
con la fe de su lógica cristiana,
vacilase en la fe de sus deidades;
pero fué empresa vana,
como rica simiente
arrojar en estériles terrenos;
porque sólo el monarca respondía:
«Si ese tu Dios es bueno, omnipotente,
también los de mi patria son muy buenos».
Y aferrado á sus ídolos seguía.

Y del templo mayor las ceremonias,
echando ya de menos,
y queriendo que libre ya en su corte
el pueblo le mirase,
pidió al jefe cristiano:
—que salir hasta el templo le dejase
y luego á esa morada volvería.—
Y Cortés, que quería,
que ese pueblo también salir le viera
de su corte seguido,
le contestó: —que innecesario era
que vénia le pidiera,
desde que libre estaba; —
y consiguió que el rey le prometiera
el hacer suspender los inhumanos
sangrientos sacrificios,
que disgustaban tanto á los cristianos.

Y queriendo el cautivo demostrarle,
que cumplirle sabría
la palabra empeñada,
al par que revelaba de tal modo
su astucia delicada,
pidióle *algunos guardias ó soldados,*
antes que á su cortejo numeroso,
por desconfianza fuesen agregados. 157.

En sus brillantes andas Motezuma,
como en esos sus tiempos de esplendor,
iérguese entre su corte zalamera,
cual si ufano volviera,
ornado con el láuro vencedor.

Con grandes regocijos el gentío
mira las andas y prosigue en pos,
y á su monarca aplaude ardientemente,
con la fe del creyente,
qne en el altar se postra, ante su Dios.

Mas no era ya todo ese regocijo
un sincero cariño hacia su rey,
á quien traidor ya mira,
sino el temor que inspira
un altivo tirano á un pueblo grey.

Eso era el servilismo, inoculado
por siglos en un pueblo esclavizado,
que jamás conoció la libertad:
era el ciego infeliz de nacimiento,
que imaginar no puede en su tormento,
de los astros la luz y majestad!

Ofrendas son de abyectas multitudes,
que sin conciencia ni noción moral,
tributan á los déspotas, que abortan,
y acaban *por amar, lo que soportan,*
en su grosera vida material!

¡Mas guay de los tiranos, cuando el pueblo
abre sus ojos ó el poder recobra,

que torpe abandonó;
porque caen cual derrúmbase la obra,
que sin base se alzó.

¡El arrogante pueblo donde vibre
como dogma la humana dignidad,
será por siempre libre....
no hay tiranos, donde hay virilidad!

Los sacerdotes al monarca ensalzan,
y los magnates en sus brazos le alzan
hasta subir el escalón postrer;
y celebran contritos
sus misteriosos ritos,
y vuélvese el monarca á su cuartel.

En ese para él festivo día,
entre sus nobles hizo concesiones
y en el pueblo también;
y espontánea alegría
retornó á reanimar los corazones,
como después de tempestad bravía;
dorados rayos despuntar se ven.

Y el contento monarca sus visitas
al templo continuó:
y el pueblo más festivo,
más franco y expansivo,
con la invasora gente se mostró. 158

Todo, pues, en paz seguía ....
y Cortés, con el pretexto
de dar á su rey noticias
de ese rico aliado reino,
demándale á Motezuma:
—que sólo para este objeto
á sus soldados permita
el recorrer esos puertos;—
mas no sólo Motezuma
sin temor accede á ello,
sino que dale permiso
para que entren en los pueblos
y vean sus ricas minas,
y que un grupo de flecheros
acompañen á sus fuerzas,
dando órdenes al momento:
—que por do quiera que fuesen
sus aliados extranjeros,
hospedaje se les diera,
franco paso y alimentos.—

Al observar estas pruebas,
que daba su soberano
de buena amistad y alianza
á esos valientes hidalgos,
tambien su grave tiesura
dejaron los cortesanos:
y como unos y otros ya
la otra lengua chapurreando,
íbanse casi entendiendo,
los nobles aprovecharon
de Cortés y sus tenientes
el favor, que el soberano
acordaba á sus empeños,
para pedir los despachos
ó los premios, que solia
otorgar á sus vasallos;
y servíanles gustosos
los expertos castellanos,
para que ellos á su vez
les quedasen obligados.

Los trabajos, que á López se confiaron,
tocaban á sus fines;
y al lago se arrojaron
aquellos dos pequeños bergantines.

Manifestó el monarca los deseos
de salir á cazar
á sus bosques reales;
y Cortés con algunos oficiales
van tambien su destreza á demostrar.

De alegres piraguas
se cubren los lagos;
y el sol matinal
sus límpidos rayos
comienza á asomar:
sin miedo el monarca,
con los castellanos,
subió á un bergantín,
que himnos tocando,
comienza á partir;
las velas henchidas
de aquellos dos barcos
se ven descollar,
que marchan, dejando
piraguas atrás.

Y aquellos salvajes
se quedan pasmados,
confusos al ver,
que siguen bogando
sin remos tener;
y seres suponen
vivientes y alados,
que empiezan á andar,
á aquellos dos barcos,
que mandan al mar.

En esos bellos bosques, virginales,

Motezuma mostró su habilidad;
mas Cortés y sus diestros oficiales,
con sus certeros tiros y lanzadas
hiciéronse admirar. 159

El rey, allí gozoso,
su cautiverio y penas olvidando,
al ir esos perfumes aspirando,
creíase en completa libertad:
los bosques, lagos, flores y montañas,
el refulgente sol,
todo á la vez á su alma sonreía....
pero letal *el ojo le seguia*
del titán español!

XLVIII

1520

Pero la dulce paz, que el mutuo trato
de aztecas y cristianos cimentaba,
y Cortés fomentaba,
hasta su golpe descargar certero,
fué por un incidente interrumpida,
cuando ninguno de ellos lo pensaba;
porque *todo es casual* en esta vida,
y todo es pasajero,
suprema ley, que de evitar no hay modo:
y los más sabios cálculos y planes
truécalos el destino y sus mudanzas
en contínuos y estériles afanes....
el resultado es todo!

De la holgura, placeres y bonanzas,
del fausto y los honores,
en pos vienen las crísis y cobranzas,
litigios y temibles acreedores:
á los tiernos amores
y engañosa ilusión y sus encantos,
sucédense las cuitas y dolores,
las decepciones y sus mustios llantos:
á las gozosas, infantiles risas,
de nuestra vida en las tempranas brisas,
sorprende el cierzo frío
en la senda florida,
y en breve la vejez hunde á la vida
en su mortal hastío!
¡Ay! todo pasa en su pərpétuo giro....
todo al abismo y á la nada rueda...!
¡Solo en el corazón el llanto queda,
hasta el postrer suspiro!

¡Y todo esto, qué importa.
si hasta de Dios la obra más divina....
la mujer de belleza peregrina,
foco de inspiración, del genio lumbre,
y de santos y ardientes embelesos,
la vemos... ¡ay! que se convierte en huesos...
en polvo y podredumbre,
cuando aún sentimos sus postreros besos!!

¿Mas no existe su alma,
cual Dios inmortal?
—¡Esa alma á su patria
tambien se nos va,
buscando una gloria,
qne no es ilusoria....
y acá no encontramos....!—
Entonces sigamos
narrando esta historia,
que todo lo demás es digresión!

Aquel joven Cacama
de Tezcuco señor,
—á quien como su buen representante,
Motezuma mandó
para que á Hernán Cortés acompañase
hasta la capital,—
cuando á ver llega á su cobarde tío,
paciente el cautiverio soportar,
invítale, indignado,
el ominoso yugo á sacudir;
y él á tomar se ofrece
rápida iniciativa varonil;
pero callar le ordena
pusilánime el rey:
retírase Cacama, y por entonces
su empeño vano fué.

El reino de Tezcuco,
cuando Netzahualpilli falleció,
tocábale á Cacama,
como á hijo mayor;
mas el segundo, que era Ixtlilxóchitl,
comiénzalo audazmente á disputar;
y una sangrienta guerra, que insidioso
fomentó Motezuma, con afán,
hace que el reino dividido quede:

y á Ixtlilxóchitl tocó por este albur,
del Norte las regiones montañosas,
y al otro el resto, con Tezcuco al Sud.

Así de Motezuma
quedó cumplido el observado plan,
pues era en toda Anáhuac
su lema:—dividir para reinar.

Mas ora fuese que vengar quisiera
esa que fomentó su injusto tío
sangrienta usurpación;
ó que su reino presumir pudiera,
si de allí no arrojaba al invasor;
ora que perspicaz y denodado
anhelase trocar
el predominio que imponer quería
el extranjero audaz,
reune á los señores de Tlacópan,
Coyoácan y otros más,
y en secreta sesión, en su palacio,
así empieza á exponer su oculto plan:

«Los blancos extranjeros, que en Méjico se asientan,
despliegan su osadía, arraigan su poder,
y á todos nos afrentan...
hollar es su divisa, y el no retroceder!

Tras mínimas victorias, que hiciéronles valientes,
en villas indefensas y en pueblos sin unión,
arrójanse á la corte, confiados é insolentes,
do hallar todos debieron el fin de su ambición!

Pero un monarca... loco, creyendo que ya muertas
estaban las legiones de toda la ciudad,
les abre... ¡oh ignominia! de par en par las puertas,
de nobles y guerreros contra la voluntad!

Y más y más audaces, alzando su bandera,
conducen al monarca cautivo á su cuartel,
y al bravo Qualpopoca ultiman en la hoguera,
porque sirvióle fiel!

¿Debemos, cual mujeres, cruzándonos de brazos,
que asalten nuestras casas, cobardes esperar?
¿Y que hagan en los templos los ídolos pedazos,
y como á Qualpopoca nos lleguen á inmolar?

Si indigno ya el monarca, no sabe los derechos,
ni altares de los dioses de Anáhuac defender,
hay príncipes guerreros y miles nobles pechos,
que la corona pueden alcanzar y sostener!

Entonces, que aguardamos? Oprobio es y vileza
vivir indiferentes, en tanta humillación!
¡Sufrirla yo no quiero! Alcemos la cabeza,
poniéndonos al frente de toda la nación!»

En general, entusiasma
tan patriótica intención;
pero á otros disgusta y pasma
ese acto de sedición.

Los unos creen; que ambicioso
anhela al rey suplantar,
ó de *pasadas ofensas*
inténtase ya vengar.

Mas todos vacilan,
y nadie intentó
del noble Cacama
mostrarse á favor;
pues más pudo en ellos
su propia abyección,
y el miedo ó respeto
al regio señor,
que el eco vibrante,
que el joven de sus labios arrojó.

De su causa la eterna santidad,
no teniendo ese pueblo la conciencia,
ni menos de la propia dignidad,
perdió *desde ese instante* su existencia,
por no saber *lo que era independencia*,
por no saber *lo que era libertad*!

De esta reunión el objeto
supo el monarca en seguida,
quien presuroso á Cortés
la sedición comunica;
pídele Cortés permiso:
—para apagar esa chispa,
antes que forme una llama;—
pero el rey, con su política,
disuádele del intento,
diciéndole:—que sería
el alarmar á Tezcuco
y á las ciudades vecinas;
además de que Cacama
la guerra prolongaría
con las disponibles fuerzas
de su poblada provincia:
que los pacíficos medios
era la mejor medida,
en aquellas circunstancias,
para apagar esa chispa;
mas si desechados fueran,
él otros varios tenía
para atraerle á la corte,
como á una fiera rendida.—

Y sin vacilar Cortés,
ante ideas tan sensatas,

manda al señor de Tezcuco
una amigable embajada;
pero Cacama contesta:
«Que á ningun señor de España
quiere tener por aliado;
y que él, de toda el Anáhuac,
á Motezuma tan solo
reconoce por monarca.»

Entonces ya Motezuma
ordena al joven Cacama:
—que en el acto comparezca;—
pero el joven, que fraguada
ve su empresa y descubierta,
y que la hoguera le aguarda
del cacique Gualpopoca,
si obedece á su monarca,
al cual cautivo desprecia,
contesta con arrogancia,
en su buena causa fiado:
—que cuando á la corte vaya,
será para rescatarle;
y con su flecha y su maza
reivindicar á sus dioses
y hundir á los de Tlascala.—

Quiere súbito Cortés,
como fiera acorralada,
salir en el acto al campo
para vengar tanta audacia;
mas dícele Motezuma,
en su creencia soberana:
«Es ya llegado el momento
que te cumpla mi palabra.»

Cauteloso Motezuma,
como todo buen tirano,
entre aque los reyezuelos
tenia agentes pagados,
que sus órdenes cumplían,
no solo como vasallos,
sinó como ejecutores
de sus siniestros mandatos:
y á éstos, secretamente
decir manda el soberano:
—que á Cacama le presenten
sin herirle ni matarle.—

Y fieles á la consigna
esos nobles complotados,
hácenle ver á Cacama:
—que si no huye en el acto
ó no se lanza á la guerra,
va á ser en breve aplastado
por el poder del monarca;
pero si quiere escucharlos,
sin que nada se trascienda,
á las orillas del lago,
donde un sitio oculto tienen,
solo acuda y disfrazado,
y de su plan impondránle
y el de otros nuevos aliados;
y si lo aceptase, allí
reunirán lo necesario
para dar todos reunidos,
el golpe á los castellanos.—

En la insidiosa asechanza
tropieza el joven confiado,
y en medio de la sesión
le cercan los conjurados;
y como aquel edificio
casi estaba sobre el lago,
húndenle en una canoa
y preséntanselo á su amo;
y otros rebeldes señores
y caciques afamados,
presos por orden del rey
tambien á la corte entraron;
y entréganse al capitan,
quien dispone el engrillarlos,
diciendo:—que ese castigo
era impuesto al desacato
de no haber comparecido
del soberano al llamado.—

A la sazón se encontraba
en Méjico residiendo
Cuicuitzca, á quien Motezuma
profesaba cierto afecto:
era hermano de Cacama
por parte de padre, y fueron
por domésticos disgustos
ó sus hábitos opuestos,
contrarios siempre en ideas,
hasta llegar al extremo,
que hostilizado Cuicuitzca,
tuvo que asilarse en Méjico,
á pesar de que en Tezcuco
era estimado del pueblo;
y Cortés, que le observaba,
viéndole vivo y discreto,
logró su afecto granjearse;
y al cabo de poco tiempo
diariamente iba Cuicuitzca
á verle á su alejamiento.

Y Cortés dice al monarca,
sin demostrar gran empeño:
—que el castigar con la muerte

á Cacama en tal momento,
irritaría á Tezcuco
y quizá á muchos guerreros:
y que era más eficaz
y castigo más severo
el deponer á Cacama,
dando á Cuicuitzca ese reino,
y así mostrar su clemencia
á todos sus fieles pueblos.—

Mucho al monarca complugo
tan digno razonamiento;
y sometiólo en el acto
á su reunido consejo,
quien aplaudió, muy gozoso,
que finara así un suceso,
de tan grave trascendencia;
firmó el monarca el decreto.
é hizo saber á Cuicuitzca·
—que de Tezcuco el gobierno
á Cortés solo debía;—
y Cuicuitzca, agradeciendo
tal favor al gran caudillo,
á Tezcuco parte presto,
seguido de sus amigos
y numeroso cortejo.

Y en Tezcuco es coronado
con grandes aclamaciones,
regocijos y festejos
del vecindario y los nobles,
no solo por su prestigio,
sinó tambien por razones
de futura conveniencia,
pues así aplauden las órdenes
del soberano, y demuestran
su aversión á sediciones. 161

Otra vez á quedar todo tranquilo
por entonces en Méjico volvió:
y á *unos diez españoles* y peritos,
hasta la Veracruz Cortés mandó,
con órden:—que explorasen esa costa
al Sud de la ciudad,
como á sesenta leguas,
hasta el gran río *Coatzacualto* hallar.

Y habiendo hallado un puerto en ese río,
allí Cortés fundar una colonia
al punto resolvió;
y con *ciento cincuenta veteranos*
á ello parte Velazquez de Leon.

LXIX

1520

Tristemente veía Motezuma
que íbase cumpliendo *el vaticinio,*
que lanzó sobre Anáhuac Quetzalcoátl;
y juzgando Cortés que su dominio,
impuesto allí por el temor y el sable,
de un modo más estable,
cuanto antes precisa asegurar;
insinúa solícito el monarca:
—de si era tiempo ya,
que al suyo los caciques y él debieran
público vasallaje tributar.—

Y Motezuma acepta, esperanzado,
que despues de aquel acto celebrado,
haríanse los blancos á la mar;
y tanto mas contento
se inclina al cumplimiento,
del vasallaje, que él le prometió,
cuanto esa misma idea,
que realizar desea,
se supuso *que él mismo* la inició. 162

De Méjico los correos,
citando á gobernadores,
capitanes y señores,
míranse ráudos salir;
y todos esos magnates
acudiendo presurosos,
con séquitos numerosos,
esperan al amo oir.

Y reuniéndoles á todos,
de Hernán Cortés en presencia,
en aparentosa audiencia,
como en su antiguo esplendor,
procura, aunque conmovido,
y con rostro quebrantado,
mas erguido y dominado,
el ocultar su dolor.

Y díceles: «Me ordenan los dioses tutelares
que á todos mi vasallos revele la verdad,
después de interrogados al pie de los altares,
y hoy tengo que deciros:—*cumplid su voluntad!*

Durante largos años el trono he dirijido,
que alzaron mis abuelos, formando una nación;
y al campo de la gloria me habeis todos seguido,
y fué extendiendo Anáhuac do quiera su pendón.

Mas hoy las profecías, del Dios que hendió los mares,
y los recientes signos nos hacen ya decir:
—del sol los rubios hijos, que pisan nuestros lares,
con rayos del Oriente las vienen ya á cumplir.—

Ahora, oh mis vasallos, que férvido homenaje
rendisteis siempre al trono, que hoy tiene su final,
prestándome obediencia, juremos vasallaje,
á estos del sol los hijos, que son de Quetralcoátl.

Y en prueba de obediencia un buen tributo espero,
que todas las provincias á los enviados den
para el señor de Oriente; y yo seré el primero,
volcando mi tesoro, en dárselo también.»

Inmóviles y rojos
empáñanse sus ojos,
después de proferir
aquella abdicación...
su pena y emoción
impídenle seguir. 163

Y al verle sus vasallos conmovido,
comenzaron también á sollozar...
¡era el postrer tributo que rendían
de su fidelidad!

Cortés alienta á todos, diciendo á Motezuma:
«Habiendo vasallaje jurado á mi señor,
no intento despojaros de vuestra dignidad;
porque él será tan solo futuro emperador:
incólume dijándoos también su autoridad.»

Atónitos y opresos,
ante esos no esperados
insólitos sucesos,
se miran los magnates,
cual si vieran ya al reino en la orfandad,
mas luego se adelantan
los jefes principales:
su espíritu levantan
con digna varonil conformidad,
y murmuran sus voces
«¡De los supremos dioses
acatemos, señor, la voluntad!»

De aquella involuntaria
farsáica abdicación,
—que arranca la presión
potente y temeraria
del hábil general
al monarca, ministros y caciques,—
el acta original
levanta en el instante
el notario real,
ante todo los jefes españoles,
en el regio recinto:
y por tal acta, el trono castellano,
y siendo emperador ya Carlos quinto,
quedó de sucesor del mejicano.

Y cuando Hernán Cortés tuvo en su mano
esa valiosa prenda de su anhelo,
sintió alegre su sangre rebullir,
como si viese, en entreabierto cielo,
los láuros irradiar del porvenir;
porque aquel era *el sin igual presente*,
que al gran emperador
iba á hacer *de otro imperio en Occidente*
el gran conquistador!

De *sucesos tan estraños*
también quedaron atónitos
los hijos de esa nación,
al ver al fin de los años,
y de olvidos pronósticos,
cumplirse la tradición;
mas fueron luego, fanáticos,
de una en otra deducción,
cual crédulos nigrománticos,
teniendo por natural
aquel suceso fatal,
como enigma descifrado,
desde que del rey actual
era el nombre literal,
—señor triste y desgraciado.—

En un vasto salón, donde existían
guardados los regalos anteriores,
que ante hizo el monarca á los cristianos,
los valiosos tribntos recibían
de los tristes caciques mejicanos,
con sus cargas llegando los tamanes
de alhajas, plata y oro;
y después les entrega Motezuma
de Axayácatl, su padre, el gran tesoro,
y de ricos metales
adornos, joyas, perlas y vajillas.
estatuas, aves, flores y animales,
que fueron en Europa maravillas. 164.

Cuando tan gran tesoro vió reunido
el cautivo monarca,
mirándolo, así dijo, enternecido:
«Ten para tu señor este presente,
y dile, buen Malinche,
como cuadra á tu noble gentileza,
que Motezuma *se lo envía y siente*
no poder dignamente
hacer otro mayor á su grandeza».

Los ávidos soldados,
al ver tanta riqueza,
quedáronse asombrados,
como ante tiernos pollos diestras zorras;
la miran, la remiran, se marean,
y quítanse sus cascos y sus gorras,
y al grande Motezuma victorean. 165

En *tres grandes montones*
dividiéronse todos los valores,
quedando reservados
les objetos más bellos y curiosos
por *su trabajo artístico y labores*
y tejidos bordados,
para hacer un regalo al rey de España,
de ofrenda tan extraña.

Mandáronse traer de *Astcopozalco*
las buenas fundiciones,
y en tres días se vieron
que aquellos tres montones
en lingotes y barras redujeron. 166

Para el reparto hiciéronse balanzas,
nombraron contador y tesorero,
y dióseles primero
el quinto que á su rey correspondía, 167
y otro á Cortés, que recibir debía,
según las convenidas condiciones;
hiciéronse también las deducciones
de la suma pendiente
de gastos de esa empresa, y de la pérdida
de las embarcaciones;
y la parte además correspondiente
á la facción que en Veracruz había;
y después, según grados y servicios,
que cada cual tenía,
repartióse por su orden el tesoro,
hasta llegar el turno á los soldados,
que al querérseles dar *cien pesos de oro*,
se muestran disgustados. 168

Pero Cortés quería
conservar el afecto de su gente;
y al par de su energía
tener también solía,
cuando érale preciso, *gran paciencia*;
y á todos dió de su peculio parte,
empleando con arte
su imponente, patriótica elocuencia;
y las murmuraciones
se acallaron muy luego;
porque unas más ó menos municiones
para arrojar al juego,
muy poco le importaban á soldados,
que sobre sus broqueles y tambores,
para sus ocios distraer y penas,
diariameate jugaban
sus haberes, el oro y las cadenas,
que de uno á otro sin cesar pasaban;
aunque otros, más prudentes,
su oro y dijes guardaban.
pensando en sus familias indigentes.

Asi como anhelante,
cuantas más pruebas logra, más ansía
el venturoso amante,
y tras un cándido apretón de manos,
aspira á dar un beso,
y después .... un abrazo,
más exije Cortés al regio preso,
para irle oprimiendo más el lazo.

Del rey la abdicación á Cortés daba,
sino la material fuerza precisa,
al menos la moral que le faltaba,
pero veía que incompleta era,
mientras la religión sobre las almas
el poder verdadero no le diera,
y mas, cuando los indios
diariamente seguían
sus humanas ofrendas aumentando,
mientras que ellos su pobre altar tenían
de su cuartel en el recinto estrecho,
sin que fuesen sus dogmas escuchados.
Cortés, pues, en acecho,
del propicio momento, al rey expone:

—que estando sus soldados
ante esos sacrificios indignados,
con el fin de calmarlos, le propone:
—que del templo mayor un oratorio
les diese con urgencia,
para allí celebrar sus ceremonias
de todos sus vasallos en frecuencia.—

«¡Oh Malinche!—Replica Motezuma;—
llegar á tal extremo
es ultrajar los dioses tutelares;
y una conflagración del pueblo temo,
si mira profanados sus altares!»
Y quedóse el monarca consternado.

«Pues contestadme en breve,
—replicóle Cortés,—antes que salga,
y por delante al templo se lo lleve,
sin que nada á ese pueblo ya le valga.
Si pocos acá somos, Dios ayuda
nuestro pendón ungido,
y somos, como el mar enbravecido,
que por donde entra y pasa,
con sus ondas arrasa!»
Y volviendo la espalda, sale erguido,
y quedóse el monarca confundido,
golpeándose la frente.

Después que Motezuma comunica
á sus ensimismados sacerdotes
el peligro inminente,
todos callan; *ninguno le replica,*
y dejan que proceda libremente,
remitiendo á los dioses su protesta.

Torna Cortés y dice:
«Heme, señor, aquí por la respuesta».
Y ocultando el dolor con disimulo:
«Concedido», el monarca le contesta,
mostrándose, *paciente, como un mulo.*

Aquella nueva oyó con alegría
la legión castellana;
como si dueña fuese de ese emporio;
y la Cruz y la imagen de María,
en ese mismo día
ostenta el oratorio,
entre guirnaldas de olorosas flores:
y escúchanse entonar á Olmedo y Díaz
los místicos loores:
y de rodillas la legión valiente,
lágrimas vierte y venturosa inclina
hasta el suelo su frente,
al ver cumplida su misión divina!

En grupos los aztecas los contemplan,
como al ratón acecha hambriento el gato;
su coraje retemplan,
y ocultan su dolor con disimulo,
no cual paciente mulo,
que va siguiendo al hato,
sino como el que aguarda
el día de vengar tal desacato! 169

Mas si pudo aquel pueblo indiferente
tolerar inconsciente,
que entregase su rey al extranjero
su dignidad y el oro,
sintió profundamente
ese golpe á sus dioses tan artero,
al mirar sus altares profanados;
y aliéntale tan solo la esperanza,
que en la hora fatal de la venganza,
allí fuesen también sacrificados.

Presto de los infieles
el éco del dolor y rabia lleno,
llega del invasor á los cuarteles,
como el rugido del confuso trueno,
que poco á poco se oye más cercano,
del turbio mar al rebullir la espuma:
se aterra Motezuma....
y sus rayos apresta el castellano.

Y Motezuma desde aquel instante,
—cual si la voz de su indignado pueblo,
que escúchase bramante,
del criminal letargo le sacara,—
pensativo, agobiado,
rehuye y se separa
del trato de los hijos de Castilla;
y aleja de su lado
al buen paje Orteguilla,
al celebrar sus diarias conferencias;
y de aquellas, sorpréndense los jefes,
reaccionarias tendencias:
llama luego á Cortés, quien precavido,
de Olid y *tres hidalgos*
preséntase seguido;
y con cierta frialdad inusitada,
dícele Motezuma:
«De mi resolución precipitada
encuéntranse los dioses agraviados,
habiendo amenazado á sus ministros,
con destruir *á la ciudad entera,*
si en el altar no sois sacrificados.
Los dioses lo reclaman,
y ya tambien por vuestra vida claman
el pueblo y sacerdotes de consuno:
y con alzar yo un dedo,
no quedariais, en verdad, ninguno!
Y, ya hacer por vosotros, más no puedo...
partir os aconsejo;
y que lo hareis espero, buen Malinche,
porque lo he prometido á mi consejo.»

Pero Cortes, que reprimir sabía
sus sensaciones, como sabio viejo,
no dejó traslucir en su semblante
de aquella transición la gran sorpresa,
y cuanto el escucharle era humillante.
y dice indiferente:
«Bastante, señor, siento
el no poder salir en el momento;

y no porque á mi gente
puedan causar temor vuestros arqueros...
sino, porque querría complaceros;
mas fáltanme para partir los buques;
y como habeis jurado vasallaje
á mi amo omnipotente,
también tendría, al emprender el viaje,
que llevaros conmigo, hasta el Oriente!»

Quedóse estupefacto Motezuma,
ante esa tan impávido coraje;
pero ofreció á Cortés:—los operarios,
y objetos necesarios,
para que construyesen *tres bajeles*;
y que reprimiría
de su agitado pueblo la impaciencia,
si él le prometía
el partir sin ninguna resistencia,—

El general acepta: *el ganar tiempo*
era también para vencer su ciencia.
Millares de artesanos
á Veracruz salieron en seguida,
llevando á la cabeza á Martín López,
á quien dijo Cortés á la salida:
«Ocupa, como puedas, en la playa
á estos operarios,
hasta que en bien Dios haya
enviarnos los refuerzos necesarios.» 170

Como hábiles marinos
preparan sus bajeles,
los signos al notar de vendavales,
hasta llegar el tiempo de bonanza;
así también preparan sus cuarteles
los serenos y listos oficiales,
en Dios solo cifrando su esperanza.

L

1519 y 1520

La que de Veracruz ligera nave,
despachó Hernán Cortés para su patria,
de Montejo á pedido tocó en Cuba,
donde *una estancia* á la sazón tenía,
para mejor surtirla para el viaje,
contraviniendo de Cortés la orden,
solo por tal objeto y breve tiempo;
mas súpolo Velazquez en seguida,
é hizo salir *dos buques* bien armados,
con orden de apresar la carabela,
que ya Alaminos lanza á las corrientes
del *Canal de Bahama*, atravesando
por las *islas Lucayas y Florida*,
y entrándose en el mar, el ancla arroja
en Octubre, en el puerto de San Lúcar,
burlando así á los buques de Velazquez. 171

Al llegar á saber en esas costas,
que tal nave arribaba *de un gran reino,*
con inmenso caudal para el monarca,
vieron ya realizadas las promesas
de los grandes tesoros de las Indias,
y cundió tal noticia por España,
otra vez avivándose el deseo
de ir al *Nuevo Mundo* á hacer fortuna.

Fray Benito Martín, que de Velazquez
capellán era y en España agente,
había del monarca conseguido
nombrase á su señor *de adelantado*
de las tierras, que en Indias descubriese,
por medio de regalos á los nobles
y el favor de Rodriguez de Fonseca;
y cinco días antes que saliera
de Cuba Hernán Cortés á su conquista,
tal título á Velazquez espidióse: 172
mandóselo en seguida fray Benito,
quien después de arreglar otros asuntos,
esperaba en Sevilla, que saliera
algún bajel para partir á Cuba,
cuando de Hernán Cortés los dos agentes
para ir á la corte allí llegaron.

Mas fray Benito impúsose al momento
de la misión de aquellos dos enviados;
y á ellos y á Cortés, como traidores
al gobierno de Cuba y la corona,
los denuncia á la casa de las Indias,
donde teniendo el capellán influencia,
tan solo á los enviados se permite,
embargándose todo el cargamento,

su queja establecer ante el monarca:
parten, pues, en su busca á Barcelona,
llevándose á Alaminos, el piloto;
mas ya había el monarca abandonado
la ciudad de los Condes, y marchaba
á Compostela á convocar las cortes,
para luego embarcarse en la Coruña
y seguir hasta Flandes, en su armada,
para ceñirse la imperial corona.

Pero antes de seguirle los enviados,
quieren que un hombre de honorables canas
les presente al monarca, y se dirigen
á don Martín Cortés, que residía
en Medellín, el cual, si antes al hijo
por muerto hubo llorado, hora de gozo
otras en su vejez lágrimas vierte,
al saber que vivía, y que conquista
para su estirpe y patria nuevos láuros;
y á Tordesillas parten, donde encuentran
al nuevo emperador, que á despedirse
de su infelice madre, llega ancioso.

Y don Martín Cortés y los enviados
preséntanse al monarca al mismo tiempo,
que el presente recibe y los indígenas,
que mandaba Cortés de Nueva España,
lo que influye á que sean recibidos
en prolongada y favorable audiencia:
vuelve á mandar los indios á Sevilla
para que el patrio suelo extrañen menos,
y él y su corte admiran los regalos
de gran valor artístico y riquezas,
y las plumas, bordados y tejidos:
les escucha, interroga y se complace
de Cortés en la empresa, y les promete
resolver muy en breve sus instancias,
que confía al consejo de las Indias,
y váse á la Coruña, sin que nada,
en medio de sus muchas atenciones,
de allí al partir *el dieziseis de Mayo*,
de Cortés en la instancia resolviese,
tal vez ya desechada por Fonseca;
y apenas en los últimos momentos
despachar pudo asuntos de importancia,
concernientes al joven Almirante.

Don Juan Rodriguez de Fonseca, en tanto,
del consejo de Indias presidente,
interviene con saña en el asunto,
que el soberano déjale en consulta:
era el mismo enemigo encarnizado,
que fué del gran Colón moral verdugo,
y seguíalo siendo de su hijo,
y lo iba de Cortés á ser ahora,
cual también fuélo luego de Pizarro. 173.

Y el presidente del consejo expuso:
—que era Velázquez dueño de esa empresa,
según su nombramiento *desde un año*,
y el rebelde Cortes únicamente
de ella el usurpador, quien sin derecho
y sin tener los elementos propios,
espúsola á que hubiese fracasado,
debiéndose intimarle, en consecuencia,
que la empresa á Velázquez se entregara
y como jefe actual reconociera.—

Y en el consejo este parcial discurso,
débil apoyo halló; mas la regencia
del cardenal Adriano y sus ministros,
no encontraron muy justo este dictámen,
desde que sólo aquel descubrimiento,
de tan grande valía y trascendencia,
á Hernán Cortés debióse y su constancia;
y aun mas, cuando el monarca mismo
se había *á su favor manifestado.*

Interin sólo conseguir pudieron
el buen Martín Cortés y los agentes,
que á cuenta de sus bienes detenidos,
entre ellos el regalo al viejo padre,
entregar se mandaría *corta suma*,
para seguir su asunto defendiendo,
y el derecho á sus bienes gestionando.

Para llevar por orden cronológico
los acaecidos posteriores hechos,
desde que Hernán Cortés salió de Cuba,
esnos preciso echar una mirada,
á la conducta que observó Velázquez,
quien contra Cortés quedó indignado,
por creerle ya un rebelde y mal amigo:
mas tan ruines ideas y temores
eran solo villanas desconfianzas
del hombre de alma baja y envidioso;
y mas subió su indignación de punto,
cuando supo el tesoro y las noticias
que llevaba la nave de Alaminos,
y que apresar las suyas no pudieron:
y concibe el proyecto desde entonces
de formar una escuadra y de vengarse,
á Cortés su conquista arrebatando;
y púsulo por obra sin demora,
al recibir, no solo el nombramiento
de ser de aquella isla adelantado,
sino de las ignotas ricas tierras,
que á conquistar llegase; y más su empeño
avívase, enardece y acrecienta,

cuando su capellán le comunica:
—que á pesar del ruido, que metieron
el oro y plata, por Cortés mandados,
y la buena acogida del monarca,
estaba *á sostenerle decidido*
el presidente del consejo de Indias.

Esa su expedición quiso Velázquez
en persona mandarla y dirigirla,
mas su excesiva obesidad, opuesta
de tal empresa á las fatigas duras,
hácele desistir, y fué nombrado
don Pánfilo Narvaez, su antiguo amigo,
quien ayudóle á conquistar á Cuba,
y siempre su favorito siguió siendo:
era Narvaez valiente y presuntuoso,
alto, fornido y de cabeza grande,
de agradable presencia y roja barba,
y de sonora voz y cavernosa,
cual si saliera de profunda cueva:
sordo á los consejos y altanero,
no de la disciplina vigilante;
y de la previsión y la prudencia
que eran precisas, se encontraba falto,
para ir á tener de antagonista
á un hombre cual Cortés, de *talla homérica*. 174

Y Velázquez, Narvaez y sus tenientes
dinero buscan y bajeles fletan,
y recorren los pueblos de la isla;
acopian municiones y pertrechos,
armas y bastimentos, cuantos pueden,
y prometen á todos los colonos,
de la nueva región el oro en barras,
y mercedes de tierras y ciudades,
y cuanto su ambición halagar pueda:
cientos de aventureros les escuchan,
corren á los cuarteles, impacientes,
llenan los buques por partir clamando,
y parece que toda aquella isla
fuese á quedar de súbito desierta.

Hasta en Santo Domingo tales hechos
en breve repercuten, y ya entonces
los jerónimos padres, alarmados,
que la real audiencia presidían
y de suprema autoridad gozaban,
al juez de dicha audiencia y licenciado
Vazquez de Aillón envían:—á que intime
á Velázquez desista de su empresa,
por no haber conveniencia ni justicia,
en que así Hernán Cortés se hostilizara,
por mezquinas envidias y ambiciones,
en vez de irle á ayudar á su conquista,
ó llevarla á cualquiera de otras tierras,
do la Cruz Santa bendecir hiciesen.—

Pero Diego Velazquez, engreído
con la alta protección, que recibía
del soberbio Rodriguez de Fonseca,
contéstale al oidor, con desagrado:
—que no á buscar contienda iba su gente
con la de Hernán Cortés en Nueva España,
sino en aquella tierra su derecho
tan solo á sostener en la conquista;
y que además, negábale á la audiencia
que facultad *de intervenir tuviese,*
ante el mandato expreso del monarca.

Pero Vazquez de Aillón, si era prudente,
era también en su deber enérgico,
é hízole requerir ante escribano:
—que el viaje y sus apreştos suspendiera;—
mas viendo que era su protesta vana,
disimuló el oidor el desacato,
y embarcóse en la escuadra, so pretexto:
—de exigir á Narvaez, en Nueva España,
que dejase á Cortés seguir su empresa;—
pues lejos de Velazquez, presumía,
su autoridad é influencia interponiendo,
evitar que á las armas apelasen.

Ya *once embarcaciones* de alto bordo
y *siete bergantines* en la rada,
con municiones, armas, bastimentos
hallábanse provistos: *once piezas*
de artillería, *mil y tantos indios,*
como ochenta caballos y unas muias,
ochocientos infantes con sus jefes,
ochenta arcabuceros, la maestranza,
y *unos ciento cincuenta ballesteros*
componían las fuerzas de esta flota,
que si exceptuamos la que trajo Ovando,
en tiempo de Colón al Nuevo Mundo,
la más potente y numerosa era,
que *hasta entonces cruzaron esos mares.*

Las últimas *secretas instrucciones*
á Narvaez repitió Diego Velazquez,
insistiendo ante todo en repetirle:
—*que bajo buena guardia remitiera*
al rebelde Cortés y á aquellos jefes,
que á su cuartel no fuesen en el acto,
para el severo militar castigo
poderles imponer, y que su empresa
oposición no hallase en adelante.

Y pidióle llevase de amanuense
á su antes secretario Andrés del Duero,

por ser en la escritura muy versado,
cosa no muy común en esos tiempos,
y práctico también en los asuntos;
pero temiendo Duero, que Velazquez,
como hombre desconfiado é irresoluto,
antes que al mar hiciérase la flota,
de parecer mudara, fingió astuto,
que solo *por servirle partiría,*
y consiguió su intento y embarcóse.

En las playas agólpase el gentío
del mes de Abril en los primeros días
del año mil quinientos veinte; solo
tiernos adioses y promesas gratas,
entre amantes, esposos y guerreros
escúchanse do quier; de la partida
es el postrer momento, y á la escuadra
los rezagados á embarcarse corren,
soñando con la gloria y la fortuna!

Sale orgullosa la potente flota,
costea á Yucatán, y prosiguiendo,
el veintitres de Abril sus anclas suelta
en la babía de San Juan Ulúa,
donde hubo antes Cortés desembarcado.

LI

1520

Supo Narvaez, por dos ó tres personas
de las que al río Coatzacualto fueron,
á explorar desde Méjico:—que estaba
Hernán Cortés allá, habiendo vencido
en su triunfante tránsito á las tribus,
y entrado en la ciudad sin resistencia:
y que habiéndose preso al soberano,
hizo entrega á Cortés de sus riquezas;
y que éste, cual señor de toda Anáhuac,
de tal modo mandaba, que un cristiano
el vasto reino atravesar podía,
como hasta aquella playa ellos lo hicieron;
y que muy cerca Veracruz estaba,
ciudad en construcción que defendía,
Gonzalo Sandoval, con su piquete.—

Escucharon Narvaez y sus reclutas
la exacta narración, maravillados;
pero no su despecho ocultar pudo
el presuntuoso jefe; hizo en la playa
formar su campamento, do acudieron
los inmediatos indios, que al instante
á comprender llegaron, que esos otros
nuevos cristianos, *enemigos eran*
de aquellos de Cortés, por los denuestos,
que los nuevos caudillos proferían.

Al clérigo don Juan Ruiz de Guevara,
cetrino, alto, colérico y bilioso,
y á un notario real, con tres testigos,
manda Narvaez que á Sandoval intime:
—que habiéndose nombrado adelantado
á don Diego Velazquez de esas tierras,
que Cortés sin derecho conquistaba,
viene á su nombre, como enviado jefe,
don Pánfilo Narvaez á demandarle,
que ese fuerte le entregue y á sus órdenes,
desde ese instante con su gente quede.—

Pero el buen Sandoval, que en guardia estaba,
desde que vió la numerosa flota
y supo el desembarco presuroso,
fortificóse lo mejor que pudo;
y aunque morir con él le prometieron
sus fieles subalternos, sin embargo,
una horca erigir hizo en la plaza
para *el primero* que temor mostrase.

Mas quienes la invadieron fueron solo
Ruiz Guevara, el notario y los testigos;
de su misión el clérigo le impuso,
y al fin concluye, dándole el consejo:
—que á Cortés abandone por rebelde,
pues los que así no lo hagan son traidores,
y hallarán, como tales, su castigo;
mas que si aclaman á Narvaez por jefe,
á su patria sirviendo, harán fortuna.—

De escuchar Sandoval avergonzado,
tan vil proposición de un sacerdote,
intímale callar y le despide;
mas aquél, dando destempladas voces,
ordena al escribano y los testigos:
—que levanten el acta de esos hechos;—
y Sandoval entonces, con su brazo

mostrándoles la horca, les contesta:

«Si eso hacéis, ¡Vive Dios! allí á los cuatro
de los hombros os cuelgo, y en pelota,
para daros azotes, como letras
ó calumnias pusiéreis en el acta».

Y volviéndose al clérigo le dice:
«Antes que á mí, debéis á nuestro jefe
tan vil intimación notificarle,
y con comodidad podéis hacerlo».

Y ordena atar al clérigo y testigos,
y que algunos tamanes á la espalda
á esos enviados á Cortés conduzcan.

Y pálidos y mudos esos hombres,
vense atados y á Méjico marchando,
en hombros de esos otros tan pacientes:
háceles vigilar por una guardia,
y al cabo Pedro de Solís ordena:
—que los tratara bien en el camino;—
y *al cuarto día* encuéntranse á la márgen
del tezcucano lago, para donde
sale Cortés al punto á recibirlos,
según el pronto aviso, por correo,
que dióle Sandoval, con más noticias,
de *ese primer presente*, que le envía.

Pero antes que Cortés aquellas nuevas
llegara á recibir, ya Motezuma
tenía extensa relación de todo;
y después de *tres días* de saberlas,
impone al general, que absorto queda:
—la reciente llegada de esa flota,
y que no existe obstáculo ninguno,
que salir ya le impida de su reino.

Y de Cortés á las preguntas breves,
muéstrale los dibujos de los buques
de Veracruz anclados en la costa;
y simulando su impresión terrible,
exclama el jefe, con risueño rostro:
«¡Gloria á los cielos por mercedes tantas!»

Y corre á sus cuarteles: los soldados
cohetes lanzan y entusiastas vivas;
mas ven á los tenientes taciturnos,
y en honda pena truécase el contento,
como ese postrer rayo de alegría,
qué reanima de un tísico el semblante,
es el último adios á su existencia;
pero ¡ay! esos heróicos castellanos,
que ven casi perdida su conquista,
tesoros, sacrificios y esperanzas,
al llegar á saber cuan numerosas
las fuerzas son, que á someterlos vienen,
y míranse circuidos dentro y fuera
de inmensas tribus y cristianas tropas,
entonces, mas que nunca, se deciden
sostener á su jefe tan amado:
era que la influencia y el cariño,
la creencia del buen éxito y confianza
que el genio de su jefe les inspira,
habíanles á todos fascinado.

Y hallándose Cortés ya más sereno,
é incubando otro plan, dice al monarca:
—que Pánfilo Narvaez, amigo suyo,
habíase mostrado algo remiso,
creyendo que de Anáhuac el soberano
aún no hubiese proclamado al de ellos;
mas que disiparíale la duda,
y entonces ambos de común acuerdo,
á sus lares iríanse en la flota;
mas si Narvaez acaso pretendiera,
que nuevas concesiones le acordara,
él mismo, con su gente y los arqueros,
que el Anáhuac á sus órdenes pusiera,
de su reino á Narvaez arrojaría.—

Y complacido oyóle Motezuma,
porque tambien Cortés, con sus hazañas,
habíale *vencido y fascinado:*
asi es que á sus ministros y caciques
refirió de Cortés tales promesas,
para que al pueblo fueran trasmitidas,
y esperase hasta el fin de los sucesos.

Parte Cortés al lago de Tercuco,
y haciendo desatar á sus paisanos,
llévales á caballo á su morada:
de Sandoval el acto vilupera,
aunque lo aplaude en su interior, contento;
al padre Ruiz Guevara hace regalos,
dale asiento en su mesa, le agasaja,
muéstrale *el real quinto y su tesoro,*
y dícele: *que preso y sometido*
el poderoso rey de Anáhuac tiene:
que *seis mil tlascaltecas* á las puertas
de la gran capital son su vanguardia;
pero que él con Narvaez solo querría,
en pró de su nación y aquella empresa,
realizar esa conquista unidos,
y de tales intentos le impusiera,
sin dar á conocer entre las tribus,
que hubiera entre ellos divergencia alguna,
para que *un general levantamiento,*
no fuese de ambos la fatal derrota.

Pero á pesar de todo, si su jefe

traía *del monarca orden expresa*,
el mando y la conquista entregaría.—

Y al altanero clérigo Guevara
nótase por Cortés catequizado;
y por él mismo supo, que venían
el juez Vazquez Aillón y Andrés del Duero;
y á ambos Cortés *escribe largamente*.

Y tambien el notario y los testigos,
que recibieron de Cortés regalos,
y observan el poder que allí tenía,
y cuan querido de sus tropas era,
de la poca influencia le informaron
que tenía Narvaez entre los suyos;
y con pena de Méjico salieron,
despues de haber pasado *cuatro dias*,
recibiendo agasajos y regalos.

A sus buenos amigos de Tlascala
hizo avisar Cortés, que le tuvieran
sus mejores legiones prevenidas;
y á la brava provincia de Chinantla,
enemiga mortal de los aztecas,
y do estaban algunos españoles
las minas explotando: que tuviera
listos para marchar *dos mil arqueros*,
y le mandara *unas trescientàs lanzas*
de larga vara y de madera dura;—
á las que hizo poner puntas de cobre
para hacer así frente á los caballos,
con que Narvaez atropellar quisiese.

Deja, en tanto, Narvaez la árida costa,
y hasta Zempoalla llega, donde asienta
su cuartel general; y aquel cacique,
que por su obesidad era un espanto,
recíbelo solícito, creyendo
que á Hernan Cortés á sostener venía;
mas cuando ve que róbale las joyas.
que en su casa dejara, y los soldados
el ejemplo siguiendo de tal jefe,
se entregan sin reparo á la licencia,
darles rehúsa ayuda y alimentos.

Al cuartel de Narvaez llega Guevara,
de Méjico contando las grandezas,
y los tesoros, que Cortés tanía,
y lo que Motezuma y los soldados
demostraban quererle; y aconseja
al altivo Narvaez: que sus esfuerzos
una á los de ese inteligente jefe,
y habráse terminado la conquista;
que Cortés es su amigo, y le promete
alianza y paz, *y hasta entregarle el mando*,
si trae de su monarca tal mandato.

Mas furioso Narvaez, que tal lenguaje
á Cortés enalteciendo usara:
«¿Venis,—exclama—á él representando?
¡Pues volveos á Méjico, si os place!»
Y mándale salir de su presencia.

Y Guevara y sus otros compañeros
buscan por auditorio á los soldados,
mostrando los regalos, y bondades
de Cortés y su gente encarecían;
y el juez Vazquez de Aillón y Andrés del Duero,
al leer las cartas del ilustre jefe,
hacen á su favor la propaganda:
¡azadas son, que los cimientos abren!

De Sandoval la vigilante vista
seguía atenta de Narvaez los pasos,
y supo por algunos desertores,
que á Veràcruz á presentarse fueron,
y sus agentes disfrazados de indios,
que en el contrario campo sigilosos
entraban y salían:—las medidas
que tomaba Narvaez y actual estado;
y á Cortés comunica aquellas nuevas,
y la ayuda le pide con urgencia,
que su premiosa situación demanda,
si conservar á Veracruz pretende.

Recibiendo Cortés estas noticias,
vió ya llegado el crítico momento,
en que hay que proceder de un modo ú otro;
mas duro le era al jefe denodado
su estandarte ondear en esa tierra,
contra *su propia cáusa, y españoles*;
y mas, cuando los restos, que quedaran
ora él fuese el triunfante ó el contrario,
solo serían de la Cruz en mengua,
y en el pagano altar ofrendas gratas:
consecuencia tan lógica le abisma...
tiembla hacer fuego á la común bandera,
y hace el postrer esfuerzo generoso.

Al juez Vazquez de Aillón y á Andrés del Duero
y á Pánfilo Narvaez Cortes escribe,
y lée á los oficiales esas cartas,
llenas de cristianismo y amor patrio,
y les expone:—que si están conformes,
como el último paso en bien de todos,
va con el padre Olmedo á remitirlas,
dándole facultad para un arreglo,
que decoroso para entrambos fuera.—

Todos aprueban á Cortés el acto,
y dícenle: «Arregladlo, como os plazca,
que vuestra decisión defenderemos.»
Ciega fe todos en Cortés tenían...
ya habíales su genio avasallado!

Al eminente fraile Cortés llama.
«¿Quereis,—le dice,—respetable padre,
vos, que de consejero y de consuelo
á estos fieles servís, que humildes llevan
la Cruz de Cristo entre paganas gentes,
un gran servicio salvador brindarles,
en tan tristes momentos y supremos?»

«Mi jefe,—exclama el padre—yo mi vida
á la Cruz he ofrecido en esta empresa,
y bendigo el momento, si es llegado,
en favor de su triunfo dar mi sangre!
Mandad lo que querais, que ya os escucho.»
«¡Ah! No de vos otra cosa yo esperaba.
Leed esas cartas, pues; y amplios poderes
para cualquier arreglo yo os confío;
y á vuestra sensatez y alto criterio,
amor á la justicia y nuestra causa...
mi propio honor y nuestra empresa entrego!
¡No puedo hacer en vos mayor confianza!
Y sé que en vuestras manos nada de ello
podrá sufrir mancilla. ¡Dios os guíe!»

«¡En vos me inspiraré y en vuestro ejemplo!»
Llorando dijo el padre, enternecido.
Ambos se abrazan, y en su Dios confían. 176

De una guardia seguido sale Olmedo,
y de unos indios, que cargados de oro,
pueda servirle el oro entre las tropas,
para irse adquiriendo voluntades.

LII

1520

El padre Olmedo presuroso llega
al cuartel de Narvaez, pone en sus manos
del célebre Cortés la extensa carta,
y hojéala Narvaez, indiferente;
mas por obsequio al venerable enviado,
que al generoso jefe, que le escribe;
pero tomando la palabra Olmedo,
sin imponerle la frialdad grosera
del altivo Narvaez, así le dice:

«Bien podeis comprender, oh noble jefe,
que por el cristiano hábito, que me honra,
solo de alianza y paz soy mensajero;
y como tal, de Hernán Cortés en nombre,
á proponerlas vengo, esperanzado,
que á vos y á él un mismo sentimiento,
como dignos cristianos y españoles
ha de inspiraros de la Cruz el triunfo.

Si traeis una flota poderosa,
y sígueos un ejército arrogante,
cosa providencial en pro de todos,
él también otro, victorioso tiene,
es de Méjico el dueño, y su monarca,
habiendo ya reconocido al nuestro,
todo este reino y huestes le obedecen;
y haráse la conquista perdurable,
si en santa paz la proclamais al mundo.»

Pero Narvaez, precipitado exclama:
«¡Cómo! ¿Quereis que con deshonra mia,
á tratar con rebeldes yo descienda?»
«¿Rebeldes? ¡No! También Diego Velazquez,
—mansamente contesta el padre Olmedo,—
mandó á él, como ahora á vos os manda.»
«¿Dijísteis que este imperio ha conquistado?
¡Pues yo iré por la fuerza, con mi aliento,
la conquista á quitarle de las manos!»
Altanero Narvaez repuso al padre,
quien replica, bajando la cabeza:
«Antes tendréis que domeñar *cien tribus*,
que el paso os cerrarán, y Motezuma
arrojaráos después *sus mil legiones*.
Señor, *por vez postrera*, solo os puede
á unos y otros salvar *la unión, que os pido.*
Yo volveré: con calma meditadlo.»

Y salió á presentar las otras cartas;
y el juez Vazquez de Aullón y Andres del Duero
apruébanle su celo y le declaran:
—que la paz es el único remedio,—
prometiendo ayudarle en tal sentido.

De unción divina Olmedo, lleno entonces,
publica su misión á los tenientes;
de paz habla á las tropas, y reparte
el oro, plata y joyas con acierto,
como un recuerdo que Cortés les hace,
y de Cortés el mérito enaltece:
mas sábelo Narvaez, le injuria y llama,
sedicioso y traidor; *prenderle ordena;*
mas por él intercede Andrés del Duero,
ver haciendo á Narvaez las consecuencias
de tan grave medida y temeraria,
con un enviado, que la paz propone,
y un tan querido y venerable fraile;
y como un gran favor solo consigue:
—del cuartel se le intime la salida;—
y entonces exclamó, públicamente,
el oficial quijote Salvatierra:
«*A ese perro Cortés cuando lo encuentre,*
tengo yo de cortarle las orejas,
para comerlas fritas ó guisadas.»

Pide Vazquez de Aullón:-que antes se cite
á todos los tenientes á un consejo,
para así dar de acuerdo una respuesta;—
pues casi todos por la paz estaban;
pero Narvaez escúchale irritado,
manda por bando pregonar la guerra,
de Cortés la cabeza *á precio pone,*
órdenes da para emprender la marcha,
y exclama:—que él irá del cautiverio
á librar al monarca y restituirle
en el asiento, que Cortés le usurpa. 177
Y sin dudar, ya ven los zempoaltecos:
—que los temibles blancos, unos de otros
encarnizados enemigos eran.

Pero Vazquez de Aullón no se intimida:
—grita á los pregoneros que se callen,
en nombre del monarca y de la iglesia,
y apercibe á Narvaez, que de Zempoalla
no se llegue à mover;—y cual mandato
del *tribunal supremo* comunica
á capitanes, cabos y soldados:
—que no obedezcan de Narvaez la orden;—
mas furioso Narvaez, manda prenderle:
—que á la costa le lleven, y en un buque
á la isla de Cuba le conduzcan.—
Y esta órden *se cumple,* y el juez sale.

De allí, escandalizado, parte Olmedo,
narrando tales hechos por respuesta;
mas ambos dejan la feraz simiente
de la duda, el temor y la anarquía.

Cortés y sus tenientes escucharon
la extensa relación de fray Olmedo,
y plúgoles saber que aquella gente
anhelaba la paz, y su disgusto
porque fuese á emprender Narvaez la guerra:
oyó Cortés, que su cabeza á precio
por traidor á su rey puesto se había;
mas no lanzó un denuesto ni una queja
contra el vil militar que así procede,
y digno ser de su campaña quiso,
con hechos contestando *á acción tan baja.*

Fué la opinión de todos:—que cuanto antes
salir debían á impedir, que fuera
engrosando Narvaez sus propias fuerzas,
con las que á Motezuma resistían,
esperando en campana el obligarle
á hacer la paz, ó en hábiles maniobras
el cansarle y vencerle; mas á todos
triste y duro les era en tal momento,
y ante aquel vecindario disgustado,
dejar la capital, y tantos triunfos
obtenidos perder, si la dejaban.—

Pero ya en vista de peligro tanto,
resolvióse, como único remedio:
—la tropa dividir, dejando parte
en esa capital, y con la otra
ya Cortés en campaña se pusiera,
de Tlascala y Chinantla con las huestes.—

Cortés, pues, á Sandoval escribe:
—que deje en Veracruz á los aliados,
y se ponga en camino hacia Cholula,—
y otro correo, enviando presuroso,
al buen Velazquez de Leon previene:
—que habiéndose Narvaez puesto en campaña,
deje su empresa y á Cholula marche
con *los ciento cincuenta veteranos,*
con que salió á fundar una colonia;—
mas ya Velazquez de Leon sabía,
por carta de Narvaez, esa llegada,
pidiéndole volviese á las banderas
de don Diego Velazquez, su pariente;
pero este noble jefe, *que en sus manos*
tuvo en tales momentos los destinos
de una y otra fracción de castellanos;
—pues si á Narvaez hubiérase adherido
con su gente y prestigio, irremisible
hubiera sido de Cortés la pérdida,—
este noble oficial, y buen amigo,
que de Cortés el mérito admiraba,
y á sumo honor tenía el ser de aquellos
que acometieron tan gloriosa empresa,
antes de recibir *aquel correo,*
sus fuerzas ya á Cholula dirijía. 178

Al insigne don Pedro de Alvarado
de Motezuma *el jefe más querido*,
de aquella capital el mando entrega,
pidiéndole:—que guarde á Motezuma
los debidos respetos, pues él solo
la egida es, la protección y amparo,
que contra el pueblo disgustado tienen;
pues si á alzarse llegara, morirían...
cual lleva el aquilón la debil paja.—

De tlascaltecas las aliadas huestes;
ciento cuarenta hombres decididos,
toda la artilleria y los caballos
á sus órdenes deja; y solo escoge
de su ejército fiel *la flor y nata*,
y más adictos siempre á su persona;
y Marina, Aguilar y fray Olmedo
prontos también para salir se encuentran:
y con *setenta hombres escogidos*,
decídese Cortés, no ya á hacer frente
á innumerables tribus de salvajes,
sino *á más de ochocientos castellanos*,
bien equipados, frescos y orgullosos,
por formar un ejército imponente
y hacerles creer en su mejor derecho.
¡Era *la insensatez del heroismo*...
era en su cáusa la confianza ciega...
á Goliat, el salmista desafiando,
con la honda, que clávale en la frente!

En la mañana del siguiente día
en la capilla del cuartel se canta
del Espíritu Santo, misa y fiesta,
que oyó todo el ejército de hinojos,
pidiendo por el triunfo de su causa.

Salió luego Cortés á despedirse
del señor del Anáhuac, á quien expone,
las verdaderas causas encubriendo:
—que precisa tener una entrevista
con Pánfilo Narvaez, buscando el modo,
que ambos pûdieran *á su patria juntos,*
salir de Anâhuac, en los anclados buques;—
pero á esto el monarca le replica,
sorprendido de oírle tal escusa:
—que si era así, causábale estrañeza
el verle preocupado y vigilante,
hacer aprestos, despachar correos,
y cuando de Zempoalla le avisaban,
que toda esa recién llegada gente
de Cortés proclamábase enemiga
y trataba muy mal á aquel distrito:
que debían, desde antes ser rivales,
ó del mismo señor no ser vasallos,
ó si lo eran, rebelde era uno de ellos.—

No esperaba Cortés de Motezuma
tan sólidas, verídicas razones;
mas sin turbarse al punto le contesta:
—que por el padre Olmedo, que llegaba,
algo sabía de rumores tales;
mas que solo Narvaez era mandado
por un gobernador de otras regiones,
que habían á su rey reconocido,
é ignorante se hallaba, que él tuviese
despachos de su rey en toda regla,
y por esó á mostrárselos partía,
y á volver la quietud á esos distritos.—

Complugó á Motezuma este discurso,
y ver que iba á calmar esas provincias,
ó ya ellos mismos á destruirse todos,
aunque á Cortés tenía algún efecto,
y del otro anhelaba que triunfase:
ofrecióle sus huestes, con caciques,
rogóle, que en su ayuda las llevara,
y todas cuantas cosas precisare;
pero Cortés su gratitud mostrando,
se escusó, como pudo, de admitirlas;
porque poco confiaba en esas huestes,
y menos en momentos del combate;
—y que el rubio tinatiuh allí quedaba
de su legión al frente, y cual amigo,
en su ausencia atenderle se dignase.—
Y a preparar salió su escaso grupo.

Triste Cortés, en su cuartel penetra,
al tener que dejar á sus tenientes
y á esos sufridos, bravos españoles,
que tan ilustres hechos le recuerdan,
y tan grandes, sublimes sacrificios
con él han compartido en la campaña:
hace á todos formar en el gran patio,
y con eco vibrante y conmovido,
una sentida arenga les pronuncia:
—recordando el respeto y la obediencia
que á sus tenientes deben; que confíen
en su divina causa y disciplina,
y en esa mutua unión, que da la fuerza,
y allí serían todos invencibles;
que á su amigo don Pedro de Alvarado...
el que siempre el camino de la gloria
mostrarles supo en las ferales lides,
deja de ellos al frente; y no pudiendo
al despedirse á todos abrazarles,
al noble jefe abraza, que les deja.—
Y tiéndele sus brazos, tiernamente.

En sepulcral silencio queda todo...
lágrimas corren por la faz tostada..

de esos hombres de hierro, á quienes *dobla*
el acento *de ese héroe, tan querido;*
mas súbito, instantáneo *dáse un ¡viva!*
que un solo acento pareció del alma.

De ese ejército un grupo se desprende...
son setenta soldados y oficiales,
que salen del cuartel, con su caudillo;
á mediados de Mayo, á los seis meses
de haber entrado en la imperial morada.

Y de su guardia y séquito rodeado,
en su real litera Motezuma,
acompaña al caudillo prestigioso,
hasta dejarle *en la primer calzada,*
siguiéndoles el pueblo mejicano,
que sombrío, callado y tolerante,
el abrazo contempla; *falso siempre,*
del genio y el poder, *en lucha eterna.*

LIII

1520

Con su selecto grupo
comienza Hernán Cortés á atravesar
la extendida calzada,
hasta no distinguir la capital;
y en el hermoso valle
halláronse después,
donde hacen un descanso, y se preparan
las inhiestas montañas á ascender;
y los desfiladeros
empiezan á seguir,
sin que el frío, calor, la sed ni el hambre
dobleguen su serviz;
porque más hondas penas y dolores
abriga cada cual,
remembrando las penas y trabajos,
que réstanles pasar;
más serenos avanzan,
sin perder su coraje ni altivez,
hasta que al fin, por las estrechas sandas,
llegan á descender;
y tomando un respiro,
prosiguen por la falda Occidental
á las bellas campiñas de Cholula,
que sus frutos les dá.

Ya á esos absortos indios no encontraban,
que antes, sin temor,
á mirarles salían y contarles,
cuanto el recaudador les usurpó;
porque ahora temían
más al fuego y bridón
del que pasar veían,
invencible español.

Y llegan á Cholula, do reciben
ámplia hospitalidad,
porque aún ese pueblo conservaba,
sus no extintas ruinas al mirar,
la sumisión profunda
de su miedo cerval;
y allí á Velazquez de Leon abraza
con indecible gozo Hernán Cortés;
y unos y otros soldados, *ya reunidos,*
con más aliento siéntense también.

Y sin perder el tiempo,
dejan la ciudad santa,
do fueron atendidos,
y emprendan nueva marcha,
con víveres bastantes,
hasta la fiel Tlascala,
cuya nobleza y pueblo
encuentran á la entrada;
y con alegre voces
se espande y entusiasma,
al ver á los cristianos,
que al odiado monarca
humillan y cautivan,
en medio del Anáhuac.

Al senado Cortés pidió unas huestes,
y acordadas le fueron,
según ciertos autores,
y hasta *seis mil arqueros* ascendieron;
pero refieren otros,
que el senado negóse á tal pedido,
ó solo *unos seiscientos*
húbole concedido;
pero pocos ó muchos,
despidióles Cortés *á pocas leguas,*
notando que medrosos se mostraban,

al ir á combatir *con invasores*,
y que más bien su marcha embarazaban,
con sus justos temores;
pues no como elemento
de fuerzas el llevarles fué su intento;
sino, *porque quería*
que su rival supiese,
que el indio en su camino le seguía,
y á su lado le viese. 179

De Cortés el ejército penetra
en la región estéril del *Perote;*
mas en breve abandona sus alturas,
y placentero su ánimo se excita
de *la tierra caliente* en las llanuras,
y entra en *Matalequita*,
en donde Sandoval y su piquete
y de Narvaez *los siete desertores*
al mismo tiempo entraban;
y abrázanse contentos,
porque *todos*, *ya unidos* se encontraban.

Y Sandoval les dijo:
—que sus fieles espías,
de indios disfrazados,
entráronse con ellos *muchos días*,
en el contrario campo: y asombrados
de no hallar guardia alguna, se salieron;
y después, una noche,
hasta la plaza entraron,
y al capitán farsante Salvatierra
el caballo robaron,
y como buena prenda lo traían;—
y todas estas nuevas,
otras mejores augurar hacían.

Pasó Cortés revista de su gente,
sin incluir los indios, destinados
á llevar el bagaje,
y á *doscientos sesenta y seis soldados*
su número ascendía;
y *solo cinco* hallábanse montados;
poquísimos mosquetes y ballestas,
y de todo á la vez se carecía,
aunque llevaban los soldados puestas
gruesas cadenas de oro,
sobre sus petos de algodón roídos,
escasos de armamento,
y harto peor calzados y vestidos; 180
pero esos toscos petos encubrían
los esforzados pechos
de los que, á esa conquista con derechos,
más que otros se creían,
y de aliento esta idea les inflama
y guía con su brillo,
teniendo por programa
seguir á su bandera y su caudillo,
pues harto ya sabían,
que con su digno jefe y su bandera,
venciendo seguirían,
hasta que un hecho la conquista fuera,
de cualesquiera modo:
dominábales *un solo pensamiento*,
luchar con ardimiento
y á su caudillo obedecer en todo;
y obedientes y leales,
después de sus hazañas milagrosas,
creíanse inmortales:
quien corre así á las lides,
confiándose en el éxito, animoso,
y superior creyéndose al contrario,
generalmente sale victorioso.

Y al contrario campo el digno jefe,
segunda vez despacha á fray Olmedo,
más bien por dar tiempo á que llegara
de Chinantla la hueste,
y no porque en el éxito confiara
de un arreglo tardío;
pero Olmedo le escribe brevemente:
—que era ya machacar en hierro frío,
instar á un capitán tan insolente.—

Velázquez de León se ofrece entonces,
fiado en su autoridad y parentesco,
para ir á Zampoalla de refresco,
en pos de algùn arreglo conveniente;
Cortés gustoso acepta,
y Velazquez se marcha diligente.

Pero antes que Velazquez
á Zempoalla llegara,
se sabe en ese campo
su próxima llegada;
y Páfilo Narvaez,
creyendo que á su causa
entra á adherirse un jefe,
de nombradía tanta,
á recibirle sale,
rodeado de su guardia
y varios oficiales,
que contentos le abrazan;
mas cuando al fin escucha
que resuelto abogaba
en pró de Hernán Cortés,
formar sus fuerzas manda,
y ante ellas le replica:
«¿Debo escuchar las pláticas
del que propone arreglos,
cuando indefenso se halla,

ó exigirle se entregue,
como manda el monarca?»

Velazquez, irritado,
de tal fanfarronada,
procura dominarse,
y dícele con calma:
«Sabeis, como buen jefe,
que triunfa en las batallas,
no gente colecticia,
sino la preparada,
que en luchas memorables,
bien funda su arrogancia.»
Y razonables bases,
que de unos y otros salvan
decoros y derechos,
propone como páuta,
rogando las medite
como última embajada;
mas Pánfilo Narvaez,
con torpe petulancia,
las oye disgustado,
y todas las rechaza.

Pero luego ve con pena,
que Velazquez de Leon
para partir se prepara,
aunque está ya puesto el sol;
y creyendo persuadirle,
en nombre de su señor,
el que su causa abrazara,
á cenar le convidó,
como á otros capitanes,
que sabian su intención.

Muy complaciente al principio
cada cual se demostró,
procurando hacerle ver,
que todo buen español
la enseña seguir debía
que allí Narvaez desplegó;
pero luego fué variando
la cordial conversación,
hasta que Diego Velazquez,
que era del gobernador
sobrino y muy partidario,
de Hernán Cortés, comenzó
á criticar la conducta,
y hasta llamóle *traidor*,
de la prudencia abusando
de Velazquez de Leon,
quien del ultraje indignado,
al fin dijo en alta voz:
«No es de buenos caballeros,
al ausente ofender, nó,
porque no puede el ausente
reclamar satisfacción;
á sus tropas pertenezco,
su buen amigo soy yo,
y al que otra vez lo repita,
diréle yo:—que mintió!»

Mas don Pánfilo Narvaez
cortó aquella discusión,
y al joven Diego Velazquez
el disculpar intentó;
pero el joven aturdido,
esclamó: «¡Sí, es traidor,
y do quiera lo sostengo!»
«¡Mentís!» don Juan replicó,
y requiriendo su espada,
salió al campo del honor;
pero Narvaez y los suyos
calmaron su exaltación,
y pidiéronle disculpa
de ese juvenil error;
y que volviese á la mesa
con afán se le pidió,
mandándose preso al joven;
mas ese buen español,
no escuchar razones quiso,
porque jamás hay razón
para ofender, sin motivo:
á fray Olmedo llamó,
y con sus dispuestos guías,
sin decir á nadie:—Adios,—
sale jurando vengarse
en la primera ocasión. 181

Pero aquellos oficiales,
que observaron la altivez
del hidalgo capitán,
á Narvaez hicieron ver:
—que hizo mal en oponerse
de Diego á la intrepidez,
y no acordarles el duelo;
porque por mal ó por bien,
así hubieran despachado
á quien era de temer;—
aunque por gran mayoría,
reprobado el acto fué,
que contra un huesped y enviado
osó Diego cometer;
—y á Velazquez de Leon
la razón dióse también,
pues un digno militar
y de noble proceder,
propuestas traer debía
basadas en la honradez,

y debieron discutirse
sin rencor ni mala fe,
en pro de tan gran conquista,
en la que era menester,
que todos los españoles
formaran común cuartel;
pues empezada la lucha,
sentiríase tal vez,
sin que ya remedio hubiose,
tan lijero proceder;
porque no escuchar arreglos,
es prueba de insensatez,
y Dios castigó al soberbio
en el réprobo Luzbel.—

Muchos así se expresaron,
anhelando el evitar
una guerra de exterminio,
para unos y otros fatal;
y hasta á los mismos soldados
oyóseles murmurar,
contra aquella obstinación
y menguada terquedad,
de no discutir su jefe
tantas propuestas de paz;
y cundiendo tal idea,
se hizo el clamor general,
ya viéndose, con disgusto,
á ese fátuo capitán.

Y Narvaez al fin cediendo,
vióse obligado á mandar
al secretario del Duero,
que aunque tenía amistad
con Cortés, le suponía
también amigo leal
de don Diego de Velazquez;
é hízole acompañar
del padre Ruiz de Guevara,
como dispuesto á la paz.

Tal misión se reducía
de Cortés á recabar
las últimas condiciones,
como palabra final,
y antes de romper la tregua;
para discutirlas ya
Narvaez y sus oficiales,
y admitir ó rechazar.

LIV

1520

En cuanto Cortés se impuso,
por Velazquez de Leon
y el activo padre Olmedo,
de todo cuanto ocurrió
á su postrer embajada,
puso en marcha su legión
en busca de su contrario,
pues agotados ya vió
todos los medios posibles
de conseguir una unión;
y de negativas harto,
indignado desistió
de proponerles arreglos,
que les hicieran honor,
lamentando de Narvaez
la estúpida obstinación
y falta de patriotismo;
y triste Cortés quedó,
cual una mujer sensible.
sin un bien sentido amor,
que grata le haga la vida,
es como planta sin sol.

Lentamente marchaban,
cuando sus batidores
con la noticia vienen:—que llegaban
del Duero y Ruiz Guevara, con sus guías.—
Y Cortés, al momento,
á recibirles sale;
y después de un cordial recibimiento,
le expresa el secretario,
cuál era la embajada que traía;
mas también dijo:—que seguro estaba,
que don Pánfilo nada aceptaría,
sino que la conquista abandonasen,
y á todos sus bajeles ofrecía,
sus riquezas dejando que llevasen;
y en sus grados también reconociendo
á los que en su cuartel se presentasen.—

Cortés calla y escucha,

y el secretario Duero prosiguió:
«Considerad que de Narvaez las tropas,
más que las vuestras *cuatro veces son;*
y al fin sucumbirán, por más que sea
su indómito valor.
Esto por vuestro bien os aconsejo,
pues bien sabeis, qne vuestro amigo soy.»

«Decididos estamos;
—tranquilamente replicó Cortés—
á morír en Anáhuac, defendiendo
los derechos del rey.
Y para acá venir, Diego Velazquez
á mí primero me nombró también.»
«Pero el que á uno *con derecho* nombra,
igualmente le puede deponer.»
Como objeción bien clara
del Duero contestó. 182

«Aunque tal os conceda,—dijo el jefe,
oponiendo otra prueba á su favor,—
de Veracruz *la autoridad primera,*
en su primer sesión
á nombre de ese pueblo y del monarca,
jefe de la conquista me nombró,
cuando del mando, que me dió Velazquez,
hice yo voluntaria dimisión» 183
Y del Duero, confuso,
ante tal argumento se quedó;
y el astuto Cortés supo al momento
aprovechar aquella indecisión.

Y díjole:—que su objeto
en proseguir la conquista,
no solo era el ofrecer
aquella tierra bendita
á la nación española,
sinó que premiar quería
á todos esos soldados,
que allí esponían su vida,
ayudándole en la empresa:
que esa tierra era muy rica,
y que á más de los tesoros
que en Méjico ya tenían,
otros mil veces mayores
obtendrían *de las minas:*
y á él, como antiguo amigo,
sus promesas cumpliría,
sin que excederle pudiera
ningún grande de Castilla.

Abrió tanto ojo del Duero,
creyendo *ya ver cumplida*
de Cortés la gran promesa,
cuando partió á la conquista;
y uno y otro convinieron:
—que del Duero seguiría
adhesión aparentando
de Narvaez á las medidas;
mas haciendo lo posible
por ir coartando sus miras,
y poder ganar más tiempo,
fomentando la anarquía,
que ya en su campo empezaba
á sembrar la ociosa vida;
y acordóse, que del Duero
solicitara una cita,
en la que ambos generales
con *diez personas amigas,*
en un paraje neutral
tuvieran una entrevista. 184

También el padre Guevara
tuvo muy buena acogida
en el campo de Cortés,
quien darle hizo *una bolsilla*
llena de joyas y de oro,
por su importante visita;
y contentos los enviados,
pusiéronse en retirada;
y en cuanto á su campo llegan,
el uno con sus intrigas,
entre jefes y tenientes,
rivalidades aviva;
y el otro, entre los soldados,
ponderando la acogida
y los regalos, que obtuvo
de las fuerzas enemigas,
así fueron esparciendo
la frialdad y la anarquía.

Hernán Cortés impaciente,
la citación esperaba
para ir á la entrevista,
que estaba ya estipulada,
cuando un aviso secreto
Andrés del Duero le manda:
—de que al paraje no fuera,
que Narvaez le señalara;
porque con toda perfidia
tramábase *una emboscada*
para prenderle ó matarle.

Ante tan vil asechanza,
Cortés escribe, indignado,
á Narvaez estensa carta,
declarándole la guerra,
y remitiendo á la espada
el inmediato castigo

de conducta tan villana;
y también á sus tenientes
intima:—que sin tardanza
á su campo comparezcan;
porque él solo del monarca
es el legítimo jefe,
en todo el reino de Anáhuac,
so pena, al que no lo hiciere,
de pasarle por armas,
como rebelde á su rey;—
y así espande la arrogancia,
que comprimida tenia,
y luego pónese en marcha. 185

Absorto Narvaez escucha
esas altaneras cartas,
y las juega, como el colmo
de la más cínica audacia,
ó ya de una situación
por demás desesperada.

Dió ese de Nervaez villano intento,
más bríos de Cortés á la legión;
pues ver la hizo, que quien tal urdía,
no confianza tenía
de salir en el campo vencedor;
y aumenta esa asechanza
tu justa indignación.

En Zempoalla Narvaez, entretenido,
deja el tiempo pasar;
más el gordo cacique así le dijo:
«¡Muy descuidado estais!
¿No sabeis, que Malinche, con sus téules,
están próximos ya?
Si seguís descuidados,
pronto aquí los vereis y os matarán!»
Y Narvaez y sus jefes alarmados,
prepáranse á marchar. 186

Mas antes se pregonan *tres cabezas:*
en dos mil pesos la de Hernan Cortés;
y las de Sandoval y Juan Velázquez
por poco menos fué;
y al son de los clarines y tambores,
de Zempoalla abandonan el cuartel.

Al *Río de Canoas*, que distaba
una legua, no más,
llega Cortés, en tanto, á cuya márgen
acuéstase su gente á descansar.

Menuda lluvia caía,
después de un ardiente día
de atmósfera tropical:
ráudo el cielo se oscurece,
la lluvia arrecia, anochece,
y estalla la tempestad.

Y Narvaez y sus soldados,
visoños y reclutados
para hacer campaña tal,
al encontrarse empapados,
por los rayos deslumbrados;
y entre densa obscuridad,
van comenzando, impacientes,
cayendo el agua á torrentes,
de la marcha á murmurar.

Y exclaman: «Aquí no se halla
la División de Cortés...
volvámonos á Zempoalla,
que no hay nada que temer:
y...¡vive Dios, que es dislate
el pasar la noche aquí...!
Mañana será el combate....
vayámos, pues, á dormir,
y descansemos, mañana,
con más decisión y gana,
mejor lidiaremos, sí.»

Estas ú otras palabras repetían,
que sus jefes oían,
siendo *todos del mismo parecer;*
y Narvaez, que se hallaba disgustado,
de pasar una noche allí empapado,
á tal dictámen se adhirió también.

Dejan *dos centinelas*,
que el pasaje del Río de Canoas
pudieran vigilar;
y *cuarenta jinetes* á extramuros,
que á las contrarias fuerzas impidiesen
sorprender la ciudad:
y del templo mayor, *en las tres torres*,
su ejército mandó reconcentrar;
y *los once cañones*
hiciéronse poner,
con su completo cuerpo de artilleros,
de las grandas al pié;
y la caballería á los costados,
replegada también;
á la mano pusiéronse las armas,
é hízose al ejército saber:
—que durmieran vestidos, porque al alba
debíase salir:—
y en la torre del medio, con *cien hombres*,
reclinóse don Pánfilo á dormir,
ufano y satisfecho,
como el más precavido capitán.

¡Qué triste desengaño
íbale á sorprender, al despertar!

Díjose que del Duero
los pormenores á Cortés envió
del nuevo alojamiento, donde estaban,
para que sin termor,
pudiera descansar aquella noche.
y que de ellos Cortés *se aprovechó*,
para efectuar su aventurado plan,
y poder esa noche realizarlo,
con más seguridad. 187

La lóbrega tormenta
en tanto se disipa, y por instantes
aparece la luna macilenta,
entre rápidas nubes, centellantes,
que pasando y pasando,
y su espesor perdiendo,
en partes van al cielo despejando
y de estrellas cubriendo.

El silencio, la noche y la tormenta
y del Duero *el aviso*,
En el héroe producen, de improviso,
sublime idea, que á su genio alienta.
Reune á sus tenientes y propone,
sin perder un momento,
—asaltar al contrario,
en Zempoalla dormido campamento.—
Y aunque lo juzgan ellos temerario,
lo aceptan y lo aplauden,
sin exceptuar ninguno:
—Como rápido golpe, necesario,
y muy bien calculado y oportuno.—

Manda, entonces, reunir toda la gente,
y en medio de ella, su atención reclama;
y bañando su frente
un rayo de la luna mansamente,
así Cortés exclama:

«Aquellos que á usurparnos las glorias adquiridas,
y el reino conquistado, con nuestras propias vidas,
pretenden, insensatos, llamándome *traidor*...!
Aquellos, que á vosotros, en menos ya teniendo,
salieron de Zempoalla y vuélvense riendo,
de ver que sois tan sólo mezquina aparición!

Aquellos, que en sus fuerzas, confiados hora yacen,
y ultrajes tan tremendos, estúpidos, nos hacen...
aquellos, nécios, duermen, sin lema ni sin fe.
Nosotros, entre tanto, venciendo tempestades,
y tribus de salvajes, entre hambre y soledades,
de Dios la Cruz llevamos, sirviendo á nuestro rey!

La oscura noche, el cielo, y el Dios de las alturas,
en estas fáustas horas augúrannos venturas...
parece que nos dicen:—*confiad y proseguid*.—
Mejor que yo decirlo, sabreis ejecutarlo...
ya, pues, partir debemos; y no hay que meditarlo..!
Zempoalla nos espera: ¿quereis seguirme?» «¡Sí!»
prorrumpe en el mismo instante
la decidida legión;
y Sandoval, Diego de Ordaz
y Velazquez con ardor,
exclamaron en seguida:
«¡Así lo dispone Dios!
Y si esta próvida noche
no ondeamos nuestro pendón
en la ciudad de Zempoalla,
culpad al inspirador, . . .
que con su acento nos llama
á segura salvación!»
Y Cortés, entusiasmado,
las gracias á todos dió.

LV

1520

El Rio de las Canoas,
correntoso y desbordado
hallábase por las aguas,
que de los campos bajaron;
y peligroso y difícil
era entonces el cruzarlo,
y más, en la noche obscura,
desconociendo los pasos;
pero esa gente resuelta,
lanzóse al río en el acto:
con sus largas lanzas unos,
que servíanles de báculo,
para ir sondando el cáuce,
á cruzarlo comenzaron;

y de ellas otros haciendo
angarillas y agrupados,
fueron armas y bagajes
difícilmente pasando,
con el agua á la cintura,
hasta que todos lograron
el reunirse en la otra orilla,
sin que faltara un soldado.

Allí Cortés encontró
una cruz, que levantaron
cuando á Méjico marchaban;
y á fray Olmedo llamando,
arrodillóse y le dijo:
«Si muchos son mis pecados,
mayor es, padre, mi fe:
por la cruz à lidiar vamos,
y por ella absolución
echad á un pobre cristiano.»
Y el buen padre, conmovido:
«Por Dios estais perdonado»,
dijo al insigne guerrero,
y levántale en sus brazos.

Y al ver ese humilde ejemplo,
postráronse los soldados,
y presentando sus armas,
todos al punto exclamaron:
«Padre, también á nosotros,
de la Cruz firmes heraldos,
echadnos la absolución,
por el pendón, que llevamos.»
«¡Que Dios con vosotros sea
en Zempoalla al enclavarlo!»
Exclamó el virtuoso fráile,
al cielo su brazo alzando.

«Esta es mi última palabra,
—dijo Cortés mesurado,
cariñoso dirigiéndola,
á sus buenos veteranos:—
ciega obediencia ante todo..
prontos á la voz de mando,
y nadie deje su filas,
por realizar, denonado,
alguna gloriosa hazaña....
que la gloria está en este acto:
en las filas el silencio
y el ardimiento en los brazos....
de esto depende la empresa....
la seña: *Espíritu Santo.*»

Dió tal seña, porque fué
ese memorabie asalto
de Pentecostés *la víspera*,
en su viejo calendario.

De *sesenta soldados* escogidos
formó una división, nombrando de ella
á don Gonzalo Sandoval de jefe,
con órden:—*de arrollar la artillería,*
y asaltar *los torreones laterales;*—
y como buenos compañeros, dióle
á don Jorge y Gonzalo de Alvarado,
Velazquez de Leon, don Diego de Ordaz,
Dávila, Bernal Diaz del Castillo
y á Nuñez de Mercado, diestro paje.

Y otros *sesenta* bravos veteranos
á Cristóbal de Olid, quien debería:
—*el torreón del centro* atropellando,
á Narvaez aprehender en la refriega,
y si no se entregaba, *darle muerte:*—
y á sus órdenes puso á Jaramillo,
Bernardino de Tapia, Alonso Grado,
á Martín y Cristóbal de Gamboa,
Rodrigo del Rangel. Diego Pizarro,
Hernandez y Domingo de Alburquerque. **188**

De las nubes pasajeras,
de rato en rato, caían
leves lloviznas lijeras,
mientras la marcha seguían
por malezas y sembrados,
en los campos, empapados,
como falange espantosa
de fantasmas, que levanta
la oscura noche horrorosa,
y con rayos agiganta.

Manda Cortés, que la tropa
con lento paso marchara,
no solo para que al pueblo
llegase más descansada,
sino para dar más tiempo,
desde el río á Zempoalla,
á que la noche avanzase
y con más ciega confianza
de Narvaez el campamento
al reposo se entregara.

Desde el gran sitio de Troya,
que Homero inmortalizó,
en el cual, en sus diez años,
vengar supo Agamenón
á la bellísima Elena
de su troyano raptor,
cuyo célebre suceso

trece siglos acaeció,
antes que al mundo viniera
el divino Redentor:
desde Sagunto y Numancia,
gloria y prez de su nación,
que al convertirse en cenizas,
absorto ante ellas quedó
el que dominaba al mundo,
en su carro vencedor:
desde esos remotos siglos,
hasta que Napoleón
en nuestro siglo, dos veces,
á Zaragoza asedió,
cualquiera ejército, siempre,
frente á frente ó á traición,
ha procurado, en las lides,
la palma del vencedor;
aunque no hay traición en guerras,
cuando el ardid, previsión,
la estrategia, y emboscadas,
acrecentar el temor,
y usar de todos los medios,
las lícitas armas son
para asegurar el triunfo,
que al general se confió:
el génio dá la victoria
y el éxito la razón,
sin irse á contar el número
del que sale vencedor...
aunque triunfos hay á veces,
que dan tan solo baldón!
Así ha sido y es la guerra,
desde el principio hasta hoy.

El general es el alma,
es el genio inspirador
del ejército, que manda
y su patria le confió;
y él del éxito responde
con su pericia y valor...
gloria para él, si la alcanza,
y sino una maldición;
pues su patria pide solo
el que salga triunfador,
como cuando á tierra extraña
lanza una audaz invasión,
solo exije que allá el jefe
se torne en conquistador.

Así, pues, Cortés no solo
con su alto deber cumplió
de salvar á sus soldados,
cual jefe conquistador,
si creía aquel momento
una propicia ocasión,
sino que parte á hacer frente
á un ejército mayor
cuatro veces más que el suyo,
sin saber *si vela ó no,*
entre torres defendido
y *cañones en redor,*
y del pueblo en los suburbios
un prevenido escuadrón.

Poco más *de media legua*
la pobre legión llevaba,
siempre hacia el pueblo avanzando
en su sigilosa marcha,
cuando *á las dos centinelas,*
muy cerca, dormidas halla:
pero súbito despiertan,
sorprendidas y azoradas;
una da voces, *la otra*
levantándose asustada,
echa á correr como un galgo,
arrojando lejos su arma;
se interroga á la que queda;
pero muda, á todo calla,
y con una cuerda al cuello
amenazan el ahorcarla,
sino contesta al instante....
mas no replica palabra.

Reunió Cortés á sus jefes,
y en el acto convinieron,
en acelerar la marcha
para entrar al mismo tiempo
que la huída centinela;
ó si ella daba un rodeo,
para que no la siguieran,
poder penetrar al pueblo,
quizá al mismo tiempo que ella,
y atacar en el momento.

Cortés y sus oficiales
á sus caballos ataron
de un bosquecillo á la entrada;
y allí bagajes dejando,
la lijera marcha emprenden,
sin hallar al inmediato
escuadrón, que en extramuros
habíase destacado;
porque rendido dormía
de los árboles debajo,
lo que *como buen augurio,*
complugo á los veteranos.

Pero de Cortés la gente,
por activa que anduviera,

mas *por su miedo* lo anduvo
la asustada centinela,
diciendo á los artilleros:
—que las enemigas fuerzas
sobre Zempoalla marchaban;—
y á los soldados despierta,
que en las grandas de las torres
estar debieron en vela;
y corriendo á la del centro,
grita, golpeando la puerta:
«El enemigo está encima,
y gracias á mi carrera,
que traer puedo el aviso . . .
Sí, yo soy la centinela,
que en el Río de Canoas
con otra allí se pusiera!»

Entre dormido y despierto,
al fin Narvaez se presenta,
y contéstale al medroso:
«¿Cómo, con noche tan fiera,
oscurísima y lluviosa,
han de intentar tal sorpresa?
¡Fantasmas son de la noche
los que viste en tu carrera,
no la gente de Cortés,
que se arrolla, cual culebra!»

Cortés vislumbra en las torres,
que algunas luces flamean,
y comprende, que alarmada
ya aquella tropa se encuentra,
y gritando: «¡A los cañones!»
los cañones atropellan,
que *dos ó tres* tiros lanzan,
y empiézase la refriega.

Aún disputando estaban
Narvaez y la centinela,
cuando llega á sus oídos
aquella señal primera:
de que Cortés en las gradas
de los torreones se encuentra. -

Narvaez parece *una estatua*,
en medio de su sorpresa,
como esas, que en los sepulcros,
hállanse mudas y yertas,
como el despojo que encubren;
mas luego corre, y apriesa
poniéndose su armadura,
bajar las gradas intenta.

(Y ya que *una estatua* he dicho,
voy de este cuadro al final,
mi opinión sobre estatuaria,
lijeramente á expresar,
como hace *una digresión*,
quien hablando mucho va . . .
y mas, *por su largo asunto*,
tiene que seguir y hablar.

Es la blancura del mármol
anti-artística y falaz,
y *su ninguna expresión*
tan fría, muda y mortal,
que nunca ha podido el genio
á la estatua vida dar;
del modelo ó sus visiones
es una sombra no mas;
porque le falta la vida
y el símil de la verdad,
sin los exactos colores,
que exije el original.

Y por eso nunca mi alma,
una estatua al contemplar,
impresionada he sentido,
aunque *nombre universal*
estatua y autor tuvieran;
pero un dia llegará,
dándose *al mármol colores*,
que la imagen del mortal
quede por siglos grabada,
como fué la realidad,
solo así el *buril*, llegando
al *pincel* á superar,
que aunque líneas y colores
den perspectiva lineal,
y esa azul y carminosa
de lejana aérea fugaz,
no puede en el plano lienzo
el bulto del mármol dar.

Y si la metempsícosis
es acaso una verdad,
tal artístico adelanto
espero yo contemplar.
Si estrambótica es mi idea,
tiene algo de original,
pues desde Míron y Fídias,
hasta la presente edad,
ningún artista ha ensayado
á sus mármoles pintar.)

LVI

1519 y 1520

Eran *mas de las doce de la noche*,
cuando las fuerzas de Cortés penetran,
y hasta el teocálli avanzan, sigilosas;
pero la centinela en vigilancia,
sin éxito hace dos ó tres disparos;
y viéndose Cortés ya descubierto,
grita: «*Espiritu Santo* y adelante!»

Resuenan sus tambores y clarines,
con furor acometen sus soldados,
y arrollando en su empuje formidable
al grupo de artilleros con las piezas;
tómanse los cañones, y al momento
de Sandoval y Olid las divisiones
á las tres torres á la vez atacan,
do encuéntrase el ejército agrupado,
que á las gradas bajando, presuroso,
en ellas, cuerpo á cuerpo y rudamente,
por instantes avívase el combate:
intentan los de arriba abrirse paso,
el que cerrar procuran los que embisten,
con sus espadas y sus largas picas:
y allí acude Cortés, y con su aliento
ir replegando á los contrarios logra,
quienes cíñense luego á defenderse.
desde los muros de las altas torres,
presumiendo, que fuerzas numerosas
intenten solo tan audaz asalto:
en tanto Olid, de súbito atropella
al torreón central, en cuya entrada
aparece Narvaez, espada en mano,
de sus jefes rodeado y ayudantes,
animando á su gente á la pelea;
y queriendo bajar con ella al atrio,
á lo más recio del ataque acude;
mas Sánchez de Farfán, que le conoce,
y ya muy cerca de él, con otros se halla,
pegándole en el rostro un gran picazo,
saltar un ojo le hace y le derriba,
con más celeridad, en su ardimiento,
que tal acción en referir se emplea.
«¡Dios me ampare!» al caer el jefe exclama:
quédanse estupefactos sus soldados;
y en torno sus amigos y ayudantes,
defenderle procuran; pero al punto
Olid, con sus resueltos compañeros,
arremeten al grupo, y por las gradas
arrastrando le bajan, medio muerto,
y gritan todos: «*¡Por Cortés, victoria!*»

Llegan hasta las torres tales gritos....
las fuerzas de Narvaez seguir los oyen,
y turbadas, creyéndose en derrota,
en ellas reconcéntranse y se encierran.

Redóblanse los gritos y los vivas;
y á Narvaes y los jefes se encadenan,
que presos se tomaron; los cañones
diríjense á las torres, y se intima,
completa rendición; y se pregona:
--pasaje y libertad al que quisiese
á Cuba retornar, ó con su grado
entrar á incoporarse en la conquista
y obtener parte en los futuros bienes.—

Y apenas terminado, se presentan
por grupos oficiales y soldados,
entregando sus armas al rendirse;
mas reacios los otros de las torres,
resistirse procuran, aunque en vano,
y teas arrojar Cortés ordena
á los pajizos techos, y las llamas
hacen que todos presurosos bajen
y se vayan rindiendo, de tal suerte,
que fué preciso irlos dividiendo
y asegurarles, con bastante guardia.

Acudióse después á los heridos,
y á Narvaez fué el primero que asistieron;
y Cortés, que se hallaba en todas partes,
aproximóse con recato á verle,
no queriendo le viese en aquel acto;
mas notando Narvaez, por el respeto
con que todos le cercan y la escuchan,
que allí se halla Cortés, vuelve á mirarle,
y sin perder su pedantesco tono,
cual si honrarle quisiera, así le dice:
«Tened, señor Cortés, á gran ventura
lo que hecho habeis, tomando mi persona.»
Y Cortés respondiόle, indiferente,
y de tal pretensión algo picado:
«Pues es lo menos que he hecho en esta tierra,
donde os busque, el haberos aprehendido.» 189

Aún en una torre renitentes,
quizá á Narvaez el suplantar pensando,
y sin querer rendirse se encontraban
Diego Velázquez, el osado mozo,
el chusco Salvatierra y otros varios,
que á unos cuantos soldados retenían;
vuelve á mandar Cortés, que *dos cañones*
amaguen hacer fuego, y que la asalte
Velazquez de Leon, quien la acomete;
mas los qne estaban á la fuerza en ella,
libre la entrada dejan, y se rinden,
y á los dos caudillejos se encadenan.

En el campo, enemigos ya no había....
rendidos ó engrillados se encontraban;
y después de esa hazaña memorable,
los altivos soldados, placenteros,
con sus alegres voces vitorean
á su buen capitán, quien fatigado
en un sillón se sienta, que le brinda;
y cubriendo sus armas y su traje,
por demás deslucido por tal noche,
con un airoso *manto anaranjado*,
recibe á numerosos oficiales,
que á seguir sus banderas se presentan,
y á otros amigos, que dejara en Cuba,
entre ellos á Bermudez, tesorero,
y á Andrés del Duero, á quienes en sus brazos
iba estrechando en tal felice aurora,
y *en uno de sus triunfos más gloriosos*. 190

Y á la vez vencedores y vencidos
fogatas hacen y sus ropas secan;
y el hinchado caudillo de Zempoalla,
deseoso de obsequiar al buen Malinche,
que á librarle llegó de aquella plaza,
comestibles envíale de sobra.

El número de heridos y de muertos,
en proporción del que eran los soldados,
escaso fué en verdad, aunque se explica,
por *el muy corto tiempo del asalto*. 191

Pálida claridad por el Oriente
comiénzase á entrever; y las oscuras
nubes, que cruzan el sombrío cielo,
perdiéndose al fin van; y las del alba
rosadas tintas, aclarando todo,
la nocturna tormenta dispersaron:
tersos y alegres del sereno día
del sol naciente los primeros rayos,
iluminan al nuevo campamento:
miran á los triunfantes los vencidos,
y si ya no lo sienten, se avergüenzan
de que un puñado de hombres mal armados
hubiérales tomado prisioneros;
mas al punto con ellos fraternizan,
y alégranse unos y otros, que sin sangre,
en imprudente choque derramada,
todos á Méjico á gozar marchasen
de la conquista al ya cercano triunfo.

Heridas por el sol en el espacio,
vense luego brillar, cual chistas de oro,
puntas de itzli ó de cobre entre banderas,
y altos cascos de plumas ondulosas
de múltiples colores: son las picas
de los dos mil aliados chimantlecas,
quienes se acercan á Cortés buscando,
con cantos y banderas desplegadas;
y Hernán Cortés, ufano con que noten
esos recien rendidos en prestigio,
entre las tribus todas mejicanas,
manda hacerles entrar y las obsequia;
y regalando á los caciques todos,
les dice:—que después que se hubo preso
á un contrario y enemigo jefe,
unos y otros soldados, como hermanos,
un ejército solo, ya formaban,
y el cual muy pronto en marcha se pondría
para pedirle el cetro á Motezuma.
Y después de un descanso, á sus hogares
esos fieles aliados se volvieron,
prendados de Cortés y de su influjo.

El hinchado cacique de Zempoalla,
que moverse no pudo de su asiento,
mandó á Cortés decir:—que fuera á verle,
pues él era el Malinche *que querían*,
y al que anhelaba ver su pueblo todo.
Así lo hace Cortés, al que el cacique
ofrécele cuarteles y las plazas,
donde pueda asentar su campamento,
y los víveres todos, que quisiera:
é instálase Cortés; y de las villas
los caciquillos á obsequiarle acuden,
recordando sus hechos, y le aclaman
el jefe amigo de los buenos téules.

Manda Cortés á Olid y Diego de Ordaz
á que por blandos medios y promesas
procuren reducir á los jinetes,
que remisos están por los suburbios,
y ambos jefes consiguen fácilmente,
que á incorporarse á los triunfantes vuelvan.

Ya libre estando el campo de enemigos,
y engrillados Narvaez y Salvatierra,

remiteles Cortes, con un piquete,
á Veracruz, con orden de tenerles
en reclusión completa:—y se confía
á Rodrigo Rangel de tal custodia,
pues, era peligroso allá en su campo
engrillado tener á su enemigo;
aunque si impopular desde antes era,
éralo más, después de la derrota. 192
Y Velazquez, el mozo, es entregado
al buen Velazquez de Leon, que olvida,
de su joven pariente el ardimiento,
y con su noble proceder se gana.

También al oficial Francisco Lugo,
y á Pedro Caballero, algo marino,
á Veracruz despacha con más gente,
para que járcias, velas y timones
de las ancladas naves recogieran;
y dió de ellas el mando á Caballero,
con orden de mandar, bien custodiados,
pilotos y marinos á Zempoalla;
y si en el puerto entraban otros buques,
lo mismo en adelante procediese.

Pasa luego revista al campamento,
y encontróse *con más de mil infantes,*
cien de caballería, los cañones
y todo el armamento y los pertrechos,
que de Cuba Narvaez hubo sacado;
y comprendió al momento los peligros
de allí tener ocioso á tanta gente;
ó si á Méjico toda dirigía,
á Motezuma el inspirar recelos,
quien con razón sobrada bien pudiera,
según lo convenido, el exigirle,
que con todas sus tropas se volviese
á su país natal, cuando ya naves
por demás en el puerto aparecían,
sin poder objetar escusa alguna:
hace, pues, aprestar *doscientos hombres*
para que á Gualzacoalco se encaminen,
á fundar la colonia proyectada,
confiando tal empresa á Diego de Ordaz;
y *otros doscientos* á Velazquez entrega,
para que vaya á reprimir á Pánuco,
cuya provincia hostil se le mostraba;
intercalando en ambas divisiones
parte de sus adictos veteranos
y de sus bien probados oficiales;
más antes que partiesen, hace á todos
los que entraban á ser soldados suyos,
buenos obsequios de oro, según grados
ó el mérito ó influjo, que tenían;
porque el antiguo adagio bien conoce:
—que dádivas al fin quebrantan penas.—
Pero si plugo á los soldados nuevos
tal liberalidad, los veteranos
por esa acción quedaron resentidos,
hasta que al fin prorrumpen: «Para ellos
quédanse las promesas y regalos,
y solo el proseguir para nosotros,
guerreando entre el hambre y los dolores!»
Y al buen Alonso Dávila y al digno
padre Olmedo pidieron:—que su queja
á su jefe expusieran, con respeto;—
y esprésales Cortés: «¿Acaso ignoran
mis buenos compañeros de conquista,
que al perro, recibido de regalo,
hay que brindarle los primeros días
abundantes cariños y alimentos,
para que olvide la morada vieja
y ame á los amos de la nueva, pronto?
¿Y no estéril sería la victoria,
si por no darles un puñado de oro,
volviéranse á reunir, en contra nuestra?
Tal ha sido mi objeto únicamente...
halagar su codicia y su esperanza,
y el evitar que estrañen á su jefe.
Y mas, cuando me consta y he palpado,
que mis viejos amigos de campañas,
aunque en razón anhelan las riquezas,
por afecto me siguen y por gloria,
hasta enclavar la Cruz en toda Anáhuac;
pues no ofenderles quiero, suponiendo,
que por vil interés tan solo lidian!
Ellos son y serán... muy bien lo saben,
cuando Méjico se halle conquistada,
en los mejores puestos los primeros,
y en el botín los más favorecidos!
Además, tales dádivas no irrogan
para ellos perjuicios; son el oro
que Narvaez, en su tránsito á Zempoalla,
á los aliados indios exijia.
Así, pues, en justicia, de ellos era
el oro, que hube entre ellos repartido.
Decidles esto... y quedarán contentos.» 193

Así lo hicieron Dávila y el fráile,
haciendo conocer á los soldados,
el móvil que Cortés para ello tuvo;
y todos tal razón reconocieron,
y el buen tino admiraron de su jefe.

Presto el gozo del pueblo de Zempoalla
por la victoria, que Cortés obtuvo,
en disgusto trocóse y honda pena:
con sorpresa aparece, entre lamentos,
desconocida peste asoladora,

que se fué propagando en el distrito
y rápida extendióse en toda Anáhuac,
en donde odioso de Narvaez el nombre
por siempre se hizo, porque allí inocula,
un triste negro, que en sus tropas llega,
la enfermedad *de la viruela horrible.* 194

LVII

1520

Poco *más de año hacia,*
que hallábase Cortés en Nueva España,
cuando ya casi el término veía
de su emprendida, colosal campaña:
donde antes fué *un desierto,*
una ciudad en Veracruz tenía,
que cuidaban sus tropas más fieles;
y diezíocho bajeles
mecíanse en las aguas de su puerto;
los distritos de infieles
eran, hasta la corte, *sus aliados,*
en do teniendo á Motezuma preso
sus adictos soldados,
solo esperando estaban su regreso
con numeroso ejército, imponente,
para ya asegurar en Nueva España
su colosal campaña
á favor de su patria armipotente!

El combate reciente,
cuyo triunfo *rayaba en milagroso,*
y la adhesión de la rendida gente....
todo en fin revelaba y predecía,
que ya de Dios la omnipotente mano,
el camino le abría
del riquísimo imperio mejicano,
su fe premiando y su constancia estóica;
y que en breve también el viejo mundo,
absorto, aplaudiría
su gran conquista heróica.
¿Qué más entonces anhelar podía?
Hallábase Cortés tan placentero,
como un rey en su trono
escucha de alabanzas el murmullo,
que elevan sus abyectos cortesanos ....
mas no...que esto es orgullo,
cobardes ecos de oropeles vanos!

Como un poeta, que feliz escucha
recitar á los pueblos de memoria
sus bellos himnos patrios:
así ..porque esto es gloria!

Cual tierna madre, que al sonriente niño,
venturosa mirando se embelesa;
su frente y labios besa
y estréchale en su seno, con cariño;
así ledo Cortés y venturoso,
sus ojos alza al cielo,
al presentir su porvenir glorioso;
como la alondra, con melífluos trinos,
desde el nido saluda
los de oro y grana, rayos matutinos.

También con faz radiosa
y lascivo mirar y voluptuosa,
toma á Cortés las manos
la noble india, la Marina hermosa,
y clávale los ojos y le dice
con acento, que de su alma nace:
«¡Propicio tu destino Dios bendice,
y siguiéndote yo, me hace dichosa;
porque amarte, me encumbra.....
la grandeza en tu frente resplandece!»
«Sí, mi Marina....la ambición deslumbra;
pero amar como tú, eso engrandece,
—replicóle Cortés, enternecido;—
sigue y liga tu suerte
á este hombre decidido......
que vez siempre luchando!»
«¡Yo te amaré, Malinche, hasta mi muerte!»
dijo ella sollozando;
y él, súbito en su seno,
de ella estrecha la lánguida cabeza.

«De Méjico noticias...bueno...bueno!»
A repetír empieza
la alegre tropa, al ver que entra un jinete,
con pliegos de Alvarado;
y trayéndose en pos, en una silla,
también de Motezuma un noble enviado.

Sus oficiales rodean
en el instante á Cortés,
pues todos, con avidez,

las nuevas saber desean,
que tardaban en llegar;
pero como el sol su brillo
va perdiendo al declinar,
así del jefe y caudillo
el semblante palidece
al seguir leyendo el pliego,
ó de ira se enrojece,
como una marca de fuego,
y oyen todos indignados:
—que fueron en los canales,
como de guerra señales,
los dos bajeles quemados:
que *la ciudad sublevada*
y en armas el vecindario,
atacaba temerario
á la española morada,
sin ya inspirarle temor,
que en ese atacado asilo,
siempre preso é intranquilo
se hallase el emperador;
y que además, asaltaban
á los sitiados cuarteles
muchas legiones de infieles.
que diariamente llegaban.—

Y su carta Alvarado concluía:
—pidiendo urgentemente,
que le mandasen la precisa gente;
porque á esa capital, sino perdía,
en su cuartel dejando sepultadas
las combatidas fuerzas que tenía.—

Y también por su enviado,
á Cortés Motezuma repetía:
—que fiel permanecía
al *tonatiuh* don Pedro de Alvarado;
y presuroso con su gente fuese
á reprimir al pueblo amotinado,
antes que *mas la sedición cundiese*.—

Muchos tuvieron como buen augurio,
que el mismo Motezuma les pidiese:
—el que fuerzas á Méjico mandaran,—
en vez que él y sus nobles
á Cortés reclamaran:
—que al fin cumpliera el pacto,
y en las llegadas naves se embarcaran.—
Y acordóse en el acto,
el marchar sobre Méjico en seguida,
dando aviso á Alvarado
de la victoria expléndida obtenida.

Valazquez de Leon y Diego de Ordaz
reciben de Cortés
aviso de reunírsele en Tlascala;
á Rodrigo Rangel
de Veracruz el mando se confía
con *cien hombres ó mas*;
porque quiere Cortés á su regreso
tener cerca al gallardo Sandoval;
los enfermos y heridos de Zempoalla,
con asistencia allí,
en cura deja, hasta que buenos puedan
el camino seguir;
y monstruoso cacique, tan obeso,
de víveres la tropa abasteció,
y lo mismo en el tránsito los pueblos,
en grata recepción,
hasta la fiel Tlascala,
donde toda la fuerza se reunió,
pues en breve llegaron
las de Ordaz y Velazquez de Leon;
y fueron en Tlascala recibidos
con muestras de placer,
y el buen Magiscatzin *llevó á su casa*
al allí siempre popular Cortés;
y ofrécele el senado,
para que breve fin
en Méjico dar pueda
á tan tremenda lid,
todos los guerrilleros del distrito,
mas de ellos aceptó *solo dos mil*.

Dejaron los cuarteles,
que la amiga Tlascala les brindó;
en marcha se pusieron,
y hacia el Norte siguieron...
el más corto camino y el mejor.
Las cordilleras y ásperas montañas
suben pacientes, logran ascender;
y cubiertos de cedros y de pinos
y cipreses y encinas,
allí las faldas de las sierras ven.

Desde las cumbres miran
la risueña campiña virginal;
los campos de Cholula, celebrados,
y florecientes prados,
de un ambiente purísimo y vital.

Selvática grandeza por do quiera,
y expontánea, feraz vegetación
en los valles germina,
como la luz divina
da al Orbe su existencia en el amor!

Ven al valle de Méjico al poniente,
de verdor eternal...
y sus trémulos lagos, azulados,

y sus bellas ciudades más allá,
que el sol resplandeciente,
como facetas mil hace irradiar.

Y á Tezcuco, no lejos,
extendida miraron á sus pies,
y su imagen del lago en los espejos;
y á sus tupidos bosques de cipreses
y amarillentas mieses,
las aguas bosquejábanlos también.

Y de Tezcuco á los llanos
descienden los castellanos;
pero ya
no salen á los caminos
los grupos de campesinos
á mirar
á los téules temerarios. . . .
¡Esos campos, solitarios,
temen el verles entrar!
Y los desiertos suburbios,
que cruzan de la ciudad,
corroboran los disturbios,
que agitan la capital.

Y no en Tezcuco se hallaba
Cuicuitzca ya, á quien contaba
tener propicio Cortés,
pues á su influjo debido
al alto puesto ascendido
al caer Cacama fué.

Y tal ausencia
de mal agüero
le pareció;
y la de Méjico
su guarnición,
ya desastroza
hallar temió.

Mas pronto desvanecidos
quedaron esos temores,
por los pliegos recibidos
de Alvarado,
quien decía:
—que cesado
el ataque diario había;
y la hostilidad, á un sitio
tan solo se reducía;
mas que daba por seguro,
que en cuanto los mejicanos
supieran, que allí Cortés
iba á hospedarse otra vez,
con todos sus veteranos,
olvido y paz
al momento pedirían
cesando la hostilidad.—

A las tropas, descansadas,
hizo seguir sus jornadas
el general español:
las calzadas
el ejército tomó
del lago meridional,
por donde antes,
de himnos al son triunfantes,
entró en la gran capital,
donde en su ya yermas calles,
puentes, calzadas y valles
era todo sepulcral.

No esos lagos azulados,
con jardines perfumados
y aves de vivos plumajes,
iban cruzando admirados,
en ráudas canoas mil,
como antes, ledos salvajes,
tocando su tamboril:
todo en torno se veía
mudo y yerto. . . .
las playas abandonadas. . . .
sepulcral aire corría. . . .
las calzadas
estaban como un desierto!

Como quien tras larga ausencia,
loando á la Providencia,
puede ya ir presuroso;
más dudoso
y entre amargas reflexiones,
sus tiernos hijos á ver;
así al frente
de sus bravos batallones,
tristemente
ve Cortés,
las calles atravesando;
y de aquella su legión
las pisadas resonando
en acompasado son:
y en la plaza principal
de la ciudad imperial,
como vibrantes campanas,
clarines y alegres dianas
tocar hace el general;
y del cuartel del Alvarado,
que aún se hallaba sitiado,
contesta la artillería,
como un éco de alegría
á los cielos levantado.

Y al ver los indios,
que entraban ya
los bravos téules
en la ciudad,
todos se empiezan
á dispersar
del que pusieron
sitio tenaz,
al gran palacio
de Axacayátl.

Y esos recién llegados defensores
hallan al fin abiertas
las defendidas puertas,
que iban á golpear los sitiadores,
al mirar á los téules encerrados;
y los conquistadores
se estrechan y se abrazan,
cuéntanse sus peligros, ya pasados,
sin pensar en morir,
y juntos, al mirarse, se solazan,
soñando solo un ledo porvenir.

Y también Motezuma
sale al patio á abrazar
á su amigo Malinche,
llevando *en pos de sí su majestad.* 196
Y *en Junio veinticuatro,*
el día del Bautista,
volvió á pisar Cortés la capital.

LVIII

1520

Los tlascaltecas y las nuevas tropas,
traídas por Cortés,
pudiéronse alojar cómodamente
en el mismo cuartel,
donde el corto piquete allí dejado,
súpose *muchos dias* defender.
¿Mas de esa hostilidad de vecindario,
¡Cuál el origen fué?

Diversas y contrarias las versiones,
al demandarlas, á Cortés se dieron,
sin llegar á salir de confusiones:
los unos presumieron,
que aprovechando de Cortés la ausencia,
á Motezuma libertar quisieron
sus sùbditos serviles:
los otros achacábanlo á la influencia
de clérigos fanáticos y hostiles,
que habían á las masas impulsado;
pero *los más culpaban la violencia*
del capitán don Pedro de Alvarado;
porque *él hubo el primero*
hecho correr la sangre con su acero;
aunque él también decía:
—con tal audacia á todos he salvado;
porque se suponía,
que hubo así sofocado
un pronto y general levantamiento.
Mas demos *una idea*
de cuál la causa fué del rompimiento.

Anualmente nobleza y muchedumbre
allí ó en todo el reino,
tenían por costumbre
en Mayo celebrar una gran fiesta,
que á su dios de la guerra consagraban,
en el templo mayor, en cuyo atrio
después todos cantaban y bailaban:
y como el templo hallábase muy cerca
del cuartel de Alvarado,
algunos nobles á pedirle fueron
la víspera del día señalado:
—que á su rey Motezuma permitiera
que á la fiesta acudiera;—
mas no lo consiguieron,
y dióles por respuesta:—
—no hacer en sus oficios
humanos sacrificios,
ni que llevasen armas en la fiesta.—
Y así quedó arreglada.

Acuden al gran templo el vecindario
y la nobleza toda, engalanada;
y las hembras tejidas
con flores las sus trenzas denegridas:
y entre bordados trajes y de plumas,
ciertas sensuales formas escondidas:
todo es lujo y riqueza....
los de oro sus pesados brazaletes,
y de preciosas piedras los collares
ostenta la nobleza,
al irse á congregar á sus altares.

Y después que pasaron largas horas

en los adoratorios,
á los átrios descienden
á entregarse á sus báquicos jolgorios,
y á sus ledos *aréitos y mitones*,
que de sus fiestas eran
los báiles y canciones.

Corrióse que á Alvarado,
dijeron sus espías:
—que del templo á las casas inmediatas,
en anteriores días,
muchas ocultas armás se llevaron,
y ocultaban las suyas los señores
bajo el manto de pluma,
para caer de plano
sobre el confiado centro castellano
y dar la libertad á Motezuma. 197

Presurosos acuden á la fiesta
cincuenta ó más soldados,
prevenidos y armados,
mostrándose Alvarado á la cabeza,
y siguen sus aréitos y mitones
el pueblo y la nobleza;
y los téules también, en pelotones,
se mezclan y confunden *en la orgía;*
y oro y piedras preciosas,
y cuanta rica alhaja relucía,
deslumbrados contemplan,
con voraces miradas codiciosas,
y su deseo de embestir retemplan.

Y aún *también se dijo*,
que sin orden ninguna de Alvarado,
sacaron las espadas,
las picas esgrimieron,
y al alegre túmulto arremetieron,
como sedientas bestias desbocadas;
y la plebe y nobleza, acuchilladas,
en los patios gritando,
convulsas se estendieron
como ráudas corrientes,
escalar procurando
las llamadas *paredes de serpientes;*
mas todos perecieron,
y cada cual caía
del avaro invasor al golpe aleve:
como agua cuando llueve,
la sangre así se dijo *que corría*. 198

Pero apenas habíase acabado
aquella tan feroz carnicería,
cuando unánime estalla
la larga indignación, mal comprimida,
como seguidos golpes de metralla,
y desprecia el indígena la vida:
la abyección, el terror, las vejaciones,
el amor á su rey, todo se extingue,
como necias, lejanas tradiciones,
ante aquella impolítica matanza;
y ya solo del pueblo en su despecho,
al ver allí su sangre,
agítase en el pecho
el torcedor del odio y la venganza....
y álzase el pueblo todo
con furor implacable....
atropella á las guardias y cuarteles,
hasta llegar furiosa á los dinteles;
y creyóse probable
que á los téules hubiese exterminado,
si al verles Motezuma en tal apuro,
no hubiese,—cual se dijo,—desde el muro,
á pesar de su pena y de su tedio,
á su furioso pueblo apaciguado. 199

Cesó el ataque ..mas siguió el asedio;
y aunque escasa provisión tenían,
por la sed más sufrían,
que por ser la ración muy limitada;
pues la agua era salada
de los pozos allí; más presto hallaron,
en una semi-oscura rinconada,
uno de agua potable,
que aunque viejo y asaz desmoronado,
hubieran todos por su hallazgo dado
su sinigual tesoro, inextimable.

Siete españoles muertos
y bastantes heridos,
y muchos tlascaltecas
contábanse perdidos,
cuando Cortés allí sus fuerzas lleva,
á quien lo bosquejado,
á su manera explícale Alvarado;
y Cortés su conducta *le reprueba*,
y mostró su disenso,
después que se hubo al fin bien informado,
que á un pueblo atropellaran, indefenso. 200

Aún Cortés en el cuartel cristiano,
preso á Cuitlahua alló,
de Motezuma hermano,
y que de Ixtapalapa fué señor;
y olvidado en su prisión yacía,
donde la insurrección,
que con noble osadía
en Tezcuco, Cacama,
con otros varios nobles intentó.

De Motezuma á instancias

mandó Cortés soltar
al sufrido señor de Ixtapalapa,
ambos creyendo al pueblo así aplacar,
y á Veracruz despacha, presuroso,
un correo á Rodrigo del Rangel,
su oportuna llegada y sus medidas
haciéndole saber,
y la confianza y medios que tenía
para hacer extinguir la insurrección;
mas el correo apenas
salido había con algunos indios,
cuando corrido á regresar volvió,
la triste nueva dando:
--que estaba *sublebada la ciudad,*
levantados los puentes,
y en breve iba el ataque á comenzar. 201

Como á la media noche, en su cabaña,
despiértase agitado el pescador,
al rugiente fragor
del oleaje, que á las rocas baña;
y saliendo, ve al líquído espumoso,
que cubre presuroso
la todavía lóbrega campaña;
así á oir comienzan el murmullo
los téules, previniendo su cuartel;
y mas claros los gritos y el barullo
del confuso tropel,
que ráudo fué cercando ese recinto,
cual paciente, persigue por instinto,
á su presa el lebrel. 202

Aberturas de varias dimensiones,
rápidamente en la pared se hicieron
para los arcabuces y cañones,
que en torno al edificio defendieron;
y los indios aliados,
artilleros, jinetes y soldados,
con sus jefes al frente,
hallábanse formados,
esperando el asalto de repente.

Y regulares masas, pelotones,
en espesas columnas avanzaban,
siguiendo las legiones,
que sus varias banderas ostentaban,
los unísonos gritos, fragorosos,
rugientes sofocaban
sus tocos instrumentos belicosos
y broncos caracoles y atabales;
y las doradas armas diferentes,
y las capas y cascos de oficiales,
descuellan relucientes,
entre las mazas, hondas, picas, lanzas,
venablos y saetas,
y las turbas de calles y canales,
que corrían á unírseles, inquietas;
como heridos, rabiosos animales;
y de huraños isleños, testarudos,
fieros, medio desnudos,
semejantes á rústicos atletas.

Y no con pasos tardos
hacia el cuartel caminan....
avanzan, se aproximan,
y una lluvia de piedras y de dardos
á inundar comenzó la fortaleza,
que á muchos, sin corazas ni morriones,
rompióles la cabeza,
ó les hizo en el cuerpo contusiones; 203
mas sin necesitar de puntería,
á quema ropa, su primer disparo
lanzó la artilleria,
y dejó entre la turba un ancho claro:
era la vez primera
que el estrago mortífero sufria
esa sin temor turba altanera,
y el poder del cañón reconocía:
asombrada de espanto, retrocede;
mas de él volviendo luego,
sus cadáveres huella,
y al mortífero fuego
otra vez, impetuosa, desafía....
y otra vez á barrerla
á mansalva volvió la artillería!

Mas ya hasta las bocas
de aquellas troneras,
rabiosas llegaban
las ordas artecas:
los unos sobre otros,
haciendo escaleras,
ascienden los muros,
arrojan las piedras,
y á los grandes patios
bajar así intentan;
mas no bien asoman
sus torvas cabezas,
cuando desparecen
entre las ballestas,
ó los espadones
de los tlascaltecas;
y viendo que inútil
así es la pelea,
en los largos muros
abrir ancha brecha
en vano procuran;
entonces maderas
arrojan ardiendo,

flamíferas teas,
y mil proyectiles,
que cunden, incendian
y amagan los toldos
de los tlascaltecas,

Y sigue el asalto,
también la defensa;
el fuego nutrido
de la fortaleza;
y la hórrida lluvia
de dardos y piedras.

Desprecio á su vida
ostenta el asteca,
y ese odio al cristiano
y altiva fiereza,
que muestra el salvaje,
cuando al fin despiertan
su rabia y venganza,
de sangre sedientos;

clamando justicia
tras tantas ofensas:
y opónele el téule
su táctica y ciencia....
que tienen que hacerle
señor de esa tierra!

La noche extiende, lóbrega,
en la estrellada bóveda
su manto azul turquí;
y en torno el ¡ay! terrífico,
calmando va solícito:
del indio el frenesí;
mas junto al muro
paciente espera
la luz primera,
que arroje el sol,
para en lid fiera
seguir muriendo,
y allí batiendo
al español.

LIX

1520

Ya su opaco, triste velo,
tierra y cielo
comienzan á disipar:
la vida vuelve; es la hora
de la aurora,
y al astro rey saludar.

Las nubes rojas y gualdas
cual si fueran de esmeraldas,
hacen los valles lucir;
y sus perfumes las flores,
en redores
de la áuras esparcir.

Y percíbense los montes
y horizontes;
y óyese el tierno raudal,
entre bosques y amarantos,
de los cantos
de la alondra y el zorzal.

Si su manto de paz la noche tiende,
y la lucha suspende
del afán de vencer,
también el de seguir, la luz enciende;
y el cristiano y salvaje,
con más ira y coraje
vuélvese desde el alba á acometer.

Pero sus dardos y flechas,
antes aún de aclarar,
comenzaron los aztecas
á los patios á arrojar,
creyendo que á los cristianos
iban así de despertar;
pero hacía ya buen rato
que observaban,
que las plazas y las calles
azoteas y canales
se llenaban
de indiada, de sangre hambrienta,
volviendo tras el reguero,
como colmado hormiguero,
que de súbito revienta.

Nobleza, plebe y arqueros,
batallones
y legiones,

al mando de sus guerreros,
y armados de varios modos,
y el estandarte imperial
con el águila real,
descollando sobre todos...
y todo es allí un tumulto,
con sus banderas y motes
y hasta viejos sacerdotes
del su sanguinario culto,
desgreñados, prometiendo
á sus dioses en ofrenda,
los téules, que en la contienda,
fueran con vida cogiendo...
tal gentío,
tal tropel,
como desbordado río,
ciego atropella al cuartel.

Y la gritería
tremenda se alzó;
mas la artillería
la muerte esparció,
y abriéndose las puertas: los ginetes,
y en pos la infantería,
pusieron al tropel en confusión;
y entre las filas huecas,
que la metralla abrió,
arrójanse después los trascaltecas,
y aquel *osado grupo sucumbió*;
y en el primer encuentro
hízose *la derrota general,*
y entraron los dispersos á su centro,
en la anchurosa calle principal,
do tenían de piedras y maderas,
espaciosas trincheras,
como inmenso castillo señorial;
y se juntan, rehacen y descargan
sus saetas y piedras desde allí;
castillos son también las azoteas;
y á quien solo consiguen perseguir,
procuran enlazar con sus correas,
para llevarle al tajo ó maguahuitl.
Y apenas perseguidos,
en más número vuelven otra vez
á ser perseguidores...
de su honra vengadores,
y á mostrar más indómita altivez.

De las contiguas calles y canales,
y plazas y distantes arrabales,
acuden con más fe los mejicanos,
después que su sorpresa se pasó,
y encuéntranse *cercados los cristianos,*
y *el personai* ataque comenzó.

¿Mirais de las montañas
las lluvias, que al caer,
arrastran las cabañas,
que alzaronse á sus pies,
y como febles cañas
el agua hace correr?

Así el tropel inmenso,
ciego, iracundo, denso,
embiste al español,
quien defenderse apenas
de esas hambrientas hienas,
consigue su valor.

Presto avanzan los cañones,
y á casas y pelotones
van empezando á barrer;
y ginetes animosos,
con sus aceros filosos,
hacen la sangre correr.

Y el indio, rugiendo,
con furia se arroja
en la tierra roja,
las patas asiendo
del brioso corcel;
y en tanto, los otros
á téules y á potros
procuran cojer.

La lucha es de muerte,
cuartel no se dán...
no hay débil ni fuerte...
la sangre se vierte
con gozo infernal.

Y pasan las horas...
y pásase el día,
y más la porfía
prosigue tenaz;
no cede ninguno
en bríos, pujanza;
y más la matanza,
clamando venganza,
parece empezar!

¿No veis dos perros de presa,
mirarse y alzar la cola,
y enronqueciendo la gola,
olerse y no caminar;
que rugen luego y se alargan,
se cazas de las orejas,
se arrancan la piel y cejas,
y se prenden y no largan,
debiendo uno allí quedar?

¿No veis en el reñidero,
sultanes de sus serrallos,
á dos encelados gallos,
por largo tiempo reñir,
picarse, herirse, cegarse,
con sus púas degollarse,
hasta que llega á morir,
el uno, como un eccehomo;
y el otro, sin caminar
como un pelado palomo,
parece que va á espichar?

Así este dia
fué la contienda,
cruel. tremenda,
lleno de horror;
así á porfia
los invasores,
y defensores
de su nación,
luchan osados,
todos postrados,
sin poder el combate continuar. 204

El sol declina
tras la colina,
para ir á otro mundo á iluminar;
y entre desmayos,
en los canales
tiende sus rayos
horizontales;
y la porfía
cesa ese día
de horror fatal,
entre muertos y sangre derramada;
y retirada
tocar hace el cristiano general.

Y Cortés, que marchaba á retaguardia,
miró que Andrés del Duero,
solo y blandiendo su cortante acero,
hacía, desmontado,
frente y firme pie
á un grupo, que teníale cercado:
y atropella Cortés,
mandobles repartiendo;
dispérsalo, el caballo recupera,
y del Duero subiendo,
cual náufrago, que salvo al fin se ve,
en rápida carrera
á retaguardia vuélvese otra vez. 205

Y las cristianas tropas van entrando
á esa ya su morada entristecida,
como el que va buscando
en oculto rincón salvar la vida;
y la su sed apenas apagando,
y sin buscar comida,
y bendiciendo al cielo,
por haberles dejado allí llegar,
exánimes se van echando al suelo...:
ya no podían más!

Unos *cuarenta* hombres perecieron
los mas de los aliados:
de cincuenta excedieron
los pobres españoles *maltratados;*
su izquierda mano herida
sacó Cortés....pero otra *más profunda*
sintió tambien *en su alma dolorida!*

El odio y el coraje
y el desprecio á la vida,
al fin ha contemplado del salvaje;
y tambien de ese aliento, sorprendidos
quedaron sus guerreros:
desigual es la lucha *en adelante,*
pues para *un invasor* hay *mil arqueros,*
que les saldrán al frente; 206
y si su empresa sigue,
comprende que aventura
su bien ganada gloria y noble gente,
en pos de un imposible.... una locura! 207

Entra Cortés y quítase sus armas,
y del casco pesado
se alivia con presteza,
y en una silla siéntase agobiado,
cual si hubiérale súbito pegado
un hierro en la cabeza:
desfallecer se siente,
su cuerpo entumeciendo helado ambiente;
como olas agitadas,
que pasan y se chocan,
y vuélvense á aumentar amontonadas,
y cuanto encuentran al pasar derrocan,
así, triste y confuso todavía,
y medio mareado,
oir el vocerio,
y ver pasar creía
á ese pueblo feroz, desenfrenado;
y en su centro despues, perdido y roto,
ir faltando á sus plantas firme suelo,
al sentir estallar el terremoto,
rodando entre esa plebe su cabeza!
Mas tan cobarde idea desechando,
al momento recobra su entereza.

¿Quién no tiene en su vida
instantes, en que el ánimo flaquea,
cuando lúgubre todo,

como negro fantasma nos rodea?

¿Quién no siente deliquios,
y á veces desfallece,
cuando la fiebre de contínuo insomnio,
como espectro fatal, nos enloquece,
y abismo sin orillas nos rodea?

La que belleza fué, y mírase luego
convertida en vejez, rugosa y fea;
los turbios ojos sin amor ni fuego;
la dulce voz vibrante,
en remedo de tétricas campanas:
la negra cabellera deslumbrante,
en ralas hebras canas;
y el andar arrogante,
sin ya graciosos modos,
como el paso del ciego vacilante:
esa odiosa pobreza, de que todos,
desdeñándola huyen,
y cual si fuera un crímen alentarla,
hasta el paso la obstruyen:
la honda pena del hombre desgraciado,
que en su infortunio arrastra
á otro sér, que á su suerte se ha ligado:
el alma generosa,
que tras constante lucha, encarnizada,
por conquistar un nombre,
mira al fin su esperanza defraudada:
y la madre amorosa,
que á sus hijos contempla,
desvalidos llegar á sus umbrales,
sin tener la infelice
con que aliviar sus males...!
En fin, todas las penas y dolores,
que sentir puede *el alma anonadada*
de una amarga existencia en los arcanos,
sintió Cortés, dejando su cabeza
caer entre sus manos!

La bella María Estrada,
como otras mujeres más,
que á sus amantes siguieron,
siguió á Sanchez de Farfán
desde Cuba á Nueva España;
y el lector recordará....
—pero aunque no lo recuerde,
no pierde ningún caudal,—
que este fué el valiente cabo,
que hizo solo rodar
á don Pánfilo Narvaez
la escalera principal,
y gritó, al tomarle preso:
«¡Por Cortés, victoria ya!»

Y esta María y Marina
se tuvieron amistad,
desde el día que al cacique
de Zempoalla plugo dar
esa bella india ladina
al español capitán,
como una ayuda preciosa,
que tanto sirvió, en verdad,
de intérprete y consejera;
para Anáhuac conquistar.

Y á llevarle ambas fueron
un pobre refrigerio al noble jefe,
cuando triste á su cuarto entrar le vieron:
mas halláronle pálido y sumido
en profunda tristeza,
apoyada en las manos su cabeza,
y esclamó suspirando:
«¡Morir es descansar, si se ha perdido
el santo anhelo de alcanzar la gloria!»

«Tomad, noble Malinche,
comed y descansad. ¡Tu Dios bendiga
con decisiva y próxima victoria
tus supremos esfuerzos y fatiga!»
«¡El te escuche, Marina; pero siento,
replicóla Cortés,—*por vez primera*,
que me falta la fé y el sufrimiento,
al querer realizar... *una quimera!*»

«Más despacio, señor... *que nadie os oiga!*
—sorprendida esclamó doña María.—
¡Si así al conquistador hablar oyera
su legión entusiasta.. . *qué diría?*
Perdonad, capitán, que tal os diga....
Al cielo alzad los ojos,
que su elegido sois.... Dios os bendiga!»
Y á los piés de Cortés cayó de hinojos.

Alzala él, tendiéndola su mano,
y reaccionando esclama:
«¡Tu voz es la de un angel... Dios te envía....
y santo aliento en mi ánimo derrama!
Pero á nadie reveles, ¡ay! María
este instante fatal de desconfianza....
¡Tan voluble es la suerte,
que el hombre de sí mismo desconfía!»

«¿Sí,—repuso ella;—solo Dios es fuerte!
Que os acompañe este *ángel de esperanza*,
hasta que este país, de encantos lleno,
quede al catolicismo redimido!....
Y sacó la heroina de su seno
un lindo medallón, que desde niña
llevaba entre su seno suspendido,

y púsolo en el cuello
del jefe esclarecido,
cual cristiana tiernísima y ferviente.

Y él recibiendo el medallón la dice:

«Dios, sí, digna creyente,
tu fe y tus pasos hacia aquí bendice;
y plegue que á este tu ángel, presto pueda,
en venturoso día,
devolverte triunfante.... Adios, María! 208

LX

1520

La nueva luz febea
destaca, y colorea
la callada mansión del español,
y en torno ya hormiguea,
agítase y serpea
el mejicano pueblo en pelotón;
y grita y clamorea,
sus banderas flamea,
y volviendo á animarse en su furor,
con afán apedrea
y rabioso flechea
al que antes contemplaba como á un Dios;
y apréstase á la lucha gigantea,
entre la azteca raza y la europea,
en ese *nuevo mundo* de Colón.

Y los salvajes,
con gruesos palos,
muros empiezan
á echar abajo,
en tanto que otros
van escalando
los parapetos;
pero en los patios
caen las cabezas,
piernas y brazos,
ante que puedan
dar allí un paso;
mientras que aquellos,
que en el asalto
boquetes abren,
y van entrando,
también van siendo
todos cercados,
sin que con vida,
ni por milagro,
quede ninguno
dentro del patio.
Pero parece
que al ir matándolos,
van por millares
más aumentando;
y bien comprenden
los castellanos,
que esas legiones
y el populacho
van, por instantes,
allí á aplastarlos;
y que sus sables
verán mellados,
sus lanzas rotas,
antes que paso
abrirse puedan
hasta sus barcos.

Manda Cortés decir á Motezuma
con Cristóbal de Olid y el padre Olmedo:
—que al terrado debíase asomar,
y arengando á sus súbditos, sin miedo,
hacer al populacho retirar. 209

Mas el triste cautivo,
que desde el torreón
á su hermano Cuitlahua vió á la frente
de aquella popular sublevación,
defendiendo su trono dignamente,
cuando él yacía abyecto en su prisión,
indignado contesta y abatido:
«¿Con Malinche, qué tengo ya que hacer?
¡Yo, por él, no he perdido
á mi pueblo, á mi trono y su poder!
Decidle, que llegado á tal extremo,
ya nada quiere oir,
ni aguardo dichas ni desgracias temo....
que lo único que quiero... *es ya morir!*» 210

Mas le instan y ruegan:
—que evite desenlace tan fatal;
y si á dejar las armas se someten,
pactando honrosa tregua general,

ellos también prometen
para siempre dejar la capital.—

Y oyendo tal promesa Motezuma,
con íntimo placer,
replícales: «¡Pues bien, saldréis con vida,
que no quiero más sangre ver correr.
Y este es,—dijo en seguida,—
el último favor, que os voy á hacer!»

Al monarca comienzan, presurosos,
sus criados á vestir: el rico manto
azul y blanco, de escogidas plumas,
zahumado con perfume deliciosos,
en sus hombros sujetan, que se abrocha
con el grande *chalchiuitl* ó esmeralda,
sobre el pecho formando bella piocha:
otras muchas alhajas deslumbrantes,
y su pontifical *corona-tiara*,
en forma de diadema,
ponen *por vez postrera* al soberano;
y el cetro de oro, del poder emblema,
colocan en su mano;
y más lisas que acálias,
las de oro calzan en sus piés pequeños,
riquísimas sandalias,
y las bordadas cintas y hebillinas,
cubiertas de fantásticos diseños
y muchas piedras finas.

El monarca, magnates y señores
entran al torreón,
y el pueblo los percibe en el instante,
quedando vacilante
al ver aparecer á su señor.

En silencio el estrépito se trueca,
y al ver y contemplar
á su monarca azteca,
con todo su esplendor y majestad,
su pueblo servilmente se le humilla,
se postra y arrodilla,
y vuelve á su monarca á respetar.

Y Motezuma conoció en el acto,
que ese aterrado pueblo, estupefacto,
era su misma grey;
que con solo asomarse se imponía,
y su suprema voluntad se haría,
pues era siempre el rey.

Y en medio del silencio más profundo,
á su pueblo, gozoso, contempló;
y estendiendo su diestra,
como hábil luchador en la palestra,
dijo así, con tranquila y clara voz:

«¿Por qué estais, mis vasallos, enconados,
cuando para este esceso no hay motivo?
Son estos téulas solo unos enviados,
y aquí estoy con placer y no cautivo,
para concluir con ellos los tratados.
¿Por qué arrojais, cuando contento vivo,
piedras y flechas, en ardientes vuelos,
al palacio real de mis abuelos?

No es necesario el arriesgar la vida,
sino ya ser en los obsequios parcos,
para que den su empresa por concluída;
y así, tranquilos, deponed los arcos,
para que ellos se vayan en seguida
á guarecer en sus alados barcos,
por siempre abandonados nuestros lares,
allá al perderse en los opuestos mares.»

Este incoloro,
discurso frío,
mal efecto hace...
no satisface
á aquel gentío....
y escúchase un murmullo general.

Era ya tarde,
y eco no alcanza
la voz cobarde,
que hizo el débil monarca resonar;
y el pueblo arde
por la venganza,
y comienza *en regidos á estallar*.

Y unos exclaman:
«¡Vil prisionero!»
Y otros le llaman:
«*¡Juglar grosero!*»

Quien sin piedad,
ebrio le grita:
«¡El sibarita,
sin dignidad!»
«¡Cobarde azteca!»

Y aquellos y estos,
Dícenle ya:
«¡Toma la rueca,
rey cobarde, de acciones mujeriles!»
Y siguen los denuestos,
y otras demostraciones más hostiles.

Apenas su arco vibra,
con patriótica fibra,
un joven principal,
cuando turbas inquietas
sus piedras y saetas

comienzan á arrojar. 211

Al ver los españoles aquel hecho,
corren al torreon,
y oponen sus adargas y su pecho,
escudando al cautivo emperador:
ya era tarde; del pueblo escarnecido
una pedrada, cerca de la sien,
quitándole el sentido,
de un ténle en brazos hízole caer.

Como un loco
parricida,
espantado
de su acción,
vaga, corre,
y en su huida,
desolado,
nada advierte al correr, sin dirección;
así el pueblo
regicida,
aterrado
de su crimen
inaudito,
creyendo oír eternas maldiciones,
lanzó un grito,
y echó á correr en todas direcciones.

Y en un instante
la multitud,
huyendo de las plazas y las calles,
hállase todo en pánica quietud.

En brazos los soldados á su lecho
conducen al herido emperador,
quien siente, en su despecho,
más que el golpe ...la afrenta y deshonor!

Quédanse sorprendidos los cristianos,
ante ese atentario proceder,
y con sus oficiales
á verle presuroso va Cortés.

Su familia y mujeres,
magnates y criados
lloraban desolados
al ver á su séñor,
que fué al fin de su pueblo,
por tanta cobardía,
la víctima ese día
de su hórrido furor.

Con prontitud y esmero,
un hábil cirujano
del grupo castellano,
vendándole la sien,
consigue que entreabra
sus ojos abatidos,
volviendo los sentidos
á dar vida á su sér.

Y parece, que entonces
sus bríos recobrara,
y su alma despertara
de tanta humillación;
y él mismo, ya asombrado,
de su propia abyección,
arróncase la venda
y grita: «¡Oh, pueblo, sí,
mi falta fué tremenda
y debo ya morir!»

Y el cirujano vuelve
otra vez á vendarle la cabeza,
y en su cuerpo *sujétanle los bràzos,*
y cuídale en su lecho la nobleza;
pero abatido, febricente y triste,
remedios y alimentos
en no tomar persiste,
y así prorrumpe, entre ayes y lamentos:
«Fuí yo el rey por mi pueblo bendecido
y do quiera aclamado;
pero de Anáhuac el trono
cobarde al invasor hube entregado,
y esta afrentosa muerte merecido,
y del pueblo el encono!»
Y rígido, *quedóse aletargado.*

El gran templo de la guerra
ó mesa piramidal
de ciento cincuenta piés
de elevación, ó algo más,
se alzaba imponentemente,
en medio de la ciudad,
y en frente de los cuarteles
del cristiano capitán,
donde sus tropas estaban
sufriendo la tempastad
de ese pueblo enfurecido,
como haciendo frente van
en pobre esquife unos náufragos
á los embates del mar.

Aún con el rey se hallaba
el cristiano capitán,
cuando á decirle vinieron:
—que la altura principal
del templo y sus altas torres
empezábanse á llenar
de nobles y de guerreros,
con una gran cantidad

de inflamables proyectiles,
para desde allí atacar,
sin tregua ni compasión
al cristiano capitán.—

Todos miran al jefe, y de su labio
esperan como deben proceder;
y como ascuas brillando
los ojos de Cortés,
esclama: «¿Aún pretenden los aztecas
del hispano leon las garras ver?
¡Seguidme... y vive Dios, que esos infieles
muy pronto las verán!»
Y al señor de Tezcuco y otros nobles,
que desde tiempo atrás,
por una rebelión estaban presos,
hizo al patio sacar:
se alza una horca, dáseles garrote,
y dice á su legión el capitán:
«Esos tíbios cadáveres
de las horcas bajad,
é idlos arrojando á los aztecas;
y prevenidles que de téules son,
pudiéndolos llevar al sacrificio
del sanguinario Dios.»

Y por *sobre los muros*
comienzan los cristianos á arrojar
los cuerpos de esos indios,
gritando á los aztecas: «¡Tomad, tomad,
ahí teneis cristianos,
que degollar en vuestro inmundo altar!» 212

LXI

1520

Cortés manda á Escobar *con cien guerreros*
á batir á los indios temerarios,
que acantonados en el templo estaban,
á *que pegase fuego* á los santuarios,
si hacerlos despejar no conseguía;
y tres veces al templo los soldados
consiguen atacar con bizarría;
mas fueron las tres veces rechazados
del atrio en la porfía,
y fué el esfuerzo vano. 213

En el izquierdo brazo la rodela
se hace Cortés atar; porque la mano
herida la tenía;
y en aquel duro trance decisivo,
ser quería *el primero en dar ejemplo;*
y *con trescientos hombres* y Alvarado,
Ordaz, Sandoval y un grupo aliado,
acométese al templo.

Con denuedo y firmeza,
en el atrio gran número de indígenas
defienden el *gran templo-fortaleza,*
mientras otros lanzaban, desde arriba,
proyectiles ardiendo,
pedruscos y maderas,
y aumentaban con gritos el estruendo;
más las voces terríficas, lijeras,
de espingardas, mosquetes y arcabuces,
también el atrio extenso van barriendo,
y en lucha encarnizada
la sangre más corriendo;
y defienden los indios cada entrada,
—haciendo de su vida el sacrificio,—
de la gran circular ancha escalera,
que ascendiendo, rodea por afuera
cinco veces al cónico edificio,
de alta cima truncada,
con *dos semisantuarios* coronada.

Cada escalera y tramo, que subían,
era un combate recio,
donde unos y los otros
arriesgaban su vida con desprecio:
con rabia se batían
y el paso se impedían;
mas iban los cristianos avanzando
en los adoratorios,
y por el suelo echando
los ídolos deformes é irrisorios;
pero allí los caciques y nobleza
sus dioses defendían,
con arrojo y fiereza,
y abrazando á sus ídolos caían,
como fieras, que lanzan sus rugidos.
Pálidos, desgreñados sacerdotes
sus ídolos llevábanse escondidos,
y derramando llanto,
como sombras, que vagan ó demonios;

y flotando en su huida el negro manto,
como locos de abiertos manicomios.

Y no encontrando allí los invasores
la Cruz y Vírgen, que en su altar pusieron,
entre palmas y flores,
mayor destrozo hicieron;
y al Dios Huitzilopóchtl,
que era allí el venerado Dios de guerra,
y en cuyo altar ardían corazones,
arrastran por la tierra,
y á los clérigos lanzan á empellones. 214

Aunque esos mejicanos
no usaban, en terrados y escaleras,
ni baranda, pretil ni pasamanos,
ignorando sin duda
lo seguros que son y convenientes,
allí á brazo partido
se ciñen con furor los combatientes,
y arrojarse procuran por los lados
de aquellas escaleras y terrados;
y así *muchos murieron*,
que á los patios cayeron,
mirándose sus cuerpos destrozados.

Al ver solo á Cortés, por un instante,
dos traicioneros indios, vigorosos,
le sorprenden y abrazan,
y procuran, mañosos,
hasta el borde llevarle y arrojarle
desde una gran altura;
pero Cortés *sus hombros sacudiendo*,
sin poder los salvajes doblegarle,
y súbito *sus codos estendiendo*,
arroja *á uno hasta bajo*,
en tanto el otro *escápase corriendo*,
como corre el ladrón por el atajo. 215

Eran *tres veces más* los mejicanos,
—en la horrible contienda
de tan sangriento día,—
que esos pocos cristianos,
que imparcial voy cantando en mi leyenda,
sin que el ritmo de excelsa poesía,
que entonar no me es dado, como ofrenda,
puede dar á su gloria mayor gloria;
pues de ese inmarcesible grupo hispano
será tan perdurable la memoria,
cuanto el májico suelo mejicano
en este mundo exista!
Eran *tres veces más* en la refriega,
de los que allí se ven de la conquista,
á quienes no doblega
esa triple y brutal fuerza contraria;
sinó que la cristiana más erguida,
violenta y temeraria,
va á la azteca arrollando,
hasta irla en su empuje concluyendo,
mientras *todos abajo* contemplando
ese de arriba ciego aturdimiento,
pasáronse *tres horas*
de rabia, sed y muertes
é injurias vengadoras;
y ya no hallando aztecas enemigos
los mandobles y botes,
que reparten los últimos sabuesos,
caen al fin los soberbios sacerdotes,
de ellos llevando *cuatro ó cinco presos*. 216

De la sangre humeante salpicados,
y arrojando los ídolos inmundos,
las escaleras bajan los soldados,
erguidos é iracundos,
y suenan las trompetas;
y por último, miran azorados
los vencidos aztecas
flamear de los téules el pendón,
de su sagrado templo,
en el más elevado torreon.

Aquel pendón anuncia al pueblo azteca,
el triunfo de la Cruz, en toda Anáhuac,
y que esos invasores, realizando
la antigua profecía,
seguían derrocando
sus leyes, su poder é idolatría.

Y de allí su pendón sacando luego,
como si un rayo de los cielos fuera,
manda Cortés que *se le ponga fuego*,
á esa oscura mansión del gentilismo,
que en el acto conviértese en hoguera;
y desde la ciudad á la cabaña,
hasta el rugiente abismo
y la verde pradera;
y desde el fresco valle á la montaña,
las fulgurosas llamas *de ese dia*
anuncian, como célicos pendones,
que *se estingue la torpe idolatria*
de Anáhuac en las espléndidas regiones. 217

Los fieles zempoaltecas,
que hicieron tambien frente á las legiones
de millares de aztecas,
harto cargados al cuartel volvieron
de muchas provisiones,
con las que ellos y téules subsistieron:
y unos y otros entraron vencedores
con bastantes heridos; y murieron

más de cuarenta bravos veteranos,
y pérdidas mayores
sus aliados tuvieron.

La noche oscura llega,
y la rendida gente mejicana
ganosa al sueño sin temor se entrega;
mas Cortés y otros jefes, en sigilo,
con un fuerte piquete descansado,
saliendo de su asilo,
empiezan á incenciar calles enteras:
los gritos espantosos,
las voces lastimeras
estallan, como vientos borrascosas;
y al resplandor siniestro de las llamas,
sus hogares dejaron,
por las calles corriendo las familias,
y *unas trescientas casas* se incendiaron.

La luz del nuevo día
el brillo de las llamas atenuó;
y Cortés, conociendo
cuanta fué de los indios la impresión
al ver arder *de dia* su gran templo,
y luego *por la noche* su mansión,
envía al enemigo *un parlamento*,
y la plaza de aztecas se llenó:
Cortés, sus oficiales y Marina
suben al torreon,
del cual *tres dias antes* Motezuma
á su irritado pueblo proclamó!

Ven los aztecas á la joven india...
Malintzín la llamaban,
con simpática y gran curiosidad,
por lo que era querida de los téules,
y por el mucbo influjo
que tenía en el noble capitán. 218
Y el melodioso acento de la joven
exactamente traduciando fué
al pueblo, que con gusto la veía,
esta cáustica arenga de Cortés: 219

«¿No visteis como en llamas, *ayer*, vuestros altares,
hicimos entre el polvo los ídolos rodar?
¿No vísteis *por la noche* arder vuestros hogares,
morir vuestros arqueros, mi lábaro ondear?

¡Vosotros lo quisísteis! Negándole al cristiano,
contra las profesías, la entrada á esta región;
y contra el soberano
alzando airada mano,
faltásteis á los dioses, en plena rebelión!

Mas yo todo lo olvido y os hablo sin encono,
y todo os lo perdono: las armas deponed:
marchaos á vuestras casas, vivid tranquilamente,
y hermano sed del téule, que llega del Oriente,
y á vuestro soberano, desde hoy obedeced.

Sinó, á nadie con vida sabrá dejar mi espada,
venciendo y aplastando la inícua insurrección;
y os juro, que en verdad,
será vuestra ciudad
de escombros un montón,
que irá desparramando la negra tempestad.»

Indiferente
tal amenaza
la azteca gente
oye en la plaza;
pues todavía
el suspicaz Cortés no conocía
al pueblo, que lanzóse á desafiar;
y su vibrante proclamar no vibra
en esa estóica y tan salvaje fibra,
y vano fué el quererla amedrentar!

Y reprimiendo su ira y sus enojos,
aunque en sangre bañándose sus ojos,
replica así *otro jefe al capitán:*

«¡Cierto es que habeis quemado los templos y los dioses...
que habeis asesinado los clérigos también:
lechuzas de la noche.....Oh, cóndores atroces,
á innúmeras familias, hidrópicos de goces,
echásteis en las llamas, sonrientes y feroces,
con cínico desdén!

¡Si muchos ya sabemos,
que á vuestros golpes rudos al fin cayendo iremos,
también *que sois mortales* pudimos ya saber:
y poco nos importa *que á miles mejicanos*
destrocen vuestras manos,
si de un blanco la sangre logramos obtener!

Mirad á nuestras plazas, mirad á nuestras calles,
á los extensos bosques, á los verdosos valles,
las costas y montañas ..más lejos, más allá;
y á tanta, tanta gente,
que en esta tierra vive y llega diariamente ...
tendréis que irla matando para salir de acá!

Sin agua ni alimentos estais en el encierro...
como el hambriento perro,
que flaco y moribundo pretende aún gruñir.
Mil duelos y agonías
tendréis en breves días,
que están por todos lados
los puentes levantados, *y no podeis salir!*
Ya bulle entre vosotros risueña la esperanza...
los dioses impacientes, esperan la venganza
¡Veremos si esos bríos *teneis para morir!*»

Y millares de flechas
al terminar los indios arrojaron,
no ya poniendo á sus desmanes vallas;
y á los conquistadores obligaron
á acultarse detrás de las murallas.

El indomable y orgulloso tono
de los torvos aztecas,
como si ya se hallasen en un trono,
llenó de abatimiento
al grupo de sitiados invasores;
y al saber que los puentes
hallábanse cortados,
ya no dudaron, no, de los horrores,
que á sufrir se encontraban condenados!

El peligro visible y espantoso,
en los nuevos soldados
el descontento y la pavura infunde,
como en los pasajeros,
en medio del mar cunde,
cuando ven que la nave se abre y hunde,
y hay que lanzarse al mar sobre maderos:
y sus tendencias de motín revelan
soldados tan bisoños,
cual leves vientos, sin herir azuelan
los primeros, tiernísimos retoños.

Y ya á Narvaez maldicen y á Velazquez....
y también, maldicientes,
á Cortés entre dientes,
y de oro á su ambición; y entre sus quejas
lamentan la tardanza,
y exclaman:—que no deben, como ovejas,
el esperar del lobo la matanza.—
Y con la faz medrosa,
demandan doloridos:
— volver cuanto antes á su Cuba hermosa.—

Mas los fieles soldados aguerridos,
en los cuales Cortés inspirar supo
el amor á la gloria, por su patria,
y el desprecio á la vida por la gloria.. . .
aquel sufrido grupo
en tan extrema situación notoria
de duelos y reveses,
por esperiencia propia ya confía,
que sacarlos sabría,
como otras muchas veces,
de tales trances y de aquel castillo;
y teniendo *confianza y sangre fría,*
obedece y admira á su caudillo.

Mas cualquier otro que Cortés no fuera,
en tan crítico estado,
desfallecido hubiera,
y en deshonra su empresa terminado;
pero Cortés estaba dignamente
de esa empresa á la altura;
y aunque todo en su daño
se combina y conjura,
de peldaño en peldaño,
con infalible varonil criterio,
van subiendo sereno hasta la cima
de aquel grandioso imperio,
al que vale *empujando su destino.*

Mas dado caso que salir pudiera,
abriéndose camino,
¡cuán triste y vergonzoso
huyendo salir fuera,
cuando entró á ese palacio victorioso!
Y saliendo corrido,
¿cómo *segunda vez* tomar podría,
ni con un grande ejército aguerrido?

Ese inmenso tesoro, que tenia,
¿cómo sacar del suelo mejicano
en la huida podría?
¿Cómó dejarlo, si con él creía
tener á su favor el soberano?

Cuál náufrago se hallaba
en un mar sin orillas;
y del mar los embates tremebundos,
ráudos hacían á su nave astillas!

En aquella sangrienta noche oscura,
en ese sin salida mar airado,
¿ya don Diego Velazquez, por ventura,
no se hallaba vengado,
ante esa situación tan desastrosa?

Es la hora avanzada,
y la triste Marina, sigilosa,
entra sobresaltada,
y á Cortés interroga de esta suerte:
«¡Ay, Malinche! ¿Qué hacemos?
¡Ellos tienen de muerte
sobre nosotros sus miradas fijas!»
Y él la dice: «¡Marina, no te aflijas....
mañana, con más calma, lo veremos!»

LXII

1520

¿Quién ¡ay! triste en su vida,
de pasadas acciones juveniles,
no siente su conciencia arrepentida?

Y cual niño inocente,
un compendio de historia
al leer atentamente;
¿no soñó con la gloria,
y creyó poder ser un Alejandro,
un Dante, un Cicerón ó un Confucio. . .
y verse, con los años, hecho *un rucio*,
ó cual pálida hoja de coriandro?

Tímido por demás en sus abrilles,
quién ¡ay! no se arrepiente
de haber tenido miedo, néciamente,
de las miradas y hálitos febriles
de pálida beldad, *que complaciente*
y amorosa las manos nos tendía,
con su tierno mirar nos atraía . . .
cuando fuimos doncel, puro, inocente,
y cuanda uno, infeliz . . . *no se atrevia!*. . . .

¿Quién no ha sido espansivo é indiscreto?
¡Ese también lamenta
estar á otro sujeto,
ó tener que sufrirle alguna cosa,
por haberle *confiado algún secreto!*

Así también, en hora lastimosa,
el azteca monarca, entristecido,
muy más que su cabeza,
siente su ánimo herido;
y su pasada criminal flaqueza,
lamenta acongojado:
la prolífica tierra ya reclama
el polvo de ese cuerpo regalado,
que entre el ocio, placeres y perfumes
de embriagadora esencia,
como un dios venerado,
deslizóse sobre un trono su existencia:
ya la sangre de ese hombre, casi yerto,
estaba por la muerte requerida,
como la lluvia en árido desierto,
para dar vida á otra futura vida,
que en espíritu existe,
en increada forma, en los espacios.

Meditabundo y triste,
insensible y callado á los afanes
de su esposa, sus hijos y nobleza,
intentan los cristianos capitanes
el hablarle de Dios y su grandeza;
y afanosos Cortés y el padre Olmedo,
Aguilar y Marina
salvar queriendo su alma,
ora infúndenle el miedo
de infernales castigos,
que nos despierta de la estóica calma
y al morir al espíritu domina;
ora procuran que sus ojos se abran
ante los rayos de la luz divina;
y cuando arrodillado el padre Olmedo,
junto al lecho real de Motezuma
el crucifijo levantó en sus manos,
pidiéndole:—adorase
al signo redentor de los cristianos,
al abrirles las puertas de los cielos;—
con voz casi extinguida,
replicóle el monarca:
«Pocos instantes quédanme de vida..
morir quiero en la fe de mis abuelos». 220

Y al fráile rechazando friamente,
vuelve desfallecido á su mutismo,
sombrio, indiferente,
hacia ese incomprensible cristianismo.
Mas como si un profundo sentimiento
agitase su mente,
ase á Cortés las manos, y le dice:
«Malinche, la súplica postrera
de este monarca escucha, que infelice,
por tí y los tuyos muere escarnecido,
por querer defenderos,
á manos de su pueblo enfurecido:
ruégote que á tu rey, piadoso pidas,
que á los hijos que dejo
de Niagua Súchil, mi primera esposa,
y Acátlan, la segunda,
de todo el patrimonio no les prive,
siendo en ellos tu patria generosa.
Y tú Malinche, largos años vive,
para cumplir mi súplica humildosa.» 221

Y millares de flechas
al terminar los indios arrojaron,
no ya poniendo á sus desmanes vallas;
y á los conquistadores obligaron
á acultarse detrás de las murallas.

El indomable y orgulloso tono
de los torvos aztecas,
como si ya se hallasen en un trono,
llenó de abatimiento
al grupo de sitiados invasores;
y al saber que los puentes
hallábanse cortados,
ya no dudaron, no, de los horrores,
que á sufrir se encontraban condenados!

El peligro visible y espantoso,
en los nuevos soldados
el descontento y la pavura infunde,
como en los pasajeros,
en medio del mar cunde,
cuando ven que la nave se abre y hunde,
y hay que lanzarse al mar sobre maderos:
y sus tendencias de motín revelan
soldados tan bisoños,
cual leves vientos, sin herir azuelan
los primeros, tiernísimos retoños.

Y ya á Narvaez maldicen y á Velazquez....
y también, maldicientes,
á Cortés entre dientes,
y de oro á su ambición; y entre sus quejas
lamentan la tardanza,
y exclaman:—que no deben, como ovejas,
el esperar del lobo la matanza.—
Y con la faz medrosa,
demandan doloridos:
—volver cuanto antes á su Cuba hermosa.—

Mas los fieles soldados aguerridos,
en los cuales Cortés inspirar supo
el amor á la gloria, por su patria,
y el desprecio á la vida por la gloria....
aquel sufrido grupo
en tan extrema situación notoria
de duelos y reveses,
por esperiencia propia ya confía,
que sacarlos sabría,
como otras muchas veces,
de tales trances y de aquel castillo;
y teniendo *confianza y sangre fría*,
obedece y admira á su caudillo.

Mas cualquier otro que Cortés no fuera,
en tan crítico estado,
desfallecido hubiera,
y en deshonra su empresa terminado;
pero Cortés estaba dignamente
de esa empresa á la altura;
y aunque todo en su daño
se combina y conjura,
de peldaño en peldaño,
con infalible varonil criterio,
van subiendo sereno hasta la cima
de aquel grandioso imperio,
al que vale *empujando su destino.*

Mas dado caso que salir pudiera,
abriéndose camino,
¡cuán triste y vergonzoso
huyendo salir fuera,
cuando entró á ese palacio victorioso!
Y saliendo corrido,
¿cómo *segunda vez* tomar podría,
ni con un grande ejército aguerrido?

Ese inmenso tesoro, que tenía,
¿cómo sacar del suelo mejicano
en la huida podría?
¿Cómo dejarlo, si con él creía
tener á su favor el soberano?

Cuál náufrago se hallaba
en un mar sin orillas;
y del mar los embates tremebundos,
ráudos hacían á su nave astillas!

En aquella sangrienta noche oscura,
en ese sin salida mar airado,
¿ya don Diego Velazquez, por ventura,
no se hallaba vengado,
ante esa situación tan desastrosa?

Es la hora avanzada,
y la triste Marina, sigilosa,
entra sobresaltada,
y á Cortés interroga de esta suerte:
«¡Ay, Malinche! ¿Qué hacemos?
¡Ellos tienen de muerte
sobre nosotros sus miradas fijas!»
Y él la dice: «¡Marina, no te aflijas....
mañana, con más calma, lo veremos!»

LXII

1520

¿Quién ¡ay! triste en su vida,
de pasadas acciones juveniles,
no siente su conciencia arrepentida?

Y cual niño inocente,
un compendio de historia
al leer atentamente;
¿no soñó con la gloria,
y creyó poder ser un Alejandro,
un Dante, un Cicerón ó un Confucio. . .
y verse, con los años, hecho *un rucio*,
ó cual pálida hoja de coriandro?

Tímido por demás en sus abrilles,
quién ¡ay! no se arrepiente
de haber tenido miedo, néciamente,
de las miradas y hálitos febriles
de pálida beldad, *que complaciente*
y amorosa las manos nos tendía,
con su tierno mirar nos atraía . . .
cuando fuimos doncel, puro, inocente,
y cuanda uno, infeliz . . . *no se atrevia!*. . . .

¿Quién no ha sido espansivo é indiscreto?
¡Ese también lamenta
estar á otro sujeto,
ó tener que sufrirle alguna cosa,
por haberle *confiado algún secreto!*

Así también, en hora lastimosa,
el azteca monarca, entristecido,
muy más que su cabeza,
siente su ánimo herido;
y su pasada criminal flaqueza,
lamenta acongojado:
la prolífica tierra ya reclama
el polvo de ese cuerpo regalado,
que entre el ocio, placeres y perfumes
de embriagadora esencia,
como un dios venerado,
deslizóse sobre un trono su existencia:
ya la sangre de ese hombre, casi yerto,
estaba por la muerte requerida,
como la lluvia en árido desierto,
para dar vida á otra futura vida,
que en espíritu existe,
en increada forma, en los espacios.

Meditabundo y triste,
insensible y callado á los afanes
de su esposa, sus hijos y nobleza,
intentan los cristianos capitanes
el hablarle de Dios y su grandeza;
y afanosos Cortés y el padre Olmedo,
Aguilar y Marina
salvar queriendo su alma,
ora infúndenle el miedo
de infernales castigos,
que nos despierta de la estóica calma
y al morir al espíritu domina;
ora procuran que sus ojos se abran
ante los rayos de la luz divina;
y cuando arrodillado el padre Olmedo,
junto al lecho real de Motezuma
el crucifijo levantó en sus manos,
pidiéndole:—adorase
al signo redentor de los cristianos,
al abrirles las puertas de los cielos;—
con voz casi extinguida,
replicóle el monarca:
«Pocos instantes quédanme de vida..
morir quiero en la fe de mis abuelos». 220

Y al fráile rechazando friamente,
vuelve desfallecido á su mutismo,
sombrío, indiferente,
hacia ese incomprensible cristianismo.
Mas como si un profundo sentimiento
agitase su mente,
ase á Cortés las manos, y le dice:
«Malinche, la súplica postrera
de este monarca escucha, que infelice,
por tí y los tuyos muere escarnecido,
por querer defenderos,
á manos de su pueblo enfurecido:
ruégote que á tu rey, piadoso pidas,
que á los hijos que dejo
de Niagua Súchil, mi primera esposa,
y Acátlan, la segunda,
de todo el patrimonio no les prive,
siendo en ellos tu patria generosa.
Y tú Malinche, largos años vive,
para cumplir mi súplica humildosa.» 221

Estas fueron *sus últimas palabras*
á los tres días de la grave herida,
que recibió del pueblo amotinado;
y en Junio treinta se extinguió su vida,
y fué por los cristianos *bien llorado.* 222

Es creencia general, *que es muy difícil*
el retratar fielmente
á la que es ángel ó mujer preciosa,
coronada de aplausos y esplendente:
y creo que el probarlo *es fácil cosa,*
aunque egregios pintores
hayan querido hacer ese retrato
con griegas lineas, mágicos colores,
y entre tules, brillantes y brocato;
y ni tampoco conseguirlo puedan
el poeta, escultor, ni el literato,
en el ritmo, en el mármol ó en la historia,
el pretenderlo es obra de insensato....
inútil entusiasmo y vanagloria!

¿Quién puede ni ha podido, por ventura,
la vida, gracia, tintas y elegancia,
sensualidad, contento, amor, tristura,
con su innato candor, luz y fragancia,
pintar ó describir de una hermosura?
¿Quién la fascinación, el mando ó ruego
de su vista amorosa,
de su mirar de fuego
y su sonriente boca deliciosa,
podrá trazar jamás pálidamente?
¿Quién su cabellera
negra ó rubia, larguísima y sedosa,
coronada de perlas en la frente,
como modesta luna vagorosa,
que de las aguas sale blandamente?
¿Quién su pálida frente, ruborosa?
¿Quién su tierna sonrisa, que da vida,
ó desdén frío, que enloquece y mata;
su alevosa mirada, fementida....
¿quién todo esto lo canta ó lo retrata?

¡Oh! sólo un insensato
puede aspirar de la mujer divina
á bosquejar un pálido retrato....
de esa mujer.... la obra peregrina
de Dios, por excelencia....
De Dios *el alegato,*
para poder probar su omnipotencia!

Pero aunque yo no intento
el bosquejar á una mujer divina,
—lo que en su pensamiento
cualesquiera consigue, sin la pluma,—
y Dios me libre, menos à una fea,
ni aun de Motezuma,
el pintar exactísimo el retrato,
sinó el dar terminado su bosquejo,
—sin su regio boato
y sumiso cortejo,—
encuéntrome tambien en igual caso
del que intenta copiar una belleza;
y temo, no sacando el parecido,
tambien dar un fracaso;
pues los conquistadores
al llegar á ese pueblo bendecido,
le pintaron *osado y belicoso,*
tirano y ambicioso
y con vivos, rojísimos colores;
y que á esa bella tierra exclavizaba
y con crueles cargas y exacciones,
sin piedad esquilmaba,
para tener tesoros á montones;
pero despues que á Méjico llegaron,
que *sus grandes tesoros recibieron,*
que su muerte lloraron,
y al fin por el temor le dominaron,
y apareció *cobarde y complaciente,*
afeminado, tímido, obediente,
entonces, sí, ya en todo,
de diferente modo
siguiéronle juzgando,
sin ser contradictorios los extremos,
porque de posición al ir cambiando,
en sus actos tambien cambiar le vemos,
notando claramente.
al ver ambos retratos separados,
que si con fidelidad están trazados,
aunque sea *uno de otro diferente;*
y á pesar del refran: —*genio y figura*
hasta la sepultura,—
tambien es muy sabido y bien probado,
que en modo de pensar el hombre cambia,
según *la edad, su posición y estado.*

En *los últimos años* aumentóse
del azteca monarca el fanatismo,
y esto quizá llevóle
ó con más prontitud precipitóle
al destinado abismo.
¿Y puede esto extrañarse en un salvaje,
cuando fueron lo mismo
Carlos el hechizado, Luis onceno
y Felipe segundo
é inquisidores miles,
que ante el altar creían meritorios
sus negros hechos viles?

Arrogante al principio Motezuma

mostróse con los téules de Oriente;
pero así que ellos fueron
desplegando su audacia omnipotente,
y como amos mandaron y pidieron,
fué creyendo el monarca
que á cumplirse empezaban *ya los dias*
de las tradicionales profecías,
en toda esa comarca;
y que los blancos eran esos seres,
que de remotos mares,
como supremos dioses,
vendrían á mandar en sus hogares;
así íbase el monarca enceguecieudo,
por los téules su mente deslumbrada,
como ardiente mujer enamorada....
que su pudor y juicio va perdiendo.
¿Y quién no se asombrara,
si abriéndose la bóveda del cielo,
toda la corte celestial bajara
á este valle de lágrimas y duelo?
Esto mismo pasóle á Motezuma,
uncido á su temor supersticioso,
y queda *para siempre disculpado;*
pues la superstición en el salvaje,
es como el fanatismo religioso
del ser civilizado.

De este modo se explica fácilmente,
por qué, desde ese día,
hasta la cobardía
descendió este monarca tan valiente;
y por qué al ser herido,
increpóle su pueblo:—que se había
en mujer convertido. 223

Sí, su hora ya llegaba
á aquel árbol gigante
de las vírgenes selvas tropicales,
de espléndido follaje exhuberante,
y entre fragantes bosques florestales:
y la fatalidad y su destino
dicen al aquilón: —asuela y marcha;—
y horribles vendavales,
y de Diciembre la vidriosa escarcha,
—que en la América Sud es Junio frío,—
quitándole su vida exhuberante,
y rayos tropicales,
dejan aquel erguido,
antes árbol magnífico y gigante,
en un estéril tronco convertido. 224

Y vuelve la radiosa primavera
de pámpanos ornada,
y de flores vistiendo á la pradera;
y tornan á escuchar en la enranada
los trinos sonorosos,
que hacen pensar en la mujer amada,
y en los tiempos, que huyeron, presurosos..!

Los ledos trinos, que con alma inquieta
oye triste, y soñando
con la gloria, el poeta;
y el ledo estío torna nuevamente,
con sus frutas sabrosas,
sus muelles días y mañanas bellas,
y sus serenas noches majestuosas,
y su plácida luna y sus estrellas;
todo parece que renace y vive,
y que Dios en su obra bendecida,
amor y vida por do quiera exhibe....
¡Mas ya nada volver pueda á la vida
al que en su bosque erguido,
antes árbol magnífico y gigante,
hoy se ve en seco tronco convertido!

A *los veintitres años* subió al trono,
reinó *dieziocho*, y se extinguió su vida
apenas al cumplir *cuarenla y uno,*
ya casi Anáhuac al invasor rendida:
dejó mucha progenie
de esas sus concubinas regaladas,
que quedaron después de su caída
sin amparo de madres y olvidadas; 225
más legítimos otros,
después de terminarse esa campaña,
por donaciones reales y mercedes,
su nombre ennoblecieron en España. 226

Al romper Motezuma
los lazos, que ligábanle á este mundo,
sus déudos, favoritos y sirvientes
dan expansión á su dolor profundo,
en llantos y gemidos,
como huérfanos tiernos,
que sin padre, contémplanse perdidos.

En *féretro lujoso*
y con sus regias galas ataviado,
es el difunto del cuartel sacado,
y por *seis de los nobles* conducido,
y á su pueblo entregado:
y ese gentío, al contemplarle muerto,
tira las armas y prorrumpe en llanto,
de su obra arrepentido con espanto,
y de uno en otro lado vaga incierto.

Y dicen unos, que en la noche triste,
muchos grupos las calles recorrieron,
y en lastimosos gritos,

—*¡Motezuma!*—llorando, repitieron;
y otros exponen, que injuriados fueron
los restos esa noche; mas con pompa
lleváro

nse á Copalco *el nuevo día*,
y en cenizas quedaron reducidos,
ó al cerro Chapoltépec,
con solemnes canturias conducidos,
y al fin depositados
en el real sepulcro
de sus antepasados.

A Cuitlahua, señor de Iztapalapa
y hermano del finado emperador,
el pueblo agradecido
con la usual ceremonia coronó;
porque Cuitlahua al frente
púsose de las fuerzas, con afán,
desde el primer instante, que resuelta
se alzó la capital.

Y ya estaban contentos los aztecas....
ya podían triunfar ó perecer;
porque ya al fin, por suerte, no se hallaba
cautivo Motezuma en el cuartel,
y sin tener escrúpulos podían
sus fuerzas todas arrojar sobre él.

LXIII

1520

Ya por ningún concepto,
querían ni podían los cristianos,
sin esperanza el sostener la lucha,
ante el furor y el agresivo aspecto
de todos esos centros mejicanos,
que cual plagas de insectos se veían
alzarse de lagunas y pantanos,
y en condensadas nubes se extendían;
y por tales batallas, casi diarias,
que en las calles tuvieron,
bien fuesen favorables ó contrarias,
invasores y aliados
heridos y sin fuerza se sintieron,
y por el hambre hallábanse extenuados;
y apenas ya tenían municiones
para hacer algún fuego en retirada,
al dejar esos míseros cantones,
que de un modo horroroso,
salvaje y persistente,
atacando seguía diariamente
ese obstinado bando numeroso.

Evacuar la ciudad era preciso,
y escoger *el momento y la salida;*
y la vía Tlacópan,
por ser *la menos larga* fué elegida;
porque aquella calzada,
hasta poder llegar á tierra firme,
ni dos millas estaba prolongada,
entre varios canales.

Pero antes de emprender la retirada
tratóse de estudiar aquel pasaje,
pretestando otro encuentro,
para evitar las sospechas al salvaje.

Con *tres destacamentos,*
Cortés, sus oficiales y Alvarado
emprenden la salida,
y el ejército azteca ve, asombrado,
unos tres manteletes con sus torres,
que los cristianos brevemente hicieron,
poniéndoles rodillos,
y que con largas cuerdas, arrastrados
entre las calles fueron,
por los indios aliados. 227

Llenos los manteletes de pertrechos,
y dentro muy ocultos los soldados,
proyectiles y fuego despedían,
sin poder los aztecas defenderse;
y después, al huir los perseguían
en rápida carrera los jinetes,
por esas calles, el tendal dejando,
mientras los manteletes,
que eran para las casas como arietes,
las azoteas iban derribando
con picas y machetes.

Así fueron pasando,
hasta dar con los puentes y canales,
y vieron que los puentes, en efecto,
hallábanse cortados,
y mandóse al instante:

—que en lo posible fuesen reparados
con escombros y piedras:—y la obra
llevábase por todos adelante;
pero mientras seguían tal maniobra,
resignados sufrieron
de los arqueros las furiosas cargas;
mas después en derrota los pusieron.

Preséntanse á Cortés unos aztecas
pidiéndole:—que fuese á sus cuarteles,
donde una comisión encontraría,
que estaba facultada
para ofrecerle franca retirada,
si para el mar de Méjico salía,
un convenio mediante.—

Y Cortés, complacido
por nueva semejante,
con Sandoval y un grupo de jinetes,
volviendo á su morada,
escucha á la embajada,
que al punto le propone:
—despache *á los dos sumos sacerdotes;*
que allí presos tenían,
los cuales, como buenos mensajeros,
la forma de su marcha arreglarían.—

Y esos sumos ministros, protestando
servir á los cristianos dignamente,
al instante partieron;
siguióles el gentío reverente....
pero ellos al cuartel jamás volvieron!

De vergüenza corridos,
y llamando á los clérigos: traidores,
quedáronse burlados
los tristes invasores;
y mas, cuando supieron al instante,
que estaban los aztecas atacando
á Alvarado y sus otros compañeros,
que los puentes estaban reparando.

Y salen los lanceros,
y también presuroso
casi todo el ejército al combate;
y Cortés, impetuoso,
con la caballería
ataca á sus contrarios y se extiende,
como ráuda corriente desbordada,
y á los suyos defiende
que se hallan trabajando en la calzada;
pero en tanto, en las calles
los aztecas á miles
á los flacos infantes extenuados,
arrojan proyectiles,
cierran el paso; impávidos arqueros
los cercan y atropellan,
sin temer los aceros,
y sobre ellos frenéticos se estrellan;
de ellos no siente el sucumbir ninguno;
cual mártires provocan los tormentos...
con tal *que maten uno,*
aunque mueran *diez mil* quedan contentos!

La lucha, arrojo y confusión seguían
en una y otra parte:
los cristianos diestrísimos, tenían
la disciplina y arte,
las armas, el vestuario, municiones;
pero en su pró contaban los aztecas
arqueros á millones....
y aguerridas legiones y legiones.

Aquella es la montaña con su peso,
al irse desgranando entre las rocas,
sobre invencible piedra diamantina,
en mil pedazos y entreabiertas bocas;
pero la inconmovible piedra fina
ni cede ni se inclina;
firme la base queda,
aunque se cimbre y tiemble la colina.

Tal sigue así la lucha....
aquí un ginete en el canal caía....
allá un suelto caballo disparaba....
allí un grupo de indios sucumbía,
acullá otro á un invasor cercaba ...
una vista de duendes parecía,
como fúnebre coro plañidero.
Y el cristiano exclamaba:
¡En este virginal, risueño mundo,
para nosotros todo
será acaso infecundo,
tan solo hallando desventura y lodo?

Cortés, viendo á su gente en tal apuro,
y que el peligro súbito acrecía,
espuelas mete á su bridón ligero,
se pone á retaguardia,
y blandiendo su acero,
corre y salta con fiera bizarría,
y á los indios detiene heróicamente,
mientras logra salir su infantería
del postrer roto puente;
pero rendido su caballo, se hunde
en la tierra mojada,
y tuvo *de seis píes* que dar un salto
para poder llegar á la calzada;
y allí, con sus pedradas y saetas
le agobian los salvajes, con su peso;

y aunque sufrió al salvarse
dos fuertes contusiones,
de heridas salió ileso,
lo que *á milagro* atribuyeron todos,
y á nadie cupo duda,
que el apóstol Santiago
prestóle en aquel lance gran ayuda. 228

Golpeados, mohinos,
como inútil rezago,
y con no leda faz de vencedores,
en su cuartel entraron lentamente
los ya desalentados invasores.
Y la noche sus sombras extendiendo,
fué los tercios astecas dispersando,
como aves agoreras,
que sus cuevas ó nidos van buscando,
y á media noche tornan plañideras
con sus canturias fúnebres y lasas,
como hacen desde lo alto las lechuzas,
meciéndose en el medio de las casas.

Desde ese reñido encuentro,
no hubieron pláticas ya,
de si era ya ó no preciso
el salir de la ciudad,
sino *por donde y la hora*
que debíase evacuar,
para hacer la retirada
con menos dificultad.

Con tal objeto, á consejo
reunióles el capitán,
y *esos dos propuestos puntos*
comenzaron á tratar.

Respecto al mejor camino
fué la ópinión general:
salir por el de Tlacópan
á la mayor brevedad;
pero hubo en cuanto á la hora
que debíase marchar,
dos opuestas opiniones,
y fundadas cada cual.

Unos, resueltos, querían:
que de dia se saliera,
para mostrar al salvaje
del cristiano la entereza,
y no creyese una huida,
que amparaban las tinieblas;
y que en una oscura noche
y entre las calles, siempre era
más peligrosa y difícil
el hacer una defensa,
si atacados se veían
por las legiones aztecas,
porque no debe fiarse,
cuando se está en plena guerra,
en la ignorancia y descuidos
que el contrario tener pueda:
que los indios conocían
esas calzadas y sendas,
del mismo modo de día
que en oscura noche densa,
cuanto negros laberintos
y trampas para ellos eran;
que por último, el salir
de fuga con apariencias,
les haría al fin perder
su gran fama en esa guerra;
y los aliados al verles
así abandonar su empresa,
por siempre desertarían
de las cristianas banderas,
haciéndose ya imposible
el intentar otra vuelta.—

Los que prudente juzgaban
que de noche se evacuasen
los cuarteles en silencio,
alegaban: que el salvaje
no creería, que tan pronto
á Méjico abandonasen;
y por lo tanto, de noche
no estarían vigilantes;
y que cuando ya atacarlos,
al sentirlos, intentasen,
mas fácilmente sería
de sus ataques librarse.
Y que era un deber sagrado
en el jefe y oficiales,
el que con menos peligro
salir de allí se intentase,
economizando vidas,
para llevar adelante
otra vez su insigne empresa,
si socorros les llegasen:
y que no era necesario
del valor hacer alarde,
sino conservar la gente
para allí volver triunfantes.—

Y cuéntase, que un soldado
en el ejército había,
que cierta fama tenía
como astrólogo mentado:
y habiéndose realizado
sus notables predicciones

en no pocas ocasiones,
sus compañeros le daban
entera fe, y se plegaban
á sus fundadas razones.

Y dijo en tal situación
el astrólogo Botello:
—Aseguro con mi cuello...
ya veis si tendré razón,
media noche es la ocasión;
decid, pues, al general,
que deje á la capital,
usando de su pericia,
en esa hora propicia...
aunque *para mi fatal*. 229

Bien sea que de Cortés
esa fuese la opinión,
ó que aquella del astrólogo
en la suya le afirmó,
al fin: *esa misma noche*,
y con toda precaución,
en aquel largo consejo,
el salir se decidió. 230

Orden dióse en el instante
de aprontarse á la legión,
y *en pocas horas, un puente*
improvisar se logró,
para irlo colocando
donde hubiese precisión;
y al oficial Magariño
dicho puente se confió,
dándole *cuarenta hombres*
de conocido valor,
que su paso defendiesen,
cuidando la conducción.

Los primitivos soldados,
con que allí Cortés entró,
desde el principio tomaron
una buena prevensión:
en collares y cadenas
y joyas de gran valor,
habían ya reducido
la parte que les tocó;
y de este modo, pudieron
salvar todo su zurrón. 231

El tesoro y las joyas, que guardaba
su ayudante Cristóbal de Guzman,
ante sus oficiales
hizo Cortés sacar;
y encontrándose ya fundido el oro
en barras ó en objetos de valor,
el quinto del monarca
á empleados reales entregó,
de lo mejor había,
bajo cuenta y razón;
unos cinco soldados de custodia,
y en una yegua todo se cargó. 332

Recogieron después los oficiales,
piedras finas, alhajas y unos tejos,
cosas de poco bulto y de valor,
dejándose en el centro de la sala
todo el grande tesoro, *en un montón*.

Aquellos de Narvaez
reclutas codiciosos,
tanto oro por el suelo al contemplar,
con vista, afanosos,
parecían quererlo arrebatar;
y allí, como enclavados,
no tenían valor para salir,
Cortés les dijo entonces, para verlos
mas contentos partir:

«Podeis, con moderación,
del que admirais, gran tesoro,
el llevar *un poco de oro*,
sin que os ciegue la ambición
en tan triste situación;
y debo haceros saber,
que esta marcha al emprender,
cuanto *mas oro cojais*,
en mayor peligro estais
de llegar a perecer.

Vale hoy mas aquí la vida
de cada conquistador,
que este oro deslumbrador,
que, como sierpe escondida,
puede quitaros la vida:
despreciad ese oro vil
con aliento varonil....
ya veis... *yo no llevo nada*,
sino la mi vieja espada,
ceñida á cuerpo gentil.»

Pero á esos pobres reclutas
cegó su torpe ambición,
y el peso del oro á muchos
esa noche los perdió!

El padre Olmedo, invocando
la divina protección,
en tan tremendo peligro
para el audaz invasor,
dijo una misa en el medio
de aquella muda legión;

que *antes de los ocho meses*
anonadada salió,
despues de aquella triunfante
y señorial recepción,
en que dueño de esa tierra
cada invasor se creyó,
y Cortès de toda ella
el grande conquistador!

La *media noche* anunciaba
del teocálli el gran tambor
cuando abriéronse las puertas
para salir la legión:
era el primero de Julio
cuando la ciudad dejó,
año mil quinientos veinte
de la era del Señor. 233.

LXIV

1520

Esta fué *la noche trágica*,
en la que el genio del mal
acumuló entre las páginas
de aquella noche fatal,
ayes, clamores y lágrimas
de la mansión infernal,
como leyenda fantástica
de un ensueño sepulcral.

Y resuenan por los ámbitos
de los ecos el gemir,
como esqueletos escuálidos
su guadaña hacen crugir....
cunde entre todos el pánico,
mírase á algunos morir,
y á otros correr, locos, pálidos,
y hasta la orilla salir.

Los asquerosos murciélagos
salen la sangre á chupar
y hasta de huesos el tuétano
sus uñas logran secar;
y de este revuelto dédalo,
como las olas del mar,
salen las brujas del ciénago,
con los muertos á bailar.

Y los rebelados ángeles,
que echó de su trono Dios,
recojen á los cadáveres
en su azufrado albornoz;
y álzase un coro de plácemes ...
¡Mas no, que es ficción veloz....
inaplicables imágenes,
sin verdad, sémil ni voz!

Son pinceladas bombásticas
dadas del lienzo al revés;
porque las gentes anárquicas,
que inmortalizó Cortés,
un medio mundo, titánicas,
vieron rendido á sus piés,
y sostuvieron siempre ávidos
su heroísmo y altivez!

Constante lluvia; más ó menos fuerte,
y lejanos relámpagos y truenos
aumentan el terror y la tristeza
de noche oscura, en sepulcral silencio.

Es más de media noche ya pasada,
y del palacio de Axayácatl se abren
las bien guardadas puertas, con sigilo,
y la oscura ciudad yace desierta.

Como asesinos, que espantados huyen,
sin dejar leves rastros en el suelo,
y hasta su aliento detener procuran,
así dejando van los españoles
esa mansión de escenas dolorosas,
cuyos recuerdos cáusales espanto.

Marchan á la vanguardia divisiones
de las mejores fuerzas thascaltecas,
llevando á las mujeres y á Marina,
al separado *quinto del monarca*,
y parte del tesoro, que á esos jefes
Cortés confía, como aliados dignos,
que sabrán con astucia defenderlo;
y síguenles también *veinte ginetes*,
doscientos veteranos y los bravos
Gonzalo Sandoval, Francisco Lugo,
Andrés de Tapia, Ordaz y Acevedo.

Van en el centro, con Cortés al frente,
Saucedo, Láriz, Juan de Jaramillo,

Morla, Dávila, Olid y una gran parte
de tamanes, que arrastran las cureñas;
municiones, pertrechos y bagajes,
unos cien escogidos veteranos,
los padres Aguilar, Olmedo y Díaz,
del muerto rey los hijos, que proteje
y dejó á su cuidado Motezuma,
el resto de peones y asistentes,
y algunos batallones thascaltecas.

Y á retaguardia marchan, defendiendo
esas dos importantes divisiones,
Alvarado, Velazquez y otros jefes,
que con Narvaez llegaron, y las tropas
y el resto de las fuerzas thascaltecas.

La real calle de Tlacópan cruzan,
—que Tácuba llamaban,—y que estaba
aún de fresca sangre resbalosa,
pues, *pocas horas antes* fué vertida;
y con tibios cadáveres tropiezan
sus pasos, con cautela al ir llegando
á las encrucijadas, desde donde
al fulgor de relámpagos veían,
como un betún, vidrioso en los canales,
brillar las aguas, con siniestras luces;
y ver alli creyeron, furibundas
las sombras de enemigos, que hacia ellos
como vampiros en tropel bajaban
su última sangre á devorar ansiosos,
y su aterrante grito oir presumen;
pero era solo el eco prolongado
del pisar de caballos y su marcha,
y el runrún de su propia artillería.

Mas en breve descubren tras casuchas,
—que las últimas son y van pasando,—
desparramadas luces, lo que indica
que se halla la vanguardia en la calzada,
habiéndose escapado del peligro
de ser entre las calles perseguida.

Y entrando en la calzada, comenzóse
á echar en la *primera cortadura*
ese portátil puente, que llevaban
el cabo Magariño y sus soldados,
cuando hacia la ciudad correr observan
las por alli apostadas centinelas,
dando gritos de alarma á sus legiones;
y escúchanse después, de los teocállis
tañer el gran tambor, los atabales,
y en pie ponerse la ciudad entera.

El joven Sandoval y sus jinetes,
indicando orgullosos el camino,
son en poner á prueba, los primeros,
el puente improvisado, y logran paso,
todo ese peso resistiendo el puente;
las mujeres en pos marchan unidas,
después los tlascaltecas *con el quinto*
y del tesoro la escogida parte;
y cierran la columna los soldados;
y síguese marchando con arrojo,
en la esperanza de salir cuanto antes
de la horrible calzada, como cuerda,
que tiene que cruzar hábil pruebista,
desde elevada altura y gran distancia.

Luego llegan Cortés, sus oficiales,
con sus tropas, bagajes y cañones,
y á pasar todo en orden se comienza;
mas de súbito todos se detienen...

¿No escuchasteis los ecos rumorosos
de flexible follaje, allá en el bosque,
cuando horrible huracán sus alas bate;
y á las aves no vísteis por el suelo,
de las ramas, que arroja, amedrentadas?

Tal ruido se escucha, tal crecía,
entre las negras aguas susurrando,
el monótono golpe de los remos,
sintiéndose llegar algunas piedras,
cual si fuesen disparos, ya perdidos;
pero en breve millares de canoas
de la calzada invaden las orillas;
y eran las piedras, flechas y saetas,
que entre las filas de los téules lanzan,
más que las gotas de la densa lluvia!

Pero en medio de aquella granizada,
imperturbable su camino siguen,
esquivando un combate sin objeto,
y que más largo haría aquel pasaje,
lo que un desprecio los aztecas juzgan;
y millares saltando á la calzada,
romper intentan las cristianas filas;
pero la infantería con su acero
y culata también de sus mosquetes,
y los ginetes con el pecho y cascos
de sus diestros corceles y sus lanzas,
compactas las conservan, paso se abren,
y así marchando centenares de hombres
por ese asaz desfiladero angosto,
apenas pueden ir *quince de frente*:
y teniendo que hacer la travesía,
con tanta lentitud, más peligrosa
para la retaguardia vase haciendo,
pues todavía hallábase en las calles;
así es que *en la segunda cortadura*

la primera columna se encontraba,
esperando, apiñaba, el puente, ansiosa,
cuando ni la del centro hubo pasado
el puente, que reclama la vanguardia;
más al irlo á sacar, vése con pena,
que el peso de cañones y caballos
las fuertes vigas *enterrado habia*
entre el barro y las piedras, *y era inutil*
cuanto ya por sacarlo se intentase.

Del uno al otro extremo esta noticia
como un rayo cundió, causando asombro;
y de agonía y muerte horrendo grito
repercute tambien de uno á otro extremo.

Ya no hay allí socorros ni esperanzas,
y cada cual comprende, que en sí propio
confiar su salvación debe tan solo;
y á agolparse comienzan las canoas,
donde hállase apiñada la vanguardia,
y como diablos á subir los indios
en la angosta calzada; las mujeres
gritos lanzan en ayes angustiosos,
y huyen despavoridas, sin aliento;
pero María Estrada, valerosa,
que entre hombres y mujeres fama tiene,
empuñando *una espada toledana*,
se abre paso y también á sus amigas. 234

Y Ordaz y Sandoval, que van al frente
de los veinte ginetes y oficiales,
tienden á ellas sus manos, y á otras gritan:
que se vayan cogiendo de la cola
de los diestros bridones;—y se arrojan
al foso decididos, ordenando:
que los aliados indios también vayan
pasado á los demás y á los tesoros.—
Asi de la vanguardia casi todos
pudiéronse ir salvando, entre los gritos
de algunos, que los indios se llevavan. 235

Entre tanto, Cortés con sus soldados,
en la desesperada lucha horrenda,
que sostienen en lagos y calzadas,
artillería y armas y bagajes
procuran ir salvando; mas los indios
se apiñan sobre el puente, caen cureñas,
y sobre ellos infantes y ginetes,
y sobre estos, aztecas, ballesteros,
y todo es confusión, gritos y espanto....
los hijos mueren del monarca extinto,
y otros presos también, y van sobre ellos
los cristianos pasando como pueden,
y otros cayendo por su peso al fondo....
como Cortés *predijo á los reclutas*. 236

Van Cortés y sus jefes, cual titanes,
lidiando entre relámpagos y truenos,
y salvar procurando á sus legiones,
sin mirar los peligros, ni cuidarse
de su propia existencia, ni un momento;
y á su lado Cortés morir contempla
á Juan de Salazar, digno ayudante,
y á Morla, como un héroe sucumbiendo,
y á Saucedo después, todos su vida
entregando *por miles, que quitaban;*
y allá más lejos, Amador de Láriz,
que á los aztecas mismos asombrando,
lucha, hiriendo en las aguas á montones,
y con puñal en mano se hunde y sale,
y otra vez á salir matando torna,
hasta que en rojo lago desparece!

Casi todos han muerto ó han pasado
sobre aztecas, vencidos en el foso;
pero Cortés se queda....atras dirije
su angustiosa mirada ...espuelas mete
á su bridón cansado, y sus lanceros,
fascinados le siguen, y le alcanzan
Olid, Dávila y Juan de Jaramillo,
la retaguardia á defender corriendo.

¡Pero, ay! Allí, la bélica algazara
trocada vése en roncos estertores....
ensangrentados cuerpos se veían
y mutilados miembros se pisaban:
y allí el pundonoroso caballero
don Juan Velazquez de Leon, cual otro
Leónidas, que el paso guardar supo,
con su sangre tal hecho allí atestigua. 237

Pero como otro Cid, allí Alvarado,
lanza en mano, de pié y *heridas lleno*,
con su alazana yegua *recien muerta*,
y rodeado de un grupo de jinetes,
el paso aún defiende, hasta que pasen
de su columna *los deshechos restos;*
pero al ver llegar ellos tal ayuda,
todos échanse al lagó y se incorporan
al valiente Cortés, en quien confían,
quedándose indecisos los aztecas,
al mirar, que otros téules retroceden.

La gallarda figura se destaca
de Alvarado, de pié, del lago á orillas,
de canoas cercado y de enemigos:
y á sus rudos contrarios despreciando,
no quiere allí morir, sinó con gloria:
emprende rapidísima carrera,
y enclavando su lanza con impulso,
en el céntrico objeto, más saliente,

que en la agua pueda resistir su peso,
el foso cruza *en sorprendente salto*;
y absortos exclamaron los aztecas,
sin intentar *hacerle daño alguno:*
«¡En verdad que es tonátiuh.... es toniátiuh!»
Y aún este paraje se conoce
por el nombre del *Salto de Alvarado.* 238

Abrázanle Cortés y sus amigos,
y su caballo dándole un lancero,
que en ancas sube de otro, todos corren
para alcanzar á la legión, que empieza
á dejar esos fosos y calzadas,
cual Lázaros, que salen de su tumba,
libres ya de esos cruentos enemigos,
que hasta Cortés, ya libre el paso dejan,
en el rico botín embebecidos,
del que hállanse los fosos atestados. 239

En las primeras luces de la aurora
habíase extinguido la tormenta;
y á dorarse las aguas comenzaron
con los rayos del sol: íbanse viendo
en esos antes plácidos canales,
municiones, bagajes, baterías,
mosquetes, cargas de oro y veteranos,
jinetes y bridones, cuerpos, miembros,
todo en altos montones y en desórden,
ora hundiéndose más algunas cosas,
otras queriendo aparecer flotando,
siendo todo botín de aquellos indios,
que iban listos cargando sus canoas,
en tanto que á los míseros suburbios
de Popotla, cercano pueblecito,
entran los invasores tristemente,
macilentos, los trajes desgarrados,
rotas la mallas, desgreñados, sucios,
como viejos mendigos ó leprosos,
los cascos abollados, y las armas
quebradas ó perdidas, y descalzos
ir andando entre piedras y malezas.

Y apoyado Cortés *en tosco muro*
de un derruido templo, *allí ese cuadro,*
pálido, mudo, desfilar contempla,
recordando á los nobles compañeros,
que para no ver más, allí ya dejan
insepultos ú ofrendas, que á sus dioses
ledos en triunfo lleven los salvajes:
mortal angustia que destroza su alma,
hace llenar de lágrimas sus ojos;
y *ante ese cudro* doloroso y triste,
ve cuantos sacrificios y cuan caros
los triunfos, glorias y coronas cuestan,
al que adquirirlos quiere dignamente!

Y ve también, *como visión suprema*,
que á endulzar viene desventuras tantas.
á la que tanto allí le ampara y sirve
con sus consejos. voz y prevenciones....
á la bella Marina, á sus amigas,
y salvas todas, y á María Estrada,
que las defiende, anima y encabeza;
y á Aguilar, fray Olmedo y nobles jefes...
todos allí abnegados, compitiendo
su deber en cumplir, como cristianos...
su heroismo en mostrar, como españoles!!!

Fué la pérdida grande y lamentable,
y tanta en el ejército cristiano,
como en la tlascalteca aliada hueste;
sobre ella están de acuerdo los autores,
y tan sólo en el número discrepan
de los muertos que hubieron esa noche. 240

Encontróse Cortés con un soldado,
de Botello muy viejo camarada:
«¿Y Botello, qué dice?» le pregunta,
y el soldado replícale: «Mi jefe,
su palabra cumplió como adivino...
fatal fuéle la noche!» «Y á nosotros
¿nos fué mejor acaso?» le contesta
el indignado jefe; y el soldado
al viejo amigo defendiendo dice:
«¡Ay! ¡ay!, mi capitán; si hemos perdido
la mitad de la gente *en las tinieblas*,
tal vez, señor, que *si á la luz del día*
la retirada hacemos, á esta hora
ninguno habría que contase el cuento!
¡Los salvados, al fin... ya estamos salvos...
por ahora, se entiende, si Dios quiere!»

Y tanta fué la general tristeza,
que infundióse en el ánimo de todos,
después de esa fatal y triste noche,
que desde entonces al hablarse de ella,
la noche triste la llamaban todos,
y la historia también por *noche triste*,
en sus anales reconoce y llama.

LXV

1520

Así que en tierra firme
vióse todo el ejército reunido,
alto hacer ordenó su capitan;
y pudiéronse algunos ir salvando,
que salian nadando,
é iban al ejército alcanzar.

A Tlascala dejando en un extremo,
de Tlascala el camino se tomó,
de *Otoncapulco* el cerro
cercano y á la izquierda se veía,
y un templo en elevada posición,
que para dar descanso á sus fatigas,
un seguro cuartel les pareció.

Pero de *Escapuzalco* y *Tenecuya*
varios cuerpos de arqueros
le salen el camino á disputar;
mas aun conservando en los guerreros
su prestigio el querido capitan,
con sus buenos lanceros
los atropella y logra dispersar.

Como *un fuerte baluarte,*
por sus torres y extenso murallón,
era el teocálli, donde holgadamente
la fatigada hueste se hospedó;
y encontrándose víveres y leña,
en hogueras las ropas empapadas
secóse cada cual;
como se pudo, luego á los heridos
ocupáronse todos en curar.

No escaso refrigerio
repartióse de *tortas de maiz;*
pusiéronse centinelas
y tendiéronse *todos á dormir,*
cual si un lecho de plumas
brindara á cada cual alguna hurí;
porque despues de grandes emociones,
necesario es dormir para vivir.

Pero hay seres superiores
y de organismo tan fuerte,
á quienes daría muerte,
vivir, vagando entre flores,
sin ambición ni dolores;
pues la calma les enerva,
la dicha les exacerba,
normal vida les acuita,
y lacia al fin, se marchita,
cual mustia, pisada yerba,

Son la lucha y sentimiento,
los que á seres esforzados
hacen vivir bienhadados,
como el pez en su elemento;
y son su gloria y contento
fuertes pasiones sentir,
necesitando sufrir
de la suerte los embates
y diarios recios combates,
para gozar y vivir.

Así solo Cortés allí despierto,
mientras su tropa se halla descansando,
del uno al otro lado vaga incierto,
el medio más seguro meditando
del peligro inminente irla sacando.

Aunque ya el Faraon estaba muerto,
no obstante, las puertas de su antojo
cerraron á Cortés los corifeos;
mas él, fiado en su espada y en su arrojo,
cree ya ver realizados sus deseos,
como en su huída salva á los hebreos
con su vara Moisés, en el Mar Rojo.

Y mientras fatigados
descansan sus soldados,
los aztecas ocúpanse en limpiar
de muertos insepultos
su por entonces fúnebre ciudad;
y aquellos prisioneros y animales,
que lograron sacar de los canales,
llévanlos en ofrendas á su altar;
y de fosos, canales y los puentes,
otros tambien, ansiosos, diligentes,
van sacando el espléndido botin,
mientras Cortés combina,
consultando á sus jefes y á Marina,
el modo de la marcha proseguir;
pues no confiar debían
en aquella inacción,

porque á ser atacados volverían
con el mismo furor.

Los dignos y sufridos oficiales,
decididos secundan á Cortés;
despiértanse á las tropas,
despues que descansaron varias horas,
y hacia el anochecer,
y sin tocar tambores,
comiénzase á marchar;
dejando las fogatas encendidas,
y con más combustibles circuídas
para que así el engaño fuese más.

Donde ese azteca templo se encontraba,
dedicado á la Virgen del Rosario,
otro, *que aún existe*, se elevó;
y recuerda el viandante:
—que deshecho, hospedóse *allí un instante*
de Méjico al salir el invasor. 241

Sobre palos y en hombros los tamanes,
y en ancas los jinetes,
llevaban en el centro á los heridos;
y los expertos guías tlascaltecas,
por los senderos menos conocidos,
la marcha prosiguieron;
por *Quauhtitlan* pasaron;
la laguna *Zumpango* rodearon,
y en las pobres aldeas, que encontraban,
con precaución la noche,
fatigados y exánimes pasaban,
porque sus moradores
cáutos al alejarse, se llevaban
sus víveres escasos;
y hostigaban su marcha por el día
en los estrechos pasos,
que rabiosos se abrían los lanceros;
y aunque los tlascaltecas
iban por los villorrios y senderos
algunos alimentos merodeando,
siendo tanta la gente,
visiblemente se iba aniquilando:
si estenuado ó herido
un caballo caía,
como plato escogido,
esa gente infeliz se lo comía:
si herido ó estenuado,
en la marcha caía
algún pobre soldado,
como lobos ó buitres le cercaban
los comarcanos indios,
que acosando el ejército marchaban.

Pero siendo Cortés, siempre el primero
en presentarse en los encuentros diarios,
recibió en la cabeza *grave herida*,
de la que padeció constantemente,
hasta el fin de su vida:
con sus nobles consejos, con su ejemplo,
aliento á sus soldados infundía:
«A la tierra del pan, hospitalaria,
que vamos á llegar»—les repetía;
y á sus soldados, mística plegaria
de su jefe el acento parecía! 242

Ayudábanle todos,
contentos á porfía,
soldados y oficiales,
con español, patriótico heroísmo,
sobrellevando tan tremendos males.
Y también de Tlascala los arqueros,
al ver la heroicidad de esos guerreros,
trataban de imitarlos,
y á sus dioses pedían se dignasen
de sus desgracias múltiples sacarlos.—

Dejando las aldeas y cabañas
la tropa comenzó *el séptimo día*
á subir lentamente las montañas,
de do el valle de Otumba se veía,
y cuyo territorio al de Tlascala
en su confin se unía:
se hallaban frente á frente
de los dos monumentos venerables
de Teotihuácan, que del istmo al Norte
eran los más notables
de civilización americana:
por allí grandes grupos de enemigos
encontró la división cristiana,
que sus pasos seguían,
y apóstrofes y gritos
en iguales palabras repetían,
que Marina explicó de esta manera:
«Marchad pronto, tiranos,
adonde moriréis: ya del castigo
os encontrais cercanos!»

Muchos creyeron, que Tlascala acaso
faltado hubiera á su fe jurada;
mas Cortés y otros jefes opinaron:
—que de aztecas sería una celada;—
porque aunque los rigores
de la suerte palparon,
no de aquellos aliados desconfiaron;
y eran, sí, tan divinas
de Cortés y sus dignos oficiales
la fe y sus ilusiones peregrinas,
como esas de mi patria... ideales
mujeres argentinas!

Si las viejas pirámides
de Cholula exceptuamos,
cuya historia se pierde en sus ruínas,
son las de Teotihuácan
las dos más celebradas que encontramos,
y que de sus grandezas se destacan.

Los aztecas, según sus tradiciones,
cuando á esa tierra entraron
á hacer sus poblaciones,
ya esos dos monumentos encontraron;
y Teotihuácan,—ó *mansión de dioses*—
también era su Meca
y gran rival de Tula,
la celebrada capital tolteca. [243]

Si en una situación tan apremiante
no se hallaran las fuerzas castellanas,
qué de ideas trajeran á su mente
esas antigüedades mejicanas!
¡Qué agitado tropel de pensamientos,
qué deducciones vanas
y qué remotos ecos de otras brisas!
De las generaciones,
que alzaron esos magnos monumentos,
¿no estarían pisando las cenizas?
Y tan grandes varones,
¿quienes fueron, en índicas regiones?

¿Serían los Olmecas,
especies de titanes misteriosos?
¿O acaso los pacíficos toltecas,
que tuvieron también por fabulosos?
¿O por ventura, luego se mezclaron
á los fieros aztecas,
y más allá de Yucatán pasaron?

Las antiguas naciones,
en granítica piedra ó blanco mármol
tuvieron *que esculpir sus tradiciones*,
para poder sacarlas del olvido
y conseguir legarlas al futuro.
Ya la éposa es distinta:
lo más blando el progreso *ha hecho más duro*;
las naciones modernas
en más frágiles cosas... *pero eternas*,
los graban hoy:—*en el papel* y *tinta*.

La imprenta, que cual nuevo Prometeo,
con el fuego sagrado,
su misterio á los siglos ha quitado;
la imprenta, eterna luz, genio fecundo
de inmensas maravillas y progresos,
los hechos grabará *hasta el fin del mundo*;
que aunque *el papel, los tipos y la prensa,*
y el libro, como el mármol, desparecen,
también *ya*, como el Fénix fabuloso,
de sus propias cenizas aparecen...
como en Oriente el sol explendoroso,
eterno se presenta!

De los actuales hechos y naciones
no perderá la historia *ya la cuenta*,
pues inmortal conservará la imprenta
hasta las más remotas tradiciones,
como si fueran de presentes cosas,
sin las *exajeradas variaciones*
de orales relaciones,
que el carácter *les dan de fabulosas*....
Mas sigamos, dejando digresiones,
que de autores parecen viejas mañas.

Era *el séptimo día*
de las marchas ponosas,
y el resignado ejército subía
las ásperas montañas,
de donde se veía
la llanura de Otumba y sus cabañas.
Los soldados por propios ojos vieron,
que los temibles ecos que escucharon,
no en sus augurios fúnebres mintieron,
y que á morir estaban condenados!
y estaban temerosos
de ver aglomerada tanta gente....
como frecuentes sueños espantosos,
debilitan la mente!

Y toda la llanura
de huestes era solo un oleaje,
que en las rocas se estrella con bravura;
y como el fuerte viento
sacude de las selvas ei ramaje,
oíase el ruído y movimiento
que formaban, al irse aglomerando,
todas aquellas bárbaras legiones,
que en pos iban llegando,
de los pueblos limítrofes mandadas,
con sus jefes, arqueros y pendones,
para ya las contrarias, ultimadas
dejar en ese postrimer encuentro.

Al general *Cihuaca*, en su litera,
orgulloso veíase en el centro,
á quien Cuitlahüa tal honor cediera
por su edad, fama y arte:
y en la cuja asentada se llevaba
el real estandarte,
que solo en grandes actos se sacaba:
era como *una red de oro maciso*
de una pica pendiente,

y de plumas de vívidos colores,
adornado de luz resplandeciente.

Y despues que Cortés hubo observado
ese ejército inmenso, atentamente,
y al suyo comparado,
hambriento y extenuado,
ya no dudó, *que de morir la hora*
para todos había al fin llegado;
pero en esa suprema, aterradora,
su pecho varonil comprender supo,
que debía *su voz alentadora,*
con gloria hacer morir su mártir grupo,
por la insignia del Cristo, redentora:
y para dirijirle
su postrera palabra, noblemente
su aliento preparado,
manda formar su gente.

¡Mas cual no es su sorpresa,
de ellos al contemplar en el semblante,
que en vez de *maldecir su infausta empresa,*
asoma en ese instante
la ira vengadora,
y que tiemblan sus miembros extenuados,
no ya por ver llegar la *infausta hora,*
en que el encuentro estalle,
sinó por combatir, desesperados!

«¡Mirad,—les dice,—en ese extenso valle
hay más y más arqueros,
que yerbas en la tierra....
y creen en esa tiera....majaderos,
el sepultarnos en su imbécil guerra!
Pero *si ya es la hora*
de vencer ó morir.....presto vayamos
y lidiando muramos!
¿Morir? ¡No, no! La diestra vengadora
del *Dios de las alturas* nos proteje....
él al triunfo nos guía....
¿no le veis á la frente? Es nuestro jefe,
que por la Cruz lidiamos
y sus dogmas eternos!

Y su entusiasta gente le interrumpe:
«Pues á lidiar corramos,
que sabrá nuestro apóstol defendernos!»

Su *bendecida cáusa* alentadora
dió al débil, al herido y macilento,
en rayos luminosos,
su religioso aliento:
de los indiferentes
hizo hombres arrojados, persistentes:
hiciéronse valientes los medrosos,
transformándose en héroes los valientes;
porque las santas cáusas purifican....
las almas engrandecen
y á sus sostenedores dignifican....
cuanto las malas hunden....y envilecen!

LXVI

1520

Cual deja el ganado los riscos,
buscando después los apriscos,
el eco al oir del pastor,
de igual modo baja hasta el llano
el pobre puñado cristiano,
al son del clarín y tambor.

Y van escoltando los flancos
de aquellos piquetes,
al ya descender los barrancos,
los diestros jinetes;
y absortos los indios al ver
tan poco invasor descender,
comiénzanse pronto á alejar,
para que confiados
los pobres soldados,
no teman al valle bajar.

Ya ir ocupando
al valle los teules se ven;
y á él ya tornando
ligeros los indios también,
soberbios, feroces, gritando
en ráudo vaivén.

Y se acercan: frente á frente
ya se encuentran con furor;
es el uno el gran torrente,
lava hirviente, negro horror.
Es el otro firme islote

desafiando á recio mar....
es de Anáhuac el duro azote....
es brulote ... va á estallar.

Esa hambrienta infantería,
—que al verla los mejicanos
falta ya de artillería,
creen tenerla entre sus manos,—
tiene brios todavía,
aunque se halla en la agonía,
para á la liza correr,
para su acero esgrimir
desesperada vencer....
ó morir!

Esos jinetes hidalgos,
en adiestrados bridones,
corredores, como galgos,
y fieros, como leones,
á esos cientos de legiones
también las van á buscar,
y sus lanzas á blandir,
decididos á triunfar....
ó á morir!

Y Cortés y sus dignos oficiales
de esos restos heróicos á la frente,
se ven serenamente
irse, de mas arqueros rodeando,
que guijarros oculta el arroyuelo,
y estrellas, por la noche, va ostentando
la bóveda del cielo;
y de *Otumba en la célebre llanura*,
mas legiones de arqueros se veían,
que de hormigas ó tallos de verdura.

Y los téules se creen predestinados
pare tan magna hazaña,
y con esta conquista hacer más grande,
en las cimas titánicas del Ande,
á su invencible España.

En rica fértil tierra
había ya Cortés, en sus soldados,
esparcido su aliento en esa guerra,
y estaban por su jefe fascinados;
y cada audaz guerrero
lidiaba con la fe del carbonero,
y feliz se creía,
cuando casi la vida le faltaba,
si como mártir por su Dios moría,
y un gran reino á la patria conquistaba:
también los tlascaltecas,
—cercanos contemplando
sus campiñas natales,
y el martirio espantoso recordando
de inermes prisiones,
en las piedras fatales,—
mostrábanse anhelosos
de allí saciar, quizá por vez postrera,
sus heredados odios, venenosos.

Cortés, Sandoval, Dávila, Alvarado,
Olid y otros hidalgos oficiales,
entre ellos se dividen los jinetes,
y sus grupos parciales
del contrario á los rostros apuntando,
el campo á los infantes
van ráudos con sus lanzas despejando;
y lanzas y espadones,
de rojizo color se van tiñendo,
y las patas también de los bridones,
que á las filas de aztecas van tendiendo,
aunque el tropel de nuevo las llenara;
y no daban mandoble sin herida,
ni herida, que otro golpe precisara,
para quitar de súbito la vida.

Los aliados también con sed rabiosa
de la sangre enemiga,
procuran de la fuerza numerosa
matar á los caciques los primeros,
según era el mandato, que tenían
y lo que hacer veían
á infantes y lanceros,
y así nuevos ardides aprendían;
y de esa inculta gente
vióse luego salir buenos soldados. 244

Después de larga lidia, persistente,
se hallaban fatigados
los cristianos y aliados;
y tras mortales horas de combate,
las espadas y lanzas embotadas,
hasta el puño rojizas,
y muchas en las manos hechos trizas;
los brazos ya sin fuerzas y caídos,
los cuerpos fatigados,
y de los muchos golpes doloridos,
á la campiña y sangre
parecian pegados
esos lánguidos cuerpos extenuados.

En algún día abrasador de estío,
¿no recordáis, entre el nublado, envueltos,
haber visto caer en un plantío,
apiñados, revueltos,
de insectos un diluvio;
ó en algún cuerpo muerto en la campiña
compactas ir bajando,

como nubes, las aves de rapiña?
Así *otra vez llenando*
fuése de nuevas huestes, plañideras,
esa caja sin fondo;
¿por qué, cual dique ó varonil coraje,
por muy grandes que sean, qué barreras,
en lo más recio y hondo,
podrán poner del mar al oleaje,
en abiertas riberas?

Ante aquella invasión tan furibunda,
que parece surgida de exprofeso,
para hacer al abismo, con su peso,
al valle hundir de Otumba...
ante el nuevo gentío que aparece
y se alza más temible,
la castellana fuerza *palidece*,
cual si fuese á extinguirse su esperanza...
su fuerza material *cede medrosa*,
y ya en su diestra *enérvase la lanza!*

Cortés,—como el piloto
junto al timón, en noche tenebrosa,
que en medio al mar ignoto,
al cielo observa atento,—
así también en él la duda crece,
el asombro, al mirar de sus soldados...
también Cortés, *él mismo, palidece!*
¡De sus manos ya escápase ese mundo!

Mas solo su estupor *dura un momento...*
álzase en sus estribos, iracundo,
arrojando despecho de su aliento,
como en Numea, el Hércules temido,
pisando al leon se alza;
como al tocar el náufrago la orilla
la arena besa y á su Dios ensalza;
como cristiana madre,
que en duro trance invoca
al angel celestial de la esperanza;
como Sansón, á la columna asido,
en el templo, la cólera provoca
de sus tiranos, y al alzar sus hombros,
él y los filisteos
desparecen debajo los escombros;
así desesperado,
alzándose Cortés en los estribos,
su mirada afanosa
buscando va la isla hospitalaria,
entre esa mar undosa
y á su bajel contraria;
y busca á todos lados, embebido,
cual reo, que al patíbulo camina,
el perdón esperando, prometido;
y brilladores, rojos,
hacia Olid y Alvarado,
Dávila y Sandoval vuelve los ojos:
«¡A mí,—dice.—Seguidme y ayudadme!
¡Santiago y Cierra España!»

Y síguele sus jefes denodados,
y nueva animación y fuerza extraña
créen sentir los soldados...
y truécase el temor *en nueva saña!*

Las aztecas legiones
abriendo van, atónitas, sus filas
á esos fieros leones...
y los que no las abren, caen pisados,
ó por cascos y lanzas
sucumben destrozados.

Ondear ve Cortés el gran plumero
del general *Cihuaca*,
que sobre el crestón de oro y finas piedras,
de lejos se destaca
en su erguida cabeza;
y en andas sostenidas
por jóvenes, la flor de la nobleza,
está en cojines cómodos sentado,
y de sus edecanes
hállase rodeado.

«¡A las andas, mis bravos capitanes!»
Cortés exclama; y ellos paso abriendo,
van á los de las andas *abatiendo*,
mientras cerrando espuelas Cortés parte,
y del ligero *bote poderoso*,
cae Cihuaca, empuñando su estandarte.

De yegua *overa-blanca*
se baja presuroso
un hidalgo, llamado Salamanca,
que á su jefe solícito seguía;
y dando del salvaje
de su primer mandoble *breve cuenta*,
estandarte y penacho
á su jefe presenta,
ufano y vivaracho.

Como las griegas fuerzas animosas,
al trabarse en pelea
con las pérsicas huestas, numerosas,
en la inmortal batalla de *Platea*,
al gran número hubieran sucumbido,
si al observar Aimnetes,
—denodado oficial, lacedemonio,
á su ejército ya semi-perdido—
no hubiese dado muerte
al jeneral Mardonio,
huir haciendo á los persas, espantados,

cual de la santa cruz huye el demonio;
así Cortés, también sus tropas saca
del borde de la tumba,
al dar muerte á Cihuaca,
en la batalla célebre de *Otumba*. 246

Como en algún teatro ó plaza extensa,
adonde va el gentío,
se divierte, pasea y se condensa,
ó en los modernos *meetings*, con su brío,
brillantes oradores,
con profético acento
é ideas democráticas y flores,
á testas coronadas amenazan
el derrocar de su heredero asiento;
y como en grandes centros y reuniones
el menor incidente *es una alarma*,
que excita conmociones;
ora al oirse descargar una arma,
ora alguno al decir:—¡ los escuadrones !—
Y al pueblo que escuchaba entusiasmado,
contémplase de súbito azorado,
correr como gavilla,
que nota descubierto su retiro,
y al orador voltean de la silla,
do estaba perorando;
como al oir los pájaros un tiro,
disparan los oyentes en pandilla;
y así algunos, cayendo y levantando,
van de cuerpos haciendo una tortilla;
ó en el teatro un grito:—¡ fuego, fuego !—
paralizando á la ópera ó zarzuela,
—pues ya el drama no place,—
nerviosas sollozar en la cazuela
á las matronas y las niñas hace;
las damas en los palcos se desmayan,
sus suavisimas formas exhibiendo
y esencias aspirando,
haciéndose las muertas;
y el sexo varonil sale corriendo
y los tramos rodando,
en tanto que en las puertas
la gente aglomerada,
caída y machucada,
sin conseguir salir se va asfixiando.

¿ Pero qué ha sucedido á tanta gente
para tanto alboroto ? ¡ Nada, nada.....
todo es obra *del miedo* únicamente !

Su séquito así viendo
descender de las andas á Cihüaca,
tira las andas y salió corriendo,
de pavura mortal sobrecogido,
gritando con acento dolorido:
« ¡ Cihüaca es muerto... muerto » !

Y cundiendo este grito entre las huestas,
hízose general el desconcierto,
y unos y otros arqueros se atropellan,
corren despavoridos,
se remolinan, huyen y se estrellan,
creyendo que les hieren las espaldas
aquellos rubios téules tan temidos. . . .
y gritan por las lomas y las faldas:
« Cihüaca es muerto. . . muerto ! »
Y queda en poco tiempo esa campiña
convertida *en terrífico desierto !*

En tanto, tlascaltecas y españoles,
como ultrajados, vengativos corsos,
con sus picas y espadas destrozaron
de los salvajes los desnudos dorsos;
y de téules así la espada y lanza
de la recién pasada *noche triste*,
con usura tomaron la venganza;
y después, tlascaltecas y cristianos
el inmenso botín van recogiendo,
que dejan los corridos mejicanos.

Pocos muertos y heridos
los cristianos tuvieron;
y los autores hállanse contestes,
que en Otumba gran pérdida sufrieron
las numerosas y salvajes huestes. 247

Y, no cúpole duda
á ninguno de aquellos invasores,
que en *Otumba* descendió en su ayuda
el apóstol Santiago,
dándoles la victoria más cumplida;
y exterminio y estrago
á la idólatra raza fementida. 248

Con otra *nueva herida en la cabeza*,
que de tanto lidiar daba señales,
bajó Cortés de su bridón postrado,
en brazos de sus buenos oficiales,
y en seguida *por ellos fué vendado*;
y en el mejor corcel de aquéllos sube,
que siguiendo la pista
el bagaje llevaban;
y tan bueno salióle,
que en toda la conquista
para las marchas y lidiar sirvióle.

Algunos tlascaltecas
á Cortés advirtieron:—que no lejos
un espacioso templo se veía,

donde segura noche y descansada
pasar todo el ejército podría.—
Y contento Cortés al punto ordena:
—emprender hasta el templo la jornada;—
llegando á hora tan buena,
que pudieron gustar lijera cena,
y como ebrios después, todos durmiendo.

Y el sol al horizonte,
entre límpidas nubes purpurinas,
sus rayos va extendiendo
de dorados raudales,
en las crestas del monte
y el sonriente verdor de las colinas,
como tiernos amantes languidecen,
sus besos y placeres prolongando,
hasta que al fin, inertes desfallecen,
delirantes sus nombres murmurando.

Ese día *Julio ocho*, memorable,
con vivas estruendosos,
arrogantes y ufanos,
por la noche en el templo, venturosos,
celebraron su triunfo los cristianos,

Para los hijos de la Cruz divina
en ese *ocho de Julio*, memorable,
la protección suprema fué visible,
y el efecto benéfico, palpable.
Y al mirarse perdidos,
la intuición de Cortês, desesperado,
de á Cihüaca buscar para matarle,
y en ese de cabezas mar airado,
el tener la fortuna de encontrarle,
y poder realizar aquel intento,
revelación suprema es evidente,
en el mismo momento
en que ya, sin aliento los cristianos,
á ser víctimas iban
de esos enfurecidos mejicanos,
y holocáusto también en sus altares.

Y ese amparo supremo fué notable
en aquel fausto día memorable;
y divinos cantares
y hosannas por los ámbitos sonaron.

Y en el pagano templo,
hasta absorta Marina,
dando á los tlascaltecas el ejemplo,
dijo á Cortés: «¡Ya creo firmemente
que milagrosa es la Cruz Divina,
y la Cruz de los téules Dios bendice!»

De un ámbito hasta el otro,
un acento profético retumba:
«La torpe idolatría,—la voz dice,—
en este mundo de Colón sucumba,
ante la Cruz de Cristo,
con su sangre en el Gólgota teñida!»

Y en el valle magnífico de *Otumba*
la cristiana conquista *halla su vida*,
y el imperio de Anáhuac *halla su tumba!*

LXVII

1520

Así como hay bellísimas mujeres,
como erguidos pimpollos de rosal,
que de su cuerpo exhalan
suavísimo perfume virginal,
que aspira el alma y la recuerda siempre,
como á un ángel sublime de atracción,
aunque á otro hogar despues haya volado
ó haya ascendido á la inmortal región;
así hay sueños tambien, tan deliciosos,
que luego, al despertar,
haciendoos dichosos,
no quisiéramos ya nunca olvidar;
y al despertar alegres los cristianos,
aún creían por el valle ver,
corriendo como alanos,
á las huestes, sin fin, desparecer,

Por la mañana temprano
las tropas el templo dejan,
y hacia Tlascala su marcha
emprenden ya, más contentas,
aunque algunas otras huestes
á lo lejos aparezcan,
y arrojando algunos dardos
á perderse otra vez vuelvan.

Como á eso *de medio día*
iban las tropas sedientas,
cuando por suerte encontraron
de un manantial aguas frescas;
y bajo árboles pomposos

duermen una breve siesta,
y prosiguiendo muy luego,
en las murallas se encuentran,
que servían á Tlascala
como baluarte y frontera;
y los aliados arqueros,
al encontrarse en su tierra,
ledos al suelo se arrojan
y enternecidos lo besan....
¡Como nó, si hasta el salvaje
ama, como á esposa tierna,
al siempre querido suelo,
donde vió la luz primera,
ora arenal ó pantano
ó jardin florido sea!

Y tambien igual contento
los téules experimentan,
al verse en esa república,
que ayudado hubo á su empresa,
y en la que al fin, al pisarla,
seguros creerse debieran;
pero otra contraria duda
en breve su ánimo inquieta,
allí al penetrar huyendo
de las legiones aztecas;
y previsor Cortés siempre,
donde algún peligro hubiera,
ordena á los oficiales:
—que como no victoriosos,
sinó más bien derrotados
y extenuados
consiguen allí llegar,
no exigentes ni orgullosos
den á sus buenos aliados
motivos para chocar;
porque es de todos sabido,
que el caído
á nadie infunde respeto
ni temor;
ó huyen de él, como esqueleto,
que despide mal olor;
entretanto,
como en doradas andillas
se alza á un santo,
corre el pueblo de rodillas
á endiosar al vencedor.—

Pero cuando á Huejotlígan
iba la fuerza á llegar,
—*unas quince mil* personas
contendría esta ciudad,—
á su encuentro salió parte
á brindarle con su hogar,
y unos tres ó cuatro días
pasó de sosiego y paz, 249
llegando Magiscatzín
y el joven Jicotencal,
su ciego padre y los nobles,
y todos con amistad
invitan á los cristianos
á ir á su capital;
y del gran triunfo de Otumba
celebran la heroicidad,
lamentando al mismo tiempo
la pérdida, que al dejar
á la gran ciudad tuvieron,
en *triste noche* fatal;
y de Velazquez la muerte
lamentaron además,
pues de ellos dióse á querer
por su buen trato cordial.

Y tales demostraciones
de tan sincera amistad,
al fin á Cortés hicieron
en sus aliados confiar,
y pusiéronse en camino
á la amiga Capital.

Y los vecinos, contentos,
con sus toscos instrumentos
los salen á recibir;
pero entre ayes y lamentos
óyense también gemir
á madres, hijas y esposas,
que llorosas,
no ven sus deudos venir;
y entre gritos de dolor
y cantares de alegría
como orgía
del amor,
juntos siempre el bien y el mal,
que tal es la vida humana,
entra la legión cristiana
en la amiga Capital. 250

El noble Magiscatzén
llevó á su espacioso hogar,
con súplicas y agasajos
al español capitán;
el tonatíuh ó Alvarado,
—que hizo vida marital
con la bella india Luisa,
desde que allí entróse en paz,
después de recias batallas,—
fueron ambos á parar
á casa del padre de ella,

el ciego Jicotencal;
y á casa de otros señores
también la oficialidad.

Algunas semanas pasan
allí las cristianas fuerzas,
donde extenuación y heridas
curando van con la ciencia
de indígenas herbolarios
y de los que entre ellos eran
empíricos cirujanos,
hasta qne todos se encuentran
tan animosos y fuertes,
como si ningunas guerras
hubieran allí afrontado
en playas, campos ni aldeas;
y hacen valiosos regalos
por tan asídua asistencia
á todos aquellos indios,
que los curan y alimentan;
y uno quien más gravemente
sufrió una fiebre violenta
fué Cortés, *por una herida*
de las dos de la cabeza;
y preciso fué extraerle
dos esquirlas, no pequeñas,
siendo *muy bien atendido*
por su gente y tlascaltecas;
y después de mejorado,
su lecho y encierro deja
y á Magiscatzín regala
de gran valía una prenda;
el penacho, que Cihüaca
ostentaba en su cimera,
cuando en el valle de Otumba
su lanza postróle en tierra. 251

Cuando Cortés, en Tlascala,
venció de Narvaez las fuerzas,
allí dejó á los enfermos
y muy bastantes riquezas,
que el malhadado Velazquez
trajo de próximas tierras,
con orden:—que cuando sanos
de sus males estuvieran,
á Méjico se marcharan,
conduciendo el oro y prendas
que á su cuidado dejaban;—
y con infantes *cuarenta*,
y *unos cinco* de á caballo,
que de Villa Rica llegan,
todos salen para Méjico,
ocultando las riquezas
para no ser perseguidos
por los caminos ni sendas;
mas súpose que en Tepeaca
de la traición fueron presa. 252

A Rodrigo de Rangel,
el jefe de Villa Rica
escribió Cortés, deseando
tener algunas noticias,
y supo:—que Salvatierra
y Narvaez presos seguian,
y que de los totonecas
y otras antiguas provincias
recibían siempre pruebas
de que eran del téule amigas;—
pero el bueno de Rangel
de otro modo concluía,
pues á Cortés avisaba:
—que habiendo de Villa Rica
despachado *ocho soldados*
para Tlascala, donde iban
á recoger del reparto
la suma que allí tenían;
y al regresar por Tepeaca
perdieron todos la vida,
y el robo siendo sin duda
el fin de aquella perfidia.

Sintió Cortés en el alma
la muerte de esos guerreros,
en ese crítico estado
en el cual, cada uno de ellos,
que en su ejército faltase,
era un perdido refuerzo;
mas no era esto solamente
el disgusto y desconsuelo,
que á su ánimo le esperaba,
al levantarse del lecho.

Despues de *la noche triste*,
muchos soldados creyeron
concluida ya la campaña,
y que de Tlascala al puerto
la última marcha sería;
pero cuando estos supieron
que Cortés á Villa Rica
pedido había refuerzos,
para otra vez prepararse
á penetrar hasta Méjico,
de Narvaez en los soldados
notóse gran descontento;
porque despues del contraste
que en los canales sufrieron,
ni á prez ni á oro aspiraban
porque casi todos ellos
en las descubiertas islas

tenian repartimientos,
tierras ó varios negocios,
como en todo pueblo nuevo,
y querian lo seguro
y no molinos de viento,
como ya imposible juzgan
sacar oro de ese imperio;
mas como Cortés hacía
á pedidos y lamentos
oidos de mercader,
en fundados escrito estenso,
que todos ellos firmaron,
al capitán expusieron:
—que careciendo de todo,
de personal y armamento,
lo que para toda guerra
es artículo primero,
ya era del todo imposible
la conquista de ese reino;
y por tanto, se debía
sin perder preciso tiempo,
partir para Villa Rica,
como el único remedio,
y embarcándose en seguida
hacer la cruz á ese reino,
ó á esa empresa irrealizable,
como escalar á los cielos,
causa de tantas desgracias
y de tanto español muerto,
que hubiera en las islas dado
gran impulso á su progreso.—
Y esta propuesta firmaron,
encabezándola Duero,
los reclutas que Narvaez
pudo llevar á ese reino;
pero no supo inspirarles
como Cortés, noble aliento. 253

Como un enfermo en su lecho,
al mirar la pobre casa,
que entre las llamas se abrasa,
y que el techo
va á caer,
puede su inercia vencer,
salta y consigue salir,
librándose de morir
entre el incendio voraz,
así ya el caudillo audaz,
en cuanto el pliego leyó,
al momento comprendió,
que acceder
era igual á perecer,
antes de al puerto llegar,
y exclamó
con aliento soberano:
«Fortuna ayude á mi audacia.»
Que era fiar,
cual cristiano,
de Dios en la santa gracia;
y en el centro del cuartel
forma á la turba lijera,
que suscribió ese papel,
y háblala de esta manera: 254

«No hay ejemplo ninguno, no hay memoria,
de nuestra patria en la famosa historia,
que el castellano, celebrado honor,
en guerras empeñado,
haya el campo jamás abandonado,
sin salir de su empresa vencedor.
Y ahora aquí, vosotros, cual villanos,
enlodando esos timbres soberanos,
¿queréis abandonarlo... y por temor!

¿Podríais consumar tal villanía,
sin faltar á la alianza,
en que funda Tlascala su esperanza?
¡No; vil traición sería,
que demandara á Dios justa venganza!

Y si rompiendo un pacto tan estrecho,
nos mirasen partir á Villa Rica,
podrían arrancarnos, con derecho,
el corazón del pecho,
y exhibirlo en Anáhuac, en una pica!

Salir de aquí sería declararnos
de vencer incapaces y perdidos:
sin defensa ni honor el entregarnos,
y ser hasta la costa perseguidos.
Aquí hospitalidad leal tenemos....
de España, pues, socorros esperemos!

Pronto vereis, que nuestro gran monarca,
teniendo ya noticias de esta empresa,
mandará un gran refuerzo á esta comarca,
para que, nuestra Cruz, saliendo ilesa
de esta heróica y sin igual campaña,
admire el orbe entero á nuestra España!

Pero si nada os habla al patriotismo,
ni sintis del coraje el santo aliento,
sinó la cobardía y egoismo,
podeis marcharos todos al momento,
que más vale un puñado de valientes,
que cientos.... de cobardes inconscientes!

Aquí está la corona de esmeralda.
Abrid los ojos y mirad la luz.

Del Aventino monte esta es la falda....
sed vosotros los gracos de la Cruz!»

Y la espalda
les volvió,
y á su gusto
se vengó
de esos sus tristes paisanos;
mas sus viejos veteranos
sintieron su sangre hervir
á su jefe al escuchar,
y comiénzanle á aplaudir
y *fuertes vivas* á dar.

Sonrojados
los reclutas,
nada vuelven á decir....
sumisos callan y aguardan
los augurios ven cumplir.
¿Quién de uno á otro día,
no confía
en un mejor porvenir?

LXVIII

1520

De los reclutas soldados,
que pidieron á Cortés
la Nueva España dejar,
notaron la dejadez
los vivos indios aliados,
y el notable malestar.

Y la secreta aversión,
que por los téulas sintieron
los que en esa expedición
á sus parientes perdieron,
fué aumentando
el descontento parcial,
que astuto fué fomentando
el jóven Jicotencal,
quien á su jente decía:
—que en Tlascala *más temía*
aquel poder material
y moral,
que en el senado ejercía
el invasor aguerrido,
que el que antes hubo tenido
todo el poder imperial.—

Tuvo *él solo* la intuición:
—que no eran los invasores
los dioses reformadores
de la antigua tradición,
sino unos aventureros,
de oro y plata codiciosos,
que blandiendo sus aceros,
en pueblos supersticiosos,
y el fulgor del arcabuz,
harian triunfar la Cruz,
signo de otra religión
y de la suya amenaza,
que á su raza
concluiría.
y muy pronto llegaría
de la Anáhuac la extinción.—

Los trabajos y asechanzas
del jóven Jicotencal,
no fueron tan clandestinos;
que lográranse evitar,
que á los oídos llegaran
del cristiano Capitán,
quien á su vez procuraba
tales planes disipar,
inspirando en el consejo
su ardimiento y leatad,
y que muy pronto podría
en Anáhuac derribar
el poder de los aztecas,
quedando todos en paz;
obsequiaba á los caciques,
que íbanle á visitar,
y con dádivas al pueblo,
como remedio eficaz,
la prédica desvirtuaba
del jóven Jicotencal,
interin, que en sus reclutas
procuraba despertar
esos grandes sentimientos
de gloria y de dignidad,
ó de sus bajas pasiones
el interes halagar,

ofreciéndoles el oro
en copiosa cantidad,
como Dios en el desierto
dió su abundante maná
á la tribu de Israél
por cuarenta años ó más.

Como Jicotencal era Cuitlahüa,
enemigo mortal de los cristianos; 255
y ardoroso infundió á los mejicanos
ese odio, que triunfó de su bravura;
y que *en la noche oscura*
hizo al téule de Méjico salir,
y al débil Motezuma
apedreado morir:
como Jicotencal era Cuitlahüa,
enemigo mortal del invasor;
y en cuanto emperador
le coronan después los mejicanos,
contempla á los cristianos
hundidos á sus pies en los canales,
y acosados en llanos y maizales,
hasta que absorto vió,
que el cristiano arrogante
levántase gigante,
y en Otumba su honor recuperó.

Y después que los *téules* evacuaron
la extensa capital,
ocupóse Cuitláhüa, activamente,
en hacer reparar
puentes, casas y templos;
y dispuso por orden general:
—prontamente reunir un gran ejército
para echarlos al mar.—

Si los vasallos débiles
inclinan al mandato la cerviz,
y van, como satélites,
del nuevo amo la orden á cumplir,
otros *flatoánis*, en su plan unísonos,
pretender sacudir
el férreo yugo del poder omnímodo,
y tal mandato niéganse á admitir; 256
pues no era, no, Cuitlàhüa
temido, popular, grande y político,
como su antecesor,
ni en el reino aclamado ni legítimo,
sino *un improvisado emperador.*

Y en tal conflicto Cuitláhüa,
ceder viendo al edificio,
que con afán levantó,
sirvióse de un artificio,
y diligente mandó,
cosa de nadie esperada,
á Tlascala una embajada,
con un regalo especial,
el que era por adición,
mucho acopio de algodón
y grandes cargas de sal.

Al pueblo de Tlascala sorprendió
de *los seis mejicanos* la llegada;
el valioso regalo contempló,
y para recibir tal embajada,
que allí *por vez primera se veia,*
presuroso el senado se reunió.

¿Mas qué objeto tenía
el nuevo emperador,
para acordar á ese enemigo pueblo
ese nunca hasta entonces alto honor?
Atónito ese pueblo de tal honra,
comprender ese cambio no podía,
ni tampoco el senado;
y Cortés, abrumado,
comenzó tristemente á imaginar.
que Tlascala también le expulsaría,
como en *la triste noche* de agonía,
que vió casi su empresa zozobrar.

Solícita Marina, que miraba
pensativo á Cortés,
de la mano le toma, aparta á un lado,
y pregúntale: «¿Ves
secarse ó espigar la buena mies?»
«¡Ay! Marina,—repúsola el guerrero;—
Veo que va á troncharse nuestro acero,
si estalla la tormenta á nuestros piés!»
«¡No: ya radiante el cielo se despeja,
—ella exclama,—de Otumba al vencedor.
De Méjico la entrada libre deja.
¡Constancia y nuevo ardor!»

Y ella hablando á Cortés, Cortés escucha,
y animase su faz,
y por ser convencido arguye y lucha;
y la lógica clara de Marina,
que convence y domina,
complacido comprende perspicaz.

Y antes que al senado
hubiese el buen Magiscatzén entrado,
díjole el capitán en el dintel:
«Soy siempre vuestro aliado
y vuestro amigo fiel:
oid, pues, mi palabra meditada;
atentos escuchad á la embajada,
que os manda el gran señor;

y haced lo que os convenga;
mas si la paz os pide por temor,
los males evitando
de lucha fraternal, árida y luenga,
id ventajas, intrépidos sacando.
Pero mejor que yo, debeis saber
lo que os conviene hacer.
Y hacia la costa, en tanto,
proseguiré marchando,
y haré á Tepeaca demandar piedad».

«¡Quedaos, quedaos!» Magiscatzín suplica,
con su ingénua bondad.
«¡No, no,—Cortés replica;—
márchome con mi gente á Villa Rica,
ofreciéndoos mi espada y mi amistad;
así podeis vosotros, sin testigos,
ora quedeis amigos ó enemigos,
discutir en completa libertad!»
«¿Y entonces, nuestra alianza?»
Tristemente exclamó Magiscatzín,
«A cumplirla vendremos, sin tardanza,
como buenos aliados,
si algún pacto no haceis con los enviados.»
Y al diálogo Cortés así dió fin.

Dignamente recibida
la noble embajada azteca,
de Tlascala en el senado
así su misión expresa:
«Del señor de Anáhuac en nombre,
—que por el bien de esta tierra
olvida, en tales momentos,
pasadas, mutuas ofensas,—
noble senado os decimos:
esos téules, que se encuentran
urdiendo aquí sus maldades,
y con lo que alianza estrecha
hicisteis en mal de todos,
son, sí, los que con bajezas
nuestra amistad imploraron,
y abrímosles nuestras puertas.
¿Y cómo nuestro hospedaje
pagó esa gente extranjera?
¡Hundiéndonos á traición
su puñal en las tinieblas!
¡Con perfidias y prisiones,
con robos y con vilezas!

Nuestros dioses arrojaron
de sus alturas supremas;
dieron muerte á Motezuma,
á los sacerdotes befan,
y nuestros templos y casas
por placer y envidia incendian;
y toda nuestra ciudad
á cenizas redujeran,
si nuestra saña, en los lagos,
no hundiera allí su soberbia!

Vosotros, con tal ejemplo,
no espereis, pues, tal vileza,
ni que otra vez en Anáhuac
tales infamias se vean.
De dioses en desagravios,
impongámosles la pena,
y corra de ellos la sangre
de los dioses en ofrenda!

Y así Méjico y Tlascala
alianza sellen eterna,
disfrutando esta república
de los frutos y grandeza,
que todo el reino produce
y en los que parte tiene ella.»

Ante esta arenga iracunda,
gozoso vése brillar
el patriótico entusiasmo
del joven Jicotencal;
y la ira y desconfianza
en la muy rugosa faz
del viejo Magiscatzín,
con torvo seño asomar;
y tambien el viejo padre
del patriota general,
en su semblante revela,
que con propuesta falaz
se pretende, que Tlascala
llegue á Méjico á vengar.

Retiróse la embajada,
para dejar libertad
á ese reunido senado,
que entrase á deliberar;
pero un silencio profundo,
como mansión sepulcral
parecía que al azteca
iba solo á contestar;
mas se alza Magiscatzín,
y su gran autoridad,
sus años y su prestigio,
á sus opiniones dan
ese sello de grandeza,
que nadie osa refutar;
y todos, como á un oráculo
atentos oyen, sin dudar jamas:

«¿De cuando acá, señores senadores,
colmándonos de honores,

el azteca, magnífico monarca,
enemigo mortal de esta comarca,
viene humildoso á demandar la paz?
¿De cuando acá desciende, á ella se iguala,
la brinda y la regala
lo que nunca le dió, algodón y sal?

¿Por qué hoy la alianza busca de Tlascala,
y temerosa halaga
nuestro valor y bélico poder?
¿Y por qué si Malinche le ha ultrajado,
no en Méjico á la piedra le ha llevado,
cumpliendo su deber?

¡Qué! ¿No tiene de Anáhuac las legiones,
y necesita nuestros pobres dones,
para poder triunfar?
Esos de Oriente espléndidos guerreros,
aquí entraron sacando sus aceros,....
para dar á Tlascala libertad!

¡No quieren vernos libres, y la envidia
hace al azteca vil, palidecer!
¡Los dioses aborrecen la perfidia,
y á Malinche leal se debe ser!

¡Cumplamos y estrechemos esa alianza,
para tomar venganza
de largos años de opresión tenaz ...
Y esta bendita alianza aprovechemos,
y al fin á los aztecas humillemos,
y ya por siempre, sí, tendremos paz!

Cáutos, noble senado, desechemos
esta propuesta vil, que es una trampa,
donde el azteca, sin pudor estampa
su carácter falaz!»

Y casi todo el senado
al viejo gobernador
escucha atento, y aprueba
su bien fundada opinión;
mas desencajado, pálido,
el joven Jicontencal,
como un asceta fanático,
sus rezos al murmurar,
tiende su mirada indómito,
del senado en derredor,
y con acento sardónico,
entusiasta prorrumpió:

«Si han sido los aztecas opresores,
nuestros usos é idioma al menos tienen,
y nuestra misma historia y religión;
pero esos extranjeros son peores....
¿Qué buscan, quiénes son, de dónde vienen?
¿Cuales sus dioses son?

¡Ah! Tienen uno solo.... que es el oro!
¡Y vienen, se dice,—y lo deploro,—
á darnos libertad!
¿Mas no querrán cobrarnos el socorro?
¿Viénennos á ayudar por amistad?

¡No! que ellos hacen guerra....
por irse haciendo dueños de esta tierra,
y proclamar su Dios. .. el dios del oro!
Y debo por Tlascala y su decoro,
dirigir mi protesta al invasor....
Que si la paz con Méjico no imploro,
tampoco quiero al téule por señor!»

La juventud guerrera,
entusiasmada escucha, y altanera
aplaude á su ardoroso general;
pero Magiscatzin, duro, violento,
replícale al momento,
y mándale, como amo, despejar.

La asamblea, callada,
quédase asombrada
de ese allí inusitado proceder;
y el ciego padre, austero,
apostrofa severo
á quien el porvenir llegaba á ver,
y allí aislado se halla,
como antes, en el campo de batalla,
el senado mandóle deponer. 257

Al saber la embajada, temerosa,
que el altivo senado
había rechazado
su amistosa propuesta,
esa noche se fué, y secretamente,
sin esperar de oficio la respuesta.

LXIX

1520

Pregunta á Hernán Cortés doña Marina
con cariñosa voz,
como blando susurro que se aleja,
después que la embajada se marchó:
«El cielo ¿ya radiante se despeja
de Otumba al vencedor?
Las bellas flores . . entreabrirse ves?»
«Todo, Marina, sí, de mi destino,
con sonrientes celajes,
sigue ahora marcándome el camino.»
Contestóla Cortés.

Luego Magiscatzín también, contento,
dice á Cortés: «Malinche, ya el senado
de Cuitláhüa la oferta ha desechado;
y debiendo vengaros dignamente
de esas rastreras tropas tepeanecas,
os daremos la fuerzas tlascaltecas,
y el buen Jicotencal irá á la frente.» 258

Así rivalidades
también vengaban ellos
de no bien avenidas vecindades.
Todo, pues, á Cortés favorecía;
y hasta á aquellas legiones
demostraba que á ruegos admitía. 259

Y el puehlo las tropas
por calles seguía....
su música daba
de gozo señales;
y el bélico ardor
victoria auguraba,
con cantos marciales,
al bravo español.

Nueve millas andubo en ese día
el ejército aliado;
y cuando oscurecía
hallábase acampado,
y una avanzada en precaución destaca;
y desde allí distaba *quince millas*
el pueblo de Tepeaca;
y de cuya provincia
las salvajes legiones belicosas
habíanse á Cortés antes rendido,
cuando aquellas famosas
batallas, que Tlascala fué perdiendo,
á esos pueblos hicieron en seguida
su cerviz al cristianismo el ir rindiendo,
por obtener la vida;
y por esta razón Cortés juzgaba,
que estando Tepeaca sometida
al rey su soberano,
debía, por los hechos cometidos,
el castigarla con severa mano;
y de ello en forma fueron requeridos
por ante su escribano; 260
mas á la vez perdón quiso ofrecerles,
si sus puertas abriendo, se rendían;
y altivos contestaron:
—que ya sobre las armas se encontraban,
pues sus aras por víctimas clamaban,
y en la inmediata lid las hallarían.—

Bien por estas palabras insolentes
los téules conocían,
que el eco dolorido
de aciaga *noche triste*
hasta allí hubo también repercutido;
y aunque los tepeanecas orgullosos
batalla presentaron,
entre estensos maizales se encerraron
á la vez recelosos;
y aún cuando entre las cañas los jinetes
no maniobrar pudieron,
como fuertes arietes
á las salvajes huestas deshicieron;
pero *á los pocos días*
otro encuentro tuvieron,
y del todo quedaron sojuzgados,
aplicando Cortes duro castigo
en aquellos lugares, donde fueron
los suyos á traición asesinados. 261
cobráronse los bienes, y en la frente,
como *esclavos* marcados,
reparto hicieron de ellos aliados;
y los indios, que en varios entreveros,
se iban rindiendo vivos,
cesaban de llamarse *prisioneros*
y quedaban de *siervos ó cautivos*. 262

Y entre alegre alharaca,

en breve los aliados victoriosos
entraron en Tepeaca,
y cambiando de súbito la escena,
á los buenos intérpretes se ordena:
—proclamar al cristiano emperador,
y en toda esa provincia
un general perdón.—

Y con su gran ejército de arqueros
llegó Jicotencal,
y mandóse acampar á sus lejiones
fuera de la ciudad.

Y como esa ciudad era un paraje
abundante y seguro,
y el más directo y el mejor pasaje
para hasta la Villa Rica atravesar,
hizo Cortés, que todo el vecindario
para propia defensa le pidiese
que un fuerte se erigiese,
y lo hizo brevemente levantar;
y por nombre *Segura*
de la Frontera dióse á la ciudad. 263

Cuando Cuitláhüa supo,
cómo fueron los téules recibidos
en la altiva Tlascala,
y tan mal sus enviados atendidos,
ya duda no le cupo,
que otra vez tlascaltecas y cristianos
hallábanse resueltos
á atacar los distritos mejicanos;
y todas sus legiones
los pasos á guardar de su frontera
á *Guacachuca* envía,
populosa ciudad, cuanto guerrera,
y vigilante allí las acumula;
distaba de Tepeaca
doce leguas, y en un profundo valle
hallábase asentada,
y al pié de cordilleras
de seguidos collados, y cruzada
por dos quebrados ríos,
cuyas altas riberas
llenas de precipicios parecían,
que á más de una larguísima muralla,
su entrada defendían. 264

Arqueros *treinta mil* en *Guacachuca*
calcúlanse que habrían,
y *diez mil* en *Itzúca*,
una linda ciudad, fortificada,
en verde centro de feraz llanura,
que en la mesa sonríe,
exhalando perfumes y hermosura,
y segmentos mirándose preciosos
de pintados cristales,
en medio de los ecos armoniosos
de sus tersos canales. 265

De la extensa ciudad de Guacachuca
mal su señor y nobles se avenían
á soportar el yugo mejicano
y muchas exacciones, que sufrían
del duro soberano;
y á Tlascala envidiando
su sostenida libertad y arrojo,
sintieron el sonrojo
de continuar esclavos, murmurando,
é imitar á Tlascala decidieron:
á Hernán Cortés una embajada enviaron:
—su ayuda le ofrecieron
y alianza demandaron;—
y no esperaban, no, los invasores
tan inesperada oferta, que era un triunfo,
y como precursor de otros mayores.

El cielo ya risueño se despeja,
y de olorosas flores
cubierto el porvenir diáfano deja:
como á la tierna amante,
entre ardorosos besos se recibe,
de goces anhelante,
después de larga ausencia,
así Cortés, gozoso, en su presencia
recibe á los enviados;
los oye, los obsequia y les promete:
—serán los españoles sus aliados.—

Y á Cristóbal de Olid al frente envía
de doscientos infantes,
unos doce jinetes
y treinta mil arqueros, aspirantes
á poder saquear á sus contraríos:
como *á medio camino*
salieron de Cholula voluntarios,
en huestes numerosas,
á ofrecer al cristiano sus servicios;
mas se hicieron las huestes sospechosas,
por sus muchas instancias en seguirlos,
y entró la desconfianza en los reclutas,
lo horrenda *noche triste* recordando;
y hubo entre ellos disputas,
sobre *si era traición ó no evidente;*
y Olid, en tal instante, vacilando,
creyó lo más prudente
á Cortés remitir, bajo custodia,
los jefes de esa gente.
Y hubo poco después la coincidencia

de verse descender de las montañas
á los verdosos llanos
algunos batallones mejicanos;
y también repitióse:
—que el nuevo emperador, de regia talla,
con ellos descendía,
para mandar él mismo la batalla. -
Pero algunos jinetes, que avanzaron,
con la agradable nueva retornaron:
—que era el bravo cacique *Guapocingo*,
y otros confederados,
que al encuentro venían de los téules
á Malinche á ofrecerse como aliados.

Despues que atentamente
Cortés examinó
á los jefes, que Olid, le remitiera,
convencido quedó
que no habíase hallado causa alguna
para de ellos dudar;
y pidióles disculpas, y regalos
les hizo á todos dar;
Y comprendiendo yá cuan importante
ese encuentro iba á ser,
él mismo, con el resto de sus fuerzas,
y acompañando á los caudillos indios,
sale la evolución á disponer.

Y habíase convenido,
como base de aquel plan:
—que en cuantò de Guacachuca
se llegasen á avistar
las divisiones cristianas,
se alzaría la ciudad
contra las fuerzas aztecas,
mandadas allí acampar;
y los téules avanzando,
de arrabal en arrabal,
por vanguardia y retaguardia
las podrían destrozar.

Hízose así; los fieles habitantes
al primer grito, pónense de pié
contra esa guarnición desprevenida,
que con extrema furia acometida,
por todos lados, sin pensar se vé.

Los aztecas lidiando,
en legiones se van aglomerando
en la plaza mayor,
y luchan arrogantes;
pero nacen y crecen por instantes
otras contrarias, dándoles pavor.

Con sus soldados los persigue y entra
en la plaza Cortés;
y la fuerza imperial se reconcentra,
y en el templo se escuda;
mas el agudo acero se desnuda,
y la sangre ocultando va los pies.

Las inmediatas tropas mejicanas,
que estaban ocupando las alturas,
bajan en tanto, ufanas,
á auxiliar las que tiene la ciudad:
pero en los arrabales
las esperan las huestes tlascaltecas,
que corren, como undísonos raudales,
sus pasos á atajar.

Los dos grandes ejércitos de indígenas
trábanse en fratricida lucha armígera,
de salvaje rencor;
y en el rudo combate, reñidísimo,
ofensas recordando y odios íntimos,
más placer sieatan que en festín de amor.

Cunden en los suburbios llamas súbitas,
y entre ellas, deslizándose Cortés,
lanza sus tercios en las huestes últimas,
con ciega, temeraria intrepidez.

Y las destroza, y rompe y huyen rápidas,
las montañas subiendo en dispersión;
y los aliados, como hambrientas águilas,
que anhelan destrozarle el corazón,
allá suben tambien, como hojas pálidas,
que va elevando en giros el turbión.

Y los aliados
hasta las tiendas
y las montañas
suben y llegan,
y de armas, trajes,
lujo y grandezas
y de tamanes
las hallan llenas;
gran botín hacen
de cuanto encuentran,
y al llano bajan
con carga inmensa;
y á la gente Cortés de Guacachuca
su parte deja,
y presuroso
á Itzúcan con sus fuerzas endereza.

De Guacachuca síguenle las huestes
y los jefes tambien, agradecidos;
y todos los arqueros de esos pueblos,
ya ligados y unidos.

Lleva de combustibles *ya la hoguera*
ha encontrado Cortés;
y en su centro arrojando la gran mecha,
vamos á verla por do quiera arder.

El cacique de Itzúcar
hace salir al débil vecindario,
para esperar tranquilo
al temible adversario;
y desde sus murallas
con buenos rebellines,
á afrontar se prepara las batallas
de esos fuertes y extraños paladines.

Olid, en la vanguardia,
hace hábil el esguazo
y sube la ribera,
arrollando á la fuerza que le espera;
pero le hirieron *en el muslo y brazo,*
y el caballo murió: huyen los indios
y ganan la muralla;
mas apenas los téules
colocáronse en orden de batalla,
cuando cesan los gritos, desparecen,
y éntranse en la ciudad; pero saliendo
muy luego presurosos, en el río
perseguidos perecen,
y á millares quedaron sepultados;
y penetrando en la ciudad, triunfantes,
un gran botín encuentran los aliados.

Con sus tropas Cortés allí se instala,
y mandando llamar al vecindario
le persuade y regala,
y se hace todo él su partidario;
en Itzúca *tres días* permanece,
y vienen de los pueblos los señores
á demandar su alianza y sus favores,
y día á día su prestigio crece.

Y *ciento veinte mil* arqueros cuenta,
que siguen sus pendones,
y á sus soldados, con su ejemplo alienta,
para vengar en Méjico, muy pronto,
la que no olvida, abrumadora afrenta:
á las huestes proclama y las disuelve,
como ya fuerzas de su grande España,
diciéndolas:—que en breve volvería
como amigo y cristiano,
para con ellas, en feral campaña,
derrocar al gobierno mejicano. 266

Y á su cuartel partiendo de Segura,
manda á su noble jefe Sandoval,
con tropas suficientes,
para que bata á huestes disidentes,
y deje los caminos expeditos
que á Villa Rica van.

LXX

1520

Las fraccionadas huestes que existían
desde Tepeaca al mar,
sometidas quedaron brevemente,
después de la excursión de Sandoval;
y cada nuevo día
buscando los tlatoánis á Cortés,
de una en otra provincia se extendía
su imperante poder.

Apenas el caudillo castellano
en Tepeaca pisó,
cuando con pena supo
que el buen Magiscatzín, su defensor,
hallábase espirante;
y fray Olmedo, sin perder instante,
á Tlascala á caballo disparó.

La horrible enfermedad *de la viruela*,
—que tantas muertes en Zempoalla hace,
do llevóla Narvaez, implanta y nace,—
de pueblo en pueblo vuela....
los Andes cruza, hiende
la capital, sus montes y desiertos,
y en toda Anáhuac rápida se extiende,
sembrándola de muertos,
como crea el delirio las ficciones;
y allí *por vez primera* los salvajes
morían como chinches, á montones,
que á más de no saber curar la peste,
tomaban *baños fríos* y *abluciones*. 267

No fué al fraile menester
muchas *citas en latín,*

para que Magiscatzín
le llegara á comprender.
¿Quién no desea agarrar
algún madero en el mar,
al trance de naufragar?
¿Quién al verse moribundo,
no quiere que haya otro mundo,
donde ir á resucitar?

Y el indio exclama: «Yo creo,
téule, aunque jamás lo he visto,
en tu dios, en Jesucristo...
porque.... creerlo es mi deseo:
ya el fin de mi vida veo,
y me ofreces otra en pos....
¡Amo á tu Dios!

Si esa vida es perdurable,
y ese tu dios verdadero
premia al bueno y justiciero,
castiga á todo culpable,
morir en tu creencia quiero,
que otra vida miro en pos....
¡Creo en tu Dios!

Moriré cristiano, sí,
pon en mi mano tu cruz
y échame tu bendición:
de las tinieblas salí,
y miro de Dios la luz....
dadme, sí, tu absolución.
Y por mi vida pasada,
entre errores deslizada....
¡Perdón, perdón!

Y después que el mercenario
al anciano cristianó,
y la cruz de su rosario
en los labios colocó,
el buen neófito espiró;
y en Tlascala resonar
se oyó un eco dolorido,
que á todos hizo llorar:
y al viejo mentor, querido,
llevó su pueblo á enterrar.

Las últimas victorias alentaron
á muchos descontentos,
y de marchar á Cuba ya no hablaron;
mas otros, persistiendo en sus intentos,
á Cortés embarcarse le pedían,
quien de oirles cansado,
encargóle á Alvarado
dispusiera embarcar aquella gente,
llevándose las prendas que tuvieran;
y de Narvaez los díscolos se fueron,
y otros que eran allí perjudiciales;
y entre ellos fuese el secretario Duero,
flojos reclutas, malos oficiales,
y Bermudez también, el tesorero.

Mas en cambio llegó *á los pocos dias*
un mediano bajel *con armamento,*
unos trece soldados, *dos caballos,*
bastante bastimento,
vestuarios, municiones;
y mandábalo aquel don Pedro Barba,
de quien Cortés, en Cuba,
recibiendo atenciones,
hasta salir de allí le hubo ayudado.

En Veracruz estaba Caballero,
de aquel puerto encargado,
y en su bote al bajel parte ligero,
y á Barba dice:—que Navaez triunfante
en Méjico se hallaba,
y Cortés por los montes escondido,
como torpe bergante,
con otros cuantos suyos, y perdido:—
Confiado baja Barba con su gente,
y su grupo en el muelle, prisionero
por el ardid se encuentra
de Pedro Caballero;
pero inmediatamente
Cortés les llama y les regala á todos,
después que hubo ese imperio ponderado;
y Barba, que contento se sentía
con el trueque impensado,
la carta pérfida á Cortés entrega,
que á Pánfilo, Velázquez remitía. 268

Sigue la suerte, y *otro buque llega*
dentro *el octavo dia*;
y el hábil Caballero,
lo mismo que antes hizo,
para apresar la jente del primero,
vuelve á hacer con este otro, que traía
ocho buenos soldados y *una yegua,*
y lo mandaba Marejon Lobera:
el buque conducía
bastantes municiones y armamento;
y con este otro nuevo contingente,
de Segura se vió en el campamento
reanimarse la entusiasta gente.

El cielo ya radiante se despeja
y todo es alegría:
no se escucha, como antes, necia queja,
ni el eco triste, que partir pedía.
Ya el momento llegaba,

que anheloso Cortés entreveía,
y sus nuevos proyectos realizaba:
y después de sufridos tantos males,
como por experiencia ya sabía,
que no un parcial ejército bastaba
para poder vencer en los canales,
envió al buen carpintero Martín Lopez,
con algunos soldados industriales,
al pueblo de Tlascala,
do hicieran sus cuarteles,
para que las maderas acopiasen,
y la armazón completa preparasen
para *trece bajeles*;
y otros á Veracruz se encaminasen,
y con tamanes trasportar hicieran
todo el herraje, jarcias y velámen,
que aprovechar pudieran;
y sacaron resina suficiente
de árboles colosales,
á la vez que cortaban las maderas,
para después de armarlos
al lado de los limpidos canales,
el poder carenarlos.

Meditando Cortés cómo obtendría
la primordial material en esa tierra,
sin la cual para nada serviría
la arma mejor de fuego en una guerra,
recordó que el famoso Diego de Ordaz,
queriendo á los salvajes
admirar con sus hechos asombrados,
subió el Popucatépetl hasta el cráter,
ascendiendo en pos de él nueve soldados;
y á Montaño y Juan Mesa, el artillero,
comunicó el proyecto temerario;
los cuales, ofreciéronse, con otros,
á traer el azufre necesario;
su palabra cumplieron,
y así hasta concluirse la campaña,
la necesaria pólvora tuvieron.

Después de *cuatro meses* de reinado,
en los cuales Cuitláhüa,
levantando el espíritu de Anáhua,
que abatido yacía,
y al invasor de Méjico espelia,
de improviso *fenece de virihuela*,
y en Méjico es llorado
este de su defensa gran patriota,
penúltimo monarca celebrado. 269
Y para sucederle
fué por los electores aclamado
Guatimozín, de Motezuma yerno,
y sobrino arrogante y denodado,
á quien sangrientas guerras halagaban;

y al verse ya en el trono
y demostrar al invasor su encono,
ni sus fuegos ní fieras le arredraban: 270
odio profundo en sus entrañas siente
contra esa de oro ansiosa, ávida gente,
que destroza y saquea sus hogares,
y á sus dioses arroja osadamente
de oratorios y altares;
y al saber que los téules
no se preparan á cruzar los mares,
sino otra vez á continuar su empresa,
á todos los caciques poderosos
y guerreras provincias de la mesa,
invita á que, afanosos,
le ayuden á arrojar los invasores;
y puso sus cabezas *á alto precio*,
cual si fueran traidores:
así es que en el camino,
que después hasta Méjico llevaron,
á muchos invasores infelices,
colgados de los templos encontraron.

De Pánuco en las costas,
por entonces *tres naves* se avistaron,
pues Francisco Garay, en aquel punto,
insistía en fundar una colonia,
aunque á la de Cortés se hallase junto,
mas los indios aliados,
que cuidando se hallaban ese puerto,
con algunas familias y soldados,
para fundar un pueblo y sus cuarteles,
por *vez segunda* la invasión rechazan,
y ganan los vencidos sus bajeles,
haciéndose á la mar; pero violentos
separan á los buques fuertes vientos,
y sufriendo averías unos y otros,
perdiéronse de vista:
pero debían dar.... *estaba escrito*,
su pronto contingente á la conquista;
y tal escrito ondea
entre sus pabellones azotados:
llega *el primero*, en Veracruz fondea
con *sesenta* soldados;
el capitán Camargo lo dirije,
y á Pedro Caballero se presenta:
el segundo lo manda Miguel Diaz,
conduce *unos cincuenta;*
siete caballos, *buenas provisiones;*
y también felizmente entra *el tercero*,
con *cuarenta* soldados, *diez* caballos,
armas, algún vestuario y municiones,
y mándalo Ramirez de Rivero.

Cortés y sus soldados,
sus muchos sacrificios

empezaron á ver recompensados,
y éranles los sucesos ya propicios
y las noticias buenas;
pues las dichas ó males,
cuando quiere dar Dios, da á manos llenas,
ya sea oro á raudales
ó ya profundas penas:
así es que por fortuna
llega á Cuba un bajel de las Canarias,
sin encontrar dificultad ninguna:
tres caballos traía,
bastantes pasajeros
y trece aventureros,
y muy valiosa carga conducía
de arcabuces y artículos de guerra;
vestuarios, comestibles y calzado,
porque era lo que más precisaría
cualquier colonia en su naciente estado;
pero su dueño y cargador sabiendo,
que de un muy rico imperio poderoso
la conquista siguiendo
estaban aguerridos invasores,
y con razón creyendo
allí el poder sacar precios mejores,
á Veracruz dirijese lijero;
llega á ese puerto, y á Cortés tal nueva
comunica don Pedro Caballero,
quien la orden recibe:
—de comprar buque y cargamento entero
con mano generosa;—
y esos aventureros, encantados
de hallarse en esa tierra tan hermosa,
truécanse de marinos en soldados:
las cantidades de oro que veían
sus ojos deslumbraban;
grandes tesoros adquirir creian,
y con ellos soñaban.

Con tantos elementos ya reunidos...
con tan propicias áuras venturosas,
á Cortés piden todos, decididos,
preparar las banderas victoriosas
y su pendón de gala:
y Cortés, escuchando aquel acento,
de marchar á Tlascala
cree llegado el momento:
y fomentar queriendo á su Segura,
forma *un ayuntamiento*;
y para que en su idioma
fuera el naciente pueblo adelantado,
de *unos veinte* españoles y mujeres
al capitán Orozco deja al mando.

La luna llena en la tranquila noche
majestuosa camina,
como tierna beldad, que en muelle coche,
en su amante pensando, se reclina:
y á Cortés, que medita tristemente,
demándale Marina:
«Decidme, si el amar profundamente
¿es el cielo, el dolor ó algún veneno,
que corroe y oprime?»
Y Cortés, suspirando, la replica:
«¡Oh! Feliz tú, que sientes en tu seno
esa pasión sublime,
que al mortal dignifica!»
«¡Y vos tambien, señor, que amais la gloria,
que al héroe magnifica!
¡El amor!...... ¿No será cosa ilusoria?
Una téule me ha dicho:
que hasta el más grande amor es un capricho.
¿Pasará como el rayo fujitivo....
¿como una sombra, sin poder asirla?»
Cortés la mira.... y queda pensativo,...
sin saber qué decirla!

LXXI

1520

Hernán Cortés desde *Segura* escribe
su celebrada *relación segunda*
al grande emperador, do recopila
de *su primera* los sucesos todos,
por si su carta hubiérase extraviado,
pues *más de un año* hacía de su envío,
sin, en tanto, tener respuesta alguna:
y continúa dándole noticias,
desde que se encamina de Zempoalla
á emprender la conquista, hasta que vese
allí en Segura, por llevarla á cabo,
constante haciendo esfuerzos giganteos. 271

Con la ingénua verdad y la elocuencia
del genio y de la fe, de quien emprende
empresa colosal, que al mundo asombra,

así Cortés á su monarca escribe,
de ese imperio narrando las riquezas:
—la variedad de su preciosa flora,
sus minas, puertos y benigno clima,
hermosos valles y espaciosos lagos,
ricos productos, población valiente,
al par de hospitalaria é industriosa;
las riquezas que dióle Motezuma,
cómo en Méjico tuvo que dejarlas,
y el resto, que perdióse en los canales;
el gran conflicto de *la noche triste*,
y después su victorias sucesivas,
sus recientes alianzas poderosas
con guerreras provincias, que anhelaban
romper el yugo del monarca azteca;
de Narvaez la llegada, á quien derrota,
la hostilidad sangrienta de Velazquez,
y las últimas naves, que le apresa,
así como á Garay, otras que envía
de Jamaica también á hostilizarle,
elementos que allí, en vez de daño,
de su empresa en favor truécanse todos,
con evidente protección divina:
pondérale el arrojo y la constancia
de sus buenos soldados, que un imperio
para su España y rey van conquistando;
sacerdotes demanda para el triunfo
del divino evangelio en esos mundos,
y concluye, pidiéndole su ayuda,
aunque solo moral se la conceda,
para libre quedar de émulos viles,
y allí poder alzar la cruz de Cristo,
en esa tierra semejante á un cielo.—

Y en un buque, con buenas provisiones,
Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza
á España parten por Cortés mandados;
y conducen también otros oficios,
que de Segura y Veracruz envían
ambos ayuntamientos:—que al monarca
para bien de su España y esa empresa,
allí pedían que á Cortés dejase,
y su amparo supremo le otorgara.—

Y Dávila también y Alvarez Chico
van á Santo Domingo en otra nave,
á pedir á su Audiencia, que reprima
de esos dos de Cortés émulos viles:
—los traidores ataques, que retardan
el que triunfe en Anáhuac la conquista.—

Los jerónimos padres, que presiden
esa real corporación suprema,
en los litis, que hubieran en las islas,
y defendían de Cortés la cáusa,
prometen escribir al soberano
para que apoye la cristiana empresa,
é intimar á los dos gobernadores:
—que la conquista de Cortés no estorben;—
pero como la audiencia no ejercía
mas que un poder moral, poco acataban
sus órdenes los que eran requeridos;
y los dos capitanes se volvieron
á seguir en Anáhuac sus trabajos;
y Cortés y sus tropas de Segura
hacia mediados de Diciembre salen
á aprontar en Tlascala su campaña,

De fiestas y de júbilo
y dulces ecos rítmicos
la marcha fué triunfal;
con músicas y cánticos
los pueblos en el tránsito
se agolpan más y más;
y las legiones bélicas
seguían, como acémilas,
al noble capitan,
anhelando, famélicas,
el invadir freneticas
la rica capital;
y esa ovación espléndida
hízose más concéntrica
hasta Tlascala entrar.

Y hombres, mujeres, niños y decrépitos,
como hojas, impulsadas por el céfiro,
salen á recibir á esos ejércitos
fuera de la ciudad.

Y arcos triunfales, flores odoríferas
reciben al ejército español:
sus huellas sigue muchedumbre alígera,
y así dice á Cortés un orador
de voz vibrante y reluciente túnica,
al finar su patriótica oración:
«¡Oh, gran Malinche, sois de la República
de la noble Tlascala el vengador!»

A las aliadas legiones,
con que empezóse á agrandar
desde Segura el ejército,
que traía el general,
les ordenó, que acampasen
á orillas de la ciudad;
y él y demás oficiales,
de luto viéronse entrar
por la muerte del anciano
y senador principal.

De Tlascala el vecindario,
conmovido, agradeció
ese homenaje, que el téule
tributaba á su dolor;
y con su influjo Cortés,
del señado consiguió
que Magiscatzín, el hijo,
gozase la sucesión
que vacante se encontraba;
y al hijo así le pagó
lo que al finado debía;
y el joven, por tal favor,
al buen fray Bartolomé
el bautizo demandó.

Y Cortés, para en los indios
despertar la emulación,
con gran pompa y aparato
de caballero le armó,
con las mismas ceremonias
de su cristiana nación;
y *con buenas armas, dijes*,
y otras cosas le obsequió;
y recibióse en seguida
de Tlascala senador:
Lorenzo Magiscatzin,
desde entonces se llamó.

El viejo Jicotencal,
no queriendo menos ser
que Magiscatzín y el hijo,
pidió el bautismo tambien;
y otros caudillos siguieron
idéntico proceder,
con poco que para ello
les impulsara Cortés;
mas llegaban muchas huestes,
había mucho que hacer,
y el general entusiasmo
era el fuego del cuartel,
que no dejarse debía
enfriar ni palidecer;
y la conversión de tribus
dejóse para después,
que toda la Anahua hubiese
reconocido á su rey.

Montaño y Mesa á su caudillo ilustre
su palabra cumplieron,
y con cargas de azufre los tamanes
entrar allí se vieron,
sacadas de la ignífera montaña;
pólvora en abundancia fabricóse,
que alcanzó *para toda la campaña:*
á las tropas y al parque se abastecen,
y dejan bien cuidada *una gran parte*
en la amiga Tlascala,
como amparo y baluarte,
por si otra vez sufrían duras pruebas.

Mándanse componer las viejas armas,
y lanzas *por millares* se hacen nuevas,
de esas que allí usaban los soldados,
muy largas é imponentes,
y hacen usar también á los aliados,
y á ellos Cortés en su manejo adiestra:
de la guerra en el arte les instruye,
y con sus simulacros les demuestra,
como una gran legión se distribuye,
avanza, ataca y vence,
y como acaso en la derrota se huye.

De Veracruz llegaron
el herraje, las jarcias y aparejos,
que propios y servibles se encontraron;
y en el barrio, do hallábase la ermita
de San Buenaventura,
aglomerar hicieron Martín López
y Gómez, su ayudante,
palos de arboladura
y madera bastante,
que secundados por millares de indios,
recortaban, pulían y ensamblaban;
y de los viejos pinos de la sierra
la pez acaparaban,
para poder en poco tiempo armarse
los precisos bajeles,
y en las dormidas aguas el lanzarse.

Y como la faéna se esperaba
pronto ver concluida,
creyó Cortés inútil
demorar en Tlascala su partida

Aquel hacinamiento
de heterogénea gente, que llegaba
á seguir sus banderas á millares,
sujirióle á Cortes el pensamiento
de dar sus *Ordenanzas militares*,
tanto porque ellos, los cristianos eran
un átomo á los otros comparados,
cuanto porque Cortés muy bien decía:
—que no sólo *con hechos esforzados*
el triunfo se obtendría,
sino *que disciplina, y muy severa,*
para triunfar también se requería.—
Y en tal concepto expone:
—que la Anáhuac despliega su bandera
para que el Salvador *su obra corone,*
al extinguir allí la idolatría,

y entregar á su patria un gran imperio,
que de hijos dignísimos recibe.
Y en esas *Ordenanzas*, 272
toda blasfemia contra Dios prohibe:
y el juego,— que fomenta
la excisión peligrosa,
de extinguir imposible, - reglamenta:
y del robo en ciudad ó despoblado,
guardarse, del botín la menor cosa,
los duelos y disputas,
el faltar á su puesto en el combate,
al superior la falta de respeto,
y otras prohibiciones
precisas y tendentes al objeto:
y de ellas la ordenanza señalaba,
si era pena de azotes ó dinero,
ó con pena de muerte castigaba. 273

Y muy solemnemente
las ordenanzas pregonar se hicieron,
las que Aguilar al pueblo traducía.

Y como un hurto leve cometieron
en el siguiente día
dos nuevos indios de Cortés criados,
para que crédito á la ley se diese,
en el momento *viéronse colgados*:
igual pena á un español se impuso,
y vióse suspendido....
mas la cuerda se corta,
y en el acto, cayendo como torta,
sale como una gama disparando;
mas de diversos modos el gentío
quedó *esa buena suerte* comentando.

Pasa Cortés revista
á todos sus soldados,
y con *muy cerca de seiscientos* se halla,
bien vestidos y armados,
con su parque, bagajes y metralla;
de á caballo tenía *unos cuarenta*,
de arcabuz y ballesta *unos ochenta*,
y el resto infantería,
con espadas, rodeles y lanzones,
y unos nueve cañones,
que traen de Veracruz como trofeo:
tal fué el *pobre plantel*, con que salía,
á asombrar de la Europa á las naciones,
en el siglo en que estaba en su apogeo
la andante quijotil caballería.

Las fuerzas de Cholula y Tepeaca,
Tlascala y Guacocingo,
como una sombra opaca,
un grupo inmenso forman,
que estréchase compacto y se destaca
en torno á los suburbios extendido
de la libre ciudad, independiente.

Mírase allí á Jícotencal el joven
de sus fuerzas al frente,
aprendiendo y plagiando
de los téules el arte de la guerra....
y tal vez, sí, soñando
emplearlo, algún día,
en defender á su invadida tierra,
libre y feliz.... *cuando su dios quería!*

Y allí flatoanis, jefes y caciques,
con sus joyas y verde pedrería,
con su bordada túnica, flotante,
y rico peto de algodón mallado;
alto casco, con chapas de oro y plata,
y penacho ondeante,
sandalias y colores relucientes,
con sus armas valiosas,
y seguidos de siervos y sirvientes;
caciques y oficiales ...
del gran Malinche la orden esperaban:
las músicas, bocinas y timbales,
enseñas y pendones de colores,
escudos provinciales
y arqueros con sus flechas,
espadas, largas picas y macanas,
rodelas con pintados animales,
y las joyas pendientes
de los labios y orejas, como chispas
de erupciones brillaban....
y allí platoánis, jefes y legiones
del gran Malinche la orden esperaban.

Como *cien mil* arqueros,
que las banderas de Cortés seguían,
se dice que era el número de aliados,
hasta que los aztecas
en Méjico quedaron derrotados. 274

Así como el gran hijo de Filipo,
anhelando asombrar al Orbe entero,
y de los héroes ser el prototipo,
en feral controversia,
sus muchas macedónicas legiones
endereza triunfantes sobre Persia;
y á Darío venciendo,
sigue Alejandro en Asia y en la India
su poder extendiendo;
y deja conquistados,
en la que muere, edad de Jesucristo,
los tres grandes imperios afamados:

así después de *diezinueve siglos*,
con legiones de indígenas soldados,
otro gran genio militar, fecundo,
el invicto Cortés, armipotente,
de Colón en el rico, vírgen mundo,
conquista un gran imperio en Occidente!

Cortés plagia á Alejandro,
al gran César también Napoleon,
El Corán á la Biblia....
sí, nada hay nuevo ya bajo del sol!
Solo una cosa nueva el viejo mundo
absorto contempló....
ese *otro nuevo mundo* americano,
que *del ignoto mar sacó Colón!*

(Y hasta esta mi leyenda, hablando en plata,
que cito *por su pobre ejecución*,
—lo que prueba y delata,
que *no hubo ni he plagiado* otra anterior.—
copia es también, pues con verdad relata,
aunque falta de acierto,
lo que *en el siglo diezíseis pasó*
en el primer imperio, descubierto
del mundo de Colón).

Gozóse el gran caudillo
esas compactas huestes contempló;
y *su revancha* de la *noche triste*,
presto aguarda del tiempo vengador!!!

LXXII

1520

La española legión vése formada
al declinar la tarde tristemente;
y escúchase vibrante en la enramada
el canto silbador de los zorzales;
y Cortés se presenta ante su gente
seguido de sus buenos oficiales,
y pronuncia, cual tiene de costumbre,
bélica arenga, en circunstancias tales:

«Los seres inmortales, no importa que sucumban,
—les dice á sus guerreros—¡Morir es renacer!
El mundo está atestado de cunas y de tumbas,
y el alma desparece....para volver despues;
que imperios y legiones,
los mundos y los soles,
son átomos vagando, que Dios tiene á sus piés!

Salimos nuevamente, no solo contra bárbaros,
que búrlanse y no quieren seguir la religión,
sinó contra rebeldes, que ante estos nuestros lábaros,
á nuestro rey juraron, y hoy hácenle traición!

Y mas, contra enemigos, que nuestra marcha espiando,
al vernos indefensos los lagos repasar,
se van en nuestra sangre, cobardes alentando....
todo esto, sí, tenemos, muy pronto qne vengar!

No hay, pues, ni ha habido nunca, razón más poderosa
para á esta lid suprema fatídicos correr;
y si voluble suerte nos fuese allí envidiosa,
las aguas de Tezcuco nos vean perecer!»

«¡Sí,—gritan los soldados,
de gozo entusiasmados:—
partamos á vencer;
y si contraria suerte
ordena nuestra muerte....
las aguas de Tezcuco nos vean perecer!»

Parte Cortés al campo de los indios,
seguido de Marina y Aguilar
y varios oficiales y ayudantes;
y al llegarles á ver Jicotencal,
hace tocar timbales y bocinas,
y al momento allí están
de esas muchas legiones los caudillos,
que comiénzanle atentos á cercar:
y él en el centro de ellos les dirije
esta arenga marcial,
que van muy claramente traduciendo
Marina y Aguilar:

«Con vuestras dignas huestes, amigos capitanes,
unidas á las mías, saldremos á lidiar:
vosotros contra el robo, torpezas y desmanes,
buscais al fin, resueltos, justicia y libertad.
¡Honor y gloria obtengan aliadas las legiones!
Nosotros, decididos, engaños y traiciones,
que en Méjico nos hizo, corremos á vengar!

Valientes, cual nosotros,
tambien sé que vosotros
sabreis á nuestro lado cumplir vuestro deber;
que hagais os pido solo cumplir las ordenanzas,
pues no bastan los bríos, las flechas y las lanzas
para poder vencer;
sinó perseverancia, heróico sufrimiento,
al par que siempre audacia y un fijo pensamiento,
que ni hombres ni elementos consigan detener!»

Aullidos horrorosos
oyéronse en las huestes resonar;
era la gran protesta, que gozosos,
tras largo tiempo de sufrir agravios,
con sus cerrados labios,
hicieron estallar,
viendo llegado el no esperado día
de al tirano arrogante
del encumbrado solio hacer rodar.

El sol ya descendía
entre rojizas nubes, espirante;
y como era la marcha *al nuevo día*,
tocaron á silencio, y toda queda
envuelto tristemente en ese velo,
que en sus sombras parece á la fortuna:
la hora que describe así Espronceda:
era la noche: en la mitad del cielo
su luz rayaba la argentada luna....
y no sigo su canto, pues sería
el ir copiando el del *Patriota griego;*
pero sigo y diré, que amanecía,
y que si el gallo allí no cantó luego....
era por que importado no se había;
mas los trinos se escuchan armoniosos,
saludando sonrientes
los rayos luminosos
del día de *los Santos inocentes*,
en Diciembre veintiocho:
y en medio de la plaza
levantan los cristianos diligentes,
de ramas verde altar improvisado,
que al son de las trompetas y tambores,
en dianas repetidas,
cubriendo van de flores,
que llevaban las indias convertidas.

Solemne misa dice fray Olmedo,
por Aguilar y Diaz ayudada;
y en torno reverente
vése á toda la tropa arrodillada,
con sus armas brillantes,
hallándose á su frente
Cortés, sus capitanes y ayudantes.

Terminada la misa, les dirije
el fraile tan querido,
una oración cristiana y animosa,
más que nunca ferviente y conmovido;
los alienta, y diéndoles, concluye:
—que á su Dios y su patria
de tan santa campaña y tan gloriosa,
dar deben cuenta estrecha;—
y plenas indulgencias acordando,
su bendición les echa.

Váse formando la cristiana tropa,
con su parque y bagajes,
poniéndose también en movimiento
las legiones salvajes:
sale Cortés al frente de las suyas,
y manda en tal momento,
á algunos de sus prácticos tenientes:
—á que en la marcha vayan enseñando,
la disciplina y usos convenientes
á esas masas informes de legiones,
resueltas é impulsivas;
y que todas en orden y escuadrones,
en pos lleven distancias respectivas.

Sale el gentío,
siguiendo en pos
la alegre fuerza
del invasor;
y repercuten,
como una voz,
miles de voces:
«¡Adios! ¡Adios!»

Anduvieron *seis leguas* ese día,
Cortés yendo á la frente
de su caballería:
y entran á un pueblo: *Tezmeluca* era,
al pie de una montaña,
donde el cacique amigo les espera:
con sabrosa comida los obsequia
y *chicha* en abundancia,
y agua corriente de la limpia acequia.

Desde el primer albor de la mañana
subiendo fueron la fragosa altura,
cuyas sinuosas faldas revestían
endebles pinos con su tinta obscura;
y los surcos, que hicieron
del invierno las aguas torrentosas,
un gran estorbo fueron
al paso del bagaje y los cañones;
y los troncos y piedras
á la marcha también de los bridones;
mas en mucho sirvieron los afanes,
el hábito y destreza
de los buenos tamanes.

En aquellas alturas los soldados,
como recien llegados
de una temperatura más templada,
sentíanse de frío traspasados,
y érales angustiosa esa jornada;
y antes que las inhiestas
y desiguales crestas
trasponer consiguiesen, sorprendióles

como una del invierno larga noche,
y el hielo acurrucóles:
y de varias hogueras á la lumbre
procuraron dormir alguna cosa,
durmiendo... bien ó mal, según costumbre.

El nuevo sol naciente
las altas crestas á dorar comienza,
como en la orgía, entre las luces brilla
de arrogante mujer la rubia trenza,
y pálida de amor marmórea frente;
y el sol, sus rayos de oro desplegando,
sube á la cima la cristiana gente;
y mudos contemplando
la regia maravilla,
que el gran valle de Méjico presenta,
doblan... *como pigmeos*, la rodilla!

Así su luz divina Dios ostenta,
en cuadro esplendoroso
de célicos palacios,
para hacer doblegar su altiva frente
al mortal orgulloso,
que un cóndor sueña ser en los espacios,
cuando solo es un mísero gusano...
aunque después de Dios, también el hombre...
del Orbe es soberano!

Y si fué trabajosa la subida,
no menos parecióles la bajada,
sin rastros y escondida,
porque la senda hallábase cerrada
por los secos ramajes,
que para hacer dificultoso el paso,
exprofeso pusieron los salvajes;
pero á una división de tlascaltecas
mandó Cortés, que abrieran el camino,
y siguió la bajada,
no sin razón creyendo,
que hubieran preparado una emboscada;
mas solo fueron viendo
aquellos de las sierras
selváticos, ligeros animales,
ó de buitres carnívoros bandadas,
que presagiando males,
de las huestes seguían las pisadas.

Y al par que de esas cumbres descendían,
una temperatura más suave
por instantes sentían,
y la vegetación iba cambiando
en vívidos colores,
y sus sonrientes galas desplegando:
al tristísimo pino
reemplazaban el ancho sicomoro
y el gigantesco encino;
y en el suelo el follaje verde y oro,
silvestres flores y brillantes hojas,
con sus galas pintaban el camino;
y el maiz de color amarillento,
rivalizando con las bayas rojas
del cálido pimiento:
y por fin, ya pisaban la llanura,
donde la vista de los bosques libre,
estática miraba la hermosura
del encantado valle mejicano,
eden siempre sonriente,
que miraron bañado con los rayos
del rojo sol poniente.

Y ante aquel espectáculo sublime,
la veterana gente, conmovida,
prometió en su conquista tan gloriosa;
el salir victoriosa,
ó allí dejar la vida. 276

Conforme iban marchando,
fueron á la distancia descubriendo
nuevos grupos que se iban condensando,
y ocultándose luego ó dividiendo;
pero de una barranca
en los opuestos lados aparecen
agrupadas legiones,
que como desafiando permanecen
á las cristianas fuerzas aguerridas:
los ginetes el puente traspusieron,
y después que los indios resistieron
varias acometidas,
por los campos, dispersos se perdieron.

Y sin ser molestados,
hasta *Coatepeque* prosiguieron,
que era un nuevo pueblito, que distaba
de Tezcuco *tres leguas*,
y en él la tropa entraba
de noche ya, buscando
en poblado pasar noche tranquila,
y en breve todos se hallan descansando;
sólo insomne Cortés allí vigila,
sus cuarteles cuidando,
é inquiriendo las sombras su pupila,
como avaro judío su tesoro
admira largas horas extasiado,
de noche y á sus solas encerrado,
como madre amorosa,
en la cuna contempla al tierno niño,
y créese venturosa
de ser dueña de perla tan hermosa,
y no de un imperial manto de armiño.

Cortés aun no sabía
quien en Tezcuco á la sazón mandaba;
y como allí quería
fundar su campamento,
porque cerca de Tlascala le quedaba,
el saberlo anhelaba,
cuando por suerte consiguió su intento:
bien temprano llegaron
algunos cortesanos de Tezcuco,
y del señor en nombre le entregaron
una enseña de plumas y dorada,
ó de oro una bandera cincelada,
emblema de la paz que demandaron;
y á Cortés le rogaba:—que no entrase
hasta el siguiente día,
para ser dignamente recibido,
y alianza le ofrecía
y aun hacerse cristiano.
si también á vengarse le ayudada
del nuevo soberano.—

Mas Cortés de esa oferta desconfiaba,
y exigióles dijeran:
—¿por qué causa robaron y mataron
á *unos cuarenta* y *tantos* españoles
que por allí hasta Méjico marchaban,
ignorando que en Méjico
no ya los españoles se encontraban?—

Confusos respondieron:
que por mandato del monarca azteca
tal acto cometieron;
mas que Coanaco, su señor querido,
contra Guatimozín ya tiempo hacía
hallábase enconado y resentido,
y vengarse quería.

Fuése de mal talante la embajada;
y ese día, *Diciembre treinta y uno*,
sin encontrarse obstáculo ninguno,
hizo en Tezcuco su marcial entrada
la legión animosa,
del gran silencio y soledad pasmada
de aquella antes ciudad tan bulliciosa.

LXXIII

1521

De nobles de Tezcuco
una pobre embajada
recibe á Hernán Cortés en la ciudad;
y de Netzahualpilli el gran palacio
señalan á sus tropas por morada,
y las dejan en amplia libertad.

Y *era más espacioso*
ese que recibieron por cuartel,
que el regio y suntuoso,
que destinóse en Méjico á Cortés,
quien á las divisiones de indios hizo
algo lejos de allí permanecer. 277

Y Cortés, alarmado,
de que allí hubiese tal despoblación,
mandó á Olid, Bernal Díaz y Alvarado,
con una división:
que el más alto toacálli
subieran á observar,
—cuanto entonces pasaba
en toda la ciudad. 278

Y presto vuelven á Cortés diciendo:
que todos los vecinos y familias
continuaban saliendo;
los unos, en canoas,
en el extenso lago se internaban;
los otros á los montes,
en confuso tropel se retiraban;
y hasta el mismo Coanaco,
á quien mandó Cortés que se prendiera,
ya lejos, hasta Méjico seguía,
temiendo que el cristiano descubriera
su vil traición, que fracasado había. 279

Recordará el lector ó mi lectora....
si acaso hasta esta altura los tuviera;
y sinó, yo se lo recuerdo ahora,
que antes allí, en Tezcuco,
otro señor contra Cortés alzóse,
cuando aprehendió Cortés á Motezuma
y Cacama llamóse:
y que en la capital siendo encerrado,
por su hermano Cuicuitca
fué en aquel señorio reemplazado,
á instancias de Cortés; pero cuando éste

á Méjico dejaba con su hueste....
y como tal ha sido
lo que se hubo hasta entonces referido,
continuaré diciendo:
también Cuicuitca temeroso huía
de las iras de nuevo soberano,
por haber sido amigo del cristiano,
y al favor de Tlascala se acojía,
quizá con la esperanza
de formar un partido
para poder recuperar el mando,
pero su plan saliéndole fallido,
y volverse á sus lares anhelando,
tornó á entrar en Tezcuco,
confiado en que clemente
su hermano Coacano dejaría
que viviese en su hogar tranquilamente;
pero Guatimozín mandó á Coacano:
—que á Cuicuitca, su hermano,
sin más ejecutara;—
lo que sin más cumplióse;
—y él de Tezcuco de señor quedara. 280

Preséntanse á Cortés algunos nobles,
de un simpático jóven precedidos,
y llegan respetuosos, decididos,
su amistad y sus fuerzas á ofrecerle,
y el más anciano de ellos luego dijo:
—que era ese jóven el postrero hijo
del gran Nazahualpílli, de Tezcuco;
que el otro hijo Coanaco,
después que al buen Cuicuitca dióle muerte,
cual torpe fratricida,
consolidando su gobierno fuerte,
al nuevo emperador de miedo entrega
esa ciudad, á su dominio uncida:
que había de allí huido
porque iba á traicionar á los cristianos,
mas que luego, cobarde y aturdido,
fué á buscar los cuarteles mejicanos.
Y que ese jóven príncipe, presente,
del gran Nazahualpílli el heredero,
era el que merecía la corona
por ser por sus virtudes el primero,
y la más estimada su persona. 281

Como el que ve de un nido
un pájaro salir, y simultáneo
queda en su mano el pájaro cogido,
por movimiento, rápido, instantáneo,
así ante la noticia
de lo que allí acontece,
Cortés atrapa la ocasión propicia;
tan buena idea á realizar se ofrece,
diciendo á aquellos nobles:
—que aun cuando por la fuerza allí pudiera
el obligar al pueblo de Tezcuco
que su causa siguiera,
solo quiere del pueblo ser amigo;
y de ese digno príncipe esperaba
de la coronación el ser testigo,
y hasta Méjico luego
saldría presuroso.—
Todos los nobles á sus piés se arrojan,
y al príncipe y candillo castellano
aclama caluroso
el pueblo tezcucano.

Y entrégase á sus juegos, fiestas, bailes,
y el gozo y la alegría
vese en la ciudad, ufana y leda;
y en *el siguiente dia,*
con el ceremonial acostumbrado,
el Tecocól ó Ixtlilcóchitl queda
de señor de Tezcuco coronado.

Y el buen jóven tenía buen semblante,
y apenas *en los veinte años* frisaba,
y era bien parecido y arrogante,
de talento y valiente,
y mucho á los cristianos estimaba;
y decididamente
sirvió con lealtad y más denuedo
á Hernán Cortés en toda su campaña:
gustaba discutir con fray Olmedo,
de religión tratando,
quien con tesón un día y otro día,
al señor de Tezcuco convencía,
el que á su vez la lengua practicando,
al poco tiempo, *él mismo,*
pidió á Olmedo el bautismo,
y fué por su elección llamado Hernando,
y tuvo á honra cumplida
ahijado ser del capitán famoso.

Del nacimiento y vida
de este último hijo *de segundas nupcias*
del gran Nazahualpílli,
refiérense hechos varios:
nació en los pavorosos
negros días de horror, y extraordinarios
sucesos prodigiosos:
los sabios al horóscopo consultan,
y la fatal sentencia,
no al regio padre ocultan,
diciendo:—que ese su hijo
debe perder la vida;
porque había nacido destinado

á ser del blanco aliado,
y destruir la creencia establecida.—

Y el padre les contesta sábiamente:
—que si esos blancos vienen del Oriente,
en señalados y fatales días,
á cumplir de sus dioses justicieros
sus santas y anunciadas profecías;
y si encuéntrase su hijo destinado
á ser del blanco aliado,
eran cosas divinas y no humanas,
que no pueden ni deben impedirse,
y tienen absolutas que cumplirse,
como el salir el sol por las mañanas,
si preséntase el cielo despejado.—

Y según las recientes tradiciones,
mostróse el principillo tan osado,
de *doce años apenas*,
que de varios chicuelos
jefe siendo, formó una compañía,
como aquellas que forman los pilluelos
en villorrios y aldeas;
así él, con sus chicuelos ó soldados,
entraban en peleas
con los pobres vecinos, asaltados,
de ciertos arrabales,
pretestando ejercicios corporales,
y dejaban á muchos mal parados.

En vista de estos males,
volvieron á pedir los consejeros
á su sabio monarca:
que de sus agoreros
el mandato seguir ya se debia.

Mas antes que se hubiera
hacer algo el monarca decidido,
el osado chicuelo,
rabioso y ofendido,
de aquella delación, que le ultrajaba,
juntó á su compañía,
y apresó á ciertos delatores nobles,
á quienes dió *garrote*
en los enhiestos robles. 282

Mas otros, en seguida,
prendiendo al rapazuelo,
que creese en su arrogancia convertido
en un gran general ó reyezuelo,
le llevaban del monarca á la presencia,
pidiendo su castigo,
y él entonces replica con violencia:
«Injustos son conmigo.....
yo solo hice ligeros simulacros,
sín tener á ningnno de enemigo,
ni á nadie hube ultrajado;
mas despues, de adulones y embusteros,
en vez de ser honrados consejeros,
cual debían, mi padre, me he vengado:
ellos han procurado indisponernos,
y así quitarme el paternal cariño,
creyendo neciamente, que yo fuera
inofensivo niño,
que defender mi nombre no supiera,
pero ya por mi aliento y por mi nombre,
aunque niño, mas que ellos
soy yo, como lo ven, hombre y muy hombre!
Ellos me han ofendido y calumniado...
pues lo que antes dijeron, no era cierto:
y como noble y bueno me ha vengado..
por eso los he muerto,
y vais quedando libre de adulones!»

Como padre, sintióse envanecido
de haber á su hijo oido,
y juzgó de gran peso las razones
expuestas en su abono;
mas severo exigiéndole la enmienda,
contentóse el monarca
con echarle una buena reprimenda.

Y *á los diezisiete años*
ya había victorioso
en batallas y guerras conquistado
de capitán el título glorioso,
y de insígnias brillantes
veíase premiado.

Y entre muchas anécdotas picantes,
para probarse lo precoz del niño,
refiérese, que atento
observó en la mujer, que lo cuidaba,
algunas liviandades con un mozo;
y un día, que ella estaba
distraída, sacando
un cántaro del pozo,
la empujó, y ella al fondo fué rodando.

De este indomable temple fué el atleta,
que ese su reino, voluntad y brazo
entrega al anunciado del profeta,
á quien Anáhuac dobla la rodilla,
y á que allí se enarbole contribuye
la triunfante bandera de Castílla:
el odio á los monarcas mejicanos
causa fué que el indígena guerrero
se hiciera defensor de los cristianos:

y de la capital á su granero
mandó traer los granos,
que en muchos de sus pueblos existían,
para hacer el acopio,
que tales circunstancias requerian,
y á la vez satisfizo su amor propio.

La mejor cuña es la del mismo palo,
y de traiciones tales,
desde el ruso hasta el galo,
y desde los noruegos á orientales,
la historia de la Europa llena estuvo,
y en la nueva de América séguía!

Estratégico anduvo
el hábil capitán
en elegir, como cuartel y centro,
aquella capital,
porque Tlascala hallábase en un lado
y Méjico en el otro, y él situado
para poder en medio maniobrar.

Y al lado del monarca unos tenientes,
con espías ó agentes,
distribuyó Cortés;
mas todas sus beuéficas medidas
las palparon y fueron conocidas,
y dióse á su amistad completa fe.

Media legua los lagos se encontraban
de la antigua ciudad;
y para que hasta ellas los bajeles
que construyendo estaban,
pudiéranse acercar,
á ahondarse comenzó un arroyuelo
por *más de ocho mil indios*, que al trabajo
se entregan con afán.

Pasada *una semana* de estadía,
todo pronto y en orden se tenía;
y dejando en Tezcuco á Sandoval,
dirigióse Cortés á Ixtapalapa,
como primera etapa,
cuyo punto distaba *unas seis leguas*,
procurando su empresa acelerar;
como *diez mil* aliados,
un grupo de ginetes.
y *trescientos* soldados
conduce á hacer aquella expedición;
y entre bosques y aldeas
después que *cuatro leguas* anduvieron,
una arrojada hueste les salió.

Su constaute bravura
demuestran los aztecas;
pero ante el ánsia de venganza hirviente
de aquellas divisiones tlascaltecas.
y el invencible empuje
de la audaz invasora infantería,
se desbanda, huye y ruge,
y en medio estripitosa gritería
entran en la ciudad, en pelotones,
do todo el vecindario,
como trapo que rásgase en jirones,
trasformado en espanto su bravura,
corre en las calles, chócase y estrella
en su mortal pavura.

Los cristianos y aliados
á esos dispersos indios
persiguen engolfados;
mas próximos á entrar á Ixtapalapa,
ven en el lago *cientos de canoas,*
con flecheros, que van apareciendo;
mas á ellos despreciando,
siguen á los vencidos persiguiendo,
y á ellos mezclados en la playa entrando.

El que vencer anhela,
no se pare en los medios, accesible;
si al rigor apelar quizá nos duele,
el salir derrotado es más terrible.

Quien buenos puños tiene á ellos apele,
como mejor razon indiscutible;
y mas con gente burda y desbocada;
por qué ¿dónde hay más lógico argumento,
que los dientes romper de una trompada
á algún desvergonzado, á algún pedante?
Pues si gran cosa es tener talento,
es á veces mejor la fuerza bruta
para salir triunfante,
cuando la discusión raya en disputa.

¡Oh, quién en ciertos casos no ha envidiado
de algún hercúleo estivador de pipas
el duro puño, como casco herrado!

LXXIV

1521

Pavorosos dejando sus hamacas,
huyen de Ixtapalapa los vecinos;
unos á los albergues sobre estacas,
otros á las canoas ó caminos;
mas defienden su vida
con rabia y agrupados,
como el tigre, que deja su guarida,
al recibir del cazador los tiros,
para acechar en torno á la partida....
pero iban perseguidos, derrotados,
y seis mil perecieron,
sin distinción de sexos ni de edades;
pues como hambrientos lobos
en yermas soledades,
sobre ellos, sin piedad arremetieron
los fuertes tlascaltecas, vengativos:
y al cundir las tinieblas de la noche,
miran en su dolor los fugitivos,
que ardiendo sus hogares,
alumbran la matanza,
los horrores, saqueos y venganza
de los aliados indios invasores. 283

Mas se oye de repente,
como huracán que avanza,
ronco rumor del agua estrepitosa,
cayendo de un torrente;
y la allí gente aliada,
corriendo pavorosa
y gritando:—está rota la calzada,—
buscando vá del pueblo las salidas.

Cortés supuso entonces,
que las fuerzas, que vieron prevenidas
en las muchas canoas,
en abrir las calzadas se ocuparon,
cuando los invasores
en la ciudad entraron:
manda reunir sus tropas en seguida,
y de allí, presurosos,
emprendióse con orden la partida.

Y si demoran
un poco más,
todos perecen
en la ciudad,
porque las aguas
subiendo van;
y si do es alto
peligros no hay,
á la vez tienen
que caminar
con agua al pecho,
do bajo está.

Del vasto incendio
la claridad
dáles sus lucen,
que ven brillar;
y tan profundo
se halla el canal,
y la corriente
tan ráuda vá,
que á veces tienen
hasta nadar;
y el viento helado
del crudo austral,
y negra noche.
que soportar;
y armas y ropas
advierten ya,
que llenas todas
de lodo están.

La vida apenas,
en su ansiedad,
los tlascaltecas
logran salvar;
y lo saqueado
dejando van
en las calzadas
ó en el canal,
que es preferible.
cuando hay que optar,
salvar la vida
y no el caudal.

De tantos peligros
las fuerzas aliadas,
á tierra agrupadas
consiguen salir;
y allí, prevenidos,

los indios saliendo,
los van persiguiendo
con ronco rugir;
y arrójanles flechas
y piedras y dardos,
altivos, gallardos,
al verles huír;
mas pronto rehechas
las lanzas. caballos,
domiuan las flechas
y el indio corrió;
y entonces la tropa,
en breve jornada,
sin ser molestada,
en Tezcuco entró.

Si esta segunda empresa
tan favorable en su comienzo fué,
este triste incidente, y tal sorpresa,
debieron á Cortés,
conteniendo su arrojo en adelante,
más cauteloso hacer.

Si los indios fingiéronse en derrota,
el ataque al sentir
de la cristiana tropa,
fué solo de ellos preparado ardid,
para que en su ardimiento los cristianos,
como hambrientos alanos,
se lauzasen á entrar en la ciudad,
y luego entre las aguas
placenteros su muerte contemplar.....
aquello, á mas de arrojo,
era al pueblo llevar la inundación...
mas sacábanse un ojo,
por ver al enemigo sin los dos;
pero *el civilizado*
del mísero ignorante allí triunfó.

En enemiga tierra,
cercado de peligros por do quier,
y de asechanzas, en tremenda guerra,
hasta lo inverosimil é imprevisto,
desconfiado, ingenioso, insomne y listo,
sin descanso debíase prever.

A pesar del percance
que sufriera el ejército español,
fué tan tremendo el lance,
para los tristes pueblos en redor,
el ver que Ixtapalapa
su calzada derrumba, y entre el fuego
más de algún arrabal desapareció,
que afligidos muy luego,
llenóse todo el valle de terror.

Y tal de ese estrago,
cruzando la sierra,
el eco retumba
y va más allá,
que llega á Tezcuco
de nobles de Otumba
humilde embajada,
pidiendo la paz.

Y entre otras, acude
la más principal,
la rica del Chalco
valiente ciudad,
situada al estrecho
del lago oriental,
que supo su raza
viril sustentar,
y la más poblada
por su antigüedad,
de Méjico siendo,
en tiempos atrás,
constante enemiga,
terrible rival.

De la lealtad del Chalco desconfiando
el nuevo emperador,
allí fué prontamente acumulando
una fiel, numerosa guarnición;
mas queriendo de allí la noble gente
el ominoso yugo sacudir,
envían á Cortés, secretamente,
como aliados, socorros á pedir.

Certero á Cortes plugo,
al estimado joven Sandoval
y al precavido Lugo,
tan importante empresa confiar:
y parten anhelantes
á cumplir su misión,
con doscientos infantes
con sus cabos; y *quince* de á caballo,
y de aliados dispuesta división.

A poco de emprender aquella marcha
al son de himnos marciales,
los aztecas de súbito salieron
de los altos maizales,
y deshacer quisieron
la buena retaguardia thascalteca,
y muerte á algunos dieron;
mas pronto el triunfo en dispersión se trueca;
tornan á su defensa los cristianos,
y vuelven las espaldas
los grupos mejicanos,

después que sostuvieron un ataque,
y piérdense en las selvas y sus faldas.

Y fué su dispersión tan repentina,
al ver cómo caín los flecheros,
al fuego aterrador de los contrarios,
que tan solo duraron sus columnas,
ante terror tan hondo,
lo que duran artículos de diarios
ó *llamados de fondo*,
y ahora editoriales,
después que se han leído;
y el general desbande
fué tan pronto y tan triste su alarido,
cual del ataque el ímpetu fué grande.
Y sin otra sorpresa haber sufrido,
y hasta caer la tarde, que hacen alto,
marcharon todo el día.

El monarca de Anáhuac, vigilante,
que por doquier tenía
algún astuto espía,
supo, como político desfalco,
en Méjico al instante,
la imprevista traición de Otumba y Chalco;
y que iban en su ayuda de Tezcuco
á salir los guerreros invasores,
y mandó á esa campiña á interponerse
sus legiones mejores.

Por un terreno plano,
del sol á los albores,
cubierto de *maguezes y maizales*,
proseguía el ejército cristiano,
cuando mira salir esas legiones
allí ocultas, cual fieras en corrales,
que lánzanse en el llano,
y aparecen, cual álzanse en verano
insectos á millones
de pútridos y hediendos lodazales,
ó á las aves domésticas persiguen
dañinos animales
de cuevas ó escondidos matorrales:
de tal suerte acosados
se encuentran los aliados;
pero como el león, que ruge, avanza,
desgarra y chupa de la carne el jugo,
así aprestan su lanza,
y los jinetes, Sandoval y Lugo,
comienzan de salvajes la matanza,
abriendo calles van con sus dragones,
y el fuego de la vieja infantería;
y por ellas entran alentadas
las fieles thascaltecas divisiones,
y deshacen, con ímpetu terrible,
á las desordenadas
mejicanas legiones numerosas,
que en espanto indecible,
caras vuelven medrosas;
así el hombre, que vese empobrecido,
y no muy bien vestido,
entra en el salón del opulento,
temeroso de ser desatendido.

De Otumba y Chalco las aliadas fuerzas
á los cristianos á auxiliar venían;
pero solo encontraban
las rotas divisiones, que huían,
y á esos campos por siembre abandonaban,

Y en el Chalco en seguida repercute
de esa victoria el eco placentero,
mientras la azteca guarnición se aleja,
sin esperar al invasor guerrero;
y tan deseado éxito festeja
la contenta ciudad, donde esa noche
las victoriosas fuerzas penetraron;
y fiestas, agasajos y banquetes
y sinceros aplausos encontraron,
y de donosas indias recibieron
olorosos y bellos ramilletes;
y aún después, tan tiernas se mostraban
con los rubios infantes y jinetes,
que hasta besos. . . no sé, si más les daban. . .
pero con tal candor y complacencia,
como la tierna alumna,
haciendo penitencia,
da besos respetuosos
al cordon del señor de la columna,
en éxtasis de amor, vertiginosos.

Todos los sentimientos y pasiones
grandes, ruines, infames, generosos,
dejan ver del mortal en el semblante
sus manifestaciones.
¿Mas quién lee en ese libro indescifrable,
de ráudas transiciones,
como es el porvenir, impenetrable?
Los mortales no pueden descifrarlo,
aunque atentos escuchen sus oídos
é investiguen sus ojos,
como el salvaje, en rastros ya perdidos.

Esta es del mundo la eternal careta,
que estravía al más sólido criterio;
que rinde al fuerte atleta,
y hace pasar al pillo por profeta;
y el robo, la traición y el adulterio

engañan á los pueblos y al esposo:
hay que optar entre víctima ó verdugo;
y el mortal nace y muere en un misterio!

La negra envidia y las pasiones viles,
con rostro ajado y lividosas tintas,
ni por la dicha y juventud extintas,
revélanse en el rostro, y sus perfiles,
son los de esos cobardes y serviles
de antipática faz, condenadora,
satánica sonrisa aduladora,
de mirada siniestra
y voz baja y traidora,
y el andar cauteloso
de hiena y zorro, que sus dientes muestra;
he aquí al egoista y ambicioso,
al traidor, malvado y envidioso:
inocular veneno es su destino,
y maldecir de todos la existencia,
odiar á la virtud, y hasta la esencia
desdeñar del espíritu divino!

Con pálido semblante
y la santa expresión de la ternura,
con la mirada de la luz radiante,
que refleja del alma la hermosura
y mágica palabra halagadora,
revela sus hidalgos sentimientos
y grandes pensamientos,
el que tiende su mano bienhechora
al huérfano, infeliz y desvalido:
el que entusiasta alienta
á la virtud, al genio y al patriota,
y en elocuente nota
al vicio infame y tiranía afrenta,
y á la maldad por donde quiera azota:
el ser que engrandecido y abnegado
á su patria liberta
con pecho denonado,
y su preciosa sangre generosa:
y este sér, que héroe ó martir, asi viene
á cumplir en la tierra su destino....
en su existencia bendecida tiene
gérmen santo de espíritu divino!

Más toda obra extensa, en estos tiempos,
al lector acobarda;
y débense omitir las digresiones,
que hacen la exacta narración más tarda,
aunque amena á su vez por lo variante...
mas si es poner albarda sobre albarda,
sigamos adelante.

LXXV

1521

Sin armas, y únicamente
con entrar en la ciudad,
otra victoria en el Chalco
pudo obtener Sandoval.

Como unas y otras provincias,
desde largo tiempo atrás
estaban enemistados,
hallándose en caso tal
las de Tlascala y el Chalco,
logró ese jefe mediar,
y consiguió, por entonces,
que celebrasen la paz,
para que ambas, así unidas,
al invasor capitán,
se consiguiese que á Méjico
más pronto pudiera entrar,
y así verse libres ellas
del despotismo imperial.

Y por tal razón pudieron,
sin hallar dificultad,
de Tlascala las legiones
del Chalco en torno acampar.

La división castellana,
terminada su misión,
vuélvese para Tezcuco,
y con ellas fueron dos
de los principales hijos
del ya finado señor,
á conocer á Cortés
y ratificar la unión;
y uno de aquellos mancebos
á Cortés manifestó:
—que su viejo, amado padre,
del Chalco gobernador,
de no haber visto á Malianche
con la pena falleció;

pues creía que los blancos
de la azteca tradición,
eran los mismos que en Méjico
Motezuma recibió,·
y que nunca de Cuitlahüa
quizo aprobar la traición;
ordenando á ellos, sus hijos,
que al ya llegado invasor
le prestasen vasallaje,
como fué de él la intención;
y cumpliendo este mandato,
presentábanse los dos
á rendirle su obediencia
y pedirle protección,
porque á la merced quedaban
del muy duro emperador.

Muy complacido el caudillo,
escucha aquella adhesión;
háceles buenos regalos,
y algunas fuerzas les dió
para librar su ciudad
de alguna osada agresión.

Y también igual pedido
hiciéronle otras ciudades,
pero con pena, no pudo
con sus soldados prestarles
inmediata y pronta ayuda;
pues ni aún eran bastantes
los sus muy pocos guerreros
para ese tremendo lance,
si en el noble aliento de ellos
y en su causa no confiase. 284

A *ocho ó diez* prisioneros
de aquellos más principales,
que cogieron sus soldados,
antes que al Chalco llegasen,
manda Cortés se presenten
ante él y sus capitanes;
y lívidos, medio muertos,
cual si la muerte esperasen,
no á implorar perdón se atreven
en ese postrer instante;
y dispone de las manos
las cadenas el quitarles,
y por Marina les dice,
entre blando y arrogante:
«En vosotros yo pudiera
justa venganza tomar
por los valientes cristianos,
que ultimó vuestra maldad,
y servirme de la horca
ó del fuego celestial,
para fríos vuestros cuerpos,
en los campos arrojar;
pero en nosotros impera
la cristiana humanidad,
y por eso hemos venido
el tirano á derrocar,
que os roba vuestro trabajo
y os priva de libertad.
Así, pues, podeis marcharos,....
libres por mi órden estais;
pero al monarca decid:
«que el cristiano capitán
le perdona su traición
y el acto vil y desleal
de haber muerto á Motezuma;
y que le permitirá
que aquí siga bien reinando,
si presta fidelidad
al monarca castellano,
y una embajada de paz
para guiarnos hasta Méjico
apresürase á mandar;
mas si altanero rehusa
tan generosa piedad,
y seguir quiere la guerra,
entrará como huracán
en su Méjico soberbio,
y hará al punto tremolar,
entre la sangre y escombros,
su invicto pendón real.»

Y como liebres los presos,
á Méjico van á dar,
donde al monarca refieren
lo que dijo el capitán;
pero el altivo monarca
no se dignó contestar.

Y así debió suceder,
pues desde la antigüedad
parece que es en los pueblos
una eterna ley fatal,
que para su redención,
su progreso y libertad,
con su noble sangre deban
sus propios campos regar.

Cortés aviso tuvo, que una escuadra
de cientos de canoas
con sigilo *esa noche* iba á pasar
por los extensos lagos tezcucanos,
y gran acopio de valiosos granos
á Méjico á llevar:

y por la márgen de los lagos puso
extendida y experta división,
que sorprenda al pasar á los barqueros;
y llena de Tezcuco los graneros,
causando al vecindario admiración.

Y otros recientes triunfos
obtienen los aliados á la vez
en los cercanos pueblos guarnecidos,
que tenía el monarca prevenidos,
creyendo así la marcha detener,
que iba por pasos y horas calculando,
como un gran matemático Cortés.

De heterogéneas razas y provincias
habíase ese imperio constituído
desde su fundación;
y aún se hallaba por odios dividido,
sangrientas tradiciones,
quejas y maldiciones,
contra el fuerte gobierno usurpador;
todo esto, por entonces,
su conquista á Cortés facilitó;
mas las rivalidades,
que habían entre pueblos á la vez,
grandes dificultades,
el calmarlas costáronle también;
porque aunque muchos de ellos por aliados
habíanse venido ya á ofrecer,
rehusaban ayudarse
y en benéfica alianza congregarse;
y el poderlos unir y convencer,
que todos de consuno le sirviesen
y sus mandatos dóciles siguiesen,
esta fué *otra gran obra* de Cortés. 285

Como hacen los tiranos
el día, que precisan
la sangre de esforzados ciudadanos,
para que al débil trono defendiendo,
se lacen á morir,
así de los impuestos eximiendo,
á todos adulando,
y á los buenos caudillos levantando,
supo Guatimozin
la gran insurrección ir conteniendo,
atrayendo á su gente,
el defender su trono, y á su frente
disputar la victoria ó sucumbir.

A Cortés comunica Martín López:
—que estaban terminados las bajeles,
es decir, ya arregladas las maderas,
con que se construirían;
é íbase á hacer el viaje hasta Tezcuco,
con *diez mil* infieles:
que *ocho mil* llevarían
tablas, járcias, herraje y armamento,
y otros *dos mil* tamanes
para todo el trayecto el alimento.—
Y unos *diez mil* flecheros á vanguardia
cuidaban del apresto,
y otros *diez mil* también á retaguardia,
cuya fuerza mandaba Chichimeca,
á la *edad veintitres*, como afamado
general tlascalteca.
Se ha visto anteriormente que Alvarado,
á quien dejó Cortés
de las fuerzas en Méjico encargado,
por sus desmanes fué,
quien sin motivo trajo el rompimiento,
que hasta salir de allí duró sangriento,
sin poder alegar,
en favor de aquel acto vejatorio,
que algo bueno pudiera resultar.

Olid, aunque muy práctico y valiente,
experto y competente
y de gran previsión,
era reconcentrado,
sedicioso y taimado,
y confianza á Cortés nunca inspiró.

De Medellín oriundo,
y de Cortés patria, era Sandoval,
muy jóven, *veinticuatro años* tenía,
y el ejército todo le quería,
casi como á su insigne capitán;
y modesto, bravísimo y prudente,
logró rápidamente
justa fama adquirir este oficial;
y á él, pues, por sus méritos bastantes,
su capitán volvió,
con doscientos infantes
y quince de á caballo,
á confiar la honrosa comisión
de custodiar las naves,
que López en Tlascala fabricó;
y entre alegre gentío numeroso,
venían en solemne procesión. 286

De Sandoval la tropa
tenía que pasar por *Zultepeque*,
donde fueron *cuarenta y más* cristianos
sorprendidos y muertos
por alevosas manos;
y por tal causa halláronse desiertos
el pueblo y arrabales,
al entrar los infantes y jinetes,

que en teocállis ven abandonados,
como raros juguetes,
los desnudos cadáveres colgados,
como tambien sus armas, armaduras,
y allí un letrero en la pared decía:
—Concluyerón aquí sus desventuras
Juan Yuste y otros presos,
á Méjico al pasar en compañía.—
Y después de entonar algunos rezos
por esos infelices,
los cuerpos enterraron,
teniendo que taparse las narices;
y á los salvajes, que después pillaron,
en la frente marcaron.
La población volvió; fué perdonada,
y culpó de ese crimen
á una fuerza de Méjico mandada.

Volvió á seguir la tropa su camino;
mas apenas habia
de Tlascala avistado las fronteras,
cuando ondear contempla las banderas
que el thascalteca ejército traía;
y sobre las maderas,
que iban á trasformarse en bergantines,
se ven esas tambien de los guerreros,
que en América, en cumbres y arenales,
desiertos mares y estendidos llanos,
hicieron inmortales
el nombre y los pendones castellanos.

Los buenos materiales
contemplan los cristianos
de los *trece bajeles*,
que debían lanzarse en los canales,
debidos al experto Martín Lopez
y hábiles thascaltecas industriales.

Parecióle supérflua tanta gente
al joven comandante,
é hizo volverse á parte de esa escolta
y con sus fuerzas púsose adelante;
pero advirtióle alguno,
que andaba Chichimeca disgustado
por ir á retaguardia;
entonces colocándose á su lado,
es decir, no marchando ya á vanguardia,
quejósele el indígena y le dijo:
—que siempre hubo marchado
de su gente adelante,
para ser el primero en el ataque
y el primero en salir también triunfante.—
Y Sandoval replica:
—que á retaguardia hallábase el peligro,
y por eso era el frente,
donde ambos se encontraban,
cada cual como jefe de su gente.—
Mas descontentadizo,
parece que al salvaje la respuesta
no mucho satisfizo,
creyendo fuese cosa vejatoria,
que alguno compartir con él quisiera
el laurel inmortal de la victoria.
Molesta fué y penosa
por las sierras la dura travesía,
para la pobre gente, que traía
la tan pesada carga fatigosa;
pero en aquella *sin igual conquista*
todo fué grande..... .*glorias y trabajos*
y heroismo asombroso;
y de Tezcuco encuéntranse á la vista
al declinar el *cuarto dia*, hermoso.

Al gran convoy á recibir salieron
el español ejército, gozoso,
los vecinos, las tropas tezcucanas,
y todos con sus ropas más galanas,
cornetas y atabales,
patrios aréitos, cánticos triunfales
y vítores y hosannas:
seis largas horas en entrar tardaron,
y después á sus bailes y placeres
largas horas, contentos, se entregaron.

Con lástima Cortés les aplaudía....
es la luna de miel de los esposos ...
la fiesta del hogar, que sonreía....
luego quizá veriales llorosos,
en el combate cruento:
así preciso le era
aplaupirlos también, en su contento!

Y el capitán, por medio de Marina
de halagüeña manera:
—da las gracias á todos los aliados,
despertando su espíritu ambicioso
con atrayentes ecos encantados,
como arrullos de nítida paloma.—
Mas todo tiene nombre,
y esto se llama, en cualquier idioma,
la explotación del hombre sobre el hombre,
pues no hay hombre, sin hombre, en esta vida:
es la social cadena,
que el génio impone con su frente erguida,
que al triste oprime y al audaz levanta
de la vida en la escena.

Basta de digresión, y continuemos,
de las vírgenes zonas,
nuestros aztecas cuadros, mal trazados,

antes que alguien nos llame *pinta monas.*
Oyeron á Marina
los indios extasiados;
y cada cual exígele, anheloso,
de oro ó gloria ambicioso:
—que bajo la bandera bienhechora,
cuanto antes á vengar ofensas mutuas
á la lid los conduzca vengadora.—

Y al egregio caudillo
cada cual exigía,
lo que él á todos ellos,
si ellos no lo pidiesen, pediría.

Es del *dinero ó gloria* el aleteo,
que consume y desvela....
del inocente niño es el deseo
letal, siempre engañoso,
que ya ser hombre anhela,
cuando solo el mortal es venturoso
en esa edad, que el porvenir nos vela....
en que el amor nos basta, no ambiciosa,
y de nada recela!

LXXVI

1521

Cortés impedir quiso,
que el tiempo destructor,
de sus muchos aliados
enervase el ardor,
si á la holganza seguían entregados;
así es, que *al cuarto dia* resolvió,
el salir con un gran destacamento,
hacia la capital,
y un reconocimiento
de sus pueblos en torno practicar;
y con su división, allí en Tezcuco
quedóse Sandoval,
á quien dejó también encomendado:
—que la terminación de los bajeles
procurase activar.—

Con *unos trescientos* hombres
y *otros veinte* de á caballo,
y con bastantes legiones
de los reunidos aliados,
y llevando por segundos
á Olid y Pedro Alvarado,
marchó Cortés á Jaltócan, 287
pueblo circuido de lagos,
por calzadas accesible,
y hoy *San Cristóbal* llamado,
y *cinco leguas* distante;
mas casi al llegar hallaron
un ejército extendido
de flecheros mejicanos,
que en pronta fuga pusieron
los infantes y caballos;
y unos suben las montañas
y otros al pueblo se entraron,
y heridos y muertos dejan
esparcidos por el campo;
y prisioneros bastantes
á Tezcuco se mandaron.

De sus caballos al frente,
en la siguiente mañana,
entra Cortés decidido
hasta tocar las calzadas;
mas rehechas y en canoas
las legiones mejicanas,
con dardos, piedras y flechas
á los blancos acosaban;
pero un joven tezcucano
de aquel peligro les saca;
dice á Cortés:—quel él conoce
un vado que cerca estaba,
y que llevarles podría
hasta llegar á la plaza.—

Confíale los infantes;
y aunque fueron en la marcha
por los indios molestados,
tomaron pronto venganza
al llegar á tierra firme;
y Cortés, que á retaguardia
quedóse con los jinetes,
entra en pos, y desbandadas
huyen las gentes del pueblo,
y es la ciudad saqueada
por los muchos cuerpos indios,
que antes de partir se holgaran
de mirar á ese recinto
sepultado entre las llamas.

Por un tortuoso camino
á tres pueblos prosiguieron;
Tenajócan, Cuauhtitlan
y *Azcapotzalco*, este siendo
de compra y venta el mercado,
do mandábanse los siervos;
y de tiendas y bazares,
y también de los joyeros
más ricos y primorosos
de todo ese vasto imperio;
y todos con sus alhajas
abandonaron el pueblo,
y vecinos y legiones
ganaron los altos cerros,
donde hogueras levantando,
iban la alarma estendiendo.

Esta parte del Anáhuac,
que las castellanas fuerzas
investigando recorren,
era la más opulenta
por sus diversas industrias
y más cultivadas tierras,
sus muchas frutas sabrosas
y variadas flores bellas;
y el cerro de Mozetuma
encontrábase á su diestra,
y allí el templo, donde hallaron,
tras *triste noche* funesta,
seguro asilo y descanso;
y en frente de ellos se eleva
la Tácuba hospitalaria,
y hacia el Oriente contemplan
la tristísima calzada,
que su huída les recuerda...
y á Tácula en derechura
marchan las cristianas fuerzas.

A disputarles el paso
mayores se les presentan;
pero salen los jinetes,
lanza en ristre, á la carrera,
y de arcabuces el fuego
y las temibles ballestas
detienen el huracan
y dispersan la tormenta;
vacilan y huyen los indios,
y Cortés, sin resistencia,
entra en Tácuba y pernocta,
cual si rendida estuviera. 288

A *la siguiente mañana*
con los aztecas se encuentran,
que los suburbios cubrían
y en las llanuras extensas
presentábanles batalla:
trábase nueva refriega,
y más denuelo en las turbas
que el día anterior contemplan;
pero al fin, otra vez ceden,
la ciudad ganan dispersas,
mas los osados cristianos
á arrojarlas vuelven de ella,
y ardorosas las legiones
de los fieros tlascaltecas,
entregáronse al pillaje
é incendiaron con sus teas
casi todo un barrio entero,
diciendo:—que así la ofensa
vengaban, que á los cristianos
infieron los aztecas,
cuando á traición, por la noche,
en las calzadas los cercan. 289

Y aunque Cortés los contuvo,
no mal sentóle esa muestra
que dábanle los lebreles,
al proseguir en su empresa.

Y de Tácuba ó Tlaclópan,
en un antiguo palacio,
—que era una seguida serie
de edificios de un mismo alto,
como todas las mansiones
de esos ricos potentados,—
su cuartel Cortés fijó,
seis días allí pasando;
mas no transcurrió uno solo
sin que aztecas y cristianos
tuviesen escaramuzas;
y pudo haber resultado
de la última que se tuvo,
un lamentable fracaso,
porque el invicto Cortés
en una carga engolfado,
internóse en la calzada
de los recuerdos ingratos,
persiguiendo al enemigo,
quien fingió huir destrozado
para volver á la carga,
presuroso como un dardo,
surgiendo canoas miles
en las aguas por encanto;
y entre horrible granizada,
viéronse todos cercados,
al aturdidor aullido
de gritos, como de diablos;
y el alférez Juan Volante,
que llevaba entre sus manos

la bandera de su cuerpo,
herido y de ella abrazado
cayó al agua, y conducido
fué á una canoa en el acto;
mas al verse algo distante,
los atropella, arrojado,
su acero empuña y bandera,
y arrojándose en el lago,
pudo juntarse á los suyos,
defendiéndose y nadando,
y devolviendo á su cuerpo
su nunca vencido lábaro. 290

Y Cortés, entre peligros,
regresando paso á paso,
y haciendo sereno, firme,
siempre frente á empuje tanto,
que sigue, aumenta y le acosa,
aunque dejan los aliados,
entre el tumulto y ataque,
muchos muertos, va llevando
de su gente los heridos,
al salir de entre los lagos;
y á Dios todos dan las gracias
por haberlos libertado
de perecer como víctimas
de esos salvajes fanáticos.

Al hacer esta escursión,
también tuvo por objeto
ver Cortés si conseguía,
por medio de algún pretesto,
tener una conferencia
con el emperador nuevo;
así es que en la retirada,
de indios un grupo viendo,
con un intérprete al punto
se separó de su ejército,
y haciéndoles una seña
de paz y quedarse quietos,
preguntóles:—si algún noble
había entre todos ellos,
para mandar un mensage
al señor de aquel imperio;—
pero ellos, en son de burla,
al punto le repusieron:
—que allí todos eran nobles,
y que hablase sin rodeos.—

Mas viendo que el capitán
observábales atento,
agregan:—¿Piensa Malinche,
para creerse de acá dueño,
que aún hay otro Motezuma? 291

Viendo de ellos el aspecto,
volvióles Cortés la espalda,
pues querer jugar con fuego,
aunque no tuvieran pólvora
los salvajes, era espuesto;
porque pólvora en su sangre
corría, cual lava ardiendo;
y luego á los tlascaltecas
gritaron con fuertes ecos:
«¡Mugeres, mugeres sois....
y de blancos sois los siervos,
pues en pos de ellos tan solo
osais pisar este suelo!»

A Cortés seguía un grupo
de sus soldados más diestros,
é indignado un veterano,
llamado Prudencio Fierro,
que oía esas bravatas
á los aztecas flecheros,
no quiso en tal ocasión
el mostrarse menos que ellos,
y dijo á Cortés, sacando
de su vaina el viejo acero:
«¿Quereis que vaya, señor,
esos indios á correr?»
«Tú solo, qué vas á hacer?»
«¡Iré solo y sin temor!
A mí, señor capitán,
que no me asustan leones,
¿Como asustarme podrán
esos sarnosos ratones?»

A Fierro, sonrió Cortés
y dijo con intención:
«Eso lo harás otra vez....
sigamos nuestra legión.»

«Oye, Ramon de la Cruz,
—díjole el cabo Fernando,
que á Fierro estuvo escuchando;—
¡ese ha de ser andaluz!»

Y no de unas provincias con las otras
solamente veíase el rencor
en tales inventivas,
que pudiéranse creer inofensivas,
sino en hechos tambien se demostró;
pues uno ó varios jefes del distrito
ó de aquellas legiones,
en un corto circuito
á otros varios solían desafiar;
y en la lid pelear se les veía
con tan igual destreza y valentia,
que del cristano hacíanse admirar.

En tan corta estadía
logró Cortés su objeto principal:
hizo el poder y brillo,
como experto caudillo,
de sus temibles armas recordar:
supo que á defenderse decidida
y muy bien gaurnecida
hallábase la extensa capital;
que de la guerra todos los extragos,
puentes, calles, calzadas y anchos lagos
se hicieron reparar;
que eran grandes y muchas
las fuerzas mejicañas, y muy duchas
en los ardides y en lidiar tambien;
y que el nuevo señor, soberbio y fiero,
vanidoso y guerrero,
en nada llegaríale á ceder;
pero también sabía,
que su caballería
y el mortífero fuego atronador,
causaban al salvaje miedo horrendo
de ignífero turbión:
que debía, cuanto antes,
como cuestión de vida,
atacar *al leon en su guarida*,
en Méjico enclavando su pendón.

Por el mismo camino antes traído
á Tezcuco volviéronse á marchar;
para de alli, con todo el contingente,
poder resueltamente
su célebre campaña comenzar;
mas creyendo la hueste mejicana,
al sentirlos salir,
que era tal retirada una derrota,
como una nube de langosta brota,
y á los téules comienza á perseguir.

Así como pilluelos y muchachos,
tras locos y borrachos
se juntan á gritar;
así va el mejicano
persiguiendo al ejército cristiano
y su marcha logrando molestar;
mas Cortés quiso en breve
el zumbido del tábano burlar.

En *tres grupos iguales*,
y ocultos en distintos matorrales,
su escuadrón dividió al amanecer;
y cual raza felina
que acechando camina,
vuelve otra vez la indiada á aparecer.

Espéranla que llegue,
y cargando dan vuelta y hacen fuego;
y antes que se repliegue
y pueda disparar,
por la verde llanura floreciente,
le salen los lanceros á la frente
y empiezan á elección á lancear,
cual se agarran ó enlazan
á ovejas en corral;
y así *una legua larga*,
infantes y jinetes á la carga,
van dejando el tendal,
como el aire se lleva
y en remolino eleva
las estoposas flores del cardal.

Despues *de quince días*
á entrar vuelve Cortés
con sus triunfantes tropas,
á su Tezcuco fiel,
como de Dios el hijo
entró en Jerusalem.

Y teniendo permiso de Malinche,
los tlascaltecas vanse á su país,
alegres conduciendo
su valioso botín,
para volver despues, y con más bríos
la campaña seguir.

LXXVII

1521

Como Guatimozin bien conocía,
desde sus belicosas mocedades,
todos esos distritos y ciudades
y su topografía,
comprendió en el momento, que debía:
—ocupar todo el Chalco y su frontera,
porque por ella era
donde podría, más directamente,

cuando Cortés á Méjico avanzase,
mantener relaciones con Tlascala;
y allí, las provisiones y la gente
hacer de Veracruz segura escala:—
mandó, pues, el monarca mejicano
un número de tropas suficiente,
que impidiese la entrada del cristiano.

Hacia *cuatro días* que en Tezcuco
hallábase Cortés,
cuando el señor del Chalco
y el cacique también de Tamanalco,
su triste situación le hicieron ver,
pidiéndole la ayuda
de su invencible ejército triunfante,
para el injusto ataque repeler.

Y despachó Milinche en el instante,
unos veinte lanceros
y *trescientos* soldados,
con el gallardo joven Sandoval,
varios cuerpos siguiéndoles de aliados
de los más firmes y resueltos ya;
y del Chalco á la vista hallóse pronto
este hábil oficial,
á su encuentro saliendo, alborozadas,
las fuerzas, que guardaban la ciudad.

Marchan á *Huastepéc*, pueblo importante
cinco leguas distante,
donde una hueste azteca, se encontraba,
que al Chalco á descender se preparaba,
y en fragoso terreno se situó,
que á la caballería
desplegar sus maniobras impidió;
mas los arcabuceros,
expertos y ligeros,
con sostenido fuego y sin cesar,
después de un fuerte choque,
hácenla desbandarse y disparar,
y en *Huastepéc* la noche
resuélvense á pasar;
mas á rehacerse vuelven los salvajes,
con otros de esos próximos parajes,
y nuevamente atacan con valor;
pero fué tan estéril su ardimiento,
cual su arrojo anterior.

Se hospedó Sandoval en la morada
del cacique ó señor,
y fué por los cristianos celebrada,
como mansión bellísima, afamada,
al ver ese jardín encantador,
y admirar la hermosura y la fragancia
de sus plantas exóticas y flores,
sus matices y vívidos colores,
y ese albergue dulcísimo de amor. 292

Dos días residieron
en aquella morada deliciosa,
y *al tercero* partieron
al fuerte *Tacapictla,*
que *tres leguas* distaba,
en escarpada roca levantado,
y do una altiva guarnición se hallaba,
que piedras arrojaba
al ser por los cristianos asaltado;
y las aliadas huestes retroceden,
poseídas de espanto,
ante las piedras y la azteca seña;
pero gritando Sandoval, en tanto:
«¡Santiago y cierra España!»
de sus infantes pónese á la frente,
y su serenidad va recobrando
aliento entre su gente,
y el castillo escalando
entre nubes densísimas de piedras,
que á Sandoval y á muchos van hiriendo;
pero más temerarios,
prosiguen ascendiendo,
pues quien nunca vacila y firme avanza,
siempre en su fe y en su valor confiado,
es muy capaz de todo...y todo alcanza!

Detiénese un momento
á recobrar aliento
esa guardia asombrada,
al ya mirarse en el fortín cercada,
y persistir intenta unos instantes;
pero unos á cuchillo son pasados,
de las almenas otros arrojados,
y el resto, encontrándose perdido,
de un río en las márgenes se estrella,
que entre piedras corría,
del cual *más de una hora*, enrojecido
contemplóse su curso, ó cuando menos
el tiempo de decir *Ave María*,
segun cristianos buenos,
tales hechos dejaron referidos. 293

De aquella densa lluvia de pedradas,
de alguna gravedad salen heridos
Hernando de Osma, Saldoval y Tapia
y otros muchos infantes distinguidos;
y quedaron tambien de los aliados
en la tierra buen número de muertos,
contusos, *y los más descalabrados*.
Aldeas, fuertes, campos y ciudades
quedaron domeñadas

por las heroicidades
de las cristianas é invencibles gentes,
y los jefes chalqueños, á porfía
quieren á Sandoval hacer presentes
de oro y de valía;
mas no acepta ninguno,
porque renombra y fama solo ansia....
y diremos aquí, que es oportuno:
—es tan difícil el que sea rico
un hombre generoso y caballero,
si no es de algún nabab, el heredero,
como enseñar á hablar algún borrico.

Del Chalco y sus contornos
supo Guatimozin la retirada
de las triunfantes fuerzas invasoras;
y una gran división mandó embarcada
al Chaco á sorprender en breves horas; 294
pero ya en la ciudad, reconcentrada
hallábase su gente;
y los aliados pueblos acudieron,
á prestar cada cual su contingente;
los chalqueños, no obstante, los favores
á demandar volvieron
de los conquistadores,
mas trabóse un encuentro muy sangriento,
antes que Sandoval allí llegara;
aunque activo tornara;
y quedan vencedores
los rebeldes aliados,
por sus recientes triunfos alentados,
y á Sandoval entregan
todos los mejicanos prisioneros,
como evidente prueba, que en su alianza
continuaban sinceros.

En tanto, que estos hechos ocurrían,
del canal y los buques las faenas
con increible rapidez seguían,
activando las últimas carenas
para poder en el canal lanzarlos;
y evitan todos, que al menor descuido,
tratase el enemigo de incendiarlos.

Del señor de Tezcuco
la noble ayuda, conversión y alianza,
no ya solo en el fiel de la balanza
á favor influyó de los cristianos,
sinó que despertó mayor confianza
en los pueblos cercanos;
y á su ejemplo después, hasta provincias
de la costa del golfo y apartadas,
á Cortés sometidas,
con regalos mandaron embajadas,
su amistad y recuerdos ofreciendo,
de todo cuando supo el gran caudillo,
con suma habilidad, irse sirviendo. 295

Dicen que á veces Dios dá á manos llenas,
sobradas injusticias cometiendo;
y con seguidos triunfos y favores
nos recompensa de pasadas penas
ó físicos dolores;
y así Cortés recibe la noticia:
que una, dos ó tres naves!! . .
como herencia adventicia,
de Veracruz hallábanse en el puerto,
pues *hasta hoy* del punto que llegaron,
no se sabe de cierto. 296.

Y la playa pisaron
los oficiales Díaz de Reguera,
Antonio Carvajal, Ruiz de la Mota,
Juan Fernando Rivera
y Julián de Alderete,
tesorero real y personaje
de encumbrado copete:
como ochenta bridones,
doscientos voluntarios,
y ropas, armamento, y municiones;
y llegaba también el reverendo
fray Pedro Melgarejo, dominíco,
que á alto precio las bulas expendiendo,
en pocos meses hizose muy ríco;
y con su gran tesoro regresando,
fué á su patria y la corte pontificia,
de Indias *las grandezas propalando.*

¿No veis, con que delicia,
quien á las crisis tiene como socio,
ante una pingüe usura ó buen negocio,
sus garras abre y ríe la avaricia?

No contempláis el expansivo gozo
de la amorosa madre que acaricia
al hijo de su amor, con alborozo?

Y así cual brilla el lúbrico semblante
de enardecido amante,
al recibir la virginal primicia
de inocentes amores,
entre aromas de tímida pudicia ...
así. ó con más placer los invasores,
escuchan la noticia
de ese providencial *socorro santo*
y bendita sorpresa,
que vale más que una montaña de oro,
para dar cima á su gigante empresa.
Y al mirar los aliados
llegar de Veracruz aquel refuerzo,
más envalentonados
renovaron también su fé y esfuerzo.

En breve del Chalco
Cortés recibió
los mapas y datos,
do con precisión
trazados estaban
de aquel derredor,
las plazas y pueblos
y sendas en pos,
que aztecas defienden
con honra y valor.

Y como aún faltaban
quince dias ó más
para poder los buques
arrojarse al canal,
Cortés dispuso, en tanto,
salir él á explorar
los mas cercanos pueblos;
consiguiendo, además,
de allí sacar del ocio
á mucha gente audaz.

A su amigo don Hernando,
de Tezcuco buen señor,
y á su adepto Sandoval
la defensa encomendó
de ese estratégico punto,
con toda su división;
y él *con trescientos* infantes
y *treinta* lanzas de pró,
camino tomó hacia el Chalco,
para hacer la expedición.

A don Pedro de Alvarado
y á don Cristóbal de Olid,
y otros buenos oficiales
llevó Cortés al partir,
dejando aquella ciudad
el dia cinco de Abril;
y hasta muy lejos la gente,
cual si corriese á un festín,
salió al célebre caudillo,
con cantos á despedir.

Bastantes aliadas fuerzas
en pos fueron de Cortés,
quien entró *el siguiente dia*
al Chalco, al amanecer;
y de los pueblos vecinos
allí las huestes se ven,
que hállanse reconcentradas
para este punto otra vez,
de otras legiones aztecas,
el conseguir defender.

De aquel vecindario
la pena y dolor
en gozo se cambia,
cuando contempló,
con grata sorpresa,
que el noble español
se encuentra á sus puertas,
y con su favor
veráse salvado
del duro opresor.

Los chalqueños supieron,
por varias avanzadas
é incansables espías,
en el contrario campo colocadas:
—que los destacamentos mejicanos,
que á bajar empezaban
á los verdosos llanos,
otra vez á las sierras se tornaban,
al saber que los téules poderosos,
como amos orgullosos
y ya seguros dueños,
volvian á escudar los sublevados
territorios chalqueños;
y retroceden, pues, á los collados
las fuerzas mejicanas,
y cubren, con presteza,
los rastros erizados
de mayor aspereza.

Con las fuerzas reunidas en el Chalco,
aquella misma tarde Cortés sale,
antes que se disipe ó que se instale
en las sierras el cuerpo mejicano;
mas ya sus frescas huellas
halló tan solo en el tendido llano.

LXXVIII

1521

No halla en el verde llano fuerza alguna
la legión castellana;
y la sierra á ascender briosa comienza
con la primera luz de la mañana;
al ir ya distinguiendo
que váse el enemigo retirando,
y por las sendas múltiples huyendo,
á la vez que van ellos avanzando,
y con tino venciendo
del montuoso pasaje la espesura;
pero de cuando en cuando,
vuélvense los flecheros con destreza,
y desafiar procuran con sus gritos
de los osados téules la entereza,
hasta que así los llevan con su saña,
debajo de una grande fortaleza,
que de pronto destaca la montaña.

A las almenas saliendo
numerosa guarnición,
comienza á llamar *cobarde*
al incansable invasor,
y pedruscos y saetas,
como torrente arrojó:
manda Cortés, indignado,
escalar el torreón,
con *dos buenas compañías*,
que á Pedro Barba confió
y al buen Díaz del Castillo,
el perenne lidiador;
pero á pesar de los fuegos,
que con buena dirección,
los arcabuceros hicieron,
tanta piedra se arrojó
por esos ágiles indios
en su defensa feroz,
que yelmos, mallas, ni nada
preservan al español
de ese terrible de piedras
y de saetas turbión;
y Cristóbal del Corral,
abanderado mayor,
apenas *hecha jirones*
la su bandera salvó.

Viendo Cortés los estragos
de esa tremenda ascensión,
suspender manda el asalto;
y por poco que duró,
hubieron *muchos heridos*,
que sacó esa división,
con *ocho muertos* de baja...
¿pero murieron ó nó,
ó acaso á habitar pasaron
célica, ignota región?

Morir, por haber venido
á este mundo, no es morir,
sinó dejar este nido,
donde andúvose perdido....
es transformarse y seguir,
pues su *yo* no pierde el sér:
es de este limbo salir
y á lo incógnito volver:
el hombre, sér racional,
no es átomo universal,
sujeto á desparecer,
porque *su alma es inmortal!*

Intertanto que los téules
la fortaleza atacaron,
huéstes de indios bajaron
á la llanura en tropel:
pero allí, en abierto campo,
no lanzar piedras valía:
cargó la caballería
y á ninguno dió cuartel:
á la derrota la huida,
por el pavor producida,
largo tiempo se siguió;
y con su rojiza lanza
inmediata y cruel venganza
sañudo el téule tomó.

Por la estación calurosa
y avanzada, fatigosa
la larga corrida fué,
que hizo en la verde llanura
la división de Cortés;
y de un bosque en la espesura,
que ricas frústas brindaba,
y un riacho, que lo cruzaba,
satisfacen hambre y sed.

En un triste lugarcillo,

que avandonado encontraron,
esa noche pernoctaron;
y el nuevo día al marchar,
en un cerro no distante
y hábilmente levantado,
otro fuerte, bien guardado,
vuélveles á provocar.

A Verdugo y Pedro Barba,
de arcabuceros al frente,
manda Cortés atacar;
mas *dos veces* la pendiente
guarda el indio diestramente
y lógralos rechazar;
pero *al ataque tercero*,
ya al fuerte dejan, medrosos,
y comienzan presurosos
por los senderos á huir,
en tanto, que á las mujeres
al muro vénse salir,
y con sus pañuelos blancos
tremolando en los barrancos,
y por medio de un rapaz,
ofrecen la rendición
de toda la guarnición,
solicitando la paz.

Al subir los españoles
y entrar en la fortaleza,
una reducida mesa
del cerro en la cumbre ven,
la que familias y arqueros,
cual grupos de pasajeros
ocupan, como un andén.

Y este fortín y otros varios,
que más adelante había,
el jefe que allá existía
al castellano entregó,
quien *dos dias* obsequiado,
habiendo allí descansado,
para *Huastepéc* partió,
vasto lugar populoso,
que Sandoval victorioso,
sometido antes dejó.

De Huastepéc el jefe con sus nobles
salen á los cristianos á esperar;
y en estensas moradas
con jardines, estanques y amuebladas,
les hacen colocar:
y esos bellos jardines,
y esas huertas de frutas esquisitas,
que antes de Sandoval *los compañeros*
con descripciones fieles
llegaron en Tezcuco á celebrar;
estos otros ahora, placenteros,
tales fragantes huertas y vergeles,
no cesan de admirar.

Y supo allá Cortés:—que en *Cuernavaca*
espéranle también los mejicanos
queriéndole batir:—
y con sus veteranos
en marcha al alba vésele partir. 297

La cadena siguieron
de montañosas cuestas,
y luego sin estorbo descendieron
de cordilleras la escarpada falda,
dejando las aldeas y fortines
aliados ó vencidos á su espalda;
y bajando animosos las alturas,
de uno en otro día
á las cálidas, vívidas llanuras,
diversas latitudes parecía
que en pocas horas iban recorriendo
esos de hierro invulnerables hombres,
su destino, como átomos siguiendo;
pero esas galas del sonriente campo,
que daban nuevo aliento
al hijo de la Cruz en sus victorias,
con otras extensiones contrastaban
de lavas y de escorias,
que un volcánico suelo revelaban,

El ejército hallóse *el quinto dia*
de la ciudad de Cuernavaca el frente,
antigua capital de los *Tlahuicas*,
y á la sazón poblada y floreciente,
aunque era tributaria y sometida
al cetro de la Anáhuac,
y por bastantes fuerzas defendida:
hallábase cercada
de profundos barrancos, mas á un lado
tenía, por salida,
una fértil campiña cultivada;
y aunque estaba asentada
á mas de *seis mil* pies del Oceano,
era su clima igual y delicioso
al del hermoso valle mejicano,
por un edén tenido,
pues las altas montañas, que cercaban
su recinto escondido,
de los vientos del Norte la libraban.

De esta ciudad encuéntranse los téules
por aquellos barrancos separados,
teniendo á sus costados
profundísimas obras, como surcos

de siglos olvidados:
y eran sus costados tan pendientes,
tan áridos, de vista tan sombría,
que ni el mezquino cáctus se veía,
ni esos otros de vidas aparentes,
con que naturaleza
oculta de las tierras virginales
algún leve descuido ó aspereza,
de igual modo que encubre una belleza
ciertas imperfecciones ó señales
en el rostro, algún diente ó la cabeza.

Los ardorosos rayos tropicales,
inundando á la vez de esos barrancos
los pedregosos muros verticales,
deslumbrantes y blancos,
dejaban su calor en lo más hondo,
y la vejetación rica y lozana
germinaba en el fondo,
como pasión ardiente
de la fogosa vida en la mañana;
cual cosecha magnífica y temprana
de la tierra caliente.

De la sima profunda
al eterno verdor contribuía,
con su pausado vuelo
á dar más lozanía,
el agua cristalina de un riachuelo;
mas las lluvias trocaron su corriente
en rápido torrente,
é hízose invadeable;
y los indios rompieron
los dos frágiles puentes, que existían,
cuando acercarse á los cristianos vieron.

Desde uno á otro barranco
cruzóse un tiroteo sostenido
de arcabuz y saetas;
y en tanto Bernal Diaz, prevenido,
descubriendo un paraje más estrecho
y dos coposos árboles cercanos,
los cortan y echan, con el agua al pecho,
y dados de las manos,
logran pasar algunos tlascaltecas;
y en pos van los cristianos,
como pueden sus armas conduciendo:
y al frente Bernal Díaz,
por las frágiles ramas,
como el guía que llevan los soldados,
tres de los cuales fueron al abismo,
mas pasaron también muchos aliados: 298
y así que la contraria orilla pisan,
restablecen un puente ó lo improvisan
soldados, que se vuelven carpinteros;
y aún con gran trabajo y recelosos,
pasar pueden caballos y lanceros;
y por sorpresa á retaguardia atacan
á los indios flecheros,
que á las cristianas tropas combatían:
y no intentando resistencia alguna,
á sus familias sacan y socorren,
al verse sorprendidos,
y á refugiarse á las montañas corren.

A todo un barrio entero
á las voraces llamas entregaron
los duros invasores;
y con buenos objetos se pagaron
sus pasados percances y sudores.

Y del saqueado pueblo
los nobles y señores,
culpando, como siempre, al mejicano,
el perdón demandaban,
golpeándose el pecho,
y Cortés, por tal acto satisfecho,
perdonados quedaban.

Jochimilgo en la márgen se asentaba
de una bella laguna de agua dulce,
que *como á cuatro leguas*
de Méjico distaba;
y por ello Cortés juzgó prudente,
ya que cerca se hallaba,
dar otra prueba práctica, elocuente,
del arrojo cristiano,
pues era una ciudad rica, imponente,
y muy adicta al trono mejicano.

De Cuernavaca salen
las fuerzas vencedoras,
toman por las montañas hacia el Norte, 299
y entre faldas y sendas sangradoras,
y entran en bosques de sombríos pinos
y en árido terreno recalloso,
donde rayos de fuego
terrible sol, y un aire bochornoso
dejaron desmayados,
y hasta *muertos también*, varios soldados. 300

Y en pos de aquella aridez,
desde una verdosa altura
ven las fuerzas de Cortés
una edénica hermosura,
resplandeciendo á sus pies.

Era del Dios soberano
ígneo rayo de arrebol. . .
era el valle mejicano,
que absorto ve el español

del lado más pintoresco:
de azul y oro es arabesco,
que va matizando el sol.

Era la tierra encantada
de los májicos colores,
de los lagos y las flores
entre los mares guardada:

era el valle encantador
con su arrullo tierno y vago,
como un virjinal halago,
como un suspiro de amor;
como el prolongado beso
de una boca de ambrosía...
del placer lúbrico exceso,
con su divina agonía!

LXXIX

1521

Jochimilco,—ó *El campo de las flores*,
por los jardines bellos y flotantes,
que pasar lentamente se veían
en sus límpidos lagos oscilantés,—
Jochimilco despacha prontamente
sus arqueros mejores,
cuando mira al ejército imponente
que traen los invasores;
mas después de ligera escaramuza,
que provocar fingieron los salvajes,
como celada, que la ira azuza,
vuélvense, sin temor, con insolencia
á su cuartel cercano,
lo que induce á pensar al castellano,
que encontrará una ruda resistencia.

De indios un buen cuerpo defendía
la peligrosa y general entrada
de la primer calzada,
la que ya sin su puente se veía;
y en vez de él, extendida empalizada
el animoso pueblo construia,
para así de los fuegos sustraerse,
y desde esa muralla al mismo tiempo,
con piedras y saetas defenderse:
pero á pesar de esa copiosa lluvia
de hirientes proyectiles,
por varias partes échanse á los lagos
trascaltecas á miles,
infantes y jinetes,
vadeando ó nadando,
y cerca de la ciudad y en tierra firme,
por varios lados fueron penetrando,
y al pueblo con sus huestes;
hasta el centro corriendo y arrollando.

Cortés, que iba el primero
arrollando y venciendo á los salvajes
con su filoso acero,
encuéntrase de súbito cortado
por un gran pelotón, entre las calles,
como en bosque de robles,
y envuelto por los indios y atacado;
pero sigue tenaz, firmes mandobles
en torno repartiendo,
y sereno su centro sosteniendo;
mas resbala el bridón acometido,
en medio de sus vueltas y atropellos;
y aún no bien Cortés vése caído,
cuando un golpe certero y con presteza
recibe en la cabeza,
y con vida de allí quieren sacarle,
para que al fin, la ofrenda más propicia
de sus altares sea;
mas Cristóbal de Olea,
soldado de valor y de pericia,
cerca ya de su jefe se encontraba;
y con voces llamando
á algunos tlascaltecas,
cargan con denuedo, y van matando
á los salvajes, que á Cortés cogieron;
y otra vez empuñando
su espada el capitán, ve ya á su gente
cargando y deshaciendo
á aquella, que creyó cosa corriente,
irle ya al sacrificio conduciendo. 301

Cuando hallóse Cortés entre las garras
de aquel grupo salvaje,
comprendió la imprudencia
de dejarse arrastrar por su coraje;
pero al verse de súbito salvado,
mas creyó, que la Suma Omnipotencia
le habia destinado
en ese nuevo mundo esplendoroso,

á realizar, como cristiano ardiente,
como español cristiano,
un hecho entre los siglos portentoso,
convirtiendo al imperio mejicano.

Mas si muere Cortés en aquel trance,
¿queda solo su empresa
cual *quijotesco* tema de *un romance,*
ó aparecido hubiera
algún otro guerrero
de la heróica falange que tenía,
que su *obra gigantesca prosiguiera,*
dándole conclusión satisfactoria?

¡No es fácil, no: Corteses y Pizarros,
en la mundana historia,
son génios *siderales* y muy raros;
como es raro, que puedan ser dichosos,
del hogar en la diaria, íntima vida,
los amantes ó esposos,
sino sienten *los goces celestiales*
de profunda pasión, nunca estinguida! 302

Así los grandes hombres siderales,
astros de eterna gloria,
con su *temprana muerte ó larga vida*
á sus naciones dán la vida ó muerte,
los bienes ó los males:
siguen ó yacen en su adversa suerte
ó en su era bendecida;
vuelven al retroceso,
á marchar por sus vías de progreso.

Cortés sube á un teocálli,
antes que el sol á ocaso descendiera;
y si otro hubiera sido,
acongojado su ánimo sintiera
por los lagos al ver *dos mil canoas*
y luego *más de doce mil* flecheros
cubriendo las calzadas,
que á entrar á la ciudad se dirigían;
pero oscurece en breve,
y la noche á calzadas y legiones
sigue ocultando entre su manto leve;
y aquellas eran las primeras fuerzas,
que el perspicaz Guatimozín enviaba
á su fiel Jochimilco,
cuando supo que el téule le atacaba.

Y Cortés, al momento,
se prepara y sus tropas acuartela;
y él mismo, aquella noche,
es la más vigilante centinela;
y al aclarar el día
invaden la ciudad los mejicanos
al son de su aterrante gritería;
pero ya con las armas en las manos
los esperan los firmes invasores,
y en las estrechas calles
los sostenidos fuegos y certeros
de los arcabuceros,
largas picas, haciendo puntería
á los pechos y rostros,
y la caballería
con sus rajantes lanzas imponentes,
atropellan, deshacen, desbaratan,
y cebándose matan
á esas fieles legiones inconscientes,
que ganan en tropel los arrabales,
dispérsanse en los campos
ó huyen á sus botes y canales;
pero los fugitivos
ven llegar en su ayuda otras legiones,
como voraces lobos vengativos;
y en el acto, otra vez caras volvieron,
y como un terremoto, á los jinetes
con ímpetu cayeron,
los cuales se repliegan presurosos;
y apréstanse al instante al nuevo encuentro
los téules animosos.

Largo rato indeciso
mostrábase el combate; en los canales
las calles y calzadas
los gritos parecían saturnales,
y la lucha, de fieras irritadas
por génios infernales;
pero las armas y arte,
invencibles allí de los cristianos,
sacan, cual siempre, ventajosa parte,
y el enemigo va retrocediendo,
paso á paso, y en firme retirada;
mas luego una derrota parecía,
que vióse transformada
en horrible y cruel carnicería.

(Pero ¡ay! disimulad, lector paciente,
el que os haya descrito,—y continúe
pintando á mi pesar, impertinente,
y en seguir no fluctúe,—
tan diversos encuentros,
combates, guerras, triunfos y derrotas
en los desiertos ó poblados centros,
y casi siempre en repetidas notas.
Yo bien comprendo *que hay monotonia*
en seguir repitiendo la sonata,
cuando al buen gusto de agradar se trata...
mas la culpa no es mia,

y bien quisiera ser más complaciente.
Mas no se *inventa historia*, *se relata*;
tengo, pues, que seguir el argumento,
y los hechos narrar exactamente,
sin variar de sonata ni instrumento.
Y en sucintos renglones,
he querido evitar futuros cargos,
y fundar *mis justísimas razones.*)

Dueños de esa ciudad los vencedores,
rica en plumas, en oro y aldogón,
y manuables labores,
se lanzan codiciosos
á coger los objetos más valiosos,
como del triunfo digno galardón.

Y otros lejos apártanse confiados,
buscando los tesoros más preciados,
con que poder marchar;
mas por astutos indios, escondidos,
fueron *como once* de ellos sorprendidos,
y llevados de Méjico al altar.

Hondo grito de angustia
el invasor ejército lanzó:
supo que destrozados
fueron en el altar sacrificados,
y venganza á las víctimas juró.

También supo Cortés por prisioneros,
que tenía por plan Guatimozín,
—ir legiones, en pos de otras legiones,
arrojando sobre él, como aluviones,
para en detalle el extinguirle al fin.—

Pero quiso dejar Cortés burlada
esa tan arrogante pretensión:
ya esa ciudad estando saqueada,
al cuarto dia toca retirada,
y en un llano formó su pabellón.

Con pena Cortés ve que sus soldados
van por demás cargados,
y procura el peligro hacerles ver,
y el cebo que así dan á los arqueros;
mas ellos le replican, altaneros:
—que lo sabrán con honra defender,
ora vayan cargados ó lijeros,
como siempre su lábaro al hender.—

Lanzó Cortés prudente
por entonces callar
á aquella allí su envanecida gente,
hasta otra vez mirarla suspirar;
aunque aquella confianza en la victoria,
profundamente le llegó á halagar.

Al centro los bagajes
poner Cortés mandó,
con todos los heridos,
que iban ya mejor;
en marcha hacia *Coyuácan*
su ejército salió;
mas deja á Jochimilco *envuelto en llamas,*
como digna expiación
de haber sacrificado á sus cristianos,
ante ídolo feroz;
y reflejan las aguas de los lagos
el siniestro fulgor.

Coyuácan era entonces
una vasta ciudad,
do *á medio dia entraron*,
dos leguas al andar;
y triste y solitario
aquel recinto está,
como el de hombre triste,
que arrojan de su hogar,
porque los alquileres
no puede pagar ya:
los indios de allí huyeron,
y dos dias Cortés en dulce paz
á su tropa y heridos
hizo allí descansar,
y en tan hermoso sitio,
aspirando un perfume virginal. 303

Al salir ese día,
á poco andar hallaron un fortín,
que nutridas y largas
haciales descargas;
pero Cortés dispuso proseguir;
porque apenas quedaban municiones
para otras extremas ocasiones,
donde fuese preciso combatir.

De Tácuba el camino
seguía la cristiana división;
pero el botín valioso que llevaba,
en las dispersas huestes despertaba
codicia y ambición;
con tal móvil se unían,
y en pos siempre á los téules perseguían,
hasta que al fin Cortés mandó atacar;
pero cayó arrojada
su gente en la emboscada,
que los indios supiéronla fraguar.

Fingiendo aquella hueste, que huía,
llevó hasta unos espesos matorrales
á la caballería,
la que hallóse de súbito cortada
por ocultos salvajes á millares;
pero al fin consiguieron los bridones,
en columna cerrada,
romper los muy tupidos pelotones,
y volverse á juntar á su brigada;
aunque *dos viejos* bravos asistentes,
que á Cortés por do quiera acompañaron,
como alanos pacientes,
desde que esa conquista comenzaron,
no escaparse pudieron;
porque queriendo el uno
el socorrer á su otro compatriota,
no se salvó ninguno,
y ambos heróicamente sucumbieron,
pues desde que los indios sorprendieron
en Jochimilco solos
a once téules robando,
antes de perecer en los altares,
todos juraron el morir lidiando.

Profunda, amarga pena
causó á Cortés suceso tan infausto;
y su antes faz serena
cubrióse de dolor, *como el postrero*
adios, que el padre amante,
á su hijo dá, con eco lastimero,
en sus brazos al verle agonizante!

Mas Cortés conocía su esclusiva
responsabilidad y situación;
y fe profunda y viva
da á su viril aliento la reacción.

De los eximios hombres
en la desgracia el génio inspirador:
ella el carácter dignifica, y prueba
su gran moral valor.

Del sol aún alto estaba.
el rayo tropical,
bañando con sus luces,
cual canto del zorzal,
de antiguos tepanecas
la vieja capital,
cuando en ella postrada
de tanto batallar....
quizá desalentada,
la española legión camienza á entrar.

LXXX

1521

De Tácuba *una legua*
hallábase distante
la Méjico famosa,
que altiva y arrogante,
engreída y pujánte,
á detener se apresta presurosa,
otra vez con sus botes y flecheros,
al audaz invasor, que se aproxima.

Cortés, con otros varios compañeros,
suben del templo á la elevada cima;
contemplan la metrópoli espaciosa,
su gran laguna hermosa,
ostentando canoas á millares,
y llevando las unas sus productos
para su gran mercado y sus bazares,
y los otros fierísimos guerreros,
que van su Anáhuac, desde varios puntos,
á defender lijeros.

Y todos, y Cortés atentamente,
al contemplar á esa ciudad tan bella
y su aspecto imponente,
comprenden su árduo empeño;
y que guiado por Dios únicamente,
podría el español ser de ella dueño.

Y tal imaginando, unos esclaman:
«Preciso es confesar,
que por gracia del Dios del Orbe entero,
y no por nuestro acero,
de allí pudimos salvos escapar!»
«¡Cierto y muy cierto,—triste y pensativo
replicóles Cortés;—
y mayor protección de Dios ahora
debe implorar nuestra alma pecadora,
para poder entrar segunda vez!
¡Oh, hijos de la Cruz, en los desiertos,
la madre del dolor, la vírgen pía

nos ha de guiar también!»
Y el digno fray Olmedo, que le oía,
alzando el brazo al cielo, dijo: «¡Amén!» 304

Del mismo modo los aztecas todos,
y con igual fervor,
á sus deformes ídolos rogaban...
¿pero cuáles tenían ó gozaban
la ayuda *del justísimo* Hacedor?
¡De ambos bandos, tan solo *el victorioso*,
ese, sí, con razón,
podría imaginarse, venturoso,
tan mística ilusión!

Aunque hay sabios y legos, *que aseguran*,
como si ellos pudiéranlo saber:
que en los bienes ó males
de míseros mortales,
no interviene ningún divino sér,
sino *la suerte, el hado ó el destino*...
ó cualquier desatino,
que plúgole inventar á un cualesquier!—

La actitud pensativa
del ínclito Cortés,
sus graves pensamientos
la gran ciudad al ver,
y deplorar cuan breve
y cuan sangriento y cruel
para uno y otro bando
debía al acto ser
de entrar á sangre y fuego,
teniéndose tal vez
para enclavar la Cruz,
que todo demoler....
estas amargas, lúgubres ideas,
que agitaban el alma de Cortés,
y que por *vez primera* los soldados
en su rostro pudieron entrever,
causó súbitamente en todos ellos
tan profunda impresión,
que después *de pasados muchos años*,
su cronista fiel la mencionó. 305

Cortés, *en este viaje*,
había visto ya
la marcha de esos pueblos
y de la capital;
y poco más ó menos
podía calcular
las fuerzas, que opondrían;
logrado hubo además
á aldeas y ciudades
atónitas dejar,
con golpes repetidos;
y entre el fuego voraz,
en esas más altivas,
hundir un arrabal;
y después de esta útil
y pronta exploración,
que húbose *en tres semanas* realizado,
á Tezcuco volvió la división.

Con los abiertos brazos
á unirse vuelven los pacientes héroes;
pues los estrechos lazos
de la amistad, deber y santa causa,
á todos ellos liga
á realizar empresa tan grandiosa;
y hasta la propia vida los obliga
á ya lidiar, sin discusión odiosa,
llegado ya el momento
de sucumbir ó alzar, predestinados,
á su patria un sublime monumento,
ante europeos reinos, admirados!

Y para más contento,
viéronse listos ya y aparejados
los trece bergantines, casi iguales,
que iban á ser botados
en los tersos canales. 306

¿Pero hay fragantes rosas, *sin espinas*,
placeres, *sin hastíos*,
algún baile real, *sin mesalinas;*
ó amores, *sin crepúsculos sombríos?*
Así del campamento
la alegría y confianza se turbaron,
por rápido momento.

No todos los reclutas,
que con Narvaez á Méjico llegaron,
y á los que luego dióseles licencia,
á Cuba regresaron:
aun quedaron *algunos sediciosos*,
creyendo hacer fortuna;
mas después, indolentes y medrosos,
cuando el peligro vieron ya llegado,
hubieran intentado
á Veracruz marcharse,
y á Cuba en algún buque, ya embarcarse,
¿mas cómo, estando el puerto vigilado,
ni cual prófugos, siendo cada día
más difícil por tierra,
desde allí á Veracruz la travesía?
De este plan desistieron,
y á otro menos expuesto y más seguro,
villanos acudieron.

A Cortés un soldado pidió audiencia,
y con llorosos ojos,
postrándose de hinojos,
vida y perdón demanda á su clemencia.
Y Cortés le replica: «Concedido....
pero todo refiere brevemente.»

Y expónele el soldado, arrepentido:
—que varios pretendieron
partir á Veracruz y el embarcarse,
pero que pronto de ello desistieron,
los contínuos peligros al palparse:
que entonces decidieron
matarle, como á Olid. Andrés de Tapia,
Sandoval, Alvarado y sus hermanos,
Bernal Díaz y alcaldes,
y á todos sus adictos y cercanos;
y después elegir como teniente
á Francisco Verdugo,
de Velázquez amigo y buen pariente
con condición expresa
de regresar á Cuba,
por siempre abandonando aquella empresa;
y al siguiente día,
cuando estuvieran todos en la mesa,
el cabecilla Antonio Villafaña,
unos cerrados pliegos le daría,
como acabados de llegar de España;
que al abrirlos y verle rodeado
de esos sus adictos oficiales,
todos los conjurados, en el acto,
entrarían á hundirles sus puñales:
y que *el dicho caudillo*
de todos los traidores la gran lista
guardaba *en su justillo*.—

Y calla, y en el suelo hunde la vista.
Cortés le clava sus brillantes ojos,
con lástima y desprecio:
del brazo le alza, con su brazo recio,
y dícele: «¿No hay mas?» Y él confundido,
y sus manos juntando le contesta:
«Todo mi capitán, he referido.»

A unos cuatro alguaciles,
y á Sandoval llamando y Alvarado,
á quienes del complot hubo enterado.
con ellos al cuartel de Villafaña
salió súbitamente;
y éste al verle, cual tímida alimaña
ante el fiero milano,
del seno saca la escondida lista
para el papel tragarse;
mas cual onda de rápida marea,
Cortés se lo arrebata de la mano
y oculta, sin que nadie se lo vea,
y hace sacarle preso;
á todos los soldados
sorprende aquel suceso:
tiemblan los que se encuentran complicados,
quedan los inocentes *sorprendidos*,
y todos impacientes esperaban
tales hechos el ver esclarecidos.

A sus jefes más fieles
á vigilar ó contener las tropas,
Cortés manda en el acto á los cuarteles.
en tanto que él, con otros, *esa noche*
forman al conjurado
un consejo de guerra,
el cual habiendo á muerte condenado,
al despuntar el día
de su ventana vésele colgado,
sin haberse sabido
si fué *acto espontáneo* del culpado,
ó allí *para escarmiento le colgaban*.

Quedaron sorprendidos
los que la trama pérfida ignoraban;
mas los comprometidos
igual castigo próximo esperaban;
pero inmediatamente
manda formar Cortés todas sus tropas
y las dice, poniéndose á su frente:

«Leales españoles,
¿habrá quién miserable, pretenda que sucumba
la empresa más grandiosa, que nos depara Dios?
¡Ha habido, sí, un malvado; pero él mismo su tumba,
del crímen espantado, cavóse en su prisión!

¿Habrá mas criminales entre la trama urdida?
¿Hay cómplices ó nó?
Saberlo no es posible; porque él á la otra vida
llevóse los secretos del pérfido complot!

Pero si á España ó Cuba alguno, indignamente,
sin honra y sin fortuna desea regresar,
que salga de las filas, y dos pasos al frente,
sus armas arrojando, para ello bastará.»

Ninguno salió al frente, y los soldados
marcharon al cuartel;
y aunque había Cortés *hecho pedazos*
el delator papel,
no por eso *jamás* de los traidores
su memoria los nombres olvidó;
y no en las delicadas comisiones

á ellos ya ocupó,
aunque esos que traidores intentaron
su jefe asesinar,
después los más serviles se mostraron,
para así las sospechas apartar;
y en complot tan villano, él supo, grande,
su valor y talento desplegar. 307

Los fieles amigos
del noble Cortés,
aunque su prestigio
conocen y ven,
no obstante, pretenden
de ese hecho después,
que debe *una guardia*
de corps ya tener,
que guarde su tienda,
respeto le dé,
y pueda librarle
de infame otro plan
ó de la acechanza
del indio falaz;
y quiso ó no quiso
el buen general,
formóse la guardia,
y fué capitán
Antonio Quiñones,
hidalgo leal.

Con regocijo y fiestas
quiso Cortés que fueran al canal
los buques arrojados,
para que así quedasen olvidados
tristes recuerdos del complot fatal.

Formáronse las tropas
el veintiocho de Abril;
y el pueblo de Tezcuco en ese día
el gran suceso á presenciar corría,
con placer infantil:
y el lago con sus islas parecía,
al ondular las aguas suavemente,
y bañarlas el sol resplandeciente,
un dorado y edénico pensil,
ostentando en su frente
de guerreros un grupo varonil.

El señor de Tezcuco es el primero,
que asiste placentero
á aquel ceremonial.
Solemne misa díjose cantada,
y fray Olmedo, con ungido acento,
brillante arenga pronunció marcial,
que escuchó la legión arrodillada,
recibiendo después *el sacramento,*
incluso el general.

Tiróse un cañonazo en los cuarteles,
convenida señal,
y van unos tras otros los bajeles
lanzándose al canal:
y con *un capitán, doce remeros,*
y veinticinco buenos guerrilleros
dotóse á cada cual. 308

Las elegantes naves,
de músicas al son,
su marcha van probando
unas de otras en pos;
y alzando cada una
su altivo pabellón,
marinos y soldados
de aquella fiesta en pró,
del fuego repetido
al súbito fulgor,
modulan sus cantares
con cadenciosa voz...
cantares de la patria
cantares del amor,
que ausentes recordamos,
llorando el corazón:
las velas se asemejan
al cisne nadador,
que muellemente hiende
ó en giros va veloz,
su cuello contemplando,
cual fátuo girasol,
entre las aguas claras,
de muy ténue rumor,
como orgullosa dama,
que cruza un gran salón.

Y admirados los indios,
esclaman á una voz,
sus brazos levantando:
«¡Téules son... téules son....
que el Dios de los cristianos
ya sea nuestro Dios!» 309

Marina, las mujeres españolas,
é indias. de oficiales compañeras,
ufanas, placenteras,
y exaltadas también,
á los cielos sus manos levantaban,
y en coro repitiendo modulaban:
«¡Gloria... gloria á Cortés!»

LXXXI

1521

Despues de aquellas fiestas celebradas
con músicas, con salvas y alegrías,
á todas las provincias sus aliadas
pasó Cortés aviso:
—que dentro de diez días
de término preciso,
sus auxilios y huestes le mandaran;
pues estaba *en consejo decidido,*
que cristianos y aliados comenzaran
á Mejico á sitiar, sin darle aliento;
y que desde ese día
el punto de reunión y campamento
Tezcuco, aún, hasta marchar sería.—

En la plaza mayor revista pasa
á las reunidadas tropas, que tenía:
ochenta y seis jinetes,
novecientos infantes mas ó menos,
yelmos muchos llevando ó bacinetes,
y buenas ropas y corazas otros;
y entre estos, *ciento siete* se encontraban,
que de arcabuz ó de balleta armados,
hábilmente tiraban:
tres de hierro cañones,
y á más *de bronce quince* falconetes,
con buenos artilleros y oficiales,
y su acopio de buenas municiones,
y de pólvora *más de diez quintales*,
y bastantes reunidas provisiones.

De estas fuerzas enviáronse á los buques
el preciso armamento
y *doce* falconetes bien dotados,
y *trescientos* soldados;
y de ellos distribúyese el sobrante
al mando de sus viejos oficiales,
en *otras tres iguales* divisiones,
para atacar por varias direcciones
las más fuertes calzadas principales,
y á la vez fraccionar las sorprendidas
mejicanas legiones,
al verse *por tres puntos* agredidas.

De Tácuba el ataque ....
de esa calzada de recuerdos tristes,
confiase á don Pedro de Alvarado,
con don Jorge, su hermano, y don Gutierre
de Badajor, y Juan Andrés Monjáraz,
para que allí se entierre,
en su primera etapa,
ese triste recuerdo con usura.

La guerra á Ixtapalapa
se encomienda á la táctica y cordura
del joven Sandoval, con Pedro de Ircio
y don Luis de Marín; la de Coyuácan
á Cristóbal de Olid, con Tapia, Lugo
y Francisco Verdugo;
y las que van viniendo y se destacan
indígenas legiones,
tambien se distribuyen
en las tres divisiones.

Y las primeras fuerzas poderosas
que á Tezcuco llegaron,
fueron las numerosas
de los viejos aliados tlascaltecas,
entre las que venían
esas otras tambien de chichimecas,
que antes las tablazones escoltaron,
y de cincuenta mil ambas serían;
y entre los estandartes y banderas
el aire desceñidas,
en el emblema nacional brillaba
la águila de oro de alas extendidas.

Cortés en su semblante reflejaba
de su alma las profundas emociones,
y érale ya preciso, entre los suyos,
en tiernas espansiones,
comunicar sus planes y alegrías
á aquellos sus hermanos corazones:
hizo formar aquellos
en desdichas y en glorias sus hermanos,
y hablóles de este modo:
«Heroicos veteranos,
dentro de breve días de Méjico á las puertas,
do fuisteis arrojados, reunidos os vereis.
Nos llaman nuestra honra, la gloria, la venganza,
la cruz y los altares: marchamos sin tardanza,
y en breve á nuestras plantas postrados los tendreis!

El cielo, desde entonces, y en tiempo limitado,

nuestras benditas fuerzas, benigno ha triplicado,
con protección tan amplia, cual no hubimos jamás,
De idólatras salvajes os he traído al frente;
llamemos á sus puertas; con signo refuljente
os abriré el camino... haced, pues, lo demás!»

Un grito unísono,
estrepitoso,
como el contínuo golpe del batán
oyóse súbito
sonar gozoso
vivando al decidido capitán.

Hubo entre un tlascalteca y un cristiano
un encuentro reñido,
que por liviana india suscitóse,
el indio salió herido
y se mandó á Tlascala prontamente.
á do Jicotencal también marchóse,
porque era de él *pariente*;
y otros negando el parentesco dicen:
—fué allá Jicotencal por amorios,
ó porque estando Chichimeca ausente,
y desde antes reñidos en contienda,
trataba impunemente
de usurparle la hacienda.—

Pero tal defección y desacato
mucho indignó á Cortés: manda en seguida
de nobles tezcucanos
numerosa partida
á incitarle:—á que vuelva,
y de sus muchas fuerzas tome el mando;—
y los enviados hácenle presente:
—que á la amistad y alianza está faltando
del senado y sus buenos compañeros;—
y él replica insolente:
«Magiscatzin, mi padre y el senado
á su patria y deber han traicionado,
dejándose burlar cobardemente,
por pérfidos rapaces extranjeros.
¡Mas ninguna hame oído...
y todo se ha perdido!
Y esto digo á los téules altaneros.»

Al escuchar Cortés estas palabras,
dicen que espuso: «Siempre fuí testigo
en el senado, en público, en secreto
y en la lucha reñida,
que hizo alarde de ser nuestro enemigo:
es temerario, prestigioso y fuerte,
y mucho mal nos puede hacer su vida...
es precisa su muerte!»

Y despachó en el acto una partida
de ligeros bridones:
— con órden de aprehender á ese caudillo
aunque en las calles de Tlascala fuera,
y bien asegurado
otra vez á Tezcuco se trajera.—
Y también al senado
la deserción del jefe comunica,
y en prevención le advierte:
—que por las ordenanzas españolas,
á tal hecho aplicábase la muerte.—

Las órdenes severas
de Cortés se cumplieron;
llegó Jicotencal, y encadenado
todos entrar le vieron,
y fué en consejo *á muerte condenado.*

Una horca en la plaza levantóse,
y en ella luego el sorprendido pueblo,
vió al tlascalteca célebre colgado.

Ese reto y ultraje
y osado desafío,
que hizo al fiel salvaje,
demostró, que Cortés su poderío
demostrarle quería,
con su arrogancia y brío,
y que ni á unos ni otros ya temía.

Contra su emperador aquellos indios,
estando rebelados,
ya el castellano jefe conocía,
que hasta triunfar, por su existencia propia,
á seguirle se hallaban obligados.

Y del caudillo los cuantiosos bienes
en oro, esclavos, tierras y sembrados,
como era uso, *en pró de la corona*
quedaron confiscados. 311

En suelo extraño, *en horca ignominiosa*
y en su florida edad,
como arrancada rosa,
que arrastra la tormenta rumorosa,
murió Jicotencal!

A raya él puso de Cortés las fuerzas;
y si su gente manda retirar
de Tlascala el senado,
no hubiera, no, á Méjico pisado
el invasor audaz!

El fué el primero y único en Anáhuac,
que claramente vió:
—que iba á ser el cristiano más terrible
que el azteca temible....
mucho más avariento y opresor!—

Y era de toda Anáhuac el gran guerrero
y el mejor general;
el que á su bella patria más amada
y al extranjero odiaba....
y *por eso murió* Jicotencal!!!

No obstante, entre naciones
ora civilizadas ó salvajes,
igual castigo tiene el desertor;
y el caudillo extranjero
al desertor guerrero
de allí la legal pena la aplicó.

Pero no el sentimiento,
que por tal deserción hubo sufrido,
del noble capitán turba la mente;
sino sigue su plan más decidido,
con la santa energía y entusiasmo
de aquel digno varón, que injustamente
mirándose olvidado, escarnecido,
magna empresa, que al Orbe causa pasmo,
realiza heróicamente!

El dia *diez de Mayo*,
la conquista renuevan memorable:
las doce embarcaciones,
serenas cruzan el tranquilo lago;
y parten á la vez las divisiones,
de la victoria al rumoroso halago.

Parte al Sud Sandobal á Ixtapalapa,
y Alvarado y Olid marchan al Norte;
y en la noche primera
estos últimós se hallan en *Atcólmun*,
do por una tontera,
sobre cual división ocuparía
esta ó aquella otra ranchería,
agárranse en disputa
algunos de los cabos y sargentos
del uno y otro bando,
hasta gritar violentos;
y Alvarado y Olid al enterarse,
cada cual á los suyos defendiendo,
iban ya sus espadas á cruzarse;
más á Cortés habiéndose avisado
desde el primer instante,
llega de ellos en medio á interponerse,
y les pide y suplica por su patria:
—que de ese acto fatal de indisciplina
desistan noblemente,
pues sería la ruina
de ese cristiano ejército triunfante;—
razonable Alvarado,
asiente generoso;
pero Olid, demostrando en su semblante
la expresión de todo hombre rencoroso,
las manos no se dieron,
y amigos *ya jamás* á ser volvieron.

Y Orteguilla, el antiguo pajecillo,
que profesaba á Olid antipatía
y á Alvarado quería,
díjole á Hernán Cortés al retirarse,
como suelen hacer viejos sirvientes,
cuando son sus señores complacientes:
«No os fieis, señor, de aquel que se hace el tonto,
y oculta su carácter vengativo;
sinó del hombre, que es de genio vivo,
porque cualquier disputa olvida pronto.»
Y Cortés, recordando
el semblante de Olid, torvo, iracundo,
ya de su lealtad quedó dudando.

Avanzan las cristianas divisiones
y no hallan resistencia;
y valles al cruzar y poblaciones,
á los montes aléjanse los indios
á correr á engrosar las guarniciones,
que á Méjico defienden:
y á Tácuba encontrando abandonada,
su cuartel forman y poder extienden.

De Chapoltépec las cercanas sierras,
con sus copiosos hilos refulgentes
de abrillantadas aguas,
las plazas, patios, casas y las fuentes
de Méjico surtían:
por un largo acueducto
de piedra y mezcla, cual raudal corrían
y brillantes bajaban,
y en uno de los brazos del gran lago
á la ciudad entraban....
Obra de arte atrevida,
y bello monumento
de paciente labor, que demostrando
su civilización desconocida,
trataron los aztecas de ir salvando,
y aglomeraron huestes importantes,
al dique defendiendo;
mas con fuerzas bastantes,
aliados y cristianos acudiendo,
provocan un combate harto reñido,
donde muchos murieron
de una y otra parte,
hasta que al fin las huestes se perdieron,
y quedó el acueducto demolido;
y durante el asedio,
todo Méjico hallóse desurtido
de aquellas cristalinas dulces aguas,

teniendo que llevarse diariamente
de riachuelos y costas, en piraguas.

Bajan á la calzada al nuevo día
á apoderarse del cercano puente,
pero la gritería,
y luego la apiñada
muchedumbre, que cubre la calzada,
les demuestra lo vano de la empresa;
ven en seguida el lago
cubierto de canoas á millares,
como en esa terrible noche triste;
mas el recuerdo del fatal estrago,
de honda venganza su ánimo reviste,
y les excita con sonriente halago;
é irritados, y en menos ya teniendo
los miles de canoas y enemigos,
sus espadas y picas esgrimiendo.
acometen canoas y calzada,
y hasta parece que la tierra cruge
del asalto asombrada;
y los resueltos indios no pudiendo
resistir lo tremendo del empuje,
el agua se arrojaban
y saetas y piedras despedían;
avanzar los dejaban,
pero de nuevo á arremeter volvían,
y desde sus riberas y canoas
se defienden y atacan con demencia.

No pueden á su vez los españoles,
ante el número y tanta resistencia,
aguardar triunfo alguno,
y prolongar la lucha es imprudencia,
mas no obstante, un postrer reñido ataque
emprenden imponente,
tratando de quedarse en la calzada;
pero fué tal arrojo inutilmente,
y tocan retirada,
consiguiendo llevarse á los heridos.

Los viriles esfuerzos
al ver Olid fallidos,
ante el resuelto, indómito adversario,
de Alvarado el ataque clasifica
de *estéril, temerario,*
y con cierta solapa lo critica:

Y esperando el momento
que llegase Cortés con los bajeles,
en Coyuácan formóse el campamento.

LXXXII

1521

Al continuar su viaje á Ixtapalapa,
halla en el Chalco Sandoval reunidas
á las aliadas huestes, que le esperan
y fueron á esos pueblos requeridas,
y su marcha aceleran;
mas ya de esa ciudad en los suburbios
un ejército fuerte y poderoso
aparece y los carga presuroso,
no dándoles ni tiempo de formarse:
reñido es el combate, largo y recio;
pero al cabo los indios
tiènen que disparar y refugiarse
en los lagos, casuchos, palizadas;
y no á las muchas horas,
en la ciudad ya estaban instaladas
las fuerzas sitiadoras.

Despues que hubo dejado
Cortés, en sus cuarteles,
á los cuerpos de Olid y de Alvarado,
salió con sus bajeles
para ir por el lago Ixtapalapa;
pero del lago altérase el sosiego
junto á un pico, al pasar por la ribera,
que *Roca del Marqués* llamóse luego,
y empieza á recibir una certera
y contínua descarga; y no queriendo
seguir sin castigar esa osadía,
que su enseña ofendía,
baja á la costa al punto
con ciento y tantos hombres, va subiendo
el alto montecillo,
las piedras y saetas resistiendo,
arrojadas del rústico castillo;
y usando del rigor de los poderes,
toda la guarnición pasa á cuchillo,
exceptuando á los chicos y mujeres. 312

Y en el castillo,
de rojo brillo

vése una hoguera;
es la señal,
que cosa igual,
si al poder castellano ni se entrega,
tambien Cortés hará en la capital.

Más de *quinientas* piraguas
ve Cortés surcar las aguas,
y hacia su flota marchan;
vienen llenas de guerreros
con sus cascos de colores
y de incansables remeros,
tan ágiles nadadores
como los peces del mar.

Cortés, que cree, que sus naves
de esa guerra son las llaves
para los lagos abrir,
el sostener las calzadas
y á banderas desplegadas
hasta Méjico seguir,
observa, que en tal momento,
no corre chispa de viento,
y tienen ya que remar
sus navecillas veleras
hacia las otras ligeras,
que se acerquen á atacar.

Mas los piraguas
aunque distantes,
ven en las aguas
á esos gigantes
dioses tonantes
el lago hender;
y por ensalmo,
ya su entusiasmo,
mudos de pasmo
sienten perder;
y sin querer,
y sin pensar,
como enclavados lléganse á quedar:
ni pueden, por honor, retroceder,
ni tienen yá el coraje de avanzar,

Y por fortuna
del invasor,
las aguas riza
de la laguna
ténue rumor
de suave brisa,
que se desliza
muy blandamente;
y dando al viento
la alegre gente,
en tal momento,

las lonas, que despliegan los bajeles,
atacan con su usual intrepidez
á los botes de míseros infieles,
inermes por su propia desnudez.

Como aterrados
los pajarillos
dejan los trillos,
y en gran montón,
ciegos, perdidos,
una escondida
buscan guarida,
al ver lejano
á audaz millano
ó al fiero halcón;
así aterrados se hunden en el lago,
volcados, rotos,
ese de esquifes mísero montón,
del mortífero fuego al ráudo estraga,
ó presas de su propia confusión. 313

Como correo escapado,
como pobre autor silvado,
que maldiciendo su génio,
furtivo logra escapar
del aterrante proscenio,
donde de ira y de pesar
creyó que iba á reventar
ó de vergüenza á morir;
así lograron salir
de los estrechos canales
algunos que otros míseros bajeles,
comunicando á Méjico sus males,
y cuánto los cristianos eran crueles.

Era ya entrada la noche,
cuando la escuadra se unió
en un concéntrico punto,
que llamábase Joloc,
y por el cual con Coyuácan,
fácil camino se halló;
y en aquel punto existía
una azteca guarnición,
que sin esfuerzo la escuadra
desalojar consiguió,
desembarcando Cortés
del templo en el torreón;

Sentando allí sus reales
el digno conquistador,
los tres cañones de hierro
en la calzada situó,
lo que saber hizo á Olid,
porque por su mediación,

de allí surtirse podria
de víveres sin temor;
y á la vez á dicho jefe,
que se le uniese ordenó,
con la mitad de su gente,
en ese fuerte Jolóc;
y tambien que Sandoval
de su buena división,
cincuenta hombres le mandase
de aquellos, que él enseñó
á manejar largas picas,
siendo de indios el terror.

Y este estratégico punto,
como el mejor eligió,
pues tan *solo media legua*
distaba el fuerte Joloc
de la grande capital,
cuyo asedio comenzó.

Tarde, pues, reconocieron
los mejicanos su error,
de haber dejado en tal punto
tan escasa guarnición,
que defenderse no pudo
del aguerrido invasor;
pero *los siguientes dias*
volvieron con mas tesón
á renovar sus ataques,
con despechado valor,
comprendiendo la importancia
de tan buena posición;
y unas trás otras flotillas
de canoas le cercó;
pero en breve huyeron todas,
á pesar del patrio ardor,
ante el mortífero fuego
del arcabuz y el cañón;
y esos gritos, alaridos
y diabólico rumor,
que parecian que al mundo
llenaban de confusión,
por otros días de calma
de armonías y de sol,
en los lagos de jardines,
propicia suerte cambió. 314

Eran las del Sud y Oeste
las principales calzadas,
y las que desde su arribo
los cristianos ocupaban,
faltándoles la del Norte
ó llamada Tepejácac,
que al centro de la ciudad
por la calle real entraba,
siendo la continuación
de la que iba á Ixtapalapa:
y como por tal paraje
la capital, sin tardanza,
abastecerse podría
de cuanto necesitara,
avisó á Cortés todo esto
Alvarado desde Tácuba;
y Cortés á Sandoval,
que ocupe ese punto manda;
y Sandoval, aunque herido
de una lanzada se hallaba,
pronto cerró, y hábilmente,
la vía de Intapalapa,
y así á la ciudad dejaron
completamente sitiada.

Es la palanca del mundo
la fuerza de voluntad,
y esa palanca, allí en Méjico,
supo paciente emplear,
con asombroso talento
el insigne capitán:
esa fuerza al hombre oscuro,
jigante hace descollar,
entre millones de seres
como á una divinidad:
esa fuerza sobrehumana,
ese genio divinal,
con que á ciertos hombres dota
en sus designios Jehová,
para el progreso del mundo
y honrar á la humanidad:
esa fuerza misteriosa,
esa chispa intelectual,
que los láuros y alabanzas
con gloria siempre ornarán:
ese aliento poderoso
y fuerza de voluntad,
que en la historia de los siglos
haránse siempre admirar....
esos de Cortés hicieron
eximia celebridad,
famoso conquistador
y en nuevo mundo *un titán*;
y ese héroe, no ya paciente
puede su triunfo esperar,
porque ardiente, voraz fiebre
consúmele con afán;
ni que un largo asedio llegue
como cosa natural,
á aburrir á sus aliados
y á su ejército á cansar:

y su triunfo y rendición
de esa altiva capital,
con aliento soberano
anhela ya acelerar;
y á sus jefes comunica
su bien concebido plan,
y con tal objeto ordena
á Alvarado y Sandoval:
—*que al albor del nuevo dia*
deben ambos atacar
por las calzadas, que ocupan,
sin tregua á la capital,
y esperar en los suburbios,
si se debe ó no avanzar.—

Cortés, Olid y su gente,
al aclarar la mañana,
con toda la infantería
marchando van á vanguardia;
mas á poco andar se advierte
que la vía está cortada,
que no hay puente, y que los indios
en la opuesta banda se hallan
armados y defendidos
por tupida empalizada,
desafiando con sus flechas
de los cristianos las armas.

Manda Cortés dos bajeles:
—que por los costados hagan
á tales trincheras fuego;—
y los salvajes disparan,
y á otra, que tienen se acojen,
bien dispuesta á retaguardia
y hecha de mampostería:
y al punto que dejan, bajan
los soldados de los buques,
y despues en ellos pasan
de Cortés la infantería;
y á la *segunda muralla*
por los flancos, otra vez,
los bergantines asaltan,
haciendo un nutrido fuego,
que á los indios anonada,
quienes su último baluarte,
entre los gritos, que espantan,
abandonan y penetran
en la ciudad, bien armada,
esparciendo en toda ella
del pronto ataque la alarma,
entre tanto que los vivas
de las fuerzas castellanas,
en calzadas y canales
con ledos ecos sonaban.

De los fosos y trincheras,
que obstaculizan la marcha,
van los pasos componiendo
las muchas huestes aliadas,
y ya por ellos los téules
pueden pasar su vanguardia,
aguardando en los suburbios
la más penosa llegada
de artillería y jinetes,
al pasar por esas blandas
y recien compuestas sendas;
pero malos pasos salvan,
y en pos las huestes entrando,
todos al fin juntos se hallan.

Avanzan los españoles
por la calle, donde entraron
la vez primera, ancha, recta,
teniendo que ir guerreando
cada paso que avanzaban,
pues del uno y otro lado
descargas muchas sufrieron
de defendidos terrados,
los que á las amigas huestes
encargan de ir derribando,
para que al salir tuvieran
aquellos menos obstáculos.

Poca á poco de este modo
ir avanzando lograron,
y retroceder haciendo
á los grupos apiñados
de flecheros en las calles,
hasta irles encerrando
en la plaza, do se erguía
el obelisco sagrado
del teocálli, circuído
del alegórico patio.

LXXXIII

1521

Aquella era la plaza,
aquel era el gran templo,
y el otro el gran palacio,
que con placer inmenso
los héroes castellanos
otra vez anhelaban contemplar:
en la plaza tuvieron su verjel,
en el templo erigiéronse su altar,
y en el regio palacio su cuartel.

Pero aunque á Motesuma
vieron allí morir,
y muchos compañeros,
lidiando sucumbir,
recuerdos conservaban muy gloriosos
de hazañas y valor,
y de *la noche triste* tormentosos
otros también de angustia y de dolor,
pero el gozo de verse allí, triunfantes,
como se vieron antes,
tuvo en ellos quizá tanto poder.
como en los hombres tienen
lágrimas seductoras de mujer!

Las múltiples ideas
adivinó Cortés,
que cual temblorosas teas,
agitánse en la mente
de su indecisa é impresionada gente;
y embrazando su escudo,
con arrogancia y saña,
el grito lanzó agudo:
«¡Santiago y cierra España!»

Como por un momento
apártanos el rayo
de todo pensamiento,
ó un rápido desmayo
nos quita el sentimiento,
así esa voz, aguda y penetrante,
que oyen como de Dios, en sus dolores,
vuelve, sí, á despertar, en el instante,
á todos los guerreros invasores.

Como el empuje del viento,
cuando iracundo y violento,
todo arrastra al estallar,
así los téules embisten,
atacan, matan, resisten,
la gran plaza al asaltar;
y ante ese empuje tan fuerte,
que va sembrando la muerte,
y al verles la multitud
entran hasta el corazón
de su misma capital,
corren al templo ó vanse á un arrabal,
con la cerval prontitud
con que dispara un ladrón,
y huye de la justicia el criminal.

Síguenles por do quier los españoles,
y encontréndose abiertas
del teocalli las puertas,
la escalera subieron,
y su altar y su cruz allí buscaron,
pero nada encontraron;
solo ótra efigie reemplazando vieron;
igual al dios de guerra,
que en *su primer entrada demolieron*;
y al nuevo ídolo arrojan
de su nicho de lámparas valiosas;
de *su máscara de oro lo despojan*,
adornada *de mil piedras preciosas*,
y siguen á los indios persiguiendo:
los viejos sacerdotes,
desgreñados huyendo
de la cruenta matanza,
con sus mantos de sangre salpicados.
gritando van: «¡Venganza!»
desde las escaleras y terrados;
y sus gritos furiosos repercuten
en la alma dolorida
de esos pobres aztecas ultrajados;
y todos, como loca enfurecida,
ó mugidoras olas,
de consumo animados por su furia,
hacen frente á las fuerzas españolas,
para vengar tan incesante injuria:
se arrastran, muerden, matan, se levantan
y á los téules quebrantan;
y es su sed de venganza tan ardiente,

cual la del libre, que sus hierros troza,
como el ímpetu eterno del torrente....
y la injuriada gente
se arrastra y alza, muerde y despedaza,
y cuanto halla destroza ...
arrojando á los téules de la plaza!

Los aliados, que miran
salir á los cristianos, temerosos,
se detienen y admiran
de verlos alejarse, y se retiran,
las salidas buscando presurosos:
Cortés púsose en medio,
y á unos y otros detener quería,
quedando de tal huída sorprendido;
mas su voz arrogante se perdía,
como la dulce trova, apasionada,
ó el amoroso ruego dirigído
á una mujer, de otro enamorada.

Como en torrentes bajan los aludes
de las nevadas sierras,
asi cayendo van las multitudes
en pos de los temibles invasores,
que míranse acosados
de azoteas, de puentes y terrados;
y hora en peligro miran
esa nueva campaña lisonjera
y bien fundados planes;
así de igual manera,
los munumentos y obras, que entre afanes
los hombres beneméritos construyen,
envidiosos tiranos los destruyen,
ó pasan á poder de sus rufianes,

¿Qué resta ya á los vivos?
¿A los buenos y espertos capitanes?
En órden, alejarse fujitivos,
y evitar de su tropa la pavura,
en tal instante aciago.

Mas se oye galopar. Es por ventura
El apostol Santiago?
Como otras veces á ampararles viene
en tan tremendo estrago?

Se oyen, sí, de caballos las pisadas,
y apresuradamente
por una de las calles laterales
entrando van, y de sus largas lanzas
dejando en los aztecas las señales,
los que al tornar á ver á los bridones,
sienten el mismo espanto primitivo
de iguales situaciones;

y los perseguidores, dispersados,
ellos mismos se huellan,
vuelven caras, y ráudos atropellan
á sus propias legiones.

Cortés, como el relámpago, detiene
de los suyos á algunos pelotones,
y síguienle despues sus compañeros,
y acometen ligeros,
como á dispersa caza,
á los millares de indios desbandados,
haciéndolos volver hacia la plaza.

En sombras el crepúsculo envolvía
el reducido espacio
en que *ese mismo día*
vieron la plaza, el templo y el palacio,
y recordar les hizo su estadía;
donde otra vez lidiaron,
donde otra vez huyeron,
pero triunfantes en seguida entraron;
mas la hora avanzada
de esa victoria aprovechar privóles.

Se toca retirada,
sácanse de la plaza sus cañones,
y marchan los aliados por delante;
siguen la infantería,
cañones y pertrechos
y la caballería,
que logra á retaguardia ir deteniendo
la temeraria empresa
de esa manada de rabiosos lobos,
que escaparse veían á su presa,
debiendo ya saber, que no eran bobos.

Ya tarde de la noche,
Cortés hallarse con su gente pudo
marchando en sus bajeles,
en Joloc instalado;
regresaron también á sus cuarteles
Sandoval y Alvarado,
los que ambos, igualmente *en ese día*,
efectuaron en Méjico su entrada;
mas siendo por los fosos y peligros
mas tarde su llegada,
á Cortés los lanceros se mandaron,
y en los suburbios ambos esperaron
la órden de avanzar ó retirada.

El éxito completo
de su primer asalto; la pavura
que sintieron después los mejicanos,
de su afan de palpar la insuficiencia,
ante el poder y audacia

de esos nunca vencidos castellanos,
hicieron á la vez, que presurosos
muchos de aquellos pueblos comarcanos,
Jochimilco, y los otros belicosos
del valle hacia el Oriente,
á Cortés ofrecieran
su expontáneo y valioso contingente. 316

El señor de Tezcuco, don Hernando,
servicial con sus buenos compañeros,
preséntase á Cortés, acaudillando
cincuenta mil arqueros:
y este nuevo refuerzo, *en breves horas*,
Cortés repartir hace
en las tres divisiones sitiadoras,
y la orden dáse:—que *al siguiente día*
lleguen en los suburbios á encontrarse,
para dar *otro ataque* más certero,
antes que los aztecas recobrarse
consigan del primero.

Y precavido
el general,
manda á Alvarado
y Sandoval,
cuatro bajeles
á cada cual,
para que así los puentes y calzadas
mas fácilmente logren defender,
y las tropas también más descansadas,
lleguen la capital á acometer.

Mas con pasmosa
actividad
los mejicanos
habían ya
abierto nuevos fosos, roto puentes,
y en sus leños cruzando diligentes,
los pasos pretendíanles cerrar.

Mas los bajeles,
con sus cañones,
y los aliados,
en pelotones,
pasos abrían
y componían
puentes, calzadas,
de una manera igual á la anterior;
y *á las dos de la tarde*, ya acampadas
se hallaron de la entrada en derredor.

La estóica paciencia,
que tuvo el infiel,
ante la licencia,
ante la insolencia,
que impúsole el blanco, con yugo cruel,
al fin desaparece,
y se desvanece
la torpe indolencia
de su timidez;
y agítale y crece
su rabia después;
y la resistencia
que opone, parece
que su Providencia
le inspira también.

Y Cortés tristemente conocía,
que ya para obtener
en toda Anahua un pronto predominio,
tenía á los indígenas que hacer
una funesta guerra de exterminio,
que allí haría al cristiano aborrecer.

Así Cortés discurría
la víspera *de ese dia*,
en que *otra vez* se encontró
al pié de la capital;
y á la experta Marina consultó
ese que encuentra obstáculo fatal;
y ella al jefe querido contestó,
con su acierto habitual:

«Cuanto es humilde y sufrido,
sobrio, constante y paciente
el hijo de Anáhuac ardiente
es, al verse perseguido,
denodado y aguerrido,
hasta en la lucha morir;
y no es posible seguir
en tan cruento batallar .....
toda Anáhuac *hay que matar*,
para á Méjico *rendir!*

Pero Cortés la replica:
¿Crees que sucumba el cristiano,
supuesto que el mejicano,
lidiando se fortifica,
y sus ventajas duplica?»
«Eso creo—le contesta,—
porque el azteca no cede...
pero el téule triunfar puede,
si el mortal golpe la asesta,
donde la herida es funesta.»

«¿Cuál es el golpe, la herida,
que su decisión quebrante,

como golpe fulminante,
deje su fuerza extinguida
y le arrebate la vida?»
«sus templos el incendiar,
los palacios arrasar
de sus monarcas queridos,
y que vean destruidos
los ídolos de su altar!

Y entonces, cuando ya vean,
que sus dioses celebrados
son menos que esos soldados,
que á su capital saquean,
y á sus dioses apedrean;
entonces podrás triunfar
y la Cruz aquí enclavar,
sin tanto sublime esfuerzo....
de la duda el frío cierzo
los llegará á anodadar!»

El amor, en la alma ardiente
de esa entusiasta mujer,
faltar la hizo al deber;
pues cuando intenso y vehemente
ese ciego amor se siente,
familia, patria y hogar
y *honor* se llega á olvidar......
y, por eso, de ese modo,
á Cortés, su dios, su todo,
llegó así Marina á hablar.

¡Y cómo no ha de seguir
al noble conquistador,
si ve al hijo de su amor
en su regazo reir
y por su padre pedir?
Si ella del hijo es sostén,
¿quién mejor que ella, quién,
con íntima voluntad,
debe la felicidad
buscar del padre tambien?

No la comodidad, lujo y placeres,
que de vulgares almas son contento,
pueden del ser, que tiene sentimiento,
disipar el hastío abrumador;
pues para que una unión dichosa sea,
en la perenne lucha por la vida,
debe una alma á la otra estar unida,
por *él vínculo santo del amor!*

No olvidando Cortés el buen consejo
que Marina le dió,
ordena á sus tres jefes principales,
al dejar los canales:
—hacer lo que Marina le indicó.

Y despues, el terreno palmo á palmo
por esas calles disputando van,
con igual ardimiento,
como si fuera de oro yacimiento,
hasta que llegan á la plaza á entrar.

LXXXIV

1521

Los téules á Méjico
pisando otra vez,
al régio palacio,
que fué su cuartel,
muy bien defendido
lo vuelven á ver;
sus muros de piedra
y gran solidez,
parecen no balas
del téule temer.

En cambio, sus torres
y vasto interior,
viviendas y techos
de madera son;
las puertas se atacan
de aquella mansión,
y caen al empuje
del fuerte invasor.

Y los téules y aliados,
como espectros alados,
con encendidas teas
y ciegos de furor,
el recinto recorren, incansables,
esparciendo el estrago y destrucción,
como lo hizo el francés
al reducir á polvo la Bastilla;

y luego el trono carcomido al ver,
de Guillotín alzaron la cuchilla,
que su muerte anunció á Luis dieziséis:

De aberturas
y hendiduras,
de persianas
y ventanas,
de las puertas
al ceder,
de las piezas
al caer,
elévanse nubes, espesas, negruzcas ..
paracen que envuelven la extensa ciudad;
y luego rojizas las llaman la alumbran,
las torres y techos haciendo estallar.

Lastimeros ecos lúgubres
lanza el pueblo en su dolor,
como quien sagrados túmulos
y reliquias de su honor
ve que huellan viles vándalos,
que comienzan á arrasar
campiñas, dioses y lábaros
de la patria y del hogar.

Del palacio real de Motezuma,
y de ese otro, que ardía no distante.
hallábase á un costado
un edificio largo y elegante,
á grande pajarera destinado:
sus finos materiales de listones
de madera y carrizos;
las belias plantas y marmóreas fuentes,
que su contraste hacían
con otros edificios más macizos,
de piedras ensambladas,
bruñidas y talladas;
y allí los gritos lúgubres se oían
de esas millares de aves, asombradas
de las compactas llamas, que subian,
y con sus tintes cálidos rojizos,
trasforman los colores
de sus finas varillas y carrizos,
y de las fuentes y olorosas flores.

Fué ese canto el reclamo
que á la jaula llevó á los incendiarios,
como un precioso *y olvidado libro*
tienta la propensión de los plagiarios:
corren, pues, con sus teas, embriagados,
y á la rica y repleta pajarera,
íncendian desalmados;
y estrellas mil de luces bacanales,
como arden pirotécnicos castillos,
con esos de color variados brillos,
la ciudad iluminan y canales.

Las aladas cautivas,
por entre llamas y humo
salir procuran vivas,
cual si saltaran por las verdes ramas;
unas se escapan, suben, y volando,
y haciendo varios giros en las llamas,
en ellas van cayendo;
otras de ellas al fin se van salvando,
y llegan medio vivas,
aunque sus plumas fúlgidas quemando,
á sus selvas nativas.

Las jáulas de las fieras y reptiles,
invadidas do quier por llamaradas,
tambien salen huyendo
las fieras espantadas
de las teas, las armas y los gritos
los inmundos reptiles venenosos
de sus antros se escapan infinitos,
y escurriéndose saltan, culebrean,
y sus ojos chispean,
y pican y emponzoñan,
y bajando y subiendo sus cabezas,
se meten y se pierden
en cuevas, escondrijos y malezas.

Los aztecas, al ver el vilipendio,
con que el sagrado asilo de sus reyes
entregan los cristianos al incendio.
ciegos, horrorizados,
imploran á sus dioses venerados,
lanzando maldiciones
al señor de Tezcuco, don Hernando,
que va con sus legiones
á Cortés en su empresa secundando;
y le siguen, le insultan y apostrofan
de *traidor* y de *infame* y de *vil raza*,
y arrojándole piedras, de él se mofan;
mas entrando Ixtlilxóchitl á la plaza,
al que allí manda general azteca,
pesada lanza le arrebata al vuelo,
con que embistió poco antes á un cristiano,
y de un mazazo tiéndele en el suelo,
quitándole la vida.

De la ciudad la guarnición azteca
se hallaba dividida,
cada cual en el puesto señalado,
para evitar la entrada
de Cortés, Sandoval y de Alvarado,
por tres distintas partes concertada.
Sin embargo, Cortés amenazado

por rabiosos flecheros se veía,
y de gentío inmenso rodeado,
que por do quier el paso le impedía;
y como la anterior reciente entrada
no habíase olvidado,
tocóse retirada
á las tres divisiones,
y de ellas los soldados, más ó menos,
recibieron lesiones,
que hicieron aflojar á los más buenos;
pero vuelven, en nuevas ocasiones,
la venganza á buscar con osadía.

El asedio, no obstante, se estrechaba,
y alguno que otro día
á las puertas de Méjico se entraba,
y el guerrear seguia;
y no Cortés á sus soldados daba
el prudente descanso que debía:
creíales tan duros como un cerro,
no de frágil arcilla, si de hierro,
que aquella lucha más endurecía.

Las calzadas y fosos destruídos
á cada paso hallaban los cristianos,
y todos sus trabajos removidos,
y no para impedirlo, por entonces,
tenían algún medio;
pues les faltaban manos
para atender de Méjico el asedio,
lidiar con los vecinos,
y seguir atendiendo
á cuidar de sus buques y caminos. 317

Mas de Alvarado las nocturnas guardias,
que se iban relevando,
cuidaban de sus puentes y calzadas,
aunque íbanse cansando
de tantas trasnochadas,
en esa que era la estación lluviosa
de Julio hasta Septiembre,
y asaz fría y ventosa;
y en el lodo pisando
con la ropa empapada,
y de hambre en larga noche suspirando;
aunque de cuando en cuando,
por uno ú otro lado se escuchaba
en la noche sombría,
que en oscuro ramaje ó vieja tienda,
una rota guitarra se pulsaba;
triste voz el silencio interrumpía,
y un cantor modulaba una leyenda;
ó un amante improvisada ofrenda,
entre recuerdos de felices días,
dedicaba á su bien amada prenda. 318.

Y de Cortés también, el veterano
dormía con las armas en la mano;
porque Guatimozín, contra los usos
y tradición de toda aquella tierra,
también de noche hacíales la guerra,
dejando sorprendidos y confusos
á infieles y cristianos;
y algunas veces atacar solía
á las tres divisiones *juntamente*,
cuando el tambor grandísimo plañía;
ó la nocturna hoguera, si brillaba,
á los cercanos pueblos,
atacar les mandaba;
y para dar descanso á sus flecheros,
unas tropas por otras reemplazaba;
y cada hueste usando,
sus diversos colores,
ya de la tribu que eran conocían
los duchos invasores.

Ni tampoco el monarca era remiso
en hacer que sus leños, por los lagos,
atacasen los buques de improviso,
ó en tenderles celadas,
con la ingénita astucia del salvaje,
y así tal prueba hizo:
en un bajío clavan estacadas,
que las yerbas cnbrían,
y tras unos carrizos abundantes
ocultan sus piragüas bogadoras,
y dos ó tres salieron bíen cargadas,
pór ante dos bajeles vigilantes;
y al mirarse por ellos perseguidas,
finjen huir, volverse,
y entre los carrizales guarecerse:
los bajeles las siguen presurosos,
y en las estacas hállanse varados,
y por piragüas miles
en el acto acosados:
como horribles fantasmas de ellas saltan
indígenas, furiosos, á los buques;
suben, corren y aplastan
con su número solo á los cristianos,
que ni empuñar pudieron los aceros;
mas luchan y reluchan,
como los que hacen frente á bandoleros,
y queda mucha parte herida ó muerta:
el capitán entre ellos, Juan Portillo,
murió gloriosamente,
y el otro, Pedro Barba, de una herida

el día subsiguiente;
y aquellos, que escaparon
del asalto con vida,
con los dos buques el volver lograron.

Y así por mar y tierra,
puentes, fosos, calzadas y laguna,
las dos razas lidiaban y morían,
sin desmentir *su tradición ninguna.*

Como íbanse agotando los graneros,
que en Méjico existían,
de los téules burlaban los cruceros
las ligeras canoas por la noche,
y á la vieja metrópoli surtían;
mas luego al ver los pueblos tributarios,
el no bastarse Méjico á sí propio,
ni vencer ya podría á sus contrarios,
negáronle su acopio
y á llevarlo se hicieron refractarios;
y así la capital fue careciendo
de víveres y entradas,
como el añoso ombú, que va perdiendo
su sabia, ramas, hojas y corteza,
y el primer huracán al suelo arroja,
falto de corazón y de cabeza.

De los pueblos y aldeas, que ocupaban
el dilatado valle con sus lagos,
numerosos vecinos se pasaban,
y hasta *cien mil* rendidos
al invasor se unieron,
y en los tres campamentos divididos,
con sus caudillos fueron;
pero si tales numerosas masas,
no para guerrear mucho sirvieron,
por dicha, sí, en asedio tan horrible,
esos menos contrarios se tuvieron:
y en seguida quedaron ocupados
en levantar las tiendas de campaña,
los grupos en batir diseminados,
y traer de Tezcuco provisiones;
y esos indios comían
con gusto y preferencia
á todos los cautivos, que cogían. 319

La tempestad horrible retumbaba
sobre la altiva capital azteca,
como las aguas torrenciales crugen
sobre altura reseca:
sus aldeas, ciudades y canales
y valles y calzadas
hallábanse preñadas
de los de allí enemigos naturales,
y sus alentadores,
los bravos invasores,
que de Méjico hollaban los umbrales:
ellos sus templos é ídolos violaron,
sus leyes y sus creencias destruyeron,
y reales palacios incendiaron.

El hambre comenzaba
á asolar la ciudad; y parecía
que desangrada al fin se rendiría:
obra era del tiempo y de paciencia
esperan, que postrada desistiese
de adelante llevar su resistencia:
mas allí los cristianos
también sufrían hambre, frío y vientos;
y pretendían varios cabecillas
el tratar de abreviar padecimientos,
dando un golpe de mano
con las huestes amigas y los téules
al ya casi postrado mejicado.

Cortés llamó á un consejo; y Alderete
tesorero y persona de importancia,
puso á discusión, sobre el tapete:
—entrar por el Nord Oeste, donde había
para Alvarado y Sandoval acceso
fácil hasta el mercado Tlatelolco,
el cual muchos pórticos tenía
y extenso alojamiento,
donde todo el ejército podría,
si allí les conviniera.
asentar con ventaja el campamento,
hasta que el breve ataque concluyera;—
y el proyecto por todos apoyóse,
sin que ninguno observación hiciera.

Cortés, con repugnancia,
como al chico, que llevan á la escuela,
ó quien por incesante dolor, tiene
que dejarse arrancar profunda muela,
así por no mostrarse en desacuerdo,
el día señaló de la partida...
y á fé que fuéle triste tal recuerdo!

Todos con gran reverencia
oyen la solemne misa,
que fray Olmedo á la Virgen
fervientemente dedica; 320
y marchan las divisiones
por las canoas seguidas,
que danles nuevos aliados,
que entran tambien en la liza;
y todos los bergantines
dudosos pasos abrían.

36

Y llegan todas las fuerzas,
que á Méjico se encaminan,
hasta los mismos suburbios,
y por sus entradas fijas.

En la calle de Tlacópan,
que era el punto de partida
y tambien de retirada,
tres piezas de artillería
dejó Cortés de reserva
con su dotación precisa,
como igualmente *un piquete*
de buena caballería,
y muchas huestes aliadas
de las ya más aguerridas,

Salían de allí *tres calles*,
que iban rectas al mercado;
la del centro, con acequías
y con mas de doble de ancho;
de su fuerza hizo *tres trozos*,
uno dió á Jorge Alvarado,
tan intrépido y capaz
como don Pedro, su hermano;
otro á Tapia y Aldereta,
y él, del resto tomó el mando. 321

Y á sus tenientes ordena:
—no dejar abandonados
los puntos de retirada
ni salida de los lagos,
para poder facilmente
de la ciudad y mercado,
si algún contraste sufrian,
el salir por donde entraron;—
y con sus jefes al frente,
con ánimo y firmo paso,
las tres gruesas divisiones
en Méjico penetraron.

LXXXV

1521

Por tres diversos puntos, hacia el centro
de la ciudad avanzan los cristianos,
asaltando trincheras tras trincheras,
yendo á la vez los fosos rellenando
para tener segura la salida;
y hacen retroceder á los aztecas,
que ya no mucha resistencia oponen,
protegiendo el ataque las canoas,
que por acequias laterales marchan,
combatiendo también á los flecheros.

En tanto, van los fieles tlascaltecas
las casas escalando, y de terrados
arrojan á los dueños y sirvientes,
y avanzan los cristianos, seducidos
por los triunfos y gritos de los suyos,
que juzgan ya la rendición segura.

Esta que observan débil resistencia,
presumir hace el capitán experto,
que hacia el centro pretenden conducirle,
para allí con sus tropas encerrarle;
y teme que olvidado hayan sus jefes
el tomar las medidas necesarias,
y alto á su división hacer ordena.

En tal momento avísale Alderete:
—que casi ya la plaza del mercado
encuéntrase á sus fuerzas sometida;—
lo que más de Cortés la duda aumenta,
y decídele á ir con un piquete
el camino á explorar de aquella entrada.

A poco andar encuentra un foso abierto,
ancho y profundo, que las dos acequias
de agua cubrían, por allí cruzando,
y débiles carrizos lo ocultaban;
y mas, recientemente parecían
del foso socavadas las riberas.

Del astuto enemigo esa asechanza
procura el evitar; con los aliados
manda hacer por entre él una ancha senda
de piedra y de ramaje y tierra encima,
que fácil vez á sus soldados diese;
mas no el trabajo hallábase concluído,
cuando oyen sendos gritos, furibundos,
y golpes y el crugir de la batalla;
pero aunque eran lejanos y perdidos,
irse acercando, con furor parecen,
á do se halla Cortés con ese grupo.

¿Mas de dónde venía tal estruendo?
Era que en pos de la asechanza azteca,
avanzaba Alderete, sin cuidarse
de dejar las trincheras bien seguras,
ni componer los peligrosos pasos,
solo anhelando sus osados téutes
el laurel alcanzar de la victoria.

Mas de Guatimazín la gran corneta,
—que es el sagrado símbolo, que advierte
á esa hambrienta ciudad, enardecida,
el supremo momento del peligro,—
óyese de la cumbre del gran templo
con su agudo sonido penetrante,
y llénanse á la vez las calles todas
de legiones de indios, que arrojaban
como tigres, rugidos matadores. 322

De pronto así el ejército cristiano
circuído vese, do su vista alcanza,
de enemigos, que brotan de contino,
cual revienta y negrea un hormiguero
de montón blando y cónico de tierra;
y aliados, mejicanos y españoles,
cual torbellino, que rodando gira,
hacen chocar sus lanzas con sus flechas,
arcos y espadas, mazas, petos, cascos;
se defienden, se atacan y se estrujan,
y proyectiles, como gotas de agua,
se arrojan de azoteas y terrados,
de aglomerada gente llenos todos.

El raudo empuje de la mole azteca
á las postreras filas de cristianos
al foso va arrojando: algunos nadan,
van saliendo y se salvan; otros se hunden
y puentes son de los que en pos llegando,
salvar puede Cortés con sus infantes,
tendiéndoles las manos; y á los suyos,
empuñando su espada, erguido dijo:
«¡Este es el día de morir lidiando!»
Y ejemplo infunde, derribando á infieles;
mas casi todos ellos le conocen,
y: «¡Malinche! ¡Malinche!» gritan todos;
y como lluvia, flechas y pedradas
de su yelmo rebotan y armadura;
y *seis fuertes salvajes* se le prenden,
y arrastrarle procuran á un esquife;
tres tlascaltecas y el sarjento Lerma,
de noble estirpe y de fortuna escasa,
se arrojan, se interponen y defienden
al querido candillo: en tanto llega
el capitan Quiñones y su guardia,
con otros caballeros, y consiguen
del esquife sacarte, forcejeando;
y entre la multitud penetra y pasa
el buen paje Orteguilla, y á entregarle
va un lijero caballo, cuando al joven
javalina veloz le hiere el cuello;
pero Guzman, el otro pajecillo,
otro bridón á su señor presenta,
quien presto sube; mas en tal momento,
Guzman, que del corcel las bridas tiene,
es como débil hoja, arrebatado
por unos agilísimos marinos,
que llévanle cargado á su canoa;
y, Quiñones la brida coge y dice
á su jefe, mirando en tal peligro:
«Señor, de aquí salgamos, que ninguno
escapar yá podrá, si á vos os matan.» 323

Pero el abrirse paso en árdua empresa
por entre esa compacta muchedumbre;
del removido suelo, vuelto fango
por el andar de gentes y bridones,
resbalosas estaban las orillas,
y aliados y cristianos por los flacos,
entre gritos caían de alborozo,
que al llevarlos lanzaban los aztecas;
y *dos hidalgos*, que á Cortés seguían,
en las aguas cayeron, y á uno de ellos
matándole el caballo, agarrar logran,
y el otro de tal trance escapar pudo.

Y Corral, el valiente abanderado,
cayó al canal tambien; mas la misma asta
sírvele como lanza de defensa,
y nadando se bate y salir pudo,
en los dientes la enseña conduciendo,
en medio de la rabia del salvaje,
tan glorioso trofeo al ver perdido.

Hechos así, de tan notable arrojo,
de supremo heroísmo en tal conflicto,
por cientos vende en uno y otro bando.

Logra Cortés salir á tierra firme,
y entran en la gran plaza, do termina
la calle de Tlacópan, y allí haciendo
la artillería un fuego prolongado,
va pudiendo reunir á sus infantes,
en tanto que él, guiando á sus ginetes
da á los salvajes cargas repetidas;
y empezando á cubrir la retaguardia,
en retirada marcha con su gente;
y pues que en salvo marchan estas fuerzas,
busquemos ya á las otras divisiones.

Cuando llegó Cortés al gran mercado,

y apercibióse de lo mal que estaban,
ordenó á Andrés de Tapia en el momento,
que á Sandoval y á Pedro de Alvarado
el peligro advirtiera; mas se habían
ya engolfado hasta cerca de la plaza,
por no encontrar apenas resistencia;
y solo cuando oyeron el sonido
de la corneta, que vibró en la torre,
y escucharon la horrible gritería
de las desparramadas huestes muchas,
que como plomo ardiente iban cayendo,
sobre la gente que Cortés mandaba,
entonces fué, cuando ambos oficiales
el peligro inminente conocieron
al mirarse de súbito cercados,
y luego ver llegar á las legiones,
que á Cortés hasta lejos persiguieron,
trayendo unas cabezas desgreñadas
en largas picas y gritando todos:
«¡Es Malinche! ¡Malinche!» Y otros gritos
también lanzan de pena los cristianos,
solo al pensar que su caudillo insigne,
sin recojer su merecido premio,
á manos de esos indios muerto hubiera;
y exaltados también por la venganza,
lidian y mueren; y cual fieros locos
á los indios destrozan y detienen.

Pero agobiados por la mole inmensa
de caníbales hordas, que del suelo,
como maleza brotan por ensalmo,
se toca retirada, y perseguidos
vánse hasta el canal haciendo frente,
donde el cruzado fuego de dos buques
detiene á los infieles; y Medrano,
buen artillero, con algunos otros,
que una ligera batería guardan
al pié de la calzada, á fuego recio
hacen entrar á la ciudad las huestes,
y á sus cuarteles vuelven los cristianos,
consiguiendo llevar muchos heridos.

Sandoval, que á Cortés, como á un gemelo
quiere afectuoso y como á héroe admira,
no puede, no, permanecer tranquilo,
ignorando si se halla muerto ó vivo;
y se decide y monta en su caballo,
y parte de Cortés al campamento,
á los grupos de aztecas desafiando,
hasta llegar allí, como una sombra. 324

Triste ese campo Sandoval encuentra,
como se halla un convento en viernes santo,
ó un pobre negociante, á quien avisan,
que su casa ha quebrado y no hay un cobre,
y en un profundo duelo á todos vese:
á cuarenta los muertos alcanzaban,
y hasta *sesenta y dos* los prisioneros,
que lleváronse en triunfo los aztecas,
dos falconetes, y caballos *siete*:
esta era la pérdida sufrida;
una décima parte de las fuerzas
de las tres divisiones sitiadoras.

Refiérese, que así como Alvarado
y á Sandoval los indios exhibieron
cabezas den sus picas y decían:
«*¡Es Malinche! ¡Malinche!*» así en el campo
de Cortés igualmente alzaron otras:
«*¡Sandoval y Tonátiuh!*» repitiendo.

Y que al oir Cortés tales palabras,
palidecer le vieron sus soldados:
era que á la amistad y condiciones
de Sandoval corresponder sabía;
y en tal cosa pensaba tristemente,
cuando llegar le vió, y ambos amigos
filialmente se estrechan en sus brazos.

Y Sandoval ansioso le pregunta:
—¿á qué causa atribuye aquel percance?
Y él le contesta, no culpar queriendo
á Alderete ni á otros oficiales:
«A mis pecados, hijo, solo culpo,
—así llamaba á los que bien quería,—
y en Dios espero, que olvidados queden,
y que otra vez su gracia no me niegue:
pero *véome cojo, estoy herido*,
y si acaso mis días concluyeran,
á Alvarado á tí mi obra encomiendo.»
Y estas sinceras últimas palabras
de Cortés, la confianza demostraban
que en ambos jefes con razón tenía.

Dióles Cortés algunas instrucciones,
y otro abrazo también, y á sus cuarteles
mandó á este su teniente tan querido.

Comprimidos sollozos Cortés siente....
es la pobre Marina solitaria,
cuyas lágrimas tristes van cayendo
sobre la faz del niño, que amorosa
estrecha en su regazo; y como madre
á su hijo un porvenir dichoso anhela,
en aquellas de angustias horas largas.

«¿Por qué lloras, Marina?» con cariño
la demanda Cortés, toma su mano,

y en su hijo tierno la mirada fija.
«Dime, Malinche, ¿acaso mis consejos,
cual de pobre mujer tan imprudente,
habrán causado el angustioso golpe?
¡Necia anduve en decir lo que sentía!»
«¡Ay! no Marina, nó; culpa no tienes,
son mis muchos pecados solamente!
¡Acaso no merezco, vil gusano.
aquí enclavar de Dios la Cruz divina!
¿Seré yo indigno de misión tan grande?»
«¡Oh! No, Malinche; en el lenguaje santo
de tu Dios, que comprende este ángel puro,
á tu Dios pedirá te dé tal premio
por tus muchos afanes por su gloria!»
«¡Quiéralo así!» la dice suspirando:
dala un beso en la frente, y se retira
á atender que se curen los heridos.

No había de Esculapio hijo ninguno
entre esos esforzados invasores;
porque allí, cada cual, según podía,
sus heridas ó golpes se curaba,
sino un Juan Catalán, que curandero,
sus curas practicaba *por ensalmo*,
con la gordura de los muertos indios
en aquellos combates, ú otras drogas,
que una gracia del cielo se creían;
aunque otros tal milagro atribuyeron
á una Isabel Rodríguez, bella joven,
que con fervor cristiano aquella empresa,
como buena enfermera proseguía
en ese misterioso nuevo mundo. 325

Sus últimos destellos derramaba
mustio el sol, descendiendo al horizonte,
tras las altas montañas de Occidente,
cuando á su campo Sandoval entraba,
donde todos, con júbilo celebran,
que aun viva el héroe de los hechos grandes.

Lentamente el crepúsculo extendía
la tarde al declinar, sus tristes sombras,
y la plácida calma de esos sitios,
juveniles recuerdos despertaban,
como éxtasis de virgen ruborosa;
pero la calma plácida se turba
en la ya entrada noche: un eco se oye:
es el plañido del tambor del templo,
que á sus fieles llamando, les anuncia,
que los téules, cogidos *ese dia,*
van de su dios *á ser la digna ofrenda.*

Y como de Alvarado el campamento
de legua un tercio apenas se encontraba
del teocálli mayor y su obelisco,
claro el sonido del tambor se oía
en la atmósfera pura de la mesa;
y el fulgor de las teas, en la noche,
dejaba ver la procesión al téule,
la escalera al subir alta y tortuosa,
que ascendería hasta sesenta gradas.

Los sacerdotes y guerreros iban
las víctimas llevando al sacrificio,
las cabezas *de flores coronadas*
y grandes abanicos en las manos:
de los adoratorios las hogueras
perfumes exhalaban; y en el *téhcatl,*
ó la convexa piedra del suplicio,
los esbirros tendían á las víctimas,
y el de itztli filosísimo cuchillo,
los torvos sacerdotes empuñando,
abrían de las víctimas el pecho,
y diestros luego, hundiendo en él su mano,
aún saltando el corazón sacaban,
y á su dios de la guerra lo ofrecían
en labrado incensario de oro y piedras;
y haciéndose rodar por los peldaños
los destrozados cuerpos, el gentío,
que sediendo esos cuerpos esperaba,
con buenos trozos,—*como pan bendito,*
repartido en las fiestas de San Roque,—
va á preparar su opíparo banquete. 326

¿Qué piensan, qué imaginan, qué meditan,
al mirar los corridos castellanos,
esa de sangre bacanal horrible?

Allí hay ojos de lince, que contemplan,
y, hasta creen distinguir á sus amigos;
oídos hay de tísicos, que escuchan
los lamentos, los ayes y agonías
de aquellos de la Cruz heróicos hijos:
allí, pues, de Alvarado sus soldados,
rechinando sus dientes, y sus carnes
creyendo de los huesos desprendidas,
hablar no pueden ni dormir tampoco,
viendo en las sombras de la noche oscura
vagar, gemir, y alzarse en densos giros,
flacos fantasmas derramando sangre,
y esclamando á su vez: «¡Sangre!» «¡Venganza!»

¡Cómo Guatimozín burló el orgullo,
la osadía, confianza y el desprecio,
con que al indio miraron los cristianos!

Si estos poseen el arte y disciplina,
armas de acero y fuego y sus bridones,
tremendos buques, yelmos y corazas,
donde las toscas armas no hacen mella,

ellos la astucia y la malicia tienen
de los hijos salvajes del desierto,
de ese asilo de fieras, donde aíslados,
en su nómada vida, sin recursos,
progresos ni elementos, tienen solo
que bastarse á sí propios en la vida!

LXXXVI

1521

La carne y sangre de los muertos téules
de tal modo embriagó á los mejicanos,
que como ávidos buitres descendieron
á las calzadas *al siguiente día*,
en numerosas huestes infatuadas,
hacer creyendo otras sabrosas presas;
mas sus contrarios ya, bien preparados,
de gruesa artillería y arcabuces,
con tan nutrido fuego les reciben,
que vuélvensen deshechos, presurosos,
en la ciudad á entrar, escarmentados;
y *cinco días* de inacción teniendo,
entréganse á beber y alegres danzas,
su memorable triunfo celebrando.

Hacen correr la voz los sacerdotes:
—que el dios Huitzilopóchitl, de la guerra,
muéstrase á toda Anáhuac ya benigno,
por las grandes ofrendas tributadas;
y ya á su pueblo anuncia, que á los téules
podrá en sus manos *dentro de ocho dias.*—

Envia, pues, Guatimozin *tal nueva*
á sus rebeldes pueblos y provincias;
de Malinche la muerte les anuncia,
y como buenas pruebas les remite
cabezas de españoles y caballos,
haciéndoles saber del dios propicio
la dichosa promesa, y les ofrece:
—perdón y olvido si á su causa tornan,
ó el castigo á los téules aplicado;—
é igual cosa también con mil bravatas,
á los aliados de Cortés previene,
quienes creyendo, que su dios hubiera
sus furores al fin apaciguado,
y fé dando al supuesto vaticinio,
y presintiendo que tan cruda lucha
durase largo tiempo, y ya observando
que ni invencibles ni inmortales eran,
aquellos que al llegar dioses creyeron,
y sojuzgar, por tanto, no podrían
á la altiva metrópoli de Anáhuac;
y de Jicotencal la augusta sombra,
al recordar que habíalas predicho:
—que esa guerra sacrílega sería
para siempre la ruina de su patria,
pues esos téules aspiraban solo
robarles su oro, hogar y tierra hermosa;—
y así pensando ya, de la conciencia
el grito aterrador sienten profundo;
y cual ladrones en la noche oscura,
sin bulla muchas huestes sus cuarteles
dejando van y á sus hogares parten,
aunque en ellos algunos no penetran,
por vergüenza ó temer de sus señores;
y esos de deserción muchos ejemplos,
siguen las de Tepeaca y de Cholula
y varias de Tlascala; mas leales,
con las huestes que pueden, permanecen
el señor de Tezcuco y Chichimeca.

Ante esa deserción inesperada,
todos en torno vieron el vacío,
y tal vez más allá pronta derrota,
precursora del frío de la muerte,
y adornado espirar sobre la piedra;
solo Cortés ni duda ni vacila,
los alienta, persuade ó les reprende
con ternura, aspereza ó con sarcasmo;
y mensajeros á las huestes manda,
diciéndoles:—*que esperen donde se hallen*,
hasta que haya ese plazo trascurrido,
y verán á los téulos triunfar antes,
porque *es torpe mentira* aquel augurio.—

Faltos de municiones se encontraban
los audaces, sufridos invasores,
sin legiones amigas, que alimento
á sus tres divisiones proveyesen,
si exceptuamos las fuerzas de Tezcuco;
por las vijilias, flacos y extenuados,
sin fuerzas por heridas y fatigas,
teniendo que hacer frente á los aztecas,
y oyendo por la noche el clamoreo
del atambor fatídico, anunciando
de algún aliado ó téule el sacrificio,

y á lo lejos brillando luminarias,
sobre las casas, templos y lagunas.

Tras aquella lección cruenta y severa,
no obstante, en breve al castellano vuelve
su arrogancia y su fe: la pena olvida,
y hasta heróicas mujeres, inspiradas
por su creencia, su amor y patriotismo,
las armas toman y la guardia montan,
mientras duerme el amante y el esposo,
y guerrean también al lado de ellos,
la historia habiendo de tan gran conquista
conservado en sus páginas los nombres
Juana Martinez, Beatriz Bermudez,
María Estrada, Isabel Rodríguez,
y *Beatriz Palacios* y otras varias,
que sin ver la conquista fenecieron,
ó sin querer, cronistas olvidaron.

No por su triste situación presente
los invasores en su asedio aflojan,
pues conservan sus fuerzas y avanzadas
en los mejores puntos de estrecharlos;
y aunque de los aliados las canoas
dejaron los canales al marcharse,
á las entradas clandestinas libres,
no mucho acopio á la ciudad entraba,
pues los téules cruzaban noche y día
sus buques en las aguas, y sus fuegos
no dejaban romper á los aztecas
ni por agua ni tierra el duro sitio;
así, pues, á pesar de los augurios,
peor mal que la guerra padecían...
ya la plaga del hambre allí se hallaba,
haciendo *hora por hora* sus estragos..

Es el *noveno dia:* esplendoroso
en el cristiano campo el sol fulgura:
sus rayos para ellos son de triunfo,
cuanto para el azteca de tormento,
el engaño al palpar del vaticinio.

El señor de Tezcuco y Chichimeca
el fiasco del augurio saber hacen
á sus varias legiones respectivas,
las que á medio camino retroceden,
llenas de indignación contra el azteca
por el vil artificio del engaño;
y con vergüenza los aliados vieron,
que sin ellos los téules se bastaban
para el sitio estrechar, y muy en breve
de la gran capital ser los señores.

No de Guatimozin del todo fueron
sus amenazas y mentiras vanas;
porque varias provincias desidentes,
no solo se someten, sino baten
á algunas que rebeldes no cedían,
y de Cortés la protección demandan;
y aunque opinan algunos oficiales:
—que mal puede otorgarse tal ayuda,
cuando ellos para sí la necesitan;—
Cortés les hace ver:—que por lo mismo,
para ocultar su situación precaria,
y demostrarles que se encuentran fuertes;
mandarles deben inmediato auxilio,
pues es el medio de que aliadas sigan.—

¡Cuántos aparentando gran fortuna,
con una audacia digna de su ingenio,
influeucia tienen, crédito y negocios,
dan convites y viven como ricos!

Y á Cuernavaca y pueblos otamíes,
que el auxilio pedían, manda á Tapia
con un destacamento de *cien hombres,*
y á Sandoval con otro *más crecidos,*
con orden terminante: - qne su vuelta,
no más se retardara *de diez dias.*

Y regresando en el prescrito plazo,
dejan allí vencido al enemigo,
ya libres á esos pueblos, y los otros
demandan prontamente nueva alianza. 327

Sí, Dios es generoso: cuando aprieta
beber nos hace hiel y comer polvo;
y cuando abre su mano nos levanta
por la gran vía láctea hasta los cielos;
mas no por ella fué, sino por mares
la prenda que Cortés de Dios recibe.
Una repleta embarcación cargada
de pertrechos *de guerra y municiones*
fondea en Veracruz: era una parte
de una flotilla á La Florida enviada
á Ponce de Leon, un caballero
que en su conquista hallábase empeñado;
y ese mismo año muere de una herida. 328

Y el oficial de Veracruz la apresa,
pagando los efectos mas que valen,
y en el acto á su jefe los remite;
con este, pues, inesperado auxilio,
con más brios Cortés el sitio estrecha,
porque para Çortés y sus tenientes
dos medios eficaces solo habían:
estrechar el asedio ó internarse,
y en la misma ciudad hostilizarlos;
y después de tener varios acuerdos,
esta última opinión fué sancionada;

pero Suchél, de don Hernando hermano,
y notable caudillo de Tezcuco:
—el demorar la entrada les propone,
y en seguida, con todos los bajeles
y canoas de todos los aliados,
riguroso bloqueo estableciendo,
nadie al mercado abastecer podría;—
y así lo hizo Cortés; también dispuso,
después que á la ciudad la gente entrase:
—el rellenar los fosos y calzadas
con material de remover no fácil,
así el poder salir asegurando,
si evacuar la ciudad fuese preciso.—
¿Mas de dónde sacarlo? Era muy duro
destruir solo para tal objeto
la más bella ciudad del Nuevo Mundo,
como supo llamarla; mas con pena
tuvo así que ordenarlo; y accediendo
á ruegos de su gente y los aliados,
cuyos jefes reunieron al instante
miles de labradores con sus coas,
ávidos, serviciales, vengativos,
para cambiar á Méjico en escombros,
y en sus ruinas gozarse y la rapiña. 329

Fuerzas cristianas y salvajes huestes
entrando van á la ciudad, y el fuego
de artillería y arcabuces abre
á espadas, picas, lanzas y jinetes
ancho pasaje, y llénanse las calles,
mientras van los peones con sus coas
derribando las casas y los templos,
y con sus vigas, piedras y maderas,
fosos, caños y acequias rellenando;
y van así las tropas invadiendo,
y la devastación sus pasos sigue.

En vano es el lidiar de los aztecas
ante la fe y venganza del cristiano,
y el odio de las huestes sublevadas!

Una que otra canoa, que podía
entrar á la ciudad á duras penas,
no á aquella hambrienta población bastaba;
y del hambre, la peste y los horrores
las huellas cadavéricas impresas
mirábanse en los rostros demacrados:
y era ya tal el hambre, que comían
ratones, lagartijas y reptiles,
asquerosos insectos y gusanos,
y de las sucias aguas la escrecencia.
¡Nunca la tradición de aquella zona
fecunda, salutífera, espaciosa
por su inmensa extensión casi un desierto,
recordó haber sufrido esos horrores....
jamás viéronse allí sucesos tales!

De esas ruinas la vista; el heroísmo
de esos pobres salvajes, defendiendo
sus hogares, sus ídolos y patria,
y el llorar de esos niños y mujeres,
recuerda al gran Cortés, entristecido,
que su España también las glorias santas,
á Sagunto y Numancia al ver ardiendo,
por sostener su santa independencia;
y á algunos nobles prisioneros dando
completa libertad y unos recuerdos,
manda á Guatimozín á proponerle:
—que si el monarca de Castilla jura,
cual lo hizo Montezuma, vasallaje,
como virrey subsistirá en el trono;
y á los aztecas volverá sus bienes,
de la ciudad se marchará en seguida,
volviendo los rebeldes á acatarle:
y como padre y jefes de esos pueblos,
en el deber de hacerlo así se hallaba.—

Del joven rey los ojos irradiaron
con el furor de la salvaje ira,
y su pálida faz asemejóse
al de un cuerpo que yace desangrado;
fué su primer impulso, por cobardes,
hacerles dar una afrentosa muerte;
más volvióles la espalda y citar hizo
á sus mejores nobles y caudillos;
y algunos opinaron se aceptasen,
como de salvación seguro medio,
esas no despreciables concesiones;
pero los sacerdotes, irritados,
pidiendo todos el rechazo exponen:
—la presión ejercida en Montezuma,
á su hospitalidad la vil codicia,
é ingrato proceder hasta su muerte;
la venganza ejercida con Cacama
y el degüello de nobles en el templo,
que por robarles efectuó Alvarado;
y que si hoy fueran ellos tan cobardes
de discutir tan vejatoria oferta,
también el mismo fin que ellos tendrían.—
«Mejor es, sí,—dijeron concluyendo,
confiar en nuestra causa, en nuestros dioses,
como ha poco nos han favorecido,
ó morir, si es preciso, por la patria,
que esas de sangre túrpidas cadenas
arrastrar de los falsos extranjeros!»

Sintió el joven monarca, impresionable,
la lógica fatal de ese discurso,
y entusiasta exclamó, su brazo alzando:

«¡Si la guerra queréis, á muerte sea ...
yo también la deseo inextinguible,
contínua, y sin cuartel; y los que osaran,
después que así lo declaremos todos,
la paz ó rendición pedir traidores,
todos perecerán en el tormento!»

Esperaron dos días la respuesta,
y viéronse al tercero los cristianos
por la hambrienta y rabiosa muchedumbre
y compactas legiones agredidos,
pretendiendo ultimarlos con su peso;
pero el fuego de tierra y de los buques
háceles ir, girando en remolinos,
y llegar otra vez hasta su centro,
envueltos en columnas de humo densas,
lanzando roncos, impotentes gritos.

Comprendiendo Cortes que ya es estéril
tener con ellos más contemplaciones,
activa decidido los ataques.

Sandoval, que al Nord Este dirigía
con vehemencia y ardor las destrucciones,
diariamente contempla, que las casas,
templos, palacios van despareciendo,
y con ellos acequias y canales,
á favor de años y años levantados;
y la ciudad á parecer comienza
un montón de resinas, producido
por el largo temblor de un terremoto.

También ven los aztecas esos restos,
y á los peones destructores gritan:
«¡Seguid, seguid, esclavos miserables
del extranjero, que á mataros viene:
cuanto más derrumbéis, tendréis muy luego
que volver á erigir, ora los téules
ó nosotros triunfemos.... es lo mismo!
¡Seguid, seguid, imbéciles, que pronto
también demolerán vuestros hogares,
y luego cegarán vuestras cabezas!»

Y estas injurias y denuestros diarios,
con más empeño á los aliados hacen
proseguir incansables demoliendo,
para acabar de rellenar los fosos.

LXXXVII

1521

El terco mejicano, que lidiaba,
aunque ya casi alientos no tenía,
al ver que día á día
el indio, que á su patria traicionaba,
á Méjico incansable demolía,
realizar consigue una asechanza,
en su vehemente anhelo de venganza,
y que algo amengüen sus amargas penas.

Al declinar la tarde
y concluir los peones sus faenas,
tocando retirada,
salieron como hienas,
á llevar adelante su emboscada,
hambrientos mejicanos á millares,
saciarse presumiendo
en esos que derrumban sus hogares;
mas fueron los peones resistiendo;
y como sorprendidos se encontraron
y sin armas, sufrieron daños graves,
hasta que en sus cuarteles penetraron.

Y repetir ufanos su sorpresa
otra vez los sitiados intentaron,
pero arcabuceros y ginetes
teníanles tendida otra celada,
en las desiertas casas y templetes;
y esos rasgos de arrojo y de coraje
con un tremendo golpe escarmentaron.

Un hercúleo salvaje,
que un escudo y espada
hubo á un téule quitado,
en la triste jornada
en que llegó Alderete hasta el mercado,
á Hernán Cortés preséntase arrogante,
y dícele arrojado:
«A tí, Malinche, ó á cualquier teniente
de los tuyos, que dé un paso adelante,
y venga á hacerme frente,
á duelo á muerte llamo,
pues con vosotros por batirme bramo;
yo, con armas iguales, soy pujante,

con el téule primero ...
venga, pues, el que quiera,
que aquí al mejor para lidiar espero.»
A lo lejos de indios el gentío
aplaude á su guerrero;
y al irse por el número agrupando,
anhelosos de ver aquel combate,
poco á poco se van aproximando.

Cortés hace decir á aquel flechero;
—que para él ó alguno de los suyos,
desenvainar su acero
y en desigual combate el darle muerte,
de su arrojo abusando,
indigno era de un téule, diestro y fuerte:
que trajese con él *diez más* salvajes,
y á batir á los once mandaría,
no á un oficial, sino á uno de sus pajes.—

Ofendido el flechero de esta afrenta
llámales: falsos dioses, impostores,
no los hijos del sol, sino invasores,
de raza avara, vil, de oro sedienta.
Ante denuestos tales,
llevan la mano al puño de su acero
todos los oficiales;
mas el paje Juan Nuñez de Mercado
implora á su señor:—le otorgue gracia
de hacer callar al torpe deslenguado,
á quien su pueblo aplaude bullicioso.

Cortés se la concede,
y lánzase á la arena presuroso;
pero el indio no puede
en el hábil manejo de las armas
competir con el paje aleccionado;
y al encuentro primero
deja al fuerte enemigo desarmado,
quien de ira ciego, en el tendido acero
quedóse atravesado.

Oyóse en el instante, entre los indios,
un sollozante grito lastimero;
caer vióse al salvaje,
y el escudo y acero, que ostentaba,
á Cortés presentaba
su agradecido paje.

Las buenas fuerzas de Cortés al Norte
habían bien seguras avanzado
por la calle de Tácuba,
y con el firme campo de Alvarado
en contacto se hallaban;
y al palacio del rey, algo contíguo,
con afán atacaban;
su recinto espacioso,
más que regio, hermoso,
sólida fortaleza parecía;
mas ya Guatimozín, á todo evento,
con su esposa de allí salido había,
precavido ganando alojamiento
en otro opuesto barrio muy distante,
donde guardar á su familia amante;
pero en aquel palacio ó fortaleza
hallábanse, no obstante,
los mejores guerreros y nobleza,
que Anáhuac de tener se envanecía;
y con noble entereza
esa guardia el ataque resistía
y los fuegos de aquellos invasores,
á quienes sorprendidos, parecía
que dábales el hambre más fiereza
para morir lidiando;
y aunque *ese mes de Julio terminaba,*
aún de pié el palacio se encontraba,
los contínuos ataques rechazando:
el hambre los diezmaba
y exánimes caian;
pero ellos, encerrados y contentos,
del hambre y de la peste los tormentos,
sin rendirse sufrían.

Y compasivos cristianos
llegaron á recoger
algunos niños y ancianos,
y su hambre y sed satisfacen,
y albergue procuran dar,
que rehusaron aceptar,
queriendo seguir su suerte,
y la muerte
con los suyos soportar,
en su fé no desmentida,
antes que mísera vida
por una infamia alcanzar.

Fué de vándalos y alanos
la guerra, que los cristianos
por fanatismo y moral
hicieron á mejicanos,
antes en montes y en llanos,
y ahora en la capital.

Pero esa bárbara guerra,
asoladora y cruel,
no la hacen los invasores
por sanguinario placer,
sino, porque era preciso
para allí asentar su pié,
el conservar la existencia

y enclavar la Cruz también;
pues no solo esos salvajes
no dábanles, no, cuartel,
sinó que á todos hacían
en la piedra perecer,
como una ofrenda á sus ídolos
para implorar su merced.

Y siendo la proporción
entre el cristiano é infiel,
como *de tres mil por uno*,
tiene, pues, que sostener
con el temor y el acero,
aquel inmenso tropel,
que en los llanos y montañas
como un Niágara se vé,
que procura convertirles
en vil polvo, al descender.

Del castellano, empeñados
el honor y la altivez,
tiene que morir matando,
inspirado por su fé,
para que triunfe su Cruz
y su estandarte también.

Y tal era el extremo
del hambre que sufrían,
que hallaban los cristianos
la tierra removida,
para sacar raices;
los brotos se comían
de los verdosos árboles,
y sombras, ya sin vida,
en calles ó en sus casas,
ancianos, madres, hijas
mirábanse apiñados,
en hórrida agonía;
y muchos quebrantados
por sus golpes y heridas,
se arrastran por el suelo,
postrados de fatiga.

Y ya, no tantas víctimas
el enterrar podían,
mirándose en montones
y en cuevas escondidas,
en calles y las plazas,
que el aire corrompían;
pero los pobres seres,
como átomos de vida,
no ya como vencidos
la vida á pedir iban,
sino cara á venderla,
como aplastadas víboras.

Cortés, compadecido
de tanta mortandad,
aquel rigor terrible
procura apaciguar,
indigno de la gloria
de un noble capitán,
y de la Cruz divina
de santa humanidad;
mas á tantos aliados,
¿quién puede sujetar,
si furiosos se hallan,
como ávido chacal?

Gozábanse en las ruinas,
que cubren la ciudad;
sobre vivos y muertos
dejando desplomar
los encendidos techos,
cual losa sepulcral. ....
pero en las casas antes
entraban á robar!

También de buen guerrero,
dignísimo y viril
á todos daba ejemplo
el rey Guatimozin,
y poco le importaba
lidiando sucumbir,
aunque triste y penoso
sin alcanzar el fin,
entre afanes y dudas,
en lucha cruel morir!

El misterio y la duda nos rodea
de la revuelta vida en la baraja,
pues nadie sabe para quien trabaja,
ni para quien pelea;
mas todos saben, sí, flacos y obesos,
la beldad, juventud y vejez fría,
que serán todos, uno ú otro día......
un montón de gusanos y de huesos!

A una de las calles principales,
que iban de Tletelolco al gran mercado,
habían ya llegado
las precavidas fuerzas de Cortés;
advertido Alvarado,
al mismo tiempo por opuesto lado,
entrando fué tambiéu.

Y solo para entrar á aquel paraje.
le falta atravesar
ya de Cortés á la animosa gente
uno que tiene en frente,
defendido canal.

Y estando los soldados esa noche
malamente comiendo,
y algunos sus campañas refiriendc
del rancho en derredor;
y otros en sus cantares
recordando amoríos y pesares,
del teocálli mayor
extraña luz contemplan irradiar;
y creen en tal momento,
que van algún tormento
del diabólico templo á contemplar.

Y el tiempo pasa,
nada se vé,
ni los esbirros
lentos hender,
ni á sacerdotes
de sucia tez,
ni ofrenda humana,
con coronas de flores en la sien.

Y el ténue fuego
parece yá
pálido, triste,
que va á cesar,
como una estrella
perdiendo vá
en el Oriente
su claridad,
cuando el lucero
vése asomar.

Mas después de pasar unos instantes,
ese pálido brillo tan fugaz,
toma extensión, color, se alza en llamas,
como el sol, cuando empieza á iluminar;
y de Cortés la gente,
no del súbito incendio ya dudó,
y toda de repente,
en un grito de júbilo estalló.

LXXXVIII

1521

El famoso *Tonatiuh*, Alvarado,
cumpliendo exactamente
con el plan, que Cortés le hubo trazado,
en su tránsito había
todos los edificios arruinado
y los fosos tapado,
y frente ya el teocálli se veía,
inmediado á la plaza del mercado.

Con una compañía
manda á Gutierre Badajoz, que tome
á la inmediata plaza;
mas antes que á ella asome,
otra oculta de aztecas le rechaza;
y del templo bajando
armados sacerdotes y guardianes,
á las cristianas fuerzas van cortando;
mas al verla Alvarado en tal conflicto,
manda en el momento
un buen destacamento,
que abriéndose camino va marchando,
y uniéndose á los suyos,
en el templo los logran ir cercando:
sus esfuerzos y afanes
estériles ya viendo
los torvos sacerdotes y guardianes,
ganan el atrio y suben los peldaños;
mas también detrás de ellos van subiendo
los téules, como lobos,
que persiguen á tímidos rebaños.

Llega en tanto Alvarado, que traía
sus más diestros infantes escogidos
y su mosquetería,
y con certeros fuegos y seguidos,
van á los fugitivos obligando
á subir á las cimas presurosos,
é irse en las capillas ocultando;
¡más míseros, tan solo conseguían
el irse en sus sepulcros encerrando;
porque hasta allí subían
los bravos invasores, destrozando
á los que el cuello á su furor erguían,
ó de aquellos peldaños
rodar hasta los patios los hacían,
como si fueran tímidos rebaños.

Mas tambien los aztecas, macilentos,
á algunos téules arrojar lograron,
que crudos devoraron,
los que abajo esperábanles hambrientos,
y entre gritos alzaron
los despojos sangrientos.

Mas al fin esa escena,
do la sangre corría,
como todas, triunfando los cristianos,
su término tenía,
ya fuese en campo raso ó fortalezas:
y allí de sus paisanos
en un altar hallaron las cabezas,
que aunque llenas de sangre y mutiladas
y barbas desgreñadas,
iban por las facciones conociendo,
del todo no borradas,
y yéndolas reuniendo,
en duelo amargo fueron enterradas.

Al principio intentaron
los ídolos y altares demoler;
mas en breve palparon,
que tan larga tarea
sería algo, como obra gigantea,
y no tenían tiempo que perder.

Y el fuego lentamente,
desde la base comenzó á ascender,
hasta ir alcanzando la madera;
y entonces una hoguera,
rápida en espiral vióse crecer.

Y allí altares, los ídolos y muertos,
torres, peldaños y edificios son
los muchos combustibles,
que miran los cristianos impasibles,
como yesca, aumentar la quemazón.

Y las rojizas llamas
comienzan la ciudad á iluminar;
y hasta el valle á lo lejos
llegaban los reflejos,
como el sol en las ondas de la mar.

Y la luz de Cortés llegó hasta el campo,
y aclarando siguió al anochecer;
y que contando cuentos los cristianos
de visiones, gigantes ó de enanos,
rápida en espiral vieron crecer.

Ante ese honroso triunfo,
las fuerzas de Cortés,
no menos que las otras
anhelan ser tambien;
y aquel ancho canal que al frente tienen,
con sus indios empiezan á cegar,
y la lluvia contienen
que sobre ellos quisieron arrojar
los míseros salvajes extenuados,
que al verse por el faso atropellados,
por lanzas y bridones,
procuraban correr;
mas solo se veían en montones
levantarse y caer.

De Alvarado y Cortés las divisiones
en el mismo terreno se encontraron,
y soldados y jefes se abrazaron
con cordial efusión;
era la vez primera,
desde que aquel asedio se emprendiera,
que hallánbase uno y otro batallón.

El *teanquisco* ó la plaza del mercado,
de gran capacidad,
por sus pórticos, tiendas, pabellones,
artefactos, riqueza y confecciones,
se asemejaba á mercantil ciudad. 331

Entra Cortés á galope,
con algunos caballeros
en el tranquilo teanquisco,
donde ven solo en los techos
y en los ocultos parajes,
niños, mezclados con viejós,
las matronas con sus hijas,
algunos caídos muertos,
en la plaza y los rincones,
y los postrados flecheros
á los cristianos mirando,
como los gatos al perro:
todo está mudo y sombrío,
cual mudo cadáver yerto;
y esos indios, aterrados,
se acurrucan en silencio,
y con sus manos se cubren
los ojos en su tormento,
para no ver de esos hombres
el brillo de sus aceros,
que sentir ya se figuran.
como aserrando sus huesos,
ni ver aquellos bridones
de resoplidos de fuego.

Triste impresión, dolorosa,
como el seguir á un entierro,
causó esas humanas sombras
á los heróicos guerreros;
y á las ruinas del teocalli
meditabundos subieron.

Sobre aquel montón de ruinas,
humeante aún y altanero,
sobre las semi-caídas
torres del pagano imperio,
con orgullo contemplaron

flameando allí soberbio
el pabellón de Castilla,
que el rubio Tonatiuh, bello,
hundir supo hasta media yasta,
de los suyos primero,
para dar fama á su nombre
hasta en el viejo hemisferio.

Al ver desde aquella altura
el noble conquistador,
que ya la imperial ciudad,
que poco antes contempló
admirado y con envidia,
era ya solo un montón
de escombros y de cenizas,
de negro espanto y horror,
tristemente por sus ojos
una lágrima rodó.

¿Fué de contento, de pena,
de piedad ó de dolor?
Mas ¡ay! las grandes acciones,
grandes sacrificios son,
paлa los hombres soblimes,
que aman á su patria y Dios!

La ciudad de Motezuma,
la del lujo y esplendor,
de los plácidos canales
y célebre tradición......
la de los regios palacios,
la del gran templo mayor,
la de riquísimas flores
en cada techo y balcón:
la de miles de canoas,
do el tranquilo pescador
sus aréitos modulaba......
todo era devastación!
Como una alma impresionable,
de tierna, célica voz,
en este valle vagando,
sin compañera ni amor!

Ya las *siete octavas* partes
tenía el conquistador
de la destruida ciudad
sometida á su pendón....
es decir, que *siete partes*
en ruinas ya contempló. 332

Quedábale á los aztecas
Tlatelolco, único barrio
en donde todo el gentío
encontrábase hacinado,
y en el que por peste y hambre
por días iba mermando,
y el cual es hoy conocido
por *el barrio de Santiago;* 333
y en él hallábase entonces
Guatimozin encerrado,
construyendo nuevos fosos
y de madera cercados,
teniendo entrada y salida
solamente por los lagos.

Cortés, *al siguiente día,*
de su gente á la cabeza,
hace *una segunda entrada*
en el mercado, do encuentra
á una armada multitud
ya á resistirle dispuesta,
y de calles y azoteas
á hacer su última defensa.
Ronco, inarticulado,
por su espantosa miseria,
era el grito de combate
de los míseros aztecas.

Los arcabuces y lanzas
contra esas moles se estrellan,
y aunque horrible fué el encuentro,
no hicieron gran resistencia,
pues, para tenerse en pié
faltábanles ya las fuerzas;
grande fué la mortandad,
aunque corta la contienda;
y encargóse á los aliados
que á los recien muertos dieran
en los lagos sepultura;
pero ellos aquellas presas
devorárselas querían,
aunque solo la piel seca
vieran pegada en los huesos;
y para que tal no hicieran
fué preciso *poner cabos,*
mientras duró la faena.

Cuando húbose terminado
la operación de arrojar
á los heridos y muertos
en los fosos y canal,
ordenóse:—del mercado
las capillas incendiar;—
y en breve rojizas llamas,
como una luz infernal,
comenzaron prontamente
á enrojecer la ciudad;
y de ese barrio y mercado,
donde el vecindario está

hacinado como un grupo,
que acabóse de salvar,
horribles gritos se escuchan,
como en el juicio final;
pues no solo á sus deidades
ven en sus nichos quemar,
sinó que la destrucción
juzgan ya que es general,
y mírase aquel gentío
de uno á otro lado vagar. 334

Y de este cuadro el efecto
causaba disgusto tal,
como el necio, que se cree
hombre de chispa y locuaz,
pretendiendo hacer reir,
cuando hácenos fastidiar!

Hallábase allí un soldado
á quien llamaban Sotelo,
y el cual propuso á Cortés,
titulándose ingeniero,
y haber al Gran Capitán,
tal profesión ejerciendo,
servido en guerras de Italia,
—construir en breve tiempo
una fuerte catapulca,
que con impulso tremendo
las barreras demoliese,
que los indios erigieron
en el barrio Tlatelolco,
con menos ciencia que ingenio.

Mientras de esa catapulca
duraba la construcción,
de los postrados aztecas
extremado fué el terror,
suponiendo que esa mole,
como algún fiero bridón,
por propio impulso lanzado,
como rayo asolador,
por todas partes iría
llevando la destrucción.

Al fin la aterrante máquina
que Sotelo concluyó,
llevóse al contrario muro,
en alegre procesión,
y cargándose de piedras
á los muros apuntó;
pero en vez de horizontal
salir esa munición,
con estrépito, hacia arriba
sale veloz, y cayó
sobre cristianos y aliados,
que estaban en derredor,
y á muchos, como una bomba,
atontó y descalabró.

Y si Sotelo no huye
del castigo en previsión,
antes que sus compañeros
volviesen de su estupor,
como á rana, de las patas,
abren todos de un tirón.

LXXXIX

1521

Los fuertes invasores,
ya el tristísimo estado
de los aztecas dado,
no precisaban, no, de catapulcas
para endebles murallas demoler;
cualesquier resultado,
favorable tenía ya que ser.

En calles y plazas, establos, rincones,
mujeres y niños, adultos y ancianos,
tirados y juntos se ven en montones,
su ropa en jirones,
crispando las manos,
comiendo ratones,
buscando gusanos,
al frío las noches, los días al sol;
y como las tortas de sus amasijos,
los padres y madres se comen los hijos,
como hacen los cerdos lamiendo al lechón.

Así á centenares do quiera expiraban,
quedando de muertos innúmera hueste....
corruptos los cuerpos, el aire infectaban
y rápida cunde terrífica peste.

Más víctimas hace la peste que el hambre;
las pùtridas miasmas, las lluvias, calores,

que el fuego y la lanza de los invasores,
y á nadie se daba sepultura ya.
Los muertos y vivos revueltos se hallaban,
y sólo sus ayes los téules oían;
aléjanse de ellos, no verles querían,
mas solo entre cuerpos podíase andar. 335

En lecho de espinas, en áspero suelo,
no esperan consuelo
á tanto dolor;
y al verse cercados de sombras y muertos,
en hondas tinieblas quedábanse yertos
los pobres aztecas, transidos de horror.

Los clérigos alzan fervientes sus voces,
en tristes lamentos, como los judíos
en Jerusalém,
á aquellos sus sordos, sus írritos dioses,
mas ya sin altares, parecen sin bríos,
que tiemblan tambien!

Tambien en las calles vagaban no pocos
furiosos y locos,
que víctimas fueron del sitio fatal,
diciendo en sus gritos:
«¡A téules malditos
sepulte en sus mares el Dios Quetzelcoátl!»

Las gentes decian, entre sus clamores:
«¡De los invasores
los dioses de Anáhua abrevien el fin;
y abriendo los mares,
de nuestros hogares
arrójenlos pronto del mundo al confin;
y siempre arrogante,
quedando triunfante,
bendigan los dioses á Guatimozín!»

Mas otros caídos y tristes, dolientes,
decían pacientes:
«¡Ya el cruento mandato se cumple de Dios!»
Y ya en la agonía
la voz repetía:
¡Odiando muramos al téule feroz!»

El hambre y la fiebre, delirios y espasmos,
horribles sarcasmos
llegaron á ser
para esos aztecas, que hierros, prisiones
y extrañas visiones
hacíanles ver.

Y díjose entonces,
con tal confusión,
y entre otras versiones
así se contó:
—que el cielo una cinta
de rojo color,
del Norte á Tepéjac
con furia cruzó;
y luego cual rayo
siguiendo veloz,
hasta el Tlatelolco
fulgores lanzó,
y allí entre su lago,
cual rayo de sol,
tiñendo las aguas
de pronto se hundió.—

Y así por entonces,
como esta versión,
mil otras corrieron,
causando pavor,
que guarda su historia
y la tradición.
En medio de aquel cuadro, tan luctuoso,
de agonías, de muertes y dolor,
sereno, inconmovible, valeroso
el erguido monarca descolló;
y ni el mirar su capital hermosa,
como pisada rosa,
reducida de escombros á un montón,
ni el ver al vecindario agonlzando,
ni al duro téule su poder minando,
el fuego de sus ojos anubló.
Y dícese, que un día
iracundo esclamó,
viendo á Cortés pasar con sus ginetes:
«Si nos concede Dios
para vengarnos vida,
en copa de oro yó
me embriagaré en su sangre fementida.»
Y un gran mechón de pelo se arrancó.

Visto el lamentable estado
de la arruinada ciudad,
ántes de intentar Cortés
un asalto general,
al emperador azteca
mandó *proponer la paz*,
con un nuevo prisionero,
que era señor principal;
pues en vista del estado
en que se hallaba incapaz,
no dudaba, que tendría
tal oferta que aceptar;
pero paciente el monarca
escuchó tanto desmán,
del mensajero imprudente,

y le hizo sacrificar,
cumpliendo así su palabra,
con quien le hablase de paz. 336

Por varios días Cortés,
con impaciencia esperó
la decisiva respuesta
del altivo emperador;
mas cuando sus esperanzas
fallidas ya conceptuó,
quiso el general asalto
emprender sin dilación.

A don Pedro de Alvarado
presto á prevenir mandó:
—que pronta para el ataque
tuviese la división;—
y ordenóle á Sandoval,
á quien la escuadra confió,
y con sus fuerzas anclado
se hallaba en observación,
frente al barrio Tlatelolco:
—que á la salida del sol,
ayude *al último ataque*
con los fuegos del cañón.—

Al intentar los cristianos
dar su golpe postrimero,
salen algunos magnates
angustiados, macilentos,
diciendo á Cortés llorosos,
sus brazos alzando al cielo:
«Si sois los hijos del sol,
¿por qué, tambien, no haceis presto,
como el sol, vuestra carrera,
y en breve golpe certero,
ya apiadados terminais
nuestros muy largos tormentos?»

Y comovido Cortés
de esos ecos lastimeros,
replícales con cariño:
«Por qué obstinados y ciegos
me culpais á mí de todo,
cuando yo siempre he propuesto
á Guatimozin la paz,
para que todo su pueblo,
no los horrores sufriera
de este lamentable asedio,
que pudo evitar y aún puede?
Volveos, pues, yo os lo ruego,
y en nombre de los cristianos
y vuestro lloroso pueblo,
pedidle todos la paz,
y aquí la respuesta espero.»

Y esa misión aceptando
los pobres indios partieron,
prometiéndole:—en el acto
satisfacer sus deseos,
y darle *al siguiente día*,
y si conseguían su objeto,
de Tlatetolco en la plaza
las cláusulas del acuerdo.

Muy temprano hizo Cortés
que Alvarado, con sus fuerzas,
en la plaza se situase
para evitar asechanzas
de aquella enconada gente;
é hizo que fuera cubierta
la plataforma del centro
con las mejores esteras,
y una comida dispuso
abundante y suculenta,
para el mercado y su séquito
y oficiales de sus fuerzas;
pues creía, que el monarca,
ya en situación tan extrema,
vendría él mismo á la cita
á obtener lo que pidiera;
mas no era el temple de su alma
el rendirse á suerte adversa;
y tornan los mismos indios,
trayendo la triste nueva:
—que estando el monarca enfermo,
no puede darles respuesta,
ni menos puede venir
á celebrar conferencia,
á la cual ellos creían,
que quizá asistido hubiera,
porque así se lo pudieron,
á no ser la causa espuesta.—

Con disgusto oyó Cortés
de esos taimados aztecas
la escusa de su monarca;
pero los sienta en la mesa,
no comen, sino devoran,
les agasaja y obsequia;
y al emperador envía
una provisión selecta,
pidiéndole:—que le mande
una prudente respuesta,
ó tengan una entrevista,
do amigablemente puedan
arreglar en poco tiempo
la conclusión de esa guerra.

A pocas horas volvieron,
trayendo un rico regalo

que remitia al monarca
al caudillo castellano:
de algodón géneros eran,
bien tejidos y bordados;
pero rehusaba otra vez
las entrevistas y pactos,
quizá en su necia ignorancia
la pretensión abrigando,
que por propia conveniencia
Cortés se hallase obligado
á rogarle con la paz,
ó perder ya sus trabajos.

Y despidiendo Cortés
á esos indios quebrantados,
díjoles: «Cuando el monarca,
al ver que con mis regalos
tornais á vuestros hogares,
sin haberos hecho daño....
cuando como él, habeis sido
mis más tenaces contrarios,
miedo entonces no tendrá
de confiarse á los cristianos,
que si en la guerra son fieros,
leales son en su campo.»

Despidiéronse los indios,
sus desgracias lamentando,
mas Cortés les agregó:
«Mañana yo, *por si acaso*
Guatimozin verme quiere,
en esta plaza temprano
os digo que he de encontrarme.»
Y salió con Alvarado
á revistar á sus fuerzas,
la gran plaza abandonando.

Muy de mañana, contentos,
á Cortés se presentaron
aquellos mismos aztecas,
la buena nueva anunciando:
—que el monarca *á medio día,*
en la plaza del mercado
iba á esperar, con sus guardias,
al capitán castellano. 237

XC

1521

Antes que el sol, desde el cenit lanzara
sus rayos verticales,
ya Cortés y Alvarado,
con varios oficiales,
hallábanse en la plaza del mercado,
esperando al gentil emperador.. ..
pero no llega. ¿Algún temor le asalta?
¿Por qué motivo á su palabra falta,
faltando así á su honor?

¿Recuerda la prisión de Motezuma
y su muerte tal vez?
¿Algún presentimiento ya le abruma?
O dándose el alerta,
¿él mismo teme entrar *en trampa abierta,*
sintiendo vacilar su intrepidez?
¿O no quiere, orgulloso,
que presuma su pueblo, que medroso,
va al campo de Cortés,
vida y merced á demendar mezquinas,
y no en esas ruinas
morir, cual lo juró, con altivez?

Aún *más de tres horas*
al monarca impacientes esperaron,
y del engaño y burla
aquellos españoles se indignaron.

Cortés manda en el acto:—que el ataque
comience general y decisivo,
y ni el fuego se aplaque,
ni á aquel que se resista, dejen vivo.—

Y á la frente Alvarado,
haciendo abrir boquetes,
entre cercas de débiles maderos,
van entrando á galope sus jinetes,
infantes y artilleros;
y luego en pos, airados,
como langostas, que conduce el viento,
entoldado dejando el firmamento,
se atropellan, entrando los aliados.

Y los bravos arqueros, con aliento,
á defender se hallaban preparados

á sus padres, sus hijos y mujeres,
que en pos de sí tenían,
ú ocultos en terrados;
y aunque ancianos, mujeres y sus chicos
de fuerzas carecían,
tambien sus proyectiles arrojaban,
demostrando á los téules de esta suerte,
cuánto su vista odiaban,
y su rencor profundo, hasta la muerte!

Como la huella, que á lo largo deja.
sobre el campo verdoso,
del labrador la rajadora reja
así un surco horroroso
dejaban los jinetes y artilleros
y rabiosos aliados,
sobre los flacos, débiles arqueros,
y mujeres y viejos, aterrados:
y á la vez los bajeles en hilera,
con mortífero fuego,
el frente destruían de madera,
do el vecindario hallábase encerrado,
como en viejo bajel, desmantelado
por vientos bramadores,
ó en verde parque el ciervo, rodeado
por cientos de voraces cazadores.

De sangre estaba
cubierto el suelo,
y del canal
tiñendo el agua,
roja, corría.. ...:
todo era espanto,
la gritería
era infernal!

Las nubes de humo
se condensaban,
todo cubriendo
de oscuridad:
se despoblaban
las azoteas
al fuego rehacio;
pero las teas
iban tendiendo
por el espacio
su claridad.

Los juramentos,
las maldiciones
y los lamentos
del estupor:
ayes perdidos
de la agonía,
ténues gemidos
del estertor......
todo era espanto,
angustias, llanto
y hondo dolor!

Y este espantable
cuadro de horror,
al formidable
duro invasor
hace un instante
palidecer,
como á una amante
débil mujer! 338

Pero embriagados
en la matanza,
y en la venganza,
ya los aliados,
con furia herían
y excitación,
en su crueldad;
y no sentían
ni compasión
ni caridad;
y presumían
como deberes
allí al entrar,
de mejicanos,
niños mujeres,
mozos y ancianos
exterminar.

Y allí, implacables
como las fieras,
é incansables
y carniceras
aquellas huestes,
llevando van,
más que las pestes
y el huracan......
la destrucción,
y la más cruenta,
ráuda y violenta
desolación. 339

Los brazos, ya cansados de matar,
sin filo el hierro ya de tanto herir,
por la sangre, sin tierra do pisar,
y ya hastiados de ver tantos morir,
las tropas anhelaban descansar:
de cuerpos los montones,
sepulcros parecían ó mojones,
señalando los dias,
que allí asentó su planta el español!

Entre nubes sombrías,
al horizonte desparece el sol....
ese sol de los incas venerado!
Y Cortés retirada manda al fin
tocar de aquel asilo, ya arrasado,
del triste emperador Guatimozín.

No se vé luz, ni se escucha
el más ligero rumor
en el campo del contrario....
parece un frío sudario,
la calma del extertor!

Ya allí todo finaliza
y la esperanza agoniza,
mudos el barrio y ciudad.
Solo el aire flébil zumba
en esa tétrica tumba
de aterrante oscuridad!

Porque aquel golpe postrero
es el eco lastimero,
que anuncia su ruina ya;
pues ya no tienen sus dioses,
que su defensa bendigan,
ni les digan:
—Dios te salve, aquí reposes;—
sinó el triste eco de Alá:
—así decretado está;—
ó el profeta apareciendo
y diciendo:
—adoremos á Jehová!

Mas ya á esos hombres la vida,
¿qué puede importarles? Nada.
Es una carga pesada
y una herencia maldecida!

Sin patria, familia, hogar,
¿qué podian esperar?
La *esclavitud*.... que sufrir
de un despótico señor.
¡Sólo *les resta morir*,
maldiciendo al invasor!

El contraste inmediato se veía;
en la tienda cristiana
todo era dianas, cantos y alegría,
esperando el albor de la mañana:
las brillantes hogueras,
iluminando todo el campamento:
escuchábanse trovas placenteras
á la mujer querida,
y patrios cantos á su noble España,
al mirar concluida
esa heróica y espléndida campaña.

Previénele Cortés aquella noche
al listo Sandoval:
—que se sitúe frente á la calzada,
y sea aquella parte vigilada,
pues teme *por allí pueda fugar*
el astuto monarca, disfrazado,
y entrarse adentro tierra,
para otra vez la guerra
poder entre los valles prolongar.—

Y con sus fuerzas, *al romper el día*,
Alvarado y Cortés
encuéntranse en la plaza del mercado,
para que *el mismo día* terminado
el duro asalto se consiga ver.

Mas antes de dar comienzo
al postrer golpe fatal,
quiere al valiente monarca
y á ese resto en la orfandad,
el proponer:—que se rindan,
y como antes vivirán; –
y manda á algunos cautivos
de la gente principal,
que lleven esa propuesta
á su monarca tenaz;
y les pide, que la rueguen:
—venga allí á conferenciar,
pues nada debe temer
del cristiano capitán.

Partieron, y al poco rato
vuelven á la plaza entrar,
seguidos del magistrado
de la suma autoridad,
quien en nombre del monarca
comunica al capitán:
—que el insigne emperador,
antes de Anáhua entregar
á pérfidos extranjeros,
en Méjico morirá,
sepultado entre sus ruinas
con su población leal;
y que si en Méjico triunfan,
por la alianza y su crueldad,
solo entre escombros y sangre
un sepulcro encontrarán.—

Supo Cortés la grandeza
de la respuesta admirar,
pero también él, cumpliendo
su misión providencial,
le dijo: «A él y á vosotros
déboles yo contestar,
que salgan á combatir

y no me pidan piedad,
desde que la han desechado,
porque los voy á matar.» 341

Sin embargo, Cortés, entristecido,
el asalto *unas horas* demoró;
mas por su gente urgido,
porque la voz corrió:
—que tenía el monarca unas piraguas
aparejadas ya para escapar;—
tuvo, pues, sin demora,
que el asalto mortífero ordenar.

Situóse *en un terrado*,
para mandar *él mismo aquel ataque:*
y por tierra y el lago dan sus fuerzas
á todo el barrio jaque:
en cuevas y escondrijos,
ocultando á las madres y los hijos,
procuran los aztecas defenderse,
y con débiles manos
arrojan proyectiles,
sin fuerzas para herir ya á los cristianos;
y otros huyendo á miles,
revolcados, rotosos y feroces,
cayendo y levantando,
no cesan de dar voces,
sin dirección ni tino disparando,
como contrarias olas en embate;
pero al fin resuena
la señal del combate
entre las divisiones:
del rugiente cañón el estampido,
las lanzas y bridones
y la arcabucería
entallan, con los ayes y el ruido
de unánime gemido,
y sigue la feral carnicería:
y por horas siguiendo, parecía,
entre caídas víctimas, postradas,
que con vida ya nadie más había;
y quedan *por vez postrera* realizadas
por las huestes aliadas
esas mismas escenas palpitantes,
tremendas y aterrantes,
que acontecieron *el pasado día.*

Ya todos los aztecas,
de tal desolación y tanto estrago,
los unos en sus leños se embarcaban,
tirábanse muchísimos al lago;
y entre la confusión, unos se ahogaban,
ó asidos de los bordes se salvaban,
en el nefasto día, tan aciago!

Los cientos de canoas,
de indios atestadas,
trataban en el lago de internarse,
como ligeras ciervas asustadas;
pero por los bajeles,
con sus fuegos, ballestas y topadas,
por hileras á pique eran echadas;
mas también *una que otra*, más ligera,
salvándose llegaba
á la opuesta ribera;
ó nadando esos indios, como peces,
pelean, se escabullen,
y en las aguas dispérsanse en gavillas;
largos trechos, á veces,
se pierden y zambullen,
y van al fin saliendo á las orillas.

XCI

1521

De Sandoval, por órdenes espresas,
todos los capitanes de los buques
atentamente velan y persiguen
á las muchas canoas y piraguas,
que la calzada abandonar procuran,
del exterminio y del incendio huyendo.

Nota García Hólguin, que acechaba
un grupo de piraguas escogidas;
á tres ó cuatro, que en su centro tiene,
en cuales parece que se oculta
una rica familia de importancia,
por los vestidos é interés que inspira
y la gente solícita que lleva;
y que tales piraguas procuraban,
entre el bullicio y confusión reinante,
la salida emprender rápidamente;
mas ese capitán, que el más velero
de todos los bajeles comandaba,
á las del centro capturar procura;

y á su esperanza secundando el viento,
logra juntarse á la mejor canoa,
y á ella apuntar con las ballestas manda.

Pero un jóven guerrero, bien armado,
del esquife preséntase en la popa,
y arrojando su armas dice al punto:
«¡ Yo soy Guatimozín, el rey de Anáhuac!
A Malintzin me lleva prisionero...
pero antes, que no toquen, te suplico,
ni á mis hijos, mujer ni cuanto llevo». 342

Le asegura el marino:—que cumplidos
sus deseos serán; —y al buque pasan
la familia, el monarca y sus magnates,
quienes todos serían *unos veinte*;
que aunque tristes y flacos, demostraban
no el hambre general haber sufrido.

Hólguien con un almuerzo los convida;
creyéndoles hacer un gran obsequio,
después de los ayunos, que sus buques
pasar hicieron á la azteca gente:
—y que mande cesar, pide al monarca,
de las piraguas la contienda inútil.—
«No es necesario, no, porque al instante,
—replícale el monarca con orgullo,—
que á saber lleguen, que me encuentro preso,
desistirán, sin el mandato mío.»

Así fué; concluyó la resistencia
por tierra y la laguna, cual si hubiese
algún alambre eléctrico anunciando
la prisión de su príncipe al Anáhuac;
y tristemente las canoas siguen
al velero bajel, como los hijos....
los hijos buenos, que caudal no esperar,
siguen al muerto padre al cementerio!

Sandoval se acercó en la capitana,
y del jóven monarca entrega pide;
pero escusábase Hólguin entregarlo,
hasta que fuese público aquel hecho,
creyendo premiaríale la corte
por tal captura con honroso escudo,
cuando Cortés, que del terrado observa,
manda á decirle:—que con buena guardia
le conduzcan al príncipe en el acto.—343

En tanto, con esteras hace el suelo
y una mesa cubrir con los manjares,
que en aquellos momentos reunir pudo,
y al azteca monarca alegre espera,
á su lado encontrándose Marina,
el padre Olmedo y su escogida gente. 344

Desembarcó el monarca entre las guardias,
y con resuelto paso y frente erguida,
al contento Malinche se presenta,
aunque sus negros ojos, no ya el fuego
de su ardiente mirar severos lancen,
y con entera voz así le dice:
«Heme aquí, Malintzín, tu prisionero,
después que en mi defensa y de esta tierra,
cuanto es posible hacer, hícelo todo:
haz, pues, de mí lo que á tu gusto plazca....
—y de un puñal, que al cinto Cortés tiene,
lleva al puño la mano, y continúa:—
con este acero quítame la vida,
y libre te verás de un enemigo.» 345

Admirado Cortés, al noble jóven,
que un altivo romano le parece:
«Nada temais,—le dice,—habéis cumplido
cual príncipe y guerrero, defendiendo
como los héroes, vuestro honor y patria,
y el español respeta á los valientes.»

Manda Cortés buscar á la princesa
con escogida guardia, y unas damas
de las que habían dignas españolas,
que ya algo hablaban del azteca idioma;
y entre sus indios temerosa viene
la hija de Motezuma, Gualcazintla,
que *era por su hermosura celebrada*,
y en las Españas de ella descendieron
varias de las familias más ilustres. 346

Al monarca, Cortés la esposa entrega,
y á los esposos juntos sentar hace,
y él á un lado, en la mesa les obsequia,
disipar sus tristezas procurando:
y hace que Sandoval hasta Coyuácan,
después de terminada la comida,
con los otros magnates los escolte;
y que Olid y Alvarado, con sus tropas,
á sus cuarteles primitivos vuelvan,
para cuanto antes, lejos se encontrasen
de ese foco de pestes é infecciones;
y una ligera guardia solo queda,
que los suburbios arrasados cuidan.

A *las tres de la tarde, Agosto trece,*
del año mil quinientos veintiuno,
Guatimozín rindióse á los cristianos,
y *el sitio terminó desde ese instante.*

Y desde aquel *tan memorable dia*,
tuvo otro reino España, lleno de oro,
tuvo otro reino virginal, inmenso...
en ese de Colón *mundo esplendente!*

¡Gloria á Cortés, *homérica figura*,
y á sus dignos heróicos adalides. 347

La noche llega, y antes que las tropas
evacuar la ciudad hayan logrado,
una tremenda tempestad estalla,
como no habían hasta entonces visto
aquellos invasores, y tan solo
los hijos de los trópicos conocen:
las murallas de fórfido, que el valle
con sus crestas rodean, retumbaban,
como si de latón remado fueran:
el cárdeno fulgor de los relámpagos
el tenebroso cuadro recorría
de los desiertos lagos y canales,
y á la hundida ciudad en tristes ruinas,
estremecía el huracán tremendo,
las casas y las chozas arrancando,
que dejara de pié el horrible sitio.

La guerra de los hombres y del cielo
complúgose en finar aquella noche
con la ciudad *de Méjico espirante*.

Los *numerosos idolos* de Anáhuac,
de sus altas mansiones arrojados,
al huir, parecía, que gimiendo,
entre el bramido de los vientos crudos,
á la invasora hueste maldecían. 348

El azteca monarca su permiso
el nuevo día al capitán demanda:
—para dejar que sus vasallos salgan
de la infecta ciudad á tierra adentro;—
y accediendo Cortés á su pedido,
órden da á los aliados y cristianos,
bajo severas penas:—que se deje
en amplia libertad salir la gente,
que en toda la ciudad quedado hubiera,
sin que nadie la cause daño alguno. —
Y *tres dias*, por lagos y calzadas,
saliendo, como sombras, estuvieron.

Postrados, macilentos y andrajosos,
enfermos, lastimados y dolientes.
padres, hijos, ancianos y mujeres,
—como esos vagos y mendigos turcos,
que á infectar á la América comienzan,—
lentamente y en palos apoyados,
cayendo y levantando se alejaban:
¡Adios!» Con llanto á sus nativos lares,
entre amargos sollozos murmurando,
cual de Jerusalen los hijos tristes,
al mirarla por Tito demolida. 349

En cuanto la ciudad quedó evacuada.
á filas de cadáveres se dieron
sepultura común, y á otras, hogueras
á cenizas redujo: y noche y día
en las calles *alzáronse fogatas*,
para limpiar el infectado ambiente.

No exactamente calcular es dable
el número de aztecas, que murieron;
mas casi todo el mucho vecindario
feneció por el *hambre*, *guerra* y *peste*:
y en proporción, de téules fué pequeña
la pérdida sufrida en todo el sitio;
y Ixitlilxóchitl dice en su relato.
que *treinta mil* aliados fenecieron. 350

Solo ascendió el botín en oro y joyas,
que en el tesoro hallaron los cristianos,
á *ciento treinta mil ducados de oro*,
cuando antes, al salir allí dejaron,
en sus cuarteles, en *la noche triste*,
el doble de esa suma, y más perdieron;
y debiendo existir grandes caudales,
de largo tiempo atras en el tesoro,
no se puede dudar que esas riquezas
al agua echadas fueron, ó enterradas,
su amenaza cumpliendo así el monarca:
—de burlar de sus duros enemigos
la incansable codicia de metales.—

De las aliadas huestes á los jefes
hace reunir Cortés, les da las gracias,
el valor de las suyas encarece,
hace á todos regalos y les dice:
—que su gran rey sabrá recompensarlos
por los servicios, que á su causa han hecho.—

Y todas las legiones, bien provistas,
con buena cantidad de los despojos,
para sus varios pueblos van saliendo.

Mas si contentas las legiones iban,
con su rico botín á sus hogares,
¿como no lo estarían los cristianos,
finado al ver el tan penoso asedio?

Solo sentían, sí, la exígua presa,
que de oro y joyas encontrado habían;
más de mejores días la esperanza,
pronto esa pena el olvidar les hizo;
y en ofrenda Cortés de la victoria,
un general banquete, como pudo,
dió á oficiales, hidalgos y soldados,
reinando el buen humor, bromas y chistes
de sobremesa, en prolongadas horas.

Y golpeándole el hombro fray Olmedo,
dijo risueño al capitán ilustre:
«¡Va largo este convite! ¿Así la ofrenda
que ofrezcamos á Dios será mañana?»
De igual modo Cortés le manifiesta:
«Así como hoy á los guerreros míos
este banquete prolongar les place,
así, padre, podréis tambien mañana,
por dobles horas alargar el vuestro.»

Sereno, límpido y fulgente asoma
para el grupo cristiano el sol naciente;
y por el padre Olmedo presidido
el victorioso ejército formado,
pausadamente en procesión camina,
las letanias repitiendo en coro,
y ostentando la imágen de la virgen;
desgarradas y sucias dan al viento,
las triunfantes banderas de Castilla,
sin que en tantos combates y peligros,
en la insigne cruzada inmarcesible,
ninguna haber perdido en mar ni tierra,
para más gloria de su noble España!

Al altar llegan todos: se arrodillan,
y un *Tedeum* entona el padre Olmedo
de sus otros colegas asistido;
y luego al noble capitán postrado,
la comunión santísima administra,
y alocución sentida les dirije,
gracias al dar al Dios de los ejércitos.

Desde un débil tablado, que improvisan,
á Carlos quinto, emperador de España,
soberano y señor del nuevo imperio,
proclámase en la forma establecida,
resonando después, músicas, himnos,
salvas y vivas.... jefes y soldados
abránzanse tambien, y jubilosos....
el alma de esos hombres.... de esos héroes,
era tan grande, *como el mundo todo*!

¡La voluntad de Dios cumplida estaba!

Aquellos indios que su propia imágen...
á la imágen de Dios sobre la tierra!!!
en sus propios hermanos, propia carne
á sus deformes ídolos brindaban,
y como cerdos, luego se comían,
su merecido golpe al fin tuvieron,
justo *y ya necesario* para el Orbe!

Tres centurias hacía que esa raza
del Septentrion lejano descendida,
en la mesa central y en pobres chozas
habíase asentado; y su fiereza,
siempre venciendo y dominando á todas
las limítrofes tribus, fué entendiendo
por selvas, valles, ríos y montañas,
su sangriento poder, nunca vencido,
hasta enseñorearse en los confines
de América Central; yendo en progreso
su capital erguida y populosa,
y á los pueblos hollando en su camino,
hasta hacerse un imperio poderoso;
mas por extraños signos los oráculos
á Anáhua anuncian, que á cumplirse llega
la tradición sagrada; y del Oriente
de hombres blancos un mísero puñado,
sus playas arenosas pisa y marcha,
llevando por emblema *Cruz y rayos*
á la gran capital, que en su apojeo,
solamente *en tres meses* ese grupo
á cenizas y escombros la reduce!

Y tales maravillas, no parecen
de la historia verídicos sucesos,
sino novelas, remendando historias.

Mas no obstante la fama de ese imperio,
de Motezuma el lujo y las riquezas,
y de Guatimozin el *heroismo*,
al defender indómito á su patria,
fué feroz y brutal la raza azteca!

Su civilización, reflejo acaso
de viejo tronco de viciada sávia,
bien ninguno infiltró en los otros pueblos;
ni su amor y respeto atraerse supo,
sino al contrario, con su chuza y maza
y el rigor y exacciones y sus guerras,
á los rendidos pueblos gobernaba,
imponiéndoles cargas excesivas,
y de los más altivos extrayendo
los seres, que á sus dioses inmolaban....
la vida de ese imperio *era un sarcasmo*!

No el sentimiento humano, que da vida,
ni ejemplos dignos de moral sublime,
su religión fanática y sangrienta
entre esos pueblos infiltrar podía;
sino hacer familiar las hecatombes
de víctimas humanas, el comerlas,
y convertirse *de su especie en buitres*,
teniendo y soportando un despotismo
propio solo de míseros salvajes.

¡La *voluntad de Dios era cumplida*!
La redentora Cruz en toda Anáhuac,
sobre el sangriento *paganismo antiguo*,

iba á fijar Cortés; y de Castilla
en ciudades y puertos sus pendones! 351

(¡Dichoso yo, que en mis desdichas canto
LA CONQUISTA DE ANÁHUAC TAN FAMOSA,
porque viviendo investigando y triste,
de compañía y distracción me sirve!)

Justo Dios en su bondad,
lo que al dichoso ha negado,
prodiga al sér desgraciado;
pues solo la adversidad
da más sensibilidad;
y obras son del sentimiento,
de la lucha y sufrimiento,
esas magnas creaciones
de santas revelaciones,
que el mundo contempla atento!

No sé si soy desgraciado,
aunque un adverso destino
haya siempre mi camino,
con sus espinas cerrado;
mas noblemente he luchado,
con alma fortalecida,
y aún tengo la frente erguida;
porque la conformidad
nos da la felicidad.....
que es posible en esta vida!

Solo las almas dolientes
y los nobles corazones,
entre célicas visiones
pueden ver soles fulgentes
y verdes láuros, sonrientes,
y al mundo en menos tener,
adorando á una mujer
con santa veneración,
y llenos de abnegación
el morir por otro sér!

XCII

1521 y 1522

«Aquí á nuestro llamado está María,
noble jefe cristiano»,
dijo á Cortés Marina que traía
a la María Estrada de la mano,
á quien dice Cortés: «En un instante,
en que mi ánimo estuvo
del triunfo vacilante,
me entregásteis, María, un relicario,
infundiendo en mi espíritu confianza.
Hoy ya, después del triunfo,
vuestro ángel recibid de la esperanza.
Y de esta gruesa joya, toda de oro,
haced maciza cruz, buena creyente;
y para el relicario una cadena,
que os recuerden tal gloria castellana;
y á Sánchez de Farfán hago teniente,
vuestro buen compañero, por valiente.»

Y la pesada joya mejicana,
Cortés puso en las manos
de esa bella, dignísima espartana,
de quien el alma la grandeza irradia
en su expresivo rostro, más hermoso,
que de la flauta el eco melodioso,
en la edad de oro, del pastor de Arcadia.

Y tierna al capitán Marina dice,
después que la española hubo salido:
«¿Te sientes ya felice,
al contemplar á Méjico rendido,
y cumplirse tu anhelo más profundo?
¿Qué más ya desearías?»
Y Cortés le replica conmovido:
«El tornar con los siglos á este mundo,
en otro sér mi espíritu engendrado,
para que el hoy mi nombre oscurecido,
escuche en todo el mundo celebrado!»

Tan noble aspiración, nada mundana,
espuesta así, de tan ingénuo modo,
nuestra miseria y lodo
¿no nos revela, *y que esta vida es vana*,
y hay *otra eterna*, donde *existe todo?*
Una intuición divina
nos dice, que en el mundo es la existencia
una alma pasajera y peregrina,
con el divino don de su presciencia!

De Cortés los gratísimos ensueños
comenzaron en breve á ser turbados;
de Narvaez los soldados,
notando cuán escaso era el tesoro,

no solo se quedaron disgustados,
sino *de mal manejo*
á Cortés acusaban;
pero otros, que culpaban
al azteca de aquel ocultamiento,
incansables pedían
el que á *Guatimozin dieran tormento*;
y en sus propios cuarteles,
diariamente ponían
injuriosos pasquines y carteles.

Hasta el mismo Alderete, el tesorero,
que cual todo hombre avaro, era rastrero,
á proceder así los instigaba;
pero á ese acto inhumano,
Cortés rotundamente se negaba;
mas para decidirle, repitieron,
un cuento muy distinto:
—que de acuerdo Cortés y el mejicano,
para disminuir del rey el quinto,
cometieron tal fraude;—
pero si de ello la ignorancia duda,
la mala fe *con su malicia aplaude;*
y muy bien supo al aplaudir lo que hizo,
pues Cortés, irritado,
otorgó para todo su permiso.

Al señor de Tlacópar y el monarca
pusieron en tormento; y al primero,
al dar diente con diente,
y lanzar luego voces lastimosas,
Guatimozín le dice friamente:
«¿Estoy yo por ventura sobre rosas?
¡Eh, calla y finge aliento!»

Antes que tarde fuera,
hizo Cortés sacar á los dos indios
del bárbaro tormento:
—Guatimozín había declarado:
haber gran cantidad al lago echado;—
y el otro en el momento:
—que en una de sus villas
otra gran parte habíase enterrado.—

Aunque muchos aliados y españoles,
en el paraje por el rey nombrado,
el tesoro buscaron afanosos,
apenas encontraron unas joyas,
removiendo los lechos cenagosos,
pero *un gran sol* y otros objetos de oro,
en un estanque de palacio hallaron;
y el señor de Tlacópan
cuando al sitio indicado le llevaron,
exclamó con sarcasmo de esta suerte:
«Por solo verme libre de dolores,
y no en lecho letal de blandas rosas,
ese dije....mas no temo la muerte!»

En alas de los vientos,
hasta el Norte y el istmo, presurosas
las noticias llegaron
de la ruina de Méjico, famosa,
como siempre nos llega. ...
toda noticia triste y enojosa.

Y señores, enviados y embajadas
de todas las provincias y ciudades
venían de Cortés á propiciarse
protección y bondades;
y de la capital al ver las ruinas,
las armas y bridones
de aquella blanca gente,
nuevas embarcaciones,
y todas esas grandes novedades,
creyeron ver del sol y del Oriente
los verdaderos hijos y deidades:
y muéstrale Cortés personalmente
al señor de Michoácan, poderoso,
cuanto allí digno de observarse había;
y una pequeña división lijera
á Michoácan envía
para que al Mar Pacífico siguiera:
llega hasta aquellas playas arenosas
por medio de desiertos y comarcas;
y esa pequeña fuerza
toma por sus católicos monarcas
de ese mar posesión en hecho y nombre,
y la Cruz erigiendo,
torna ricos metales y unas perlas
como muestras trayendo.

Intentóse fundar una colonia,
y *unos cuatro* bajeles construyendo,
se lanzan denodados
el golfo á recorrer de California,
obteniendo brillantes resultados. 352

Aunque después de sometido Méjico,
se creía al Anáhuac dominado,
una que otra provincia no lo estaba,
como Oajaca, adonde fué Alvarado,
quien á su vuelta á todos ponderaba
de ese edén las riquezas y plantío,
lo que indujo á Cortés, en adelante,
en él á establecer su señorío.

De erigirse tratóse prontamente
la nueva capital; unos pidieron:
—que se eligiese la mejor colina,
y no el reedificarla

donde estuvo sujeta á inundaciones;—
mas otros á esta idea se opusieron,
opinando:—el seguir las tradiciones,
y conservar la fama y nombradía
y el temor y el respeto,
que en todo Anáhuac Méjico infundía,
lo que á su nueva capital cristiana
en mucho convendría,
fundando un honorable municipio.—
Y esta opinión siguió la mayoría.

Trabajaron los indios, al principio,
con cierta repugnancia;
mas debido al buen trato y la constancia,
y obsequios de Cortés y los cristianos,
después ya prosiguieron afanosos;
y los peritos, con sus buenos planos,
las obras dirigían:
las piedras de las ruinas se sacaban,
otras de las canteras se traían,
ladrillos en los hornos fabricaban,
maderas de los bosques se cortaban,
y nuevos operarios acudían.

Si destruyó la guerra
una ciudad antigua y populosa,
otra la paz y la europea ciencia
construían flamante y más lujosa. 353

Pero á pesar del triunfo y de su brillo,
más difícil se muestra cada día
la triste posición del gran caudillo.

¿Ya algún mandato de su rey tenía,
al descubrir regiones tan ignotas?
¿Acaso adelantado?
¡Nada; porque á ninguna de sus notas,
en dos años, se habian contestado!

Mas él firme, impertérrito, y fundido
en una sola pieza,
otra tercera relación envía
con el quinto también; y con nobleza,
refiriendo los últimos sucesos
traza, con diplomática destreza,
sus hechos y servicios,
sin olvidar tampoco de su gente
los grandes sacrificios,
por brindar á su rey aquellos bienes.
Y como féble prueba de riqueza
de esos nuevos edenes,
entre las joyas manda una guirnalda,
donde se ve piramidal y enorme,
magnífica esmeralda. 354

Al monarca tambien se dirigieron
de Cortés los amigos y oficiales,
y los méritos de él encarecieron,
por haber ese imperio conquistado;
y como premio ó gracia
le hiciera de esa tierra Adelantado,
y así muy dignamente procedieron.
Con negar un favor mucho se pierde....
con hacer un favor mucho se gana....
¡Tal vez tengamos que pedir mañana
á quien menos se piensa, y nos lo acuerde!

Los oficiales Avila y Quiñones
en tal misión de Veracruz partieron;
pero Quiñones muere en una riña,
que en las Azores tuvo; y un crucero
despues al bergantín de Avila apresa;
y Francisco primero, cuando supo
que había este oficial mandado á España,
por seguro conducto pliegos y oro,
con sarcasmo pregunta: ¿Hay quien me diga,
por cuál cláusula deja en testamento
nuestro padre Adan el Nuevo Mundo
á mis hermanos los queridos reyes
de España y Portugal?» Pero á la corte
los pliegos y oro de Cortés llegaron.

Carlos quinto se hallaba en Alemania,
de ese imperio arreglando los asuntos;
fray Adriano, regente de Castilla,
era más propio, que para este cargo,
para padre guardian de algún convento;
así es que el tan temible presidente
del consejo de Indias, al fin logra
que Cristóbal de Tapia, un hombre inepto,
y que en Santo Domingo se encontraba;
—para á Cortés pedir cuenta de todo,
nombrado fuese, con poderes ámplios,
y suspenderle, secuestrar sus bienes,
y aprisionarle, si preciso fuera.—

Llega el tal comisario á Villa Rica;
Cortés vuela á su encuentro, y obsequioso
regálale, y le compra á manos llenas,
las pocas baratijas que llevaba;
y dejando colmada su codicia,
ambos quedan buenísimos amigos:
burla así de Fonseca las ruindades,
y presto Tapia vuélvese con su oro,
á la corte pasando tal informe,
que no mejor Cortés lo hubiera escrito.

Las apartadas tribus belicosas,
que en la márjen del Pánuco se asientan,
sublévanse á la vez; mas Cortés parte
con aguerridas fuerzas, presuroso,

y *en dos combates*, que las vence y postra,
presto se rinden y aterradas quedan.

Varias huestes de indígenas se alzaron
en la nueva colonia San Estéban,
y dan muerte á los blancos pobladores;
mas corre Sandoval con los jinetes,
derrota á los rebeldes, y contando
á cuatrocientos nobles prisioneros,
manda en el acto *á todos dar garrote*,
lo que hace que Cortés diga al monarca,
su cuarta relación al escribirle:
—A Dios gracias logróse de este modo
que esa tierra quedase muy tranquila.—

La buena estrella de Cortés brillaba
en la virgen región del nuevo mundo,
y en el viejo tambien á brillar iba,
ó para siempre hundirle en su carrera.

El buen duque de Béjar, caballero
de gran valer en la española costa,
y don Martin Cortés, discreto, activo,
persuadir al regente consiguieron:
—que la pérfida guerra, que Fonseca,
por ruines intereses impulsado,
á Hernán Cortés hacía, era contraria
á la gloria y poder de la corona;—
y prohibe, el regente al viejo ovispo:
—*que en tal asunto á intervenir llegara.*

Indignaba al prelado tal afrenta,
cuando llegan Narvaez y sus amigos,
—quien abyecto al primero y de rodillas
besar á Hernán Cortés quiso la mano,
cuando libre la puso, y dió permiso
de quedarse ó ir donde quisiera;—
y este cobarde fué, al pisar á España,
su envidioso enemigo más villano:
y estos bajos sujetos, instrumentos
del pérfido prelado, se presentan
contra Cortés, haciendo graves cargos,
las que al regente oír no le es posible,
porque la silla de San Pedro, en Roma,
muerto ya León diez, vacante espera;
mas Carlos quinto á sus dominios vuelve,
tras una larga ausencia en Alemania,
en mil quinientos veintidos, en Julio,
y perplejo de oír contrariedades,
nombra un sabio Consejo, presidido
por el famoso Canciller de Nápoles,
á cuyo fallo entrega el expediente.

Esta corporación cumplida audiencia
á las dos partes dió: la acusadora
á Cortés hace los siguientes cargos:
—haber destruído la valiosa escuadra
por Velazquez comprada, para en ella
Cortés surcar las mejicanas costas;
por cuenta de Velazquez esplorarlas,
y en las cuales se hizo independiente,
traicionando á su jefe, con perjuicio
del derecho real de la corona:
haber desconocido y hecho fuego
á Narvaez, legalmente autorizado,
para exijirle cuentas de la empresa:
haber sido inhumano con los indios,
y á su monarca puesto en el tormento;
defraudar los tesoros de la corte,
y el seguir invirtiendo ingentes sumas
en una capital extravagante,
y asaz lujosa en tan distante tierra.—

A todo esto, la parte demandada,
como réplica expone:—que el caudillo
hubo puesto *las dos terceras partes*
en la escuadra y los gastos de la empresa:
que el contrato, que exhibe, era tan solo
para hacer cambalaches por las costas,
y no en ella fundar colonia alguna,
que era lo que á su patria convenía,
y cual buen español húbolo hecho:
que en vez Narvaez de secundar su empresa,
para ver terminada la conquista,
pretendió sus trabajos usurparle,
intentando atacarlo y deponerle;
pero que antes Cortés, y en tal estado,
derrota á su contrario, quien de hinojos
le pide libertad, se la concede,
y vil, ingrato, á España va á acusarle,
mil cobardes calumnias inventando:
que el rigor con los indios era incierto,
pues á Guatimozin, por muchas veces
brindóle con la paz, si á su monarca
de ese imperio señor reconocía:
que fué Alderete, jefe del tesoro,
quien pidió que tormento se le diera,
á los rudos soldados instigando,
que así de sus tenientes lo exijiesen:
que el dinero mandado, como quinto,
era siempre mayor que el recaudado;
pues cedía la tropa buena parte,
como una ofrenda de vasallos fieles,
además de las joyas y regalos
que Cortés y sus jefes le mandaban:
que de la capital el sitio y forma
en que ibase erigiendo, fné resuelto
no por Cortés, sinó por mayoría
de consejo de jefes y personas
en aquella materia competentes,

y según á ese imperio convenía:
de todo esto exhibióse documentos,
é irrefutables pruebras y testigos,
y el informe de Tapia, don Cristóbal,
de Fonseca á pedido levantado,
el cual desvanecía, por sí solo,
los cargos todos, que á Cortés se hacían.—

Y á otras pruebas sintéticas entrando,
y de órden elevado á otras razones,
con coraje se expone en la defensa:
—que fué para Cortés, desde el principio,
luchas amargas é indecibles todo,
hasta dar cima á esa conquista magna:
que Velazquez, Garay, Narvaez y todos
hicieron guerra á muerte á sus afanes;
y á Fonseca su encono le condujo
hasta recuperar el mísero dinero
que á sus ancianos padres remitía:
y que más trabas, guerras y disgustos
causáronle en su empresa sus paisanos,
que los propios salvajes en combates,
sin apoyo de nadie ni la corte.—

Y al fin del fundadísimo alegato,
concluyen de Cortés los defensores,
preguntando al dignisimo consejo:
—¿Si él capaz de deshonrar sería
á ese mortal, que con su genio y brazo,
arrostrando peligros indecibles,
de aventureros díscolos al frente,
lega á la historia de su patria insigne,
página sin igual en las leyendas,
y á sus reyes presenta un gran imperio,
como *nunca, jamás*, en todo el Orbe,
igual caso presenta historia alguna?—

Mas dado caso que Cortés hubiese
en su empresa desmanes cometido,
¿que noble corazón, ante el postrero
y brillante argumento, irresistible,
no el merecido premio le acordara?

Así, pues, el dignísimo consejo:
—todos los actos de Cortés aprueba,
mandando, que Fonseca ni Velazquez
intervengan por nada en los asuntos,
que se refieran á la *Nueva España;*
y que respecto á los demás reclamos,
ante los jueces ordinarios se hagan,
dejando al buen acierto del monarca
la gracia ó premio que acordarle quiera,
lo mismo que á sus otros compañeros.

Tarde ó temprano la justicia se hace!
¡Cada cual, como es, al fin se muestra!
Y tras el falso mérito, usurpado,
al fin el verdadero lo reemplaza!
Y aun queda *el juicio póstumo infalible....*
todo es cuestión de tiempo.... *y de aguantarse!!!*

El gran monarca complacido y justo,
nombra en seguida al inmortal guerrero:
—Capitán General y Adelantado,
y Justicia mayor de Nueva España:
señálale una renta competente
á los honrosos puestos conferidos:
con grados, distinciones y terrenos
á los mas dignos oficiales premia;
y ascensos y menciones repartiendo
en una carta general, que halague
la vanidad de viejos veteranos,
y muy cumplidas gracias á las tropas....
carta que escribe de su puño y letra.

En el antiguo mundo titilaba
la estrella de Cortés, tambien radiosa;
y su glorioso premio, merecido,
mansas las olas y benignas brisas,
presto á las playas mejicanas llevan!

Estas nuevas á Méjico llegando,
son como aniversario de un gran día,
entre salvas de un pueblo embanderado:
como el beso primero de una vírgen,
por otro más ardiente, cautivado:
como el primer instante, que un juguete
toma el voluble niño entre sus manos,
ó el placer, con que luego de él hastiado,
curioso lo destroza y se sonríe.

XCIII

1523 y 1525

Como *tres años* iban transcurridos;
y do Méjtco fué, se levantaba
la nueva capital; y si la antigua
excedió en extensión á la moderna,
como más lujo y belleza ésta erigióse,
y mas sólida fué, cómoda y limpia:

ensancharon las calles y taparon
muchas que eran inútiles acequias,
limpiáronse los lagos y calzadas,
y dióse á casas, templos y palacios
el gusto arquitectónico europeo:
do el teocalli mayor y la morada
del monarca estuvieron, plaza se hizo;
y donde el templo de la guerra vióse,
la catedral suntuosa se erigía
al seráfico santo consagrada:
el lego Pedro Gante, que corrióse
ser hijo natural de Carlos quinto,
años despues comienzo dió al convento
de frailes franciscanos, donde estuvo
la real pajarera, que se hallaba
á un lado de la plaza, y en el otro
de Hernán Cortés alzóse el gran palacio
que fué después mansión de los virreyes;
y del conquistador los sucesores,
¡extraña coincidencia! alzaron otra,
donde antes existió el de Motezuma.

El barrio Tlatelolco destinóse
á ser por los indígenas poblado,
y en él se alzaron templos y capillas,
donde vióse al querido fray Olmedo,
catequizando y cristianando infieles,
hasta el fin de sus años prolongados.

Y un arsenal ó fuerte construyóse,
frente al despues llamado *Matadero*,
donde los bergantines se guardaron,
como un recuerdo de la grande empresa.

Para atraer la población indígena,
dejóseles vivir con sus caciques
en Tlatelolco, en donde *en pocos años*,
de *treinta mil* pasaron; y serían
mas *de dos mil familias* españolas
las que en los barrios céntricos moraban.

Y tornando el comercio y movimiento,
la animación volvió; y al gran mercado
los frutos y artefactos se traían
de todas las pronvincias y comarcas;
nuevas tiendas abríanse y bazares,
no quedando recuerdos ni vestigios
de aquel fatal pasado terremoto;
y los lagos cubiertos de canoas,
y las calzadas de pedestres llenas,
toda en la *nueva era* proseguía
con más vida y progreso, que antes hubo.

Mas la actual capital es diferente
de la que hubo Cortés reedificado:
hoy ya no entran las aguas en sus calles,
y hanse ido hasta el lago de Tezcuco;
pero aunque fué siguiendo embellecida
por los virreyes de la Nueva España,
de la de los guerreros restos quedan,
en moles y edificios, qué atestiguan
su solidez y construcción primera,
previendo la importancia, que ese pueblo
con los siglos tendrá en todo el mundo.

No el progresista génio del caudillo
á hermosear la capital ciñóse:
á *San Estéban* funda en el Atlántico,
y luego á *Zacatula* en el Pacífico,
á *Colina* en Mechoácan, incansable;
y cerca el *Rio de la Antigua* un puerto,
del cual se hizo hasta Méjico camino;
y pone á un pueblo á Vera Cruz cercano,
Medellin, do nació, en grato recuerdo.

Y fomenta Cortés á las colonias,
premios ofrece, concediendo tierras,
los trabajos agrícolas protege,
municipalidades va fundando,
y ordenanzas morales se promulgan. 356

¿Mas quién será la dama, que primero
en esta corte á establecerse venga?
El decirlo en seguida no es muy fácil;
más quien mire hacia abajo dos renglones,
la adivinanza ó el problema acierta.

Es la señora *Catalina Juarez*,
la esposa de Cortés, quien no esperaba
verla entonces, sino.... *cuando él quisiera*,
y no haberlo anhelado parecía,
á pesar de ordenanzas y pregones:
Sandoval acompañaba hasta Méjico,
donde Cortés, galante la recibe,
con los honores, que éranla debidos;
y al verla blanca, bella y atendida,
como si ya de allí la reina fuera,
la infelice Marina la miraba
con negra envidia de rabiosos celos,
con el fulgor mortal del basilisco,
con el veneno, que corroe el alma:
y ora sentase mal á Catalina
el clima de la *mesa,* ú ora fuera
que el *asma*, que sintió, se reagravara,
á los tres meses de llegar fallece,
lo que hizo *originar habladurias*
y malignos rumores, infundados. 357.

Al repartir Cortés feraces tierras,
que ir cediendo á las instancias tuvo
de señores y jefes invasores,
que por tener indígenas clamaban

para labrar sus campos y las minas.
y recurrió á otorgar *repartimientos*,
cuyo sistema reprobó la corte;
pero á través de dilatados mares,
más pudo *el interés de los colonos*.
que las reales leyes restrictivas,
hasta que el tiempo y el progreso fueron
de los indios la suerte mejorando:
solo á los tlascaltecas concedióse
el que exentos quedasen de servicios,
en recompensa de los antes hechos.

Cortés pidió al monarca le mandase
para la vida espiritual del indio:
—no obispos ni encumbradas dignidades,
que en holganza gastasen los tesoros,
sino frailes, que asíduos predicaran
y á los humildes indios convirtieran.—
Y *doce franciscanos*, que llegaron,
con gran contento recibidos fueron:
desde el puerto hasta Méjico las gentes
de ciudades y aldeas les seguían,
con cirios en las manos, repicando
de las nuevas capillas las campanas,
que á alzarse comenzaban pobremente.

Cortés, á los hidalgos presidiendo,
les sale á recibir, y arrodillado,
de fray Martín Valencia el cordón besa,
quien de ellos era prior; y los salvajes
al mirar á Cortés, quédanse absortos,
de rodillas postrado, ante esos hombres
descalzos y con facha de mendigos.

Y la prédica asídua y convincente,
el ejemplo, humildad y gran respeto
que los cristianos todos demostraban
á esos virtuosos frailes franciscanos,
la conversación rápidamente hicieron
entre plebe y señores del Anáhuac. 358.

Todos esos guerreros castellanos,
para fundar su residencia eligen
los más bellos, poéticos parajes:
unos el rico valle de Oajaca,
del Sud-Este en las faldas; sus mansiones,
de la mesa central en la planicie,
otros alzaban, como buenos hijos,
de Castilla los llanos recordando;
y después de algún tiempo comenzóse
á explorar con afan las ricas minas
de Zacatecas, Tasco y Juanajuato,
ya desde Motezuma *descubiertas*.

Además que Cortés la agricultura
en todo el reino procurar fomenta,
—pues preciso era el cultivar seguido
la tierra *ocho años* para hacerla propia,—
asiduamente á España demandaba
semillas de legumbres y flores,
sarmientos, plantas de árboles frutales,
y cuadrúpedos, aves y herramientas,
lo que á altos precios se pagaba todo.
por la suma demandada en el mercado,
todos queriendo adelantar sus tierras,
con los ricos productos europeos.

De las contíguas islas fué traida
la caña del azucar, y en bajios
exuberante dióse, y con la pompa
del añil, algodón y cochinilla;
y bajo el sol de los ardientes trópicos,
el durazno, el almendro y el naranjo,
el manzano, el olivo y vid frondosa,
y ricas frutas de la Europa toda,
con rozagante vida se ostentaban
en la gran zona de variados climas,
cual pastos, yerbas y silvestres flores,
en pugna siempre míranse creciendo.
por alfombrar la tierra de matices,
los campos y las brisas de perfumes,
allí donde hay de vida exceso siempre!

De aquel *famoso siglo de aventuras*,
los colonizadores y marinos,
y de Europa también todos los sabios,
en prácticos y en teóricos estudios,
por descubrir hallábanse engolfados.
¿en qué parte el estrecho existiría,
que unir debiera los opuestos mares?
Y siguiendo Cortés estas ideas,
á su monarca escribe:—que sabiendo
cuanto desea que la ciencia encuentre
el gran secreto del buscado estrecho,
iba de ello á ocuparse activamente.—

Y á Cristóbal de Olid, con buenas tropas,
y una excelente flota manda á Honduras,
do una colonia establecer debía;
y que otra parte de ella enviase al itsmo,
en busca *de ese estrecho tan buscado*.

Y al par envía de Alvarado al frente,
con buenas divisiones de españoles,
y las huestes mejores de los indios,
otra importante expedición por tierra
á otras descubrir al mediodía
de la alta cordillera; y avanzando,
tan digno jefe terminó su empresa,
conquistador de Guatemala siendo.

Y Hernán Cortés pacificando sigue

el sometido inmenso territorio;
y *en tres años* recorre infatigable
del Atlántico mar por el costado,
una extensión *de cuatrocientas leguas*
y *quinientas* del lado del Pacífico.

Ya en Honduras, Olid con buenas tropas,
sin ya jefe ni rey, con buena escuadra,
y de Méjico, viéndose tan lejos,
ambicioso é ingrato *se rebela*
de su jefe y amigo: é independiente
el señor de ese punto se proclama;
pero á pesar de haber vivido juntos
mal el carácter de Cortés conoce,
si cree que su traición impune deje,
la que *á los ocho meses* solo supo:
y envía al capitán recién llegado,
Francisco de las Casas, su pariente,
con *cinco buques* y soldados viejos,
á batir al rebelde y dar garrote;
mas una tempestad en esa costa
los bajeles arroja y Olid toma
á Casas y su gente prisioneros,
y desarmados á la suya entrega;
mas los Casas y Gil González de Avila,
otro buen capitán, recien llegado,
que iba á colonizar alguna costa
de las del Golfo Dulce, mas feroces,
y al que también aprisionar consigue,—
logran después el sublevar la tropa,
vivando al gran Cortés y su monarca,
y en Naco á Olid *como á traidor degüellan;*
pero uno y otro mes se van pasando,
y solo de todo esto Cortés supo:
—de su pariente Casas el naufragio;—
y salir hasta Honduras se prepara.

Tal vez Cortés, con el funesto ejemplo
del sublevado Olid, ya desconfiando,
mas sin tener razón, de sus segundos,
deja á Alonso de Estrada, el tesorero,
y el empleado Albornóz, que desempeñen,
mientras dure su ausencia, el civil mando;
y llevando á unos fieles oficiales,
y á Sandoval tambien, que tanto aprecia,
con fuerte división de infanteria
y el mejor escuadrón de sus jinetes,
y varias huestes de probados indios,
y el azteca monarca, bien seguro,
sus parientes y nobles prisioneros,
pues de ellos desprenderse no quería,
como seguros rehenes de concordia,
su marcha emprendió *el doce de Octubre*
del año mil quinientos veinticuatro,

Al bajar la escabrosa cordillera,
viejos amigos íbansele uniendo,
entre ellos Bernal Díaz del Castillo,
que cuidaba *una chacra*; y al fin llegan,
despues de mucho andar á Goatzacoalco;
la nativa provincia de Marina;
y unos días allí permaneciendo,
entre varios caciques se presentan
de Marina el hermano, con la madre;
é indios y cristianos al momento
la semejanza de los dos notaron,
y ellos tambien el verse se sorprenden;
y la madre, creyéndola una sombra
huye aterrada; mas la tierna hija
la detiene y echándose en sus brazos:
« ¡ Madre mía,—la dice,—cuán dichosa
hoy soy al contemplarte ! De esta casa
rapaces mercaderes me robaron,
diciendo infames que vendiste á tu hija,
cuya historia, de grande me han contado;
mas ya felices olvidemos todo.....!»

Y á la madre engalana con las joyas
que sobre sí tenía, y las que lleva,
cual si el cariño material perdido,
con sus caricias recobrar quisiese;
y la refiere,—que contenta había
en su empresa ayudado á los cristianos,
desde que á aquellas playas descendieron
y en secreto la dice con orgullo;
que el blanco, hermoso niño que llevaba,
hijo era de Maliche, el gran caudillo;
y que no quiso en Méjico quedarse,
por seguirle amorosa qor do quiera,
cual sigue, andando al sol, la sombra al cuerpo
Y despues que unos días allá quedan,
la interrumpida marcha continúa.

En el transcurso de tan largo viaje,
Cortés casó á su intérprete Marina,
á la fiel compañera, que sus pasos
hubo guiado en desiertos y montañas,
con don Juan Jaramillo, un caballero
que era su amigo; é hízole mercedes,
y á ella dió en su provincia buenas tierras,
do luego el matrimonio establecióse;
y ella así *de la escena desparece*,
aunque *por muchos años* la memoria
conservó Anáhuac de su nombre y hechos. 359

¡ El tiempo destructor todo lo arrasa;
las penas y el amor, todo se olvida,
y nada existe estable en la existencia !

¡ Con qué inmenso dolor aquella jóven,

que adoraba á Cortés, no sentiría
esa fatal sentencia, que por siempre
iba de aquella unión á separarla,
que era su gloria, su existir, su todo!
Mas de Cortés oyó las reflexiones,
resignada y sensata; y él dejóla
en prueba de amistad, la dulce prenda
de otros días de amor, tan placenteros;
y dichoso fué luego el matrimonio,
respetando á su esposo, agradecida,
y ella le amó; pues la mujer sensible
para amar ha nacido; y cuando el tiempo
todo ilusión y juventud la lleva,
vuelve á la religión sus dulces ojos,
y ama á Dios y á los santos y á la Vírgen,
porque tiene que amar algo en la vida!
Y él, comprendiendo, que el pasado de ella
solo debióse á su destino adverso,
supo apreciar sus bellas cualidades.

Como Cortés previó que al fin tendría
que ir á la corte y figurar en ella,
do alguna dama de preclaro nombre
igual ó mayor lustre al suyo diere,
quiso dejar el porvenir seguro
de la madre *del hijo de sus glorias;*
y á las pruebas de amor y sacrificio,
que recibió de tan notable jóven,
grato mostróse al separarse de ella,
como buen padre al desposarse su hija.

Ya la esperiencia, los trabajos y años
enfriado habían del caudillo insigne
el fuego del amor de edad temprana,
en que triunfan del alma los impulsos....
y solo guióle en esto su cabeza.

Déjase á Coatzacoalco, *que la gloria*
de ser la cuna de Marina tiene,
y muy más peligrosa fué esa marcha,
que la misma conquista, por los muchos
é incesantes trabajos, que pasaron,
los continuos combates con las tribus,
de los aliados indios las fatigas,
no á tan áspera vida acostumbrados;
los pantanos y ríos caudalosos,
los bosques, las quebradas y lo inculto
de fragosos pasajes tan desiertos;
las inmensas distancias, sin confines,
la sed, el hambre, desnudez y frío,
tormentas, soles, ánsias y dolores,
y un conjunto de males indecibles,
como sería atravesar los mares,
sin quilla y vela en mísera canoa.

Para narrar tan angustiosa empresa,
páginas que trazar *sin fin habría;*
y baste, pues decir, sintetizando:
más de quinientas leguas sin reposo,
así *dos largos años* anduvieron;
y Cortés, de su alma la grandeza,
fuerza de voluntad inquebrantable,
y genio y don avasallar á todos,
despliega con olímpicos fulgores;
á todos da su resistencia heróica,
y á todos lleva envueltos, como aristas,
donde á él le lleva su inmortal destino!

XCIV

1525 y 1526

Logran salir de esteros y pantanos,
despues de mil *penurias,*
los flacos y sufridos castellanos,
y á *Acula* se aproximan,
feraz provincia, que cubierta estaba
de altos maizales, de pimiento y yúca,
y el Golfo Dulce cerca se encontraba,
con su estación serena y placentera,
como es en Buenos Aires el otoño,
cuanto es desigual su primavera.

Y así que al pueblo entraron,
algunos de los indios
á Cortés revelaron:
—que iban Guatimozin y el de Flacópan,
con otros principales,
y unos cuerpos de arqueros,
á atacar al ejército cristiano,
cuando ora bien se hallase entre senderos
ó extendido pantano,
en donde no pudiera defenderse,
por no serle posible,
como en abierto campo, rehacerse,
ni en grupos atacar ni socorrerse,
ni atropellar con el bridón terrible:
seguir despues á Honduras,

y sorprender á aquel destacamento,
haciendo entre los téules
el deseado y magnífico escarmiento,
de tal modo, que tantas desventuras
en Méjico al saberse,
causaran general levantamiento;
y quemarían los bajeles todos,
para que dar aviso no pudiesen
en sus lejanos lares,
ni socorros tuviesen
del igneo dios de los opuestos mares.—

Hizo á Guatimozin y su cortejo
el cristiano caudillo
causa formar por militar consejo;
y el monarca y su primo el de Tlacópan,
buscando *el divagar* de varios modos,
ni el complot *confesaron ni negaron*;
empero los demás, *contestes todos*,
el estar complicados declararon;
pero *á los dos primeros*
como jefes y actores acusaron.
Y con otros magnetes,
que culpables tambien aparecieron,
á la pena de muerte condenados
por el consejo fueron.

Vióse á Guatimozin muy dignamente
el conservar, como antes, su energia;
y cuando iba al suplicio, con su frente
bien alta, así decia:
«Por qué fié de Malinche en las promesas?
¡Yo no le conocia!
¿Mas no engañó tambien á Motezuma?
¡Oh! Cuan crédulo anduve
en fiarme en su falsía!
¿Por qué de darme muerte, en vez de oirle,
el coraje no tuve,
antes que como exclavo, así seguirle?»

Y el señor de Tlacópan repetia,
con ronca voz doliente,
cuando en pos á la muerte le seguía:
«¡Como Guatimozin, mi rey amado,
tambien soy inocente,
y concededme de él morir al lado!»

Y de altas ramas *empinada ceiba*,
según la tradición lo ha confirmado,
ambos colgados fueron,
y otros nobles aztecas,
que á carnívoras aves atrajeron.

Los indios de las huestes, agobiados
por esa *vía crucis* horrorosa,
quedaron aterrados,
y su serviz doblégase humildosa;
y en pos de esa protesta de los nobles,
con su sangre sellada,
Anáhuac, moribunda,
acepta ya, sin bríos, resignada,
la extranjera coyunda;
y nuevas leyes, religión é idioma,
costumbres, sangre y vida,
una transformación causan profunda:
y con su frente erguida,
sin que esto á nadie *por verdad denigre*,
ya allí, *como amos* llegan,
de Castilla el leon de Africa el tigre!

Como el que marcha con grillete preso,
y al fin vese de él libre,
ó el que llevando demasiado peso,
puede al llegar el arrojarlo á tierra,
así Cortés respira, descansado,
al verse libre de su enorme carga,
en distancia tan larga,
al dejar al monarca ... *bien colgado*! 361
Después de este suceso
á la ciudad de Acúla hacen entrada,
do á Cortés observóse entristecido,
como antes no lo estuvo en la jornada:
y la maligna gente
hablaba y presumía:
—*que la sangre inocente*
del soberano azteca derramada,
algo había su espíritu agitado,
y que apenas dormía;
que una noche, que estaba desvelado,
de *doce piés* de altura hubo caído
del teocalli, do hallábase hospedado,
y un golpe *en la cabeza* recibido.—
Y así versiones de su honor en mengua
habíanse esparcido ...
por envidiosos de villana lengua.

La marcha prosiguieron
los de bronce soberbios veteranos,
y en ríos y pantanos
tan firmes puentes construyendo fueron,
que décadas después de esa jornada,
por puentes de Cortés se conocieron;
y llevaban perdidos,
setenta y ocho prácticos caballos,
y los demás flaquísimos y heridos.

Por la *Laguna Péten* empezaron
á oir hablar de téules á los indios,
los que pronto á los frailes escucharon,
y muchos el bautismo recibieron. 362

Cortés, pues, y los suyos calcularon,
que esos téules serían
de Olid ó de las Casas,
soldados, que inmediatos andarían;
y para el *Golfo-Dulce* encaminóse,
do con gozo indecible
un grupo de cristianos encontróse,
que escuálidos se vieron.

En el cuartel de Naco,
de Olid, González de Avila y las Casas
hallábanse las fuerzas, y supieron:
—que en Naco á Olid *habían degollado*
los otros dos caudillos,
por haber á su jefe traicionado;
y para dar tal nueva,
habíanse hasta Méjico lanzado.—

¡Oh! ¡Como Hernán Cortés, en su alegría,
dió por bien empleado,
el sufrir de tan larga travesía,
por encontrarse del traidor vengado!

Y sin temor alguno,
de Naco al campamento se encaminan,
y ni unas fuerzas ni otras
en tal estado hallarse se imaginan:
si abatidos y flacos se encontraban
de Naco los soldados,
bastante más los de Cortés estaban,
y por tantos trabajos más postrados;
pero aquellos de Olid, que se creian
allí ya abandonados,
al mirar á su jefe, tan querido,
con su jefe creyéndose salvados,
dieron todos sus penas al olvido.

Pero un grande bajel llegó de Cuba
en el mismo momento,
trayendo únicamente
en comestibles todo el cargamento,
el cual compró Cortés para su gente,
como el buque igualmente;
y con otro, que de Avila existía,
y dos ó tres lanchones,
Cortés emprende por el Río Dulce,
tierra adentro, diversas excursiones,
y de ellas regresaron
con buenas provisiones.

Embárcanse después, y descendieron
á un puerto, que llamaron
San Gil de Buena Vista,
al cual por su avidez pronto dejaron;
y siguiendo la costa, en la bahía
de *Puerto de Caballos,* hoy llamada,
la tropa descendía,
por el aire del mar más animada,
y allí la *villa Navidad* fundóse,
en donde con Godoy un buen piquete
de guarnición quedóse;
mas por la peste y hambre,
siendo luego azotada,
tuvo que abandonarse,
después de estar bastante adelantada.

Mandó Cortés, entretanto,
al activo Sandoval:
—que de Naco el territorio
fuese también á explorar;—
y tras reñidos combates
é incesante actividad,
extendieron su conquista
cada día más y más,
hasta que un estenso radio
llegó al fin á dominar.

En la provincia de Honduras,
y de Trujillo en el puerto,
ancló Cortés sus bajeles
de las tropas con el resto;
y procuraba, anheloso,
en rapidísimo tiempo,
dar gran impulso á ese punto,
y á Honduras dejar muy presto
á su poder sometida;
como también con su acero
sojuzgada á Nicaragua,
y pasar al mar opuesto
y otras muy ricas provincias,
ó quizá nuevos imperios,
poder brindar á su patria:
tal vez en ese momento
ya poca cosa creyera
su gran conquista de Méjico,
por el anhelo incansable
de conquistar nuevos pueblos,
cuando sacó al gran caudillo
de sus dorados ensueños,
de Méjico triste nueva....
la realidad de los hechos. 363

Zuazo, alcalde y licenciado,
escribe á Cortés un pliego,
diciéndole extensamente:
—que á poco que hubo de Méjico
para su empresa salido,
Estrada y su socio hicieron
circular:—que en un combate

le habian los indios muerto,
y ellos quedaban gozando
sus derechos y gobierno,
hasta que la corte hiciese
el debido nombramiento.—

Con sorpresa Cortés noticias tales
del alcalde recibe,
cual si un rayo quitárale la vista;
mas de su proceder, en el momento
la solución concibe:
entre seguir de Honduras la conquista
ó el predominio aventurar de Anáhua,
para el noble caudillo
la elección era clara, como el agua:
pero como antes de partir tenía
que dejar ciertas cosas arregladas,
pues sino su trabajo se perdía;
y teniendo además, también presente,
que si el tan largo viaje
con su postrado ejército emprendía,
—el cual era á la vez más numeroso
por las fuerzas unidas,—
sería su regreso muy moroso,
encargó á su edecan Martín Orantes,
hombre fiel y de prendas relevantes,
por su valor, astucia y osadía:
—que una órden entregara
á Alvarado y las Casas, su pariente,
por la cual el poder les confería,
mientras se hallase ausente.—

«¿Y nada hago ni digo,
mi capitan, á ese Albornoz y Estrada,
á los cuales maldigo?»
Pregunta el edecan, astutamente.
«Por ahora cumplid esta embajada,
que aún no en tiempo me hallo,
—dijo Cortés—de esclarecer los hechos.
Hoy las ofensas recibidas callo,
hasta poder vengarlas,
al destrozar sus pechos . . . .
ó tal vez generoso perdonarlas!»
Y callado quedóse y pensativo.

Y en un mediano buque,
su viaje apronta el edecan activo,
y de Trujillo se alejó contento,
porque en tales asuntos y pesquisas,
se hallaba en su elemento.

XCV

1526

La traición de Olid apenas
corrió Cortés á vengar,
cuando el gobierno, que en Méjico
instaló provisional,
confiado á Albornoz y Estrada,
también le llegó á faltar,
pues ambos se concertaron
con estremada ruindad,
para quitarle el gobierno
de la nueva capital.

El contador Albornoz,
que fué el autor de ese plan,
por un lance de amoríos,
desde largo tiempo atrás,
profundo rencor guardaba
á Cortés, que fué el rival;
y aquel puesto aprovechando
para poderse vengar,
escribió á su soberano:
—que tenía un gran caudal
el conquistador Cortés,
el cual lograba aumentar,
con el objeto, bien claro,
de que siendo general,
á ser ya el rey aspiraba
de ese imperio tan feraz.—

Y como ambos no tenían
ningún valer militar,
pues eran recién llegados
para la hacienda real,
ni su plan secundaría
ningún jefe regular,
la voz hicieron correr:
—que á Cortés, en un maizal,
y en el distrito de Chiapes,
logró un salvaje matar.—

Mas contando con la ausencia
muy larga del capitán,
y creyendo su proyecto
ya fácil de realizar,
empiezan del gran caudillo

casas, tierras y caudal,
como bienes de difuntos,
á repartir y donar;
y tierras, repartimientos,
con gran liberalidad,
dando á amigos y enemigos
del ausente general,
creen así á los agraciados
á su causa vincular.

Pero el licenciado Zuazo,
de todo esto parte dá,
por vía de Villa Rica,
al ausente general.

En tan críticos instantes,
cuando creían que el plan
de tal modo realizado,
iba á quedar firme ya,
ven Estrada y Alboruoz
llegar á la capital
al veedor, un tal Chirinos,
con el factor Salazar,
para enviar á Veracruz
ropas, socorros y pan,
de donde más fácil era
mandar todo eso á buscar
por la costa y en bageles,
al insigne capitán.

Y después de algunos días,
cuando ven la deslealtad
de aquellos dos intrigantes,
sin tener base formal,
tratan veedor y factor
á los dos de suplantar;
y la muerte desmintieron
del famoso capitán,
encabezando á su nombre
la odiosidad general
contra Estrada y Albornoz,
lográndoles derrocar,
y encaramarse al poder,
como cosa natural.

De Pánuco en las riberas,
con toda felicidad,
desembarcó brevemente
Orantes, el edecán;
y de labrador vestido,
hasta Méjico fué á dar:
como eran los franciscanos
amigos del capitán,
dirigióse á ese convento
un refugio á demandar,
descubriéndoles:—que él era
de Cortés un edecán,
y venía á los intrusos
del mando usurpado á echar: —
y allí supo, que Alvarado,
con algunos otros más,
ya habíase puesto en viaje
para la tierra natal;
y á Casas y Gil González
para Europa hizo embarcar
de Estrada el nulo gobierno,
con el pretesto legal
de haber á Olid, en Honduras,
sin causa hecho degollar,
logrando así verse libre
de ese elemento rival.

En tanto, fué en el convento
el fingido labrador
los descontentos juntando,
con quienes tramó el complot
contra el falso Salazar
y Chirinos el veedor;
y uniéronsele tambien
hasta Estrada y Albornoz;
mas no como arrepentidos,
si por venganza y rencor.

Y Orantes, con un buen grupo
de soldados, que reunió,
sale á la calle gritando:
«¡Qué vida el conquistador!»
Y siguiendo todo el pueblo
á aquella fuerte facción,
en su casa Zalazar
presuróso se encerró;
pero el tesorero al frente,
como husmeante diestro hurón,
entra y prende en su guarida
al encerrado factor,
y en gran jáula de madera
exhíbele así en prisión.

Como se hallaba en campaña
con un piquete el veedor,
en cuanto el fracaso supo,
hacia Tezcuco corrió,
temiendo que los soldados
le hicieran digna traición;
y allí, en el nuevo convento,
un pronto asilo encontró;
mas descubrióse su encierro,
y á Méjico, en procesión,
le llevan, y *en otra jáula*

tambien se puso al veedor;
y así el ingenioso Orantes
su embajada terminó,
con la sola diferencia,
como fin de esa función,
que el taimado tesorero
puso á veedor y factor
en encierro vergonzoso,
cuando *él tambien y Albornoz*
debieron dentro quedar,
pues criminales los dos,
el funesto ejemplo dieron
de la primer defección.

Y como uno ni otro bando,
el de Estrada y Albornoz,
ni el reciente destronado
del veedor y del factor
podían seguir, como antes,
gobernando por traición,
el astuto tesorero
creyó que era lo mejor,
para poder con el tiempo
mejorar su situación,
el irse ganando á Orantes,
y su lealtad halagó,
diciéndole:—que debía
llamarse sin dilación,
para evitar los tumultos,
al noble conquistador;
hízose así, y él y Orantes,
llevando en tanto la voz,
á fray Diego Altamirano,
deudo del gobernador,
hasta Trujillo mandóse
en urgente comisión.

Cortés, en tanto, embárcase en Trujillo,
encargando su empresa á Sandoval;
y activo y pesaroso,
lanzóse cabiloso
en las revueltas ondas de ese mar;
pero la brisa su rumor acalla,
y apenas se percibe leve estela....
mas ¡ay! muy luego estalla
terrible tempestad,
y con rasgada vela
pudo al fin la pequeña carabela,
en la bahía de Trujillo entrar.

Se empezó á reparar rápidamente
el bajel azotado,
para poder seguir;
mas otra vez lanzado
fué al puerto, y angustiado
no dudó ya Cortés; que estaba allí,
en tal *Roca Tarpeya,*
el fin de su epopeya,
y nublado ya su astro, ántes feliz!
Su salud vigorosa
comenzó prontamente á declinar,
como el hombre, que pierde hijos y esposa
ó sus comidadades,
y bienes todos en provecta edad.

El vigor de Cortés ya va menguando;
las heridas del cuerpo y las del alma,
cuando á la vez se sienten,
y *en negro insomnio* quítannos la calma,
no fingen vanas penas ni las mienten,
sino que mente y físico destruyen,
y á acelerar los días de amargura,
y de infernales penas contribuyen.

Los ojos de Cortés tristes y hundidos,
su rostro demacrado,
y sus débiles pasos, no seguidos,
y su mano ardorosa, revelaban,
que tenaz consunción y lenta fiebre
sus titánicos órganos minaban;
y sufrir parecía, palpitante,
contínua pesadilla;
y dícele, con eco vacilante,
su fiel paje Orteguilla:
«Señor, trabajos tantos,
como pasado habéis últimamente....
de esta larga campaña los quebrantos,
sin descansar la frente,
hoy os agobian.... más quizá mañana....
»¡Mañana!»—Cortés dijo tristemente;—
«¡Ay! Esperar es esperanza vana!
El trabajar, contento, nada importa...
la vida activa en la salud influye,
y el organismo su vigor reporta...
solo el trabajo intelectual destruye,
cuanto el trabajo material conforta!
¡Hay morales trabajos tan profundos,
hay, si, dolores que hunden nuestra planta,
cual nudo corredizo,
que llega á estrangular nuestra garganta!
Algunos seres hay tan desgraciados,
como Colón y Córdoba lo fueron,
á los cuales justicia solo se hizo,
después que en el olvido fallecieron....
tal vez yo así concluya mi existencia...
pero ya á mi alma altiva
plegue al cielo que vuelva su coraje....
y yo, para servir mi patria, viva!»

«¡Señor,—le dijo el paje,—
confiad en la Suprema omnipotencia!»
Y prudente salió de aquel paraje.

«Y cuando Dios no da... que dé paciencia,
y en mí presto se cumpla
su infalible sentencia!»
Y de este modo se espresó, teniendo
de su muy grave estado la conciencia.
Las frases en sus labios espiraron,
y pálido, angustioso,
de lágrimas sus ojos se llenaron,
y creyó, como pálida vislumbre,
ver cruzar esqueleto pavoroso.

Tal era de Cortés el decaimiento,
y amarga pesadumbre,
que su fin presintiendo muy cercano,
y siguiendo de entonces la costumbre,
de envolver en un hábito al cristiano,
hízose preparar *una mortaja*
de humilde franciscano. 364

Como golpe estruendoso
nos despierta de ensueño aterrador.
así de su atonía malhadada,
la imprevista llegada
de fray Diego al caudillo despertó.

Parece que el relato de fray Diego.
despertando su espíritu de fuego,
sacara de honda sima
al postrado Cortés:
como el *delirium tremmens*, le reanima
de la venganza el intimo placer;
y de Trujillo parte, con ahinco,
en Abril veinticinco
del año mil quinientos veintiseis. 365

Iba de Nueva España
las costas á tocar
la nave de Cortés,
cuando otro temporal,
de Cuba en las riberas
consíguele arrojar;
y allí, un poco tiempo,
Cortés permaneció,
en la quietud buscando
antídoto al dolor;
y con cuidado asíduo,
algo de su salud recuperó,
aunque solo el remedio hallar podía,
lográndose vengar de la traición.

Y Cortés para Méjico
embarcóse otra vez,
y al cabo de *ocho dias*
pone en Ulua el pié,
y pasa á Madellín,
do empiézase á correr:
—que en Nueva España se halla
el ínclito Cortés;—
que ya todos creían,
jamás volver á ver;
y á vitorearle salen
los pueblos otra vez.

XCVI

1526 y 1527

En San Juan de Ulúa apenas
puso el capitán los piés,
cuando en alas de los vientos
corrió la voz por quiera:
—que de Ulúa en la ribera
encontrábase Cortés.—

Indigenos y cristianos
á saludarle corrieron,
batiendo todos sus manos;
mas pocos le conocieron
tal su físico cambió:
los disgustos y los males
habían desfigurada
el semblante democrado
del gran caudillo español.

Y los que miran su arribo,
y antes creyéronle muerto,
siguiéndole desde el puerto
le aplauden al verle vivo;
y en pos lleva el géneral
el gentio y la alegría;
pues con razón cree la gente,
que es quien puede solamente
el extinguir la anarquía,
que va irgiéndose fatal.

Y do quiera su marcha proseguia,
en los campos y aldeas,
de popularidad y simpatía
ofrendas y señales
de respeto y cariño recibía;
y los arcos triunfales
de telas y de flores adornados,
en pueblos y ciudades se ostentaban,
en donde el capitan y sus amigos
entre agasajo y fiestas se hospedaban;
y de Méjico salen
municipalidad, músicas, pueblo,
y cuanto hombres por su nombre valen:
y Cortés, con el pueblo jubiloso,
al templo se encaminan,
gracias á dar al Todopoderoso;
y retirase luego á su morada,
donde es por sus amigos atendida
su salud quebrantada,
y otra vez *va volviéndole la vida*.

A todos los traidores
mandó Cortés formarles un sumario;
mas de un modo tan vago y sedentario,
como si fuera *cosa inoportuna*;
y así un su historiador, muy bien arguye:
—que tal rara apatía, por fortuna,
no arroja en su carácter mancha alguna,
pues solo se atribuye
á no querer vengar la ofensa propia
en génte, repecto á él, en tal momento,
en estado de inopia;—
pues fuerte y generoso,
al mirarse otra vez enaltecido,
presume indecoroso
vengarse en un traidor, *ya confundido*.

Fué *á mediados de Julio
del año mil quinientos veintiseis*,
cuando en la capital entró Cortés;
y de Madrid un juez de residencia,
jóven, hidalgo, y de gentil presencia
llega *días después*.

Era este buen letrado
el doctor don Luis Ponce de León,
á quien la corte había encomendado
este importante asunto y delicado,
por su capacidad y discreción.

Glorias, leyes, conquistas, monumentos,
ideas y principios, que entre afanes
los hombres beneméritos construyen,
envidiosos tiranos los destruyen,
ó pasan á poder de sus rufianes;
y así como jamás faltan serviles,
que adulen, engañando á los tiranos,
también de Hernán Cortés los enemigos,
cobardes y villanos,
en la corte siguieron sus calumnias;
y como recelosos
están siempre los reyes
de aquellos que sus leyes
y poder representan,
de los aduladores creen y escuchan
los chismes y mentiras que les cuentan,
sin inquirir lo cierto;
y así el emperador otra vez vuelve,
—aunque el sabio consejo y afamado
antes le hubo inocente declarado,—
de Cortés á dudar; y al fin resuelve
mandar un juez letrado,
el que apenas llegó á San Juan Ulúa,
cuando vióse asediado
por esos de Cortés falsos amigos,
previniéndole:—que era un insidioso,
de su mala conducta ellos testigos,
y que de él desconfiase, cauteloso.—

Cortés fué suspendido,
y los municipales, con el pueblo,
al magistrado á recibir salieron;
pero muy pronto conoció el letrado,
que todos al principio le mintieron;
que eran los más, ingratos y ambiciosos
con quien les hubo de favor colmado;
y á tratar comenzó cual merecía
al insigne Cortés, cuando la muerte
de súbito le hería. 366

Pero antes de morir el buen letrado,
confirió sus poderes
á Marcos de Aguilar, el licenciado,
que era su secretario y compañero,
y que tambien murió *á los pocos dias*;
y como Alonso Estrada, el tesorero,
ganóse de Aguilar las simpatías,
desde antes, con regalos y dinero,
—lo que en los diarios actos nos demuestra,
cuanto el propio interés en todo influye,—
en *articulo mortis* los poderes
á Estrada sustituye;
y solo el trasmitirle este alto puesto
á los tales regalos se atribuye. 367

A ejercer el gobierno de este modo
entró otra vez Estrada;
pero halló la opinión del pueblo todo
contra su estéril mando rebelada;

y las autoridades
de Méjico en el acto le pidieron,
y las demás ciudades:
—que con Cortés el mando dividiera:—
mas él, resueltamente,
negose á que ninguno interviniera,
ni menos que Cortés en el gobierno
su muy pobre figura oscureciera,
y á su amigo Albornoz manda á Castilla,
contra Cortés haciendo delaciones
de crímenes supuestos,
que *solo eran maldades y traiciones*;
y pidiendo al monarca
le fuese confirmado
el cargo conferido
á Ponce de Leon, el buen letrado.

Pero si del monarca Carlos quinto
esclarecido el nombre se sostuvo,
de tirano el instinto,
como todo monarca, tambien tuvo;
y pobre y envidioso,
no solo el proceder de Estrada aprueba
contra el caudillo insigne,
si que otra vez su ingratitud le lleva
á nombrar á don Pedro de la Cueva,
comendador de Alcántara,
para que á Hernán Cortes residenciase;
—y si culpable le encontrara en algo,
cual traidor la cabeza le cortase. 368

Pero por suerte, no del gran caudillo,
sino de Carlos y la hispana historia,
no pude, por los hechos posteriores,
esta órden cumplirse, vejatoria;
pues el duque de Béjar, nuevamente
libró á Cortés de tau fatal sentencia,
con pretesto de á Méjico mandarse
una Real audiencia,
y la Cueva quedó sin embarcarse.

Quedando por la corte confirmado
de Estrada el nombramiento,
de momento en momento
vióselе aparecer más infatuado:
por un leve delito,
una mano ordenó cortar á un criado
del noble Sandoval: de esta violencia
reclamando Cortes, mándale Estrada,
en el colmo brutal de su insolencia:
—de la ciudad que salga prontamente;—
y con decir conténtase el caudillo:
«¡Vive Dios! Ya presume el insolente,
que todo lo atropella,
que los que hemos la sangre derramado,
por haber esta Anáhuac conquistado,
ya no debemos habitar en ella!»

Y todos los soldados y oficiales
reclaman de su jefe,
con la ira feroz de los chacales:
—el que atropella la mansión de Estrada,
y al fátuo advenedizo
de un soplido confunda entre la nada;
pero Cortés, meditabundo y serio,
aún cuando podría
proclamarse monarca de ese imperio,
no traidor á su patria ser quería:
sufre, con dignidad aquella afrenta
de un hombre miserable,
y á Coyuácan se ausenta.

Cuando mandó el monarca á Nueva España
á Ponce de Leon, al mismo tiempo
queriendo aparecer grato y humano,
á Cortés escribió *de propia mano*,
diciéndole:—que enviaba
para tal comisión á buen sujeto,
no porque de sus actos desconfiase,
sino con el objeto,
de que antiguas calumnias disipase,
porque quería que su nombre ilustre
á la historia pasase
tan claro y limpio cual la luz del día.—
Y presumió el monarca
del golpe así encubrir la alevosía.

De tal modo la corte
hallábase engañada
por los amigos y emisarios viles,
que hacia ir Estrada,
que presumiendo, que Cortés se alzase
con aquellas colonias,
y su quinto al monarca le usurpase,
la órden general dióse á los puertos;
—que fuesen los objetos secuestrados
á la familia de Cortés mandados,
si en ellos se creía
que algo se remitiera
de todo lo que al rey correspondía.—

Como también la corte
por seguros informes conocía,
que era Alonso de Estrada inadecuado,
por no decir indigno,
de tal puesto ocupar, tan delicado,
á la Real audiencia se confiaba:
—que tal cargo asumiera

y á Cortés encausase,
y bien seguro á España remitiera;
y temiendo la corte
que Cortés de esta cáusa se evadiera,
á la audiencia previno:
—que el monarca una cédula enviaría,
manifestando, que á Costés quería
hacer consultas sobre Nueva España,
y mostrarle la cédula debía,
para que al fin á España regresase.

Mas no era, no, preciso,
que tanto el soberano maquinase;
pues como á Cortés nada
la conciencia le arguye,
y encuéntrase inocente,
esclarecer los hechos no rehuye,
sino que va á pedírselo prontamente.
Asi es que al concluir *su quinta carta*
y su relato á Honduras,
y lo agreste y salvaje
de aquel rico y nuevísimo paisaje,
le agrega:—que á su patria
al fin va á hacer el anhelado viaje,
para pedir *justicia retardada*,
ostentando á su patria sus servicios,
sin reclamarla nada,
por sus muchos valiosos sacrificios.

Tarde comprende Estrada
que el viaje de Cortes será su ruína.
y en ello meditando,
de su altanera vanidad declina,
y le propone:—*la mitad del mando*,—
quien oyendo al enviado le contesta,
lo que el villano Estrada merecía.

Llega Cortés de Veracruz al puerto,
donde con pena supo,
que don Martin, su padre, había muerto,
cuando después de prolongada ausencia,
estrecharle en sus brazos esperaba.

Numeroso cortejo
en su viaje á Cortés acompañaba:
su amigo Sandoval, Andrés de Tapia,
otros muchos hidalgos y oficiales,
de Motezuma un hijo y otros indios;
y llevaba muy ricos minerales,
varidas plantas de preciosas flores,
raras aves de fúljido plumaje,
primorosos tejidos de algodones,
y *una maravillosa compañía*
de juglares, danzantes y bufones,
que uno sus chistes de encomiar se escapa,
con decir:—que un regalo
se le juzgó dignísimo del papa. 369

De alhajas, de esmeraldas y de oro,
Cortes tambien llevaba
rarísimo tesoro. 370

Ya estaban todos en el puerto listos,
y *dos veleros buques* se ostentaban
para el viaje, galanos y provistos:
embárcanse contentos,
y brisas, como blandas melodías,
las velas desplegaban;
y siempre con propicios, suaves vientos,
en cuarenta y un dias
en el puerto de Palos se encontraban. 371

XCVII

1527 á 1529

Unos *treinta y cuatro años* hacía
que de América el gran descubridor,
entrado á Palos en la *Niña* había,
después de *su primera expedición*,
cuando desembarcaba
de Anáhua el inmortal conquistador,
en ofrenda trayendo á su monarca
el dominio de un reino encantador,
que al orbe aparecía,
con *más de cinco veces* de extensión
del que en la *antigua Iberia* poseía
el nuevo emperador.

Desde la humilde Rábida,
desde *ese augusto, célebre recinto*,
do se llegaron junto al mar á ver,
los grandes héroes, que la España tuvo
el siglo dieziseis;

desde allí á su monarca Carlos quinto
escribe su llegada Hernán Cortés.

Y halla allí casualmente
á *Francisco Pizarro*, su pariente,
quien á la corte va en solicitud
de celebrar tratados,
para él, con Almagro concertados,
emprender la conquista del Perú,
y hasta el polo seguir, si se podía,
el ignoto hasta entonces mar del Sud.

Pizarro, pues, soñaba,
que un vasto reino al Sud conquistaría,
con vénia de la corte,
cuando Cortés entraba
ya á entregarle otro, conquistado al Norte,
por su fé, génio y la divina Cruz;
mas ya el conquistador y el pretendiente
iban á abrir el mismo picaporte
de la mansión de su amo omnipotente,
con iguales temores é inquietud.

En Palos encontrábase hospedado,
en modesta posada,
el digno caballero Sandoval;
y su salud, bastante quebrantada,
no pudo reaccionar;
y tranquiló murió, rápidamente,
en brazos de su viejo capitan,
después de confesarse, penitente,
su hora postrer llegar.

A este hidalgo guerrero, tan galano,
á quien Cortés quería
como á hijo y hermano,
ven con pena á la tumba descender
su jefe y compañeros,
y los marinos de Moguer también!

Nacido en Medellin, de noble cuna
fué Sandoval, y de Cortés paisano,
y húbose hallado en *más de cien combates,*
en el florido suelo mejicano:
fué su semblante franco y rostro hermoso,
y ornaban su cabeza finos rizos
de castaño y tupido pelo undoso:
alto, fino, gentil, nervudo y fuerte,
salia en los combates siempre ileso,
al desafiar la muerte,
con duro brazo y varonil braveza;
y franco, caballero y generoso,
de su alma la grandeza,
á la gloria y riqueza
ante los nobles hechos posponía:
enérjico en sus actos se mostraba,
de justiciero proceder correcto,
y siempre fué la lealtad su guía;
pero accesible y de indulgente aspecto,
de todos se atraía
el respeto y afecto:
á la guerra el aliado le seguía,
y de Cortés *fué el jefe predilecto.*

Cuando los bellos *treinta años* cumplía,
así á su patria Sandoval volvía,
coronado de gloria
en la *América virgen*, por la suerte!...
mas cuan presto esa suerte fué irrisoria!
Quien así entra en su patria, tan querida,
en ella, el que fué un roble, queda inerte.
¡Misterios de la muerte,
tristes ejemplos de la frájil vida!
Es la letal y traicionera ola,
que virtud, glorias ni beldad respeta,
y envidiosa, á su paso, todo inmola!

¿No la muerte será el último premio,
la ofrenda más querida,
que conceda á los buenos el destino,
cuando otorga el destino larga vida
al infame, al tirano y asesino?

Los buenos franciscanos de la Rábida
por Sandoval celebran funerales,
que Cortés encabeza,
entre sus compañeros y oficiales,
indios y el vecindario;
y saliendo despues del monasterio,
á los restos mortales
acompañando van al cementerio,
de naranjos y pinos rodeado,
donde al decir:—¡Adios!—á los despojos,
del heroe venerado,
de todos ¡ay! anúblanse los ojos!

Y dejando la Rábida, á la corte
Cortés se dirigía
con su séquito fiel, con parsimonia;
pero aún en la misma Andalucía
le da hospedaje en su castillo el duque
de Medina Sidonia,
poderoso señor de aquellas tierras,
entre grandes vasallos,
quien regala á Cortés, como un recuerdo,
varios preciados *árabes caballos.*

Y el capitán diríjese, exprofeso,
de Guadalupe al célebre santuario,
donde manda decir, se queda y oye

un regio y bien pagado *novenario*
por el alma bendita del difunto
Sandoval, memorable!

En *esos nueve días*,
hizo amistad Cortés, en ese punto,
con las categorias,
familias de importancia, y la notable
del buen comendador de Leon, donde
por su esposa estimable
y cuñada romántica y amable,
fué muy bien obsequiado y recibido:
y las dos le pedían,
que refiriese las extrañas cosas
de esas nuevas regiones prodigiosas;
y embelesadas á Cortés oían
sus batallas, peligros y aventuras,
desde que entra en las playas méjicanas,
hasta su viaje tan penoso á Honduras:
la ingenuidad y el brillo,
y la elocuencia, la verdad y el arte,
con que refiere los tan magnos hechos,
analiza y departe,
á las damas conmueven é interesan;
y á la bella cuñada,
cual si escuchara májica balada,
como dardos el pecho la atraviesan:
queda la bella niña impresionada
del guerrero y su atenta gentileza;
y también él del entusiasmo y gracia
de tan dulce belleza.

Y ambos al separarse,
despues de aquellos agradables días,
si novios no quedaron,
sintieron *muy profundas simpatias*,
y uno y otro *con pena se alejaron.*

Y el buen comendador, como su esposa
doña María Antonia de Mendoza,
esa atracción el realizar pensaron;
y en breve, á instancias de la bella jóven,
á la corte marcharon.

En cuanto supo el monarca
la llegada de Cortés,
á las ciudades y villas
del tránsito hizo saber:
—que hiciéranle los honores
de quien hízose acreedor
á recibirlos de España,
como un gran conquistador. 372

Solo remedo,
desde Moguer
hasta Toledo
tal viaje fué,
del memorable
que hizo Colon,
la vez primera
que regresó,
con gran séquito yendo á Barcelona,
á poner á los piés de la corona,
el mundo, que á los mares arrancó.

Ya cerca de Toledo,
salen á recibir al capitán,
del gentio delante,
el conde de Nasao, el Almirante,
y los condes de Béjar y Aguilar;
y en hermosos caballos,
la gente principal tambien en pos,
hasta el alojamiento,
que preparar mandó el emperador.

Y aquella de su patria
sincera y general demostración,
al ir del soberano
al palacio á besar la regia mano,
aclamado de gran conquistador,
quizá fué para él tan placentera,
como la vez primera,
que en la gran capital de Anáhuac entró.
Cuando miró el egregio soberano
tan humildes y de hinojos á sus plantas,
para besar su mano,
á aquel bravo guerrero,
tan apuesto, gentil y caballero,
y tan fino cual pulcro cortesano,
hízole levantar amablemente,
y le habla y le contempla complacido;
y el guerrero famoso
un momento quedóse confundido,
ante el notable porte magestuoso
del terrible monarca de Castilla,
cuyo bello semblante
se hiergue, espacia y brilla,
como si fuera un astro rutilante.

Y en sus diarias audiencias
seguíale el monarca recibiendo;
le oia, consultaba y se imponía
de las reformas, que ordenar debía;
y fué en su perspicacia conociendo,
cuanto ese insigne capitán valía,
la gloria de Castilla enalteciendo.

Y anhelando el monarca demostrarle
tambien su aprecio y cuan grato le estaba,

muchas veces que en público
y en audiencia real se presentaba,
á Cortés *á su lado se veia.*
Y ya sus enemigos,
libre el campo en la lucha le dejaron,
por no de sus victorias ser testigos.

Y una vez que Cortés *estuvo en cama*,
aconteció *el suceso extraordinario*
de que fuera el monarca á visitarle,
llevando en compañía un secretario:
y al ser sus anteriores enemigos,
ya de este y otros hechos
envidiosos testigos,
entonces le adularon,
y de todas maneras procuraron
hacerse sus amigos. 373

Así vióse en palacio, que de ese hombre,
por su genio, grandeza y sacrificios,
era el primero *su famoso nombre*,
entre todos los grandes,
y el primero también *por sus servicios*.

Y ese héroe tan famoso, sin apoyo,
ni título ninguno de nobleza,
mas que su genio, su ambición, su espada,
ascendiendo al espacio,
vióse elevado á la mayor grandeza
de la orgullosa corte de Castilla,
y aún en el palacio,
su fama, como el sol, deslumbra y brilla,
y entre nobles magnates se destaca;
y en prueba de todo esto el soberano
le hace *marqués del valle de Oajaca*; 374
y en Méjico y Oajaca le concede
valiosas posesiones,
declarando en la cédula el monarca:
—que tales concesiones
merece el agraciado
por los grandiosos hechos
en Méjico, *inmortales*,
en pro de la corona de Castilla,
y de la fé y el culto del cristiano:
y en recompensa de servicios tales,
hacerlos debe todo soberano,
no solo cual justicia obligatoria,
sino que esas tan célebres acciones,
por su grandeza extrañas,
al irse perpetuando en la memoría,
estimulan á otros sus hazañas.—375

Mas que el honroso título
y esas vastas y ricas posesiones,
que el rey le concedía,
halagan *tan honrosas expresiones*
al alma generosa del guerrero,
aunque *eso y mucho* más él merecía;
mas siempre agradecido y caballero,
años después lo mismo repetía. 376

XCVIII

1529 y 1530

Cuando entró Cortés á España,
salía de ella la Audiencia,
compuesta de *cuatro oidores*
y *un presidente*, quien era
el doctor Nuño Guzmán,
—persona honorable y recta,
pero *docil y flexible*
á las extrañas influencias;—
esto de él algunos dicen,
aunque gente más severa,
sin buscar tales disculpas,
hace esta otra referencia:
—que fué una administración
harto pésima y funesta. 377

Pero este alto tribunal
á Méjico apenas llega,
cuando mueren dos oidores,
sin que culparse se pueda
á Cortés *de aquellas muertes*,
por seguir de allá su ausencia,
é influenciado el presidente
por cierta gente avarienta
y de Cortés enemiga,
pónese él á la cabeza,
con mengua de su alto puesto,
y *una pesquisa secreta*
promueve de *motu propio*;
y confisca y atropella
del conquistador los bienes,
como también de quien muestra
serle adicto; y la anarquía

otra vez con mayor fuerza,
entre aquellos pocos blancos
á devorarles comienza,
hasta que más adelante
la corte, aunque tarde, impuesta
de esas tantas tropelías,
vuelve á mandar otra audiencia,
pues con Guzmán todo Méjico
convirtióse en una hoguera. 378

En palacio Cortés favorecido,
y la fama sus hechos extendiendo,
con el gran *macedon* rivalizando,
y con *Creso* en riquezas compitiendo,
y con *un exterior interesante*,
las bellas cortesanas le miraban
con sonriente semblante;
y un partido magnífico y brillante
jóvenes y jamonas le juzgaban. 379

Visitaba Cortés á la familia
del buen comendador,
y por su impresionable,
simpática cuñada inolvidable,
sentía tierno amor;
pero el duque de Béjar le propuso,
en prueba de amistad,
y sin saber de sus amores nada:
—á doña Juana Zúñiga, su ahijada,
bella hija del duque de Aguilar;—
y aunque amaba Cortés á la cuñada
del buen comendador,
por gratitud creía
que preferir la de Aguilar debía,
complaciendo á su noble protector. 380

Doña Juana de Zúñiga
era una bella joven atractiva,
de juicio, ingenio y viva,
como se vió después,
al hacerse querer en tierra extraña,
y bien administrar en Nueva España
los bienes, que al morir dejó Cortés.

Con sus doradas alas,
y en muelle lecho lúbrico de flores,
el rapaz, protector de los amores,
los pálidos azahares y las galas
cariñoso cobija,
que en ducales salones va á ostentar
en sus bodas, la hija
del conde Aguilar.

Y entre las numerosas
alhajas de valor y de brillantes,
veladas entre flores olorosas,
que á su ya esposa presentó Cortés,
iban *cinco esmeraldas*, tan valiosas,
que aún la emperatriz quedó ofendida,
que otra, con ellas, fuera preferida,
y miró con disgusto ya al marqués. 381

Cuanto más celebrada
fué en toda la ciudad aquella unión,
más herida é indignada
la ótra noble familia se quedó;
y gozando de mucho valimiento
el buen comendador,
hacer la guerra desde aquel momento
á Cortés en palacio decidió,
y díjole al monarca:
—que quien engaña pérfido y falaz
á una ilustre doncella de palacio,
tan solo por medrar,
debe ser de sus reyes
un ingrato vasallo y desleal.

Y del experto anciano tal aviso,
al monarca ya hizo
de Cortés para siempre desconfiar;
también la emperatriz, que nunca tuvo
simpatías por él,
mostróse indiferente y desdeñosa,
con el nuevo marqués.

El monarca poderoso
iba la España á dejar,
para ir á sus dominios
de Italia, que aguardan ya
sus arreglos y visita,
cuando el conde Aguilar,
su hija y el duque de Béjar,
como cosa natural,
le piden:—que al fiel guerrero
vuelva otra vez á acordar
el mando de Nueva España,
para proseguir allá
esa conquista famosa
por la parte más austral.

¿Pero habría Carlos quinto,
prevenido estando ó nó,
de conceder al guerrero
un mando tan superior,
en un tan inmenso imperio,
cuando hasta al mismo Colón,
por la gran razón de estado,
tal cosa se le negó,
aunque garantida estaba
por su capitulación?

En su época de conquistas,
solo quisieron tener
los monarcas españoles
un Pizarro y un Cortés,
un Valdivia y un Balboa,
y un *gran capitán* también.
no para que de su trono
fueran la gloria y sostén,
—porque glorias las tenían
sin enemigos temer,—
sino para que dominios
ofreciéranle á sus piés,
y mandar luego al gobierno
sumisos hombres al rey,
viejos pacatos, sin bríos,
que dijeran siempre: Amén.

Entonces, pues, Carlos quinto,
¿como habría de acceder
de un imperio el civil mando
en conferir á Cortés,
hombre, además, arrogante,
que aunque buen vasallo fiel,
era ambicioso de gloria....
y aún quizá.... de poder?

Este fué *el golpe primero*
que sufrió el conquistador,
bien dirigido y certero
del *viejo comendador*.

Mas si el gobierno civil
firme súpole negar,
el honroso concedióle
de capitán general
de toda la Nueva España
y las costas de la mar,
que se extienden hacia el Sud;
y dándola en propiedad
la duodécima de tierras,
que llegase á conquistar
por el Pacífico Océano,
de las cuales, además,
otorgábale el derecho....
de poderlas gobernar.

¡No hay duda, que aquellos reyes
mostráronse, en general,
con esos conquistadores
muy pródigos, en verdad,
dando duodécima parte....
esto es, *prometido dar,*
de todos aquellos reinos,
que pudiera cada cual
para los reyes de España,
con su sangre conquistar,
sin dar á ninguno de ellos,
para *incierta empresa tal,*
un buque, un hombre, ni ochavo....
promesas y nada mas!
¡Por cierto que aventuraba
la llamada Alteza real,
en promesas.... *no gran cosa,*
y menos.... *en realidad!*

A sus dominios de Italia
marchóse el emperador,
y el nuevo marqués del Valle
hasta el puerto le siguió:
volvióse luego á la corte,
mas como era hombre de acción,
y la vida palaciega
é indolente le cansó
regresar á Nueva España
juzgó que era lo mejor,
para así personalmente
encadenar la ambición
de la despótica audiencia,
que tanto mal le causó!

En la estación florida
de mil quinientos treinta,
de las nativas playas
Hernán Cortés se aleja,
con su elegante esposa,
nombrada la marquesa,
y con su anciana madre,
á quien Dios vida acuerda,
para que mire á su hijo
lleno de *gloria eterna,*
despues de años tan largos
y tan penosa ausencia.
¡Y cuanto de una madre
tal vanidad excelsa,
no solo es disculpable,
sino digna y suprema!

¡Con la paciencia
se gana el cielo....
y tambien gloria
en este suelo!

Notable servidumbre,
pajes, criados, doncellas
á los marqueses siguen
allá á remotas tierras,
llevando desde Europa
sus leyes, dogma y creencias,

su idioma y sus costumbres
á darles vida nueva,
y germinando en otras
de más libres ideas.

Dirigióse Cortés á la Española,
do *cerca de dos meses*
decidióse á esperar con impaciencia
el que llegase á entrar en Nueva España
la retardada audiencia;
y de ella presidente fué nombrado
el virtuoso prelado,
obispo á la sazón de aquella isla:
y el viaje continuando,
en Villa Rica entró *el quince de Julio*,
donde muchos le estaban esperando.

A la ciudad animosa
donde era siempre Cortés
para el senado y el pueblo
el *Malinche* de valer. . . .
á Tlascala, que en la guerra
fué su valuarte más fiel,
allí llega de su patria,
el arrogante marqués;
y el vecindario y senado,
con gusto vuélvenle á ver,
recordando que al azteca
vencer lograron con él.

Y antes de partir á Méjico,
hace en aquella ciudad
pregonar su nombramiento
de *Capital general*
de toda la Nueva España
y del *Pacífico mar*.

Pero apenas de Tlascala
á dejar la tierra va,
cuando al instante la audiencia
le manda notificar,
para que el viaje suspenda:
—que al marqués vedada está,
por mandato de la corte,
entrar en la capital,
ni *diez leguas* cerca de ella
el poderse avecindar.—

Mas fué preventiva esta órden
y de pura actualidad,
pues la imperatriz temiendo
que llegárase á efectuar
algún choque entre el marqués
y la vieja autoridad,
mandó á Méjico ese edicto,
como acto precaucional,
hasta que su ausente esposo
á todos pusiera en paz.
Y fué tanta precaución
de suma oportunidad,
pues la nueva todavía
no llegaba á funcionar.

Pero á pesar el marqués
de tan clara prohibición,
en la ciudad de Tezcuco
su residencia asentó;
y de ello en Méjico apenas
esparcióse tal rumor,
cuando á Tezcuco, de Méjico
fué entrando la población,
no solo con gusto á verle,
sino á acordarle el favor,
que seguíale negando
la vieja administración.

Y los indios, sobre todo,
recordando al gran señor,
que á unos llevó á la victoria
y á otros por siempre venció,
fueron el lago cruzando
de sus aréitos al son,
en sus piraguas lijeras;
y á tal número llegó
de la animada Tezcuco
la exótica población,
que bajo penas severas
al fin la audiencia mandó:
—que indígena alguno fuese
á ver al conquistador;—
porque quedábase Méjico
como un hombre barrigón,
á quien condenase un juez,
no á morir, cual malhechor,
en la horca ó fusilado,
sino de hambre y consunción.

XCIX

1530 hasta 1540

La nueva Audiencia de Méjico,
conociendo el gran prestigio
que el marqués allí tenía,
homenajes expresivos
de distinción y respeto
tributa al noble caudillo;
más no duró mucho tiempo
este respeto fingido,
porque *dos altos poderes*,
que están *en un punto mismo*,
de celosos y rivales,
conviértese en enemigos.

Con motivo de la entrega
del reparto de los indios,
que al marqués, como vasallos,
la corona hubo cedido,
entre él y la Audiencia hubieron
secas notas al principio,
después reclamos, disgustos,
duros reproches recíprocos,
guerra sorda, habladurías,
y todo lo consabido
en pueblos recien formados,
sin gran movimento y chicos,
hasta que ya más extensos,
se ve que cada vecino
se ocupe de asuntos propios,
y echa agenos al olvido.

Pero lo que más disgusta
y llega á Cortés al alma,
es saber, que la corona,
además que la vedara
en lo civil inmiscuirse,
da facultades más amplias,
que las que tuvo á la Audiencia,
pues otórgale la gracia,
entre otras más, de entender
en los asuntos y cáusas,
aunque fueran militares,
si ante ella alguno apelara.

El marqués, pues, indignado
de esa conducta tan falsa,
que la corona seguía,
á la vez que desconfiada,
dijo, ofendido, á la Audiencia
lo que no pudo al monarca,
y á la capital dejando,
retiróse á Cuernavaca,
que á la falda de la sierra
meridional se encontraba,
del extenso y fértil valle,
en su más florida entrada,
y uno era de sus dominios
de mayor belleza y fama;
y allí hizo un palacio, que era
su favorita morada. 382

De Cortés la actividad
no podía estar en calma,
así es que en aquella tregua,
que dió descanso á la espada,
hasta que á nuevas conquistas
con más ardor se lanzara,
se entregó, como un labriego,
á fomentar la labranza,
al procreo de animales
y á las minas de oro y plata,
para dejar á su prole
una renta, que alcanzara,
por su sólida riqueza,
á competir con su fama.

Importar hizo de Cuba
de azucar la mejor caña,
la embriagante vid y frutas
y legumbres, que de España
ya en esas islas habían;
carneros, cerdos y cabras,
aves de corral y bestias
de montar, de tiro y carga,
los que el afán y el cuidado
en pocos años propagan
por los campos y ciudades
de la toda antigua Anáhuac:
hizo molinos y establos,
lagares y anchas barracas,
y el europeo adelanto
dió á sus campos y labranza,
para que fueran modelo

de las *indígenas chacras*;
y en uno de sus dominios,
del lino y cáñamo avanza
el cultivo, y las moreras
como bosques se ostentaban;
de la región Tehuantépec
fácilmente el oro sacan,
y de la de Zacatecas
con abundancia la plata. 383

Imaginar á Cortés
en las faenas del campo,
es trazar tosco boceto,
es algo más... un sarcasmo;
y como á Hércules pintar
el fino algodón hilando,
para la reina de Lidia,
quien compróle como á esclavo.

Pero eso no era, no, vida,
ni para Cortés descanso:
el mar del Sud esperaba
al que venció al mejicano;
y si partir él no pudo,
en *dos* regulares barcos,
mandó á Juan de Avellaneda;
pero *un triste resultado*
tal empresa solo obtuvo,
pues los buques naufragaron,
ó en las costas perecieron
los aflijidos cristianos.

A armar volvió *otros dos* buques,
que en California tocaron;
pero se dice que el uno
hubo después naufragado;
y en *Nueva Galicia* el otro,
de Nuño Guzman á manos,
quien mandaba aquella costa,
cayó como buen bocado. 384

Al saber este desastre,
dejó sus sembrados campos,
y con muchos españoles
y también muchos esclavos,
y á *Chiametle* dirijiéndose,
pudo rescatar su barca
del anarquista Guzman; 385
y á *Tehuentepec* llegando,
después llamado *Acapulco*,
zarparon en otros varios,
que preparados tenía,
y á *Santa Cruz* arribaron,
do perlas hallar creyeron;
mas un temporal airado
á esa escuadrilla arrojó
á un gran río, que llamaron,
sin duda por ser tal día,
Río San Pedro y San Pablo. 386
Después de otros temporales,
los bajeles se juntaron
y descubrir consiguieron,
aunque ya en muy mal estado,
las costas de California;
pero gracias al buen ánimo
del valeroso caudillo,
en los mares inspirado,
como en tierra en los combates,
otra vez lograr entraron
al puerto de Santa Cruz,
donde el caudillo afamado
de aquellos aventureros,
que sus hogares dejaron
por seguirle entre los mares,
el valor y aliento santo,
que en el puerto *Santa Gloria*,
do fué su postrer naufrajio,
dió el Dios de los nuevos mares
á sus marinos postrados.

En tanto, que estos sucesos
en la costa Sud pasaban,
fué de Méjico la Audiencia
por otro poder cambiada.

El prestigio y sed de gloria
ó la ambición, que achacaba
la corona á Hernán Cortés,
la impulsó, en su desconfianza,
un gran poder á oponerle,
que sus miras refrenara:
y á don Antonio Mendoza,
de experiencia consumada,
y miembro de estirpe ilustre
en letras, la iglesia y armas,
nombró, con honrosos títulos,
virrey de la Nueva España.

Tres largos años hacía
que de su casa faltaba
el incansable marqués,
sin que de él supieran nada,
cuando el virrey llegó á Méjico;
y como siempre, sensata
la distinguida marquesa,
á felicitarle manda,
y á pedirle en tal momento:
—que acordárale la gracia
de enviar á la costa Sud,
á inquerir dónde se hallaba.—

Y el buen virrey, accesible
á esa tan justa demanda,
hace salir en seguida
á unos indios con su carta;
pero Cortés, que volvía,
desencuéntranse en su marcha,
habiendo dejado al frente
de su ya pequeña armada,
á don Francisco de Ulloa,
quien digno de aquella causa,
la expedición seguir quiso;
y haciendo escursiones varias
por la costa, en una de ellas
aconteció la desgracia,
que sus propios marineros
arrojáranle á las aguas,
por verse libre de un hombre
á quien nada le arredraba. 387

Tales, por entonces, fueron
las marítimas empresas,
que acometió el gran caudillo;
y no fué solo la pérdida
de tres años de trabajos,
sino la empleada riqueza
en preparar tantos buques
y pagar todas sus deudas,
hasta el extremo, que tuvo
las joyas de la marquesa,
que ir á los usureros
entregándolas en prenda! 388

Pero si esas escursiones
solo le dieron gran pérdida,
bajo económico aspecto
dejaron trazadas sendas
á expediciones futuras;
porque desde las riberas
del puerto de *Panamá*
siguiéronse las empresas
hasta el *Rio Colorado*,
y aquellos ancones, que eran
el golfo de California,
y al cual, del jefe en ofrenda,
llamaron *Mar de Cortés;*
y todas estas proezas,
glorias al mejor darían,
si otras antes no tuviera
más brillantes y famosas
el gran héroe en su carrera.

Persistente y empeñoso,
á armar *cinco carabelas*
disponíase el marqués,
á pesar de tantas pérdidas,
y tan seguidos contrastes,
para hacer de ellas entrega
á Luis, su hijo natural,
quien seguiría esa empresa;
pero el virrey desconoce,
con maliciosa torpeza,
los derechos que le asisten;
porque *El Dorado* se encuentra,
según *un fraile le ha dicho*,
por esas ignotas tierras,
y ya *para él*, Mendoza,
mandarlas poblar intenta.

Y con tal motivo, entrambos
mediaron agrias respuestas,
disputas, que insultos fueron,
y elevó el marqués en queja
hasta el Consejo y la corte; 389
pero como esas querellas
en la corte *iban despacio*,
y quejarse de la Audiencia,
también por despojos quiere,
y por la falta de entrega
del número de vasallos,
se decide, aunque con pena,
á dejar su nueva patria:
queda en ella la marquesa
de sus dominios al frente;
y á don Martín, su hijo lleva,
que *unos ocho años* tenía,
á que conozca la tierra
de sus padres; y se embarca
en mil quinientos cuarenta.

C

1540 hasta 1547

No ya con buena suerte
el marqués á su patria regresaba,
pues la corte de duelo por la muerte
de su discreta emperatriz se hallaba: 390
y después de *diez años*,
que de esa corte ausente se encontraba,

le aguardaron terribles desengaños;
ya en palacio encontró todo cambiado
y á pocos conocía,
y otros . . . . del todo, habíanle olvidado !

Como el emperador estaba ausente,
al Consejo de Indias va en persona
á rogar se despache su expediente,
ya que no piensa en ello la corona;
y todos con muy grande *cumplo y miento*,
entre los magistrados
le dan honroso asiento;
y aun sale hasta la puerta el presidente,
con toda cortesía,
á despedir al noble pretendiente;
mas *un año pasóse* . . . . otro corría,
y empolvado quedaba el expediente.

Teniendo Carlos quinto ya resuelto
de Argel apoderarse,
y á la Puerta Otomana desafiando,
en el Mediterráneo al engolfarse,
para en Europa continuar lidiando,
en sus puertos de Italia ya tenía
una terrible armada,
para en ella embarcarse,
y otra en los de España se veía,
numerosa tambien y celebrada,
porque á ella corría
el clero, y la grandeza entusiasmada;
y Cortés, que la sangre hubo vertido
por servir á su patria idolatrada,
cuando en otro hemisferio hallóse ausente,
ora en ella, soldado distinguido,
íbasela á ofrecer, tambien presente.

Ya el papa, estando en Luca,
echa al emperador sus bendiciones;
y el experto marino Andrea Doria,
de célebre memoria,
va á llevarle á las islas Baleares;
pero *sus predicciones*,
antes de allá llegar se realizaron;
pues con su rota enseña,
entre vientos á Córcega llegaron,
prosiguiendo después hasta Cerdeña.

Y trabajos idénticos sufrieron
los buques españoles,
con vendavales hórridos luchando;
y Cortés, en sus hombrós salva á su hijo,
hasta tierra nadando. 391

Pero seguir prolijo
narrando esta marítima jornada,
no nos conduce á nada,
pues solo á la de España pertenece:
mas los últimos hechos
en Argel sucedidos refiramos,
porque *uno hay*, que á nuestro héroe favorece.

Los cristianos, rehechos,
en tierra ya triunfando proseguían;
pero copiosas lluvias y huracanes,
cual ráudos torbellinos
y erupción de volcanes,
á todos entre el lodo les hundían:
volar hacen las tiendas,
la pólvora perderse y municiones;
se acaban las raciones
y vienen á la vez, cual granizadas,
las moriscas legiones;
y siguen sin cesar los vendavales,
hasta que Carlos quinto
dijo á sus aliados y oficiales,
en aquellos momentos:
—vine á tener á moros de enemigos,
mas no á tan furibundos elementos.—

La mayoría estuvo
por dejar en su campo al adversario,
y con sino volver más lisonjero,
aunque uno que otro opuso lo contrario,
y Hernán Cortés, entre ellos, *el primero.* 392

Y encontrándose ya Cortés de vuelta
de la fatal expedición al Africa,
reclama diligente
del poderoso emperador justicia,
quien sus quejas escucha indiferente,
con el hastío y frío miramiento,
de quien la falta de equidad demuestra,
ó de convencimiento.

Pero *once años* habían ya pasado,
y hasta el monarca mismo
habíase olvidado
de los servicios y la faz de ese hombre,
que no en la corte ya, *cual vez primera*,
deslumbraba su nombre.

Fué una reproducción de las escenas,
en que oyendo el católico Fernando
pedir lo suyo y expresar sus penas
al postrado Almirante,
al tiempo fué dejando,
que su plan realizase en adelante.

Ya las minas de plata y esmeraldas
del vasto Anáhuac, ¿que eran ni valían,

ante el oro y las perlas,
que *por barcadas* del Perú venían?

Ya ante esas del Perú tantas riquezas,
pálidas las de Anáhuac parecían;
pero fueron *los dos conquistadores*
iguales en proezas,
aunque *en todo Cortés más caballero.*

Agobiado por penas y dolores
este insigne guerrero,
y ya asfisciada su existencia y harta
del de palacio ponzoñoso ambiente,
al monarca escribió *su última carta,*
humilde, altiva, tímida y valiente. 393

Mas pásanse *los dias y los meses,*
y quédase esta carta *sin respuesta;*
y habiendo él apurado
la ingratitud real hasta las heces,
ni á escribirle ya vuelve, ni protesta
de tan cruel, ultrajante indiferencia.

Solo ya la esperanza
de tal injuria hallar pronta venganza,
conserva su existencia:
solo le falta *á su valor y orgullo,*
en medio de su mísera impotencia,
desafiar con su aullo
al monarca más grande de la Europa,
como al que á otro, provocando, pega
un codazo ó le tira de la ropa.

Al salir de palacio el gran monarca,
ve abrirse paso á un hombre,
que súbese al estribo apresurado,
y los ojos le clava con fijeza.
«¿Quién eres? ¿Dí tu nombre?»
Dice el emperador, con entereza,
mirándole también de hito en hito,
por aquella osadía,
que rayaba en delito.

Y él replica: «*¡Yo soy quien os ha dado*
más provincias, que pueblos y ciudades
habeis de vuestros padres heredado!»
Bájase del estribo . . .
al trote sigue el majestuoso coche,
y el pueblo todo quédase asombrado. 394

¡Entonces *fué tan grande,*
como cuando pisaba las montañas,
con que une á ambas Américas el Ande!

Del gran emperador de las Españas
en la corte quedóse, *desafiando*
el poder tan temido;
pero éste, harto discreto, y respetando
su nombre esclarecido,
disimuló la merecida ofensa,
y quísole tener entretenido,
como á presa avecilla;
pero él, harto irritado é impaciente,
se fué para Sevilla,
do vió cercano su postrer momento;
y como buen cristiano,
otorgó *su acertado testamento.* 395

Y como por su estado, cada día,
mas las visitas á Cortés cansaban,
pues á todas cortés las recibía,
y para ello las fuerzas le faltaban,
fuéle prohibido tan molesto trato;
parte de Castilleja de la Cuesta
á un pueblito inmediato,
seguido de Martín, su hijo querido,
quien cuidaba anheloso
los últimos momentos
de ese padre tan digno y tan glorioso,
quien su fin ya mirando,
confiésase y *comulga;* y moribundo
sin que el vital aliento le sujete;
de setenta y tres años,
Diciembre dos espira,
de mil quinientos cuarenta y siete.

A la bella Sevilla, entristecidos,
de Castilleja y todos los cercanos
á celebrar las honras acudieron
los señores y aldeanos;
y el gentio y los nobles sevillanos
al féretro siguieron,
al cual en el sepulcro de los duques
de Medina Sidonia,
llorosos depusieron,
adornando el cajón dorada placa. 396

Estinguióse la línea masculina
del marqués de Oajaca
en el cuarto heredero;
y el título y valiosas posesiones,
que en Nueva España obtuvo el gran guerrero,
á una dama pasaron, que casóse
con un ilustre hidalgo, descendiente
de la casa solar de Terranova,
y del gran capitán también pariente;
y por enlace posterior pasaron
á la ducal familia y extranjera
de los Monte Leone,
y luego en otras ramas se entroncaron. 397

Pasó el conquistador en esos tiempos
por un instruido y docto caballero,
pues *bachiller* se dijo que fué en leyes,
con algo de *poeta y romancero;*
y entonado retórico, elocuente,
con sus bellas arengas militares
entusiasmaba á su incansable gente,
la que por tierra y mares,
como imán atrayente,
por sus huellas, confiada proseguía,
y sus riesgosos planes apoyaba,
y triunfante salir con él creía,
y con gusto su sangre derramaba;
y por lo cual, él grato, distinguía
á los buenos soldados y oficiales,
que desde Cuba á Anáhuac le siguieron,
decididos, valientes y leales...
y famosos por él también se hicieron!

Devoto y fiel cristiano,
era caritativo y limosnero,
dando el socorro con oculta mano,
y fué en todos sus actos caballero: 398
jentil, fino y apuesto,
jamás en su exterior fué vanidoso,
sinó en vestir modesto. 399

Dice el viejo cronista su soldado:
«Al marqués, ante todo, le halagaba
el ser Cortés llamado;
porque es en nuestros días
de tanta gloria y de tan dulce halago
el nombre de Cortés, como lo fueron
César en Roma, *Anibal* en Cartago.» 400





EPÍLOGO

13—Y oí una voz del Cielo, que me decía: Esc ribe: Bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor. Desde hoy mas, dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque las obras de ellos los siguen.

CAP. XIV.—*El apocalipsis del apóstol San Juan.*

¡Sic transit gloria mundi! Ha dicho el sabio.
¡Así pasan las glorias de este mundo!
¡Solo en la historia *quedan sus recuerdos....*
y un puñado de polvo *en una huesa!!!*

Entonces, pues, ¿por qué tantos afanes
los *grandes genios* en el mundo tienen?
¿Esos *seis piés* de tierra ha de faltarles,
que el Orbe entero acuerda, hasta los restos
de *tiranos, idiotas* y *mendigos*?

¡Nó! No es en ellos la ambición de honores,
riquezas, glorias, triunfos ni placeres,
lo que agita á su sér y anhela su alma:
es la *inmortalidad....* es un destello,
en su mundano ser inoculado....
del genio de los genios, quien los guía
en sus *magnas empresas* en el Orbe,
do vienen á cumplir *misión sublime,*
cual áuras, impregnadas de perfumes,
al salir de los bosques y pensiles,
la vida y el placer van esparciendo
por estensas ciudades, populosas.

Confucio, Galileo y Alejandro,
Colón, Cortés, Pizarro y Vasco Nuñez,
el Dante, Safo, Píndaro y Homero,
Isabel, Rafaél, Murillo y Washington,
Napoleón y San Martín, Bolívar,
Edison, Gutemberg, Moisés y César,
Copérnico, Demóstenes y Franklin,
Lope de Vega, Sócrates, Licurgo,
y la Ristori, en el teatro asombro,
y otra del génio pléyada escojida,
son las chispas de Dios sobre la tierra,
que hasta la altura sideral se encumbran,
y atalayas, que guían á los pueblos....
pirámides y *honor* de sus naciones!

¡Pero ay! ¡Sarcasmo horrible de la vida!
¡De esos divinos gënios, colosales,
solo en la historia *quedan sus recuerdos....*
y un puñado de polvo.... en una huesa!!!

Mas Dios, *en esto, como en todo, es justo....*
Morir *es descansar*; romper el yugo,
que á nuestra alma aprisiona en este suelo,
y á la mansión subir *de eternas dichas.*

¡Oh! Y cuan pocos de los grandes hombres
el digno premio por sus magnos hechos
en el mundo reciben! ¡Como amarga
su vida, de contínuos sacrificios,
la venenosa envidia de los viles,
cuanto más por los méritos su nombre,
como el sol al salir, se encumbra y brilla!
Mas esto, *no á los fuertes acobarda,*
si vienen á cumplir *misión sublime!*

Marciales bardos, de estro magestuoso,
—de las fértiles márgenes de *El Plata,*
Uruguay, Bio-bio, Magdalena,
El San Juan, Marañón y *Pilcomayo,*
Río Norte, Amazonas y *Orinoco,*
y los valles y cumbres de los Andes,—

vuestras liras templad, y en sacros himnos,
con la radiosa frente coronada,
del mundo por los ámbitos resuenen
vuestros sublimes cantos, sonorosos,
el *Gran Descubrimiento* y *las Conquistas*
de los famosos héroes castellanos:
y así como de Homero, aún es la Iliada,
—después de *treinta siglos* transcurridos,—
de maestría y heroismo ejemplo,
así *en futuros siglos*, vuestros cantos,
de *otra magna epopeya, más grandiosa*,
asombro sean, que tambien los lauros
del gran cantor helénico os discienan,
vuestra estirpe y nación engrandeciendo!

Si *esos heróicos hechos* á vuestra alma
arrobada extasían y os conmueven;
si arde en vuestra frente el fuego sacro
y de *épica inspiración* sentis radiante,
de la lira pulsad las cuerdas de oro:
dulces notas perfumen sus sonidos,
que arpegios de los ángeles parezcan;
vibrantes ecos por do quíer resuenen,
y el ruiseñor y la calandria, absortos,
envidien vuestros cantos y los plagien,
y los pueblos repitan de memoria....
y preciosas beldades os coronen:
el Dios de la armonía y de los dioses,
que el eco escucha de los Orbes todos,
su grandeza ensalzando Omnipotente,
benigno os dé *justicia y patriotismo*
para loar á Colón, divino genio,
para cantar de España las conquistas,
de la *América, libre,* las grandezas,
de sus bellas mujeres los hechizos,
y *su gran porvenir*, maravilloso!!!

Yo,—*el primero tal vez*,—intentar quise,
—ya de mi vida en los postreros años,—
tales hechos cantar; mas no bastando
arrojo y osadía, en tal empresa,
para la historia referir en verso,
despeñado caeré.... *mas no vencido*
por *el desdén, silencio y el sarcasmo*,
con que trozar mi pluma pretendióse!

¡Bello Méjico! Edén de amor bendito
de arrogantes mujeres voluptuosas;
grata mansión de flores tropicales
y de ricos productos celebrados;
á tí *mis postrimeros, pobres versos*,
al concluir de ANÁHUAC LA CONQUISTA,
ledo consagro, al arrojar mi pluma!

. . . .

¡Adios mi lira, adios, que sin alientos
por decepciones, luchas é injusticias
no ya mi mano sostenerte puede!

¡Adios.... tú la que fuiste mi consuelo,
mi distracción y goce, y el refugio
de mis postreros años de existencia,
en los contrastes *que sufri impasible!*

¡Adios por siempre ya! Los ojos alzo
hacia esa eternidad desconocida,
implorando piedad del *Sér Supremo*,
á quien Orbes y Cielos de rodillas,
estáticos admiran y veneran:
al morir *se revive*, en Dios creyendo.....
aunque sean nuestra alma y Dios mentiras
y *muerto*, quien le niega, *en vida se halla!!!*

¡Ya mi oscura misión sobre la tierra,
con ánimo sereno, al fin cumplida,
débil gusano, como todos dejo;
y de mi lira *al último sonido*,
al más eximio ciudadano canto,
que la tierra de Anáhuac á orgullo tiene
de sus hijos contar, *como el primero!*

¡Heróico mejicano, ilustre *Juárez*,
hijo puro de Anáhuac,—que á tu patria
de extranjera coyunda libertaste,
de tres grandes imperios, complotados
para *robarle sus riquezas* todas,
y su forma política imponerle,
cuando toda su patria se rendía,
cuando toda tu patria *la aceptaba*;—
heróico mejicano, ilustre *Juárez*,
—que el patriotismo retemplar supiste
de tu ya casi dominada patria,
cual nuevo Dios, que se alza armipotente,
para vengarla y libertarla, *ungido*;—
esta de admiración, que te tributa
el humilde poeta Demaría,
—argentino del Río de la Plata,—
ofrenda baladí, benigno acepta,
allá en la angusta eternidad divina....
allá do moras, de fulgor ornado,
que de tí el Nuevo mundo se gloría!

Buenos Aires, Junio 30 de 1891.

FE DE ERRATAS

PÁG.	COL.	LÍNEA	DICE	LÉASE
14	2	5	de	don
14	2	9	Al	A
22	2	32	hi o	hizo
26	1	50	ma a	maya
26	2	13	que un	que á un
30	2	15	se estableció	estableció
34	1	20	cosas	casas
38	2	32	era	eran
41	1	4	pesará	pesara
41	2	36	en.	á
43	1	15	aquel os	aquellos
45	1	8	llegado	llegando
48	1	34	m	rn
52	1	11	v	b
55	1	38	tirano!	tirano!»
56	1	10	esperan:	esperan;—
56	1	48	calor	color
60	1	13	as	las
62	1	31	depotismo	despotismo
70	2	20	puto.	quedó
73	2	28	Tlascata	Tlascala
77	1	49	ui	ni
79	1	49	liberatos	literatos
79	2	16	vulor	valor
80	1	26	emperar	imperar
80	1	31	con	en
81	2	20	romendando	remedando
82	1	5	uno	una
82	1	21	esfe	este
83	1	29	de	de las
84	1	20	Corf s.	Cortés
84	2	34	de ar	dejar
85	2	19	si	se
85	2	51	ali dos	aliados
93	1	7	ese	á ese
99	1	38	enegico	enérgico
99	2	39	apre ciaciones.	apreciaciones
105	1	16	guerra	las guerras
105	2	11	hecterogénea	heterogénea
105	2	36	pérfidos.	pórfidos
105	2	45	y lo.	y á lo
106	2	47	recepciones	de recepciones
108	2	38	falte	falto
109	1	42	aquerridos	aguerridos
109	2	5	chululecas	Cholulecas
110	1	50	ese tan	ese
110	2	35	A a.	A la
111	2	17	encillaron	ensillaron
111	2	27	bazares	bagajes
113	2	43	boca calles.	boscas calles
113	2	21	bojos	ojos
116	1	8	cholultecas.	choluletas
116	2	4	exhiben	exhibir
119	1	17	pristina	prístina
120	1	8	egdénico	edénico.
120	1	23	veis.	veis ya
120	2	42	sabióle	salióle
121	1	40	estocones	estacones
121	2	43	llanes.	llanos
121	2	52	mueren	muera
123	1	27	arabescos.	arabescas
123	2	16	Tercuco	Tezcuco
125	1	22	ante.	antes
126	2	15	al	el
131	1	20	desaparecia	desparecía
131	1	21	de carrera	carrera
132	1	35	bahian	habian
134	2	17	base	ibase
135	1	37	chocola.	chocolata
135	2	27	nagueu.	naguen
136	1	10	porque	parque
136	2	21	encuentra	encuentran
136	1	43	creese	cree
138	1	38	cafees.	cafes
139	2	43	Buena	Buen
143	2	11	iniciarlos.	iniciarlas.
144			LXV	XLV
148	1	10	ques es.	que es
152	2	3	Fonatiun	Tonatiun
158		26	LXIX.	XLIX
160	2	17	ensando..	pensaudo
162		18	1519	1520
166	2	21	Tercuco	Tezcuco
170	2	25	Tinatuh	Tinatiuh
171	1	27	Sandas	sendas
175	1	37	esponián.	exponian
176	1	16	juega	juzga
176	1	26	tu	su
181	1		1519	1520
181	2	43	busque	busqué
182	1	19	brinda	brindan
182	?	34	plaza	plaga
184	1	19	Nue a	Nueva
185	2	11	y monstruoso	y el monstruoso
187	1	21	de	del
189	1	45	tocos	toscos
189	2	83	ordas	hordas
193	2	40	Maria	María,
195	2	15	abandonados.	abandonando
196	1	12	buida	huida
200	2	12	van	va
203	1	1	de.	del
207	2	3	habia	que habia
207	2	15	cou vistá.	con su vista
210	1	30	que se vayan cogiendo	que váyanse agarrando
211	1	18	En	A
214	1	39	eposa	época
216	1	34	pare.	para
223	2	39	evitar.	ocultar
223	2	40	que	pues
227	2	39	ellos.	ellos los
237	1	1	sacó	saca
238	1	46	diéndoles	diciéndoles
245	1	28	lauzasen	lanzasen
246	2	8	ulento	opulento
248	2	7	el	al
250	2	34	aplaupirlos.	aplaudirlos
257	2	1	el	al
258	1	32	arcæbuccros	arcabuces
261	2	31	cogieron	hirieron
263	1	48	Lanzo.	Quiso
267	1	20	acechanza	asechanza
271	1	23	el	al
272	2	18	estraga	extrago
275	2	39	consumo	consuno
278	1	4	sus	Sus
281	2	19	mejicado,	mejicano
282	2	35	facil vez.	facilmente
283	1	6	téntes.	teules
283	2	1	sacarte	sacarle
283	2	13	coge.	toma
283	2	38	vende.	vense
284	2	12	den	en
287	2	20	crecidos	crecido
288	2	14	el	al
289	2	6	resinas	ruínas
293	1	11	remado	formados
304	1	16	virgen	Vírgen
304	1	47	hac	hacia
304	1	26	su patria.	su patria . . .
305	1	20	Marina	Marina . . . .
305	2	34	revela, y	revela, que
306	1	26	Tlacopar	Tlacópan
306	1	47	de	del
308	1	26	ovispo	obispo
308	1	30	al	el
308	1	32	la	lo
309	1	17	recuperar	usurpar
309	1		Méjtco.	Méjico
310	2	8	con los siglos tendrá	tendria
310	2	33	acompañaba	acompañábala
310	2	41	el	al
312	1	11	e e	ese
315	2	5	bue.	bnen
333	2	38	el.	al
336	1	5	el.	al
336	2	32	su.	tu



NOTAS

1—«Aquel hombre infatigable, que en cuarenta años de imperio había estado nueve veces en Alemania, seis en España, cuatro en Francia, siete en Italia, diez en los Países Bajos, dos en Inglaterra, otros dos en Africa, que había atravesado once veces los mares, que *nuevo Atlante*, sostenía sobre sus hombros el peso de dos mundos, sintiéndose debilitado de cuerpo y de espíritu, y no pudiendo ya inspeccionar personalmente sus inmensos dominios, determina retirarse á acabar tranquilamente sus días en el silencio y la soledad de un claustro; en esa misma España, principio y fundamento de su colosal poder: transfiere á su hijo Felipe la corona de España, con todos sus territorios del antiguo y del nuevo mundo, y la de Alemania á su hermano Fernando, el agitador de Africa y Europa, aquel á cuya presencia temblaban los reyes y se extremecían los reinos, se abisma espontáneamente, y pasa desde el solio más elevado de la tierra á sepultarse en la humilde celda del solitario monasterio de Yuste.» Lafuente. «Historia de España».

Pero lo que no ha advertido manifestar este historiador es que van á hacer cerca de cuatro siglos que se realizaron tales viajes; y que entonces era más difícil, peligroso y largo un viaje desde España á Alemanía, que lo que es hoy hacerlo desde un polo á otro.

2—Preguntaban los expedicionarios á los indios: cómo se llamaba esa tierra, y respondieron: Fectatán, es decir, *no entiendo*; y por tal causa llamáranle Yucatán. Supone Bernal Díaz, que derivase tal nombre del vejetal *yuca* y *tale*, ó del collado en que se plantaba.

3—Aunque dice Solis, tomado de los autores, que consultara, que esta expedición salió *el ocho de Abril*, me atengo á la fecha de *primero de Mayo*, dada por Prescott, quien expone: «En cuanto á la fecha, me he estado á la que da el itinerario del capellán de Grijalva, aunque generalmente se dice que fué el ocho de Abril.»

La noticia más circunstanciada de la expedición de Grijalva es la que se encuentra en el citado itinerario, cuyo original se perdió, pero antes fué traducido al italiano y publicado en Venecia en 1522, cuyo libro es hoy rarísimo.

Una copia que perteneció á Fernando Colón, aún permanece en la catedral de Sevilla, y la recogió el historiógrafo Muñoz, de la cual sacó Prescott la que dice conserva.

4—En la carta que dirigió Hernán Cortés á su emperador en 30 de Octubre de 1520, pide que se le dé el nombre de *Nueva España* al país conocido hoy por Méjico, suponiéndose de tal denominación.

5—«Antonio de Herrera y los que le siguen ó los que escribieron después, afirman que este cacique presentó á Grijalva unas armas de oro fino, con todas las piezas de que se compone un cumplido arnés, que le armó con ellas diestramente, y que le vinieron tan bien, como si se hubieran hecho á su medida: circunstancias notables para omitidas por los autores más antiguos. Pudo tomarlo de Francisco López de Gomara, á quien suele refutar en otras noticias; pero Bernal Díaz del Castillo, que se halló presente, y Gonzalo Fernández de Oviedo, que escribió por aquel tiempo en la isla de Santo Domingo, no hacen mención de estas armas, refiriendo menudamente todas las alhajas que se trajeron de Tabasco. Quede á discreción del lector la fe que se debe á estos autores, y séanos permitido el referido, sin hacer desvío á la razón de dudarlo.» Solís.

6—Según reputados historiadores de aquella época, supo Motezuma en seguida la llegada de Córdoba á sus costas; y por si volvía, tenía allí á esos tres enviados, con regalos y presentes; pues á pesar de su omnímodo poder y valentía, parece que desde ese momento presintió atemorizado su caída, como la general tradición de que ese imperio la anunciaba.

7—Aunque dice Solis, que Grijalva despachó á Alvarado, después que estuvieron en la isla de San Juan de Ulúa, sigo la opinión de otros autores,—que dan la salida de Alvarado para Cuba desde el río de Banderas, con la gran noticia del descubrimiento del imperio mejicano y los presentes de Motezuma,—por la obvia razón de que si Alvarado hubiese regresado á Cuba poco antes que Grijalva, mal podría haberse preparado y salido de la flota de Cortés el 18 de Noviembre de 1518 para la conquista de Méjico, cuando únicamente *tres días antes* había llegado Grijalva.

El oro que condujo Alvarado se calculó en *quince mil* fuertes oro.

8—Tuvo Velazquez la buena suerte de deslumbrar al emperador y obtener una capitulación, fechada el 3 de Noviembre de 1518, por la cual se le nombraba capitán y adelantado de la tierra descubierta y las que en adelante á su costa descubriese, recibiendo, además, otros privilegios y mercedes.

9 Hernando ó Hernán Cortés nació en Medellin, provincia de Extremadura, en 1848; fueron sus padres don Martín Cortés de Monroy, capitán de caballería y doña Catalina Pizarro de Altamirano; y la mayor parte de sus biógrafos dicen que fué de noble estirpe, haciendo notar Solis, autor de la *Historia de la Conquista de Méjico*, «que tales apellidos no solo dicen, sino que oscurecen lo ilustre de su sangre».

Pero tambien Las Casas expone, hablando del padre de Hernán Cortés: «un escudero, que yo conocí, harto pobre y humilde, aunque cristiano viejo; y dicen que es hidalgo.»

Argensola, que hizo minuciosos trabajos para averi-

guar el origen de la prosapia de Cortés, hácele descender de Naznés Cortés, rey de Lombardia y Toscana.

Pizarro y Orellana, en sus *Varones ilustres del Nuevo mundo*, reflere: «que Cortés vino al mundo precisamente en el mismo día que partió de él la infernal bestia, el falso herético Lutero, sin duda para compensar los esfuerzos que éste hacía por derribar la verdadera religión, con los que hacía por propagarla y afianzarla. «Pero á esto agrega acertadamente Prescott: «Fijar la fecha del nacimiento de nuestro héroe, eomo lo hace este buen cristiano, en 1483, es servir más á la fe que á la historia.»

Las Casas y Bernal Diaz de Castillo aseguran, que Cortés era bachiller en leyes de la Universidad de Salamanca; pero generalmente se supone que dicha Universidad le confirió este título posteriormente y cuando á orgullo tuvo contarle en el número de sus esclarecidos hijos.

El mismo Bernal Diaz, autor de la *Historia de Nueva España* en donde hallóse en *ciento diezinueve encuentros y batallas*, ha dejado de Cortés el siguiente retrato: «Fué de buena estatura y cuerpo y bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre, y si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves; las barbas tenía algo prietas y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenceño y de poca barriga y algo extenuado, y las piernas de muslos bien sacados y era buen jinete y diestro de todas las armas, ansi á pié como á caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo corazón y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir, que cuando mancebo en la isla Española fué algo travieso sobre mujeres, é que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros y siempre salió con victoria y tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello se le parecía, mas cubriánselo las barbas, la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que demostraba, ansi en su presencia y meneo, como en pláticas y conversación y en comer y en vestir, en todo daba señales de gran señor.»

Y Revilla concluye así su *Apéndice* á la *Conquista de Méjico* de Solis: «En la presencia, ademanes, mesa, traje, conversación y demás actos, así públicos como privados, manifestaba constantemente la grandeza y señorío de su alma, prendas que le hicieron dueño absoluto de cuantos sirvieron á sus órdenes, y que reconocían y confesaban públicamente hasta sus más encarnizados enemigos. Ni esas grandes cualidades se oponian á las rudas tareas del soldado. Cortés era el primero en los combates, el primero que asía del azadon para abrir un foso, el el primero en sufrir las privaciones y fatigas de la guerra; el primero tambien en acudir á sus soldados, cuidar de sus personas, y aun curar sus heridas por sus propias manos. Solo así pudo sojuzgar en repetidas ocasiones la indómita fiereza de aquel puñado de gente, con que se atrevió á emprender y realizar uno de los acontecimientos más gloriosos que embellecen las páginas de la historia antigua y moderna.»

10—Dice Solis: «que era una doncella noble y recatada; pero Las Casas, con menos miramiento, expone: «que era hermana de don Juan Juarez, gente pobre.»

11—Algunos historiadores suponen que Cortés pudo escapar de la carabela, ayudado por otros, ó por lo menos, que hicieron la vista gorda, como vulgarmente se dice, porque era muy querido de todos.

12—«Estando conversando Cortés conmigo, me dijo, que estaba tan contento con ella, como si fuera hija de una gran duquesa.» Gomara.

13—INSTRUCCIONES DADAS Á CORTÉS POR VELAZQUEZ, GOBERNADOR DE CUBA, AL TOMAR AQUEL EL MANDO DE LA ESPEDICION.

(Este instrumento es de la colección de Muñoz).

Por cuanto yo, Diego de Velazquez, Alcalde Capitan general é repartidor de los caciques é indios de esta isla fernandina por sus Altezas, etc., envié los dias pasados, en nombre y servicio de sus Altezas á ver é bojar la isla de Yucatán, Santa María de los Remedios, que nuevamente había descubierto, é á demas cobrir los de que Dios Nuestro Señor fuese servido, en nombre de sus Altezas tomar la posesion de todo, una armada con la gente necesaria, en que fué é nombró por capitan della á Juan de Grijalva, vecino de la villa de la Trinidad de esta isla, el cual me envió una carabela de las que llevaba, porque le facía mucha agua, é en ella cierta gente, que los indios en la dicha Santa María de los Remedios le habian herido é otros adolecido.

Y con la razón de todo lo que le había ocurrido hasta otras islas é tierra que de nuevo descubrió; que la una es una isla que se dice Cozumel, é le puso por nombre Santa Cruz; y la otra es una tierra grande, que parte della se llama Ulúa, que puso por nombre Santa María de las Nieves, desde donde me envió dicha carabela é gente, é me escribió como iba siguiendo su demanda, principalmente á saber si aquella tierra era isla tierra firme, é ha muchos días que de razon había de haber sabido nueva dél, de que se presume, pues tal nueva dél fasta hoy no se sabe, que debe tener ó estar en alguna ó extrema necesidad de socorro; é así mesmo, porque una carabela, que yo envié al dicho Juan de Grijalva, desde el puerto de esta ciudad de Santiago, para que con él é la armada que lleva se juntase en el puerto de San Cristóbal de la Habana, porque muy mas proveído de todo é como al servicio de sus Altezas convenía fuesen, cuando llegó donde pensó fallarse, el dicho Juan de Grijalva se había fecho á la vela é hera ido con toda la dicha armada, puesto que dejó aviso del viaje que la dicha carabela había de llevar; é como la dicha carabela en que iban ochenta ó noventa hombres, no falló la dicha armada, tomó el dicho aviso y se fué en seguimiento del dicho Juan de Grijalva; é segun parece é se ha sabido por informacion de las personas feridas é dolientes, que el dicho Juan de Grijalva me envio, no se ha juntado con él, ni della había habido ninguna nueva, ni los dichos dolientes ni feridos á la vuelta, puesto que vinieron mucha parte del viaje costa á costa de la isla de Santa María de los Remedios por donde había ido; de que se presume que con tiempo forzozo podría caer hácia tierra firme, ó llegar á alguna parte donde los dichos ochenta ó noventa hombres españoles corran detrimento por el navío, ó por ser pocos, ó por andar perdidos en busca del dicho Juan de Grijalva, puesto que iban muy bien pertrechados de todo lo necesario: además de esto, porque despues que con el dicho Juan de Grijalva envié la dicha armada, he sido informado de muy cierto por un indio de los de la dicha isla de Yucatán Santa María de los Remedios, como en poder de ciertos caciques principales della están seis cristianos cautivos, y los tienen por esclavos, é se sirven dellos en sus haciendas, que los tomaron muchos dias ha de una carabela, que con tiempo por allí diz que aportó perdida, que se cree que alguno de ellos debe ser Nicuesa, capitan, que el católico Rey D. Fernando, de gloriosa memoria, mandó ir á tierra firme, é redimirlos sería grandísimo servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas: por todo lo cual pareciéndome que al servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas convenía enviar así en seguimiento é socorro de la dicha arma da quel dicho Juan de Grijalva llevó y busca de la carabela que tras él

en su seguimiento fué, como é redimir si posible fuese, los dichos cristianos, que en poder de los dichos indios están cautivos; acordé, habiendo muchas veces pensado, é pesado, é platicándolo con personas cuerdas, de enviar, como envié, otra armada tal, é tambien bastecida é aparejada, ansi de navíos é mantenimientos, como de gente é todo lo demás para semejante negocio necesario; que si por acaso á la gente de la otra primera armada, ó de la dicha carabela que fué en su seguimiento hallase en alguna parte cerca de infieles, sea bastante para los socorrer ó descercar; é si ansí no los hallare, por sí sola puede seguramente andar é calar en busca de todas aquellas islas tierras, é saber el secreto dellas, y hacer todo lo demas que el servicio de Dios Nuestro Señor cumpla é al de sus Altezas convenga: é para ello he acordado de la encomendar á vos, Fernando Cortés, é os enviar por capitán della, por la experiencia que de vos tengo del tiempo que ha que en esta isla en mi compañia habeis servido á sus Altezas, confiado que sois persona cuerda, y que con toda prudencia é celo de su real servicio dareis buena razon é cuenta de todo lo que por mí en nombre de sus Altezas os fuere mandado acerca de la dicha navegacion, y la seguireis ó encaminareis como mas al servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas convenga, y porque mejor guiada la negociacion de todo vaga, lo que habeis de facer y mirar, é con mucha vijilancia y diligencia inquirir é saber es lo siguiente:

I Hágase el servicio de Dios en todo, y quien faltare castiga con rigor.

II Castigareis en particular la fornicacion.

III Prohibireis dados y naipes, ocasion de discordias y otros excesos.

IV Y á salida de la armada del puerto de esta ciudad de Santiago, en los otros dotareis desta este cuidado no se haga agravio á españoles ni indios.

V Tomando los bastimentos necesarios en dichos puertos, partireis á vuestro destino, haciendo antes alarde de gente ó armas.

VI No consentireis vaya ningun indio ni india.

VII Salido al mar y metidas las barcas, en la de vuestro navío visitareis los otros, y reconocereis otra vez la gente con las copias (las listas) de cada uno.

VIII Apercibireis á los Capitanes y Maestres de los otros navíos que jamás se aparten de vuestra conserva, y hareis cuanto convenga para llegar todos juntos á la isla de Cazumel, Santa Cruz, donde será vuestra derecha derrota.

IX Si por algun caso llegaren antes que vos, les mandareis que nadie sea osado á tratar mal á los indios, ni les diga la causa porque vais, ni les demande ó interrogue por los cristianos captivos en la isla Santa María de los Remedios: digan solo que vos hablareis en llegando.

X Llegado á la dicha isla de Santa Cruz, vereis y sondeareis los puertos, entradas y aguadas, así della, como de Santa Maria de los Remedios y la punta de Santa María de las Nieves, para dar cumplida relación de todo.

XI Direis á los indios de Cozumel, Santa Cruz, y demás partes, que vais por mando del Rey á visitarles: hablareis de su poder y conquistas, individuando las hechas en estas islas y tierra firme, de sus mercedes á cuantos le sirven; que ellos se vengan á su obediencia y den muestra dello, regalándole, como los otros han hecho, con oro perlas, etc., para que eche de ver su buena voluntad y les favorezca y defienda: que yo les aseguro de todo en su nombre, que me pesó mucho de la batalla que con ellos ovo, Francisco Hernandez, y os envio para darles á entender como su Alteza quiere que sean bien tratados, etc.

XII Tomareis entera informacion de las cruces, que diz se hallan en dicha isla Santa Cruz, adoradas por los indios, del origen y causa de semejante costumbre.

XIII En general sabreis cuánto concierne á la religion de la tierra.

XIV Y cuidad mucho de doctrinarlos en la verdadera fé, pues esta es la causa principal porque sus Altezas permiten estos descubrimientos.

XV Inquirir de la armada de Juan Grijalva, y de la carabela que llevó en su seguimiento Cristobal de Olid.

XVI Caso de juntaros con la armda, búsquese la carabela y concertad dónde podreis juntaros otra vez todos.

XVII Lo mismo hareis si primero se halla la carabela.

XVIII Ireis por la costa de la isla de Yucatán, Santa María de los Remedios, do están seis cristianos en poder de unos caciques, á quienes dice conocer Melchor, indio de allí, que con vos llevais. Tratadlo con mucho amor, para que os lo tenga y sirva fielmente. No sea que os suceda algún daño, porque los indios de aquella tierra en caso de guerra son mañosos.

XIX Donde quiera tratareis muy bien á los indios.

XX Cuantos rescates hiciéredes, metereis en arca de tres llaves. de que tendreis vos una, las otras el Veedor y tesorero que nombráredes.

XXI Cuando se necesite hacer agua ó leña, etc, enviareis personas cuerdas al mando del de mayor confianza, que ni causen escándalo ni se pongan en peligro.

XXII Si adentro la tierra viéreis alguna poblacion de indios que ofrecieren amistad, podreis ir á ella con la gente mas pacífica y bien armada, mirando mucho en que ningun agravio se les haga en sus bienes y mujeres.

XXIII En tal caso dejareis á muy buen recaudo los navíos; estareis muy sobre aviso que no os engañen ni se entrometan muchos indios entre los españoles, etc.

XXIV Avisdo que placiendo á Dios Nuestro Señor hallais los cristianos que en la dicha isla de Santa María de los Remedios están cautivos, y buscando que por ella hallais la dicha armada é la dicha carabela, seguireis vuestro viaje á la punta llana que es principio de la tierra grande, que agora nuevamente el dicho Juan de Grijalba descubrió, y correreis en su busca por la costa della adelante, buscando todos los ríos é puestos della fasta llegar á la bahía de San Juan y Santa María de las Nieves, que es desde donde el dicho Juan de Grijalva me envió los heridos é dolientes, é me escribió lo que hasta allí le había ocurrido; é si allí hallaredes, juntaros é ir con el Juan; porque entre los españoles que llevais ó allá están no haya diferencias . . cada uno tenga cargo de la gente que consigo lleva . . . y entramos muy conformes, consultareis lo que mas convenga conforme á esta instrucción, y á que Grijalva llevó de sus Paternidades y mias: en tal caso los rescates todos se harán en presencia de Francisco de Peñalosa, veedor nombrado por sus Paternidades.

XXV Inquirireis las cosas de la tierra á do llegareis, así morales como físicas, si hay perlas, especeria,

oro, etc., parte de Santa María de las Nieves, de donde Grijalva me envió ciertos granos de oro por fundir é fundidos.

XXVI Cuando salteis en tierra sea ante vuestro Soberano y muchos testigos, y tomareis posesión della con las solemnidades usadas: inquirir la calidad de las gentes, porque diz que hay gentes de orejas grandes y anchas, y otras que tienen las caras como perros.... á que parte están las Amazonas, que dicen estos Indios que con vos llevais, que están cerca de allí.

XXVII Las demas cosas dejo á vuestra prudencia, confiando de vos que en todo tomeis el cuidado de hacer lo que mas cumpla al servicio de Dios y de S. S. A. A.

XXVIII En todos los puertos de esta isla do hallareis Españoles que quieran ir con vos, no lleveis á quien tuviere deudas, si antes no las paga ó da fianzas suficientes.

XXIX Luego en llegando á Santa María de las Nieves, me enviaréis en el navío que menos falta hiciere, cuanto hubieredes rescatado y hallado de oro, perlas, especería, animales, aves, etc., con relacion de lo hecho y lo que pensais hacer, para que yo lo mande al Rey.

XXX Cenocereis conforme á derecho de las causas civiles y criminales que ocurran, como Capitan desta armada con todos los poderes, etc., etc. Fecha en esta cibdan de Santiago, puerto de esta isla Fernandina á 23 Octubre 1518.

14—Respecto al modo cómo salió Cortés del puerto de Santiago para emprender su conquista, hay dos opuestas versiones, igualmente muy atendibles por la importancia de sus autores. Fundado Prescott en sus investigaciones, y siguiendo á Herrera y Las Casas, dice que Hernán Cortés salió como semi-fugado de Santiago, con su escuadra, porque ya intentaba Velazquez exonerarle del cargo que le había conferido; pero Solis, fundado tambien en sus adquiridos datos y los manifestados por Bernal Diaz del Castillo, amigo y aún á veces secretario de Cortés, rebate tal version.

Ambos historiados en disidencia, refieren incidentes, como si lo hubiesen visto. Prescott dice: que Velazquez se levantó rápidamente de la cama para tratar de oponerse á la clandestina partida de Cortés, quien ya alejándose en su bote, logró burlarle; y Solis manifiesta lo contrario: que, amistosamente se dieron la mano, abrazaron y despidieron, como si tambien hubiese presenciado tal escena; pero hay una razón muy poderosa á favor de Solis: que publicó su historia más de doscientos años antes que la de Prescott: y por consiguiente estaban más recientes y claros aquellos sucesos. Copiamos á continuación el modo cómo refieren ambos historiadores tal suceso, para que el lector forme el juicio que le parezca; y al describirlo nosotros, lo hacemos ligeramente por la carencia de una general opinión en la materia; pero siguiendo la de Solis, por suponerla de más peso y mejor fundada, y tambien por más próxima al suceso.

Dice Prescott: «Todavía no había completado su gente ni naves, y no estaba bien provisto de aprestos de ninguna clase; pero había resuelto levantar anclas en aquella misma noche. Acercóse, pues, á sus oficiales, comunicóles su designio y probablemente tambien el motivo de él; y á la media noche, cuando la ciudad entera estaba hundida en el sueño, todos calladamente entraron en la nave y dejaron la bahía. Antes de esto había Cortés dirigídose al dueño de la carnicería, que debía abastecer de carne al mercado al día siguiente, y le quitó su manada de cerdos, no obstante que el otro le hacía presente todo el daño qae iba á reportar el público por la falta de carne; mas Cortés no hizo caso y le dejó en pago una cadena de oro de gran precio, que traía al cuello. (Las Casas sabía la anécdota de boca del mismo Cortés. Gomara. Crónica).

Grande fué el asombro de los vecinos del pueblo de Santiago, cuando al amanecer se encontraron con que la flota, que la víspera habian dejado tan mal aparejada para el viaje, había ya dejado sus amarras y estaba pronta á emprender su ruta.

Pronto llegó la noticia á oídos del gobernador, quien levantándose de la cama y vistiéndose á toda prisa, montó en su caballo y con su escolta se dirigió al muelle. Cortés tan luego como se apercibió de su llegada, entró en una canoa armada y se acercó á una distancia de la playa tal, que le pudieran oir desde ella. «¿Asi os separais de mi? exclamó Velazquez. ¡Vive Dios que teneis un modo raro de despediros!» «Perdonadme, replicó Cortés; el tiempo urge y hay cosas que es preciso hacerlas aún antes de pensarlas: ¿tiene su excelencia algo que mandarme?» El burlado gobernador no tuvo nada que responder: así es que Cortés le saludó cortesmente con la mano y se volvió á su embarcación. Al punto se hizo á la vela la flota para el puerto de Macaca, que distaba cerca de quince leguas. (Noviembre 18 de 1518.) Velazquez regresó á su casa á pasar su pesar lo mejor que pudo, y probablemente bien convencido de que había hecho, cuando menos, dos disparates: uno el haber nombrado comandante á Cortés, y otro el de haber intentado destituirle; porque tan cierto es, que haciendo confianza á medias, apenas se puede esperar ganarse á un amigo, como que, retirar la confianza ya otorgada, es buscarse un enemigo.

Esta partida clandestina de Cortés ha sido amargamente criticada por algunos escritores, y especialmente por Las Casas. Pero grandes razones se pueden alegar en defensa de aquella conducta. Cortés había sido nombrado comandante por un acto espontáneo del gobernador, y ese nombramiento había sido plenamente ratificado por las autoridades de Santo Domingo. El había no solo gastado todo su caudal en la empresa, sino que aún había contraido una gran deuda. Se le iba á privar del mando sin alegar, ó por lo menos, sin probar que había cometido falta alguna; y además, la destitución no solo le envolvería á él en la ruina más completa, sino tambien á los amigos á quienes había pedido prestado, y á aquellos de sus compañeros, que fiados en que él iba á mandarles, habian gastado en la expedición su fortuna. Ciertamente habrán pocos, que en circunstancias semejantes sean capaces de sacrificar sumisamente sus esperanzas á un injusto capricho y arbitrario. Lo más que se podria exigir de Cortés era que cumpliese fielmente con lo pactado con el que le había encomendado el mando de la empresa: hasta qué punto haya cumplido con sus compromisos, es cosa que se verá más adelante».

Y Solis refiere esta misma partida del modo siguiente: «Llegó el tiempo de la partida y se ordenó á la gente con bando público que se embarcase; lo cual se ejecutó de día, corriendo todo el pueblo: y aquella misma noche fué Hernán Cortés acompañado de sus amigos á la casa del gobernador, donde se despidieron los dos, dándose los brazos y las manos, con amigable sinceridad; la mañana siguiente lo acompañó Diego Velázquez hasta la marina y asistió á la embarcación: circunstancias menores, que hacen poco en la narración, y se pudieran omitir, si no fueran necesarias para borrar la temprana ingratitud con que manchan á Cortés los que dicen salió del puerto alzado con la armada. Así lo refieren Antonio de Herrera y todos los que le trataban, afirmando con poca ra-

zón, que en el medio silencio de la noche convocó á los soldados por sus casas y se embarcó furtivamente con ellos; y que saliendo al amanecer Diego Velázquez en seguimiento de esta novedad, se acercó á él en una barca, guarnecido de gente armada, y la dió á entender con despejo y libertad su inobediencia. Nosotros seguimos á Bernal Díaz del Castillo, que dice lo que vió, y lo más semejante á la verdad; pues no cabe en humano discurso que un hombre tan avisado como Hérnán Cortés, cuando tuviera entonces esta resolución, se adelantase á desconfiar descubiertamente á Diego Velazquez, hasta salir de su jurisdicción, pues había de tocar con la armada en otros lugares de la misma isla, para recojer los bastimentos y la gente que le aguardaba en ellos; ni cuando diéramos en su entendimiento y sagacidad esta inadvertencia no parece creible que en un lugar de tan corta población como era entonees la villa de Santiago, se pudieran embarcar trescientos hombres llamados de noche por sus casas, y entre ellos Diego de Ordaz y otros familiares del gobernador, sin que hubiese uno entre tantos que le avisase de aquella novedad, ó despertasen los que observaban sus acciones al ruido de lenta conmoción: admirable silencio en los unos, y extraordinario descuido en los otros. No negaremos que Hernán Cortés se apartó de la obediencia de Diego Velazquez, pero fué después, y con la causa que veremos.»

15—Jamás se ha visto, dice Las Casas, una falta de mundo más completa, que la que mostró Velazquez en tal carta, pues llegó á imaginarse que un hombre que acababa de hacerle burla en su presencia, suspendería su viaje, solo porque á él se le antojaba.»

16—En el poco tiempo que estuvo Cortés en la Habana, captóse la voluntad de Barba; pero aunque hubiera éste querido cumplir la orden del gobernador, no habría podido hacerlo á la vista de su decidida gente, que habíase desencadenado, si hubiese visto que se pretendía atacar á su comandante, por el cual, dice Bernal Díaz: «que todos los oficiales y particulares hubieran dado gustosos la vida.»

«Sobre estos discursos, á este tiempo, y con irritación, tomó Hernán Cortés la primera resolución de romper con Diego Velazquez; de que se convence lo poco que le favoreció Antonio de Herrera, poniendo este rompimiento en la ciudad de Santiago, y en un hombre acabado de obligar. Estamos á lo que refiere Bernal Diaz del Castillo en esta noticia; y no es el autor más favorable, porque Gonzalo Fernandez de Oviedo asienta, que se mantuvo en la dependencia del gobernador Diego Velazquez, hasta que ya dentro de Nueva España llegó el caso de obrar por sí, dando cuenta al emperador de los primeros sucesos de la conquista.

No parezca digresión agena del asunto el habernos detenido en preservar de estos primeros deslucimientos á nuestro Hernán Cortés. Tan lejos tenemos las causas de la lisonja en lo que defendemos, como las de odio en lo que impugnamos; pero cuando la verdad abre camino para desagraviar los principios, de un hombre, que supo hacerse tan grande con sus obras, debemos seguir sus pasos y complacernos de que sea lo más cierto lo que está mejor á su fama.

Bien conocemos que no se debe callar en la historia lo que se tuviere por culpable, ni omitir lo que fuere digno de reprensión, pues sirven tanto en ella los ejemplos que hacen aborrecible el vicio, como los que persuaden á la imitación de la virtud: pero esto de inquirir lo peor de las acciones, y referir como verdad lo que se imaginó, es mala inclinación del ingenio, y culpa conocida en algunos escritores, que leyeron á Cornelio Tácito, con ambición de imitar lo inimitable; y se persuaden á que le beben el espíritu en lo que malician ó interpretan con menos artificio que veneno». Solis.

17—La capitana era de cien toneladas, otras tres de de setenta á ochenta, y el resto, entre carabelas y bergantines, no tenían cubierta.

18—«Así lo refería él; y que de los otros españoles que estaban cautivos en aquella tierra, solo vivía un marino de Palos de Moguer, que se llamaba Gonzalo Guerrero; pero que habiéndole manifestado la carta de Hernán Cortés y procurando traerle consigo, no lo pudo conseguir, porque se hallaba casado con una india acomodada y tenía en ella tres ó cuatro hijos, á cuyo amor atribuía su ceguedad, fingiendo estos afectos naturales para no dejar aquella lastimosa comodidad que en sus cortas obligaciones pesaba más que la honra y que la religión. No hallamos que se refiriera de otro español en estas conquistas semejante maldad: indigno por cierto de esta memoria que hacemos de su nombre; pero no podemos borrar lo que escribieron otros ni dejan de tener su enseñanza estas miserias á que está sujeta nuestra naturaleza, pues se conoce por ellas á lo que puede llegar el hombre, si le deja Dios.»

El señor Revilla, que ha aumentado con un *Resumen histórico* la obra de Solis, editada en 1858, agrega la siguiente nota al anterior párrafo de Solis, rebatiendo sus exajeradas ideas: «En tiempo de Solis podía mirarse como una maldad el que un hombre no abandonase á su mujer y sus hijos por irse con los cristianos. En el siglo presente no puede reputarse así. Guerrero obedeció en aquel acto á la naturalera y á la religión: ni ni se desentendió de ésta, puesto que la guardó en su alma, que es el verdadero templo de Dios».

19—En los cantos 16 y 17 de mi poema VASCO NUÑEZ DE BALBOA, describo extensamente todos los trabajos é incidentes del sacerdote Gerónimo de Aguilar y sus compañeros, sufridos en su cautiverio de Yucatán.

20—«Pusieron en algún cuidado á Hernán Cortés estas noticias; y sin dudar en lo que convenía, resolvió preguntarlo á sus capitanes y obrar con su consejo lo que se había de ejecutar con sus manos. Propúsoles «la dificultad en que se hallaban, el corto número de gente y la prevención grande que tenian hecha los indios para deshacerles,» sin encubrirles circunstancia alguna de lo que decían los prisioneros. Y pasó despues á considerar por otra parte: «el empeño de sus armas, « poniéndoles delante de su mismo valor la desnudez y « flaqueza de los contrarios, y la facilidad con que los « habían vencido en Tabasco y en la desembarcación». Y sobre todo esto cargó la consideración: «en la mala « consecuencia de volver las espaldas á la amenaza de « aquellos bárbaros, cuya jactancia podría llevar la voz « á la misma tierra donde caminaban: siendo de tanto « pero este descrédito, que en su modo de entender, ó « se debía dejar enteramente la empresa de Nueva Es- « paña, ó no pasar de alli sin que se consiguiese la paz « ó la sujeción de aquella provincia: pero que este « dictamen suyo se quedaba en términos de proposición, « porque su ánimo era ejecutar lo que tuvieren por « mejor».

Bien sabían todos que no era afectada en él esta docilidad; pero se preciaba mucho de amigo del consejo, y de conocer el acierto, aunque le hallasen en opinión agena: siendo esta una de sus mejores propiedades, y bastante argumento de su prudencia; pues no sobresale tanto el entendimiento en la razón que forma, como en la que reconoce. Votaron con esta seguridad, y concordaron todos en que ya no era practicable el salir de aquella tierra, sin que sus habitadores quedasen reducidos ó castigados; con que pasó Cortés á las prevenciones de su empresa.», Solís.

Hace frecuentemente Solís pronunciar arengas, discursos y proclamas á sus personajes, principalmente á Cortés, Magiscatzin, Jicotencal y otros, lo que le han reprochado varios de sus críticos, entre ellos Robertson, diciendo:—que estos recursos poéticos son más bien propios de la epopeya que de la historia;—cuyo punto no es mi objeto entrar á dilucidar, sino exponer, que sigo el ejemplo del primero y el consejo del segundo.

Prescott dice que reunió á los oficiales para manifestarles su propósito de dar el siguiente día la batalla, y no pronunciar un discurso para exigirles su opinión, como se ve por el siguiente párrafo:

«A Cortés comenzó entonces á pesarle de haberse atrevido á apartarse del objeto directo de su viaje y de haberse comprometido en una guerra dudosa y que no podía producir ningun resultado ventajoso. Mas ya era tarde para el arrepentimiento, había comenzado su camino y no le quedaba otro partido mas que proseguirlo: retirarse hubiera sido desanimar á su gente, enagenarse la confianza que como jefe le merecía y aumentar la arrogancia de sus enemigos, la fama de cuyos triunfos le precedería y le causaría grandes apuros y descalabros. No vaciló, pues, en seguir adelante; pero convocó á todos sus oficiales y les manifestó su propósito de dar una batalla al día siguiente.» Y concluye este párrafo, agregándole la siguiente nota: «Segun Solís, que cita la oración pronunciada por Cortés, en esta ocasióo, convocó un consejo de oficiales para que le aconsejasen sobre el camino que debía abrazar. Puede ser que así sea; pero yo no he visto corroborado esto por ningún otro escritor».

21—Dice Prescott: «Los ojos de la fé llegaron á ver tambien al mismo santo patron de España, montado en su caballo de batalla, acudiendo al socorro de sus devotos, y pisando los cadáveres de los vencidos infieles.»

Y Pizarro Orellana expone: «Cortés suponía que su santo tutelar era San Pedro; pero lo mas general y mas cierta opinión fué, que no era San Pedro, sino nuestro glorioso apóstol Santiago, baluarte y salvaguardia de nuestra nación.»

«Pero como yo soy pecador,—manifiesta Bernal Diaz, con cierto espíritu de duda,—no me fué pérmitido ver en esta ocasión á ninguno de los santos apóstoles.»

22—«Quedaron muertos en la campaña mas de ochocientos indios y fué grande el número de heridos. De los nuestros murieron dos soldados y quedaron heridos setenta.» Solis.

Cortés dió á la hueste india cuarenta mil hombres, que fué el número que tomaron despues los historiadores, pues dice lo siguiente: «Crean vuestras Reales Altezas, por cierto, que esta batalla fué vencida mas por la voluntad de Dios que por nuestras fuerzas; porque para cuarenta mil hombres de guerra, poco defensa fuera cuatrocientos, que nosotros éramos.»

Y Prescott dice: «Los mas convienen en que el ejército de los indios se componía de cinco escuadrones de ocho mil hombres cada uno. Mas en cuanto al número de muertos no hay tanta conformidad, pues varian los cómputos desde mil hasta treinta mil. En medio de tan enorme discordancia, debemos creer, atendida la gran propensión á exajerar, que el cómputo que mas se acerca á la verdad es el mas pequeño.

23—Se fundó con los años una ciudad, en el paraje donde fué la acción, llamada Santa María de la Victoria, y llegó á ser la capital de la provincia.

24—El capellan Gomara refiere este hecho, y Las Casas dice: «En suma, trató de hacer al gobernador tan patente como pudo, la necesidad que tenía de oro.»

25—Bernal Diaz expone: «que retrataron á todos los capitanes y que iban muy parecidos los retratos;» pero esto es una exajeración, pues su dibujo y pintura eran toscos y primitivos, y su habilidad principal consistía en pintar animales y plantas y otros objetos que servíanles de geroglíficos á la de escritura.

26—Bernal Díaz, Las Casas, Gomara, Oviedo y Clavigero hacen encomiásticas referencias de la joven india Marina, y Comargo dice: «que era hermosa como una diosa»; y don Nicolás Fernandez de Moratin, en *Las naves de Cortés destruídas*, una corta composición en octavas, se expresa así:

....

Admira tan lucida cabalgada,
y espectáculo tal doña Marina,
india noble al caudillo presentada,
de fortuna y belleza peregrina,
de la injuria del clima reservada.
y del color del alba matutina,
muestra que herir bien puede al pecho humano
cupido con arpón americano.

Con despejado espíritu y viveza
gira la vista en el concurso mudo:
rico manto de extrema sutileza
con chispas de oro autorizarla pudo,
prendido con bizarra gentileza
sobre los pechos con airoso nudo:
reina parece de la indiana zona,
varonil y hermosísima amazona.

Ella atónita mira; y asombrada
de tanta pompa y tanta gallardía;
y ansiosa no queriendo dudar nada,
informarse de todo pretendía;
el paso adelantó determinada
hacia el casto Aguilar, que allí venía,
primero haciendo en muestras de obediencia
á Cortés, su señor, la reverencia.

E inquieta dice:—Oh noble compañero,
á mí por las desgracias semejante,
cuéntame del ejército guerrero,
quien son aquellos que se ven delante,
que aun no á todos conozco, y yo no quiero
ignorar ni su nombre ni semblante:
di, acaba;—y Aguilar se sonreía
de ella y con alta permisión, decía:

....

La opinión generalmente admitida es que este *canto épico*, aunque pasa por de don Nicolás y se halla entre sus obras, pertenece á su hijo don Leandro, quien lo escribió á los 25 años para vindicar la memoria de su padre, á quien consideraba ofendido por no haberse llevado el premio ni accecit en el concurso abierto en 1777 por la Academia Española.

27—Fué nombrado caballero de Calatrava por la nobleza de sus padres, ó segun otros, comendador de la órden de Santiago; y fué muerto en Méjico en 1568 solo por una vaga sospecha y sin fundamento de traición.

28—El valle de Méjico es de figura oval y tiene 18 leguas de largo por 12 1/2 de ancho; y Cortés le daba 70 leguas de circuito. Los cinco lagos, que en este valle se estienden, ocupan como un de décimo de su superficie; pero ya solo quedan vestijios de lo que fueron.

29—Anáhuac significa *cerca del agua*, probablemente por su situación entre los lagos del valle, ó por estar entre el Atlántico y Pacífico: y extendieron este nombre los aztecas y tezcucanos en sus conquistas por todos los invadidos territorios.

30—Tenochtitlan significa tunel sobre una piedra.

TRADICIÓN DE ANÁHUAC

Llegada de los toltecas á Anáhuac.....	año	684
Abandonan el país.......	»	1.051
Llegada de los chichimecas.........	»	1.170
Llegada de los acolhuacanos.........	»	1.200
Los mejicanos llegan á Tula.........	»	1.196
Fundan á Méjico........	»	1.326

(Estas fechas son las que tiene Clavigero por más exactas).

31—Le dieron los españoles al principio el título de rey; pero viendo despues que habían otros aliados poderosos, llamáronle emperador, al reconocer su superioridad sobre los otros.

32—«Según varios escritores de peso, había treinta grandes caciques, que residían por lo menos una parte del año en la capital, y cada uno de los cuales podía contar cien mil vasallos en sus estados. Sin dar entero crédito á semejantes cómputos, parece cierto, según el testimonio de los conquistadores, que el país estaba repartido entre muchos jefes poderosos, que vivían en sus dominios, como señores independientes.» Prescott.

33—«La oración del confesor en semejantes circunstancias contiene cosas muy notables para que yo las omita. «Oh Señor, amparador y favorecedor: vos que conoceis todos los secretos de todos los corazones, haced que vuestra indulgencia y gracia descienda sobre él, como agua purísima, que lave las manchas de sus culpas, mirad que este pobre no pecó con su libre voluntad, y albedrío, sino por la influencia del signo en que nació.» Después de vivas exhortaciones á que, por vía de penitencia se mortifique y practique minuciosas ceremonias, le pondera la necesidad de procurar cuanto antes un esclavo que sacrificar á Dios, y le inculca la caridad para con los pobres. Decíale: «Viste al desnudo y da de comer al hambriento, por costoso que te sea: acuérdate de que su carne es como la tuya, y de que es hombre como tú.» Tal es la extraña mezcla de sentimientos de benevolencia cristiana y de abominable crueldad, que formaba la moral de los aztecas, y que prueba, como lo hemos dicho repetidas veces, el origen enteramente distinto de los unos y de los otros.» El padre Sahagun.

34—Gomara dice: que en uno de los conservatorios de cráneos de los prisioneros sacrificados, se contaron *ciento treinta y seis mil* por dos soldados, cuyos nombres menciona, que se tomaron este trabajo; y que estaban colocados tales cráneos de manera que producían un efecto horroroso.

«El obispo Zumárraga, en una carta escrita pocos años despues de la conquista, afirma que subían á 20.000 las víctimas sacrificadas anualmente. Torquemada las convierte en 20.000 infantes. Herrera, siguiendo á Acosta, dice 20 000 víctimas en un día determinado del año, en todo el reino. Clavijero, más cauto, supone que este número sería el de las víctimas sacrificadas todo el año. Las casas, contradiciendo á Sepúlveda, que afirma que nadie que había visitado aquellas regiones hacía subir á menos de 20.000 el número de las víctimas inmoladas anualmente, dice que ese es el cómputo de los malvados, que en esto piensan encontrar la apología de sus atrocidades; pero el verdadero número no pasaba de cincuenta! Probablemente en este caso, como en otros, la aritmética del buen obispo provenía más bien del corazón que de la cabeza.» Prescott.

¿Pero cómo llegaron los aztecas hasta el extremo de ofrecer seres racionales á sus dioses? ¿Qué ejemplos ó tradiciones tuvieron?

¿Fué, acaso, como suponen ciertos investigadores de los remotos tiempos, una de tantas costumbres, llevadas desde el viejo al nuevo continente, en los primitivos tiempos?

Los egipcios fueron los primeros en sacrificar hombres á sus dioses, como fueron los primeros en inventar el alfabeto.

Tambien hay analogías en los adelantos de ciertas ciencias, en ciertas naciones de ambos continentes. Los aztecas ó sus sacerdotes se parecieron á los babilonios ó sacerdotes caldeos, en su adelanto en astronomía. Tambien en Babilonia, como en la monarquía persa, una de las más antiguas del mundo, adorábase al sol, cual uno de sus tantos dioses, como en el Perú y Méjico, y se conservaba el fuego sagrado; y en la India se creían las viudas obligadas, cuando morian sus maridos, á quemarse vivas. Pero donde se ven muchos más puntos de contacto, es en los ritos, ceremonias y costumbres de la religión cristiana con la de Méjico y el Perú.

Estos similares hechos y otros muchísimos son los que han dado lugar á tales conjeturas, los que haremos notar algunas veces, más adelante.

35—«Un solo rasgo de la superstición azteca basta para hacerla más despreciable que la cristiana, el canibalismo, bien que los mejicanos no fuesen caníbales en la rigurosa acepción de la palabra: no comían carne humana por satisfacer un apetito brutal, sino por obedecer los preceptos de la religión: en sus banquetes eran servidos como manjares, víctimas cuya sangre había humeado en las aras de los dioses: esta es una diferencia muy digna de notarse. Seguramente esto es lo que quiere dar á entender Voltaire cuando dice: no eran antropófagos como un cortísimo número de hordas americanas.» Prescott.

36—«La Providencia ordenó sábiamente que la tierra fuese ocupada por otra raza, que desarraigase la superstición, que cundía todos los dias, á medida que el imperio se dilataba. Las degradantes costumbres de los aztecas son la mejor apología de la conquista. Los conquistadores trajeron, es verdad, la inquisición; pero tambien trajeron el cristianismo, cuya luz benigna debía durar después de extinguidas las fúnebres hogueras del fanatismo, y que debían disipar las horrorosas tinieblas en que por tanto tiempo estuvieron envueltas aquellas hermosas regiones.» Prescott.

37—«El príncipe tezcucano Netzahualpilli, que, rara vez temblaba la justicia con el perdón, condenó á muerte á un juez por haber sido sobornado, y á otro por haber decidido un pleito en su propia casa, lo cual, según la ley, era delito capital.» Prescott.

38—Tales son los rasgos principales del código azteca, que se asemejaba mucho el de Tezcuco. Con pocas excepciones, todo él tiene el sello de severidad y aún de ferocidad de un pueblo rudo, endurecido por la familiaridad con escenas de sangre y que confiaba la corrección del mal más bien á medios físicos que morales; ese código revela, sin embargo, un profundo respeto á los grandes principios de la moral, y un conocimiento de ellos tan claro como pudiera encontrarse en la nación más culta.

39—Además de los impuestos á la agricultura había otro á las manufacturas, principalmente á las de algodón y plumas, recolectándose armaduras de lujo, vasijas de oro, brazaletes, cinturones, polvos de oro, vasos y copas

dorados y barnizados, armas, etc. La siguiente lista de la Colección de Mendoza, de los tributos pagados por algunas ciudades, dará una idea de la clase de ellos: 20 cajas de chocolate, 40 piezas de armadura de una divisa particular, 2400 cargas de mantas anchas de hilo torcido, 800 cargas de mantas angostas para ricas vestiduras, 5 armaduras de plumas finas, 60 armaduras de plumas ordinarias, 1 caja de habas, 1 caja de *chiam*, 1 caja de maiz, 800 resmas de papel, cerca de 2000 cargas de sal blanquísima, refinada en moldes, para el consumo de las señoras de Méjico, 800 trozos de copal no purificado, 400 canastillas de copal refinado, 100 hachas de cobre, 80 cargas de chocolate colorado, 800 jícaras para beber chocolate, 1 vasito de piedra turquesa, 4 arcas de madera llenas de maiz, 4000 cargas de sal, tejidos de oro del tamaño de una ostra y del grueso del dedo meñique, 40 sacos de cochinilla, 20 sacos de oro en polvo de superior calidad, 1 diadema de oro de forma especial, 20 pendientes para los labios, de ámbar transparente, adornados de oro; 2000 cargas de chocolate, 100 jarros de liquidámbar, 8000 manojos de ricas plumas escarlatas, 40 pieles de tigre, 1600 líos de algodón, etc., etc.

40—«Estos correos, dice Prescott, educados para este oficio desde su infancia, caminaban con increible velocidad, y no cuatro ó cinco leguas por hora, como crée un antiguo historiador, sino 100 á 200 millas por día.» Y Murray refiere que conoció un indio que anduvo cien millas en veinticuatro horas. El griego, que según Plutarco trajo la noticia de la batalla de Platea, era todavía mejor caminante, pues anduvo ciento veinticinco millas en un día. Buffón ha reunido algunos hechos interesantes, que prueban la gran capacidad que tiene el hombre en el estado salvaje para andar á pie, y saca de aquí la conclusión bastante exacta «que el hombre civilizado no conoce sus fuerzas».

41—«Háse dicho, sin embargo, lo bastante para demostrar que las razas azteca y tezcucana estaban mucho más adelantadas en cultura que las tribus errantes de Norte América. El grado á que llegaron puede juzgarse por sus instituciones políticas, quizá no más inferiores á las que gozaron nuestros antepasados los sajones bajo el grande Alfredo. Con respecto á su carácter, pueden compararse justamente con los ejipcios, pues que el exámen de sus relaciones sociales y civilización, presenta las mayores analogías con este antiguo pueblo.

Aquellos á quienes sea familiar la historia de los mejicanos modernos, difícilmente concebirán cómo pudo la nación llgar en otro tiempo á tan alto grado de civilización. Pero que reflexionen que los mejicanos de nuestros días son una raza conquistada, tan diversa de sus antepasados, como los egipcios modernos de los que edificaron, no ya las inmensas pirámides, sino los magníficos templos y palacios, cuyas ruinas se levantan a las orillas del Nilo, en Luxon y en Karnac: tampoco es tan grande la diferencia como entre el antiguo griego y su degenerado descendiente, que ociosamete vegeta entre aquellas obras de arte, sin tener ni el gusto necesario para admirarlas; que habla la misma lengua en que están escritos aquellos aún más imperecederos monumentos del saber humano: que casi no tiene capacidad para comprender; y sin embargo respira el mismo aire, es calentado por el mismo sol y nacido en la misma cuna que aquellos que cayeron en Maraton y que alcanzaron los trofeos olímpicos de Pisa! ¡La misma sangre corre por sus venas; pero las edades de la tiranía han pasado sobre su cabeza: pertenece á una raza conquistada!

El indio americano tiene naturalmente una sensibilidad especial: se extremece instintivamente al áspero contacto de una mano extraña: por suave que ella sea, él se abate y se agobia bajo su peso. La dominación española la destruía silenciosamente, y desde entonces su energía se enerva, ya no recorre sus montañosas llanuras con la grata seguridad de su independencia; en su paso tardío y en su sombrío y melancólico aspecto, se leen los tristes caracteres de una raza oprimida. Y sin embargo, la caúsa de la humanidad ha ganado: vive bajo un sistema más sabio de leyes, goza de una tranquilidad más estable, crée en una fe más pura; pero todo esto de nada le sirve, porque su civilización tenía los varoniles caracteres del estado salvaje; y le pertenecían como una propiedad las ardientes virtudes de los aztecas: rehusa, pues, someterse á la cultura europea y ser ingertado en un tronco extraño. Su forma exterior, su conflexión, sus lineamientos son sustancialmente los mismos; pero los caracteres morales de una nación, los que constituyen una raza, han sido borrados para siempre!» Prescott.

Indígnase Zurita al referir que á los artecas se le ha dado el epíteto de *bárbaros*; «epíteto, dice, que no les dará ninguno que conozca la capacidad de aquel pueblo y sus instituciones; epíteto, que bajo ciertos respectos, es igualmente merecido de las naciones europeas.» Este lenguaje es demasiado enérgico; sin embargo, nadie tenía derecho para usarlo como este insigne jurista, que durante diecinueve años ocupó un empleo en las reales audiencias de Nueva España. Durante su larga audiencia en el país tuvo amplias opurtunidades de instruirse en sus usos, cuanto por sus propias observaciones cuanto por su trato con los naturales y con los misioneros, que aún sobrevivian á la conquista. A su regreso á España, probable mente por los años 1560, se ocupó en dar al gobierno el informe que le había pedido sobre el carácter de las leyes y costumbres de los aztecas y sobre las reformas introducidas por los españoles. Una gran parte de su relación es conveniente á esta última; pero la que mira al primer punto, es más breve de lo que se desearía, quizá á causa de la dificultad de obtener noticias completas y auténticas sobre los pormenores. No obstante, en lo poco que ha escrito ha dejado muestras de su juicio sólido y de su criterlo. Rara vez incurre en esos defectos de estilo, tan comunes en los escritores de su tiempo: su moderación y las fuentes no vulgares de donde las bebió, hacen su autoridad de grandísimo peso, en los pocos puntos que tocó. Su manuscrito fué consultado por Clavijero, aún ha sido usado por otros escritores; hoy puede cualesquiera consultarlos, en la colección de traducciones del infatigable M. Ternaux, de la cual forma parte.

42—«No están acordes los escritores en el lugar en que se verificó el incendio de los papeles: unos dicen que fué en la plaza de Tlatelolco y otros en la de Tezcuco.

Pero Martír ha dado una menuda descripción de los mapas indios mandados á España, poco tiempo después de la conquista. Su indagador espíritu se asombra de ver aquellas pruebas de una civilización positiva. Rivera, amigo de Cortés, cuenta que esos mapas eran dechados para bordados y joyeros; pero Martín, que había estado en Egipto, no vacila en asemejar los dibujos indios con los que había visto en los obeliscos y templos de aquel país». Notas de Prescott.

43—No obstante, merced á los infatigables esfuerzos de un individuo privado, se consiguió depositar una colección harto considerable de manuscritos en el archivo de Méjico; pero se le tenía tan en poco, que algunos fueron robados, otros destruídos por la humedad y el fuego, otros finalmente vendidos por papel inservible.

El ilustrado gobernador del Estado de Méjico, don Lorenzo Zavala vendió, según Bustamante, los documentos existentes en los archivos de la audiencia de aquel Estado, en clase de papel viejo á los boticarios, tenderos y coheteros.

Netzahualcoyotl, el régio poeta de Tezcuco, fué el que hizo más progresos en las letras, cantando en entonados himnos al Sér Supremo.

La elegante pluma de don José Joaquin Pesado,—mejicano,—ha traducido al castellano una colección de cantares artecas, que aunque imperfectamente, dan una idea de lo que fueron, entre la que se encuentran varias del celebrado autor de los *sesenta* himnos al Creador.

44—«Inventaron un sistema aritmético muy sencillo; los primeros veinte números estaban expresados por otras tantas cifras: los cinco primeros tenían su nombre especial: los siguientes se formaban combinando el quinto con los cuatro anteriores; decían, por ejemplo, cinco y uno seis, cinco y dos siete, etc. Diez y quince tenían cada uno su nombre propio, y combinados con los cuatro primeros, servían para expresar los comprendidos entre diez y quince y entre quince y veinte. Los cuatro primeros números eran, pues, los caracteres radicales de su aritmética oral, como lo eran de la escritura entre los romanos: este mecanismo es probablemente más sencillo que ninguno de los que existen en Europa. El número veinte se espresa con un jeroglífico aparte, una bandera. Las sumas considerables se expresan repitiendo el número veinte al hablar, y al escribir repitiendo las banderas. El cuadrado de veinte, (cuatrocientos) se espresa por una pluma, y el cubo (ocho mil) por una bolsa ó saco.

Estos eran todos los signos aritméticos de los mejicanos, por cuyo medio daban á conocer todas las cantidades posibles. Para mayor brevedad acostumbraban denotar las fracciones de las sumas considerables, pintando solo una parte del objeto que los representaba: la mitad de una pluma ó las tres cuartas partes de una bolsa expresaban una cantidad proporcional de la suma total. A nosotros, que ejecutamos nuestras operaciones matemáticas con tanta facilidad por medio de las cifras arábigas, ó mejor dicho, índicas, nos parece muy complicado aquel sistema; pero comparémoslo con el que usaron los grandes matemáticos de la antigüedad, que no conocieron esa bella invención, que ha cambiado la faz de la ciencia matemática, y los cuales determinaban en gran parte el valor de las figuras, segun la posición que guardaban». Prescott.

45—Omitimos en la siguiente disertación de Prescott, sobre la astronomía azteca, las muchas citas y notas, con que la ilustra. «En la medida del tiempo los artecas ajustaban su año civil por el solar: dividíanlo en diezíocho meses de á veinte días cada uno; tanto los meses como los días estaban representados por signos á propósito, y los primeros espresaban por la común estación del año, á la manera que sucedía en el calendario francés del tiempo de la revolución. Había como en Egipto, cinco días complementarios, de modo que el año entero venía á tener trescientos sesenta y cinco días; los cinco días supernumerarios no pertenecían á ningún mes, y se les reputaba por aciagos. El mes estaba dividido en cuatro semanas de á cinco días, el último de los cuales era feriado ó día de mercado. Esta suposición, distinta de todas las conocidas en Europa y en Asia, tiene la ventaja de dar á cada mes igual número de días y de semanas completas, sin dejar resíduo ni en el mes ni en el año.

Como el año tiene cerca de seis horas más de trescientos sesenta y cinco días, para compensar este exceso, recurrieron, como todas las naciones que han dispuesto su calendario, á la intercalación, no cada cuatro años, como lo hacen los europeos, sino á intervalos más largos, como entre algunos de los asiáticos. Esperaban á que pasasen cincuenta y dos años para intercalar trece días, ó mejor dicho, doce y medio, que es lo que habían dejado atrasarse al año. Si la intercalación hubiese sido de trece, habría resultado demasiada larga, porque en cada año no habrán seis horas completas de los 365 días, sino seis horas menos once minutos; pero como su calendario concordaba en tiempo de la conquista con el de los españoles (hecha la corrección gregoriana), es de suponer que adoptaban la intercalación más corta de doce días y medio, con la cual quedaba el año (salvo un lijero error, casi despreciable), exsactamente de la misma duración del año del trópico, cual ha sido determinada por las más correctas observaciones. La intercalación de veinticinco días cada ciento cuatro año es más exacta que la de todos los calendarios europeos, pues que deben pasar según aquella, más de cinco siglos para que haya un error de un día entero. ¡Tal es la admirable exactitud á que habían llegado los aztecas, ó por mejor decir, sus antepasados los toltecas, en esos cálculos dificilísimos, que hasta hace poco tiempo han burlado los esfuerzos de las naciones más sabias de la cristiandad!

Es igualmente digno de atención el sistema de que se valían los aztecas para fijar la fecha de los acontecimientos. El principio de su era correspondía al año 1091 de J. C. y comenzaba con la reforma de su calendario, poco después de su salida de Aztlan. Agrupaban los años en siglos de 52 cada uno: llamábanlos haces ó líos, y los representaban por cierto número de carrizos, atados con un cordón. Cada vez que se encuentre en sus mapas este signo, se denota medio siglo. Para poder designar cada año en particular, dividian su gran ciclo en otros cuatro pequeños ó indicaciones, de á trece años. Después adoptaban las series de signos para designar cada año: la primera consistía en sus notas numéricas, y la segunda en cuatro jeroglíficos de los años; estos últimos se repetían incesantemente y enfrente de cada uno de estos se encontraba la cifra correspondiente hasta llegar á trece: este sistema se continuaba durante las cuatro indicaciones, de las cuales, como es fácil conocerlo, no había dos que comenzasen por el mismo jeroglífico, y de esta manera todos ellos iban correspondiendo á todos los números sucesivamente; pero nunca correspondía dos veces á un mismo número de un ciclo: 4 y 13 los factores de 52, que era el número de los años de este admitían las combinaciones capaces de formar aquel producto. Cada año tenía, pues, un símbolo, especial por cuyo medio se le podía reconocer de una ojeada: este símbolo, precedido de cierto número de haces, indicaba exactamente el tiempo que había pasado, desde el principio de la era nacional, año 1091, T. C. El ingenioso recurso de una serie periódica, en vez de una enorme serie de jeroglíficos, destinados cada uno á un año especial, no solo se encuentra entre los artecas, más también en varios pueblos del Asia, aunque el mecanismo material sea diferente.

El calendario solar arriba descripto habría bastado para todos los usos nacionales; pero los sacerdotes inventaron otro para su uso particular: llamábase el *cómputo lunar*, aunque no estaba exactamente acomodado á las revoluciones de la luna: constaba igualmente de dos series, la primera formada por las trece cifras y la otra por veinte jeroglíficos; mas como el producto de ambos números es de 260, y como repetir una de ellas en los 105 dias, que sobraban cada año, podía resultar confusión, inventaron otra tercera serie, compuesta de nueve jeroglíficos, que alternando con las otras dos, hacía imposible la coincidencia de las tres en un solo año, á lo menos durante 2340 que es —20+13+9. Trece era un número místico de sus tablas; no se atina con la razón por qué en este caso recurrieron al número nueve.

Este segundo calendario excitó la santa indignación de los prisioneros misioneros, y el padre Sahagun lo reprueba airadamente, porque «esta manera de adivinanza en ninguna parte puede ser lícita, porque ni se funda en la influencia de las estrellas, ni en cosa ninguna natural, ni su círculo es conforme al círculo del año, porque no tiene más de 260 días, los cuales acabados tornan al principio. Este artificio de contar ó es arte de nigrománti-

co, ó pacto ó fábrica del demonio.» No es fácil decir cuál superstición era mayor, si la de los que inventaron este sistema, ó la de los que impugnaron así. Pero ciertamente no hay necesidad de recurrir á agentes sobrenaturales para explicar las razones en que se funda su origen fácil de hallar en esa ambición de mando, que ha sujerido á los sacerdotes de muchas regiones la invención de misterios, cuya llave estuviese exclusivamente en sus manos.

Por medio de este calendario arreglaban las fiestas y épocas de los sacrificios; hacían todos sus cómputos astrológicos, y llevaban sus anales. La falsa ciencia de la astrología es propia de toda sociedad imperfectamente civilizada, en que el espíritu impaciente del exámen lento y cauto, único capaz de conducir á la verdad, se lanza en un golpe á las regiones de la especulación, é intenta audazmente romper el velo impenetrable que rodea los misterios de la naturaleza. Uno de los caractéres de la verdadera ciencia es reconocer y respetar los linderos que dividen el campo de la razón del de las especulaciones. Tal conocimiento viene tarde. ¿Por cuántos siglos ha agotado el hombre en las brillantes pero estériles pretensiones de la alquimia y la astrología judiciaria, facultades que bien encaminadas le habrían revelado las grandes leyes de la naturaleza?

La astrología es el estudio favorito de las edades primitivas, de aquellas en que el espíritu, incapaz de comprender que esos millones de luminares que brillan con escasa luz en el firmamento, son el centro de sistemas planetarios tan magníficos como el nuestro. se ve naturalmente inclinado á discurrir sobre sus usos más probables, y á buscar conexiones entre ellos y el hombre, para cuyo provecho parecen criados todos los objetos del universo.

Cuando el hijo sencillo de la naturaleza contempla durante la larga noche la marcha augusta de los cuerpos celestes y los mira venir en tropel y desaparecer con las estaciones, es natural que suponga que las últimas están bajo la dependencia de los primeros, que entre unas y otras encuentren relaciones misteriosas, que busque las conexiones que hay entre la venida de los astros y los acontecimientos, que coinciden con ella, y que procure leer en aquellos caractéres de fuego el destino del niño recien nacido. Tal es el origen de la astrología, cuyo falso brillo ha deslumbrado y fascinado á los hombres desde el principio de las sociedades hasta estos últimos tiempos, en que lo ha ofuscado la verdadera luz de la ciencia.

El sistema astrológico de los aztecas no se fundaba en la influencia de los astros, cuanto en la de los signos arbitrarios que habían inventado para designar los meses y los dias. El signo dominante en el cielo lunar de trece días, ejercía su influencia en todos ellos, aunque modificado hasta cierto punto por el de cada dia en especial y aún por el de cada hora. El gran arte del adivino consistía en combinar estas influencias contrarias. En ninguna parte, ni aún en Egipto, se ha dado mayor ascenso á los ensueños de un astrólogo. Llamábase á la cuna del niño, luego que éste nacía: se anotaba excrupulosamente el momento del nacimiento, y la familia permanecía suspensa y temblando, mientras el ministro del cielo estudiaba el horóscopo del niño y registraba el oscuro libro del destino. El mejicano recibía la influencia sacerdotal con el primer aliento que respiraba.

Poco nos ha quedado de la astronomía de los aztecas; pero es evidente por lo menos, que conocían las causas de los eclipses, pues en algunas de sus pinturas se verá el disco de la luna proyectada sobre el sol. Si agruparon las estrellas en constelaciones es dudoso; pero que conocían algunas de las más visibles como las Pléyadas, se infiere de que por ellas arreglaban sus festividades. De sus instrumentos astronómicos no conocemos más que el cuadrante solar. Una inmensa mole circular de piedra esculpida, desenterrada en 1790 de la plaza mayor de Méjico ha proporcionado á un sabio literato, Gama, los medios de establecer ciertos hechos interesantes, con respecto al estado que guardaba entre ellos esta ciencia. Este fragmento colosal, en el cual se ha esculpido el calendario, prueba que tenian procedimientos científicos bastantes para conocer, no solo la hora del día, sino la época de los solsticios y los equinoccios, y el momento del tránsito del sol por el cenit de Méjico.

No se puede contemplar sin asombro la desproporción entre los adelantos en la ciencia astronómica y los demás ramos de la civilización. El conocimiento superficial de algunos de los más sencillos principios de la astronomía, está al alcance hasta del más rudo salvaje; un poco de atención basta para percibir la conexión que hay entre el cambio de las estaciones y al de la posición del sol al salir y al ponerse: fácil es seguir la marcha del gran luminar por los cielos, observando las estrellas que brillan luego que despide en la tarde sus últimos rayos, y las que se apagan al despuntar los primeros: puédese medir la revolución de la luna, señalando sus faces y aún formarse una idea del número de revoluciones, que cabe en un año solar; pero ser capaces de arreglar sus fiestas por el curso de los astros y fijar la verdadera duración del año trópico con una exactitud desconocida de los más célebres filósofos de la antigüedad, no puede menos de ser el fruto de una serie dilatada de exactas y prolijas observaciones, que supone adelantos no pequeños en la carrera de la civilización. Pero ¿de dónde había sacado el grosero habitante de aquellas regiones montañosas tan curiosos descubrimientos? No ciertamente de las hordas bárbaras, que vagaban errantes por los hielos del Norte, ni de las razas meridionales en las cuales parece que no tuvieron contacto alguno. Aunque nos veamos por el gran astrónomo de nuestros días, impulsados á buscar la solución de este problema, admitiendo la analogía del sistema en conjunto, con el de las sociedades asiáticas, siempre nos dejará perplejos la gran discrepancia en los pormenores; por manera que en muchos de estos no podremos menos de reconocer la originalidad de los aztecas.

Concluiré mis noticias sobre la astronomía, dando la descripción de la gran fiesta que celebraban al terminar el ciclo de cincuenta y dos años. En el capítulo anterior hemos hablado de la creencia en que vivían que el mundo debía acabar en cuatro épocas subsecuentes, pero además esperaban firmemente otra catástrofe semejante, que debía verificar á fin de su ciclo, y en el cual el sol debía desaparecer de los cielos, el género humano de la tierra y la oscuridad de los caos debía envolver todo el globo habitable. El ciclo acababa á los últimos de Diciembre, en que la triste avidez de la estación del invierno y la menor duración de la luz, les sugería melancólicos presagios de su próxima extinción; y sus temores iban creciendo gradualmente, hasta llegar al último de los días *aciagos*, con que se completaba el año, se abandonaban á todos los extremos de la desesperación. Hacían mil pedazos sus dioses domésticos ó penates, y á nadie se les permitía encender lumbre en su casa: los muebles y utensilios domésticos eran destruídos; las vestiduras desgarradas, y todo puesto en desorden, porque los espíritus malignos iban á venir á desvastar la tierra.

En la noche del último día se encaminaba de la capital hacia unas altas montañas, distan de ellas dos leguas, una procesión de sacerdotes, que conducían las vestiduras y ornamentos de los dioses: llevaban consigo una noble víctima, la flor de sus cautivos, y todos los instrumentos necesarios para encender el *nuevo fuego*, lo que si se conseguía, se tenía por un agüero propicio de la renovación del ciclo. Despues de llegar á la cumbre de la montaña, la procesión esperaba hasta la media noche: al llegar al cenit, la constelación de las pléyades encendían el *fuego nuevo*, por la fricción de dos estacas, colo-

cadas sobre el herido pecho de la víctima. La llama era comunicada al punto á una hoguera fúnebre, adonde era arrojado el cuerpo del destrozado cautivo. En cuanto alzaban al cielo las llamaradas, arrojaban gritos y esclamaciones de gozo y de triunfo la innumerable multitud, que cubría las colinas, las cumbres de los templos y los techos de las casas, y que ni un instante apartaba la vista del monte del sacrificio. A todas las partes del imperio se despachaban correos con hachas encendidas en señal de aviso, y el elemento querido se veía brillar en los altares y en los hogares domésticos muchas leguas en contorno, mucho antes que el sol, levantándose con su acostumbrada magestad, viniese á dar seguras pruebas de que había comenzado á correr un nuevo ciclo y de que no se habían trastornado para los aztecas las leyes de la naturaleza.

Los trece días siguientes estaban consagrados á los regocijos públicos: las casas eran aseadas y blanqueadas; los vasos rotos se reponían con otros nuevos; el pueblo, vestido de gala, y con coronas y sartas de flores, se agolpaba á los templos en alegres procesiones, para ofrecer oblaciones y tributar acción de gracias á los dioses: había instituídos bailes y juegos emblemáticos de la regeneración del mundo. Era el carnaval de los aztecas, ó mejor todavía, el jubileo nacional, la gran fiesta secular de los romanos y etruscos, aquella fiesta de que decía Suetonio, que «pocos vivientes la habian visto y pocos vivientes volverían á verla».

M. de Humboldt decía hace tres años, que «sería de desear que algún gobierno publicase á sus espensas las reliquias, que aún quedan de la antigua civilización americana, porque solo comparando muchos monumentos se podría llegar á encontrar la llave de esas alegorias en parte astronómicas y en parte míssicas. «Este sabio deseo ha sido realizado, no por gobierno alguno, sinó por un individuo privado: Lord Kingsborough. La gran obra publicada bajo sus auspicios y tantas veces citada en esta introducción, apareció en Lóndres en 1830. Cuando esté completa comprenderá nueve volúmenes, de los cuales ya han salido siete. Los que no la hayan visto podrán formarse una idea de la magnificenbia de la obra, con solo saber que recien publicados, costaba el ejemplar en Lóndres 175 libras esterlinas con láminas iluminadas, y 150 con láminas en negro, bien que posteriormente ha bajado mucho su precio. El objeto de la obra es reproducir todos los manuscritos aztecas que han llegado hasta nosotros, y las pocas interpretaciones que existen, los bellos grabados de Castañeda, relativos á la América Central, con los comentarios de Dupaix; publicar la historia inédita del padre Sahagun, y finalmente, (y no es esto lo menos), las copiosas notas del dueño y editor de la obra.

Nunca se ponderará bastante la ejecución material, su espléndida tipografía, la exactitud y finura de los grabados y la suntuosidad de los materiales. Sin embargo, bien pudo el editor haberse ahorrado muchos gastos supérfluos, y el lector de molestias inútiles, si las láminas hubiesen sido de un tamaño más reducido; pero no es raro en obras calcadas sobre un plan tan magnífico ver sacrificada hasta cierto punto la utilidad ó la ostentación.

La colección de los manuscritos aztecas, aunque no completa, basta para acreditar la diligencia y laboriosidad del compilador, á pesar de que causa extrañeza que ni un solo documento haya sido sacado de España. Pedro Mártir habla de algunos que fueron mandados á España en su tiempo. El marqués de Spinetto examinó uno en el Escorial, que era el código de Mendoza y tal vez el original, porque el de Oxford no es sino copia. Mr. de Waddilove, capellan de la embajada británica en España, dió al doctor Robertson noticia de uno que vió en la misma librería y que él consideraba ser un calendario azteca además de que casi es imposible que los numerosos viajeros que iban al nuevo mundo, no enviasen á la madre patria algunas muestras interesantes de la civilización de aquellos paises. No es ya de temerse que el ilustrado gobierno actual continúe ocultando esos tesoros al examen de los literatos.

No es muy fácil de alabar la disposición de los códigos. En algunos de ellos, como por ejemplo el de Mendoza, las láminas no están numeradas; asi que, quien quisiera estudiarlo, por medio de la interpretación correspondiente, se encontraría perdido en aquel laberinto de jeroglíficos, sin guía que lo condujese. Sobre el valor positivo y autenticidad de los documentos, ó cuando menos su historia, no se dan más noticias que una estéril referencia de la librería particular de donde se han sacado; si bien es cierto que en estas materias poco se puede decir, porque poco se sabe. Pero otras partes de la obra sí se pueden tachar justamente de faltas de método. Por ejemplo, el libro 6° de la historia del padre Sahagun se le ha sacado de su lugar natural, y se le ha llevado del cuerpo de la historia de que es parte, al volúmen anterior. La gran hipótesis, que es el objeto de la obra, se esplana en una barahunda de notas inconexas con el texto, y tan desímbolas como los cuentos de la reina Scheherezada, en las noches arábigas, aunque no tan entretenidas como ellas.

La mira á donde se dirigen las especulaciones de Lord Kingsborough es para probar la colonización de Méjico por los israelitas: á esto se dirigen todos los tiros de su ingenio y de su valor. A este fin se desmarañan jeroglíficos, se comparan manuscritos, se dibujan monumentos. Esta teoría, cualquiera que sea su mérito real, nunca será popular, porque en vez de presentarla en una forma clara, sencilla, fácilmente comprensible, está explanada en infinito número de notas, salpicadas abundantemente de citas en lenguas extranjeras, así antiguas como modernas; por manera que el lector, después de fluctuar en un océano de fragmentos, sin luz ni guía, se siente como el diablo de Milton, cuando quería abrirse paso para el caos:

Sin hallar junto así ni mar ni tierra
do naufragar ó en que viajar seguro.

Pero sería una injusticia negar que el autor, si no siempre convence, siempre muestra sagacidad en descubrir analogías, da pruebas de que conoce perfectamente su asunto y ostenta una erudición sólida, aunque á veces cansada, que cualesquiera que sean los defectos de la colección, ésta es bastante rica en documentos inéditos, sobre no solo la historia azteca, sino aun pudiera decirse que sobre la de toda la América; y finalmente, que ejecutando esa obra dispendiosa, que ningún gobierno habría querido y pocos individuos habrían podido emprender, el autor se ha hecho digno de la estimación y gratitud de todos los amigos de las ciencias.

Otro escritor que debe consultar el que quiera estudiar las antigüedades mejicanas, es don Antonio Gama. Su vida encierra algunos de esos incidentes tan frecuentes en la de los literatos. Nació en Méjico en 1735, de una familia respetable y se le inclinó á las leyes. Bien pronto conoció él que en la carrera de las matemáticas podía hacer progresos, y se dedicó á ellas especialmente. En 1771 comunicó sus observaciones sobre el eclipse de ese año al astrónomo francés Lalande, que las publicó en París, haciendo grandes alabanzas del autor. La reputación sin cesar creciente de Gama, llamó la atención del gobierno, que lo ocupó en varias comisiones científicas. Su pasión favorita era, en medio de todo esto, el estudio de las antigüedades indias; así es que procuró instruirse completamente en la historia de las razas aborígenes, sus lenguas, sus tradiciones, y en cuanto era posible, en la interpretación de sus jeroglíficos. El descubrimiento de la piedra del calendario en 1790 le presentó una coyuntura de dar á conocer el fruto de sus estudios anteriores. y su habilidad como anticuario. Publicó un ensayo maestro sobre aquel monumento, explicando el objeto á que

ambos estaban destinados, y derramando un torrente de luz sobre la astronomía, mitología y sistema astrológico de los aztecas. Continuó después sus investigaciones, siguiendo el mismo camino, y escribió algunos tratados sobre la gromónica, jeroglíficos y aritmética de los indios. Todas sus obras, juntamente con una reimpresión de la primera, no se han publicado, sino hace pocos años por el laborioso Bustamante. Murió en 1802, dejando en su patria una hermosa memoria de su vida, en la cual, aunque se encontraban rasgos de esa superstición tan frecuente en los hispano-mejicanos, había también los nobles sentimientos propios de un sabio. Su reputación literaria es propia de un escritor diligente, exacto y sagaz. Sus conclusiones no adolecen ni de esa propensión á teorizar, tan común en los filósofos, ni de esa credulidad indiscreta, tan natural de los anticuarios. Trata su asunto con la cautela y rigor de un matemático, cuyos pasos son otras tantas demostraciones. M. Humboldt consultó mucho la primera obra de Gama, de lo cual hace alarde; pero no obstante los elogios de aquel escritor popular y el mérito intrínseco de los escritos de Gama, son poco conocidos fuera de su patria y casi se puede decir que su fama no ha llegado del otro lado de los mares.

46—El abate Rainal sostiene que los mejicanos debían estar atrazados en civilización, cuando no conocían el uso del hierro; pero los egipcios tampoco lo conocían ó usaron muy poco, pues sus monumentos han sido construídos con instrumentos de bronce, de lo que eran sus utensilios domésticos y sus armas.

47—«Los célebres bajos relieves del último Motezuma y de su padre, labrados en roca maciza en los bellos bosques de Chapoltepec, fueron deliberadamente destruídos por orden del gobierno, nada menos que en el último siglo. Los monumentos de los bárbaros se tenían tan en poco por los hombres civilizados, como los de estos por los bárbaros». Prescott.

A este respecto dice Pedro Martir: «Los conquistadores raras veces reparaban los edificios que estaban arruinados. De mejor gana habrían saqueado veinte magníficas ciudades, que levantar un edificio.»

48—«Las imágenes esculpidas eran tan numerosas, que los cimientos de la catedral en la plaza mayor de Méjico, se dicen que fueron enteramente compuestos de ellas: este lugar puede por tanto reputarse como el gran depósito de los tesoros de la antigua escultura, que ahora yacen allí escondidos, á pesar de que los monumentos de esta clase se encuentran en la capital esparcidos por todas partes; de manera que casi no se abre un cimiento sin encontrar algunos restos arruinados de las artes barbáricas. Pero como son poco estimadas, cuando no se les despedaza brutalmente hasta dejarlas inservibles, se las destina á formar las paredes de los nuevos edificios». Prescott.

49—«La pieza de escultura más interesante de cuantas hasta ahora se han desenterrado, es la piedra del calendario, de que hemos hablado en el capítulo precedente. Es de duro pórfido y del tamaño que tenía cuando se sacó de la cantera: se calcula que pesará cerca de cincuenta toneladas: fué traída de unas montañas que están más allá del lago de Chalco, á muchas leguas de la ciudad, por un camino quebrado y cortado por ríos y canales. Al pasarla por un puente se hundió éste, y la enorme piedra se sumergió en el agua, de donde costó gran trabajo sacarla. El hecho de trasportar tan enorme fragmento de pórfido, á la distancia de muchas leguas, teniendo que vencer tantos obstáculos y sin la ayuda de bestias de carga, porque como ya hemos dicho, los aztecas no las conocian, da ideas no despreciables, de su habilidad en la mecánica y de la potencia de sus máquinas: de aquí podíamos inferir que sus adelantos en aquella ciencia no eran inferiores á los que en la astronomia y en la geometría están atestiguando las inscripciones de la piedra misma.» Prescott.

Diez mil hombres se emplearon en el trasporte de esta enorme mole, según Pezozomoc, cuya narración, con todos los prodigios que la acompaña, ha sido minuciosamente copiada por Bustamante: este licenciado muestra tal gusto por lo maravilloso, que no le iría en zaga á un fraile de la Edad Media.

El viajero inglés Latrobe ha conciliado perfectamente las maravillas del arte y la naturaleza, suponiendo de esas piedras enormes se trasportaban por medio de mastodontes, cuyos restos se han desenterrado algunas veces del valle de Méjico.

50—Dice Herrera: «que tambien sabían esmaltar; pondera la habilidad de los plateros mejicanos para hacer pájaros y animales con alas y miembros, que se movían de la manera mas curiosa». (Pero á fines de este siglo, se les dan todos los movimientos que se quieren, y se es hace cantar, imitando perfectamente el canto de la especie de ese mismo pájaro)».

Y ya que de pájaros hablamos, diremos que el que se llama calandria en América, es más conocido en Europa por alondra; y que el zorzal, cuyo canto es un estridente y variadísimo silvido, lleno de sorprendentes ondulaciones, tambien es llamado turpial, trupial y acolchi.

«Los planteros españoles no pudieron menos que confesar, que los aztecas les aventajaban en estas curiosas manufacturas.

Los antiguos mejicanos fabricaban para el uso doméstico utensilios de barro, de que aún quedan muchas muestras: hacían vasos y copas de madera pintada y barnizada, que ademas de no dejar pasar la humedad, tenían colores muy vistosos. Sus tintes los sacaban del reino vegetal como del animal, y entre ellos figuraba tanto el rico carmesí de la cochinilla, rival moderno de la púrpura tiria. A Europa se trajo de Méjico, donde se le conserva con gran esmero en los plantios de *cactus*, cuyo cultivo ha caído despues en el abandono. Con ella daban los naturales hermosos tintes á sus diversas telas de algodón, el cual crece abundantemente en las regiones cálidas del país. Poseían además el arte de entretejerle con pelo de conejo y de otros animales, con lo cual las telas no eran no solo más bellas, sino de más abrigo: sobre estas manufacturas, enteramente originales, bordaban pájaros, flores y otras figuras graciosas.

Pero el arte en que más sobresalían y que cultivaban con más especial complacencia era el plumaje, ó arte de trabajar las plumas. Con ellas producían todos los efectos del más primoroso mosaico: el vistoso plumaje de las aves de los trópicos y principalmente el de la familia de los papagayos, les ofrecía una variedad infinita de colores: el vello finísimo y brillante del colibrí, que en bandadas frecuenta los bosques de madreselva, les proporcionaba delicados y esquisitos matices para dar á sus pinturas una perfección admirable. Las plumas sobrepuestas á las telas, formaban el vestido de los ricos, el tapiz de sus aposentos y los ornamentos de sus templos. Ningún artículo de la industria azteca fué tan admirado de los conquistadores como éste, del cual remitieron á Europa numerosas muestras. Es ciertamente digno de lamentar que haya caído en el olvido un arte tan gracioso». Prescott.

El conde Carli se sintió arrebatado de entusiasmo al ver en Strasburgo una muestra de pinturas de plumas: «jamás se ha hecho, segun creo,—esclama—cosa más esquisita en cuanto al brillo de los colores, á la imper-

ceptible gradación de los matices y á la belleza del dibujo: ningún artista europeo pudiera haber trabajado cosa semejante».

51—«Los españoles encontraron al llegar á Méjico un número inmenso de pavos domesticados, porque allá los comían más comunmente, que ninguna otra volatería. En el estado salvaje se les encontró en los lugares poco frecuentados, no solo en Nueva España, sino en todo el continente, desde la parte N.O. de los Estados Unidos hasta Panamá. El pavo salvaje es más grande, más hermoso, y por todos títulos una ave más esquisita que la domesticada. Franclin, dice, chanceándose y con cierto chiste, «que merecía haber sido preferido al águila para emblema nacional».

«Esta hermosa ave fué traída de Méjico á Europa; los españoles la llamaban *gallopavo*, por su semejanza con el pavo real: igual dice Oviedo, que poco tiempo despues de la conquista vió esta ave en las indias occidentales, donde dice había sido llevado de la Nueva España. Algunos europeos olvidaron, sin embargo, tan pronto su origen, que la llamaron *turkey*, indicando con esto la creencia vulgar de que procedía del Oriente. Varios naturalistas de peso han sostenido su origen asiático ó africano; pero estas opiniones no pueden prevalecer sobre la del sagaz y mejor instruido Buffon». Prescott.

52—Prescott copia los siguientes consejos de una madre azteca á su hija, de la obra de Sahagun, Historia de Nueva España.

(Por el siguiente fragmento se puede formar el lector idea exacta de la estraña mezcla de sencillez, casi pueril y de sublimidad moral, del original azteca: tal es el efecto de una civilización que apenas despunta.)

«Hija mía muy amada, muy querida *palomita:* ya has oido y notado las palabras que tu señor padre te ha dicho: ellas son palabras preciosas, y que raramente se dicen ni se oyen, las cuales han procedido de las entrañas y corazón en que estaban atesoradas, y tu muy amado padre bien sabe que eres su hija engendrada de él; eres su sangre y carne, y sabe Dios Nuestro Señor que es así, aunque eres mujer *é imajen de su padre*. ¿Qué más te puedo decir, hija mía, de lo que ya está dicho? ¿Qué más puedes oir de lo que has oido de tu señor y padre, el cual te ha hablado copiosamente, lo que te cumple hacer y guardar, ni ninguna cosa ha quedado de lo que te conviene, que no lo haya tocado? Pero por hacer lo que soy obligada para contigo, quiérote decir algunas pocas palabras.

Lo primero que te encargo mucho es que guardes, y que no olvides lo que tu señor y padre ya te dijo, porque son todas cosas muy preciosas; y las personas de su suerte raramente publican tales cosas, y que son palabras de señores y sábias, apreciables como piedras ricas y muy laboradas; mira, pues, que las tomes y guardes en tu corazón y las escribas en tus entrañas. Si Dios te diere vida, con aquellas mismas palabras has de doctrinar á tus hijos é hijas, si Dios te lo diere.

Lo segundo que te quiero decir, es que mires *que te amo mucho, que eres mi hija querida;* acuérdate que te traje en mi vientre nueve meses, y de que naciste y te criaste en mis brazos: yo te ponía en la cuna y de allí en mi regazo y con mi leche te crié. Esto te digo, porque sepas que yo y tu padre fuimos los que te engendramos, y ahora te hablamos doctrinándote. Mira que tomes nuestras palabras y las guardes en tu pecho. Cuida que tus vestidos sean honestos y limpios y como conviene: mira que no te atavies con cosas curiosas y muy labradas, porque esto significa fantasía, poco seso y locura. Tampoco conviene que tus atavíos sean muy viles, sucios ó rotos, como son los de gente baja, porque estos andrajos son señal de gente vil y de quien se hace burlar. Tus vestidos sean honestos y limpios, de manera que ni parezcas fantástica ni vil. Cuando hablares, no te apresurarás en el hablar con desasosiego, sino poco á poco y sosegadamente: cuando hablares no alzarás la voz, ni hablarás muy bajo, sino con mediano sonido, ni adelgazarás mucho cuando hables, ni cuando saludes, ni hablarás por las narices, sino haz que tus palabras sean honestas y de buen sonido y la voz mediana. No seas curiosa en tus palabras. Mira, hija, que en el andar has de ser honesta; no andes con apresuramiento ni con demasiado despacio, porque es señal de pompa andar despacio, y el andar aprisa tiene el resabio de desasosiego y poco asiento.

Andando, llevarás un medio, que ni andes muy de prisa ni muy despacio; y cuando fuere necesario andes de prisa. hacedlo así, por eso tienes discreción. Para cuando fuere necesario saltar algún charco, saltarás honestamente, de manera que ni parezcas pesada, torpe ni liviana. Cuando fueres por la calle ó por el camino, no lleves inclinada mucho la cabeza ó encorvado el cuerpo, ni tampoco vayas muy levantada la cabeza, porque es señal de mala crianza: irás derecho y la cabeza poco inclinada. No lleves la boca abierta ó la cara con vergüenza: no vayas mirando á manera de cegatona, ni hagas con los pies meneos de fantasía por el camino: anda con sosiego y con honestidad por la calle. Lo otro que debes notar, hija mía, es que cuando fueres por la calle no vayas mirando acá ni acullá, ni volviendo la cabeza á mirar á una parte y á otra, ni irás mirando al cielo, ni tampoco irás mirando la tierra.

A los que encontrares, no los mires con ojos de persona enojada, ni hagas semblante de persona incómoda, sino que mira á todos con cara serena: haciendo esto no darás á nadie ocasión de enojarte contra tí. Muestra tu aspecto y disposición como conviene, de manera que no lleves el semblante como enojada, ni tampoco como risueña. Mira tambien, hija, que no se te dé nada por las palabras que oyeres, yendo por el camino, ni hagas cuenta de ellas, digan lo que dijeren los que van y vienen.

No cures de responder ni de hablar; mas haz como que no íos oyes ni los entiendes; porque haciendo de esta manera, nadie podrá decir con verdad que dijiste tal cosa. Mira tambien, hija, que nunca te acontezca afeitar la cara ó poner colores en ella ó en la boca, por parecer bien, porque es señal de mujeres mundanas y carnales. Los afeites y colores son cosas que las malas mujeres usan, las desvergonzadas, que ya han perdido el pudor y aun el sexo, que andan como locas y borrachas: estas se llaman *rameras*: para que tu marido no te aborrezca, atavíate, lávate y lava tus ropas, y esto sea con regla y con discreción; porque si cada día te lavas y también las ropas, decirse ha de tí que eres *relimpia* y que eres demasiado regalada: llamarte han *tapepetzon tinemaxoch*.

Hija mía, este es el camino que has de llevar, porque de esta manera nos criaron tus señoras antepasadas, de donde vienes. Las señoras nobles, ancianas, canas, abuelas, etc., no nos dijeron tantas cosas como yo te he dicho; no nos decían sino algunas pocas pocas palabras, y nos hablaban de esta manera: «Oid, hijas mías: en este mundo es menester vivir con mucho aviso, y recato: oye esta comparación que ahora te diré y guárdala, y de ella toma ejemplo y dechado para bien vivir. Acá en este mundo vamos por un camino bien angosto, muy alto y muy peligroso, el cual es como una loma altísima, y por lo empinado de ella va un camino muy estrecho: á la una mano está gran profundidad y hondura sin suelo, y si te desviares del camino á una ú otra mano, caerás en aquel profundo; por tanto, conviene con mucho tiento, seguir el camino.»

Hija muy tiernamente amada y palomita mía: guarda este ejemplo en tu corazón y mira que no te olvides que este será candela y como lumbre por todo el tiem-

po que vivieres en este mundo. Solo una cosa, hija mía, me resta por decirte para acabar mi plática: si Dios te diere vida, si vivieres algunos años sobre la tierra, mira que no des tu cuerpo á algún hombre; mira que te guardes mucho que nadie llegue á tí ni tome tu cuerpo: si perdieres tu virginidad, y después de esto te demandare por mujer alguno y te casares con él, nunca se habrá bien contigo, ni te tendrá verdadero amor; siempre se acordará que no te halló vírgen, y esto será causa de gran aflicción y trabajo: nunca estarás en paz, siempre estará tu marido sospechoso de tí.

¡Oh, hija mía, muy amada palomita! Si vivieres sobre la tierra, mira que en ninguna manera te conozca más de un varón; y esto que ahora te quiero decir, guárdalo como mandamiento estrecho. Cuando fuere Dios servido de que tomes marido, estando en su poder no te altivezcas: mira que no le desprecies ni des licencia á tu corazón para que se incline á otra parte; no te atrevas á él; mira que en ningún tiempo ni en ningún lugar le hagas traición que se llame *adulterio*: mira que no des tu cuerpo á otro, porque esto, hija mía muy querida y muy amada, es una caída en una sima sin suelo, que no tiene remedio ni jamás se puede sanar.

Según es el estilo del mundo, si fuere sabido, y si fueres vista, por este delito matarte han, echarte han en una calle para ejemplo de toda la gente, donde serás por justicia machucada la cabeza y arrastrada; de esto dice un refrán.... *Probarás la piedra, serás arrastrada y tomarán ejemplo de tu muerte*: de aqui sucederá infamia y deshonra á nuestros antepasados, señores y señoras y senadores de donde venimos y de donde naciste; ensuciarás su ilustre fama y gloria, con la inmundicia y polvo de tu pecado.

Asi mismo perderás tu fama, tu nobleza y tu generosidad: tu nombre será olvidado y aborrecido: de tí se dirá el refrán: *que fuiste enterrada en el polvo de tus pecados:* y mira bien, hija mía, que aunque nadie te vea, ni tu marido sepa lo que pasa, te ve Dios, que está en todo lugar; enojarse ha contra tí y también despertará la indignación del pueblo contra tí y se vengará como él quisiere ó te tullirás por su mandato ó cegarás ó se te podrirá el cuerpo, ó vendrás á la última pobreza, porque te atreviste y arrojaste á obrar contra tu marido, que por ventura te dará la muerte ó te pondrá debajo de sus pies, enviándote al infierno.

Nuestro Señor misericordioso es; pero si hicieres traición á tu marido, aunque no sepa, aunque no se publique, Dios, que está en todo lugar, tomará venganza de tu marido, que siempre estará enojado contra tí y siempre te hablará con enojo. Mira, hija mía muy amable, á quien amo tiernamente; mira que vivas en el mundo en paz, reposo y contento los días que vivieres; mira que no te infames, que no mancilles tu honra, que no ensucies el lustre y fama de nuestros señores antepasados, de los cuales vienes: mira que á mí y á tus padres nos honres y nos des fama con tu buena vida. Hágate Dios muy bienaventurada, hija mía, primogénita, y llegate á Dios, el cual está en todo lugar».

53—Dice Las Casas: «que su nombre convenía con su carácter, pues Motezuma, en su lenguaje azteca significa: *hombre triste ó austero.*

«Puso luego toda su felicidad en ir ganando voluntades, á cuyo fin se sirvió de algunas artes de política: ciencia que no todas veces se desdeña de andar entre los bárbaros, y que antes suele hacerlos, cuando la razón, que llaman de estado, se apodera de la razón natural. Afectaba gran obediencia y veneración á su rey, y extraordinaria modestia y compostura en sus acciones y palabras: cuidando tanto de la gravedad y entereza del semblante, que solían decir los indios, que le venía bien el nombre Motezuma, que en su lengua significa *príncipe sañudo*, aunque procuraba tempiar esta severidad, forzando el agrado con la liberalidad». Solís.

54—Esta alocución, que se encuentra íntegra en Torquemada, la ha publicado recientemente Bustamante en su obra: TEZCUCO EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS.

55—No sabemos que admirar más: si la superstición de los indígenas al creer y referir tan fantásticos sucesos, ó la credulidad de Solis al escribir el siguiente párrafo: «En ambos acontecimieutos pudo tener alguna parte, (Nota de Revilla. No en alguna parte, sino en el todo; y aun más todavía, la credulidad de los escritores y su afán por lo maravilloso), la credulidad de aquellos bárbaros, de cuya relación lo entendieron los españoles. Dejemos su recurso á la verdad; pero no tenemos por inverosímil que el demonio se valiese de semejantes artificios para irritar á Motezuma contra los españoles y poner estorbos á la introducción del Evangelio; pues es cierto que pudo (suponiendo la permisión divina en el uso de su ciencia), fingir y fabricar estos fantasmas y apariciones monstruosas, ó bien formarse aquellos cuerpos visibles, condensando el aire con la mezcla de otros elementos, ó lo que más veces sucede, visiando los sentidos y engañando la imaginación, de que tenemos algunos ejemplos en las sagradas letras, que hacen creibles los que se hallan del mismo género en las historias profanas». Solis.

A propósi o de esos milagros trae Lafuente, en su HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, después de dar razón de la muerte de Carlos V, la siguiente nota: «Sandoval, Vida del emperador en Yuste, pág. 13. No escasean los historiadores eclesiásticos sus relaciones de apariciones y prodigios, que dicen haberse visto y observado á su muerte. Según el P. Sigüenza, uno ó dos cometas anunciaron por espacio de muchos dias su enfermedad y fallecimiento. La noche que murió brotó de repente el capullo de una azucena que había en el jardinillo, junto á la ventana de su aposento, cuya flor se colocó después delante de la custodia. Un monge del Escorial avisó, andando el tiempo, á Felipe II, que le había sido revelado, cómo el alma de su padre había salido del purgatorio. Al decir del obispo Sandoval, una ave grande, mitad blanca, mitad negra, vino por espacio de cinco noches de la parte de Oriente, y posándose sobre el tejado de la capilla, daba cinco gritos con algún intervalo de uno á otro, y luego volaba hacia el Poniente, con gran admiración de los padres del convento. Estos y otros semejantes prodigios han sido repetidos después por varios historiadores. El lector les dará la fe que le parezca puedan merecer.

56—Dice Las Casas: «Quedaron todos los que vieron aquèstas tan ricas y tan bien artificiadas y hermosísimas, como de cosas nunca vistas».

57—El padre Sahagun describe del modo siguiente aquellas piedras tan preciosas en Méjico, que solo á los nobles era permitido usarlas: «Las chalcuites son verdes y no trasparentes, mezcladas de blanco; úsanla mucho los principales, trayéndolas á las muñecas atadas en hilo, y aquello en señal de que es persona noble el que las trae».

58—Portocarrero era partidario de Cortés y Montejo de Velázquez; lo que exprofeso nombró á ambos de alcaldes, para que así no tuvieran queja sus contrarios. Todos los demás del Ayuntamiento eran sus amigos.

59—Solis trae este largo discurso que copió íntegro Robertson, y al que dice Frescott, *no debe darse mayor crédito*, como á otros muchos, que trae tambien Solis, «por estar escritos siglo y medio despues de pronunciados.»

Y nosotros preguntamos además, ¿qué taquígrafos tenían los conquistadores, para que así pasaran íntegros á á la historia? Lo mas que podría concederse es lo que Bernal Diaz y otros trasmitieron en sus relaciones, diciendo lacónicamente:—en tal situación díjose tal ó cual cosa,—lo que sin duda sirvió á Solis para escribir discursos extensos, según correspondían al caso.

60—El siguiente extracto,—que tomamos de la obra de Prescott,—de la célebre carta dirigida al Emperador por el Ayuntamiento de la Villa Rica de Veracruz, da una idea sucinta de la fundación de la primera colonia en Méjico y del nombramiento hecho en Hernán Cortés para Justicia Mayor y Capitán general. (El original se conserva en la librería Imperial de Viena).

«Despues de se haber despedido de nosotros el dicho Cacique, y vuelto á su casa, en mucha conformidad, como en esta armada venimos, personas nobles, caballeros hijos dalgo, zelosos del servicio de Nuestro Señor y de Vuestras Reales Altezas, y deseosos de ensalzar su Corona Real, de acrecentar sus Señoríos, y de aumentar sus rentas, nos juntamos y platicamos con el dicho Capitán Fernando Cortés, diciendo que esta tierra era buena, y que según la muestra de oro que aquel Cacique había traído, se creía que debía ser muy rica, y que según las muestras que el dicho cacique había dado, era de creer que él y todos sus indios nos tenían muy buena voluntad.

Por tanto que nos parecía que nos convenía al servicio de Vuestras Magestades, y que en tal tierra se hiciese lo que Diego Velazquez había mandado hacer al dicho Capitán Fernando Cortés, que era rescatar todo el oro que pudiese, y rescatado volverse con todo ello á la isla Fernandina, para gozar solamente de ello el dicho Diego Velazquez y el dicho Capitán; y que lo mejor que á todos nos parecía era, que en nombre de Vuestras Altezas Reales, se poblase y fundase allí un pueblo en que hubiese justicia para que en esta tierra tuviesen Señorío, como en sus Reinos y Señoríos lo tienen, porque siendo esta tierra poblada de Españoles, demas acrecentar los Reinos y Señoríos de Vuestras Magestades, y sus rentas, nos podrían hacer mercedes á nosotros y á los pobladores de que mas allá viniesen adelante, y acordado esto, nos juntamos en concordes de un ánimo y voluntad, y hicimos un requirimiento al dicho Capitán, en el cual dijimos: que pues él veia cuanto al servicio de Dios Nuestro Señor y al de Vuestras Magestades convenía, que esta tierra estuviese poblada, dándole las causas de que arriba á Vuestras Altezas se ha hecho relación, que la requerimos que luego cesase de hacer rescates de la manera que los venía á hacer, porque sería destruir la tierra en mucha manera, V. V. Magestades sería en ello muy deservidos; que ansi mismo le pedimos y requerimos que luego nombrase para aquella villa, que se había para nosotros de hacer y fundar, Alcaldes y Regidores, en nombre de Vuestras Reales Altezas, con ciertas protestaciones en forma, que contra él protestamos si ansi no lo hiciesen, y hecho este requirimiento al dicho Capitán, dijo que daría su respuesta al día siguiente; y viendo pues el dicho Capitán como convenia al servicio de Vuestras Reales Altezas lo que le pedíamos, luego otro día nos respondió diciendo, que su voluntad estaba mas inclinada al servicio de Vuestras Magestades que á otra cosa alguna, y que no mirando el interés que á él se le siguiese, si proseguía en el rescate que traía, propuso de rehacer los grandes gastos que de su hacienda había hecho en aquella armada, juntamente con el dicho Diego Velazquez, antes poniéndolo todo le placía y era contento de hacer lo que por nosotros le era pedido, pues que tanto convenía al servicio de Vuestras Reales Altezas; y luego comenzó con gran diligencia á poblar y fundar una villa la cual puso por nombre Rica Villa de Vera Cruz, y nombrónos á los que la delantes suscribimos por Alcaldes y Regidores de la dicha Villa y en nombre de Vuestras Reales Altezas recibió de nosotros el juramento y solemnidad que en tal caso se acostumbra y suele usar.

Despues de lo cual otro día siguiente entramos en nuestro cabildo y ajuntamiento, y estando así juntos enviamos al dicho capitán Fernando Cortés y le pedimos á nombre de Vuestras Reales Altezas, que nos mostrase los poderes é instrucciones que el dicho Diego Velazquez le había dado para venir á estas partes, el cual envió luego por ellos y nos los mostró; y vistos y leídos por nosotros, bien examinados, segun lo que pudimos mejor entender, hallamos á nuestro parecer que por los dichos poderes é instrucciones no tenía mas poder el dicho Capitan Fernando Cortés, y que por haber ya espirado no podía usar de justicia ní de Capitán de allí adelante; pareciéndonos, pues, muy Excelentísimos Príncipes que para la pacificación y concordia entre nosotros y para nos gobernar bien, convenía poner una persona para su Real servicio, que estuviese en nombre de Vuestras Magestades en la dicha villa y en estas partes por justicia mayor y Capitán y cabeza, á quien todos acatásemos hasta hacer relación de ello á Vuestras Reales Altezas para que en ello proveyesen los que mas servidos fuesen, y visto que á ninguna persona se podría dar mejor el dicho cargo que al dicho Fernando Cortés, porque además de ser persona de tal cual para ello conviene, tiene muy gran zelo y deseo del servicio de Vuestras magestades.

Y ansi mismo por la mucha esperiencia que de estas partes y islas tiene, de causa de los cuales ha siempre dado buena cuenta, y por haber gastado todo cuanto tenía por venir como vino con esta armada en servicio de Vuestras Magestades, y por haber tenido en poco, como hemos hecho relación, todo lo que podía ganar y interese que se le podía seguir, si rescatara, como traía concertado, y le proveíamos en nombre de Vuestras Reales Altezas de justicia y Alcalde mayor, del cual recibimos el juramento que en tal caso se requiere, y hecho como convenía al Real servicio de Vuestra Magestad, lo recibimos en su Real nombre en nuestro ajuntamiento y cabildo por Justicia Mayor y Capitán de Vuestras Reales armas, y así está y estará hasta tanto que Vuestras Magestades provean lo que mas á su servicio convenga: hemos querido hacer de todo esto relación á Vuestras Reales Altezas, porque sepan lo que acá se ha hecho y el estado y manera en que estamos.

Y Prescott espone: «Esto debe parecer muy natural á quien quiera que considere que Cortés había nombrado á aquel cuerpo y aquel cuerpo le nombró á él. Pero el afectado respeto á las formas legales, encubría por entonces, á lo menos, de cierto barniz sus procedimientos para con las tropas. En cuanto á lo futuro, se confió á su buena estrella, ó en otros palabras, al éxito de su empresa, para justificar su conducta ante el emperador; y en efecto no se equivocó en su cálculo.

¡Tal era la habilidad de este hombre extraordinario, y tal el influjo que en pocos meses había adquirido sobre aquellas almas indómitas y turbulentas! Con tan súbita transformación de un campamento militar en sociedad civil, había zanjado los nuevos y firmes cimientos para sus operaciones ulteriores. Ya podía desde ahora proceder sin temor de que la sojuzgase ó desaprobase su conducta ninguna otra autoridad superior, excepto la corona, bajo cuya única inspección quedaba desde aquel momento. Procediendo de esta manera, lejos de incurrir en la nota de usurpador, ó de trasgresor de las autoridades legítimas, había hecho caer en gran parte la responsabilidad sobre los que le habían precisado á obrar. Sobre todo, aquel paso había vinculado estrechamente la suerte de sus compañeros con la suya propia: habian tomado su suerte en aquella aventura, buenas ó malas, tenian que soportar las resultas. Ya no se proponía á ceñirse á un sórdido comercio, sino que seguro de la cooperación de todos, iba á meditar y desenvolver gradualmente los

magníficos y atrevidos proyectos, que guardaba en su pecho, acerca de la conquista del imperio.»

61—La cumbre del Orizaba, segun Humboldt, se eleva á la inmensa altura de 17.568 pies sobre el nivel del mar.

62—Las Casas daba á este pueblo veinte ó treinta mil habitantes; pero Torquemada lo hizo ascender hasta ciento cincuenta mil. Este lugar fué abandonado despues de la conquista, y sus ruinas subsistian hasta fines del siglo pasado.

63—Luego supieron los españoles por doña Marina,—como ellos la llamaban,—que era costumbre entre los aliados ó cuando ayudaban en las guerras á sus señores, el contribuir con sus tamanes ó tropa de cargadores, los cuales andaban cinco ó seis leguas, con dos ó tres arrobas de peso.

64—«Dice don Antonio de Herrera que pasaría de cien mil hombres la gente de armas, que ofrecieron estos caciques: no la contó Bernal Díaz ni llegó el caso de alistarla: sería grande el número por ser muchos los pueblos y fáciles de mover contra Motezuma. particularmente cuando la serranía constaba de indios belicosos, recien sujetos ó mal conquistados». Solis.

65—No obstante las ventajas de su situación, á poco de la conquista abandonaron los españoles la Villa Rica y se fueron á un lugar que está hacia el Sud, no lejos de la embocadura del rio de la Antígua. Este segundo establecimiento era conocido con el nombre de «Veracruz la vieja.» A poco tiempo, en el siglo XVII dejaron tambien este lugar por el llamado hoy «Veracruz la nueva».

66—«O mas bien relación circunstanciada de todo lo descubierto hasta la fecha: esto es 10 de Julio de 1519. Robertson equivoca esta data, tomando la del 16 del mes, día de la partida de los dos Comisionados.» José de la Revilla, quien ha aumentado la nueva edición de la Historia de la conquista de Méjico, de Solís, publicada en Paris en 1858 en un Resumen histórico, de la Conquista de Nueva España, desde la rendición de Méjico hasta el fallecimiento de Hernán Cortés, é ilustrándola con notas.

«El doctor Robetson asegura que con este motivo fué registrada la libreria imperial de Viena. No he sido yo mas afortunado en las pesquizas que hecho en el Museo Británico, en la Real Librería de Paris y en la de la Academia de Historia de Madrid. Esta última es un gran repertorio de documentos relativos á la historia de las colonias; pero un exámen escrupulosísimo de ella, me ha hecho conocer que la carta de que se trata falta en la colección. Como el emperador la recibió en la noche de su embarco para Alemania y la carta de Veracruz partió á este mismo tiempo, es probable que esté sepultada en Viena.» Prescott.

67—En la carta de Veracruz hay un inventario completo de todas las cosas mandadas por Motezuma.

Las siguientes son solamente algunas de ellas·

Dos collares de oro y piedras preciosas.

Cien onzas de oro puro, para que vieran sus altezas las cosas mandadas por Motezuma.

Dos pájaros con pluma verde con patas, pico y ojos de oro.

Una gran cabeza de serpiente, de oro.

Otro pájaro de pluma verde, con las patas, el pico y los ojos de oro.

Otros dos pájaros de hilo y plumas, con las plumas de las alas y de la cola, las patas, ojos y estremos de los picos, de oro: ambos están descansando en dos cañas cubiertas de oro, que nacen de unas bolas de pluma bordadas de oro, unas de ellas blanca y la otra amarilla; pendiendo de cada una siete borlas de plumaje.

Una gran rueda de plata del peso de cuarenta marcos; y otras más pequeñas del mismo metal.

Una caja de cuero bordada de plumas, con una gran lámina de oro de setenta onzas de peso en la parte media.

Dos piezas de estofas tejidas con pluma: otra de colores muy variados y otra con figuras blancas y negras.

Una gran rueda de oro con figuras de animales raros y bordada con penachos de hojas, del peso de tres mil ochocientas onzas.

Un abanico de variadas plumas, con treinta y siete varillas de oro.

Cinco abanicos idem, cuatro de ellos con diez y el otro con quince varillas envueltas en oro.

Diez y seis escudos de piedras preciosas, con plumas de muchos colores, pendientes de orla.

Dos piezas de algodón finísimo, con bordados negros y blancos.

Seis escudos, cada uno de ellos cubierto con una lámina de oro, y con una cosa en el centro, algo parecida á una mitra.

«Tal era el contenido de la famosa *Carta primera de Cortés al Emperador Cárlos V*, que hasta aquí ha sido en vano buscar en las librerías de Europa. Que tal carta existió, lo prueban indudablemente, hasta las referencias á ella, que se hacen en las cartas subsecuentes, como en los escritos de la época». Prescott.

No pudo dirijir Cortés *su primera carta* á su monarca, dirijida *al emperador Cárlos quinto*, porque éste fué declarado emperador en Alemania el 28 de Junio de 1519 y la carta de Cortés es de fecha 10 de Julio del mismo año.

68—«Este documento es de la mayor autoridad é importancia, como que procede de las personas mejor informadas de todo el ejército. Presenta una noticia completa de todo lo que se había encontrado en los países hasta entonces visitados, y de los movimientos hechos por el ejército hasta la fundación de Villa Rica. Por otra parte, los historiadores se hacen merecedores de nuestra confianza por el tono circunspecto de su narración. «Querer dar á Nuestra Majestad todas las particularidades de esta tierra y gente de ella, podría ser que en algo se errase la relación; porque muchas de ellas no se han visto más de por informaciones de naturales de ella, y por esto no nos entrometemos á dar más de aquello que por muy cierto y verdadero, Vuestras Reales Altezas podrán tener». La noticia dada por Velazquez debe ser tenida por testimonio de parte, y por lo tanto ser admitida con gran desconfianza, pues que era esencial para su propia vindicación, la vindicación de Cortés. Esta carta jamás se ha impreso; y el original existe, como arriba lo decimos, en la Librería imperial de Viena. La copia, que yo poseo, y que consta de más de sesenta páginas en fólio, está tomada de la que hay en la Academia de Historia de Madrid». Prescott.

69—Pedro Mártir, que aventaja en ilustración á todos los escritores de su época, consagra medio capítulo al exámen de los manuscritos indios, en los que encuentra las pruebas de una civilización análoga á la de Egipto.

70—Dice Solís que el día de la partida fué el 16 de Julio, y Prescott el 26. Entre estas dos autoridades duda uno en tal caso á quién seguir; pero cuando Prescott, concienzudo é investigador, munido de tantos documentos y conocedor de la obra de Solís, le contradice en tal fecha, sin temor ni salvedad, ha debido tener poderosas pruebas y razones para ello.

71.—El sacerdote Solís, ya que no puede silenciar el

atentado del sacerdote Díaz, trata en cierto modo de discurparle ó hacer su cumplicidad dudosa, en el siguiente párrafo; pero Prescott, sin vacilación ni duda y ateniéndose á sus documentos fidedignos, le da como cabecilla de la conjuración.

«Bernal Díaz del Castillo, y á su imitación don Antonio de Herrera, dicen que tuvo la culpa en este delito el licenciado Juan Díaz, y que por el respeto del sacerdocio no se hizo con él la demostración que merecía. Pudiera valerle contra sus plumas esta inmunidad, particularmente cuando es cierto que escribió Hernan Cortés al emperador en treinta de Octubre de mil quinientos veinte, cuyo contesto debemos á Juan Bautista Ramusio en sus navegaciones, no hace mención de este sacerdote, aunque nombra todos los complicados de la misma sedición; ó no sería verdad el delito que se le imputa, ó tendremos para no creerlo la razón que él tuvo para callarlo».

72—En descargo de tal suposición dicen Olviedo, Bernal Díaz, Las Casas y otros, que al firmar la sentencia exclamó, como Neron: «¡Para qué aprendí á escribir!»

73—Ignoramos qué fundamento haya tenido Prescott para decir: «Ordenó que les quitasen á cinco de las naves, peor acondicionadas, las jarcias, el velámen, el fierro y todo cuanto fuese movible, y que en seguida se las echase á pique. Se registró á las demás, y habiendo encontrado cuatro de ellas en el mismo estado, se las condenó á la misma suerte. ¡Una sola nave quedaba!» Se ocurre preguntar: y para qué? ¿Para que se escapasen algunos á Cuba?

Casi todos los historiadores están contestes en que fué simultánea la destrucción de la armada, ó bien haciéndola hundir, ó por medio del fuego. ¿Ni cómo pudo Cortés mandar que se echasen primero cinco á pique, cuando, si se amotinaban la jente, podía encaparse en las otras? El golpe debió, pues, ser tan completo y simultáneo como fué atrevida la concepción, no dejando desde aquel momento esperanza alguna de evasión á los irresolutos. Y como dice muy bien el anotador de Solis: «El verdadero motivo que obligó á Cortés á destruir sus naves fué la poca confianza que tenía en la constancia de sus soldados: las alteraciones que estos promovieron á fin de regresar á Cuba, de que ya, se ha hecho relación, le dieron á conocer que solamente podia confiar en ellos, quitandóle toda esperanza de salvación, como no la buscasen en su fuerza y valor. Así lo da á entender el mismo Cortés en sus relaciones».

Y Solis se espresa así: «Resolvióse á deshacer la armada y romper todos los bajeles para acaba de asegurarse de sus soldados, y quedarse con ellos á morir ó vencer; en cuyo dictame hallaba tambien la conveniencia de aumentar el ejército en mas de cien hombres, que se ocupaban en el ejercicio de pilotas y marineros. Comunicó esta resolución á sus confidentes, y por su medio dispuso, con algunas dádivas y con el secreto conveniente, que los mismos marineros publicasen á una voz que las naves se iban á pique sin remedio, con el descalabro que habían padecido en la demora y mala calidad de aquel puerto: sobre cuya desposición cayó como providencia necesaria la órden que les dió Cortés para que sacando á tierra el velámen, jarcias y tablazón que podia ser de servicio, diesen al través con los bnques mayores, reservando solamente los esquifes para el uso de la pesca: resolución dignamente ponderada por una de las mayores de esta conquista; y no sabemos si de su género se hallará mejor alguna en todo el campo de las historias.

De Agatocles refiere Justino, que desembarcando con su ejército en las costas de Africa, encendió los bajeles en que le condujo, para quitar á sus soldados el auxilio de la fuga.

Con igual osadía ilustra Polieno la memoria de Timarco, capitán de los etolos. Y Quinto Fabio Máximo nos dejó entre sus advertencias militares otro incendio semejante, si creemos á la narración de Frontino mas que al silencio de Plutarco. Pero no se disminuye alguna de estas hazañas en el ejemplo de las otras; y si consideramos á Hernán Cortés con menos gente que todos, en tierra mas distante y menos conocida, sin esperanza de humano socorro, entre unos bárbaros de costumbres feroces, y en la oposición de un tirano tan soberbio y tan poderoso, hallaremos que fué mayor su empeño y mas heroica su resolución; ó concedíendo á estos grandes capitanes la gloria de ser imitados porque fueron los primeros, dejaremos á Cortés, la de haber hallado sobre sus mismas huellas, el camino de escederlos.»

«Y porque demás de los que por ser criados y amigos de Diego Velazquez tenían voluntad de salir de la tierra, habrá otros que por verla tan grande y de tanta gente. y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito; creyendo que si allí los navíos dejase, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban, yo quedaría solo.» Cortés.

74—Dice Las Casas que exclamó Cortés: «Si tal sucede, hágase la voluntad de Dios,» y agrega: «Mostró cuando se lo dijeron, mucho sentimiento Cortés, porque sabía hacer finjimientos, cuando le era provechoso, y respondióles, que mirasen bien en ello é, que si no estaban para navegar, que diesen gracias á Dios por ello, pues no se podía hacer mas.»

75—«Decían que los querían meter en el matadero.» Gomara.

76—Al cabo, lo hubieron de sentir la gente y á una se le amotinaron muchos, y este fué uno de los peligros que pasaron por Cortés de muchos que para matallos de los mismos españoles estuvo.» Las Casas.

77—«El hábil orador había herido la cuerda que mas vibraba en el pecho de sus oyentes. Conforme habló fueron olvidándose los antiguos resentimientos: la seductora perspectiva de las futuras riquezas y de la gloria, volvió á presentarse ante sus ojos, animada y embellecida por la elocuencia de su general: corridos de su primera desconfianza, revivió el entusiasmo por su caudillo, pues conocían que solo bajo sus banderas podían caminar á la gloria; por manera que cuando concluyó su arenga, el aire resonó con los gritos de: *¡A Méjico! ¡A Méjico!*» Prescott.

78—«La destrucción de las naves es acaso el incidente mas notable de la vida de este hombre estraordinario. Pocos son en verdad los ejemplos de este género que nos ofrece la historia; y en ninguno eran mas precarias las esperanzas del triunfo, ni mas desastrosas las resultas de una derrota. Si se hubiese malogrado aquella acción se la habría llamado un rasgo de locura; y sin embargo, era hija de un cálculo profundo. Su caudal, su fortuna, su vida misma, todo lo había arriesgado y era preciso afianzarlo: no cabía alternativa entre morir ó perecer; y la medida tomada aumentaba mucho las probabilidades del triunfo; pero llevarla al cabo al frente de una soldadesca desatada y desesperada, fué un acto de resolución de que pocos ejemplos ofrece la historia.

Acaso el más famoso de estos ejemplos es el de Julian, quien en la malhadada expedición á Asiria quemó la flota en que había pasado el Tigris. Este pasaje lo refiere Gibbon, quien demuestra satisfactoriamente, que la flota habría sido de más daño que provecho, en el curso de las ulteriores operaciones». Prescott.

79—«Antes de partir dirigió el general á sus soldados algunas palabras para animarlos. Díjoles que dentro de

poco iban á dar principio á la gran empresa, objeto de sus anhelos, y que confiasen en que el Divino Salvador les sacaría victoriosos de todas las batallas contra sus enemigos: añadióles en seguida estas palabras:—no tenemos otro socorro y ayuda sino el de la Divina Providencia y de nuestros esforzados corazones.—Acabó su alocución comparando sus hechos con los de los antiguos romanos, en frases de meliflua elocuencia,—que no me es posible repetir,—dice el sencillo y valiente historiador que la escuchó. Poseía Cortés esa elocuencia, que domina el corazón de los soldados, porque le tenían simpatía, y él á su vez del espíritu romancesco de ellos. Todos á una voz esclamaron: estamos prontos á obedeceros: echada está la suerte de nuestra buena ó mala ventura». Prescott.

80—El nombre mejicano es Nauhcampatepetl, formado de Nauhcampe, esto es, cosa cuadrada, tepetl, montaña. Humboldt, que llegó por entre los bosques y los hielos á la cumbre fija su altura en 13.414 piés sobre el nivel del mar.

81—El conocido hoy con el nombre eufónico mejicano Tlatlauquitepec, según Lorenzana; y llamado por Bernal Díaz, Cocotlan.

82—«Puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podian bien contar, según el concierto con que estaban puestas, que me parecen que eran más de cien mil, y digo otra vez, sobre cien mil». Bernal Díaz.

Se le podría preguntar á Bernal Díaz, al decir, *calaveras de muertos*, si hay calaveras de vivos?

83—«El cual casi admirado de lo que le preguntaba, me respondió diciendo: ¿qué quién no era vasallo de Motesuma? Queriendo decir que allá era señor del mundo». Cortés.

84—«Con cuya breve oración dejó á los indios menos orgullosos y con nuevo aliento á los españoles, diciendo á unos y otros, con poco artificio, lo mismo que sentía; porque desde el principio de esta empresa puso Dios en su corazón una seguridad tan extraordinaria, que sin despreciar ni dejar de conocer los peligros, entraba en ellos como si tuviera en la mano los sucesos». Solis.

Y aquí debo agregar dos palabras: No debe extrañarse que use en esta obra,—como en otras anteriores, que del mismo género he escrito,—de ciertos diálogos y arengas de los protagonistas, que según sus historiadores, los reproducen con la fidelidad posible, la que también he procurado yo conservar, tratando de ceñirme exactamente á la historia.

Tal método se ha usado y usa, no solo en leyendas, poemas y narraciones, sino hasta en las más serias y concisas historias; y como prueba de ello citaré una de las más circunspectas y ricas por sus datos y estilo y de las que más me sirven para este trabajo, por el acopio de antecedentes, la de Solis, que es reputada como una obra clásica de nuestros tiempos, y de la que se dice quiso seguir las huellas de Plutarco.

Muchos críticos le reprueban la minuciosidad de tales arengas y diálogos, tomados—aunque no tan extensamente como los refiere,—unos de los muchos autores, que consultó y otros de las ideas, que supuso animados á sus protagonistas, según las situaciones en que se encontraron y los hechos que se produjeron, tratando de dar á aquellas ideas y palabras, sin alterar los sentimientos que los dominaban, una mas viva interpretación de ellos, al procurar retratarlos bajo elegante forma literaria; y muchos de sus críticos dicen irónicamente, que el más atento espectaron ó taquígrafo no los hubiera trasmitido mejores. Otros al contrario, hallan ingenio, maestría y grandes bellezas en ellos, y exactitud y rico acopio de datos y antecedentes. No se puede contentar á todos.

Además, por mucho que respete yo la opinión pública,—la que tal vez clasifique de demasiado minucioso, ó mejor dicho, *pesado*, este mi trabajo, por creerlo que por su género ha debido estar más bien sujeto á las prescripciones literarias que á las históricas,—debo decir, que yo tambien tengo mis propias opiniones, que escribo más bien por complacerme y como me parece, sea bueno ó malo mi método, y no como pudiera parecerles mejor á mis lectores, pocos ó muchos.

Salteen lo que no les agrade, hojeen solo el libro ligeramente ó ciérrenlo, si nada les place, ni aún la relación histórica.

85—«Tiene más de treinta príncipes así sujetos, que cada uno de ellos tiene cien mil hombres ó más de pelea.» Oviedo. Y á este dice Prescott: «Este cuento maravilloso ha sido trascrito seriamente por más de un escritor español, al dar idea del poder de la monarquía azteca; no como una aserción de este cacique, sino como un documento de estadística.»

86—«El correcto nombre de la ciudad llamada Ixtacamaxtillan, Iztamasitan de Cortés, apenas puede traducirse en el Xalacingo de Bernal Díaz. En 1601 fué removida la ciudad de la cumbre al valle. En el primer sitio subsisten todavía enormes fragmentos de piedra labrada, que prueban la elegancia de la antigua fortaleza ó palacio del cacique.» Lorenzena.

87—Menciona Solis, que la consulta que hizo Cortés sobre cuál camino debiérase seguir, la hizo en el pueblo anterior Zocothlan, conocido hoy por Tlatlauquitepec: pero habiéndose hecho sospechoso Olintech, cacique de ese pueblo, no es presumible que allí hiciera esa consulta, sino en Iztmasitan, como lo llama Cortés, ó Xacacingo Solis, que es donde Prescott y otros dicen que la hizo.

88—«Los grandes recibimientos que hacían á los capitanes que venían y alcanzaban la victoria en las guerras, y las fiestas y solemnidades á manera de triunfo, que los metían en andas en su pueblo, trayendo consigo á los vencidos; y por eternizar sus hazañas se les cantaban públicamente y así quedaban conmemoradas, y con estatuas que se les ponian en los templos.» Camargo.

89—Camargo, el cronista tlascalteca, descubre en aquel la profunda enemistad con Méjico, la mano de la Providencia, que se valía de este medio para derribar el imperio azteca.

90—Dice Camargo, que Jicotencal, padre, llegó á la prodigiosa edad de ciento cuarenta años.

91—«Que cuando rompiésemos por los escuadrones, que llevasen las lanzas por las caras y no parasen á dar lanzadas, porque no les echasen mano á ellas.» Bernal Díaz.

92—Gomara dice que los indios eran ochenta mil; Herrera treinta mil; Cortés cien mil y Bernal Díaz cuarenta mil.

93—A esta costumbre religiosa en Anahuac debió Cortés en gran parte el realizar su conquista.

94—«En cuanto al número de muertos y heridos por ambas partes, es materia de inciertas conjeturas. Muy considerable debe haber sido la pérdida de los indios; pero la costumbre de sacarlos del campo de batalla, hace imposible calcularla exactamente. La pérdida de los españoles consistía principalmente en heridos, pues los indios de Anáhuac procuraban mas bien que matar cojer prisioneros, con que solemnizar sus triunfos y que

sirviesen de víctimas en sus sacrificios: circunstancia á que no pocas veces debieron los cristianos la salvación de su persona. Si hubiésemos de creer á los conquistadores mismos, la pérdida fué de poca monta; pero nadie que haya cousultado á los antiguos escritores españoles, en lo tocante á sus guerras con los infieles, tanto moros como americanos, tendrá gran confianza en sus datos numéricos.

Según Clavijero, ni un solo español murió, bien que muchos salieron heridos en esta acción fatal para los infieles. Díaz confiesa un muerto. En la famosa batalla de las Navaz de Tolosa, habida entre los moros y españoles en 1212, quedaron en el campo de batalla doscientos mil infieles, siendo iguales á los cristianos en la ciencia militar de aquellos tiempos; y en compensación de tan enorme pérdida, solo perecieron veinte y cinco españoles. Las noticias oficiales de los cruzados cristianos, tanto del nuevo como del viejo mundo, merecen la misma fe que los boletines *imperiales* de Francia, en estos tiempos.» Prescott.

95—«Al día siguiente, viendo Cortés que no volvían *los primeros embajadores*, resolvió mandar otros nuevos, proponiendo un armisticio y pidiendo que se le permitiese pasar en calidad de amigo á la capital de la república; y escogió para este mensaje á dos de los principales jefes cogidos prisioneros en la última batalla. Entre tanto, temeroso de dejar á sus tropas en semejante estado de inacción, que el enemigo interpretaría tal vez como resultado de miedo ó debilidad, se puso á la cabeza de la caballería y de todas las tropas ligeras, que estaban más aptas para el servicio, y emprendió una excursión á las cercanías del campamento.» Aquí cae Prescott en una notable distracción ó contradicción; pues en el capítulo anterior dice: que primero llegaron *dos* de sus *cuatro primeros* enviados zempoaltecas á Tlascala; y más adelante agrega: «No habían andado mucho, cuando les encontraron los otros *dos* enviados zempoaltecas, que, con ademanes de terror informaron al general, que traidoramente les habían cogido y aprisionado con objeto de sacrificarles en una fiesta que estaba para celebrarse; mas que habían logrado escaparse de noche; tambien añadían la infausta nueva de que había un considerable ejército de indios preparado á impedirles á los españoles, que pasasen adelante.» Y en seguida tuvo lugar la batalla del 2 de Septiembre, que hemos descripto. ¿Como es, pues, que dice, *que no había vuelto la primera embajada*, cuando Cortés despachó *esta segunda* á Jicctencal?

96—«Temíamos la muerte, porque al fin éramos hombres y cristianos.» Escribe el valeroso Bernal Díaz, refiriéndose á esa noche.

97—«El espanto que produjo el aspecto de la caballería entre los indios, es semejante al que nos cuenta Plutarco que produjeron los caballos de Pirro entre las legiones romanas.

Aquella jornada les proporcionaba harto con que consolarse, pues les debía inspirar confianza plena de que eran superiores á sus enemigos. No es esto decir que debieran despreciarles; que en combate singular y con armas iguales, bien podían habérselas con los españoles; pero por los acontecimientos de ese día habían probado la superioridad de la ciencia y la disciplina sobre el valor y el número: sucedía lo que en las antiguas batallas entre los europeos y los asiáticos: bien que podemos recordar en punto á armas, no llevaban los griegos que vencieron á Jerjes y á Darío las mismas ventajas que tenian los españoles sobre los indios. El uso de las armas de fuego les daba una superioridad tan enorme, que no es fácil estimarla; pero que seguramente es tal, que si hoy se repitiese un combate entre dos naciones iguales bajos todos respectos, y sin otra diferencia que la de usar la una, y la otra no, las armas de fuego, el éxito sería fácil de predecirse en favor de la primera. Allégase á esto el efecto producido por la caballería: las naciones de Anáhuac no domesticaban animales grandes y desconocian completamente el uso de las bestias de carga. Su imaginación quedaba embargada al ver la rara figura que hacían caballo y ginete, moviéndose unísonos y á un solo impulso, como si ambos estuviesen animados de un mismo espíritu; y nada tiene por lo tanto de extraño, que al ver al terrible animal cuyo cuello estaba envuelto en el trueno y rompía sus escuadrones y los hollaba en el polvo, hayan esperimentado la misteriosa pavura que inspira la aparición de un sér sobrenatural. La más leve reflexión, acerca de la superioridad tanto física como moral de los españoles, basta para explicar el éxito completamente adverso á los indios, sin que ésta redunde en mengua ni menoscabo de su valor y capacidad». Prescott.

98—Había salido á esta escursión Cortés, después de tomar una purga; y á cuyo respecto dice Prescott, con tono algo burlón: «El efecto de la purga, no obstante que había sido tomada en dosis excesiva, según dice el mismo Bernal Díaz, se suspendió durante aquella expedición, lo cual no tiene Gomara por milagro, aunque sí el padre Sandoval. Solís, después de un escrupulosísimo exámen de esta árdua materia, decide la cuestión,—cosa que parece extraña,—contra el padre Sandoval».

He aquí la opinión de Solis, á la que hace Prescott referencia: «Sintió mucho Hernan Cortés este accidente, porque se hallaba con poca salud y le costaba el disimular su enfermedad mayor trabajo que padecerla; pero nunca se rindió á la cama, y solo cuidaba de curarse cuando no había de qué cuidar. Refiérese de él, (no lo pasemos en silencio), que una de las ocasiones que se ofrecieron sobre Tlascala, se halló recien purgado, y que montó á caballo y anduvo en la disposición de la batalla, y en los peligros de ella, sin acordarse del achaque ni sentir el remedio, que hizo al día siguiente su operación, cobrando con la quietud del sujeto su eficacia y su actividad. Don fray Prudencio de Sandoval en su *Historia del Emperador* lo califica por milagro, que Dios obró con él: dictámen que impugnarán los filósofos, á cuya profesión toca el discurrir como pudo en este caso arrebatarse la facultad natural en seguimiento de la imaginación, ocupada en mayor negocio: ó como se recogieron los espíritus al corazón y á la cabeza, llevándose tras sí el calor natural con que se había de actuar el medicamento. Pero el historiador no debe omitir la sencilla narración de un suceso en que se conoce cuanto se entregaba este capitan al cuidado vigilante de lo que debía mandar y disponer en la batalla: ocupación verdaderamente que necesita de todo el hombre, por grande que sea: y ponderaciones que alguna vez son permitidas en la historia, por lo que sirven al ejemplo y animan la imitación».

Y Cortés respondió á los soldados: «que peleaban bajo la bandera de la Cruz, y que Dios era más fuerte que la naturaleza». Lorencena.

99—«Habría sido más honroso para Cortés no haberse conducido con tanto rigor; pero Bernal Díaz imputa aquellos excesos á los indios aliados, á quienes era imposible contenerse en medio de la embriaguez de la victoria. Que se imputasen á quien quiera que fuese, poco cuidado daba al general, quien en una de sus cartas al emperador Carlos V, confiesa que como peleaba bajo la señal de la Cruz por la verdadera fé y en honra de Sus Altezas, el cielo coronaba con el triunfo sus batallas, en los que morian multitud de infelices, y muy poco padecían los cristianos». Prescott.

«Y fué cosa notable, con cuanta devoción y humildad volvían todos alabando á Dios, que tan milagrosas victo-

lias les daba, de donde se conocía claro que los favorecía con su divina asistencia». Herrera.

100— Bernal Díaz rechaza con indignación el cargo de que aquello fuese un motín, como Gomara lo califica: «Las palabras que le decían eran por vía de aconsejarle, y porque les parecía que eran bien dichas y no por otra vía, porque siempre le siguieron muy bien y lealmente; y no es mucho que en los ejércitos algunos buenos soldados aconsejen á su capitán, y más si se ven tan trabajados como nosotros andábamos».

101—Dice Díaz: «que solo diez y siete perdieron las manos y los demás los dedos». Cortés no titubea en confesar, que los cincuenta perdieron la manos, diciendo: «Les mandé tomar á todos cincuenta y cortarles las manos, y los envié que dijesen á su señor que de noche y de día, y cada y cuando él viniese, verían quiénes éramos».

«El castigo que impuso Cortés á los espías parecerá brutal al lector; pero debe tenerse en abono de aquel, que las víctimas eran espías y podían como tales ser castigados por la muerte, según las leyes de la guerra, generalmente admitidas entre todas las naciones, ya cultas, ya bárbaras. La amputación de los miembros era un castigo suave, y destinada á ofensas de menor tamaño. Cuando nos escandalicemos al pensar en la barbaridad de la sentencia, reflexionemos que no era tan desusada en aquellos tiempos, ni más desusada tampoco que los azotes y la marca con un hierro ardiente, admitida en nuestro mismo país á principios del siglo presente, ó que la de perder las orejas, en uso todavía en el pasado. Una civilización ya adelantada, rechaza semejantes castigos, es cierto, como perniciosos en sí mismos y degradantes á la humanidad; pero en el siglo XVI estaban admitidos aún por las naciones más cultas de la Europa; sería demasiado exigir de un hombre, y mucho más de un hombre criado en la dura carrera de las armas, que se anticipace en civilización á su época. Ya nos contentaríamos con que en circunstancias tan críticas como esta, no se hubiese abajado á cosas más indignas de la humanidad». Prescott.

102—Refiere Prescott, que Jicotencal marchó también, llevando sus regalos, con la embajada de Tlascala al campo de Cortés, quien hízoles sus reproches, y concluye así: «Habiendo decidido Jicotencal desistir de todo intento de resistencia, permitió á los cuatro embajadores tlascaltecas que fuesen á desempeñar su cargo, siguiéndoles á poco tiempo él mismo, acompañado de un gran séquito militar». Al expresarse tan terminantemente, habrá encontrado tal cosa en los autores que consultara; y de igual modo procediendo Solís, dice que se marchó á Tlascala con sus amigos y parientes. En nuestro concepto no fué Jicotencal á ver á Cortés, sino á la siguiente embajada, como sin vacilar lo dice Solís, y al que seguimos en esto, dado el altivo carácter y amor patrio del general tlascalteca. Y Prescott concluye este episodio de la guerra de Tlascala, con las siguientes palabras, tan honrosas para los españoles: «Así terminó la sangrienta guerra con la terrible república de Tlascala, durante la cual más de una vez vaciló en la balanza la fortuna de los españoles, y que si hubiese durado un poco más, habría acabado por su completa confusión y ruina, pues estaban agotados por sus heridas, vijilias y fatigas, y además, ya comenzaba á cundir el gérmen del descontento. A pesar de esto, salieron sin mancilla en aquella lucha tremenda: á los ojos del enemigo aparecían invulnerables: sus encantadas vidas eran tan inaccesibles á los golpes de de la fortuna, como á los asaltos de los hombres. Nada tiene de extraño que los conquistadores hayan abrigado en su seno la ilusión, y hasta el último de ellos se haya imaginado ser el instrumento especial de algún decreto de la Providencia, quien la escuchara en la hora del peligro, reservándole á más alto destino».

Téngase presente que esta confesión la hace un Norteamericano, hijo de la orgullosa Albion.

103—Téula: nombre que daban á los invasores, cuando los suponían dioses.

104—«Así concluyó su oración el ciego venerable, porque no faltase algún Apio Claudio en este consistorio, como el otro que oró en el senado contra los episotas; y no se puede negar que los tlascaltecas eran hombres de más que ordinario discurso, como se ha visto en su gobierno, acciones y razonamientos. Algunos escritores poco afectos á la nación española, tratan á los indios como brutos, incapaces de razonar, para dar menos estimación á la conquista. En verdad que se admiraban con simplicidad de ser hombres de otro género, color y traje: que tenían por monstruosidad las barbas (accidente que negó á sus rostros la naturaleza): que daban el oro por el vidrio: que tenían por rayos las armas de fuego y por fieras los caballos; pero eran defectos de la novedad, que ofenden pocos al entendimiento, porque la admiración, aunque se suponga ignorancia, no supone incapacidad, ni propiamente se puede llamar ignorancia la falta de noticia. Dios los hizo racionales, y no porque permitió su ceguedad, dejó de poner en ellos toda la capacidad y dotes naturales que fueron necesarios á la conservación de la especie, y debidos á la perfección de sus obras. Volvamos empero á nuestra narración, y no autoricemos la calumnia, sobrando en la defensa». Solís.

105—«Tenía toda la provincia cincuenta leguas de circunsferencia, diez de su longitud de Oriente y Poniente y cuatro su latitud de Norte á Sur: país montuoso y quebrado, pero muy fértil y bien cultivado en todos los parajes donde la frecuencia de los riscos daba lugar al beneficio de la tierra. Confinaba por todas partes con provincias de la facción de Motezuma; solo por la del Norte cerraba mas que dividía sus límites la gran cordillera, por cuyas montañas inaccesibles se comunicaban con los othomis, totonecas y otras naciones bárbaras de su confederación. Las poblaciones eran muchas y de numerosa vecindad. La gente inclinada desde la infancia á la superstición y al ejércicio de las armas, en cuyo manejo se imponian y habilitaban con emulación, hiciéselos montaraces el clima, ó valientes la necesidad. Abundaban de maíz y esta semilla respondía tan bien al sudor de los villanos, que dió á la provincia el nombre de Tlascala; voz que en su lengua es lo mismo que tierra de pan. Solis. «Otros autores anteriores dicen que significa *lugar ó terreno lleno de riscos.*)

La ciudad de Tlascala según Cortés, *era mayor de Granada, cuando se tomó de los moros*; hipérbole que no hace grande el encarecimiento si se considera al perímetro; pues que las casas de los tlascaltecas no tenían más que un techo y las de Granada tenían varios.

«Pero no deja de ser notable, que siendo Hernán Cortés tan pródigo en aumentar guarismos á la numeración, se haya contentado con casi equiparar á Tlascala con Granada, cuando da á la provincia de la primera noventa leguas de circuito en vez de cincuenta que la dan Solis y Herrera; y cuando de una ciudad inmediata á Tlascala asegura que tenía mas de veinte mil casas. Aunque estas fuesen de un solo piso, y habitadas cada una por una sola familia, calculando á cinco individuos cada cual de estas, según se acostumbra, resultará una población de cien mil almas, esta es mas numerosa que Sevilla: de aquí debemos inferir que Tlascala contendría mayor número de habitantes, y así lo afirma Herrera, quien le da 150.000 vecinos, inclusos los arrabales, por manera que tomada en su verdadero sentido la palabra vecino, resultaría tener Tlascala 750 mil almas. Añade luego Cortés que la

provincia de Tlascala tenía 500 mil vecinos, cuyo cálculo arroja una población dos millones quinientas mil almas; esto es, cerca del duplo de la que tienen las provincias que antes componían nuestro reino de Galicia; lo cual no es creible. Ni Hernán Cortés, ni los historiadores que han escrito de América, tuvieron á la vista otros datos que los que pudieron recoger de los mismos indios, poco exactos en su sistema de numeración; por lo mismo aparecerán siempre muy dudosas en ese punto las relaciones de los historiadores; como aparece dudoso tambien el crecido número de combatientes del país». Revilla.

106—«Dicen que Zahuitl en su idioma significa sarna porque se cubrían de ella los que usaban de sus aguas en la bebida ó en el baño: segunda malignidad de su corriente. Y no era la menor entre las calamidades que padecía Tlascala el carecer de sal, cuya falta desazonaba todas sus abundancias: y aunque pudiera traerla fácilmente de la tierra de Motezuma con el precio de sus granos tenían menor inconveniente sufrir el sinsabor de sus manjares, que abrir el comercio á sus enemigos.» Solis.

107—«A distancia de un cuarto de legua, caminando á esta dicha ciudad, se encuentra una barranca honda, que tiene para pasar *un puente de cal y canto de bóveda*; y es tradición en el pueblo de San Salvador, que se hizo en aquellos días que estuvo allí Cortés, para que pasase.» Lorenzana. Y á esto replica Prescott: «Si estuviese bien averiguada la antigüedad de este puente de bóveda, su existencia sería un gran testimonio en favor de la arquitectura india; pero la construcción de una obra tan sólida en un brevísimo espacio de tiempo, es cosa que para creerse necesita de una autoridad algo mejor que la de los aldeanos de San Salvador.»

108—«Recibimiento el más solemne y famoso que en el mundo se ha visto;»—exclama Camargo, el historiador de Tlascala,—diciendo que salieron más de cien mil hombres.

109—Según Camargo, los tlascaltecas dieron al jefe español trescientas doncellas para que sirviesen á doña Marina; y viendo el buen trato é instrucción que recibían, determinaron algunos de los principales señores dar á sus hijas, con propósito, de que si *acaso* algunas se empreñasen, quedara entre ellos generación de hombres tan valientes como temidos.»

110—Motezuma, para debilitar el reino de Tezcuco, lo había dividido á su voluntad, á la muerte de Netzahualcoyotl, en dos porciones, dando una á Cacama y otra á Ixtlilnóchitl.

111—Para probar que no merecía Zorrilla tal coronación, vamos á demostrarlo, extractando de su larguísima, pesada y alabanciosa para sí, como son muchas de sus composiciones, la que escribió,—con sobrado tiempo para aquel acto;—y la cual, ni por sus conceptos, ni por contener algún grandioso pensamiento, ni aun siquiera por su entonación,—por usar un metro tan ingrato para él—supo elevarse á ser digno de tan excelso acto, que antes que él, merecían, con muchos mas legítimos títulos literarios, García Gutierrez, Campoamor y Nuñez de Arce.

He aquí una muestra de las estrofas, de esa inarmónica y pretenciosa composición:

«Oid: cuando cantaba las glorias de Granada,
enamorado de ella, ¿que menos pude hacer?
Mas ni pedíla nunca ni á mí me debe nada,
ni por mi vuelta ahora ni por mi amor de ayer.
Hoy vuelvo.... pero vuelvo llamado y sometido
á tan difícil, árduo, excepcional papel,
que ante él debo decirles á los que me han traído:
«Me habeis este escenario vosotros prevenido;
«sois, pues, los responsables de lo que ya haga él.
«Tan grande apoteosis no se hace á ningun vivo:
«soberbio es quien le acepta, par es de Satanás,
«y el pueblo que le ensalsa le humillará agresivo,
«no á mí, que ni la ansiaba ni la aceptará jamás.
«Absorto aquí conmigo de la que haceis me espanto;
«Yo vengo agradecido y á vuestro antojo aquí.
«¿Me conoceis? La excelsa coronación aguanto;
«pero tened presente que no aspiré yo á tanto;
«vosotros dareis cuenta de lo que haceis de mí.»

(Parece que dijera, confundido,
no, señores, no quiero . . .
pero echadlo, si os place, en mi sombrero,
pues creo,—aparte, haberlo merecido!)

—

Los siguientes son, poco más ó menos, los grandes é inspirados pensamientos del trozo que copiamos:

Dice que Granada no la debe nada.... y sin embargo, toma lo que le dan.

Que tan grande apoteosis no se hace á un vivo; pero él aunque esté vivo, (como cree que la merece) la acepta.

Que es un soberbio y un Satanás quien acepta aquello; y él se queda muy quieto esperando la corona.

Que queda absorto y se espanta de lo que hacen con él ... ¡pobrecito! ¿Por qué no sale disparado?

Que se queda allí á cumplir el antojo de ellos.

Pregunta ¿Si le conocen? Y que él aguanta la excelsa coronación, (temiendo que se echen atrás.)

Que tengan presente que él no aspiró.... á tanto.

Y que darán cuenta—no dice á quién—de lo que hacen con él: (yo creo que no es nada malo.)

Y si sabe que le iba á pasar todo eso; ¿á qué fué á Granada, entonces?

Pero he aquí otro trozo de su larguísima composición, repitiendo por activa y pasiva lo anterior:

«Broté en un cementerio cual flor de jaramago,
parásito en sus tapias y de su tumba flor;
cogióme un torbellino, me echó en el viento vago,
me trasformó en alondra ... y aspiré á condór.»

De cóndor, que es breve, hace una palabra aguda para pescar el consonante: mas ¿por qué no puso: *pero aspiré yo á halcón?* Porque halcón es muy poca cosa para él, que se cree un Homero ó un Dante: ¡Pero qué se le importa el decir condór? Lo mismo hubiera dicho páloma, cuervó ó pérdiz. El cree que estas cosas en él son una gracia, *un tour de force*, que solo él puede hacerlo, como magister.

He aquí otro rasgo gráfico de la humildad del poeta:

«De gloria, placer y oro corrió á mis piés un río:
de España he sido asombro, su pueblo me adoró:
el mundo pudo un día y aún hoy tal vez ser mío,
y osar pudiendo á todo, á todo he dicho: «¡No!».
No sé ni saber quiero, si la ovación merezco;
la sufro agradecido, con muda sumisión:
y aunque me halaga el triunfo, no de él me ensoberbezco,
mi gratitud en frases estériles ofrezco:
mi fé no está en mi lengua, está en mi corazón».

¿Y teniendo un caudaloso río de oro á sus piés y habiendo podido ser dueño del mundo, y aún pudiendo serlo,—pues se cree más que Napoleón,—cómo ó por qué admitió una pobre pensión del Congreso de su país?

Y todavía... ¡ingrato! refiriéndose á su país, dice *que le adoró;* y qué, ¿ofrecerle una corona, que no merece, es ya no adorarle? ¡Pero la culpa es del consonante!

Y los versos de su célebre *Salmodia*, también para aquel acto, atestiguan su modestia y empiezan así:

«Y un día á mi pueblo tenía yo atento,
al cual decía mi armónico acento....»
....

¡Es la vanidad de las vanidades!

Y sigue comparándose á Dios, á la alondra, al ruiseñor, á las tempestades, los zéfiros y á la campana de gótica catedral, y concluye así esta incoherente composición de propias alabanzas:

«un áura que en él suspira....
un eco que en él espira...
un átomo que en él gira...
un vagido...un son fugaz.
que en él vaga,
que vacila,
que se apaga,
que titila,
que se queja,
que se aleja,
que se va:
que perdido,
ya no da
son ni ruido...
¡Se
fué
yá!»

¡Si...*ya se fué la Salmonia!*

Pero en resumidas cuentas, ¿es la cantidad ó la calidad lo que da nombre en la literatura, como en todas las nobles artes?

Si es la cantidad, ¿no sería Fernández y González el mejor novelista de España, incluyendo al mismo Cervantes, como Zorrilla su mejor poeta, en la actualidad?

¿Pero quién ha escrito más versos que Lope de Vega? Y debe ser por eso el mejor poeta del Orbe?

¿Se hubiera impunemente coronado á Zorrilla, si hubiese llegado Espronceda á su edad?

¡Qué falta hacen algunas veces los *Villergas....* y mas, para haber hecho *la crónica de la coronación!*

El verdadero poeta sabe encumbrarse á la altura de la situación, como lo hizo el célebre *mulato* cubano Gabriel de la C. Valdés, conocido por *Plácido*, cuando conducido, — no á recibir la laureada corona, como Zorrilla, sino la del martirio,—fué al patíbulo, por sus sentimientos liberales, llevando en sus manos un Santocristo, y recitando con entereza, hasta el lugar de suplicio, esta magnífica composición, que escribió en la capilla la noche antes, 27 de Junio de 1844.

PLEGARIA Á DIOS.

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,
á vos acudo en mi dolor vehemente;
extended vuestro brazo omnipotente,
rasgad de la calumnia el velo odioso,
y arrancad este sello ignominioso,
con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
vos solo sois mi defensor, Dios mío.
Todo lo puede quien al mar bravía
olas y peces dió, luz á los cielos,
fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,
vida á las plantas, movimiento al río!

Todo lo podeis vos, todo fenece
ó se reanima á vuestra voz sagrada:
fuera de vos, Señor, el todo es nada,
que en la insondable eternidad perece,
y aún esa misma nada os obedece,
pues de ella fué la humanidad creada!

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,
y pues vuestra eterna sabiduría
ve al través de mi cuerpo el alma mía,
cual del aire á la clara trasparencia,
estorbad que humillada la inocencia,
bata sus palmas la calumnia impía!

Mas si cuadra á tu Suma Omnipotencia
que yo perezca cual malvado impío,
y que los hombres mi cadaver frío
ultrajen con maligna complacencia,
suene tu voz y acaba mi existencia....
Cúmplace en mí tu voluntad, Dios mío!

Y el siguiente soneto dejó escrito en la capilla para la madre.

DESPEDIDA Á MI MADRE

(*Desde la capilla*)

Si la suerte fatal que me ha cabido,
y el triste fin de mi sangrienta historia,
al salir de esta vida transitoria,
deja tu corazón de muerte herido.

Baste de llanto: el ánimo afliijido
recobre su quietud....moro en la gloria,
y mi plácida lira á tu memoria
lanza en la tumba su postrer sonido!

Sonido dulce, melodioso y santo,
glorioso, espiritual, puro y divino,
inocente, espontáneo, como el llanto,

Que vertiera al nacer: ya el cuello inclino!
¡Ya de la religión me cubre el manto!
¡Adios, mi madre! Adios.... EL PEREGRINO.

Esto se llama tener serenidad y corazón en el lance más supremo de la vida, y no perder la cabeza, aumentándose *el satánico orgullo*, como le aconteció á Zorrilla en la inmerecida coronación.

Se publicaron en París, por la casa Denne Schmitz, en el año 1857, las *Poesías completas* de Plácido, en 418 fojas.

112—Dice Bernal Díaz que eran dos mil hombres, Herrera tres mil; pero el mismo Cortés confiesa que eran seis mil, en un párrafo de su *Correspondencia*.

113—Herrera refiere este suceso y después Solís y Prescott; pero este último esclama: «*¡Y Solís lo cree!*

114—«Ni un palmo de tierra hay que no esté cultivada». H. Cortés.

115—Solis dice: «que tendría veinte mil vecinos dentro de sus muros»; Cortés: «que tenía veinte mil casas dentro de su recinto y otras tantas fuera de él»; y Las Casas: «que la ciudad tendria veinte mil vecinos ó cosa de ciento cincuenta mil habitantes. «Los españoles comparaban á Cholula con la bella Valladolid, según Herrera, cuya descripción de la entrada del ejército, es muy animada. «Saliéronle á recibir otro día más de diez mil ciudadanos, en diversas tropas, con rosas, flores, pan, aves y gentes y mucha música. Llegaba un escuadrón á dar la bien llegada á Hernando Cortés, y con buen orden se iba apartando, dando lugar á que otro llegase. En llegando á la ciudad, que pareció mucho á los castellanos

en el asiento y perspectiva á Valladolid, salió la demás gente, quedando muy espantada de ver las figuras, talles y armas de los castellanos. Salieron los sacerdotes con vestiduras blancas, sobrepellices, y algunas cerraduras por delante; los brazos de fuera, con flecos de algodón en las orillas. Unos llevaban figuras de ídolos en las manos, otros zahumerios: otros, tocando cornetas, atabalejos y diversas músicas, y todos iban cantando y llegaban á incensar á los castellanos. Con esta pompa entraron en Cholula».

116—Dice Humboldt: «que el teocalli mejicano es una masa de ladrillos capaz de ocupar cuatro veces más la plaza de Vendome, de París, y de una altura doble de la del Louvre».

«Tiene la forma que es corriente en los teocallis ó templos mejicanos, la de una pirámide truncada, con cuatro caras vueltas hacia los cuatro puntos cardinales y dividida en su altura en otros tantos picos ó tramos. El tiempo y los elementos han borrado los relieves que tuvo en su origen, mientras que una multitud de arbustos y de flores silvestres cubren su superficie: todo lo cual le da el aspecto de una de esas alturas simétricas, levantada por el capricho de la naturaleza, más bien que por la industria de los hombres. Es dudoso, en verdad, si el interior de la pirámide es una colina natural; pero parece más verosímil que sea una composición artificial de tierra y piedras, cubierta por todas partes con capas alternadas de ladrillos y arcilla. La altura de la pirámide es de 177 piés: la base tiene 1.423 piés de largo, que es el doble que tiene la gran pirámide de Cheops. Puede uno formarse una idaa aproximada del tamaño, sabiendo que la base, que es cuadrada, ocupa treinta y cuatro acres, y la cumbre ó base superior de la pirámide trunca, ocupa más de un acre. Nos recuerda aquellos monumentos colosales de ladrillo, cuyas ruínas se conservan á la ribera del Eufrates, y aún todavía mejor á las del Nilo. El aspecto que hoy ofrece aquel monumento, cubierto de verde y ennegrecido musgo, que han depositado los siglos, escusa el escepticismo hasta del viajero más superficial». Prescott.

117—Esta descripción la da el padre Sahagun, que vió la imágen antes que los cristianos la derribasen de su templo.

118—«Hay mucha gente pobre y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España, y en otras partes, *que hay gente de razón*». Cortés.

119—«E certifico á Vuestra Alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres, y todas son mezquitas». Cortés.

120—La ciudad de Pueblo de los Angeles fué fundada poco tiempo después de la conquista en el antiguo asiento de un lugarejo insignificante del territorio de Cholula, algunas leguas al E. de la ciudad. Tal vez es la primera ciudad después de la de Méjico, con la cual rivaliza en belleza. Parece que heredó la preeminencia religiosa de la antigua Cholula, pues como ella se distingue por el número y magnificencia de los templos, por la multitud de sacerdotes y la pompa y esplendor de las ceremonias.

121—Aunque algunos crean, como así lo parece, algo novelesco este incidente, es estrictamente histórico, como son todos los detalles de esta obra, por insignificantes ó imaginativos que parezcan; y lo mismo sucede en todos los demás trabajos históricos, que he escrito de este género. ¡Bastante novelesco y grandioso es el asunto de todos ellos, para que osemos ni necesitemos agregar nada, que harto pálido sería!

122—Dice Cortés que fueron como tres mil indios los que perecieron, y otros que seis mil, y algunos autores los hacen subir á mayor número.

«Este lance es uno de los que ha echado negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. No es posible en este siglo contemplar sin horror la suerte de esta ciudad floreciente, invadida hasta el corazón por una soldadesca grosera y brutal. Mas para juzgar el acto debidamente, trasportémonos á aquellos tiempos. La dificultad que encontramos para justificarlo, depende en último resultado de la que hay para justificar el derecho de conquista; pero recordemos que la infidelidad era entonces, y aún mucho tiempo después, tenida por un pecado que debía castigarse con la hoguera y la tortura en este mundo, y la eterna condenación en lo futuro; y no importa que esa infidelidad fuese hija de la ignorancia ó de la educación, hereditaria ó adquirida, herética ó pagana: todo era lo mismo. Esta doctrina, por monstruosa que sea, era el credo de todo el mundo romano, ó en otras palabras, de todo el orbe cristiano: era la base de la inquisición y de todas las demás persecuciones religiosas, que entonces y otras veces han manchado los anales de casi todas las naciones de la cristiandad. Según este código, las tierras de los infieles eran consideradas como una especie de terreno baldío, que á falta de legítimo propietario podrá ser reclamado y poseído por la Santa Sede, y como tal podía ser dado libremente por el jefe de la Iglesia al potentado á quien quisiese y tomase de su cuenta el trabajo de la conquista. Así Alejandro VI donó generosamente una gran porción del hemisferio oriental á los españoles y la otra á los portugueses. Estas encumbradas pretensiones de los sucesores del humilde pescador de Galicia, no eran puramente nominales, que por el contrario, se las invocaba y reconocía como decisivas en las disputas entre las naciones.

Juntamente con este derecho venía la obligación, en la cual se fundaba aquél de rescatar á las naciones que vivían en las tinieblas del paganismo, de la perdición eterna, que les aguardaba. Semejante obligación estaba reconocida por todos los buenos y valientes: la reconocía el monje en el claustro, el misionero en sus predicaciones, el soldado en sus cruzadas. Por muy adulterado que haya sido el sentimiento de este deber por consideraciones mundanas y por la ambición y la codicia de las cosas terrenales, aún era aquel sentimiento vivo y fuerte en el corazón del conquistador cristiano. Ya hemos visto que en Cortés ese sentimiento superaba con mucho á todas las consideraciones temporales. La concesión del Papa, fundada en la condición de convertir á los infieles, robustecía la creencia de que este era un deber imperioso. y servía de base aparente (y aun podía decirse que para aquellos tiempos, de verdadera base), al derecho de conquista.

Verdad es que este derecho no autoriza para actos de violencia innecesarios. La presente espedición, hasta el período á que acabamos de llegar, había sido mandada con menos de estos actos, que casi todos los descubrimientos de los españoles en el Nuevo Mundo. Durante toda la campaña había prohibido Cortés todas las injurias y ataques á las personas y propiedades de los naturales, y á los que los habían perpetrado, les había castigado con ejemplar severidad. Había sido fiel á sus amigos, y con pocas excepciones, también poco cruel con sus enemigos. Sean que las conveniencias ó principios les dictasen tal conducta, ella siempre le hace honor, aun cuando nadie que tenga alguna sagacidad dejará de conocer que en este punto estaban de acuerdo las conveniencias y los principios de los conquistadores.

Había entrado en Cholula invitado por el emperador indio, quien ejercía una dominación, aunque encubierta, real y verdadera, sobre aquel territorio donde le habían recibido como amigo, y haciéndole todas las demostracio-

nes posibles de benevolencia: sin provocación alguna suya ni de sus subordinados, se encontraron de repente amezados de ser víctimas de la más pérfida trama: puestos sobre una mina que podía estallar en el momento menos pensado y envolverlos á todos en las ruinas. Razón tuvieron en juzgar que su salvación dependía de anticipar el golpe; pero sin embargo, quién puede dudar que el castigo fué excesivo, que el mismo fin se pudiera haber conseguido descargando la venganza contra los jefes criminales y no contra la plebe ignorante, que no hacía más que obedecer las órdenes de los señores? Pero por otro lado, ¿cuándo se ha visto que el miedo, armado de poder, sea parco ni escrupuloso en el ejercicio de éste? ¿Ni quién, tampoco, que las pasiones violentas de un soldado, inflamadas por un agravio reciente, se contengan en el momento de la explosión?

Quizá decidiríamos más imparcialmente acerca de la conducta de los conquistadores, comparándola con la que han seguido nuestros contemporáneos mismos, cuando se han visto en igualdad de circunstancias. Las atrocidades cometidas en Cholula por los conquistadores, no son tan bárbaras como las que sus descendientes han sufrido en la última guerra de la Península, de parte de los ingleses en Badajoz, y de los franceses de Tarragona y en otras partes. La desenfrenada carnicería, los ataques á la propiedad, y sobre todo, esos ultrajes, peores que la muerte, de los que estuvo exento el sexo débil de Cholula, forman un catálogo de excesos tan atroces, como los que se imputan á los españoles, y en cuya defensa no se puede alegar ni el resentimiento, ni la necesidad de hacer una exforzada y patriótica resistencia.

La consideración de todos esos sucesos, cuya repetición nos ha familiarizado con su espectáculo, debe hacernos más induljentes al juzgar de lo pasado: el cual nos enseña que el hombre, ya sea salvaje, ya culto, cuando sus pasiones se han excitado, es el mismo en todos los tiempos.

....

Las proezas de los españoles, de los *dioses blancos*, como se les llamaba por los indios, los hacían pasar por invencibles; pero hasta que no llegaron á Cholula no se supo cuán tremenda era su venganza!

Todos temblaron; pero nadie cual el emperador azteca, cuyo trono estaba sentado en medio de las montañas. En aquellos acontecimientos creía leer los negros caracteres trazados por el siniestro dedo del destino. Ya veía su reinado desvaneciéndose, como se desvanece la niebla de la mañana». Prescott.

123—Tenían los aztecas al gran volcán Popocatépetl y á la nevada sierra Ixtaccihuatl por dioses y marido y mujer; el Popocatépetl tiene 17.852 piés, es decir, más de dos mil piés más alto que el Monte Blanco, el rey de los montes de Europa.

124—«A los dos años después de esta ascención heróica, mandó Cortés una expedición á las órdenes de Francisco Montaño, caballero de ánimo resuelto y esforzado. El objeto de ella era proporcionar azufre para la fabricación de la pólvora. El monte estaba pacífico en aquella época, y el éxito fué más completo. Los españoles, en número de cinco, llegaron hasta el borde del cráter, el cual representaba en eslipse regular y tenía más de una legua de circunsferencia: la profundidad sería cosa de 800 á 1.000 piés. Una pálida llama ardía en el fondo de él y despedía un vapor sulfuroso, que al subir se enfriaba y dejaba depositado el azufre en las paredes del cráter. Se echó en suerte quién debía descender, y tocó á Montaño mismo bajar en un castillo á aquel horroroso abismo, donde le hundieron sus compañeros á la profundidad de cuatrocientos piés. La operación se repitió bastantes veces, hasta que hubo la cantidad de azufre que necesitaba el ejército. Esta temeraria empresa excitó la admiración general de aquel tiempo. Cortés concluye su relación, haciendo al emperador la juiciosa reflexión, que después de todo, habría sido mejor mandar traer de España la pólvora». Prescott.

125—El lago de Tezcuco, sobre el cual se levantaba la ciudad de Méjico, tiene como 7.500 piés de elevación del nivel del mar, según Humboldt.

126—Según Clavijero, la carga ordinaria de un tamán mejicano era cincuenta libras ú ochocientas onzas.

127—«El señor de esta provincia y pueblo me dió hasta cuarenta esclavas y tres mil castellanos; y dos días que allí estuve nos proveyó muy cumplidamente de todo lo necesario para nuestra comida». Cortés.

128—«Cortés habló al emperador de este suceso con toda frialdad.» En aquella noche tuve tal guardia que así de espías que venían por el agua en canoas, como de otras que por la tierra abajaban á ver si había aparejo para ejecutar su voluntad, amanecieron casi quince ó veinte que las nuestras las habian tomado y muerto. Por manera, que pocas volvieron á dar su respuesta del aviso que venían á tomar». Lorenzana.

129—«Esta órden se puso en ejecución, y con tantas veras, que se juntaron brevemente numerosas cuadrillas de nigrománticos y salieron contra los españoles, fiados en la eficacia de sus conjuros y en el imperio que á su parecer tenían sobre la naturaleza. Refieren el padre José de Acosta y otros autores fidedignos, que cuando llegaron al camino del Chalco, por donde venía marchando el ejército, y al empezar sus invocaciones y sus círculos, se les apareció el demonio en figura de uno de sus ídolos, á quien llamaban Tezcatlecupa, dios infausto y formidable; por cuya mano pasaban, á su entender las pestes, esterilidades y otros castigos del cielo. Venía como despechado y enfurecido, afectando en el ceño de la ira la misma fiereza del ídolo inclemente; y traía sobre sus adornos ceñida una soga de esparto que le apretaba con diferentes vueltas el pecho, para mayor significación de su congoja, ó para dar á entender que la arrojaba mano invisible. Postráronse todos para darle adoración, y él sin dejarse obligar de su rendimiento, y fingiendo la voz, con la misma ilusión que imitó la figura, les habló en esta sustancia: «Ya, mejicanos infelices, perdieron las fuerzas vuestros conjuros; ya se desató enteramente la trabazón de nuestros pactos. Decid á Motezuma, que por sus crueldades y tiranías tiene decretado el cielo su ruina; y para que representéis más vivamente la desolación de su imperio, volved á mirar á esa ciudad miserable, desamparada ya de vuestros dioses». Dicho esto, desapareció, y ellos vieron arder la ciudad en horribles llamas, que se desvanecieron poco á poco, desocupando el aire y dejando sin ninguna lesión los edificios. Volvieron á Motezuma con esta noticia, temerosos de su rigor, librando en ella su disculpa; pero le hicieron tanto asombro las amenazas de aquel dios infortunado y calamitoso, que se detuvo un rato en responder, ó se acordaba de sí para no descaecer; y depuesta desde aquel instante su natural ferocidad, dijo, volviendo á mirar á los magos y á los demás, que le asistían: ¿Qué podemos hacer, si nos desamparan nuestros dioses? Vengan los extranjeros y caiga sobre nosotros el cielo, no nos hemos de esconder, ni es razon que nos halle fujitivos la calamidad». Y prosiguió poco después: «Solo me lastiman los viejos, niños y mujeres, á quienes faltan las manos para cuidar de su defensa». En cuya consideración se hizo algunas fuerzas para detener las lágrimas.

No se puede negar que tuvo algo de príncipe la primera proposición, pues ofreció el pecho descubierto á la calamidad que tenía por inevitable, y no desdijo de la

majestad la ternura con que llegó á considerar la opresión de sus vasallos: afectos ambos de ánimo real, entre cuyas virtudes ó propiedades no es menos heróica la piedad que la constancia.» Solis.

130—Como el rey de Tezcuco fué enviado por Motezuma para conducirle á Méjico, por eso se supone que Herrera, Clavijero y otros digan que entró en Tezcuco, y Solis, siguiéndolos, hace una descripción de la entrada y la ciudad; pero ni Cortés, Bernal Díaz ni Gomara hacen sobre esto la menor referencia; además, Tezcuco no quedaba en el camino, que llevaban los invasores, y en estas razones se funda Prescott para seguir á los autores oculares, haciendo yo lo mismo.

131—Dice Cortés que Ixtapalapa tendría de doce á quince mil casas, y agrega: «tiene el señor dellas unas casas nuevas, que aún no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas.» Y Solis dice de Ixtapalapa: «lugar que sobresalía en los demás por la grandeza de sus torres y por el bulto de sus edificios; sería de diez mil casas de segundo y tercer alto, que ocupaban mucha parte de la laguna y se dilataban algo sobre la ribera, en sitio delicioso y abundante.» Pero razonablemente su comentador expone: «este cálculo es sin duda exajerado, así en el número de casas como en los pisos de ellas. Para ello sería preciso dar á Ixtapalapa mayor población que á nuestro Madrid, puesto que éste solo tiene ocho mil casas. Además, los indios no acostumbraban á hacer las suyas con más de un piso, fuera de algún palacio, al que añadían por adorno un segundo piso.»

132—Un collar formado de conchas de una especie de cangrejo de río muy estimado de los indios, engastados en oro y unidas con gruesos hilos del mismo metal. De aquí pendían tambien ocho adornos de oro, que representaban la misma concha y primorosamente trabajados, pues los plateros aztecas todos confiesan que no cedían en habilidad á los de Europa. Al colgar Motezuma al cuello del general el vistoso collar, le dijo: «Este palacio os pertenece Malinche, é igualmente á vuestros camaradas.»

Boturini dice: «Los plateros de Madrid, viendo aquellas piezas y brazaletes de oro, con que se armaban en guerra los reyes y capitanes indios, confesaron que eran inimitables en Europa.» Y Oviedo, hablando de esas joyas, dice: yo ví algunas piedras jaspes, calcidonias, jacintos, corniolas é plumas de esmeraldas, é de otra especie labradas é fechas, cabezas de aves, é otras hechas animales é otras figuras, que dudo haber en España ni en Italia, quien las supiera hacer con tanta perfección.»

133—«Aunque Solis se extiende mucho en descubrir la riqueza y suntuosidad de Méjico, nada dice del número de su población: solamente afirma que aquella ciudad era tan grande como Sevilla ó Córdoba, lo cual debe entenderse respecto de su extensión. Si en efecto, contenía sesenta mil familias, como dice Solis, el número de habitantes subiría á trescientos mil; y siendo muy diversa la distribución de habitaciones de los indios de las que usamos en España, el perímetro de Méjico tendría que ser tres veces mayor que el de Sevilla y Córdoba, y aun mas, si se toma en cuenta la vasta extensión que Cortés dió á los palacios, casas de recreo, plazas, templos, jardines, estanques, casas de fieras y aves, que existían en la ciudad. Téngase presente además, para formar juicio de los términos de comparación de que suelen valerse Cortés y los historiadores, que según éste, la plaza principal de Méjico era tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca. Respecto de la extensión del señorío de Motezuma, *era* (según el mismo) *tanto casi como el de España.*

La verdadera población de Méjico no excedía de sesenta mil almas, según M. Robertson, apoyándose para fijar ese número en un dato que no cita con bastante especificación, pero que juzgamos muy cercano á la verdad.» Revilla.

Robertson saca este cálculo de la traducción italiana de Ramusio:

«Esta la ciudad de Méxijo ó Tenuztutan, que será de sesenta mil vecinos.» Zuaro.

«Era Méjico cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas.» Gomara.

«En las casas, por pequeñas que eran, pocas veces dejaban de morar dos, cuatro ó seis vecinos.» Herrera.

«En el camino que conduce de la capital á Tanepantla y á los Ahuehuetes, se puede andar más de una hora entre las ruinas de la antigua ciudad: allí se conoce asi como tambien en el camino de Tácuba y de Ixtapalapan, cuanto más pequeño es el Méjico reedificado por Cortés, de lo que era Tenochtitlan bajo el último de los Motezumas. La enorme amplitud del mercado de Tlaltelolco, cuyos límites se conocen aún hoy, prueban cuán considerable era la población de la antigua ciudad.» Humboldt.

«En cuanto á la población de Tenochtitlan en tiempo de la conquista, hay varios cómputos. Níngún escritor la regula en menos de sesenta mil casas, que según las reglas ordinarias del censo, debían haber contenido trescientas mil almas; mas si es cierto lo que dicen, que algunas de esas casas contenían varias familias, la población debe haber sido más considerable. Nada es más fácil que los cálculos numéricos entre bárbaros, que por una parte viven necesariamente en mayor desorden y confusión que los pueblos cultos, y por otra parte, no tienen un sistema bien arreglado de calcular la población. El testimonio simultáneo de los conquistadores; la extensión de la ciudad, que según se ha dicho, tenía tres leguas de circunsferencia; el enorme tamaño de su mercado; las largas hileras de edificios, de los que todavía se encuentran ruinas á algunas millas de la ciudad; la fama que esta tenía en todo el Anáhuac, donde no escaseaban otras extensas y populosas: y finalmente, el adelanto de la agricultura, los esfuerzos por sacar la subsistencia hasta de los objetos más ingratos, más desagradables, todo atestigua que la población de Méjico era entonces muy superior á la de los presentes. (Se ratifica uno en esta conjetura, comparando los dos mapas, que se encuentran al fin de la obra de Builoc, titulada Méjico. Uno de ellos representa la moderna ciudad, y el otro, tomado del museo de Boturini, que representa la antigua, con sus calles y canales, tan bien dispuestas, que parece un tablero.)» Prescott.

134—Humboldt ha dado la descripción detallada de este acueducto, asegurando ser una de las más estupendas obras hidráulicas que se conocen, y que no se acabó hasta el último tercio del siglo pasado.

135—«Era tan barrido y el suelo tan aseado y liso, que aunque la planta del pié fuera tan delicada como la de la mano, que recibiera el pié detrimento ninguno en andar descalzo.» Toribio.

136—Estas inmensas masas, (según Pedro Mártir, que obtuvo sus noticias de testigos presenciales), fueron transportados por largas filas de hombres, que las arrastraban con cordeles, sobre enormes rodillos de madera. Era también la manera como los egipcios movían aquellas enormes moles de granito, según parece por los numerosos relieves esculpidos en sus monumentos.

137—Motezuma, según Gomara, no permitía que se plantasen árboles frutales, por considerarlos poco ade-

cuados para un jardín de recreo. Dice Toribio: «Los indios señores no procuraban árboles de fruta, porque se la traen sus vasallos, sinó árboles de floresta de donde cogían rosas y adonde se crían aves, así para gozar del canto, como para las tirar con cerbatanas de la cual son grandes tiradores».

138—«Este edificio, ó para hablar más correctamente, este conjunto de edificios ocupaba un terreno tan vasto, que según nos asegura uno de los conquistadores, el techo ó azotea tenía amplitud bastante para que treinta caballeros corriesen sus caballos en un torneo». Prescott.

«Tenía dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me parecería casi imposible poder decir la bondad y grandeza de ellas; más de que en España no hay una semejante». Lorenzana.

139—Dice Oviedo: «tenia Motezuma una casa muy grande en que estaban sus mujeres, que eran más de cuatro mil hijas de señores, que se las daban para ser sus mujeres, é él lo mandaba hacer así; é las tenía muy guardadas y servidas; y algunas veces él daba algunas de ellas á quien quería favorecer y honrar de sus principales».

Y más parco Gomara expone: «no eran menos de mil, y hubo vez que tuvo ciento cincuenta preñadas».

«Casaban los reyes mejicanos con hijas de otros reyes tributarios suyos, y Motezuma tenía dos mujeres de esta calidad, con titulo de reinas, en cuartos separados de igual pompa y ostentación. El número de sus concubinas era escandaloso; pues hallamos escrito, que habitaban dentro de su palacio más de tres mil mujeres, entre amas y criadas, y que venían al exámen de su anteojo cuantas nacian con alguna hermosura en sus dominios; porque sus ministros y ejecutores las recogían á manera de tributo y vasallaje, tratándose como importancia del reino la torpeza del rey». Solis.

140—«A la puerta de la sala estaba un patio muy grande, en que había cien aposentos de veinticinco á treinta piés de largo cada uno, sobre sí en torno de dicho patio, é allí estaban los señores principales aposentados como guardias del palacio ordinarias, y estos tales aposentos se llaman galpones, los cuales á la contina ocupan más de seiscientos hombres, que jamás se quitaban de allí, é cada uno de aquellos tenía más de treinta servidores: de manera que nunca faltan tres mil hombres de guerra en esta guardia cotidiana de palacio». Oviedo.

141—En Méjico y en todos los antiguos virreinatos de Sud América, hoy repúblicas, que hasta después de muchos años de su Independencia, tenían todas las familias de regular posición, todo el servicio de mesa y aún de cocina, de plata, y muchos objetos eran de oro; porque la loza fina era muy cara. Y aún recuerdo en mi niñez, haber visto en muchas casas sustituidos los adornos de pavos reales de oro, y otros objetos del mismo metal, por ricos juegos de porcelana de té ó café, como adornos más valiosos y modernos, que los que existían.

Dice Prescott: «que en ningún pueblo de la China ó el Indostan aventajaban á los juglares aztecas». Y Clavijero: «Los saltimbanquis mejicanos tenían tal reputación, que Cortés envió dos de ellos á Roma para divertir á su Santidad Clemente VII».

142—«Pues más tenía,—dice Bernal Díaz,—en aquella casa muchas víboras y culebras, emponzoñadas, que traen en las colas unos que suenan como cascabeles: estas son las peores víboras de todas», y agrega: «Digamos ahora las cosas infernales que hacían cuando bramaban los tigres y leones y aullaban los adives y zorros y silvaban las sierpes, era grima oirlos y parecía infierno».

«E volvamos á este gran príncipe Motezuma, el qual en una gran sala de 150 piés de largo é de 50 de ancho de grandes vigas é postes de madera que lo sostenían, encima del cual, era todo un terrado é azotea, é tenía dentro desta sala muchos géneros de aves é de animales. Había 50 águilas caudales en jaolas tigres; lobos, culebras, tan gruesas como la pierna, de mucho espanto, é en sus jaolas así mismo, é allí se llevaba la sangre de los hombres é mujeres é niños que sacrificaban, é cebaban con ella aquellas bestias; é había un suelo hecho de la mesma sangre humana en toda la dicha sala, é si se metía un palo ó vara temblaba el suelo. En entrando en la sala el hedor era mucho é aborrecible é asqueroso: las culebras daban grandes é horribles silvos, é los gemidos é tonos de los otros animales allí presos era una melodia infernal, é para poner espanto: tenían 500 gallinas de ración cada día para la sustentación de esos animales». Oviedo.

143—Según Clavijero este templo estaba construído donde está hoy la catedral y otros edificios adyacentes; y no era de muy antigua data, pues fué erigido en 1486 por Ahuisotl; y celebróse su consagración con una espantosa hecatombe de víctimas humanas. Está consagrado á Huitzilopótchtl, dios de la guerra.

Según Cortés: «dentro de la vasta muralla de este templo, cabrían quinientas casas».

«Los templos, si es lícito darles este nombre, se levantaban suntuosamente sobre los demás edificios; y el mayor, donde residía la suma dignidad de aquellos inmundos sacerdotes, estaba dedicado al ídolo Viztcilipurztli, que en su lengua significa dios de la guerra, y le tenían por el supremo de sus dioses: primacía de que se infiere cuanto se preciaba de militar aquella nación. El vulgo de los soldados españoles le llamaban *Huchilobos*, tropezando con la pronunciación; y así le nombra Bernal Díaz del Castillo, hallando en la pluma la misma dificultad». Solis.

«Otros historiadores escriben Huizilopozthli. Según las tradiciones ese es el nombre del fundador del imperio mejicano ó Culuácan». Revilla.

144—«Y había de este género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores más de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura y advocación. Apenas había calle sin su dios tutelar; ni se conocía calamidad entre las pensiones de la naturaleza, que no tuviese altar donde acudir por el remedio.» Solis.

145—Dice Herrera: «Esta plaza, una de las mejores del mundo, se llenaba de tiendas, puestas en hileras, y tan apretadas, que apenas dejaba calle á los compradores. Y Ramuzio: «que era tres tantos mayor que la famosa de Salamanca».

«Entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo y en Costantinopla, y en Italia y Roma y dijeron: que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño, y llena de tanta gente, no la habían visto». Bernal Diaz.

146—«Oro y plata y piedras de valor con otros plumajes y argenterías maravillosas y con tanto primor fabricadas, que excede todo ingenio humano para comprenderlas y alcanzarlas». Zuazo.

«Contrahechas de oro y plata y piedras y plumas, tan al natural de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese, y lo de piedras que no baste juicio á comprender con qué instrumento se hiciese tan perfecto, y lo de plumas, que ni de cera ni en ningun bordado se podría hacer tan maravillosamente». Cortés.

« Pedro Mártir, crítico menos preocupado que Cortés, y que tuvo ocasión de verlas y examinarlas, tambien atestigua lo esquisito de la hechura, que excedía con mucho en valor al del material mismo». Prescott.

147—«Y luego lo supimos entre todos los demás capitanes y soldados, y lo entramos á ver muy secretamente, y como yo lo ví, digo que me admiré, y como en aquel tiempo era mancebo é no había visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto, que en el mundo no debiera haber otras tantas». Bernal Díaz.

148—Y luego el Moteuezoma dijo riendo, porque era todo muy recojido en su hablar de gran señor: Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlascalan, con quien tanta amistad habeis tomado, que yo, que soy como dios ó Téule, que cuanto hay en mis casas es todo oro, plata y piedras preciosas». Bernal Diaz.

«Pero ya véis que es falso; mis casas, aunque amplias son de madera y piedra, como las otras, y mi cuerpo, dijo, enseñando su desnudo brazo, es también de carne y huesos como el vuestro. Verdad es que tengo reinos herederos de mis antepasados y oro y plata; pero vuestro soberano, el de más allá de los mares, conozco que es el legítimo dueño de todo eso». Prescott.

149—«Según una cita original que tengo en mi poder, firmada de las tres cabezas de la Nueva España, en donde escriben á la majestad del emperador nuestro señor, que Dios tenga en su santo reino, disculpan en ella á Motezuma y á los mejicanos de esto y de lo demás que se les argulló, que lo cierto era que fué invención de los tlascaltecas y algunos de los españoles, que no veían la hora de salirse de miedo de la ciudad y poner en cobro innumerables riquezas que habían vendido á sus manos». Ixtlixochitl.

150—«Los nobles, á imitación de sus príncipe, deseaban obligar á todos con un género de obsequio que tocaba en obediencia. El pueblo doblaba la rodilla al menor de los soldados. Gozábase de un sosiego divertido, mucho que ver y nada que recelar. Pero tardó poco en volver a su ejercicio el cuidado, porque llegaron á este tiempo dos soldados tlascaltescas, que vinieron á la ciudad por caminos desusados, desmentida su nación por el traje de los mejicanos, y buscando á Cortés, le dieron una carta de Vera Cruz, que mudó el semblante de las cosas y obligó á discursos menos sosegados». Solis.

«Aunque Cortés había sabido esta noticia estando en Cholula, la había ocultado dentro de su pecho, ó había confiádola á unos cuantos oficiales enteramente dignos de confianza; temiendo el mal resultado que ella produciría en el vulgo de los soldados». Prescott.

151— «La aparición de la Virjen la vieron solamente, quienes ponderaron á Motezuma lo más que pudieron el suceso, para encubrir su derrota; circunstancia muy sospechosa, pero en que sin embargo no pararon la atención los españoles. Y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creídos y así es la verdad, que la misericordia divina y nuestra Señora la Virjen María era con nosotros». Bernal Diaz.

152—«En medio de tanta incertidumbre, propuso Cortés un recurso, que solo el hombre más audaz y en el último extremo de la desesperación podía concebir, y era ir al palacio de Motezuma y traérselo á los cuarteles españoles: por medios suaves, si era posible, ó por la fuerza, si no podía por otra suerte; pero de eualesquier manera hacerse de su persona.

Bernal Díaz refiere este suceso de muy distinta manera. Según él, algunos oficiales y soldados (de los que él era uno,) sugirieron á Cortés el plan de aprisionar á Motezuma, cuyo plan adoptó aquel sin vacilar. Pero esto es contrario al carácter de Cortés, que en ocasiones tales era hombre que conducía, no que se dejaba conducir: es contrario al testimonio general de los historiadores; bien que debemos confesar que principalmente se han fundado en el dicho del mismo Cortés: es contrario á la probabilidad, porque el proyecto es tan desesperado que apenas se concibe cómo pudo caber en la cabeza de uno, cuanto más inverosimil no es que lo hayan concebido muchos? Finalmente, es contrario á la positiva aserción de Cortés, estampada en sus cartas al emperador, conocida de todo el mundo, circulada de todas partes y confirmada por el capellán Gomara; todo esto en tiempo en que los sucesos estaban frescos y que vivían todavía las personas interesadas en contradecirla. No podemos menos que creer que el capitan, en esto como en el incendio de las naves, toma para sí y sus compañeros mayor parte de la que les pertenece, olvidos y errores que tienen disculpa en el trascurso de cincuenta años, sin decir nada del manifiesto empeño que muestra por ensalzar la fama de aquellos últimos». Prescott.

«No se puede negar que fué atrevimiento sin ejemplar esta resolución, que tomaron aquellos pocos españoles de prender á un rey tan poderoso dentro de su corte; acción que siendo verdad, parece incompatible con la sencillez de la historia; y pareciera sin proporción cuando se hallara entre las demasías ó licencias de la fábula. Pudiérase llamar temeridad si se hubiera entrado en ella voluntariamente ó con mas elección; pero no es temerario propiamente quien se ciega, porque no puede más. Vióse Cortés igualmente perdido si se retiraba sin reputación, que aventurado si se mantenía sin volver por ella con algun hecho memorable; y el ánimo cuando se halla ceñido por todas partes de la dificultad, se arroja violentamente á los peligros mayores; pensó en lo más difícil por asegurarse de una vez, ó porque no se acomodaba su discurso á las medianías. Pudiéramos decir que fué magnanimidad suya el poner tan alta la mirada ó que la prudencia militar no es tan amiga de los extremos como la prudencia política; pero mejor es que se quede sin nombre su resolución, ó que mirando al suceso la pongamos entre aquellos medios imperceptibles de que se valió Dios en esta conquista, escluyendo al parecer los impulsos naturales». Solís.

«La muerte de Juan de Escalante, según Herrera, sucedió antes de la primera entrada de Cortés á Méjico. Lo mismo se deja entender por la relación de éste, pues supone haber tenido lugar poco despues de su salida de Veracruz. Respecto de Juan de Argüello y de la presentación de su cabeza á Motezuma, nada dice Hernán Cortés. No es fácil por lo tanto averiguar, por qué motivo hace Solís coincidir aquel suceso, con la estancia de Cortés en Méjico, á menos de no ser con el objeto de acriminar la conducta de Motezuma, y dar mayor colorido de justicia á su prisión. Pero si se reflexiona sobre el carácter tímido é irresoluto de ese príncipe, dificilmente se puede concebir que quien pudo disponer de inmensas fuerzas para detener las rápidas conquistas de los españoles, y careció de arrojo para aventurar una batalla, aunque no fuera mas que por propio decoro, se arriesgase, estando rodeado del ejército invasor, á dar órdenes atentatorias, que pusiesen en riesgo evidente su existencia. Mas fácil es creer que esas órdenes fueron dadas desde luego, cuando los españoles emprendieron su marcha á Méjico, y cuando podía Motezuma prometerse distraer la atención y las fuerzas de Cortés á otros puntos en donde podía hallar tenaz resistencia.

No era menester, pues, que para autorizar la prisión de Motezuma hiciese Solís coincidir con ella la traición de Gualpopoca y muerte de Escalante. El mismo Hernán Cortés nos explica el verdadero secreto de su política y ciertamente son muy notables sus palabras, no tan solo

para descubrir en ellas su reflexiva prudencia, sino tambien el valor y audacia de que le dotó el cielo. Asi dice en su relación á Carlos V: «Pasados, invictísimo Príncipe, seis días despues, que en la gran ciudad de Temixtitan entré, é habiendo visto algunas cosas de ellos, aunque pocas, segun las que hay que ver y notar; por aquellas me pareció, y aún por lo que de la tierra había visto, que convenía al real servicio y nuestra seguridad que aquel señor (Motezuma), estuviese en mi poder, y no en toda su libertad, porque no mudase el propósito y voluntad que mostraba en servir á Vuestra Alteza, mayormente, que los españoles somos algo imcomportables é importunos, é porque enojándose nos podria hacer mucho daño, y tanto, que no obiese memoria de nosotros, segun su gran poder: é tambien, porque teniéndole conmigo, todas las otras tierras, que á él eran súbditas, venían mas aina al conocimiento y servicio de Vuestra Magestad, como después sucedió: determiné de le prender y poner en el aposento donde yo estaba, que era bien fuerte, é porque en prisión no obiese algun escándalo, ni alboroto, pensando todas las formas y maneras, que para lo hacer sin este debía tener, *me acordé*, nótense estas palabras), de lo que el Capitán que en la Veracruz había dejado, *me había escrito*, acerca de lo que habia acaecido en la ciudad de Nautecal, y como se había sabido todo lo allí sucedido había sido por el mandato del dicho Motezuma; y dejando buen recaudo en las encrucijadas de las calles, me fuí á las casas del dicho Motezuma, etc». Queda pues demostrado, que la fechoría de Gualpopoca fué anterior á la entrada de Cortés en Méjico; y que el carecer de causa legítima para reducir á prisión á un monarca tan poderoso de quien podía temerlo todo, le sugerió la idea de promoverle cargos por un suceso anterior á su reciente amistad y muy comun en aquel género de guerra. Hernán Cortés conocía muy bien todo esto; y por lo mismo tan solo pueden ponerle á cubierto de censura por tan enorme atentado contra la fé de la hospitalidad, la grandeza misma del hecho y la necesidad de atender á su propia conservación». Revilla.

Y mas adelante agrega el mismo escritor: «Preciso era que un motivo tan poderoso como el de la propia seguridad, obligase á Cortés á dar un paso tan repugnante como era apoderarse de la persona de Motezuma, para no sentirse interesado á favor de este príncipe, y poder acallar el grito de su propia conciencia, contra semejante atropellamiento. Cuando se presentó aquel á verificar la prisión, el monarca mejicano, según el mismo Cortés refiere, le regaló una hija suya; así como á los demás capitanes españoles que le acompañaron hizo igual agasajo de otras: doncellas, hijas de diversos señores principales: contraste por cierto muy singular, en que por una parte resaltaba el homenage forzoso de la humillacion en un príncipe poderoso, pero de ánimo abatido: y por otra la altivez y audacia de un guerrero valiente, cuya única esperanza y apoyo tan solo consistía en su espada. Solís guarda silencio acerca de este regalo, acaso juzgándole perjudicial para el buen nombre de Cortés; pero fué escusada precaución, puesto que lo declara el héroe mismo, y lo dejó confirmado Herrera en sus décadas.»

Perdone el señor Revilla, no hubo, ni lo dice ningún autor ni documento, que hubiese *tal regalo efectivo*, sino *simplemente un ofrecimiento* de Motezuma á Cortés de una hija, poco minutos antes de ser aprendido. No es, pues, cierto lo que dice Revilla: «*que Solís guarda silencio acerca de este regalo, acaso juzgándole perjudicial para el buen nombre de Cortés*» ¿Qué culpa tiene Cortés, que Motezuma le ofreciera una hija, la que no aceptó?

Veamos las siguientes líneas de Prescott:

«La pequeña comitiva fué amablemente recibida por el emperador, que mediante los intérpretes se interesó en una animada conversación con los españoles, y desplegó su natural munificencia, regalándoles oro y joyas, é hizo al general *el cumplimiento de ofrecerle* por mujer á una de sus hijas; honor *que aquel rehusó* respetuosamente, alegando que era casado en Cuba y que su religión prohibía tener varias mujeres».

Por las antecedentes líneas pudiera haber visto Revilla, quien parece haber desconocido en este caso la perspicacia de Cortés, y la situación en que se encontraba y el mismo Cortés reconocía que no hubo nada de lo que supuso; que el tal ofrecimiento él supo loable y fundadamente rehusar, prefiriendo disgustar antes á Motezuma y desairar la persona de su hija, aunque hubiera sido una deidad, antes de disgustar á su angel de guarda, la leal é inteligentísima Marina, que tanto contribuyó al buen éxito de su empresa, y la que hubiera sido su mas implacable enemiga, si hubiérala él dado justo motivo para que estuviese celosa.

153—«¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevamos preso ó le damos de estocadas, por no tomarle á decir que si da voces ó hace alboroto que le matareis, porque mas vale que de esta vez aseguremos nuestras vidas ó las perdamos». Bernal Diaz.

154—Oviedo duda si la conducta de Motezuma se debe tener por pusilánime ó por prudente. Al cronista le parece, según lo que puede colegir de esta materia, que Motezuma era ó muy falto de ánimo ó pusilánime, ó muy prudente, aunque en muchos casos los que le vieron le loan de muy señor y muy liberal, y en sus razonamientos mostraba ser de buen juicio. Sin embargo, se inclina á creer que era pusilánime. «Un príncipe grande como Motezuma no se había de dejar incurrir en tales términos, ni consentir ser detenido de tan poco número de españoles, ni de otra generación alguna, mas como Dios tiene ordenado lo que ha de ser, ninguno puede huir de su juicio».

Creemos que en todo esto nada dice Oviedo de nuevo, pues todos suponemos, que todo lo que sucede es por la voluntad del que todo lo puede.

155—«Siempre que ante él pasábamos y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas ó cascos, que siempre estábamos armados, y él nos hacía gran mesura y honra á todos...... Digo que no se sentaban Cortés ni ningún capitan hasta que el Motezuma les mandaba dar sus asentaderos ricos y les mandaba asentar». Bernal Díaz.

156—Unos de los modernos historiadores de La conquista de Méjico, ante tan estupendos hechos, esclama asombrado: «Los sucesos referidos en este capítulo son ciertamente los mas extraordinarios de que hay mención en la historia. Que un puñado de hombres haya entrado en el palacio de un príncipe poderoso, se haya apoderado de su persona, en medio de sus vasallos, se lo haaa llevado cautivo á sus cuarteles, haya inferido en su presencia muerte ignominiosa á sus primeros magistrados, (probablemente en cumplimiento de sus propias órdenes), haya puesto el colmo á todo, cargándole de cadenas, como á un malhechor: que todo esto se haya hecho no á un imbécil, á un impotente, en la decadencia de su fortuna, sino á un monarca altivo, en la plenitud de su poder, estando en el centro de su corte, rodeado de millares de millares, que temblaban al ver su ceño, y que habrían derramado su sangre por defenderle; que todo esto lo haya hecho un puñado de aventureros: es cosa tan extraordinaria, tan increible, que parece pertenecer á las páginas de una novela. ¡Y sin embargo, es literalmente verdadero! Pero no participaremos de la admiración de los contemporáneos de tales sucesos, no encon-

traremos títulos para justificar la ignominia inferida á un príncipe amigo, por aquellos mismos, que actualmente disfrutaban de todos sus favores.

Para ver las cosas de otra suerte, debemos colocarnos en el lugar de los conquistadores y convenir en la legitimidad del derecho de conquista. Si la conquista era legítima, todo lo que se necesitaba para efectuarla era tambien legítimo; y no se puede negar que la prisión del monarca era indispensable, si los españoles querían conservar su dominio en el pais. El arzobispo Lorenzana, nada menos que á fines de la centuria pasada, encontraba todavía en las Santas Escrituras, razones con que justificar la conducta de Cortés. «Fué gran prudencia y arte militar haber asegurado al emperador, porque sino quedaban espuestos Cortés y sus soldados á perecer á traición, y teniendo seguro al emperador se aseguraban á sí mismo, pues los españoles no se confiaban ligeramente: «Jonatas fué muerto y sorprendido por haberse confiado á Trifon». La ejecución del cacique azteca sugiere reflexiones de otro orden. Si era realmente culpable de la perfidia de que le acusaba Cortés y si el monarca no lo había autorizado, el cacique merecía la muerte, y el general podía aplicársela según el derecho de la guerra. Pero no es de ningún modo claro que estuviese autorizado para envolver á tantos en aquella sentencia, mayormente cuando casi todos ó acaso todos habrian obrado por su mandato. El cruel género de muerte á que fueron condenados, no espantará á nadie, que conozca la severidad de los códigos penales en el siglo XVI.

Pero si el gobernador era culpable, ¿porqué ultrajar la persona del monarca? Si este era culpable, el otro ciertamente no lo era. Si el cacique solo había cumplido los mandatos del príncipe, la responsabilidad era toda de éste: mas no podían ser ambos á la vez culpables.

Pero es en vano discutir sobre esta materia, fundándose en principios abstractos acerca de lo justo ó de lo injusto y sin atender á que los conquistadores no se tomaban el trabajo de pararse en las sutilezas del casuismo: su norma de lo justo y de lo injusto, tocante á los indios, era muy sencilla: mirábanles como á raza proscrita, sin Dios ni ley, y participando de las creencias de su época, juzgaron que su misión, (para hablar el lenguaje de moda), era conquistar y convertir. Las medidas que acababan de tomar, facilitaban ciertamente la grande obra de la conquista, pues la ejecución de los caciques llenaba de terror, no solo á la capital, sino á todo el país, y probaba que no se podía tocar impunemente ni á un pelo de un español. Haciendo á Motezuma despreciable á los ojos de su pueblo, se le privaba de la ayuda que podía esperar de él, y se le obligaba á buscar el arrimo de un extranjero. Era sin duda una gran medida política, pero de la que habrían sido capaces muy pocos de los que conservasen en su corazón un solo rasgo de humanidad.

Un excelente criterio para juzgar de la moralidad de los actores de aquellas escenas, es Bernal Díaz, que escribió sus reflexiones unos cincuenta años después de acaecidas, cuando el fuego de la juventud ya se había extinguido, y la vista al recorrer lo pasado medio siglo antes, podía contemplar los sucesos sin la niebla de las pasiones y de las preocupaciones, á cuyo traves suelen verse los acontecimientos presentes: «Osar quemar sus capitanes, delante de sus palacios y ponerles grillos entre tanto que se hacía la justicia que muchas veces ahora que soy viejo me paro á considerar las cosas heróicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes; y digo que nuestros hechos, que no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios. Porque hay mucho que ponderar en ello.»

Y en verdad, que no falta asunto para una meditación no desagradable, al reflexionar en los adelantos que, á lo menos especulativamente, se han hecho en el siglo XIX por lo tocante á la moralidad. Pero ¿no debe esto por otra parte enseñarnos tambien á ser tolerantes? ¿No nos debe hacer desconfiar al aplicar á las acciones pasadas la misma regla con que mediríamos las presentes?» Prescott.

157—Comprendiendo mal Prescott en esta escena la política de Cortés, dice que le dijo á Motezuma:—que toda tentativa para huirse la pagaría con su vida;—como si fuese Cortés hombre que no comprendiera que toda amenaza, que se hace al enemigo, y por cualquier causa no se cumple, es una debilidad y mengua en quien la hace. Así se expresa Prescott: «Manifestó el deseo de ir al templo mayor á tributar el culto que antes acostumbraba á rendir á sus dioses incesantemente. La idea sorprendió á Cortés; pero era demasiado justa la petición para oponerse á ella, sin dejar traslucir algo de lo que tanto convenia tener oculto; mas para asegurar su vuelta le dejó ir escoltado de ciento cincuenta hombres, al mando de los resueltos hidalgos, que habían concurrido á la prisión, diciéndole además que toda tentativa para huirse la pagaría con la vida. Custodiado de esta suerte, visitó el teocalli donde fué recibido con la acostumbrada pompa, y después de cumplir sus oraciones, se volvió á los cuarteles de los españoles.»

Mejor comprendió Solis en esta situación á Cortés diciendo: «Acreditó diversas veces con palabras y acciones la sinceridad de su ánimo; y cuando le pareció que tenía segura y merecida la confianza de Cortés, se resolvió á experimentarla, pidiéndole licencia para salir alguna vez á sus templos: dióle palabra que se volveria puntualmente á la prisión, que así la solía llamar cuando no estaba presente alguno de los suyos; díjole: «que ya deseaba por su conveniencia y la de los mismos españoles dejarse ver del pueblo, porque se iba creyendo que le tenían oprimido, como había cesado la causa de su detención con el castigo de Qualpopoca; y se podría temer alguna turbación mas que popular, sino se ocurría brevemente al remedio de aquella demostración de su libertad.» Hernán Cortés, conociendo su razón, y deseando también complacer á los mejicanos, le respondió liberal y cortesanamente: «que podria salir cuando gustase, atribuyendo á exceso de benignidad el pedirle semejante permisión, cuando él y todos los suyos estaban á su obediencia.» Pero aceptó la palabra que le daba de no hacer novedad en su habitación, como quien deseaba no perder la honra, que recibía.

Hízole alguna interior disonancia el motivo de acudir á sus templos, y para cumplir consigo en la forma que pedía, capituló con él, que habían de cesar desde aquel día los sacrificios de sangre humana, contentándose con esta parte del remedio, porque no era tiempo de aspirar á la enmienda total de los demás errores; y siempre que no se puede lo mejor, es prudente dividir la dificultad para vencer uno á uno los inconvenientes. Ofreciólo así Motezuma, prohibiendo en efecto en todos sus oratorios este género de sacrificios; y aunque se duda si lo cumplió, es cierto que cesó la publicidad, y que si los hicieran alguna vez, fué á puerta cerrada, y tratándolos como delito.

Su primera salida fué al templo mayor de la ciudad, con la misma grandeza y acompañamiento que acostumbraba; llevó algunos españoles, y se previno llamándolos él mismo, antes que se los pusiesen al lado como guardías ó testigos.»

158—Algunos autores dicen, que en una de estas primeras salidas de Motezuma al gran templo, fué cuando los españoles derribaron los ídolos; pero no puede suponerse tal cosa, por los pacíficos hechos, que se sucedieron después, estrechándose mas las relaciones entre inva-

sores é indígenas: tales derribamientos acaecieron, pero fué después. Prescott no los refiere, sino cuando se realizaron; y si lo hace Solis es para impugnar el fundamento que pueda dárseles, pues la política de Cortés entonces era de expectativa: solo los narra Solis como ciertos, cuando parece que verdaderamente debieron efectuarse; tambien Revilla, su anotador, refuta igualmente tal suposición.

159—Tiraba Motezuma con cerbatana; y á la caza mayor con flecha ó dardo.

160—Unos autores le llaman Cacama y otros Cacamatzin ó Cacumatzin.

Según Cortés, contenía Tezcuco ciento cincuenta mil habitantes. Lorenzana le da treinta mil; y Oviedo dice: «Esta ciudad era la segunda cosa principal de la tierra, y así había en Tezcuco muy grandes edificios de templos del Demonio y muy gentiles casas y aposentos de señores, entre los cuales fué cosa de ver la casa del señor principal, así la vieja con su huerta cerrada de más de mil cedros muy grandes y muy hermosos, de los cuales hoy día están los más en pié, aunque la casa está asolada: otra casa tenía en que podía aposentar en ella un ejército, con muchos jardines y un muy grande estanque, que por debajo de tierra solían entrar á él con barcas.»

161—«Partió luego el nuevo rey á su corte y fué recibido y coronado en ella con grandes aclamaciones y regocijos, celebrando todos su exaltación con diferentes motivos: unos porque le amaban y sentían su persecución; otros por la mala voluntad que tenían á Cacumatzin; y los más por dar á entender que aborrecían su delito. Tuvo notable aplauso en todo el imperio este género de castigo sin sangre, que se atribuyó al superior juicio de los españoles, porque no esperaban de Motezuma semejante moderación; y fué de tanta consecuencia la misma novedad para el escarmiento, que los demás conjurados derramaron luego sus tropos, y trataron de recurrir desarmados á la clemencia del rey. Valiéronse de Cortés, y últimamente consignieron por su medio el perdón con que se deshizo aquella tempestad; y habiéndose levantado contra él, salió del peligro mejorado, parte por su industria, y parte porque le favorecieron los mismos accidentes; pues Motezuma le agradeció la quietud de su reino, se declaró por su hechura el mayor príncipe del imperio, y favoreciendo á los demás que intentaban destruirle, se halló con nuevo caudal de amigos y obligados.» Solis.

162—«Sosegados aquellos rumores que llegaron á ocupar todo el cuidado, sintió Motezuma el ruido que deja en la imaginación la memoria del peligro. Empezó á discurrir para consigo el estado en que se hallaba; parecióle que ya se detenían mucho los españoles, y que habiéndose mirado como falta de libertad en él la benevolencia con que los trataba, debía familiarizarme menos, y dar otro color á las exterioridades. Avergonzábase del pretexto que tomó Cacumatzin para su conjuración, atribuyendo á falta de espíritu su benignidad, y alguna vez se acusaba de haber ocasionado aquella murmuración: sentía la flaqueza de su autoridad, cuyos celos andan siempre cerca de la corona, y ocupan el primer lugar entre las pasiones que mandan á los reyes. Temía que se volviesen á inquietar sus vasallos, y que saltasen nuevas centellas de aquel incendio recien apagado. Quisiera decir á Cortes que tratase de abreviar su jornada, y no hallaba camino decente de proponérselo; ni los recelos por ser especie de miedo, se confiesan con facilidad. Duró algunos días en esta resolución, y últimamente determinó que le convenía en todo caso despachar luego á los españoles, y quitar aquel tropiezo á la fidelidad de sus vasallos.

Dispuso la materia con noble sagacidad; porque antes de comunicar su intento á Cortés, llevó prevenidas sus réplicas, saliendo á todos los motivos en que pudieran fundar su detención. Aguardó que le viniera á visitar como solía: recibióle sin hacer novedad en el agrado ni en el cumplimiento: introdujo la plática de su rey al modo de otras veces: ponderó cuanto le veneraba, y dejando traer su propuesta de la misma conversación, le dijo «que había discurrido en reconocerse de supropia voluntad el vasallaje que se le debía, como á sucesor de Quezalcoal y dueño propietario de aquel imperio.» Así lo entendía, y en esto solo habló con afectación; pero no se trataba entonces de restitnirle sus dominios, sino de apartar á Cortés y facilitar su despacho; á cuyo fin añadió: que pensaba convocar la nobleza de sus reinos y hacer en su presencia este reconocimiento para que todos á su invitación le diesen la obediencia y estableciesen el vasallaje con alguna contribución en que pensaba tambien darles ejemplo, pues tenía ya prevenidas diferentes joyas y presas de mucho valor para cumplir por su parte con esta obligación; y no dudaba que sus nobles acudirían á ella con la mejor de sus riquezas, ni desconfiaba de que se juntaría cantidad tan considerable que pudiese llegar sin desaire á la presencia de aquel príncipe, como primera demostración del imperio mejicano.» Solis.

Pero Prescott y otros, con más documentos que Solis, dicen que la iniciativa salió de Cortés.

163—Oviedo ve en las lágrimas y pena de Motezuma una prueba suficiente de que aquel vasallaje, lejos de ser voluntario era exigido por la fuerza. Este historiador parece que vió la trama de los sucesos más claramente que muchos de los que en ella figuraron como actores. «Y en verdad, si como Cortés lo dice ó escribió, pasó en efecto, muy grande cosa me parece la conciencia y liberalidad de Moteczuma en su restitución y obediencia al rey de Castilla, por la simple y cautelosa información de Cortés, que le pedía para ello. Mas aquellas lágrimas, con que dice que Motenczuma hizo su oración é amonestación, despojándose de su señorío, y las de aquellos con que les respondieron, aceptando lo que mandaba y exhortaba; y á su parecer su llanto quería decir ó enseñar otra cosa de lo que él y ellos dijeron; porque las obediencias que se suelen dar á los príncipes con cámaras y con risas é diversidad de música é leticia en señales de placer se suelen hacer; é no con luto ni lágrimas y sollozos ni estando preso quien obedece; porque como dice Marco Varron: lo que por fuerza se da no es servicio, sino robo.»

164—«Los cuales demas de su valor eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y estrañesa no tenían precio, ni es de creer que algunos de los príncipes del mundo, de quien se tiene noticia, las pudiera tener tales.» Oviedo.

165—«Decidle en vuestros anales y cartas: esto os envía vuestro buen vasallo Moteuczoma.» Bernal Díaz.

«Y cuando aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Motenczoma, y con mucho acato le quitamos todas las zorras de armas y le dijimos que se lo teníamos en merced y con palabras de mucho amor.» Bernal Diaz.

166—«Por lo tanto, el valor de todo el tesoro eran ciento sesenta y dos mil pesos oro, sin contar las joyas y adornos, cuyo valor reguló Cortés en quinientos mil ducados: fuera de esto había quinientos marcos de plata en láminas, vasos y otros artículos de lujo.

La poca cantidad de plata, comparada con la de oro, forma un contraste con las proporciones relativas de las de los dos metales, despues de la conquista. (La can-

tidad de plata sacada de las minas de América excede á la de oro, en la razón de 46, segun Humboldt. El valor del último de estos metales, en tiempo del descubrimiento del Nuevo Mundo, era siete veces mayor que el de la plata, es hoy de 16 veces, segun la Memoria de la Real Academia de la Historia. Esta valuación no difiere materialmente de la que hizo Smith despues de mediados del siglo pasado. La diferencia habría sido mucho mas considerable, á no ser por el gran consumo que se hacía de la plata para objetos de adorno y uso. El valor total del tesoro reducido á nuestra moneda comun y teniendo en cuenta el cambio sobrevenido en el valor total del oro, desde principios del siglo XVI; el valor total del tesoro, repito, era de seis millones trescientos mil pesos ó un millon cuatrocientas diez y siete mil libras esterlinas, suma suficiente para desvanecer las inexactitudes y vulgares ideas que se tienen acerca de las pocas ó ningunas riquezas que se encontraron en Méjico. (Rebertson, prefiriendo la autoridad de Bernal Diaz,—segun parece,—dice que el valor del tesoro subía á seiscientos mil pesos. El valor del peso,—dollar—es una onza de plata; mas atendiendo al desmérito que ha tenido este metal, debe haber representado en tiempo de Cortée un valor cuádruplo del que hoy representa; pero *el peso de oro* valía tres tantos de esta suma, ó lo que es lo mismo, doce pesos sesenta y siete centavos. Robertson rebaja algo de lo que dice el autor que siguió por texto, fundándose en la duda de que haya existido en el país una cantidad tan considerable de uno y otro metal.

La necesidad de recurrir á esta escasez para fundar tal argumento, le ha inducido el error de asegurar que el oro no era uno de los objetos de que se servían los mejicanos para regular el valor de los otros.) Eran pocas sin embargo, esas riquezas, comparadas con las que sacaron los conquistadores del Perú; pero con todo, pocos monarcas europeos podrían hoy preciarse de tener tantas en su cofre. (Muchos de ellos,—los monarcas—de poco ó ningun oro podían hacer ostentación en sus cofres. Maximiliano de Alemania, y aún el mas prudente Fernando, rey de España, apenas dejaron el dinero bastante para costear sus funerales; y aún á principios del siglo pasado, vemos á Enrique IV de Francia abrazar con entusiasmo á su ministro Sully, por haberle dicho éste que á fuerza de grandes economías había en el tesoro real 36 mil libras ó 1.500.000 libras esterlinas, que valen 4.600.000 pesos mejicanos, según memorias del dicho duque de Sully.)» Prescott.

Téngase presente que esto se escribió cuando no se habían descubierto las minas de California, y eran el oro y la plata muchísimo menos abundante que en la actualidad, y lo que representaba tambien en Europa esa gran masa de oro y plata, el año 1520, en que se vé, por los antecedentes datos, que ascendió el tesoro, que se sacó al emperador.

167—«Así pudieron sacar *el real quinto* que se encontró ascender á treinta y dos mil cuatrocientos pesos oro. (Esta regulación se encuentra confirmada—con diferencia de 400 onzas—por los testigos que á solicitud de Cortés fueron citados para que vieran el monto del quinto del rey. Entre los testigos se encuentran los hombres mas respetables del ejército: Ordaz, Dávila y los padres Olmedo y Díaz, el último de los cuales es de saberse que no era muy amigo de Cortés. El instrumento, aunque sin fecha, se encuentra en la colección de Vargas Ponce.) Y segun dice Bernal Díaz, al cuádruplo de esta suma: «Eran tres montones de oro, pesado hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin plata é otras muchas riquezas.» Pero si se atiende á que los españoles tenían interés en no defraudar nada al erario para granjearse el favor del rey, y á que siendo Cortés el responsable de la suma de que se hablaba en la carta, no podía disminuirla, se verá que la cantidad que él dice es la que se puede tener por verdadera.» Prescott.

168—Aquí encuentra Prescott favorable ocasión de insinuar, que Cortés era avariento, ó presupónele, aunque embozadamente, una conducta equívoca, apoyándose en algunas palabras de Bernal Díaz, y dice: «La repartición del tesoro era cosa no poco difícil: si se hubiera hecho con entera igualdad entre todos los conquistadores, habrían tocado á cada uno mas de quince mil pesos, ¡magnífico botin! pero un quinto era de la corona; otro perteneciente al general, según el tenor de las instrucciones; una gran suma debía partirse entre él y el gobernador de Cuba, para indemnizarse de los gastos de la expedición y de la pérdida de la flota: también debía deducirse la parte correspondiente á la guarnición de Veracruz: á los hidalgos principales les tocaba una liberal compensación; á los ginetes, ballesteros y arcabuceros se les dió paga doble; por manera que cuando llegó el turno á los soldados tocaron á cada uno de ellos cien pesos de oro, suma tan insignificante, comparada con la que esperaban, que algunos se rehusaron á recibirla. «Por ser tan poco,—según dice Bernal Díaz,—muchos soldados hubo que no lo quisieron recibir.»

Comenzaron luego las hablillas y las murmuraciones: «¿Para esto—decían—hemos abandonado nuestros hogares y familias? ¿Hemos arriesgado nuestras vidas, hemos padecido trabajos y escaseces, para recibir tan miserable recompensa? Mejor nos hubiera estado permanecer en Cuba, y contentarnos con las ganancias seguras y fáciles de nuestro comercio. Cuando en Veracruz renunciamos á la parte del oro que nos tocaba, lo hicimos en la confianza de que en Méjico nos sería superabundantemente pagado; es verdad que hemos encontrado aquí muchas riquezas; pero apenas las hemos visto, cuando no las han arrebatado aquellos á quienes nos fiamos.» Los descontentos llegaron á decir, que los jefes principales se habían apropiado antes de que se partiese el tesoro las ricas joyas; rumor que tomó algún crédito por una disputa habida entre Mejía, el tesorero de la corona, y Velazquez de León, pariente del gobernador y favorito de Cortés. El tesorero acusaba á este hidalgo de haber ocultado algunos pedazos de oro, antes que fuesen sellados: de palabras pasaron los contrincantes á los hechos: uno y otro eran buenos espadachines, y el negocio hubiese terminado fatalmente, á no ser por la intervención de Cortés, que á ambos impuso arresto.

Este procuró después emplear toda su actividad é insinuante elocuencia en calmar las pasiones agitadas de los soldados. Díjoles que le causaba gran pena ver á los leales caballeros y soldados de la Cruz, disputarse el botín como lo harían los salteadores de caminos. Aseguróles que la partición había sido hecha con perfecta igualdad y justicia: que en cuanto á la parte que á él le había tocado, no era más que la que le tocaba según su comisión; pero sin embargo que si les parecía demasiado, estaba pronto á repartirla entre los soldados más pobres, porque no era el oro, aunque codiciable, el principal objeto de su ambición: que si era el de la de ellos, debían reflexionar, que el adquirido hasta entonces era poca cosa, comparada con el que encontrarían después, puesto que eran dueños de toda aquella tierra y de sus ricas minas: que lo que se necesitaba era no dar cabida al enemigo para que aprovechándose del desorden, los en volviese y destruyese. Con estas melífluas palabras, de que tenía gran caudal y sabía emplear oportunamente, como dice un soldado viejo, en cuyo provecho redundan. («Palabras muy melífluas, razones muy bien dichas, y que las sabía bien proponer.» Bernal Díaz.) Con ellas consiguió aplacar por lo pronto la tempestad; tomando en lo privado las prudentes medidas de dulcificar el des-

contento de los pertinaces por medio de regalos; y aunque hubo algunos rencorosos, que guardaron su resentimiento para otro día, el vulgo de los soldados volvió luego á su acostumbrada subordinación. Este fué uno de los lances críticos, en que se necesitaba de toda la habilidad y firmeza de Cortés: jamás le faltaban estas dos cualidades; pero menos en semejantes ocasiones. En Veracruz había persuadido á los soldados á que renunciasen á lo que no era mas que la muestra de sus futuras ganancias: ahora les persuadía á que renunciasen á esas ganancias: arrancaba la presa de las garras mismas del león. ¿Porqué este no se volvía á él y lo devoraba?»

Pero antes que Prescott formase tal juicio, reinvindicóle Solis de tal cargo; y Prescott, que frecuentemente cita á Solis, hace caso omiso de tal autoridad, y nada dice sobre el siguiente párrafo:

«Nombráronse contador y tesorero para que se llevase la razón de lo que se iba recibiendo; y se juntó en breves días tanta cantidad de oro, que reservando las joyas y piezas de primor, y habiéndose fundido lo demás, se hallaron seiscientos mil pesos reducidos á barras de buena ley, de cuya suma se apartó el quinto para el rey y del resíduo segundo quinto para Cortés, con beneplácito de su gente y cargo de acudir á las necesidades públicas del ejército. Separó también la cantidad en que estaba empeñado para satisfacer la deuda de Diego Velazquez, y lo que le prestaron sus amigos de la isla de Cuba, y lo demás se repartió entre los capitanes y soldados, comprendiendo los que se hallaban en la Vera Cruz.

Diéronse iguales porciones á los que tenían ocupación, pero entre los de plaza sencilla hubo alguna diferencia, porque fueron mejor remunerados los de mayores servicios; ó menos inquietos en los rumores antecedentes: peligrosa equidad en que hace agraviados el premio y quejosos la comparación. Hubo murmuraciones y palabras atrevidas contra Cortés y sus capitanes; porque al ver tanta riqueza junta, querían igual recompensa los que merecían menos, y no era posible llenar su codicia ni conviniera fundar en razón la desigualdad.

Bernal Díaz discurre con indecencia en este punto, y gasta demasiado papel en ponderar y encarecer lo que padecieron los pobres soldados en este repartimiento, hasta referir como donaire y discreción lo que este ó aquel dijo en los corrillos. («No es efectivamente la ocasión en que Bernal Díaz se hace más recomendable á sus lectores.» Revilla)

«Habla más como pobre soldado que como historiador; y don Antonio de Herrara le sigue con descuidada seguridad, siendo en la historia igual prevaricación decir de paso lo que no se debe ponderar y detenerse mucho en lo que se pudiera omitir. Pero uno y otro asientan que se aquietó este desabrimiento de los soldados, repartiendo Cortés del oro que le había tocado, todo lo que fué necesario para satisfacer á los quejosos, y alaban después su liberalidad y desinterés, deshaciendo en vez de borrar lo que sobra en su narración». Solís.

169—«Para mí le tengo por maravilla é grande la paciencia de Motenezoma y de los indios principales, que así vieron tratar sus templos é ídolos. Mas su disimulación adelante se mostró ser otra cosa, viendo que una gente extranjera y de tan poco número les prendió su señor é porqué formas le hacía tributarios, é se castigaban y quemaban los principales é se aniquilaban y disipaban sus templos, é hasta en aquellos que sus antecesores estaban. Recia cosa me parece soportarla con tanta quietud; pero adelante, como lo dirá la Historia, mostró el tiempo lo que en el pecho estaba oculto en todos los indios generalmente». Oviedo.

170—«E Cortés proveyó de maestros y personas que entendiesen en la labor de los navios, é dijo después á los españoles de esta manera: Señores y hermanos, este señor Moteuczoma quiere que nos vamos de la tierra, y conviene se hayan navios. Id con estos indios y córtese la madera; é entre tanto Dios proveerá de gente é socorro; por tanto poned tal dilación que parezca que haceis algo, y se haga con ella los que nos conviene; é siempre me escribid y avisad que tales estáis en la Montaña, é que no sienten los indios nuestra disimulación. E así se puso por obra» Oviedo.

Bernal Díaz niega que hubiese dado Cortés tales órdenes secretas, alegando que Martín Lopez, el principal constructor, le aseguró que se diera toda la prisa posible para echar al agua tres naves.

«Pero al tiempo de partir esta gente á la Vera Cruz habló reservadamente con Martín Lopez, vizcaíno de nación, que iba por cabo principal; y siendo maestro consumado en este género de fábrica, sabía cumplir mejor con la profesión de soldado. Encargóle: «que se fuese poco á poco en la formación de los bajeles, y procurase alargar la obra cuanto pudiese con tal artificio que se consiguiese la tardanza sin que pareciese dilación.» Era su fin conservarse con este color en aquella corte, y hacer lugar para que pudiesen volver de España sus comisarios Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, con esperanza de que la trajesen algún socorro de gente, ó por lo menos el despacho y órdenes de que necesitaba para la dirección de su empresa, porque siempre tuvo firme resolución de seguirla. Y caso que le arrojase de Méjico la última necesidad, pensaba esperarlos en la Vera Cruz, y mantenerse al abrigo de aquella fortificación, valiéndose de las naciones amigas para resistir á los mejicanos: admirable constancia, que no solo duraba entre las dificultades presentes, pero se prevenía para no descaecer en las contingencias». Solís.

171—«Tenía Francisco de Montejo en la isla de Cuba, cerca de la Habana, una de las estancias de su repartimiento; y cuando llegaron á vista de Cabo de San Anton, propuso á su compañero y al piloto Anton de Alaminos, que sería bien acercarse á ella y proveerse de algunos bastimentos de regalo para el viaje, pues estando aquella población tan distante de la ciudad de Santiago, donde residía Diego Velazquez, se contravenía poco á la substancia del precepto que les puso Cortés, para que se apartasen del distrito. Consiguió su intento, logrando con este color el deseo que tenía de ver su hacienda, y arriesgó, no solo el bajel, sino el presente y todo el negocio de su cargo; porque Velazquez, á quien desvelaban continuamente los celos de Cortés, tenía distribuídas por todas las poblaciones vecinas á la costa diferentes espías, que le avisasen de cualquiera novedad, temiendo que enviase alguno de sus navíos á la isla de Santo Domingo para dar cuenta de su descubrimiento, y pedir socorro á los religiosos gobernadores, cuya instancia deseaba prevenir y embarazar. Supo luego por este medio lo que pasaba en la estancia de Montejo, y despachó en breves horas dos bajeles muy veleros, bien artillados y guarnecidos, para que procurasen aprehender á todo riesgo el navío de Cortés; disponiendo la facción con tanta celeridad, que fué necesaria toda la ciencia y toda la fortuna del piloto Alaminos para escapar de este peligro que puso en contingencia todos los progresos de la Nueva España.

Bernal Díaz mancha con poca razón la fama de Francisco de Montejo, digno por su calidad y valor de mejores ausencias: cúlpale de que faltó á la obligación en que le puso la confianza de Cortés: dice que salió á su estancia con ánimo de suspender la navegación, para que tuviese tiempo Diego Velazquez, de aprehender el navío. que le escribió una carta con el aviso, que la llevó un marinero, arrojándose al agua, y otras circunstancias de poco fundamento, en que se contradice despues, haciendo particular memoria de la resolución y actividad con que se opuso Francisco de Montejo en la corte á los

ajentes y valedores de Diego Velazquez; pero tambien escribe, que no hallaron estos enviados de Cortés al emperador de España, y afirma otras cosas, de que se conoce la facilidad con que daba los oídos, y que se deben leer con recelo sus noticias en todo aquello que no le informaron sus ojos. Continuaron su viaje por el canal de Bahama, siendo Anton de Alaminos el primer piloto que se arrojó al peligro de sus corrientes; y fué menester entonces toda la violencia con que se precipitan por aquella parte las aguas entre las islas Lucayas y la Florida, para salir á lo ancho con brevedad, y dejar frustradas las asechanzas de Diego Velazquez.» Solís.

172—El título de adelantado á favor de Diego Velazquez estaba firmado el 13 de Noviembre de 1518, en Barcelona, y Cortés salió de Cuba el 18 del mismo mes y año.

173—El consejo de Indias, del cual era presidente don Juan Rodríguez de Fonseca,—á quien creo haber retratado exactamente en el canto ó capítulo XXVIII de mi poema Colón,—componíase á la sazón de don Francisco Zapata, don Hernando de la Vega, señor Grajal, don Antonio de Padilla y el conocido don Pedro Mártir de Anglería: téngase presente, para demostrar la parcialidad del dicho Fonseca, el siguiente párrafo de Prescott:

«Cuando Fernando é Isabel crearon el Real Consejo de Indias, le nombraron su presidente, cuyo empleo desempeñó desde entonces. Su larga permanencia en un puesto tan difícil é importante, es una prueba de su capacidad para desempeñarlo: en aquella época no era raro encontrar eclesiásticos, llenando los mas altos destinos civiles y aún militares. Fonseca parece que era una persona activa y enérgica; con vocación mas bien secular que eclesiástica; poco tenía de religioso en su carácter: era tan fácil de ofenderse como tardío para perdonar: sus resentimientos se arraigaban en él tan profundamente, que llegaban á formar parte de su naturaleza.

Desgraciadamente sn posición le ofrecía un vasto teatro donde desplegar contra los más ilustres hombres de su época, su carácter vengativo y rencoroso. Por pique de cierta ofensa, real ó fingida, que le había hecho Colón, había contrariado constantemente los planes del gran navegante: la misma animadversión había mostrado hacia don Diego, el hijo del almirante y heredero de sus honores; é igualmente malas disposiciones mostró desde el principio y siguió mostrando siempre al conquistador de Méjico; siendo la causa inmediata de esto último, sus íntimas relaciones con Velázquez, que estaba casado con una parienta próxima del presidente del consejo».

¿Y quién era, en fin, el mismo Rodrigo de Fonseca, ante los grandes capitanes Cortés y Pizarro, y su ilustre víctima, Colón, cuyo bosquejo nos hace con toda grandiosidad el historiador Lafuente, edición de Barcelona, 1888, Montaner y Simon, par. 3°, f. 8: en el tomo 8° de su Historia general de España.

«¡Cosa maravillosa! Apenas España ve coronada la obra de sus constantes afanes de ocho siglos, apenas logra es pulsar de su territorio los últimos restos de los dominadores de Oriente y de Mediodía, apenas ha lanzado de su suelo á los tenaces enemigos de su libertad y de su fe, cuando la Providencia, por medio de un hombre le depara, como en galardón de tanta perseverancia y de tanto heroismo, la posesión de un mundo entero! Este acontecimiento, el mayor que han presentado los siglos, merece algunas observaciones, que en nuestra narración no hemos podido hacer.

Una inmensa porción de la gran familia humana vivía separada de otra gran porción del género humano. La una no sabía la existencia de la otra, se ignoraban y desconocían mútuamente, y sin embargo, estaban destinadas á conocerse, á comunicarse, á formar una asociación general de familia, porque una y otra eran la obra de Dios, y Dios es la unidad, porque la unidad es la perfección, y la humanidad tenía que ser una, porque uno es también el fin de la creación. Pues bien, el siglo XV fué el destinado por Dios para dar esta unidad á los hombres, que vivían en apartados hemisferios del globo, no imaginándose unos y otros que hubiera más mundo que el que cada porción habitaba aisladamente. ¿Por qué estuvieron en esta ignorancia y en esta incomunicación tantos y tantos siglos? Misterio es este que se esconde á los humanos entendimientos; y no es extraño; porque menos difícil sería averiguar cómo teniendo todos los hombres un mismo origen, se habían segregado, y en qué época y de qué manera, las razas pobladoras de los dos mundos, y sin embargo, á pesar de tantas y tan exquisitas investigaciones geológicas, históricas y filosóficas, aún no se ha logrado sacar este punto de la esfera de las verdades desconocidas, aun no se cuenta en el número de los hechos incuestionables.

Es cierto que el siglo XV fué destinado para que se hiciera en él el descubrimiento de este mundo, que impropiamente se llamó nuevo, solo porque hasta entonces no se había conocido. Los hombres de aquel siglo se hallaban preparados para este grande acontecimiento, sin saberlo ellos mismos. Sentíase una general tendencia á descubrir nuevas regiones: un instinto secreto inclinaba á los hombres á inventar y extender las relaciones y los medios de comunicación; el espíritu público parecía como empujado por una fuerza misteriosa hacia los adelantos industriales y mercantiles; había hecho grandes progresos la náutica; se habían descubierto la brújula y la imprenta. ¿Para qué eran estos poderosos elementos, capaces por sí solos de trasmitir los conocimientos humanos y derramarlos por los pueblos más apartados del globo? Los hombres de aquel tiempo no lo sabían. Lo sabía solamente el que prepara secreta é insensiblemente la humanidad, cuando quiere obrar una gran trasformación en el mundo por medio de los hombres mismos.

Pero hubo uno entre ellos, ingenio privilejiado, que alcanzó más que todos y que á traves de las nieblas en que se envolvian los conocimientos geográficos, á favor de un destello de su claro entendimiento, que se asemejaba á la luz de la revelación, comprendió la posibilidad de atravesar los mares de Occidente, y de poner en comunicación el mundo conocido con el desconocido. Hombre de ciencia y de fé, de creencias y convicciones, de religión y de cálculo, estudia á Dios en la naturaleza, levanta el pensamiento al cielo y penetra en los misterios de la tierra, medita en la obra de la creación, y trazando mapas con su mano, descubre que falta conocer la mitad del globo terrestre. Convencido más cada día de la posibilidad del descubrimiento, fijo y constante años y años en esta idea, trató de realizarla; pero necesitaba de recursos y se encontró pobre; sacó su idea al mercado público, ofreciendo la posesión de inmensos reinos al que le diera algunas naves y le prestara algunos escudos; pero los ignorantes no le comprendieron y le dispreciaron los principales le tomaron por engañador y le cerraron sus oídos y sus arcas, los llamados sabios dijeron que deliraba y se burlaron, y el hombre de genio no se desalentó, porque tenía fé en Dios y en su ciencia, aunque faltaran fé y ciencia á los demás hombres.

Nada permite Dios sin algun fin, y fué necesario que Colón encontrara sordos á los soberanos á quienes propuso su pensamiento, para que una secreta inspiración le moviera á acudir á la única potestad de la tierra capaz de comprenderle; y fué conveniente que el mundo supiera que el cosmógrafo genovés había implorado en vano la protección de otros monarcas, para que resaltara más la acojida que había de encontrar en la reina de Castilla.

Si él había concebido una empresa al parecer temeraria por lo inmensa, é inverosimil por lo grandiosa, ne-

cesita de fé y de corazón: ¿quién podía creer y proteger al autor, y aceptar y prohijar su designio, sino quién tuviera tanta fé como él y tan gran corazón como él y tan gran alma como él? Cristobal Colón necesita una Isabel de Castilla, y solo una Isabel de Castilla, merecía un Cristobal Colón. Los genios se necesitaron, se merecieron y se encontraron.

Es imposible dejar de ver en la venida de Colón á Castilla algo más que el viaje de un aventurero. Un navegante de profesión caminando á pié por tierra, sin otro equipaje que las sandalias del apostol y el báculo del peregrino con unas cartas geográficas debajo del brazo, seguramente debió parecer ó un mentecato ó un profeta. El que iba á ser el presente de un mundo entero tuvo que pedir un pan de caridad para sí y para su hijo á la portería de una solitaria casa religiosa, porque quien había de enviar flotas de oro y plata de las regiones que pensaba descubrir, no llevaba en su bolsa un solo escudo. Y sin embargo, pobre y extranjero como era, halló en aquella misma casa protectores generosos: la religión vino en auxilio del genio, y Colón, vencidas algunas dificultades, fue presentado á la reina Isabel.... ¡Momento solemne aquel en que por primera vez se pusieron en contacto los dos genios!

No era de esperar que Isabel comprendiera las razones científicas en que Colón apoyaba su teoría y con que desenvolvía su sistema; pero el talento y la penetración que se revelaba en la fisonomía del hombre, el fuego y la elocuencia con que se expresaba, la fé ardiente que se descubría en su corazón, la convicción de que se mostraba poseído, y algo de simpático que hay siempre entre las grandes almas, todo cooperó á que la reina viera en el humilde extranjero al hombre inspirado, y tal vez al instrumento de la Divinidad para la ejecución de una grande obra.

Si entonces no adoptó todavía de lleno su proyecto, le acogió al menos con benevolencia. Isabel nunca tuvo á Colón por un estravagante ó un iluso, y el marino genovés habia encontrado quien por lo menos no le menospreciara.

¿Extrañaremos que tuviera que ejercitar toda su paciencia por espacio de ocho años, alternando entre dificultades y obstáculos, consultas, dilaciones, zozobras, negativas y esperanzas? Nunca una gran verdad ha triunfado en el mundo de repente; y además, la ocasión en que Colón había venido á España, no era la más oportuna para la realización de sus planes. ¿Pero fueron perdidos estos ocho años? En este intervalo Colón recibió consideraciones y favores de los reyes de España, entró á su servicio, contrajo relaciones y amistades útiles, halló á quien consagrar su corazón y sus más íntimos afectos, su segundo hijo nació en Castilla y al cabo de ocho años Colón había dejado de ser extrangero en España, y el genovés se había hecho castellano.

Este fué el momento en que Isabel prohijó de lleno la empresa de Colón; entonces fué cuando pronunció aquellas memorables palabras: «Yo tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no alcanzare, empeñaré mis alhajas para ocurrir á los gastos». Palabras sublimes, que no hubiera podido pronunciar cuando tenia sus joyas empeñadas para los gastos de la guerra de los moros. Entonces fué cuando le dijo: «Anda y descubre esas regiones desconocidas y lleva el cristianismo civilizador del otro lado de los mares, y difunde la fe divina entre los desgraciados habitantes de esta parte ignorada del universo».

Palabras grandiosas, que Isabel no había podido proferir hasta asegurar el triunfo del cristianismo en España, y hasta arrojar á los infieles de sus naturales y hereditarios dominios.

Adoptada y protegida la empresa por Isabel, pronto iba á saberse si el proyectista era en efecto un visionario, digno de lástima, ó si era el más sabio y el más calculista de los hombres. Seguido de un puñado de atrevidos aventureros, el náutico genovés se lanza en tres frágiles leños por los desconocidos mares de Occidente. «Pobre temerario!» quedan diciendo España y Europa. Y Colón, lleno de fe en su Dios, y en su ciencia, en sus mapas y en su brújula, no decía más que: «¡Adelante!» España y Europa suponían, pero ignoraban sus peligros y trabajos, sus conflictos y penalidades. ¿Qué habrá sido del pobre aventurero?

Trascurridos algunos meses, volvió el aventurero á España á dar la respuesta. Nada necesito decir. La respuesta la daban por él los habitantes y los objetos que consigo traía de las regiones trasatlánticas en que nadie había creído. El testimonio no admite dudas. ¡El nuevo Mundo había sido descubierto! El miserable visionario, el desdeñado de los doctos, el rechazado por los monarcas, el peregrino de la tierra, el mendigo del convento de la Rábida era el más insigne connógrafo, el gran almirante de los mares de Occidente, el virrey de las Indias, el más envidiable y el más esclarecido de los mortales. España y Europa se quedaron absortas, y para que en este extraordinario acontencimiento todo fuese singular, asombró á los sabios aún más que á los ignorantes.

La unidad del globo había comenzado á realizarse; la humanidad entera ha empezado á entrar en comunicación. Ya se comprendió por qué habían sido inventadas la brújula y la imprenta; porque era menester hallar caminos seguros por entre las inmensidades del océano, para poner en su relación á los moradores de remotísimas tierras; porque era necesario un medio rápido y fácil para trasmitir y difundir los conocimientos humanos del mundo antiguo á los pobladores de las apartadísimas regiones del nuevo universo. Si más adelante el vapor acorta estas inmensas distancias; si andando el tiempo la electricidad las hace casi desaparecer, progresos serán del entendimiento humano, y en ello no hará sino cumplirse la ley providencial de la unidad, la ley del progresivo mejoramiento social. Mas no se olvide que á España se debió el que se pusieran por primera vez en contacto las razas humanas de los que entonces se llamaron dos mundos y no eran sino uno solo. Si con el transcurso de los tiempos aquellas razas, entonces groseras é inciviles, se convierten en naciones cultas, y se emancipan y progresan, y trasmiten á su vez al viejo mundo nuevos gérmenes de civilización, no hará sino cumplirse la ley providencial, que destina al género humano de todos los países á comunicarse recíprocamente sus adelantos, sistema consolador y anuncio lisonjero de la fraternidad universal. Mas no por eso España pierde su derecho á que no se olvide que le pertenece la primacía de haber llenado el principio civilizador al Nuevo Mundo.

Repite Colón sus viajes y multiplica los descubrimientos. En cada expedición se despliegan á sus ojos ricas y vastísimas islas, extensísimas y fértiles regiones, cuyos límites no conoce entonces él mismo, ni será dado á nadie saber en largos años. Todas estas inmensas posesiones vienen á acrecentar los dominios de la corona de Castilla; y España y sus reyes, en premio de su heroica perseverancia de ocho siglos, apenas ponen término á la obra de su emancipación y de su independencia se encuentren poseedores de multitud de provincias de otro hemisferio, cada una de las cuales es mayor que un gran reino. Nunca pueblo alguno llegó á merecer tanto, pero nunca pueblo alguno alcanzó galardón tan abundoso. Cuando se vuelve la vista á la monarquía encerrada en Covadonga y se la encuentra despues dominando dos mundos, se siente estrecha la imaginación para abarcar tanto engrandecimiento. Ya no posee España á aquellas vastas regiones: ¿qué importa? Los hijos que salen de la patria potestad, ¿dejarán por eso de ser la houra de los padres, que les dieron el ser? Porque la codicia y la crueldad afearán despues la obra de la conquista, ¿dejará de ser glorioso el hecho primitivo? Porque España

no recojiera el fruto que debió de tan importantes adquisiciones, ¿habrá dejado de ser el suceso inmensamente provechoso á la humanidad?

El descubrimiento de América hubiera bastado por sí solo para hacer entrar á la sociedad entera, y señaladamente á España, en un nuevo desarrollo y en nuevo período de su vida. Por sí solo hubiera hecho la transición de la edad media á la edad moderna, aunque tantos otros sucesos no hubieren cooperado en el último tercio del siglo XV y en el primero del XVI á obrar una revolución radical en las ideas, y en la política, en el comercio, en las artes, en la propiedad, en las necesidades y en las costumbres.»

174—«Era Narvaez, alto, fornido, de cabeza grande y barba roja, de agradable presencia y con una voz sonora, como si saliera de profunda cueva.» Bernal Díaz.

175—Dicen Solis y otros historiadores: «hiciéronse á la vela, y favoreciéndoles el viento, se hallaron en breves días á la vista de tierra.» Y Prescott y otros: «que despues de haber sufrido una temible tormenta, en la que perdieron algunos buques, anclaron en San Juan de Ulúa.»

176—«Era la importancia de la paz el argumento de la cartas, y en la de Narvaez le daba la bienvenida con palabras de toda estimación; y despues de acordarle su amistad y confianza, le informaba el estado en que tenía su conquista, descubriéndole por mayor las provincias que había sujetado, la sagacidad y valentía de sus naturales y el poder y grandeza de Motezuma.» No tanto para encarecer su hazaña, como traerle al conocimiento de lo que importaba que se uniesen ambos ejércitos á perfeccionar la empresa. Dábale á entender cuánto se debía recelar que los mejicanos, gente advertida y belicosa, llegasen á conocer discordia entre los españoles, porque sabrían aprovecharse de la ocasión y destruir ambos partidos, para sacudir el yugo forastero. Y últimamente le decía: «que para escusar lances y disputas convendría, que sin mas dilación le hiciese notorias las órdenes que llevaba; porque si eran del rey, estaba pronto á obedecerlas, dejando en sus manos el bastón y el ejército de su cargo; pero si eran de don Diego Velazquez, debían ambos considerar con igual atención lo que aventuraban; porque á vista de una dependencia, en que se interponía la causa del rey, hacían poco bulto las pretensiones de un vasallo, que se podrían ajustar á menos costa, siendo su ánimo satisfacerle todo el gasto de su primer avío, y partir con él, no solamente las riquezas, sino la misma gloria de la conquista.» En este sentir concluyó su carta; y pareciéndole que se había detenido mucho en el deseo de la paz, añadió en fin algunas cláusulas briosas, dándole á entender: «que no se valía de la razón porque le faltasen los brazos; y de la misma suerte que sabía ponderarla, sabría defenderla.» Solís.

177—Algunos historiadores dicen que Motezuma mandó regalos á Narvaez y que mediaron entrambos ciertas comunicaciones; pero otros lo niegan ó dudan. Solis dice lo siguiente:

«Asientan algunos escritores que Pánfilo de Narvaez introdujo pláticas de gran intimidad y confidencia con Motezuma: que iban y venían correos de Méjico á Zempoalla, por cuyo medio le dió á entender que traía comisión de su rey para castigar los desafueros y exorbitancias de Cortés: que no solo él, sino todos los que seguían sus banderas andaban foragidos y fuera de obediencia; y de que habiendo sabido la opresión en que se hallaba su persona, trataría luego de marchar con su ejército para dejarle restituído en su libertad y en pacífica posesión de sus dominios; con otras imposturas de semejante malignidad. A cuyas esperanzas dicen no solo que asintió Motezuma; pero que llegó á entenderse con él y le hizo grandes presentes, recatándose de Cortés, y deseando romper su prisión con ocultas diligencias. No sabemos cómo pudieron llegar á sus oídos estas sugestiones; porque Narvaez no tuvo intérpretes con que darse á entender á los indios, ni pudo introducir por su medio con el lenguaje de las señas tan concertada negociación. De sus españoles solo vinieron á Méjico el licenciado Guevara con los demas de que remitió Sandoval, y estos no hablaron reservadamente á Motezuma; ni cuando se diera Cortés semejante descuido, pudieran hacer este razonamiento sin valerse de Aguilar y doña Marina; caso incompatible con lo que se refiere de su fidelidad. Débese creer que los indios zempoales conocieron de los semblantes y señas exteriores la enemistad y oposición de aquellos dos ejércitos, cuya noticia dieron á Motezuma sus confidentes ó ministros; porque no es dudable que la tuvo antes que se la participase Cortés; pero de lo mismo que obró en esta ocasión se arguye, que tenía el ánimo seguro y sin alguna preocupación de siniestros informes.

No se niega que hizo algunos presentes de consideración á Narvaez; pero tampoco se colige de ellos que hubiese correspondencia entre los dos; porque aquellos príncipes solían usar este género de agasajo con los extranjeros, que arribaban á sus costas, como se hizo con el ejército de Cortés, á quien pudo encubrir sin artificio esta demostración, por ser materia sin novedad, ó por hacer menos caso de sus dádivas. Pero es de reparar que hasta en ellas mismas, fuesen ocultas ó ignoradas, hubo requisitos ó circunstancias casuales, que aprovecharon al crédito de Cortés; porque al recibirlas descubrió Narvaez mas complacencia ó mas aplicación que fuera conveniente. Mandábalas guardar con demasiada cuenta y razón, sin dar alguna señal de su liberalidad á los que mas favorecía; y los soldados, que no conocían su avaricia, cuando culpan la de sus capitanes, empezaron á desanimarse con este desengaño de sus esperanzas; y poniendo el propio interés entre las causas de la guerra, ó daban la razón á Cortés, ó se la quitaban al menos generoso.»

A este párrafo de Solis opone Revilla lo siguiente:

«Los argumentos que hace Solis para probar que no mediaron inteligencias entre Motezuma y Pánfilo de Narvaez no demuestran suficientemente que no existiesen aquellas. Lisongeado el príncipe con las ofertas que Narvaez le hacía de su próxima libertad y de ver desembarazada de españoles su tierra, dificilmente podía haber resistido al deseo de concertar los medios de ver realizada su esperanza. Ni se debe suponer tampoco tal escasez de lenguas ó intérpretes, que Narvaez careciese absolutamente de ellos, siendo mas ajustado á razón el dar por supuesto que habiéndose de entender en negocio tan árduo con los naturales del país para interesarlos en su partido, forzosamente había de preocuparse ese medio único de comunicaciones. Solis no debía ignorar tampoco, que á Cortés se le desertaron tres soldados que se fueron con Narvaez, los cuales sirvieron efectivamente de intérpretes, segun lo asegura Bernal Díaz en el capítulo 110 de su historia. Por último, las palabras de Cortés á Carlos V, dichas con el fin de buscar pretestos para nuevos procedimientos contra Motezuma, no dejan duda de que éste tuvo alguna secreta comunicación con Narvaez, aun cuando por su timidez se suponga no haber sido ni muy declarada ni haber omitido tampoco el riguroso sigilo.

He aquí cómo se expresa Cortés: «E tampoco me dijo como habia hallado con el dicho Narvaez á un señor natural de esta tierra, vasallo del dicho Motezuma; y que le tenía por gobernador suyo en toda su tierra de los puertos hacia la costa de la Mar: y que supo que al dicho Narvaez le había hablado de parte del dicho Motezuma, y dádole ciertas joyas de oro; y el dicho Nar-

vaez le había dado tambien á él ciertas cosillas; y que supo que había despachado de allí ciertos mensajeros para el dicho Motezuma, y enviado á le decir, que él lo soltaría, y que venía á prenderme á mí y á todos los de mi compañía, é irse luego y dejar la tierra; y que él no quería oro, sino preso yo, y los que conmigo estaban, volverse y dejar la tierra y sus naturales de ella en libertad .....» Y prosigue diciendo luego: «Y no queriendo yo ni los de mi compañía tenerle por capitan, y justicia en nombre de dicho Diego Velazquez, venir contra nosotros y tomarnos por guerra: y que para ello estaba confederado con los naturales de la tierra, en especial con el dicho Motezuma, por sus mensajeros: y como viese tan manifiesto el daño y deservicio que á vuestra Magestad de lo susodicho se podía seguir, etc.»

El lector juzgará del valor que debe darse á los hechos indicados en esa narración de Cortés al lado de las observaciones de Solis. Herrera, á quien éste sigue con mas fidelidad que á ningún otro historiador de América, se detiene á dar largos pormenores de la empresa de Narvaez y de su inteligencia con Motezuma: y hablando de la notificación que el clérigo Guevara hizo á Sandoval, para que entregara á Narvaez la fortaleza de Vera Cruz, dice que fué acompañado de seis españoles y algunos indios venidos de Cuba, lo mismo que refiere Bernal Diaz del Castillo de quien aquel lo tomó.

Este dato indica tambien, que entre esos indios habría alguno de las costas del continente, que conociese el dialecto de los mejicanos, poco diferente del de las demás provincias y bastante conocido además por el vasallage que rendían á Motezuma: lo cual corrobora el juicio que antes hemos formado acerca de la indispensable necesidad que tuvo Narvaez de proveerse de algún intérprete para entablar comunicaciones con los habitantes del país por donde había de penetrar.»

«Narvaez proclamaba tambien su intención de quebrantar el cautiverio de Motezuma y de restituirle al trono. Dícese que recibió un rico regalo del emperador, con quien entabló correspondencia. Que Motezuma haya tratado á Narvaez, suponiéndole amigo de Cortés, con su munificencia acostumbrada, es muy probable, mas que haya entrado en negociaciones secretas, contrarias á los intereses del general, es demasiado repugnante para creerlo ligeramente.

Oviedo dice que Motezuma convocó su consejo de nobles, en el cual se decidió dejar entrar á las tropas de Cortés en la capital, y despues envolverlas á ellas, y á las de Narvaez de un solo golpe. Pero considerando el gran miedo que los mejicanos tenían á este último, se vé que cuento mas improbable no se puede haber imajinado. Pero nada es improbable en la Historia, aunque segun la máxima de Boileau, pudiera serlo en la fábula.» Prescott.

Opinamos como Prescott, de que no hubieron tales negociaciones para libertar é Motezuma: *es demasiado repugnante para creerlo ligeramente*, dice este último citado autor, y agregaremos, no solo repugnante, sino que está en contra del sentido comun.

Como Motezuma, ¿qué estaba fascinado por el terror que tenía á Cortés, no solo desde que le tomó preso y le encadenó, sino mucho mas después, cuando ante su prisión se le puso la hoguera donde pereció Quelpopoca con sus compañeros, habría de entrar en negociaciones con Narvaez, las cuales tambien eran disparatadas y perjudiciales para éste?

¿Pero cómo había Motezuma de entrar en negociaciones estando preso, debiéndose suponer que las fuerzas de Cortés le ultimarían antes de entregarlo?

En la astucia característica del salvaje, no sería lo primero que se le hubiese ocurrido á Motezuma, siendo Cortés y Narvaez de una misma clase de invasores, que tal propuesta era solo una celada para hacerle aparecer traidor, y dar asidero á que lo condujeran también á la hoguera de Qualpopoca? ¡ Y no hay todavía otras cien consideraciones, que fundadamente se pudieran hacer !

178—«Si aquel capitan Juan Velazquez de Leon no estuviera mal con su pariente Diegoz Velazques y se pasara con los ciento cincuenta hombres, que había llevado á Goazacualco, á la parte de Pánfilo de Narvaez, su cuñado, acabado oviera Cortés su oficio.» Oviedo.

179—«Juntóse luego el senado para tratar de la respuesta que se debía dar á Cortés sobre la gente de guerra que había pedido á la república. Y aquí hallamos otra de aquellas discordancias de autores, que ocurren con frecuente infelicidad en estas narraciones de las Indias, obligando algunas veces á que se abrace lo más verosímil, y otras á buscar trabajosamente lo posible. Dice Bernal Díaz que pidió cuatro mil hombres y que se le negaron con pretesto de que no se atrevían sus soldados á tomar las armas contra españoles, porque no se hallaban capaces de resistir á los caballos y armas de fuego; y Antonio Herrera, que dieron seis mil hombres efectivos, y le ofrecían mayor número; los cuales refiere que se agregaron á las compañias de los españoles, y que á tres leguas de marcha se volvieron, por no estar acostumbrados á pelear lejos de sus confines. Pero como quiera que sucediese (que no todo se debe apurar), es cierto que no se hallaron los tlascaltecas en esta facción; pidiólos Cortés, mas por hacer ruído á Narvaez, que porque se fiase de sus armas, ni de codiciar su estilo de pelear contra enemigos españoles; pero también es cierto que salió de aquella ciudad, sin queja suya ni desconfianza de los tlascaltecas; porque los buscó después, lo halló cuando los hubo menester contra otros indios, en cuyos combates eran valientes y resueltos, como lo asegura el haber conservado su libertad á despecho de los mejicanos, tan cerca de la corte, y en tiempo de un príncipe que tenía su mayor vanidad en el renombre de conquistador.» Solís.

«En Tlascala fueron recibidos los españoles con franca y cordial hospitalidad: no se dice si acompañaron á los espanoles algunos aliados tlascaltecas de los que estaban en Méjico; pero si acaso lo hicieron, no pasaron adelante de su ciudad natal. Cortés pidió un refuerzo de seiscientos hombres de refresco para que le acompañasen en su expedición: se le concedieron fácilmente; pero apenas había caminado algunas leguas, cuando comenzaron á desertarse uno tras otro. En el caso presente no tenían ninguna venganza que saciar, como sucedía en la guerra con Méjico, y puede ser también, que aunque bastante intrépidos para pelear con las más vigorosas razas indias, tuviesen tales pruebas de la bravura de los blancos, que no se arriesgaban á medir su espada con ellos. Fuera lo que fuese, Cortés despidió á los que quedaban, diciéndoles con mucho buen humor, que más valía que le dejasen entonces y no en la hora del peligro.» Prescott.

180—«También quiero decir la gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto, ó capacete, ó casco, ó babera de hierro diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello, y todo cuanto habíamos ganado». Bernal Díaz.

181— Prescott no menciona esta embajada de Velazquez de León; pero no hay duda que existió, pues la refieren muchos de los buenos historiadores de esa época, ya citados, con muchos más pormenores que lo hago yo.

182—«E tambien que me parece donaire é no bastante la excusa que Cortés da para fundar y justificar su negocio, que es decir que el Narvaez presentase las provisio-

nes que llevaba de S. M. Como si el dicho Cortés obiese ido á aquella tierra por mandato de S. M., ó con mas ni tanta autoridad como llevaba Narvaez; pues que es claro ó notorio que el adelantado Diego Velazquez, que envió á Hernando Cortés era parte, en derecho, para le enviar ó remover, y el Cortés obligado á le obedecer. No quiero decir más en esto por no ser odioso á ninguna de las partes.» Oviedo.

183—«Pero Cortés apeló al arbitrio de la ficción legal, si así se puede llamar, el decir, que su comisión había sido transferida á la municipalidad de Veracruz, la cual ejercía su autoridad á nombre de la corona. Aquel suterfugio era de tal naturaleza, que no podía engañar mas que á los que tuvieran ganas de ser engañados.» Prescott.

«Yo le respondía que no vía provisión de V. A. por donde le debía entregar la tierra, é que si alguna traia la presentase ante mí y ante el cabildo de Veracruz, según orden y costumbre de España, y que ya estaba presto de la obedecer y cumplir; y entre tanto por ningún interés ni partido haría lo que él decía, antes yo y los que conmigo estaban, moriríamos en defensa de la tierra, pues la habíamos ganado y teníamos por V. M. pacífica y segura, y por no ser traidores y desleales á nuestro Rey.... Cosiderando que morir en servicio de mi Rey y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar, á mi y á los de mi compañía se nos seguía prez y gloria.» Cortés.

184—«Dicen unos que llevaba orden de introducir esta plática; otro que fué pensamiento de Cortés; y concuerdan todos en que se ajustaron las vistas de ambos capitanes luego que volvió Andrés del Duero á Zempoala; por cuya solicitud se hizo capitulación auténtica, señalando la hora y el sitio donde había de ser la conferencia, y asegurado cada uno con su palabra y firma, que saldrían al puesto señalado con solo diez compañeros, para que fuesen testigos de lo que se discurriese y ajustase.

Pero al mismo tiempo que se disponía Hernán Cortés para dar cumplimiento por su parte á lo capitulado, le avisó de secreto Andrés del Duero que se andaba previniendo una emboscada, con ánimo de prenderle ó matarle sobre seguro; cuya noticia (que se confirmó también por otros confidentes), le obligó á darse por entendido con Narvaez de que había descubierto el doblez de su trato; y con el primer calor de su enojo le escribió una carta, rompiendo la capitulación y remitiendo á la espada su desagravio.» Solís.

185—«E así mismo mandaba y mandé por el dicho mandamiento á todas las personas que con el dicho Narvaez estaban, que no toviesen ni obediencia al dicho por tal capitán, ni justicia; antes dentro de cierto término que el dicho mandamiento señala, pareciesen ante mí para que yo les dijese lo que debían hacer en servicio de V. A., con protestación que lo contrario haciendo, procedería contra ellos como contra traidores aleves y malos vasallos, que se rebelan contra su rey y quieren usurpar sus tierras y señoríos.» Cortés.

186—Y el obeso cacique dijo á Narvaez: «¿Qué haceis que estais tan descuidado? pensais que Malinque y los Téules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuidado no os cataredes, será aquí y os matará?» Bernal Díaz.

187—Este aviso dado por Duero lo revelan varios autores, y dice Solís: «Despachó luego Andrés del Duero á Hernán Cortés un confidente suyo, que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo para que á boca le diese cuenta de la retirada y de la forma en que se había dispuesto el alojamiento; mas por asegurarle amigablemente que podía pasar la noche sin recelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él, con esta noticia, tardó poco en determinarse á lograr la ocasión que á su parecer le convidaba con el suceso. Tenía premeditados todos los lances que se le podían ofrecer en aquella guerra, y alguna vez se deben cerrar los ojos á las dificultades, porque suelen parecer mayores desde lejos, y hay casos en que daña el discurrir al ejecutar».

Aunque Prescott no menciona este aviso, no cabe duda que lo tuvo Cortés, pues debió saber en dónde y de qué modo estaban alojadas las fuerzas de Narvaez para disponer con tanto acierto y detalles como debían atacar aquella noche. Indirectamente Prescott lo ratifica, esplicando las órdenes dadas por Cortés, como si supiera cómo estaban distribuidas en el templo las fuerzas contrarias; pero más adelante revela su involuntaria omisión, cuando dice: «Afortunadamente no se había verificado ningún cambio en la posición de Narvaez, después de las noticias del Duero».

188—Después de distribuir las fuerzas y oficiales, como lo hemos hecho, sigue diciendo Solís: «La órden fué que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procurace vencer la primera dificultad de las gradas y embarazar el uso de la artillería, dividiéndose á estorbar la comunicación de los dos torreones de los lados, y poniéndose gran cuidado en el silencio de su gente: que Cristobal de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia y embistiese el torreon de Narvaez, apretando el ataque á viva fuerza; y él seguiría con los suyos para dar calor y asistir donde llamase la necesidad, rompiendo entonces las cajas y demás estruendos militares para que su misma novedad diese al asombro y á la confusión el primer movimiento del enemigo».

Algunos autores corroboran esta opinión; pero otros, y entre ellos Prescott, aunque haciendo la misma división de las fuerzas, dicen lo contrario: que Olid fué el encargado de llevar el ataque á los torreones laterales, y Sandoval al del centro, donde se hallaba Narvaez.

189—«Díjose que como Narvaez vido á Cortés, estando así preso, le dijo: Señor Cortés, tened en mucha ventura que habeis tenido, é lo mucho que habeis hecho en tener mi persona ó en tomar mi persona. E que Cortés le respondió é dijo: lo menos que yo he hecho en esta tierra donde estais, es haberos prendido; é luego le hizo poner á buen recaudo é le tuvo mucho tiempo preso». Oviedo.

«Cuidó en este intermedio Gonzalo de Sandoval de que se curase la herida de Narvaez y Hernán Cortés que acudía incansablemente á todas partes, y tenía en aquélla su principal cuidado, se acercó á verle con algún recato por no aflijirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados; y Narvaez volviéndole á mirar con semblante de hombre que no acababa de conocer su fortuna, le dijo: «Tened en mucho, señor capitán, la dicha que habeis conseguido en hacerse vuestro prisionero». A que le respondió Cortés: «De todo, amigo, se deben las gracias á Dios; pero sin género de vanidad, os puedo asegurar, que pongo esta victoria y vuestra prisión entre las cosas menores, que se han obrado en esta tierra». Solis.

190—«No obstante la altiva humildad de Cortés, no pudo él dejar de conocer que su triunfo sobre Narvaez era una de las más brillantes hazañas de su carrera militar. Con unas cuantas veintenas de compañeros mal vestidos, peor calzados, cansados por marchas forzadas, con todas las desventajas personales posibles, faltos de armaduras y aprestos militares, había atacado en sus propios cuarteles á un enemigo más de triple en número, lo había derrotado, lo había hecho prisionero, no obstante que tenía éste

caballería y artillería, que estaba perfectamente equipado y provisto de toda especie de municiones de guerra. El monto total de las tropas empeñadas en esta refriega no era en verdad muy considerable; mas no por eso dejaban de ser desproporcionadas las del uno con respecto á las del otro; por manera que este triunfo siempre debe tenerse por notable en los fastos de la guerra.

Verdad es, sin embargo, que hubo algunas circunstancias absolutamente casuales, de que dependió en parte la victoria; tal es, por ejemplo, que Velázquez de León no haya sido infiel, en cuyo caso la expedición se habría malogrado. Si el tiempo hubiera sido bueno la noche del ataque, el enemigo habría tenido noticia segura de que él se acercaba y se habría preparado á recibirle. Pero esta especie de contingencias entran en todo género de empresas. La habilidad del general lo que sabe es sacar partido de ellas, aprovechar la sonrisa de la fortuna y hacer que le ayuden hasta los mismos elementos.

Si Velázquez de León era en efecto lo que después se vió, un oficial digno de que le confiase el mando el general, la sagacidad de éste lo descubrió: su astucia la que convirtió á un poderoso adversario en amigo, y amigo tan adicto, que prefirió seguir la incierta fortuna de Cortés á la del gobernador de Cuba, su próximo pariente y antiguo protector. Su habilidad es también la que le granjeó tal ascendiente sobre los soldados, que aún en los momentos más terribles le permanecieron fieles y ni uno solo le abandonó. Si el buen éxito del asalto dependió en la mayor parte de la oscuridad de la noche y el ruido de la tempestad, también es debido á Cortés, que supo arreglar las cosas de manera que pudiera aprovechar estas circunstancias propicias. Entre la concepción y la ejecución de sus planes, medió el menor tiempo posible: en poquísimos días bajó de la capital hasta la playa, como un torrente bajo las montañas, arrasando con cuanto encuentra antes de que se pueda oponerle una barrera que lo contenga. Esta celeridad de movimientos, efecto de un entendimiento claro y de una voluntad poderosa, ha formado siempre uno de los primeros recursos estratégicos de los grandes capitanes, y ha sido el rasgo prominente de sus famosas hazañas.

En el caso presente no se puede dudar que contribuyó en gran parte el triunfo.

Pero sería ver las cosas muy mezquinamente considerar que la batalla en que fué derrotado Narvaez, se dió toda ella en Zempoalla: no, que había empezado en Méjico. Con ese influjo irresistible que ejercía Cortés sobre todo cuanto le rodeaba, convirtió en sus amigos y agentes á los emisarios de Narvaez. Los informes de Guevara á sus compañeros, las intrigas del padre Olmedo y el oro del general, todo fué diligentemente empleado para hacer vacilar la lealtad de los soldados; de suerte que la batalla ya estaba aún, desde antes de dar un solo golpe: puede decirse que se ganó tanto con el oro como con el acero. Cortés previó todo tan exactamente, que su principal mira fué hacerse de la persona de Narvaez: seguro de que en este caso la indiferencia con que veían á este los soldados, y el afecto que le tenían á él, los atraería después á todos bajo sus banderas. No se engañó: Narvaez dijo con bastante verdad algunos años después: «que á él le habían vencido sus propias tropas, no las de su rival, y que habían sobornado á los suyos para que le vendiesen» Solo así se puede esplicar la breve é ineficaz resistencia que hicieron». Prescott.

«Miraban aquellos pobres rendidos con vergüenza y confusión el estado en que se hallaban· dióles el día con su ignominia en los ojos: vieron llegar este socorro y conocieron las pocas fuerzas con que se había conseguido la victoria: maldecían la confianza de Narvaez: acusaban su descuido y todo cedía en mayor estimación de Cortés cuya vigilancia y ardimiento ponderaban con igual admiración. Prerogativa es del valor, en la guerra particularmente, que no le aborrezcan los mismos que le envidian: pueden sentir su fortuna los perdidosos; pero nunca desagradan al vencido las hazañas del vencedor: máxima que se verificó en esta ocasión, porque cada uno sin fiarse de los demás, se iba inclinando á mejorar de capitán, y á seguir las banderas de un ejército, donde vencían y medraban los soldados. Había entre los prisioneros algunos amigos de Cortés, muchos aficionados á su valor y muchos á su liberalidad. Rompieron los amigos el velo de la disimulación: dieron principio á sus aclamaciones, con que se declararon luego los aficionados, siguiendo á la mayor parte los demás. Permitióse que fuesen llegando á la presencia del nuevo capitán: arrojáronse muchos á sus piés, si él no los detuviera con los brazos: dieron todos el nombre haciendo pretensión de ganar antigüedad en las listas: no hubo entre tantos uno que se quisiese volver á la isla de Cuba; y logró con esto Hernán Cortés, el principal fruto de su empresa, porque no deseaba tanto vencer, como conquistar aquellos españoles. Fué reconociendo los ánimos y halló en todos bastante sinceridad, pues ordenó luego que se les volviesen las armas: acción que resistieron algunos de sus capitanes; pero no faltarían motivos á esta seguridad, siendo amigos los que más suponían entre aquella gente, y estando allí los chinantecas, que aseguraban su partido. Conocieron ellos el favor que recibían: aplaudieron esta confianza con nuevas aclamaciones, y él se halló en breves horas con un ejército que pasaba ya de mil españoles; presos los enemigos de quien se podía recelar, con una armada de once navios y siete bergantines á su disposición; deshecho el último esfuerzo de Velazquez, y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista principal: debiéndose todo á un gran corazón, suma vigilancia y talento militar; y no menos al valor de sus soldados, que abrazaron primero con el ánimo una resolución tan peligrosa, y después con la espada y con el brío le dieron, no solamente la victoria, sino el acierto de la misma resolución; porque al voto de los hombres que dan ó quitan fama, el seguir es crédito de intentar; y las mas veces se debe á los sucesos el quedar con opinión de prudentes los consejos aventurados.» Solís.

«Este acontecimiento importante, que puso en inminente riesgo la fortuna de Cortés y todo cuanto hasta entonces había adelantado en la conquista de Nueva España, se manifiestan en todo su esplendor las revelantes cualidades, que como político y como militar reunía en su persona aquel hombre extraordinario; cuyo arrojo solo puede medirse por la grandeza misma de los pensamientos, que puso en ejecución. La venida de Pánfilo de Narvaez con fuerzas muy superiores á las suyas, cuando tan crítica era su situación, en medio de un gran pueblo, admirado, pero no vencido, rodeado por todas partes de provincias enemigas y belicosas, y mal seguro todavía de la reciente amistad de otros pueblos, que fácilmente podían reconocer en la causa común de todo el país la salvación de su independencia; eran por sí mismos suficientes motivos para hacer desmayar otra alma menos varonil y acendrada que la de Hernán Cortés. Este, negociando un amistoso acontecimiento legal con el imprudente Narvaez, y obligado por último recurso á apelar á la suerte de las armas, habiendo de dividir sus escasas fuerzas para conservar su dominación en Méjico y arriesgar una dudosa batalla en los campos de Zempoalla, se muestra grande y sublime, como mezquinos sus miserables competidores. Mientras aquel atento á lo que debía á su rey y él mismo, procura conservar lo adquirido y combatir valerosamente á sus antagonistas, estos no escuchando otro acento que el de una ruin venganza, apelan á traidoras asechanzas, al soborno y al engaño, para levantar el país contra el conquistador, aventurando en ello la misma conquista y el honor de las armas españolas: y no satisfechos de la seguridad que su mayor fuerza numérica debía inspirarles, aún conciben la villanía de poner á precio las cabezas de Cortés

y de sus principales capitanes. Su vergonzosa derrota fué un nuevo baldón para su nombre; y si el de Narvaez ha pasado hasta nosotros, con el sello de la arrogancia necia, el de Diego Velazquez, autor de tan odiosa tentativa, lleva consigo el de la insaciable codicia ante quien todo lo sacrificaba. El nombre de Cortés brilla en medio de ellos, como el astro vespertino entre la densa niebla, que viene esparciendo por todas partes la oscuridad de la noche! Revilla.

191—«No se sabe á punto fijo cuál fué el número de los muertos; mas parece probable que del lado de los vencidos murieron doce y la mitad de este número del lado de los vencedores; esto se explica fácilmente, atendiendo al poco tiempo que duró la refriega y á erradas que debían ser las punterías en medio de la oscuridad de la noche. El número de heridos fué más considerable.» Prescott.

«Murieron del lado de Cortés solo dos soldados, y hubo algunos heridos. En el ejército contrario quedaron muertos quince soldados, un alférez y un capitán, y fué mucho mayor el número de heridos.» Solis.

192—«Narvaez peleaba valientemente y animaba á los suyos: su portabandera cayó junto á él con el pecho atravesado; y él mismo recibió muchas heridas, porque su espada corta no bastaba contra las largas picas de sus adversarios. Por último, recibió una lanzada en el ojo izquierdo, y dijo el desgraciado: «¡Santa María!». Los de Cortés al oír aquel grito, exclamaron: ¡Victoria! .

A Narvaez, á Salvatierra y á algunos otros capitanes que le eran enemigos, se les trajeron encadenados: aquel acto de profunda humillación debe haber causado al primero mayor angustia de espíritu que la que le causaba la agonía de sus heridas....

En seguida mandó que se les asistiese con mucha eficacia de sus heridas, y los envió á Veracruz á buen recaudo.» Prescott.

No recibió *muchas heridas* Narvaez, sino la pérdida del ojo, que es lo que dice Solis y otros; pues si así hubiese sido, no es posible que resistiera ir engrillado hasta Veracruz, después de su prisión, ni Cortés le hubiera enviado en peligroso estado. Además, dice Solis, que esa misma noche se mandaron á Veracruz, como se verá por el siguiente párrafo: «Narvaez y Salvatierra fueron llevados á la Veracruz con la guardia que pareció necesaria. Quedó prisionero de Juan Velazquez de León, Diego Velazquez, el mozo; y aunque le tenía justamente irritado el lance de Zempoalla, cuidó con particular asistencia de su casa y regalo; generosidad en que medió como intercesora la igualdad de la sangre, y como superior la nobleza del ánimo. Y todo esto quedó ejecutado *antes de anochecer.*»

193—Narvaez se quejaba de que Cortés le había hecho un robo que valía cien mil castellanos de oro. (Demanda de Ceballos en nombre de Narvaez). Por eso dice Prescott, con graciosa ironía: «Si en efecto fué así, con lo que robó al general tenía para ser liberal con los soldados.»

194—«La visita de Narvaez dejó tristes huellas, que harán que los indios no le olviden en mucho tiempo. Un negro, que venía con él trajo la viruela, cuya enfermedad se propagó rápidamente por aquellas regiones é hizo gran número de víctimas entre la población indígena.» Herrera.

«La primera fué de viruela y comenzó de esta manera. Siendo capitán y gobernador Hernando Cortés, al tiempo que el capitan Pánfilo de Narvaez desembarcó en esta tierra, en uno de sus navíos vino un negro herido de viruelas, la cual enfermedad nunca en esta tierra se había visto, y á esta sazon estaba en Nueva España, en extremo muy llena de gente.» Toribio.

Era el 13 de Marzo de 1890, é iba á acabar el penúltimo renglón de este capítulo 56, cuando de súbito siento un temblor ó convulsión, que helándome todo el cuerpo me hace soltar la pluma, dándome apenas tiempo de ponerme,—ó mejor dicho, que me pusieron en cama,—rodeándome de caloríferos, hasta qne vino en seguida el médico: creyóse, en los primeros momentos, que fuera *la influenza*; pero esa misma noche se declaró una fuerte *pulmonía doble y puntada de costado*; que con peligro inminente me han tenido mas de un mes en cama.

Hanme prohíbido los médicos, que hasta de aquí á bastante tiempo, no me contraiga á ninguna clase de trabajo, tanto por mi delicada salud cuanto por mi edad,—pues tengo sesenta y seis años, habiendo nacido el 17 de Enero de 1824, estando mi fé de bautismo en la iglesia La Merced, de esta capital.

Así es, que contra la expresa prohibición, no podré en adelante consagrar muchas horas diariamente á este trabajo; y á mediados de Agosto del mismo año, vuelvo á proseguirlo, empezando por cortas horas los primeros días.

195—«Al pasar revista el general, despues de reunidos los dos capitanes, encontró que subía á cosa de mil infantes, cien ginetes y los aliados tlascaltecas. Entre los primeros había cien arcabuceros y otros tantos ballesteros; estando los soldados pertenecientes á la expedición de Narvaez perfectamente equipados; sin embargo de que eran inferiores á los antiguos veteranos de Cortés, en eso que vale mas que los arreos exteriores, en disciplina militar y en el conocimiento del modo de hacer aquella campaña.» Prescott.

Y este autor dice: «que este número adoptado es el que resulta de los documentos oficiales, en que consta cuál era la fuerza de cada uno de los ejércitos, antes de juntarse.»

Bernal Díaz hace subir la infantería á mil trescientos y los jinetes á noventa. Y Solis, respecto de los tlascaltecas, dice: «Pero admitió hasta dos mil hombres de buena calidad, con sus capitanes ó cabos de cuadrillas, los cuales siguieron su marcha, y fueron de servicio en las ocasiones siguientes. Llevó esta gente por dar mayor seguridad á su empresa, ó mantener la confianza de los tlascaltecas, acreditados ya de valientes contra los mejicanos y no llevó mayor número por no escandalizar á Motezuma ó poner en desesperación á los rebeldes.»

196—«Salió Motezuma con algunos de sus criados hasta el primer patio, donde recibió á Cortés, tan copioso en afectos de alegría, que tocó en esceso y se llevó tras sí la majestad. Es cierto y nadie lo niega, que deseaba su venida, porque ya necesitaba de sus fuerzas y consejo para reprimir á los suyos, ó por la misma privación en que se hallaba de aquel género de libertad que le permitía Cortés, dejándole salir á sus divertimientos: licencia de que no quiso usar en todo el tiempo de su ausencia; siendo cierto que ya consistía su prisión en la fuerza de su palabra, cuyo desempeño le obligó á no desviarse de los españoles en aquella turbación de su república.

Bernal Diaz del Castillo dice que correspondió Hernán Cortés con desabrimiento á esta demostración de Motezuma: que le torció el rostro, y se retiró á su cuarto sin visitarle, ni dejarse visitar: que dijo contra él algunas palabras descompuestas delante de sus mismos criados; y añade, como de propio dictamen; «que por tener consigo tantos españoles, hablaba tan airado y descompuesto.» Términos son de su historia. Y Antonio de Herrera le desautoriza mas en la suya, porque se vale de su misma confesión para comprobar su desacierto con estas palabras: «Muchos han dicho haber oído decir á Hernán Cortés, que si en llegando visitára á Motezuma; sus cosas pasaran bien, y que le dejó estimándola en poco, por hallarse tan poderoso.» Y trae á este propósito un lugar de

Cornelio Tácito, cuya sustancia es, que los sucesos prósperos hacen insolentes á los grandes capitanes. No lo dice así Francisco Lopez de Gomara, ni el mismo Hernán Cortés en la segunda relación de su jornada, que pudiera tocarlo por dar los motivos que le obligaron á semejante aspereza, tuviera razon ó fuese disculpa. Queda al arbitro de la sinceridad que se debe á los autores; y séanos lícito dudar en Cortés una sin razon tan fuera de propósito. Los mismos Herrera y Castillo asientan, que Motezuma resistió esta sedición de sus vasallos: que los detuvo y reprimió siempre que intentaron asaltar el cuartel; y que si no fuera por la sombra de su autoridad, hubieran perecido infaliblemente Pedro de Alvarado y los suyos. Nadie niega que Cortés lo llevó entendido así; ni el hallarle cumpliendo su palabra le dejaba razón de dudar: siendo fuera de toda proporción que aquel príncipe moviese las armas que detenía, y se dejase estar cerca de los que intentaba destruir. Acción parece indigna de Cortés el despreciarle, cuando podía llegar el caso de haberle menester: y no era de su genio la destemplanza que se le atribuye, como efecto de la prosperidad. Puédese creer ó sospechar á lo menos, que Antonio de Herrera entró con poco fundamento en esta noticia, reincidiendo en los manuscritos de Bernal Díaz, apasionado intérprete de Cortés, y pudo ser que se inclinase á seguir su opinión, por lograr la sentencia de Tácito: ambición peligrosa en los historiadores, porque suele torcerse ó ladearse la narración, para que vengan á propósito las márgenes; y no es de todos entenderse á un tiempo con la verdad y con la erudición». Solís.

197—«Los escritores forasteros se apartan más de lo verosimil, poniendo el orijen y los motivos de aquella turbación entre las atrocidades con que procuran desacreditar á los españoles en la conquista de las indias· y lo peor es, que apoyan su malignidad, citando al padre fray Bartolomé de las Casas ó Casaus, que fué obispo de Chiapa, cuyas palabras copian y traducen, dándonos con el argumento de autor nuestro y testigo calificado. Lo que dejó escrito y anda en sus obras es, que los mejicanos dispusieron un baile público, de aquellos que llaman mitones para divertir y festejar á Motezuma; que Pedro de Alvarado, viendo las joyas de que iban adornados, convocó su jente y embistió con ellos, haciéndolos pedazos para quitárselos, en cuyo miserable despojo dice que fueron pasados á cuchillo más de dos mil hombres de la nobleza mejicana: con que deja la conspiración en términos de justa venganza. Notable despropósito de acción, en que hace falta lo congruente y lo posible. Solicitaba entonces este prelado el alivio de los indios, y encareciendo lo que padecían, cuidó menos de la verdad que de la ponderación. Los más de nuestros escritores le convencen de mal informado en esta y otras enormidades, que dejó escritas contra los españoles. Dicha es hallarle impregnado para entendernos mejor con el respeto que se debe á su dignidad.

Pero lo cierto fué que Pedro de Alvarado, poco después que se apartó de Méjico Hernán Cortés, reconoció en los nobles de aquella corte menos atención ó menos agrado; cuya novedad le obligó á vivir cuidadoso y velar sobre sus acciones. Valióse de algunos confidentes que observasen lo que pasaba en la ciudad. Supo que andaba la gente inquieta y misteriosa y que se hacían juntas en casas particulares, con un género de recato mal seguro que ocultaba el intento y descubría la intención. Dió calor á sus inteligencias; y consiguió con ellas la noticia evidente de una conjuración que se iba forjando contra los españoles, porque ganó algunos de los mismos conjurados que venían con los avisos afeando la traición, sin olvidar el interés. Ibase acercando una fiesta muy solemne de ídolos, que celebraban con aquellos bailes públicos, mezcla de nobleza y plebe y conmoción de toda la ciudad. Eligieron este día para su facción, suponiendo que se podrían juntar descubiertamente sin que hiciese novedad. Era su intento dar principio al baile para convocar al pueblo y llevárselo tras sí, con la diligencia de apellidar la libertad de su rey y la defensa de sus dioses; reservando para entonces el publicar la conjuración, por no aventurar el secreto, fiándose anticipadamente de la muchedumbre; y á la verdad no lo tenían mal discurrido, que pocas veces falta el ingenio á la maldad.

Vinieron la mañana precedente al día señalado algunos de los promovedores del motín á verse con Pedro de Alvarado, y le pidieron licencia para celebrar su festividad: rendimiento afectado con que procuraron deslumbrarle; y él, mal asegurado todavía en su recelo, se la concedió, con la calidad que no llevasen armas ni se hiciesen sacrificios de sangre humana; pero aquella misma noche supo que andaban muy solícitos, escondiendo las armas en el barrio más vecino al templo: noticia que no le dejó que dudar, y le dió motivo para discurrir con una temeridad, que tuvo sus apariencias de remedio; y lo pudiera ser, si se aplicara con la debida moderación. Resolvió atacarlos en el principio de la fiesta, sin dejarles lugar para que tomasen las armas ni levantasen al pueblo; y así lo puso en ejecución, saliendo á la hora señalada con cincuenta de los suyos, y dando á entender, que le llevaba la curiosidad ó el divertimiento. Hallólos entregados á la embreaguez, y envueltos en el regocijo cauteloso de que se iba formando la traición. Embistió con ellos y los atropelló con poca ó ninguna resistencia, hiriendo y matando alguno que no pudieron huir, ó tardaron más en arrojarse por las cercas y ventanas del adoratorio. Su intento fué castigarlos y desunirlos, lo cual se consiguió sin dificultad, pero no sin desórden; porque los españoles despojaron de sus joyas á los heridos y á los muertos: licencia mal reprimida entonces, y siempre dificultosa de reprimir en los soldados cuando se hallan con la espada en la mano y el oro á la vista.

Dispuso esta facción don Pedro de Alvarado con más ardor que providencia. Retiróse con desahogos de vencedor, sin dar á entender al concurso popular los motivos de su enojo. Debiera publicar entonces la traición que prevenían contra él aquellos nobles, manifestar las armas que tenían escondidas ó hacer algo de su parte para ganar contra ellos el voto de la plebe, fácil siempre de mover contra la nobleza; pero volvió satisfecho de que había sido justo el castigo y conveniente la resolución, ó no conoció lo que importaban al acierto los adornos de la razón. Y aquel pueblo que ignoraba la provocación, y vio el estrago de los suyos y el despojo de las joyas, atribuyó á la codicia todo el hecho, y quedó tan irritado, que tomó luego las armas y dió cuerpo formidable á la sedición, hallándose dentro del tumulto con poca ó ninguna diligencia de los primeros conjurados.» Solís.

«Alvarado y los suyos concurrieron en clase de espectadores, quedándose unos en las puertas como por casualidad, y mezclándose otros en la multitud: todos iban armados, cosa que como era corriente, no llamó la atención. Los indios se engolfaron en sus danzas y cantos acompañados de su ingrata y discordante orquesta; pero en el momento menos esperado se precipitaron sobre ellos con las espadas desnudas los españoles. Como los indios no llevaban armas de ningun género é iban enteramente desnudos, sucumbieron sin resistencia á la embestida de los blancos, que no dieron señales en aquella terrible matanza, de abrigar ni un solo rasgo de piedad». Prescott.

«Sin duelo ni piedad cristiana lo acuchilló y mató». Gomara.

198—«Fué tan grande el darramamiento de sangre,

que corrían de ella por el patio como agua cuando mucho llueve». Sahagun.

«Y de aquí á qué se acabe el mundo ó ella del todo se acabe, no dejarán de lamentar y cantar en sus areitos y bailes, como en romances que acá decimos, aquella calamidad y pérdida de la sucesión de toda su nobleza de que se preciaban de tantos años atrás». Las Casas.

«E así los indios, todos señores más de seiscientos desnudos é con muchas joyas de oro é hermosos penachos é muchas preciosas piedras é como aderezados é gentiles hombres se pudieron e supieron aderezar é sin arma alguna defensiva ni ofensiva bailaban y cantaban y hacían su areito é fiesta según su costumbre». Oviedo.

Algunos escritores hacen subir á ochocientos ó mil el número de las víctimas. Las Casas, con mayor moderación, que la tiene de costumbre, lo hace subir apenas á dos mil. ¡Cuanto tiempo necesitarían los cincuenta soldados para matar á dos mil indios, aunque estos se tendiesen y presentasen su pescuezo!

«Ni un solo azteca sobrevivió á aquella catástrofe: se repetió la horrorosa escena de Choluta; pero con la nueva circunstancia de que los españoles no contentos con asesinar á sus víctimas les robaban los preciosos adornos de que venían ataviadas. En este aciago día pereció la flor de la nobleza azteca: ni una sola familia dejó de perder dentro de aquel recinto algún objeto querido. Aún mucho tiempo después de la conquista cantaban los indios algunas endechas doloridas, que recordaban esta trajedia.

Varias esplicaciones se han dado á este hecho atroz: pero pocos historiadores han admitido la de Alvarado mismo. Según éste, le habían informado sus espias, (algunos de ellos mejicanos,) que intentaban un levantamiento los indios, habiendo señalado para efectuarlo el día de esta fiesta en que estando congregados todos los caciques, fácilmente podían excitar al pueblo á la rebelión: que él, (Alvarado,) sabedor de esto, les había prohibido que llevasen armas, y que los indios aparentando obedecer esta órden, habían reunido gran número de ellas en los arsenales inmediatos, de donde fácilmente podían sacarlas á la hora necesaria. Pero que el golpe que les dió anticipadamente había desconcertado sus proyectos, y les haría renunciar en lo futuro á toda tentativa del mismo género.

Tal es la relación que Alvarado hizo de aquel suceso; pero si ella es cierta, porqué no la comprobó enseñando las armas, que decía que estaban acumuladas en los arsenales? ¿por qué para vindidar su conducta no publicó la traición de la nobleza azteca, como Córtés lo había hecho en Cholula? Toda prueba que era rebelión ha sido forjada después del hecho para encubrir su atrocidad.

Algunos contemporáneos le atribuyen á la codicia de los conquistadores y alegan como prueba de robo de las joyas de las víctimas. Bernal Díaz dice, que aunque no estuvo presente, conversó con muchos de los que asistieron á aquella matanza, vindica á los españoles de tan fea nota: Según él, el objeto que se propuso Alvarado fué intimidar á los aztecas para apartales de toda idea de insurrección; pero el cronista no nos dice si el Alcalde tuvo razones para tenerla ó si siquiera aparentó tenerlas.

Reflexionando sobre hecho tan negro y de tan peligrosas consecuencias para los españoles, no se puede creer que les haya impulsado á cometerlo el mero hecho de apropiarse los ricos despojos de los indios; y es más verosímil que este deseo se haya despertado en la soldadesca al ver el rico botin que tenían antes los ojos. Tampoco es improbable que haya tenido Alvarado noticias de conspiración entre los nobles; pero cuyas noticias provendrían acaso de los tlascaltecas, inveterados enemigos de los mejicanos, y por lo tanto, pocos dignos de crédito.

Seguramente se propuso desbaratar aquella trama, remedando el ejemplo de lo que hizo Cortés en Cholula; pero omitió imitar también á su comandante en las precauciones tomadas para evitar un levantamiento; y además, se equivocó groseramente al confundir á los osados y belicosos aztecas con los cholulas afeminados.» Prescott.

199—«Es dudoso cuál habría sido el éxito de la refriega, si el populacho hubiese insistido en apoderarse de la plaza; pero á súplicas de la guarnición salió Motezuma á la azotea y procuró aplacar la furia del pueblo, haciéndole ver el riesgo en que estaba su propia vida. Los mejicanos respetaban tanto á su monarca, que desistieron de toda nueva tentativa para forzar el cuartel; pero determinaron ponerle sitio. Hicieron fortificaciones al rededor de aquel para impedir la salida de los españoles: suspendieron el tianguez ó mercado para que no pudiesen los sitiados procurarse víveres; y se pusieron tranquilamente en acecho del momento en que sus enemigos urgidos por el hambre cayesen en sus manos y en que pudiesen saciar en ellos su rabiosa desesperación.» Prescott.

200—«Reprendió Hernán Cortés á Pedro de Alvarado por el arrojamiento y falta de consideración con que aventuró la mayor parte de sus fuerzas en día de tanta conmoción, dejando el cuartel y su primer cuidado al arbitrio de los accidentes que podían sobrevenir. Sintió que recatase á Motezuma los primeros lances de aquella inquietud; porque no se fió de él hasta que le vió á su lado en la ocasión; y debiera comunicarle sus recelos, cuando no para valerse de su autoridad, para sondar su ánimo, y saber si le dejaba seguro con tan poca guarnición; lo cual fué lo mismo que volver las espaldas al enemigo de quien más se debía recelar: culpó la inadvertencia de no justificar á veces con el pueblo, y con los mismos delincuentes una resolución de tan violenta esterioridad; de que se conoce que no hubo en el hecho ni en sus motivos ó circunstancias la maldad que le imputaron; porque no se contentaría Hernán Cortés con reprender solamente un delito de semejante atrocidad, ni perdiera la ocasión de castigarle, ó prenderle por lo menos, para introducir la paz con este género de satisfacción: antes hallamos que le propuso el mismo Alvarado su prisión, como uno de los medios que podrían facilitar la reducción de aquella gente, y no vino en ello, porque le pareció camino más real servirse de la razón que tuvo el mismo Alvarado contra los primeros amotinados». Solís.

«Cortés escuchó tranquilamente la explicación que le dió Alvarado; pero antes que éste la hubiese concluido, debió de conocer aquel para sí, que se había equivocado en su elección para un puesto tan importante; aunque fuese equivocación natural, pues era Alvarado un hidalgo de ilustre familia, valiente, y caballero y amigo íntimo del conquistador: tenía actividad, firmeza é intrepidez, y sus modales francos y abiertos le habían hecho el favorito especial de los mejicanos, que le llamaban Tonetiuh. Pero bajo aquel aspecto apacible y suave, ocultaba el futuro conquistador de Guatemala, un corazón rapaz y cruel; además, le faltaba la moderación, que era prueba tan esencial en el delicado puesto que desempeñaba.

Con todo, no estaba el tiempo para romper con un capitan tan popular y bajo varios respectos tan importante como este, ni mucho menos para imponerle el castigo merecido. Los españoles estaban como marineros que luchan con una deshecha tempestad, y cuya nave no se puede salvar del naufragio sin la habilidad del piloto y la cooperación activa de la tripulación. Cualquier motivo de disención hubiera sido fatal en aquellas cipcunstancias, pues aunque es cierto que Cortés podía disponer de más de 1250 españoles y 8.000 guerreros indios, mayormente tlascaltecas, aquel aumento de tropas, si por una parte le hacia capaz de resistir mejor, le ponía también en mayores aprietos para mantenerlas. Así, descontento consigo mismo, disgustado con su subalterno y

aflijido por las desastrosas consecuencias que debía acarrear la violencia de éste, el carácter de Cortés se volvió irritable y extraordinariamente acre, cosa muy rara, pues aunque era hombre de pasiones violentas, poseía el arte de reprimirlas». Prescott.

A este futuro conquistador de Guatemala,—cuando pasó después al Perú, á tomar parte en esta conquista ya emprendida por Pizarro—bosquejamos en un episodio, en nuestro poema *La conquista del Perú*, bajo diversa faz de la que aparece de la conquista del Méjico, pues estuvo poco tiempo, é hizo un desairado papel; pero salió de allí con los bolsillos llenos de oro.

201—«El cual mensajero volvió á dende media hora todo descalabrado y herido, dando voces, que todos los indios de la ciudad venían de guerra, y que tenían todos las puentes y alzadas; é junto tras él da sobre nosotros la multitud de gentes por todas partes, que ni las calles ni azoteas se parecían con gente; la cual venía con los mayores alaridos y grita más espantable que en el mundo se puede pensar.» Oviedo.

202—No está bien aclarada la cuestión, si fueran los indios ó españoles los primeros que atacaron, después que entró Cortés por segunda vez á Méjico: dice Solís, que viendo ese día y el siguiente, que no era atacado ni andaba gente por las calles, mandó á Ordaz con cuatrocientos hombres á recorrerlas, y que tuvo que entrar luego perseguido á su cuartel, siguiéndose después los diarios ataques. Prescott dice, que desde el primer momento fué atacado Cortés en sus cuarteles.

203—«Hondas, que era las más fuerte arma de pelear que los mejicanos tenían.» Camargo.

«Eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro de la fortaleza, que no parecía sino que el cielo las lluvia; é las fechas y tiraderas eran tantas que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas.» Lorenzana.

Dice Herrera que al día siguiente quemaron *cuarenta carretadas*.

204—«Los mejicanos peleaban con tanto furor, dice Bernal Díaz, que en aquel día si hubiesen acudido en nuestra ayuda, diez mil Héctores y otros tantos Orlandos, nada les hubiéramos hecho. Entre nuestros soldados había muchos que habían estado en las guerras de Italia y en batallas con los turcos, y asegura que nunca había visto tanta desesperación como la que tenían los indios.»

«Duró el combate la mayor parte del día, reducidos los españoles y sus aliados á ganar terreno de trinchera en trinchera: hízose gran daño en la ciudad: quemáronse muchas casas; y costó más sangre á los mejicanos esta ocasión que las dos antecedentes, porque anduvieron más cerca de las balas; ó porque no pudieron huir como solían con el impedimento de sus mismos reparos.» Solis.

205—«Estos rasgos de valor personal eran más frecuentes en aquellos encuentros de lo que pudieran haberle sido en una guerra con gente más instruída en el arte de pelear. La conducta caballeresca del comandante encontró imitadores en Sandoval, León, Olid, Alvarado, Ordaz ú otros capitanes, que con proezas gloriosas alcanzadas á la vista de su caudillo, se proponián obtener el mando de provincias que gobernar á su arbitrio, como si fuesen reinos. Prescott.

206—«Pero los aztecas, hasta entonces engreídos señores de la tierra, habrían sido insultados y vejados hasta ese extremo que produce la abnegación de los sentimientos personales, y que hace despreciable la vida en comparación de la vengaza. Armado de esta suerte, con el valor de la desesperación, el salvaje es casi igual al hombre civilizado, y un pueblo entero que ha sido conmovido en sus entrañas por un sentimiento común y que ve amenazados de muerte sus intereses y su salvación; este pueblo, sean cuales fueren sus recursos, es como el terremoto y el huracan, los más formidables agentes de la omnipotencia de la naturaleza.» Prescott.

207—«Enserróse con pretesto de la herida y con deseo de alargar las riendas al discurso. Tuvo mucho que hacer consigo la mayor parte de la noche. Sentía el retirarse de Méjico, y no hallaba camino de mantenerse. Procuraba esforzarse con la dificultad, y se ponía la razón de parte del recelo. No se conformaban su entendimiento y su valor, y todo era batallar sin resolver: impaciente y desabrido con los dictámenes de la prudencia, ó mal hallado con lo que duele, antes de aprovechar el desengaño.» Solis.

208—Después que conquistó Córtes definitivamente á Méjico, devolvió á María Estrada su ángel de la guarda, dentro de un rico y pesado relicario de oro, guarnecido de esmeraldas, con una linda cadena también de oro, todo en una cajita del mismo metal y á su marido Sanchez de Farfán dió en encomienda el pueblo de Tetela.

209—Algunos escritores dicen, que Motezuma propuso á Cortés, que él arengaría al pueblo, entre ellos Solís; pero otros, y entre ellos también Prescott, dicen lo contrario.

210—«¿Qué quiere de mí ya Malinche, que yo ya no deseo vivir ni oílle? pues en tal estado por su causa, mi desventura me ha traído.» Bernal Díaz.

«Abatido por aquella posición é indignado contra los que le habían puesto en ella, respondió friamente al oir la solicitud de Cortés: ¿qué tengo yo que hacer con el Malinche: yo no quiero oirle; lo único que quiero es morir. A qué triste condición me ha reducido mi deseo de servirle.» Habiéndole instado el padre Olmedo y Olid, á que accediese, añadió: «Esto de nada serviría; porque mi pueblo ni me creería á mí, ni á las falsas palabras y promesas de Malinche. Es imposible que salgais con vida de estas murallas.» Habiéndole asegurado que los españoles abandonarían la capital, siempre que le dejase expedito el camino por donde verificarlo, convino en interceder con el pueblo, deseando seguramente más bien ahorrar la sangre azteca que la de los cristianos.» Prescott.

211—Refiere el padre Acosta, que según la tradición, fué Guatimozin, sobrino de Motezuma, y quien le sucedió en el trono, el que le arrojó la primera flecha.

Smith, en su *Geografía*, impresa en Nueva York en 1884, dice, *que Motezuma murió asesinado por los españoles*; pero en su edición revisada en 1889, enmienda tal error y dice: *que murió herido por una de las piedras que en un motin sus súbditos arrojaron á los españoles, mientras trataba de apiciguarlos*. Así corrige el gran disparate de la primera edición.

212—Copiamos el siguiente párrafo del padre Sahagun, cuyas noticias dimanaban principalmente de los mismos indios. «De esta manera se determinaron los españoles á morir ó á vencer varonilmente, y así hablaron á todos los indios amigos, y todos ellos estuvieron firmes en esta determinación, y lo primero que hicieron fué que dieron garrote á todos los señores que tenían presos, y los echaron muertos fuera del fuerte; y antes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas y les hicieron saber su determinación y que de ellos había de comenzar esta obra y luego todos los demás habían de ser muertos á sus manos. Dijéronles: no es posible que vuestros ídolos os liberten de nuestras manos. Y después que les hubieron dado garrote y vieron que estaban muertos, mandáronles echar por la azotea fuera de la casa, en un lugar que se llama Tortuga de Piedra, porque allí estaba una piedra labrada á manera de tortuga.

Y después supieron y vieron los de afuera que aquellos señores tan principales habían sido muertos por las manos de los españoles y les hicieron sus exequias, al modo de su idolatría, y quemaron sus cuerpos y tomaron sus cenizas y las pusieron en lugares apropiados á su dignidad y valor».

213—Se queja, y con sobrado fundamento, el célebre Ercilla del árido trabajo de describir los continuos encuentros de los españoles y araucanos, y así dice en el prólogo de la segunda parte de su Araucana: «Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de *La Araucana* no muestre el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyera podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad, pues desde el principio hasta el fin no contiene sinó una misma cosa, y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril, paréceme que no habrá mucho gusto que no se canse de seguirme».

¿Qué diré yo entonces, que con más paciencia, aunque sin ninguna de sus galas poéticas, he tenido que hacer lo mismo en mis anteriores tres leyendas, Colón, Vasco Nuñez de Balboa, La Conquista del Perú y esta que escribo?

214—Dice Prescott: «Que Lorenzana es de opinión que aquella imájen de la Vírgen es la misma que ahora se ve en el templo de nuestra Señora de los Remedios. (Y agrega irónicamente.) Lo que no nos dice es, de qué manera se salvó en el saqueo de la ciudad dicha imágen, ni de qué manera volvió á aparecer. Pero el milagro, mientras más inexplicable, más indudable».

215—«Dos indios de formas robustas y vigorosas se asieron de él é intentaron arrastrarle consigo hasta el borde de la pirámide; conociendo su intención luchó con ellos con toda su fuerza, y antes que pudiesen realizarla, logró desasirse y arrojar á uno de ellos con un solo movimiento de su brazo. Esta anécdota, no es inverosímil, pues Cortés era hombre de extraordinaria agilidad y fuerza, y varios escritores la han adoptado; pero ningún contemporáneo la refiere». Prescott.

Herrera y otros mencionan el hecho.

216—El capitan Díaz, que á veces suele ser elocuente, hablando del valor del general en esta ocasión, se expresa con énfasis. «Aquí se mostró Cortés muy varón, como siempre lo fué. ¡A que pelear y fuerte batalla que aquí tuvisos! Era cosa de notar vernos á todos corriendo sangre y llenos de heridas, y más de cuarenta soldados muertos».

217—«De todas las proezas de los españoles, ninguna causó mayor impresión á los indios que la toma del templo, pues parecía que aquellos habían desafiado el poder del hombre y de los dioses. Después de la conquista, se encontraron varias veces geroglíficos que representaban circunstancias del suceso. El delicado capitan Díaz cuenta, que en los que el vió, no se omitió ninguna de las pérdidas de los cristianos. Era la única venganza que les quedaba que tomar de los conquistadores». Prescott.

«Hicieron tanto aprecio los mejicanos de este asalto del adoratorio, que le pintaron como acaecimienso memorable, y se hallaron después lienzos que contenían toda la facción, el acontecimiento de las grandas, el combate del atrio; y daban últimamente ganado el puesto á sus enemigos, sin perdonar el incendio y la ruina de los torreones, ni atreverse á torcer lo sustancial del suceso por ser estas pinturas sus historias, cuya fe veneraban, teniendo por delito el engaño de la posteridad. Pero se hizo justo reparo en que no les faltase malicia para fingir algunos adminículos que miraban al crédito de su nación. Pintaron muchos españoles muertos, despeñados y heridos; cargando la mano en el destrozo que no hicieron sus armas, y dejando al parecer colorida la pérdida con la circunstancia de costosa: falta de puntualidad en que no pudieron negar la profesión de historiadores, entre los cuales viene á ser vicio como familiar este género de cuidado con que se refieren los sucesos, torciendo sus circunstancias hacia la inclinación que gobierna la pluma; tanto, que son raras las historias en que no se conozca por lo escrito la patria ó el afecto del escritor». Solis.

218—Es el nombre por la cual se le conoce todavía en la poesía popular de Méjico. También es de la famosa montaña tlascalteca, que se llama *Sierra de la Mallntzin*,—y en lo antiguo se llamó Matlalcueye,—en honor de la señorita india.

219—«Al dia siguiente hicieron llamada los mejicanos y fueron admitidos, no sin esperanza de algún acuerdo conveniente. Salió Hernán Cortés á escucharlos desde la muralla; y acercándose algunos de los nobles con poco séquito, le propusieron de parte del nuevo emperador: «que tratase de marchar luego con su ejército á la marina, donde le aguardaban sus grandes canoas; y cesaría la guerra por el tiempo que necesitase para disponer su jornada.

Pero no determinándose á tomar luego esta resolución, tuviese por cierto que se perderían él y todos los suyos irremediablemente, porque ya tenían esperiencia de que no eran inmortales; y aun cuando les costase veinte mil hombres cada español que muriese, les sobraría mucha gente para cantar la última victoria». Solis.

Como se ve, por lo que antecede, da á entender Solis que la idea del arreglo salió de los aztecas; pero la opinión general es que Cortés hizo tal propuesta; y así debió ser, dada su situación crítica. Dice Cortés que se jactaban de dar veinticinco mil de los suyos por un solo blanco.

220—«Hizo Cortés de su parte cuanto pedía la obligación de cristiano. Rogábale unas veces fervoroso y otras enternecido que se volviese á Dios y asegurase la eternidad, recibiendo el bautismo. El padre fray Bartolomé de Olmedo le apretaba con razones de mayor eficacia: los capitanes que se preciaban de sus favoritos querían entenderse con su voluntad: doña Marina pasaba de la interpretación á los motivos y los ruegos; y diga lo que quisiere la emulación ó la malicia, que hasta en este cuidado culpa de omisos á los españoles, no se omitió diligencia humana para reducirle al camino de la verdad. Pero sus respuestas eran despropósitos de hombre precito, discurrir en su ofensa; prorrumpió en amenazas; dejarse caer en la desesperación y encargar á Cortés el castigo de los traidores; en cuya batalla, que duró tres días, rindió al demonio la eterna posesión de su espíritu, dando á la venganza y la ferocidad las últimas cláusulas de su aliento; y dejando al mundo un ejemplo formidable de lo que se deben temer en aquella hora las pasiones, enemigas siempre de la conformidad, y más absolutas en los poderosos; porque falta el vigor para sujetarlas, al mismo tiempo que prevalece la costumbre de obedecerlas». Solis.

«Respondió, que por la media hora que le faltaba de vida no quería apartarse de la religión de sus padres». Herrera.

«Viendo que se acercaba el fin del monarca, algunos caballeros que le acompañaban y le profesaban algún afecto, trataron de salvar la alma del moribundo del triste destino que está reservado á los que mueren en las tinieblas de la incredulidad. Por consecuencia, se le presentaron presididos del padre Olmedo y le suplicaron que abriese los ojos á la luz de la fe, abnegase sus antiguas

creencias y consintiese en ser bautizado. Pero Motezuma, á pesar de que le sugerían lo contrario, jamás faltó á la fe que había heredado de sus abuelos, y no se le puede tener por apóstata: nombre que merece en la acepción de la palabra, quien quiera que, ya siendo cristiano ó pagano, renuncia á su religión, sin estar convencido de que es falsa. Lejos de esto, la excesiva fe en sus oráculos le había hecho fiarse incautamente de los españoles: el trato con éstos no era para hacerle amable la religión que profesaban, y finalmente, las calamidades que afligían á su pueblo debían parecer al monarca el castigo que sus dioses descargaban sobre él, por haber concedido hospitalidad á los que habían destruido y profanado sus altares.» Prescott.

«Muchos afirman de los conquistadores que yo conocí, que estando en el artículo de muerte, pidió agua de bautismo, é que fué bautizado é murió cristiano, aunque en esto hay grandes dudas é diferentes pareceres: mas como dije de personas fidedignas, conquistadores de los primeros desta tierra, de quien fuimos informados, supimos que fué bautizado y cristiano y que fueron sus padrinos Fernando Cortés y don Pedro de Alvarado». Camargo.

Según Gomara: «el monarca deseaba ser bautizado desde antes de la llegada de Narvaez, mas se había dejado la ceremonia para la Pascua, para que fuese aquella más solemne; pero la ocupación y peligros, que después sobrevinieron, hicieron que se olvidase, y Motezuma murió sin ser lavado de las manchas de la infidelidad».

Torquemada, á quien nadie tildará de pirrónico en cosas en que se interesa el honor de la religión, desprecia todos estos cuentos, que le parecen irreconciliables con el silencio que guardaron Cortés y Alvarado, los cuales no habrían podido menos que ponderar un triunfo que tan inútilmente habían procurado. Y se cumplió la opinión que Marina manifestó á Cortés.

«Las observaciones de Torquemada,—dice Prescott,—se encuentran confirmadas por el hecho de que ningún escritor digno de fe corrobora las anteriores noticias, mientras que por el contrario, están contradichas por otros muchos, por las tradiciones populares, y aún puede decirse que están destruídas por sí mismas».

221—«Dejó algunos hijos: dos de los que le asistieron en su prisión fueron muertos por los mejicanos cuando se retiró Cortés; y otros dos ó tres hijos que se convirtieron después y se casaron con españoles. Pero el principal de todos que fué Pedro deMotezuma, que se redujo también á la religión católica dentro de pocos días, y tomó este nombre en el bautismo. Concurrió en él la representación de su padre por ser habido en la señora de la provincia de Tula, una de las reinas que residían en el palacio real con igual dignidad: la cual se redujo también á imitación de su hijo y se llamó en el bautismo doña Maria de Niagua Suchil, acordando en estos renombres la nobleza de sus autepasados. Favoreció el rey á don Pedro, dándole estado y rentas en Nueva España, con título de conde de Motezuma, cuya sucesión legítima se conserva hoy en los condes de este apellido, vinculada en él dignamente la heróica recordación de tan alto principio.» Solis.

Prescott, en el *Apéndice* de su obra, trae el siguiente documento, relativo á la sucesión de Cortés.

Concesión hecha por Cortés á doña Isabel de Motezuma, hija del emperador Motezuma, fecha en Méjico á 27 de Junio de 1526.

(Ya hemos dicho en nuestra Hístoria que Motezuma al morir, encomendó sus tres hijas á la especial protección de Cortés. Después de la muerte del padre fueron bautizadas y casadas con nobles españoles, de cuyo entroncamiento son salido varias casas nobles de España. Cortés concedió á la mayor de ellas, en calidad de dote, la ciudad de Tácuba y otros varios lugares extensos y poblados, que formaban un distrito considerable. He copiado íntegro este documento, porque me parece sumamente interesante, en razón de las noticias que contiene sobre de los últimos momentos de Motezuma y del claro testimonio que ofrece de la constante amistad que tuvo á los españoles. Mas débese tener presente por el lector, que Cortés tenía interés en presentar la conducta de Motezuma bajo al aspecto más favorable al gobierno de Castilla, para justificar la cuantiosa gracia concedida á la hija del Emperador.

Este documento que he tomado de la colección de Muñoz, ha sido sacado de una antigua copia que existe en la librería de don Rafael Floranes, de Valladolid.)

Privilejio de doña Isabel Motezuma, hija del gran Motezuma, último rey indio y ciudad de Méjico, que bautizada y siendo cristiana casó con Alfonso Grado, natural de la vila de Alcántara, hidalgo y criado de su Magestad, que había servido y servía en muchos oficios en aquel reino. Otorgado por don Hernando Cortés, conquistador de dicho reino en nombre de su Magestad, como su capitan general y gobernador de la Nueva España.

Por cuanto al tiempo que yo, don Hernando Cortés, capitan general y gobernador de la Nueva España é sus provincias por su Magestad pasé á estas partes con ciertos Navios é gente para las pacificar é poblar y traher las gentes della al dominio y servidumbre de la corona Imperial de S. M. como al presente está, y después de á ellos benido tuve noticia de un gran Señor, que en ésta gran cibbad de Tenextitan residió y era Señor della, y de toda la demás provincias y tierra á ella comarcanas, que se llamaba Motezuma, al cual hice saber mi renida, y como lo supo por los Mensajeros que le invié para que me obedeciese en nombre de S M. y se ofreció para su vasallo. Tuvo por bien la dicha mi venida, y por mejor mostrar su buen celo y voluntad de servir á S. M. y obedecer lo que por mí en su Real nombre le fuese mandado, me mostró mucho amor é mandó, que por todas las partes que pasaren los Españoles hasta llegar á esta ciudad, se nos hiciese muy buen acogimiento, y se nos diese todo lo que hubiésemos menester, como siempre se hizo, y muy mejor después que á esta cibdad llegamos, donde fuimos muy bien recevidos, yo y todos los que en mi compañía benimos; y aun mostró haberle pesado mucho de algunos reencuentros y batallas que en el camino se me ofrecieron antes de la llegada á esta cibdad, queriéndose él disculpar dello, y que lo de demás dicho para efectuar y mostrar mejor su buen deseo, hubo por bien el dicho Motezuma de estar debajo de la obediencia de S. M., y en mi poder á manera de preso hasta que yo hiciese relación á S. M., y del estado y casas destas partes, y de la voluntad del dicho Motezuma; y que estando en esta paz y sosiego, y teniendo ya pacificada esta dicha tierra doscientas leguas y más hacia una parte y otra con el sello y seguridad del dicho señor Motezuma por la voluntad y amor que siempre mostró al servicio de S. M., y complacerme á mi en su real nombre, hasta más de un año, que se ofreció la venida de Pánfilo de Narvaez, que los alborotó y escandalizó con sus dañadas palabras y temores que los puso; por cuyo respeto se levantó contra el dicho señor Motezuma un hermano suyo, llamado Auit Lavaci, señor de Iztapalapa, y con mucha gente que trajo así hízo muy ruda guerra al dicho Motezuma y á mi y á los españoles, que en mi compañía estaban, poniéndonos muy recio cerco en los aposentos y casas donde estábamos; y para que el dicho su hermano y los principales que con él venían cesasen en la dicha guerra y alzasen el cerco, se puso de una ventana el dicho Motezuma, y estándoles mandando y amonestando que no lo hiciesen, y que fuesen vasallos de S. M. y obedeciesen los mandamientos que en su real nombre le mandaba, le tiraron con muchas hondas y le dieron con una piedra en la cabeza, que le hicieron

muy gran herida; y temiendo de morir de ella, me hizo ciertos razonamientos, trayéndome á la memoria que por el entrañable amor que tenía de S. M., y á mi en su real nombre y á todos los españoles, padeeia tantas heridas y afrentas, lo cual daba por bien empleado; y que si él de aquella herida fallecía, que me rogaba y encargaba muy afectuosamente que habiendo respeto á lo mucho que me querta y deseaba complacer, tuvieee por bien de tomar á cargo tres hijas suyas que tenía y que se las hiciese bautizar y mostrar nuestra doctrina, porque conocía que era muy buena; á las cuales despues que yo gané esta dicha ciudad, hice luego bautizar y poner por nombres á la una que es la mayor, su legitima heredera, Doña Isabel, y las otras Doña María y Doña Marina: y y estando en finamiento de la dicha herida me tornó á llamar y rogar muy ahincadamente, que si éí muriese, que mirase por aquellas hijas, que eran las mejores joyas que él me daba, y que partiese con ellas de lo que tenía, porque no quedasen perdidas, especialmente á la mayor, que esta quería él mucho: y que si por ventura Dios le escapaba de aquella enfermedad, y la daba Victoria en aquel cerco, que él mostraría más largamente el deseo que tenía de servir á S. M. y pagarme con obras la voluntad y amor que me tenía; y que además de esto yo hiciese relación á su Magestad de como me dexaba estas sus hijas y le suplicase en su nombre se sirviese de mandarme que yo mirase por ellas y las tuviese so mi amparo y administración, pues él era tan servidor y vasallo de S. M. y siempre tuvo muy buena voluntad á los españoles, como ya habia visto y vía, y por el amor que les tenía le havían dado el pago que tenía, aunque no le pesaba dello.

Y aun en su lengua me dixo, y entre estos razonamientos que encargaba la conciencia sobre ello... —Por ende acatando los muchos servicias que el dicho señor Motezuma hizo á S. M. en las buenas obras que siempre en su vida me hizo, y buenos tratamientos de los españoles que en mi compañía yo tenía en su real nombre y la voluntad que me mostró en su real servicio; y que que sin duda él no fué parte en el levantamiento de esta cibdad, sino el dicho su hermano; antes se esperaba, como yo tenia por cierto, que su vida fuera mucha ayuda para que la tierra estuviera siempre muy pacífica, y los naturales de ella en verdadero conocimiento y se sirviera S. M. con mucha suma de pesos de oro y joyas y otras cosas, y por causa de la venida de Narvaez y de la guerra que el dicho su hermano Auit Lavaci levantó, se perdieron; y considerando así mismo que Dios nuestro señor y S. M. son muy servidos en estas parte, planté nuestra santísima Religión, como de cada día va en crecimiento: Y que las dichas hijas de Motezuma y los demás señores y principales y otras personas de los naturales de esta Nueva España se les dé y muestre toda la más y mejor Doctrina que fuese posible para quitarlos de las idolatrías en que hasta aquí han estado, y traerlos al verdadero conocimiento de nuestra santa fe católica, especialmente los hijos dc las más principales, como lo era este señor Motezuma, y que en esto se descargaba la conciencia de S. M. y la mía; y en su real nombre tuve por bien de aceptar su ruego y tener en mi casa á las dichas tres sus hijas, y hacer, como he dicho, que se les haga á todo el mejor tratamiento y acogimiento que ha podido, haciéndoles administrar y enseñar los mandamientos de nuestra santa fe católica y las otras buenas costumbres de cristianos, para que con mejor voluntad y amor sirvan á Dios nuestro señor y conozcan los artículos de ella, y que los demás naturales tomen ejemplo. Me pareció que según la calidad de las personas de la dicha Doña Isabel, que es la mayor y legítima heredera del dicho señor Motezuma, y que más encargada me dejó, y que su edad requería tener compañía, le he dado por marido y esposo á una persona de honra, Hijo-Dalgo, y que ha servido á S. M. en mi compañía, desde el principio que á estas partes paso, tenido por mi y en nombre de S. M. cargos y oficios muy honrosos, así de Contador y mi lugarteniente de Capitán Gobernador como de otras muchas, y dado dellas muy buena cuenta, y al presente está su administración el cargo y oficío de visitador general de todos los Indios de Nueva España, el cual se dice y nombra Alonso Grado, natural de la Villa de Alcántara. Con la cual dicha Doña Isabel le prometo y doy en dote y á más á la dicha Doña Isabel y sus descendientes, en nombre de su S. M. como su Govemador y capitan General destas partes, y porque de derecho le pertenece de su patrimonio y legítima, el Señorío y naturales del Pueblo de Tácuba, que tiene ciento y veinte casas; y Yeteve, que es estancia que tiene cuarenta casas; y Izqui Luca, otra estancia, que tiene ciento y veinte casas; y Chimalpan, otra estancia, que tiene cuarenta casas; y Chapulma Loyan, que tiene otras cuarenta casas; y Escapucaltango, que tiene veinte casas, é Piloango, que tiene cuarenta casas; y otra que se dice Ocoiacaque, y otra que se dice Castepeque, y otra que se dice Talanco, y otra estancia que se dice Goatrizco, y otra estancia que se dice Duotepeque, y otra que se dice Tacala; que podrá haber en todo mil y doscientas y cuarenta casas; las cuales dichas estancias y pueblos son sujetos al pueblo de Tácuba y al Señor della.

Lo cual, como dicho es, doy en nombre de S. M. en dote y arras á la dicha Doña Isabel para que lo haya y tenga y goce por juro de heredad, para agora y para siempre jamás, con título de Señora de dicho pueblo y de lo demás aquí contenido. Lo cual le doy en nombre de S. M. por descargar su Real conciencia y la mía en su nombre.

Por esta digo: que no le será quitado ni removido por cosa alguna, en ningún tiempo, ni por ninguna manera; y para más seneamiento prometo y doy fé en nombre de S. M., que si se lo escribiese, le haré relación de todo, para que S. M., se sirva de confirmar esta Merced de la dicha Doña Isabel y á los dichos sus herederos y subcesores del dicho pueblo de Tácuba y lo demás aquí contenido, y de otras estancias á él subjetas, que están en poder de algunos Españoles, para que S. M., asimismo se sirva de mandárselas dar y confirmar juntamente con las que al presente doy; que por estar, como dicho es en poder de Eapañoles, no se las dí hasta ver si S. M. es dello servido; y doy por ninguna y de ningún valor y efecto cualquier cédula de encomienda y depósito que del dicho pueblo de Tácuba y de las otras estancias aquí contenidas y declaradas yo aya dado á qualquiera persona; por cuanto yo en nombre de S. M., las revoco y lo restituyo y doy á la dicha Doña Isabel, para que lo tenga como cosa suya propia y que de derecho le pertenece.

Y mando á todas y cualesquier persona, vecinos y moradores desta dicha Nueva España, estantes y habitantes en ella, que hayan y tengan á la dicha Doña Isabel por Señora del dicho pueblo de Tácuba, con las dichas estancias, y que no le impidan ni estorven cosa alguna della, so pena de quinientos pesos de oro para la Cámara y fino de S. M. Fecho á veinte y siete días del mes de Junio de mil quinientos veinte y seis años. Don Hernando de Cortés.—Por mandato del Gobernador mi señor. Alonso Baliento.

222—«La muerte de Motezumza fué una calamidad para los españoles. Mientras vivió tuvieron en sus manos una prenda preciosa de que podían sacar gran provecho en un caso de apuro; y hoy estaba ya roto el último eslabon que los unía con los naturales. Pero independientemente del interés, á Cortés y á sus oficiales afligió mucho la muerte de Motezuma, porque le querían

y porque era natural que les consternase ver los yertos restos del herido manarca, y comparar aquella triste condición á que su amistad lo había reducido, con la tan floreciente que tenía cuando llegaron á Méjico. El general español mostró respetar sumamente su memoria. Su cuerpo, ataviado de las reales vestiduras, fué conducido á la ciudad en hombros de los nobles, en un féretro magnífico.» Prescott.

«Y Cortés lloró por él y todos nuestros capitanes y soldados: é hombres hubo entre nosotros de los que le conocimos y tratábamos, que tan llorado fué, como si fuera nuestro padre y no nos hemos de maravillar de ello, viendo que tan bueno era.» Bernal Díaz.

«Dicen que aunque muchas veces instaron á Motezuma, él nunca consintió en la muerte de ningún español, ni se alegró de la herida de Cortés; á quien amaba mucho: pero hay quienes disputan sobre esto.» Gomara.

«Fué general entre los españoles el sentimiento de su muerte, porque le amaban con igual afecto: unos por sus dádivas y otros por su gratitud y benevolencia. Pero Hernán Cortés, que debía más que todos y hacía mayor su pérdida, sintió esta desgracia tan vivamente, que llegó á tocar su dolor en congoja y desconsuelo; y aunque procuraba componer el semblante por no desalentar á los suyos, no bastaron sus esfuerzos para que dejase manifestar el secreto de su corazón con algunas lágrimas que se vinieron á sus ojos tarde ó mal detenidas. Tenía fundada en la voluntaria sujeción de aquel príncipe la mayor fábrica de sus designios. Habíasele cerrado con su muerte la puerta principal de sus esperanzas. Necesitaba ya de tirar nuevas líneas para caminar al fin que pretendía, y sobre todo, lo congojaba que hubiese muerto en su obstinación, último escarmiento de aquella infelicidad, y punto esencial que le dividía el corazón entre la tristeza y el miedo, tropezando en el horror todos los movimientos de la piedad.

....

No faltaron plumas que atribuyen á Cortés la muerte de Motezuma, ó lo intentasen por lo menos, afirmando que le hizo matar para desembarazarse de su persona. Y alguno de los nuestros dice que se dijo; y no lo defiende ni lo niega: descuido que sin culpa de la inteneión, se hizo semejante á la calumnia. Pudo ser que le afirmasen años después los mejicanos por concitar el odio contra los españoles, ó borrar la infamia de su nación; pero no lo dijeron entonces ni lo imaginaron, ni se debía permitir á la pluma sin mayor fundamento un hecho de semejantes inconsecuencias. ¿Como era posible que un hombre tan atento y avisado como Hernán Cortés, cuando tenía sobre sí todas las armas de aquel imperio, se quisiere deshacer de una prenda en que consistía su mayor seguridad? ¿O qué disposición le daba la muerte de un rey amigo y sujeto para la conquista de un reino levantado y enemigo? Desgracia es de las grandes acciones la variedad con que se refieren, y empresa fácil de la mala intención inventar circunstancias, que cuando no bastan á deslucir la verdad, la sujetan por entonces á la opinión ó á la ignorancia, empezando muchas veces en la credulidad licenciosa del vulgo, lo que viene á parar á las historias. Notablemente se fatigan los estranjeros para desacreditar los aciertos de Cortés, en esta empresa. Defiéndale su entendimiento de semejante absurdo, si no le defendiese la nobleza de su ánimo de tan horrible maldad, y quédese la envidia en su confusión: vicio sin deleite que atormenta cuando se disimula y desacredita cuando se conoce: siendo en la verdad lustre dal envidiado y desaire de su dueño.» Solis.

223—«Dice que venció nueve batallas y otros nueve campos en desafío, uno á uno.» Gomara.

«Era mas cauteloso y ardidoso, que valeroso. En las armas y modo de su gobierno fué muy justiciero; en las cosas tocante á ser estimado y tenido en su dignidad y magestad real, de condición severo, aunque cuerdo y gracioso. Ixtlibreochitl.

«Fué Motezuma, como dijimos, príncipe de raras dotes naturales; de agradable presencia y majestuosa; de claro y perspicaz entendimiento; falto de cultura pero inclinado á la sustancia de las cosas. Su valor le hizo el mejor entre los suyos antes de llegar á la corona, y despues le dió entre los estraños la opinión mas venerable de los reyes. Tenía el genio y la inclinación militar: entendía las artes de la guerra, y cuando llegaba el caso de tomar las armas, era el ejército en su corte. Ganó por su persona y dirección nueve batallas campales; conquistó diferentes provincias y dilató los límites de su imperio, dejando los resplandores del solio por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro el que se forma del baston. Fué naturalmenie dadivoso y liberal: hacía grandes mercedes sin género de ostentación, tratando las dádivas como deudas y poniendo la magnificencia entre los oficios de la magestad. Amaba la justicia y celaba su administración en los ministros con rápida severidad. Era contenido en los desórdenes de la gula y moderado en los incentivos de la sensualidad. Pero estas virtudes tanto de hombre como de rey, se deslucían ó apagaban con mayores vicios de hombre y de rey. Su continencia le hacía mas vicioso que templado, pues se introdujo en su tiempo el tributo de las concubinas: naciendo la hermosura en todos sus reinos esclava de sus moderaciones: desordenado el antojo, sín hallar disculpa el apetito. Su justicia tocaba en el estremo contrario, y llegó á equivocarse con su crueldad, porque trataba con venganza los castigos, haciendo muchas veces el enojo lo que pudiera la razón. Su liberalidad ocasionaba mayores daños que produjo beneficios, porque llegó á cargar sus reinos de imposiciones y tributos intolerables; y se convertía en sus profusiones y desprecios el fruto aborrecible de su iniquidad. No daba medio, ni admitía distinción entre la esclavitud y vasallaje; y hallando política en la opresión de sus vasallos, se agradaba más de su temor que de su paciencia. Fué la soberbia su vicio capital y predominante; votaba por sus méritos cuando encarecía su fortuna, y pensaba de sí mejor que de los dioses aunque fuese sumamente dado á la superstición de su idolatría; y el demonio llego á favorecerle con frecuentes visitas, cuya malignidad, tiene sus hablas y visiones para los que llegan á cierto grado en el camino de la perdicion. Sujetóse á Cortés voluntariamente, rindiéndose á una prisión de tantos días, contra todas las reglas naturales de su ambición y su altivez. Púdose dudar la causa de semejante sujeción; pero de sus mismos efectos se conoce ya que tomó Dios las riendas en la mano para domar este monstruo, sirviéndose de su mansedumbre para la primera introducción de los españoles: principio de que resultó despues la conversión de la gentilidad.» Solis.

224—No somos nosotros quienes podemos decir si hemos ó nó hecho un retrato medio parecido de Motezuma ó solo una caricatura; pero leyendo al célebre Lord Macaulay, creemos, que por poco que valga el nuestro, es mejor que el del afamado poeta inglés Dryden, del siglo XVII, de cuyas obras ha escrito un excelente juicio crítico el dicho Lord, quien poniendo en evidencia todos los capitales defectos de Dryden, dice de uno de sus dramas á trajedias lo siguiente: «En el *Emperador de las Indias*, Motezuma ofrece una guirnalda en prenda de amor á la hermosa Almería, y le propone tomarla por esposa y compartir con ella el trono. Pero he ahí que le contesta:—Recibo la guirnalda, no como presente de vuestras manos, sino como agasajo debida á mis merecimientos y hermosura. La corona que me ofreceis compartir conmigo, no la quiero, que teniendoos por m

esclavo, antes sería humillación para mí que no encumbramiento.—Para corresponder el Emperador á amor tan fino, consiente sin dificultad, en hacer morir á dos de sus hijos y á un bienhechor á quien profesa mucha gratitud.»

Y mas adelante agrega Lord Macaulay: «No es nuestro ánimo criticar estos pasajes, porque se falte en ellos á las conveniencias históricas y trasportar á Méjico y á Agra modos de ser que no han existido nunca, ni aun finjidos, excepto entre caballeros europeos; que no hacemos objeciones á lo convencional, y poco nos hace al caso, por tanto, ver puritanos en Iliria y puertos de mar en Bohemia. Lo esencial es que los personajes sean cual deben ser: lo accesorio y de poca importancia, el fondo dél cuatro.»

Y continúa diciendo al principio de otro párrafo: «Entiéndase bien, que no censuramos á Dryden por haber creado personajes moros é indios que no lo son, ni por haberlos representado de una manera impropia de las costumbres orientales ó americanas, sino por no haberles creado verdaderos, que vivan y sientan como sienten y viven los seres humanos, y por haber representado al amor de una manera que no existe ni ha existido nunca.»

225—«El señor Calderon de la Barca, último ministro español en Méjico, nos ha referido, que varias veces le aconteció pasar por alguna cabaña de indios que despues de saludarle á su manera le aseguraron ser descendientes de Motezuma.» Prescott. Pero se me ocurre que esto es solo pillería de indios oscuros y vulgares; ¿cómo despues de cerca de tres siglos van á conservar con tanta exactitud su árbol genealójico. Tambien á mí, en Madrid, el año 1850 una gitana con la cara casi negra, tuvo la impavidez de decirme, que descendía de la ilustre casa de Ladron de Guevara. B. Demaría.

226—«Sin embargo, un hijo y una hija, que abrazaron el cristianismo, fueron el tronco de dos nobles casas de España. El gobierno español, queriendo dar testimonio de su reconocimiento por los vastos dominios que había adquirido procedentes de los progenitores de las dos personas ya mencionadas, les concedió extensos señoríos y distinguidos honores hereditarios. Los condes de Moteuczuma y Tula, enlazados, con las mas ilustres familias de Castilla, están denotando con sus nombres su ilustre descendencia de la real dinastía de Méjico.» Prescott.

Pero vamos á hacer varias trascripciones, tanto del autor anterior como de otros, respecto á la algo confusa descendencia de Motezuma, según las noticias de cada uno de ellos.

«Este hijo cuyo nombre de bautismo fué Pedro, descendía de una de las concubinas de Moteuezuma tuvo dos mujeres lejítimas; en la primera, llamada Tezalco, tuvo un hijo, que pereció en la huida de Méjico, y una hija nombrada Fecuichpo, que abrazó la fe cristiana y fué llamada Isabel, la que casó siendo todavía muy jóven con su primo Guatimotzin y le sobrevivió tantos años, que despues de su muerte fué casada sucesivamente con tres castellanos de elevada alcurnia. De dos de ellos, don Pedro Callejo y don Thoan Cano descienden las ilustres casas de la Andrade y Cano Moteuczuma.

Motezuma dejó de su segunda mujer, la princesa de Acatlan—ó segun Solis, Niagua Suchil—dos hijas, que después de bautizadas recibieron los nombres de María y Leonor. Aquí no se menciona á doña Isabel, la principal y mayor, á la que dió Cortés un pingüe mayorazgo —Doña Leonor casó con un hidalgo, llamado Cristóbal de Valderrama, del cual desciende la familia de los Sotelos y Moteuczumas. Dice Precostt: que ignora á cuál de estas dos ramas pertenecen los condes de Miravalle, de que habla Humbold.»

«Es cosa interesante saber que uno de los descendientes de Moteuczuma, don Joseph Sarmiento Valladares, conde de Moteuczuma, ha gobernado en Méjico, como Virrey, desde 1697 hasta 1701 los dominios de sus barbáricos predecesores.» Humboldt.

Solís dice que esta noble familia mezcló su sangre con la de los Guzmanes y Mendozas. Clavijero trae la descendencia de dichas casas, del hijo del emperador, Yohualicahue ó don Pedro de Moteuczuma, como se llamó después de bautizado, cuya descendencia, según Solís se extinguió á fines del siglo pasado. «El último vástago de esta línea,—dice Prescott,—de que he podido yo tener noticias, murió hace mucho tiempo en este país, (los Estados Unidos). Era muy rico y poseía grandes estados en España; pero á lo que parece no era muy cuerdo, pues teniendo setenta años ó más, pasó por Méjico llevado de la loca esperanza de que la nación, por razón de su alcurnia, le elevase al trono de sus antepasados, recientemente ocupado por el presuntuoso Iturbide. Pero los mejicanos modernos, no obstante que detesta á los antiguos españoles, no respetaron la sangre real azteca».

Diálogo de Oviedo con don Thoan Cano, sacado de la Historia de las Indias.

(La obra más notable, bajo ciertos aspectos, que nos ha dejado Oviedo, son sus *Quinquagésimas*, colección de diálogos imaginarios con los personages más eminentes de su época, sacados indudablemente algunas veces, de las conversaciones, que realmente tuvo con ellos.

En su Historia de Indias trae uno, que nos dice haber tenido con don Thoan Cano, hidalgo castellano, casado con la viuda de Guatemozin, la hermosa hija de Montezuma. Vino al país con Narvaez, y como por otra parte desde antes de la conquista y después de ella, era hombre bien relacionado, su testimonio es de gran peso. Por tal motivo he recurrido á él frecuentemente en el curso de mi historia, y trascribo ahora el diálogo original, que tengo por uno de los documentos importantes sobre la historia de la conquista).

Diálogo del alcaide de la fortaleza de la cibdan é puerto de Santo Domingo de la isla Española, autor y chronista destas historias, de la una parte, é de la otra, un caballero vecino de la grand cibdan de México, llamado Thoan Cano.

Alcayde. Señor, ayer supe que Vm., vive en la grand cibdan de Méxijo, que os llamais Thoan Cano; y porque yo tube amistad con un caballero llamado Diego Cano, que fué criado del severísimo Príncipe don Thoan, mi señor, de gloriosa memoria, deseo saber si es vivo, é donde soy señor natural, é como quedastes avecindado en estas partes, é recibiré merced, que no rescibais pesadumbre de mis preguntas; porque tengo necesidad de saber algunas cosas de la Nueva España, y es razón, que para mi satisfacción yo procuraré entender lo que deseo de tales personas é hábito que merezcan crédido; y ansi, Señor, recibiré merced de la vuestra en lo que diga.

Cano. Señor Alcayde, yo soy el que gano mucho en conoceros; y tiempo ha que deseaba ver vuestra persona, porque os soy aficionado, y querría muy de veras me tubiésedes por tan amigo é servidor como yo os le seré. E satisfaciendo á lo que Vm. quiera saber de mí, digo que diego Cano, Escribano de Cámara del Príncipe don Thoan, y camarero de la Tapicería de su Alteza, fué mi tio, é ha poco tiempo que murió en la cibdad de Cáseres, donde vivía y yo soy natural: Y quanto á lo demás, yo, Señor, pasé desde la Isla de Cuba á la Nueva España con el capitan Pámphilo de Narvaez, é aunque mozo é de poca edad, yo me hallé cerca dél quando fué preso por Hernando Cortés é sus mañas; é en ese trance le quebraron un ojo, peleando él como muy valiente hombre; pero como no le acudió su gente, é con él se hallaron muy pocos, quedó preso é herido, é se hizo Cortés señor del campo, é truxo á su devoción la gente que con Pámphilo había ido, é en rencuentros ó en ba-

tallas de manos en Méjico; y todo lo que ha sucedido después, yo me he hallado en ello.

Mandais que diga cómo quedé avecindado en estas partes, y que no reciba pesadumbre de vuestras preguntas: satisfaciendo á mi asiento, digo, Señor, que ya me casé con una señora, hija legítima de Motezuma, llamada doña Isabel, tal persona, que aunque se hubiera criado en nuestra España, no estobiera mas enseñada é bien dotrinada é Católica, é de tal conversación y arte, que os satisfaría su manera y buena gracia; y no es poco útil é provechos al sosiego é contentamientos de los naturales de la tierra; porque como es Señora en todas sus cosas é amiga de los christianos, por su respecto en exemplo mas quietud é reposo se imprime en los ánimos de los Mexicanos. En lo demas que se me preguntaré, é de que yo tenga memoria, yo, Señor, diré lo que supiere conforme á la verdad.

Alcayde—Yo acepto la merced que en eso recibiré; y quiero comenzar á decir lo que ocurre, porque me acuerdo que fuí informado que su padre Motezuma tuvo ciento cincuenta hijos é hijas, ó más, é que le acaeció tener cincuenta mujeres preñadas; E ansi escribí esto, é otras cosas á este propósito en el capítulo 46; lo cual si así fué, quería saber, ¿como podeis vos tener por legítima hija de Motezuma á la Señora Doña Isabel, vuestra Mujer, é que forma tenía vuestro suegro para que se conociesen los hijos bastardos entre los legítimos ó espurios, é quales eran mujeres legítimas é concubinas?

Cano—Fué costumbre usada y guardada entre los Mexicanos que las mujeres legítimas que tomaban, era de la manera que agora se dirá. Concertados el hombre y mujer que habían de contraer matrimonio, para le efectuar, se juntaban los parientes de ambas partes é hacían un aréito despues que habían comido ó cenado; é al tiempo que los Novios se habían de acostar é dormir en uno, tomaban la halda delantera de la camisa de Novia, é atábanla á la manta de algodón que tenía cubierto el Novio. E así ligados tomábanlos de las manos los principales parientes de ambos, é metíanlos en una cámara, donde los dejaban solos é oscuros por tres días contiguos, sin que de allí saliesen él ni ella, ni allá entraba mas que de una India á los proveer de comer é lo que habían menester en qual en tiempo desde encerramiento siempre había bailes y aréitos, que ellos llaman mitote; é en fin de los tres días no hay mas fiesta.

E los que sin esta ceremonia se casa no son habidos por matrimonio, ni los hijos que proceden por legítimos ni heredan. Ansi como murió Montezuma, quedáronle solamente por hijos legítimos mi Mujer é un hermano suio, é muchachos ambos; á causa de lo cual fué elegido por Señor un hermano de Motezuma, que se decía Cuitcaci, Señor de Irtapalapa, el qual vivió despues de su elección 60 días y murió de viruelas; á causa de lo cual un sobrino de Motezuma, que era Papa ó sacerdote maior entre los Indios, que se llamaba Guatimuci mató al primo hijo legítimo de Motezuma, que se decía Asupacaci, hermano de padre é madre de doña Isabel, é fué muy valeroso.

Este fué el que perdió á México, é fué preso é despues injustamente muerto con otros principales Señores é indios; pues como Cortés é los christianos fueron enseñoreados de México, ningun hijo quedó legítimo, sino bastardos de Motezuma, ecepto mi Mujer, que quedaba viuda porque Guatimuci, señor de México, su primo por fixar mejor su estado, siendo alla muy muchacha, la tuvo por mujer con la ceremonia ya dicha del atar la camisa con la manta; é no obieron hijos, ni tiempo para procreallos; é ella se convirtió á nuestra santa fee católica é casóse con un hombre de bien de los conquistadores primeros, que se llamaba Pedro Gallego, é ovo un hijo en ella, que se llamaba Thoan Gallego, Motezuma, é murió el dicho Pedro Gallego, e yo casé con la dicha doña Isabel en la cual me ha dado Dios tres hijos é dos hijas, que llaman Pedro Cano, Gonzalo Cano Saavedra, Thoan Cano, doña Isabel y doña Catalina.

Alcayde—Señor Thoan Cano, suplícoos que me digais porqué mató Hernando Cortés á Guatimuci: ¿revolóse despues ó qué hizo para que muriese?

Cano—Habeis de saber que así á Guatimoci, como al Rey de Tácuba, que se decía Tetepanquezal, é al Señor de Tezcuco, el capitan Hernando Cortés les hizo dar muchos tormentos é crudos, quemándoles los piés, é untándoles las plantas con aceite, é poniéndoselas cerca de las brasas, é en otras diversas maneras, porque les diesen sus tesoros; é teniéndoles con continuas fatigas, supo como el capitán Cristóbal de Olit se le había alzado en puerto de Caballos é Honduras, la cual provincia los Indios llaman Guaimuras, é determinó de ir á buscar é castigar el dicho Cristóbal de Olit, é partió de México por tierra con mucha gente de Españoles é de los naturales de la tierra; é llevóse consigo aquellos tres principales ya dichos; y despues los ahorcó en el camino; é ansí enviudó doña Isabel, é despues ella se casó de la manera que he dicho con Pedro Gallego, é despues conmigo.

Alcayde—Pues por cierta información que se envió al Emperador Nuestro Señor, dice Hernando Cortés, que habia sucedido Guatimuci en el señorío de México tras Motezuma; porque en los puentes murió el hijo é heredero de Motezuma; é que otros dos hijos, que quedaron vivos, el uno era loco ó mentecapto, é el otro paralítico, é ináviles por sus enfermedades. E yo le he escripto así en el capítulo 16, pensando aquello sería así.

Cano--Pues escriba Vm lo que mandare, y el Marques Hernando Cortés lo que quisiere, que yo digo en Dios y en mi conciencia la verdad y esto es muy notorio.

Alcayde. Señor Thoan Cano, dígame ¿de qué procedió el alzamiento de México, en tanto que Hernando Cortés salió de aquella cibdad é fué á buscar á Pámphilo de Narvaez, é dejó preso á Montezuma en poder de Pedro de Alvarado? Porque he oído sobre esto muchas cosas, é muy diferentes las unas de las otras; é yo querría escribir verdad, así Dios salve mi ánima.

Cano. Señor Alcayde, eso que preguntais es un paso en que pocos de los que hay en la tierra sabrán dar razón, aunque ello fué muy notorio é muy manifiesta la sin razón que á los Indios se les hizo, y de allí tomaron tanto odio con los Christianos que no fiaron más dellos, y se siguieron quantos males ovo después, é la rebelión de México, y pienso de esta manera: Esos Mexicanos tenían entre otras sus idolatrías ciertas fiestas del año en que se juntaban á sus ritos é ceremonias, y llegado el tiempo de una de aquellas, estaba Alvarado en guarda de Montezuma, é Cortés era ido donde habeis dicho é muchos Indios principales juntáronse é pidieron licencia al Capitan Alvarado, para ir á celebrar sus fiestas en los patios de sus mesquitas é quales maiores junto al aposento de los españoles, porque no pensasen que aquel aiutamiento se hacía otro fin: E el dichon capitan les dió la licencia. E así los Indios, todos Señores, más de seiscientos, desnudos é muchas joyas de oro, é hermosos penachos é muchas piedras preciosas, é como más aderezados é gentiles hombres se pudieron é supieron aderezar, é sin arma alguna defensiva ni ofensiva, bailaban y cantaban é hacían aréito é fiesta segund su costumbre; é al mejor tiempo que ellos estaban embebeeidos en su rejocijo, movido de cocdicia el Alvarado hizo poner en cinco puertas del patio quince hombres en cada una, é en él entró con la gente restante de los Españoles, é comenzaron á acuchillar e matar los Indios sin perdonar á uno ni á ninguno, hasta que á todos los acabaron en poco espacio de hora. Y esta fué la causa porque los de México viendo muertos é robados aquellos sobreseguro, é sin haber merecido que tal crueldad en ellos hobiese fecho, se abrazaron é hicieron la guerra al

dicho Alvarado, é é los christianos que con él estaban en guarda de Montezuma, é con mucha razón que tenían para ello.

Alcayde. ¿Montezuma como murió? porque diversamente lo he entendido, y ansi lo he escripto diferentemente.

Cano. Montezuma murió de una pedrada que los de fuera tiraron, lo cual no se hiciera, si delante de él no se pusiera un rodelero, porque como le vieran ninguno tirara; y ansi, por le cubrir con la rodela, é no creer que allí estaba Montezuma, le dieron una pedrada de que murió. Pero quiero que sepais, Señor Alcayde, que desde la primera revelión de los Indios hasta que el Marquéz volvió á la cibdan después de preso Narvaez, nos abstante la pelea ordinaria que con los christianos tenían, siempre Montezuma les hacía dar de comer; é después que el Marquéz tornó se le hizo gran recibimiento é le dieran á todos los Españoles mucha comida.

Mas habeis de saber, quel capitan Alvarado, como le acusaba la conciencia é no arrepentido de su culpa, mas queriendo dar color, é por aplacar el ánimo de Montezuma, dijo á Hernando Cortés, que fingiese que le quería prender ó castigar, porque Motezuma le rogase por él, é que se fuesen muertos por muertos; lo qual Hernando Cortés no quiso hacer, antes muy enojado dixo, que eran unos perros, é que no había necesidad de aquel cumplimiento; é envió á un principal á que hiciesen el Franquez ó Mercado; el cual principal enojado de ver la ira de Cortés, y la poco estimación que hacía de los indios vivos, y lo poco que se le daba de los muertos, desdeñado el principal é determinado en la venganza fué el primero que renovó la guerra contra los españoles dentro de una hora.

Alcayde. Siempre he oído decir que es buena la templanza, é sancta la piedad é abominable la soberbia.

Dicen que fué grandísimo el tesoro que Hernando Cortés repartió entre sus mílites todos, quando del término de dejar la ciubdad é irse fuera della por consejo de un Botello, que se preciaba de pronosticar lo que estaba por venir.

Cano. Bien sé quien era ese, y en verdad que él fué de parecer que Cortés y los Christianos saliesen; y al mismo tiempo dél efectuarlo no lo hizo saber á todos, ante no lo supieron, sino los que con él se hallaron á esa plática; é los demás que estaban en sus aposentos é cuarteles se quedaron, que eran doscientos setenta hombres; los quales se defendieron ciertos días, hasta que de hambre se dieron á los Indios é guardáronles la palabra de la manera que Alvarado la guardó á los que es dicho; é así los 270 Christianos é los que dellos no habían sido muertos peleando, todos, quando se rindieron, fueron cruelmente sacrificados; pero habéis, Señor, de saber, que desa liberalidad que Hernando Cortés usó, como decís, entre sus mílites, los que mas parte alcanzaron de ella, é mas se cargaron de oro y joyas, mas presto los mataron; porque por salvar el albarda murió el asno que mas pesado la tomó; é los que no la quisieron sino sus espaldas y armas, pasaron con menos ocupación, haciéndose el camino con la espalda.

Alcayde. Grand lástima fué perderse tanto Thesoro y 154 españoles, 45 yeguas é mas de 2000 Indios é entre ellos el hijo é hijas de Montezuma, é á todos los otros Señores que trahían presos. Io así lo tengo escripto en el capítulo 14 de esta Historia.

Cano. Señor Alcayde, en verdad que quien tal os dixo, ó no lo vido ni supo ó quiso callar la verdad. Yo certifico que fueron los Españoles muertos en eso, con los que como dixe de suso que quedaron en la ciubdad y en los que se perdieron en el camino siguiendo á Cortés, y continuándose nuestra fuga más de 1170; é así pareció por alarde, é de los Indios nuestros amigos de Tascaltecle, que decis 2000 sin dubda fueron más de 8000.

Alcayde. Maravíllome como despues que Cortés se acogió é los que escaparon á la tierra de Tascaltecle, como no acabaron á él é los Christianos, dexando allá muertos á los amigos; y aún así diz que no les daban de comer sino por rescate los de Guaulip que es ya término de Tascaltecle, é el rescate no lo querían sino era oro.

Cano. Tenedlo, Señor, por falso todo eso; porque en casa de sus Padres no pudieron hallar más buen acogimiento los christianos, é todo quanto quisieron, é aún sin pedirlo, se les dió gracioso é de mui buena voluntad.

Alcayde. Para mucho ha sido el Marqués é digno de cuanto tiene, é de mucho más. E tengo lástima de ver liciado un cavallero tan valeroso é manco de dos dedos de la mano izquierda, como lo escribí é saqué de su relación, é puse en el capítulo 15. Pero las cosas de la guerra ansí son é los honores é la palma de la victoria no se adquieren durmiendo.

Cano. Sin dubda, señor Cortés ha sido venturoso é sagaz capitán, é los principales suelen hacer mercedes á quien los sirve, y es bien las hagan á todos los que en su servicio real trabajan; pero algunos he visto yo que trabajan é sirven é nunca medran, é otros que no hacen tanto como aquellos son gratificados é aprovechados; pero ansi fuesen todos remunerados como el Marqués lo ha sido en los dos de sus dedos de lo que habeis lástima. Tubo Dios poco que hacer en sanarle; y salid, señor, de ese cuidado, que así como lo sacó de Castilla, cuando pasó la primera vez á estas partes, así se los tiene agora en España; porque nunca fué manco de ellos, ni le faltan; y ansí ni hubo menester cirujano ni milagro para guarecer de ese trabajo.

Alcayde. Señor Thoan Cano, ¿es verdad aquella crueldad que dicen que el Marqués usó en Cholula, que es una ciubda por donde pasó la primera vez que fué á México?

Cano. Muy grand verdad es; pero eso yo no lo ví; porque aún no era yo ido á la tierra; pero súpelo despues de muchos que los vieron é se hallaron en esa cruel hazaña.

Alcayde. ¿Como oísteis decir que pasó?

Cano. Lo que oí por cosa muy notoria es que en aquella ciubdad pidió Hernando Cortés 3000 Indios para que llevasen el fardaje, é se les dieron, é los hizo todos poner á cuchillo, sin que escapase ninguno.

Alcayde. Razón tiene el Emperador Nuestro Señor de mandar quitar los Indios á todos los Christianos.

Cano. Hágase lo que S. M. mandare y fuese servido, que eso es lo que es mejor; pero no quería que padeciesen justos por pecadores: ¿quien hace crueldades páguelas, mas el que no comete delicto, porqué le han de castigar? Esto es materia para mas espacio; y yo me tengo de envarcar esta noche, é es ya cuasi hora del Ave María. Mirad, señor Alcayde, si hay en México en que pueda yo emplearme en vuestro servicio, que yo lo haré con eterna voluntad y obra. I en lo que toca á la libertad de los Indios, sin dubda á unos se les había de rogar con ellos á los que los tuviesen y gobernasen, é los industrasen en las cosas de nuestra sancta fee Católica, é á otros se debían quitar. Pero pues aquí está el Obispo de Chiapa, Fr. Bartolomé de las Casas, que ha sido el movedor é inventor destas mudanzas, é va cargado de frailes mancebos de su orden; con él podeis, señor Alcayde, desenvolver esta materia de indios. El yo no me quiero mas entrometer y hablar en ella, aunque sabría decir mi parte.

Alcaydé. Sin dubda, señor Thoan Cano, Vm. habla como prudente y estas cosas deben ser así ordenadas por Dios, y es de pensar, que este reverendo Obispo de la Ciubdad Real en la provincia de Chiapa, como celoso del seavicio de Dios é S. M. se ha movido á estas peregrinaciones en que anda, y plega á Dios que él y sus frailes acierten á servirles; pero él no está bien conmigo, como pensais, antes se ha quexado de mí por lo que escrebí cerca de aquellos labradores ó nuevos caballeros, que quiso hacer, y con sendas cruces, que querían parecer á las de Calatrava, siendo labradores é de otras mezclas é género de gente baja, quando fué á Cubague é á Cumaná, é le dijo al Señor Obispo de San

Joan, don Rodrigo de Bastidas, para que me lo dixese; y ansí me lo dixo: y lo que yo respondí á su quexa no lo hice por satisfacer al Obispo de San Joan, é su sancta intención; fué que le supliqué que le dixese, que en verdad yo no tube cuenta ni respecto quando aquello escribí, á le hacer pesar ni placer, sino decir lo que pasó; y que viese un Libro, que es la primera parte destas Historias de Indias, que se imprimió el año de 1535, y allí estaba lo que escribí; é que holgaba, porque estamos en parte que todo lo que dixe y lo que dexé de decir, se provaría fácilmente; y que supiese que aquel Libro estaba ya en lengua Toscana y Francesa é Alemana é Latina é Griega é Turca é Aráviga, aunque yo la escribí en Castellana; y que pues él continuaba nuevas empresas y yo no había de cesar de escribir las materias de Indias, en tanto S. S. M. M. desto fuesen servidos, que yo tengo esperanza en Dios que la dexará mejor acertar en lo porvenir que en lo pasado, y ansí adelante le parecería mejor mi pluma.

I como el señor Obispo de San Joan es tan noble é la consta la verdad, y quan sin pasión yo escribo, el Obispo de Chiapa quedó satisfecho, aunque yo ando por satisfacer á su palabra ni otro; sino cumplir con lo que debo, hablando con vos, señor, lo cierto, por tanto quanto á la carga de los muchos frailes me parece en verdad que estas tierras manan ó que llueven frailes, pero pues son sin canas todos y de 30 años abajo, plega á Dios que todos acierten á servirle. Ya los ví entrar en esta ciubdad en dos hasta 30 dellos, con sendos bordones, é sayas é escapularios é sin capas é el Obispo detras dellos. E no parecía una devota farsa, é agora la comienzan no sabemos en que parará; el tiempo lo dirá, y esto haga nuestro señor al propósito de su sancto servicio. Pero pues van hácia aquellos nuevos volcanes, decidme, señor, ¿qué cosa son, si los habeis visto, y qué cosa es otro que teneis allá en la Nueva España, que se dice Guaxocingo?

Cano. El volcán de Chalco ó Guaxocingo todo es una cosa é alumbraba de noche 3 á 4 leguas ó mas, é de día salía humo é á veces llamas de fuego, lo qual está en un escollo de la sierra nevada, en la cual nunca falta perpetua nieve, é está á 9 leguas de México; pero este fuego ó humo que he dicho duró 7 años, poco mas ó menos, despues que Hernando Cortés pasó á aquellas partes, é ya no sale fuego alguno de allí; pero ha quedado mucho azufre é mui bueno, que se ha sacado para hacer pólvora, é hay quanto quisieron sacar dello; pero en Guatema la hay volcanes é montes fogosos, é echan piedras muy grandísimas fuera de sí quemadas é lanzan aquellas bocas mucho humo, é es cosa de muy horrible aspecto, en especial como le vieron quando murió la pecadora de doña Beatriz de la Cueva, Mujer del Adelantado don Pedro de Alvarado. Plega á Nuestro Señor de quedar con Vm. señor Alcayde, é dadme licencia que atienda la Barca, para irme á la Nao.

Alcayde. Señor Thoan Cano, el Espíritu Sancto vaya con Vm. y os de tan próspero viaje é navegación que en pocos días y en salvamento llegueis á vuestra casa y halleis á la señora doña Isabel y los hijos é hijas con la salud que Vm. y ellos os deseais.»

Por el anterior diálogo, parece que el socarrón Oviedo *se lo estaba fumando*,—como se dice ahora vulgarmente por estas tierras, al pedante de don Thoan Cano.

Pero lo que sí se revela claramente es que el tal don Thoan Cano fué uno de los detractores del gran Cortés, no pudiendo disimular su envidia. ¿Como se le pudo ocurrir que á un hombre tan previsor y político como Cortés, pidiera en Cholula tres mil tamanes, para tener solo el trabajo de pasarlos á cuchillo? ¡Qué! ¿No oyó tambien decir don Thoan que se tramaba allí una sorpresa para exterminarlo? ¿Y por qué no se lo dijo á Oviedo?

No es estraño que así se hubiese espresado el vanidoso y fanfarrón hidalgo, cuando se casó con una viuda, —solo porque fué hija de Motezuma ó tuviese algunas tierras, si las tenía,—con una viuda de varios maridos legítimos y sabe Dios de cuantos clandestinos!

227—Dice Solis que era cada mantelete tirado por cuarenta indios y hasta podrían admitir dentro falconetes.

228—Guapo salto para un jinete y un caballo cubiertos de pesado acero; pero el hecho, no solo lo cuenta Cortés en su relación al Emperador, sino que confirmándolo Oviedo, dice: «I según lo que he entendido de algunos de los que presentes se hallaron, demás de la resistencia de aquellos, había de la una parte á la otra casi un estado de saltar con el caballo sin la faltar pedradas de diversas partes, á manos, é por ir él y su caballo bien armados no les hirieron; pero no dejó de quedar atormentado de los golpes que le dieron.»

Y agrega Oviedo: «Afirman que se vido al Apóstol Santiago á caballo, peleando sobre un caballo blanco, en favor de los cristianos; é decían los indios que el caballo con los piés é manos é con la boca mataba muchos de ellos' de forma que en poco discurso de tiempo, no pareció indios é reposaron los cristianos lo restante de aquel día. Ya sé que los incrédulos ó poco devotos dirán que mi ocupación en esto destos milagros, pues no los ví, es superflua ó perder tiempo novelando, é yo respondo que esto á mas se puede creer; pues que los gentiles é sin fee é idólatras escriben que obo grandes misterios é milagros en sus tiempos; é aquellos sabemos que eran causados é fechos por el Diablo, pues mas fácil cosa es á Dios é la inmacuiada Virgen Nuestra Señora, é al glorioso Apóstol Santiago, é los santos é amigos de Jesucristo hacer esos milagros que de suso están dichos é otros mayores.»

229—«El astrólogo predijo á Cortés se vería reducido al último estremo de miseria y que despues tendría grandes honores y fortuna.» Bernal Diaz.

«Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que tambien allí murió.» Bernal Diaz. Y por eso dice Prescott: «El éxito probó que el astrólogo acertó con su horóscopo, aunque no con el de sus compañeros.»

330—«Acaso las predicciones de Botello tendrían alguna parte en las determinaciones de Cortés, porque la superstición era el rasgo predominante de aquella época, y el general, como ya lo hemos dicho, tenía su buena dosis de superstición; por otra parte, en los momentos aciagos, se ven los hombres dispuestos á creer en lo maravilloso. Pero lo mas probable es, que siendo la opinión del astrólogo, acorde con su propio dictamen, se haya valido de los consejos de aquel para dominar á sus soldados é inspirarles mayor confianza. Sea de esto lo que fuese, es el caso que determinó abandonar esa noche la ciudad.» Prescott.

231—«Bernal Diaz,—según Oviedo,—se contentó con cuatro chalchivitles, la gran piedra verde tan estimada de los indios, los cuales escogió de los cofres de Cortés, antes que el mayordomo del rey tuviese tiempo para guardarlos; precaución prudente, pues le sirvió para comprar víveres y medicinas en las grandes escaseces que padecieron despues.»

232—Dice Prescott lo siguiente: «El lugar donde iba el tesoro se ignora á punto fijo: aunque se sabe de cierto cuál fué la suerte que corrió. El general no estuvo exento de que se le acusara de negligencia y aún con

más sinrazón todavía de peculado. La noticia que yo doy en el texto está tomada sustancialmente de las declaraciones juradas que dieron los principales actores de aquel drama y que constan en la Probanza á que tantas veces me he referido.» Hizo sacar el oro é joyas de sus Altezas é la dió é entregó á los otros oficiales, Alcaldes y Regidores, é les dijo á la sazón que así se lo entregó, que todos viesen el mejor modo é manera que había para lo poder salvar; que él allí estaba para por su parte hacer lo que fuera posible é poner su persona á cualquier trance é riesgo que sobre lo salvar viniese.... el cual le dió para ello una muy buena yegua é cuatro ó cinco españoles de mucha confianza, á quien se encargó la dicha yegua cargada con el oro.»

233—Hay algunas dificultades para determinar exactamente la fecha de la salida, como sucede con casi todos los sucesos de la conquista, á causa de que la cronología pareció cosa superflua á los antiguos cronistas. Gomara y otros dicen que fué el 10 de Julio; pero esto es abiertamente contrario á lo que dice Cortés, quien asegura que el ejército llegó á Tlascala el 8 (no el 10 de Julio, como equivocadamente copió Clavijero.) I del exacto itinerario del general resulta, que abandonaron la capital en la noche del último de Junio, ó por mejor decir, en la madrugada del 1° de Julio. El añade que esto fué la noche siguiente á la acción que tuvieron en los puentes de la ciudad.

234—I así mismo se mostró muy valerosa en este apriero y conflicto María de Estrada, la cual con una espada y una rodela en las manos hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos con tanto coraje y ánimo, como si fuere uno de los mas valientes hombres del mundo, olvidada que era mujer.... Casó esta señora con Pedro Sánchez Farfán, y diéronle en encomienda el pueblo de Tetela.» Torquemada.

235—«Pues la grita y lloros y lástimas que decían demandando socorro: ayudadme que me ahogo; otros: socorredme que me matan; otros demandando ayuda á Nuestra Señora Santa María y á Señor Santiago.» Bernal Diaz.

236—«E los que habían ido con Narvaez arrojáronse en la sala é cargáronse de aquel oro y plata cuanto pudieron; pero los menos lo gozaron, porque la carga no les dejeba pelear é los indios los tomaban vivos cargados, é á otros los llevaban arrastrando é y otros mataban allí. E así no se salvaron sino los desocupados é que iban en la delantera.» Oviedo.

«Pues de los de Narvaez, todos los mas en los puentes quedaron cargados de oro.» Bernal Diaz.

«Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir, porque los enemigos que andaban en la laguna, cuidaron de romper el puente levadizo antes que acabase de pasar la retaguardia, donde fué mayor el fracaso de los españoles, porque cerró con ellos el principal grupo de los mejicanos, obligándolos á que se retirasen á la calzada y haciendo pedazos á los menos diligentes, que por la mayor parte fueron de los que faltaron á su obligación y rehusaron entrar en batalla por guardar el oro que sacaron del cuartel. Murieron estos ignominiosamente, abrazados con el peso miserable que les hizo cobardes en la ocasión, y tardos en la fuga. Destruyeron su opinión y dañaron injustamente el crédito de la facción, porque se pusieron en el cómputo de los muertos, como si hubieran vendido á mejor precio la vida; y de buena razón no se habían de contar los cobardes en el número de los vencidos.» Solís.

237—«Murió también Juan Velazquez de León, que se retiraba en lo ultimo de la retaguardia, y cedió á la muchedumbre, durante en valor hasta el último aliento: pérdida que fué de general sentimiento, porque le respetaban todos como á la segunda persona del ejército. Era capitán de grande utilidad, no menos para el consejo que para las ejecuciones; de austera condición y contínuas veras; pero sin desagrado ni proligidad; apasionado siempre de lo mejor y de ánimo tan ingénuo, que se apartó de su pariente Diego Velazquez, porque le vió descaminado en sus dictámenes y siguió á Cortés, porque iba en su bando la razón. Murió con opinión de hombre necesario en aquella conquista y dejó su muerte igual ejercicio á la memoria que al deseo.» Solis.

«Unos de ellos fué Francisco de Morla, que cayó al lado de Cortés, viniendo con él en socorro de los que habian quedado atrás. Pero la mayor pérdida fué la de Juan Velazquez de León, que en unión de Alvarado, mandaba la retaguardia, el puesto de mayor peligro, donde murió defendiéndolo valientemente, muy al principio de la retirada. Era excelente oficial, dotado de muchas prendas caballerosas, aunque algo altanero, por ser uno de los hidalgos mejores relacionados del ejército. Su cercano parentesco con el gobernador de Cuba le hizo ver al principio con tibieza las empresas de Cortés; pero luego que se convenció que este tenía la razón, fuese por preferencia personal, se identificó íntimamente con los intereses de su caudillo. El general correspondió á esta confianza, encargándole un mando independiente y de importancia tal, que una torpeza y hasta un error habría sido fatal, para la expedición. Mas Velazquez se mostró digno de aquella confianza, y no había en el ejército hidalgo alguno, con excepción tal vez de Sandoval y Alvarado, cuya pérdida hubiese sido más profundamente deplorada por el comandante.» Prescott.

238—«Luego encontraron con Pedro de Alvarado, bien herido, con una lanza en la mano á pié, que la yegua alazana ya se la habían muerto.» Bernal Díaz.

«Se llama ahora la puente del Salto de Alvarado, y platicábamos muchos soldados sobre ello y no hallábamos razón ni soltura de un hombre que tal saltare.» Bernal Díaz.

«Fué tan extremado de grande el salto que á muchos hombres que han visto aquello, he oído decir que parece cosa imposible haberlo podido saltar ningún hombre humano. En fin, él saltó é ganó en ello la vida é perdíeronla muchos que atrás quedaban.» Oviedo.

«Y los enemigos, vista tan grande hazaña, quedaron maravillados, y al instante que esto vieron se arrojaron por el suelo postrados por tierra en señal de hecho tan heróico, espantable y raro, que ellos no habian visto hacer á ningun hombre, y ansi adoraron al sol comiendo puñados de tierra, arrancando yerbas del campo, diciendo á grandes voces: verdaderamente que este es—hijo del sol.—» Camargo.

«Pero el reflujo de los indios obligó á Cortés y á sus compañeros á echarse al agua, aunque no todos escaparon. Alvarado se detuvo un momento á la orilla del lago, sin saber que hacerse. Desmontado, como estaba, ninguna esperanza de salvación le ofrecía el arrojarse al agua, habiendo una multitud de canoas enemigas, que cercaban la cortadura: para resolverse solo quedaba un instante; pero era hombre de formas vigorosas, y por otra parte, la desesperación le dió fuerzas sobrehumanas: clavó de firme su lanza en los objetos que asomaban sobre las aguas, se echó hacia adelante con todo el impulso posible, y de un salto salvó el foso. Los aztecas y tlascaltecas que le miraban asombrados y estupefactos, exclamaron al ver aquel salto incomprensible: De veras, este es *Tonatiuch*,—el hijo del sol.—No se sabe cual era el ancho de la zanja; pero era tan considerable, que el capitan Diaz que la vió, afirma que salto igual no lo puede dar ningun hombre. Sin embargo, hay contemporáneos de la conquista

que no creen en la anécdota. Pero en lo que no cabe duda es, que en aquel tiempo era creencia popular y en que aún en nuestros días es sabida de todos los habitantes de la capital: el nombre de *Salto de Alvarado* que tiene el lugar donde se dió, recuerda una de esas hazañas dignas de competir con las de los semi-dioses de la fábula griega.» Prescott.

239—«Fué Dios servido de que los mexicanos se ocupasen en recoger los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedra, que llevaba el bagaje, y de sacar muertos de aquella acequia y á los caballos y otras bestias. Y por esto no siguieron el alcance y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia del enemigo.» Sahagun.

240—«En cuanto á la pérdida que tuvieron los españoles en aquella fatal noche, como en cuanto á los demás acaecimientos de la conquista, hay gran discrepancia de pareceres. Si hemos de creer lo que dice Cortés en su carta, la pérdida subió á ciento cincuenta españoles y dos mil indios; pero los boletines del general, aunque muy exactos en lo tocante á las dificultades que encontró y á los resultados en general no son muy exactos en cuanto á los recursos con que contaba ni á las perdidas que sufría. Thoan Cano, uno de los hidalgos que se hallaron presentes, calcula que los muertos fueron 1.170 españoles y 8.000 tlascaltecas; pero este número es mayor que el del ejército entero. Acaso nos apartaríamos menos de la verdad, si adoptásemos la autoridad de Gomara, capellán de Cortés, y que no solo pudo consultar los papeles del general, sino otros igualmente auténticos. Según él, el número de los cristianos muertos fué de 450 y el de los aliados 4.000. Esta pérdida, juntamente con las sufridas la semana anterior, habrá reducido á los primeros á mas de la tercera parte; y á los segundos á la cuarta ó acaso á la quinta de lo que eran cuando entraron en la capital. La peor parte de la refriega la llevó la retaguardia, de la cual pocos escaparon. Formábanla principalmente los soldados de Narvaez, que hasta cierto punto fueron las víctimas de su codicia. Quedaron fuera de combate 26 jinetes, que juntos con los muertos anteriores redujieron la caballería á 23 hombres, muchos de ellos en la mas triste situación. La mayor parte del tesoro, los bagajes y los papeles del general, entre los cuales venía un diario de lo acaecido desde la salida de Cuba, cuyos papeles habrían sido para la posteridad á lo menos de mayor valor que el oro: todo esto quedó sepultado bajo las aguas. (Parece que se salvó parte del oro confiado á los tlascaltecas.) Las municiones y las hermosas baterías con que habían entrado en la capital, se perdieron. No había quedado ni un solo mosquete, pues los soldados los habían arrojado, deseando descargarse de todo cuanto pudiera retardar su fuga. En suma, para asegurar la snperioridad del europeo sobre el bárbaro, nada les había quedado de su aparato militar, fuera de sus espadas, su estropeada caballería y sus descompuestas ballestas.

La tabla siguiente dará al lector alguna idea de la discrepancia, que sobre esto hay en los diversos escritores, entre los cuales hay unos que fueron testigos de vista, y otros que habiendo tratado con los actores de aquellas escenas, son casi de igual peso.

Cortés, en Lorenzana..	150	españoles	2 000	indios
Cano, según Oviedo . .	1.170	»	8.000	»
Probanza	200	»	2.000	»
Oviedo....	150	»	2.000	»
Camargo	450	»	4.000	»
Gomara	450	»	4.000	»
Ixtlilxóchitl	450	»	4.000	»
Sahagun.......	300	»	2.000	»
Herrera........	150	»	4.000	»

Bernal Díaz no se toma el trabajo de ser concordante consigo mismo; pues después de decir que la retaguardia que reportó la mayor pérdida constaba de 120 hombres, agrega en el mismo párrafo que de estos murieron 150 y á las pocas líneas dice 200.» Prescott.

Respecto al envidioso Cano, diremos con el refrán:—más pronto se coje á un embustero que á un cojo;—¿cómo pudo dejar Cortés, 270 hombres abandonados en su cuartel, cuando el número de muertos que dá el ejército en su retirada el mismo Cano, *es mayor que el del ejército entero*, como dice Prescott, sorprendido *de la misma contradicción* de Cano?

¿Cómo puede suponerse de Cortés, que tanto economizaba á sus soldados, sabiendo lo que allí valía cada uno de ellos, que dejase *doscientos setenta hombres abandonados*, al salir de Méjico, y que ellos estúpidamente se conformasen á ello para ser llevados á perecer en el *maguahuitl* ó piedra de los sacrificios?

Hay calumnias tan absurdas, que pierden y reducen al estado de *un miserable* á quien las prefiere. Ningún autor se ha hecho eco de tan imbécil mentira. Concluiremos manifestando lo que también sobre este respecto dice Prescott: «Cono comprende en su regulación á aquellos, que aunque pocos comparativamente, perecieron en la subsecuente de la marcha. Este mismo afirma que 270 hombres de la guarnición se quedaron, ignorando la partida de sus compañeros, ó mejor, que fueron pérfidamente dejados allí y que aunque se rindieron con todas las garantías de la guerra, fueron sacrificados por los aztecas. La inverosimilidad de semejante cuento, en el cual se supone que un ejército con todos sus trenes y bagajes podía evacuar una fortaleza, sin que lo sintiesen tantas gentes, y que se las abandonase en las circunstancias en que mas se necesitaba de la cooperación hasta del último hombre; la inverosimilidad de tal cuento, repito, es muy obvia para que detenga á refutarlo.» Herrera dice otra cosa mas probable y es: «que Cortés dió órden muy especial al capitán Ojeda de que cuidase no con la precipitación de la salida, fuese á quedarse en la fortaleza alguno que estuviese durmiendo ó herido.»

241—Dice Prescott: «A lo que entiendo, el último ejemplo que se conoce de la interposición de esta Imájen en favor de la metrópoli, es del año de 1833, en que fué llevada á Méjico para que lo libertase del Cólera Morbo. Pero la imájen no quiso pasar la noche en la ciudad y se volvió á su santuario, donde la encontraron al día siguiente, toda salpicada de lodo, que probaba que había andado algunas leguas por entre el cieno» (Latrobe, Viaje á Méjico).

A lo que agrega el traductor la nota siguiente: Acaso sería justa la manera invectiva que antecede, si esa creencia fuera popular; pero tan absurda historieta no ha existido más que en la mente de M. Latrobe. Nadie la ha creído ni la ha podido creer, pues por muy atrasados que estemos en civilización, no lo estamos tanto que pudiese tener acojida, ni aún en el vulgo, una patraña semejante. Hemos creído no deber dejarla sin refutación por redundar en mengua de la ilustración de nuestra patria.

242—*Tierra de pan*, significa Tlascala en lengua azteca, por la abundancia de maiz que de allí se producía.

243—«Las dos pirámides principales estaban dedicadas la una á *Tonatiuh*, el sol, y la otra á *Meztli*, la luna. La primera, que es considerablemente mayor que la otra, se ha encontrado tener 682 piés de lado en su base y 180 piés de altura; dimensiones no inferiores á las de algunos de los monumentos famosos de esta misma clase, que hay en Egipto. (La pirámide de Myserinos tiene solo 280 piés de base y 120 de áltura. La gran pirámide de Cheops tiene 728 de base y 448 de altura). Estaba dividida en cuatro tramos, de los que hoy todavía

se ven tres, pues las gradas que separaban al uno del otro han sido destruidas por el tiempo. Mas este las ha maltratado de tal suerte y hasta tal punto ha acabado con los materiales la maléfica vejetación, que con manto de rosas encubre los estragos; que apenas se puede distinguir á primera vista la forma piramidal del monumento. («Para descubrir que son pirámides, dice Tudor: se necesita estar colocado en cierta situación y tener una poca de fé». Con todo, M. Bullock dice: la figura de la base es tan perfecta como la de la gran pirámide de Egipto». Ambos son de vista, á quién de los dos se debe creer? El historiador no debe cansarse de repetir aquellas palabras de una antigua copla francesa:

«Si cour je l' ai trouvé escrite,
Vos conterai la verité»).

Se asemejan tanto las enormes masas á las montañas del Norte América, que algunos han creído que aquellas no son más que eminencias naturales, perfeccionadas por la mano del hombre y adornadas con terrados y grandas, cuyas ruinas aún cubren su falda. Pero otros, no encontrando ejemplo de eminencias semejantes, en las anchurosas llanuras en que descansan las pirámides, infieren con mucha más probabilidad, que todas ellas son construidas artificialmente. (Tal es la opinión de Humboldt).

Su interior es de cal y quijarros, y la cara exterior una capa de esa piedra *tetzontli*, de que hay gran abundancia en las canteras inmediatas. Sobre todo esto hay una costra de estuco, de color rojizo, como el que cubre las ruinas de Palenque. Según una tradición están huecas; pero hasta hoy han sido infructuosas todas las tentativas hechas para descubrir la cavidad de la dedicada al sol. En la otra, se ha encontrado un agujero en la cara meridional á los dos tercios de su altura. Dicho agujero forma una galería estrecha que penetra hasta la distancia de algunas varas y que termina en dos socavones. El más ancho tenía 15 pies de profundidad, y sus paredes están cubiertas de ladrillos crudos; pero no se puede conocer á qué objeto estaba destinado; acaso seria á encerrar las cenizas de algún magnate poderoso, como sucedía con el solitario nicho que se encontró en la gran pirámide de Egipto. En lo que no cabe duda es, que estos monumentos estaban dedicados á usos religiosos; y sería muy conforme á las costumbres del antiguo continente occidental, que sirviese á la vez de tumbas y de templos.

En la cumbre de la más pequeña de las pirámides se ven señales de este último; pues hay ruinas de un edificio sólido y espacioso de piedra; pero no los hay en la cumbre del templo mayor. Sin embargo, el viajero que quiera tomarse el trabajo de subir á su escarpada cima, quedará indemnizado de su trabajo con la magnífica perspectiva que desde allí se goza. Hácia el Sud Este se ve la tierra de Tlascallan, rodeado de sus verdes y dorados campos de trigo, en medio de los cuales se levanta un pueblecillo, en otro tiempo capital de la república tlascalteca. Un poco más allá, al Sur, recorre la vista las hermosas llanuras que rodean á la ciudad de Pueblo de los Angeles, fundada por los españoles y que en el esplendor de sus templos es digna de rivalizar con las famosas capitales de Europa. Allá en el lejano occidente se divisa el valle de Méjico, que se extiende como un mapa, con sus lagos ya disminuidos y su regia capital que se ha levantado aún más gloriosa de sus antiguas ruinas, y que está ceñida por una cintura de umbríos collados, cubiertos de cipreses.

La cumbre del templo más grande dicen que estaba coronada por un templo en el cual había una colosal imágen de la deidad patrona, el sol, hecha de piedra y de una sola pieza, y que miraba hacia el Oriente. Su pecho estaba cubierto de una lámina bruñida de oro y plata, en la cual se reflejaban los primeros rayos del sol levante. (Tal es la noticia que da el caballero Boturini.) Un anticuario del siglo pasado dice haber visto fragmentos de la estatua que aún existía entera cuando entraron los españoles al país, pero que fué demolida por el infatigable obispo Zumárraga, cuya mano destructora fué más fatal que la del tiempo mismo, para los monumentos aztecas.

Al rededor de las grandes pirámides había otras muchas pequeñas, que rara vez llegaban á la altura de 30 piés, y que según cuentan, estaban dedicadas á las estrellas y servían de sepulcro á los grandes de la nación. La llanura en que se levantaban se llamaba *Micoatl* ó paso de los muertos. El labrador, cuando remueve la tierra con el arado, todavía encuentra haces de saetas y láminas de obsidiana que demuestran la índole belicosa de la población primitiva.» Prescott.

244—«Pues é nosotros no nos dolían las heridas é ni teníamos hambre ni sed, sino que parecía que no habíamos habido ni pasado ningún trabajo. Seguimos la victoria hiriendo y matando. Pues nuestros amigos los de Tlascállan estaban hechos unos leones y con sus espadas y montantes y otras armas, que allí apañaron, hacíanlo muy bien y esforzadamente.» Bernal Díaz.

245—«El emperador Carlos V permitió á este valiente hidalgo que usase este trofeo en su escudo de armas, en conmemoración de aquella hazaña.» Bernal Díaz.

Todos los historiadores están contestes en alabar esta gloriosa proeza de Cortés, de quien dice Gomara: «que con solo su brazo salvó de la ruina el ejército entero.»

La breve y modesta noticia que el general da de la batalla al emperador, forma un bello contraste con el estilo jactancioso de otros: «E con este trabajo fuimos mucha parte del día, hasta que quiso Dios que murió una persona de ellos, que debía ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra.» Prescott.

«En pocos momentos se encontraron en presencia del general indio. Derribó Cortés á los que le llevaban en hombros, acometió con la furia de un león, le atravesó con su lanza y le dejó tendido en su suelo. Un jóven hidalgo, nombrado Juan Salamanca, que había permanecido al lado de Cortés, desmontó á toda prisa y acabó de despachar al indio moribundo: le quitó la bandera y la llevó á su general, que es á quien pertenecía aquel trofeo. Todo esto fué obra de un momento. La guardia del jefe indio, sobrecojida de terror por lo súbdito del ataque, hizo poca resistencia, echó á huir y comunicó su pánico á todo el resto del ejército.» Prescott.

Retiráronse los indios, temiendo como solían el choque de los caballos; y antes que se cibrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada, con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al paraje donde asistía el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entre tanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los piés á su caballo Hernan Cortés y cerró con el capitán general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habíanle ya desamparado los suyos; y hallándose cerca un soldado particular que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba con el estandarte, que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perfeccionado entonces la hazaña de su capitan, le hizo el emperador algunas mercedes y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte.» Solis.

246—Hace 2370 años de esa célebre batalla: el ejército de Jerges, mandado por Mardonio, era de trescientos mil hombres y el de los griegos de setenta mil. Dice la historia, que en el acto de la muerte del general Mar-

donio, separóse Artabazo con 40.000 hombres, que fueron los únicos que se salvaron, pues el resto, con excepción de 30.000, pereció en el campo y sus trincheras, y que de los griegos solo murieron 1000. ¡Esto sí que es despacharse uno á su gusto!—*B. Demaría.*

247—«Los escritores castellanos regulan que la fuerza de los indios era de 200.000 hombres y su pérdida de veinte mil. Los que admitan lo primero, no deben dudar de lo segundo. Calcular exactamente el número de una multitud salvaje y desordenada es tan difícil como contar las arenas de la playa ó las hojas de otoño. Sin embargo, esta victoria fué de las mas señaladas que se han alcanzado en el Nuevo Mundo; no solo atendiendo á la desproporción numérica de los dos ejércitos, sino á lo desigual de su condición, pues los indios estaban en toda su fuerza, y los blancos extenuados por el cansancio, el hambre y los dilatados padecimientos, y carecían de cañones, armas de fuego y de todo el aparato bélico que ponía tanta pavura á los bárbaros: careciendo tambien hasta del terror que inspira un hombre victorioso. Pero tenían de su parte la disciplina, una resolución desesperada y una confianza ciega en su jefe. Este triunfo prueba lo mismo que las victorias de los civilizados europeos, sobre las tribus bárbaras del Asia.

Sin embargo, no todo el buen éxito debe atribuirse á la superioridad de la disciplina y de la táctica, pues la batalla se habría perdido indefectibleménte á no ser por la muerte del general indio; y aunque la elección era obra del cálculo, fué obra de la casualidad que él se hubiese venido á la mano á los españoles. Este, entre muchos, otro ejemplo de la parte que tiene la fortuna en el éxito de las operaciones militares. La estrella de Cortés era entonces propicia: de otra suerte, no habría sobrevivido ni uno solo de los españoles para contar la sangrienta catástrofe de Otumba.» Prescott.

«Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demás insignias y arrojaron las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales: cubriéronse dè tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fujitivos. Importaba deshacerlos para que no se volviesen á juntar; y mandaba la irritación lo que aconsejaba la conveniencia.

Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascala dos ó tres españoles; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza tan violento, que abollando las armas, le rompió la primera túnica del cerebro, y fué mayor el daño que la contusión. Dejóse á los soldados el despojo y fué considerable; porque los mejicanos venían prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieron veinte mil en esta batalla: siempre se habla por mayor en semejantes casos; y quien se persuadiera á que pasaba de dos cientos mil hombres el ejército vencido, hallará menos disonancia en la desproporción del primer número.» Solis.

248—Según Camargo, el belijerante apóstol Santiago vino, como lo tenía de costumbre, en su caballo blanco, en ayuda de los españoles; suceso que ellos perpetuaron erigiéndole una capilla; y Bernal Díaz, que en otras ocasiones había dudado de su venida, esta vez la creyó indudable; y el cronista tezcucano dice, que venía ayudado por la Santísima Vírgen y el apóstol San Pedro. A todo esto espone Prescott:—Voltaire ha hecho la siguiente observación, que es verdaderamente delicada: «Los que han referido estos sucesos han querido engrandecerlos, haciendo intervenir los milagros, con lo que, lo que hacen realmente, es oscurecer la gloria de aquellos. El verdadero milagro fué la conducta de Cortés.»

249—Solís, siguiendo á Cortés, y otros autores la llama Gualipan; y se dice que los cristianos tuvieron que pagar la hospitalidad; pero Thoan Cano, que allí iba, niega tal versión y dice que fueron perfectamente recibidos.

250—«Sobrevinieron las mugeres tlazcaltecas y todas puestas de luto y llorando adonde estaban los españoles: las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes, que habían ido con los españoles, y quedaban todos allá muertos: no es menos sino que este llanto causó gran sentimiento en el corazón del capitán y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo, consolarles por medio de sus intérpretes.» Sahagun.

251—«Hirieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza ó porque no lo curaron bien sacándole los cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó.» Gomara.

«Cortés fué uno de los que mas sufrieron, pues perdió el uso de dos dedos de la mano izquierda; fuera de que recibió dos heridas en la cabeza, una de las cuales se agravó despues de tal manera con las fatigas mentales ó corporales, que llegó á tener un aspecto alarmante: fué preciso sacarle un pedazo de cráneo, á resultas de lo cual sobrevino una fiebre, y el héroe que había vencido tantos peligros y desafiado tantas veces la muerte, se vió tendido en cama, tan indefenso como un niño; pero al fin su excelente constitución le hizo sobreponerse á la enfermedad, y llegó á recobrar su antigua actividad. Los españoles recompensaron los servicios de sus huéspedes, partiendo con ellos con generosidad los ricos despojos de la ultima batalla; y el comandante español gratificó á Magiscatzin regalándole el trofeo que en ella había quitado la general indio.» Prescott.

«Sintieron los españoles este contratiempo como amenaza de qué pendía su conservación y su fortuna; pero fué reparable por menos debida, la turbación de los indios, que apenas supieron la enfermedad, cuando cesaron sus fiestas, y pasaron todos al extremo contrario de la tristeza y desconsuelo. Los nobles andaban asombrados y cuidadosos, preguntando á todas horas por el Téule, nombra como dijimos, que daban á sus semidioses, ó poco menos que deidades. Los plebeyos solían venir en tropas á lamentarse de su pérdida, y era menester engañarlos con esperanzas de la mejoría para reprimirlos y apartarlos donde no hiciesen daño sus lástimas á la imaginación del enfermo. Convocó el Senado los médicos mas insignes de su distrito, cuya ciencia consistía en el conocimiento y elección de las yerbas medicinales, que aplicaban con admirable observación de sus virtudes y facultades, variando el medicamento segun el estado y accidentes de la enfermedad, y se les debió enteramente la cura, porque sirviéndose primero de unas yerbas saludables y benignas para corregir la inflamación y mitigar los dolores de que procedía la calentura, pasaron por sus grados á las que disponían y cerraban las heridas con tanto acierto y felicidad, que les restituyó brevemente á su perfecta salud. Ríase de los empíricos la medicina racional, que al principio todo fué de la experiencia; y donde faltaba la racional filosofía, que buscó la causa por los efectos, no fué poco hallar tan adelantado el magisterio primitivo de la misma naturaleza. Celebróse con otra experiencia mas el afecto de los tlascaltecas; y libre ya la cabeza para discurrir, volvió á la fábrica de sus altos designios, tirar nuevas lineas, dirigir inconvenientes y

apartar dificultades: batalla interior de argumentos y soluciones en que trabajaba la prudencia para componerse con la magnanimidad.» Solis.

252—Herrera trae la siguiente inscripción que se halló grabada en la corteza de un árbol: «por aquí pasó Juan Juste con sus infelices compañeros, que estaban tan acosados por el hambre, que tuvieron que dar una barra de oro macizo que pesaba ochocientos ducados, por unas cuantas tortillas de maíz»

253—«Díaz se irrita fuertemente con el capellán Gomara por no haber hecho distinción entre los antiguos veteranos de Cortés y los reclutas de Narvaez, y de haber envuelto á los unos y á los otros en el pecado de rebelión. La noticia que da Díaz me parece mas cierta y por eso la he adoptado en el texto.» Prescott.

254—«En su famosa carta á Carlos V dice, que reflexionando en su situación, recordó el antiguo adagio español, que dice: «la fortuna ayuda á los audaces,» y que siendo cristiano confiaba en la infinita bondad y misericordia de Dios, que no permitiría que pereciesen y quedase aquella tierra en poder de los infieles; y que por lo tanto resolvió no bajar á la costa y aventurarlo todo, retrocediendo y atacando de nuevo al enemigo en su misma capital.» Prescott.

255—«A la muerte de Monteuczuma fué electo para sucederle en el trono su hermano Cuitlahuatzin, señor de Ixtapalapan. Era hombre activo, experimentado en las cosas de la guerra y propio por la fuerza de su carácter para sostener la vacilante monarquía. Además, parece que era hombre no solo de buen gusto, sino ilustrado, si hemos de juzgar por los bellos jardines llenos de plantas exóticas que dejó en Ixtapalapan, y que llenaron de admiración á los españoles. Por el contrario de su antecesor, detestaba á los blancos, y probablemente tuvo el placer de solemnizar el día de su coronación, sacrificando á algunos de ellos. Al momento que le puso en libertad Cortés, que le tenia prisionero, tomó parte en los patrióticos movimientos de su pueblo. El había dispuesto los ataques de las calles de la ciudad y los de la noche triste; y á instigaciones suyas se reunió el poderoso ejército que disputó el paso á los españoles en las llanuras de Otompan.» Prescott.

«O mejor dicho, á instigaciones del gran demonio, capitan de los demás demonios, llamado Satanás, que es quien gobernaba á su antojo la Nueva España, antes de que viniesen á ella los españoles.» Sahagun.

256—Flotoánis llamábanse á los señores y principales que eran algo mas que caudillos ó jefes; y Hucitlatoáni al gran príncipe ó emperador.

257—«No le faltó elocuencia para vestir de razones aparentes su dictámen, ni osadía para facilitar la ejecución; y aunque le contradecían y procuraban disuadir algunos de sus confidentes, como estaba en reputación de gran soldado, se pudo temer que tomase cuerpo su parcialidad en una tierra donde bastaba ser valiente para tener razón. Pero estaba tan arraigado en los ánimos el amor de los españoles, que se hicieron poco lugar las diligencias y llegaron luego á la noticia de los magistrados. Tratóse la materia en el Senado con toda la reserva que pedía un negocio de semejante consideración y fué llamado á esta conferencia Kicotencal el viejo, sin que bastase la razón de ser hijo suyo el delincuente para que se desconfiase de su entereza y justificación.

Acriminaron todos este atentado como indigna cavilación de hombre sedicioso, que intentaba perturbar la quietud pública, desacreditar las resoluciones del senado, y destruir el crédito de su nación. Inclináronse algunos votos á que se debía castigar semejante delito con pena de muerte, y fué su padre uno de los que mas esforzaron este dictámen, condenando en su hijo la traición, como juez sin afectos, ó mejor padre de la patria.» Solis.

A esta réplica Revilla en una nota: «Este es meramente un episodio, de cuya certeza nos es lícito dudar. Pero dado que fuese cierto, nunca debió condenar Solis en el jóven Xicotencal ese noble sentimiento de amor patrio, que hace su mayor elogio.»

«Este discurso provocó una viva réplica de parte de Xicotencal, hasta que con alguna violencia acabó la paciencia del anciano gobernador, quien arrojó á su jóven antagonista de la cámara del consejo. Un proceder tan contrario al decoro acostumbrado en los debates parlamentarios de la nación, llenó de asombro á la asamblea; pero lejos de reconvenir al gobernador, permaneció callada. Aún los mas apasionados parciales de Xicotencal, temieron sostener un caudillo, que había recibido tal ultraje del mas venerado de los cuatro señores de la república, y hasta el mismo padre reprendió públicamente al guerrero patriota.» Prescott.

Idéntica cosa refieren Camargo, Sahagun, Herrera, Gomara y Bernal Díaz.

258—«Al principio se propuso emplear sus tropas en escarmentar á los indios de las inmediaciones por haber puesto su mano sobre los españoles, que habían pasado por entre ellos, fiándose en el respeto que siempre se les había tenido. Entre esas tribus se contaban los tepeanecas, pueblo que frecuentemente entraba en guerras con Tlascallan, y que arriba hemos dicho, asesinó españoles que iban para Méjico. Una espedición contra ella fácilmente sería auxiliada por los tlascaltecas, y repararía la dignidad del nombre castellano, muy menoscabado á consecuencia de los últimos reveces ...

Cortés se puso sin tardanza á la cabeza de sus pocos españoles y de un buen refuerzo de tlascaltecas. Acaudillaba á éstos el jóven guerrero Xicotencal, el cual parece que por entonces olvidó su rencor, porque deseaba recibir una lección sobre la guerra, militando á las órdenes del general, que tantas veces le había vencido.» Prescott.»

Tepanecas llamaban los españoles á los hijos Tepejácac, capital y provincia entonces floreciente en las feraces llanuras al pié del Orizaba, y á las que por corruptela pusieron Tepeaca.

259—Los cronistas regulan en cincuenta mil arqueros los que salieron con Xicotencal. Toribio dice: De Tlaxcallan, como ya tengo dicho, solían salir cien mil hombres de pelea.

«Eligió hasta ocho mil tlascaltecas de buena calidad, divididos en tropas, segun su costumbre, con algunos capitanes de los que ya tenía esperimentados en el viaje de Méjico. Dejó á cargo de su nuevo amigo Xicotencal, que siguiese con el resto de sus milicias; y puesta en orden su gente se halló con cuatrocientos y veinte soldados españoles, incluso los capitanes, y diez y siete caballos, armados la mayor parte de picas, espadas y rodelas, algunas balletas y pocos arcabuces, porque no sobraba la pólvora, cuya falta obligó á que se dejasen los demás en casa de Magiscatzin.» Solis.

260—«Y como vió aquello Cortés, lo comunicó con todos nuestros capitanes y soldados; y fué acordado que se hiciese un acta por ante escribano que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos.» Bernal Díaz.

261—«A los pocos días se trabó un nuevo encuentro, cuyos resultados fueron decisivos, y los tlascaltecas y españoles victoriosos se volvieron en derechura á Tlan-

callan, donde hicieron su entrada triunfante.» Prescott.

No es exacto esto *de la entrada en derechura á Tlascala*, despues de la batalla con los tepeanecas, como lo dice *él mismo* en el subsiguiente párrafo: «Satisfecho con esta demostración de venganza, estableció *su cuartel mayor en Tepeaca*, punto que por estar situado en medio de fértiles llanuras, proporcionaba facilidad de mantener al ejército; y que estando por otra parte en las fronteras mejicanas, era un buen punto de apoyo para las operaciones subsecuentes.»

Y Solis dice lo siguiente, siguiendo á los antiguos autores: «Perdió el enemigo en esta facción la mayor parte de sus tropas, hiciéronse muchos prisioneros, y el despojo fué considerable. Los tlascaltecas pelearon valerosamente; y lo que mas se pudo estrañar, tan atentos á las órdenes, que á fuerza de su mejor disciplina, murieron solamente dos ó tres de su nación. Murió tambien un caballo, y de los españoles hubo algunos heridos, aunque tan ligeramente, que no fué necesario que se retirasen. Al *día siguiente se hizo la entrada en la ciudad*; y así los magistrados como los militares que salieron al recibimiento, y el concurso popular que los seguía, vinieron desarmados, á manera de reos, llevando en el silencio de los semblantes confesada ó reconocida la confesión de su delito.»

Aquí se puede decir, que ora por descuido ó error, al Señor Prescott, como á todos:—que al mejor cazador se le escapa la liebre.

262—«Y allí hicieron hacer el hierro con que se habían de hacer herrar los que se tomaban esclavos que era una G, que quiere decir:—guerra.» Bernal Díaz.

«Y ya no se llamaban prisioneros sino cautivos, hasta que puestos en venta perdían el nombre, y pasaban á la servidumbre personal, dando el rostro á la nota miserable de la esclavitud.» Solís.

263—«Llamó *Segura de la Frontera* á la ciudad, que algunos años después recibió muchos privilegios de la gracia del emperador Carlos V, y llegó á tener alguna importancia; pero poco á poco comenzó á declinar, y hasta su nuevo nombre, por una fatalidad semejante á la que ha tocado á los de algunas de nuestras ciudades de Estados Unidos, fué suplantando gradualmente por el antiguo; así es que el nombre de Tepeaca designa hoy la antigua y floreciente ciudad india y la segunda colonia española.» Prescott.

264—«Y toda la ciudad está cerrada de muy fuerte muro de cal y canto, tan alto como cuatro estados por fuera de la ciudad; é por dentro está casi igual con el suelo. Y por toda la muralla va su pretil tan alto como medio estado para pelear: tiene cuatro entradas tan anchas, como uno puede entrar á caballo.» Cortés.

265—«Tiene un valle redondo muy fértil de frutas y algodón, que en ninguna parte de los puertos de arriba se dan por la gran frialdad, y allí es tierra caliente, y cáusalo que está muy abrigada de sierras: todo este valle se riega por muy buenas acequias, que tiene muy bien sacadas y concertadas.» Cortés.

266—«E iban en mi compañía tanta gente de los naturales de la tierra, vasallos de V. M., que casi cubrían los campos y las sierras, que podíamos alcanzar á ver. E de verdad había mas de ciento veinte mil hombres.» Cortés.

267—«Morían como chinches á montones». Toribio.

«Eran tantos los difuntos que morían de esa enfermedad que no había quien los enterrase; por lo cual en Méjico los echaban en las acequias, porque entonces había muy grande copia de aguas y era muy grande hedor el que salía de los cuerpos muertos.» Sahagun.

268—Dice Bernal Díaz que esta carta era de Rodriguez de Fonseca á Narvaez, previniéndole, si no lo había hecho ya, que mandase á Cortés á España para ser juzgado.

«Leyóse despues reservadamente la carta que traía Pedro de Barba para Narvaez, en que le ordenaba Diego Velazquez, suponiéndola vencedor y dueño de aquellas conquistas, que: se mantuviese á toda costa en ellas para cuyo efecto le ofrecía grandes socorros; y últimamente le decía: que si no hubiese muerto Cortés se lo remitiese luego con bastante seguridad, porque tenía orden espresa del obispo de Burgos para enviarle preso á la corte; y sería justificada la orden, si se atendió á no dejar su causa en manos de su enemigo; aunque del empeño con que favorecía este ministro á Diego de Velazquez, se puede temer que solo se trataba de que fuese mas ruidoso y mas ejemplar el castigo, dando á la venganza particular algo de la vindicta pública.» Solis.

269—«Pero despues se conoció que aquella tibia continuación de la guerra nacía de la gente popular que andaba desordenada y sin caudillos, por hallarse ocupados los magnates de la ciudad en la coronación del nuevo emperador, que segun lo que se averiguó después, se llamaba Quetlabaca, rey de Iztapalapa, y segundo elector del imperio: vivió pocos días, pero bastantes para que su tibiexa y falta de aplicación dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre.» Solis.

Fué todo lo contrario, segun la mayor parte de los historiadores, y lo prueban los hechos en que tomó parte, antes, en la *noche triste*, en Otumba y en los cuatro meses de su reinado; y Cortés le llama *sabio y valiente*, y conocíase por Cuitlahua, Quetlabaca y Cuitlahuatzin, y su sucesor por Guatimozin, Guatemotzin ó Cuanhtemotzin; y la esposa de éste por Tecuichpo ó Gualcazintla, segun la célebre poetisa Gomez de Avellaneda en *una anecdota de la vida de Cortés.*

270—«Mancebo hasta de veinticinco años, bien gentil para ser indio, y muy esforzado que se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban delante de él; y estaba casado con una hija de Motezuma, bien hermosa mujer para ser india.» Bernal Diaz.

271—Esta segunda célebre carta de Cortés está fechada en Villa Segura de la Frontera, de Nueva España, á 30 de Octubre de 1520. Fué publicada en Sevilla al año siguiente; y despues se reimprimió y tradujo en varios idiomas, causando gran novedad en el viejo mundo.

272—Aprovecha Prescott esta ocasión, como buen protestante, para zaherir á los cristianos, copiando de Sismondi lo siguiente: «Solo en España é Italia se encuentra esta viciosa costumbre, enteramente desconocida en los países protestantes, y que no debe confundirse con los groseros juramentos que el pueblo de todos los países mezcla en sus discursos. Los pueblos del medio día, en sus accesos de cólera, atacan los objetos de su culto y cargan de palabras injuriosas y ultrajantes á la misma divinidad, al Redentor y á sus santos.»

273—«Cortés conocía bien el carácter de sus compañeros, que rudos, turbulentos, necesitaban ser gobernados con mano de hierro. Sin embargo, procuraba no descargarla por frívolos pretestos. La intimidad en que la mancomunidad de peligros y padecimientos ponía á los

oficiales y soldados, era muy desfavorable á la disciplina militar. Hasta los modales francos y abiertos del general, favorecía esta licencia que él no reprimía en circunstancias comunes, acaso por considerarlo difícil ó aún impolítico, pues que ella era un especie de válvula de seguridad por donde se evaporaba la hirviente licencia de la soldadesca, la cual, reprimida violentamente, podría producir una explosión. Pero los límites de su condescendencia eran conocidos, y toda tentativa para traspasarlos expeditivamente castigada. Así, templando la severidad con la indulgencia, encubría una voluntad inflexible bajo los modales abiertos de un soldado, y logró tener á raya á sus audaces y desalmados aventureros, mejor de lo que jamás lo habrá conseguido uno de esos pedantes pedagogos, escrupulosos en velar por la observancia hasta de las bagatelas de la disciplina militar.» Prescott.

Código militar de Cortés, fecho en Tlaxcala á 22 de Diciembre de 1520.

(Estas ordenanzas mandadas publicar por Cortés la víspera de su última marcha sobre Méjico, muestran la estricta disciplina que había introducido en su ejército, y hasta cierto punto dan idea de su política militar. Este documento pertenece á la colección de Muñoz.)

Ordenanzas militares

Este día á voz de pregón publicó sus Ordenanzas, cuyo proemio es este:

Porque muchas escrituras y crónicas auténticas nos es notorio é manifiesto quanto los antiguos que siguieron el exercicio de la guerra procuraron é travaxaron de introducir tales y tan buenas costumbres y ordenaciones, con las cuales y con su propia virtud y fortaleza pudiesen alcanzar y conseguir victoria y próspero fin en las conquistas y guerras que hobiesen de hacer ó seguir; é muertes á los que no siguieron la buena costumbre y órden que la guerra se debe tener: é les haber sucedido semejantes casos, con poca pujanza de los enemigos, segun parece claro por muchos ejemplos antiguos y modernos, que aquí se podrían espresar; é porque la orden es tan loable, que no tan solamente en las cosas humanas mas aún en las divinas se ama y sigue, y sin ella ninguna cosa puede haber cumplido efecto, como que ello sea un principio y medio y fin para el buen reximiento de todas las cosas. Por ende yo H. C. Capitan general é Justicia mayor en esta Nueva España del mar occeano por el muy alto, muy poderoso é muy católico D. Carlos nuestro Señor, electo rey de Romanos, futuro Emperador, semper Augusto, Rey de España é de otros muchos grandes reynos é Señoríos, considerando todo lo susodicho, y que si los pasados fallaron ser necesario hacer Ordenanzas é costumbres por donde se rigiesen é gobernasen aquellos que hubiesen de seguir y exercer el uso de la guerra, á los españoles que en mi compañía agora están é estubiesen é á mí nos es mucho mas necesario é conveniente seguir é observar toda la mejor costumbre y órden que nos sea posible, así por lo que toca al servicio de Dios Nuestro Señor y de la sacra Católica Magestad como por tener por enemigos y contrarios á la mas belicosa y astuta gente en la guerra é demás género de armas que ninguna otra generación, especialmente por ser tanta que no tiene número, é nosotros tan pocos y tan apartados y destituidos de todo humano socorro: viendo ser muy necesario y cumplidero al servicio de su Cesarea Magestad é utilidad nuestra. Mandé hacer é hice las Ordenanzas que de yuso serán contenidas é irán firmadas de mi nombre é del infrascrito en la manera siguiente:

Primeramente. Por quanto por la experiencia que habemos visto é cada día vemos quanta solicitud y vigilancia los naturales de estas partes tienen en la cultura y veneración de sus ídolos, de que á Dios Nuestro Señor se hace gran deservicio, y el demonio por ceguedad y engaño en que los trae es de ellos muy venerado, y en los apartar de tanto error é idolatría y en los reducir al conocimiento de nuestra Santa Fe católica Nuestro Señor será muy servido, y además de adquirir gloria para nuestras ánimas con ser causa de que aquí en adelante no se pierdan ni condenen tantos, acá en lo temporal sería Dios siempre en nuestra ayuda y socorro, por ende con toda la justicia que debo y puedo, exhorto y ruego á todos los españoles que en mi compañía fuesen á esta guerra, que al presente vamos, y á todas las otras guerras y conquistas que en nombre de S. M. por mi mandato hubiesen de ir, que su principal motivo é intención sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrías á todos los naturales de estas partes, y reducillos ó á lo menos desear su salvación, y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su Santa Fe católica; porque si con otra intención se hiciese la dicha guerra, sería injusta, y todo lo que en ella se oviese obligado á restitución, é S. M. no tenía razón de mandar gratificar á los que en ellas sirviesen. E sobre ello encargo la conciencia á los dichos Españoles, é desde ahora protesto en nombre de S. M. que mi principal intención é motivo en facer esta guerra é las otras que ficiese por traer y reducir á los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra Santa Fe é creencia; y despues por los sozjugar é supeditar debajo de yugo é dominio imperial é real de su sacra Majestad, á quien jurídicamente el Señorío de todas estas partes.

Yt. En por quanto de los reniegos é blasfemias Dios nuestro Señor es muy deservido, y es de la mayor ofensa que á su Santísimo nombre se puede hacer, y por eso permite en las gentes recios y duros castigos, y no basta que seamos tan malos que por los inmensos beneficios que de cada día dél recibimos no le demos las gracias, mas decimos mal y blasfemamos de su santo nombre; y por evitar tan aborrecible uso y pecado, mando que ninguna persona, de cualquier condición que sea, no sea osado decir: No creo en Dios, ni Pese ni Reniego, ni Del cielo ni No no poder en Dios, y que lo mismo se entienda de Nuestra Señora y de todos los otros Santos; so pena que demás de ser ejecutadas las penas establecidas por las leyes del reyno contra los blafemos, la persona que en lo susodicho incurriese pague 15 castellanos de oro, la tercera parte para la primera Cofradía de Nuestra Señora, que en estas partes se hiciese, y la otra tercera parte para el fisco de S. M., y la otra tercera parte para el juez que lo sentenciase.

Yt. Porque de los juegos muchas y las mas veces resultan reniegos y blasfemias é nacen otros inconvenientes, é es justo que del todo se prohiban y defiendan; por ende mando que de aquí adelante ninguna persona sea osada de jugar á naipes ni á otros juegos vedados dineros ni preseas ni otra cosa alguna, so pena de perdimiento de todo lo que jugase é de 20 pesos de oro, la mitad de todo ello para la Cámara é la otra mitad para el juez que lo sentenciase.

Pero por quanto en las guerras es bien que tenga la gente algun exercicio y se acostumbra y permítese que jueguen porque se eviten otros mayores inconvenientes; permítese que en el aposento donde estubiese se jueguen naipes é otros juegos moderadamente con tanto que no sea á los dados, porque allí es curarse han de no decir mal, é á lo menos, si lo dixesen serán castigados.

Yt. Que ninguno sea osado de echar mano á la espada ó puñal ó otra arma alguna para ofender á ningun Español; so pena que el que lo contrario hiciera, si fuese hidalgo, pague 100 pesos de oro, la mitad para el fisco de S. M. y la otra mitad para los gastos de la Justicia; y

al que no fuese hidalgo se le han de dar 100 azotes públicamente.

Yt. Por quanto acaese que algunos Españoles por no valar é hacer otras cosas se dexan de apuntar en las copias de los Capitanes que tienen gente: por ende mando que todos se alisten en las Capitanías que yo tengo hechas é hiciese, excepto los que yo señalaré que queden fuera dellas, con apercibimiento que dende agora se les face, que el que ansí lo hiciese, no se le dará parte ni partes algunas.

Otrosí, por quanto algunas veces suele acaecer, que están en su capitanía burlan é porfían de algunas de las otras capitanías, y los unos dicen de los otros, de que se suelen recrecer quistiones é escándalos, é por ende mando que de aquí adelante ninguno sea osado de burlar ni decir mal de ninguna Capitanía ni la perjudicar; so pena de 20 pesos oro, la mitad para la Cámara y la otra mitad para los gastos de Xusticia.

Otrosí, que ninguno de los dichos Españoles no se aposente en ninguna parte, excepto en el lugar é parte donde estubiese aposentado su capitan; so pena de 12 pesos de oro, aplicados en la forma contenida en el capítulo antecedente.

Yt. Que ningun capitan se aposente en ninguna población ó villa é ciudad, sino en el pueblo que le fuese señalado por el Maestro de Campo, so pena de 10 pesos oro, aplicados en la forma susodicha.

Yt. Por quanto de cada capitan tenga mejor acaudillada su gente, mando que cada uno de los dichos Capitanes tenga sus cuadrillas de 20 en 20 Españoles, y con cada una cuadrilla un quadrillero ó cabo de escuadra, que sea persona hábil y de quien se deba confiar; so la dicha pena.

Otrosí, que cada uno de los dichos cuadrilleros ó cabos de escuadra ronden sobre las velas todos los quartos que les cupiese velar, so la dicha pena; é que la vela que hallasen durmiendo, ó ausente del lugar donde debiese velar, pague cuatro Castellanos, aplicados en la forma susodicha y demás que esté atado mediodía.

Otrosí, que los dichas cuadrilleros tengan cuidado de avisar y avisen á las velas que hubiesen de poner, que puesto que recaudo en el Real no desamparen ni dexen los portillos ó calles ó paseos donde les fuese mandado velar y se vayan de allí á otra parte por ninguna necesidad que digan que les contriñó hasta que sean mandados: so pena de 50 castellanos aplicados en la forma susodicha al que fuese hijo-dalgo, y sí no lo fuese que le sean dados 100 azotes públicamente.

Otrosí, que cada capitan que por mí fuese nombrado tenga y traiga consigo su tambor, é bandera para que rija y acaudille mejor la gente que tenga á su cargo; so pena de 10 pesos oro, aplicados en la forma susodicha.

Otrosí, que cada Español que oyese tocar el tambor de su compañía sea obligado á salir é salga á acompañar su bandera con todas sus armas en forma y á punto de guerra; so pena de 20 castellanos aplicados en la forma arriba declarada.

Otrosí, que todas las veces que yo mandase mover el Real para alguna parte, cada capitan sea obligado de llevar por el camino toda su gente junta ó apartada de las otras Compañías; sin que se entrometa en ella ningun español de otra Compañía ninguna; y para ello constriñan y apremien á los que así llevasen debaxo su bandera segun uso de guerra; so pena de 10 pesos de oro, aplicados en la forma susodeclarada.

Yt. Por quanto acaece que antes ó al tiempo de romper en los enemigos algunos españoles se meten entre el fardage, demas de ser pusilaminidad, es cosa fea el mal ejemplo para los indios nuestros amigos que nos acompañan en la guerra: por ende mando que ningun Español se entrometa ni vaya con el fardage, salvo aquellos que para ello fuesen dados é señalados: so pena de 20 pesos de oro, aplicados segun que de suso contiene.

Otrosí, por quanto acaece algunas veces que algunos Españoles fuera de órden y sin les ser mandado arremeten ó rompen en algun escuadron de los enemigos, é por se desmandar ausi se desbaratan y salen fuera de ordenanza, de que suele recrecerse peligros á los mas: por ende mando que ningun Capitan se desmande á romper por los enemigos sin que primeramente por mí le sea mandado; so pena de muerte. En otra persona se demanda si fuese hijo dalgo, pena de 100 pesos, aplicados en la forma susodicha; y si no fuese hidalgo le sean dados 100 azotes públicamente.

Yt. Por quanto podría ser que al tiempo que entran á tomar por fuerza alguna población ó villa ó ciudad á los enemigos, antes de ser del todo echados fuera, con codicia de robar, algun Español se entrase en alguna casa de los Enemigos, de que se podría seguir daño; por ende mando que ningun Español ni Españoles entren á robar ni á otra cosa alguna en las tales casas de los enemigos, hasta ser del todo echados fuera y haber conseguido el fin de la victoria; so pena de 20 pesos de oro, aplicados en la manera que dicha es.

Yt. Si por escusar y evitar los hurtos encubiertos y fraudes que se hacen en las cosas habidas en la guerra ó fuera de ella, así por lo que toca al quinto que dellas pertenece á su católica Magestad, como porque han de ser repartidas conforme á lo que cada uno sirve ó merece: por ende mando que todo el oro, plata, perlas, piedras, plumage, ropa, esclavos y otras cosas qualesquiera que se adquieran, hubiesen ó tomasen en cualquier manera, ansi en las dichas poblaciones, villas, ciudades como en el campo, que la persona ó personas á cuyo poder viniesen ó la hallasen ó tomasen, en cualquier forma que sea, lo traigan luego incontinente é manifiesten ante mí ó ante otra persona que fuese sin lo meter ni llevar á su posada ni á otra parte alguna, so pena de muerte é perdimiento de todos sus bienes para la Cámara é fisco de S. M.

E por quanto lo susodicho é cada una cosa é parte dello se guarde é cumpla segun é de la manera que aquí de suso se contiene y, de ninguna cosa de lo aqui contenida pretendan ignorancia, mando que sea apregonado públicamente para que venga á noticia de todos: Que fueron hechas las dichas Ordenanzas en la ciudad y provincia de Taxclategue sellado 22 días del mes de Diciembre, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesús Cristo de 1520 años.

Pregonáronse las dichas Ordenanzas de suso contenidas en la ciudad é provincia de Taxclatecle, miércoles día de San Estévan, que fuesen 26 días del mes de Diciembre, año de nuestro Salvador Jesús Christo de 1520 años; estando presente el magnífico Señor Fernando Cortés, capitán general é Justicia mayor de esta Nueva España del mar Occeano por el Emperador nuestro Señor, por ante mí Juan de la Rivera, escrivano é Notario público en todos los Reinos é Señorios de España por las Autoridades apostólica y Real. Lo qual pregonó en voz alta Antón García, pregonero, en el Alarde qne la gente de á caballo é de á pié que su merced mandó facer é se fizo el dicho día. A lo qual fueron testigos que estaban presentes, Gonzalo de Sandoval, Alguacil mayor, é Alonso de Prado, contador, é Rodrigo Alvarez Chico, veedor por su S. M. é otras muchas personas. Fecho et supra. Juan de Rivera.

274—«El ejército de los aliados pasó después revista ante el general. Los escritores lo regulan de 110 ó 150.000 hombres. La discrepancia entre estos dos números y la exageración de ambos dan á conocer cuan poca fe merecen tales regulaciones. Pero no pnede dudarse que era muy numeroso, pues estaba formado no

solo de los guerreros tlascaltecas, sino tambien de los de Cholúlan, Tepeaca y demás provincias comarcanas, ya sometidas á la corona de Castilla.» Preseott.

«Quiere Antonio de Herrera que fuese de ochenta mil hombres la muestra de los tlascaltecas, en que se aparta de Bernal Diaz y de otros autores; si ya no le pareció que importaba poco incluir en ella la gente de Choluba y Guacocingo, cuyos dos ejércitos estaban acampados fuera de la ciudad; porque no se duda que salió de Tlascala Hernán Cortés con más de sesenta mil hombres, y esto sin los que remitieron después al camino y á la plaza de armas las demás naciones confederadas; cuyo movimiento fué tan numeroso, que durante la espugnación de Méjico llegó á tener debajo de su mano más de doscientos mil hombres. ¡Notable concurrencia de circunstancias admirables! porque no se dice que hubiese falta de provisión ni discordia entre naciones tan diferentes, ni embarazo en la distribución de las órdenes, ni menos puntualidad en la obediencia. Mucho se debió á la gran capacidad y singular providencia de Cortés; pero esta obra no pudo ser toda suya; quiso Dios que se redujese aquel imperio; y sirviéndose de su talento le facilitó los medios que conducían al fin determinado, mandando en los ánimos lo que pudiera mandar en los sucesos.» Solis.

275—Algunos escritores dicen que Cortés salió llevando parte de las legiones aliadas y dejando las otras en Tlascala, para que se encaminasen á los lagos de Tezcuco con los españoles y tamanes, que condujeran los materiales para armar los barcos: y de este modo se veía más desembarazado para maniobrar contra el enemigo.

276—Dice Cortés: «I prometimos todos de nunca de ella salir sin victoria ó dejar allí las vidas. I con esta determinación íbamos todos tan alegres como si fuera á cosa de mucho placer.»

277—«La cual es tan grande, que aunque fuéramos doblados los españoles nos pudiéramos aposentar bien en ella». Cortés.

278—Copiamos á continuación las biografías de Bernal Díaz del Castillo y Francisco López Gomara, tomada de Prescott, como la de los dos autores más importantes, tanto por haber sido sus contemporáneos, el uno asistiendo desde su principio á toda la Conquista de Méjico, y el otro por haber sido después su capellán, y por tal motivo estar muy al corriente de todos los hechos de aquel colosal acontecimiento.

«Los dos ejes en que principalmente descansa la historia de la conquista son las crónicas de Gomara y Bernal Díaz, dos hombres que distan tanto el uno del otro, como el cortesano y culto eclesiástico puede distar del rudo soldado.

El primero, Francisco López de Gomara era uriundo de Sevilla. Cuando volvió Cortés á España después de la conquista, fué su capellán; y después de la muerte del conquistador siguió en el mismo empleo con su hijo el segundo marques del Valle. Entonces escribió su crónica, por donde se puede conjeturar que no debe ser severamente imparcial, y en efecto, semejante sospecha se encuentra confirmada, porque la historia de la conquista es necesariamente la de héroe; pero Gomara, para realzar el carácter de Cortés, ha oscurecido la de sus valientes compañeros de armas; y el mismo empeño que tiene por ocultar las debilidades del héroe, tiene por ponderar sus proezas. Su posición puede excusar hasta cierto punto esta parciabilidad; pero no fué bastante á vindicarlo á los ojos de Las Casas, quien rara vez concluye un capítulo de su obra sin castigar duramente á Gomara, llegando hasta el extremo de acusarlo de falsedad manifiesta, y decir que no tenia ojos ni oídos mas para ver y escuchar lo que á su general le placía de dictarle. Que esto no es literalmente exacto lo prueba el simple hecho de haber sido la crónica escrita después de la muerte de Cortés. Por el contrario, los informes de Gomara dimanan no solo de su patrono, sino de otras fuentes igualmente puras, pues trató con los principales actores de aquel gran drama.

Los materiales que había reunido de esta suerte, los dispuso en un órden que raros escritores de aquel tiempo acostumbraban. En vez de ser vago é incoherente su estilo, es elegante é igualmente claro y conciso.

Si alguna vez sucede que los hechos están de tal modo aglomerados que el espíritu no puede discernirlos fácilmente ni tiene holgura para meditarlos, sin embargo todos ellos tienden á un solo punto y la narración, en vez de arrastrarse lentamente hasta agotar nuestra paciencia, por el contrario, proviene sin interrupción. En una palabra, la obra por lo que hace á la ejecución, no solo es superior á la mayor parte de las de su tiempo, sino que bien pudiera aspirar á título de clásica.

Debido á estas prendas fué general el acogimiento y rápida la circulación que tuvo la historia de Gomara: y mientras que dormian manuscritas muchas cartas de Cortés, y las mejores composiciones de Oviedo y Las Casas, los escritos de Gomara eran impresos y reimpresos todos los días y traducidos en varias lenguas europeas. La primera edición de *La Crónica de Nueva España*, aparecía en Medina en 1553 y fué reimpresa en Antuerpia al año siguiente. Después fué incorporada en la colección de Barcia, y finalmente en 1826 la reprodujeron más acá de los mares, las prensas mejicanas.

Las circunstancias que acompañaron á esta última edición son curiosas. El gobierno mejicano señaló una pequeña suma para costear la traducción de lo que se suponía un manuscrito de Chimalpain, escritor indio que floreció á fines del siglo XVI. El desempeño de la traducción se confió al laborioso Bustamante, pero este literato todavía no había adelantado mucho en su tarea, cuando averiguó que el pretendido manuscrito no era mas que la traducción en lengua azteca, de la crónica de Gomara. No obstante, Bustamante continuó sus tareas hasta dar al público una edición americana de Gomara. Otro hecho aún mas notable es que el editor mejicano al referirse en otras de sus obras, á la qne vamos hablando, la llama la crónica de Chicalpain.

La otra autoridad á que me he referido es Bernal Díaz del Castillo, natural de Medina del Campo, en Castilla la Vieja. Nació de una pobre y oscura familia, y en 1514 vino al Nuevo Mundo en busca de buena fortuna. Se embarcó en clase de soldado raso, á las órdenes de Córdoba, en la primera espedición de Yucatán: acompañó á Grijalva en la que hizo á este mismo país, y finalmente se alistó bajo las banderas de Cortés. Acompañó á su victorioso caudillo en su primera marcha por la mesa, bajó con él á la costa cuando atacó á Narvaez, estuvo presente en la catástrofe de la noche triste, y finalmente asistió al sitio y toma de la capital: en una palabra, apenas hubo en toda la campaña un suceso importante en que no tuviese parte. Encontróse en ciento diez y nueve batallas ó encuentros, en muchas de las cuales quedó herido y en que mas de una vez escapó milagrosamente de caer en manos del enemigo. Siempre mostró Bernal Díaz el valor de un castellano viejo y una lealtad purísima, que le hizo oponerse siempre á los motines que tan frecuentemente turbaron la armonía del ejército. Constantemente fué fiel á su general y á su bandera; constando esta fidelidad no solo por su propio dicho, sino por las recomendaciones del general, quien á causa de esta cualidad le encomendó comisiones de confianza y respetabilidad, que proporcionaron al futuro cronista la oportunidad de in-

formarse auténticamente sobre todo lo respectivo á la conquista.

Cuando se consolidó el país tocó á Bernal Díaz su *repartimiento* de tierras y colonos; pero no quedó contento, y frecuentemente murmuraba del egoismo del general, que procuró aumentar su parte á expensas de sus compañeros: repartir despojos es siempre una odiosa tarea. Díaz estaba de tal modo habituado á una vida activa y peligrosa, que no se contentó con la ociosa é indolente seguridad á que se vió condenado; por lo que tomó parte en las expediciones de los oficiales de Cortés y acompañó á este capitán en su terrible excursión por los bosques de Honduras.

Por fin en 1568 vemos al veterano establecido en la ciudad de Quauhtémallan, pacíficamente ocupado en referir las valerosas proezas de su juventud. Habían pasado cincuenta años desde la conquista á aquella fecha: y había sobrevivido á su general y casi á todos sus compañeros. Unicamente cinco quedaban del puñado de valientes que acompañó á Cortés desde Cuba: y los cinco, para usar las palabras del anciano cronista, «estaban pobres, viejos y achacosos, cargados de hijos y nietos que mantener, y careciendo de los medios de hacerlo, y terminando su vida como la habían comenzado, en medio de los trabajos y miserias». Tal era la suerte de los conquistadores del opulento Méjico.

El motivo que impulsó á Bernal Diaz á tomar la pluma en una edad tan avanzada, fué el deseo de vindicar para sí mismo y para sus compañeros la parte de la fama que de derecho les pertenecía, y que hasta entonces les había sido defraudada por ensalzar el mérito del general; principalmente en los escritos de Gomara. Sin embargo, él no tuvo noticia de la crónica de éste, sino despues de comenzada la suya; por manera que al ver el contraste que formaban su estilo familiar y desaliñado, y el culto y castigado de su predecesor, se disgustó tanto, que se vió tentado de dejar la pluma. Pero cuando leyó la crónica y vió sus groseras equivocaciones y lo que él, Diaz, llamaba la injusticia de su rival, continuó sus tareas y determinó dar á luz una narración que tuviese por lo menos el mérito de la fidelidad. Tal fué el origen de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*.

Debemos confesar que el historiador logró su objeto. Al recorrer sus páginas se conoce luego, que sean cuales fueren los errores en que incurre, ya por olvido de cosas tan antiguas, ya por demesurada vanidad, ya por credulidad ó por cualquier otro motivo, no hay mala intención de desfigurar la verdad; y aún cuando tal intención hubiese tenido, su misma sencillez le habría vendido. Aún con respecto á Cortés, si bien procuró equilibrar la balanza entre el mérito de él y de sus compañeros, y bien condena libremente la codicia y aún la crueldad del general; hace justicia plena de sus grandes y heróicas cualidades. y no obstante sus defectos, le considera superior á todos los capitanes de los tiempos antiguos y modernos.

Aun cuando se queja de él, protesta su lealtad, y su afecto personal hacia el general. Si le calumnian ó insultan indignamente, salta á su defensa en el momento. En una palabra, por mucho que él censure á Cortés, no permite que nadie haga otro tanto.

Bernal Díaz, el rudo hijo de la naturaleza, es fiel y exacto copista de ella. Si me es lícito expresarme así, trasladó á las páginas de su historia las escenas de la vida; por medio de procedimientos «daguerreotípicos». Es entre los historiadores lo que De Foe entre los novelistas. Nos lleva en medio de los campamentos; nos hace velar con los soldados del vivac; nos hace acompañarles en sus penosas marchas; escuchar sus cuentos, sus quejas de descontento, sus planes de conquista; saber sus esperanzas, sus triunfos y sus desengaños; en las páginas de Bernal Díaz se roflejan como en un espejo, todas las escenas pintorescas y acontecimientos romancescos de la campaña. El trascurso de cincuenta años no había hecho mella en las facultades mentales del viejo veterano, pues que á cada línea resalta el fuego de la juventud; y al recordar lo pasado parece que la memoria de los valientes compañeros que fueron y no son, da á sus descripciones un colorido mas animado, que si hubiesen sido escritas en una edad mas temprana de la vida. El tiempo, la reflexión y la tranquilidad acerca de lo futuro, hacían que sus ideas juveniles estuviesen ya consolidadas. No tenía dudas en cuanto á los derechos de la conquista, ni en cuanto á lo merecido de las penas impuestas á los infieles. El no es mas que soldado de la cruz, y los que murieron á su lado, los reputa por mártires de la fé. «¿Donde están mis amigos?» pregunta: «han caído en el campo de batalla ó han sido devorados por los caníbales, ó han servido de pacto á fieras encerradas en jaulas. Sus restos debieran haber sido guardados bajo mármoles, donde estuviesen inscriptas sus proezas; sus nombres debieran perpetuarse en letras de oro, porque murieron en el servicio de su Dios y de su Rey y por dar luz á los que vivían en las tinieblas de la infidelidad y tambien adquirir las riquezas que la mayor parte de los hombres codician. «Este último motivo del cual habla rara vez y por incidente, es de presumir que impulsaba á los conquistadores con mas fuerza que los dos primeros. Bernal Díaz nos ofrece en su Historia una muestra de ese candor, que hace tan encantadoras las crónicas antiguas, y que sin conocerlo el historiador, descubre su pecho y lo pone enteramente abierto á la vista del lector.

Parecerá cosa extraordinaria que después de tanto tiempo aún haya conservado fresco el recuerdo de los pasados acontecimientos: pero debemos considerar que eran tan romancescos y raros, que debían hacer una impresión muy profunda en una imaginación jóven y ardiente. Probablemente los habría oído y contado mil veces á sus parientes y amigos, por manera que le serían tan familiares como el sitio de Troya al rapsodista griego, ó como las interminables aventuras de Sir Lancelot y de Sir Gawain, el menestral normando. Disponer esta narración en forma de historia, no era, pues, mas que repetirla de una manera nueva.

El mérito literario de la obra es muy escaso, como es de esperar, atendida la clase del escritor. Este no tiene arte ni siquiera para disimular su vanidad, que robosa de un modo ridículo á cada página de su obra.

Sin, embargo, se le puede perdonar al ver que en vez de despreciar el mérito ageno, lo reconoce y lo alaba, y que su vanidad es mas bien efecto de candor. Por otra parte, él confiesa francamente este defecto, si bien lo escusa. «Cuando acabé de escribir mi historia,—dice,— la entregué á dos licenciados que tenían mucha curiosidad de leerla y á los cuales respetaba yo tanto, como un hombre rudo é ignorante debe respetar á dos literatos. Al mismo tiempo les rogué que no hiciesen ninguna alteración en el manuscrito, pues todo lo que allí se hallaba estaba escrito de buena fé. Luego que leyeron mi historia ponderaron lo maravilloso de mi castellano antiguo; pero sin ninguna de las flores ni adornos que tanto acostumbran nuestros buenos escritores. Al mismo tiempo me advirtieron, que mi obra sería mucho mejor, si no hubiese yo tomado por mi cuenta, sino que hubiese dejado á otros, el cuidado de alabarme á mi mismo y de alabar á mis compañeros; á los que les contesté, que era común y corriente que los vecinos y compañeros se alabasen los unos á los otros y que si no hablábamos bien de nosotros, ¿quien había de hacerlo?

Demas, que nadie había presenciado nuestras batallas y nuestras proezas, si no eran las nubes del cielo y las aves que volaban por nuestras cabezas.»

No obstante los elogios de los dos licenciados en lo tocante al buen estilo, este es demasiado pedestre, abunda en barbarismos y á veces está sazonado con chistes propios de cuartel; sin embargo, tiene el mérito de ex

presar muy claramente los pensamientos del autor y de ser muy acomodado á la sencillez de su carácter. La obra está dispuesta con menos cuidado y esmero que el ordinario entre las de su género y abunda en esas digresiones y repeticiones que acostumbran los hombres vulgares al contar sus cosas. Pero es inútil criticar segun las reglas del arte á un escritor, que las ignoraba completamente, y mas, atendiendo por otra parte á sus obras serán leídas y releídas por los literatos y estudiosos á pesar de los defectos de que adolece, mientras que las composiciones de escritores mas clásicos dormirán tranquilamente.

¿En qué consiste, entonces, el encanto de la Historia de Bernal Díaz? En el espíritu de verdad que la anima: en que nos presenta las situaciones tales cuales eran, y los sentimientos tales cuales existían en el corazón del escritor. Este es el mérito de su Historia; mérito que frecuentemente tienen las obras de los que siendo ignorantes se cuidan tan solo de referir los sucesos, y de que carecen las de esos consumados y fastidiosos literatos, que solo piensan en el modo de expresarse.

Una mera contingencia hizo que esta preciosa crónica saliese del olvido en que habían caido en la península tantas otras de mas alto mérito. Por mas de sesenta años estuvo sepultada en una librería privada, hasta que llegó á manos de fray Alonso Remon, cronista general de la orden de la Merced, quien tuvo la sagacidad de descubrir bajo el tosco exterior de la obra su grande importancia para ilustrar la historia de la conquista. Este monje alcanzó licencia para imprimir dicha crónica; y bajo sus auspicios se la publicó en Madrid en 1632, cuya edición es la que he consultado para mi obra.

279—«Mandó Cortés que le buscasen para traerle á su presencia, y por este medio averiguó que se había retirado poco antes el ejército de los mejicanos, llevando consigo la poca gente que se quiso ajustar á seguirle, que segun lo que decían aquellos paisanos, era de cortas obligaciones, porque la nobleza y el resto de sus vasallos aborrecían su dominio, y se quedaron con pretesto de buscarle despues. Averiguóse tambien que tenía resuelto agasajar á los españoles hasta merecer su confianza y conseguir su descuido para introducir despues las tropas mejicanas que acabasen con todos ellos en una noche; pero cuando supo de su embajador las grandes fuerzas con que le buscaba Hernán Cortés, le faltó el ánimo para mantener su estratagema; y tuvo por mejor consejo el de la fuga, dejando su ciudad y sus vasallos á la discreción de sus enemigos.» Solis.

280—Algunos historiadores aztecas dicen que Cortés, antes de abandonar á Méjico arrojó ahorcados á Cacama y otros por sobre los muros de su cuartel, para intimidar á los indios, poco antes de salir de Méjico, y los mas y el mismo Prescott que pereció Cacama con los hijos de Motezuma en los canales de la noche triste.

Solis parece ignorar ó no acordarse de la muerte de Cacama, cuando dice: «No nos dicen los historiadores ó la dicen con variedad, si reinaba entonces en Tezcuco el hermano de Cacumatzin á quien dejamos preso en Méjico por haber conspirado contra Motezuma y contra los españoles. Queda referido como se dió la corona á su hermano, y el voto electoral á instancia de Cortés; y segun el suceso parece que ya reinaba el desposeído, siendo muy creíble que lo dispusiese asi el nuevo emperador, mediando en su restitución la circunstancia de ser enemigo capital de los españoles, á cuya opinión hace algun viso la desconfianza de Cortés, porque apenas recibió la embajada cuando se apartó del embajador, para conferir con sus capitanes la respuesta.»

A esto decimos que mal pudo ser restituido por el emperador por estar ya Cacama en el otro mundo, bien por haber sido arrojado muerto con otros por las paredes del cuartel ó haber muerto en la noche triste; y que la duda de Cortés no abona nada en su posición de Solis; no solo porque no tenía motivo para tener desconfianza, desde que el emperador era enemigo mortal de los cristianos, y debería tener en Tezcuco un acérrimo partidario suyo, sino tambien, porque alli le mataron últimamente los españoles que iban á Méjico, poco antes de su salida.

Lo mismo que Solis, Bernal Díaz y Gomara y otros no dicen el nombre del señor que volvió á poner Cortés en Tezcuco, sino dicen algunos, que se convirtió al cristianismo y llamóse Hernando Ticocolzin; dice Prescott que *no vivió sino algunos meses.* El único que lo llama Tecocol es Sahagun. Y aunque dice Prescott: «Este, que era general de sus ejércitos,—por Ixtlilxochitl—puede decirse que gobernó el reino durante la vida de su hermano», no obstante, dudando que Tecocol é Ixtlilnochitl no sean mas que uno mismo, dice lo siguiente en una nota:

«El advenimiento de Tecocol y aún su existencia ha quedado sin mencionar por algunos historiadores, y por otros ha sido dado á conocer, pero de una manera tan equívoca por haber omitido el nombre, que es muy dudoso si se habla mas bien de su menor hermano Ixtlilxochitl. El historiador Tezcucano, que lleva este melodioso nombre, es el único que ha hablado algo de la historia de aquel príncipe. He adoptado sus noticias, que supongo exactas, porque como pariente debía saberlas bien, aunque es necesario confesar que es tan crédulo que no siempre se le debe dar fé.»

Y mas adelante agrega: «Reina entre los historiadores la mayor obscuridad en lo tocante á este príncipe, al cual parece que han confundido muy frecuentemente con su hermano el que le precedió en el trono de Tezcuco. Es raro que á ninguno de los dos se le miente con otro nombre que el de Hernando; y si es cierto, como Herrera lo asegura, que los dos tenían ese nombre, esto explica hasta cierto punto la dicha confusión.»

Y Cortés en su *Relación tercera* dice: «Istrisuchil, (Ixtlilcochitl) que es de veintitres ó veinticuatro años, muy esforzado, amado y temido de todos.»

281—En esta arenga, que dirigióse á Cortés, donde dice Solis, Cacumatzin pongo yo Coanaco, por las razones expuestas en la nota anterior.

282—En la misma forma que los españoles aplicaban la pena capital, lo hacían los tezcucanos, como hácelo notar Prescott, en lo siguiente: «Este desagradable consejo llegó á oídos del príncipe, quien ofendido é irritado se puso á la cabeza de su compañía de mancebos, entró en las casas de los principales consejeros, los sacó de ellas arrastrándoles y les dió *garrote*, que era el modo con que se ejecutaba la pena capital en Tezcuco.»

283—«Murieron de ellos mas de seis mil ánimas entre hombres, y mujeres, y niños; porque los indios nuestros amigos, vista la gran victoria que Dios nos daba, no entendían otra cosa sinó matar á diestro y siniestro.» Cortés.

284—«Y certifico á V. M. que allende nuestro trabajo y necesidad, la mayor fatiga que tenía era no poder ayudar y socorrer á los indios nuestros amigos, que por ser vasallos de V. M. eran molestados y trabajados por los de Colhua.» Cortés.

285—«El miedo era el gran principio de cohesión que unía los heterogéneos elementos de que se componía la monarquía azteca, la cual debía disgregarse bajo la acción

de una fuerza mas enérgica. No era esta por cierto la primera vez que las razas oprimidas trataban de recobrar su libertad; pero hasta entonces todas las tentativas se habian malogrado por falta de concierto. Estaba reservado al genio pujante de Cortés extinguir los odios hereditarios, combinar los esparcidos elementos de fuerza y dar á todos un principio de acción común.» Prescott.

Lleno de admiración Oviedo hácia su héroe hace de él el siguiente elogio, prediciendo, como se ha verificado, que su nombre sería inmortal. «Sin duda alguna la habilidad y esfuerzo é prodencia de Hernando Cortés, muy dignas son que entre los caballeros é gente militar en nuestros tiempos se tenga en mucha estimación y en los venideros nunca se desacuerden. Por causa suya me acuerdo muchas veces de aquellas cosas que se escriben del capitán Visiato, nuestro español y estremeño; y por Hernando Cortés me ocurren al sentido las muchas fatigas que aquel espejo de la caballería, Julio César, dictador, como parece por sus comentarios é por Suetonio é Plutarco é otros autores que en conformidad escribieron los grandes hechos suyos. Pero los de Hernando Cortés, en un mundo nuevo é tan apartadas provincias de Europa, é con tantos trabajos é necesidades é pocas fuerzas, é con gente tan innumerable é tan bárbara é belicosa é apacentada en carne humana, é aún habida por excelente é sabroso manjar entre sus adversarios; é faltándole á él y sus mílites el pan é vino é los otros mantenimientos todos de España, y en tan diferentes regiones é aires, é tan desviados é lejos de socorro é de su príncipe cosas son de admiración.»

286—«Que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oír, llevar trece furtas, diez y ocho leguas por tierra.» Cortés.

«Dos ejemplos se recuerdan de un trasporte de naves por tierra: el uno en la Historia antigua y el otro en la moderna; ambos, ¡cosa rara! en el mismo lugar, en Tarento, en Italia. El primero ocurrió cuando el sitio de esta ciudad por Annibal, el otro acaeció 17 siglos despues, cuando el gran capitán Gonzalo de Córdova; pero la distancia de donde se las trajo era muy pequeña. Un ejemplo mas análogo es el de Balboa, el audaz descubridor del Pacífico: este dispuso que fuesen trasportados cuatro bergantines á distancia de veintidos leguas, atravesando el Istmo de Darien; pero á pesar del estupendo trabajo llegaron á su destino, (véase á Herrera). Esto se verificó en 1516, poco tiempo antes de lo de Cortés, cuyo genio emprendedor acaso de allí tomaría la idea de su gran empresa, la cuál fué mas feliz, pues era mas vasta.» Prescott.

287—Jaltocán, Yaltócan ó Xaltócan; como Haustépec ó Guastepeque; Tucápan ó Tizápan; Malcalzinco ó Mexicalzingo; Acitlan ó Naucálpan; Capistlan, Guauhtitlan ó Cuauhtitlan; Tenajócan ó Tenayuca.

288—«Los españoles acostumbraban abrir el combate con una carga de caballería; pero si la ciencia de los aztecas hubiera sido igual á su valor, habrían podido, por medio de largas lanzas, volver algunas veces en favor suyo el éxito de la batalla; porque mediante esta arma formidable, lograron los montañeses suizos, pocos años antes de este período de nuestra historia, derrotar y vencer completamente la famosa caballería de Carlos el Calvo, la mejor de sus tiempos. Mas los bárbaros ignoraban la utilidad de esta arma para contener la caballería; aunque pudo suceder tambien que la vista del caballo y del jinete haya causádoles una impresión misteriosa, que acaso contribuía tanto á desconcertarles con el mismo caballo. «Prescott.

A esta observación de Prescott, narro yo en mi CONQUISTA DEL PERÚ, anterior á la presente, un caso contrario: al emprender Pizarro su Conquista del Perú, bajó un grupo de caballería en una de las costas del Pacífico, á la que hicieron frente los indígenas, y tuvieron á mal traer; pero cae uno de los jinetes, y huyen espantados los indios, creyendo,—al haber tenido á caballo y jinete por una sola pieza,—que súbitamente iban á bajar todos para atacarlos, y á esta casualidad otros autores suponen, que sino hubieran perecido los invasores á la orilla del mar.

289—«Ya amaneciendo los indios nuestros amigos comenzaron á saquear y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun dél se quemó un cuarto; y esto se hizo porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Temixtítan, pasando por esta ciudad, los naturales de ella, juntamente con los de Temixtítan, nos hicieron muy cruel guerra y nos mataron muchos españoles.» Cortés.

«Cortés y los suyos hicieron cuanto pudieron para impedir que cundiese el incendio; pero los tlascaltecas eran hombres feroces y difíciles de conducir en todos tiempos; pero cuando estaban inflamados no obedecian ni al general mismo. Eran temibles auxiliares, y á causa de su insubordinación, tan terribles á veces como amigos, que como enemigos». Prescott.

290—Dice Prescott *el estandarte de Cortés;* pero aténgome *á una bandera*, como dice Solís; pues no era Cortés tan lento para sacar *su gran estandarte* en canales ni guerrillas, sino en las grandes batallas ó manifestaciones.

291—«¿Pensais que hay agora otro Motezuma para que haga todo lo que quisiérades?» Cortés.

292—«El distinguido naturalista Hernandez habla frecuentememte de este jardín de donde sacó muchos de los ejemplares para su grande obra. Tuvo el mencionado jardín la buena fortuna de que se le conservase hasta despues de la conquista; y sirvió por sus plantas medicinales para el hospital que se estableció en las inmediaciones». Clavijero.

«La cual huerta es la mayor y mas hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito y por medio della va una gentil ribera de agua, y de trecho en trecho cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos é infinitos árboles de diversas frutas y muchas yerbas y flores olorosas, que cierto es cosa de admirar ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta». Cortés.

Y Bernal Díaz, según Prescott: «no le va en zaga á Cortés en punto á ponderaciones y elogios de dicha huerta».

293—Dice Cortés: «que quedó tan teñido de sangre el riachuelo, que por *mas de una hora* no pudieron beber su agua;» á lo que agrega Prescott;—que no permitiendo Díaz exajeraciones, sino las suyas, dice: «tanto ttempo cuanto tarda uno en decir Ave María.» Recuérdese que ninguno de los dos estaba presente.

294—El capitán Bernal Díaz, que afecta en sus cálculos una sobriedad que le hace á veces apocar los del capellán Gomara, dice que las fuerzas de los aztecas eran 20.000 indios en 2.000 canoas.

295—«Ixtlilxochitl procuraba siempre traer á la devoción y amistad de los cristianos, no tan solamente á los del reino de Tezcuco, sino aún los de las provincias mas remotas, rogándoles que todos se procurasen dar de paz al capitán Cortés, y que aún de las guerras pasadas, algunos tuviesen culpa, era tal su amistad y de deseaba tanto la paz, que luego al punto los recibiría afable.» Prescott.

296—Cortés dice: que estas embarcaciones vinieron *al mismo tiempo*, pero sin decir de qué parte. Bernal Díaz,

que solo habla de un buque, dice que llegó de Castilla, lo que autores posteriores juzgaron improbable, entre ellos Prescott, que dice: «Pero soldado viejo, escribió muchos años después de la conquista, y puede haber confundido el verdadero orden de los sucesos. Es sumamente improbable que haya venido de Castilla un refuerzo tan importante, siendo así que Cortés no había recibido ninguna protección del rey y ni aún la confirmación de lo que había hecho, para que en vista de ella los aventureros de la madre patria tuvieran ningun aliciente que los hiciese alistarse bajo las banderas del conquistador.» El mismo Prescott dice que eran tres naves. Herrera, que hace mención de una, no dice de dónde vino, quizá por evitar la incertidumbre con la omisión, y Solis se expresa en estos términos:

«Parece impracticable que viniese de Castilla, encaminado á Cortés, sin traer cartas de su padre y de sus procuradores, particularmente cuando podían avisarle de los buenos efectos que iban produciendo sus diligencias; cuya noticia, segun estos autores, recibió mucho después. Con menos repugnancia nos inclinamos á creer que vino de la isla de Santo Domingo, á cuyos gobernadores, como se dijo en su lugar, se dió noticia del empeño en que se hallaba Cortés; y no es argumento de que se induce lo contrario, el venir tesorero del rey, pues era de su jurisdicción el nombrar personas que recogiesen los quintos de su magestad, y tenían á su cargo todas las dependencias de aquellas conquistas. Como quiera que sucediese, no pudo el socorro llegar á mejor tiempo, ni Hernán Cortés dejó de acertar con el origen de aquellas asistencias, atribuyendo á Dios, no solamente la felicidad con que se aumentaban sus fuerzas, sino el mismo vigor de su ánimo, y aquella maravillosa constancia, que no siendo impropia de su valor natural, la extrañaba como efecto de influencia superior.»

Y Prescott dice terminantemente: «Tambien recibió el general la placentera noticia de que habían arribado á Veracruz *tres naves*, que conducían á doscientos hombres, bien provistos de armas y municiones, y setenta ú ochenta caballos. No podía ser mas oportuno este refuerzo *que no se sabe á punto fijo de dónde venía*, aunque es probable que de la Española. Como recordará el lector, había enviado Cortés á pedir refuerzos á esta isla, cuyas autoridades tenian á su cargo el gobierno de todas las tierras nuevamente descubiertas, y se habían manifestado varias veces favorables á Cortés, probablemente mas que por cualquier otro motivo, porque lo consideraban el hombre mas capaz de llevar á cabo la conquista.»

297—En su origen llamóse Quahuahuac; pero en tiempo de la conquista llamábase tambien adulteradamente Quatlabaca y Cuernavaca, siendo hoy conocido por este último.

«Era Quatlabaca lugar populoso y fuerte por naturaleza, situado entre unas barrancas ó quiebras del terreno, cuya profundidad pasaría de ocho estados, y servía de foso á la población y de tránsito á los arroyos que bajaban de la sierra.» Solis.

298—«Porque de mí digo que verdaderamente cuando pasaba, que lo ví muy peligroso y malo de pasar, y se me fué desvaneciendo la cabeza, y todavía pasé yo y otros veinte ó treinta soldados y muchos tlascaltecas.» Bernal Díaz.

«Tomaron la vuelta con ánimo de acometer por las espaldas y lo consiguieron, asistidos ya de alguna infantería, cuyo socorro se debió á Bernal Diaz, que aconsejándose con su valor, penetró el foso por dos ó tres árboles, que pendientes de sus raíces descansaban de su mismo peso en la orilla contrapuesta. Siguiéronle algunos españoles de los que asistían á la diversión, y número considerable de indios, llegando unos y otros á incorporarse con los caballos al mismo tiempo que se disponían para embestir.» Solis.

Otros autores refieren este pasaje de los barrancos como lo dejo yo narrado.

299—«La ciudad de Cuernavaca estaba comprendida en los dominios del duque de Moteleone, descendiente y heredero del conquistador. Los españoles en su derrotero hacia el Norte no se apartaron mucho probablemente del camino real, que va actualmente de Méjico á Acapulco, y que en su parte elevada tiene hoy los mismos caracteres que ofrecía en tiempo de la conquista.» Prescott.

300—«Una tierra de pinales, sin ninguna agua y cual y un puesto pasamos con grandísimo trabajo y sin beber, tanto que muchos de los indios que iban con nosotros perecieron de sed.» Cortés.

301—«Salió Hernán Cortés de este combate con dos heridas leves, y Cristóbal de Olea con tres cuchilladas considerables, cuyas cicatrices decoraron despues la memoria de su hazaña. Dice Antonio de Herrera que se debió el socorro de Cortés á un tlascalteca, de quien ni antes se tenía, ni despues se tuvo noticia, y deja el suceso en reputación de milagro; pero Bernal Díaz del Castillo, que llegó de los primeros al mismo socorro, le atribuye á Cristóbal de Olea, y los de su linage, dejando á Dios lo que le toca, tendrán alguna disculpa si dieron mas crédito á lo que fué que á lo que se presumió.» Solis.

«Otro día buscó Cortés al indio que le socorrió, y muerto ni vivo no pareció; y Cortés por la devoción de San Pedro juzgó que él le había ayudado.» Herrera.

302—«Puede escusársele que haya presumido la intervención de algún ángel bueno, si se considera lo tremenda que era la suerte de los cautivos, y que en el presente caso no debía tener grandes esperanzas de que fueren mitigados sus tormentos. ¡Demasiado intrépido debe haber sido el corazón que, fuese el motivo que fuese, desafiaba voluntariamente semejante peligro! Pero sus compañeros hicieron tanto como él, y lo que es mas, con menores recompensas.

La época de que vamos hablando pertenecía todavía á la edad sorprendente y novelesca de la caballería; á esa edad de que no podemos formarnos una idea en estos tiempos de práctica y positiva realidad. El español, con su nimio pundonor, sus romances heroicos y sus altiveces y vanagloriosas bravatas, era el legítimo representante de aquella época. Los europeos, en general, todavía no se acostumbraban al ocio de la vida literaria, ni á la actividad del comercio, ni á la mansedumbre de la agricultura; estas ocupaciones se quedaban para el solitario y recluso monje, para el humilde aldeano y el miserable siervo. Las armas eran la única profesión de hombres nobles, la única carrera en que podían entrar con honor los hidalgos bien nacidos y esforzados. El nuevo mundo ofrecía vasto teatro al ejercicio de esta vocación, y el español la abrazó con todo el entusiasmo de un héroe de romance.

Otras naciones entraron tambien, pero por diferentes motivos. El francés mandaba allí sus misioneros para que, habituado entre los infieles, ganasen almas para el paraíso y sobrellevasen ó aún buscasen para sí la corona del martirio. El holandés tenía también su misión, la del lucro terrenal, y encontraba sobrada recompensa de sus fatigas y peligros, en el ganancioso tráfico con los indios. Nuestros antepasados los puritanos, llevados verdaderamenre por un espíritu anglo sajon, abandonaban los placeres de la patria y se echaban al océano para ir á buscar en desiertos espantosos, todas las dulzuras de la libertad civil y religiosa. Pero los españoles venían al nuevo mundo llevados de un espíritu de verdaderos caballeros errantes, en busca de aventuras y peligros, como si este fuese su único objeto. Siempre estaban prontos á

esgrimir la espada y la lanza en defensa de la fé, y cuando daban el grito de «Santiago», se imajinaban estar militando bajo las banderas del apóstol en persona; y sentían que su brazo era igual al de cien hombres infieles. Era la hora en que espiraba la edad de la caballería; pero España, la romántica España, fué la tierra donde la luz alumbró por mas tiempo el horizonte.» Prescott.

303—«Que mis huesos los lleven á la mi villa de Coayacan, y allí les den tierra en el monasterio de monjas que mando hacer y edificar en la dicha villa.» Testamento de Cortés.

«Este lugar notable por su belleza excesiva, — dice Prescott, — fué despues de la conquista la residencia favorita de Cortés, el cual fundó allí un convento de monjas y mandó en su testamento que allí se enterrasen sus huesos, fuera cual fuere el lugar donde muriera;» pero su traductor agrega: *No se llegó á fundar este convento.*

304—«Pues cuando vieron la gran ciudad de Méjico y la laguna, y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos y otras iban á pescar y otras baldías, mucho mas se espantaron, porque no las habían visto hasta ahora en aquella sazón y dijeron que nuestra venida en esta Nueva España, que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenía.»

«En este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, mucho mayor que la que de antes tenía.» Bernal Díaz.

305—«No se puede dudar que Cortés, lo mismo que cualquier otro del ejército, conocía que estaba militando en una santa cruzada, y que independientemente de toda consideración mundanal, no podía servir mejor á Dios, que plantando la Cruz en las torres salpicadas de sangre, de la metrópoli azteca. Pero era natural que sintiese alguna aflicción al ver aquel soberbio espectáculo y al pensar en la próxima tempestad y en que aquellos ricos pimpollos de la civilización iban á ser dentro de breve marchitados y desbaratados por el violento soplo de la guerra. ¡Magnífico espectáculo el del gran conquistador deplorando á sus solas la devastación que amenazaba á aquella tierra! Parece que verle de esta suerte produjo una fuerte impresión en sus soldados, poco acostumbrados á descubrir en él semejantes pruebas de sensibilidad. Esto prestó asunto para algunos romances ó cantos nacionales, con que los copleros castellanos de los tiempos antiguos acostumbraban recordar á los héroes favoritos de su país, y los cuales siendo un intermedio entre las tradiciones orales y las crónicas, han sido una memoria imperecedera como las crónicas mismas.»

«Díaz trae las primeras redondillas del romance, que no he podido encontrar en ninguno de los romanceros impresos:

En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado;
triste estaba y muy penoso,
triste y con gran cuidado,
la una mano en la mejilla
y la otra en el costado.» Prescott.

Yo tampoco lo he podido encontrar, ó mejor dicho, no existe en la única edición que tengo, publicada en París por la casa de Baudry en 1838—con el título: Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles, históricos, caballerescos, moriscos, y otros, recogidos y ordenados por don Eugenio de Ochoa.

306—Dice Prescott, refiriéndose á Ixtlilxochitl: «El anal por su parte, también había sido concluído, merced á ocho mil indios, que habían trabajado en él por cerca de dos meses.

«Era obra de mucho trabajo, pues tenía media legua de largo, doce pies de ancho y otros tantos de profundidad. Los dos lados estaban asegurados por palizadas ó con obras de mampostería. De trecho en trecho había compuertas y diques, y parte del canal estaba cortado en la viva peña. Por aquel canal podían ser echados los bergantines en el agua, con toda seguridad.»

307—«I desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuración siempre se recelaba de ellos.» Bernal Díaz.

Y uno de sus mejores historiadores dice lo siguiente:

«La conducta de Cortés en esta ocasión prueba una gran sangre fría y conocimiento del corazón humano. Si hubiese publicado á las claras ó siquiera dejado traspirar los planes que había descubierto, habría vuelto sus enemigos irreconciliables á todos los implicados en aquellos: á una imprudencia de esta clase, que cometió Luis XI al principio de su reinado, debió los disturbios que le agitaron después. Una vez arrancada la máscara, ya no había ocasión ni de disimular las apariencias: parece que se cerraba la puerta al arrepentimiento y la malevolencia que sin esto se habría mitigado por el tiempo las circunstancias ó la generosidad, habría degenerado con otra conducta en odio profundo é implacable rencor. Cortés se habría rodeado en su campo mismo de enemigos mas implacables que los aztecas.

De todos modos, los culpables habían recibido el escarmiento bastante para no volver á arriesgar sus vidas en tramas de las misma clase; y procuraron con demostraciones de lealtad y con la asiduidad en el servicio, alejar de sí toda sospecha. Cortés por su parte tuvo estudio en guardar su porte habitual, igualmente distante de la desconfianza, y—lo que es todavía mas difícil,—de esa estudiada afabilidad, que revela con claridad las sospechas que se tienen de aquel á quién se dispensa.»

308—«Aplicó Cortés á cada bergantín veinte y cinco españoles con un capitan, doce remeros, á seis por banda y una pieza de artillería. Los capitanes fueron Pedro de Barba, natural de Sevilla; García Hólguin, de Cáseres; Juan Portillo, de Portillo; Juan Rodriguez de Villafuerte, de Medellin; Juan Jaramillo, de Salvatierra, en Estremadura; Miguel Díaz de Auz, aragonés; Francisco Rodriguez Magariño, de Mérida; Cristóbal Flores, de Valencia de don Juan; Antonio de Carbajal, de Zamora; Gerónimo Ruiz de la Mota, de Burgos; Pedro Briones, de Salamanca; Rodrigo de Morejon, de Lobera, de Medina del Campo; y Antonio Sotelo, de Zamora; los cuales se embarcaron luego cada uno á la defensa de su bajel y al socorro de los otros.» Solis.

De los trece bajeles uno salió defectuoso, así es que solo quedaron doce, poniéndose un falconete á cada uno; y quedó reducido á trescientos soldados el número destinado á esta escuadrilla.

309—«Los bergantines se conservaban todavía mucho tiempo despues de la conquista, en los astilleros de Méjico, como monumentos preciosos.» Toribio.

«Otras muchas é notables cosas cuenta el autor que he dicho de aqueste famoso rey Sesótris, en que no me quiero detener ni las tengo en tanto como esta tranchea ó canja que es dicho, y los bergantines de que tratamos, los cuales dieron ocasión á que se hnbiesen mayores tesoros é provincias é reinos, que no tuvo Sesóstris; para la corona Real de Castilla por industria de Hernando Cortés.» Oviedo.

310—Segun la relacion de Cortés la division de Alvarado llevaba 30 jinetes, 168 infantes, 2 piezas y 25.000 tlascaltecas; la de Olid 33 caballos, 178 infantes, 2 pie-

zas y 25.000 tlascaltecas; y la de Sandoval 24 jinetes, y 167 infantes y 2 piezas y 30.000 indios, los cuales eran, segun Herrera, del Chalco, Nolula y Güacocingo. Díaz Bernal reduce las fuerzas aliadas á la tercera parte.

311—Hay diversas versiones entre los antiguos y modernos historiadores respecto á la muerte del general Jicotencal. Nosotros seguimos la de Herrera, quien la tomó del memorial de Ojeda, uno de los encargados de la prisión del dicho caudillo. Dice Bernal Díaz que fué ejecutado en el camino, segun órden secreta de Cortés; y Solis, hácele morir del mismo modo, suponiendo que así debió ser y no en Tezcuco, donde estaban las huestes tlascaltecas; pero á tal objecion replica Prescott, que ya habían salido del Tezcuco, cuando se efectuó la ejecucion, porque Cortés despachó á todos los aliados antes que á sus divisiones, las que ya se hallaban tambien fuera de allí, incluso el mismo Bernal Díaz, que estaba agregado á Alvarado.

Y todos están contestes, que el mismo Jicotencal, padre, manifestó en el Senado, al recibir el aviso de Cortés, que segun tambien las leyes de Tlascala, merecía su hijo la pena de muerte por desertor.

312—«E encontrámosles de tal manera, que ninguno de ellos se escapó, excepto las mugeres y niños, y en este combate me hirieron á veinticinco españoles, pero fué muy hermosa victoria.» Cortés.

313—I como yo deseaba que el primer encuentro que con ellos hubiésemos fuera de mucha victoria, y se hiciese de manera que ellos cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la guerra estaba en ellos.» Cortés.

«Plugo á Nuestro Señor, que estándonos mirando los unos á los otros, vino un viento de la tierra muy favorable para embestir con ellos.» Cortés.

«Solo una pequeña parte de la flota india logró llegar al puerto y buscó abrigo en los canales del corazon de la ciudad, donde no podían perseguirla los pesados bergantines. Esta victoria, aún mas sangrienta de lo que el sanguinario Cortés había pronosticado, probó decisivamente la superioridad de los españoles y los dejó dueños absolutos de las aguas.» Prescott

«Pero aquella inefable providencia, que no se descuidaba en declararse por los españoles, dispuso entonces que se levantase de la tierra un viento favorable, que hiriendo por la popa en los bergantines, les dió todo el impulso de que necesitaban para dejarse caer sobre las embarcaciones mejicanas. Dieron principio al ataque las piezas de artillería, disparadas á conveniente distancia, y cerraron despues los bergantines á vela y remo, llevándose tras sí, cuanto se les puso por delante. Peleaban los arcabuces y ballestas sin perder tiro: peleaba tambien el viento, dándoles con el humo en los ojos y obligándolos á proejar para defenderse; y peleaban hasta los mismos bergantines, cuyas proas hacían pedazos á los buques menores, sirviéndose de su flaqueza para echarlos á pique sin recelar el choque. Hicieron alguna resistencia los nobles que ocupaban las quinientas embarcaciones de la vanguardia: lo demas fué tal confusion y zozobrar las unas al impulso de las otras. Perdieron los enemigos la mayor parte de su gente: quedó rota y deshecha su armada, cuyas reliquias miserables siguieron los bergantines, hasta encerrarlas á balazos en las acequías de la ciudad.

Fué de grande consecuencia esta victoria, por lo que influyó en las ocasiones siguientes el crédito de incontrastables que adquirieron este día los bergantines, y por lo que desanimó á los mejicanos el hallarse ya sin aquella parte de sus fuerzas, que consistía en la destreza y agilidad de las canoas, no por lo que perdieron entonces, número limitado, respecto de las que tenían de reserva, sino porque se desengañaron de que no era de servicio, ni podían resistir á tan poderosa oposicion. Quedó por los españoles el dominio de la laguna, y Hernán Cortés tomó la vuelta cerca de la ciudad, despidiendo algunas balas, mas á la pompa del suceso que al daño de los enemigos. I no le pesó de ver la multitud de mejicanos, que coronaban sus torres y azoteas á la esperacion de la batalla, tan gustoso de haberles dado en los ojos con su pérdida, que aunque á la verdad eran muchos para enemigos, le parecieron pocos para testigos de su hazaña: complacencias de vencedores, que suelen comprender á los mas advertidos, como adornos á la victoria ó como accidentes de la felicidad.» Solis.

314—I era tanta la multitud, que por el agua y por la tierra no veíamos sino gente, y daban tantos gritos y alaridos que parecía que se hundía el mundo.» Cortés.

315—I con todo esto no so determinaban los cristianos de entrar en la plaza, por lo cual diciendo Hernando Cortés que no era tiempo de mostrar cansancio ni cobardía, con una rodela en la mano, apellidando Santiago, arremetió el primero.» Herrera.

316—«La gran masa de otamíes era una raza salvaje que habitaba las anchas crestas de la mesa, allá en lo apartado del Septentrion. Pero algunos de ellos habían penetrado en el valle y habían entrado en alianza con terzucanos y aun con tlascaltecas; y eran unos de los mejores soldados de los ejércitos de estas naciones.» Prescott.

317—En cada asalto se volvían á encontrar los fosos mas ó menos reparados por los obstinados mejicanos, y los materiales de que se les había llenado con gran trabajo, removidos de allí. Extraño parecerá que Cortés no tomase una providencia para impedir que se repitiese esta operación que en cada ataque le ocasionaba tanta dilación y tropiezos; pero Cortés dice al emperador en su relación tercera, que para impedirlo se habría visto necesitado de establecer cuarteles en la misma ciudad, se habría visto cercado de enemigos y separado del resto del país; ó que si se hubiese destacado suficiente número de españoles, porque los indios no eran para el caso, para que defendiesen las cortaduras durante la noche, les habria impuesto un trabajo superior á sus fuerzas, pues eran hombres que durante el día tenían que trabajar con asiduidad.

«I Alvarado y Sandoval por su parte tambien lo hicieron bien, culpando á Hernando Cortés por estas retiradas, queriendo muchos que se quedaran en lo ganado por no volver tantas veces á ello.» Herrera.

318—«Sin embargo, este fué el arbitrio que tomó Alvarado, el cual destacaba por las noches una guardia de cuarenta hombres para que cuidara de los fosos próximos á la ciudad. Este destacamento era relevado al cabo de cuatro horas, por otros de refresco, y este por otro tercero, permaneciendo los dos primeros en el puerto; por manera que en el momento de alarma se encontraba dispuesto á repeler el ataque un cuerpo de ciento veinte hombres. Algunas veces, toda la división pernoctaba cerca del foso y permanecía sobre las armas en actitud de combate.» Prescott.

«Porque como era de noche no aguardaba mucho y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos ni frios, y aunque estábamos metidos en grandes lodos y heridos, allí habíamos de estar.» Bernal Díaz.

319—«No recuerdo haber encontrado en ningún conquistador el censo de la población; sin embargo de que tampoco sería muy digno de fé, aunque se encontrase. No obstante, debe aquella haber sido muy numerosa,

puesto que donde quiera que se presentasen los sitiadores, eran resistidos pronto y cumplidamente.» Prescott.

«I como aquel día llevábamos mas de ciento y cincuenta mil hombres de guerra.» Cortés.

«Que ni podían ver los ojos de los católicos y cristianos mas espantable y aborrecida cosa que ver en el real de los amigos confederados el continuo ejercicio de comer carne asada ó cosida de los indios enemigos, é aun de los que mataban en las canoas é se ahogaban y despues el agua los echaba en la superficie de la laguna ó en la costa, no los dejaban de pescar é aposentar en sus vientres.» Oviedo.

320—«El exacto cumplimiento de la ceremonia de la misa en medio de las lluvias y del trabajo incesante ha merecido un elogio del editor de Cortés.» Esto dice Prescott, refiriéndose á Lorenzana, quien expone: «En el campo, en una calzada, entre enemigos, trabajando día y noche, nunca se omitió la misa para que toda la obra se atribuyese á Dios, y mas en unos meses en que incomodaban las aguas del cielo, y encima del agua las habitaciones é mas las tiendas.» Luego, pues, ya reconoce y confiesa el señor Prescott, que no era solo la ambición del oro ni el noble anhelo de la gloria, los que alentaban á esos héroes, sino tambien su amor á su religión y el vehemente deseo de ese triunfo, no olvidados ni entiviados en mayores trabajos y peligros.

321—«En la división del tesorero, según la carta de Cortés, habían 70 infantes, 7 ú 8 caballos y 15 ó 20.000 indios, en la de Tapia 80 infantes y 10 000 indios, y en la suya propia 8 caballos, 100 infantes é infinito número de aliados.» Lorenzana.

322—«Guatemuzi manda tocar su corneta que era una señal que cuando aquella se tocase, que habían de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metía en los oidos, y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo que decir ahora con que razón y esfuerzo se metían entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto.» Bernal Díaz.

323—«E aquel capitan que estaba con el general, que se decía Antonio de Quiñones, díjole: Vamos, señor, de aquí que salvemos vuestra persona, pues ya esto está de manera que es morir desesperado atender, é sin vos ninguno de nosotros puede escapar, que no es esfuerzo sino poquedad porfiar aquí otra cosa.» Oviedo.

324—«Era medio día, porque en las dolorosas escenas que acababan de pasar solo se habían empleado pocas horas, cuando Sandoval montó su hermoso caballo en el que podía confiar por su fuerza y lijereza: era un noble caballo, famoso en todo el ejército y digno de su valiente dueño, al cual había llevado y sacado salvo en las largas marchas y de sangrientas batallas.» Prescott.

Este famoso corcel, que puede rivalizar con Babieca, el caballo del Cid Campeador, se llamaba Motilla y cuando alguno quería ponderar la bondad de su caballo decía: es tan bueno como Motilla. «Así lo dice Bernal Díaz:» Era de color castaño, con una mancha en la frente, y para que fuese mas afamado, tenía solo una pata blanca.»

325—«Llama el vulgo á este género de cirujía curar por ensalmo, sin otro fundamento que haber oído entre las bendiciones, algunos versos de los salmos, habilidad ó profesión no todas veces segura, en lo moral, y algunas permitida con riguroso exámen. Pero en este caso no sería temeridad que se tuviese por obra del cielo semejante maravilla, siendo la gracia de sanidad uno de los dones gratuitos que suele Dios comunicar á los hombres; y no parece creiable que se diese concurso del demonio en los medios con que se conseguía la salud de los españoles, al mismo tiempo que procuraba destruirlos con la sugestión de sus oráculos.» Solis.

326—Bernal Díaz hace la descripción mas aterradora de la bárbara inhumanidad con que los mejicanos inmolaron aquellas víctimas en las aras de sus dioses. Puede formarse una idea de la horrorosa sensación que produjo en el alma de los españoles la vista de aquel sangriento espectáculo, que sin poder evitar, contemplaban asombrados desde sus reales, por las siguientes palabras de ese viejo cronista: «Despues que vide abrir por los pechos y sacar los corazones y sacrificar aquellos sesenta y dos soldados, que dicho tengo que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los corazones á los ídolos.... y hahabía visto que les aserraban los pechos, y sacalles los corazones bullendo, y cortalles piés y brazos, y se los comieron á los sesenta y dos que dicho tengo; temía yo que un día que otro habían de hacer de mí lo mismo, por que ya me habían llevado asido dos veces, y quiso Dios que me escapé; y acordóseme de aquellos muertos; y por esta causa desde entonces temí desta cruel muerte. y esto he dicho, porque antes de entrar en las batallas, se me ponía por delante una como grima y tristeza grandísima en el carazón, y encomendándome á Dios y á su bendita madre Nuestra Señora, y entrar en las batallas todo era uno, y luego se me quitaba aquel temor.» Qué confesión tan ingénua y franca—dice Revilla,—y qué bien sienta y cuán verdadera parece en un hombre que en ciento diez y ocho batallas jamás había dado la menor muestra de cobardía!

327—«Mi difícil, sino imposible, es formar juicio de las fuerzas de que constaban los ejércitos de los indios, y mas todavía calcular sus pérdidas. Ya hemos visto en las batallas con los de Tlascala el número inmenso de sus combatientes; y sobre ese punto y con especialidad acerca de su población, hemos hecho las observaciones que naturalmente nacen de un cálculo prudente, fundado en datos al parecer verosímiles. Despues de aquella inmensa muchedumbre, hemos visto igualmente presentarse en el valle de Otumba un ejército de doscientos mil mejicanos y sufrir en su derrota la pérdida de veinte mil hombres muertos: de suerte que, sin contar los heridos, cada uno de los mil cuatrocientos españoles y tlascaltecas, que próximamente componían la columna de Cortés, hubo de matar catorce indios, y herir por lo menos á otros tantos, correspondiendo á cada uno ciento cuarenta y dos contrarios poco mas ó menos. Mas si estos hechos parecen increibles, no solo por el número de combatientes y la inmensa poblacion relativa que debe suponerse, sino por la dificultad de reunir bastimentos para semejanre muchedumbre en un país en que, como dice con sobrada razon Mr. Robertson, se hallaba muy atrasada la agricultura; y carecía de animales domésticos; todavía es mas sorprendente, y por lo tanto mas dudoso, el crecido número de tropas que defendían á Méjico, y las no menos numerosas que le combatían á las órdenes de Cortés. Según éste tenía ciento cincuenta mil indios auxiliares; Herrera los hace hace subir á cerca de doscientos mil; y Solis, confiando á Gomara, sienta que pasaban de este número. Además, por los datos que aparecen en los historiadores, resulta que dentro de Méjico se hallaban encerrados mas de doscientos mil indios; y como debe suponerse que ese número solamente se refiera á la gente de armas, puesto que los historiadores dicen haber reunido allí los mejicanos sus principales fuerzas con anticipación, hay que agregar á esa suma otras doscientas mil personas que por lo menos habitarían la ciudad, si su población había de ser proporcionada á la de las capitales subalternas de que ya hemos hablado en otra nota, y sobre todo, á la estensión y grandeza que los mismos historiadores conceden á la

ciudad de Méjico; entiéndase que para este cálculo suponemos cierto el hecho indicado por varios autores, y juzgamos verosímil, de haber salido de aquella capital antes de acercarse Cortés á ella, muchas familias, que solamente servían para consumir vituallas; y que salieron esas familias de la población, mas no todos sus habitantes, lo prueban las relaciones de Cortés y Bernal Díaz, que dicen les hacían guerra hasta las mujeres, lanzando desde las azoteas piedras y otras armas arrojadizas. Ahora bien, aun haciendo un cálculo tan reducido, todavía aparecen dentro de Méjico cuatrocientas mil almas, á quienes era preciso alimentar. Cualesquiera, pues, que haya tenido ocasion de tocar de cerca las inmensas dificultades que es necesario superar para proveer de víveres á un ejército igual de europeos, á pesar de ser tan cuantiosos los recursos agrícolas de los pueblos civilizados, podrá formarse juicio de la casi absoluta imposibilidad de abastecer á Méjico para un largo asedio, no produciendo el país mas fruto abundante que el maíz y los frijoles, y careciendo de animales domésticos. Así es que aun cuando, como creemos, no fuese tan crecido el número de combatientes, tanto de una como de otra parte, no era posible pudiesen los mejicanos resistir mucho tiempo el asedio: prueba de ello que apenas Cortés estrechó el bloqueo interceptando las comunicaciones de la plaza con tierra firme, cuando al momento comensaron sus defensores á esperimentar todos los horrores del hambre, y de las enfermedades que la acompañan, no obstante la considerable disminución de consumidores, causada por las numerosas pérdidas que sufrieron en sus repetidos encuentros con los sitiadores. Resulta, pues, de todo lo dicho, la suma dificultad que hallamos en dar asenso á los historiadores cuando refieren el crecido número de indios que entraban en combate, así como el persuadirnos que dentro de Méjico hubiesen podido almacenar suficientes víveres para alimentar, aunque fuese por poco tiempo á doscientos mil hombres. Esta misma dificultad la comprueba la penuria que sufrían los mismos sitiadores, sin embargo de ser dueños del campo y de proporcionarles las provincias aliadas tortas de maíz, peces y alguuas frutas del país, como cerezas, tunas y quilites, que son unas yerbas de que hacían uso los indios para su alimento. En medio de tantas dificultades y dudas como á cada paso nos ocurren, y sin datos por otra parte para fundar nua opinión que se acerque en lo posible á la verdad, solamente de los desahogos de Bernal Díaz del Castillo contra el cronista Gomara, podemos sacar alguna luz, que si bien no tan clara como sería de desear, puede servir de mucho para que cada uno al leer las historias de aquella conquista, pueda formarse juicio prudente de lo que en ellas vea referido. Las palabras de Bernal con referencia á Gomara son ciertamente muy notables: «I tambien dixe este cronista, que iban tantos millares de indios con nosotros á las entradas, que no tiene cuenta ni razón en tantos como pone; y también dize de las ciudades y pueblos y poblaciones, que eran tantos millares de casas, no siendo la quinta parte; que si se suma todo lo que se pone en su historia, son mas millones de hombres, que en toda Castilla están poblados, y eso se le da poner mil que ochenta mil, y en esto se jacta, creyendo que va muy apacible su historia á lss oyentes, no diciendo lo que pasó.» Poco antes había consignado Bernal Díaz estas notabilísimas palabras: «I sepan que hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos, que eso vemos escrito, (la crónica), que debieron de grangear al Gomara con dádivas, porque lo escribiese desta manera.» Débese taner presente que los historiadores han copiado en mucha parte los errores de Gomara, por haber sido el primero que escribió de las cosas de Nueva España: con esta prevención, nuestros lectores podrán formar el juicio que mas acertado les parezca.» Revilla.

328—El noble y romántico don Juan Ponce de Leon, uno de aquellos célebres conquistadores del tiempo del Descubrimiento de las Indias, lo fué de Puerto Rico; y luego oyendo hablar de un país, donde había una fuente milagrosa, trató de buscarlo; le dijeron unos viejos indios que daban sus aguas *la eterna juventud* y estaba llena de oro, y fué á dar hasta La Florida, donde fué herido y murió en Cuba. Era romanesco y ambicioso de gloria y la tuvo póstuma, al colocarse sobre su sepulcro este dístico:

Mole sub hac fortis requiescunt Leonis,
Qui vicit nomina magna suis.

El que parafraseado por el licenciado Juan de Castellanos dice:

Aqueste lugar estrecho
es sepulcro del varon,
que de nombre fué Leon,
y mucho mas en el hecho.

329—Segun Bernal Díaz aceptó y siguió Cortés el consejo que le dió Suchel.

«Vinieron todos los labradores con sus cosas para este efecto con toda brevedad: llegaron mas de cien mil de ellos.» Ixtlilxochitl.

330—«Muchas cosas acaecieron en este cerco, que en otras generaciones estuvieron discantadas y tenidas en mucho, en especial de las mujeres de Temextitan, de quien ninguna mención se ha hecho. I soy certificado que fué cosa maravillosa y para espantar, ver la prontitud y constancia que tuvieron en servir á sus maridos y en curar á los heridos é en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, é en otros oficios para más que mugeres.» Oviedo.

331—El *teanquisco* ó plaza del mercado, todavía era despues de la conquista muy extenso, aunque decaído de su antiguo esplendor. Dice el padre Sahagun: «Entraron en la plaza ó teanquisco de esta Tlatelolco, (lugar muy espacioso, mucho mas que lo que es ahora,) el cual se podía llamar emporio de esta Nueva España: al cual venían á tratar gentes de toda ella y aun de los reinos á ella contiguos, y donde se vendían y compraban todas cuantas cosas hay en esta tierra y en los reinos de Guahtimalla y Kalisco, cosa cierta mucho de ver. I la ví por muchos años morando en esta casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la conquista.»

332—«E yo miré desde aquella torre lo que teníamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teníamos ganado las siete.» Cortés.

333—«Toda la llanura del santuario de Nuestra señora de los Angeles y de Santiago de Tlatelolco se ve sembrada de fragmentos de lanzas, con tantos de macanas y flechas de piedra obsidiana, de que usaban los mejicanos, ó sea chinapos, y yo he recojido no pocos, que conservo en mi poder.» Bustamante.

334—«I como comenzó á arder levantóse una llama tan alta, que parecía llegar al cielo; al espectáculo de esta llama todos los hombres y mujeres que se habían acogido á las tiendas, que cercaban todo el teanquisco, comenzaron á llorar voz en grito; que fué cosa de espanto el oirles: porque quemado aquel delubro satánico, luego entendieron que habían de ser del todo destruidos y robados.» Sahagun.

Por esta opinión del padre Sahagun, se ve cuan acertados y eficaces fueron los consejos que dió Marina á Cortés, como el único y mejor medio de triunfar, el destruir los santuarios y templos de los aztecas.

335—«Estaban los tristes mejicanos, hombres y mujeres, niños y niñas y viejos, heridos y enfermos en un

lugar bien estrecho, y apretados los unos con los otros, y grandísima falta de bastimentos y al calor del sol y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte.»

«De los niños no quedó nadie, que los mismos padres y madres los comían, que era gran lástima de ver y mayormente de sufrir.» Sahagun.

«No tenían donde estar, sino sobre los cuerpos muertos de los suyos.» Cortés.

«No podían andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos.» Bernal Díaz.

336—«Y como le llevaron delante de Cuauhtemotzin, su señor, y él le comenzó á hablar sobre paz, dizque luego le mandó matar y sacrificar.» Cortés.

337—«No se pueden refutar las pruebas de que durante todo el tiempo de asedio, ofreció Cortés frecuente y empeñosamente la paz á los mejicanos, segun el testimonio del mismo Cortés, Oviedo, Herrera, Bernal Díaz, Torquemada, Ixtlilnóchitl, Solis, y todos los que han escrito sobre esta conquista. Esto demuestra, pues, que si ardientemente anhelaba la conquista, quería evitar la efusión de sangre.

338—«Corrían arroyos de sangre por las calles como pueden correr de agua cuando llueve y con ímpetu fuerte.» Torquemada.

«Era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres que no había persona á quien no quebrantase el corazón.» Cortés.

339—«La cual crueldad nunca en generación tan recia se vió, ni tan fuera de toda órden de naturaleza, como en los naturales de estas partes.» Cortés.

«Como la gente de la ciudad se salía á los nuestros, había proveído el general que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar á los amigos que no matasen á aquellos tristes que eran sin número. E tambien dijo á los amigos capitanes que no consintiesen á su gente que matasen á ninguno de los que salían.» Oviedo.

340—Supone Prescott que murieron cuarenta mil en este último ataque: dice Ixtlilxóchitl: «que cincuenta mil fueron los muertos y prisioneros en esta espantosa carnicería,» y el mismo número fija Cortés, que presume que durante el sitio perecieron otros tantos de hambre y peste.

341—«Y al fin me dijo, que de ninguna manera el señor venía ante mí; y antes quería por allá morir é que él pesaba mucho de todo esto, que hiciese yo lo que quisiera; y como ví en esto su determinación, yo le dije: que se volviese á los suyos, y que él y ellos se aparejasen, porque los quería combatir y acabar de matar, y así se fué.» Cortés.

342—«No me tiren, que soy el rey de Mexico y desta tierra, y lo que te ruego es que no llegues á mi mujer ni á mis hijos, ni á ninguna mnjer ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Matintzín.» Bernal Díaz.

Mr. Humboldt, ha emprendido un gran trabajo para identificar el lugar de la prisión de Guatimozin, el cual lugar está hoy reducido á tierra firme, y considérase que se encuentra situado entre la garita de Peralvillo, la plaza de Santiago, en el puente de Amaxac.

343—Según Bernal Díaz el general reprendió severamente á los dos oficiales por una contienda tan inoportuna, y les recordó los peligrosos efectos de otra reyerta semejante entre Mario y Sila, con respecto á Jugasta. Pero Prescott dice, este rasgo de pedantería parece ser mas bien del antiguo cronista que no del general. El resultado final fué, que el emperador no concedió á ninguno de los dos contendientes, sino á Cortés, que recordase aquel memorable suceso en su escudo de armas, poniendo en la orla de dicho escudo una cabeza de Guatimozin y de otros siete prisioneros.

344—«Cuanbtemotzin era de muy gentil disposición así de cuerpo como facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecía que cuando miraban que era con gravedad y halagueños y no había falta en ellos; y era de edad de veintitrés á veinticuatro años, y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esos otros indios morenos.» Bernal Diaz.

345—«Llegóse á mí y díjome en su lengua: que ya él habia hecho todo lo de su parte era obligado para defenderse á sí y á los suyos, hasta venir en aquel estado: que ahora ficiese de él lo que yo quisiese, y puso la mano en un puñal que yo tenía. diciéndome, que le diese de puñaladas y le matase.» Cortés.

346—Dice Prescott: «era famosa por su hermosura esta bella princesa; y de ella descendieron varias muy ilustres familias de España.»

347—E así preso este señor, luego en este punto cesó la guerra, á la cual plugo á Dios, nuestro señor dar conclusión, Martes, día de Santo Hipólito, trece de Agosto de mil quinientos veintiun años; de manera que desde el día que se puso cerco á la ciudad que fué á treinta de Mayo de dicho año, hasta que se ganó, pasaron setenta y cinco días.» Cortés.

«No es difícil saber lo que ocurrió el 30 de Mayo, para decidir por qué ese día comenzó el sitio. Clavijero opina que ese día fué la ocupación de Coyuácan por Olid; pero yo no sé en qué se funda. Ni Bernal Díaz, ni Herrera ni Cortés fijan esta fecha; por el contrario Clavijero dice que Alvarado y Olid salieron de Tezcuco el 20 de Mayo y Cortés dice que el 10. Acaso el conquistador comienza á contar el sitio del día en que Sandoval ocupó la calzada Norte y en que se completó el cerco: Bernal Díaz dice repetidas veces, que el sitio duró tres meses, y es que seguramente lo cuenta desde que la división de Alvarado á que el pertenecía, se situó en Tacuba.» Prescott.

«Sucedió la prisión de Guatimozin y la total ocupación de Méjico á trece de Agosto en el año de mil y quinientos y veinte y uno, día de San Hipólito, en cuya memoria celebra hoy aquella ciudad la fiesta de este insigne mártir con título de patron. Duró el sitio noventa y tres días, en cuyos varios accidentes prósperos y adversos se deben igualmente admirar el juicio, la constancia y el valor de Cortés: el esfuerzo infatigable de los españoles: la conformidad y la obediencia de las naciones amigas: concediendo á los mejicanos la gloria de haber asistido á su defensa y á la de su rey, hasta la última obligación del espíritu y de la paciencia.

Preso Guatimozin y rendida la ciudad, cabeza de aquel vasto dominio, vinieron á la obediencia, primero los príncipes tributarios, y despues los confinantes: unos á la opinión y otros á la diligencia de las armas: y se formó en breve aquella gran monarquía, que mereció el nombre de Nueva España, debiendo el Máximo Emperador Carlos V á Fernando Cortés no menos que otra corona digna de sus reales sienes ¡Admirable conquista! ¡Muchas veces ilustre capitan de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia!» Solis.

«Este acontecimiento es, ó mejor dicho, era celebrado todos los años en tiempo de la dominación española, con una solemne procesión por las calles de la ciudad. Verificábase el 13 de Agosto, aniversario del día de la rendición, y la formaban los principales nobles y ciudadanos montados á caballo, con el virrey á la cabeza, y llevaban el venerable pendón del conquistador.» Prescott.

348—Dice Prescott: «En la noche se desató una tremenda tempestad cual nunca habían visto otra los españoles, etc.;» y Bernal Díaz: «que se sintieron los españoles como si hubiesen salido súbitamente de un campanario, donde por algunos meses les hubiese aturdido un no interrumpido repique».

349—«Digo que en tres días con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios é amarillos é hediondos que era lástima de ver». Bernal Díaz.

Herrera dice que salieron 30.000 sin contar los chicos; Torquemada 70.000; Ixtlilnóchitl 60.000; y Oviedo 70.000.

350—«He conversado con muchos hidalgos y otras personas de las que allí se hallaron presentes, y he oído decir que el número de los muertos fué incalculable y mayor que el de los que perecieron en el sitio de Jerusalen, descripto por Josefó.» Oviedo. A lo cual agrega Prescott: «Como el cómputo del historiador judio sube á 1.100.000, la comparación debe parecer estupenda aún al más incrédulo. Pero se puede dispensar una aritmética inexacta, cuando los datos son tan destestables que no ofrecen cimiento sólido á la verdad.» Cortés regula las pérdidas que sufrió el enemigo en los diferentes asaltos en 67.000, que juntos con los 50.000 que calculaba perecerían de hambre y peste hacen 117.000; pero esto es sin contar con los que perecieron antes de que se pusiera por obra el plan de amasar la ciudad. Ixtlilnochitl hace subir el número á 240.000, y Bernal Díaz dice: «He leído la historia del sitio de Jerusalen; pero dudo que en él haya habido la mortandad que en este, porque estaba reunido en la ciudad inmenso número de guerreros indios de las ciudades y provincias inmediatas; la mayor parte de los cuales perecieron».

351—«Fuese que tan desmesuradas crueldades se tuviesen como justo título para invadir la tierra; fuese que, discurriendo con los protestantes, encontramos ese título en los ultrajados derechos de la civilización; fuese que con los católicos romanos, lo encontremos en la voluntad del Papa, es inútil discurrir bajo qué aspecto se defendía la legitimidad de la conquista por las naciones europeas, ya en Oriente, ya en Occidente, pues lo hemos hecho ver en uno de los capítulos anteriores.

Es todavía más interesante investigar si, dado por sentado la lejitimidad de la conquista, fué hecha con arreglo á los principios de la humanidad, y entonces veremos que por mucha indulgencia que se tenga con la ferocidad de aquellos siglos, y con la relajación de sus costumbres, cualquier español que ame á su patria, que rría de buena gana borrar ciertas páginas de la historia de la conquista de México; páginas en que se recuerdan crímenes que no se pueden justificar ni con el derecho de defensa ni con la necesidad.

Sin embargo, considerada en su conjunto, desde la invasión hasta la toma de la Capital, se vera que la conquista de México fué llevada respectivamente con poca inhumanidad, tal vez con menos que ninguna otra de las que hicieron los españoles en el Nuevo Mundo.

Poca alabanza me parece decir, que los compañeros de Cortés no usaron de crueldad para rendir á sus míseras víctimas, como sucedió en otras partes del continente, ni exterminaron á una pacífica y sumida población, por mera crueldad, absolutamente inútil, como sucedió en las islas. Es verdad también que no estaban contaminados de los feroces sentimientos de su siglo, y que su espada no se manchaba con sangre, sino cuando era estrictamente idispensable para asegurar el éxito de la empresa. Aún en el último sitio de la capital, por muy terrible que haya sido, no se puede acusar á los vencedores de desusada crueldad; no han gastado mas que la que su propia nación ha recibido de otras bastantes cultas, no solo en los tiempos antiguos, sino en los modernos. Esos desmanes son la consecuencia que inevitablemente se sigue de la guerra, cuando en vez de quedarse esta confinada en su legítimo campo, se extiende á la parte pacífica de la sociedad, á los campesinos no acostumbrados á las armas, y á las mujeres y niños aún todavia mas indefensos.

En el presente caso gran parte de los crueles trabajos que pasaron los sitiados, puede imputársele á ellos mismos, á su patriótica resistencia. Ciertamente que no entraba en los deseos ni en los intereses de los españoles arrasar la ciudad ni exterminar á sus habitantes; y lejos de esto, cuando cayeron prisioneros algunos de estos, se les trató afablemente, se cubrieron sus necesidades y se trató de infundirles un espíritu de conciliación, y todo esto no obstante la negra suerte que ellos reservaban á los cautivos cristianos. Las puertas de la capitulación les estuvieron abiertas á los aztecas, siempre, hasta el último momento del sitio.

El derecho de conquista supone necesariamente el de usar de toda la violencia necesaria para vencer las resistencias que se opongan á ese derecho, y ciertamente qué si los españoles hubiesen procedido de otra suerte, habrían tenido que abandonar la toma de la capital y la sujeción de todo el país. Haber permitido que se escapasen los moradores de la capital y su intrépido monarca habría sido prolongar los males de la guerra, llevándola á otro nuevo teatro, tal vez inaccesible; de suerte que ellos realmente no tenían otra cosa que hacer, si querían que la empresa no se malograse. Si bien se aterra la imajinación al pensar en todos los horrores de la conquista, debemos reflexionar por una parte, que esto es lo que sucede siempre que se chocan dos grandes masas. Lo excesivo de la crueldad de los conquistadores no puede medirse por lo excesivo de los padecimientos del pueblo invadido, y aún es de justicia decir: que el brillo y la importancia de las hazañas heróicas de los conquistadores de México ha adquirido cierta triste celebridad, que ha realzado sus yerros y crímenes, aún mas de lo que era debido.

Es justo, pues, como tantas veces lo hemos establecido, que aunque no excusemos sus excesos, juzguemos imparcialmente su conducta, comparándola con la de otras naciones en igualdad de circunstancias, y que no la veamos solamente al traves de los males que la guerra trae consigo inseparablemente. Mas no corramos un velo sobre esos males, porque el historiador no tiene por qué retraerse de pintar con sus verdaderos colores las atrocidades de aquellos cuyos triunfos quiere circuncidar con una auréola de falsa gloria; pero que rompiendo los vínculos de la confraternidad, han alcanzado sus triunfos armando al hermano contra el hermano, embruteciendo al que ya era civilizado y encendiendo en el seno de los bárbaros, pasiones infernales.

Pero de cualesquier modo que se considere á la conquista, bajo el aspecto moral, como proeza militar debe llenar de asombro. Que un puñado de aventureros armados y equipados de muy diversas maneras, hayan arribado á las playas de un imperio poderoso, habitado por una raza feroz y belicosa, y que despreciando las prohibiciones reiteradas por el soberano, hayan penetrado hasta el corazón del país, sin conocer ni la lengua ni la tierra, sin guía ni brújula que los condujese, sin idea de las dificultades que tendrían que vencer, totalmente ignorantes de si el paso que iban á dar inmediatamente los pondría en tierra enemiga ó en un desierto, caminando en completa oscuridad por decirlo así; que aunque casi derrotados en su primer encuentro hayan osado penetrar en el interior del imperio y arrojarse sin vacilar en medio de los enemigos; que lejos de amedrentrarse al ver el pode-

río y civilización de la nación, se hayan confirmado en su primera resolución; que hayan aprisionado al monarca y ejecutado á su presencia y á la del pueblo y sus ministros; que arrojados de las puertas de la ciudad, hayan reunido sus diseminados restos y merced á un plan bien combinado de operaciones, hijo de la política y la intrepidez, hayan logrado sojuzgar á la capital y asentar su poder sobre todo el país; que todo esto se haya hecho por un puñado de desvalidos aventureros, es casi un milagro, que sería inverosimil, si se encontrase en un romance; y que no tiene igual en la historia.

Sin embargo esto no debe entenderse muy literalmente, porque sería una injusticia hecha á los aztecas, al menos por lo tocante á su forma militar, atribuir exclusivamente á los españoles el mérito de la conquista; para que esto fuera así sería necesario suponerlos armados del encantado escudo de Ruggiero y de la mágica lanza de Astolfo, que derribaba de un solo bote á centenares. El imperio indio se puede decir que fué conquistado por indios. El primer encuentro terrible y sangriento entre españoles y tlascaltecas, que estuvo en el punto de causar la ruína de los primeros, no fué realmente sino el principio de sus victorias. Entonces se ganaron el poderoso apoyo de un aliado al que se refugiaron en la hora de la desgracia, y que sirvió de centro ó núcleo para reunir en rededor á todas las demás razas indígenas, y con las fuerzas confenderadas preparar el golpe decisivo. El imperio azteca ha sido minado y derribado por mano de sus vasallos, dirigidos, es cierto, por la sagacidad y la política europea. Si ese imperio hubiese sido compacto, habría provocado y burlado el furor de los invasores, pero tal como estaba, se puede considerar que la capital estaba disgregada del resto del imperio; asi es que el golpe que recibió, no la habría conmovido, si la hubieren defendido la lealtad y el patriotismo de todos, pero faltándole, fue tan violenta la sacudida, que la derumbó completamente. Este suceso puede servir de prueba de que un gobierno que no descansa en las simpatías de sus súbditos, no puede durar largo tiempo; de que las instituciones humanas, cuando no tienden á la prosperidad y bienestar de todos, tienen que caer por precisión, sino por efecto de los progresos de la civilización, por lo menos de la violencia: sino por causas internas por externas. ¿Y quién lamentará su caíea?» Prescott.

352—«Que todos los que tienen alguna ciencia y esperiencia en la navegación de las Indias, han tenido por muy cierto que descubriendo por esta parte la mar del Sud, se habían de hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especería, y se habían de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admírables.» Cortés

353—«Como entre los aztecas no había bestias de carga, se necesitaba para el trasporte un número enorme de brazos; mas todo se hizo con la mayor prontitud, bajo la inspección del mismo Cortés. Los sitios poco antes abandonados y solitarios, abundaban ahora en indios y europeos, los primeros trabajando, los segundos dirigiendo la obra para que se cumpliese la profecía de los aztecas; y la reedificación de la capital fué emprendida con la misma rapidez que acostumbraban los déspotas del Asia, que concentraban la población de todo un imperio, para construir una ciudad favorita.» Prescott.

«En la edificación de la ciudad los primeros años andaban más gente que en la edificación del templo de Jerusalen, porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apenas podía un hombre romper por alguna calle y calzada, aunque son muy anchas.» Toribio.

Y dice Prescott. «Ixtlixochitl suple el hueco que dejó la imaginación en cuanto al número de operarios, diciendo que eran 400.000!»

354—Esta nota está fechada en Cuyoácan el 15 de Marzo de 1522.

«Sirvieron al emperador con muchas piedras y entre ellas con una esmeralda fina como la palma de la mano, pero cuadrada y que se remataba en punta como pirámide.» Gomara.

«Contóse al rey y al consejo que la dicha esmeralda era tan ancha como la palma de la mano, y los que la vieron dijeron que era imposible conseguir por ningun precio otra cosa igual.» Pedro Mártir.

Una de las cosas que mandó Cortés á España mas adelante, fué una pieza de artillería, hecha de oro y plata, y cuyos materiales, solamente valían 25.500 $ oro; y Oviedo que la vió en el palacio habla de ella con admiracion.

Antes de salir Cortés á sofocar la rebelion de Cristóbal Olid, en Honduras, había remitido á Carlos V un presente cuyo valor hacen subir los historiadores á ochenta mil pesos oro; entre los objetos remitidos hacen mención de una culebrina llamada el Fénix, que dicen llevaba el siguiente mote:

Esta ave nació sin par;
yo en serviros sin segundo,
vos sin igual en el mundo.

Ese cuantioso presente, como el destinado á su padre don Martin, lo remitió Cortés con Diego de Soto y Juan de Ribera, conocido por el tuerto, á causa de tener una nube en un ojo, el cual había sido secretario del mismo Cortés. Llegados á Castilla los comisionados, manifestó desde luego Ribera la maligna condicion de que tenía dadas pruebas entre los conquistadores de Méjico, segun lo espresa Bernal Díaz. Su primer atentado consistió en apropiarse el regalo que Cortés remitia á su padre, negando á este abiertamente haber recibido cosa alguna con semejante destino; y en seguida coligarse con los enemigos de Cortés, empleando todo su conato en desacreditarle y acriminar su conducta como militar y como político» Revilla.

355—El documento firmado por el regente y autorizado por Fonseca á favor del interventor don Cristóbal de Tapia, que era veedor de la fundición de oro de Santo Domingo, es de fecha 11 de Abril de 1521, y por el también se le acuerda inquirir la conducta que observó Narvaez con el padre Ayllon; y en otro están las contestaciones que mediaron entre Tapia y la municipalidad de Vera Cruz, fechado en Zempoalla á 11 de Diciembre de 1521; y estos antecedentes se encuentran en el archivo de la Real Academia de Historia, de Madrid.

Era tan honorable el consejo nombrado por el monarca para que resolviera el asunto de Cortés y sus adversarios, que Sayas, en sus anales de Aragon, dice: «Suficiente título para respetar la alta autoridad de este consejo es encontrarse en él el doctor Galindez de Carbajal, eminente jurista, que había formádose al servicio, de S. S. M. M. C. C. cuya confianza obtuvo en grado eminente.»

Los importantes nombramientos, conferidos á Cortés, fueron firmados por el emperador en Valladolid en 15 de Octubre de 1522.

Prescott dice lo siguiente, sobre el ya perdido influjo de Fonseca.

«Desde este instante terminó el influjo de Fonseca en el Consejo de Indias; á resultas de cuya pesadumbre murió poco tiempo despues. Ningun hombre pudo como él, en la situación en que estuvo, hacer la felicidad de su patria. Durante treinta años, en los cuales se verificó el primer descubrimiento de Colon, tuvo una suprema intervencion en los negocios de Indias, lo cual debiera haberle hecho alentar el espíritu de empresa y fomentar la naciente prosperidad de las colonias; mas era entera-

mente al contrario; veía de mal ojo á los ilustres descubridores españoles, y se ocupaba únicamente en oponer obstáculos á su carrera. Tal fué tambien su conducta, respecto de Colon y Cortés. Con una política sábia habría logrado poner su nombre entre los de los mas ilustres varones de su tiempo; pues con la que siguió, solo consiguió hacerlo aparecer mas oscuro é indigno, al lado del brillante y famoso de sus contemporáneos. El ha dejado una muestra del fuerte ascendiente que el clero de Castillla ejerció en el siglo XVI, pues que un hombre tan inepto llegó á tan alto puesto y se conservó en él aun despues de haber manifestado, que no era digno de ocuparlo.»

Y tambien Prescott, bosqueja á Velasquez del siguiente modo: «Los comisionados de traer á Cortés la resolución de la corte, tocaron en Cuba, en donde al son de las trompetas se publicó la noticia de su llegada; lo cual desconcertó todas las esperanzas del gobernador Velazquez. Viéndose burlado en sus pretensiones y empobrecido por los gastos hechos en una espedicion, cuyos frutos recojieron otros, aun aguardaba una reparacion por daños y perjuicios; y secretamente alimentaba la esperanza de vengarse algun día; cosa que por tanto tiempo se le había frustrado. El tiempo de realizarla había llegado, pero en el tono seco é imperioso de la corte, conoció que era preciso renunciar á toda idea de reparacion, y el orgulloso gobernador, arruinada su fortuna, deshonrado á los ojos de su nacion, se vió humillado en el polvo. Despues de esto no volvió á tener consuelo y cayó en una gran melancolía, de cuyas resultas, segun dicen, murió á poco tiempo.

El retrato, que ordinariamente se pinta de Velazquez no le hace favor; pero con todo, Las Casas habla bien de él, y es de advertir que cuando no intervienen las preocupaciones del obispo, apenas hay autoridad mejor. Mas Las Casas le conoció cuando por primera vez había venido á Cuba; el gobernador le había tratado con cortesía y hasta con confianza; y es muy natural que la afabilidad de un alto personaje haya prendado al pobre eclesiástico. En la mayor parte de las noticias que nos han quedado de Velazquez, se le pinta altanero, pagado de su autoridad y codicioso de dinero. Rompió con Grijalba, el predecesor de Cortés, sin tener motivo para ello; y con este último tuvo una injusta desavenencia, poco antes de salir la flota. Sus pretensiones eran absurdas: quería que otros peleasen en el campo de batalla y recoger él los laureles: que otros hicieran descubrimientos para él aprovecharse de ellos. Solo una alma débil podía haberse sometido á estas condiciones y una alma débil era incapaz de realizar tales empresas. El nombramiento que hizo en Cortés le puso en una situacion falsa para toda su vida, habiéndole sucedido que esa condicion empeoraba cada vez que intentaba mejorarla. Si el nombramiento de Cortés había sido un error, el de Narvaez había sido mayor aun; porque parece que todo lo que hacía Velazquez debía ser una série de dislates.»

356—La ordenanza que hizo Cortés,—dice Prescott,—para el gobierno de aquellos países, durante su virreinato, todavía se conserva en Méjico, de donde obtuve la copia que poseo. Ella da testimonio *de la sabiduría y penetracion de aquel injenio* que no se olvidaba de nada de cuanto es digno de la atencion de un lejislador ilustrado, y voy á citar originales las prevenciones á que me he referido en el testo.» (I yo que trascribo lo que antecede, prevengo:—que lo que está en cursiva es de mi cuenta y riesgo.)

Las ordenanzas tienen fecha Tenochtitlan, Marzo, 1524.

Item. Porque mas se manifieste la voluntad que los pobladores de estas partes tienen de residir y permanecer en ellas, mando que todas las personas que tuvieren Indios, que fueren casados en Castilla ó en otras partes, que traigan sus mugeres dentro de un año y medio primero siguientes de como estas ordenanzas fueren pregonadas, so pena de perder los Indios, y todo lo con ellos adquirido é grangeado; y porque muchas personas podrían poner por achaque que, aunque tuviesen aparejo de decir que no tienen dineros para enviar por ellas, por hende las tales personas que tuvieran esta necesidad parezcan ante el Reverendo Padre Fray Juan de Feto y ante Alonso de Estrada, tesorero de su majestad, á le informar de su necesidad, para que ellos la comuniquen á mí, y su necesidad se remedie; y si algunas personas hay que casados y no tienen sus mugeres en esta tierra, y quisieran traerlas, sepan, que trayéndolas serán ayudadas así mismo para las traer, dando fianzas.

Item. Por cuando en esta tierra hay muchas personas que tienen Indios de encomienda y no son casados, por hende porque conviene así para *la salud de las conciencias de los tales* por estar en buen estado, como por la población é noblecimiento de sus tierras, mando que las tales personas se casen, traigan y tengan sus mugeres en esta tierra, dentro de un año y medio, despues que fuesen pregonadas estas ordenanzas, é que no haciéndolo por el mismo caso sean privados y pierdan los tales Indios que asi tienen.

357—De una nota de Prescott trascribimos lo siguiente: «La muerte de doña Catalina acaeció en un momento tan oportuno y feliz para los adelantos de Cortés, que la imputación de haberla matado ha gozado de mayor crédito entre el vulgo, que las demás, hechas contra el conquistador. Este, por el motivo que se quiera, y acaso por el convencimiento que la imputación era de por sí demasiado mostruosa para ser creída, jamás trató de probar su inocencia.

Pero además de los argumentos aducidos en el testo para combatir la acusación en lo general, deberá tenerse presente: que ésta llamó tan poco la atención en Castilla, donde Cortés tenía multitud de enemigos, que cuando volvió á España, siete años después, no encontró dificultad enlazarse con una de las casas mas nobles del reino. que ningún escritor de aquellos días, (escepto Bernal Díaz, que llama á la acusación, baja calumnia,) ni aún el mismo Las Casas, acusador eterno de Cortés, nuestra sospecha que éste haya cometido tal crímen; y finalmente, que ni mención se hace de él en el pleito intentado algunos años después de la muerte de Cortés, por los parientes de doña Catalina, reclamando los bienes de su marido, á los que pretendía tener derecho, siendo así que el pleito fué seguido con mucha acrimonia y que duró muchos años. Yo no he examinado los documentos relativos á este pleito, que se conservan en los archivos de la casa de Cortés; pero me lo ha contado un distinguido mejicano, que los ha examinado cuidadosamente; y no puedo menos de considerar como concluyente por sí mismo en favor de Cortés, el hecho de que ni aún la familia de doña Catalina haya dado crédito á la acusación.

Sin embargo, tan grande lo ha tenido en Méjico. donde á la presente no es muy querida la memoria de los primeros españoles, que se han suscitado sobre este punto una polémica, en los periódicos de esta ciudad».

358—«Cuyo hecho del rolísimo y humilde recibimiento, fué uno de los heróicos hechos que este capitan hizo, porque fué documento para que con mayor fervor los naturales de esta tierra viniesen á la conversión de nuestra fé». Camargo.

«De manera que á mi juicio y verdaderamente serán bautizados en este tiempo que digo, que será quince años, más de nueve millones de ánimas de indios». Toribio.

El arzobispo Lorenzana se maravilla de ese acto del conquistador, y el padre Sahagun dice: «Tomamos á los

hijos de los caciques y les pusimos en nuestras escuelas donde les enseñamos á leer, escribir y contar. Los hijos de los mas pobres son llevados á los atrios y allí se les instruye en la fé cristiana. Despues de la lección, uno ó dos de nuestros hermanos toman á los discípulos, los llevan á un teocalli inmediato, y despues de algunos días de trabajo lo dejan completamente arrasado. De esta suerte han sido destruídos los templos aztecas, tan totalmente, que no han quedado ni vestijios de uno de ellos.»

Refiere Cavo, en su *Historia de los tres siglos* esta extraordinaria anécdota,—como la llama Prescott—¿no pudiera decirse mas bien política? «En Méjico se cuenta generalmente, que después de la conquista mandó Cortés, que todos los domingos y fiestas de guardar se asistiese á la explicación de las escrituras. Un día se olvidó el general de cumplir con esta órden, y después de escuchar humildemente la reprehensión de un sacerdote, se sujetó con edificante humildad á la pena de ser azotado, lo que causó indecible admiración á los indios.»

No en balde dijo Lope de Vega, aludiendo á Cortés:

Al rey infinitas tierras
y á Dios infinitas almas.

359—De toda la relación anterior, referente á doña Marina, concluye Bernal Díaz diciendo: «y todo esto que digo se lo oía muy certificadamente, y se lo juro, amen.»

«Desde este momento desaparece de la historia el nombre de doña Marina; nombre que será siempre grato á los españoles y á los mejicanos: á los unos por la ayuda que les prestó en sus conquistas; á los otros por la ternura é interés con que miró y procuró mitigar sus padecimientos. Varias canciones indias recuerdan las virtudes de la Malintzin, el nombre azteca de doña Marina. Aun ahora su alma anda vagando en derredor de la capital á cuya conquista cooperó eficazmente y el pasajero queda algunas veces sorprendido por la aparicion de una princesa india, que en medio de las sombras recorre silenciosa los bosques umbríos y las calladas grutas del cerro de Chapoltepec.» De la *Vida en Méjico*. He aquí un lindo asunto para una leyenda ó un poemita á lo Nuñez de Arce.

360—Culpa Prescott á Solis, á pesar de hacerle la debida justicia por su HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO, de haber idealizado de tal modo á Cortés, *que parece un héroe de novela*, olvidando que el mismo ha dicho, *que los sucesos de esa historia mas bien parecen novelescos que históricos*. No tememos, que si aún viviera, nos hiciera tal cargo tambien, pues aunque en un poema histórico ó leyenda son permitidas ciertas licencias, como para dar amenidad ó embellecimiento, sin embargo, hémonos ceñido *extricta y severamente*, á narrar solo los hechos históricos, tanto porque así ha sido nuestro plan en este trabajo, como en los anteriores. que son Colon, Vaco Nuñez de Balboa y Conquista del Perú, que hemos escrito de igual género; cuanto *pareciendo los sucesos mas bien novelescos que históricos*, nada mejor podríamos inventar.

He aquí las palabras de Prescott, respecto á Solis: «Así es como Solís presenta una bella imágen de un héroe; pero de un héroe de novela, un hombre inmaculado. Un eminente crítico español ha hecho de la historia de Solis la recomendación de decir que está concebida con tal arte, que es un panegírico, lo cual acaso es cierto; pero historia que es *un panegírico, no es historia*.

No obstante estos defectos, que ningun crítico imparcial puede negar, la Historia de la Conquista de Méjico ha tenido la mayor boga entre los compatriotas de Solis, y ha sido impresa y vuelta á imprimir con todos los primores del lujo tipográfico.

Tambien se la ha traducido á las principales lenguas europeas, y es tal el encanto del estilo y acabado de ella, como obra literaria, que será seguramente tan imperecedera como la lengua en que está escrita ó como la memoria de los sucesos que refiere.

361—«Cuanhtemotzin, señor que fué de esta ciudad de Tenochtitlan, á quien yo después que la gané he tenido siempre preso, teniéndolo como hombre bullicioso y llevé siempre conmigo.» Cortés.

La esplicación mas probable parece ser que Guatimozin era para Cortés un prisionero estorboso y aun formidable; así lo indica la carta de este último al emperador. El destronado rey de Méjico conservaba todavía sobre sus antiguos vasallos, tanto por el puesto encumbrado que había ocupado, como por sus insignes prendas, un gran ascendiente, y no habría sido difícil que hubiese con un soplo de su aliento reanimado el amortiguado, mas no extinguido rencor, y provocado un alzamiento. Los españoles vivieron, durante los primeros años de la conquista, siempre temerosos de una insurrección; y esto lo prueban numerosos pasajes de los escritos de aquel tiempo. Seguramente ese mismo temor hacía á Cortés llevar consigo en su peligrosa espedición á tan estorboso compañero. La desconfianza llegó al punto de que, según Gomara, jamás salía Cortés á ninguna espedición ni á un paseo distante, sin llevar consigo á Guatimozin. Personas que estaban bajo tal pié, debían tenerse recíproca desconfianza y aversión. La mísera situacion de los españoles en la presente marcha, en la que estaban espuestos á ser atacados improvisadamente por los indios, aumentaba las sospechas de Cortés, quien muy dispuesto por estas razones á pensar mal de Guatimozin, prestó oído fácil á las acusaciones que contra él se dirigían. Tales acusaciones fueron convertidas en pruebas, y á esto se siguió la sentencia y ejecución. Propúsose al conquistador libertarse de un solo golpe, del enemigo mas peligroso, por cuanto era un enemigo solapado. Si Cortés bien aconsejado hubiese pensado más en su honra y fama, hubiera sido el mas interesado en que no recibiese daño alguno Guatimozin: «á quien, —para usar las familiares palabras de su panegirista Gomara,—debía haber querido y guardado como oro en paño, como el mejor trofeo de sus victorias.» Prescott.

«En el suceso, pues, á qué nos referimos, Cortés y Sandoval no hicieron otra cosa que aplicar un derecho admitido en la práctica, so pena de renunciar al dominio de una provincia, que si tuvo el derecho de defender su independencia, sin otra resposabilidad que los azares de la guerra, no podía resistirse despues de sometida, sin quebrantar las leyes que le impuso el vencedor, y sin incurrir en las penas que la infraccion de la misma supone. Quisiéramos, pues, preguntar á los extranjeros, que tanto se lamentan de la invasion y crueldades de nuestros conquistadores de América, ¿si tuvieron otro derecho é hicieron de él diversa aplicacion en la práctica, cuando fueron á hacerse dueños de varios puntos de aquel vastísimo continente? ¿Si son los ingleses mas fieles conservadores del derecho de gentes, cuando oprimen con yugo de hierro á los infelices moradores de la India, haciéndolos gemir bajo la rapaz avaricia de sus compañías mercantiles? ¿O si es una prueba del respeto que guardan á ese derecho, cuando á una nacion pacífica, como la China, la obligan á cañonazos á recibir en sus mercados un producto nocivo á la salud, y que en uso de su derecho podían escluir del tráfico ordinario. Pasemos á examinar el último cargo.

La muerte de Quantemoctzin es un acontecimiento que no se halla suficientemente esclarecido en la historia. Háblase por los historiadores de no haberse probado suficientemente la conjuracion que aquel príncipe y sus amigos tenían premeditada para asesinar á Cortés en su expedicion á Honduras; y concluyen que le sentenció á muerte por leves sospechas y con sobrada ligereza. Repetimos que no podemos conocer por la narracion de los

historiadores, la parte de razon ó arbitrariedad con que pudo proceder Cortés en tan grave negocio. Pero es bien extraño que un hombre como éste, que sabía disimular y prevenirse contra las asechanzas para sorprender los hechos; que toleró la compañía de Jicotencal, cuya tibia adhesion le fué siempre sospechosa; en suma, que había distinguido siempre al vencido y último rey de los mejicanos, llevándole por último á su lado en la expedicion á Honduras, es singular, volvemos á decir, que por *una leve sospecha, apoyada en disposiciones sin fuerza*, como dice Mr. Robertson, hiciera Cortés ahorcar á Quantemoctzin y á sus dos principales caciques. No obstante la obscuridad de la historia en este asunto, aparece en ella, sin embargo, que estos caciqnes confesaron francamente la conspiracion y que solo su príncipe estuvo mas dudoso y equívoco en las declaraciones. Si en efecto, no tuvo suficiente causa legal Hernán Cortés para proceder tan violentamente contra aquellos personajes, no seremos nosotros los que tratemos de constituirnos defensores de la injusticia y de la tiranía para presentarle exento de defectos, como lo procura Solis. Pero la obscuridad misma de ese asunto, excluye los jueces absolutos y dichos con aire de seguridad, cuando tan fácilmente pudiera aparecer algun documento olvidado entre el polvo de los archivos, que derramase nueva luz sobre la justicia ó la barbarie con que se procedió á la ejecucion de aquellos desgraciados. Sin embargo de todo, si lo que escribe Herrera es cierto, Cortés pudo y debió imponer la última pena á los conspiradores, ó suscribir un levantamiento general en que pereciesen todos los españoles. Los extranjeros ponen el grito en el cielo contra los suplicios que allí se empleaban, qué no fueron otros que la horca ó la hoguera, olvidándose de que en aquellos siglos eran estos, el tormento y la decapitación, los mas usados entre los cultos enropeos. Consúltense las guerras civiles de Inglaterra en los siglos XVI y XVII; las de Alemanta, Italia y Francia; véase que género de suplicio se aplicaba en todas partes á los disidentes en materias de religión: cuál fué el que sufrió la doncella de Orleans; y en suma, otros infinitos sucesos, que por lo muy sabido dejamos de enumerar; y dígase despues, si debemos admirarnos de que se trasladasen á América las mismas atrocidades que se ejecutaban en Europa. Por otra parte, los indios estaban acostumbrados á suplicios tan horribles ó mas que estos, como puede verse en los bárbaros sacrificios, qne hacían de sus prisioneros; era preciso, pues, si la necesidad obligaba á atemorizarlos con el castigo, que estuviese á la altura de sus toscas sensaciones; de otro modo no hubieran producido efecto ninguno.» Revilla.

362—Dice Prescott lo siguiente, refiriéndose á lo referido por Villagutierre, en su Historia de Yucatan: «Al irse Cortés de aquella tierra hospitalaria dejó allí un caballo que se le había enfermado de una pata. Los indios lo reverenciaron como si el animal tuviese parte en el misterioso poder de los blancos. Cuando se fueron los castellanos, los indios ofrecieron flores al caballo y le hicieron todas las medicinas y alimentos, como si hubiese sido un hombre enfermo. El animal no tardó en enflaquecerse y al fin murió, sometido á tal régimen: mas los indios asustados, labraron una ejifie en piedra, la colocaron en uno de sus teocallis y la adoraban como á una divinidad. En 1668, que vinieron dos frailes franciscanos á estas rejiones, todavía casi desconocidas, como en tiempo de la conquista, una de las cosas mas notables que encontraron fué la imágen del caballo, á la que se tributaba culto, como si fuese la del Dios del trueno y del relámpago.»

363—«Los trabajos que pasó Cortes en esta marcha, que segun Gomara, no fué menos de tres mil millas,—la distancia puede estar muy exajerada,—tanto á causa del hambre, de las guerras de los naturales, como del clima y de los demás riesgos y dificultades, solo tienen igual en la historia de los otros aventureros del Nuevo Mundo. Empleó Cortés en esta espedición cerca de dos años y aunque ella no ha quedado señalada por ningun hecho brillante, pero durante ella desplegó Cortés mas valor personal, mas fortaleza de alma y mas perseverancia inconstrastable y paciencia, que en ninguna otra época de su vida.» Robertson.

Esto dice un orgulloso inglés, al contemplar la magna figura del conquistador de Méjico; y quiero tambien agregar otro acto de admiracion de uno menos orgulloso,—y con sobrada razón,—Norte-Americano, á quien la heroicidad, la inmarcesible grandeza del titan, que sojuzgó al Anáhuac, hácele esclamar estusiasmado.

«Despues de restauradas las tropas, el emprendedor é infatigable comandante preparó otra espedicion, cuyo objeto era reconocer y sojuzgar la estensa provincia de Nicaragua. Asombra ver al indómito espíritu de aquel hombre, que sin arredrarse de los terribles padecimientos, que había tenido en su marcha anterior, preparaba otra igualmente peligrosa. Es difícil en este siglo discreto y positivo comprender el carácter de un caballero castellano del siglo XVI, *de un caballero que no tiene semejanza en ninguna otra nacion ni aun en aquel mismo siglo, ni en ninguna parte*, sino es en los cuentos de caballería, que por estraños y estravagantes que nos parezcan, representan fielmente, sino los hechos, el carácter de la época. El mero deseo de esplorar ignotas regiones era para el caballero español compensacion sobrada de todos sus padecimientos y peligros. Parece que estaba determinado por la Providencia que tal raza de hombres fuese contemporánea del descubrimiento del Nuevo Mundo, para que saliesen á luz aquellas regiones cercadas de peligros y de dificultades tan espantosas, que habrían desalentado y agobiado á hombres del temple ordinario. Cortés, dotado de un temple superior, se proponía fines mas nobles que el vulgo de los aventureros, pues determinaba hacer una espedicion á Nicaragua, como lo había hecho en la de Honduras, un reconocimiento de todos los recursos del país, y sobre todo, de los medios de comunicacion entre los dos océanos. Si ningunos medios existían al menos esto quedaba ya establecido, y segun las mismas palabras de Cortés, no era poco importante saberlo. Demas de esto, proponíase Cortés dilatar los dominios de la corona de Castilla. La subyugacion de Méjico solo debía ser el principio de una larga serie de conquistas. Al guerrero, que había hecho esta, ninguna otra debía parecerle impracticable; fuera que, bastaba que una cosa pareciese serlo, para que él intentase conseguirla. La imaginacion se esparcía viendo el conquistador de Méjico internarse en las vastas provincias del Istmo, Nicaragua, Costa Rica y Darien, hasta plantar su bandera victoriosa en las orillas del golfo de Panamá, y mientras ondea mecida por la brisa del Sud, la dorada tierra de los Incas, verle dar de aquellos países informes tan halagueños, que parecía disponerse á llevar sus armas aun mas lejos y á anticipar, por decirlo así, la espléndida carrera de Pizarro.» Prescott.

364—«Despues mandó hacer preces y rogativas públicas, implorando del cielo que hiciese conocer su voluntad, y aún depusiese su enojo. Su salud comenzó ya á resentirse de los trabajos y á declinar bajo la influencia de la fiebre que le consumía: su espíritu se abatió á la par y daba las señales de un sombrío decaimiento.» Prescott. Y Bernal Díaz dice, hablando sobre esto, que llegó Cortés al último grado de consuncion y deterioro, y que se posesionó de él tan fuertemente la idea de que estaba próximo su fín, que buscó una mortaja de franciscano en que lo llevasen á la tumba; pues entonces era costumbre ser envuelto despues de muerto, en el hábito propio de algunas de las órdenes monásticas.

365—¿No podría el vehemente deseo de vivir para vengarse de sus enemigos, para recibir la gloria y lauro

merecidos, y tambien el voraz anhelo de dejar consolidadas y mas extendidas sus conquistas y sus nobles aspiraciones, al rendir tan magnos servicios á su patria; no podría todo esto haber contribuido con su voluntad de acero, á que reaccionara su vigorosa naturaleza, tan trabajada por su activa vida, tan llena de terribles emociones?

Hasta dónde el espíritu y la voluntad dominan á la materia?

He aquí un caso que creemos digno de los estudios de la patología.

366—Segun Bernal Díaz del Castillo, la enfermedad del doctor Ponce de León consistió: «en lo que vulgarmente llamamos modorra ó propensión invencible á dormir; circunstancia de que se valieron los enemigos de Cortés para propalar que él y Sandoval le habían envenenado; pero no hay dato alguno que lo compruebe; ni la favorable disposición del licenciado hacia Cortés, da motivo á creer que este necesitase valerse de tan reprobado medio para desembarazarse de una persona de quien nada podía temer; además había reinado esa enfermedad en aquel año, con todas las apariencias de epidemia, segun el crecido número de los que la padecieron.»

De todo lo que hemos referido en el canto anterior, referente á los disturbios de Méjico, durante la ausencia de Cortés, nada dice Prescott, sino que regresó Cortés de Honduras por las noticias que tuvo de la anarquía que había en Méjico, sin decir quién ni quiénes eran los que dejó en el gobierno, ni nada sobre el particular; así, pues, no es extraño que despues diga esto: «En el lecho de muerte delegó Ponce de Leon sus facultades á un anciano achacoso, que murió pocos meses despues, y que transfirió las riendas del gobierno á un tal Estrada ó Strada, uno de los empleados de hacienda, enviados de Madrid, y enemigo de Cortés».

367—«No dejaron los émulos de Cortés de atribuirle la muerte de Aguilar; no obstante ser patente la causa verdadera; pues que segun Bernal Diaz consistía en una tisis, que tan solo pudo sobrellevar alimentándose por espacio de ocho meses con leche de mujer y de cabra.» Revilla.

368—«No podia, sin embargo, acomodarse la presuntuosa arrogancia del tesorero Estrada á consentir un compartícipe de su poder; y así resolvió escribir el Emperador para que le confiriese esclusivamente el gobierno de aquella colonia, segun le habían tenido los licenciados Ponce y Aguilar. Acompañaron á su carta otras muchas en que se hacían fortísimas acusaciones contra Cortés, único estorbo de las ambiciones miserables de aquellos tiranuelos, vindicándole de asesino de su mujer Cataluna Juarez, de Francisco Garay, de Luis Ponce de León y Marcos de Aguilar, que como asegura Bernal Díaz del Castillo *eran maldades y traiciones que le levantaron*. Llegó á la corte para dar mas fuerza á la acusacion el contador Albornoz; y no fué menester mas para que Carlos V nombrase desde luego un nuevo juez que residenciase á Cortés, dándole facultad para que si le hallaba culpado le hicieron cortar la cabeza.» Revilla.

369—Dice Prescott, que la compañía de juglares se la juzgó regalo digno del papa, que á la sazon lo era Clemente VII, de la festiva familia de los Médicis. y los cardenales quedaron muy complacidos de ver las suertes de los juglares, segun nos cuenta Bernal Díaz: y su Santidad, —(que es preciso saber que al mismo tiempo había recibido de Cortés un suntuoso regalo de oro y alhajas) testificó públicamente el gran aprecio que hacía de los servicios prestados á la fé católica por los conquistadores de Méjico; celebrando procesiones y diciendo preces, y enviándoles, bulas en que les absolvía plenamente de todos sus pecados.

370—«Venía como un gran señor,» dice Herrera, pues Cortés llevaba doscientos mil pesos en oro, mil quinientos marcos de plata y un rico tesoro de alhajas, entre las que iban esmeraldas de extraordinario valor.

371—Dice Prescott que encontraron en Mayo, y Revilla en Diciembre de 1527.

372—Antes de salir de la Rábida había escrito á la corte avisando su llegada. Grande fué la sensacion que tal noticia produjo, y tanto mayor, que segun los temores qne se tenían de su traicion, su llegada era enteramente inesperada; mas este suceso hizo cambiar al punto las prevenciones hacia él: quedó removida toda causa de sospecha y desechas las nubes que por mucho tiempo habían oscurecido su mente; el emperador estaba impaciente por demostrar toda la estimacion en que tenía los distinguidos servicios de su tan temible vasallo. Enviáronse, pues, órdenes á los puntos por donde debía pasar, para que le proporcionasen todo género de comodidades, y se hicieran grandes preparativos para recibirle brillantemente en la capital.» Prescott.

«Vino de las Indias despues de la conquista, con tanto acompañamiento y majestad, que mas bien parecía de príncipe ó señor poderosísimo, que de capitan y vasallo de algun rey ó emperador.» Lanuza.

373—Dice Gomara que el haber ido el emperador á visitar á Cortés, enfermo, y haber permanecido algun tiempo en su aposento, era una estraordinaria prueba de aprecio, muy ponderada por los historiadores de aquel tiempo, que pretendieron ver en esta distincion una sobrada recompensa de todos los trabajos y servicios de Cortés.

374—Por un instrumento fecha 6 de Julio de 1529 se le concedió el título de marqués de Oajaca; y cuando en las Colonias se decía el *marques*, entendíase que se hablaba de Cortés, como cuando se decía el *Almirante*, referíase á Colón.

375—Por otra cédula del 23 de Julio de 1529 concediéronse á Cortés vastos terrenos en la provincia de Oajaca y muchas posesiones en Méjico y en el Valle. En los dominios concedidos habían como veinte ciudades y pueblos y mas de veinte mil vasallos. En el texto de esta donacion se hacían estensamente las menciones honoríficas, que referimos.

376—«El benigno recibimiento que á mi vuelta me hizo V. M., vuestras graciosas expresiones, y generoso trato, me hicieron no solo olvidar mis penas y trabajos, sino aun sentir no haber pasado mas en vuestro servicio.» Cortés.

377—«Era el presidente Nuño de Guzman, persona de afable condicion y amante de la rectitud, pero tan flexible en sus juicios y tan dócil á estrañas influencias, que con semejante debilidad dió cabida al mayor desórden que se había conocido en Méjico, aun en la época del gobierno del factor y del veedor. Dominado por los enemigos de Cortés y de los conquistadores, sufrieron éstos no pocas vejaciones y molestias arbitrarias, en virtud de demandas caprichosas, en que frecuentemente se mezclaban la calumnia y la codicia; y hubo de llegar á tal estremo la anarquía, que sabedor de semejantes desórdenes el monarca, á consulta del consejo de Indias, depuso de sus cargos á los miembros de aquella audiencia; formó otra que pasó inmediatamente á Méjico; dió por nulo cuanto había acordado la primera; y dispuso se tomase residencia al presidente y oidores por sus arbitrarias sentencias y despojos de bienes acordados contra Cortés y sus compañeros de gloria.» Revilla.

«Los desmanes de la Audiencia y la conducta de Guzman, opresora, especialmente contra los indios, excitaron la indignacion de la colonia, hasta llegar á temer en ella un levantamiento. Era preciso cambiar aquella administracion funesta y despótica.» Prescott.

378—«Aun existe un documento,—que forma parte de la coleccion de Vargas Ponce,—titulado *Pesquisa secreta*, que tiene la relacion de todas las providencias tomadas contra Cortés: está redactado por el secretario de la audiencia y firmado por varios de sus miembros; es bastante largo, pues tiene mas de cien páginas en folio: constan en él las deposiciones de varios testigos, y todo él es conjunto de fastidiosas menudencias, mas propias de un pleitecillo municipal, que del proceso de uno de los grandes oficiales de la corona.

Los cargos son ocho, y entre ellos el de haber intentado deliberadamente hacerse independiente de Castilla; el de haber asesinado á dos comisionados enviados para velar su conducta; el de haber matado á su propia mujer doña Catalina Juarez; el de extersiones y faltas licenciosas, que mas bien pertenecen por su propia naturaleza á la vida privada, que no á su carrera pública. Los testimonios son vagos y aun contradictorios: los testigos por lo comun, personas oscuras, á los que son de alguna consideracion, enemigos declarados suyos, que parece que han sido buscados á propósito. Si se considera que la pesquiza se hace en ausencia de Cortés, ante un tribunal cuyos jueces eran sus enemigos, que los cargos no están especificados, y que por consecuencia de todo esto, él no pudo desvanecerlos, es imposible dar valor ninguno á semejante documento; ni menos despues de tanto tiempo. Si se añade á esto que el gobierno al cual se mandó, no procedió á nada en vista de él, se acabará de conocer que esa pesquiza se debe tener por un testimonio de la malicia de los enemigos del conquistador. Ella ha sido sacada por un curioso anticuario de los empolvados achivos de Indias, de Sevilla; mas como documento histórico no tiene valor alguno, y solo sirve para probar que el que en el siglo XVI tenía un nombre ilustre, estaba entonces, como ha estado ahora, espuesto á los tiros de la calumnia.» Prescott.

379—«Que segun se decía, escedía en las hazañas á Alejandro Magno y en las riquezas á Creso» Lanuza.

Segun Marines Sículo, que por aquel tiempo vivía en la corte, alcanzaban sus rentas á sesenta mil ducados de oro.

380—«Entre las personas que mas deseos demostraron de entroncarle con su familia, se cuenta á doña María de Mendoza, esposa del comendador mayor de León, que le ofreció una hermana suya en casamiento; pero como Cortés se hallaba muy obligado á los favores del duque de Béjar, y había tratado matrimonio con su sobrina doña Juana de Zúñiga, hubo de recusar forzosamente la honrosa invitación de la esposa del comendador. incidente siniestro para el porvenir de Cortés, puesto que el extraordinario valimiento del comendador con Carlos V y la emperatriz Isabel, hizo resfriar el aprecio que estos príncipes y la parte mas principal de la nobleza habían dispensado hasta entonces al conquistador de Nueva España. Verificáronse, por fin, las bodas de Cortés con la sobrina del duque; y desde aquel momento variaron completamente de semblante sus negocios.» Revilla.

381—Según Marineo Sículo era doña Juana Zúñiga de la casa de Arellano, y de línea real de Navarra; su padre era noble, no muy rico.

«No pasó mucho tiempo sin que tributara sus homenajes á una dama de la noble casa que con tanta firmeza le defendió en la hora aciaga de la desgracia. Llamábase doña Juana Zúñiga, hija segunda del duque de Aguilar y sobrina y ahijada del duque de Béjar. Era mucho mas jóven que él, bella, y según lo demostraron los sucesos posteriores, no le faltaba ingenio. Uno de los regalos que hizo Cortés á su novia excitó la admiración y la envidia de la corte. Consistía en cinco esmeraldas de estraordinario tamaño y brillantez. Estas piedras preciosas habían sido labradas por los aztecas en figuras de flores, peces, y otras igualmente vistosas y estaban trabajadas con un primor que realzaba sobremanera su valor intrínseco. No es dificil que hubiesen formado parte del tesoro del infortunado Motezuma, y que siendo muy portátiles hubiesen escapado de la catástrofe de la noche triste. Cuéntase que la esposa de Carlos V,—pero puede ser hablilla de corte,—mostró algun deseo de poseer aquellas piedras, y la preferencia que dió á su bella novia suscitó en el pecho de la emperatriz algun resentimiento, que tuvo despues desfavorable influjo en la suerte del marqués.» Prescott.

Hablando Gomara de las esmeraldsa, dice que una de ella era tan valiosa como la turquesa de Shylock, y que unos comerciantes jenoveses le ofrecieron por ella cuarenta mil ducados: y de estas varias noticias curiosas una de las esmeraldas tenía la forma de una rosa; la segunda la de una corneta: la tercera la de un pescado con ojos de oro: la cuarta era de forma de una campanilla, que por debajo tenía una perla y en cuyo borde se leía esta inscripción: *¡Bendito sea el que te crió!* La quinta era la más valiosa: tenía la figura de una copa, con el pié de oro y con cuatro cadenitas del mismo metal, que pendían como de un boton, de una gran perla.

382—Dice Prescott: «El palacio está reducido á ruinas, y el sitio solo es ya notable por su belleza natural y sus recuerdos históricos. Y la señora de Calderon, en su *Vida de Méjico*, dice: «Era la capital de la nación Tlahuica, y despues de la conquista edificó Cortés un palacio magnífico, una iglesia y un convento de franciscanos, creyendo que aquellos serían principios de una ciudad. Sin embargo, es un lugar de poca importancia, aunque muy favorecido por la naturaleza. El palacio del conquistador es una barranca ruinosa, aun pintoresca, construída sobre una colina y frente á la cual se levanta el gran volcan.

Hay algunas buenas casas, y se conservan los restos de la iglesia construída por Cortés, famosa por su atrevido pórtico.»

383—Los productos de estas minas no eran entonces tan abundantes como últimamente; pero los costos de produccion eran tambien menores, pues el metal estaba mucho mas á la superficie que ahora.

384—Estas dos expediciones fueron mandadas por los años 1532 y 1533.

385—Dice Prescott que llevaba Cortés *cuatrocientos españoles* y *trescientos negros esclavos*, lo que nos parece exajeradísimo.

«De vuelta á Méjico se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad y la envidia de los miembros de la audiencia. Para evitar mas disgustos y no sentir tanto la decadencia de su poder, equipó una flota considerable y partió á hacer descubiertas en el gran mar del Sud, y descubrió la gran península de la California y reconoció una parte del golfo que la separa de Nueva España.» Lafuente.

386—En el año 1536.

387—Dice Prescott, refiriéndose á Ramusio, que no se volvió á saber nada de Ulloa; pero Revilla ma-

nifiesta que murió á manos de sus marineros sublevados.

388—Refiriéndose Bernal Diaz á palabras de Cortés, expone: «que estas expediciones le costaron de su peculio mas de trescientos mil pesos oro; suma considerable, que después de tantas pérdidas de su fortuna hace formar una idea de las inmensas riquezas que tuvieron los conquistadores.»

389—En la colección de Vargas Ponce hay una petición de Cortés, en que se queja de los agravios que ha recibido y pide que se averigue la conducta del Virrey. No tiene fecha y se intitula petición contra don Antonio Mendoza, Virrey, pidiendo residencia contra él.

390—«Durante esta corta permanencia en España, tuvo la desgracia y la pesadumbre de perder á la emperatriz, que murió en Toledo, de parto (1° de Mayo 1539,) á poco de haber dado á luz un niño tambien sin vida. La muerte de esta excelente señora fué muy sentida y llorada en todo el reino, porque á su notable hermosura reunía las mas bellas prendas del alma, y adornábanla grandes y muy excelsas virtudes. Contaba entonces treinta y ocho años de edad, uno menos que su marido. Hiciéronsele suntuosísimas exequias y fué llevada é enterrar á la capilla real de Granada, con numerosa y brillante procesión de prelados, clérigos, grandes, títulos y caballeros. Hasta el rey Francisco I de Francia, le hizo solemnísimas honras fúnebres. La emperatriz doña Isabel era hija de los reyes de Portugal don Manuel y doña María, hija ésta de los reyes católicos. No se logró de ella mas sucesion varonil que el príncipe don Felipe, de edad entonces de doce años. Dejaba además la infanta doña María, que fué mujer del emperador Maximiliano, y doña Juana que fué reina de Portugal» Lafuente.

391—«El pronóstico de Andrés de Doria se había cumplido con demasiada y harto dolorosa exactitud: el célebre marino aseguraba no haber atravesado tan horrorosa tormenta, en cincuenta años de andar por los mares; y gracias á que él pudo, con algunos medio destrozados buques, ganar el cabo de Metafuz, aun algo distante del campamento; y desde allí envió una galera á dar aviso al emperador, aconsejándole que marchase allá con el ejército lo mas presto que pudiese para reembarcarle, sino habia de acabarse de perder . . . .

No le sirvió seguir á Cárlos V y combatir como voluntario en su famosa expedición de Argel. Este nuevo servicio no fué mejor pagado que los anteriores: antes bien, con haber perdido en esta guerra, de que luego habremos de hablar, joyas de gran valor, ni aun siquiera se le indemnizó de los trescientos mil escudos que había gastado en su expedición á California.» Lafuente.

«Cortés se embarcó con las fuerzas que debían ir con el emperador, á bordo del navío que naufragó cerca de la costa. Cortés y su hijo escaparon nadando, mas el primero perdió el tesoro de alhajas de que hemos hablado en el capítulo precedente; *pérdida* dice un antiguo escritor, Gomara—por la cual la expedición salió mas cara á Cortés que á ningun otro de los que iban, excepto al Emperador.»—Prescott.

392—«De este dictámen era el ilustre Hernán Cortés, famoso ya por sus hazañas en el Nuevo Mundo, y el cual se halló en esta jornada, sin que de su persona, por miserables envidias, se hiciese caso, y menos se la diese parte en los consejos; y tanto que como despues de pasada la tormenta propusiese que se le dejara con la gente que allí había, y que se obligaba á ganar con ella á Argel, los unos no quisieron escucharle, y los otros hasta se burlaron: ¡se burlaron del atrevido conquistador de Méjico! Decidióse, pues, el emperador por el reembarque, y como las naves eran pocas y la gente mucha, hubo necesidad de arrojar al mar caballos para hacer lugar á los hombres, cosa que dió á todos gran lástima, y especialmente á los dueños de aquellos, con quienes tuvo el emperador que usar de toda autoridad. Embarcáronse, pues, primero los italianos, los alemanes luego, y los últimos los españoles, siendo el emperador de los postreros á dejar la playa.» Lafuente.

Y este historiador agrega la siguiente nota á este párrafo: «Dice Sandoval, hablando de esto, que quien mas perdió en la expedicion, despues del emperador, fué Hernán Cortés, marqués del Valle, porque se le cayeron en un cenegal tres esmeraldas riquísimas, que se apreciaban en cien mil ducados, y nunca se pudieron hallar».

393—Lo siguiente corresponde al Apéndice de Prescott.

Última carta de Cortés al Emperador

(Pongo aqui esta *última* y *sentidísima* carta, como la llama Vargos Ponce, quien la incluye en su importante colección, sacada de los archivos de Sevilla. Justamente puede llamársele sentidísima, si se considera el tono triste en que está escrita y que contrasta con las anteriores, y las amargas circunstancias en que fué escrita. Sin embargo, cuando Cortés se lamenta de su pobreza, no debemos entender esto literalmente, pues cuando murió, tres años despues, dejó inmensos estados: bien que tuvo que gravarlos considerablemente para subvenir á los gastos de la expedición al Mar del Sur: de manera que sus rentas apenas le alcanzaban en los últimos días de su vida, para cubrir los gastos mas precisos. Los últimos instantes de Cortés se pasaron en infructuosas solicitudes dirigidas á la corona, pidiendo la recompensa de los distinguidos servicios que le había prestado; suerte que nos recuerda la no menos infeliz de Colon. La vida de estos dos hombres nos enseña que la carrera mas brillante puede terminar en medio del dolor y el desengaño, á la manera que el sol está rodeado de nubes cuando baja al ocaso.)

«Pensé que haber trabajado en la juventud me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso, y así á quarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer, y á las veces ni bien ni mal, traer las armas á cuestas, poner la persona en peligro, gastar mi hacienda y edad todo en servicio de Dios, trayendo obejas á su corral, muy remotas de nuestro imperio, ignotas y no escriptas en nuestras Escrituras, y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi Rey, ganándole y trayéndose á su yugo y Real cetro muchos y muy grandes reynos y señoríos de muchas bárvaras naciones y gentes, ganado por mi propia persona y espensas, sin ser ayudado de cosa alguna, hantes muy estorvado por nuestros muchos émulos y envidiosos, que como sanguijuelas han reventado de artos de mi sangre.

De la parte que á Dios cupo de mis trabajos y vigilias asad estoy pagado, porque . . . . . la obra suya quiso tomarme por medio, y que las gentes me atribuyen alguna parte; aunque quien conociere de mí lo que vo beré claro, que no sin causa, la divina providencia quiso que una hobra tan grande se acavase por el mas flaco é inútil medio que se pudo haber, porque seyendo Dios fuese el atributo.

De lo que á mi rey quedó, la remuneración siempre estuve satisfecho que ceteris paribus no fuera menor, por ser su tiempo de V, M. que nunca estos reynos despues donde yo soy natural, y á quien cupo este beneficio fueron poseydos de tan gran Católico príncipe magnánimo y poderoso Rey; y asi V. M. la primera vez que vesé las manos y entregué los frutos de mis servicios, mostró reconocimiento de ellos, comenzó á mostrar voluntad de me hacer gratificación, honrando mi persona

con palabras y hobras, que pareciéndome á mí que no se equiparaban á mis méritos. V. M. sabe que yo reusé de recibir. V. M. me dijo y mandó que las aceptase, porque pareciese que me comenzaba á hacer alguna merced, y que no las recibiese por pago de mis servicios; por V. M. se quería haber conmigo, como sean los que se muestran á tiron de ballesta, que los primeros tiros dan fuera del terreno, y enmendando dan en él y en el blanco y fiel: que la merced que V. M. me hacía hera dar fuera del terreno, y que iría enmendando hasta dar en el fiel de lo que yo merecía; y pues no se me quitaba nada de lo que tenía, ni se me había de quitar que reciviese lo que me dava; y ansí vesé las manos á V. M. por ello, y en bolviendo las espaldas quitóseme lo que tenía todo, y no se me cumplió la merced que V, M. me hizo.

I demas de estas palabras que V. M. me dijo, y otras que me prometió, que pues tiene tan buena memoria, no se le habrán olvidado, por cartas de V. M. firmadas de su real nombre tengo que muy mayores. I pues mis servicios hechos hasta aquí son beneméritos de las obras y promesas que V. M. me hizo, y despues acá no la han desmerecido; antes nunca ecesado de servir y acrecentar el Patrimonio de esos reynos, con mil estorvos, que sino obiese tenido no fuera menos lo acrecentado, despues que la merced se me hizo: lo hecho porque las merece, no sé porque no se me cumple las promesas de las mercedes ofrecidas, y se me quitan las hechas. I si quieren decir que no se me quitan, pues poseo algo; cierto es que nada inútil será una mesma cosa, y lo que tengo, está sin fruto, que me fuera arto mejor no tenerlo, porque obiera entendido en mis grangerías, y no gastado el s. de ellas por defenderme del fiscal de V. M. que á sido y es mas dificultoso que ganar la tierra de enemigos: así que mi trabajo aprovechó para mi contentamiento de haber hecho el dever, y no para conseguir el efecto dél pues no solo... no me siguió reposo á la vejez, mas trabajo hasta la muerte; y pluguiese á Dios que no pasase adelante, sino con la corporal se acabase y no se estendiese á perpétua, porque quien tanto trabajo tiene en defender cuerpo, no puede dejar de ofender el ánima.

Suplico á V. M. me permita que á tan notorios servicios haya tan poco miramienio; y pues es de creer que no es culpa de V. M. que las gentes lo sepan; porque como esta obra que Dios hizo por mi medio es tan grande y maravilosa, y se ha estendido la fama de ella por todos los reynos de V. M y de los otros reynos cristianos y aun por algunos infieles, en estos donde hay noticias del pleito de entre el fiscal y mí no se trata de cosa mas; y unos atribuyen la culpa al fiscal, otros á culpas mías; y estas no las hayan tan grandes, que si bastasen para por ellas negarme el servicio, no bastasen tambien para quitarme la vida, honrra y hacienda; y que puesto no se hace que no debe ser mía la culpa, á V. M., ninguna se atribuye; porque si V. M. quisiese quitarme lo que me dió, poder tiene para ejecutarlo, pues al que quisiere y puede, nada hay imposible; decir que se buscan formas para colorar la obra, y que no se siente el intento, ni caven ni pueden caver en los reyes unjidos por Dios tales medios, porque para con él no hay color que no sea transparente, para con el mundo no hay para que colorarlo, porque así lo quiero, así lo mando, es el descargo de lo que los reyes hacen.

Yo supliqué á V. M. en Madrid fuese servido de aclarar la boluntad que tubo de hacerme merced en pago de mis servicios, y le traje á la memoria algunos de ellos; díjome V. M. que mandaría á los de su consejo que me despachasen, pues que se les dejaba mandado lo que habían de hacer; porque V. M. me dijo que no quería que trajese pleito con el fiscal, quando quise saberlo dijéronme, que me defendiese de la demanda fiscal; porque había de ir por tela de justicia, y por ella se había de sentenciar, sentilo por grave y escribí á V. M. á Barcelona, suplicándole que pues era servido de entrar en juicio con sus siervos, lo fuese, sin que obiese Juezes sin sospecha; y V. M. mandóme que con los del Consejo de las Indias se juntasen algunos de los otros, pues todos criados de V. M., y que juntos lo determinasen, no fué V. M. servido que no puedo alcanzar la causa, pues quantos mas los bienes mejor alcanzarían lo que se debía hacer.

Véome viejo y pobre y empeñado en este reyno en mas de veinte mil ducados, sin mas de ciento otros, que he gastado de los que truje; é me han enviado, que algunos de ellos devo, tambien que los an tomado prestados para enviarme y .. Correcambios; y en cinco años poco menos que ha que salí de mi casa no es mucho lo que he gastado, pues nunca he salido de la Corte, con tres hijos que traygo en ella, con letrados, procuradores y solicitadores; que todo fuera mejor empleado que V. M. se sirviera de ello y de lo que mas hoviera adquirido en este tiempo: ha hayudado tambien la ida de Argel.

Paréceme que al cojer del fruto de mis trabajos no debía hecharse en basijas rotas, y dejarlo en juicio de pocos, sino tornar suplicar á V. M sea servido que todos quantos jueces V. M. tiene en sus Consejos, conozcan de esta causa, y conforme á justicia la sentencia sea. Yo he sentido del obispo de Cuenca quedasen, que obiese para estos otros jueces demas de los que hay; porque él y el licenciado Salmeron, nuebo Oidor en este Consejo de Indias, son los que me despojaron sin hoyrme del hecho, siendo jueces en la Nueva España, como lo tengo provado, y con quien yo tengo pleito sobre el dicho despojo, y les pida cantidad de dineros de los intereses y renta, de lo que despojaron; y está claro que han de sentenciar contra mí.

No les he querido recusar en este caso, porque siempre crey que V. M. fuera servido que llegara á estos términos; y no seyendo V. M. servido que hayan mas jueces, que determinen esta causa, se me á forjado á recusar al obispo de Cuenca y á Salmeron, y pasarme ya en el ánima porque no podrá ser sin alguna dilacion; que para mí no puede ser cosa mas dañosa, porque he sesenta años y anda en cinco que salí de mi casa y no tengo mas de un Varon que me suceda,; y aunque tenga la mujer moza para tener mas, mi hedad no sufre esperar mucho; y si no tuviera otro, y Dios dispusiera de este, sin dejar sucesión, ¿qué me habría aprovechado lo adquirido? pues subsediendo hijas se pierde la memoria; otra y otra vez tornar á suplicar á V. M. sea servido que con los Jueces del Consejo de Indias se juntan otros jueces de estos otros consejos.

Pues todos son criados de V. M. y le fia la gobernacion de sus reyes y su real conciencia, no es inconveniente fiarles que determinen sobre una escritura de merced, que V. M. hizo á un su vasallo de una partecica de un gran todo con que se sirvió V. M. sin costar trabajo ni peligro de real persona, ni cuidado de espíritu de proveer como se hiciese, ni costa de dineros para pagar la gente que lo hizo, y que tan limpia y lealmente sirvió, no solo en la tierra que ganó, pero con mucha cantidad de oro y plata y piedras de los despojos que en ella ubo; y que V. M. mande á los jueces que fuere servido que entiendan en ello, que en cierto tiempo, que V. M. le señale, la determinen y sentencien, sin que haya esta dilacion, y esta será para mí muy gran merced; porque adilatarse, dejarlo é perder y bolverme á mi casa; porque no tengo la edad para andar por mesones, sino para recogerme á aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos, y será mejor dejar perder la acienda que el ánima.

Dios Nuestro Señor guarde la muy Real persona de V. M. con el acrecentamiento de Reynos y estados que V. M. desea.

De Valladolid á tres de Febrero de quinientos quarenta y cuatro.

De V. E M. muy humilde siervo y vasallo, que sus muy reales pies y manos besa.

Marqués del Valle.

Cubierta.—A la S. C. C. M. Emperador y Rey de las Españas.

Tiene este decreto.—A su Magestad del Marqués del Valle, 3 de Febrero de 44: *No hay que responder.* Parece letra de Covos.

Original. Archivo de Indias.»

394—Cuenta Voltaire, que un día que no pudo Cortés obtener audiencia del emperador, se abrió campo entre la multitud que cercaba la carroza del monarca, y subiendo al estribo, preguntó Carlos: «*¿quién es este hombre?*»; y que el hombre contestó: «*Uno que os ha dado mas reinos, que ciudades teníais antes.*

«Llegó á no poder conseguir una audiencia de su soberano. Tratado por el emperador Carlos V con el mismo desden y con la misma ingratitud que á Cristóbal Colon por Fernando el Católico, un día aguardó el carruaje del emperador, y se abalanzó sobre el estribo: *¿Quién sois vos?* le preguntó el monarca.—*Yo soy*, contestó Hernán Cortés, con entereza, *un hombre que os ha ganado mas provincias que hereddsteis de vuestros padres y abuelos.* Esta noble y altiva respuesta, que encierra una nueva leccion tan sublime como triste, fué la última venganza del gran conquistador». Lafuente.

395—«Apenas había llegado á Sevilla, acompañado de su hijo, cuando cayó enfermo de una indigestion, causada probablemente por el mal estado de su espíritu: aquella enfermedad declinó en disentería y sus fuerzas se acabaron con tal rapidez á causa de la enfermedad, que no se pudo dudar de que su vida se acercaba á su término. El se preparó, haciendo todas las disposiciones necesarias. Algun tiempo antes había hecho su testamento y ahora lo ejecutó. Este documento, demasiado largo, es notable bajo diversos aspectos. La parte principal de sus bienes la dejó á su hijo don Martin, que entonces tenía quince años de edad: fija en veinticinco la edad en que debe entrar en mayoría; pero sus tutores deben darle á los veintiuno todas sus rentas, para que pueda vivir cual corresponde á su calidad. En un documento que acompaña al testamento, mienta Cortés los nombres de todas las personas encargadas de cuidar sus vastos dominios, esparcidos por diferentes provincias, y suplica á los albaceas que las confirmen en aquel encargo, para lo cual las ha escogido en vista de las cualidades peculiares que cada una de ellas tiene. Nada prueba mejor que esto la entera atencion que en medio de las ocupaciones del servicio público daba al cuidado de sus estensos señoríos.

Deja un caudal considerable á sus otros hijos, y jenerosos legados á varios criados antiguos que aun permanecían en su servidumbre. En otra cláusula del testamento lega sumas considerables para objetos de caridad, y aplica las rentas de las propiedades que tiene en la ciudad de Méxijo, al sostenimiento de tres establecimientos públicos. Un hospital, en la capital, dedicado á la Vírgen de la Concepción, un colegio en Coyuacan para la educacion de los frailes, destinados á predicar entre los indios; y finalmente para monjas en el mismo lugar. Ordena que sus huesos sean enterrados en una capilla de este monasterio, situado en la ciudad predilecta, sea cual fuere la parte del mundo en que él muera. Despues de declarar que ha procurado cerciorarse de la verdadera suma á que ascienden los tributos que sus vasallos indios pagaban anteriormente á sus antíguos soberanos, previene á su heredero, que si acaso lo que han pagado hasta allí ascendiese de la legítima suma que deben pagar, les restituya el exceso que se encontrare. En otra cláusula manifiesta la duda, sobre si es justo exijir de los indios el trabajo personal, y manda se averigüe exactamente lo que puede valer este trabajo y que en todos casos se les dé la debida recompensa. Finalmente, él hace esta notable declaración: «Por mucho tiempo se ha disputado sobre si se puede en conciencia tener dominio y propiedad sobre esclavos indios: como este punto todavía no ha sido resuelto, suplico á mi hijo don Martin y á sus herederos, que no perdonen diligencia por averiguar exactamente la verdad; por ser cosa que concierne á la conciencia de todos ellos y á la mía propia».

Cortés no tuvo hijos en su primer matrimonio, del segundo dejó cuatro: un varon, don Martin, heredero de sus honores y de persecuciones aun mas crueles que las de su padre, y tres hijas, que casaron brillantemente. Tambien dejó varios hijos naturales, á los cuales enumera en su testamento, y á quienes deja un legado suficiente. Dos de ellos, don Martin, el hijo de doña Marina y don Luis, llegaron á obtener grados, distinciones á ser comendadores de la órden de Santiago.

Don Martin Cortes, segundo Marqués del Valle, fué acusado lo mismo que su padre, de haber intentado hacerse independiente de España. Sus hermanos naturales don Martin y don Luis fueron envueltos en la misma acusacion, y el primero de ellos condenado al tormento. Otros varios amigos suyos, á los que se acusaba tambien de traicion, fueron decapitados. El marqués y su familia se refugiaron á España, donde se practicó la averiguacion; durante la cual, que duró desde 1567 á 1574, fueron confiscados sus Estados de Méjico. Al fin fué declarado inocente y se le devolvieron; mas con grande detrimento, por los empleados reales». Prescott.

396—Allí permaneció hasta el año 1562 en que fué removido de órden de su hijo don Martin, y llevado, no á Coyuacan, conforme había sido voluntad de Cortés, sino al convento de San Francisco, en Tezcuco, donde descansaba al lado de un hijo y su madre doña Catalina Pizarro. En 1629 volvieron á ser removidos los restos de Cortés, y cuando murió don Pedro, cuarto marqués del Valle, determinaron las autoridades de Méjico llevarlos á la iglesia de San Francisco de esta capital. La ceremonia se hizo con toda la solemnidad acostumbrada en tales casos. Se formó una procesion militar y religiosa, á cuya cabeza iba el Arzobispo; acompañábanle las principales autoridades de la iglesia y del Estado, las cofradías con sus banderas respectivas, las órdenes relijiosas y los oidores. La urna que encerraba las cenizas de Cortés estaba cubierta de un paño negro y la llevaban los jueces de los tribunales reales. De uno y otro lado del féretro iban dos hidalgos con armadura completa: el uno llevaba un estandarte enteramente blanco, donde estaban bordadas de oro las armas de Castilla; y el de la izquierda una bandera de tercipelo negro con el escudo de armas de la casa de Cortés, bordado de igual manera. Delante del cuerpo venía el Virrey acompañado de multitud de hidalgos españoles, y tras el cuerpo marchaba un batallon de infantería, armado de picas y arcabuces, y cuyas banderas arrastraban por el suelo. En medio de esta pompa fúnebre, al son de una música melancólica y al toque de una caja destemplada, se encaminó la procesión á paso lento hacia la ciudad, cuyas puertas se abrieron para recibir los restos mortales del héroe que un siglo antes la había asombrado con sus prodijios de valor.

Mas sus huesos no debían quedar allí en quietud: en 1794 se les llevó al hospital de Jesús Nazareno, lugar mas adecuado, pues era el mismo establecimiento que bajo el nombre de Nuestra Señora de la Concepcion había fundado y dotado, y había sido hasta entonces administrado con arreglo al noble objeto de su fundacion: lo que es muy frecuente en casas de caridad de este género. Las cenizas del guerrero fueron depositadas en una urna de cristal, asegurada con láminas y barras de plata y puestas en la capilla donde se levantó un monumento sencillo, en que estaban grabadas las armas del conquistador, y que remataba en un busto ejecutado en bronce por Tolsa, escultor digno de los mejores tiempos de las artes.

Desgraciadamente para Méjico no acaba aquí la historia. En 1823 la plebe patriota de la capital, en conmemoracion de la era de la independencia y por odio á los primeros españoles, se disponía á abrir la tumba de Cortés y arrojar al viento sus cenizas. Las autoridades se rehusaron á intervenir; mas las personas de la familia, segun se refiere comunmente, enterraron secretamente la urna, que encerraba los restos de Cortés, é impidieron que se cometiese un sacrilejio, que habría echado en el escudo de la bella ciudad de Méjico una mancha endeleble. Humboldt notaba hacia cuarenta años, que se podía atravesar toda la América, desde Buenos Aires hasta Monterey, sin encontrar en ninguna parte monumento nacional alguno, levantado por la gratitud en honor de Hernán Cortés ni de Cristóbal Colon. Pero estaba reservado á nuestros días presenciar el conato de violar el reposo de los muertos y de insultar sus reliquias! Sin embargo, los que meditaron este ultraje no fueron los descendientes de Motezuma, ansiosos de vengar los pasados ultrajes y y vindicar los derechos de su lejítima herencia; ¡fueron los descendientes y compatriotas de los antiguos conquistadores! ¡Fueron aquellos que debieron al derecho de conquista sus títulos sobre el suelo que pisaban!» Prescott.

Documento relativo á los entierros del señor don Hernando Cortés.

ENTIERRO DEL AÑO DE 1629

Entierro del marqués del Valle de Oajaca, Hernán Cortes, y de su nieto don Pedro Cortés, que se hizo en esta ciudad de Méjico en 24 de Febrero del año 1629.

Se trajeron los huesos de D. Hernán Cortés, primer Marqués del Valle de Oajaca, que estaban en un monasterio de San Francisco de Tezcuco; y sucedió, que habiendo muerto en esta corte de Méjico D. Pedro Cortés, Marqués del Valle, en 30 de Enero de dicho año, acordó el Sr. Arzobispo de Méjico, D. Francisco Manso de Zúniga y el señor Virrey de México, Marqués de Cerralvo, que se hiciesen estos dos entierros juntos en uno, honrándolos principalmente á los huesos de Cortés; fué el entierro en San Francisco de Méjico: salió de las casas del Marqués del Valle; fueron adelante todos los estandartes de las cofradías; fueron todas las ordedes de frailes; fueron todos los tribunales de México; fué la audiencia de los oidores; iba el dicho Arzobispo de la Catedral de México, y en este lugar iba el cuerpo del Marqués D. Pedro Cortés, en un ataud descubierto y detras los huesos de don Hernando Cortés en un ataud de terciopelo negro, cerrado; llevaba á un lado un guion de raso blanco con un crucifijo y Nuestra Señora y San Juan Evangelista, bordado de oro; y del otro lado las armas del Rey de España, bordadas de oro, este guion del lado derecho de los huesos, llevaba otro guion á la mano izquierda de terciopelo negro, con las armas del Marqués del Valle, bordado de oro; y los que llevaban los guiones iban armados; y detras del Señor Arzobispo con todos los prebendados, y detras los enlutados, y un caballo despalmado todo enlutado; todo lo dicho con mucho orden; luego preseguían todos los tribunales y la universidad y tras éstos iba la audiencia y el Virrey, con mucho acompañamiento de caballeros; y tras de éstos iban cuatro capitanes armados, con sus plumeros, picas en los hombros; y tras éstos iban cuatro compañías de soldados con arcabuces, y otros con picas, y detras banderas arrastrando, y los tambores cubiertos de luto: llevaban los huesos oidores, y el cuerpo del Marqués D. Pedro Cortés, caballeros del hábito de Santiago: la concurrencia era inmensa y hubo seis posas donde ponían los ataudes y todas órdenes de frailes, en cada posa decían un responso.

(El original de este documento existe en los archivos del hospital de Jesus, en Méjico.)

397—«El actual dueño de aquellos honores propios de príncipe y de tan vastos dominios esparcidos por el Nuevo y el antiguo Mundo, vive en Sicilia, y puede vanagloriarse de lo que pocos príncipes pueden preciarse: de descender de dos de los mas ilustres capitanes del siglo XVI: el Gran Capitan y el Conquistador de Méjico.» Prescott.

398—«Grandísimo limosnero: daba cada año mil ducados de limosna ordinaria.» Gomara.

399—«Los vestidos que se ponía eran segun el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no traer muchas sedas ni damascos ni rasos, sino llanamente y muy pulido; ni tampoco traía cadenas grandes de oro, salvo una cadenita de oro de prima hechura; con un joyal con la imágen de de Nuestra Señora la Virgen de Santa María, con su Hijo precioso en los brazos, y con letrero en latín en lo que era de Nuestra Señora; y de la otra parte del joyal el Señor San Juan Bautista con un letrero y tambien tenía en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y la gorra, que entonces se usaba de terciopelo, traía una medalla, y no me acuerdo el rostro, que en la medalla traía figurada la letra dél, mas despues el tiempo andando siempre traía gorra de paño sin medalla. Servíase ricamente como gran señor, con dos Maestresalas y Mayordomos y muchos pages, y todo el servicio de su casa muy cumplido é grandes bajillas de plata y oro.» Bernal Díaz.

400—«El prefería que le llamasen Cortés, mas bien que de ninguna otra manera, y con razon; porque el nombre de Cortés es en nuestros días tan famoso como el de César entre los romanos ó el de Anibal entre los cartajineses.» Bernal Díaz.

FIN

No habiéndose, por omisión, antepuesto la siguiente fé de erratas de la *Invocación*, á la de La Historia, se hace á continuación:

PÁGINA	COLUMNA	LÍNEA	DICE	LÉASE
VI	2	1	el	al
VI	2	4	indiosado	endiosado
VI	2	7	inmortalidad	inmoralidad
VI	2	41	de	del

En seguida se publicará La Conquista del Perú: Vasco Nuñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico, y la segunda edición de Colon.

